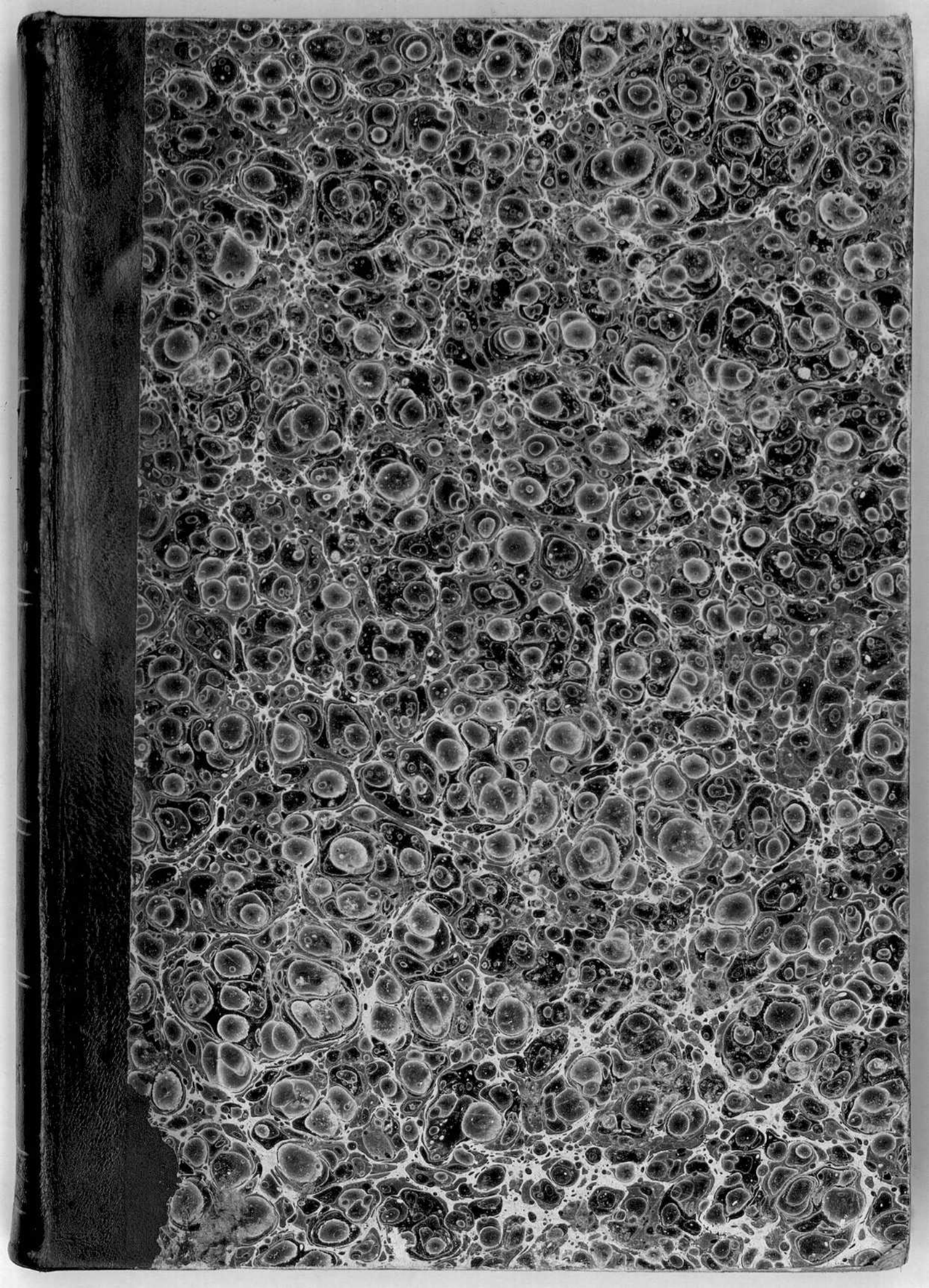


SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1851.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION, Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLI.

INDICE.

TABLA DE ARTÍCULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Casas árabes de Córdoba, por D. Luis María Ramirez y las Casas Deza, pág. 5.—San Nicolás, por D. Remigio Salomon, 12.—Paseo de Isabel II en la Habana, 25.—Zarauz, por D. José María de Eguren, 36.—Castillo de Belmonte, por D. Ventura García Escobar, 41.—San Juan de Villa-Torrada, 56.—El monasterio de Jesus Pobre, por D. Remigio Salomon, 57.—Casa de Madoz en Zarauz, 67.—San Miguel de Mediavilla, por D. Ventura García Escobar, 67.—Barcelona, por D. Emilio Bravo, 73.—Santa Cruz de Cangas, por D. Nicolás Castor de Caunedo, 76.—Puente de Lugo, por Don Antonio Neira de Mosquera, 84.—El Castillo de Arjonilla, por D. Luis María Ramirez y las Casas Deza, 97.—El cementerio de la Habana, por D. José María de Andueza *(Aben-Zaide)*, 105.—Desfiladeros de la Coruña, 113.—Isla de Fernando Póo, por Don Emilio Bravo, 121 y 169.—La hoz, 123.—Capilla de San Isidro, 133.—Monte Furado, por D. J. A. Figueroa, 161.—Santuario de los desamparados en Abades, por D. Antonio Neira de Mosquera, 202.—El hospital de Lugo, por D. Antonio Neira de Mosquera, 234.—Iglesia de Azpeitia, 313.—San Pablo del Campo, por D. Jaime Fustagnera, 338, y 348.—Santa María de Naranco y San Miguel del Lino, por D. Nicolás Castor de Caunedo, 355.—Torre larga, 371.—La fábrica de Sargadelos, por D. Antonio Neira de Mosquera, 405.

ANTIGUEDADES.

Antigüedades de Erculano, 28.—Orígen de la contabilidad por partida doble, 30—Mosáico Romano, por D. Remigio Salomon, 33.—Vista restaurada de una plaza de Pompeya, 49.—Descripcion de una lápida hallada en Leon, 95.—Recuerdos de San Isidro Labrador, por D. Ramon de Mesonero Romanos, 153.—La puerta de Oro ó arco de Trajano, 289.—Noticia histórica sobre la fabricacion de relojes, 257.—Un combate en campo cerrado, 269.—Placa del emperador Cárlos V, 273.—Alcaide de los donceles, 312.—La Cueva de Hércules en Toledo, por D. José Amador de los Rios, 378.—Documento público del siglo IX, 413.

BIOGRAFIAS.

Juan Bautista Monegro, por D. Nicolás Magan, pág. 11.—Carlota Corday, 52.—Don Diego Cernadas de Castro, por D. Antonio Neira de Mosquera, 59.—D. Francisco Sanchez Barbero, por D. Alvaro Gily Sanz, 82 y 89.—Rita Luna, por D. Ramon de Mesonero Romanos, 91.—D. Alonso III de Fonseca, por D. Antonio Neira de Mosquera, 99.—D. Andrés Piquer, por D. Luis M. Ramirez y las Casas Deza, 113.—Historia de dos piececitos, 178.—Sebastian del Prado, 187.—El conde de Campomanes, 220.—Lain Calvo, 241.—Nuño Rasura, 242.—D. José Pellicer, 261.—Espinel, 335.—Calvino, 352.—Don Nicolás Antonio, 395.

HISTORIA.

Arbol genealógico de los reyes de España, por D. Nicolás Castor de Caunedo, pág. 10.—Semiramis, reina de Babilonia, por Don Julian Saiz Milanés, 33.—Estudios históricos, por D. Luis Miguel y Roca, 42 y 50.—La emancipacion de los Comunes, 107.—Espatriacion de Coroliano, por D. Julian Saiz Milanés, 146.—Alcaides de los donceles, 180 y 190.—El armamento escolar de Santiago, por D. Antonio Neira de Mosquera, 186.—Costumbres notables, 191.—Los monteros de Espinosa, 191.—Antigua Cartago, 192.—La esclavitud en Roma, 207.—Ricardo, Corazon de Leon, Ana de Austria, 229.—Testamento de Cárlos II, 229.—Ataulfo, 233.—Tanto montan, 285.—Recuerdos de la chuanería, 289, 298, 306, y 313.—Documento curioso, por D. Luis María Ramirez y las Casas Deza, 321.—La hermandad de Santiago, por D. Antonio Neira de Mosquera, 346.—Atila en la Galia, 341.—Principales causas que han dado á los Romanos el imperio sobre una parte del mundo, 361.—Ultimos dias de Juan Chouan, 389.—Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia, 405.—Libusa, reina de Bohemia, 405.—Apuntes históricos sobre Q. Sertorio, por D. Remigio Salomon, 406.

VIAJES.

El puente de España en los Pirineos, pág. 2.—Cascada de Ceriset, 15.—Una tertulia en casa de Victor Hugo, por D. Ramon de Navarrete, 17.—Pagoda de Chanteloup, 71.—Naufragio notable, 81.—Via mala, 129.—Una escursion en Suiza, 145.—La Suiza Sajona, 201.—Emparrado de Hampton Court, 233.—Morlaix, 345.—El rio Usumasinta, 369.—Ferrerias de Indret, 385.—Iglesia de Marcelle, 387.—Iglesia de San Martin en Argentan, 393.—La Meca y la peregrinacion de los mahometanos, 396.

CIENCIAS.

Estudios sociales sobre la civilizacion, por Don Joaquin M. Lopez, pág. 143.—La paz perpétua, por D. Alvarez Gil Sanz, 318.

LITERATURA.

Introduccion, por D. Angel Fernandez de los Rios, pág. 25.—Literatura en Chile, por Don Emilio Bravo, 65 y 74.—Relacion entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega, por D. Adolfo de Castro, 101.—Autos sacramentales de Calderon, por D. José María de Larrea, 124 y 130.—Teatro de Lope de Vega, por D. Ramon de Mesonero Romanos, 209 y 217.—Alonso de Armenta, 236.—El doctor Saa de Miranda, por D. Adolfo de Castro, 299.—Teatro de Moreto, por Don Ramon de Mesonero Romanos, 323.—Teatro de Tirso de Molina, por D. Ramon de Mesonero Romanos, 329.—¿Cervantes, fué ó no poeta? por D. Adolfo de Castro, 354.—Teatro de Roxas, por D. Ramon de Mesonero Romanos, 370.—Teatro de Alarcon, por don Ramon de Mesonero Romanos, 377.—Adicion al artículo Teatro de Alarcon, 392.—Teatro de Calderon, por D. Ramon de Mesonero Romanos, 402.

CRITICA.

La representacion de la tragedia titulada Abel, por D. Mariano José de Larra *(Figaro)*, pág. 2.—Ensayo crítico sobre las obras de Aristófanes, 25.—Fé, Esperanza y Caridad, 336.

BELLAS ARTES.

Estatua de Pousin, pág. 17. Estátua de Dionisio Papin, 47.—Tumba de Boncham, 64.—Dibujo de Miguel Angel en la Farnesina, 185.—Litografía de Lemercier, 353. Retrato de la madre de Rafael, 361.—Del vandalismo en arquitectura, por D. J. M. Cuadrado, 345, 378, 385.—La galería Sciera, 409.

NOVELAS Y CUENTOS.

Dolores, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, pág. 3, 12, 21, 29, 38, 45, 54, y 60.—Los escoberos, por Fernan Caballero, 39.—Con mal ó con bien, á los tuyos te ten, por Fernan Caballero, 69, 78, 85, y 92.—Miseria y virtud, por D. Luis Miguel y Roca, 103 y 108.—La Sigea, por la señorita doña Carolina Coronado, 110, 115, 131, 140, 156, 166, 170, 181, 188, 193 y 211.—La novia de oro, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 133.—La justicia en la Argelia, 135 y 143.—La destruccion de Pátria, por Adolfo de Castro, 149.—Los amores de la madreselva y del albelí, 167.—La montaña maldita, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, 179.—Matrimonio bien avenido, la muger junto al marido, por Fernan Caballero, 205 y 211.—La capitana, 221 y 225.—Los tres maridos burlados, 237, 244 y 251.—Ofelia, por D. Luis Miquel y Roca, 251.—Muerte de Calmar y de Orla, 262.—Luchar contra la fortuna, por D. Adolfo de Castro, 265, 275 y 281.—La voz del anciano, 870.—Entre bastidores, 286.—El ojo del amo, 291.—Doña Fortuna y D. Dinero, por Fernan Caballero, pág. 334.—Delicias de la vida, por D. Luis Mariano de Larra, 335 y 342.—El pico del mediodia, 292.—Amor á vista de pájaro, por D. Juan de Ariza, 294, 303, 315, 325, 340, 350, 358, 366 380—La cantatriz desconocida, 303.—Amores del rey D. Rodrigo con la princesa Eliata, 311—El amor de la castellana, por D. Santiago Iglesias, 362. La buñolera, por D. José Jimenez Serrano, 387.—La esposa fingida de Moliére, 393.—La Maldita, 398.—La pierna de madera, 401—D Miguel de Mañara, por D. José Gutierrez de la Vega, 410.

COSTUMBRES.

Madrid en el año 1851, por D. J. Rua Figueroa, pág. 6.—Los correos, por D. José María Andueza *(Aben-zaide)*, 20.—Atrás, por D. Mariano José de Larra *(Figaro)* 28.—El Diario, por D. José María Andueza *(Aben-zaide)*, 57.—Adelante, por D. Mariano José de Larra *(Figaro)*, 66.—Castillos en el aire, por D. Juan de Ariza, 18.—La Semana Santa, por D. Francisco J de Orellana, 117 y 121.—El martes, (mercado en Toledo) por D. José María Andueza *(Aben-zaide)* 137.—La vecinita de enfrente, por Don Juan de la Rosa Gonzalez, 139.—Los manolos de Madrid, por D. Juan Miguel de los Rios, 157.—El cómico de la legua, por Don Gabriel Estrella, 165.—El Prado y la sociedad madrileña en 1825, por D. Ramon de Mesonero Romanos *(El curioso parlante)*, 172.—La verbena, 197.—Los aguadores, por D. Antonio Flores, 202.—Las seis latitudes del amor en Madrid, por D. Antonio Neira de Mosquera, 230—Un exámen frenológico, por D. Emilio Bravo, 242.—Esposicion de actores, por D. Ramon Rua Figueroa, 255.—Influencia de las mujeres en la cultura de los pueblos, 273.—Las cantaderas de Leon, por D. Ventura García Escobar, 305.—Paralelo entre los cumplimientos y las palabras de buena crianza, por Don José Gimenez Serrano, 327—El Pasiego, por D. Antolin Esperon, 190.

POESIAS.

La carga concejil, por D. Ramon de Mesonero Romanos, *(El curioso parlante)* pág. 7.—Los pollitos, por D. Antonio María Segovia *(El Estudiante)*, 13.—La gazmoña murmuradora, por D. Eugenio de Tapia, 16.—La Cancela, por D. Angel Saavedra, duque de Rivas, 29.—El amor de los amores, por la señorita Doña Carolina Coronado, 30.—En un album, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 47.—Id., por D. Ramon Campoamor.—A Luisa, Blanca y Leonor, por Akstin Elpidos, 64.—Grandezas del poeta, por D. Serafin Calderon *(El solitario)*, 71.—La violeta y el sol, 80.—Amigo, por Don José de Iza, 87.—El aniversario de la muerte de Moratin, por D. Luciano Perez Acevedo, 88.—Carta familiar, por D. José de Quevedo, 94.—Delirios, por D. José María de Mora, 112.—La muerte de Jesus, por Don Adolfo de Castro, 119.—El juicio de los siglos, por D. Vicente Barrantes, 127.—A. L. K., por D. Francisco Vila y Goyri,

159.—A. Napoleon, 168.—De una comedia inédita, por D. Eulogio Florentino Sanz, 191. —El hombre independiente, por E. 148.— La amapola, por D. Juan de Ariza, 200.—Al niño Alberto Perez de Anaya, por D. Alberto Lista, 208.—A un árbol, por el marqués de Auñon, 208.—Romance, por D. Aureliano Fernandez Guerra, 223.—A Elisa, por D. Francisco Camprodon, 224.—Los dos pinos, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 232.—Madrigal, por D Emilio Bravo, 232. —Fragmento, por D. José Espronceda, 239. —Cancion, por D. Miguel de los Santos Alvarez, 240.—Las murallas de Teruel, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—A una nube, por D. Julian Romea, 238.—El hombre y el arroyo, por D. Francisco Camprodon, 263.—Las orejas del borrico, por Don Juan Eugenio Hartzembusch, 264.—La última hora, por D. Ramon de Navarrete, 270. Traduccion del canto segundo de las Lusiadas, por D. Emilio Bravo, 271.—La visita del Panteon, por D. Gabriel Estrella, 279. —Poesías inéditas de D. Juan Pablo Forner, 288.—A un rizo de sus cabellos, por Don Francisco Vila, 295.—A Fernando de Herrera, por D. Eduardo Gasset, 320.—A la señorita Doña Carolina Coronado, por Don Francisco Martinez de la Rosa, 327.—Esposa sin desposar, por D. Vicente Birrantes, 333.—Cancion, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, 339.—En un album, por Don Antonio Alcalá Galiano, 360.—El cuchillo, por El Baron de Illescas, 392.—Latidos del corazon, por D. Eduardo Gesset, 392.—Las dos rosas, por D. Francisco J. Orellana, 400. —Los encantos de una voz, por D. Ventura García-Escobar, 400. Amores del siglo XV, por D. Luis de Eguilar.

VARIEDADES.

Pensamientos varios, pág. 16.—El hijo de la tristeza, 32.—Pensamientos y máximas, 32 y 48.—Máxima, 80.—Anécdota, 128.—La cabeza de ternera, 136.—Filantropía de un duque, 136.—La humanidad, 152.—El espíritu de la historia, 155.—La pregunta del siglo, 152.—El tiempo, 152.—Los dos brindis, 152.—Amenaza de un andaluz, 152.—La discrecion, 152.—Las espavileras, 152.—Vida campestre en Inglaterra, 175.—Los periodos de la vida humana 176. —La inundacion, 193.—Los cinco puntos, 303.—Reliquias de los grandes hombres, 216.—Distincion entre el deber y la virtud, 223.—Melodías hebreas, 247.—Federico II, y uno de sus soldados, 264.—Traje singular, 269.—Vivi inhumaciones, 278.— Las hadas de Limes, 281.—Esposicion universal, 388.—Un médico mudo, 319.— Capricho de un literato, 319.—Las mujeres blancas, 322.—Habitantes de la villa de Batz, 325.—Aforismos, por D. Julian Sanz del Rio, 328.—El hombre de nieve, 329.— El polaco de los particulares, 336.—El bergantin volador, 337.—El abad y el diablo, 339.—Los huevos duros, 352.—Sobre Geroglíficos y anagramas, 360.—Fragmentos, 364.—La velada, 377.—La cruz que nos protege, 380.—Relacion de la familia y regalos que trajo al rey de España Mustafá embajador del gran Turco, 384.—Mitología del norte, 395.—El paraiso, y el infierno, 397.—Causas de nuestros errores, medios de remediarlos, 399.—Anécdota, 400.

HISTORIA NATURAL.

La foca ó Baca marina, pág. 175.—La serpiente de mar, 249 y 258.—Oro de la California, 412.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

Puente de España en los Pirineos, pág. 1. —Castillos de Ferrara, 8.—San Nicolás, 12. —Cascada de Ceriset, 15.—Castillo de Foix, 24.—Paseo de Isabel II en la Habana, 25.—Zarauz, 36.—Abadía de Nuestra Señora de la Casa fiel, 40.—El castillo de Belmonte, 41.—Casa en que nació Carlota Corday.—Casa en que paso su infancia Carlota Corday, 55.—El ex-convento de Jesus Pobre, 57.—Vista de la casa del señor Madoz en Zarauz, 65.—Templo de San Miguel de Media-villa en Medina de Rioseco, 68.— Pagoda de Chanteloup, 72.—Gran teatro del Liceo en Barcelona, 75.—Santa Cruz de Cangas, 76.—Puente de Lugo, 84.—La playa en el puerto de Cancale, 88.—Castillo de Mathe A. Heray, 89.—El castillo de Arjonilla, 97.—Cementerio de la Habana, 105. —Desfiladeros de la Coruña, 113.—Plessisles-Tours, 115.—Iglesia de San Salvador en Dinan. 120.—Vista de la isla de Fernando Póo, 121.—La hoz, 124.—Castillo de las Rocas, 128.—Via-mala, 129.—Plaza de Zocodover en Toledo, 137.—Id. desde los portales, 139.—El Prebischthor, 145.— Vista de los Palacios de Galiana en Toledo, 152.—Capilla de San Isidro, 153.—Monte Furado, 161.—Iglesia de Cosurgeon, 165.— Castillo de Lassaniou, 176.—Ruinas del artificio de Juanelo, 183.—Entrada de los penitentes en Angers, 192.—Castillo de Krifstok, 200.—Camino que conduce á la muralla, entre Welhen y Rahten, 201.— Santuario de los desamparados en Abades, 204.—Ermita de San Eugenio en Toledo, 212.—San Pedro de Cardeña, 217.—San Juan de los Reyes, 230.—Emparrado de Ampton Court, 233.—Casa de recreo en Alemania, 236.—Torreon de la antigua muralla árabe de Toledo, 237.—Hospital de San Dionioso, 244.—Ruan, 249.—La fábrica de Sargadelos, 254.—Capilla de los Alpes, 257.—El hospital del rey de Burgos, 264.—Abadía de San Luis en Francia, 265. Puerta del puente de Alcántara en Toledo, 278.—Palacio de justicia en Reins, 279.— Ruinas del palacio de Doña María la Grande en Toledo, 285.—Portada de la iglesia parroquial de Azpeitia, 313.—La torre del Angel en Palma, 317.—San Pablo del Campo, 338.—Morlaix, 345.—Santa María de Naranco y San Miguel del Lino (cuatro grabados), 356 y 357.—El rio Usumasinta, 369.—Torre-Lucea, 371.—Punto en que tuvo lugar el abrazo de Vergara, 375.— Puente de Ozaeta en Vergara, 379.—Ferrerías de Indret, 385.—Iglesia de Marcelle, 387.—Iglesia de San Martin en Argentan, 393.—Valle de Basalva en Guipúzcoa, 393. —Iglesia de Foret, 405.—Fábrica de tejidos en Vergara, 415.—El Eddistone, por Fernan Caballero, 414.

ANTIGUEDADES.

Casas árabes de Córdoba, pág. 5.—Arbol genealógico de los reyes de España, 9.— Antigüedades de Herculano (dos grabados), 28.—Mosáico romano, 33.—Armadura de Hernan-Cortés, 45.—Vista restaurada de una plaza de Pompeya, 49.—San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, 54.— Sepulcro antiguo de San Isidro, 156.—Casa de Candía, 183.—D. Fernando el Católico en la toma de Baza, 251.—Placa del emperador Cárlos V, 273.

ESCENAS DIVERSAS.

Naufragio notable, pág. 81.—La emancipacion de los Comunes, 108.—Luisa Sigea leyendo un poema, 132.—Una escena de invasion, 144.—Doña Isabel Galindo (la latina), dando leccion á Isabel la Católica, 149.—La inundacion, 193.—Amor de madre, 209.— Meditacion, 215.—La pl garia, 224.—La Capitana (dos grabados), 225.—Escena de Macbet, 248.—La atalaya, 272.—Las hadas de la ciudad de Limes, 281.—Una escena de la chuanería, 289.—La pérdida de la libertad, 296.—El hombre de nieve, 321. —La peña Sacra, 329.—El bergantin volador, 337.—La velada, 377.—Ultimos dias de Juan Chonan, 390.—Objeto de un viage de Luis XIV á Nantes, 397.—La pierna de madera, 401.

RETRATOS.

Víctor Hugo, pág. 19.—Carlota Corday, 52. —D. Alonso III de Fonseca, 59.—Rita Luna, 91.—El cura de Fruime, 100.—La infanta Doña María, 133.—Doña Luisa Sigea, 141.—Luis de Camoens, 157.—El pintor Ducornet, 177.—El conde de Campomanes, 220.—Lain Calvo.—Nuño Nuñez Rasura, 241.—D. José Pellicer, 262.—D. Jorge Juan, 288.—Alonso Cano, 308.—Meyerbeer, 320.—Espinel, 333.—Calvino, 352. Retrato de la madre de Rafael, 361.—D. Nicolás Antonio, 396.—Un retrato pintado por Rafael, 409.

TIPOS POPULARES.

Naturales de Fernando Póo, pág 169.—El Prado en 1825, 178.—Orquestas que han invadido las calles de la capital, 216.—Habitantes de Bat, 324.—Adelaida, 332.— Cabezota, 333.

BELLAS ARTES.

Estatua de Poussin, pág. 17.—Estatua de Dionisio Papin, 48.—Tumba de Bonchamp, 64.—Cabeza dibujada con carbon, por Miguel Angel en la Farnesia, 185.—Ventana de San Juan de los reyes en Toledo, 196.— Estatua de la reina Doña Leonor, 268.—La declaracion, cuadro de Poitevin, 269.—Altar mayor de la capilla del condestable Don Alvaro de Luna en Toledo, 293.—Estatua de Godofredo de Bouillon, 297.—Esposicion universal (diez grabados), 300, 301 y 304.—Capiteles bizantinos, 305.—Nuestra Señora de la Angustia, 312.—Litografía de M. Lemercier, 333.—Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia, 404.—Libusa, reino de Bohemia, 404.

GRABADOS VARIOS.

Un final, pág. 94.—Las ruinas de la Atalaya, 96.—Una vista, 112.—La paloma, 174.—Los cinco puntos, 205.—Las mugeres blancas, 323.—El Abad y el Diablo, 339. —Atila en la Galia, 341.—La jóven en el mar, 364.—El jóven en el bosque, 365.— La cruz (dos grabados), 380.—Un grano de oro de California, 413.

GEROGLIFICOS.

Cada uno en su casa, 32.—Las pasiones y las novelas desvelan á las jóvenes, 80.—Arbol sin riego, casa sin techo, muger sin amor, y marido descuidado, son cuatro cosas que lleva el diablo, 104.—Quien bien quiere, bien obedece, 136.—Si quieres un dia bueno, hazte la barba; un mes bueno, mata un puerco; un año bueno, cásate; un siempre bueno, hazte clérigo, 168.—El conocimiento del mapa es necesario á todo hombre qne viaja por Europa, 208.—Mano sobre mano, como muger de escribano, 240. Bien hayas mal, si bienes solo, 280.—En tiempo de higos, no hay amigos, 312.— Mas vale ser cabeza de ratón, que cola de leon, 344. El lechuzo apetece y bebe aceite, 392.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL,

LECTURA DE LAS FAMILIAS.---ENCICLOPEDIA POPULAR.



(El puente de España en los Pirineos.)

5 DE ENERO DE 1851.

El SEMANARIO entra hoy en el décimosesto año de su existencia. Cinco hace que nos fue confiada su direccion, tres que adquirimos su propiedad: desde aquella época las introducciones con que hemos tenido la honra de abrir los tomos de nuestro periódico, han menguado notablemente en tamaño, á medida que los deseos que manifestábamos en las primeras se han ido viendo realizados al redactar las siguientes.

Hoy nos bastan muy pocas palabras para que desempeñen las veces de prólogo del tomo de 1851. Apoyados en la colaboracion mas numerosa y mas escogida que ha tenido jamás periódico alguno en España, favorecidos con una suscricion estraordinaria en nuestro pais, y seguros de la simpatía que el público profesa al SEMANARIO, nos limitaremos á llamar la atencion hácia el índice del volúmen anterior que se reparte hoy, para que puedan examinarse á un golpe de vista las materias de que se ha ocupado, y los nombres de los escritores que las han tratado, y tambien el aumento de lectura que ha tenido nuestro periódico.

Las mismas plumas que han enriquecido el tomo que concluye, tomarán, como de costumbre, parte activa en el que empieza. Esta seguridad nos mueve á confesar que, en cuanto á la parte literaria, estamos muy próximos á ver satisfecha nuestra ambicion. Quedan aun obstáculos que vencer en la artística y material para que esten ambas en armonía; á esto se encaminarán nuestros esfuerzos, ya que hoy nos creemos con derecho para poder decir, sin pecar de inmodestos, que hemos logrado que el SEMANARIO *sea el primer periódico literario de España.*

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL PUENTE DE ESPAÑA EN LOS PIRINEOS.

La lámina que colocamos al frente del SEMANARIO de 1851, es una de las vistas mas pintorescas que ofrece esa vasta cordillera interpuesta entre España y Francia, y designada con el nombre de Pirineos. Este paisage en que la naturaleza se ostenta en toda su magnificencia inculta y salvage, ha sido repetidas veces teatro de acciones y escaramuzas, con motivo de encuentros entre los habitantes de las dos naciones, en cuya línea divisoria se halla, y por choques tambien entre los aduaneros y los contrabandistas, que frecuentan aquellos parages quebrados para introducir sus mercancías: una de estas escenas, es la que representa la magnífica lámina con que nuaguramos el presente tomo.

MARZO.—1835.—(INÉDITO). (1)

REPRESENTACION DE LA TRAJEDIA TITULADA LA MUERTE DE ABEL, LARGO TIEMPO PROHIBIDA.

La ilustracion de nuestro gobierno parece haber dejado en pie las trajedias en cuaresma por este año, y algunas otras representaciones; solo han quedado escluidos del ensanche dado al arte, los bailes nacionales: efectivamente la autoridad ha conocido que se puede muy bien ver comedias y salvarse: lo que parece estar todavia en duda es que se pueda uno salvar viendo bailar bailes nacionales. Yo estoy con el Gobierno por la negativa. Los bailes suizos, como los de la ópera *El Guillermo*, que se sigue representando, tienen otro ver: los nacionales son los especialmente desagradables á los ojos de Dios, con la circunstancia de que Su Divina Majestad parece llevarlos mas en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta dias, llamados cuaresma. Esto parece querer decir que hay circunstancias para todo, y que lo que es bueno en tal mes, es malo en tal otro, aun á los ojos del cielo. Lo mismo se dice de las ostras, las cuales solo son buenas en los meses de *erre*. Un historiador podria inferir de aquí que las danzas que bailaban los israelitas alrededor del Arca del Testamento, no eran bailes nacionales, sino bailes del Guillermo, bailes suizos. Es probable que fuese asi.

Convengamos en que hay pocas cosas mas ridículas, ni mas insolentes, que la petulancia con que suele el hombre autorizar con el nombre tan sagrado de Dios, sus pequeñeces.

La muerte de Abel es un hecho incontestable, y esta trajedia, una de las *acreditadas* obras literarias del repertorio de Maiquez. Muchísimo mérito debería tener aquel célebre actor, cuando adquirió su fama en las obras que representó, y cuando se la comunicó á ellas mismas. Entre todos los dramas representados por Maiquez, no recordamos uno bueno.

Es preciso tener muchísima precision de hacer una trajedia, para hacer la Muerte de Abel. Advertimos que no vamos á hablar del asunto consignado en las Escrituras Sagradas, que respetamos; vamos á hablar solo de la trajedia, y de los medios de que, para llevarla á cabo, se ha valido el autor.

Los primeros padres empiezan á poblar el mundo. Adan parece un buen sujeto; Eva, al fin, mujer. Abel es un verdadero pisaverde, tierno, rubio y adamado. Delicado y poco trabajador, ha escogido por tanto el oficio de pastor: lleva y trae sus ovejas; reza y duerme, y como es feliz, quiere á todo el mundo. Es natural. Cain es robusto, fuerte, rehecho, feote, poco amigo de dengues: labra la tierra, y sustenta con su fruto á toda la familia: mata á los leones, y les roba la piel para abrigar á todos con ella: si esto es malo, venga Dios y véalo. No tratamos de hacer la apología de Cain; ya es pleito perdido; pero sí de poner las cosas en claro, y la poca habilidad del autor Legouvé. Seguramente que no pasarian las cosas como él las pinta. A pesar de todo eso, como Abel es mas zalamero, y siempre tiene la risa en los lábios, quiérenlo mas. Cain gasta mal humor y quiérenlo menos. Hé aquí la ventaja de los buenos modales. Pero tener mal humor no es delito, sobre todo cuando se trabaja mucho. En estos dimes y diretes, en estos chismecillos de vecinas, pasa el primero y segundo acto, sobre si Cain quiere, sobre si no quiere á su hermano. Tantas veces se lo dicen al pobre, que ya da al diablo á Abel y á sus parientes: dícele á su padre las verdades del barquero: castellano viejo, el pan pan y el vino vino. Entonces no habia pan ni vino: por consiguiente no he dicho nada. Pero de allí á poco vuelve en sí, oye un sermon del gran papá, pide perdon, se reconcilia con Abel, y llenos ambos de fervor, vuélvense á Dios, que anda por allí cerca, segun luego se ve, y depone cada uno su ofrenda en su respectivo altar, de inútiles flores Abel, de productivas espigas Cain.

Era costumbre entonces que bajase una pella de fuego de la bóveda azulada, que se ha descubierto despues no ser mas que aire, sobre el don que mas agradaba á Dios. Asi es, que de allí á poco baja la llama revoloteando, y consume el de Abel. Hé aquí á Cain furioso de nuevo. ¿Es esta, clama, la justicia? Ostigado y frenético, jura ódio y venganza eternos. *¿A qui la faute?*

En el tercer acto ha soñado Cain: es muy comun en los héroes de trajedias el soñar: véanse Dido, Edelmira, Malvina: en una palabra, todos. Los fisiólogos no han podido dar todavia con la causa de esta singularidad. Sea que como comen poco y tienen muchas penas, hagan malas digestiones, sea que cenen demasiado tarde, sea, en fin, lo que sea, el hecho es indudable. Cain, pues, ha soñado que veia á la posteridad de Abel, rezando siempre y dándose buena vida, á costa de la suya, atareada y laboriosa. De aquí vino sin duda decir: *sueños hay que verdades son*; porque ha sucedido *ce por be* todo lo soñado por Cain. Con este motivo este mata á Abel de un porrazo. El autor ha sustituido en este lugar á la célebre quijada del animal mal sonante y sufrido, una especie de azadon. ¿Por qué? Esta es alteracion notable y que pudiera inducir en error al público. La cosa fué quijada, y esto lo aseguramos como si lo hubiéramos visto.

Lo mismo es caer muerto Abel, que se levanta un airazo de todos los diablos: los naturalistas no han podido nunca descubrir que el homicidio levante aire; pero otros tiempos, otras costumbres. Este es uno de los muchos secretos, que se han perdido y que mueren con el poseedor. Cain se horroriza y mas su familia. De allí á poco se ve en el fondo de la naturaleza un triángulo rodeado de rayos de oro, cuyo triángulo habla, y le pide cuentas á Cain, condenándole á vida vaga y execrada. El delincuente no sabe qué responder y toma las de Villadiego, terminándose la funcion con una divertida y copiosa lluvia, efecto tambien sin duda del homicidio.

No negaremos que hay por aquí y por allí algunos rasgos sublimes, pero como dice Virgilio: *apparent rari nantes in gurgite vasto.*

Nos ha chocado mucho que se usára del adjetivo *sangriento*, en tiempo de Adan hasta con abuso; pero mas que todo que el buen señor Adan incurra en el anacronismo grosero de hablar de sus *cenizas*, aludiendo á su muerte. Todos sabemos que hasta muchos siglos despues no se quemaron los cadáveres: no es de sospechar que el respetable anciano, de suyo poco pedante, estuviese tan al corriente de la historia Egipcia, Griega y Romana; lo uno porque Adan fué un tanto anterior, lo otro, que es lo principal, porque nació ya grande para aprender. La figura retórica de las *cenizas* está pues inoportunamente colocada en boca de Adan. Es verdad que en el dia tambien se llama *cenizas* á los cadáveres, y se cree decir una cosa muy elegante: en nuestro entender lo que se dice es un disparate, ahora lo mismo que en tiempo de Adan.

Y esta es la ocasion de decir de paso que la lengua de los primeros hombres deberia ser poco rica y nada á propósito para largos parlamentos metafísicos de teatro, deberia reducirse á unos pocos nombres

(1) Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores, que el SEMANARIO publicará algunos artículos *inéditos* del malogrado Larra, que debemos á la buena amistad de su hijo. Entre ellos se cuentan uno titulado *Adelante*, que prohibió la censura, y otro escrito en vista de esto con el título de *Atras* que sufrió igual suerte que el primero.

propios. Pocas sensaciones, pocas ideas, pocas palabras. Y esto dado caso que hubiesen llegado ya á formarse y fijarse palabras, y que no fuese mas bien sonidos casi inarticulados, toda la conversacion gastada en los primeros tiempos de este mundo perecedero y de pura conversacion, ya en el dia, merced á los adelantos de los hombres.

FIGARO.

DOLORES.

CARTA PROLOGO.

Sr. Director del SEMANARIO PINTORESCO:

Dos noches de desvelo me ha ocasionado V., Sr. Director del SEMANARIO, con su peticion de una novela para aquel lindo periódico. Deseaba yo complacerle, y me devanaba los sesos, como suele decirse, por encontrar en los escondrijos de mi imaginacion algo que me satisfaciese: pero todo era en balde, pues no parecia sino que aquella rica abastecedora de halagüeñas mentiras se declaraba *en quiebra*, en quiebra que segun las apariencias nada tenia de fraudulenta. En medio del vivísimo dolor que produjo en mí aquel descubrimiento imprevisto, recordé que mi primera tragedia, *Alfonso Munio*, tan feliz para con el público, habia debido su existencia á otro momento de inercia de la facultad creadora; á un momento de cansancio y de aburrimiento, en el que no hallando cosa mejor me habia entretenido revolviendo viejos documentos suministrados por el archivo de mi familia. De ellos habia sacado la noble y caballeresca figura del alcaide de Toledo, y en ellos esperaba encontrar algun otro tipo de los pasados tiempos, que por el contraste que ofreciese con los de nuestro siglo alcanzase la dicha de interesar algunos momentos á los benévolos lectores del ameno periódico cuya prosperidad deseo. Mi esperanza no quedó frustrada del todo, ni del todo satisfecha: los personages que he escogido para componer este pequeño cuadro que hoy va á juzgar V., no son acaso los mas interesantes que hubiera podido proporcionarme en aquel vasto museo de figuras colosales, si se comparan con las de nuestra época; pero confesaré una flaqueza: la circunstancia de llevar mi apellido los principales actores del drama sencillísimo que copio á continuacion de estas líneas, pudo tanto en mí que les concedí desde luego la preferencia, no obstante el justo recelo que instantáneamente concebia de que el interés que me inspiraban mis héroes, nacido en gran parte por las simpatías de la sangre, no fuese comunicable á los indiferentes, que solo buscasen en esta historia el interés de los sucesos.

Combatida de dicho temor, pero arrastrada por el afecto del corazon que se recreaba en bosquejar rasgos que se le hacian queridos, escribí los adjuntos capítulos, y aunque cada uno de ellos lleva mi nombre al pié, he creido conveniente encabezar su conjunto con esta *carta prólogo* en que declaro que ninguna *pretension*, segun se dice ahora, me anima al dar publicidad á *Dolores;* que nada he inventado, que ningun esfuerzo de ingenio ha sido menester para presentar bajo las formas de una novela la estraña y dolorosa historia de aquella pobre criatura que existió realmente, como todos los personages que en torno de ella se agrupan en este breve cuadro, y que el lector encontrará tambien si le place buscarlos, en las crónicas mas conocidas del reinado de D. Juan II de Castilla. Mi trabajo, pues, se ha reducido á copiar con fidelidad, y de vez en cuando á llenar algun pequeño vacío que solia advertir en el original, escrito con bastante descuido y con menos pormenores de los que se me hacian necesarios para llenar mi objeto. Por lo demas, ninguna gloria puede resultarme del mérito que haya en la presente historia, y al confesarlo humildemente, ruego á los suscritores del SEMANARIO, á quienes la dedico en muestra de mi aprecio y buena voluntad, que tampoco se quejen de mí si no alcanza *Dolores* la fortuna de agradarles, toda vez que he comenzado por eximirme de los *honores*, y por consiguiente *de la responsabilidad* de inventadora.

Dicho esto, nada tengo que añadir, sino que formo sincerísimos votos por la dilatada vida del SEMANARIO, y por las ventajas de todo género que merece su ilustrado director, y porque proporcione su lectura completo solaz y entretenimiento á sus constantes suscritores, y principalmente *á sus bellas suscritoras.*

B. S. M. de V.

G. G. DE AVELLANEDA.

CAPITULO I.

EL BAUTIZO DE UN PRINCIPE HEREDERO.

Apenas serian las nueve de la mañana del dia 12 de enero de 1425, y por cierto no habia salido el sol á regocijar la tierra con todo el esplendor y la pompa que requeria la gran solemnidad que iba á verificarse en aquel dia. Nebuloso se mostraba el cielo, y fria y punzante la atmósfera, cosas no estraordinarias en aquella estacion, pero asaz desagradables y hasta inoportunas cuando toda la ciudad de Valladolid se aprestaba llena de júbilo á festejar grandemente al sagrado bautismo del primer fruto masculino que se dignaba conceder la providencia al feliz himeneo de don Juan II de Castilla y de doña Maria de Aragon, su esposa y prima.

Desde los primeros albores del alba habia comenzado en los barrios mas tranquilos por lo comun en aquella hora, desusado movimiento, que iba aumentándose considerablemente á medida que se veia mas próximo el instante solemne de la augusta ceremonia: mas donde se hacia mas notable la afluencia de gente y el tumulto consiguiente á ella, era en la calle conocida con el nombre de *Teresa Gil*, honrada entonces por habitar en ella los reyes, y en la Plaza Mayor, donde casualmente tenian vecinas sus respectivas moradas los tres poderosos magnates á quienes cabia la alta honra de sacar de pila al heredero del trono. Eran estos el condestable D. Alvaro de Luna, conde de Santisteban; el almirante D. Alonso Enriquez, y el adelantado de Castilla D. Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro-Xeriz, acompañándoles, como madrinas del escelso recien-nacido, sus esposas doña Elvira de Portocarrero, doña Juana de Mendoza y doña Beatriz de Avellaneda.

Cada uno de aquellos felices personages tenia, como era consiguiente, numerosos adictos y enemigos (que nunca faltan ni unos ni otros á los que ejercen autoridad y se encumbran por cualquier mérito real ó caprichosa fortuna), y segun sus sentimientos particulares cada uno de sus apasionados ensalzaba ó censuraba la nueva distincion régia que colmaba de gloria á los que eran objeto de sus esperanzas ó envidias. Aquí se oian lamentaciones; allá aplausos: unos se escandalizaban de que se llevase á su complemento el orgullo de D. Alvaro de Luna, con honras de que le declaraban indigno, y complaciéndose en recordar la oscuridad de su origen, pronosticaban desastres increibles en el reino, á causa del favor en que parecia establecido aquel dichoso advenedizo. Otros, por el contrario, ponian en las nubes las cualidades del valido, y aseguraban la creciente prosperidad de Castilla si continuaba dirigiendo con su prudencia y talento el ánimo del monarca. Algunos se admiraban de que no fuese solo D. Alvaro el honrado con el padrinazgo; muchos llevaban á mal que aceptasen la asociacion de aquel favorito personages tales como D. Alonso Enriquez y D. Diego Gomez de Sandoval.—El viejo almirante, decian los primeros, solo debia ocuparse de preparar su viaje á la otra vida; y el bueno del conde de Castro, que siempre se ha mostrado mas celoso por el servicio del rey de Aragon que por el bien de Castilla, no merece en verdad que se le conceda hoy la mas señalada muestra de estimacion que puede ambicionar el súbdito mas leal por premio de sus sacrificios.

Un nieto de reyes, esclamaban al mismo tiempo los de otro bando, un varon tan ilustre en todos conceptos como lo es D. Alonso Henriquez, no debia tener por compañero en esta merced á un D. Alvaro de Luna. ¿Y el Adelantado? prorumpian otros: ¿es justo que el rey iguale á este digno caballero con el aventurero afortunado que no alcanza otra gloria que la de haber seducido el corazon de S. A.? Nadie mas que D. Diego Gomez de Sandobal merecia sostener en la pila bautismal al Infante que debe gobernarnos algun dia. El mismo almirante, magüer en sangre real, no deja de ser un bastardo, que no puede adornarse con blasones tan legítimos y tan puros como los que honran la casa del conde de Castro-Xeriz.

Tales eran las pláticas que por dó quier se escuchaban, y hasta las damas, que iban apareciendo en los balcones entre cortinajes de seda, discutian acaloradamente en pró y en contra de la eleccion real.

Las otras madrinas, decian unas, van á quedar deslucidas por la mujer del condestable. Nadie sabe como él ser espléndido cuando quiere: ni dama brilla en la córte que pueda competir en gracia y en bizarría con su jóven esposa doña Elvira.

Doña Beatriz de Avellaneda vale cien veces mas, replicaban otras: aunque menos jóven es mucho mas hermosa, y nunca podrá adquirir D. Alvaro el buen gusto y la natural magnificencia del conde de Castro-Xeriz, que al fin nació siendo lo que es, y no ha menester aprender los aires de personaje.

¡Callad! esclamaba otra: ni la condesa de Castro, ni la de Santisteban, por bellas que las pinteis y por riquezas que ostenten, se harán notar tanto como doña Juana de Mendoza, la esposa del almirante. Porque tiene 60 años, la juzgais fuera de toda competencia: pues sabed que ni Elvira de Portocarrero, con su rostro afiligranado y su juventud florida, ni Beatriz de Avellaneda, con su aspecto arrogante y su orgullosa hermosura, alcanzarán la dignidad natural de la ilustre matrona, que perdiendo con la edad las gracias de la figura, parece haber acrecentado dotes preciosísimas del alma, que se reflejan en aquella, y que la hacen todavía la muger mas amable de Castilla.

En tanto que estas conversaciones se tenian, la calle de Teresa Gil y la Plaza Mayor iban llenándose mas y mas de curioso gentío, y volando rápidamente los instantes se acercaba á mas andar la hora señalada para trasladarse los padrinos al palacio de los reyes. Verlos salir y examinarlos de cerca era el impaciente anhelo de aquella multitud que se agitaba en los pórticos, que comenzaba ya á posesionarse de todo el ámbito de la Plaza, y que bien pronto debia refluir y dilatarse por las calles del tránsito, hasta las puertas de la real morada, delante de las cuales eran ya numerosos los grupos de cortesanos. Pero ni en el mismo palacio habia tanta agitacion como en las casas de los padrinos. Todo era en ellas movimiento y alegría, todo entrar y salir escuderos y pajes, que en aquel gran dia ostentaban la opulencia de sus señores con el lujo inusitado de sus costosos trajes. Adornábanse los primeros con terciopelos y damascos; y hasta los criados de inferior categoria se pavoneaban ufanos con sus vestidos de finísima grana; mientras que los principales actores de aquella fiesta solemne se disponian á aparecer en público deslumbrantes con la profusa copia de brocados y pedrerías que á competencia cargaban en aquellos momentos sobre sus personas, mas ó menos adornadas de antemano por la pródiga naturaleza.

Eran las diez y media: treinta minutos solo faltaban para el instante señalado por los reyes para la ceremonia, cuando, comenzando á satisfacer la inquieta curiosidad del gentío, se presentaron antes que los otros, el almirante y su esposa, saliendo á pié de su morada en medio de una brillante comitiva. Magníficas eran las galas de doña Juana de Mendoza, aunque apropiadas á sus muchos años, y con magestuoso continente llevaba todavía el buen D. Alonso Henriquez su rico manto recamado de oro, y forrado de riquísimas pieles; pero todo su lujo y la verdadera dignidad que podia notarse en aquella venerable pareja, no pudo fijar sino un momento de atencion general, llamada poderosamente hácia la casa del condestable, cuyas macizas puertas se abrieron con ruido de par en par en el instante en que D. Alonso y su muger atravesaban la plaza. Digno de príncipes era ciertamente el lucido séquito que comenzó á salir precediendo á D. Alvaro, y el concurso de espectadores tuvo necesidad de retroceder y oprimirse para dejar campo al tropel de numerosos servidores de aquel suntuoso valido, que se dejó ver por fin, dando la mano á su Elvira, resplandecientes ambos con el doble brillo de la juventud y de la dicha, que hacian parecer inútiles los otros esplendores que les prestaba la opulencia. El condestable pasó con gracioso desembarazo por entre las oleadas humanas, sin que un momento se apartase de sus delgados labios la sonrisa algo desdeñosa que le era característica, mas llevando en su erguida frente y en sus ojos vivaces y penetrantes una espresion de alegría y benevolencia, que no le era tan comun como aquella. Su elegante consorte repartia mientras tanto saludos afectuosos por la triple hilera de balcones que coronaba la plaza, y en los cuales innumerables ojos, negros y fulgurantes, se clavaban en ella ávidamente, para recojer los mas insignificantes pormenores de su magnífico tocado. Cuando hubieron pasado aquellos personajes y sus respectivas comitivas, todas las miradas se dirigieron únicamente hácia la casa del conde de Castro; pero nada anunciaba en ella la próxima salida de sus dueños. Ya pisaban los otros padrinos los umbrales régios, y todavia no habian visto aparecer los concurrentes de la plaza al adelantado de Castilla, cuya inconcebible tardanza comenzaba á dar pábulo á mil suposiciones mas ó menos verosímiles.

Nosotros, en vez de fatigar al lector con la noticia de ellas, le haremos salir de duda, introduciéndole sin ceremonia en lo interior de aquel edificio delante del cual tanto se afanaba la curiosidad, sin atinar ni remotamente con la simple y verdadera causa del retardo que la sorprendia é impacientaba. En uno de los departamentos de aquella gran casa, mas notable por su capacidad que por su construccion, se nos presenta á la vista, amables lectores mios, una graciosa estancia compuesta de pequeña sala de forma oval, gabinetito redondo y espaciosa alcoba casi cuadrada. Los dos primeros estan tapizados de damasco azul celeste: á la tercera la reviste coquetamente (pásesenos esta palabra) una seda mas ligera de color de perla sembrada de grandes rosas. Todos los muebles de aquel elegante aposento son de un gusto sencillo y esquisito, poco comun en la época: se ven esparcidas por las sillas del gabinete en agradable desórden varias labores femeniles no terminadas aun; sobre la mesa del tocador abundan tambien mil lindas baratijas que anuncian el sexo del dueño de aquella estancia, y al fondo de la alcoba se descubre un lecho blanco, delante del cual ha olvidado sin duda la negligente camarera dos zapatillas de terciopelo verde, cuyas breves dimensiones dan testimonio de haber calzado los mas pulidos pies que pueden haber hollado la tierra de Castilla.

La puerta de cristal de aquella alcoba tiene enfrente otra igual, pero tan cerrada y cubierta por sus cortinillas de tafetan púrpura, que no nos es dado por ahora penetrar mas adentro. Nadie aparece por allí: cuando en toda la casa reina el bullicio mas alegre, aquel aposento yace en calma y en silencio, no interrumpiendo este sino los gorgeos de dos gilguerillos que en sus jaulas doradas celebran la claridad del dia desde las dos ventanas que dan paso á la luz en la sala y en el gabinete. La de este último, no aclarando la alcoba por su frente, pues está situada á su lado izquierdo dando vistas á un jardin, deja el recinto del lecho en una semioscuridad que place á la vista y á la imaginacion, prestándole un no sé qué de vago y misterioso que armoniza con aquel dormitorio virginal endonde el mismo sol parece penetrar respetuoso.

El frio intenso de la estacion no se percibe en aquella estancia: se encuentra uno envuelto en tibia y perfumada atmósfera, en aquella atmósfera especial que distingue en todos los paises del mundo la mansion habitual de una muger hermosa y delicada. La que examinamos nos parece tan característica, que hasta inferimos de ella la edad, la índole y las inclinaciones de su modesta habitadora; y tanto es asi, que cuando vemos entrar de repente á una matrona hermosísima cubierta de espléndidas galas que sabe llevar con desdeñoso desembarazo, nos sentimos dispuestos á esclamar sin vacilacion: *¡no es ella!*

Pero al nombre de Dolores que en alta voz articula al lanzarse al gabinete, se abre de súbito la puertecita de cristal, hasta entonces cerrada, y aparece como encuadrada en su centro la casi ideal figura de una jóven de diez y seis años, blanca, esbelta, con sencillísimo arreo, y con tal espresion de delicadeza y sensibilidad y modestia en la melancólica mirada de sus grandes ojos pardos, que no nos es posible dejar de reconocerla por la apacible deidad de aquel modesto santuario.

—¿Me llamábais, madre mia? dijo al presentarse, dejando oir una voz que tenia algo de musical, tanta era la suavidad de sus modulaciones.

—¡Siempre encerrada en tu oratorio! esclamó la dama con tono de reconvencion. ¿Has olvidado, Dolores, que estamos á 12 de enero, dia en que entrará en el santo gremio de la Iglesia el heredero de Castilla? Son mas de las diez, añadió vivamente, y aun no te encuentro ataviada.

—Creia, repuso la jóven, que mi dueña os habria hecho saber la mala noche que he pasado, y que sintiéndome indispuesta esperaba de vuestra bondad y de la de mi señor padre el permiso de no salir de mi cuarto.

—¡Te sientes indispuesta! dijo con demudado semblante la condesa de Castro, acercándose á su hija con maternal solicitud; pero al notar el nacarado brillo de su hechicero rostro, calmóse indudablemente su zozobra, pues añadió con acento menos afectuoso y casi severo:—No estás mala, no, gracias al Cielo: lo que te retrae de las distracciones propias de tu edad; lo que nos priva de la compañia de nuestra hija haciéndola amar el aislamiento en el propio seno de su familia, es esa tristeza con que te empeñas en afligirnos, y cuyo orígen tan cuidadosamente nos recatas.

Dolores se puso pálida y bajó los ojos con muestras de turbacion. Doña Beatriz de Avellaneda prosiguió con mas blandura:—Sí, hija mia, estás triste hace algunos meses: todo te enfada: hasta la ternura de tus padres y las caricias de tus hermanos en cuyos juegos te recreabas antes. De cariñosa y jovial que eras, te has convertido en displicente y desprendida de los tuyos; pero no imagines que á pesar de tu reserva me es desconocida la causa de tan sensible cambio: comprendo el loco afan que fatiga tu pecho: conozco la idea que se ha apoderado de tu mente y que tanto la domina.

Dolores se puso encendida como la grana y levantó hasta el semblante de la condesa una mirada tímida y medrosa. La matrona continuó diciendo: Eres muy niña, mi querida hija, para pensar en resoluciones tan graves é irrevocables: hemos hecho mal tu padre y yo en confiar tu educacion á la buena abadesa de santa Clara de Tordesillas: de los años que has pasado en aquel convento nace el desagrado que te inspiran hoy todas las cosas del mundo: sin reflexionar que el esceso es malo aun en lo bueno, que en todos los estados se puede servir á Dios, y que su Providencia al hacerte nacer de padres ilustres y opulentos, y al dotarte de mil prendas preciosas, ha hecho conocer que no te destinaba á las oscuras virtudes de la vida monacal. Pero en la exaltacion peligrosa de tu inesperiencia solo suspiras ahora por volver al convento, y estoy muy segura de que no concibes otra felicidad que la de tomar el velo, abandonando á unos padres que cifran en tí su gloria.

Dolores respiró con mas libertad al oir estas palabras, y aunque la emocion con que pronunció las últimas doña Beatriz enterneció el corazon de la niña, era fácil conocer que se habia disipado de su pecho alguna inquietud dolorosa.

—No deseo separarme de vos, madre mia, dijo inclinándose para besar sus manos: Dios me es testigo de que me reconozco muy indigna del santo título de esposa suya.

—Si así es, repuso la condesa, ¿por qué causa esta mudanza que tanto llama la atencion de todos los de la casa, y que...—no pudo terminar la frase, pues en aquel instante entró presuroso en el aposento el adelantado de Castilla.

—¿Dónde está mi hija? esclamaba: hanme dicho que se encuentra enferma...—Dolores le salió al encuentro con amable sonrisa, y el conde de Castro la estrechó en sus brazos diciendo entre enfadado y alegre.—¡Maldita sea esa dueña que me hizo creer que mi ánjel padecia!

—No ha sido nada, le aseguró la jóven acariciando sus manos: un poco de dolor de cabeza que ya ha calmado.

—Es que la echamos á perder, D. Diego, con el demasiado mimo, pronunciaba al mismo tiempo la condesa. Ya lo veis, Dolores no quiere participar en este gran dia del júbilo de sus reyes y de sus padres.

—¿Por qué pues, vida mia? la preguntó el adelantado con tan afectuoso acento que contrastaba con su figura varonil y vigorosa y con el gesto marcial que le era característico. El rey *hace sala* (1) á su corte; se celebrarán justas esta tarde, y por tres dias consecutivos tendremos numerosos y brillantes regocijos.

En efecto hoy es *un gran dia*, respondió Dolores con particular espresion: un dia muy grande para mí... para todos, añadió turbándose: por eso mismo os pido el permiso de pasarlo en soledad y oracion.

—¡Eso es! ¡en oracion! prorumpió casi enojada doña Beatriz de Avellaneda: nuestra hija, D. Diego, no piensa mas que en el cielo, y desprecia todas las cosas de la tierra, inclusos nosotros.

—¡Despreciaros! esclamó la jóven. ¡Oh! bien sabeis que os amo y os reverencio, madre mia. Os aseguro nuevamente que no pienso en dejaros; pero necesito orar hoy mas que nunca para que Dios bendiga este gran dia, para que todo lo que acontezca en él sea próspero y favorable.

Rumor de voces y de cercano tumulto hizo que apenas entendiesen los condes las últimas palabras de Dolores; y volviendo los tres sus miradas hácia los corredores de donde venia el ruido, vieron venir presuroso y casi sofocado un caballero de buena presencia y lujosamente vestido, el cual gritaba con estentórea voz á los criados que le seguian: —¡Vive Dios que todos pareceis tontos! ¡Llamad á mi cuñado! ¿Dónde está? ¿dónde diablos se esconde? ¿en qué piensa mi hermana? ¡Los buscaré!... ¡van á dar las once!

Descubrió entonces á los que procuraba y se lanzó á ellos diciendo con mayor impaciencia todavia que la que antes espresaba. —Van á dar las once ¡vive Cristo! El condestable y el almirante estan ya en palacio; el obispo de Cuenca espera en la capilla al augusto niño que va á cristianar. Solo por vosotros se aguarda: ¿qué es esto? ¿qué os detiene?

—¡Cómo! ¿decís que van á dar las once? esclamaron á la vez los dos esposos.

—¿Tan descuidados estais que no lo sabeis? ¡voto á sanes que vuestra calma es admirable! ¡A palacio, señores, á palacio: sus altezas esperan!

—Es que, como ya veis, dijo el conde volviendo los ojos á su hija, esta niña no se ha ataviado; rehusa asistir á los régios festejos, y temiendo por su salud....

—Esa niña, interrumpió bruscamente el impaciente caballero, hará en buen hora su voluntad ya que no sabeis imponerla la vuestra: sois demasiado blandos con ella: pero no es menester por tanto que seais desatentos con vuestros reyes. ¡En marcha todos! ¡en marcha!

El adelantado abrazó tiernísimamente á su hija; doña Beatriz la dirigió todavia una última reconvencion, aunque acompañándola de una mirada benévola. Don Juan de Avellaneda, señor de Izcar y de Montejo, alférez mayor del rey, y hermano de la condesa de Castro, que este era el personage que entrara á turbar la conversacion de los condes con su hija, se sonrió desdeñosamente al observar tantas muestras de paternal cariño, y aun el leve indicio de la materna ternura. Aquella sonrisa y todo su aspecto y toda su fisonomía, aunque notables por su nobleza, parecian declarar que los sentimientos tiernos no hallarian fácil entrada en el alma de aquel personage, cuya única pasion debia ser el honor, y su única flaqueza el orgullo. Todos, escepto Dolores, salieron presurosos para dirigirse al palacio, y apenas se vió sola nuestra heroina volvió á encerrarse en su oratorio, donde puesta de rodillas ante una imágen de la Santa Vírgen, repetia con indecible angustia: —«¡Este es un gran dia! ¡Todo vá á decidirse! ¡mi dicha ó mi desgracia! ¡mi vida ó mi muerte! ¡Protejedme, divina María, protejedme!

(Concluirá.)

G. G. DE AVELLANEDA.



Casas árabes de Córdoba.

En una de las ciudades de España mas ricas en vestigios de la dominacion de los árabes atendido lo poco que nos queda de un pueblo que por tanto tiempo habitó en la península y que tanto edificó, en Córdoba decimos, en la populosa capital de los califas de occidente, solo en dos casas quedan recuerdos de la construccion civil de los árabes, siendo cosa estraña que se hayan conservado hasta nuestros dias por espacio de seis siglos, sobreviviendo á tantos monumentos notables como se han ido destruyendo. Esta singularidad nos ha movido á dar noticia de ellas.

Existe de la una solamente una galería sostenida de columnas de jaspe con capiteles bizantinos y sin basa, de la cual se pasa á una sala, cuya puerta es un arco primorosamente labrado con inscripciones en su parte interior, ya casi borradas, como igualmente los delicados arabescos, con los repetidos blanqueos de cal. La otra, que es la que conserva mas de lo que fué, y la que representa el dibujo, perteneció á alguna familia principal (como tambien la otra) segun lo revelan las suntuosas piezas que aun quedan. Estas son una galería y sala baja, una estrecha escalera muy decorada que conduce al piso superior y galería alta, de la cual se pasa á una pequeña sala cuya puerta en forma de arco es semejante en sus ornatos á la de la baja; pero en lo demás se ven otros añadidos segun nos parece, en los siglos XIV ó XV, como es una chimenea y varios escudos en los muros y techos.

(1) Llámase *hacer sala* cuando el rey daba de comer á sus cortesanos, admitiéndolos á la mesa, lo cual no solia hacerse sino en grandes solemnidades.

Se ha creido que las casas de los árabes no tenian mas que un piso, como dice el señor Tápia en su obra de la civilizacion de España, porque acostumbraban habitar en lo bajo, ya sea, escribe «por tener mas á mano los baños, ó ya para no subir escaleras, que no usaban ni aun en los altos castillos.» Las razones indicadas de no usar altos los árabes no nos parecen las mas concluyentes, siendo la principal y acaso la única que los árabes propiamente asi llamados habitantes del Asia, del mismo modo que los que vinieron á establecerse al Africa y luego pasaron á España, eran naturales de paises ardientes donde es una necesidad habitar en lo bajo durante la estacion calorosa del estio, al mismo tiempo que los inviernos son muy templados. En cuanto á no usar los árabes escaleras en sus edificios, esto no puede admitirse con la generalidad que el señor Tápia afirma, pues lo contrario se ve en esta casa y en varios castillos construidos indudablemente por los árabes ó por maestros de esta nacion al servicio de los cristianos, en los cuales hay escaleras aunque formadas de escalones muy bajos y suaves.

La casa que nos ocupa está demolida en gran parte, y reducido á patio y huerto ó corral mucho de lo que estuvo edificado en otro tiempo; y aunque no sea del mismo que la casa, para complemento de su carácter oriental descuella una palma delante de las habitaciones.

Luis María RAMIREZ y las CASAS-DEZA.
de la Real Academia de la Historia.

MADRID EN EL AÑO DE 2851.

NUEVO PORVENIR DEL MUNDO.

La primera labor que hago yo al despertar por las mañanas, es leer de cabo á rabo ese periódico tan instructivo y tan bien redactado que llaman *diario de avisos*. Siguiendo esta antigua costumbre, cójile ayer de madrugada, casi maquinalmente y medio dormido todavia. Sorprendióme ver en su primer renglon y en gruesos caracteres la siguiente fecha: Enero de 2851. Frotéme los ojos, desconfiando de mi vista, pero no habia duda; estaba perfectamente claro Enero de 2851. Proseguí leyendo, y confieso que entonces fué creciendo mi sorpresa gradualmente, porque estaba tan bien escrito el diario y anunciaba cosas tan nuevas para mí, que lo primero que se me ocurrió fué si la providencia habria vuelto locos á los redactores, despues de haberlos enseñado la gramática castellana y en castigo de las infinitas y descompuestas majaderias que hasta el presente habian insertado en las columnas de su periódico.

Un tanto confuso ya alargué la mano al almanaque que tengo siempre á la cabecera de mi cama, y ¡cuál fué mi asombro al leer en su portada Calendario para el año de 2851!—Esto se va complicando, esclamé para mis adentros, y vistiéndome precipitadamente me puse el gaban, cojí el sombrero y me salí á la calle. Tomé á lo largo de la Carrera de San Gerónimo, y ¡cosa estraña! no tropecé con ser viviente: Ni el mas leve rumor llegaba á mis oidos que denotase movimiento de gentes ni sonido de voces. Admirado con tan desusada soledad me pregunté si se estaria verificando á aquellas horas la entrada de Montemayor en Madrid cabalgando en su Eolo, ó si se habria renovado la aparicion de un segundo ballenato en las nauseabundas aguas del sediento Manzanares.—Algo debe llamar y á alguna parte en estos momentos la presencia de los curiosos habitantes de esta coronada villa. Segui mi camino y me diriji á la puerta del Sol. ¡Singular fenómeno! No se encontraba alma humana, ni para un remedio siquiera. —¿Si habré equivocado las horas, tomando la noche por dia y por sol la luna?—Miré para arriba, y los radiantes rayos del alegre hijo de Apolo me hicieron cerrar los ojos mas que de prisa. Enojoso y casi irritado asime de la barba como quien quiere meditar. Sentilas largas y me ocurrió la idea de raparlas. No podia haber concebido pensamiento mas acertado.—Vámonos á casa de Reigon, mi antiguo maestro. Allí podrán sacarme de dudas: ¿qué cosa hay que se ignore en una barberia?

Subí de prisa y observé que estaban de muda; mas que esto me estrañó ver caras nuevas. Ningun oficial conocido se encontraba allí. Pregunté qué cambio era aquel, y un mozalvete como de veinte años me enseñó estendiendo el brazo, el único sillon para el uso del arte que habia en la sala. Me hallaba ya en el primer enjuagatorio y volví de nuevo á dirigirle la palabra.—¿Adónde se muda el maestro? El aprendiz siguió enjabonándome la cara: no hizo mas que darme la callada por respuesta.—¿Si no me habrá oido? ¿Si tendrá órdenes para no hablar? ¿Si habrá establecido Reigon este sábio sistema en su establecimiento?

Distrájome de este soliloquio la entrada de un nuevo parroquiano. Estrañóse de verme, y yo me estrañé de verle entrar sin decir oste ni moste.—Este conoce los usos de la casa, sin duda; pero ¡vive Dios, que yo he de romper un silencio tan monotono y tan pesado! ¿Qué hora es, muchacho?—El muchacho me estaba ya enjugando la cara y siguió su operacion sin contestar ni esta boca es mia.—¿No oyes, bruto?—Y acompañando este interrogante con un trastazo á la vacia que tenia en la mano, se la puse por casquete—dejándole como quien acaba de tomar baños hidropáticos. El barberillo se limpiaba pausadamente con la tohalla, sin dignarse ni aun mirar para mí.—Voto á tal, que ya raya en insolencia y quiero castigarla á puñadas.

Al oirme y al verme tan incomodado, el tercer personage que se hallaba asomado al balcon que cae sobre la calle de la Montera, se acercó á mí diciéndome:

—¿De dónde viene V. hombre? ¿no sabe V. que este jóven es sordo-mudo de nacimiento?

—¿Y qué motivos tenia yo para saberlo?

Una estrepitosa carcajada salió de las fauces de mi interlocutor, y por un buen trecho de tiempo no hacia mas que mirarme y reirse. Repuesto al fin dió la vuelta al rededor de mí, y se paró á contemplarme por la espalda.

—¿Qué es lo que mira V.?

—¡Nada! Estaba examinando si seria V. un areolito, algun objeto caido de las nubes.

—¿Pues qué no sé yo quien soy, ni en dónde estoy?

—No lo parece, al menos.

—¿No es este Madrid?

—Asi lo apellidan de algunos siglos á esta parte.

—¿No estamos en el año de gracia de 1851?

—¡Hombre, V. no está en su cabal juicio! V. se equivoca en la friolera de mil años.

—¡Mil años! esclamé, y al instante se me vinieron á las mientes las fechas del *diario de avisos* y del *calendario* que tanto me habian sorprendido al despertar.—¿Viviremos acaso en el de 2851?

—Pintiparado.

—¡Este hombre está loco!

—¡Este hombre está demente!

Estos dos apartes no fueron pronunciados en voz tan baja que no los oyésemos los dos. Se parecieron á los apartes de los teatros cuando los cómicos los vomitan á la cara unos de otros.

Yo que en nada creo, ni aun en las mugeres siquiera—estuve muy lejos, á pesar de cuanto acababa de pasar por mí, de persuadirme de que hubiese pasado mil años durmiendo; pero como hombre de humor quise seguir la broma, y con aire risueño é inocenton supliqué á mi interlocutor me esplicase el motivo por qué se hallaban tan abandonadas de transeuntes las calles de la capital.

—¿Tampoco lo sabeis? Ya veo que sois uno de los siete durmientes.

—Acaso.

—¿Pues quién ignora que hoy es el solemne dia en que va á realizarse el acontecimiento providencial de la humanidad; en que va á organizarse el mundo bajo una nueva y salvadora forma; en que vá á constituirse la sociedad bajo un pensamiento fecundo de felicidad y de armonia?

—¡Tate! ¡tate! Si serán ya una verdad práctica los delirios de Cabet ó los sueños de Fourrier? ¿Si en esto consistirá el busilis de los mil años de aumento con que hoy me he visto cargado de repente? Como los socialistas son tan ingeniosos, acaso habrán descubierto otra escuela basada en la reforma del calendario.

—¡Pobre hombre que sois! ¿Creeis acaso tan estúpida á la generacion presente que pueda fascinarse con el espectáculo de una *república* platónica, de una *Icaria* ó de un *Falansterio*? ¡Qué locura! Nuestros antepasados han imaginado reorganizar el mundo con las virtudes de la humanidad, esto es, con cantidades negativas; nosotros, mas positivos y mas prácticos, vamos á reorganizarlo con sus vicios, esto es, con cantidades positivas.

—Esplicadme.

—Nuestro sistema está cimentado en el órden mecánico de los pueblos, asi como los de los socialistas pasados estaban fundados en el órden moral de las sociedades. Ellos querian dividir la propiedad; nosotros dividimos á los propietarios. Ellos querian distribuir los trabajos en grupos, nosotros distribuimos los oficios en secciones. Ellos querian reunir en una todas las clases; nosotros las separamos y aislamos unas de otras. Ellos querian imprimir ciertas y determinadas pasiones al corazon humano; nosotros queremos utilizar y santificar las buenas y malas que cada persona tenga. Ellos querian levantar nuevas ciudades; nosotros respetamos las antiguas, y el nombre de sus plazas y sus calles es la base de nuestra gran reforma.

Atónito me tenian las palabras que estaba escuchando. Mi incredulidad se desvanecia por momentos.—Continuad, le dije.

—Ya he concluido. Hoy es el dia en que va á sonar la hora, esa hora que tanto ha ocupado á los agitadores insustanciales y á los fabricantes de innovaciones, esa hora que hacia decir á tantos charlatanes: *¡Ha sonado la hora de la emancipacion! ¡Ha sonado la hora de la li-*

bertad! ¡Ha sonado la hora de la regeneracion! ¡Pues bien! hoy real y verdaderamente va á sonar la hora destinada por la providencia para la constitucion social de que acabo de daros una breve idea. Las gentes se han reunido en Chamberí, lugar consagrado á los sabios de la antigüedad, porque los columpios que en él se levantaban eran una imágen del alto vuelo intelectual de nuestros mayores, y porque la estrepitosa música que resonaba en su plaza era la fiel espresion de los sublimes acentos del génio de nuestros padres. En dicho Chamberí, cuyo nombre hemos conservado por un sentimiento de respeto arqueológico, se señalará á cada habitante su cuartel, su barrio, su localidad, su uniforme y sus deberes; y ahí teneis á Madrid reglamentado bajo el verdadero socialismo, en el corto espacio de algunos minutos, y con Madrid á todos los habitantes del globo, porque es operacion que se verifica hoy de comun acuerdo en toda la redondez de la tierra.

—¿Y á qué autoridad sujetais el supremo arreglo, la recomposicion del pueblo bajo las nuevas bases de que me habeis hablado?

—A un director de escena. El es el que distribuirá los papeles, el que determinará los trajes, el que señalará las salidas para representar cada uno la parte que le toque en este nuevo teatro del mundo.

—¡Ah, ya caigo! El director de escena es vuestro primer magistrado, vuestro poder público....

—¡Eso es!

—¡Oh sociedad bien organizada! Mil y doscientos años han tenido que pasar por ti para que llegase á ser una realidad tan tanjible á todos, los versos de un famoso poeta que decia por espíritu profético sin duda:

El mundo comedia es,
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles
y á veces el entremés.

Sacóme de mi meditacion un confuso rumor de voces é instrumentos pue parecia venirse acercando poco á poco por las calles de Fuencarral y Hortaleza. ¿Qué es esto?

—Son los actores ó llámese vecinos de la coronada villa que vienen de vuelta y celebrando de paso que se retiran á sus respectivos departamentos, la nueva y felicísima era en que acaban de entrar. Buen sitio tenemos para verlos. ¡Acercaos!

El ruido era cada vez mayor. Asomé la cabeza y vi bajar por la Red de San Luis inmenso tropel de gentes. Alegróse el ánimo y recreóse la vista con la perspectiva de dos larguísimas filas de personas que venian cubriendo las aceras.

Rompian la marcha los músicos de la murga; los socios de mérito que componen la orquesta en toda funcion ó academia lírica y dramática de aficionados, los ciegos que arañan la guitarra en las esquinas, los principiantes de violin y fígle que estan aun con la escala y los que gastan una hora en templar los instrumentos. Esta música iba acompañada de un nutrido coro de ambos sexos compuesto de muchísimos de los que cantan las zarzuelas, tonadillas y operetas españolas; de los mendigos que pregonan las hojas volantes; de los areneros, aguadores, hueveros, rabaneras, bolleros y mas comerciantes de calle; de los autores de obras que escriben é imprimen en los periódicos sus propias alabanzas; de los filarmónicos que talarean la *Lucía* ó el *Moisés* en cafés y paseos; y de las jóvenes que nos embisten en todas las reuniones con la *Jardinera* del *Duende* ó la *casta diva* de la *Norma*.

—¿Y adonde se dirige esta gente?

—Los músicos á la calle de la *Sarten* y los cantantes á la del *Burro*, y á la del *Perro* y á la del *Cuervo*.

Seguian tras los músicos y cantantes una falange de esas señoras que llaman mayores, metidas en sillas de manos y cubiertas de plumas de pavo, como brujas en poder del santo oficio. Las sillas iban conducidas por hombres, jóvenes en su mayor parte, compuestos y vestidos como para un sarao. Preguntéle al del lado qué significaba aquello, y respondióme sonriéndose.—Estas son las viejas locas de Madrid, las que se tiñen las canas y se untan las barbas, las embusteras de años como las calificaba un escritor satírico de hace doce siglos, y los que las llevan son los que andan á caza de sus amores y mercedes; gente que como los traperos especula con los deshechos de la vida y las porquerías del tiempo. Repararéis cómo llevan librea: esto es para que se les reconozca cuando salen á la calle, bien que tampoco les es permitido atravesarlas sino mientras andan con los sabatinis á cuyo oficio se les destina.

—¿Y cuál es el departamento que se les ha designado?

—A ellas la calle de la *Sierpe*, y á ellos la del *Pozo*.

En esto estábamos cuando me llamó la atencion una estrepitosa algazara que se desprendia de un numeroso grupo, el mas descompuesto y desordenado de la procesion.

—¿Quiénes son estos?

—Son los secretarios políticos, religiosos y literarios: son los creadores de escuelas y los confeccionadores de sistemas. ¿No los conocisteis por el trage de arlequin cubierto de cascabeles y campanillas con que vienen cubiertos?

—Es verdad; pero sus voces sobrepujan al ruido de sus sonajas.

—Lo que ellos quieren es hacer ruido, que todo el mundo los oiga, que se hable de ellos en todas partes; por eso alzan la voz en los cafés, declaman en los clubs y predican en los libros y periódicos. Nosotros los destinamos para mayorales y mozos de mulas, que es gente que no sabe estar callada, para tambores de regimiento, para pregoneros y para memorialistas. Este último oficio lo desempeñan admirablemente los maniáticos por escribir. Mirad mas adelante; esos son todos los niños de colegio y de academia que marchan de dos en dos, llevando sus directores á la cabeza; pues estos forman parte de los sectarios. Hay entre ellos algunos que no saben hablar sino del inmenso séquito de sus afiliados, de la muchedumbre que marcha en pos de ellos, de los numerosos conscriptos que escuchan sus voces y siguen sus mandatos; pues á los tales se les destina para dirigir los hospitalarios, incluseros y colegiales. Cuando ya no hay plazas vacantes se les manda de gefes de batallon á los que sirven, y á los que no, se les ocupa como conductores de ómnibus y capataces de recua. Sus moradas son las calles de *Cabestreros*, *Soldado* y *Niñas de Loreto*.

Contraste formaban con los secretarios los que los seguian, aquellos por lo alborotados y estos por lo silenciosos; aquellos por turbulentos y estos por lo pacíficos. Parecia que habian sido colocados los unos al lado de los otros como vivo ejemplo de una antítesis palpitante.

—Ya veo que no caeis en quién es esta gente, aunque parece fácil de adivinar.

—No será por lo que digan.

—Pero sí por lo que callan.

Pertenecen al gremio de que es individuo el mozo que os ha afeitado.

—¡Efectivamente!

—Son los sordo-mudos. Entre ellos se escojen los que han de componer las asambleas deliberantes, los cuerpos lejislativos, las congregaciones, comisiones, y toda clase de juntas en que en las pasadas edades se hablaba tanto y tan poco se hacia. Aquellos en quienes se nota afan por querer espresarse, aficion á darse á entender por señas, y mania por esplicarse por medio de las manos, de los ojos ó del cuerpo entero; se reservan para barberos y para horteras, en los cuales parecen mas idisculpables tales arrebatos, porque se tiene por imposible que ejerzan bien su oficio sin meterse á conversar en lo que no les vá ni les viene.

—¿Y á dónde van á vivir?

—A *Puerta Cerrada* por alusion al estado de sus orejas y como una enseñanza de lo que debe ser su boca. ¿Vé V. aquellos jóvenes que se acercan con trajes tan holgados como si vistiesen de prestado, cubierta la cabeza de penachos y con grandes tijeras en las manos?

—Esos serán sastres, dije yo.

—Quiá, no señor. Esos son periodistas. Traen por atributos plumas y tijeras, porque con plumas y tijeras viven.

—¿Y á dónde se dirijen todos juntos? ¿Van acaso á la gefatura política ó á Canarias?

—Van á la calle del *Perro*, porque se acaba de descubrir que el periodismo no es otra cosa que una série de ladridos. Pero fijad la vista en los que vienen detrás con el escudo de Medellin al pecho y llevando en andas una imágen.

—Esos serán hermanos de alguna cofradia, le interrumpí.

—Esos son los casados que se retiran con su patrono *san Marcos* á las calles del *Infierno* y del *Desengaño*, que han escojido para establecer en ellas sus viviendas.

¿Y los que vienen en pos?

Esos son los que creen en la hidropatía, en la alopatía ó en la homeopatía: los que creen en sueños y en el calendario, los que creen en la influencia de los planetas y en las palabras de los hombres: los que de todo se admiran y todo les parece bien, tienen sus cuarteles en la calle de *Belen*, y por eso se dice de ellos que están siempre en Belen.

(*Concluirá.*)

J. Rua FIGUEROA.

LA CARGA CONCEJIL.

ROMANCE

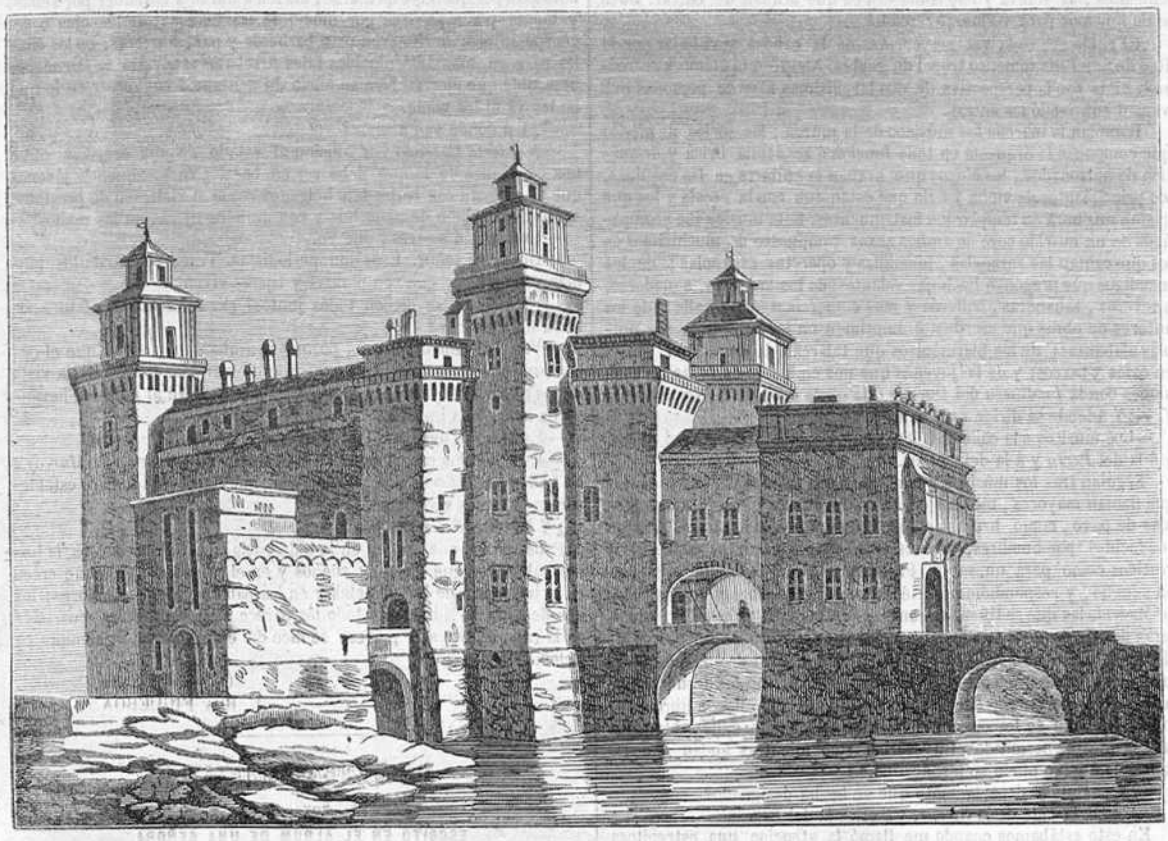
ESCRITO EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA.

A un escritor *cabildero*
que hoy no puede *escritorear*,
perdona, amable señora,
que firme deprisa y mal.

Sí, que van á dar las dos,
y hay que vestirse y trotar,
pues ya suena en mis oidos
la campana comunal;
La campana concejil,
que me llama á *concejar*
de la coronada villa
en sala consistorial.
Allí me esperan muy sérios
cuarenta consortes mas,
para hacer, juntos conmigo,
la comun felicidad.
Allí, en banco carmesí
y elevado el espaldar,
haciendo como el que piensa
(y pensando en no hacer mas)
Tengo que pasar tres horas
entre las *piedras* y el *pan*,
entre *basura* y *limpieza*,
entre el *aceite* y el *gas*.
Allí catorce abogados
que tienden el paño ya,
á propósito del riego
nos citan el Alcorán.
Allí ocho ó diez candidatos
que ensayan el *candidar*,
entonan el *¿quousque tandem?*
porque un cuarto subió el pan
Allí otros tantos comparsas,
cuando hubieren de votar,
por no alzarse del asiento
reprobarán el Misal.
Y hay allí *interpelaciones*,
y *bills de indemnidad*,
y discursos *sobre el fondo*,
y *para rectificar*;
Y *alusiones personales*,
y *votacion nominal*,
y *escrutinios embolados*,
y *voto particular:*
Todo, en fin, el aparato
escénico y algo mas
del *sublime mecanismo*
parlo-constitucional.
Ahora bien, si este buen rato
me espera en llegando allá,
si este chaparron de ciencia
va sobre mí á descargar,
¿Cómo pretendeis, señora,
que espere un minuto mas
sin ir á beber el chorro
de tan próvido raudal?
Perdona, mas no es posible,
y la razon me darás
al saber que en aquel *tutti*
suelo á veces alternar.
Yo, que canté siempre solo,
tengo ahora que acompañar,
y parlar con rostro feo
que es lo que me asusta mas:
Hasta que al cabo del año
entone el rondó final
y me vuelva á mi luneta
para reir y silvar;
Entonces... pero callemos,
que ahora tocan á observar;
luego vendrá la parlancia
tras de la curiosidad.

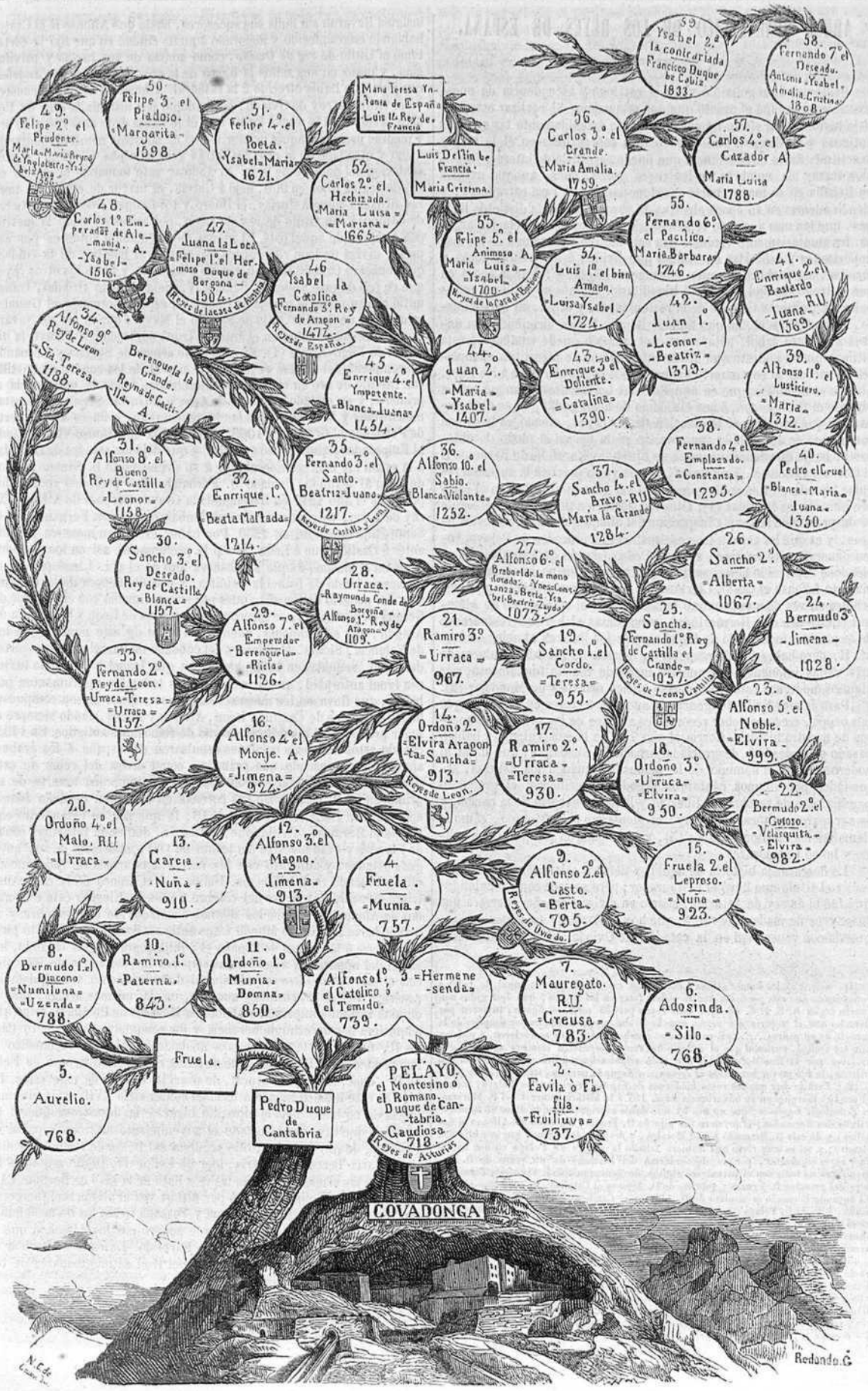
—1848.

EL CURIOSO PARLANTE.



(Italia.—Castillo de Ferrara.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Arbol genealógico de los Reyes de España.)

12 DE ENERO DE 1851.

ARBOL GENEALÓGICO DE LOS REYES DE ESPAÑA.

Presentar á un golpe de vista el catálogo y ascendencia de nuestros monarcas, fué el objeto que nos propusimos al realizar este trabajo histórico. Al efecto hemos consultado detenidamente las crónicas antiguas y modernas, pues deseábamos sobresaliese en él la mayor exactitud, única circunstancia que puede revestirle de interés. Omitimos trazar los nombres de los reyes godos, pues, aunque nacidos en España en su mayor parte, pertenecian á una raza estrangera, y siendo ademas en su época electiva la corona, eran de distintos linages, que las mas veces no tenian entre sí parentesco ni relacion alguna. Involuntariamente venimos con este motivo á tocar una de las mas importantes y debatidas cuestiones que dividen á los historiadores y juristas, así nacionales como estrangeros, á saber: fijar la época en que el trono español se declaró hereditario. Muchos no titubean en señalar los primeros tiempos de la restauracion, y otros, en mas número, fijan el año 850, en que falleció Ramiro I. Mas dirigiendo una mirada á nuestro árbol, notaremos que tampoco puede sostenerse esta última opinion, puesto que desde entonces aun se presentan ejemplares de suceder al rey muerto los hermanos con preferencia á los hijos. Lo que se deduce es que en aquellos dias borrascosos, aunque estaba vigente el *fuero-juzgo*, ó sea el Código de leyes godas, no se observaban las que trataban de la eleccion de los reyes, siendo ya la corona patrimonio de una familia, aunque sin regla fija en el modo de obtenerla, hasta que definitivamente se hizo hereditaria desde Bermudo II el Gotoso. Entonces, y no antes, vemos ya en práctica la sucesion regular, que largo tiempo despues sancionó Alfonso el Sábio en el célebre libro de las Partidas (1). Otra consideracion no menos interesante se desprende de la simple inspeccion del dibujo que encabeza estas líneas, y es que los actuales reyes españoles no proceden de Pelayo, como generalmente se cree, sino de Pedro, duque de Cantabria, habiéndose estinguido la descendencia de aquel príncipe inmortal en su biznieto Alfonso el Casto. Ciertamente nos repugna presentar aquí dos árboles en vez de uno (aunque enlazados por el casamiento de Alfonso I el Católico con Hermesinda), y no contar al heróico restaurador de la gloriosa monarquía de España entre los ilustres abuelos de Isabel II: pero habremos de respetar la opinion de los historiadores de mas valía, impugnada, á nuestro modo de ver sin fundamento, por algunos modernos como el conocido crítico marqués de Mondejar (2).

Para la mas fácil inteligencia de nuestros lectores en el asunto que nos ocupa, creemos deber recordarles algunos de los principales sucesos de nuestra historia. Corria el año 718 de la era vulgar, y habian pasado siete desde la desgraciada jornada de Guadalete, que diera al poderoso Islam el dominio de la península, cuando los asturos, secundados por algunos cántabros y godos, concibieron el grandioso pensamiento de recobrar la libertad y la independencia de la nacion, y se agruparon en torno de Pelayo el *Montesino* ó el *Romano*, como le llamaban los escritores árabes (3), y le aclamaron primero por caudillo y luego por monarca.

La descarnada historia de aquellos tiempos calamitosos ni aun nos indica el título que llevó el restaurador; pero se cree con probabilidad que fué el de rey de Asturias, siendo su divisa ó enseña guerrera una tosca cruz de madera de roble, que hoy se llama *de la Victoria*, y se guarda con veneracion en la catedral de Oviedo. El mismo dictado é insignia llevaron sin duda sus sucesores, hasta que Alfonso II el Casto, habiendo engrandecido y mejorado aquella ciudad en que fijó la córte, tomó el título de *rey de Oviedo*, como consta de sus cartas y privilegios, y pintó en sus sellos la figura de la cruz llamada *de los Angeles*, rica joya que habia ofrecido á la catedral. Alfonso III el Magno conservó el título de rey de Oviedo, pero adoptó por insignia la cruz de Pelayo, aunque en la nueva forma que él le habia dado al revestir de oro y piedras preciosas aquel primer trofeo de nuestros monarcas pintando á uno y otro lado de la cruz las letras griegas *alpha* y *omega*, representacion del nombre de Dios. Al abdicar este monarca la corona en sus desleales hijos en 909, dejó á Garcia, el mayor de ellos, las tierras situadas entre Asturias, el Duero y los Campos Godos (hoy tierra de Campos) con título de rey de Leon, por ser esta ciudad la metrópoli ó capital de aquel pais. El nuevo monarca tomó entonces por armas ó divisa un leon rojo coronado, alusion al nombre de la ciudad, que conservó Ordoño II, su hermano y sucesor, y todos los otros reyes que en pos de este vinieron. Sancha IV, nieta de este Ordoño, transmitió con su mano la corona de Leon á su esposo Fernando el Grande, primer rey de Castilla, hijo de Sancho el Mayor, que lo era de Navarra, y entonces se sentó en el antiguo trono edificado por Pelayo la dinastía de Iñigo-Arista (4). El escudo de armas de Sancha y Fernando se componia del de los reyes de Leon y el de los condes de Castilla (un castillo de oro en campo rojo) mezclados, dando la preferencia al primero, y su dictado era *reyes de Leon y Castilla*. Separáronse estas monarquías y las divisas que las representaban, primero á la muerte de Fernando el Grande en 1065, y luego á la de Alfonso VII, llamado el Emperador, que ocurrió en 1157, y que dejó los estados de Castilla, á la sazon los mas considerables, á su primogénito D. Sancho, y los de Leon al segundo, llamado D. Fernando. Mas habiendo recaido los primeros el año 1217 en Berenguela la Grande, esposa de Alfonso IX, rey de Leon, volvieron á reunirse ambas coronas en Fernando III el Santo, hijo de estos, en 1230. Por haber este gran monarca poseido antes á Castilla que á Leon, le dió la preferencia, así en los dictados como en el blason, lo que se observa aun en el dia. Llegó por fin el glorioso reinado de Isabel la Católica, y con él la época de la grandeza y del poderío de España, pues por su matrimonio con el príncipe de Gerona D. Fernando, se incorporó á la corona de Leon y Castilla la de Aragon, que se componia, ademas del reino de este nombre, de los de Valencia, Sicilia, Mallorca y del condado de Barcelona. Las córtes del reino, reunidas en 1469, acordaron que Isabel y Fernando tuviesen igual autoridad, que firmasen ambos todos los instrumentos públicos, que llevasen los mismos títulos y un mismo blason compuesto de los cuarteles de Castilla, Leon, Aragon y Sicilia, dando siempre el lugar preferente á los primeros como de reinos mas antiguos. En 1492, cuando estos belicosos príncipes espulsaron de España á los árabes, añadieron á su escudo una granada, como divisa del reino de este nombre, último que poseyeron aquellos. La temprana muerte de su primogénito D. Juan puso sus coronas en la cabeza de doña Juana, apellidada la Loca, en 1504 y 1516, la que por su casamiento con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de Flandes y gran maestre del toison de Oro, unió estos á sus antiguos estados, y aumentó con las respectivas armas de cada uno de ellos el escudo real de España. Felipe fué el tronco de la casa Austriaca-Española, y padre del célebre Cárlos V. Elegido éste emperador de Alemania, añadió los dilatados estados de este nombre y la mayor parte del Nuevo Mundo á sus antiguos dominios. Por esto puso por *soporte* á las armas de España el águila negra de dos cabezas, insignia del imperio, y añadió como *empresa* las columnas de Hércules con el mote *plus-ultra* en alusion al descubrimiento y conquista de América. Felipe II, su hijo y sucesor, usó las mismas armas, aunque eliminó la águila imperial, y añadió en 1580 las de Portugal, reino que adquiriera por derecho de herencia y de conquista. Su biznieto Cárlos II, último vástago de la raza austriaca, habiendo reconocido la independencia de Portugal, que se habia rebelado en tiempo de Felipe IV, dejó, como era natural, de usar la enseña de este reino. La vida de este imbécil monarca terminó con el siglo XVII, y la circunstancia de no haber dejado hijos dió lugar á la desastrosa guerra de sucesion que tuvo por resultado el advenimiento al trono español de Felipe V, duque de Anjou, hijo segundo del Delfin de Francia, y nieto de María Teresa de Austria, hija de Felipe IV. Desde entonces figuran en las armas de España las tres lises de la casa de Borbon. Cárlos III, hijo de Felipe V, alteró por última vez el blason real, acrecentándolo con los cuarteles de Parma y Toscana (ó sea los de las familias de Farnesio y Médicis), estados que poseyó por los derechos que le transmitió su madre doña Isabel de Farnesio. La casa de Borbon es aun la reinante en España, siendo Isabel II el sétimo monarca de tan ilustre dinastía, y tataranieta de Felipe V.

(1) «.....los homes sábios é entendidos catando el pro comunal de todos é conosciendo que esta particion non se podria facer en los reynos, que destruidos non fuesen segun N. S. J. C. dijo que todo reyno partido seria estragado, tovieron por derecho que el señorio del reyno non lo oviese sinon el fijo mayor despues de la muerte de su padre.....E por escusar muchos males, que acaescieron, é podrian aun ser fechos, pusieron que el señorio del reino heredassen siempre aquellos que viniesen por la liña derecha. E por ende establescieron, que si fijo varon hi non oviesse, la fija mayor heredasse el reino»..... Segunda partida, título XV, ley II.

(2) Para probar que los reyes modernos de España provienen de Pelayo, inserta el erudito marqués en su adverteucia núm. 187 á la historia general del P. Mariana, la genealogia siguiente, que no nos ha sido dable averiguar en qué datos se funda:--«Hubo dos Bermudos: el primero fué hijo de D. Fruela, hermano de Alfonso el Católico; y de este D. Bermudo pensó Morales, y despues Duchesne, que era hijo don Ramiro; y así es muy claro que hubiera faltado la sangre de Pelayo en don Ramiro y reyes siguientes, porque descenderian del hermano de un yerno de D. Pelayo, que no tenia con él parentesco alguno de consanguinidad. Pero este Bermudo, hijo del príncipe D. Fruela y sobrino de D. Alfonso el Católico, no tuvo hijo alguno. El segundo Bermudo es biznieto de D. Alfonso el Católico, que de su mujer Hermesinda, hija de D. Pelayo, tuvo al rey D. Fruela I: éste tuvo dos hijos, á D. Alfonso el Casto y al infante D. Fruela: D. Alfonso el Casto no tuvo hijo alguno: su hermano D. Fruela tuvo por hijo al príncipe D. Ramiro, por donde se vé que va corriendo la sangre de Pelayo en nuestros reyes.»

(3) Belay el Rumi, ó sea Pelayo el Ramano, quiere decir que pertenecia á la raza de los antiguos españoles ó solariegos, á diferencia de los godos, como se llamaban aun en el siglo VIII los que descendian de estos conquistadores. Era hijo de Favila, duque de Cantabria, y de una señora que se dice hermana del rey Rodrigo, llamada por algunos *Luz*. En cuanto al nombre de su abuelo difieren los historiadores, señalando unos al rey *Chindasvinto*, otros á *Recisvinto*, y otros con mas acierto á *Veremundo*, duque de Cantabria.

(4) Fernando el Grande era cuarto nieto de *Iñigo-Arista*, conde de Bigorre y fundador del reino de Navarra, llamado por algunos Reino Pirenayco.

ESPLICACION DEL GRABADO.—El nombre de cada rey va escrito en una tarjeta circular, fijada cada una en la correspondiente rama del gran árbol, cuyo tronco nace en Covadonga. Ademas va escrito en cada círculo en cifras romanas el número que corresponde á cada rey en la sucesion general, y en arábigas el año de J. C. en que tuvo lugar su advenimiento al trono, y el número que le toca entre los del mismo nombre. Tambien van allí escritos los dictados y sobrenombres con que la historia distingue á cada uno, y sus respectivas consortes. Cuando el monarca usurpó la corona, lleva las iniciales R U, y cuando abdicó una A. De cada tarjeta circular salen tantas ramas cuantos hijos tuviese el en ella escrito que hayan ocupado el trono, escluyendo á los demas, escepto aquellos que es necesario mencionar por ser ascendientes de reyes, cuyos nombres van escritos en tarjetas cuadradas, pero sin número alguno. Cuando algun monarca varió de dictados, bien por aumentar sus dominios ó pertenecer á distinta prosapia que su antecesor, se espresa en otra tarjeta cuadrilonga que va debajo de la circular, la que rige para sus sucesores hasta que ocurre otra alteracion. Tambien las insignias ó blasones van señalados siempre que se mudaron ó acrecentaron. Como nuestros reyes descienden unos de Pelayo, y otros de Pedro, duque de Cantabria, fué necesario poner dos troncos. Para mayor claridad hemos dispuesto el siguiente

RESUMEN *de la genealogía de los reyes de España por las líneas de Oviedo, Leon y Castilla.*

Razas ó dinastías.	N.º de reyes que produjo cada una.	Años de C. en que empezaron.	Años en que terminaron.
1.ª Asturiana ó de Pelayo.....	7	718	843
2.ª Cántabra ó del duque Pedro.....	18	768	1069
3.ª Navarra ó de Iñigo-Arista, conde de Bigorre.....	4	1037	1126
4.ª Borgoñona ó del conde Raimundo.....	19	1126	1504
5.ª Barcelonesa ó del conde Wifredo el Velloso.....	2	1469	1555
6.ª Austriaca ó del archiduque Felipe el Hermoso.....	5	1555	1700
7.ª Borbónica ó del duque de Anjou Felipe V.....	7	1700	»

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

JUAN BAUTISTA MONEGRO.

Juan Bautista Monegro, insigne escultor y arquitecto, nació en Toledo, como dicen Llaguno y Cean: no se sabe la época de su salida al mundo, ni tampoco quiénes fuesen sus padres, aunque se sospecha pudo haber sido hijo del arquitecto Alvaro Monegro, que se encargó de la obra de cantería en la nueva capilla de Reyes, que por el de 1531 se construyó en la catedral de Toledo, con aprobacion de Cárlos V. Monegro se dedicó á la escultura y arquitectura, distinguiéndose muy pronto en ambas artes, tanto, que fué llamado de órden de Felipe II para hacer las siete estátuas colosales que estan colocadas, una en la fachada principal, y las otras en la de la iglesia del suntuoso edificio del Escorial, cuyo trabajo acabó Monegro el 1584. El 1587 fué nombrado por el mismo Felipe II aparejador de las obras del alcázar de Toledo, que se estaba por entonces reedificando, habiendo fallecido Diego Alcántara, que tenia ese encargo con sueldo de 100 ducados al año, y á mas 7 reales diarios, y con este destino dirigió las obras del citado alcázar, que lentamente se construian con diseños de Juan de Herrera, Jauba, Lizargarate y otros, supliendo por él muchas veces Andrés Montoya, ayudante que se le dió posteriormente en atencion á su avanzada edad.

Desde Toledo volvió al Escorial á esculpir las otras cuatro estátuas de los Evangelistas que estan en medio del cláustro principal del convento, y habiéndose perdido en el ajuste, y recurrido al rey, mandó este en 1593 se le abonasen 300 ducados, en atencion á su mérito y mayor coste que habian causado.

Todas estas obras, en que dió á conocer Monegro su grande habilidad, le acreditaron mas y mas, tanto, que habiendo quedado vacante la plaza de maestro mayor de la catedral de Toledo, por muerte de Nicolás de Vergara, el cabildo le nombró inmediatamente el 29 de diciembre de 1606 para ella, y tambien para el cargo de escultor. Cuando esto sucedió se trataba de la construccion del nuevo sagrario en esa catedral, cuyo diseño habia hecho el citado Vergara, el cual dió principio á la obra, colocándose la primera piedra en 23 de junio de 1595. Caminaba esta obra con tanta lentitud, que por el de 1610 solo estaban construidos los muros del cuadrilongo. En este año era ya prelado de esa iglesia el cardenal Sandobal y Rojas, quien pidió ese sitio para su enterramiento, y concedido por el cabildo, tomó á su cargo la conclusion de la capilla del Sagrario, mas rica y costosamente que se pensó en un principio, valiéndose para la nueva idea y direccion de toda la obra de Juan Bautista Monegro, ya maestro mayor de la catedral. Este hizo nuevos diseños con arreglo á las grandiosas ideas del cardenal, y para satisfaccion del cabildo dió una certificacion firmada de su puño, y autorizada por escribano, de la mayor utilidad y ningun peligro que resultaba de secundar en un todo los deseos del prelado, en la construccion de la capilla, y en virtud de eso, satisfecho el cabildo, se empezó la obra, ajustando Monegro el asiento de los mármoles con Bartolomé Abril y Juan Bautista Somoza, prévias las condiciones, que firmadas por ellos y Monegro, constan en un documento que está en el archivo de la obra y fábrica de la catedral. Se concluyó esta suntuosa capilla el 1616, y su construccion rica y elegante hará siempre honor á Monegro. Para la traslacion de la santa imágen á su nueva morada se dispuso una solemne procesion, á la que asistieron Felipe III y toda la corte. Era preciso subir y bajar cuestas, y para conducir la imágen ideó el mismo Monegro un carro ó máquina, sobre la cual fuese recta sin ladearse en la declinacion de las calles (1).

Siguió luego este artista en la direccion de lo que comprendia el nuevo sagrario, como son el patio y casa llamada del Tesorero, sacristía mayor y demas piezas adyacentes, que se finalizaron por el de 1618. No asi con la pieza llamada el ochavo ó relicario, que Llaguno atribuye igualmente á Monegro, pues este no hizo nada en ella, dejándola en el propio estado que quedó al fallecimiento de Nicolás de Vergara, que habia planteado la fábrica, y se vino á concluir en 1633 guiándose por diseños de Teutocopuli y otros arquitectos. Igualmente se equivocó ese autor en decir que eran obra de Monegro las estátuas de mármol que están en el trascoro, y la de San Julian Arzobispo, que está colocada en el puente de San Martin, pues las primeras son obra de Nicolás de Vergara el mozo, su antecesor en el cargo de maestro mayor, y la segunda es escultura del insigne Berruguete.

Con el buen desempeño de las obras que hemos dicho hizo el cardenal Sandoval la mayor confianza en el arquitecto Monegro y le encargó la construccion de otros edificios de consideracion, tal como la iglesia de las monjas Bernardas de Alcalá de Henares, fundacion del mismo prelado, la de Santa Clara de Jaen, y la capilla de la Concepcion en la parroquia de la Guardia, que costeó D. Sebastian de Huerta, racionero de Toledo (2) y secretario de cámara del arzobispo.

Ademas de esto ejecutó otras obras de menos consideracion en Toledo, tales como la capilla de San José, con sus retablos, que mandó construir el venerable Martin Ramirez de Zayas, y los retablos de la iglesia del convento de Santo Domingo el antiguo, que se habia construido nuevamente, y adornado por disposicion de la noble señora doña María de Silva. Tambien le atribuye Llaguno la capilla del palacio arzobispal de Ventosilla.

En sus últimos años gozó Monegro de poca salud, y aunque enfermo vivia en Toledo en 1621, falleciendo en 16 de febrero de ese año. Otorgó su testamento en 12 de diciembre del año anterior, dejando por heredera á su muger doña Catalina Salcedo, que falleció en 14 de marzo del mismo año, y cuya partida de entierro, que no transcribió Llaguno en sus apéndices como lo hizo con la de Monegro, dice así: al folio 6 del libro de partidas de la parroquia de San Lorenzo, que empezó el 1620: *El 1621 murió la muger de Juan Bautista Monegro en 14 de Marzo, hizo testamento. Albaceas Cristobal de Toledo y Blas Gomez. Llevó los sacramentos. Enterróse en la sacristía. Dió de la cuarta de misas, doscientas y cincuenta.*

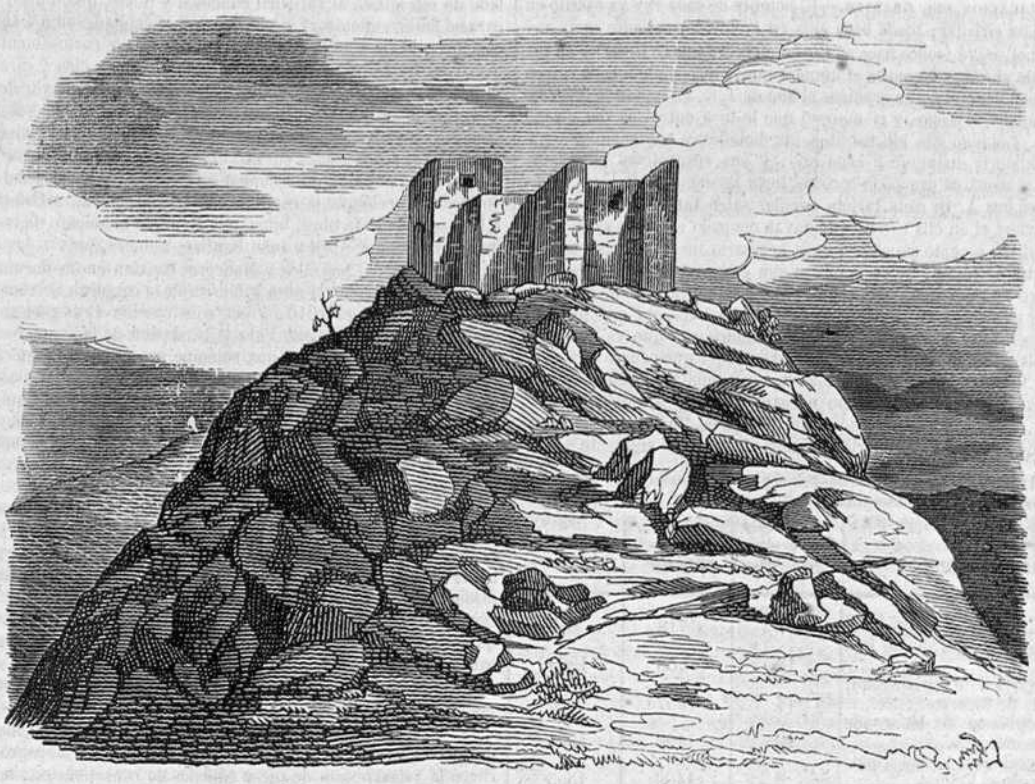
Tanto Monegro como su mujer en 18 dias de febrero de 1603 fundaron en la parroquial de san Lorenzo de esta ciudad una capilla nombrando para primer capellan á Francisco Salcedo, sobrino de la doña Catalina. Ademas pensó se edificase una capilla en la misma parroquia para su enterramiento, y cumplimiento de las cargas de la memoria que fundó. Esta capilla se hizo despues de la muerte de ambos cónyujes, en lo que antes era sacristía, y en la cual yacen sepultados.

De este insigne y celebrado artista dice Llaguno que fué gran matemático y noticioso de las antigüedades de Toledo. El P. Sigüenza, á quien transcribe Cean hablando de él en la descripcion del Escorial, le «apellida escelente artista, *de quien hiciera mas caso la antigüedad: »y aun España si fuese Italiano ó venido de Grecia...* En otro lugar, »*Que las estátuas* (ya dichas del Escorial) *están tan bien acabadas que »se pueden comparar con lo mejor de la antigüedad*, y todos los demas escritores que con algun motivo le nombran, no pueden menos de tributarle el elogio, de haber sido un escelente artífice, y de lo mejor de su época.

N. MAGAN.

(1) El mismo Monegro escribió luego una descripcion artística de esta capilla que imprimió luego el Licenciado Pedro Herrera el 1617 en la obra que compuso con motivo de la dedicacion y fiestas que se hicieron para la traslacion de la imágen.

(2) Cean le llama por equivocacion Sebastian de Herrera, y dice fué canónigo.



San Nicolás.

Próximo á desaparecer, por su estado ruinosísimo, el edificio que representa el grabado que va á la cabeza de este artículo, nos ha parecido conveniente hacer mencion de él en nuestro SEMANARIO, sino por su mérito artístico, por lo menos porque recuerda una de nuestras pasadas, glorias, pues que sirvió de punto de apoyo para la conquista de Denia y de albergue, en el largo tiempo que duró la misma, al ejército del Rey Don Jaime.

Encomendada, aquella, á su famoso Capitan Pedro Carrós, de quien publicamos algunos apuntes biográficos en uno de los números anteriores, puso cerco á la citada poblacion y á su inespugnable fortaleza, y así que reconoció los puestos inmediatos, sentó sus Reales en el Montecillo, conocido vulgarmente por de San Nicolás, sitio muy á propósito para el caso, por su aislamiento y elevacion por lo penoso y difícil de su subida, por estarle batiendo el mar por uno de sus lados, por distar solo dos mil pasos de Denia, por el grande y despejado horizonte que se descubre desde su cima, y en fin porque desde la época de los romanos y de otra algo posterior, existian, un bien conservado aljibe, las ruinas de una atalaya y las de un Convento de Benitos.

Calculando, el Capitan Carrós, todas estas circunstancias y ventajas, se aprovechó de ellas, y tanto para que no estuviese ocioso su ejército, como para ponerle al abrigo de la intemperie, porque el sitio se prolongaba demasiado, á causa de que Zaen, Rey moro de Denia, contaba con grandes elementos de resistencia, hizo que dicho ejército construyese, segun se realizó en poco tiempo, el edificio que describimos, que es un Castillo cuadrilátero, con una buena torre cuadrada á cada una de sus esquinas y con cuatro lienzos que unen y ligan aquellas entre sí, quedando, en el centro una espaciosa plaza de armas; obra, toda, de mampostería, con sus troneras correspondientes, altas y bajas, en donde se fortificó, y desde cuyo punto estrechaba á los sitiados, hasta que por fin, en mil doscientos cuarenta y cuatro, se apoderó de Denia, llevándolo todo á sangre y á fuego, si bien los Moros que pudieron replegarse á la fortaleza, capitularon con Carrós, quien les permitió se retirasen á Alicante, sacando la ropa de su uso y dos sueldos de moneda cada uno.

El Rey Don Jaime, desembarazado de las graves atenciones que le rodeaban en Valencia, vino á Denia en mil doscientos setenta, y entre otras cosas reconoció el montecillo de San Nicolás y el Castillo construido en su cima por el Capitan Carrós, y viendo cuán importante era este para la defensa de su nueva poblacion y para guarda del paso forzoso por aquella parte de la Costa y Marina, fundó allí mismo, á la falda de la colina hácia el mar, un lugarejo que llamó *Olimbroy*, del que solo quedan un monton de escombros y un aljibe inútil; habiéndose despoblado, dicho lugarejo, por su inmediacion á otros mejores y por la paz tan larga y duradera que hubo, por fortuna, en nuestra España.

Despues de tantas y tan varias vicisitudes, quedó convertido, con el transcurso del tiempo el Castillo de Carrós en Ermita dedicada á San Nicolás, hasta que arruinados algunos techos y parte de los paredones y torres del edificio, por su poca solidez, efecto de la prisa con que se construyó este y de las manos inespertas que lo verificaron, fué preciso abandonar la recordada Ermita; y así es que desde entonces, unicamente, es visitado aquel por algun curioso y por los pastores de los contornos al ir á apacentar sus ganados, no habiendo faltado sugetos de gusto, entre ellos algunos ingleses, que habrian adquirido el pintoresco monte de San Nicolás para convertirle, como podría hacerse á muy poca costa, en un paraje de recreo de los mas amenos y deliciosísimos.

REMIGIO SALOMON.

DOLORES.

CAPITULO II.

DON JUAN II Y SU CORTE.

Terminada que fué la augusta ceremonia, y mientras el tierno príncipe D. Enrique, ya miembro de la iglesia, dormia apaciblemente en los brazos de su escelsa madre, que aun no dejaba su cámara, la nobleza mas brillante de Castilla llenando los salones de la real morada, se apresuraba á felicitar al venturoso padre, cuya sincera y espansiva alegria no podia dejar de comunicarse á sus ilustres cortesanos.

Veinte años contaba solamente aquel monarca, y su afabilidad y agradable fisonomía le atraian el afecto de aquellos mismos que se hallaban menos dispuestos á sentir por él la consideracion y el respeto que como á soberano le debian. La inercia y debilidad de su carácter y el desmedido favor que dispensaba á D. Alvaro escitaban, como era consiguiente, ostensible descontento en sus mas grandes vasallos; pero toda clase de desavenencias y de quejas parecia olvidada

en el fausto dia de que hablamos, siendo el júbilo y la esperanza los únicos sentimientos que animaban á todos.

El rey se gozaba observándolo, y recorria ufano las salas de su palacio por entre la multitud de caballeros y damas, á quienes dirigia de contínuo frases lisonjeras y cariñosas.

—Vuestro tocado es admirable, decia alargando su diestra á la bella esposa del condestable. Ese brocado verde con estrellas de plata os sienta á maravilla, y si produjese flores la estacion en que estamos, las mas encendidas rosas y las azucenas mas cándidas se marchitarian avergonzadas al verse vencidas por los colores que ostentais en el rostro.

Impaciente estoy porque llegue el momento de comenzarse las justas: añadia volviendo sus halagüeños ojos al jóven heredero de la ilustre casa de Hurtado de Mendoza: sereis de los mantenedores segun tengo entendido, mi buen Ruy Diaz, lo cual equivale á decir que veremos tan mal parados á muchos de los contendientes como lo quedó el embajador de Portugal en el último torneo. ¡Valiente bote le disteis! Yo espero que me concedereis el gusto de preferir hoy el magnífico alazan siciliano, que me ha regalado mi primo el rey de Aragon, á vuestro revoltoso tordillo árabe: aquel no ha sido todavia regido por ninguna mano castellana, y me place que sea la vuestra la primera.

Antes que pudiera tributarle gracias el que tal obsequio recibia, se apartaba presuroso el rey para cumplimentar al bizarro caballéro Rodrigo de Narvaez, que hablaba en aquel instante con el doctor Diego Rodriguez.

—Mucho me agrada que hayais venido á participar de nuestros regocijos, le decia: pero no puedo menos de decir allá en mis adentros que por suntuoso que sea el banquete á que tenemos el gusto de convidaros, ha de pareceros menos satisfactorio y honorífico que el que celebrásteis en honor nuestro y del Infante nuestro escelente tio, cuando tomásteis posesion del gobierno de Antequera. La sombra que os prestaban aquel dia las banderas conquistadas debió seros mucho mas grata que la que gozais ahora bajo nuestro régio techo; y ningun vino os presentaremos que pueda saberos tan bien como aquel que os suministraron para brindar por la gloria de Castilla las propias viñas de los moros.

Terminando tan lisonjeras palabras saludaba el rey en latin al doctor Diego Rodriguez, y corria á asirse del brazo de su primo el Infante D. Juan, no sin echar un piropo de paso á una de las hermosas hijas del señor de los Cameros, recien casada entonces con su Alférez mayor Avellaneda.

Hablaba familiarmente con el Infante sobre caza y montería, sin dejar por eso de atender á cada uno de los que llegaban á cumplimentarle, teniendo para todos palabras oportunas y corteses, que probaban que si la naturaleza no le habia dispensado altas cualidades de príncipe, no le negára al menos las de discreto y galan caballero.

Entablaba con los prelados graves y eruditas pláticas; se entretenia con los mancebos en conversaciones de amores y de torneos; daba zumbas sobre sus ciencias ocultas á D. Enrique de Villena, encargándole jovialmente sacase el horóscopo del recien nacido príncipe, y se interrumpia de vez en cuando para sermonear severamente al brillante conde de Niebla, por el abandono de que se quejaba su consorte doña Violante, desgraciada beldad que no habia logrado fijar el voluble corazon de su esposo ni con las gracias de su figura, ni con las virtudes de su alma, ni con el brillo de su cuna régia (1).

En medio de todo no echaba en olvido á su privado: trataba con él de trovas y de música, pues ambos se preciaban de hábiles en rimar y en tañer la vihuela, y terciaba en aquella conversacion el apuesto Rodrigo de Luna, sobrino del Condestable, jóven de 18 años, de mediana estatura, bellas proporciones, ojos negros y rasgados, delicada tez, ensortijados cabellos y muy graciosos modales. Era tambien alumno de la *gaya ciencia*, y por esto como por su parentesco con D. Alvaro, alcanzaba del rey particular distincion, que sabia justificar mostrándole tanto afecto como deferencia y respeto.

Nada agradaba tanto á D. Juan II de Castilla como hablar de poesía, mayormente si tenia por oyentes á su muy querido Condestable y al amable deudo de aquel valido; pero en el dia que nos ocupa sabia violentarse abreviando aquellas dulces conferencias para no disgustar á su córte, y ora se acercaba al conde de Medinaceli, ora al de Benavente; aqui informándose de la salud del Maestre de Calatrava que aun se hallaba convaleciente de unas cuartanas; allá chanceándose con D. Pedro Hernandez de Velasco que parecia algun tanto meditabundo y mohino. En efecto, los aprestos de guerra que hacia el rey de Aragon contra Castilla, mientras el monarca castellano solo pensaba en divertirse, traian pensativo al camarero mayor, hombre en quien el esfuerzo siempre se hermanó con la prudencia. Aunque el Infante don Juan permanecia cerca de su escelso primo, y no aspiraba á mas que á derrocar á D. Alvaro y á alzarse con el poder que este ejercia casi esclusivamente en aquel reino, su hermano Alonso V, cansado de reclamar en balde la libertad de D. Enrique de Aragon, preso hacia mas de dos años en el castillo de Mora, se preparaba á vengar con las armas el rigor usado contra un príncipe á quien le unian tan estrechísimos vínculos; bien porque le lastimase realmente su desgracia, no obstante haberla merecido, bien que exacerbado el aragonés por sus recientes desastres en Italia, buscase en quien desfogar los enojos de sus fallidas esperanzas. Como quiera que fuese, poco se curaba el castellano de todo aquello, mayormente cuando solemnizaba el nacimiento y bautizo de su heredero, y veia lleno de satisfaccion que un gozo sincero y franco unia en torno suyo á tantos magnates turbulentos cuyas ambiciones y discordias, que iban convirtiendo su córte en un campo de batalla, parecian calmarse en aquel próspero dia, dejándole en libertad de creerse el mas feliz de los hombres y el mas venerado de los príncipes. D. Juan II, que jamás dejaba de bostezar grandemente siempre que se le hablaba de asuntos graves del estado, se hubiera enojado hasta el punto de no perdonar nunca, si alguno hubiera tenido la inoportunidad de mencionar aquel dia la menor cosa que tuviese relacion con el gobierno y los intereses públicos; y conociéndolo así su camarero D. Pedro Hernandez de Velasco, prefirió atribuirse una terrible jaqueca, á confesar indiscretamente que le asaltaba un pensamiento grave en presencia de la imprevision y regocijo de su jóven amo.

Este, por instantes mas complacido y jovial, continuaba entreteniéndose con sus cortesanos, procurando dejar satisfecha la vanidad de cada uno, pero particularizándose de notable modo con una persona cuyo adaparente favor en aquel dia causaba placer á unos, recelos á otros, y miracion á todos. El conde de Castro era objeto, á no dudarlo, de preferentes atenciones, y pocos minutos antes de sentarse á la mesa el rey D. Juan con sus ilustres convidados, se le vió conversar familiarmente con aquel personaje en el hueco de una ventana donde se habian retirado, pudiendo observar todos que era su alteza quien mas gasto hacia en la plática, tomando en ella vivísimo interés. Aquella conferencia que no pudieron oir los cortesanos, vamos nosotros á referírsela á los lectores, en términos muy semejantes á los que debieron emplearse entre nuestro buen Adelantado y su augusto interlocutor.

—Muy complacido estoy, dijo el rey, de haber contraido con vos un parentesco espiritual que nos una mas desde este dia. Dícenme algunos que sois mas adicto á mis primos de Aragon que á mí que soy vuestro príncipe; pero no temais, querido Sandoval, que os haga un cargo por ello. Os criásteis desde niño en la casa de mi buen tio D. Fernando; nos hicisteis durante mi minoria y su tutela señalados servicios que él os recompensó debidamente; le seguisteis á Aragon cuando la Providencia le deparó aquel trono en premio de sus virtudes, y considero muy justo que muerto el Rey, favorecedor vuestro, conserveis por sus hijos los sentimientos de adhesion y gratitud propios de un corazon generoso. Pésame, sin embargo, que por ser sobrado adicto al infante D. Juan participeis de algunas de sus infundadas prevenciones contra personas que me son queridas, y quisiera á fuerza de mercedes identificaros con mi persona y con mis intereses, de tal modo que ningun amigo mio dejára de serlo vuestro.

Señor, le respondió el conde, V. A. me honra en gran manera al espresarse así; mas crea que no necesita obligarme con nuevos favores para estar seguro de mi profunda lealtad y respetuoso afecto. El Infante mi señor, súbdito como yo de V. A, no tiene tampoco otros deseos que los que convienen á vuestra gloria y prosperidad de vuestros reinos; y siendo esto asi los intereses de V. A. y los de su augusto primo no pueden ser diferentes. Por ellos he trabajado hasta aquí, y lo haré lo mismo en adelante, como buen vasallo y servidor agradecido.

—No me quejo ahora de D. Juan de Aragon, repuso el rey algo desconcertado: tengo bien presente que desaprobó la conducta criminal de su hermano Enrique, cuando por medio de escándalos y violencias pretendió esclavizar mi espíritu á su opresora influencia: no he olvidado, conde de Castro, que el Infante vuestro amigo tomó entonces las armas para defender mi persona y hacer respetar mis derechos; pero tambien sé que quisiera imponerme como un yugo eterno el precio de aquellas acciones, y que juzgándose digno unicamente de mi favor real, mira con malos ojos á cuantos me merecen aprecio. Por eso os he dicho que me pesa participeis vos de sus injustas prevenciones, y que deseo dispensaros tales pruebas de mi cariño y de la estima en que os tengo, que no podais en lo sucesivo abrigar ningun sentimiento que no sea conforme con los mios.

El adelantado hizo una rendida reverencia y tartamudeó una frase que no decia nada, pues el gallardo y belicoso señor de Castro-Xériz no se distinguia por lo elocuente, y aun parece que rayaba en el estremo contrario, no solo por escasez de verbosidad, sino tambien por cierto embarazo natural de su lengua, que hacia, segun la espresion del coronista, que fuese su habla *algun tanto confusa y vagarosa*.

(1) Doña Violante, condesa de Niebla, era hija de D. Martin, Rey de Sicilia, habida fuera de matrimonio.

D. Juan II, sin embargo, se dió por satisfecho con la respuesta que no habia entendido, y prosiguió diciendo con tono afectuoso:

—Muchas pruebas teneis ya recibidas de la valía en que os tengo, mi buen Adelantado, pero quiero que reputeis como la mayor lo que ahora voy á declararos. He elejido esposo á vuestra hija mayor, y asi como habeis tenido la honra de sacar de pila á nuestro Enrique, asi tendremos la satisfaccion la reina y yo de acompañar al altar á vuestra hermosa Dolores.

D. Diego esta vez no tartamudeó siquiera: la sorpresa que le causó tan honorífica como inesperada manifestacion, le dejó mudo completamente. El rey añadió:

—Id á comunicar á vuestra esposa mi nueva merced, advirtiéndola que antes de que salgais de mi morada os presentaré yo mismo al yerno que os he escogido, y que es tal como conviene al mejor servicio mio y conveniencia vuestra.

—V. A. me confunde con tantas bondades, pudo al fin articular el conde, y mi mayor placer será manifestar mi perfecta obediencia, persuadido de que vuestro real ánimo se hallará muy distante de querer sea violentada la voluntad de mi hija.

—Podeis estar tranquilo respecto á eso, respondió el soberano sonriéndose: mi eleccion está de acuerdo con la que en secreto ha hecho ya la interesada: el marido que la doy es el que ella os pediria, á mas de ser el que cumple mejor á vuestro provecho. En esta seguridad no retardeis á doña Beatriz la alegría de saber lo que habemos concertado, y espresadle bien que el nuevo hijo que le ofrezco es persona tan allegada á mí, tan de mi casa, que ninguna otra encuentro mas merecedora de mi afecto y de vuestra estimacion.

Al terminar estas palabras se apartó el Rey de la ventana con aire satisfecho, dejando al Conde de Castro tan confuso como maravillado. Obedeció, no obstante, la orden dada por su Alteza, y hablando en secreto con su mujer la refirió la conversacion que acababa de tener. La sorpresa de doña Beatriz de Avellaneda dió lugar prontamente al regocijo. ¡El mismo rey escogia esposo á su hija! Esto era ya señalada honra; pero lo que la orgullosa matrona rumiaba allá en sus adentros, con cierta ufanía que se le retrataba en el semblante, eran aquellas notables palabras: —*el hijo que os doy es persona tan allegada á mí, tan de mi casa, que á ninguna otra veo mas digna de mi afecto y de vuestra estimacion.*

¿A qué altas esperanzas no prestaban cimiento tales espresiones de rey? ¡Una persona de su real casa! ¡una persona muy allegada á la suya augusta! ¡una persona la mas digna de su afecto!... Doña Beatriz pesaba en la recta balanza de su buen juicio cada una de aquellas palabras, y no pudo menos de hallarles grandísima valía, abandonando su alma á las mas lisonjeras y altivas presunciones. ¡Un deudo del rey era indudablemente el destinado para marido de Dolores! La condesa se fijó en esta idea. Si el Infante D. Juan hubiese sido soltero en aquel entonces, doña Beatriz se hubiera persuadido de que le cabia la alta honra de tenerlo por yerno: si su hermano D. Pedro no se hallase ausente de Castilla, en él habria pensado la soberbia condesa; pero no pudiendo por las antedichas circunstancias remontar á tanta elevacion sus alegres esperanzas, pasó revista en su alma á todos los deudos del monarca, y no le quedó duda de que, á mal librar y fijándose modestamente en lo menos posible, el individuo que iba á entrar en su familia debia ser alguno de los nietos del almirante D. Alonso Enriquez, primo del rey y el mas opulento magnate de Castilla.

No desagradaba en manera alguna á la condesa un enlace ordenado por el monarca con aquella casa poderosa; y si bien es verdad que hasta aquel momento se habia mostrado propicia á la inclinacion que sentia por Dolores el bizarro Gutierrez de Sandoval, sobrino de su marido, no vaciló entonces en dar señales al rey del júbilo con que habia sabido su voluntad soberana.

Comprendiólo D. Juan perfectamente, y llegado el instante de sentarse á la mesa, condujo á ella por su mano á la esposa del adelantado y la hizo colocar cerca de sí, mostrándose en todo el tiempo que duró la comida tan afable y obsequioso con aquella dama, que los circunstantes, no pudiendo formar ninguna conjetura en detrimento de su austera virtud, comenzaron á sospechar un nuevo favoritismo que debilitase la absoluta influencia ejercida por D. Alvaro hasta aquel dia. Sin embargo, el condestable, lejos de dar indicios de hallarse descontento y receloso, se asociaba á su amo con la mejor gracia del mundo, colmando de distinciones á los condes de Castro, que le correspondian con mas muestras de sorpresa que de agradecimiento.

Concluyó el banquete: la hora de comenzarse las justas se iba acercando á mas andar, y todos los caballeros cercaron al rey pidiéndole su venia para ir á prepararse al nuevo festejo. En aquel momento D. Juan II, procurando prestar á su rostro toda la magestad de que era susceptible, anunció solemnemente á su córte la alianza que habia concertado y de la que debia ser padrino, pronunciando por último el nombre que con ardiente impaciencia esperaban conocer doña Beatriz y su esposo.

Aquel nombre, articulado lentamente por su Alteza en alta voz y tono satisfecho, no fué ninguno de los que se prometia la condesa. Rodrigo de Luna era el futuro esposo de Dolores, y al declararlo el rey tomó por la mano al hermoso mancebo y lo presentó á los condes. D. Diego, todo turbado, se dejó abrazar por su presunto yerno, y correspondió con embarazadas cortesías á los parabienes que se le dirijian; doña Beatriz, mas encendida que la púrpura de su riquísimo trage, dió las gracias al Rey con singular sonrisa, y saludó al joven Luna, clavando en el condestable una mirada indescribible, en la que se amalgamaban y confundian el odio y el desprecio, el furor y la ironía.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

MADRID EN EL AÑO DE 2851.

NUEVO PORVENIR DEL MUNDO.

(Conclusion.)

Ya temia importunar demasiado al *Cicerone* con tantas preguntas, por lo que le rogué se sirviese relatarme los puntos hácia donde caminaban los demas, segun iban pasando por delante de nosotros.

—Con mucho gusto. Seguid la direccion de mi dedo y escuchadme.

Los médicos van á la calle del *Atahud*.

Los capitalistas, banqueros y altos propietarios á la de la *Salud*, porque está demostrado que no hay mejor salud que la del dinero.

A la de la *Bola*, los mercaderes embusteros, los políticos y los que anuncian pomadas para crecer el pelo y polvos para curar todas las enfermedades.

A la de *Gitanos*, los embajadores, diplomáticos y los hombres de estado.

A la de la *Zarza*, los polizontes, alguaciles y las mujeres de vida airada.

A la de *Preciados*, los vanos, presuntuosos, los enamorados de sí mismos y las coquetas.

A la de los *Leones*, los valientes, los perdona vidas y los fanfarrones.

A las de *San José*, *San Joaquin*, *Avemaria*, etc, los hipócritas y las beatas.

A la del *Pez*, del *Rio* y de las *Aguas*, los taberneros.

A la del *Olivo*, los serenos y ladrones nocturnos, por lo que unos y otros tienen de mochuelos.

A la de la *Duda*, los enamorados, los escépticos y los escarmentados.

A las de *Cervantes*, *Quevedo* y *Lope de Vega*, los poetas, los escritores, los literatos y los novelistas. Con solo vivir en esas calles ya se figuran eclipsar los nombres de los inmortales genios de la antis güedad española; tan fáciles son de contentar los hombres de letra del siglo XXIX.

A la del *Lazo*, los que dan palabra de casamiento á los dos meses de conocer la novia, los que comunican á otros secretos en que están interesadas su honra ó su vida, los que se apasionan de unas mejillas sonrosadas por los cosméticos de Fortis, ó de una sonrisa estudiada delante del tocador, ó de una amabilidad producida artificialmente, ó de unas formas adquiridas por dinero en los comercios de la calle del Cármen.

A la de *Peligros* y á la del *Barco*, los que ni adulan al poderoso ni sacrifican su amor propio en aras de la humillacion; los que dicen la verdad á todos y prefieren la honra á la fortuna. Estos son los que navegan por el mar de los peligros y pocos de ellos son los que no se van á pique.

A los *Estudios*, los que saben hacerse ricos, porque para nosotros en eso está la verdadera sabiduría.

A la de la *Espada*, los maldicientes, los chismosos y los murmuradores, porque su lengua hace mas daño que un acero de Toledo.

A la del *Gato*, los escribanos y mas oficiales de justicia.

A la de la *Garduña*, los venteros, sastres, administradores y contratistas.

A la de la *Encomienda*, los jorobados, tuertos, cojos y patizambos, porque no es mala encomienda la que con sus achaques tienen.

A la del *Oso*, los que andan rondando balcones y paseando antesalas de magnates en busca de pingües dotes y de jugosos destinos.

A la de las *Veneras*, los fátuos y los vanidosos, los que corren tras los honores y las distinciones.

A la de la *Cabeza*, los proyectistas de hechos estupendos y los inventores de cosas inauditas: los que sueñan con descubrir el movi-

miento continuo, la cuadratura del círculo, la navegacion aérea y la cristalizacion del carbono. Como se dice de ellos que han perdido la cabeza, se les envia á la calle de este nombre para que la busquen y se la vuelvan á colocar sobre los hombros.

A la de la *Paz*, los mansos de espíritu, los cobardes, los aficionados á dirimir todas las contiendas.

A la de las *Tres Cruces* los que se casan con novia, suegra y cuñada. Para los tales el matrimonio es un verdadero calvario.

A la de la *Luna* los que se fian en las palabras del acreedor, en los juramentos de la mujer, y en las ofertas del amigo: los que piensan adquirir caudal trabajando honestamente, ó hacerse poderosos jugando á la lotería.

A la del *Caballero de Gracia* los que comen de gorro, viven de prestado y gastan de lo ajeno. En otros tiempos se llamaban caballeros de industria: hoy se les cambió su nombre en el de *Gracia*, porque por la gracia de Dios ó la del Diablo ó la suya propia, es como se sustentan y gallean.

A la de las *Conchas* los relamidos y taimados, los que á todo callan, y no dicen *sí* ni *no* cuando se les pregunta.

A la del *Arenal* los que se esfuerzan por hacer buenos, morijerados, caritativos y justicieros á todos los hombres. A estos predicadores se les concede el derecho de sembrar y recojer los frutos de los arenales.

A las del *Príncipe*, *Infante* y *Reyes* los dados á frecuentar palacios, y los que en los cargos de la república ó en sus propias casas mandan como soberanos y se dan aire de altezas.

A la de las *Rejas* los que son aficionados á vivir en cárceles ó en locutorios.

A las de la *Esgrima* y *Rompe-lanzas* los duelistas, camorristas y jaraneros.

A la del *Espejo* los que se escuchan cuando hablan, los que visten guantes cuando comen, y los que no salen á la calle sino despues de dos horas de *toilette*.

A la del *Lobo* los prestamistas y usureros.

A la de los *Angeles* los que estudian con objeto de saber, y los que trabajan en bien de su pátria para merecer alguna recompensa.

A *Puerta de Moros* los exactores de contribuciones y comisionados de apremios, porque esos son los únicos moros á quienes uno hace cruces cuando los ve á su puerta.

A la de la *Parada* los calmosos y flemáticos, los que por nada se alteran ni incomodan.

A la de la *Ballesta* los que todo lo preveen y todo lo adivinan, esos que ven las cosas á tiro de ballesta.

A la de la *Paloma* los que aun no llegan á la pubertad, á la del *Medio-dia* los de edad viril, á la del *Humilladero* los decrépitos.

A la de las *Beatas* las que no pudiendo ya dirigirse al mundo, por ser crecidas de años, se dirijen á Dios desempeñando el papel de Magdalenas. Tambien van á habitar la calle de este nombre.

A la de los *Negros* los que sufren la maldicion de comer el pan con el sudor de su frente. Los que trabajan seis dias á la semana con la azada en la mano, y uno con el hambre en el estómago. Los que han nacido para zafra, y no han de llegar jamás á maza.

A los *Consejos* los que se los dan á quien no los pide ó no los necesita.

A la de *Procuradores* los que toman la defensa de cualquiera, los que se despepitan por desfacer entuertos y enderezar agravios, y los que se entrometen donde no los llaman.

A la de *Embajadores* los mensajeros de buenas y malas nuevas, los casamenteros, y los corre ve y dile de las tertulias, sociedades y reuniones.

A la del *Turco* los mercaderes que ponderan la escelencia de sus géneros, las mujeres que ofrecen amor constante, y los reos que deponen en causa propia.

A la de las *Fuentes* los habladores sin tasa y los charlatanes sin medida.

A la del *Sordo* los potentados á quienes para implorar caridad se les recuerda su pasada miseria, el apóstata á quien para separar de su perjurio se le citan sus antiguas promesas, y el juez venal á quien para pedir justicia se le leen los testos de las leyes.

Aquí llegábamos y mi interlocutor descansó para tomar alientos. Entretúveme mientras tanto en examinar los vistosos y variados uniformes que ostentaba cada cuadrilla. ¡Qué estravagancia en unos! ¡Qué ridiculez en otros! ¡Qué novedad en todos! Era cosa de que mi amigo Fernandez de los Rios publicase una edicion ilustrada con 2500 láminas. Los valientes pasaban cubiertos de pieles de tigres y leones, los vanos venian vestidos de espuma, con anchísimos sombreros de papel dorado; los prestamistas traian grillos en los pies y las coquetas aspas de molinos de viento en la boca.

Picóme la curiosidad por saber á qué familia pertenecian unos que á cuantos tropezaban les decian, quieras que no quieras, el origen del nombre de la calle que pisaban, las novedades del dia y la vida y milagros de todos los estantes ó habitantes de la córte: parecian muy amables y condescendientes.

—¿Quiénes son estos?

Estos amigo mio, son mis compañeros: son los que en los teatros os dan cuenta del argumento del drama que se representa, los que en las fondas se hacen amigos de todos los forasteros para acompañarlos á visitar los monumentos y edificios públicos, los que á una pregunta de tres palabras contestan con una respuesta de tres millones: son los *cicerones* espontáneos de todos los que no saben. Voy á incorporarme á ellos. A Dios amigo, si quereis volver á verme, me encontrareis en la calle de *Relatores*.

En un santiamen se plantó fuera. Viéndome solo tomé tambien la puerta y el rumbo de mi casa, adonde de un momento á otro espero que me envien la órden que me anuncie mi nuevo domicilio. Por ahora continuo viviendo para servir á Dios y á mis lectores, en la calle de Santiago, donde recibo á cualquiera hora del dia todo lo que no sea palos en las costillas y visitas de acreedores.

J. RUA FIGUEROA.



CASCADA DE CERISET.

No menos pintoresca que la vista del puente de España que ofrecimos en el número anterior, es la de la cascada de Ceriset, que vá á la cabeza de estas líneas. Este magnífico paisage, por lo quebrado del terreno, por la caprichosa caida de las aguas que con tal abundancia descienden de la altura, y por la clase de terreno y vegetacion que en él se nota, es uno de los mas notables que el viagero puede encontrar en Francia.

Escrito en el album de la señora duquesa de M. de las T. (Agosto de 1850.)

LOS POLLITOS.

¡Pio-pio-pio-pio-!
¡Ay! ¡qué chiste! ¡qué monada!
Mamá, mamá, la Pollada.—
—¡Niña, niña, no des gritos!—
—Pues ¿no vé V. los pollitos?—

—¿Dónde? ¡pues eso está bueno!
Todo Madrid está lleno:
de Palacio á Maravillas,
de Avapies á las Vistillas,
de san Gerónimo al Rio.
¡Pio-pio-pio-pio-!

—

—¿Y son muchos?—¡Pues ya es obra!
No hay otra cosa de sobra
en las casas y en la calle.
El sastre les hace el *talle*,
y la *talla* el zapatero;
el pobrecito barbero
es quien no les hace nada.
La melenita rizada;
voz de duende con catarro;
en la boca gran cigarro;
el gesto de dengue y ascos;
en el bolsillo y los cascos
un tristísimo vacio.
¡Pio-pio-pio-pio!—

—

Si se junta una docena,
¡Dios nos la depare buena!
¡qué chillidos, qué algazara!
La lengua se les dispara:
—«Yo muchachos, ya galleo.
«¡Si lo veo y no lo creo!
«ayer solté el cascaron,
«y hoy ya no tengo leccion.»
—Pues yo voy solito al Prado,
«y solito estoy sentado.—»
—¿Me viste ayer con la Paca?
«pues le enseñé la petaca
«que ha desechado mi tio,»
¡Pio-pio-pio-pio—!

—

Y cuando andan en cuadrilla,
y sueltan la taravilla,
diz que se cuentan conquistas,
y amoríos y entrevistas;
y hasta se jactan de acciones
de gallo con espolones.
Y quitarán honra y fama
á la mas honesta dama
en medio del prado á gritos.
¡Y echan tambien sus ajitos!
Y uno refiere un asunto
en que estuvo... casi á punto...
¡Pobre pollo casquivano!
y se dejó de secano
tierra muy de regadío.
¡Pio-pio-pio-pio!

—

¡Ay! ¡qué pollitos!—¡Oh España
¿Y gente de esta calaña
ha de labrar tu ventura?
¿Qué dirá la edad futura,
al ver que empolló Madrid
huevos de casta del Cid,
y sacó pollos Babiecas?
¡Qué mano para echar lluecas!
Mas pues tú te los criaste,
y tal semilla sacaste
del plantel de tus escuelas,
sarampion y viruelas
te envie Dios por rocío!
¡Pio-pio-pio-pio—!

EL ESTUDIANTE.

La Gazmoña murmuradora.

—

CANCION.

Doña Tadea
reza el rosario,
y á un relicario
Mil besos dá;
Pero murmura
con santo celo,
angel del cielo
luego será.
Sale del templo
muy compungida,
pero de vida
no mudará.
A un matrimonio
tiene enredado;
mas no ha pecado
ni pecará.
Súbese al cuarto
de la vecina;
¡Gracia divina
qué tajos dá!
No hay en el barrio
pura doncella,
fea ni bella,
de un año acá.
Duro en el vicio
doña Tadea,
córte y aldea
se van allá:
Todo invadido
lo tiene el diablo...
en un retablo
os veo yá.

EUGENIO DE TAPIA.

—

El secreto de muchos complots y revoluciones se halla revelado por la respuesta profunda á la par que sencilla que dió un caudillo al presidente del consejo de guerra que le iba á juzgar.

—¿Quienes eran vuestros cómplices? le preguntó el presidente.

—Vos mismo, si hubiera yo triunfado.

—

Complacíase Francklin en repetir una observacion que le habia hecho su negro, á quien habia esplicado, estando en Lóndres, lo que era un caballero. —«Amo, le decia el Africano, todo trabaja en este pais: trabaja el agua, el viento, el fuego, el humo, el perro, el buey, el caballo, el hombre, todos escepto el cerdo, que come, bebe, duerme y no hace nada en todo el dia; luego el cerdo es el solo caballero de Inglaterra.

—

Annibal Carrache, decia que «los poetas pintan con la palabra, y los pintores hablan con el pincel.»

—

Para los hombres de estado, un juramento es primero una moneda de oro que se subdivide en monedas de plata, las cuales se subdividen despues en monedas de cobre... y así sucesivamente hasta que llega á carecer totalmente de valor.

—

La diferencia que existe entre el amor y el matrimonio, es igual á la que hay entre una novela interesante y un libro de historia en el cual solo figuran fechas y hechos pasados.

—

¿Qué es la vida?—Una enfermedad notable.

Imp. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL *y de* LA ILUSTRACION, *á cargo de Alhambra, Jacometrezo*, 26.



ESTATUA DE POUSSIN.

Nuestros lectores conocen varios cuadros de este célebre paisagista francés, por las copias que alguna vez hemos hecho de ellos por medio de los grabados de nuestro SEMANARIO. La patria en que vió la luz primera este artista famoso, menos ingrata que lo es generalmente la nuestra con los ingénios que en ella nacen, ha honrado la memoria del pintor con una bella estátua de mármol, obra de Mr. Julien, de la que podrá formarse una idea en vista del grabado que encabeza estas líneas.

UNA TERTULIA EN CASA DE VICTOR HUGO.

Es imposible contemplar sin un profundo sentimiento de dolor y de pena, la deplorable caida de ciertos hombres, que levantados á inmensa altura por el poder solo y legítimo de su génio, prefieren descender de ella, y revolcarse en el sucio fango de las pasiones y de las miserias humanas, á mantenerse allí incólumes é inmaculados. La multitud que los miraba como sus ídolos, como semi-dioses, se sorprende primero, se irrita despues al ver que los que reverenciaba son seres del mismo grosero barro de que ella está formada; que tienen sus propios instintos, sus propios impulsos, é idénticas y mezquinas aspiraciones. Entonces, juzgándose burlada, befa y silba á los mismos á quienes antes creia divinidades.—Esta es la historia, la tristísima historia de muchos, de infinitos hombres, antiguos y modernos, que esclavos de la ambicion, no han sabido contentarse con los laureles literarios, con la pura y refulgente aureola de la poesía; y se han lanzado, al revés de Icaro, pero con igual resultado, desde el cielo á la tierra: esta es la historia,—haciendo ya las aplicaciones adecuadas á mi objeto, —esta es la historia reciente y lastimosa de Lamartine y de Victor Hugo. — Aquel era lisa y llanamente el primer poeta lírico de nuestro siglo; este el hombre de mas génio y de mas imaginacion de la Europa.—Gigantes literarios los dos, prefirieron sin embargo ser pigmeos políticos, y cortando sus alas bajaron desde el templo elevado de la inmortalidad, al lodo repugnante del mundo. Al uno le pareció poco ser el autor de *las Meditaciones* y de *Yocelyn*, y quiso serlo de *los Girondinos* y de la revolucion de febrero; al otro no le pareció bastante haber escrito *Hernani*, *Lucrecia Borgia*, *Nuestra Señora de Paris*; y para completar su gloria se hizo periodista y orador demagogo!!—¡Tristes, deplorables aberraciones del espíritu humano! ¡Funesto destino de la época actual!

19 DE ENERO DE 1851.

Pero si Lamartine y Victor Hugo han perdido su popularidad y su prestigio á los ojos del vulgo, todavia las inteligencias elevadas y los corazones generosos los contemplan con admiracion y respeto: todavía, apartando los ojos del hombre, se fijan con interés en el poeta: todavia, en fin, brilla y resplandece en ellos esa llama divina, que fulgura sus rayos sobre sus cabezas.

Condenados hoy por los que los ensalzaban ayer, arrojados del pedestal que les habia erijido el universo, insultados y ridiculizados por los mismos que antes coronaban de laurel su frente, proscritos y combatidos por sus antiguos amigos, los dos deben haber devorado grandes amarguras y grandes desengaños. La situacion de Lamartine especialmente, rodando del poder, como los Titanes que quisieron escalar el cielo, es mas terrible aun que la de Victor Hugo, pretendiendo subir á él: este sueña y sonrie aun con el porvenir, y aspira á cambiar su magnífica corona de poeta por el vano título de ministro; aquel vuelve la vista tristemente á lo pasado, y siente haber trocado la suya por el falso oropel de la dorada silla. Con esa ceguedad, atributo no solo del amor sino tambien de la ambicion, el ejemplo del uno no alecciona al otro, y entrambos siguen igual senda, que ha de llevarlos al propio precipicio.

En las diferentes ocasiones que he estado en París, nunca hasta el año último me propuse tratar á Víctor Hugo: dos ó tres veces me le habian enseñado á lo lejos en una sesion del Instituto, y un dia de recepcion en la Academia francesa; pero en el apogeo de su gloria y de su grandeza me inspiraba menos interés, menos simpatía, que ahora, cuando él mismo se ha arrojado al suelo desde el elevado pedestal donde debia vivir ajeno á las miserias y á las pequeñeces del mundo. — Quise ver, pues, á aquella divinidad caida; quise admirar á aquel astro eclipsado, y recordando que los domingos por la noche solia recibir en su casa el autor de las *Orientales*, solicité el honor de serle presentado.

Supónese generalmente á Victor Hugo vano, orgulloso, poco accesible: yo no puedo participar de semejante opinion, pues se mostró conmigo amable, cortés y atento en estremo. Verdad es que entre los infinitos curiosos que le visitan, distingue siempre á los españoles, á quienes profesa singular aficion por creerse él mismo casi compatriota nuestro; pero esto no impide que yo le esté altamente agradecido por la cordial acojida que me dispensó.—La noche que yo le fuí presentado no pensaba recibir el ilustre poeta, afligido por la situacion de Balzac, su íntimo amigo, que se hallaba en sus últimos momentos; y sin embargo, sabiendo que debia yo marchar de París dos dias despues, faltó en obsequio mio á su propósito, é hizo abrir sus salones á última hora. La reunion se resintió sin embargo de esto y fué poco numerosa; en cambio era bastante orijinal.—Componianla únicamente el secretario y un agregado de la embajada turca; un revolucionario italiano, que habia formado parte de las bandas de Garibaldi; el conocido literato Mr. Augusto Vacquerie, comensal ordinario de Victor Hugo; el Sr. D. Cárlos de Algarra, que tradujo un drama *D. Rodrigo Calderon* representado en el teatro del *Odeon*; y otras dos ó tres personas, entre ellas un inglés. Inútil es añadir que la esposa del célebre poeta hacia los honores de su casa, acompañada de su hija, linda y candorosa niña de tres lustros, y de sus dos hijos, de los cuales el mayor, de 20 años, acaba de ser herido en desafío con un redactor del *Corsario*, Mr. Viennot, por una causa meramente política.

Victor Hugo dejó hace algun tiempo su antigua habitacion de la Plaza Real, y fué á instalarse en el centro de París, en la calle de Latour d'Auvergne, barrio de las *loretas* y otras gentes de la misma calaña, donde ocupa un piso principal, adornado de la manera mas pintoresca, por no decir mas rara. Allí casi todo es antiguo, casi todo *moyen age*: las cortinas de las puertas recuerdan las tapicerías de los castillos feudales; las ventanas tienen adornos góticos, y muchas vidrios de colores; los sitiales son del mismo gusto, y aguarda uno ver ocuparlos á alguna altiva castellana de tiempo de las cruzadas; en las paredes, al lado de una buena pintura de Van-Eyck ó de Rubens, se ven armas moriscas y trofeos militares. Aquí hay una mesa de pórfido, junto á un lecho romano; allá un diván oriental dominado por un escudo árabe; mas lejos un jarron etrusco, descansando sobre una consola moderna. Esta anarquía, este desórden en los muebles y en las épocas, si no es de buen efecto siempre, dá á la casa la apariencia vistosa de un museo de curiosidades.

Cuando entré en el salon de tertulia, se hallaba ausente Victor Hugo, que habia ido á despedirse del moribundo Balzac: la vizcondesa su esposa, dama de esquisito buen tono, y de notable hermosura todavia, á pesar de sus cuarenta primaveras, sostenia la conversacion con tanto ingénio como amenidad: á los turcos les hablaba del Gran señor; al italiano de una herida que iba á curarse en París; á Mr. Vacquerie de la irreparable pérdida del ilustre novelista, que aquella misma noche iba á espirar.

—Yo particularmente, esclamaba madama Victor Hugo, debo estarle reconocida: ¿no ha poetizado y rehabilitado él á la mujer de 40 años?..

Despues, dirigiéndose al partidario de Garibaldi, jóven simpático y elegante, y que hablaba el francés como un parisiense, añadió:

—¿Donde fué V. herido, caballero?

—En la retirada de Roma, señora vizcondesa;—contestó el demócrata, que no perdia ocasion de tributar este título aristocrático á la esposa del gran poeta, sin acordarse sin duda de que la república francesa los abolió todos desde el principio.

—Herida gloriosa,—dijo con énfasis el jóven Cárlos, hijo mayor de Victor-Hugo,—y de que debe V. envanecerse!

Figuróseme que en el rostro espresivo y burlon del italiano aparecia una leve sonrisa irónica, que yo traduje de esta manera:

—Sin embargo, hubiera celebrado infinito no tener que envanecerme de ella.

—¡Ay! repuso el guerrillero, muy satisfecho de haber llamado hácia sí la atencion de los presentes; aseguro á V., señora vizcondesa, que fueron aquellos dias terribles é inolvidables. Hostilizados, perseguidos por todas partes, carecimos de reposo, de pan, hasta de agua. A cada instante perdiamos un amigo, un hermano; las infelices mujeres que no habian querido separarse de sus maridos, caian exánimes de fatiga y de hambre. Muchas espiraban en los caminos ignorados por donde huiamos; otras se quedaban enfermas en los pueblos, para sufrir una suerte aun mas espantosa. Pero entre todas aquellas desventuradas, ninguna tan digna de compasion como la esposa de nuestro general, el valiente Garibaldi.

—¿Por qué? preguntó Mlle. Hugo con los ojos ya arrasados en llanto.

—¿No sabe V. su historia, señorita? replicó el italiano:—es una verdadera tragedia!

—Cuéntela V., cuéntela V., caballero; dijo uno de los turcos con vivísimo interés.

—Habiamos llegado á cierta miserable aldeuhela,—comenzó á decir el guerrillero,—despues de una marcha de doce horas, que rindió hasta á los hombres mas fuertes y briosos.—La esposa de nuestro general era la única que nos seguia ya; las otras ó habian muerto en el camino, ó quedádose enfermas en los lugares del tránsito. Pero al arribar allí la heróica mujer devorada por una ardiente calentura, tuvo que meterse en la cama, y el médico, que por caridad vino á visitarla, nos dijo que respondia de su vida si se le dejaban dos ó tres dias de reposo y de sosiego.—Garibaldi creia haber desorientado á sus implacables perseguidores, y resolvió permanecer en aquel pacífico asilo hasta que su esposa se aliviara. Recojímonos todos aquella noche, y cuando comenzábamos á gustar las delicias del sueño, nos despertó el aviso del vigía que teníamos colocado en una eminencia, el cual nos anunciaba la proximidad de las tropas austriacas.—Lanzamos un grito de terror y de angustia, y nos dispusimos á emprender nuevamente nuestra fuga, mientras el general corria al miserable lecho donde reposaba plácidamente su consorte. Su primer pensamiento fué huir llevándosela en brazos; pero acordóse de la siniestra profecía del médico, y varió de plan. Llamó entonces á los dueños de la casa; entrególes las pocas monedas que conservaba, su reloj de oro, y hasta las charreteras que en tiempos mas prósperos lucía en las calles de Roma, en las revistas y en las paradas.

—Amigos mios,—les dijo derramando la primera lágrima que le he visto verter nunca;—amigos mios, os confio cuanto poseo en el mundo; mi esposa á quien idolatro, y hasta mi último *carlin*. Ocultadla de mis perseguidores, y cuidadla mucho... Ved que es mi único tesoro!

Los aldeanos prometieron obedecerle, guardando el oro, el reloj, y las charreteras; y nosotros emprendimos de nuevo la fuga por sendas casi impracticables.—Al cabo de una semana, esponiéndonos el general y yo á ser sorprendidos veinte veces, volvimos á la aldea á buscar, á recobrar el precioso depósito que dejáramos en poder de los rústicos: pero estos, trémulos y balbucientes, nos dijeron que la enferma habia espirado la propia noche de nuestra huida. Garibaldi no exhaló ni siquiera un suspiro; quedóse inmóvil, absorto, petrificado; y yo, tomándole entonces por la mano, le arrastré lejos de aquella casa, donde habia perdido cuanto le quedaba en el mundo.—A la salida del pueblo, encontramos al médico que nos reconoció al punto, y vino á hablarnos.

—¡Qué espantosa desgracia, señores! esclamó levantando los brazos al cielo.—¿Es posible qoe haya en la tierra gentes tan perversas ó tan miserables?

—¿Por qué? pregunté yo con un presentimiento terrible.

—¿No lo saben VV. aun? añadió el pobre doctor estremeciéndose. Los inícuos á quienes VV. confiaron la señora enferma, tuvieron miedo de los austriacos, y en cuanto VV. marcharon abrieron una profunda fosa, y enterraron viva á la desventurada.»

Todos cuantos oíamos la narracion del italiano lanzamos un grito de horror.

—El general—continuó aquel—furioso, frenético, desesperado, corrió á la casa de donde acabábamos de salir; pero no encontró ya á nadie. Todos se habian escapado, ó escondido, temerosos del castigo que merecia su odioso, su incomparable crímen. Garibaldi, cayendo en seguida en una postracion profunda, muy semejante al idio-

tismo, se dejó conducir por mí, y le coloqué sobre el caballo que la víspera habíamos cogido en una granja.

—¡Ay Dios mio! esclamó la hija de Victor Hugo con su candor y su gracia infantiles. —¡Qué cosa tan horrible es la guerra! ¿No habria algun medio de suprimirla?

Esta ocurrencia, tan inocente y tan natural, nos hizo sonreir á todos los que nos estremecíamos poco antes.

Entonces entró en el salon Victor Hugo; venia triste y afectado, porque á pesar de sus diversas tentativas, Balzac, moribundo ya, no le habia conocido, no habia estrechado su mano.

—¡Triste destino de la humanidad, señores! dijo el ilustre escritor despues de saludarnos. Balzac muere á poco de conseguir lo que durante su penosa existencia habia deseado ardientemente: ser rico. Sí: á pesar de su talento, de su reputacion, de su gloria, Balzac fué siempre pobre. — Y ¿saben VV. por qué muere á los cincuenta y un años, cuando sus votos estaban satisfechos, cuando poseia una esposa que le amaba, fausto, opulencia, y hasta un título? —¡Por haber trabajado tanto antes!!

En seguida Victor Hugo lanzó dos ó tres sangrientos epígramas contra la Academia francesa, que ha dejado morir al eminente novelista sin abrirle sus puertas, sin colocarle en el número de sus cuarenta *inmortales*.

—En cambio, añadió amargamente volviéndose hácia mí, ¿conoce V. á Mr. Patin, á Mr. Flourens, al duque de Noailles, hombres muy célebres en sus casas? Pues todos ellos son académicos, mientras Balzac, que era célebre en la Europa entera, ha bajado á la tumba sin serlo.—¿Qué importa, si lo será en la primera eleccion Mr. Nissard, el célebre Mr. Nissard, de quien no habrá V. oido hablar nunca, en oposicion con Alfredo de Musset, el culto, el ingenioso, el filosófico poeta, de quien todo el mundo ha oido hablar?

Esta profecía — y permítaseme la digresion — se ha visto recientemente realizada.

Lanzado en el camino de los epígramas y de los sarcasmos, Victor Hugo los asestó contra el presidente de la república, contra Mr. Barocho, ministro de lo Interior, contra su siglo, y contra su nacion.

—Señores— dijo dirigiéndose á los dos turcos —á qué tiempos



(Victor Hugo.)

habremos llegado, cuando la Turquía es hoy mas humana y mas liberal que la Francia!

El hizo justísimos elogios de la noble y generosa conducta del Sultan en la cuestion de los refugiados húngaros.—Luego, volviéndose hácia mí, me habló largamente de la España; de su niñez que pasó en Madrid, siendo gobernador de Guadalajara el general Hugo, su padre; de la casa del príncipe de Masserano que habitaban en la calle de la Reina; de sus impresiones y de sus recuerdos infantiles, pronunciando como parte de estos algunas frases en castellano. Por último, conmemoró otro viage que hizo á las provincias Vascongadas en 1844, espresándose con vivo entusiasmo acerca de las costumbres sencillas y puras de aquel pais, de su dulce clima, y de su magnífica vejetacion.

—Nada he visto en mis viages, me decia, tan pintoresco ni tan lindo como Pasages, á no ser el lago de Ginebra.—Y van VV.—añadia dirigiéndose á los españoles en general,—van VV. á visitar la Suiza, temiendo otra Suiza aun mas bella en su patria!

Llegó despues su turno á la política, y Victor Hugo y su hijo Cárlos se espresaron cual dos demagogos furiosos, cual dos rojos *pur sang*. Despues de haberse desahogado bastante en aquel terreno, y conociendo sin duda que la materia no era agradable á algunos de los oyentes, varió el ilustre poeta nuevamente de conversacion.

—¿Y se acuerda alguien todavia de mí en España? me preguntó con acento melancólico.

—Nadie le ha olvidado á V., respondí.—Pero todos deploran que en vez de odas escriba V. artículos de periódico, y en vez de dramas discursos parlamentarios. En una palabra, todos sentimos que haya V. abandonado el culto de esa vírgen hermosa é inmaculada que se llama la poesía, por entregarse al de esa torpe y bastarda prostituta, que se llama la política.

—¡Ay! contestó Victor Hugo exhalando un hondo suspiro; he obedecido al contagio de la época; me he visto arrastrado por el torrente de la opinion. Dí el primer paso en la Cámara de los Pares, y Dios solo sabe dónde daré el último!

Y lanzó un nuevo suspiro: sin duda comparaba en aquel instante sus verdes laureles, su deslumbrante aureola de gloria, la admiracion unánime del universo, con los venenosos ataques de los diarios franceses, con las crueles caricaturas de los periódicos satíricos.

Antes de separarnos manifestó al sublime escritor la satisfaccion que tendria en poseer algun autógrafo suyo, dos, cuatro versos escritos de su mano; y él, con la amabilidad, con la galantería que no desmintió un solo momento, ofrecióme enviar á mi *hotel* lo que le pedia.

Eran las doce de la noche cuando los que habíamos asistido á la tertulia de Victor Hugo, salíamos de su casa: aguardaba á los dos turcos en el patio un magnífico coche con dos soberbios caballos árabes; el partidario de Garibaldi no tenia carruage alguno ni malo ni bueno.

—Señores, nos dijo á Algarra y á mí con alegre franqueza, pueden VV. darme un cigarro?

Ambos le hicimos presente nuestro sentimiento por no poder complacerle, en atencion á no ser fumadores.

—Veré si soy mas feliz con los turcos; repuso haciéndonos un gracioso saludo.

Parece que los turcos no fumaban tampoco, pues un instante despues de haberles dirigido igual peticion por la ventanilla del coche, volvió á acercarse á nosotros el italiano, y nos dijo alegremente soltando una estrepitosa carcajada:

—La Turquía está tan desprovista como la España de tabaco!

Y se alejó rápidamente, tarareando una cancion guerrera.

Dos dias mas tarde recibí de parte de Victor Hugo la carta y los versos con que voy á terminar este artículo, y por los que dentro de cien años pagaria cuanto se quisiera un lord inglés, ó un príncipe ruso:

Dice asi la carta:

«J'ai, en fin, Monsieur de Navarrete, un instant, et j'en profite pour vous obeir. Croyez que j'ai eté bien heureux de serrer la main qui a ecrit de si belles pages.

Tenez l'assurance de ma plus vive cordialité.

VICTOR HUGO.»

Hé aquí ahora los versos, completamente inéditos:

.....Espagnols! soyons fréres!
Echangeons nos grandeurs! Du meme laurier d'or
couronnons, vous Corneille, et nous Campeador!
Fils du meme passé, la gloire est notre mére,
car vous avez l'Achille, et nous avons l'Homere!

No he creido necesario ni conveniente traducir la carta ni los versos: lo primero porque el idioma francés es ya bastante familiar en España; lo segundo, porque nunca tendré la osadía de querer interpretar dignamente los sublimes pensamientos de Victor Hugo.

RAMON DE NAVARRETE.

LOS CORREOS.

—

Petits auteurs d'un fort mauvais journal,
Qui d'Apollon vous croyez les apôtres
Pour Dieu tâchez d'ecrire un peu moins mal,
Ou taisez-vous sur les écrits des autres.
ROUSSEAU.

Nadie ignora que para que uno llegue á ser médico, debe haber estudiado cuando menos, bien ó mal, medicina, así como para ser abogado, leyes. Todas las profesiones, todas las carreras requieren lo que llamamos principios, haberlas cursado: es decir, que antes de ser algo necesita el hombre hacer que estudia diez ó doce años en universidad, ó probar, no importa el cómo, que efectivamente ha estudiado. A veces, no hay duda, es escusado este trabajo, el de hacer que se estudia y el de hacer ver que se ha estudiado, porque hay otros dos medios mas positivos de conseguir unas borlas de doctor, ó de ser una celebridad dramático-literaria, que el de devanarse los sesos sobre los libros. Poco versado estará en los negocios de este mundo positivo el que no conozca que estos dos medios son la proteccion y el dinero. *No hay hombre sin hombre*, dice el adagio, y tambien se han hecho proverbiales aquellos dos versos de un poeta satírico:

Poderoso caballero
Es don dinero;

de donde podemos deducir que

El hombre á quien asiste
Un buen bolson de mejicana fruta,
Aunque sea un patan nada resiste,

como dijo con alguna variacion otro vate, del mismo modo que aquel,

De magnate opulento protejido,
Si consigue encontrar dos consonantes,
Hijo será de Apolo bendecido,

por mas que sostenga que Lope de Vega y Garcilaso fueron turcos, y aunque su obtusa imaginacion jamás haya creado una idea, entre las muchas palabras sin sentido que habrá creado.

Pero dejando aparte los dos medios infalibles de prosperar de que acabo de hacer mencion, es indudable que para todo, hasta para no saber, estudian los hombres, en el siglo de las luces. Se esceptuan de esta regla general los censores de periódicos cuando los hay, y los periodistas. Los primeros, para conocer si un escrito es subversivo, antireligioso ó inmoral, pueden salir del paso fácilmente preguntando el nombre del autor; en caso de que los antecedentes de este ofrezcan duda, se plantan al cabo de la calle con un *no puede correr*, sin que nadie les vaya á la mano, porque el *no puede correr* es la espada de Alejandro que corta todas las dificultades.

A los segundos, á los periodistas, les basta hacinar en la mollera un decente caudal de eso que se llama fraseología y saber estropear el castellano á la francesa; sobre todo deben ser pródigos de alabanzas, si han de medrar. Para un periodista, y particularmente para un *folletinista*, que sabe vivir en el mundo, todo cuanto en él existe es admirable: el que quiera adquirir una fortuna sólida y probar que la literatura ó la política pueden convertirse en dos minas de oro, no tiene mas que elogiar los vicios ó la ignorancia de ciertos hombres, que en diversas épocas han dado en la manía de creerse perfectos: esta manía no es nueva: data de la formacion de la sociedad moderna, y al introducirse en ella la libertad de emitir libremente el pensamiento por medio de la imprenta, dió orijen á los *correos*.

No voy á hablar de los *paquetes-correos*, de los *correos* que no son paquetes, de los *correos-vapores*, de los *pichones-correos*, de los *correos de gabinete*, ni de otros infinitos. Su oficio es correr para llegar pronto, y como generalmente llenan su cometido, nada tengo que ver con ellos mientras sigan corriendo, pues el que va rectamente por donde debe, nunca puede ponerse al alcance de la penca satírica. Pero entre los mencionados correos, hailos tambien intrusos, que usurpan este nombre para darse alguna importancia, que de otro modo no pueden conseguir, ó que si no lo usurpan, aplíqueselo yo en gracia de la interminable carrera que han emprendido.

Nunca se puede decir, por ejemplo, fulano es un *hombre-correo*, porque la última palabra indica una familia y no un género: dícese pues con propiedad *escritor-correo* ó *correo-escritor*, frase clara y significativa, porque esplica una idea exacta, de constante y contínua aplicacion.

Para convencernos de esta verdad basta hojear los periódicos; todo se encómia en ellos, bueno y malo, y se encomia antes de tiempo: como el *correo-escritor* y sobre todo el *folletinista-correo* es el clarin de la fama destinado á prevenir el juicio del público; como lo previene de hecho, escribiendo, acerca del mérito de los hombres y de sus obras, cosas que, despues de examinar la mercancía, suele condenar el mismo público, es preciso que no carezca de la suficiente trastienda para quedar siempre á cubierto de las necedades que ha escrito con el fin de hacerse amigos, es decir, apoyos para ir subiendo. Y aquí tenemos tambien el orígen de las reticencias, de los equívocos y de las oraciones ambiguas, recursos que sirven de asidero al *correo-escritor* para estampar un segundo artículo, que contradice al primero, cuando se ve algun tanto estrechado por el fallo de la opinion. Esto es lo que en literatura se llama *hacer á pluma y á pelo*, y en lenguaje vulgar *comer á dos carrillos*.

Los artículos de prevencion, artículos encargados ó agradecidos de antemano, y en los cuales es requisito indispensable protestar contra toda influencia estraña, tienen asimismo sus nombres. Distínguense entre ellos los *llamativos* ó de *puff*, si se trata de una comedia nueva, los *negociables* ó de *fantasía*, si tienen por objeto enumerar las *conocidas ventajas* de ciertos establecimientos públicos, y los de *amistad* ó *compromiso*, cuando se escribe el juicio ó análisis crítico de alguna obra detestable. Todos estos artículos son propiedad esclusiva del *correo-folletinista:* no se firman, por su puesto, ni se confiesan como parto propio, pero siempre llevan al pie un pseudómino que todos conocen, lo cual no se opone en manera alguna á que su legítimo dueño los despedace sin piedad en las redacciones de todos los periódicos, menos en las de aquellos que los publican, lo cual equivale á despedazarse á sí mismo. En efecto, la sana crítica no se toma el trabajo de matar esos engendros, porque ya sabe que mueren al nacer; su verdadero asesino es el desprecio público; sus mismos autores les dan el cachetazo abandonándolos á una suerte desgraciada, pero merecida. Los tales artículos, cuyos padres primero son mártires que confesores, por mas que la vanidad del pseudómino los descubra, llevan tambien el nombre de *artículos—negreros*, *artículos de* contrabando, tanto por lo que intrínsecamente producen, como por el secreto mal guardado que respecto á su procedencia se procura.

Sucede con frecuencia que un poeta elogia en la *gacetilla* de un periódico la comedia qne se va á representar y luego salimos con que la comedia es suya: entonces se convierte el poeta en *correo-Narciso*, en autor enamorado de sus propias bellezas: su artículo, ya se sabe, queda designado con el título de *imparcial*.

La *imparcialidad*, la *conviccion profunda*, el *deseo de acertar* y la *buena fé* pertenecen de derecho á la fraseología del *escritor-correo*; sin estas palabras nada se puede escribir hoy que merezca ser leido. Cuando el *correo-gacetilla* anuncia pomposamente una produccion dramática, es claro que no puede manifestarse ni mas *imparcial*, ni mas *convencido* de las escelencias de la obra. El tono de esos anuncios ha de ser, para que llene su objeto, altisonante y campanudo, y corresponde al género de los peluqueros y sacamuelas franceses, cuyas estupendas habilidades empiezan á cubrir las cuartas planas de nuestros periódicos políticos. Por lo regular empiezan poco mas ó menos de este modo:

«Se ha leido, ó va á leerse muy pronto, en el Teatro Español, ó »se ha presentado á la empresa del Instituto, ó Variedades, la come»dia en tres actos (los tres actos buscan el diez por ciento de la ley »orgánica) y en verso (ya no se escriben comedias en prosa: ¿quién »no es poeta?) intitulada..... de cuyo *indisputable* mérito hemos »oido hablar á los primeros escritores dramáticos. Estamos seguros de »que dará muchas entradas, proporcionando á su *jóven autor*, que tan »brillantemente se *inaugura* en la difícil carrera del teatro (poco im»porta que las carreras se confundan) la gloria y el nombre á que le »consideramos acreedor.»

Esto significa que se ha escrito una mala comedia y que su jóven autor aspira á que se represente, ó cuando menos á que el *círculo literario* se la compre, en virtud de los encomios de la *gacetilla-correo*. Pero á bien que el *círculo literario* tiene muchas mas puntas de *círculo comercial* y sabe muy bien donde le aprieta el zapato: por eso se paga poco de esos zurcidos dramáticos y tiene en mas el juicio del público que el de los inteligentes: aun así y todo hay sus mas y sus menos en cuanto al primero, con el cual no siempre se conforma el *círculo editorial*. Por lo que toca al *folletinista-correo*, ya se sabe que por tener el derecho de leer *gratis* las producciones que se venden en las librerías y por dar un apreton de manos á cada autor, escribe á roso y velloso en pró de todas las obras, y cate usted aquí á los pacientísimos directores de los periódicos comprometidos á insertar esos *artículos-correos*, que nunca llegan al término apetecido, á interesar al público, porque ya el público ha conocido que basta haber leido uno de ellos para enterarse del contenido de todos los demas.

Esta es precisamente la época mejor de hacerse á la vela los *artículos-correos-puff*; la época de los beneficios. No llega uno de estos, al cual no precedan cuatro ó seis de aquellos: forman las vanguardias de las funciones dramáticas, coreográficas y líricas, las avanzadillas que se cruzan para sorprender los rezagados bolsillos de aquellas buenas almas, que miden el mérito de lo que van á oir y ver por los inciensos que han leido.

Segun las noticias de los *correos-dramáticos*, ó no se escriben malas producciones ó estas no se conocen en Madrid, al menos en sus teatros. Todas forman ó aumentan la reputacion de sus autores; todas ocupan *los estantes mas distinguidos de la república de las letras*. ¡Y los estantes siempre firmes, á pesar de tan enorme peso!... Si la comedia se ha escrito en Paris, ahí es ella: una se ha representado *ciento diez y nueve noches* seguidas; otra *noventa y siete*; menos de o·henta ninguna. Esta alborotó; aquella nadie sabe lo que hizo, y todo, por supuesto, en París, en la capital ilustrada, y en nombrando á París, no hay mas que cerrar los ojos, creerlo y amen, porque sabido es que todo lo grande, todo lo inaudito, todo lo increible nos viene de aquella encantada region, á cuyos adelantos debemos los pobres españoles, si hemos de creer á los *folletines—correos*, hasta el modo de andar.

Acontece tambien no pocas veces que el *correo* añade: *el drama H.. ha hecho furor en los principales teatros de provincia*, sarcasmo horrible lanzado á las empresas de la corte, que suele ser desmentido por los anuncios de los citados teatros. Pero ¿qué importa? El drama quedó admitido; se representó *admirablemente*, esto ya se sabe, en la calle del Príncipe ó en la de Valverde; hubo un lleno la primera noche y el *correo-gacetilla* dijo al siguiente dia: «Por fuerza habia de gustar... »¡Cuando yo aseguraba que tiene situaciones dramáticas de primer órden! Siento mucho no haber podido asistir á su estreno, pero iré es»ta noche sin falta.»—Pero, hombre, si fué silbado, le contesta el amigo con quien habla.—¿De veras?—*Fiasco* completo.—Ya.—¿Lo dudas?—No... no lo dudo precisamente, pero... sí... no lo estraño, porque ya eché de ver al leerlo que el autor ha estado poco feliz en la pintura de caractéres; además es algo floja y bastante descuidada la versificacion, y luego aquellas escenas interminables.... ¿Con que silba eh? ¡Já! ¡já! ¡já! Que escriba, que escriba dramas el bueno de N. y que vuelva por otra.

Ya es tiempo de que nuestros autores y actores empiecen á conocer sus verdaderos intereses: el primer paso que de ellos exige el lustre de nuestra escena es el desprecio con que deben mirar los desmedidos elogios de ciertos escritores cuyas plumas parece que solo aspiran á ridiculizarlos. El anuncio de una funcion nueva es bastante llamativo para el público. ¿Qué importa no tener el teatro lleno la primera noche? Ya lo estará en las sucesivas, si la produccion lo merece. Ensalzarla anticipadamente es engañar á ese público, es negarle hasta cierto punto el derecho de juzgar, y este engaño, esta negativa puede redundar en perjuicio del teatro nacional, que á todos nos interesa sostener.

Una eleccion imparcial, esmerados ensayos, acertada distribucion de partes; hé aquí el verdadero modo que tienen las empresas de llamar la concurrencia á los teatros. Si no salen de esta senda tendrán al público por suyo, porque el público obedece al impulso que le imprimen la ilustracion y el buen gusto: si ceden por el contrario á literarios compromisos, si continuan aceptando como oro de buena ley las intempestivas y vergonzantes adulaciones de algunos escritores, no será estraño que solo veamos en los teatros de Madrid *farsas burlescas* por representaciones dramáticas, y por críticos juiciosos y concienzudos *folletinistas-correos*.

ABEN-ZAIDE.

DOLORES.

CAPITULO III.

DOLORES Y RODRIGO.

Pudiéramos lucirnos, si quisiésemos, comenzar este capítulo con la brillante descripcion de las magníficas justas celebradas en Valladolid la tarde del próspero dia en que recibió las aguas del bautismo el augusto heredero del trono de Castilla. Pudiéramos consignar aquí innumerables hechos que mostrasen la bravura y destreza que sabian ostentar en aquellas belicosas fiestas los nobles castellanos, y al instante se nos vendrian á la pluma cien clarísimos nombres, como Estúñiga, Arellano, Ponce de Leon, Mendoza, Guzman, Osorio, Pimentel, Manrique de Lara, Tovar, Rojas, Giron, Herrera, Enriquez, Velasco, y otros muchos que brillaban entonces en la córte de D. Juan II, y que con mayor ó menor fortuna han llegado á nuestro siglo venerables y graves, entre el confuso tropel de las modernas aristocrácias. Pudiéramos dar muestras de nuestros conocimientos heráldicos describiendo menudamente los diferentes blasones que ostentaban aquel dia tantos ilustres señores, y ni aun nos hallaríamos embarazados para hacer cumplidos retratos de las infinitas beldades que con sus dulces miradas infundian á los contendientes generoso ardimiento, premiándolo despues con riquísimas bandas bordadas por sus manos y desprendidas de su pecho.

Nada de lo que pudiéramos decir diremos sin embargo; nos hemos propuesto ser lacónicos, por lo mismo de ser rarísima esta cualidad entre los novelistas de nuestra época, que, sin esceptuar al mismo Dumas (cuyo ingénio por otra parte admiramos), tienen tan estremado placer en charlar con el pacientísimo público, que se detienen capítulos enteros en la prolija esplanacion de los mas insignificantes pormenores, rabiando por describir hasta lo que parece indescribible. ¿Ni qué decir ademas en punto á justas, torneos y otros usos característicos de la edad media, despues que andan de mano en mano los hechiceros libros de Walter Scott, el mas inteligente, el mas profundo, el mas brillante y elocuente pintor de los tiempos caballerescos? Nosotros dejamos al cuidado de tantos copiantes de brocha gorda como abundan en nuestra España, el reproducir toscamente los inimitables rasgos que nos ha trazado con milagroso pincel aquella mano maestra, y confesamos ingénuamente que, á mas de no ser tan orgullosos que intentemos igualarnos al novelista escocés, ni tan humildes que nos contentemos con copiarlo, se nos antoja creer que daríamos pruebas de inoportunos y hasta de impertinentes si pretendiéramos entretener con descripciones de marciales fiestas y de heróicas galanterías al público *de nuestra actualidad*; á ese público bursátil y *coreográfico* que pasa los dias jugando á la *alza* ó á la *baja*, y las noches contendiendo por *la Guy* ó por *la Fuoco*, por *la Nena*, ó por *la Vargas*: (1) de ese público, á maravilla inteligente en lo tocante *á bailables* y bailarinas, pero que nos engañamos mucho si fuese digno apreciador de los buenos golpes de lanza y de los platónicos amores. Y no se entienda por lo dicho que somos ciegos admiradores de las pasadas edades, ni mucho menos que intentamos declamar contra aquella en que le plugo al cielo hacernos venir al mundo. Nosotros tenemos una filosofía que nos es propia: creemos que todos los tiempos son lo que es preciso que sean, y que así como en los individuos hay defectos inherentes á sus mismas virtudes (defectos de sus cualidades como dicen los franceses), así las costumbres tienen sus males inseparables de sus bienes. No esplayaremos mas esta idea, si es que es una idea, y arrepentidos ya de habernos metido en tales honduras, volveremos á tomar sencillamente el roto hilo de nuestra verídica relacion, despues de declarar con toda ingenuidad que por nuestra parte estamos mas por lo presente que por lo pasado; que nos es mas grato asistir á las contiendas en que las sílfidas del Olana y de Sena se disputan admirablemente la supremacía en lijereza y habilidad pedestre, que nos hubiera placido ser espectadores de aquellas luchas muchas veces sangrientas, en las que se aplaudian las lanzadas como ahora se aplauden las piruetas. Entonces era el reinado de los brazos; á

(1) Estas páginas se escribian en el período de mayor entusiasmo que ha alcanzado el baile en nuestra coronada villa: en aquellos, por fortuna ya pasados dias, en que el teatro Español se veia desierto; el de la ópera no existia, y el público en tropel se disputaba las localidades del Circo, donde cada noche recibian inauditas y costosas ovaciones las dos célebres bailarinas estrangeras que arriba mencionamos; mientras sus compañeras españolas alcanzaban tambien inequívocas muestras de favor por parte de los asistentes al modesto teatro del *Instituto*. La *voga* del baile ha pasado: las deidades *coreográficas* yacen caidas de sus altares. Nosotros no podemos menos de alegrarnos de que las líneas que motivan esta nota salgan á luz siendo ya *inoportunas*.

nosotros nos toca la soberania de los pies; acaso llegue tiempo en que tenga su turno la cabeza, y no sabemos si cuando esta consiga el cetro irán las cosas mejor de lo que han ido hasta aquí. Sea de ello lo que fuere, nosotros rogamos al lector que se sirva atender á los antecedentes de que queremos instruirlo, primero que pasar adelante en el comenzado relato.

Cuatro meses antes del dia que nos ha prestado argumento para los precedentes capítulos, la casualidad reunió en un sarao con que celebraba sus bodas D. Juan de Avellaneda, á la hija de los condes de Castro y al sobrino del condestable de Castilla. La casualidad los reunió una vez, y el amor supo proporcionarles desde entonces otros muchos encuentros que á los ojos indiferentes tambien pudieran pasar por eventuales.

Hasta el momento en que vió por primera vez á la peregrina doncella, habia sido el jóven Luna infatigable galanteador de cuantas beldades brillaban en la córte, y aun en regiones menos elevadas, alcanzando, no obstante sus pocos años y sus gustos literarios, la poco envidiable fama de calavera y libertino, que solo tenia por fundamento los multiplicados cuanto pasageros devaneos á que se habia ávidamente entregado en aquellos primeros años de su precoz juventud. Pero conocer á Dolores y amarla, con aquel amor, único en la vida, que termina de golpe todas las veleidades é incertidumbres del corazon, habia sido para Rodrigo la obra de un solo instante. Ella, por su parte, que no conocia otros afectos que los de la piedad religiosa y aquellos que inspira la familia, esperimentó nuevas y estraordinarias sensaciones al encontrar su tímida mirada la mirada ardiente del enamorado mancebo, y toda la instintiva resistencia del recato virginal no pudo preservarla de amarlo con entusiasmo, como aman generalmente las almas que no se han marchitado todavía, que no han adquirido en la amarga escuela de la esperiencia aquella desencantadora desconfianza que estiende su imperio hasta sobre el propio corazon, haciéndonos dudar no solamente de lo que inspiramos, sino tambien de lo que sentimos.

Dolores alimentaba en su pecho todas las dulces ilusiones de una primera pasion, que nada teme porque se siente fuerte; que en todo cree porque tiene fé en sí misma; y que no previendo la posibilidad de su fin, llega á olvidarse de su reciente principio, haciéndose como innata é inseparable de la vida.

Pero, á pesar de todo, Dolores no dejaba de comprender que su union con el que amaba debia encontrar obstáculo en la altivez de su familia, y en especial de su madre, en cuya alma era el orgullo la pasion enérgica y dominante.

Rodrigo, mas feliz, no pensaba lo mismo. Aunque bastante enamorado para conceptuarse indigno de un tesoro como Dolores, lisonjeábase con la idea de que conseguiria su mano, fundando aquella grata esperanza en el ilustre apellido que llevaba, en la no despreciable hacienda que poseia, y en tener por protector y pariente al personage que mas que don Juan II gobernaba en Castilla. Olvidaba el amante la circunstancia que mas preocupaba á su querida para infundirle temores: olvidaba que tanto él como su encumbrado deudo debian la existencia á mujeres de ínfima clase y de no honesta nombradía, á las que sus nobles y libertinos amantes jamás habian honrado con el título de esposas. Acaso no comprendia Rodrigo toda la importancia que debia tener aquella triste circunstancia á los ojos de la ilustre familia con quien deseaba enlazarse, ó acaso el alto favor de su tio le parecia una ventaja suficiente á compensar satisfactoriamente la falta que le plugo al destino poner en su nacimiento. Mas Dolores, como ya indicamos, no participaba de las mismas creencias: afligíala la certeza de que su eleccion no alcanzaria fácilmente el beneplácito de su padre, y temblaba al pensar en el carácter de su madre, mujer capaz de arrancarse el corazon con sus propias manos antes que dejarle abrigar cualquier sentimiento indigno de su orgullo indomable ó contrario á su razon inflexible.

La jóven se dijo á sí misma primero, y despues á su amante, que era absolutamente preciso confiar sus amores al privado, y que éste les alcanzase la proteccion del rey, única que en concepto de Dolores podia allanar todos los inconvenientes, llevando á feliz puerto sus combatidas esperanzas. Rodrigo, siguiendo tan prudente consejo, abrió su alma al condestable, y vió con indecible regocijo que era acogida su confidencia con indudables muestras de satisfaccion y agrado. En efecto, la union de su sobrino con la hija de los condes de Castro parecia un pensamiento dictado por su política. Conocia muy bien don Alvaro la poca confianza que debe cimentarse en la amistad de los príncipes: no se le ocultaban tampoco los peligros de su situacion, y aunque no bramaba todavía la tempestad que le arrojó mas tarde de la cima del mas escandaloso poder al abismo profundo de la mas inconcebible desgracia, veíala el favorito formarse ya sobre su cabeza, y agitarse y estenderse sordamente con una rapidez que anunciaba no estaba lejano el momento de su primer estallido. El adelantado don Diego Gomez de Sandoval no era solamente uno de los gefes mesnaderos mas poderosos del reino; no era solamente un personage de la primera distincion enlazado con muchas familias de alta importancia é influencia; era, ademas de todo, el consejero mas íntimo y respetado de don Juan de Aragon, cabeza y alma del partido mas temible que en contra del condestable comenzaba á organizarse en Castilla. Unir su familia con la de aquel magnate debia juzgarse acto de grande acierto por parte de don Alvaro, y aquel enlace tan ventajoso en el sentido político, no lo era menos bajo el aspecto social, pues por la fortuna como por el nacimiento Dolores Gomez de Sandoval era uno de los mas brillantes partidos de Castilla.

El lector comprenderá, por tanto, sin necesidad de mayores esplicaciones, que el condestable no descuidó en manera alguna los tiernos votos de su jóven pariente, y ya hemos visto que supo disponer, nada menos que *por real, órden* el casamiento de los dos amantes que con tanto acierto le habian confiado su destino.

Dolores, que esperando el resultado de los sucesos preparados para aquel dia, no se apartó de las imágenes de su devocion mientras duró la ausencia de sus padres, contaba unas tras otras las horas con dolorosa impaciencia, cuando vino á interrumpir sus oraciones y á distraerla momentáneamente de sus pensamientos su dueña Mari-Garcia. Era esta una mujer de cuarenta y ocho á cincuenta años, alta, enjuta, acartonada, de aspecto tan poco femenil, que á primera vista se la podia tomar por un hombre disfrazado con traje del otro sexo: para mas corroborar esta idea, presentaba la parte inferior de su anguloso semblante algunos vellos tan robustos y ásperos que estaban clamando el auxilio de la navaja, y tenia su voz unos sonidos tan broncos y tan duros, que mas parecia propia para mandar la maniobra de un buque que para dictar consejos á una niña. Pero si en lo físico disimulaba perfectamente que era mujer la dueña Mari-Garcia, descubríalo en lo moral, pues era imposible hallar otra mas curiosa entre las hijas de Eva, asociando á esta cualidad la de regañona, antojadiza y parlera. A pesar de esto último poseia la completa confianza de sus amos, lo que nos obliga á creer que su locuacidad no perjudicaba en lo mas mínimo á su discrecion y reserva.

Entró aquella mujer muy despacito en el aposento de Dolores; empujó suavemente la puerta del oratorio, y asomó su barbuda cara, al mismo tiempo que la jóven, que se mantenia de rodillas delante de su altar, volvia con prontitud hácia ella sus bellísimos ojos, alarmada por el leve rumor producido por las pisadas de la dueña.

Soy yo, dijo ésta, procurando sonreirse. ¿Es posible que os halle de esa manera todavia? Bien está que no quisiérais acompañar á vuestros padres á la ceremonia del bautizo y al banquete real, puesto que no os sentíais muy buena en las primeras horas de la mañana; pero teneis ahora un semblante de salud que encanta la vista, y me parece que es tiempo de que penseis en vuestras galas. No presumo que querais tambien privaros de asistir á las justas, no teniendo que hacer mas para verlas que poneros al balcon; precisamente frente por frente de él está el tablado lujosamente vestido en que presenciará la fiesta S. A. don Juan II; y os advierto que muchas damas convidadas por la condesa vendrán á casa esta tarde. Como en la presente estacion son estas tan cortas, el banquete deberá concluirse muy pronto: creo que estaba dispuesto para la una en punto, y van á dar las tres, á cuya hora se debe abrir el palenque: mirad pues si es preciso que trateis de aderezaros.

—¡Las tres ya! murmuró Dolores. El rey habrá hablado ya precisamente. ¡Ya lo sabrán todo!

La dueña, que no entendió una palabra de las que entre dientes articuló la jóven, sacó de un guarda-ropa un hermoso vestido azul celeste y lo desplegó á su vista, diciendo con mal humor: tanto rezar no conduce á nada: no es sordo ni olvidadizo Dios nuestro Señor para que sea menester hablarle incesantemente de una misma cosa. ¿Quereis este trage? Si no, podeis lucir hoy la rica saya de velludo que os regaló vuestro tio hace tres meses, el dia que cumplisteis 16 años, y que todavia no ha tenido el gusto de veros nunca.

Dolores se puso en pié sacudiendo con aire melancólico su profusa cabellera color de castaña, y dijo con dulce voz, pero con tono mohino: No estoy para fiestas, mi buena María. Despues que venga mi madre, despues que la haya visto, entonces tal vez me animaré mas y pensaré en las justas. Dejadme ahora tranquila: os lo suplico.

—Pero cuando venga la condesa, replicó la Garcia, mas enojada aun, ya no será tiempo de vestiros. ¡Válgame Dios con una niña de 16 años que no gusta de atavios! Pero no, á mí no me hareis creer, como á vuestra madre, que lo que tanto os preocupa es el deseo de meteros monja: no por cierto: no se me ha pasado por alto la causa verdadera de esas cavilaciones, y os digo que vale cien veces mas vuestro primo Gutierre de Sandoval, que el mancebito de los cabellos rizados que siempre anda rondando por la plaza y acechando nuestros balcones.

Dolores se inmutó; pero antes de que tuviese tiempo de responder á la dueña, repentino rumor de pasos y de voces vino á llamar poderosamente la atencion de ambas.

—¡Son los condes! esclamó Mari-Garcia, soltando sobre una silla el vestido que tenia en la mano.

—¡Mis padres! repitió por tres veces la jóven, temblando de pies á cabeza y poniéndose mas blanca que la cera.

Corro á recibir á la señora, dijo la dueña: bueno será su humor cuando sepa que estais asi todavia.

Y salió en efecto cuidándose poco del aspecto verdaderamente alarmante que presentaba Dolores. Quedóse esta por espacio de diez minutos inmóvil en su sitio, toda absorta en escuchar: pero nada se oia. El ruido causado por la llegada de los condes se habia ido calmando progresivamente.

La jóven no pudo resistir su dolorosa ansiedad y salió de puntillas hasta los corredores. Estaban desiertos, y siguió andando cautelosamente sin saber ella misma á donde se dirijia.

Mari-Garcia, que la habia dejado tan bruscamente pensando que su ama vendria bastante complacida para encontrarse dispuesta á soportar su charla y á contentar algun tanto su curiosidad refiriendo circunstancias del banquete regio, se habia hallado tan chasqueada en su esperanza, que tuvo á bien recurrir á los escuderos para saber algo, y la condesa y su marido se encerraron solos en el gabinete particular que tenia destinado á su tocador aquella dama.

Dolores, no encontrando á nadie, atravesó algunas salas de aquella vastísima casa y se halló casualmente delante de la puerta del gabinete mencionado, percibiendo entonces la voz de una persona que hablaba dentro, y que reconoció al punto. Se acercó temblando y casi sin respirar hasta la puerta, y pudo escuchar bastante distintamente el diálogo siguiente:

—Os repito, decia doña Beatriz en el instante en que Dolores aplicaba el oido á la cerraja, os repito que es una burla indecente, un ultraje premeditado. Bien sabe el rey que nos es imposible aceptar tan vergonzoso enlace: pero se ha querido escarnecernos, don Diego: se ha querido humillarnos á la faz de la corte.

—Os engañais, Beatriz, respondió el adelantado. Don Juan II está sobrado ciego para poder medir la distancia que separa á Rodrigo de Luna de la hija de los condes de Castro: ha creido sinceramente que nos hacia honor al proponeros esa alianza. Además ¿no ha visto á os Portocarreros darse por muy felices en emparentar con el hijo de la prostituta de Cañete?

—¡Miserables! esclamó doña Beatriz con tono de desprecio inimitable, añadiendo en seguida: El rey debe comprender que los Sandovales y las Avellanedas no se semejan en nada á los Portocarreros, ó cualesquiera otros para quienes el caprichoso favor de un príncipe débil sea suficiente á prestar valía á oscuros advenedizos, dándoles el derecho de igualarse con ellos.

—El rey, repuso con amargo acento don Diego, no piensa en cosa alguna, como no sea en complacer á su privado. ¡Rodrigo de Luna! añadió: no podia S. A. haber escogido á mi hija un esposo que me fuese menos agradable y que seguramente mereciera mas la desaprobacion del infante. ¿Que dirá don Juan de Aragon de semejante casamiento?

—¿Pues es acaso posible? prorumpió la condesa: ¿pensais que ese casamiento debe verificarse?

—Señora, respondió el adelantado: nací vasallo del rey de Castilla, y bien sabeis que ha sido *órden* suya, *órden terminante*, que ese enlace se realize.

—La potestad del rey no se estiende á tanto, esclamó con voz trémula de cólera la altiva doña Beatriz: no es dueño el rey del honor de sus súbditos: no puede mandar que se infamen por dar gusto solamente á su ambicioso favorito. Asi se lo direis á S. A., don Diego: asi se lo direis.

—Cuando se agita en vos el orgullo jamás escuchais á la prudencia, dijo el adelantado. Beatriz, lo que estais diciendo es un desatino. Yo hablaré con el infante: buscaré medios honrosos y dignos de evadir el terrible empeño en que nos vemos metidos; pero mientras tanto es preciso disimular y mostrar á todos el profundo respeto con que acojemos las órdenes del monarca.

—¡Nunca! ¡nunca disimularé la indignacion justísima que siento! gritó fuera de si la condesa. Nadie podrá presumir un solo instante que he aceptado con sumision la ignominiosa propuesta de esa indigna alianza. Tenedlo entendido, don Diego, y obrad como querais, pero en el concepto seguro de que antes mataria á mi hija que dársela por esposa al hijo ilegítimo de la verdulera de Tordesillas.

Un grito lastimero y hondo siguió inmediatamente á esta declaracion de la condesa: oyose al mismo tiempo el golpe de un cuerpo contra el pavimento al otro lado de la puerta que separaba aquella estancia de la contigua, y al abrirla asustados los condes hallaron á Dolores fria y sin conocimiento delante del umbral que ensangrentaba su herida y desmelenada cabeza.

—¡Nos estaba escuchando! esclamó el adelantado bajándose para tomarla en sus brazos. Nos estaba escuchando, y el estado en que la vemos nos prueba la verdad de lo que asegura el rey.

—¿Qué asegura el rey? preguntó toda trémula la condesa, mientras limpiaba con su pañuelo la ensangrentada frente de su hija.

Que esta infeliz ama á Rodrigo, contestó don Diego: que el marido que él la da es el escogido por ella.

Doña Beatriz se apartó de Dolores con gesto de repugnancia y horror, y en tanto que á las voces del conde acudian los criados de la casa y le ayudaban á trasportar al lecho á la pobre niña, aquella mujer orgullosa retrocediendo hasta el fondo del gabinete se dejó caer desplomada en un sillon, cubriéndose el rostro con las manos y articulando con ahogado acento.—¡Muera en buen hora si es cierto que lo ama!

(Continuará.)—G. G. DE AVELLANEDA.

LA CANCELA.

Peculiar es de Sevilla,
de la encantada ciudad
que del Betis en la orilla
es el emporio y la silla
de la gracia y la beldad;
La primorosa *Cancela*,
que el patio y portal divide,
y es transparente cautela
que contra importunos vela,
y que la vista no impide.
¿De quién será la invencion?
de alguna vieja curiosa.....
de alguna madre celosa.....
Lo que yo sé es que un ladron
no pudo inventar tal cosa.
¿Si será red que tendió
el amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
cabe casi duda, yo
por red de amor la reputo.
Y red tan particular,
de malicia tan artera,
que se suelen enredar
en ella de almas un par,
una dentro y otra fuera.
Delicadísimo encaje
de hierro, cuyas labores,
transparente cortinaje
ó leve y sutil celaje
son para unos amadores;
Mientras para otro son muro
de fuerte cárcel impía:
tú para mi fantasía
producto eres de un conjuro,
un cuadro de hechicería.
En la noche sobre todo,
que es de portentos esfera,
véate de cualquier modo:
para observarte acomodo
tome ya dentro ó ya fuera.
Desde la calle se ven
por tu espacio transparente
á una luz resplandeciente,
cual no la logró el Edén
ni la dá el sol en Oriente,
Columnas de mármol rico.
y entre arbustos y entre flores
de vivísimos colores,
una fuente, cuyo pico
de plata, murmura amores.
Y allá en sombras misteriosas
en el último confin,
un fresco oscuro jardin,
donde estrellas olorosas
son las flores de un jazmin;
Y entre fragancia y frescura
suele darnos la cancela
una voz sonora y pura,
que sus acentos mesura
con el clave ó la vihuela.
Y el apacible murmullo
de tertulia bulliciosa,
y la vista de una hermosa
de las que son el orgullo
de esta tierra deliciosa.

Como silfida del aire
por el pátio cruza leve,
con talle esbelto, pié breve,
y con andaluz donaire
que en fuego torna la nieve.
¿Y si una aparicion tal
se acerca con interés
á la Cancela y portal,
de qué mísero mortal
no arrastra el alma y los pies?

Pues desde el patio mirada
la cancela transparente
es cosa muy diferente,
mas no menos encantada
para el que observarle intente.
Se presenta un cuadro á oscuras
por do cruzan silenciosas,
vagas, confusas, borrosas,
mil fantásticas figuras
de apariencias caprichosas.
Y en donde se vé la noche
y se escuchan sus murmullos,
de las auras los arrullos,
lejano rumor de un coche
y ladridos y mahüllos.
Pasa como fátuo fuego
de algun sereno la luz,
un grupo sin formas luego,
y con pausado sosiego
un embozado andaluz.
Y la chispa de un cigarro,
un bulto blanco y ligero,
el Santo Oliò, el animero,
y los cántaros y el carro
del aguador callejero.
Y gente se oye que pasa
fatigada de paseo,
y la charla nada escasa,
en muy sabroso *ceceo*,
de familia que va á casa.

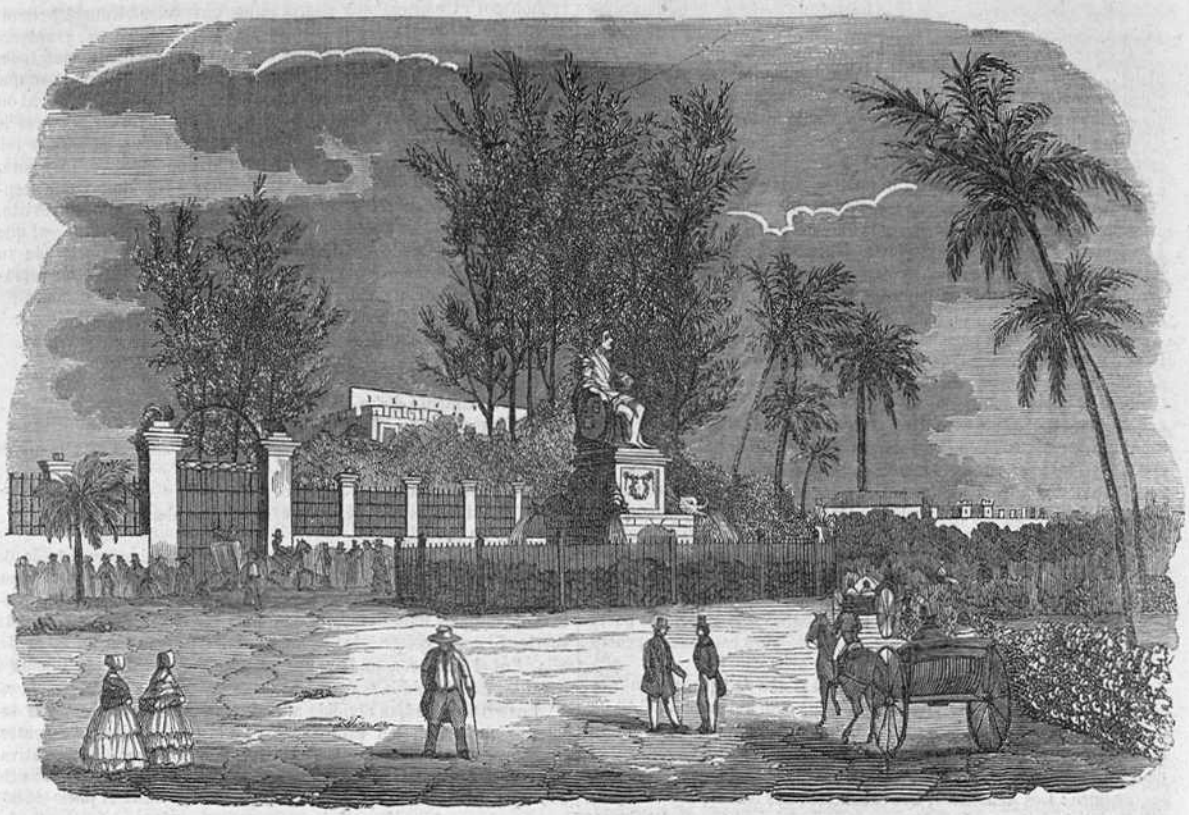
De una puerta el aldabon.....
una guitarra.... un silbido.....
en fin, de la confusion
de una inmensa poblacion
el soñoliento rüido.
Acaso un bulto se vé
allá en la pared de enfrente,
que aguarda inmoble á que esté
sola la casa, porque
le es importuna la gente.
Y en cuanto solo se mira,
tímido hácia la Cancela
ya se acerca y se retira,
ya finje tós, ya suspira,
y esperar le desconsuela.
Hasta que dentro la hermosa
silfida ó aparicion,
que tambien una ocasion
está esperando anhelosa
con inquieto corazon;
De la tertulia pesada
cuando irse al último vé,
y solo el pátio, porque
al gazpacho ú ensalada
toda la familia fué,
Lo encuentra, la seña dá,
y linda se deja ver
mas bien ángel que mujer,
para el que esperando está
cansado de padecer.
Entonce el bulto de afuera,
y de adentro la deidad,
van á unirse de carrera,
y la red de hierro artera
se atraviesa sin piedad.
Y ambos que blando algodon
se torne la dura reja,
á quien dan su maldicion,
piden al amor, que deja
las cosas como ellas son.

EL DUQUE DE RIVAS.



(Francia.—Castillo de Foix.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



Paseo de Isabel II en la Habana.

La alameda de Isabel II tiene su nacimiento al lado del Campo de Marte, y frente á la puerta de tierra. Su prolongacion es en estramuros y paralela á la muralla, desde el referido campo hasta la altura del cuartel de presidarios en el campo de la Punta. Hermosas fuentes adornan sus arboladas calles, siendo de notar la de los *Leones* junto al mencionado cuartel; la *Rústica ó Cascada* en el centro del paseo, y la de la *India* en el nacimiento de éste frente al campo militar. Esta última merece que nos detengamos un momento en ella.

La fuente de la India en la Habana únicamente puede tener alguna comparacion con la de *Cibeles* en Madrid. Una colosal estátua de hermosa piedra recostada muellemente sobre una especie de carroza, y con el cuerno de la abundancia á su lado, representa el tipo perfecto de la raza india, cuyas formas y contornos están descritos con una limpieza y verdad admirables. Algunos génios y objetos alegóricos se arrastran al pié de la imágen. Del suntuoso pedestal sobre que ésta se halla colocada salen cuatro gruesos caños que depositan el líquido cristal que por ellos pasa en un límpido pilon. Una hermosa verja de listones rodea la fuente, y un lindo jardinillo enbalsama con sus perfumes el espacio que media entre la verja y el pilon.

El busto de S. M. la reina doña Isabel II vaciado en bronce se ostenta circuido en un hermoso barandillaje en el centro de la alameda, y entre la puerta de Monserrate y el gran teatro de Tacon.

En la conclusion del paseo se encuentra el *cuartel de presidarios*, obra de pequeño mérito y cuya construccion costó 152,881 pesos y 5 reales.

Ensayo crítico sobre las obras de Aristófanes.

Antiqua comedia sinceram illam sermonis attici gratiam prope sola retinet. (Quintiliano, Inst. orat. lib. 10, 1.)

Es tan notorio el descuido que en el estudio de las letras griegas y latinas se ha introducido en estos tiempos, y son tan débiles las razones que se alegan para disculparlo, que causa lástima y admiracion considerar que yacen en el olvido las obras que ciñeron las frentes de Pindaro y Horacio con los laureles de la inmortalidad. Uno de los rasgos característicos del siglo que atravesamos, es el de menospreciar todo lo antiguo sin exámen ni criterio, creando tendencias é instituciones nuevas, que para ser estables necesitan apoyarse en los cimientos que echaron las generaciones pasadas en su progresivo desarrollo. No hay duda de que ciertos elementos de la sociedad antigua se diferencian notablemente de los de la nuestra: su religion, su constitucion social, y sus costumbres adolecian de una tinta sensualista, que los esfuerzos de Platon y de Zenon de Citium no pudieron desterrar, porque luchaban con preocupaciones arraigadas que oponian una fuerza invencible á sus intentos; pero lo bello y lo verdadero siempre es uno, cualesquiera que sean las vestiduras con que se cubra, y si en las ciencias y en las artes encontramos verdad y belleza, los vanos errores de un siglo presuntuoso no serán obstáculos suficientes para desacreditar las obras eternas que nos legaron Grecia y Roma.

Nadie desconocerá la influencia saludable que la literatura latina ha ejercido en la española clásica, y el profundo estudio que de la misma hicieron los escritores en prosa y verso que mas celebridad alcanzaron entre nosotros. Para apreciar exactamente la orijinalidad de Saavedra Fajardo, de los Argensolas y del tierno Garcilaso, es indispensable conocer de antemano la profundidad y concision de Tácito, la filosofía, elegancia y gusto de Horacio, y las innumerables bellezas que naturalmente manaban de la pluma de Virgilio. ¿Y quién negará que esos mismos historiadores y poetas latinos se formaron con la atenta observacion y lectura de los escritores griegos, como Tucídides, Pindaro y Teócrito? Y no se crea que las obras de estos grandes hombres sirven tan solo como monumentos que demuestren el estado de la literatura de su época; porque las letras latinas y griegas, como las de todas las naciones, son un vivo reflejo de la sociedad en que se escriben, y á veces se obtiene mayor utilidad del exámen del carácter é ideas del escritor que de los hechos que nos comunica, y de las bellezas que intenta manifestarnos.

Si prescindimos de estas observaciones literarias y filosóficas y pasamos á las filológicas, encontraremos tambien razones que confirmen nuestra opinion. La lengua griega fué madre de la latina, y esta de la española. Nuestro armonioso y abundante idioma, su fluidez y la libertad de su sintaxis, no pueden estimarse sin tener conocimiento del latino que le trasmitió sus giros y construcciones atrevidas, y la magestad y riqueza de la espresion. Si hoy resucitáran Herrera y Cervantes y viesen el lastimoso abandono en que ha caido nuestra len-

gua, quizá se compadecerian de la negligente generacion que ha olvidado sus afanes y esfuerzos en enriquecerla.

Pero los clásicos griegos y latinos que fueron las delicias de Corneille, Racini y Moliere se estudiarán tambien en lo sucesivo, si nuestros poetas dramáticos quieren dar á sus composiciones la solidez y agradable sabor que se recoje de su atenta lectura. En ellos se encuentran bellas y olorosas flores que pueden adornar las obras dramáticas modernas, como sucedió á las del siglo de oro de nuestra literatura; y pues que la poesía dramática es la que mas se cultiva en estos tiempos, coadyuvemos en cuanto nos sea permitido á darle una direccion brillante esponiendo en estas breves y mal trazadas líneas los pensamientos que nos ha sugerido el estudio de las comedias de Aristófanes, célebre poeta cómico griego, de quien mucho se ha escrito y hablado, casi siempre sin preceder los trabajos que estas materias requieren.

La comedia griega, asi como la tragedia, nació en las fiestas de Baco, y conservó por algun tiempo el sello procaz y licencioso que dominó despues en las obras mas regulares de Aristófanes, que es tambien el poeta cómico griego mas conocido. La estremada mordacidad de este espectáculo primitivo no perdonó á ningun personaje de la república, envolviendo en sus amargas sátiras á los generales, los magistrados, los escritores y hasta el sagrado del hogar doméstico. Diferenciábase de la tragedia, no solo por el objeto en que se ocupaba, sino tambien por el uso que hacia de los coros en las parabases. En ellas prescindia el coro de la accion de la comedia, y dirigiéndose al auditorio, espresaba, como Plauto y Terencio en sus prólogos, ya las rivalidades del poeta, ya sus triunfos, ó las sátiras que lanzaban contra los que queria hacer odiosos al pueblo.

Susarion de Megura ó de Icaria parece haber sido el primer poeta cómico. Crutes y Epicharmo perfeccionaron despues este nuevo género literario, sucediéndoles Cratino, Eupolis y Aristófanes.

No sabemos dónde nació Aristófanes ni el año de su nacimiento, y solo podemos afirmar que vivió hasta el de 389 antes de J. C. Fué contemporáneo de Sócrates y de Eurípides y sostuvo contra Cleon un litigio que se decidió en su favor por disputarle el título de ciudadano de Atenas. Compuso cincuenta y cuatro comedias, de las que se conservan once: Los Acharneos, Los caballeros, Las Nubes, Las Abispas, La Paz, Los Pájaros, Las Mugeres que celebran la fiesta de Ceres, Sesistrata, Las Ranas, Las Oradoras ó el congreso femenino y Pluto.

Los Acharneos, representada en el año 6.° de la guerra del Peloponeso (426 antes de J. C.), tuvo por objeto demostrar á los atenienses las ventajas que se seguirian de la paz. La escena es en Acharnea, ciudad del Atica, cuyos habitantes se ocupaban en su mayor parte en el comercio del carbon, por lo cual se compone el coro de carboneros. El poeta finge que un Acharneo, llamado Diceópolis, ha pactado con los lacedemonios la paz respecto de su persona y familia, mientras que sus conciudadanos sufren las vejaciones consiguientes á la guerra promovida por Cleon y Lamacho, generales atenienses. Dos escenas notables hay en esta comedia: la una describe los preparativos que se hacen en la casa de Diceópolis para un soberbio festin, en contraposicion al trastorno de Lamacho que se apresta para la guerra: forma un contraste admirable la bulliciosa alegria que reina entre los criados de Diceópolis con la tristeza de los de Lamacho, y al poco tiempo aparece Diceópolis sostenido por sus esclavas, casi embriagado, y Lamacho por dos guerreros, herido y confuso de resultas de la pelea: la otra, que es una sátira cruel contra Eurípides, pinta la perplejidad de Diceópolis que va á ser apedreado por su inteligencia con el enemigo y que se resuelve á consultar á Eurípides acerca de los medios de que dispondrá para salvarse: pídele algun disfraz, algunos harapos de los que sacaban á las tablas los personajes de sus trajedias, y Eurípides le presenta los de OEneus, Phenis, Philoctete, Bellerrophonte, Telefo, Thieste, Ino, y otros objetos, símbolos de la miseria: quéjase el trájico de que se le despoje de los elementos de toda una trajedia y de que se le interrumpa en sus estudios; y al cabo estalla con furia su indignacion cuando le exige un puñado de yerbas de las que vendia su madre. Aristófanes, que despues hace su propio elogio en boca del coro, aludia con esta espresion al oscuro nacimiento de Eurípides, como si la fuerza del ingenio en una persona humilde que obtiene la aureola de la inmortalidad, no fuera una calidad digna de la mayor alabanza.

La comedia que se titula Las Nubes, tan célebre por intervenir Sócrates en ella, como uno de los principales personajes, se representó en el año de 415 antes J. C. La escena empieza en el dormitorio de Strepsiade, ciudadano de Atenas, arruinado por el libertinage de su lujo, cargado de deudas, que solo piensa en los medios de eximirse de su pago. Decídese á consultar á Sócrates, sofista de los que dicen que el cielo es un horno y que los hombres son carbones encendidos, y de los que prueban con la fuerza de su lógica que el dia es noche y la noche dia. El discípulo de Sócrates se opone á que Strepsiade aprenda los secretos de la filosofía. Son grandes misterios, dice el criado: no hace mucho que preguntaba Sócrates á su discípulo Cherephon por el espacio que podría saltar una pulga. Entonces llam Strepsiade al filósofo con toda la fuerza de sus pulmones, y aparece Sócrates en el aire, columpiándose en una cesta. Conjúrale por todos los Dioses que oiga su peticion. Poco á poco, le responde, ¿por qué Dioses jurais? En mi escuela no se admiten los Dioses del pais. Al oir esto, le pregunta Strepsiade que cuáles son los suyos, y Sócrates le replica que las nubes. Accede por fin á su demanda y le enseña mil sutilezas escolásticas, obligándole á hacer una profesion de fé relijiosa, conforme á las doctrinas que el poeta atribuye á Sócrates, y que acepta Strepsiade por conseguir su objeto. Encantado de esta entrevista, invita á su hijo Philippides á escuchar las lecciones del sábio, al que lo presenta, rogándole que le enseñe los dos puntos capitales de su doctrina, las nociones de lo justo y de lo injusto que aparecen personificadas, disputando entre sí. Su discusion termina de este modo:

—Dine, dice el injusto, ¿quiénes son nuestros oradores?

—Infames, le contestó el justo.

—Bien, convengo. ¿Y nuestros poetas trájicos?

—Infames.

—Perfectamente dicho. ¿Y nuestros magistrados?

—Infames.

—Muy bien. Cuenta ahora los espectadores. ¿Son los mas hombres de bien? Obsérvalo.

—Hay mas infames, lo confieso.

—Y si esto es así, ¿qué me podrás replicar ahora?

—Que he perdido.

Philippides, mientras tanto, aprende tan sublimes principios de su maestro, que golpea á sus acreedores y á su mismo padre, á causa de una cuestion que se habia suscitado hablando de Eurípides, probándole despues filosóficamente que tenia razones para obrar de esta suerte. El coro, compuesto de nubes, falla la cuestion en favor del hijo. En el último acto hay una parodia del discurso de Phenix á Achiles, de Eurípides.

Los críticos se han dividido al emitir su opinion acerca de la influencia que pudo tener esta comedia en la condenacion de Sócrates. Nosotros, respetando el parecer de los que sostienen la afirmativa, creemos lo contrario, y nos fundamos en el intervalo de veinticuatro años que transcurrieron desde su representacion hasta el juicio de Sócrates, en que Aristófanes fué constante amigo de uno de los mas famosos discípulos de aquel filósofo, y en que los mismos jueces que lo sentenciaron á beber la cicuta fueron tambien los perseguidores de Aristófanes. Sabemos tambien que el divino Platon era apasionado admirador del poeta cómico, que leia sus obras con frecuencia, y que envió á Dionisio el Anciano esta misma comedia para que conociese el gobierno y la sociedad de Atenas. Si el ilustre académico fué el mas célebre filósofo que salió de la escuela de Sócrates, del cual recibió siempre las mas señaladas muestras de preferencia, profesándole tal respeto y amor que casi rayaba en adoracion, ¿cómo podremos creer que tributase á Aristófanes tan grandes elogios si éste hubiera sido alguno de los resortes de que se valió la calumnia para sacrificar á su maestro, obligándole á ocultar su doctrina, temeroso de las persecuciones de que fué víctima el virtuoso sábio? En Atenas habia entonces dos partidos literarios: el de los sofistas ó filósofos y poetas trájicos, y el de los poetas cómicos. Sócrates no habia atacado aun las vanas cavilaciones de las escuelas con su contundente dialéctica, y siendo considerado como un sofista, Aristófanes lo escogió por blanco de sus tiros, á semejanza de lo que antes hizo con generales y otros personages ilustres.

Los Pájaros se representaron en el año de 415 antes de J. C. El argumento es el siguiente: dos ciudadanos de Atenas, llamados Pisthetere y Evelpis, arruinados por los pleitos, buscan á Tereo, y consiguen que, ayudado de otras aves, edifique en el aire una ciudad para impedir la comunicacion entre los Dioses y los hombres; pero los Dioses, viendo que no podian percibir el incienso de los sacrificios, envian á los habitantes de la nueva ciudad á Hércules, Neptuno y un dios Thracio que habla el griego de una manera ridícula á fin de apartarlos de su propósito: la ciudad habia tomado el nombre de Nephelococcigia (ciudad de los cucos y de las nubes), y los que la formaban no transijen con los Dioses; uno, despues de obtener de ellos que casen á la bella Diosa ó la Dominacion con Pisthetere, que habia sido nombrado rey.

Muchos atenienses y lacedemonios, perdidos y deshonrados por sus escesos, acuden á Nephelococcigia y son admitidos á sus privilegios y magistraturas. Uno de ellos es un poeta que llega cantando de esta suerte: —«Musa, ensalzad la feliz Nephelecoccigia.» Pisthetere le pregunta su nombre y el de su patria: —Yo soy, responde, sirviéndome de la espresion de Homero, el fiel siervo de las musas; de mis lábios mana la miel de la harmonía.

Pisthetere.—¿Por qué habeis venido á estos lugares?

El Poeta.—Yo, rival de Simónides, he compuesto cánticos sagrados de todas especies, para todas las ceremonias, en loor de esta nue-

va ciudad, cuyas alabanzas no cesaré de cantar. ¡Oh padre! ¡oh creador del Etna! que yo reciba los innumerables dones que para tí quisiera. (Esta es la parodia de algunos versos compuestos por Píndaro á Hieron, rey de Siracusa.)

Pisthetere (aparte).—Creo que este hombre me atormentará con sus sandeces hasta que le haga algun presente. Escucha (dirigiéndose á su esclavo), dale tu vestido y conserva la túnica. Tomad este vestido (al poeta), porque teneis traza de estar yerto de frio.

El Poeta.—Mi musa acepta con gratitud vuestros dones. Escuchad ahora estos versos de Píndaro. (Nueva parodia por la cual pide la túnica del esclavo. Consíguela y se retira cantando.)

Pisthetere.—Felizmente me liberté de la frialdad de sus versos. ¿Quién diria que esta plaga hubiera tambien de buscarnos? Pero prosigamos nuestro sacrificio.

El Sacerdote.—¡Silencio!

Un adivino con una lira.—No toqueis á la víctima.

Pisthetere.—¿Quien sois?

El Adivino.—El intérprete de los oráculos.

Pisthetere.—Tanto peor para vos.

El Adivino.—Cuidado con lo que haceis, perdiendo el respeto á las cosas sagradas. Yo vengo con la mision de referiros un oráculo, concerniente á la nueva ciudad.

Pisthetere.—Mas valia que lo hubiérais declarado antes.

El adivino.—No ha sido tal la voluntad de los Dioses.

Pisthetere.—¿Lo manifestareis?

El Adivino.—«Cuando vivan juntos los lobos y las cornejas, en la llanura que separa á Sycione de Corinto.... (Habia un oráculo célebre que comenzaba con estas palabras.)

Pisthetere.—¿Pero qué tengo yo que ver con los corintios?

El Adivino.—Sin duda no entendeis el sentido misterioso que oculta; el oráculo se refiere á la rejion del aire en que estamos. Oid lo restante: «Sacrificareis á la Tierra un macho de cabrio, y dareis un elegante vestido y calzado nuevo al primero que os declare mi voluntad.»

Pisthetere.—¿Conque tambien habla del calzado?

El Adivino.—Tomad y leed. «Ademas una botella de vino y las entrañas de la víctima.»

Pisthetere.—¿Y las entrañas?

El Adivino.—Tomad y leed. «Si ejecutais mis órdenes, aventajareis á todos los mortales tanto como el águila á las otras aves.»

Pisthetere.—Calle, ¿conque tambien eso?

El adivino.—Tomad y leed.

Pisthetere.—Yo tengo escrito en estas tablillas un oráculo de Apolo, que se diferencia algo del vuestro, y es el siguiente: «Si alguno sin ser invitado, tiene el atrevimiento de introducirse entre vosotros, de turbar los sacrificios con sus importunidades, y de exijir alguna parte de la víctima, lo matareis á palos.»

El Adivino.—Me parece que os chanceais; ¿no es así?

Pisthetere.—Tomad y leed. «Aunque sea un águila, aunque sea el impostor mas ilustre de Atenas, sacudidle y no le perdoneis.»

El Adivino.—¿Pero dice eso el oráculo?

Pisthetere.—Tomad y leed. Fuera de aquí, y partid á otro lugar á referir los vuestros.

Para hacer la crítica de las composiciones de Aristófanes, es necesario que nos revistamos de la mas rigurosa imparcialidad, desechando las preocupaciones que hayamos adquirido, y trasladándonos con la imaginacion á la sociedad ateniense de aquellos tiempos. Las declaraciones de los demagogos arrastraban al pueblo á acometer empresas imprudentes: los sofistas habian conculcado los fundamentos de la moral y de la certeza; los vicios mas repugnantes invadian á todas las clases del estado, y la esclavitud y el politeismo con todas sus consecuencias minaban con fuerza los cimientos de la vida pública y privada. En vano, pues, buscaremos en las comedias de Aristófanes esos sentimientos dulces y tranquilos que el cristianismo ha introducido entre nosotros; en vano buscaremos la galantería y caballerosidad que distingue á los personajes de los dramas de Calderon y de Lope, ni el sublime idealismo que reina en las concepciones de nuestros grandes dramáticos. Sus comedias se resienten de la inmoralidad de la época, y debemos confesar que, aun cuando combate muchos vicios vituperables, y se inclina siempre al partido de los hombres de probidad, no opuso sin embargo al torrente de la corrupcion los fuertes diques que su talento y posicion podian presentar. El bello sexo no tenia tampoco entre los atenienses la influencia que á causa de la igualdad cristiana ejerció despues sobre las acciones de los hombres: de aquí provino la falta de decoro que encontramos, en sus obras, que llega hasta el último punto en la comedia titulada Lisystrata, haciéndonos apartar la vista de aquel cuadro de obscenidades y formar del pueblo que las toleraba una idea no muy favorable á su educacion moral. El poeta dramático es el que debe tener mas presente el precepto de instruir y deleitar con sus escritos; pero de modo que no desagrade con sus áridas predicaciones, ni embriague con la pintura de acciones ó caractéres que inoculen en el alma máximas peligrosas.

La regularidad del plan y la invencion no merecieron la preferencia de Aristófanes. Dotado de una vis cómica estraordinaria, derramaba profusamente la sal ática, y á trueque de hacer reir y de ridiculizar á cualquier personaje, descuidaba la verosimilitud y la decencia. La animacion de sus diálogos es admirable, y la sorprendente facilidad con que manejaba su lengua. Abunda en juguetes de palabras, en dicciones compuestas con estravagancias, y á veces en verdaderas rimas; pero su estilo es siempre modelo de aticismo, y sus metros, aunque caprichosamente variados, no dejan de tener cierta simetria.

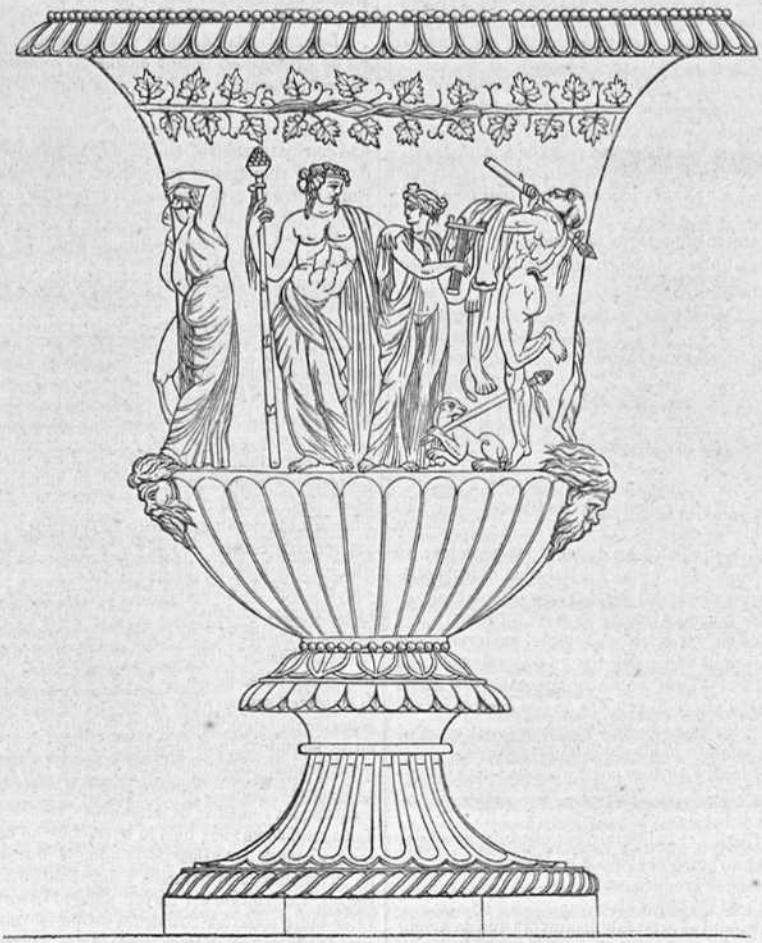
Voltaire, fundándose en la opinion de Plutarco, habia juzgado las composiciones de Aristófanes en un sentido desfavorable al poeta, sin comprender el carácter especial del teatro griego, y las grandes dotes dramáticas que en sus comedias mas inferiores en escelencia encuentra el imparcial crítico. Pero examinándolas con detencion, observamos tales bellezas, que admira la ceguedad que en los ojos mas perspicaces puede arrojar la preocupacion, en especial cuando se reviste de cierta firmeza en sus juicios, inspirada por la reputacion literaria que se ha logrado alcanzar.

Casi todas sus comedias tuvieron algun fin político ó social de la mayor importancia, al cual hacen frecuentes alusiones que nosotros no podemos comprender, porque no vivimos en la sociedad en que se escribieron. ¿Cuál es la causa de que algunas producciones de Calderon que obtuvieron gran éxito en su época no satisfagan hoy á los que las ven representar de nuevo? Creemos que á esto se debe replicar que los hombres del dia no son los mismos que los del tiempo de Felipe IV; que las costumbres y preocupaciones sociales han esperimentado grandes mudanzas, y por último, que hoy no se tiene del teatro la idea admitida en aquel siglo. Si suponemos que un espectador de las comedias de Plauto observase la representacion de algun drama moderno, entendiendo su idioma, y nos espusiese la opinion que de él hubiere formado, hay razones para pensar que la estrañeza de un espectáculo tan diverso de los que hasta entonces habia presenciado, no le permitiria estenderse á comentar su mérito ó demérito. Las obras dramáticas son juzgadas por un magistrado incorruptible, que es la opinion pública. Ademas de que en Atenas se aplaudian con entusiasmo las comedias de Aristófanes, confesando muchos eruditos que habia reunido en ellas todo lo bueno que se hallaba diseminado en las composiciones de varios poetas que le precedieron, es necesario que no olvidemos la ilustracion y depurado gusto del pueblo de aquella ciudad. La decision del mayor número en materias de belleza no debe valer tanto como las cualidades de que se encuentran revestidos los que critican. Los mismos ciudadanos que lloraban las desgracias y crímenes de Edipo, obedeciendo á la fuerza incontrastable del destino, asistian despues á la escena para gozar de las parodias de la comedia antigua, y de las sátiras y alusiones personales del poeta cómico.

Los dramáticos mas eminentes se han distinguido por el feliz acierto con que satisfacian á las necesidades y deseos de los espectadores contemporáneos: Aristófanes comprendió la sociedad que habia de juzgarlo, retratóla fielmente en sus comedias, y ella, viendo la verdad y energía de su pincel, victoreó con frenesí al ingenioso poeta que tan bien conjunta sus rasgos y estudiaba sus dolencias. Eran, pues, las comedias de Aristófanes esencialmente nacionales, y por eso obtuvieron la aprobacion y aplauso universal.

Su imaginacion no conoció límites de ninguna especie. Los Dioses, los hombres, el cielo, la tierra, todo encontró cabida en sus obras. Proponiéndose siempre un objeto fijo, creaba las situaciones y los caracteres que le servirian para conseguirlo, y les daba vida y movimiento con su agudeza incomparable, con la animacion de sus diálogos, con su rica poesía y con la sonoridad y dulzura de sus versos. Mezcla todos los dialectos, usa de las espresiones mas soeces del pueblo, y se eleva en ocasiones á las arrebatadas y sublimes inspiraciones de la poesía dithyrámbica. Sin embargo, no está exento de defectos: ya hemos indicado los mas notables, advirtiendo que la sociedad corrompida en que vivia, el origen y progresos de la comedia antigua, y otras causas, le eximen en parte de las inculpaciones que pudieran hacérsele.

Pero concluyamos este artículo, y tengamos presente que el estudio de los buenos modelos no debe hacerse de un modo individual y sistemático, imitando todo lo que contuvieron sin discernir sus faltas y bellezas. La correccion y delicadeza de gusto no se adquieren sino despues de penosos trabajos y profundas reflexiones que abren á los grandes ingenios sendas no trilladas, si bien próximas á abismos y precipicios que no se salvan en todas ocasiones. Así se ha reconocido hasta ahora por claros y ejercitados talentos; así nos lo dice nuestra propia conciencia que desatiende las sugestiones de la pedantería y del amor propio. Y ciertamente vendrá un tiempo en que renazca la aficion á los clásicos griegos y latinos, porque las preocupaciones fundadas en la ignorancia y el error, caen y se destruyen por sí mismas, faltándoles asiento firme que las sostenga.



ANTIGUEDADES DE HERCULANO.

El jarron y el bajo relieve que representan nuestros grabados, están copiados fielmente en vista de estos objetos, que pertenecen á los descubrimientos hechos en las escavaciones de Herculano. Serian in-



útiles las líneas que empleáramos en hacer notar la belleza de estas dos obras de arte, porque á primera vista sorprende la elegancia de la forma y la correccion y gusto del dibujo.

ATRÁS.

Artículo inédito (1).

Hé aquí el inconveniente de andar damasiado: en un año, nada mas que en un año, nos veiamos libres, como quien dice; ya se habian hecho dos ó tres ejemplares, lo menos, con carlistas; se habian convocado córtes; se habia echado abajo, no sin dificultad, el voto de Santiago; todo el voto de Santiago; se habia discutido largamente, muy largamente, la tabla de derechos; no se habian prohibido en todo el año mas que cuatro ó cinco periódicos de real órden; se habia mudado el nombre de ministerio de Fomento en ministerio de lo Interior, y el de subdelegado en gobernador; se habia protejido tanto á la Milicia Urbana, que ya la teníamos dividida por cuarteles; y se habia animado tanto el espíritu público, que ya habia cuatro batallones, cuatro, en Madrid, en todo Madrid; cuidado si habíamos adelantado: se podia imprimir todo lo que permitian los censores régios; y en fin, asómbrense VV. de lo que habíamos andado: ya varias veces habia prometido el gobierno dar la ley de ayuntamientos. Pues alguna vez habia de haber llegado. Mas: ya habíamos conseguido dos victorias en Navarra.... Pero ¿á dónde iríamos á parar si siguiéramos así? Acabaríamos puede ser por ser felices, sin habernos costado mas que cuatro discusiones acaloradas, y algun desafío pacífico. Hé aquí lo que han visto claro los que miran por nosotros, y han dicho: —*¡Atrás! ¡Esta España vá que vuela! á este paso el año* 1900 *ya es libre.* —Y han añadido: *el ministerio de hoy es un ministerio republicano, anárquico: hagamos un ministerio compacto.*

Ya quisiera yo ver un ministerio compacto: un ministerio que nos ataje un poco en esta carrera rápida que llevamos: cuidado si vamos deprisa: un ministerio que verifique la fusion: que no eche á ningun pobrecito de los diez años, ni admita á ningun afortunado de esos de los tres: un ministerio que sea el justo medio, entre Cea y el justo medio; que se coloque entre setiembre del año pasado y setiembre de éste, si cabe en tan corto trecho: un ministerio enérgico que dé un poco en la cabeza á estos liberalazos españoles tan exigentes, tan alborotados, tan indomables, y que acabarán por salirse con la suya con los medios que ponen: en una palabra, un ministerio que nos dé lo que necesitamos: no libertad, que esa ya tenemos mucha, demasiada, tanta que esto es un desórden: sino un poco de freno; un poco de despotismo, que nos está ya haciendo falta; un ministerio juicioso, moderado, mas moderado, mas juicioso que éste, que vaya mas despacio todavía que el actual, que no nos precipite, como vá á hacer éste, andando el tiempo, en el abismo de nuestra libertad y de nuestro bienes-

(1) Este artículo fue prohibido por la censura, en vista de lo cual *Fígaro* escribió otro titulado *Adelante* que sufrió igual suerte y que tambien publicaremos.

tar. Esto es lo que se nos vá á dar: ¡gracias á Dios que nos pararemos un poco! ¡gracias á Dios que dejaremos de andar deprisa! ¡gracias á Dios que volveremos *atrás!*

FIGARO.

DOLORES.

CAPITULO IV.

EL MEDICO.

Los balcones de la casa del adelantado estuvieron cerrados toda aquella tarde: las personas convidadas para contemplar desde ellos el espectáculo marcial que se ofrecia en la plaza, recibieron aviso á última hora de que un repentino y peligroso accidente sobrevenido á la hermosa hija de los condes de Castro, privaba á aquellos señores del placer de recibir á sus nobles amigos y presenciar con ellos las fiestas.

Asi, cuando todo era animacion y bullicio delante de la casa de Sandoval, reinaban dentro de esta el pesar y la consternacion, porque la situacion de Dolores adquiria por instantes mayores apariencias de gravedad. Dos horas permaneció privada de sentidos, no obstante habérsele prodigado todos los auxilios posibles bajo la direccion del doctor Yañez, que era reputado uno de los mas hábiles discípulos de Hipócrates y Galeno, y cuando se consiguió por último hacerla volver en sí, la asaltó inmediatamente violentísima fiebre que comenzó con terribles convulsiones, haciendo concebir al médico sérias inquietudes que no procuró ocultar. No se apartaba D. Diego de la cabecera del lecho en que yacia su hija, mostrando el estremo de su cariño hácia ella en la angustiosa perturbacion que lo dominaba, y en medio de la cual daba incesantemente las órdenes mas contradictorias á su atribulada servidumbre. Mari-García cuidaba de rectificarlas, asistiendo á la enferma con mucha mayor serenidad y no menor eficacia; pero la condesa se mantenia en su aposento, contentándose con enviar de rato en rato á su doncella de confianza Isabel Perez, para que se informase cuidadosamente del estado de la jóven.

Cuando se terminaron las justas D. Juan de Avellaneda y Gutierre de Sandoval, sobrino del adelantado, se presentaron juntos en aquella casa consternada: el primero fué introducido al punto en el gabinete en que se hallaba su hermana, y el segundo se encargó de recibir á las innumerables personas que se apresuraban á cumplir los deberes de la amistad yendo personalmente á tomar noticias de la desgracia ocurrida, manifestando á los interesados la parte que en su pena les cabia. De los primeros que se presentaron fueron D. Alvaro de Luna y su jóven deudo Rodrigo; mas ni el vivo interés que espresó aquel en los términos mas corteses, ni la verdadera y congojosa ansiedad que se pintaba enérgicamente en el semblante del otro les merecieron grandes muestras de gratitud por parte del jóven Sandoval, que sostuvo la visita con ceremoniosa urbanidad, en la que se traslucia fácilmente cierta especie de violencia. Rodrigo, por lo tanto, salió de la morada de su ídolo sin haber alcanzado á comprender ni la causa ni la gravedad del accidente por las lacónicas respuestas que diera Sandoval á sus multiplicadas preguntas, pero presintiendo no obstante mucha parte de la verdad del suceso. Agitado por los recelos mas crueles se puso á rondar el pobre jóven á los alrededores de la casa, y á pesar de la intensidad del frio pasó toda la noche en aquella plaza tan concurrida y bulliciosa algunas horas antes, y entonces solitaria, silenciosa y oscura.

El alferez mayor conferenció largo tiempo con su hermana, y fué resultado de la plática que, hácia las doce de la noche, se presentára la condesa, acompañándola él, en la estancia de la enferma.—¿Cómo está? preguntó á su marido que permanecia al lado del lecho teniendo entre las suyas una de las manos de Dolores.

—¡Ya lo veis! contestó con ahogada voz el padre. El médico se ha marchado hace poco para volver á las dos, hora en que cree posible se verifique la crisis.

Esto no será nada, artículo doña Beatriz inclinándose sobre la cama para examinar de cerca el semblante de su hija: la herida que al caer se hizo en la frente no es mas que un leve rasguño; añadió sentándose cerca de su esposo con apariencia de calma.

D. Juan de Avellaneda se acercó tambien, y como se preciaba de conocedor, pulsó á la doliente, y repitió lo que habia dicho su hermana.—No es nada.

Algunas semanas de sosiego en el convento en que pasó su infancia, dijo doña Beatriz, la restituirán completamente la salud y la alegria.

—De todos modos, añadió D. Juan, mañana mismo debeis poner en conocimiento de S. A. la dolorosa impresion que parece haber causado en esta niña el proyectado consorcio. Es motivo mas que suficiente para que se desista de tan absurda idea.

Nada dijo el conde respecto á lo que su mujer y su cuñado acababan de espresar, pero se inclinó para besar la frente de su hija murmurando sobre ella.—¡Vive Dolores mia, vive! es cuanto mi corazon te pide.

El alférez mayor se despidió entonces, ofreciendo volver al dia siguiente, y la condesa (que lo acompañó hasta la misma escalera) tornó á situarse despues junto al lecho de Dolores, donde la encontró todavía el doctor Yañez cuando vino á visitar á la enferma. Eran mas de las dos: el médico vió que la jóven parecia tranquila, y D. Diego le dijo con tono de satisfaccion.—Hace dos horas que duerme: las convulsiones no han repetido.

Tomóla sucesivamente entrambos pulsos el hijo de Esculapio y movió significativamente su voluminosa cabeza cubierta por espesa peluca de recios cabellos enrojecidos por el tiempo.

¿Querreis persuadirnos, esclamó con ímpetu la condesa, que es muy grave el estado de esta niña?

—Lo es á mi entender, señora doña Beatriz, le contestó sin alterarse el médico. La jóven paciente ha debido ser afectada por algun dolor inesperado y profundo: algun golpe tremendo ha herido á este corazon, trastornando toda la armonía del organismo. El alma es aquí la enferma, no me cabe duda, y esta clase de males son los mas oscuros para la ciencia.

A la edad de Dolores, dijo prontamente la condesa, no hay pesares profundos, señor Yañez, y por vivos que puedan pareceros no os alarmarán sus consecuencias.

—No comprendo lo que vuesa merced quiere decir, replicó con su imperturbable gravedad el hombre de ciencia. Esta señorita está dotada de esquisita sensibilidad y de débil complexion: las afecciones morales ejercen una influencia terrible en...

¡Callad por Dios! le interrumpió la condesa con estremado enojo: no me atolondreis la cabeza con vuestras teorias. Yo os digo, señor doctor, que dentro de pocos dias estará Dolores tan buena como vos.

—Haga el cielo verdadera la fausta profecia de vuestra merced, repuso el médico: por mi parte repito que el estado de esta señorita me inquieta en sumo grado; que su corazon padece mucho; que de ahí proviene todo; y que nada puedo hacer para remediar los efectos si primero no se me pone en estado de combatir la causa.

La condesa se levantó con el semblante encendido y los ojos fulgurantes: pero su marido, sin darla tiempo de desplegar los labios, pronunció lentamente estas palabras.

El médico es como el confesor: todo debe saberlo. Teneis razon en cuanto habeis dicho, señor Yañez; esta niña está enamorada y ha creido que sus padres podrian posponer su felicidad á consideraciones sociales. Cuidadla, asistidla, y cuando se halle capaz de comprenderos aseguradla, en mi nombre, que no hay sacrificio alguno que no me halle dispuesto á llevar á cabo por salvar su vida y contribuir á su ventura.

Al acabar estas palabras se salió de la estancia con aspecto triste, pero resuelto, y su mujer le siguió presurosa, dibujándose en sus labios una sonrisa amarga y casi amenazadora.

No emprenderemos la enojosa tarea de pintar detalladamente la larga y borrascosa escena que se verificó entonces entre los dos esposos, á algunas varas de distancia del aposento de Dolores; basta á nuestro objeto asegurar que no olvidó doña Beatriz ninguno de los medios que creyó convenientes para apartar á su marido del pensamiento que habia osado espresar en su presencia. Reflexiones, reproches, ruegos, enojos, todo fué empleado alternativamente con igual energía; pero el adelantado se mantuvo inflexible, oponiendo á todos los ataques esta sola defensa que le parecia invencible.—Se trata de la existencia de mi hija. Ya habeis oido al doctor: su estado es grave: solo hay un medio de salvarla, y sea cual fuere ese medio, un padre no puede rechazarlo.

Doña Beatriz intentó en balde convencerlo de que el accidente de la jóven no prestaba fundamento á serias inquietudes; el conde movia la cabeza sonriendo tristemente, y decia sin abandonar su terreno.—Está muy mala: el golpe ha sido cruel, moriria irremediablemente si se continuaba contrariando esa desgraciada pasion que se ha apoderado de su alma.

—Doña Beatriz habló del gran disgusto que causaria al infante aquel casamiento odioso. Su marido no fué mas sensible á esta consideracion que á las que le habian precedido.—No será mayor que el mio el pesar de S. A. (respondió;) pero se trata de la vida de mi hija, y ante un interés de tamaña magnitud todo lo demas desaparece.

—¿Y si el infante os dijese estraordinariamente que no presta su consentimiento á pesar de vuestras estravagantes aprensiones?

—El casamiento se verificaria lo mismo que si lo aprobase el infante.

—¿Asi pues, estais resuelto á hollarlo todo, á despreciarlo todo por

satisfacer la ambicion de unos aventureros y los caprichos de una niña?

—Estoy resuelto á salvar la vida de mi hija cuésteme lo que me costare, contestaba el conde siempre fijo en su idea.

En efecto, el amor paternal ejercia dominio mas estenso que el orgullo en el corazon de aquel hombre que, segun nos asegura un cronista, *era de condicion tratable, sin elacion, es decir, sin vanidad ninguna* (1).

Rarísimas veces sucedia que se opusiese el adelantado de Castilla á las voluntades de su esposa, con cuyo carácter imperioso observaba por lo comun los mayores miramientos; pero cuando llegaba el caso de que manifestase abiertamente una opinion contraria á la de aquella, sabia sostenerla con tan fria perseverancia que toda la impetuosidad de la condesa se quebrantaba al fin contra su tranquila firmeza. Sabíalo la dama, y comprendió en la ocasion de que hablamos la inutilidad de sus esfuerzos. El conde habia tomado su resolucion y nada era capaz de apartarle de ella.

Doña Beatriz se limitó, por tanto, á hacerle comprender que no estaba por su parte menos firme en su resistencia, y salió de la cámara del conde con el aspecto de un adalid que en el instante de entrar en una lucha de muerte recoje todas sus fuerzas, y las pesa rápidamente en la balanza de su propia conciencia.

Andando maquinalmente se encontró á la puerta de la estancia de su hija y fué casualmente en el momento mismo en que la abria para salir el doctor Yañez. La doncella que le acompañaba continuó andando, precediendo al médico, pero este se detuvo para decir á la condesa en voz baja y con tono satisfecho.—Vá bien: puede vuestra merced recogerse á descansar perfectamente tranquila. La señorita ha tomado un calmante, ha sabido las intenciones de su señor padre, que la he comunicado con las debidas precauciones, y acabá de dormirse profundamente, envuelta en copiosísimo sudor que nos anuncia sin duda la próxima cesacion de la fiebre. Su dueña queda velando á la cabecera del lecho, y como son ya las cuatro de la mañana me retiro á mi casa, si vuestra merced no ordena lo contrario.

—Tengo que hablaros antes, respondió con acento breve la condesa, é hizo al facultativo un ademan imperioso indicándole la siguiera.

La criada, que no echára de ver la detencion del médico, á quien conducia á la escalera, proseguia andando con una luz en la mano y los ojos cargados de sueño, hasta que se encontró con otros dos domésticos de la casa que velaban tambien en el recibimiento, y oyó que la decia uno de ellos.—¡Hola! ¿Viene la hermosa Juana á pedirnos una silla cerca de nuestro fuego? ¡Vedlo qué hermoso está! No tendreis un brasero semejante en el cuarto de vuestra señorita, porque he oido decir que á los enfermos les hace daño el calor artificial: á la verdad bien se puede pasar sin el carbon ó la leña quien tenga en la sangre el fuego de la fiebre, pero vos, pobre Juana, debeis estar tiritando: la noche es á propósito para que uno se hiele velando enfermos.

—Llegaos, añadió el otro: decidnos si aun nos tendrán muchas horas haciendo centinela á la escalera: ¿vá á esperar el dia el doctor dentro de la casa?

Juana volvió entonces hácia atrás sus soñolientos ojos y esclamó con sorpresa.—¿Pues qué se ha hecho ese hombre?—Los criados tornaron á brindarle el atufante calor de la gran copa llena de brasas que habian colocado en medio del recibimiento, mas ella sin siquiera darles las gracias desanduvo lo andado en busca del doctor Yañez. No le halló la doncella, como pensaba, ni detenido en los corredores ni en la cámara de la enferma, pero cuando se acercó al gabinete particular de la condesa, cuya puerta estaba cerrada, percibió que hablaban dentro, y pudiendo mas que el sueño la curiosidad hizo cuanto le era dado para entender las palabras que llegaban confusamente á sus oidos; pues le pareció cosa bastante estraordinaria que una señora tan recatada como su ama se encerrase sola con un hombre en aquellas horas, por mas que los años y la peluca del doctor debiesen alejar toda sospecha de cierto género, aun del ánimo mas desconfiado y malicioso.

Imposible le fué á Juana, no obstante sus cuidados, oir clara y seguidamente la conversacion de la condesa y del médico; solo pudo recojer palabras sueltas que trasmitiremos á nuestros lectores.

—Estais ganado por Rodrigo de Luna, no lo negueis, dijo doña Beatriz. Os han visto hablar con él esta noche en la plaza cuando salíais de mi casa.

Juana no pudo entender ni una sílaba de la contestacion del doctor; pero oyó en seguida estas palabras de su interlocutora:

—De poco le servirá estar espiando mis puertas, y vos sereis mas insensato que él si por la necia esperanza de que su proteccion os alcance lo que sin ella mereceis, echais en olvido todo el mal que puede resultaros de tenerme por enemiga. Os hablo con franqueza, señor Yañez: el triunfo que habeis obtenido haciendo temer á un padre la pérdida de su hija, os costará muy caro si no sois bastante hábil para deshacer lo hecho. Don Juan de Avellaneda os puede servir tan bien ó mejor que Rodrigo de Luna en lo que solicitais, y no hay nadie en Castilla que pueda salvaros de mi resentimiento si sois bastante loco para desafiarlo.

El doctor contestó con calor; pero Juana no entendió mas que estas frases truncadas:

—Vuesa merced me acusa sin razon.... no niego que deseo ardientemente conseguir.... no permita Dios que yo me atraiga el ódio de vuesa merced y de su señor hermano, á quien... indíqueme vmd. por qué medios puedo....

Tampoco se oyeron bien todas las palabras de la condesa que siguieron á las del doctor: estas fueron las mas notables que entendió la doncella:

—Estoy resuelta á impedir á todo trance esa alianza vergonzosa: la mataria antes que dársela por esposa á Rodrigo. Ayudadme ó declaraos en mi contra: ¡pero meditadlo! Escuchad lo que puedo hacer en favor y en daño vuestro; me conoceis y....

—Vuesa merced usa de una franqueza que exije se le corresponda con la misma...—oyó Juana cuando la condesa cesó de hablar, mas el doctor continuó con voz tan baja, que no le fué posible entender ni una sílaba mas. El diálogo pareció bastante animado desde aquel momento; pero los que le sostenian se habian alejado sin duda de la puerta en que escuchaba la criada, y apenas logró de vez en cuando percibir confusamente tal ó cual palabra, verbi-gracia:—Id á hablar con mi hermano...—Una carta del infante...—Lo sostendreis con teson... —Señora condesa ¿y si nada se lograra con todo eso, pensais?..... ¡Dios mio! ¿lo dice vmd. de veras?...—De todo soy capaz antes que consentir...—Pero señora...—Son inútiles esas reflexiones; si no hubiese otro remedio, no dudeis...—Obedeceria á vmd. en tal caso.

Todavia hablaban dentro del gabinete, y todavía escuchaba á la puerta la curiosa Juana, no obstante el poco fruto que alcanzaba, cuando se vió sorprendida de improviso por Isabel Perez, doncella predilecta de doña Beatriz, que venia entonces del cuarto de Dolores.

—¿Qué haceis aquí? dijo á Juana severamente, aunque cuidando de no ser oida.

—Ya ves, respondió turbada, me pareció que llamaba la señora, y me he acercado á oir si estaba en efecto en esta estancia.

—Está, dijo Isabel, y yo quedo para si llama; vete á costar: nadie te necesita.

Juana obedeció, y casi al mismo instante se abrió la puerta del gabinete y salió el doctor andando de puntillas, pero con aspecto algun tanto pensativo, y mas grave que de costumbre, lo cual no atenuaba un no sé qué de maligno y de hipócrita que era natural á su fisonomía.

La condesa mandó en seguida que todos se retirasen á descansar, y ella misma se metió en el lecho despues de haber preguntado por su hija y saber que continuaba durmiendo con tranquilidad, velando su sueño la buena Mari-García.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

(1) Crónica de don Juan II.

EL AMOR DE LOS AMORES.

CÁNTIGA CUARTA.

He venido á escuchar los amadores
Por ver si entre sus ecos logro oirte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por tí mares de lloro
Me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de octubre...
¿Qué he de hacer allí sola al pié del rio
Que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de tí me alejo
Conforme el valle solitario huyo,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida
Como el Gévora acaso arrebatada,
Dejo mi bosque y á la mar airada
A impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro á orilla de los mares,
Cesaron para siempre mis temores,

Porque puedo decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

CÁNTIGA QUINTA.

Pero tu barca está sobre la arena:
Desierta miro la estension marina:
Te llamo sin cesar con tu bocina
Y no pareces á calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola
Aguardando á mi amado noche y dia,
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez cual la esperanza mia.

Blanca y ligera espuma trasparente,
Ilusion, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío
El desencanto hiela nuestra mente.

Tampoco es en el mar adonde él mora:
Ni en la tierra ni el mar mi amor existe;
Mas dime si en la tierra te escondiste
O en el centro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Solo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores.

CAROLINA CORONADO.

ORIGEN DE LA CONTABILIDAD POR PARTIDA DOBLE.

Atribúyese generalmente á los florentinos, á esos banqueros de la edad media, la invencion de la teneduría de libros por partida doble, y aun exige la tradicion que se agradezca especialmente á Francisco Sachetti, banquero de Leon en 1494, este método ingenioso de llevar las cuentas; pero esta invencion es muy anterior á los florentinos, á Lorenzo de Médicis, y aun á la introduccion de los números árabes en Europa.

Sus principios generales eran conocidos de los romanos. En la defensa de Ciceron por el célebre cómico Roscio, se halla un trozo relativo á la contabilidad por DEBE y HABER, y sobre los libros que usaban los romanos entonces, hay en él datos muy curiosos, por lo menos para las personas que en el dia se ocupan de contabilidad comercial ó administrativa. Así se sabe por él que pululaban los usureros en Roma, que prestaban con réditos enormes, y que formaban entre ellos una especie de banco en que se imponia dinero y aun billetes.

Caton el Anciano, durante su censura, habia prohibido la usura y el préstamo al 1 por 100 mensual; pero esta disposicion, conforme con la ley orgánica sobre el préstamo, no fué puesta en ejecucion.

Los usureros continuaron prestando al 34 por 100 en Roma y al 48 por 100 en las povincias. Solo entre amigos y personas honradas se prestaba al 12 por 100; pero el interés ordinario para con los estrangeros variaba desde 48 á 70 por 100.

Segun las leyes romanas, cuando un acreedor no queria recibir su dinero, tenia el deudor la facultad de depositarle en un templo designado para el efecto; este era una especie de caja de depósitos y consignaciones destinada á hacer cesar los réditos.

En Roma habia préstamos públicos, y el interés de ellos estaba sujeto á frecuentes variaciones. Cuando los asuntos estaban embrollados, duplicábase algunas veces el interés.—«El 4 de los idus de julio, escribe Ciceron, el numerario ha subido de repente del dinero 12 al dinero 24, es decir, del 12 al 24 por 100.» Por consiguiente Roma tenia deuda pública. Tratóse algunas veces, y particularmente bajo Julio César, de reducir los réditos del interés estipulado, es decir, de proceder á lo que hoy llamamos conversion de las rentas. Ciceron, en la ocasion aquella, le reconviene ágriamente por querer destruir con una bancarrota la fé de la sociedad en los compromisos del Estado. El orador ilustre habia hallado ya en su génio, segun se vé, una idea exacta y recta de lo que constituye la base principal de todo crédito público; pero aquella idea luminosa no fué traducida ni en práctica ni en teoría.

La estension de la usura entre los romanos, la institucion de templos equivalentes á nuestra caja de depósitos y consignaciones, la existencia de préstamos públicos, y por lo tanto, de una deuda pública, así como diferentes operaciones financieras, tanto de funcionarios del Estado como de simples particulares, hacen presumir ya que los principales elementos de la contabilidad eran conocidos entre los antiguos dueños del mundo.

Estas presunciones se convierten en certidumbre recorriendo atentamente las obras de sus historiadores, de sus oradores, y sobre todo de sus jurisconsultos.

Ya en tiempo de Ciceron cada romano rico tenia un registro en el cual inscribia sus deudas y créditos, especie de *cuenta corriente* donde sentaba bajo el *nombre* de aquellos con quienes tenia negocios, e pasivo (*acceptum*), y el activo (*expensum*) de cada uno.

El *acceptum* era lo que habia recibido, y por consiguiente lo que debia el DEBE.

El *expensum*, lo que habia gastado, es decir desembolsado, lo que se le debia, por consiguiente el HABER.

La contabilidad por *debe* y *haber* era pues perfectamente conocida entre los romanos.

Escribian bajo el *nombre*, como hemos dicho arriba. Para comprender exactamente toda la estension de la espresion *nombre* y cuán rigurosa era, es preciso saber que el compromiso que se contraia por los *nombres* (*nominibus*) no podia ser empleado sino por y entre los ciudadanos romanos. Teniendo los estranjeros derecho de comercio, no podian contratar ni comprometerse del mismo modo.

Llamábanse *nombres*, ya sea la señal hecha por el sello que entonces representaba la firma, ya sea el recibo, ya la obligacion misma como cuerpo material, y legal abstraccion.

Nomina facere (CICERON), hacer nombres, era contraer deudas del modo particular que podia contraerlas un ciudadano romano.

Habere pecuniam in nominibus (CICERON), era tener dinero en los nombres, es decir, dinero impuesto.

Transcribere nomen in alios (TITO LIVIO), era hacer, no el transferimiento ó transporte de su recibo, como lo dicen los diccionarios latinos, sino el traslado de sus recibos, de sus nombres en general, mejor dicho, de sus cuentas.

In alios, se entiende *libros* (en el libro de comercio), es decir, transcribir del borrador que se llamaba ADVERSARIA, al registro ó gran libro. este está designado en la defensa de Ciceron, en favor de Roscio, por la palabra *transcriptitia*.

Así como el *Diario* entre nosotros, el *transcriptitia* ó *gran-libro* de los romanos hacia fé en justicia. Debia, como nuestro diario, estar sin *raspadura*, porque era, propiamente hablando, el registro de su traslado, el libro *legal*. Efectivamente, antes de trasladar los artículos á este último, los romanos los sentaban como nosotros, en el borrador. Ciceron le designa por la palabra ADVERSARIA, como quien dijera adversario, la intervencion..... Ciceron en su defensa recoge las hojas volantes, examina las raspaduras, etc.

El traslado al *transcriptitium* se operaba por lo menos todos los meses. Ciceron llama *transcriptitium* en singular al gran-libro cuando estaba cerrado; TRANSCRIPTITIA, este mismo gran libro cuando estaba abierto; entonces se servia del plural, porque realmente ofrece entonces dos páginas á la vista, dos páginas transcritas. Por una parte el *acceptum*, el debe: por otra el *expensum*, el haber. En fin, como libros llevados en realidad por *debe* y *haber*, se les llamaba *Rationes* (cuentas), porque debian dar las razones y esplicar todo lo que se habia hecho entre las partes.

Y tal seria tambien el orígen de la denominacion del libro de razon ó *gran libro*, y de las palabras *razon social*, fulano de tal y compañia.

De la palabra *rationes* (cuentas), habíase sacado, en fin, en Roma la palabra *rationarium* para designar la cuenta general de gastos é ingresos, el gran-libro, el PRESUPUESTO de la república. Así se habian deducido matemática y lógicamente para la administracion, la guerra, el senado, el pueblo, los consejos y la hacienda, todas las espresiones usadas en Roma.

En lo concerniente á la contabilidad, cuando querian comprometerse por cierta suma en el TRANSCRIPTITIUM Ó GRAN LIBRO, el ciudadano romano que queria contraer la deuda, escribia en su registro, en el *debe*, es decir, en el *acceptum*, haber recibido el dinero de aquel á quien tenia intencion de constituir en acreedor suyo, mientras que por su parte, este último escribia en el suyo, en el *expensum*, es decir en los desembolsos, en el haber, en el crédito, que habia dado esta misma cantidad á aquel que habia convenido en ser deudor suyo.

En tiempo del jurisconsulto Gayo, 101 años despues de J. C., se empleaban aun estos escritos *nummularii* ó *argentarii* (monetarios), ó en otros términos, los cambistas de Roma. llamados tambien *trapezitæ* por la tabla de madera sobre la cual estendian sus monedas y *mensarii*, para hacer alusion al interés mensual que percibiau por la cantidad prestada, usaban los libros que acababan de citar. Estaban obligados á llevar su contabilidad por *debe* y *haber*, porque desempeñaban un ministerio público. *Quia ministerium eorum publicam habebat causam*, dice el Digesto. Un deudor podia, como en nuestros dias, constituirse á otro, y entonces lo que se sentaba en el *debe* (acceptum) de un individuo, constituia, entre las mismas personas y de consentimiento propio, una nueva obligacion reservada solo á los ciudadanos

romanos, y llamada *nomen transcriptitium* que se formaba así: (*nominibus transcriptitiis*), por una simple variacion, sustitucion ó traslado. Este es el *origen* de nuestros *endosos*.

El *transcriptitium* fué adoptado despues en grande escala para los *endosos* en las ciudades de la edad media. En Lyon se reunian las comerciantes en los vencimientos correspondientes á las cuatro grandes ferias, para asignarse unos á otros las cantidades que recíprocamente se debian; de suerte que por un simple movimiento de escrituras, una gran parte de las deudas se hallaba pagada. Cuando se verificó la revolucion, existia aun el registro de traslados que constataba estas operaciones. Desapareció en el sitio de aquella ciudad.

Génova, Pisa, Florencia, Venecia, todas las ciudades de la grande Hansa del Norte practicaban estos *endosos*, que prestaban grandes servicios en una época en que las monedas eran muy variadas y de mala ley.

De 527 á 565, bajo Justiniano, la obligacion llamada *transcripcion*, *nomen*, privilegio esclusivo de los ciudadanos romanos, habiendo caido completamente en desuso en Constantinopla, aquel emperador no dejó rastro alguno de ella en la legislacion de las *Pandectas*.

Pasó pues totalmente al dominio público, y su práctica, como contabilidad, continuó usándose, con motivo de su sencillez, por los cambistas, obligados no obstante, y siempre por la ley, á establecer sus cuentas por *debe* y *haber* (Ulpiano, *fragmento* IV; Gayo, *fragmento* I; *Cuja* X). Los *nummularii* ó mayordomos privados de los ciudadanos, los agentes de negocios á quienes se confiaba dinero para hacer pagos, estaban obligados á rendir cuentas por *debe* y *haber*. Los registros llevados así podian ser producidos en justicia, no ya como títulos, puesto que no emanaban del mismo ciudadano romano, sino solo como documentos facultativos presentados al pretor ó juez, en virtud de su poder discrecional.

En cuanto al uso de la cuenta de débitos, de las *cuentas sustituidas* en la persona del *negociante* que constituyen aun mas íntegramente la teneduría de libros por partida doble, introdújose en la edad media en el Bajo Imperio, hácia el año 565, por los judíos, con el fin de que fuese mas fácil encontrarse en los libros, para la percepcion del impuesto establecido entonces sobre el resultado de las ganancias y pérdidas, en una palabra, sobre las rentas públicas. En efecto, el impuesto sobre la industria, el impuesto sobre las manufactnras, impuesto que se exigia cada cuatro años, el oro del dolor (así se le denominaba en tiempo de Plinio) era percibido con arreglo á los mismos libros.

Nuestro moderno sistema fiscal solo ha copiado al parecer este sistema romano; la ley de 1844 acerca de las patentes admite tambien ante el interventor la produccion de libros de comercio para la evaluacion del impuesto de las patentes, reservando no obstante respecto del fisco la facultad de fallar facultativamente.

El economista Fortonnais en sus *Investigaciones y consideraciones acerca la Hacienda desde 1395 hasta 1721*, dice que en 1807 un vecino de Brujas, llamado Simon Stewen propuso á Sully la aplicacion de la contabilidad por partida doble para la hacienda pública, lo cual prueba que en aquella época estaba ya esparcida en toda Europa: Sully rechazó la oferta, ignorándose la causa que para ello tuvo.

EL HIJO DE LA TRISTEZA.

Cerca del torrente que murmura, estaba la Tristeza sentada y silenciosa; meditaba, y su mano modelaba una figura de arcilla.

—¿Qué has hecho ahí, Diosa pensativa? la preguntó Júpiter.

—Nada mas que un simulacro, contestó ella; pero tú, señor, enviale un soplo de vida.

—¡Que viva y me pertenezca! esclamó el padre de los dioses.

—¡Oh, no, interrumpió la Diosa; dejádmele!

Entonces llegó la Tierra, y dijo:—Ese niño me pertenece, porque ha salido de mi seno.

—Esperad, repuso Júpiter, he aquí quien va á decidir nuestra contienda.

Era Saturno.—Que sea de todos vosotros, dijo el dios prudente y sábio, así lo quiere el destino. Tú, Júpiter, que le has dado la vida, recobrarás su alma despues que muera.

Tú, oh Tierra, tendrás su cuerpo; no tienes derecho á mas.

Pero tú, Tristeza, que eres su madre, le poseerás mientras exista; nunca te abandonaré, y se prolongarán sus sufrimientos hasta la tumba.

PENSAMIENTOS Y MAXIMAS.

El hombre mas feliz, es el que, sin penas en la vida, habiendo contemplado esos espectáculos magníficos, el sol, el agua, las nubes, el fuego, ha regresado presuroso al punto de donde viniera. Estos objetos, viva muchos ó pocos años, los verá siempre lo mismo, nunca mas bellos. Considera á lo que llaman tiempo como una feria estrangera, un sitio de emigracion para los hombres: multitud, mercados, ladrones, juegos de azar, hosterías en que uno se detiene. Si partes tú el primero, tu viaje será el mejor, te vas con tu dinero y sin tener enemigos. El que tarda, perece despues de haber sufrido, y envejeciendo con desgracias, está privado siempre de algo. Encuentra en algunas partes enemigos que le tienden lazos. No se sale de la vida por una muerte dichosa, cuando se permanece en ella mucho tiempo.

—

La sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interés, y no favorece, por el momento, sino los conocimientos de que tiene necesidad inmediata y urgente.

—

El espectáculo de la naturaleza es una máquina inmensa para los pensamientos del hombre. Las propiedades de los reyes, los instintos de los animales, el espectáculo del universo todo es un velo que necesita levantarse, todo es un símbolo que es preciso adivinar, todo contiene verdades que traslucir, porque la vista clara no es de este mundo. Ese lujo fastuoso de la creacion, ese aparato de los cuerpos sembrados en el espacio como un polvo brillante, todo eso no es demasiado para el hombre, porque este es un ser libre é inteligente, porque es un ser inmortal.

—

El espíritu forma como un vasto firmamento iluminado por todas partes con estrellas de diferentes magnitudes.

—

No dependerá de tí el emancipar tu vida de toda pena; pero sí el levantar tu corazon de todo abatimiento. Por muy opuesta que te parezca á tus gustos la posicion que el destino te ha dado, no te será fácil siempre variarla, pero siempre podrá resignarte á ella con la ayuda de tu razon.

—

Saber escuchar, es saber instruirse con todo el mundo.

—

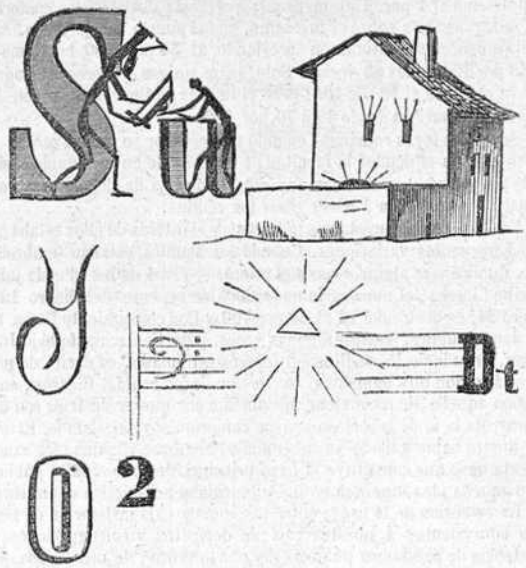
El hombre no sabe bien sino lo que puede comunicar á los demas.

—

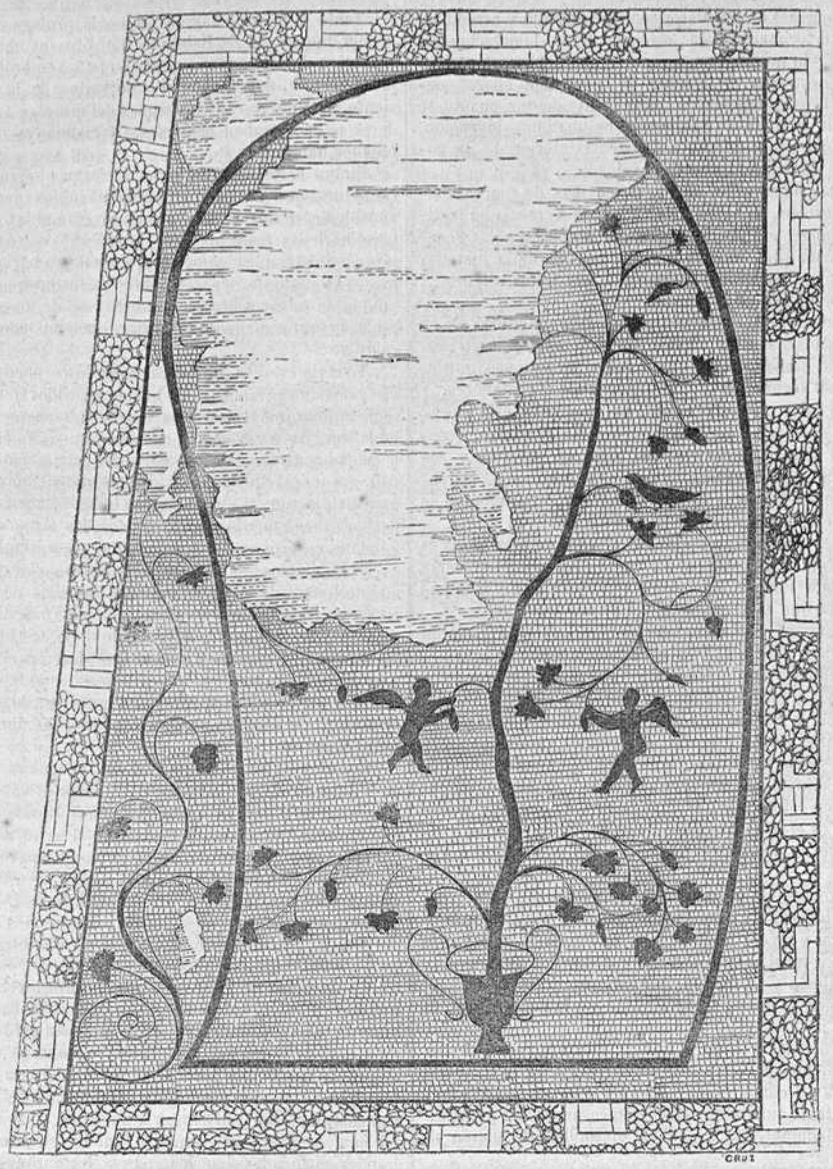
El mérito de esta vida es predecir la otra.

—

GEROGLIFICO.



Imp. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de G. Alhambra. Jacometrezo, 26.



ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.

En una de nuestras provincias meridionales se descubrieron, hace algun tiempo, las respetables ruinas de un edificio romano, cuyo pavimento era el mosáico que representa el dibujo que antecede, y cuyo dibujo manifiesta bien á las claras el gusto y capricho delicadísimo y la inteligencia de su autor.

Segun se vé, en la estremidad oriental hay una maceta con dos asas de cuyo centro sale un robusto tronco de parra que echa ramos alternos: en lo alto se distingue un ratoncillo que parece pagar cara su golosina, cayendo cabeza abajo: en otra parte se advierte un pájaro picando uvas: entre los ramos inferiores se notan dos figuras humanas, una á cada lado, en ademan de cojer los racimos, siendo digno de fijar la atencion, que como se hallan en el aire, no se omitió el ponerlas alas. Cierra el dibujo una faja negra que sube algo oblícua, y doblándose en arco, en la parte superior, baja luego hasta la base formando con ella un ángulo agudo. En el espacio que queda entre la pared y la curva, se representa otro ramo, que formando en la base un espiral, sube luego con gracia en semicírculos alternos, arrojando ramos, hojitas y fruto. Es lástima que falte la cuarta parte del pavimento, en el cual habria quizás otras figuras semejantes á las que se conservan.

Las piedras de aquel son de mármol blanco y de otro negro, menos duro, por lo regular de tres ó cuatro líneas, cuyos cúbitos son poco perfectos, ni en los ángulos, ni en las superficies.

REMIGIO SALOMON.

SEMÍRAMIS, REINA DE BABILONIA.

Semiramis, princesa generosa,
al frente de su gente valerosa,
hasta el Indo y el Nilo sus fronteras
dilata por acciones muy guerreras.
Duchesne.

I.

Varrón, uno de los ingenios romanos en el siglo de Augusto, se dedicó á examinar todos los monumentos que la antigüedad presentaba á la historia; mas despues de sus grandes estudios é investigaciones dijo:

—Que desde el principio del mundo hasta el diluvio de Noé estaba cubierto con el velo de la ignorancia: que desde el principio de Noé hasta la olimpiada primera lo encontraba desfigurado y confundido

por los fabulistas; y que unos veinte y tres años despues de la fundacion de Roma vino el tiempo de la historia.

Probado con el parecer de un historiador tan antiguo y acreditado como Varrón que la primera época, esto es, desde la creacion del mundo hasta el diluvio no quedó mas que la sombra, resta únicamente considerar el estravío de la razon de la segunda época, confundida por la fábula, para convencerse moralmente de que cuanto se ha escrito de la vida privada de Semiramis es una pura invencion, puesto que carece del conocimiento del sistema interior de su gobierno y de muchas particularidades de su reinado.

Y no puede menos de suceder asi, pues en mas de cuarenta siglos que van transcuridos, la razon natural induce á creer que la vida pública de esta muger grande ha venido por tradicion á las generaciones futuras, hasta que, llegada la época gloriosa de la historia, pudo consignarse en sus páginas la memoria de una Reina célebre.... la primera Reina que mandó en el mundo.

Los enredos amorosos de Semiramis y el hijo ostentoso de su Corte han sido trasladados á los cantos líricos y escenas teatrales, en las que el ingenio humano tuvo que inventar situaciones interesantes para alargar su argumento y entretener á los espectadores. Y lo que puede decirse como un hecho cierto, es, que vivió esta muger estraordinaria cuyo nombre se hizo tan eterno como el tiempo, reconocida por todos los historiadores como una princesa guerrera y como restauradora de la hermosa ciudad en donde fué soberana... ¡la populosa Babilonia que existió en la llanura de Senáar, cuyo monton de ruinas todavia comtempla con asombro el atrevido viajero!

El describir, pues, los hechos de la vida privada de esta Reina es tan imposible como contar las estrellas del cielo; pero puede ofrecerse sin embargo una ligera idea de las dotes y travesura de su vida pública al propio tiempo que de la grandiosidad de sus acciones.

Antes de todo haremos una reseña de los hombres que formaron el imperio de los cáldeos y de la elevacion de Semiramis á su trono.

La historia sagrada nos dice que mediaron mil seiscientos cincuenta y seis años desde la creacion del mundo hasta el diluvio universal conocido por el de Noé: la profana no conviene enteramente en el número de años, pero sí en el punto esencial; aun cuando varios escritores modernos, empeñados en negarlo todo por adquirir una vana celebridad, no reconocen aquel diluvio por universal. Dejando á un lado la divergencia de opiniones en este punto, lo mas cierto, lo que mas inclina á creer el hombre, es el testo sagrado; testo que se salvó en el naufragio de Noé y que se trasmitió despues á las generaciones venideras.

El diluvio está representado en la historia sagrada como un castigo de Dios sobre la maldad del hombre; las aguas subieron veinte y un codos,—diez varas y media castellanas,—sobre la montaña mas alta de la tierra, y por consiguiente perecieron todos los seres que la poblaban, menos el justo y su familia, que saliendo ilesos de la misteriosa arca, retoñando de nuevo esparciéndose por la superficie de la tierra.

El país situado entre los hermosos rios conocidos por el Eufrates y el Tigris, fué el asiento de Noé y su descendencia hasta la sesta generacion. La dulzura del clima, la amenidad del país, la feracidad de la tierra, les detuvo tanto cuanto en él pudieron ensancharse; pero luego que por la muchedumbre se vieron allí oprimidos, dividieron su heredad en esta forma:

Al hijo mayor *Sem* le cupo el Asia oriental para sí y sus descendientes: á *Cam* y su familia el Egipto, la Arabia y el Africa; y á *Jafet*, tercer hijo, se le repartió la Europa y una parte del Asia occidental.—De la descendencia del primero vino el justo Abraham; del segundo nacieron los fenicios inventores de las letras del alfabeto, los cuales construyeron naves y poblaron todas las costas del Mediterráneo.—Quieren suponer algunos que fueron los fenicios los primeros habitantes que tuvo España, y se fundan en que en lengua fenicia *Sefania ó Spania*, de donde se deriva su actual denominacion, significa boreal, septentrional, que es precisamente la situacion que ocupa España respecto del Africa. La opinion mas generalizada, sin embargo, concede esta gloria á Tubal, tercer hijo de Jafet é inventor de la música, de cuya descendencia vinieron tambien los primeros habitantes de la Grecia, país que llegó á reunir los sábios del mundo y que fué la cuna de las ciencias.

Antes de partir á poblar las demarcaciones que respectivamente se les habia señalado, concibieron todos unidos el pensamiento de edificar una ciudad en el sitio de su separacion, levantando una torre hasta las nubes para eternizar su memoria por este monumento gigantesco; pero dice la Escritura que viéndoles Dios obstinados en tan loca empresa, confundió su idioma inspirando una lengua particular á cada familia, de donde procede la diversidad de lenguas entre los hombres, tomando desde entonces el nombre de torre de Babel, y la ciudad el de Babilonia, que en hebreo quiere decir *confusion*.

II.

Tanto la historia sagrada como la profana convienen en que fué primer imperio el de Babilonia, por otro nombre el de Caldea.—La fundacion de este imperio se atribuye á Nembrot, que en hebreo significa *rebelde*, por el año mil ochocientos de la creacion del mundo y ciento cuarenta y cuatro despues del diluvio. Aun cuando los pobladores se encontraban dispersos, Babilonia ya estaba edificada y con muchos habitantes.

Pintan á Nembrot un jóven de formas hercúleas y con tanta gracia natural que su presencia imponia á los demas. En sus primeros años dedicóse á la caza; él mismo inventó el lazo, la flecha y el arco para herir las reses mayores, y asociado en este ejercicio con otros jóvenes infatigables, tomó de aquí vuelo su pasion de dominar al hombre.—Al gusto de reinar Nembrot en los bosques sobre las fieras siguió la de reinar sobre los hombres, y de un cazador belicoso tuvo origen el primer rey y el primer conquistador que conocieron los caldeos.

Todavía estaban libres los pobladores obedeciendo únicamente á los gefes de sus familias. Ya habian acabado la construccion de Babilonia, que tardó trece años desde su separacion por la confusion de las lenguas, y Nembrot concibió el pensamiento de apoderarse de la ciudad considerada como parte del patrimonio de Sem y su posteridad.—Anunció, pues, á los jóvenes que siempre le acompañaban una gran batida con el objeto de que todos se armasen con el arco y las flechas; luego que los tuvo reunidos, los formó en el campo distribuyéndoles en grupos, á cuya cabeza se puso Nembrot como gefe.

—¡Babilonios!— les dijo, si vuestro poder sujeta las fieras, ¿por qué no hemos de mandar tambien á los hijos de Sem, que ufanos con su ciudad nos quieren imponer la ley? Yo á vuestra cabeza entraré mañana y os juro que tomaremos lo mejor. Si hubiese resistencia por los moradores, nuestras armas que sirven para herir las fieras tambien hieren al hombre.

—Porque te creemos superior á nosotros, le contestaron, te proclamamos de corazon nuestro caudillo, Nembrot, y obedeceremos ciegamente tus mandatos.

Con el aparato guerrero que es consiguiente entraron silenciosos en Babilonia: maravillados los pobladores al ver tanto jóven reunido, se agruparon todos por la novedad, muy ajenos de la intencion hostil que llevaran; pero cuando vieron que al grito de Nembrot disponian sus arcos contra los habitantes, huyeron despavoridos en todas direcciones abandonando en seguida la ciudad al usurpador y retirándose al otro lado del Tigris los poseedores legítimos.—Dueño ya de la poblacion, se constituyó en soberano, haciendo á Babilonia capital de sus estados, y conquistando sobre la marcha otras tres ciudades allí cercanas llamadas Arach, Acad y Chalané.

Envanecido con su victoria bien pronto les obligó á que le reconocieran por rey todas las poblaciones situadas desde el Eufrates hasta la margen occidental del Tigris, sin otro título ni otro derecho que el de la ley del mas fuerte.—Gobernó, sin embargo, este primer monarca con tanta bondad y sabiduría los sesenta y cinco años que reinó, que no sintieron los vasallos el peso de sus cadenas. Se acostumbraron muy luego á un yugo, á la verdad injusto, pero del cual sacaban mas ventajas que de su primitiva libertad.—Sus grandes cualidades imprimieron en el corazon de sus súbitos tanta estimacion, tanto respeto y veneracion, que olvidando el crimen de usurpador que manchaba la frente de Nembrot, le erigieron estatuas despues de su muerte á las cuales honraban con los mismos obsequios que en vida.

Con el tiempo se olvidaron tambien de que habia sido un hombre sujeto á morir, y como á un Dios le adoraron levantándole altares, instituyéndole sacerdotes y ofreciéndole sacrificios, bajo el nombre de *dios Bel ó Val*, tan célebre en los antiguos pueblos del Oriente.—De este hombre tuvo origen el nacimiento de la idolatría en toda el Asia.

Por la muerte de Nembrot fué exaltado al trono de Babilonia su hijo Nino, marido ya de la ilustre Semiramis; ambos á dos deseaban con ansia los dias de gloria, porque se habian aficionado á las conquistas bajo los estandartes de su padre. Formaron pues un ejército, y puestos á su cabeza arrollaron todo lo que se les puso por delante estendiendo los límites de sus estados hasta el rio Indo.

La Asiria fué el primer punto de su conquista.—Asúr, nieto de Noé, habia dado su nombre á esta region.—Arrojado por Nembrot de Babilonia, se habia establecido al otro lado del rio Tigris, edificando en la orilla oriental una hermosa ciudad que se llamó despues *Ninive la bella*; pero cuando descansaba tranquilo, fiado en que un rio tan caudaloso le serviria de muralla contra los proyectos ambiciosos de los babilonios, hé aquí que Nino descubrió el secreto de pasar sobre las aguas cercando con sus tropas á Ninive y haciéndose tambien dueño de ella.—La situacion de esta ciudad que sobresalia en grandeza y hermosura á todas las demas, determinaron al rey Nino

á constituirla capital de sus estados y centro del imperio. A tal punto la engrandeció, que muchos historiadores le tuvieron por su fundador, sin duda por la conexion de su nombre con el de la ciudad; pero todo ha desaparecido bajo la carcoma del tiempo, sin haber quedado mas que la memoria de una populosa ciudad que existió.

Los autores antiguos daban á Nínive siete leguas de longitud, sus muros tenian cien pies de alto, veinte de grueso y mil quinientas torres en los flancos; los modernos hacian subir á veinte y cuatro leguas su circunferencia y tres dias de camino.—Es ciertamente muy admirable la estension que los primeros pobladores daban á sus ciudades, aun cuando debe advertirse que era costumbre en aquellos tiempos incluir en el cerco de ellas las tierras, prados y huertas que cultivaban los habitantes, con el fin de tener mas seguras sus heredades y encontrar en ellas lo necesario para el sustento de la vida. El ejemplo que todavia se encuentra de aquella sábia costumbre es Pekin, córte del imperio celeste, — la China, — conocida en la actualidad por los geógrafos como una de las poblaciones mas grandes del mundo.

III.

Semiramis, reina no muy generosa y de un valor impropio del bello sexo, abrigaba en su corazon el deseo de conquistar para estender sus dominios, á semejanza de un hidrópico cuya sed se aumenta á medida que la satisface. — Lastimada en su interior de la suerte desgraciada del prisionero Asúr, llegó por fin este á grangearse la íntima confianza; hermoso y galan, despertó en Semiramis una pasion amorosa que la condujo, segun opinion de algunos historiadores, al menguado crímen de abreviar la vida de su marido Nino, de quien tuvo un hijo llamado Ninias, que por oscurecerlo y con el intento político de reinar sola, le hizo criar entre mujeres quitándole la voluntad de gobernador por sí mismo.

Tomadas por Semiramis las riendas del imperio, dió tanto honor á su reinado, que mereció el sobre nombre de *heroina*, así por sus hazañas en la guerra, cuanto porque vestida de amazona tenia el aire, la fuerza y el valor de un héroe.—Justino dice que muerto su esposo se vistió de hombre y se hizo respetar por el hijo de Nino; pero no es probable este aserto, porque siendo muy conocida no podia ocultarse por mucho tiempo semejante artificio; ademas de que no tenia necesidad de él para reinar durante la menor edad de su hijo Ninias.

Convienen todos en que la fisonomía de esta mujer célebre no era hermosa; muy lejos de esto, aseguran que tenia formas bastante desgraciadas, si bien su personal alto y génio amable cautivaba á los que de cerca tenian ocasion de contemplarla. — Tambien dicen que la gustaba mucho vestir el traje de hombre para engañar los estranjeros, y algunos adelantan su discurso á conceder á esta mujer singular la invencion de los pantalones que empezaron á usar los orientales, cuya invencion se generalizó despues por las naciones con alguna variacion respecto de lo ancho ó estrecho, adecuada á los climas ardientes y frios, segun el sol que los alumbraba y las costumbres de los diferentes paises, pues como montaba á caballo con gran velocidad, tuvo precision de inventar un ropaje que la ciñera y cubriese sus carnes por la pública honestidad.

Era mujer tan traviesa, que, una vez reconocida y acatada por todos sus vasallos como reina de Babilonia, elevó al grado de general de sus tropas á su querido Asúr, y formando un crecido ejército emprendió grandes conquistas conduciendo ella misma las tropas al enemigo con impávida intrepidez.

Antes de emprender sus campañas, dicen que estaba revisando las numerosas tropas que militaban bajo su bandera; pero como empezase á llorar repentinamente, la cercaron al momento sus generales preguntándola impacientes.—

—Gran señora... ¿qué motivo puede contribuir en alma tan grande como la vuestra á una novedad semejante, capaz de eclipsar las pasadas glorias y de entibiar el entusiasmo de los guerreros?

—Lloro, les contestó, no porque sienta dejar las delicias de Nínive ni porque me arredre la muerte; bien sé que todo lo que nace muere. Lloro únicamente al contemplar que nosotros y esta grande reunion de hombres que estoy mirando, dentro de muy pocos años ya no existiremos.

Todavia sentia Semiramis que no se hubiese elevado la edad del hombre á mayor altura. Igual reflexion, hija del atrevimiento del poderoso que está persuadido no puede llegar su fin, se cuenta de Jerges, rey de Persia, cuando revistó los tres millones de combatientes que venian á invadir la Grecia, y cuyo orgulloso poder fué pisado por un puñado de valientes mandados por Leonidas en el paso de las Termópilas.

Habiendo, pues, salido de Nínive la reina Semiramis al frente de sus tropas, conquistó en pocos años la Persia, el Egipto, la Libia, llevando la gloria de sus armas hasta mas allá del Indo y el Nilo.—La fortuna no obstante, vuelve la cara y apaga los fuegos de los que se creen invencibles por sus anteriores victorias. Esto lo comprendió bien la reina cuando tuvo una derrota que la obligó á repasar aceleradamente las aguas del Indo, y temerosa de que fuese delante su desgracia se estuvo quieta algunos dias, sin mover el campamento é imponiendo de este m do al enemigo. Ajustó por fin una paz honrosa en la que se señalaron los límites de sus estados, restituyéndose despues á Nínive á dormir sobre los laureles y á gozar de las delicias de su posicion de reina admirada por todos.

Como mujer astuta arengó á sus tropas inspirándolas confianza, y con una sonrisa vencedora les habló de esta manera:

—¡Guerreros! — Estoy satisfecha de vuestro valor y de vuestras privaciones. Nada en el mundo seria capaz de contener el ímpetu de mis victoriosas armas, si el oráculo no me hubiese dicho que cese en las conquistas. La sombra de vuestro rey Nino se me apareció anoche en la oscuridad de una nube: él me ha revelado que regresemos á nuestra querida patria; y hé aquí, oh valientes, el precepto que es necesario cumplir sin averiguar mas el secreto.

—Bajo de tu mando, gran reina, le contestaron, iremos gustosos donde nos lleves sin preguntar y sin hacer otra cosa que obedecer sumisos la voz de *marchemos*.

En su genio emprendedor la pareció mas natural sentar el lujo ostentoso de su córte en Babilonia, ciudad que para ella tenia mas preferencia por haber sido la primera que se edificó, y porque en aquel suelo vió nacer su grandeza. — Como lo pensó, así lo hizo.—Púsose en marcha, y fijando su morada en Babilonia, determinó hacerla tan grande y tan hermosa que oscureciese á Nínive.

De su órden se emprendieron inmediatamente trabajos tan atrevidos, que fueron seguramente la admiracion de los futuros siglos.—La magnificencia de sus jardines, suspendidos en el aire por medio de arcos que los sostenian, los soberbios edificios de su vasto palacio, la nueva muralla que levantó á la ciudad eterna en las escrituras, y las anchas calles atravesadas por líneas rectas, inmortalizaron á esta muger célebre hasta el punto de haber permanecido su nombre en las generaciones siguientes mas que sus obras, pues, aun cuando estas no existen ya, sabemos que fueron de Semiramis.

Edificada de nuevo Babilonia, dicen los historiadores que formaba un cerco de seis leguas de largo por cuatro de ancho. Los muros tenian doce toesas de grueso y treinta de altura; estaban defendidos por torres un tercio mas altas y por un foso lleno de agua. Se entraba en la ciudad por cincuenta puertas de bronce que iban á parar á otras tantas calles. Las casas se hallaban separadas unas de otras por grandes jardines, y, á semejanza de Nínive, tenian por detrás tierras de labor en la dimension necesaria para abastecer á los habitantes.

En el centro de la poblacion habia dos grandes palacios: el antiguo encerraba el *templo de Val* y la *torre de Babel*, de figura cónica, cuya base y altura era de cien toesas (doscientas treinta y tres varas castellanas) componiéndose esta de ocho torres puestas una sobre otra. El palacio nuevo ocupaba tres leguas alrededor, estaba fortificado con tres cercos de muralla por el mismo estilo que la de la ciudad.—Edificando habia crecido en Semiramis su pasion de edificar; y hubiera hecho mucho mas, si tan pronto no se le hubiese cortado el hilo de la vida á los cuarenta y dos años de su reinado.

La muerte temprana de esta *heroina* se atribuye á la ambicion desmesurada de su hijo, el afeminado Ninias, que valiéndose de manejos secretos hizo que en un festin envenenasen á su madre con el zumo de yerbas.—Bien caro le costó despues el crímen de parricida, porque los caudillos fronterizos, muerta Semiramis, invadieron el imperio quitándole lo mejor de sus estados y haciéndole sufrir por último el yugo pesado de los vencedores.

Los babilonios, acordándose de la felicidad y grandeza á que los habia elevado Semiramis, mientras reinó, y siempre con su nombre en los lábios, la erigieron estátuas adorándola como *Diosa*.

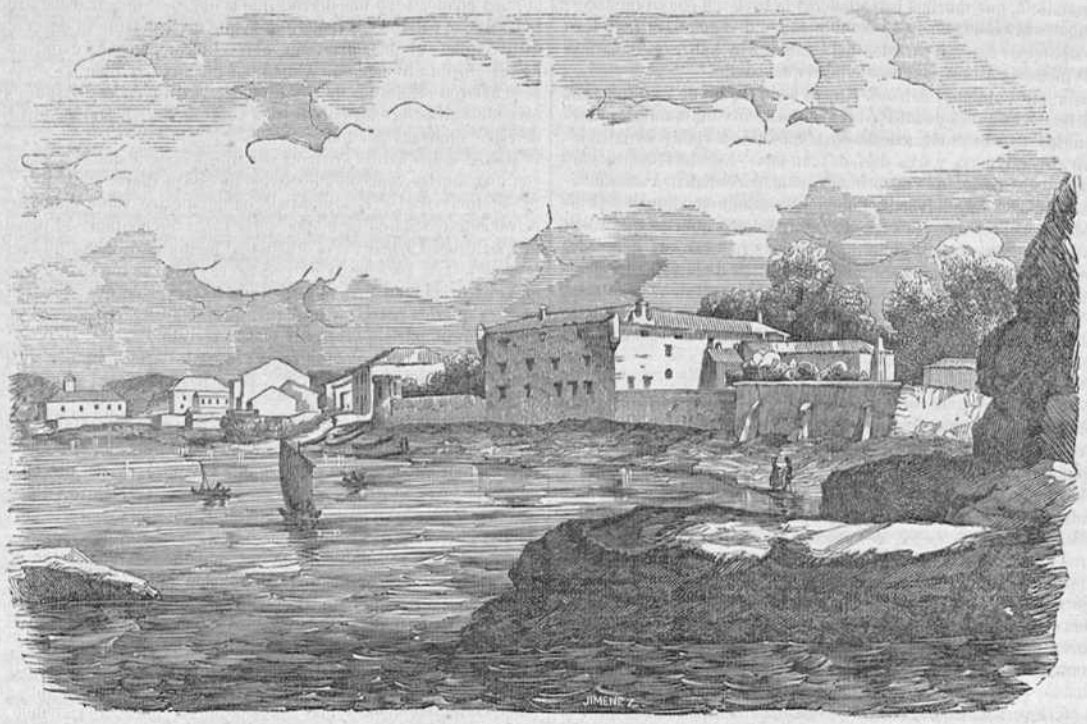
JULIAN SAIZ MILANÉS.

ZARAUZ. (1)

Hállase en la costa de la pintoresca provincia de Guipúzcoa una poblacion, rara vez visitada por los viageros que en crecido número recorren durante la estacion hermosa el pais Vascongado. Esta poblacion, tan favorecida en su asiento por la naturaleza, como injustamente olvidada, es la pequeña villa de Zarauz.

Situada al pié de un elevado monte que la ciñe por el O., presenta en direccion al E. una playa tan dilatada y una vega tan estendida y amena, que causan grata sorpresa á quien por primera vez las con-

(1) Hemos procurado que esta descripcion no se parezca en el fondo ni en las formas á la que de la misma villa hacen la Academia de la Historia y el señor Madoz en sus respectivos Diccionarios.



(Vista general de Zarauz.)

templa. Levántanse por E. S. y O. varias montañas, no tan cultivadas y frondosas como las que forman los contornos de Loyola, Elorrio y otros sitios deliciosos de Guipúzcoa y Vizcaya, pero que por sus formas y accidentes, y por el perpétuo verdor que las cubre, hacen bellísimo efecto. Completa por N. este hermoso cuadro el mar, que rompe sus olas con no interrumpido estruendo en una estension de siete mil setecientos pies.

Al estremo occidental de la espaciosa vega, inmediata al mar y bajo un cielo despejado, existe la villa de Zarauz, cuyo perímetro comprende nueve calles, algunas de corta estension, pero bien alineadas todas y sin el menor desnivel. Mejorará infinito su aspecto con la reforma del empedrado, comenzada ya á toda costa.

La iglesia parroquial, del título de la Asuncion, ha sufrido varias reedificaciones. Su planta es una cruz latina de regular estension, y el retablo mayor, tenido inexactamente por churrigueresco, pertenece al período de transicion llamado con propiedad del renacimiento. Compónese de varios cuerpos con seis columnas jónicas en cada uno, labradas en sus tercios inferiores, ocupando los intercolumnios estátuas y bajos relieves. La arquitectura de los colaterales corresponde á la época churrigueresca. Adornan la silleria del coro, que es moderna, pilastras istriadas de órden jónico, formando el centro un cuerpo de cuatro columnas entregadas, coronado por un frontispicio triangular.

Hay en el medio de la iglesia una tumba de piedra que en su forma y decoracion muestra el estilo que estaba en uso á fines del siglo XV. Ostenta los blasones de la casa de Zarauz, cuyos señores han poseido, en virtud de gracia especial de la corona, el patronato de esta parroquia, servida en la actualidad por un cabildo compuesto de siete individuos. La torre, construida como la iglesia de piedra sillar, es mas antigua que ésta, y aparece enteramente aislada.

Estraño es en verdad que ni en el referido templo, ni en toda la poblacion, se halle una imágen de San Fernando, puesto que en su gloriosísimo reinado obtuvo Zaráuz el título de villa.

Fundáronse en la misma á principios del siglo XVII dos conventos: de religiosos misioneros uno, y otro de religiosas; ambos, empero, de la órden de San Francisco. Escribió la historia del primero D. Juan de Echeveste; y de su iglesia, que está dedicada á San Juan Bautista y sigue abierta al culto, solo podemos decir que es de proporcionadas dimensiones, decorándola varios retablos de muy moderna arquitectura. El mayor consiste en un cuerpo de cuatro columnas corintias con basas y capiteles dorados, y los fustes imitando serpentina. Mejor gusto hubo en las columnas que en los desairados casetones de la arcada sobre el retablo. Don Juan de Mancididor, al fundar esta santa casa, la enriqueció con un relicario que se debe considerar como uno de los mas notables de España si en efecto contiene las preciosas reliquias que del catálogo de las mismas resultan; y son, entre varias insignes que en obsequio de la brevedad no mencionamos, la cabeza de San Dionisio Areopagita, la de Sta. Cristina vírgen y martir, algunas de los mártires Tebeos, y, lo que es mas raro, un pedazo de la virga de Aaron.

El convento de religiosas de Santa Clara, de cuya fundacion hablaremos al describir la casa infanzona de Zarauz, ofrece poco interés, artísticamente considerado, y los retablos de su iglesia, que es de cruz latina, hacen poco honor al artista que los construyó.

Damos fin á la descripcion de los edificios religiosos con la de la ermita de San Pelayo, patron de Zarauz, que ha sido mirada siempre con particular veneracion, y habiéndola empezado á reedificar el concejo, se concluye actualmente por la generosa piedad del señor marqués de Narros. Es un edificio de área bastante estensa, y tiene en su ingreso un pórtico de cuatro columnas que inclinan al órden de Pesto.

Ocupando uno de los frentes de la plaza vieja, hállase la fachada de la casa consistorial, que consta de un solo cuerpo, formado por cuatro columnas entregadas de órden jónico compuesto, harto caprichoso, en las que sienta un frontispicio triangular, cuyo tímpano ostenta las armas de la villa (1).

Por su antigüedad, sencillez y gallardía, merece particular recuerdo la Torre-lacea, construccion á nuestro parecer del siglo XV.

Entre las buenas casas que el recinto de este pueblo encierra, distínguese muy particularmente la suntuosa que á principios de este siglo construyó D. Juan Ignacio Ayestaran con solidez y severidad clásica. Es su planta un rectángulo, decorado en el ingreso por un bello intercolumnio. El zócalo, jambas, imposta y cantones son de sillería en toda la fábrica, que interiormente se halla por acabar.

Embellece el estremo oriental de la poblacion la costosa casa de recreo del Sr. Madoz, en cuyas habitaciones luce el delicado gusto de sus dueños. Adórnanla dos jardines y una huerta.

Contribuirá ya en el presente año de 1851 al ornato de Zarauz la casa que se está fabricando para el señor conde del Real, vizconde viudo de Zolina, y en la que al abrir los cimientos se han hallado algunos sepulcros de piedra.

Digno es de particular mencion el palacio de los señores marqueses de Narros, asi por los recuerdos históricos que se hallan á este ilustre solar vinculados, como por constituir con sus accesorios una de las mas interesantes posesiones que en el pais Vascongado se encuentran. La

(1) Trae de oro y un roble de sinople con un lobo de sable al pié; cortado de azur y un castillo de oro adjurado de azur.

casa de Zarauz, *linage antiguo e poderoso*, como le llamaba en el siglo XV Lope Garcia de Salazar, comunicó su nombre á la villa que describimos, y ocupó desde tiempo inmemorial un distinguido puesto entre las casas llamadas de *parientes mayores ó de cabo de linage y bando*. Señaláronse muy particularmente los señores de este solar en las continuas guerras que nuestros reyes sostuvieron contra los sarracenos, á las que acudian con gente levantada y mantenida á sus espensas. Cuando los funestos bandos Oñecino y Gamboino hicieron pesar sobre las provincias Vascongadas todos los horrores que la guerra civil lleva consigo, tomó la opulenta casa de Zarauz, como las demas de su clase, activa parte en tan malhadados bandos, funestos no menos que al pais, á las poderosas casas que los fomentaron. Para que el lector comprenda cuáles eran las fuerzas de que disponian los parientes mayores, basta referir que en uno de los infinitos combates que ocurrieron, el señor de Zarauz unido al de Balda y al de Iraeta, y seguido de sus deudos y parciales, presentó en el campo 2500 hombres. En otra ocasion el señor de la casa de Lazcano, hoy marqués de Valmediano, venció al de Zarauz, causando á su hueste la pérdida de 143 muertos y 215 prisioneros. A principios del siglo XV murió en una pelea el señor de la casa que nos ocupa, y aciago fue tambien para la misma el 2 de setiembre de 1448, en cuyo dia quedaron derrotados los del bando Gamboino, y fue muerto el fijo heredero del señor de Zarauz, segun espresa un analista.

Autorizada y protegida por Enrique IV, se armó en 1456 la provincia de Guipúzcoa, y para que tantos desastres tuviesen término, ocupó las torres ó casas fuertes de los parientes mayores, demoliéndolas desde la mitad de su altura; pues no quiso la noble provincia que por completo desapareciesen las torres y palacios que en los blasones de sus puertas y fachadas tenian escritos los grandes servicios prestados por sus antiguos dueños á la religion y á la patria. Cuenta Henao entre las casas fuertes demolidas ó mas bien mutiladas, la de Zarauz, y siguiendo á Garibay, atribuye con poca exactitud la ruina de aquellas á Enrique IV, quien visitó la provincia de Guipúzcoa en 1457, y aprobó cuanto *sus hermandades* hicieron en el año anterior.

No satisfecho con esto el monarca, reunió su consejo en Santo Domingo de la Calzada, y espidió sentencia de destierro contra los magnates que afligian á los pueblos con sus domésticas y sangrientas discordias. En dicha sentencia se lee: «Otrosí que el señor de Zarauz e »Rodrigo de Berroeta e Gonzalo de Arancibia sean desterrados para la »villa de Ximena cada uno por dos años.»

Entre los demas próceres á quienes comprendia el destierro, se hallaban el señor de Loyola, el de Lazcano y el de Guevara D. Iñigo, á quien los Reyes Católicos honraron con el título de conde de Oñate.

Desgraciadamente no logró su objeto Enrique IV, pues ya fuese por su debilidad, ó ya porque aun era muy poderosa la nobleza, ninguno cumplió la pena que le fue impuesta, y los disturbios siguieron hasta que para honra y dicha de la monarquía española, ocupó el trono de Castilla Doña Isabel la Católica.

El solar de Zarauz se reedificó de la manera que existe, en el reinado de Cárlos I, quien llama en una cédula al poseedor de él *pariente mayor e persona poderosa*.

No menos distinguida por su virtud que por el lustre de su cuna, Doña Mariana de Zarauz, señora de esta casa, fundó el convento de Santa Clara, en el que tomó el hábito acompañada de dos hijas, y mientras se levantaba el edificio que aun ocupan las religiosas, obtuvo licencia para establecerse con la naciente comunidad en su palacio, al que fue trasladado el Santísimo Sacramento desde la parroquia el dia 1.° de mayo de 1611. Asistieron á la ostentosa procesion que circuló por las calles de la villa muchos individuos de ambos cleros secular y regular, las personas mas autorizadas de Guipúzcoa, é infinitas gentes que de varios puntos de la M. N. provincia acudieron á presenciar la religiosa ceremonia.

Terminada que fue la solemne misa que se celebró en el palacio, quedó constituida en clausura la comunidad, y el antiguo solar «de donde, como dice el historiador Isasti, han salido ilustres varones,» se vió convertido en silencioso retiro de humildes religiosas.

Catorce años residieron estas señoras en el palacio cuya historia hemos referido, y á cuya descripcion creemos oportuno consagrar algunas líneas. Este edificio sólido, esbelto y de severo aspecto, es una buena y estensa fábrica de silleria, que hasta hoy no ha sufrido esteriormente otra alteracion que en el tamaño y forma de sus huecos, acomodados en la actualidad á las costumbres y necesidades del presente siglo. Mira al S. la fachada principal, y tiene en el centro la puerta, que es de medio punto, é indica en su dovelage la época en que fué labrada. Sobre la misma hay un nicho con el cerramiento semicircular, que contiene el escudo de armas del apellido Zarauz con dos leones por soportes. Jambas llanas decoran los vanos del piso principal, que hacen buen efecto, como los medios-puntos abiertos últimamente en la planta baja.

Estiéndense por uno y otro lado con cinco balcones en el frente de cada una, dos alas modernas que asi por su elevacion como por su forma, desnuda de todo ornato, dejan que campee airosamente en medio de ellas el aristocrático palacio. Fabricadas de piedras sillares como la principal las tres restantes fachadas, pero menos alteradas en sus huecos que aquella, conservan el primitivo carácter de este edificio con toda su imponente sencillez.

En el interior llaman particularmente la atencion los ostentosos salones que constituyen la habitacion del N. ó de verano, y el salon principal del lado del S., adornado por ocho retratos de cuerpo entero y tamaño natural, muy estimables algunos, entre los que merece ser citado el de D. Cristóbal del Corral, obra de D. Diego Velazquez. El rico oratorio con un lindo retablo clásico, la selecta biblioteca y otros departamentos embellecen el interno de este palacio, cuyo patio labrado de silleria es de planta cuadrada, y se compone de un pórtico de doce arcos de medio punto sobre pilares, en el que sientan dos galerias iguales al referido pórtico, que corresponden á la planta baja y piso principal, y están cerrados con cristales, terminando el todo un sotabanco. En este patio domina la severidad clásica del último tercio del décimosesto siglo y primeros años del siguiente.

Un frondoso parque, un jardin á la inglesa, otro á la francesa, y dos grandes huertas, completan esta magnífica posesion, á la que da incalculable realce el mar, cuyas olas se estrellan al pié de la misma, y en algunas ocasiones la invaden.

Poseen el señorío de la *Jaureguia* (1) ó *casa infanzona* de Zarauz los marqueses de Narros, quienes merecen mucho elogio por el tino y buen gusto que han mostrado conservando el bello pátio, y disponiendo por sí mismos las costosas obras que han hecho para mejorar y hermosear esta deliciosa mansion, en la que dichos señores fijan su residencia durante el verano.

Descritos los mas notables edificios de Zarauz, pasamos á dar noticia de su historia.

Un incendio ocurrido en la torre de Mendia el 23 de junio de 1551 redujo á cenizas el archivo de esta villa, en el que se custodiaban diplomas y documentos que hubieran suministrado copiosos datos para escribir su historia. Salváronse afortunadamente algunos manuscritos que se hallaban fuera de la torre, y por ellos consta que al antiguo y reducido pueblo de Zarauz dió título de villa San Fernando por Carta-Puebla espedida en Búrgos á 28 de setiembre de 1237 de J. C. (1275 de la era).

Concedia en ella el esclarecido monarca á los moradores de este puerto el fuero de San Sebastian, y varios reyes confirmaron esta gracia y atendieron á la conservacion y adelanto del mismo.

La respetable Academia de la Historia dió á luz en su célebre Diccionario geográfico-histórico (2 la mencionada Carta-Puebla, y espresa (3) que este documento es el primero en que se habla de la pesca de las ballenas. Lejos estamos de convenir con la ilustre corporacion, apoyados en que Alfonso VIII las nombra en un privilegio concedido el año de 1200 á favor de la villa de Motrico, é inserto en el Bulario de la órden de Santiago.

Ejercitáronse en la pesca de las ballenas los vecinos de Zarauz, y por fuero reservaban un trozo de aquellas para el rey de Castilla. «Et »si mactaveritis aliquam ballenam, detis mihi unam tiram á capite us»que ad caudam, sicut forum est.» Asi espresa la Carta-Puebla de esta villa. Una cédula de Cárlos I y varios autores mencionan los astilleros que al estremo occidental de la playa existieron en el siglo XVI, y de los que salieron muchas naves.

Utilizando los manuscritos que no consumió el incendio de la torre de Mendia, y recopilando otros mas modernos, habla largamente de los privilegios, fundaciones y todo lo que á esta poblacion pertenece, el presbítero D. Juan de Echeveste en su Historia de Zarauz, obra que existe inédita en Madrid, y á la que sigue la historia particular del citado convento de misioneros.

Cuando Isasti escribió en 1626 el compendio histórico de Guipúzcoa, tenia esta villa 150 vecinos, y al presente cuenta unos 270, que en su mayor parte se dedican á la agricultura; ocupándose otros en el ejercicio de la pesca, penoso en toda la costa, y mas en este puerto, donde por faltar un muelle que dé abrigo á las lanchas, su entrada y salida es trabajosa en estremo.

Redúcense los productos que la constante laboriosidad de los zarauzanos saca del ingrato suelo que labran, á una considerable cosecha de maiz, algo de trigo, sidra y chacolí; careciendo aquí el labrador de los recursos que en el resto de la provincia suministra el arbolado que circunda todas las caserías.

Aunque reducida y privada de las grandes ventajas que los magníficos caminos prestan á casi todos los pueblos de Guipúzcoa, no carece la villa de Zarauz de lo necesario para la vida. Hay dos fuentes públi-

(1) Nombre que en vascuence se dá á los palacios de los parientes mayores, y quiere decir *casa de señores*.
(2) Art. Zarauz.
(3) Art. Guipúzcoa.

cas, dos relojes de torre, y al presente se estan haciendo en el interior de la poblacion dos paseos, que es probable se aumenten por el esterior hasta la ermita de San Pelayo y en el prado de Santa Clara, si se logra vencer algunas preocupaciones, muy estrañas á la verdad en un pueblo de la provincia de Guipúzcoa, cuyas leyes sobre plantíos, contenidas en el título 38 de los fueros, son dignas de mucho aprecio, y cuyo territorio se ve cubierto de frondosas arboledas.

La nueva carretera que atravesando por esta villa ha de empalmar por un estremo con la que dirige á San Sebastian, y con la que se halla en Iraeta por otro, quedará terminada en el próximo año de 1852, proporcionando á los bañistas de Cestona breve y cómoda travesía para trasladarse á San Sebastian, y dando un gran impulso al proyectado camino de la costa. La apertura de esta importante carretera sacará á Zarauz (1) del aislamiento en que por desgracia se halla, y de su bella situacion esperamos que la favorecerán muchas familias durante el verano. Los gratos recuerdos que de esta pequeña poblacion conservamos, nos han movido á tributarla el corto obsequio de consagrar este artículo á su descripcion, y por muy satisfechos nos daremos si contribuye á escitar la curiosidad de los bañistas y viageros.

JOSÉ MARIA DE EGUREN.

DOLORES.

—

CA PITULO V.

EL AMOR DE UNA MUJER, Y EL ORGULLO DE OTRA.

Al dia siguiente á las nueve de la mañana, Dolores pálida y débil, pero completamente libre de calentura, estaba incorporada sobre sus almohadones tomando un caldo que le servia su dueña, y el conde y la condesa se hallaban sentados, uno frente á la otra, delante de la cama de la enferma.

—Ha sudado mucho y ha dormido bien, decia Mari-Garcia: cuando la vea el doctor quedará muy contento: estoy segura.

—¿No sientes ninguna incomodidad, hija mia? preguntó D. Diego que tenia fijos los ojos en la jóven con entrañable cariño.

—Un poco de opresion en el pecho; la cabeza algo adolorida... pero ya pasará; estoy mucho mejor: respondió Dolores, dirigiendo á su padre una afectuosa mirada.

—Es menester que te restablezcas pronto, muy pronto; repuso aquel: ya sabes que tan luego como te encuentres buena debemos celebrar los contratos de tu matrimonio.

—La doncella, cuyo descolorido semblante se animó súbitamente con inefable espresion, estendió su diestra para asir la de su padre y quiso aplicar sus lábios sobre ella; mas el conde se levantó al mismo tiempo y la estrechó entre sus brazos.

¡Padre mio! ¡amado padre mio!—fué todo lo que pudo articular Dolores; pero el acento de aquellas palabras y la mirada que las acompañó espresaban tantos dulces afectos, que debió inundarse de alegria el corazon del conde.

—¿Has podido dudar, la dijo conmovido, de que era tu felicidad el interés primero de mi vida?

—¡Perdonadme! esclamó Dolores dejando caer su desfallecida cabeza sobre el seno paternal. ¡Os debo dos veces la existencia, padre mio! ¿Con qué podre pagaros?

—Con ponerte buena; con ser feliz: respondió el adelantado, y se apartó un poco para ocultar el esceso de su enternecimiento.

La condesa nada decia. Sus ojos se fijaban con distraccion en un retrato de su padre que estaba colocado al frente del lecho de su hija, y sus lábios contraidos parecian parodiar una sonrisa. En aquel momento entró el médico.

—Vuestra enferma os hace honor, amigo Yañez, le dijo el conde recibiéndole con agasajo. Su mejoria es visible.

El doctor pulsó á Dolores, que se sonreia con angélica satisfaccion, y despues de hacerla algunas preguntas se quedó pensativo.

—Creo que nada hay que temer, articuló el conde, observando con desagrado el aspecto del médico.

—En realidad, respondió este no sin vacilar un instante, no veo ningun indicio de peligro inmediato; pero... esta señorita necesita grandes cuidados.

—Hablad con franqueza, esclamó D. Diego: ¿os parece que hay motivo para recelar la repeticion del accidente?

(1) El señor conde del Real, vizconde viudo de Zolina, ha hecho un donativo de dos mil duros para empezar la reforma del empedrado; el señor marqués de Narros ha dado igual cantidad para la conclusion de la ermita de San Pelayo, y al señor D. Pascual Madoz se debe la obra de la fontaneria, á cuyo efecto suministro un anticipo de mas de 40,000 reales. En nuestro siglo son escasos tales ejemplos.

—No es eso lo que temo, pronunció el facultativo mirando á la jóven con espresion de piedad. Hay ciertas predisposiciones desgraciadas... en fin, mi opinion es, señor conde, que es indispensable evitar á la enferma toda emocion violenta: las impresiones fuertes, aun las de la alegria, pudieran serle funestas. Su pecho está delicado..... muy delicado.

—¿Qué género de vida le aconsejáis? preguntó la condesa que parecia tan conmovida como su esposo por las palabras del médico.

—El mas tranquilo, respondió este. Nada de agitacion física ó moral. El campo, los aires puros, las distracciones mas sencillas... Creo conveniente, indispensable, que esta señorita se aleje del tumulto de la córte y no piense por ahora sino en su salud. Su organizacion especial requiere grandes cuidados.

El conde vió temblar á Dolores, y se apresuró á decir: «Mi hija, como sabeis, se casará dentro de breves dias: en seguida puede marcharse al campo con su marido, y proporcionarse una vida tan apacible como le convenga.

El médico hizo un gesto que en cualquiera otra circunstancia hubiera hecho reir infaliblemente á cuantos le miraban, y esclamó con tono de asombro:—¡Al campo con su marido!... ¡cómo!... ¿lo ha dicho asi vuesa merced?... en el estado en que se halla? Sin duda no he sabido hacerme comprender.

—Pues qué! articuló el conde demudado.

—Esta señorita no debe, no puede casarse por ahora, dijo resueltamente el doctor.

La dueña lanzó un chillido: Dolores acababa de desmayarse en sus brazos.

Un instante despues, en tanto que se prodigaban los auxilios acostumbrados á la jóven doliente, entró á anunciar Isabel Perez que llegaban á visitar al conde D. Alvaro de Luna y su sobrino, y que un individuo de la real servidumbre venia al mismo tiempo á informarse de parte de SS. AA. del estado de la enferma.

—Ya empieza á recobrarse! esclamó la dueña.

—Esto es nada, añadió el médico: ya pasó. Bebed este vaso de agua, señorita.

El conde, todo trémulo, tomó el vaso y lo acercó á los labios de su hija, que fijándole una mirada de indescribible ansiedad murmuró débilmente.—¡No puedo casarme..! ¡estoy muy mala! ¿no ha dicho eso?

—¡No, no! esclamó el padre: te pondrás buena al instante: ¿no es verdad, vida mia? te pondrás buena, porque vas á ser dichosa. Escucha, Dolores: el condestable y su sobrino me esperan en este instante: el rey ha mandado á saber como te hallas. ¿Quieres que responda á los tres que te encuentras capaz de firmar mañana las capitulaciones matrimoniales?

La jóven se estremeció de alegria; un fugaz, pero vivo sonrosado se esparció por su rostro, y respondió sin titubear.—Estoy capaz, sí; bien podéis decirlo. En seguida, como avergonzada, ocultó la cabeza en el pecho de su dueña, y el conde, gozoso con su animacion, miró al médico con aire triunfante y dijo resueltamente:

—Voy á advertir á los Lunas que mañana á esta hora los espero para la celebracion de los contratos, y pasaré en seguida á poner en conocimiento del rey esta determinacion.

—¡Deteneos! gritó doña Beatriz poniéndose en pié con ademan imperioso. No me compelais hasta el estremo de que ejecute alguna cosa horrible. ¡Qué! Ese casamiento que solo aceptábais como único medio de salvar la vida de vuestra hija, ¿os es ya tan satisfactorio que lo llevaréis á cabo sacrificando la misma existencia que tanto aparentábais estimar?

—El conde miró á Dolores, que le dirigia un gesto suplicante de angustiosa inquietud, y respondió con firmeza.—El doctor decia ayer que era preciso curar el alma antes que el cuerpo: seguiré su consejo, y si los temores que manifiesta hoy salen fundados por desgracia, apelaremos entonces á su ciencia. El corazon me dice que no será menester.

Iba á salir de la cámara al terminar su última frase; pero la condesa se le puso delante: su rostro encendido ostentaba en aquel momento toda la energía del dolor y toda la aspereza de la cólera.

—¡Don Diego! esclamó con ahogada voz: mirad lo que haceis: tened presente que os he dicho que estoy resuelta á impedir á todo trance el deshonor de mi casa.

—Beatriz, respondió turbado pero inflexible D. Diego: yo os he dicho tambien que estoy resuelto á salvar á toda costa la existencia de mi hija. Y salió acelerado.

Salvar su existencia! repitió entre dientes la condesa.

—Oh madre mia! dijo entonces Dolores, haciendo esfuerzos para ponerse de rodillas encima de su cama. Tened piedad de mí; no me negueis vuestro consentimiento.

La condesa dió dos pasos hácia su hija, se paró enfrente de ella mirándola con estraordinaria espresion, y pronunció las siguientes pa-

labras, despues de un momento de silencio, durante el cual la jóven arrodillada y con las manos juntas, clavaba en tierra sus hermosos ojos preñados de lágrimas.

—Dolores! por mí, por tí, por el honor de tu familia, por cuanto haya mas sagrado, te conjuro en este instante que rechaces para siempre esa union ignominiosa. Como amiga te lo suplico; como madre te lo mando.

—Dios mío! Dios mio! murmuró la doncella cayendo desfallecida sobre su almohadon.

Doña Beatriz se acercó mas á ella: llegó hasta apoyar sus manos en el borde de la cama, repitiendo con trémulo acento:—Por tí, por mí, por evitar grandes desgracias... Dolores! es preciso que te niegues á ese casamiento.

—No puedo! respondió ella llorando amargamente y sin mirar á su madre.

—¿No puedes?... pronunció la condesa con indescribible tono.

—No puedo sin morir! dijo Dolores.

—Pues bien! muere! esclamó la condesa. ¿No es mejor morir que deshonrarse?

—En nombre del Cielo, madre mia! gritó la jóven incorporándose con febril exaltacion. Dejadme por piedad! Yo amo!... combato inútilmente hace cuatro meses esta pasion desgraciada, y ella me ha vencido. No puedo mas.

—Asi pues, repuso la condesa temblándole los labios, y poniéndose tan pálida como encendida estaba un momento antes: asi pues, tu resolucion es invariable: ¿no es eso? ¿estás decidida á casarte con el bastardo de Luna, aunque te diga tu madre que prefiere tu muerte á tu deshonra?

Dolores fuera de sí, embriagada por su propio dolor, esclamó con estraña energia.—No ha querido el Cielo que yo heredase vuestro implacable orgullo, madre mia. Yo tengo un corazon que padece y que ama. Despedazadlo mas si asi os agrada; humilladlo, maldecidlo! pero es de Rodrigo: nadie podrá quitarselo nunca! ¡nadie!

—¡Niña! ¿que estás diciendo? prorrumpió la dueña escandalizada. ¿Habla asi una señorita honesta y pudorosa? ¿Se dirigen tales espresiones á una madre?

La enferma está delirando, añadió el médico. ¡En buen estado se halla para pensar en boda!

Dolores lo miró con ojos desencajados; se pasó las manos por la frente, y dijo por último con angustioso afan.—No deliro, no: no penseis que será posible hacerme pasar por loca: yo tengo toda mi razon aunque se me parte el pecho.—¡Perdonadme! añadió tendiendo las manos á su madre. No puedo complaceros; ¡no puedo! haced de mí lo que querais.

—¡Bien! tranquilizate: dijo doña Beatriz, que parecia haber recobrado su calma llena de dignidad. Señor Yañez, volved á la noche á visitar vuestra enferma: ahora necesita reposo.

Diciendo esto salió con el facultativo, acompañándolo hasta la escalera. Dolores lloró amargamente por espacio de diez ó doce minutos, sin contestar nada á las reconvenciones que le dirigia la dueña sobre la falta de modestia y la irreverencia con que habia hablado á su madre. Despues el fuego de la fiebre volvió á enardecer su sangre; pareció agitada; tuvo ligeros estremecimientos; pronunció algunas frases incoherentes, y por último, se quedó aletargada. Mari-Garcia que apenas reparó en todo aquello, preocupada con sus sermones, la creyó dormida y corrió las cortinas de la cama murmurando enfadada.—¡Vaya con las niñas del dia! ¡qué obediencia! ¡qué respeto filial! ¡Pobre condesa! le sobra razon para no querer por yerno al tunantuelo que ha trastornado de tal modo la cabeza de esta chiquilla. Lo que es yo por mi parte tampoco consiento.

Mientras que esto refunfuñaba María, el conde que acababa de venir de palacio, á donde fué con el condestable y su sobrino para comunicar al rey que al dia siguiente se firmarian los contratos, leia un billete del Infante D. Juan concebido en estos términos:

«Sé el compromiso en que os hallais con el rey, mi querido conde, y os recomiendo que vengais á verme antes de resolver cosa alguna. Ese casamiento no debe llevarse á cabo, y yo os indicaré los medios de salir bien del empeño. Vuestro amigo

D. Juan de Aragon.»

D. Diego Gomez de Sandoval contestó, sin pensarlo mucho, con estas palabras:

«Alto y poderoso señor: el pesar con que me presto al casamiento ordenado por el rey, se acrecienta ahora viéndome en la necesidad de decir á vuestra señoría que nada puede hacerse para evitarlo. Mi hija ha estado á las puertas del sepulcro, y la he empeñado mi palabra de honor de que mañana se firmarán los contratos: sábelo ya el rey, y cuando recibí el escrito á que tengo la honra de contestar, me disponia á comunicarlo á vuestra señoría pidiéndole su aprobacion, que no dudo me dispense enterado del estado de las cosas.»

B. L. M. de V. S. su humilde servidor,

El conde de Castro.»

En el momento en que salia un escudero del conde á llevar aquella carta al Infante, entraba D. Juan de Avellaneda á visitar á su hermana. La condesa le recibió sola en su gabinete. Eran entonces las dos de la tarde.

(Continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

LOS ESCOBEROS.

¿Referiremos esto? ¿Vale la pena de leerse? Si lo referiremos, porque no podemos remediar el referirlo. Cuando el arroyo se mueve, van sus olas á contárselo á la orilla por un irresistible impulso.

Embebidos estábamos en nuestra galería, cuando sonó suavemente la campanilla: llamaban á la puerta; abrieron... ¿Quiere Vd. escobas? sonó una vocecita infantil.

En este momento se presentó vivaz á mi mente la triste historia del vendedor de tagarninas que hemos comunicado á nuestros lectores.

—Que se le compren: gritamos.

Subieron los vendedores de escobas: prestábamos atencion á lo que pasaba.

—¿Cuánto quieres por una?

—Dos cuartos.

—¡Jesus, qué caras!

El regateo es la especialidad, la cátedra de elocuencia de toda compradora.

—No valen nada! prosiguió la economista, pues despreciar el género es una de las primeras reglas del arte ó ciencia del regateo.

Los pobres niños callaron; no sabian encarecer su mercancía.

—¿Quieres tres cuartos por dos escobas?

Si hubiese pedido un ochavo, le hubiesen ofrecido un maravedí.

—Ea! ligero; que tengo que hacer!...

Las escobas, que entraban por la voluntad nuestra y no de la regateadora, eran muy mal recibidas.

Los pobres niños accedieron.

Que les den lo que piden: gritamos desde le galeria.

¡Ahi fué ella! la compradora se escandalizó y nos vino á predicar un sermon que degeneró en un acta de acusacion, en el que se nos confundia con nuestros propios argumentos; pues aunque tenemos un poco de poesia en el corazon y uu poco de cultura en la cabeza, somos partidarios de la regla y de la economia; por consiguiente, en una adquisicion dar no solo lo que pedia el vendedor, pero aun mas, era esto un despilfarro patente, una flagrante contravencion á las reglas establecidas una prodigalidad la mas inoportuna.

Al mismo tiempo llegaban á nuestros oidos desde los corredores los murmullos de una oposicion bien formulada; veiamos formarse la negra nube de un voto de censura. Nos veiamos amenazados de tener que hacer dimision voluntaria del ministerio de hacienda por malversion de los fondos, como se obligaria á un menor ó á un demente.

No obstante nos armamos de valor y no desistimos. Entonces las escobas en uso se acabaron de inutilizar con los violentos y corajudos impulsos que se les imprimieran; en la cocina las ornillas sopladas con una rabiosa rapidez parecieron fraguas; el mozo aguador de pura indignacion y para parodiar la prodigalidad derramó media cuba de agua fuera de las tinajas; el inocente gato llevo una patada; la insurreccion bramaba en todas partes.

Que entren esos niños en la galeria! Al oir esta órden perentoria que dimos, hubo un nuevo escándalo, y como nuestros comensales suelen ser nuestros mas rigorosos jueces, habiéndoles parecido á los ya mencionados esta órden un compuesto de arbitrariedad, estravagancia, despotismo y falta de respeto humano, á ninguno tuvo por conveniente de transmitir la órden.

Es sabido que no hay nada mas *antihumilde* que un criado español, asi como no hay nada mas anticultivo y antidespótico que un amo español; eso de *imbécil* y otros epitetos por el estilo ni se le ocurre á los amos ni los criados los sufririan. Dignidad del hombre!!! en otras partes se habla mucho de ella; solo en España es instintiva general y práctica: basta para probar este aserto el modo de denominar á las personas pobres que entran en nuestras casas asalariadas para hacer los trabajos que en ellas se necesitan: los ingleses, la mas orgullosa de las naciones, las llaman *servants* sirvientes, los franceses mas llanos los llaman *domésticques* domésticos: pero en España y solo en Es-

paña, y no porque es liberal, sino porque es católica, y últimamente digna se dice la *familia*.

Volvamos á mis escoberos.

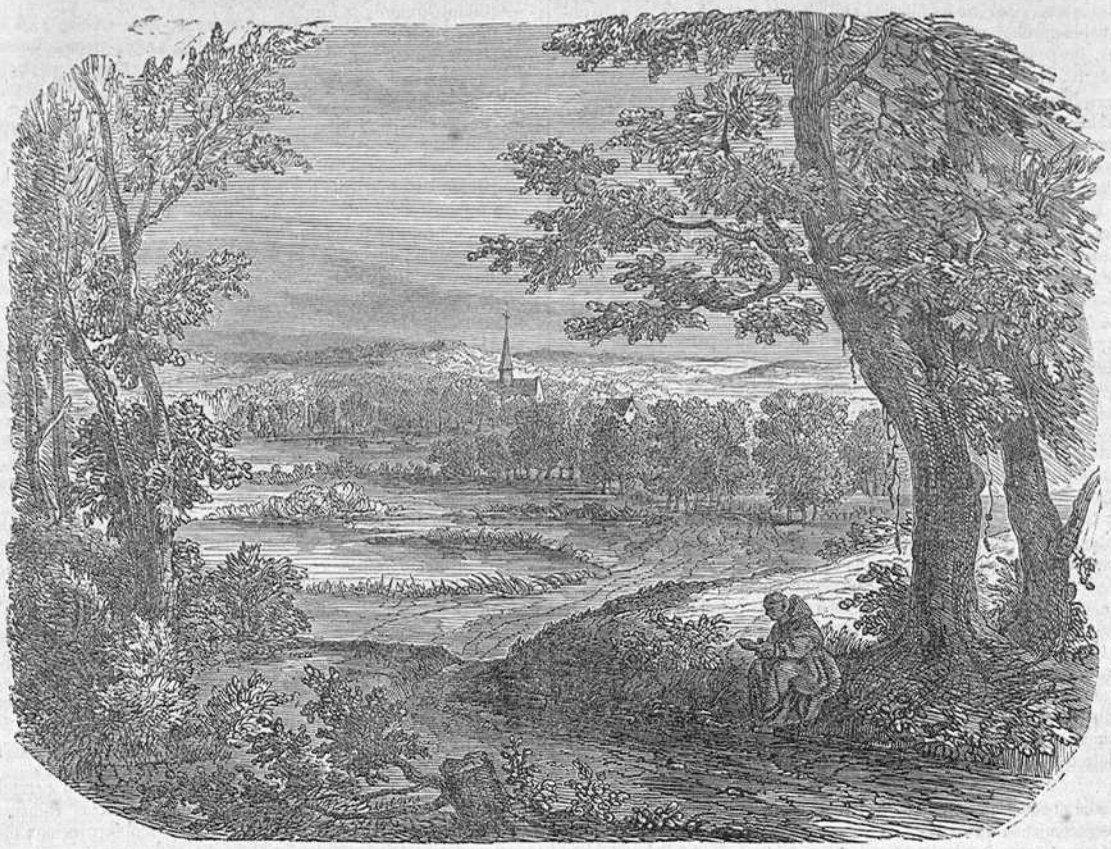
¡Cómo hemos hecho el mundo! ¿querrá creer nuestro buen lector que nos atreviamos á repetir la órden? Por fin con una voz con que hicimos suave y humilde cuanto pudimos la fórmula mas en estilo de súplica.

—Por mí! dijo remilgadamente la mas autorizada, por mí! A ver como no entran aunque sea en el estrado! Ea! entrad: allí, allí! ligero!

Entraron los dos niños con sus hacecitos de escobas, que eran bien malas por cierto. Pobrecitos!... Uno tendria como cinco, otro como seis años: eran tan parecidos, que la hermandad, ese hermoso vínculo, estaba sellado en sus rostros como la misma luz en dos estrellas: eran hermosas sus caras con grandes ojos negros, y en ellos la misma espresion de bondadosa sencillez.—Jesus y qué inconsistentes somos!... sobre todo en la buena senda; que en la mala las pasiones nos dan consistencia y energía!—¿Será posible creer que las necias y ridículas murmuraciones habian paralizado un buen movimiento caritativo, nos habian, digamos así, mojado las alas del corazon!!—Increible es, pero es cierto ¡ay! qué débiles somos para el bien!—Y así fue que solo nos atrevimos á darles dos cuartos á cada uno;—y ahora que se han ido lloramos! Sí, sí, lloramos aunque se rian; ¿qué nos importa que se rian?—No porque miremos de arriba abajo los que se rien, no; sino porque caminamos por tan distintas sendas, que estamos incomunicados como los dos polos.

Al recibir sus dos cuartos, ambos por un movimiento simultáneo echaron mano á su haz de escobas para darnos una en cambio: al rehusarlas y decir que eran para ellos, nos miraron con sus ojos desmesuradamente abiertos, besaron la moneda, y se fueron sin decir una palabra. Era claro que no conocian la frase *Dios se lo pague a Vd.* ni la palabra *gracias*, porque jamás habrian tenido que usarla, y que jamás habrian recibido ningun beneficio!—Dos cuartos les dí!—Oh vergüenza! oh remordimiento!—Dos cuartos, cuando estamos en el rigor del invierno y los angelitos venian descalzos! Dos cuartos, cuando estamos en víspera de Navidad, la gran fiesta y apogeo de la caridad!—Dos cuartos, cuando todas las tiendas estan llenas de zambombas y panderetas, todas las confiterías rebosan de turrones y golosinas, así como nuestra y vuestra despensas! Y no quereis que lloremos!! Por qué casualidad singular estaba la apestosa moneda de cobre que abominamos sobre nuestra mesa! para hacernos derramar estas amargas lágrimas y para que podais decir que ese Fernan que tanto predica la caridad, no la practica! Pero por eso nos humillamos y os lo contamos para que sepais el dolor que se siente cuando se hace una mezquina y despreciable obra de caridad pudiendo con la misma facilidad haber hecho una provechosa y como Dios manda. Esto lo contamos para animar á todos á hacerse bien alegres las santas Pascuas de Navidad haciendo caridades para festejar al Redentor.

FERNAN CABALLERO.



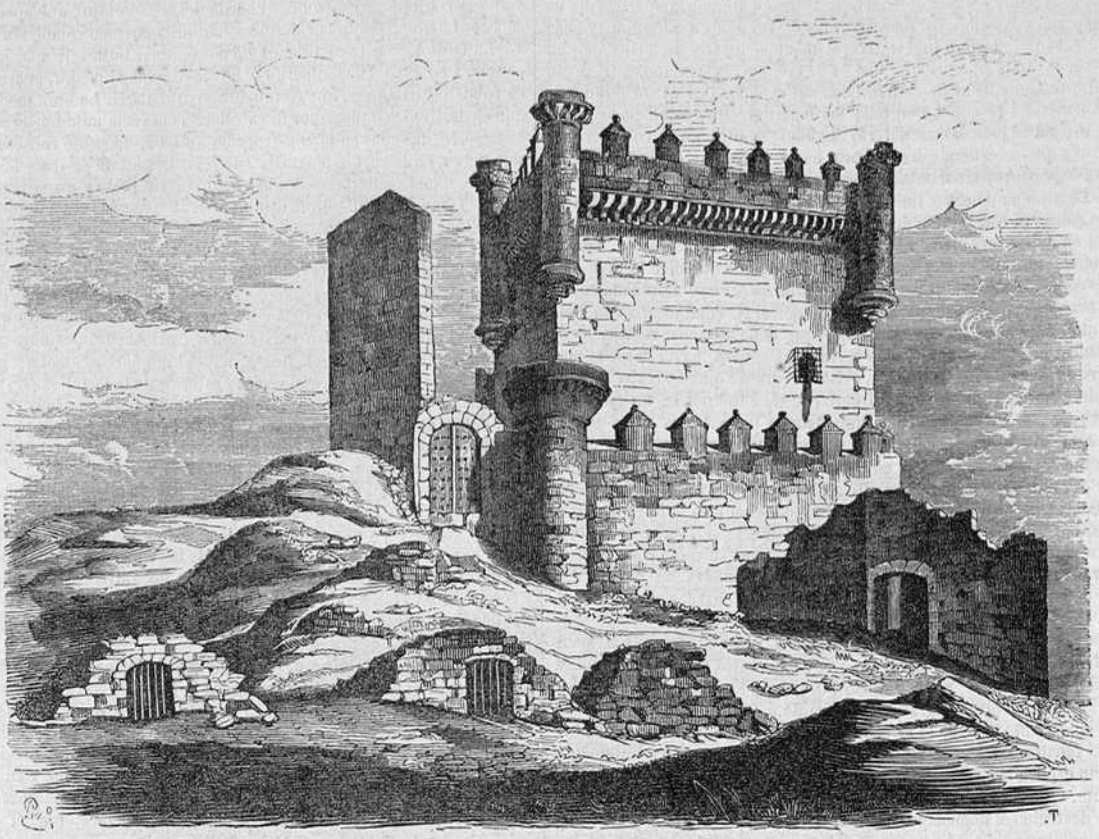
ABADIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA CASA-FIEL.

Hállase situada esta abadía que pertenecia á monges de la Trapa, en la diócesis de Sée, en Francia, en el camino que se sigue llegando de la costa de Fournese. Tanto por la nombradía de que ha gozado, como por lo encantador del pais en que está situada, nos ha parecido digna de figurar en el panorama de vistas pintorescas que ofrece constantemente el SEMANARIO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. [illegible]

Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL CASTILLO DE BELMONTE.

¿Qué se hicieron tus muros torrecidos,
oh mi patria querida?
ESPRONCEDA.

Con razon dieron á Castilla sus antiguos pobladores ese nombre, despues tan glorioso y prepotente. Porque es difícil cruzar su fecundo suelo, sin hallar á cada trecho uno de aquellos monumentos militares, que sirvieron para guarnicion del pais, y de baluarte á su fé, su honor y su libertad. Apenas hay cerro de alguna consideracion en cuya cima no se distinga el resto de una torre feudal, con sus canes y saeteras; casi todos los pueblecillos de su comarca conservan algunos paredones cenicientos, sobre los que la conseja vulgar refiere estrañas y temerosas aventuras. Aquí se halla una masa informe de musgosos sillares; mas allá otra mole ruda y arrogante que, á despecho de los siglos, eleva su vetusta cabeza ceñida de macizos almenares, cual la corona triunfal de su pasada grandeza; y en todas partes toca el viajero con esas hojas esparcidas y mal estudiadas; con esa historia escrita en piedra por el génio de la guerra, que aun respira en los ruinosos ámbitos y en los solitarios murallones el heróico espíritu, la fiera lealtad y altos pensamientos de nuestra inmortal progénie. Quizá esas líneas carcomidas y desordenadas, que bordan aquel pilastron, fueron el epitafio de un héroe, trazado con la punta de su lanza; acaso esas sombras indelebles que salpican la derruida barbacana, fué la postrera sangre de un esforzado alcaide, que opuso su cadáver al enemigo delante del rastrillo, como último y desesperado antemural de su sangriento alcázar. ¡Qué campo tan estenso de estudios y meditaciones! Cuántos arcanos, ora sublimes ora tremendos, guarda el glacial silencio de esas tumbas gloriosas, que ni aun conservan el polvo de su señor!.. Pero el mundo las olvida, y el tiempo ejerce allí su implacable poder. Así es el hombre. Lo que no le sirve, no existe para él. Viviendo para el dia, no se cura de lo pasado, y ¡mísero! no conoce el porvenir.—¡Somos poco amantes de nuestras glorias! En otra nacion se procuraria por legítimo orgullo conservar esos insignes testimonios de lo que fuímos y pudimos, cual un museo colosal de todas las grandezas españolas. Pero aquí no se piensa formalmente en ello. Y ¡triste es decirlo! al paso que los estrangeros visitan con particular cuidado los castillos de nuestros mayores, y que ingleses, alemanes é italianos atraviesan los montes y los mares, para llevarse en su álbum bocetos preciosos de tan venerandas antigüedades, nosotros pasamos junto á ellas con soberana impasibilidad, y vemos tranquilamente destruirse piedra por piedra las obras de los buenos, si ya no les ocurre á cuatro zafios lugareños derrocar acaso una maravilla artística para hacer un juego de pelota, ó el palomar de algun cacique de campanario. ¡Bien dice el escritor latino: *Tempus edax, homo edacior!*

Sin embargo de tan vergonzosa desestimacion, y del abandono en que, siglos há, yacen estas construcciones, todavía se conservan las bastantes para adivinar el aspecto que presentaria Castilla en aquellas belicosas edades, y el sistema militar de defensa y fortificacion que adoptaron los monarcas y señores cristianos en tiempo de la reconquista; y pues la ocasion se ofrece, hemos de aprovecharla, para decir algo sobre ese curioso particular, refiriéndonos á *la tierra de Campos*, á este trozo tan importante de los antiguos reinos.

Desde el momento en que don Pelayo y sus dinásticos sucesores empezaron á ensanchar con la punta del victorioso acero las fronteras de su renaciente monarquía, se dedicaron á establecer líneas de defensa y guarnicion, que al propio tiempo que de punto de apoyo para as operaciones, sirviesen de reparo y fuerza al pais reconquistado. Este sistema era necesario en el estado que el arte de la guerra tenia en aquellos tiempos, en que ni habia ejércitos permanentes, ni los demas elementos que el génio de la muerte ha inventado despues para la profesion guerrera. Así pues, los rios, las montañas, las aldeas y villas, todos los accidentes topográficos eran aprovechados para aquel objeto, y cubiertos de castillos, torres y murallas en estensa y tenaz combinacion. Y de tal suerte dispuestos y enlazados, que podian socorrerse mútuamente, y hacer una série inespugnable de escalones para la resistencia; y colocados ademas á la vista, no solo podian librarse de un golpe de mano, sino que tambien servian para los avisos comunicándose de atalaya en atalaya por medio de fogatas y humaredas.

9 de Febrero de 1851.

Prescindiendo aquí de la línea del Esla, punto avanzado de la corte de Leon, cuya base era la plaza de Mansilla; y atravesando la establecida sobre el Cea, defendida principalmente por la fuerte villa de Mayorga, cuyos flancos guardaban las de Valdezao y Sahagun, y á las que servirian de puestos vigilantes muchos lugarcejos fortificados en derredor, nos fijaremos en *tierra de Campos*, y veremos su aspecto militar en aquella lucha de heroismo sin ejemplo. Dos atrincheramientos generales la corrian en toda su longitud. Uno establecido sobre las márgenes pantanosas del rio Seguillo, y otro en la cordillera de alcores que se estiende desde Toro hasta Palencia, cubiertos en su mayor parte por las montuosas espesuras de Torozos.

La primera de estas líneas venia desde Zamora por Villa-Alonso, que conserva casi intacta su bella fortaleza, y enlazaba con Villagarcia, en donde hay algun vestigio. El eslabon subsiguiente era Tordehumos, villa murada y fuerte importante, que aun dice lo que fué. En seguida Medina de Rioseco, plaza principal, cuyo arruinado castillo era el centro de las fuerzas, y que por el N comunicaba con Belmonte, marchaba á Castil de Velas, que tiene algunos restos, y se estendia por todo el bajo de las Navas de Campos, hasta darse la mano con las montañas de Cuarda.—La otra línea, que apoyaba su flanco derecho en Toro, sobre el Duero, corriéndose por la buena plaza de Ureña, cabeza de condado, que ostenta todavia sus rotos muros en alto y espesisimo cerro, se prolongaba á Castro-monte, cuyos fragmentos se ven. Sucedia en órden Valsenebro, que, segun crónicas, era un castillo regularmente recio, pero que ya solo deja notar aislados trozos de muros destartalados; daba un giro la línea avanzada sobre Villalba del Alcor, que indudablemente seria una de las mejores plazas de la comarca, porque aun mantiene su rádio con espesa y elevada muralla de piedra gruesa bien acondicionada, su castillo con sus departamentos en regla, y que ofrecen recuerdos de importancia. Cierto és que debió recibir mejoras notables en fecha mas reciente por la forma de algunas particularidades. Llega en seguida á Montealegre, villa de consideracion, cuyo hermoso castillo en toda su obra de piedra sillar es un edificio bizarro y poderoso, de mucha elevacion y escelente topografía. Se adelanta á Torre-mor-mojon, donde hay un castillo titulado *la estrella de Campos*, porque domina muchísimo territorio. Es verdad que está situado en un cerro muy culminante segun esplica la etimología de su nombre (1) y de rápida y difícil pendiente. Conserva todas sus murallas, con cubos y baluartes, y tiene solo destruido el homenage. Comunícase con Ampudia (*Fuent Empudia*) que tambien poseia buena fortaleza, y se prolongaba hasta unirse con las riberas del rio Carrion.

Uno de los anillos de esta vigorosa organizacion, segun observado dejamos, fué *el castillo de Belmonte*, elegante y bien tratada obra, que hoy es el objeto especial de nuestra atencion.

El castillo de Belmonte está situado al S. E. de la villa sobre el plano inclinado de una meseta que allí sobresale en la llanura. Su planta es un paralelógramo, casi un cuadrado, que tiene 42 pies de S. O. y de N. á S. y 48 de S. E. á N. O. en lo alto de la plataforma, y en a base 34 y 42 á las mismas direcciones con una altura total de 114 banzos. Está dividido en tres pisos. Los dos primeros se hallan cortados por un arco bajo. Contiene tres prisiones subterráneas, en bóveda sillar, ademas de varios algibes. Se sube hasta el glásis por una buena espiral de piedra, y lo mismo á cada uno de los merlones, ó linternas angulares.—Su traza esterior figura una torre lisa, coronada en su término por una guarnicion de canes, sobrepuestos de parapetos, y flanqueados por cuatro baluartes en los ángulos que se elevan en forma circular desde el último tercio de la obra, hasta dominar con mucho los andenes de la plataforma, y que estan rematados á su vez con una graciosa diadema de canecitos, sobre los que carga un antepecho, á prodigiosa elevacion. Cada uno de ellos tiene su respectiva azotea, á la cual se asciende por un escelente caracol de 17 peldaños.—Dominase desde ellas inmensa estension de pais, avistándose su primer término veinte y cuatro pueblos, y mas ó menos distantes las fortalezas mencionadas de Tordehumos, Medina de Rioseco, Montealegre y Torremormojon. En la planicie suprema de la torre existe un lugar, que llaman *la silla del moro*, y que parece una tumba sobre la cual se echaba una losa, segun los encargos de sus bordes. Pero esto era el puesto de atalaya. Pues sumergido allí el vigía, á cubierto de las armas arrojadizas y de la intemperie, registraba por un hueco horizontal, que quedaba entre la losa y un borde rebajado, la mira de comunicaciones con el castillo de Torremormojon, y hacia el alerta de la guarnicion y de la comarca.

Desde el ángulo N. arranca una línea de muralla, alta de 25 hiladas, por cuatro palmos de espesor en el almenar, y á cuyo estremo hay un desmantelado baluarte, que encubria la bajada á las prisiones, y que unido á otra cortina que vuelve al frente N. E. toca con un paredon y cierra por dos puntos el antiguo patio de la fortaleza. Aquel trozo de pared es el único resto de los cuarteles que ocupaban la parte mejor defendida de la posicion.—Por delante de la muralla se levanta la contraescarpa, sobre el borde del cegado foso, que apenas se conoce. Las demas obras esteriores han desaparecido completamente.

La fábrica de este castillo es de dos épocas. Gótica la una, que se conserva en el pabellon superior ó bóveda ogival de piedra, guarnecida de robustos aristones, que sirven de apoyo al glásis. La obra moderna, que es de 1503, empieza por lo esterior, como á la mitad de la altura de la torre, basada en la construccion antigua, donde se conserva un solo ogivo, en la cortina de tosco sillarejo. Desde allí se alzan los muros de escelente silleria, indicando bien por su corte y mano la nueva época. Tiene el castillo un balcon de este tiempo en el punto de E á S., sostenido por una enorme repisa de prolijo adorno, y guarnecido de un cuerpo de arquitectura de mal gusto, asi como un preludio mal entendido del renacimiento Tambien es del siglo XVI la parte superior de las murallas y almenages, por las aspilleras para proyectiles incendiarios que se rasgan en toda su línea, por el arco hemiciclo que da entrada al patio, y por otro existente en cierto lienzo de muro perdido, que arranca al pie de la torre, bajo el ángulo occidental, y que debia hacer el ingreso para el recinto esterior de la fortaleza por aquella banda, sirviendo al propio tiempo de estribo por aquesta parte mas baja del plano, en donde por consiguiente la fábrica tiene mayor elevacion. La obra es sólida, perfeclamente construida, y sin el misto ofrecia elementos para una defensa obstinada y ventajosa.

La casa señorial de los Manuel hubo esta fortaleza en tiempo del emperador Cárlos I, y la hizo con la villa formar parte del mayorazgo fundado entonces, y que algunos pretenden fuera el primero constituido en España. Desmantelada, como todas las de este pais, despues de la guerra de las Comunidades, y obligados los antiguos Ricos-homes á residir como grandes de España en la córte del rey por miras de alta política, sus estados y puertos de guerra quedaron en abandono y á merced del olvido destructor.

En su época, sin embargo, el castillo era de buena estima para sus poseedores. Asi es que la casa espresada le hubo de recibir maltratado de vicisitudes anteriores, y verificó en él la grande reparacion de que hemos hecho acta, y que por su traza y materiales de obra debió alzar gran coste y requerir larga mano. De presumir es que presidió á tan completa refaccion algun grave objeto, segun la solidez y cuantía de ella. Moros ya no habia. El país estaba en calma. ¿Pensarian los próceres revindicar sus fueros que á menguar empezaron bajo el vigoroso reinado de los Reyes Católicos? ¿Seria algun presentimiento de la próxima tempestad?... Misterios son estos, de que la tumba pudiera acaso dar razon.

Pero *el castillo de Belmonte*, tan arrogante y preciado un dia por sus opulentos señores, puede ser comparado á un esqueleto que solo conserva la piel. Y abandonado de su castellano, y entregado á merced de la estulta rapacidad del profano vulgo, será de aqui á poco un monton mas de escombros en el inmenso mapa de ruinas que nos hace recordar á menudo el canto funeral del profeta, que lloraba sobre las colinas de Sion..

V. GARCIA ESCOBAR.

(1) Torre del mayor mojon.

ESTUDIOS HISTORICOS.

I.

En el último tomo del SEMANARIO tuvimos el honor de ver insertos en sus páginas unos apuntes históricos sobre la iglesia goda y sus varias vicisitudes y alternativas. En el presente artículo, ó sea si se quiere apéndice á aquellos estudios, vamos á tratar someramente del establecimiento de la iglesia cristiana en España, concretándonos con especialidad á Valencia y sus obispos hasta la invasion morisca. Procuraremos tambien hacer ver, aunque brevemente sea, las diferentes sectas que derivadas, por el orgullo ó ambicion de algunos, de la religion de Cristo, si bien no impidieron su marcha progresiva y ascendente, estendiéndose prodigiosamente por do quier, no dejaron de retardar en algunas partes su curso, inculcando en muchos ánimos el error, y cuando menos la duda. No es por cierto fácil tarea para el historiador el aclarar perfectamente y sin recelo alguno de opinion contraria, ciertos puntos y cuestiones que en los primeros tiempos del cristianismo y por consiguiente de la civilizacion moderna, pasaron desapercibidos para muchos, y aun para otros solo merecieron una ligera mencion; razon por la cual ha tenido y tiene que suplir el buen criterio y la sana razon del que se ocupa en coordinar las espinosas materias, á las faltas que necesariamente se notan de escritos y de tradiciones segun

ras en aquellos primeros tiempos de nuestra regeneracion, por medio de la moral evangélica y la unidad de las doctrinas de su iglesia.

No pretendemos, pues, aquí escribir un trozo de historia: incapaces como nos sentimos para tan elevado cargo, solo trasladaremos aquí lo que de manuscritos y autores varios hemos podido entresacar, no solo respecto al establecimiento de la ley de Jesucristo en la pagana é idólatra Iberia, sino mas esclusiva y especialmente á Valencia, nuestra querida patria.

II.

Esparcidos los discípulos del hombre-Dios por el mundo, en virtud de su mandato supremo, para bautizarles y regenerarles en nombre del Padre, del Hijo y del Santo Espíritu, y destinados cada uno de ellos á diferente parte del globo conocido, tocó á Santiago el mayor la España y parte de la Gallia. Acompañado el santo apóstol de otros doce compañeros, en aquella época habitadores en el monte Carmelo, dividiéronse al llegar al suelo ibero, entonces bajo el dominio de Roma, para hacer mas fructífera la estensa mies que se presentaba á su trabajo y santa abnegacion. Entre otros tocó á *Eugenio*, uno de los mas allegados al apóstol gefe de aquella mision cristiana, el desterrar de las tierras pobladas por los celtíberos y los edetanos, las fábulas y creencias vanas de los falsos Dioses. Nombrado por Santiago gefe ó vulgarmente obispo de los que abrazasen la fé del Salvador, con facultades de agregar á su mision á los que conceptuase dignos de secundar sus santas miras. Eugenio alcanzó en breve gran fruto, y la grey cristiana superó en poco tiempo á la idólatra, aunque muchos se retraian de confesarla en público por temor á los tormentos con que, en vista de aquella trasformacion de costumbres, les amenazaban los procónules de Roma. El obispo Eugenio, primero en el catálogo de los pastores de la iglesia valenciana, gobernó no sin temores ni peligros la nueva cristiana prole del Edeta, desde el año 37 de la era cristiana hasta el 60, en el cual reunido en Chersoneso, hoy Peñíscola, con otros discípulos del santo apóstol á fin de celebrar un concilio para coordinar y regular sus predicaciones y establecer leyes para los neófitos y recien convertidos, fue degollado junto con algunos de sus compañeros que no pudieron salvarse con la fuga, por órden del procónsul de la provincia Tarraconense.

Semejante atentado no hizo desmayar por eso á los nuevos convertidos, y la sangre del obispo no retrajo de su propósito á los sostenedores de la fé cristiana, pues antes bien se gloriaron no pocos de verter gloriosamente la suya. Perseguidos sin embargo, no les fué facil reunirse para elegir un sucesor á la gloriosa víctima de la verdadera creencia; mas *Elpidiamo*, compañero del obispo y su confidente y apoyo, tomó á su cargo el alentar el valor de los cristianos estendiendo sus predicaciones, fortificando su fé y defendiéndolos aun ante los tribunales de Roma. Trece años de combates y su edad avanzada no fueron bastantes para libertarle del martirio que, precedido de crueles tormentos, sufrió en Valencia, imperando Galba.

El diácono *Vitorio* fue el sucesor de Elpidiano por el voto unánime de los cristianos secretamente reunidos, en atencion á sus grandes virtudes y profunda austeridad. La persecucion contra el cristianismo, yendo siempre en aumento, el obispo Vitorio preso en Idumeno, hoy dia Onda, cuando se dirigia á consolar á los cristianos perseguidos y estender la fé y la creencia cristianas entre los idólatras, fué bárbaramente asesinado por órden del prefecto romano de Valencia bajo el imperio de Trajano.

En los primeros tiempos de la iglesia era difícil á causa de las persecuciones que sufrian los cristianos, por cuanto la comunion católica era muy vivamente perseguida, dirigirse, no tan solo á Roma, donde para ellos, como ahora para nosotros, se hallaba establecida la cabeza visible de la iglesia en los obispos de aquella capital sucesores de San Pedro, sino tambien al primado de España, residente para una parte de ella en Toledo, para que designase un sucesor á las sillas vacantes, si bien esta designacion iba acompañada del voto de toda la clerecía; por lo tanto se seguia la costumbre introducida de elegir á pluralidad de votos, no tan solo sacados de las personas todas consagradas al servicio del altar, sino tambien de los ancianos ó cabezas de las familias cristianas, sancionada despues la eleccion dicha, ora por el gefe de la cristiandad cuando se encontraban medios para ello, ora por el primado, delegado apostólico casi siempre, aprobando la eleccion popular de los obispos en nombre de la Santa Sede.

Esta sumision á la cabeza visible de la iglesia, ó mas bien esta sujecion omnímoda á la voluntad de una sola cabeza, cuyas órdenes respecto á la delegacion de sus facultades eran tan estrictamente acatadas, era la que conservaba y por tantos siglos y al través de tantas vicisitudes ha conservado la fuerza y vigor que ha tenido siempre la comunion católica, que ha respetado siempre como infalibles las decisiones de su gefe, dándole asi con esto tal consistencia, que los mas furiosos embates que en el trascurso de los siglos se la han suscitado, no han bastado ni aun ligeramente á conmoverla. Esta misma fuerza que la daba su union y su obediencia, fue la que andando el tiempo hizo avocar á su conocimiento y eleccion el nombramiento de los pastores para las sillas vacantes, desterrando para siempre, no tan solo la eleccion casi popular de los obispos, de las que en los primitivos tiempos se mostraron celosos defensores las familias cristianas, sino tambien la eleccion hecha por la clerecía, y mas tarde por el clero superior de las diócesis vacantes, que habian reasumido en su seno las facultades de elegir, que en tiempos mas remotos pertenecieron á todos.

Reunidos pues los cristianos del Edeta despues del martirio del obispo Vitorio, recayó el nombramiento de su sucesor en *Dionisio*, presbítero recien llegado de la Grecia, segun nos dice Liberato, y que algunos confunden con el santo areopagita del mismo nombre, aunque sea para nosotros, como veremos, un error. Elegido á causa de la gran fama que gozaba por sus virtudes y mérito, se halló á la cabeza de la iglesia valenciana, sin que nos conste hubiera perecido de mano airada hasta el año 110.

Eligióse en seguida á *Tértulo*, que gobernó por los años 115 de nuestra era, ignorándose el año que falleció, ni qué género de muerte fue la suya; solo sí que tuvo por sucesor á *Jacobo*, llegando hasta el año 166, creyéndose piadosamente padeceria el martirio en la persecucion contra los cristianos suscitada por Marco Galo ó Valio, en el reinado de Marco Aurelio, oriundo de España, el cual aunque muy bienhechor del pais de donde era originario, no le impidió el dejar pesar su terrible mano sobre el naciente cristianismo de la Iberia, aun cuando el imperio romano se hallaba ya en aquellos tiempos combatido no tan solo por los Cuados, los Marcomamos y los Dacios, sino tambien por los habitantes de la Mauritania. El vasto imperio de Roma, tan grande por su poder, empezaba ya á tocar la época de su decadencia. El orgullo le habia tornado feroz; su crueldad sirvió de pretesto á los pueblos subyugados para alzarse contra él. La austeridad de sus primeros tiempos, habiendo cedido su lugar á la corrupcion y á los placeres, sus huestes afeminadas no pudieron luchar con ventaja contra sus múltiplés contrarios, que cada cual de por sí ansiaba recojer una parte del desgarrado manto de púrpura del otro tiempo vasto y prepotente imperio. Además, los dioses de su creencia habian perdido ya su prestigio, los oráculos de sus sibilas enmudecian ó agoraban torpemente, y los augures, á pesar de su gravedad proverbial, no eran ya mas que objetos de escarnio y befa de los mismos á quienes pretendian alucinar. La religion del crucificado del Gólgotha, sencilla como su orígen sublime y comprensible á todos por sus máximas, estendiéndose rápidamente sin ostentacion ni aparato por medio de doce pobres ignorantes pescadores hijos del pueblo, y como él acostumbrados á las penalidades y privaciones de su existencia, teniendo por base el amor, y por objeto otra vida mejor, predicada con el ejemplo y con la constancia de los creyentes que les hacia arrostrar, sereno el rostro y la sonrisa de la esperanza en los labios, cuantos tormentos podia inventar el despecho y el orgullo herido, era el contraste mas terrible y la oposicion mas vigorosa que pudiera encontrarse á su sistema ó creencia donde la libertad y los goces eran solo patrimonio de los que se vanagloriaban con el título de ciudadanos de Roma, dejando á los demás sujetos á las privaciones y á la esclavitud. Hé aquí por qué el reinado de la materia montado sobre un pedestal de movediza arena vino á caer y esparramarse ante el sólido granito sobre el que se fundaba el imperio mas duradero del alma y de la razon.

Martirizado, segun creemos, el obispo Jacobo, sucedióle en el cargo *Felix*, el cual á causa de sus continuos achaques se retiró al poco tiempo á Valencia de Alcántara, donde murió, eligiéndose en su lugar hácia el año 197 á *Terencio*. Este varon piadoso, mitigadas un tanto las incesantes persecuciones que sufria el cristianismo, pudo con un tanto mas de sosiego dedicarse al cuidado de la ya abundante grey que tenia á su cargo, y con especialidad al ordenamiento y mejora de la clerecía, para la cual, y á fin de educar buenos y piadosos servidores del altar, instituyó un colegio ó retiro para la enseñanza y ejemplo de los que se dedicaban al servicio de la iglesia.

Una buena parte del siglo III fué en gran manera azarosa para el cristianismo. Los edictos de sangre y esterminio contra el nombre cristiano mandados sucesivamente ejecutar por los emperadores Septimio Severo, Julio Maximino y Decio, tenian de tal modo aterrorizados á los cristianos, que errrantes de breña en breña y de soledad en soledad apenas se atrevian á reunirse, sino los muy amigos y allegados, para celebrar en retirados sitios los misterios de la fé y sostenerse mútuamente en sus necesidades y desamparo; sin que fuera bastante la anarquía militar y política que reinó en todos aquellos años con los asesinatos cometidos en los emperadores Antonio, Caracalla, Aureliano, Severo, Alejandro, Marco Antonio Gordiano, Filipo y Quinto, Trajano, Decio, para calmar el odio que se tenia contra los que profesaban la fé de Jesucristo. Así es que en los anales de la iglesia de Valencia se encuentra un vacío en la sucesion episcopal desde principios hasta mas allá de la mitad de este siglo de horrores y de crímenes, hasta que hácia

el año 260 vemos el nombre de *Asterio* ó Aterio, elevado á la dignidad episcopal por sus virtudes recomendables, hasta que padeció martirio por mandato del procónsul romano junto con otros varones eclesiásticos. Una cosa sin embargo haremos notar acaecida bajo su pontificado, y es la pública autorizacion que se dió para el establecimiento de un convento de religiosas bajo la advocacion y amparo de la Virgen del Monte Carmelo, que segun noticias vivian ya reunidas, aunque secretamente, desde el pontificado del primer obispo Eugenio. De esta asociacion religiosa formaba parte en los tiempos de que hablamos Angelina, noble matrona de conocida austeridad, que fué horriblemente martirizada con dos de sus compañeras cuyo nombre no nos ha conservado la historia, y cuya fiesta, segun asegura Erato, fué muy celebrada en Valencia por algunos siglos despues.

En el año 290 ocupaba la silla episcopal de Valencia *Eulogiano*, sucediéndole poco despues *Jeopombo* ó Jeorombo que alcanzó la palma del martirio en *Nertóbriga* de Aragon, hoy la villa de Ricla segun unos, y Almunia de Doña Godina segun los mas.

Vino en pos de Jeopombo, *Lupo*, elegido hácia el año 325, asegurándose fue tambien martirizado, aunque se ignora cómo y por órden de quien; pues por aquella época y bajo el imperio de Constantino se permitia profesar libremente el culto de Jesucristo.

Desde el año 334 hasta el 456 gobernaron esta iglesia con mas tranquilidad los obispos *Leon*, *Felix II* y *Panuchio*, este descendiente de una de las mas ilustres familias romanas, los Furios y Camilos.

Ya por este tiempo, dominando los godos casi soberanamente en España, y quedando apenas restos de la dominacion romana, alentada la iglesia cristiana y estendida por casi toda la antigua Iberia, la eleccion de los obispos se efectuaba con seguridad y tranquilidad, y por lo tanto la clerecía de las diócesis avocó á sí la eleccion de los pastores respectivos, sujetándolos como hemos dicho á la aprobacion del primado y del rey. De esta manera fue elegido á la muerte de Panuchio, *Pastor*, el cual fue algun tiempo despues desterrado de su silla por Eurico, rey de los godos, por haber defendido los derechos é inmunidades de su iglesia, y especialmente los que le competian sobre todos los que profesando el cristianismo, viviesen en su diócesis. El obispo Pastor murió en Orleans, reino de Francia, lugar de su destierro.

Sabido su fallecimiento por la clerecía de su obispado, fue elegido en su lugar *Justiniano* en el año 482; y fallecido este en el 500, se confirió la dignidad á *Lupo II*, siguiendo en el catálogo *Justiniano II* ó Justino, monge del orden de San Benito, y natural de Gerona.

Siguió á este *Félix III*, varon recomendable, muy apreciado por sus virtudes, y celebrado por la gran resistencia que opuso á dejar penetrar en su rebaño las doctrinas disidentes de Arrio, cuyos adeptos se hallaban por aquella época muy orgullosos con el apoyo que les prestaba el poder real en atencion á que los reyes godos habian adoptado y defendian aquella nueva secta. Con este motivo fuerza será que apuntemos algo sobre el orígen de esta secta, que tantos disturbios causára en aquella epoca.

III.

Arrio, natural segun unos de Libia, y segun otros de Alejandría, manifestó desde sus mas tiernos años una pasion grande por las letras, al mismo tiempo que un orgullo y una ambicion desmesurada, que sabia sin embargo ocultar bajo el velo hipócrita de la humildad y abnegacion mas refinada. Educado en las máximas de la comunion ortodoxa, quiso dedicarse al servicio de los altares, lo cual le fue en estremo fácil, atendida la austeridad con que supo encubrir su altanería; y así fue elevado al sacerdocio por Achilas, obispo de Alejandría, sucesor de Pedro, martirizado en el año 311 ó 12. Hasta entonces la conducta pública de Arrio nada habia dejado que desear; empero á la muerte de Achilas se dejó ver claramente la ambicion que dominaba su alma. Pretendió al efecto el obispado de Alejandría; mas como la clerecía encontrase mas mérito y virtudes en el sacerdote Alejandro, inscrito despues de su muerte en el catálogo de los santos, Arrio se lanzó á la arena, arrojando con descaro la máscara que hasta entonces le encubriera, sosteniendo públicamente y en contra de las doctrinas profesadas por su obispo, que *el Verbo eterno no era igual a su Padre, y que no habia existido desde el principio; sino que habia sido creado de la nada, y que pertenecia al número de las criaturas.*

Esta proposicion con tanta audacia y firmeza proclamada, y que tan directamente se oponia á la creencia ortodoxa, alarmó vivamente á los cristianos; pero antes de recurrir á los medios estremos, el obispo Alejandro trató de persuadir á Arrio de su error en una conversacion particular. Empero como el clérigo disidente se empeñase en llevar adelante su opinion, y negase la autoridad de las Sagradas Escrituras, Alejandro se vió precisado á arrojarle del seno de la iglesia católica, lanzando contra él una escomunion formal. Con este objeto pues, y á fin de proceder á este tan solemne acto con todas las formalidades y solemnidad posible, convocó el obispo un concilio compuesto de los obispos del Egipto y de la Libia, que acudieron en número de ciento, sin contar los eclesiásticos mas dignos de las diócesis respectivas. Interrogóse á Arrio sobre la heregía de que se le acusaba; empero en vez de negarla ó retractarse de ella, la sostuvo con mas empeño que nunca. Los padres del concilio entonces lanzaron contra él sus anatemas, incluyendo en ellas á sus secuaces, entre los cuales se contaban dos obispos, el de Tolemaida en Egipto, y el de Marmárica en la Libia.

Este castigo sin embargo no fue bastante á borrar el mal que con la proposicion heretica se habia inoculado. La poblacion de Alejandría se dividió, una parte en favor y otra en contra, de tal manera que segun asegura un autor de aquella época, los paganos se mofaban sin rebozo alguno de los sagrados misterios, parodiándolos y ridiculizándolos á su sabor. La division no se ciñó tan solo á Alejandría, sino que continuó esparciéndose por el Egipto, la Libia y la Tebaida, donde se reunieron diferentes juntas ó pseudo-concilios en su favor. Arrio su gefe se trasladó luego á Palestina, donde logró seducir á casi todos los obispos, escepto al de Antioquia, al de Jerusalen y al de Trípoli, que se mantuvieron fieles en la ortodoxia.

El obispo Alejandro no desmayó por eso, antes bien escribió una larga epistola á los obispos de la cristiandad para informarles del peligro que corria la fé si se dejaba comunicar á sus ovejas con aquel heresiarca, á cuya epistola contestó Arrio y sus secuaces con otra llena de invectivas y de blasfemias contra el Verbo divino.

Tales controversias y la division que causaban en los ánimos, llamaron al fin la atencion del emperador Constantino, el cual á fin de terminar tranquilamente aquella disputa, escribió separadamente á Arrio y á Alejandro, siendo portador de esta última el grande Osio, obispo de Córdoba, sujetando á un nuevo concilio la terminacion de esta causa. Celebróse en efecto en el año 319, donde fue de nuevo condenada la secta arriana con todas sus consecuencias, sin que esto bastara á doblegar la orgullosa altanería del cristiano disidente. Constantino se vió pues en la precision de convocar un concilio general, que es el primero de los llamados *ecuménicos*, invitando al mismo tiempo á Arrio y sus partidarios á presentarse á sostener sus opiniones. Pero fueron tales las blasfemias que profirió ante aquella respetable asamblea, que los padres del concilio, tapándose los oidos por no escucharlas, descargaron sobre él todas las anatemas de la iglesia, condenando sus proposiciones como escesivamente perjudiciales y contrarias á la fé, arrojándole del giron de la iglesia ortodoxa. Constantino en vista de la decision tomada por el concilio general, le desterró, asi como á los que profesaban abiertamente sus doctrinas. Los libros que contenian las doctrinas del heresiarca, fueron tambien condenados á las llamas.

Empero no bien habian pasado todavia tres años de este suceso memorable, cuando gracias á las intrigas de algunos de sus partidarios que se hallaban en la corte y so el pretesto de hacer una nueva profesion de fé, logró el permiso de volver á Alejandría, donde no se le permitió la entrada por el obispo Atanasio, que habia sucedido á Alejandro, trasladado á la silla de Constantinopla. Vivamente contrariado con aquella negativa, continuó por algun tiempo escitando con solapada maña los ánimos, hasta que noticioso Constantino, ó seducido mas bien por sus bellas promesas, le mandó ir á Constantinopla para hacerle volver á entrar en el seno de la iglesia ortodoxa. El obispo Alejandro se oponia sin embargo á este mandato del emperador; pero como este insistiese, y los partidarios del escomulgado sacerdote se aprestasen á llevarlo en triunfo á la iglesia, aseguran las crónicas que habiendo el obispo suplicado á Dios no espusiese á los fieles ortodoxos á la humillacion de ver entrar procesionalmente y como vencedor al acérrimo enemigo de la fé y de la verdad católica, murió Arrio en el año 336 al pasar por una plaza que conducia al templo, de resultas de un fuerte cólico que le acometió, obligándole á separarse de la comitiva para retirarse al soportal de una casa, donde arrojó por ambas vias los intestinos, el hígado y las entrañas. El sitio de esta catástrofe, añade un biógrafo, fue considerado por mucho tiempo como una señal evidente de la justicia de Dios, hasta que un rico arriano, para hacer desaparecer toda traza de tan trágica aventura, lo compró para elevar otros edificios diferentes que bastasen á borrar todo recuerdo.

Hechos estos ligeros apuntes biográficos de un hombre cuyas doctrinas tanto disturbio ocasionaron en los primeros siglos del cristianismo, no iremos mas allá para seguir paso á paso el camino que recorriera aquella secta no concluida por la nefanda muerte de su fundador, ni mucho menos hablaremos de las divisiones que entre ella misma surgieron como los acacianos, los semi-arrianos y los arrianos puros. Sostenida por los emperadores unas veces, y desprestigiada otras, la secta arriana con sus diferentes divisiones y opiniones encontradas sobre la aceptacion de la palabra *consubstancial* ó igual en un todo al Padre, acabó, andando el tiempo, por desaparecer, confesando los mas de los que habian profesado aquellas doctrinas, el símbolo establecido por el concilio ecuménico de Nicea. De manera que esta heregía que comen-

zó en Egipto en el año 312 despues de haberse esparcido por todo el oriente y una buena parte del occidente con la irrupcion de los vándalos, visigodos, suevos, ostrogodos, burguiñones y lombardos, cuando estos pueblos ocuparon la mayor parte de la Francia, de la España, el Africa, la Italia, las islas del Mediterráneo y la Panonia, se estinguió completamente nácia el año 660, hasta que en el año 1550 se trató de renovarla con el nombre de *anti-trinitarios*, que se confundierón mas tarde con los *unitarios* ó *socinianos* del siglo XVII.

Volviendo á nuestro asunto, los comisionados de la primada de Toledo, á cuya silla se hallaba sujeta la dignidad de la de Valencia, se concertaron con los de esta á la muerte de Félix para elegir su sucesor; mas como se hallasen los ánimos divididos, y los secuaces de Arrio estuviesen fuertemente apoyados por el rey Leovigildo, pidieron altamente se les concediese un obispo de su secta; asi fue que, separándose los católicos de los arrianos para verificar la eleccion, confirieron estos la dignidad á *Mivisla*, mientras que los primeros la dieron al sacerdote ortodoxo *Voiligiselo*.

(*Concluirá.*)

LUIS MIQUEL Y ROCA.



(Armadura ecuestre de Hernan Cortés, segun existe en la Armeria Real de Madrid.)

DOLORES.

CAPITULO VI.

EL DIA DE LOS CONTRATOS.

Ningunas resoluciones son tan tenaces como las de aquellas personas que rara vez ejecutan sus voluntades. Hay caractéres fuertes, pero perezosos, que por cariño, por prudencia, por indolencia muchas veces, se habituan á ceder á los espíritus activos y turbulentos con quienes se hallan en contacto, y soportan pacientemente la tiranía á que se han sometido, por la capacidad que reconocen en sí de sacudirla á su placer, en el momento en que los escite un interés poderoso. Llegadas las circunstancias solemnes, salen de su apatía con tanta mayor fuerza, cuanto ha sido mas larga su perezosa inaccion, y suelen ser obstinados á medida que han sido inertes.

Esto acontecia á D. Diego Gomez de Sandoval: apenas podia recordar doña Beatriz que en todo el tiempo trascurrido desde que era su consorte se le hubiese opuesto sériamente á uno de sus deseos; mas bien comprendia en la circunstancia á que aludimos que habia llegado el caso de ser ella la que se plegase, ante una decision inmutable espresada con una autoridad harto economizada hasta entonces. La dama se revistió por tanto de un aspecto grave y resignado desde la tarde de aquel dia en que se fijó el siguiente para la celebracion de los contratos; y observándolo D. Diego redobló sus atenciones y cariños, como para endulzar á su esposa el sacrificio que habia impuesto á su orgullo, y que parecia por fin magnánimamente aceptado.

Los dos pasaron la tarde en la alcoba de su hija, que aunque fatigada por las vivas emociones de aquel dia memorable, continuaba en buen estado, en apariencia al menos, bien que á la llegada de la no-

che se notase algun recargo en la ligera fiebre que desde algunas horas antes habia vuelto á encenderse. El doctor repitió su visita en los momentos mismos en que hacia renacer las inquietudes paternales aquella pequeña alteracion, y ambos esposos se apresuraron á informarle de ella, preguntándole su dictamen. Tomó el facultativo sucesivamente entrambas manos de la doliente, pulsándola con detencion, y se quedó pensativo.

—¿Qué decís? articuló impaciente el adelantado. ¿Está peor acaso?

—El pulso es duro é irregular, murmuró entre dientes el interrogado.

Dolores se incorporó asustada. —Me siento bien, dijo con viveza: debo tener un poco de calentura... me duele la cabeza: pero todo pasará: mañana estaré buena.

—El doctor la hizo acostar de nuevo, recomendándola silencio y quietud, y no desarrugó el ceño que observaba temblando el infeliz padre.

—¿Pensáis que convendria repetir la sangría? dijo al oido de Yañez.

—No por ahora, respondió este: yo permaneceré toda la noche cerca de esta señorita, y si la situacion se agrava, mañana pueden vuesas mercedes llamar otros facultativos de su confianza con quienes consultar.

El conde lo asió del brazo, y alejándolo algunos pasos del lecho de la enferma, tornó á preguntarle con mayor ansiedad:

—¿Está peor? decidmelo sin rodeos, señor Yañez. ¿Os parece peor que esta mañana?

El médico, visiblemente apenado con aquellas interrogaciones, se rascaba la cabeza y tosia, no acertando á serenarse; mas por fin respondió estas palabras, que parecian salir trabajosamente de sus lábios:

—¡La situacion es grave... muy grave! pero no hay por que desesperar, y yo ruego á vuesa merced que disimule sus inquietudes en presencia de la enferma. Es preciso que reine en torno suyo la mas completa tranquilidad.

D. Diego cayó desplomado en una silla, y el facultativo dispuso con aceleramiento una bebida que ordenó suministrar á la jóven de media en media hora, hasta su regreso.

Se despidió en seguida volviendo á recomendar silencio y calma alrededor de la doliente, y ofreciendo volver antes de las diez de la noche y permanecer todo el resto de ella.

Los dos esposos se miraron suspirando; mas Dolores, como si hubiese leido los graves temores que dejaba sembrados en sus corazones el receloso médico, y quisiera disiparlos, tornó á sentarse en la cama con aspecto despejado y diciendo con festivo tono. —Me pesa la cabeza cual si tuviese sobre ella la enorme peluca del buen doctor Pero Yañez. Hacedme el favor, mi querida María, de recojerme los cabellos, y dadme despues un vaso de agua fresca.

La condesa se adelantó á la dueña para cumplir la indicacion de su hija, y la besó vos veces mientras sujetaba bajo una cofia de encajes las largas trenzas de su profusa cabellera. En seguida la sirvió por si misma la tisana preparada por el médico, en vez del agua que habia pedido. Apuró el vaso Dolores, y sorprendida y enternecida por aquellas leves señales de maternal solicitud, mezcló una lágrima con el líquido que bebia, y depositó despues un largo y ardiente beso en la mano que se lo presentára.

Cuando doña Beatriz colocaba sobre una mesa el cristal ya vacio, la jóven fijaba en ella sus hermosos ojos llenos de agradecimiento, y de ternura, y acaso en aquel instante sentia remordimientos, recordando con dolor la enérgica negativa que habia opuesto aquel dia á los deseos de su madre. Acaso el afecto filial, reanimado entonces por las inesperadas muestras del materno cariño, ahogaba momentáneamente los votos del amor, y se preguntaba la jóven si no era un crímen en ella el sacrificar á su ventura el orgullo de aquella á quien debia la vida. Como quiera que fuese, la enferma, que se incorporára tan serena y festiva, se mostró de repente meditabunda y abatida: permaneció algunos minutos con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho; luego exhaló un hondo y doloroso suspiro, y se acostó por último sin hablar desde aquel instante, aunque visiblemente agitada durante la primera hora que pasó despues de aquella escena.

Sin embargo, el despejo y la calma que habia manifestado cuando acababa de espresar el médico tan graves inquietudes, produjeron en el conde vivísima impresion, comenzando á sospechar que tuviera razon su esposa al acusar á Yañez de haber exajerado desde el principio la gravedad de los accidentes. Quizás se proponia dar importancia al mal para hacer valer mas la curacion: quizás aspiraba á aparecer á los ojos del conde como salvador de su hija, porque iba á reclamar algun gran servicio, que solo podia prometerse de una gran gratitud.

Pensando en esto D. Diego llamó á su mujer á un estremo de la estancia, y sentándose junto á ella le comunicó sus dudas.

—Paréceme, amada Beatriz, la dijo con afectuoso acento, que no hay motivo para entrar en cuidado por cuanto indica el doctor. La niña indudablemente no se halla en peor estado del que aparecia esta mañana, y me persuado de que algo se propone Yañez aparentando recelos exajerados de que quiere hacernos partícipes.

La condesa se encojió de hombros y contestó sonriendo. Jamás he creido que existiesen los peligros que quiso ver ese hombre: habia tenido antes una plática bastante larga con el sobrino de D. Alvaro, y esta circunstancia esplica suficientemente las manifestaciones que hizo anoche: mas confieso que no alcanzo el objeto que se propone en continuar afligiendo vuestro ánimo, despues de lo que ha obtenido.

Calló doña Beatriz, y D. Diego comenzó á pasearse agitado de un estremo al otro del aposento. Pensaba que era, en efecto, bastante verosímil que la sagrada promesa que habia pronunciado, hubiese sido arrancada premeditadamente al corazon paternal por las apariencias de un riesgo imaginario: casi se sentia avergonzado de la facilidad con que habia dado crédito á las ponderaciones del artificioso médico, y le pesaba haber acusado á su esposa de indiferencia hácia su hija, no comprendiendo que solo era mas sagaz y menos crédula que él, víctima sin sospecharlo siquiera de una cruel supercheria. Mas aunque se agolpaban todos estos pensamientos en la mente del buen adelantado, mas tranquilo ya respecto á la vida de Dolores, no se le ocurrió siquira la posibilidad de retirar su palabra ó buscar pretestos para eludirla. La condesa, que le seguia con los ojos, le vió volver á su lado triste, si, y casi enojado; pero firme en llevar á cabo el empeño contraido.

Es muy posible, dijo, que se me haya engañado: que no se temiese oprimir sin piedad mi corazon para que saliese de él un acto de flaqueza: pero, en fin, si no de la vida, de la felicidad de mi hija se trataba al menos: ama por desdicha al hombre indigno que ha empleado medios miserables para asegurarse su mano. ¡Hágala dichosa y lo perdono! Perdonadme vos, querida Beatriz, el haber tomado contra vuestro deseo y consejo una resolucion que confieso era merecedora de mas detenido exámen.

Nada respondió la condesa: suspiró y bajó la cabeza, como si pesase en ella una idea dolorosa. Un instante despues dijo á su esposo: ¿Por qué no os recogeis y procurais descansar algunas horas? Habeis sufrido mucho, D. Diego, y me pareceis mas enfermo que la que es objeto de vuestras inquietudes.

—Me siento mal, en efecto, contestó el caballero, pero quiero aguardar el regreso del doctor: quiero ver si nos dice todavia que es muy alarmante la situacion de la niña, y hacerle comprender que no son necesarios mezquinos y crueles artificios para obligarme á persistir en lo que tengo ofrecido, ni para que contribuya en cuanto alcance al logro de cualquiera otra mira que pueda proponerse el buen Pero Yañez: de todos modos no deja de ser antiguo conocido y un médico estudioso y hábil.

Teneis razon, fué todo lo que repuso doña Beatriz; y levantándose al mismo tiempo, se acertó de puntillas al lecho de la enferma y la observó algunos minutos con afectuosa atencion.

¿Que tal?.. la interrogó su marido, aproximándose con iguales precauciones.

—Duerme tranquilamente, dijo la condesa; mas la despertaremos, si os parece, para que beba la medicina: ha pasado mas de media hora desde la primera toma.

Al oir estas palabras la dueña se dirigió á la mesa para tomar el frasco que contenia el líquido preparado por el médico, pero en el propio instante se abrió silenciosamente la puerta y apareció este. Recibiólo D. Diego con semblante casi risueño, y le dijo inmediatamente:

—Vuestra enferma acredita á mi entender la eficacia de vuestra receta, señor doctor: creo que quedaréis satisfecho.

Callaba el facultativo examinando con gran cuidado el semblante de la doliente, á la débil claridad de la única lámpara que daba luz al aposento. Terminado su exámen, se dejó caer en una silla inmediata sin proferir palabra.

—¡Todavia! esclamó impaciente el adelantado: ¡todavia os mostrais desalentado!

—¡Todavia! respondió secamente el señor Yañez.

—Pero está mejor, dijo la condesa participando al parecer del descontento que se veia impreso en el semblante de su esposo.

—Está mas postrada, articuló el facultativo: por lo demas no me parece que debemos temer por esta noche ningun suceso desgraciado.

—¿Pero existe realmente gravedad? dijo con acento ya trémulo el conturbado padre.

El médico lo miró con asombro, pero procuró modificar la espresion de su fisonomia, respondiendo con dulzura. Animo, señor conde: estoy muy lejos de aprobar temores exajerados. Vuesas mercedes pueden irse á descansar, que aun quedan, así lo espero, aun quedan muchas noches para asistir á la enferma, y por hoy yo me encargo de velar á su lado.

Era tan violento en aquel instante el temblor que se habia apoderado de los miembros del conde, que hubo de apoyarse en los brazos

del doctor, el cual lo sacó casi arrastrando de aquella triste estancia, y le condujo á su aposento ayudándolo doña Beatriz. Pusiéronlo en cama, no obstante su maquinal resistencia: y mientras Yañez le preparaba un vaso de vino aguado, su mujer le decia al oido. —¿Qué significa esta flaqueza, D. Diego? ¿olvidáis ya que le conviene á ese hombre ponderar los peligros? La niña no está tan mala como intenta persuadirnos: estoy cierta. Velaré cerca de ella: os lo prometo: procurad calmaros; quedaos en cama: mas temo por vos que por Dolores: teneis las manos heladas, y desencajadas las facciones.

—Es verdad, dijo el adelantado: no me siento capaz de escuchar otra vez las funestas palabras del doctor. Por mas que me parezcan exajerados sus temores, los participo á pesar mio, y solo consiento en tomar reposo algunos instantes, si ahora mismo mandais á llamar á otro facultativo cuya opinion consultemos.

—¿Os parece bien que llame á mi hermano encargándole espresamente que traiga á su médico consigo?

—Sí, hacedlo sin demora, y avisadme cuanto llegue: mientras tanto procuraré recobrar mi entereza: dejadme solo.

Doña Beatriz salió en el momento en que el doctor Yañez servia á su esposo la anunciada bebida confortante. Bebióla el conde despidiendo tambien al médico, y encargándole que no se apartase mas de la cabecera de su hija. Pronto iré á acompañaros, añadió: la congoja va pasando.

Cuando quedó solo se tendió en su lecho y desahogó su corazon con repetidos suspiros. Trabajaba por reanimar sus dudas respecto á la sinceridad del médico, pero no podia. Agitábale un presentimiento terrible de que el peligro de su hija era mas inminente de lo que confesaba el mismo Yañez, y hallándose mas inquieto y mas oprimido á cada minuto que pasaba, resolvió levantarse y volver cerca de Dolores, para observarla por sí mismo. Resolviólo, mas no pudo ejecutarlo. Estraño peso abrumaba su cabeza; crispadores escalofrios recorrian sus entorpecidos miembros, y conoció que no podria dar un paso sin bambolearse como un ébrio. Llamó entonces con su campanilla, y acudió Isabel Perez.

—¿Cómo está mi hija? la preguntó con una voz demudada.

—Lo mismo al parecer, contestó ella. Un paje ha ido á llamar al señor de Izcar y á su facultativo: entre tanto el doctor Yañez la ha dado segunda dosis de su medicamento, y espera, segun dice, felices resultados.

—Quisiera levantarme, articuló penosamente D. Diego, pero creo que me está comenzando una gran fiebre.

—Sosiéguese vuesa merced, replicó la doncella: la señorita está bien asistida por su madre, y ademas velamos tambien Mari-Garcia y yo.

—He padecido tanto desde ayer, volvió á decir el conde, que nada tiene de estraño el desconcierto que noto en mi cabeza y la postracion que me vuelve el cuerpo como si fuera de plomo.

Descanse vuesa merced, repitió la criada: cubriré la luz para que no se desvele, y vendré á avisarle si ocurre novedad.

¡Dormir! murmuraba el conde cuando salia de puntillas la doncella, despues de cubrir la luz como habia indicado. ¡Dormir yo en medio de tales zozobras! Pero aunque le parecia imposible cayó muy pronto en verdadera somnolencia que si, no le procuró completo reposo, entorpeció por lo menos la facultad del pensamiento. Esto no era estraordinario: el cuerpo obedece á las leyes de la naturaleza por mas que intente resistirlo el alma, y el conde no habia cerrado los párpados en toda la última noche.

Dos horas próximamente gozó el pobre caballero aquella imperfecta calma; mas salió de ella sobresaltado, pareciéndole que sentia idas y venidas por los vecinos corredores, y que llegaban hasta él confusas esclamaciones. Hizo entonces un esfuerzo violento y se lanzó del lecho, á que parecia clavado por el abatimiento de sos fuerzas. Corrió instintivamente hacia la cámara de su hija, atravesando oscuros aposentos con el maravilloso acierto de un sonámbulo, y al desembocar en los corredores se encontró á Isabel que iba á buscarle desatentada.

—¿Qué sucede? esclamó con ronca voz el desventurado padre.

—La señorita está muy mala... ¡muy mala! respondió sollozando la doncella, y aun no han venido el señor de Izcar y su facultativo.

El conde se lanzó, fuera de si, hasta el umbral de la estancia en que yacia Dolores, y se halló frente á frente del doctor que iba á atravesarlo al mismo instante, perdida toda la gravedad ridícula que era el carácter de su fisonomia.

—¡Mi hija! gritó el caballero: ¡Doctor! ¿qué es de mi hija?

—El médico por toda contestacion enlazó con sus brazos el robusto talle de don Diego, procurando alejarlo de aquella puerta fatal. Pero recobró este por un momento sus gigantescas fuerzas, y arrastrando á Yañez como si fuese una pluma se precipitó dentro.

La condesa profundamente pálida, estaba de pié delante del lecho de Dolores, y la dueña Mari-Garcia se inclinaba llorosa sobre el cuerpo de la jóven, que tenia todas las apariencias de un cadáver.

—¡Mi hija! tornó á gritar el conde deteniéndose estremecido ante aquel cuadro doloroso.

—¡Está muerta! respondió la condesa con acento sordo, pero con pronunciacion clara.

¡Muerta! fué todo lo que pudo articular el infeliz, y cayó en los brazos del doctor tan exámine como su hija.

Lo volvian en tal estado á su aposento, cuando llegaron por fin el señor de Avellaneda y su médico. Instaló á este último el doctor Yañez junto al lecho en que depositara al conde, y volvió presuroso á la cámara mortuoria donde se hallaban solos doña Beatriz y su hermano, mientras Mari-Garcia é Isabel Perez preparaban por su órden las virginales galas con que la jóven difunta debia, segun el uso, descender á la tumba.

No desmayó el varonil ánimo de doña Beatriz de Avellaneda en momentos tan terribles. Ella vistió y adornó por sí misma aquellos restos queridos, sin consentir que la ayudasen en el desempeño de tan triste deber otras sirvientes que la dueña y su doncella favorita. Ella daba de acuerdo con su hermano órdenes precisas y terminantes sobre los funerales y el entierro del cadáver en la capilla de su familia, donde debia ser trasportado, y no se logró apartarla del funesto aposento hasta el instante en que declaró don Juan que era preciso sacar de él los inanimados despojos de la malograda Dolores.

El señor de Avellaneda lo habia dispuesto todo con tan grande actividad, que las gentes de la plebe (únicas que comenzaban á circular por las calles de Valladolid á los primeros albores de la mañana), vieron atravesar por ellas el fúnebre convoy, cuando ignoraban todos todavia que aquellas frias reliquias que se sacaban de la ciudad real, morada entonces de los placeres brillantes; era cuanto quedaba de una de las beldades mas perfectas que habia sido su adorno dos dias antes.

Conducian el cadáver cuatro criados de luto en una camilla cubierta por ancho manto de raso blanco recamado de plata: á su derecha iba á caballo D. Juan de Avelladeda, del mismo modo marchaba á su izquierda un escudero de aquel, llamado Rodriguez de Sepúlveda, y seguian al féretro ocho lacayos de la casa del conde, á los dos lados de una litera que ocupaban el doctor Pero Yañez, y la dueña Mari-Garcia.

A la hora en que los rumores de aquel infausto suceso cundian rápidamente por la ciudad, y llegaban á oidos del infortunado amante que esperaba firmar aquel dia los contratos matrimoniales, el cuerpo de Dolores se hallaba ya en la primer parada, donde fueron despedidos como innecesarios los domésticos del conde; porque desde allí hasta el lugar del enterramiento debia llevarse el cadáver en un carro bastante á propósito para dicho objeto, aunque solo la casualidad parecia haberlo proporcionado. En él, pues, y escoltadas solamente por el señor de Izcar, su escudero, el médico y la dueña, continuaron su fúnebre camino los despojos de la hermosa primogénita de los condes de Castro-Xeriz, arrebatada del mundo el mismo dia que estaba señalado para los preliminares de su casamiento, cuyos padrinos eran los mismos soberanos de Castilla, y testigo toda la nobleza de aquel reino.

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA

EN UN ALBUM.

No hay en el mundo poder
con que al vulgo restringir,
la facultad de mentir
y el deleite de morder.

J. E. HARTZENBUSCH.

Para encontrar un remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo y mucha tierra.

R. DE CAMPOAMOR.

ESTATUA DE DIONISIO PAPIN.

Hoy que el vapor ejerce por vez primera su fuerza motriz partiendo de la capital de España, ocúrresenos presentar la estátua erigida en su pátria á Dionisio Papin, pretendido inventor de las máquinas



(Estátua de Dionisio Papin.)

de vapor. Nada podríamos añadir á lo que don Martin Fernandez de Navarrete y otros escritores nacionales han dicho, probando evidentemente, á despecho de Mr. Arago y de varios autores franceses, que la gloria de tal descubrimiento no corresponde á Papin, sino al español Blasco de Garay, que en 1543 propuso el emperador Cárlos V una máquina para hacer marchar las naves de todas dimensiones, aun en tiempo de calma, sin remos ni velas, empleando el vapor para conseguirlo.

Los franceses han erigido una estatua á Papin, que no necesitó sin duda alguna otra cosa que utilizar el descubrimiento que Blasco Garay habia hecho y probado el 17 de Junio de 1543 en Barcelona, con un navío de 200 toneladas llamado la *Santísima Trinidad*, en presencia de don Enrique de Toledo, el gobernador de la ciudad, don Pedro Cardona, el tesorero Rábago, el vice-canciller y el intendente de Cataluña. Los españoles no hemos querido desmentir en este caso nuestra bien adquirida fama de poco apreciadores de las glorias nacionales y de los hombres grandes que honran nuestro suelo. Al consagrar hoy un recuerdo al que descubrió la locomocion por medio del vapor, tenemos que lamentarnos de que nuestros compatriotas no hayan tenido un monumento que levantar, una estatua que erigir, una calle de Madrid cuyo nombre recuerde á Blasco de Garay, mientras los franceses señalan orgullosamente al viagero la estátua de Papin, como inventor de ese gran descubrimiento del siglo que solo supo perfeccionar.

El hombre será siempre por sí solo un fondo inagotable: los sentimientos del hombre serán siempre inmensos é ilimitados. Las musas desdeñosas de la Grecia no querian ocuparse sino de dolores reales, de reveses brillantes. El sistema de la igualdad va á introducirse á su vez, en la region de la poesia y de las artes. El llanto del hombre oscuro escitará tambien el nuestro, y ya el Evangelio y la Biblia nos habian enseñado á compadecer á todos.

—

Lo que mejor se sabe es lo que se adivina.

—

A medida que se despoja una colina de sus árboles, ó se hace crecer en ella un bosque, se priva á un terreno del rocio del cielo, ó se hacen correr aguas abundantes de un peñasco árido. Depende pues del hombre variar hasta la constitucion atmosférica del paraje en que se establece. Los elementos le obedecen, en cierto modo, y el mas terrible de todos va á morir á sus pies.

—

Lo propio que le sucede á la tierra cuando deja de ser trabajada por el hombre, le acontece al hombre mismo cuando huye la sociedad para buscar la soledad: crecen las espinas en su corazon desierto.

—

El deseo de la gloria no es sino el sentimiento de la vida que trata de rechazar á la muerte, el instinto de una alma grande que presiente su inmortalidad.

Imp. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion,
á cargo de G. Alhambra. Jacometrezo, 26.



VISTA RESTAURADA DE UNA PLAZA DE POMPEYA.

Todo lo que se refiere á los pueblos de la antigüedad que obedeciendo á leyes eternas han perecido para dejar lugar á otros nuevos tiene un interés estraordinario porque revela usos y costumbres tan distintos de las de nuestra época. ¿Que suerte espera á su vez á nuestra sociedad moderna que se muestra tan orgullosa? Tal vez llegará dia en que un dibujante curioso se halle en el caso de volver á la vida con su lapiz esos monumentos en torno de los cuales se apiña hoy la multitud, y que entonces se hallarán reducidos á un monton de ruinas. Paris, Londres, Viena, Madrid no serán mas que antigüedades misteriosas en las cuales buscarán nuestros descendientes los secretos de una civilizacion pasada. Triste condicion de la marcha de la humanidad, cuyos intereses cambian tan fácilmente y cuyas obras mas admirables solo llegan al fin á ser ruinas ilustres!

¡Pero qué importa esto si el mundo sigue la marcha que tiene trazada, si cada uno de esos campamentos de la raza humana, marca un progreso en la marcha general, y si los restos de las civilizaciones

destruidas nos inspiran mas sentimiento por la pérdida de lo pasado que esperanzas por el porvenir!

El grabado que hoy ofrecemos es la restauracion de una plaza de Pompeya hecha por un pintor con arreglo á los descubrimientos que dan á conocer lo que seria aquel sitio público en toda su integridad. Fijando la atencion en el grabado lo que mas sorprende es la profusion de obras de arte: ninguna ciudad moderna de clase análoga á la de Pompeya podria presentar un espectáculo semejante. Este es uno de los mas notables caractéres que diferencian á las dos épocas. En la antigüedad la vida pública tenia una importancia que se revelaba por la muchedumbre de los monumentos públicos: la ornamentacion era el lujo de un gran pueblo, ella patentizaba en aquellos tiempos su poder, su prosperidad y sus luces. Ahora las preocupaciones han decaido, la vida individual ha tomado mas importancia, el bienestar de las personas ha llegado á ser el negocio principal. Las mejoras públicas han tenido por mira la utilidad mas que el lujo; antes que de adornar las plazas se cuida de dar los establecimientos necesarios para la salubridad y la comodidad de los habitantes.

Este cambio en la vida de las poblaciones, añade nuevos atractivos á los descubrimientos que se hacen de objetos de la antigüedad, en los cuales podrán estudiarse las costumbres de tiempos remotos, y hacen por consiguiente mas curiosa la vista restaurada de la plaza de Pompeya que presentamos á nuestros lectores.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Conclusion.)

IV.

Y aquí es preciso que entremos en algunos pormenores de la historia general.

Las disensiones civiles, dice un moderno historiador, agitaban sin cesar los dominios del rey godo Leovigildo, partidario de Arrio, mientras que los habitantes de la Vizcaya y de Leon, apoyados por los suevos que dominaban una gran parte de la Galicia y del Portugal, rehusaban con el empeño y obstinacion que mostrara siempre el ortodoxo pueblo español, el prestar obediencia y sumision á un arriano. Mir, rey de los suevos, convertido recientemente al catolicismo, no se atrevia á dar abierto y franco auxilio á los católicos sublevados, de manera que Leovigildo, cayendo de improviso sobre aquellos pueblos disidentes, les redujo pronto á la obediencia. Empero, á pesar de sus victorias, las facciones se sucedian sin cesar. A fin, pues, de dominar mejor á los insurrectos y asegurar su combatido trono, se asoció á sus dos hijos, Hermenegildo, nombre compuesto de *Heez*, ejército; *maun*, hombre; y *geld*, plata ó moneda; y Recaredo, de *Relze ó Ralze*, venganza; y *rede*, palabra.

Leovigildo fué el primer rey godo que estableció un impuesto ó contribucion directa sobre sus pueblos para subvenir á los gastos que le ocasionaban las guerras incesantes que tenia que sostener, no bastando para ello el botin y fruto de sus victorias. Esta medida originó gran descontento, que unido á las opiniones religiosas, armaron al hijo contra el padre, mas en provecho ciertamente de la religion misma que del personal interés.

Era el príncipe Hermenegildo hijo primogénito del rey, nacido, asi como Recaredo su hermano, del primer matrimonio con Teodosia, hija del gobernador bizantino de la provincia cartaginesa. Hermenegildo se habia casado por los años 576 con Yugunda, hija de Sigiberto y de Brunequilda, reyes de los francos. El príncipe godo educado por una madre católica, habia recibido de ella las primeras nociones de la fé, mucho mas santa á sus ojos por hallarse por aquellos tiempos perseguida. El arrianismo imperaba entonces en la corte de Toledo con Goswinta, segunda muger de Leovigildo, y dócil instrumento de los sacerdotes de su secta. La esposa de Hermenegildo, fervorosa católica, sufria sin tregua ni descanso las invectivas y persecuciones de su suegra que trabajaba sin cesar para hacerla abjurar los principios y pureza de su fé. Tales violencias, lejos de agotar sus sufrimientos, conquistaron enteramente la voluntad y conviccion de Hermenegildo, el cual catequizado é instruido por el obispo de Sevilla san Leandro, se declaró el apoyo y protector de los católicos oprimidos.

Leovigildo, para cortar de raiz los continuos disgustos de su familia, juzgó por mas prudente el medio de alejar á los jóvenes esposos dándoles el gobierno de una parte de Andalucía (1). Empero, sabida por el rey su conversion, les llamó de nuevo para conferenciar sobre negocios del Estado, porque á mas de la pública confesion de su fé, se habia hecho creer á Leovigildo que su hijo se hallaba en relaciones secretas con los griegos del litoral africano y el resto de los católicos de toda la península.

Inocente ó culpable, Hermenegildo no quiso obedecer. Aprestóse su padre á marchar contra él; empero la poblacion católica se alzó en su defensa, y este príncipe forzado á rebelarse para su propia conservacion, se unió con los griegos, enviando á Constantinopla á su apoyo y consejero San Leandro, para que el emperador confirmase aquella alianza. Mir, rey de los suevos, y como él tambien católico, le ofreció al propio tiempo su auxilo y cooperacion.

La posicion de Leovigildo era escabrosa. Indiferente como la mayor parte de los reyes godos á las querellas religiosas, veia formarse á los católicos en partido político con el objeto de destronarle, partido valiente y tenaz, fuerte por la conviccion, la sumision y el deseo de estenderse. Veia á su propio hijo primogénito puesto á la cabeza de este mismo partido, pudiendo de un momento á otro reunir bajo sus banderas la mayoría de los habitantes de sus dominios, declarándose el gefe de sus enemigos del interior y aliado de los del esterior. Los griegos, viéndose apoyados en la peninsula, se disponian en nombre de Hermenegildo á ocupar las provincias mas ricas de España: los suevos se aprestaban á sacudir el yugo que pesaba sobre sus hombros, y estenderse tambien; y por su parte los reyes francos ambicionaban el encontrar el mas frívolo pretesto para apoderarse de la Gallia narbonense, objeto de sus mas constantes deseos.

Antes de recurrir á las armas, trató Leovigildo de separar del partido de su hijo, ofreciéndoles grandes promesas, á todos aquellos á quienes el miedo ó el interés pudiera hacer abrazar el arrianismo. Dispuesto luego ya á marchar hácia el mediodía, donde los rebeldes, apoyados por los griegos, se preparaban á resistirle, quiso antes sujetar á los insurrectos del pais vasco, ocupando segun nos dice el ya citado Juan de Biclar, una buena parte de aquel pais, y fundando en prueba de su triunfo una ciudad á quien puso el nombre de *Victoriacum* (Vitoria).

El rey godo marchó en seguida contra *Hispalis* (Sevilla), donde su hijo se habia fortificado (1). Apoderóse desde luego de Mérida, ocupada por los rebeldes; empero sorprendido en su marcha victoriosa por la noticia que los reyes francos Chilperico y Childeberto habian invadido la Gallia gótica, y que los suevos se dirigian al mismo tiempo contra él, trató de conjurar la tempestád que le amenazaba pidiendo á Chilperico la mano de su hija Riguntha para su hijo Recaredo. Durante estas negociaciones, dirigidas sobre todo á dividir los reyes francos, Leovigildo sitió á Hispalis circunvalándola para rendirla por hambre, al mismo tiempo que repetia los asaltos, variando á la vez el curso del Guadalquivir para lograr, si ser pudiera, su objeto con el primer medio. Mir, rey de los suevos, á fin de libertar á Hermenegildo intentó, aunque en vano, el dar un ataque al rey godo; empero Leovigildo dispuso sus tropas de manera cercándole con su ejército, que le fué imposible combatir, exigiendo de su rebelde feudatario un nuevo juramento de fidelidad que no tuvo tiempo de quebrantar, pues falleció poco tiempo despues en Galicia.

Leovigildo, para asegurar mejor la rendicion de Hispalis, reconstruyó las murallas de la antigua *Itálica*, como para amenazar á la ciudad insurrecta con un sitio sin fin. Esta medida acabó por desconcertar á los sitiados; y como sus fuerzas se hallasen asaz enflaquecidas por los continuados ataques, un último y vigoroso asalto hizo caer la ciudad en poder de las tropas del rey godo. Hermenegildo se refugió en Córdoba, cuya ciudad se entregó muy pronto al vencedor mediante treinta mil monedas romanas de plata. El desgraciado príncipe se habia, por último, refugiado en una iglesia; mas como Leovigildo no se atreviese á profanarla, le envió á su otro hijo Recaredo, prometiéndole el perdon si se presentaba. Seducido con estas promesas, salió de su asilo; mas no por eso el irritado padre dejó de arrancarle las régias vestiduras, y privándole de sus criados y amigos, enviarle desterrado á Valencia.

Fallecido Mir, su hijo habia renovado el juramento de fidelidad al rey godo, como dueño del terreno ocupado por los suevos; empero Andeca, cuñado del jóven rey, le despojó del trono obligándole á retirarse

(1) Provinciæ partem ad regnandum tribuit. *(Juan de Biclar.)* Civitatem dedit, in qua regnaret. *(Gregorio de Tours.)*

(1) Florez cita con relacion á esto la inscripcion siguiente encontrada en la Cartuja de Sevilla:

INNOMINEDOMINI
ANNOFELICITERSECUNDO
REGNIDOM(I)NINOSTRI
ERMINIGILDIREGIS
QUEMPERSEQUITUR
GENITORIBUS
DOMLERVIGILDUSREG
INCIBITATEISPA.
DUCTIDIONE.

El mismo autor esplica asi las dos últimas líneas:
Edificado en la ciudad de *isp.* (hispalis) por el duque Tidion.

á un convento. Leovigildo aprovechó este pretesto para entrar en Galicia, y arrojando del solio al usurpador, le obligó á su vez á buscar su salvacion en un religioso rétiro. El imperio de los suevos pasó desde entonces á ser una provincia dependiente del dominio de los godos, dejando de existir para la historia el año 585.

Durante este año, Hermenegildo que se habia concertado de nuevo con los católicos de Valencia, cansado ya de su destierro y creyéndose fuerte para tornar á la lid, renovó su antigua alianza con los de Bizancio, que le enviaron algunos bajeles con tropas; empero perseguido por el ejército de su padre, y abandonado de los suyos, fué hecho prisionero y encerrado en Tarragona. Allí este desgraciado príncipe, no queriendo acceder á los consejos de los sacerdotes arrianos, negándose á abjurar de su fé, y resistiendo rotundamente á recibir la sagrada comunion de sus manos, fue decapitado en su misma cárcel por órden del rey. Tal fué el trágico desenlace de aquel drama terrible, que aunque encubierto entre las densas nieblas de la historia de aquella época, tiene tanta grandeza y esplendor. Drama que encerraba en su seno el gérmen de un cambio total en la política y gobierno godo de la España. Hermenegildo á causa de su valerosa resistencia á las insidiosas promesas arrianas, fué puesto mas tarde en el catálogo de los santos, venerándole la iglesia como mártir.

Leovigildo, buen rey, pero padre cruel, murió en Toledo en 586. Gregorio de Tours supone que, arriano inflexible durante su vida, entró en sus últimos dias en el seno de la comunion ortodoxa, dejando este buen ejemplo á su hijo Recaredo. Mas como esta suposicion no se halle confirmada por documento alguno, no la creemos admisible.

Recaredo habia comprendido muy bien que el trono godo no se afianzaria nunca en el suelo español, si el monarca no participaba de las creencias religiosas de la mayoría de sus súbditos. Desde que los suevos habian abjurado el arrianismo, la fé ortodoxa dominaba no solo entre los indígenas ó primitivos iberos, sino entre una gran porcion de godos, haciendo prosélitos hasta en la familia real, cuyas gradas del trono se hallaban teñidas con la sangre de un mártir. El catolicismo no era ya para la España una secta ó un partido; era mas bien una segunda nacion mas fuerte y unida que la otra en cuyo seno vivia. De estos dos cultos rivales que se chocaban por do quier, era preciso que uno de ellos quedase vencedor y el otro vencido; y como el ortodoxo era mas antiguo, mas compacto y mas apropiado al clima y costumbres del pais, tenia indispensablemente mas probabilidades de triunfar. La iglesia católica, ese admirable instrumento de organizacion, se encontraba ya allí como una sólida base ofreciendo al poder real fuerza por fuerza y apoyo por apoyo, mientras que el arrianismo, ese ensayo prematuro de rebeldía de la razon humana, no habia hecho, ni podria hacer, como todas las doctrinas prematuras y que solo se alimentan con las pasiones, mas que dar mucha mayor fuerza y valor al dogma que pretendia derribar. Recaredo, pues, sin que tomemos aquí en cuenta su propia conviccion, escogió el que mas apoyo le daba, dando así á la España y á su poder mayores elementos de estabilidad y de órden.

Recaredo dedicó los primeros diez meses de su reinado á preparar su pública conversion, de la cual queria hacer, menos un acto de conviccion privada, que una accion brillante de reconciliacion política. Empezó, pues, castigando con el último suplicio á Siseberto, asesino de su infeliz hermano Hermenegildo, y cuando creyó asaz preparada en su favor la opinion pública, reunió en Toledo un concilio compuesto de los obispos católicos y arrianos para que discutieran libremente sus doctrinas respectivas. Tras largas discusiones y no poco tiempo perdido, Recaredo terminó la disputa, manifestando su voluntad y deseo de entrar en el gremio de la iglesia católica. Reconoció en virtud de esta declaracion la igualdad ó *consubstancialidad* de las tres personas divinas, proclamada en el concilio de Nicea, y exhortó con tanta uncion y calor á los obispos arrianos presentes, que todos imitaron su ejemplo, así como los señores que habian asistido y tenian así uto de derecho en la asamblea (1).

V

Tornemos ohora á nuestro objeto principal.

La iglesia de Valencia habia sufrido, como todas, la influencia de la época y el poder del trono: la secta de Arrio habia conquistado gran número de prosélitos, y los defensores de la fé ortodoxa habian tenido que sufrir persecuciones, humillaciones y destierros. Segun ya hemos dicho, los primeros, patrocinados por Leovigildo y apoyados por sus delegados en el poder, eligieron contra la voluntad de los ortodoxos á Murila por gefe de su grey, mientras que los de Toledo que no habian querido adoptar las doctrinas de Arrio, unidos con los de Valencia que se mantenian firmes en la fé católica, tomaron por obispo á Voiligiselo. El gobierno de este duró poco tiempo, agotadas sus fuerzas con las incesantes calumnias que derramaban sobre él sus enemigos, perseguido por los auxilios espirituales que daba en su destierro al infortunado Hermenegildo, murió dejando huérfana la direccion de los fieles y en plena posesion del mando y cabeza de la diócesis á su competidor.

Empero con la muerte de Leovigildo las cosas cambiaron de faz. Convocado Murila como todos los demas prelados de España al concilio de Toledo, para declarar por única sola y verdadera la doctrina del concilio de Nicea, abjuró públicamente sus errores con estas palabras. «Yo Murila en nombre de Cristo, obispo anatematizado por profesar »los dogmas de la heregía de Arrio, firmo de todo corazon, de mi li»bre y espontánea voluntad y con mi mano esta pública retractacion, »y abrazo y juro defender en adelante los principios y la fé de la san»ta iglesia católica en quien creo.» Desde esta época, pues, se cuenta á Murila en el órden cronológico de los prelados.

Tambien se encuentra en la lista de los que firmaron los cánones del concilio de Toledo la firma de un obispo de Valencia llamado Celcino; mas como las antiguas crónicas nada nos dicen de él, no le incluimos en el órden cronológico de los prelados de esta diócesis.

Fallecido Murila, se eligió en su lugar á *Eutropio*, uno de los mas insignes varones que tenia entonces el estado monástico, monge del monasterio servitano fundado en las inmediaciones de la actual ciudad de Játiva, que perteneció despues á los monges de San Benito, aunque su primitiva fundacion fué bajo la regla de San Agustin. La prudencia y sabiduría de este prelado consiguieron ir restableciendo la paz en los ánimos inquietos, restos todavia de la guerra civil religiosa, al mismo tiempo que con su tolerancia y buen ejemplo disipó lo que quedaba de las heréticas doctrinas de Arrio, que por algun tiempo habian ejercido su absoluto imperio en la valenciana grey. La muerte le arrebató al consuelo de los fieles hácia el año 609 de nuestra era.

Nada se sabe con certeza acerca de su sucesor *Martino*, sino que fué uno de los obispos que asistieron al concilio tercero de Toledo.

Sucedieron á Martino *Murila II* en el año 614, y á este *Mauritacio* en 633; luego *Aniano* en 646 que asistió al cuarto concilio Toletano.

Sucedióle *Felix IV* en el año 636, y á este *Suinterio*, asistiendo al concilio onceno de Toledo, en el cual se demarcaron mas fijamente los límites de la diócesis de Valencia.

Por muerte de Suinterio recayó la dignidad en *Hospital* á tiempo que se celebraba el duodécimo concilio de Toledo, y como no pudiese asistir á él á causa de sus padeceres y achaques, delegó en su lugar al diácono Miturio que por sus virtudes y saber llegó á obtener mas tarde la dignidad episcopal.

Vacante la silla de Valencia por muerte de Hospital, recayó el episcopado en *Altemiro*, llegando hasta el año de 683 que por su fallecimiento entraron á gobernar *Sármata* ó Sarmatano segun algunos, siendo uno de los que asistieron en los concilios 13, 14 y 15 de Toledo: pues al 16 asistió *Uviticelo* que habia sucedido á aquel en la dignidad y cargo episcopal en el año 693.

Vino en pos de Uviticelo *Lupo III*, llegando hasta el año infausto y por siempre memorable de 714, en el cual el rey godo D. Rodrigo perdió en las aguas del Guadalete su trono y su vida. Con suceso tan desgraciado Valencia, como las demas de España, cayó sucesivamente en poder y bajo el yugo del vencedor.

Empero antes de caer esclava, Valencia quiso mostrarse señora y pelear: los cristianos de la ciudad con su obispo á la cabeza opusieron una resistencia tan heróica como desesperada al indomable orgullo de los hijos del profeta musulman: ni hubo privaciones que no se impusieran, ni empresa arriesgada que no acometiesen, ni desesperado valor de que no hiciesen alarde; hasta que mermadas sus fuerzas y abandonados de todos, se rindieron bajo las siguientes condiciones: 1.ª Que se permitiria á sus habitantes continuar viviendo bajo la ley del Evangelio. 2.ª Que se les permitiria tambien elegir los obispos que fueran de su agrado. 3.ª Que para el sostenimiento del culto y sustento del clero continuaria este percibiendo la décima parte de los frutos. Y 4.ª Que se respetarian las propiedades eclesiásticas, iglesias, ornamentos y demas. Accedió á todas estas el vencedor, ocultando su pérfida doblez, pues no bien habian ocupado la ciudad, cuando se apoderaron de la iglesia mayor para convertirla en mezquita. Los fieles aterrorizados, pero no por eso desmayados, consagraron como su metrópoli una antigua capilla que denominaban del Santo Sepulcro, hoy dia dependiente de la parroquial de San Bartolomé.

Grandes tribulaciones acometieron á la iglesia española durante la dominacion de los árabes, pero grande fué tambien el celo que desplegaron los obispos á quienes estaba encomendado el cuidado de sus atormentados rediles. Los prelados de Valencia, mas de una vez per-

(1) Isidoro de Sevilla dice con este motivo: «Recaredus regno est coronatus, cultu præditus religionis, et patris moribus longe dissimilis. Namque ille in religione et bello promptissimus, hic fide pius et pace præclarus, ille armorum artibus gentis imperium dilatans, hic gloriosus eamden gentem fidei trophæo sublimans.»
Juan de Psiclar dice tan solo: «Sacerdotes secíæ arrianæ sapienti colloquio ingressus *ratione potius quam imperio* converti ad fidem catholicam facit....»

seguidos y no pocas encarcelados y desterrados, tuvieron diferentes ocasiones de mostrar la pureza de su fé y la constancia en sus doctrinas, que á la par que imponian y exasperaban con sobrada frecuencia á los sectarios del profeta, aseguraban mas y mas en sus doctrinas y ortodoxia á los discípulos de Jesucristo. Así, despues de la muerte de Lupo en 754, tuvieron que sostener grandes debates *Felix IV*, elegido en 755; *Esteban* en 772; *Pantaleon*, monge de san Benito, en el mismo año; *Marcelo*, monge tambien de la misma orden, en 794; *Felix V*, en 814; *Juan*, en 852; *Manila*, en 857; *Froilano*, en 886; *Egas*, en 892; y *Egas II*, en 919; los cuales no pudieron impedir, á pesar del tratado de rendicion, que muchos de sus diocesanos fuesen cruelmente torturados y sacrificados so pretesto de faltar á las leyes de la morisma, aunque en realidad fuese por el noble orgullo con que proclamaban los principios del catolicismo, y su ódio constante contra sus forzados dominadores. Asi pues, segun asegura el monge Uxalabonio, continuador del gran cronicon de Uberto, fueron muertos en diferentes años por los árabes muchos cristianos que no quisieron abjurar sus principios y dogmas ortodoxos.

En el catálogo de los obispos de Valencia existe un vacío para la historia desde el año 942 hasta el de 1094, en cuya época no se hace mencion de prelado alguno. En este último, y á consecuencia de la conquista de la ciudad, hecha por D. Rodrigo Diaz de Vivar, vulgarmente conocido por el Cid, se nombró por obispo de Valencia á D. Gerónimo Vicechio de Petrágoras, monge, uno de los mas insignes varones que ascendieron á la dignidad episcopal. Francés de orígen y de la noble sangre y familia de los Vicechios, vino á España en compañia del primado de Toledo, D. Bernardo, cuando volvia de uno de sus viages á Roma, confiriéndole una plaza de canónigo en la catedral primada.

Unido con estrechos vínculos de amistad con el capitan conquistador, escogióle este por su confesor y gobernador de su casa, y desde entonces participó de su fortuna próspera ó adversa, partiendo tambien con él el destierro que le impuso el rey D. Alonso el VI, mal aconsejado psr enemigos ocultos y envidiosos de su valia y poder.

Ganada la ciudad, tomaron ambos posesion de ella, consagrando D. Bernardo de Toledo al D. Gerónimo como obispo de Valencia. Empezó su nuevo cargo purificando las mezquitas y erigiendo algunas de ellas en parroquias, colocando á su frente sacerdotes celosos, y completando el cabildo de la metropolitana con la eleccion de canónigos.

Durante su permanencia en la ciudad administró el sacramento del matrimonio á las dos hijas del Cid, que casaron por aquel tiempo en primeras nupcias con los infantes de Carrion D. Diego y D. Fernando, mas bien codiciosos de las riquezas del Cid, que por realzar su honra con parentesco de tanto prez: así es que habiendo faltado villanamente á sus esposas, y vencidos en el campo, donde se decidió sostuvieran su derecho segun costumbres de entonces, con tres soldados del Cid, fue disuelto su matrimonio, y casadas nuevamente por el mismo D. Gerónimo, la Doña Elvira con D. Ramiro, hijo de D. Sancho Garcia de Navarra, y Doña Sol con D. Pedro, hijo del rey de Aragon.

Muerto el Cid, viendo que seria imposible sostenerse contra los continuados ataques de la morisma, que pugnaba sin descanso para volver á posesionarse de aquella rica ciudad, aconsejó el D. Gerónimo á la viuda la desamparasen, y así se hizo, yendo ambos á cumplir la voluntad del héroe difunto, depositando sus restos en el monasterio de S. Pedro de Cardeña.

Desamparada la ciudad, volvieron á ocuparla de nuevo los moros, reinando en ella con todo el despotismo musulman hasta la segunda y definitiva conquista por el invicto D. Jaime I de Aragon.

LUIS MIQUEL Y ROCA.

CARLOTA CORDAY.

(Nuevos pormenores.)

EL SEMANARIO ha dado ya una biografía completa de Carlota Corday. Hoy presentamos una vista de la casa donde ha nacido, y que hasta aquí ni ha sido dibujada ni descrita de una manera positiva. Añadimos á ella una vista de la casa que habitó hasta su partida para Caen, y algunos pormenores inéditos sobre la niñez de esta jóven tan resuelta, tan hermosa, y tan desgraciada.

....Partí de Argentan para ir á reconocer la cabaña donde nació Carlota Corday. No sé que encanto nos induce á visitar los lugares que han habitado los personages célebres. Parece que se busca en la fisonomía de estos lugares algunos rasgos de la de sus célebres huéspedes. Se quiere descubrir las secretas relaciones que los unen, y ver si el hombre ha marcado su morada con el sello de sus placeres, de sus inclinaciones, de sus costumbres particulares, ó si, por el contrario, los pormenores y la disposicion de esta mansion, los lugares que hirieron primero sus miradas, los paisages en medio de los cuales vagaron sus primeros pasos, no han podido, ignorándolo ellos, ejercer una secreta influencia sobre la direccion de sus pensamientos, de sus ideas, sobre su vida misma. Ermenonville y Jerney han visto agruparse bajo sus sombras, despues de la muerte de Rousseau y Voltaire, tantos visitadores como durante su vida célebre, á fines del siglo mas positivo y mas escéptico que hubo jamás. Santa Helena, al perder las cenizas del emperador, no ha perdido al amante poderoso que atraia á sus rocas los buques de todas las partes del mundo. Menores glorias, menores recuerdos tienen tambien sus peregrinos. Carlota Corday ha vivido muy poco tiempo: una nube tan densa cubre la primera parte de esta vida de donde debia descender el rayo, que las menores circunstancias presienten, cuando se trata de ella, un interés particular. Confieso además, qoe la ignorancia en que parece haber permanecido hasta aquí del lugar donde habia nacido Carlota, añadia mi curiosidad de reconocerle, á mi deseo de designarle.

La mayor parte de los biógrafos han escrito que Carlota Corday habia nacido en las Ligneries, cerca de Sies. Las Ligneries distan mas de cuatro miriámetros de Sies, en el camino de Trun á Vimoutiers. Este término se reunió en parte al de Champeaux, y en parte al de Ecorches, treinta años ha.



(Carlota Corday.)

Habia salvado rápidamente las alturas de Villedeinles-Bailleus, de donde la historia hace descender á los Bailleus, reyes de Escocia: atravesé la vasta llanura amarillenta, en medio de la cual el riachuelo, la Diosa dibuja sus caprichosos giros entre la espesura; la aldea de Trun, cuya iglesia nada ofrece de notable, y por último, emprendí el camino de Vimoutiers.

A corta distancia de Trun, me detuve junto al camino en una antigua quinta que pertenecia en otro tiempo á los moros, y que se llama el Bisson. Es una de esas construcciones tan comunes en Normandía, troneras redondas y ventanas con cruces de piedra que quizá hayan visto la guerra de la Liga: escudo de armas en la fachada principal, con la fecha del año 1695: árboles viejos, fosos profundos, jardines dilatados, caballerizas mas hermosas que la casa. Un pórtico con pasamano de hierro ocupa la parte anterior, y se estiende bajo las ventanas del salon. Algunos ancianos recuerdan haber visto á Carlota jugueteando con otros niños en el balcon, cuyos juegos eran vigilados desde la sala. Hallábase allí vestida con un traje sencillo de tela encarnada, con los hombros y brazos desnudos, y su larga cabellera flotante. Dícese en el pais, que solo los peinó á la edad de 14 años; *peinar* quiere decir sin duda *rizar*. Grave y pensativa, se mezclaba poco en los juegos de sus jóvenes compañeros, ó mas bien solo se

mezclaba por capricho con el estrepitoso ímpetu y maneras imperiosas de un muchacho para separarse muy pronto. En la campiña, su placer era reunir bandadas de niños y capitanearlas ó instruirlas. Al abandonar esta casa, aquel pasamano, y aquel pórtico, testigos de sus juegos infantiles, me volví muchas veces. Parecíame entrever la á través del follage, pensativa en el derruido pórtico; el eco de sus alegres gritos heria mi oido á través de tantos años. Ilusion y quimera sin duda; pero desde este momento, la idea de Carlota Corday no se separó de mi: fué mi compañera fiel hasta el fin del viaje.

Un poco mas allá del Bisson, entré en la casa del alcalde de Ecorches, hoy depositario del registro del estado civil de la antigua parroquia de las Ligneries. Hé aquí la copia que me dió del estracto de la fé de bautismo de Carlota Corday:

«El 28 de julio del año 1768, por nos el infrascrito cura de las Ligneries, ha sido bautizada Maria Ana Carlota, nacida ayer del legítimo matrimonio del señor Santiago Francisco Corday, hidalgo, señor de Armont, y de la noble señora Carlota Maria Jacoba de Gotier su esposa, de esta feligresía (1), siendo padrino el señor Juan Bautista Alejo de Gautier, hidalgo, señor de Mesnival; y madrina, la noble señora Francisca Maria Ana Levaillant de Corday.»



(Casa en que nació Carlota Corday.)

Las noticias que me dió el alcalde, y otras que yo recogí durante el viage, me condujeron, despues de titubear algun tanto, al hogar que buscaba.

Habiendo llegado á la posada llamada Farou, punto culminante de la cadena de colinas que separa el valle de Trun del de Vimoutiers, emprendí el camino de la derecha, y despues de un cuarto de hora de marcha á través de prados, bosques y campos, llegué al Ronceray, casa donde Carlota habia nacido. El Ronceray depende de la porcion del término de las Ligneries, reunida á la de Champeaux.

Esta casa se oculta en el fondo de un valle frondoso á la sombra



(Casa en que pasó su infancia Carlota Corday.)

de manzanos elevados y viejos perales, en medio de un vergel. No se la vé hasta el momento de entrar en ella.

Nada mas sencillo, mas mezquino. Dos piezas habia únicamente en el cuarto bajo; paredes enjalbegadas con cal, suelos destruidos, grandes vigas toscamente labradas, una chimenea sin adorno; encima un granero que reemplaza á un álto piso destruido hacia mucho tiempo, y un techo de tejas que reemplaza á uno de paja. Las paredes esteriores son de ladrillo en la parte inferior, y en el resto de madera y tierra. Nada distingue esta construccion de todas las quintas esparcidas en los vergeles del pais de Auge.

A alguna distancia hay un jardin estenso, rodeado de un cerco de espinos. Dos viejos avellanos, únicos contemporáneos de la niñez de Carlota, la habrán visto juguetear á sus pies. Los establos y demás

(1) Las palabras *de esta feligresía* no se hallan en las copias de esta pieza publicadas hasta aquí.

dependencias están diseminados en la pradera. En un prado inmediato, tres viejos nogales parecen indicar el sitio de una antigua casa mas importante.

Al lado de la casa se ocultan dos balsas bajo los mimbres y juncos, demasiado cenagosas para que pueda verse en ellas, como dice Mr. Esquirós, la imágen de la vida de Carlota Corday, «tranquila y pura á la »sombra de las ramas, pero turbada mas tarde tan profundamente en »nuestras populosas ciudades por el contacto de las revoluciones» (1).

Como quiera que ello sea, en esta miserable cabaña fué donde nació esta jóven singular, á quien su valor y su belleza han absuelto de su crimen, esta sobrina que el gran Cornelio, adoptó por hija; esta alma de romana en un cuerpo encantador. Carlota Corday ha corrido por estas yerbas, cogido estas flores, dormido bajo estos árboles. Allí fué donde hizo, en un estado casi indigente, el primer aprendizage de la vida. Este limitado horizonte encerró sus primeras ideas, sus primeras sensaciones. He cumplido mi peregrinacion.

El Ronceray pertenece hoy al señor Lannay. Hace tanto tiempo que salió de la posesion de los Corday, que apenas les recuerdan los habitantes del pais.

Carlota, muy jóven aun, la abandonó para ir á habitar, con sus parientes, el que se llamaba sin fundamento alguno castillo de Chatigny.

Este pretendido castillo solo es una casita situada en el término del Menil-Imbert, á un miriámetro próximamente del Ronceray. Allí se hallaba el antiguo palomar donde Carlota instruia á los niños. M. Corday era el menor de los hermanos, y por consiguiente nada rico. Habitaba con su familia en la campiña todo el año. Carlota Corday perdió jóven aun á su madre. Abandonó entonces á Glatigny para ir á habitar á Cacu, en la abadía de las Señoras, que solo abandonó en el momento de la revolucion.

En Glatigny, por lo demás, como en Ronceray, nadie vió á Carlota Corday, nadie puede hoy dar pormenores sobre su vida, su carácter y sus costumbres. ¿Por qué hirió á Marat? Porque Marat habia hecho morir á su hermano; hé aquí lo que contestan los labriegos. La historia es ya leyenda, porque los hermanos de Carlota Corday habian emigrado y vivian en el mes de julio del año 1793. ¿Cuál fué el sentimiento del pais cuando se supo su muerte? Muchos la compadecieron, porque era una *valiente jóven;* solo *los mal intencionados* la condenaron. El sentimiento general, hablando de ella, es un sentimiento de gratitud y de respeto.

Carlota Corday murió á los veinticinco años, en toda la flor radiante de su juventud y de su hermosura; por lo mismo permanecerá perpetuamente jóven y hermosa en la historia. Verásela siempre con la frente pura, la espresiva mirada, los lábios de coral y desdeñosos, las mejillas encendidas por la cólera contra Marat, llena de altivez en el tribunal revolucionario y de pudor en el cadalso. Supongamos ahora que hubiese podido salvarse por medio de la fuga, que el tribunal se hubiese engañado condenándola solo á galera perpétua, que un nuevo Thermidor la hubiese arrebatado al verdugo, que viviese todavía.... Carlota Corday tendria hoy mas de setenta años; seria esta quizá una muger anciana y fea, de color subido, cascada, arrugada, caprichosa, pegando á sus criados y acariciando á su perro. Admirariase de su gloria, ó lo que es mucho peor, se hubiera envanecido de ella. Hubiera visto condenar á uno de sus sobrinos en Argentat, muy próximo á su cuna comun; hubiera oido mil voces chillonas que disecaban su grande accion como se diseca un cadáver, sin poder hallar en él ni apoderarse del alma invisible; hubiera debido inclinarse bajo el peso de las circunstancias atenuantes que la hubieran impuesto los mas justos de sus jueces. Hubiera muerto paulatinamente, y era mas apreciable morir como lo ha hecho, al sol de la historia, no lejos del cadáver de Marat.

Termino publicando una carta inédita de Carlota Corday, dirigida á un cierto M. Le Cabalier, de Cacu, y conservada por M. Vantier de la misma ciudad, en su rica coleccion. M. Le Cabalier habia dirigido poesías á la tia de Carlota Corday. Conservo la ortografía.

«No puedo, caballero, manifestaros mi reconocimiento por la obri»ta que os habeis dignado escribir con el título de *Muy amada*, cuando »os participan los aplausos y homenages que ha producido á su autor »aunque desconocido, porque he llegado con dificultad á saber á quién »debo estar agradecida. Nada describe mejor nuestros sentimientos »que estos versos tiernos. Os ruego, caballero, esteis persuadido del »agradecimiento y de los sentimientos respetuosos con los cuales soy »de el autor de la *Muy amada*, la muy humilde y obediente servidora.

CORDAY.

19 de setiembre.

(1) Esquiros, *Carlota Corday*, pág. 19.

DOLORES.

CAPITULO VII.

SEIS AÑOS DESPUES.

El castillo de Castro-Xeriz, en que fundaba su título D. Diego Gomez de Sandoval, adelantado de Castilla, no era de las innumerables moradas feudales de que sembró la edad media el suelo de la Europa: su arquitectura indicaba á primera vista una obra de los romanos, y los restos que aun subsisten prueban la gran solidez de construccion, que caracteriza á los edificios del mencionado orígen. En aquella imponente fortaleza tuvo Julio César, segun aseguran algunos, un punto de apoyo cuando la guerra contra los vándalos; segun otros, fué la defensa que exprofeso se formó aquel grande hombre en sus luchas con Pompeyo. Lo que se sabe con mas certeza es que en ella gimieron, víctimas del rigor de D. Pedro de Castilla, dos desventuradas princesas (1), y que en épocas posteriores sirvió algunas veces de teatro á magníficas fiestas de poderosos magnates, porque situada á siete leguas de Burgos, y dominando la antigua villa cuyo nombre tomó, pareció digno punto de reunion á los nobles de aquella comarca, que debian á su valimiento la honra de preparar allí suntuosas cacerías y espléndidos banquetes. Los villanos del contorno conservaban por largo tiempo los recuerdos de aquellos regocijos, por la liberalidad que solian usar sus señores en tales ocasiones, y por las inequívocas muestras que dejaban por lo comun de la irresistible fuerza de sus galantes caprichos.

Pero en 1431, que es la época de que vamos á hablar, hacia seis años que no alteraba nada la magestuosa calma del soberbio castillo, residencia habitual de la noble señora doña Beatriz de Avellaneda, esposa dignísima del primer conde de Castro.

Desde que el cielo le arrebató su hija, se habia hecho insoportable para aquella dama la tumultuosa vida de la corte, y pocos dias despues del triste suceso á que hemos aludido, se la vió sepultar su interminable dolor entre los espesos muros de aquel vasto edificio, que no abandonó desde entonces por mas que se empeñaron en arrancarla de su soledad los deudos y amigos á quienes apenaba justamente tan prolongado retiro. Profundo era el aislamiento en que vivia allí la desdichada madre: no admitia visitas; no conservaba de su numerosa servidumbre sino á la dueña Mari-García y á la doncella Isabel Perez, y rarísima vez alcanzaba el alcaide de la fortaleza la alta honra de presentar sus respetos á la afligida señora, que ni aun á su capellan recibia en las habitaciones que ocupaba, limitándose á oir la misa, que hacia celebrar los dias de fiesta en su capilla particular, desde una elevada tribuna cerrada por espesas rejas.

Las circunstancias de ser el capellan lejano deudo suyo, y el alcaide un servidor antiguo de su casa, no eran parte á que depusiera la condesa su sistema de absoluta reserva. El ministro de los altares se resignaba á ella, y Rodriguez de Sepúlveda (que era el alcaide mencionado), no parecia admirado por los mas singulares caprichos de aquella ilustre hembra, á cuya familia habia consagrado su vida desde los años mas tiernos, sirviendo largo tiempo de escudero á D. Juan de Avellaneda, por recomendacion del cual alcanzara mas tarde el honroso cargo que en 1431 desempeñaba lealmente.

El mismo conde de Castro y los hijos que le eran tan amados, se hallaban incluidos en la general proscripcion. Doña Beatriz habia declarado que todos, sin escepcion, debian respetar su retiro, hasta que atenuado su dolor se hallase capaz de volver á la sociedad de las personas queridas; y aunque seis años transcurridos no hubiesen causado en el espíritu de la dama modificacion alguna, el complaciente y respetuoso marido se sometia todavía al rígido decreto de una separacion indefinida, contentándose con escribir largas y cariñosas cartas en que agotaba su elocuencia para persuadir á su esposa de la necesidad de que se terminase pronto tan dolorosa ausencia.

Doña Beatriz, empero, no cedia jamás: su sombría y taciturna tristeza se esquivaba del influjo poderoso del tiempo, cobrando cada dia mas grave y adusto aspecto; mas no era por cierto estraordinaria aquella especie de misantropía en una pobre mujer que en solos seis años habia perdido sucesivamente una hija adorada en la aurora de la juventud; un hermano querido, en toda la fuerza y lozanía de la edad, y un sobrino lleno de porvenir y esperanzas, citado ya en lo mas florido de su vida como ejemplo singular de caballerescas virtudes.

Don Juan de Avellaneda y Gutierre de Sandoval habian sobrevivido poco tiempo á la malograda Dolores. Murió el uno casi de repente en los dias en que se regocijaba con la halagüeña esperanza de ser en breve padre, y el otro sucumbió en un torneo, á manos de D. Alvaro de Luna, condestable de Castilla. Circunstancia era esta que parecia creada exprofeso para mas atizar el recíproco aborrecimiento que, sin

(1) Doña Leonor, madre del infante don Juan de Aragon, y doña Isabel Nuñez de Lara, esposa del mismo.

causa aparente hasta entonces, dividia ya á los condes de Castro y á los de Santisteban, desde el funesto suceso que desbarató tan inopinadamente el enlace convenido entre aquellas dos casas poderosas.

Don Alvaro, aunque se mostró apenado, cual era natural, por aquella gran desgracia, cobró desde entonces manifiesta adversion á la infeliz familia á quien mas directamente lastimaba, ya fuesen aquellas disposiciones un caprichoso efecto de su disgusto al verse contrariado por la suerte en uno de sus mas declarados deseos; ya ocultase en el fondo de su alma alguna horrible sospecha que no quiso nunca comunicar con nadie. Como quiera que fuese, no eran indispensables secretos motivos para esplicar la ojeriza del condestable contra el adelantado, y la exacta correspondencia que no tardó en encontrar; pues bastante causa se juzgaba la respectiva posicion de aquellos magnates y el estado de las cosas en aquellos tiempos de parcialidades y revueltas.

El uno de ellos continuaba ejerciendo esclusivo dominio en la voluntad del rey; el otro estaba unido estrechamente á D. Juan de Aragon, ya rey de Navarra, que era entonces la principal cabeza del bando descontento, empeñado en hundir la escandalosa privanza del condestable.

Aquella faccion poderosa que ponia espanto á D. Juan II, pero que no alcanzaba á diminuir su ciega deferencia por D. Alvaro ni la arrogancia de éste, habia logrado atraer á sus intereses al monarca aragonés D. Alonso V, y se jactaba con razon de contar en sus filas á los mas ilustres magnates castellanos.

Vencida una vez la potestad real, se habia visto obligado el soberbio valido á dejar por algun tiempo la córte: mas su breve destierro solo sirvió para proporcionarle nueva ocasion de triunfo, porque las disidencias y rivalidades que inmediatamente sobrevinieron entre sus ambiciosos adversarios, ansioso de heredar cada cual esclusivamente el favor de que querian desposeerle, contribuyeron no poco á facilitar al soberano la vuelta de su favorito, que ausente como presente continuaba siendo constante y único objeto de su cariño y confianza. El mismo rey de Navarra, el mayor y mas temible enemigo de D. Alvaro, cooperó entonces, segun pública voz, á su regreso á la córte; ya fuese en venganza de los que osaban disputarle el derecho de sustituirle en el ánimo de D. Juan II, ya que desconfiando de lograrlo, quisiese ganarse por aquel medio el afecto y la gratitud del rey de Castilla y su privado. El resultado, empero, no correspondió á sus esperanzas, si tales concibió, pues restituido el condestable á su antiguo poderío, se cuidó poco de los buenos oficios del nuevo rey de Navarra, obligándole mal su grado á marcharse á sus estados y á no mezclarse en cosas de los agenos. Igualmente hizo alejar de su augusto favorecedor á cuantos personages se habian mostrado contrarios, ó siquiera indiferentes á sus intereses particulares, haciéndose entonces, mas que nunca, ostensible su orgullo y absoluta su autoridad.

El vengativo D. Juan tornó, como era consiguiente, á encenderse en saña contra aquel altanero advenedizo, y no tardaron en declararse abiertamente las hostilidades de Navarra y Aragon contra Castilla, que encerraba en su propio seno no pocos enemigos de la misma causa que debia defender. Era uno de estos D. Diego Gomez de Sandoval, que á fuer de ardiente amigo del monarca navarro, necesitó sin duda toda su lealtad de súbdito del castellano, para limitarse á una aparente neutralidad que no siempre supo conservar, y que nunca le pareció sincera al suspicaz condestable.

No entra por cierto en nuestro plan el trazar en este corto episodio del revuelto reinado de D. Juan II, un cuadro exacto de aquellas luchas escandalosas que llegaron á encender la guerra entre tres estados de la península española, cuyos reyes estaban enlazados por estrechos y respetables vínculos: solo diremos lo que á nuestro objeto conviene, y es que D. Diego Gomez de Sandoval perdió la gracia de su rey y fué considerado por D. Alvaro de Luna como uno de sus mas irreconciliables enemigos.

En el año de que hablamos al comienzo de este capítulo, una tregua que varios sucesos hicieron indispensable, suspendió felizmente las hostilidades entre los tres reinos; pero el conde de Castro no se habia resuelto, sin embargo, á presentarse en la córte, continuando retirado en una de sus villas, y únicamente ocupado como ya dijimos, en escribir largas cartas á su dolorida consorte, en solicitud de una reunion que todavía retardaba la adusta y misantrópica amargura de aquella muger estraordinaria. El tiempo que habia atenuado con su irresistible poder la desolacion del padre, parecia impotente contra la tétrica tristeza del alma de la madre, aunque entre aquellos dos individuos no fuese el mas tierno y apasionado el que aparecia entonces mas constantemente sensible.

Algunas semanas habian pasado sin que la castellana de Castro-Xeriz recibiese misivas de su esposo, y ya comenzaba á inquietarla tan desusado silencio, cuando un dia se vió turbada de pronto la silenciosa calma de su retiro con la imprevista llegada de aquel personage. Tan agena se hallaba la condesa de imaginar como posible semejante infraccion de sus severas órdenes, que el adelantado se instaló en el castillo antes de que se repusiera la que lo habitaba de su muda y estremada sorpresa, que parecia mezclarse con alguna turbacion. El conde, siempre cortés y sumiso con la que era objeto de su invariable ternura, se apresuró á calmarla.—Perdonadme, Beatriz mia, la dijo cuando se vieron solos: os he desobedecido y leo en vuestro semblante que dais harta gravedad á mi disculpable falta; mas espero desenojaros completamente al haceros saber las poderosas razones que me han obligado á venir sin vuestro permiso.

—Don Diego, contestó la dama, con visible alteracion en el acento vibrante de su imperiosa voz: cualesquiera que sean las causas que os hayan traido, creo que no prolongareis vuestra permanencia en este vasto sepulcro en que os he rogado me dejeis sumida con mi perpétuo dolor. Os debeis á vuestra patria, á vuestra familia, cuyo honor, nunca mancillado, os toca abrillantar con nuevos timbres; pero yo nada tengo que hacer en el mundo, y solo ambiciono y os pido la soledad y el descanso.

—Los tendreis, mi querida Beatriz, repuso el conde; pero no podeis ya buscarlos en estos sitios. Es absolutamente preciso que abandonemos á Castro-Xeriz esta misma noche: no existe seguridad para nosotros cerca del rey de Castilla. Estoy en completa desgracia, y no hay tiempo que perder si hemos de ponernos á cubierto de los golpes de su enojo, que atiza asaz diligente el conde de Santisteban.

—¡El conde de Santisteban! esclamó la condesa: ¡siempre ese hombre! ¡Y bien! añadió despues de un minuto de pausa: ¿qué queja tiene de vos el condestable de Castilla? ¿No estuvísteis pronto á enlazar con la suya vuestra estirpe? ¿No os echásteis, por satisfacer su ambiciosa vanidad, aquel borron que hubiera sido público y eterno, si la muerte no interpusiera para impedirlo su riguroso decreto?

—En nombre del cielo, dijo el conde, no mencioneis sucesos que son harto dolorosos para ambos. Pluguiese á Dios que á precio de la flaqueza que me echais en cara, se hubiese podido rescatar la preciosa existencia que al acabar se llevó consigo toda la felicidad de la mia!

Calló un instante para sobreponerse á su emocion, y luego prosiguió:

—Don Alvaro de Luna jamás tuvo en mí un partidario, ni pudo esperarlo su demencia; mas parece que el infausto acontecimiento, á que habeis aludido, encendió mas nuestros ódios recíprocos, y'en cuanto á él, pudiera presumirse al observar su declarada saña, que quiere vengarse en mí de la Providencia que desbarató sus planes. Durante la guerra con Aragon y Navarra he puesto en práctica cuanta prudencia era posible en mi comprometida posicion; pero no obstante, el condestable de Castilla me infama en la córte acusándome de rebelde, y el rey D. Juan II me arma lazos para perderme. Con pretesto de consultarme sobre el pensamiento que tiene de declarar guerra á los moros de Granada, háme enviado á llamar por dos veces; y cartas que he recibido al mismo tiempo, de personas que me son afectas, me han advertido que se está tramando mi ruina, y que si me presento en la córte seré preso inmediatamente.

—No debeis presentaros, contestó con resolucion doña Beatriz. Marchaos á Navarra y dejadme el cuidado de justificaros. Haré el sacrificio de abandonar mi retiro: iré á la córte: hablaré al rey.

—Nada lograriais con ello, mi buena esposa, replicó tristemente Sandoval. El rey no tiene oidos sino para D. Alvaro de Luna, y apenas sea conocida mi ausencia de Castilla se aprovechará ese pretesto para encausarme y despojarme de mis fortalezas. En esta persuasion no puedo consentir en dejaros sola, espuesta á los insultos de un bando furioso, y á las injusticias de un príncipe, ciego instrumento suyo.

Doña Beatriz se turbó visiblemente con esta insistencia de su esposo, y casi consternada esclamó: —Pero yo no puedo ir con vos..... no puedo absolutamente.

—¿Cuál es, pues, el obstáculo que hallais? dijo sorprendido el conde. Esplicaos, Beatriz, porque comienzo á encontrar sobrado misteriosa y singular la conducta que observais conmigo.

La condesa, mas y mas desconcertada, articuló balbuciente algunas frases sin sentido, y creciendo á medida de aquel embarazo manifiesto el descontento y la estrañeza del conde, iba á espresarlos sin duda en términos amargos, cuando se hizo percibir leve rumor de cercanas pisadas, y casi instantáneamente el de una puerta que se abria con precaucion á espaldas de la condesa. Volvió ésta la cabeza con un estremecimiento involuntario, pintándose en su rostro indescribible susto, de tal modo, que llamando la atencion de su marido, siguió maquinalmente con los suyos la direccion de sus ojos. Mas solo vió á Isabel Perez que, asomándose por la puerta entreabierta, dirigia á su señora un gesto significativo, que tuvo, segun todas las apariencias, el poder de calmar su inesplicable zozobra; pues aunque al momento desapareció la doncella sin proferir palabra, la condesa se encaró á su marido con aspecto mucho mas tranquilo y afectuoso, diciéndole al mismo tiempo:

—Creo conveniente á vuestros intereses que yo permanezca en Castilla algunos dias mas, y os empeño mi palabra de seguiros muy pronto, si no consigo justificaros con el rey. Partid vos con nuestros hijos, don Diego; poned en seguridad vuestra persona: mas antes descansad algunas horas cerca de vuestra esposa, y aceptad de su mano un corto refrigerio.

El conde, pasmado de cuanto observaba desde su llegada al castillo, guardó un instante silencio, y rompiéndolo bruscamente, en el momento en que se levantaba su mujer para ir á dar las disposiciones necesarias al obsequio con que le habia brindado, esclamó con amargura:

—¿Estais, pues, determinada á no acceder á mis ruegos? ¿Persistís en quedaros, despues de haberos asegurado que vuestra intercesion no tendrá ningun favorable éxito?

—Os he prometido reunirme á vos en cualquier parte en que os halleis, respondió la condesa, pero no saldré del castillo sin haber intentado el defenderos: confundiendo á nuestros enemigos.

—¿Y si yo os prohibo tan inútil como peligrosa defensa? replicó enojado el conde: ¿si yo os mando acompañarme, terminando de una vez la caprichosa separacion á que me teneis condenado hace seis años?

—No os juzgo capaz de emplear la fuerza para arrancarme de este asilo, dijo doña Beatriz sin alterarse, y solo por medio de ella podríais conseguirlo.

El conde, despechado, detuvo á su mujer que iba á dejar la estancia, y pronunció entre triste y colérico: —Pues bien, quedaos en buen hora, y continuad á vuestro placer la estraña conducta que os habeis propuesto. Parto inmediatamente para alcanzar á mis hijos, que me llevan dos horas de ventaja, pues quiero que entremos juntos en Nájera, que es el punto á donde por de pronto me encamino. Recibid mi despedida, Beatriz, y por si no volvemos á vernos, sabed que os perdono cuanto sufrir me haceis, y que os agradezco siempre los dias venturosos que en otro tiempo me disteis.

Hizo una reverencia á la dama concluyendo esta frase, y tornando á ceñirse su espada salió precipitado del aposento.

Resuelto estaba á abandodar el castillo sin mas demora, y con tal intencion atravesaba aceleradamenle una de las galerías, llamando á grandes voces al alcaide para comunicarle sus órdenes, cuando le salió al encuentro la dueña Mari-Garcia, á la que no habia vuelto á ver desde la muerte de Dolores. Tan flaca y cadavérica se encontraba despues de aquella época la desgraciada vieja, que apenas pudo reconocerla el conde. Ella debió observarlo, y se apresuró á decirle.—Soy Mari-Garcia, señor D. Diego; ó mejor diré; soy un lastimoso resto de ella, que está reclamando el sepulcro. Dios sin embargo, en su infinita piedad, no ha querido apagar la última chispa de vida que queda en este cuerpo ruinoso, sin concederme antes el consuelo de ver á vuesa merced y pedir de rodillas su perdon.

—¡Mi perdon! esclamó el conde: ¿pues en qué me habeis ofendido, pobre anciana?

—Yo lo diré todo, pronunció Maria echando en derredor una mirada recelosa: todo! Pero estoy temblando de miedo: me espian, señor..... me temen! La condesa me mataria si me viese hablando con vuesa merced. En nombre del cielo no dejeis este castillo sin darme tiempo á que os revele el cruel secreto que atormenta mi alma. Os interesa en sumo grado conocerlo.

—¡Un secreto! repitió el adelantado, temblándole ya los labios: ¡un secreto de mi muger!

—Oigo pasos: dijo la vieja con estrema zozobra: huyo... huyo de aqui, señor! pero no olvideis lo que os he dicho: no me dejeis morir con un atroz secreto encerrado en el alma.

Apenas dijo esto, huyó la vieja, como lo habia indicado, dejando atónito á D. Diego, y casi al instante mismo entró por otro lado la condesa, que seguia á su marido, apenada sin duda por la manera fria y amarga con que terminaran aquella entrevista, despues de seis años de separacion dolorosa.

—¿No os detendreis siquiera algunos minutos para tomar un refrigerio? dijo cariñosamente á su esposo.

—Sí: contestó el conde todo inmutado; sí: descansaré un rato... debo hacerlo, pues lo quereis. Mandad que me dispongan un lecho, lejos de vuestro aposento... para no molestaros. Necesito dormir un poco.

—Antes, espero que me hareis en la mesa compañía, tornó á decir la dama.

—Despues... despues de que repose algunos instantes, replicó don Diego tartamudeando. Ahora estoy quebrantado: me siento malo.

El semblante demudado del conde daba tan evidentes muestras de la verdad de lo que decia, que doña Beatriz, atribuyéndolo todo al disgusto y enojo que le habia causado negándose á seguirle en su fuga, redobló las demostraciones de cariño, y le condujo por sí misma á la pieza de aquel departamento del castillo en donde se le dispuso la cama. Sirvióle en seguida por su propia mano un vaso de vino con panetelas, y encargándole que se acostase y procurase dormir, lo dejó solo. Ya comprenderá el lector cuán imposible era que gozase D. Diego del reposo que fingia anhelar y que le deseaba su esposa. Las misteriosas palabras de la dueña escitaban en su corazon sentimientos que le eran desconocidos hasta entonces. La virtud de doña Beatriz y la confianza en ella que habia sabido inspirarle, le preservaron constantemente hasta del menor asomo de celos; mas de improviso, y á pesar de sus propias convicciones, asaltaba aquella pasion tirana el descuidado pecho del adelantado, causándole tan gran perturbacion y tan violenta ansiedad, que llegó á imaginar imposible el soportarla sin morir. Apenas se encontró solo, comenzó á recorrer á largos pasos la espaciosa estancia en que se hallaba, revolviendo entre sí mil confusas ideas á cual mas disparatadas, y con tales gestos de dolor y rabia, que lo hubiera tomado por demente cualquiera que lo hubiese visto durante aquellos momentos de indescribible agitacion. Parábase, empero, de vez en cuando, y prestaba silenciosamente el oido al mas leve rumor que imaginaba percibir, esperando que la dueña viniese á buscarle para darle la esplicacion de sus singulares anuncios; mas cuando pasó media hora sin que nadie apareciese á disipar ó á confirmar sus recelos, no pudo contener mas su dolorosa impaciencia, y abriendo de súbito la puerta, se lanzó fuera del aposento y comenzó á andar sin saber adonde, pero animado con la esperanza de encontrar á Maria, que acaso estaria acechando la ocasion de hablarle. Desiertas estaban las varias piezas que recorrió en un momento; parecia que todos los moradores de aquella parte del señorial edificio se habian hecho invisibles, y el conde, cuya anhelante impaciencia iba creciendo de punto, á medida que se prolongaba, se decidia ya á llamar á la dueña en altas voces rompiendo toda clase de miramientos, cuando pasando cerca de una puerta que se encontraba cerrada, le pareció que oia hablar detrás de ella, y prestando mayor atencion, no le quedó duda de que habia gentes en aquella cámara. Aplicó el oido con profundo silencio, y pudo distinguir las siguientes palabras, que parecian pronunciadas de intento para llevar al último estremo los penosos sentimientos que atormentaban su alma.

(*Concluirá.*)—G. G. DE AVELLANEDA

San Juan de Villatorrada.

San Juan de Villatorrada es un pequeño lugar de Cataluña situado al pié de los Pirineos. Lo que mas llama cerca de él la atencion son los montes que van asomándose despues de pasada la villa de Ripol, hácia el Norte, mayormente el Puigmal, que parece el gigante de todos cuantos haya podido ver el viagero en toda la Península.

Las dilatadas praderas que se encuentran en el término de Campdevanol, seguramente son de lo mas hermoso que hay. El camino que sigue constantemente la orilla izquierda del Tréser ofrece unas perspectivas encantadoras. Se pasa este rio en el puente de la Cabrera, y entonces el viagero lo lleva á su mano derecha.

Desde ahora es preciso dejar á un lado la naturaleza, para detenerse á considerar los monumentos del arte. Lo primero que se ofrece á la vista es un trozo de camino escabado en una prolongacion de peñascos, parecido en esta parte al que se encuentra en Galicia, construido de órden de Trajano que llaman *Los codos de Laronco*.

En este paraje se hallan unas como fajas de peñas que á primera vista parecen unos diques para detener el enorme peso de los montes; en una de estas fajas ó listas, y cuando la peña llega á su mayor espesor, es en donde se encuentra una grandisima cortadura, por la cual pasa el camino que conduce á la villa de Ribas. Como una hora antes de esta villa, y tocando casi al mineral de aguas, tan saludables y conocidas en Cataluña, es en donde se encuentran *Las Cuevas de Ribas*. Son estas cuevas unas habitaciones antiquisimas construidas en la peña á entrambos lados del camino. Conduce á ellas una entrada tan angosta, que no admite sino una sola persona á la vez. Si algun viajero intenta introducirse en alguna de ellas, la oscuridad, el miedo y el terror que le causa, le priva el gusto de poder ver aquellos sepulcros construidos para los vivos. Su situacion es muy melancólica y fúnebre, á una elevacion estraordinaria del camino, y casi perpendicular á él, se ven unas mezquinas ventanas que corresponden á las entradas que llevo dichas. Siguiendo con la vista la prolongacion del peñasco se notan á alguna distancia del camino las mismas ventanas hechas en malecones de piedra formados en las aberturas de las peñas. Todo lo cual induce á creer que estas miserables moradas han sido algun dia habitacion de un pueblo desgraciado, que en tiempo de alguna persecucion ha buscado su asilo en aquel espantoso lugar.

En la época de los árabes, tomadas las ciudades de Gerona, Manresa y Vich, se vieron los fieles y valientes catalanes precisados á refugiarse á los montes de Ripoll, allá á principios del siglo octavo, segun parece. ¿Tendria nada de estraño que este notable sitio fuese otra segunda Covadonga, á donde se refugiase algun D. Pelayo catalan?

Imp. del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL EX-CONVENTO DE JESUS POBRE.

En la parte superior del renombrado valle de San Bartolomé, que es de los sitios mas pintorescos, fértiles y amenos de la provincia de Alicante, dando frente al Mediterráneo, del que solo dista una hora, y á la raiz ó falda meridional del monte Mongó, se halla edificado el modesto y sencillo ex-convento de Jesus Pobre, cuya vista ofrecemos á nuestros lectores á la cabeza de este artículo.

Su fundacion se debe al venerable P. Fr. Pedro Esteve (1), virtuoso anacoreta, quien visitando un dia las ermitas del Mongó dedicadas á San Gerónimo, San Nicolás, Santa Paula, San Bartolomé, San Antonio Abad y otras, en varias de las cuales subsiste aun el culto, vió en una la efigie de Jesucristo, como estaba cuando le pusieron en el sepulcro, del grandor de media vara, cuya efigie pidió al santero ó ermitaño y la condujo, por de pronto, á una cueva, titulada de la Magdalena.

En 1642, auxiliado por los vecinos de los contornos y prévias las licencias necesarias, hizo labrar el P. Esteve el ex-convento que nos ocupa y su pequeña iglesia, que ciertamente no tienen uno y otra ningun mérito artístico, en cuyo altar mayor de la segunda colocó dentro de una urna, segun continúa hoy espuesta á la veneracion pública, la efigie de Jesus, que llamó pobre, por lo deslucido, mediano y desaseado de su escultura y pintura.

La celebridad de su santuario cundió al momento tanto por todo el reino, que la reina doña Isabel de Borbon tomó bajo su proteccion y amparo una de las capillas del nuevo eremitorio; su hija la infanta doña María Teresa, luego reina de Francia, otra; la escelentísima señora condesa de Medellin, camarera de S. M., otra; y la marquesa de los Velez otra; y ademas, se sabe que la primera dió para los gastos de la obra cuatro mil reales, y que la citada condesa de Medellin cargó mil ducados sobre la ciudad de Denia para que de sus réditos se dijese una misa en el referido eremitorio todas las fiestas del año.

Es tal y tan grande la devocion que se tiene en los pueblos comarcanos, y hasta en otros distantes, á Jesus Pobre, que muchas personas van á visitarle durante el año, pero principalmente el tercer dia de Pascua del Espíritu Santo, en el que es estraordinario el concurso.

Tambien suele encontrarse con frecuencia en los caminos que conducen desde Alicante, Jábea, Denia, Valencia, etc. á dicho ex-convento, tripulaciones de buques náufragos ó que en sus largos y siempre arriesgados viages se han visto en terribles apuros, cuyos individuos en union de sus familias y amigos y llenos todos de recogimiento y de envidiable fé, van por lo regular descalzos los primeros á cumplir sus votos y promesas y á depositar en las paredes de la capilla de Jesus Pobre modelos exactos y lindos de sus embarcaciones, ó lienzos que representan el mar embravecido y las encrespadas olas sumergiendo aquellas.

El ex-convento que describimos, en el cual se celebró la primer misa el dia 24 de mayo de 1649, ha corrido la suerte y los azares que los otros de su clase, ó mejor diremos, ha sido mas afortunado que muchos, pues prescindiendo de lo que le cuida *el Padre Ramon*, virtuosísimo sacerdote, que encorvado por los años y por los disgustos, vejeta todavia en la soledad del valle de S. Bartolomé, dando gratuitamente el pasto espiritual á unas cien familias que viven esparcidas por las alquerias y casitas de los contornos, procurando reparar los estragos que el tiempo y la mano del hombre van haciendo con lentitud en el santuario protejido en época no lejana, hasta por reinas, princesas y cortesanas, sirviendo de consuelo y de compañía á sus improvisados feligreses, quienes le respetan en estremo, y de Cicerone á los devotos y á cuantos llegan á la puerta de su modesta celda, al ir á ser demolido dicho ex-convento para aprovechar los materiales, el año de 1849 por el que le compró al estado por una cantidad tan insignificante que nos da vergüenza estamparla aquí, le pudo adquirir por mediacion é influjo nuestros, el propietario y alcalde pedáneo del valle, D. José Joaquin García, cuya casa es la de la derecha del grabado, sin otro objeto, mira ni especulacion que las de evitar se convirtiese en un monton de escombros y de ruinas, sin utilidad ni provecho para nadie; y así es que, por bastante tiempo, está asegurada al parecer la existencia del tantas veces repetido ex-convento de Jesus Pobre.

REMIGIO SALOMON.

(1) Véase su biografía inserta en el número 44 del SEMANARIO correspondiente al año de 1849.

EL DIARIO.

Cosa estraña y muy estraña por cierto es que en Madrid, en esta capital tan hambrienta de modas, de costumbres y de fruslerías estrangeras, no se haya adoptado públicamente una, que empieza á ser ya general en Paris y que no tardará mucho tiempo en morir en Lóndres. ¡Cómo es eso! ¡Habremos sido capaces de incurrir en tan enorme falta! ¡Se habrá despertado en nosotros el aletargado sentimiento de la nacionalidad! ¡Existe por fin allende el Pirineo una cosa que no imitamos! Esto es consolador y.... no hay duda; podriamos inferir de tamaña rebeldia consecuencias favorables respecto al incorregible vicio de importacion que nos domina, si yo no estuviese convencido de que la costumbre, que hoy me obliga á empuñar la pluma, está haciendo algunos ensayos y no pocos esfuerzos para introducirse en nuestro territorio. Verdad es que hasta ahora solo se introduce de contrabando, si es que el contrabando se hace á escondidas en España;

pero no es por eso menos cierto que se introduce: por mi parte puedo presentar una prueba que bastará para convencer de esta verdad al mas incrédulo. Pero digamos algo primero de la tal costumbre, y dejemos la prueba para despues.

Todos sabemos lo que es un *album*, la boga que este mueble ha tenido en Europa, y las contribuciones forzosas que ha exigido de cuantos por su desgracia publicaban, no ha muchos años, una novela traducida, un tomo de poesías ó un simple artículo de periódico. Tampoco ignoramos que el *album* ha muerto en la culta sociedad, y que así como antes, en sus bellos dias, era un título de talento y de ilustracion en favor de la hermosa que lo poseia, hoy es emblema de retroceso, es una antigualla, como otras muchas que todavia subsisten, aunque vergonzantes, sin prestigio, sin inspirar respeto ni veneracion. Y no achaquemos la prematura muerte del *album* al manoseado principio de que *todo pasa en este mundo;* porque cosas hay en él que no pasan, y eso que son bien antiguas; achaquémosla á nuestra propia inconstancia, que nos hace mirar hoy con desprecio lo que ayer buscábamos con furor, pues no quiero adular á la especie humana hasta el punto de suponer que, si ha de subsistir, tiene necesidad de nuevas cosas todos los dias.

Lo que no tiene duda es que, bien por nuestra culpa, bien por la suya, el *album*, semejante á una mujer bellísima, que anda en boca de maldicientes, ha perdido hace ya tiempo el crédito y la estimacion. Todavía se ven por ahí algunos de esos libros medio en blanco, espuestos á caer entre las manos de los que ahora empiezan la carrera, y que no hallando cabida en otra parte, se consideran dichosos si se les permite emborronar sus páginas. Estos infelices no consideran sin embargo que las amables *editoras* de los *album*, las que no han quemado los suyos ó arrancado sus hojas para envolver dulces, se rien ya de las inspiraciones de la adulacion, y que para saber que son hermosas encuentran mas poesia en un espejo que en todas las trovas escritas y por escribir. Por eso no pagan hoy al poeta con encantadoras sonrisas los mágicos atractivos que éste les presta, porque ya saben ellas todo lo que el poeta escribe, antes de leerlo.

Pero en esta época, las mugeres (y permítanme que les dé este nombre, que no es tan vulgar como piensan) han llegado á tal altura, que es imposible se circunscriban estrictamente á lo que nosotros, tiranos suyos, llamamos deberes del bello sexo. Yo no sé cuál es el motivo, si la educacion que reciben ó el progreso del siglo, que las va emancipando poco á poco; tampoco me empeñaré en sostener que hacen bien ni que hacen mal, porque todo en esta tierra incomprensible tiene sus inconvenientes y sus ventajas: lo que sí puedo asegurar es que las mujeres saben hoy mucho mas que antes, que son ya algo en la sociedad, y que la sociedad les debe muchos adelantos.

Por ejemplo, no solo sienten ahora las mujeres como en todos tiempos, ó acaso mas, ya que no mejor, sino que tambien saben espresar lo que sienten, en medio de que muchas veces suelen no sentir lo que espresan. Esto en ellas quiere decir que no pueden contentarse con sus propias sensaciones sin comunicarlas, y como no han de abrir su corazon á la primera amiga que les depare la casualidad, ni mucho menos á un amante, cuya duracion ignoran, nada mas natural que el que procuren adquirir un medio de perpetuar sus placeres, sus disgustos, sus inclinaciones, esto es, un medio de acordarse mañana de lo que han hecho ó pensado hoy.

Este medio es la costumbre de que antes he hablado, inventada, como todo lo bueno, en Paris hace muchos años, seguida con entusiasmo en Inglaterra, y que despues de haber pasado el estrecho de Calais para revolucionar domésticamente á la Gran Bretaña, ha vuelto en sus vapores á establecerse definitivamente en el pátrio suelo; costumbre que pocas damas adoptaron desde luego y que hoy se reproduce entre ellas con mayor afan, siguiendo el mismo círculo que siguen todas las modas; el círculo de rotacion.

Esta nueva moda se llama el *Diario*, y es un completo vice-versa del *album*. Con efecto, éste, por lo comun, es grande, de forma apaisada, como un grueso cuaderno de papel de música: aquel, pequeño, lo mas pequeño posible, para que pueda ocultarse fácilmente, y por lo regular semejante á una cartera, debiendo tener, como ésta, su broche y la cubierta de tafilete, sin el nombre de la propietaria, á fin de que nadie sepa de quién es, si se deja olvidado en alguna parte. Esta circunstancia es sobre todo indispensable, si el *Diario* pertenece á una casada, pues puede suceder que el indiscreto marido lo abra y encuentre en él confesiones algun tanto desagradables: en este caso, como no hay nombre que acuse, como falta la prueba plena, se dice sin inconveniente que el *Diario* es de una *íntima amiga*.

Los hombres no usan este mueble. ¿Para qué lo necesitan? La razon es clara; están en posesion del incuestionable derecho de hacer público alarde de sus aventuras. Puede pues decirse que nosotros tenemos tantos *Diarios*, como amigos, en quienes depositamos nuestras flaquezas. Ni seria posible de otro modo; porque ¿cómo escribir todos los dias cuanto nos sucede? Referirlo ya es otra cosa, no causa molestia; con tener á la mano un amigo que nos escuche, basta: si hay muchos, mejor; entonces se hace de un solo golpe una edicion completa de nuestro *Diario*.

Por lo demas, este debe estar siempre bajo de llave y nadie ha de sospechar su existencia: es decir, y entiéndanlo nuestras damas, puede saberlo, *verbi-gratia*, un amante ó cosa parecida, para el cual se halla escrito algo que no puede decírsele cara á cara. Tampoco se dá el *Diario* al amante en mano propia, porque el pudor se alarma y ademas revela semejante paso una inventiva pobrísima. Se le pregunta, por ejemplo, si ha leido tal ó cual novela en tres ó cuatro tomos; si dice que no, se le envia á casa la novela por la criada: sabido es que el *Diario* reemplaza por equivocacion al segundo ó tercer tomo, y en todo caso se echa la culpa á la criada, que al dia siguiente vá, llorando por los regaños de la señorita, á deshacer el cambio. Tambien se puede dejar caer el *Diario* en la calle ó al entrar en la iglesia, cuando el amante vá detrás; pero este medio es muy espuesto. Lo mejor es tener el *Diario* sobre la mesa, si desde el balcon se le vé llegar, y hacerle esperar un rato en la sala, en tanto que la señora se compone para presentarse: ya se supone que una hija de familia no puede apelar á este medio.

Inútil me parece advertir á mis lectoras que para exijir tantas precauciones, el *Diario* es la conciencia. En él se depositan los secretos con fidelidad; ni una sola mentira debe empañar sus hojas; lo que se ha hecho, lo que se ha pensado, lo que se piensa hacer y nada mas. El que llega á leer el *Diario* de una dama debe creer que lee en su corazon.

Para redactar bien un *Diario* es condicion precisa que el estilo sea claro y lacónico; las observaciones prolongadas no tienen cabida en él. No se crea por esto que permanecerá mucho tiempo en blanco: por poco que en él escriba cada dia una mujer hermosa, puede estar segura de que la historia de sus pensamientos ocupará en breve tiempo bastantes tomos.

La mejor hora para escribir en el *Diario* es aquella en que las personas que no pueden, que no deben hojearlo, se hallan fuera de casa. Si alguien llama á la puerta ó se presenta una visita, se cierra el *Diario* y se guarda, porque este libro es la reputacion, la honra de una familia entera. En la primera página se apunta el año en que da principio, aunque algunos lo tienen ya impreso: mas abajo se tira una línea dividida en dos, que dejan un claro en el centro, para escribir en él el mes y dia correspondientes, lo mismo que se acostumbra en las casas de comercio con los que tambien se llaman *Diarios* y con los *copiadores de cartas*. Nunca se escribe en el *Diario* el nombre del marido ni el del amante, porque es fácil que de esta imprudencia resulten graves inconvenientes, á menos que la dama sea de aquellas que siempre estan de humor para provocar un desafío ó un divorcio. Si pertenece á dicho número, puede escribir en el *Diario* todos los nombres que tenga á bien con sus pelos y señales.

El *Diario*, segun lo que llevo dicho, no se escribe para el público: es una memoria que se dedica á la vejez ó á la muerte; un monumento levantado al orgullo por el orgullo mismo despechado ó satisfecho. Así que, no necesita colaboradores; pero como tarde ó temprano ha de hacer parte de la *crónica escandalosa*; como algun dia se ha de leer, puede contarse por feliz la dama que ha dejado en el suyo muchas hojas sin llenar.

La invencion del *Diario* alcanza ya, como dejo indicado, muchos años de vida; pero pocas veces se ha empleado para el nuevo uso que empiezan á darle las damas. Es regular que nunca se encuadernen en Madrid *Diarios* con este objeto, porque las *elegantes*, las *incomparables* que deseen perpetuar sus locas ilusiones, los pedirán á París. Si llega este caso, ¡cuántos sinsabores, cuántas desgracias nos ahorrará una ley que prohiba su introduccion en España..... ¡Y qué!..... ¿Adelantaremos algo? Si la moda consagra el principio, ¿qué importa que el *Diario* se lleve en cuadernillos de papel mal cosidos? La encuadernacion, el tafilete, la belleza del mueble es lo de menos... ¡Ah! rechacen nuestras hermosas la tentacion... Ella las arrastra á un obismo; la sociedad no es un juguete con el cual pueden entretenerse sin peligro.

La casualidad puso hace dias un *Diario* en mis manos; la casualidad, pues ignoro á quien pertenece: lo encontré en un coche... en un coche de alquiler; algun aturdido á quien su propietaria lo habrá confiado, lo dejaria allí por olvido: el coche tenia el número... pero no: si hay quien reclame la alhaja, me dará las señas del coche; yo daré á continuacion las del *Diario*.

Solo tiene escritos los sucesos de cuatro dias; la mayor parte de las hojas estan todavia pegadas; se conoce que es nuevo: si algun dia se llenan... á juzgar por las primeras... ¡pobre muger!

El *Diario* dice así:

«184....—25 *de julio*.—Ayer cumplí veinticuatro años y... he perdido mi libertad. Mi matrimonio con el marqués ha sido un tratado de familia, en el cual ninguna parte ha tenido el corazon: él sin em-

»bargo dice que me ama, y yo... le digo lo mismo. Un sentimiento me »atormenta; la seguridad de que no seré madre; el marqués es viejo, »muy viejo... sesenta años. ¡No me ha de dar el cielo un heredero de »mis títulos, de mis riquezas!... ¡Dios mio!... A mi muerte pasará to»do á manos de parientes... á otra rama de la familia.»

«26 *de julio.*—¡Qué fatigada me siento! No puedo dormir. He es»tado en el baile de la condesa de A... y he vuelto á ver al capitan. »¡Qué buen mozo!... Pero ¿por qué me persigue? Nada soy ya para »él, porque mis deberes... No ha apartado de mí los ojos en toda la »noche, y yo... De buen grado le hubiera dado las gracias cuando me »sacó á bailar.

»Estoy disparatando, y no sé lo que escribo: no debo pensar en él, »porque pertenezco á otro: sí... mi obligacion es primero... soy casa»da. ¡Ah!... ¡casada!... ¡con el marqués!... ¡Con un hombre de sesenta »años!... ¡Adónde irán á parar mis bienes! Esta idea me desespera...

»Llaman... ¡quién será!... El page de la condesa me ha traido una »carta perfumada del capitan. ¡Qué hombre! ¿No sabe que no debo »amarle? ¿Por qué no me respeta?... Me declara su pasion. ¡Ah! ¡Cuán»tas veces me juró fidelidad eterna! ¡Cuántas le juré ser constante! El »ha cumplido su juramento, pero yo... me he unido á otro... á un vie»jo. La desesperacion acabará conmigo.»

«27 *de julio.* —Cuatro cartas del capitan pidiéndome una cita »para darme quejas. ¿De qué?... ¡Ah!... sí; ya no me acordaba de »que le he hecho traicion casándome con el marqués. ¡Estaba anoche »tan triste en el palco de la condesa! Pero ¿no tengo yo tambien la muer»te en el corazon? Al fin es preciso escucharle; no puedo faltar á este »deber social, porque está quejoso con motivo. Me llamará ingrata... »me repetirá que me adora... pero... permaneceré pura. El marqués »se marcha esta tarde á los baños... esta tarde veré al capitan. ¿A so»las?... ¡Qué dirán mis criados!... Eso no debe inquietarme, porque »al fin... soy una muger casada, y mi conciencia está tranquila. Esto »es hecho; le veré hoy.»

«Le he visto... le he hablado... siempre el mismo... tan tierno... »tan rendido!... ¡Ni una reconvencion!... ¡Ni una queja!... Yo esta»ba tan confusa, tan turbada, que... no sé si habrá conocido que le... »Alguien viene... Es mi amiga M... mi compañera de colegio... ¡casa»da tambien!... Ocultemos el *Diario.*»

«28 *de julio.*—¡Infeliz!... ¡Qué acabo de leer! ¡Una carta del ca»pitan á la condesa de A... Ayer me ofreció mi querida M... una gran »sorpresa para hoy, y hé aquí que me envia esa carta fatal. M... no »sospecha la puñalada que me dá... ¡Me han engañado! ¡Se han bur»lado de mí! ¡Pérfida condesa!... ¡Qué me resta ahora!

»Soy una loca... ¡qué es lo iba á escribir!... ¡Oh! Nunca... nun»ca. Ha caido la venda de mis ojos... estoy desengañada... sí; pero »este desengaño es la muerte.»

»No quiero pensar en el marqués... Cuando vuelva de los baños... Hasta aquí llegaba el *Diario.* ¡Qué leccion para las casadas!

ABEN-ZAIDE.



D. Diego A. Cernadas de Castro.

(El cura de Fruime.)

».....un hombre de los talentos de Vmd. tiene tan dignos asuntos en que emplear su talento, y sus finos amigos nos dolemos mucho de que por estas bagatelas (se refiere á los versos) los que no conocen á Vmd. formen el criado concepto de que solo es buen poeta.»

PADRE ISLA *(carta particular).*

La presente biografía debe ser apreciada como una pública justificacion. Vamos á revelar un error tal vez involuntario de la presente generacion. El nombre proverbial del cura de Fruime ha pasado á la posteridad con la consideracion de coplero, y nosotros procuraremos consignar por medio de un rápido, pero circunspecto examen de sus obras, que debe ser valuado como un humanista entendido y un erudito juicioso. Como acontece con frecuencia al tratar de los escritores satíricos, sus discursos científicos y sus trabajos literarios se han condenado al olvido, repitiendo, y lo que es peor, adulterando sus versos de circunstancias. La culpa no fué suya, sino de su época, del apartado lugar en donde contestaba á la pequeña guerra de montaña con ovillejos y glosas que sostenian mútuamente los poetas chanceros del último tercio del siglo XVIII. El cura de Fruime no fué poeta, pero tampoco fué coplero: para lo primero le faltaba genio; mas para lo segundo tenia de mas el estudio de los clásicos latinos. El cura de Fruime fué un fácil y espontáneo versificador.

D. Diego Antonio Cernadas de Castro, conocido vulgarmente por el nombre de *el Cura de Fruime*, nació en la ciudad de Santiago (Galicia) en 1698. Desde sus primeros años reveló las prendas recomendables de su carácter espontáneo y simpático. Entregado á una vida modesta y retirada, en la cual se familiarizó con los autores latinos y españoles de mayor reputacion, siguió los estudios mayores en la universidad de su patria. A los veintiocho años completó su porvenir: ageno á la ambicion deslumbradora del fausto y de la gloria, aspiró únicamente á un curato de aldea, y desde esta época fué el pastor espiritual de Fruime (Galicia). Sus amigos le aconsejaron que siguiese la carrera de oposiciones, donde podia alcanzar el justo galardon de su

reconocido talento; empero satisfecho con la vida humilde de párroco, dedicó sus vigilias á la predicacion de la doctrina cristiana. Al través del humor festivo que reveló mas tarde en su vena poética, se distinguia al sacerdote caritativo y limosnero. Su imaginacion encontraba en las áridas y apartadas colinas de Fruime el encanto de la soledad. Tenia el alma de poeta; le faltaba la inspiracion. Se apartaba de la sociedad y procuraba avivar la fé de sus feligreses con las funciones religiosas de la congregacion de Servitas que habia fundado. Algunas veces dedicaba sus versos á la Virgen de los Dolores con la fervorosa familiaridad de un devoto. Cuando la muerte vino á cortar el hilo de su vida en 1777, la aldea de Fruime, no solo perdió al sacerdote ejemplar, sino tambien al padre caritativo de la comarca.

Hasta aqui hemos presentado al pastor espiritual: veamos ahora al fácil y picante versificador. Un pensamiento elevado representa su vena poética: la pública vindicta de Galicia. En esta época, en la cual esta provincia, por el alejamiento en que se encontraba de los demas pueblos de la península, no podia ser apreciada en su verdadero valor, y donde las vulgares tradiciones de lo pasado se prohijaban por ingenios esclarecidos, eran frecuentes las diatribas escritas sobre las costumbres de Galicia. Para Castilla, el aguador totalizaba el carácter de esta provincia, pais de las fábulas, de los cuentos y de las anécdotas. Estudiar á Galicia en un ejemplar como el aguador, equivalia á renunciar á su exacta apreciacion. Entonces el gallego tenia sobre sí los errores de los escritores antiguos y las travesuras de los escritores modernos. El gallego se acostaba mientras su esposa le hacia padre, ó se apartaba receloso y preocupado del imaginario lugar de Meco. El gallego era una especie de aproximacion al castellano ó andaluz, y de esta suerte se permitia el chancero Salas aquellos versos á guisa de caricatura:

y vale por mil gallegos
el que llega á despuntar.

En estas circunstancias escribió el cura de Fruime. Decimos que escribió, y no publicó, porque sus versos se imprimieron despues de su muerte. Entre tanto sostuvo una picante y graciosa correspondencia con poetas críticos, prelados y personas respetables que gustaban de sus estrivillos y letrillas.

D. Diego Antonio de Cernadas y Castro fué á la vez historiador, humanista, satírico y versificador, y sus glosas fueron sazonadas con el gracejo voluntarioso que el retiro y la independencia saben inspirar á la imaginacion. Algunas veces se resentian sus composiciones de escasa correccion; sin embargo, á vueltas de esta espontaneidad de su carácter revelada en sus escritos, se descubria en todas partes la fuerza moral de una vindicta leal y generosa por su provincia. Bien se podia tolerar á Cernadas en la aldea de Fruime, cuando escribia Rabadan en la coronada villa de Madrid. Por otra parte, despues de la escuela satírica que habia hecho necesaria D. Diego de Torres y Villarroel, el buen gusto no era siempre el consejero de la poesía epigramática. El cura de Fruime glosaba las diatribas que le dirigian con gracejo y naturalidad. No rebuscaba los conceptos: no escogia los consonantes. Era una fuente que se desaguaba: era un raudal de buena fé con sabor poético que descendia de las elevadas cumbres de Fruime. De todas partes recibia escitaciones para que escribiese por medio de picantes invectivas, porque de esta manera esgrimia su péñola para justificar las costumbres de su patria. A la par cumplia con los deberes de su estado eclesiástico, y dirigia felicitaciones á los prelados, plácemes á las cofradias, enhorabuenas por las concordias de los arzobispos con las ciudades en cuestiones de respectiva jurisdiccion, y trataba algunas cuestiones teológicas con el desahogo poético de la rima.

En el tomo 1.° de sus obras (1), bajo el título de *Vindictas históricas por el honor de Galicia*, combate á Méndez Silva, Mariana y Huerta, y dirige una carta al erudito P. Florez sobre la verdadera patria de Prisciliniano. En el tomo 3.° forma la apología del culto público de San Pedro Mozonzio (gallego), y presenta argumentos irrecusables en contra de la opinion del P. Florez, colocando á fines del siglo IV en Caldas la iglesia de Compostela. El buen poeta Salas, que escribia al aire libre en la calle de Alcalá de la villa y córte, escribe el *juicio imparcial* de las provincias de España. El cura de Fruime combate, comenta y glosa una de las décimas: nuestros lectores adivinarán cuál seria la escogida por el versificador-sacerdote. Cernadas de Castro califica con un solo rasgo, pero seguro y entendido, las caricaturas del malicioso Salas:

..... nunca en tan sucinta
plaza ví de mejor tinta
el borron de las naciones.

Quien así escribe y devuelve el sarcasmo dirigido contra una provincia, es algo mas que coplero. En la *Tertulia de Santa Marta* (tomo 4.°), artículo en prosa y verso que revela la vena satírica del cura de Fruime, retrata con inteligencia la pedante erudicion de algunos críticos en los versos siguientes, que bien merecen sin lisonja el nombre de epígrama:

Ya son por modos siniestros
los bachilleres, doctores,
y en llegando á ser lectores
quieren ser padres maestros:
tómanse como muy diestros
las licencias de sus grados
para corregir traslados;
sin ver son vanos errores
meterse á corregidores
solo por ser licenciados.

Lo repetimos: quien escribe de esta manera conceptuosa y satírica es algo mas que coplero. El crítico se vé obligado á escoger las bellezas en medio de una ojarasca poética, no siempre de gusto delicado; empero debe tener presente que juzga de un escritor alejado de la córte, hasta el estremo de ser discípulo de sí mismo en Fruime, y recibiendo al propio tiempo de sus lectores una aceptacion unánime y general.

Como entendido humanista se reconocen en sus obras algunos trabajos literarios de no escaso mérito. La compendiosa noticia métrica de la apertura de la real Academia de artes, en la cual elogia á su paisano el distinguido escultor Castro, escrita en verso latino (tomo 2.°), y las inscripciones colocadas en los funerales que hizo el monasterio de San Vicente de Oviedo al ilustre gallego Feijóo, y las escritas para los de la catedral de Santiago, dedicados á Fernando VI (tomo 3.°), revelan el estudio aprovechado que habia hecho el cura de Fruime de los clásicos latinos.

Algunos eruditos como el P. Isla sostuvieron correspondencia científica con Cernadas de Castro, y el nombre del cura de Fruime era proverbial en la península. Sus contemporáneos se olvidaron del humanista, del sacerdote ejemplar, y creyeron que recompensaban la buena fé del versificador, comunicando á su nombre el gracejo de sus glosas. Lo que pareció en un principio sincero y respetuoso homenage, ha llegado hasta nosotros como un prudente desaire. En nuestros dias se habla del cura de Fruime—¡y nuestros padres fueron sus contemporáneos!—como de una existencia proverbial que sirve para autorizar un chiste ó una agudeza.

Su memoria se estinguirá antes de pocos años en los libros. Sus poesías apenas se reimprimirán. Entre tanto sus equívocos y donaires durarán por mucho tiempo en Galicia: el pueblo se encargará de renovar en cada siglo una de esas ediciones-habladas que perpetúan á un autor como la imprenta. Las generaciones venideras trasmitirán de esta manera la memoria del cura de Fruime. Así se han formado en lo antiguo los decires, cantares, romances y villanescas.

Santiago—25—nov.—1850.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(1) Obras en prosa y verso del cura de Fruime, D. Diego Antonio Cernadas y Castro, natural de Santiago de Galicia.—Madrid.—MDCCLXXVIII. (Siete volúmenes en 4.°)

DOLORES.

CAPITULO VIII.

LA REVELACION Y LA PARTIDA.

—Os he repetido cien veces, María (pronunciaba en voz baja Isabel Perez,) que no os movereis de ese sitio: os resististe á subir á la torre; me amenazásteis con que gritaríais si os obligaba; ahora es preciso que os resigneis á no apartaros de mí, porque estais loca y no conviene que charleis con nadie.

—¿Estoy loca? ¿decís que estoy loca? respondió la dueña con sordo acento: ¡mentís! ¡bien sabeis que mentís! Pero por lo mismo que tengo, gracias á Dios, toda mi razon y mi memoria, es por lo que no quereis que pueda hablar con el conde. La condesa y vos sospechais de mí: temeis que revele un secreto que conoceis debe pesar mucho sobre la conciencia de una pobre moribunda, y queríais encerrarme á mí tambien en la torre, y os proponeis despues tenerme aquí como enclavada, para quitarme los medios de descubrir el crimen... para que muera cargada con tan horrible fardo!

—¡Callad, desdichada! dijo la doncella con tono cauteloso. Cuanto estais hablando justifica el concepto en que os tenemos. Sí; sois capaz de cualquiera infamia.

—¿A qué llamais infamia? replicó colérica la vieja. Aun cuando yo lo dijese todo, ¿haría mas que cumplir un deber de conciencia? Vos si

que sois infame y endurecida pecadora: vos que no sentis remordimientos al ver á ese infeliz caballero de cuyo pan comeis, y á quien estan engañando,

—María! María! repuso Isabel alterada: os he dicho que calleis, y de no hacerlo os pondré una mordaza. ¿Habeis perdido el juicio? ¿Así os atreveis á hablar? ¡Desgraciada de vos, si cansada de vuestras locuras, hago saber á la condesa las palabras que acabais de articular en mi presencia!

—Me mataria... ya lo sé, dijo María, cuyo terror al oir aquella amenaza se descubria en el temblor de su voz. Pero yo no he dicho que divulgaré el secreto; yo no he dicho nada: vos sois la que me estais incitando con vuestras desconfianzas: ¿os parece justo que me tengais prisionera, á mí, pobre vieja enferma, solo porque se os ha antojado sospechar de mí lo que llamais una infamia? ¿Qué he hecho para que la condesa os dé sobre mí autoridad y señorío? ¿Le habeis servido mejor que yo? ¿No he sido como vos su cómplice? ¿No es por ella por quien sufro los atroces tormentos de una conciencia acusadora?

—Si añadís un acento mas, os juro por el cielo, esclamó resuelta la doncella, que os pongo ahora mismo la mordaza con que os he amenazado.

—Callaré!... callaré!... respondió María con un tono tan amedrentado y sumiso, que formaba contraste con el áspero sonido de su varonil voz; mas en el mismo instante se abrió la puerta con estrépito, al irresistible impulso del hercúleo brazo de D. Diego, y apareció este tan de improviso entre aquellas dos mugeres, que ambas prorumpieron en un grito igual de sorpresa y espanto.

—A tí, miserable! dijo con tremendo acento el caballero, encarándose á Isabel: á tí sí que te será sellado el labio para siempre, si osas moverlo una sola vez sin mi mandato.

Pero la prevencion era innecesaria: la doncella se habia desmayado, y yacia en tierra sin sentido. María, recobrada de su primer susto, corrió á postrarse á las plantas de su amo, y tan grande era en aquellos instantes horribles la agitacion y ansiedad de este, que, sin acertar á preguntar cosa alguna, pálido, convulso y azorado, clavaba en la vieja sus delirantes miradas con espresion casi temerosa

—Señor! dijo María despues de besarle los pies con humilde rendimiento. Defendedme! No permitais que me quiten este resto de vida que me conserva el cielo para vuestro bien; para que os saque de un engaño cruelísimo y os revele la gran maldad cometida en vuestra casa.

—Habla! fué todo lo que pudo articular el caballero. La dueña prosiguió:

—Seis años hace que pesa sobre mi alma este atormentador secreto, y mas de dos que al remordimiento mas amargo se asocia la enfermedad que me ha enviado el cielo para castigar mi culpa. Conociendo mi próximo fin, y anhelando reparar aquella en cuanto posible sea, hasta habia pensado en huir del castillo para buscaros y contároslo todo: la postracion de mis fuerzas no me lo ha permitido, mas Dios se digna traeros tan inesperadamente, para que mi buena intencion no quede sin cumplimiento.

—¡Habla! volvió á esclamar el conde, sin poder añadir ni una palabra mas.

—Sí, señor, hablaré, continuó la dueña: suceda lo que sucediere, debo hablar ahora: pero sabed que la condesa me hace espiar; que desconfia de mí; que acaso se presente aquí cuando menos pensemos... (y al decir esto la pobre vieja arrojaba en torno miradas llenas de espanto). ¡Habla, vive Dios! gritó de nuevo D. Diego, con tan terrible acento esta vez, que María se quedo por un momento aterrada. Luego, notando que se aumentaba con su silencio la angustiosa impaciencia de su amo, dijo por último, recogiendo sus fuerzas que parecian próximas á abandonarla.

—Señor, vuestra esposa os ha engañado cruelmente, y la malvada Isabel y yo hemos sido sus cómplices.

—¡Beatriz! ¡Beatriz me ha engañado! prorumpió el conde con tal acento que apenas parecia humano.

—¿No habeis reflexionado nunca, dijo la vieja, en las estrañas circunstancias que acompañaron á la muerte de vuestra infeliz hija? ¿No os ha llamado la atencion que tan pronto os arrancasen de vuestra casa aquellos restos que debian seros queridos? ¿Nada os hizo sospechar una desgracia tan de improviso acaecida, y que era lo único que podia desbaratar un casamiento determinado por el rey, aprobado por vos, y aborrecido por la condesa? Respondedme ¡señor! ¿no habeis temido ningun recelo del crimen de que érais víctima?

Al escuchar estas estrañísimas palabras todas las ideas del conde quedaron trastornadas de repente, y el nuevo é impensado giro que se daba á sus sospechas, les prestaba un carácter aun mas grave y terrible del que hasta aquel instante tuvieran.

¡Desventurada! esclamó, herizándosele el cabello á pesar suyo: ¿qué acusacion intentas pronunciar? ¿qué horroroso delirio es el que vas á comunicarme?

—No es delirio, señor, respondió sollozando la anciana: no estoy loca como decia Isabel: no; conservo por permision divina toda la entereza de mi razon, aunque arruinadas ya mis facultades físicas. Lo que os diré será la pura verdad. ¡Ah; bien pudisteis sospecharla! ¿No conocíais que el doctor Yañez era un hipócrita avariento y ambicioso, capaz de vender su propia alma? ¿No sabíais que D. Juan de Avellaneda aborrecia de muerte al condestable y á su familia, que miraba como un oprobio el enlace que debia verificarse, y que en su corazon de acero no hallaban entrada otros sentimientos que los del honor y el orgullo? ¿No os pareció estraordinaria la resignacion de la condesa, despues de haberos declarado que preferia ver muerta á su hija á verla casada con Rodrigo de Luna? ¿Nada os ha dicho tampoco su aparente inconsolable dolor, y los seis años de aislamiento que lleva pasados en este castillo?

¡Calla, mónstruo! ¡calla! gritó el conde aterrorizado: ¡El demonio sin duda te ha sugerido la espantosa idea de que puede una madre asesinar á su hija.

—¡Asesinarla! dijo la vieja: no; yo no he dicho eso: pero el crimen no es menos cruel: ¿de qué le sirve la vida á la desgraciada niña? Sepultada en estos muros hace seis años; muerta para el mundo, para el amante que adora, para el padre que ama, ¿deberá agradecer mucho á su inhumana madre una vida sin goces, ignorada de todos sus semejantes? ¿No es cien veces mas infeliz que si descansara en el sepulcro?

El conde se pasó las manos por los ojos: le parecia que soñaba; que no era cierto nada de cuanto imaginaba estar oyendo. ¡Su hija viva! ¡Su hija allí, cerca de él, sumida por su propia madre en aquel sombrío encierro! Eran tan inauditos aquellos sucesos, que no podia aceptarlos como verdaderos, y se confirmó en que estaba loca la reveladora de tan estraño secreto. Esta, empero, prosiguió diciendo con mayor eficacia todavía:

—Oh! sí! mas digna de compasion es viviendo que si la hubieran arrancado de una vez de esta tierra que no la merecia. Es un ángel, señor! ¡Si supiérais cuanto ha llorado, cuanto ha padecido! Durante el primer año de su supuesta muerte la han tenido constantemente encerrada en una de las torres del castillo, sin que nadie mas que Isabel y yo tuviésemos entrada en aquella cárcel. Luego su resignacion y paciencia inspiraron á la condesa sentimientos mas benignos, y consintió en visitar con frecuencia á la pobre víctima, haciendo cuanto creyó oportuno para dulcificar su suerte. Por último, al cabo de dos años, habiéndole jurado solemnemente Dolores que no haria la menor tentativa para descubrir á nadie su existencia, y que se recataria escrupulosamente de todos los que habitan el castillo, (escepto el alcaide que es sabedor de todo) consintió su madre en sacarla de la torre, permitiéndola vivir á su lado en esta parte del edificio que se ha reservado. Desde entonces la angelical criatura se muestra casi contenta, aunque llora todavía siempre que pronuncia vuestro nombre, y se lastima del pesar que sentireis por su supuesta muerte. Entregada á sus ejercicios religiosos, y sin mas distraccion que cuidar de unos pajarillos que alimenta por su mano, y de dos tiestos de flores que ella misma ha sembrado, vé pasar resignada año tras año, sin exhalar la menor queja, siempre respetuosa y tierna con aquella cuyo fatal orgullo la ha condenado á tan mísera existencia. ¿No hubiera sido menos malo, decidme, señor, que en vez de darle el vil médico el licor que le causó aquel profundísimo sueño con que os engañaron, y del cual no salió la desgraciada, treinta horas despues, sino para verse sepultada en perpétuo cautiverio; no hubiera sido menos malo, repito, que la hiciera dormir eternamente en este mundo de maldades, para que su alma pura estuviese ya en los cielos entre los ángeles á quienes se asemeja? ¡Pobre, pobre niña! añadió sollozando la arrepentida dueña: ¡tan hermosa, tan inocente, tan buena, y enterrada en vida por la misma que le dió la existencia!

Hablaba con demasiado acuerdo y daba sobrados pormenores de los estraordinarios hechos que referia, para que pudiese el conde reputarla loca: mas como si aun quisiera el cielo confirmar todavía mas la verdad de sus palabras, Isabel, que habia vuelto en sí cuando se terminaban las estrañas revelaciones, acudió á los pies del conde implorando su perdon, y ratificándolas con las mismas razones que para defenderse alegaba.

Ninguna duda era posible ya. Don Diego, cuyos afectos en semejantes momentos no nos es dado describir, solo acertaba á esclamar—¡Mi hija! mi hija! ¿dónde está mi hija?

—A vuestra llegada no la dividia del sitio en que visteis á la condesa sino una pared que queria traspasar con sus ansiosas miradas la desgraciada niña, le contestó la dueña: despues esta perversa mujer, que os pide ahora compasion y que os presenta disculpas, la encerró en la torre, por mas que con mudas lágrimas rogaba la pacientísima víctima que la permitieran veros y oiros, y que la fé de su juramento debiera quitar todo recelo; porque la santa criatura jamás la hubiera quebrantado.

—Aquí están las llaves de la torre, articuló débilmente Isabel: en la

segunda de este lado del edificio es donde se encuentra la señorita.

El conde tomó el manojo de llaves con manos trémulas, y salió como loco sin cesar de esclamar:—mi hija! mi hija!—mas apenas hubo traspasado los umbrales de la puerta se encontró frente á frente con la condesa. Palidísimo estaba su semblante, como en el cruel momento en que la vió don Diego custodiando el exánime cuerpo de Dolores; y con el mismo acento profundo con que entonces la oyó decir—está muerta!—la escuchó exclamar ahora—está viva!—Está viva y con honra! repitió la estraordinaria mujer por dos veces, cruzados entrambos brazos sobre su hermoso pecho y revestida toda su persona de una magestad semi-bárbara. Vos me obligásteis, añadió, á emplear un medio violento, horrible para el corazon de una madre; pero nunca falta el valor en las hembras de mi estirpe, y os he salvado á toda costa de la vergüenza de que fuesen herederos de vuestra sangre los descendientes infames de una plebeya deshonrada: de que fuesen vuestros lejítimos nietos despreciable parentela de los bastardos de Luna. ¡Tal ha sido mi crimen, don Diego Gomez de Sandoval! Os quité vuestra hija por impediros que os quitáseis la honra!.. Para castigarlo id á divulgar por el mundo que soy una madre inhumana que ha tenido por seis años encarcelada á su hija: sacadla en triunfo de este castillo; llevadla ante el favorito del rey, que acaso entonces os concederá su proteccion en vez de perseguiros: dádsela á Rodrigo á la faz de Castilla, inutilizando mis sacrificios y los que he impuesto con honroso rigor á la infortunada niña á quien estravió en mal hora una pasion indigna. Hacedlo, conde de Castro-Xeriz, hacedlo como lo digo, si os dice vuestro corazon que ha sido culpable el mio. Hacedlo si os parece preferible el desdoro que quisisteis causaros y trasmitir á vuestros hijos, al pensar que yo os he dado para libraros de aquel.

Tan singularmente enérgicos eran el ademan y el tono con que pronunció la condesa las palabras que acabamos de trascribir; con tan imponente hermosura apareció en aquellos instantes á vista de su marido, y tan convencida se mostraba de haber obrado con heroismo, en vez de juzgarse culpable, que en medio de todo el tumulto de sus violentos afectos se quedó suspenso el caballero, casi dudoso de si debia admirar ó aborrecer á aquel coloso de orgullo que tenia delante. Ella le indicó con la mano la direccion que debia seguir para ir á la torre, y se volvió tranquilamente á sus aposentos, despues de decirle con acento mas blando:—Espero que me comunicareis vuestras resoluciones antes de dejar á Castro-Xeriz.

¿Nos exijirá el lector ahora que emprendamos la dificilísima tarea de pintar con fuertes y rápidas pinceladas, el interesante cuanto indescribible cuadro de aquella primera entrevista entre el mas tierno de los padres y una hija amantísima á quien llorara muerta por espacio de seis años? Nosotros confesamos nuestra insuficiencia, y solo diremos que no mata á nadie la alegria, pues no sucumbió don Diego al esceso de la suya cuando estrechó entre sus brazos á su adorable Dolores. Aunque era, indudablemente, no menos verdadero y profundo el regocijo de esta, esteriormente al menos aparecia mas sosegado, ya fuese porque los sentimientos religiosos que reinaban en su alma la hubiesen enseñado á dominar todo sentimiento escesivo, ya que despues de tan largos sufrimientos fuese el placer como cosa estraña á su corazon, y del que no acertaba á gozar con abandono completo. Cien y cien veces estrechó el conde entre sus brazos con jubiloso delirio á aquella celestial criatura, que mas bella que nunca por el carácter grave y melancólico que habia prestado la desgracia á los seductores rasgos de su apacible fisonomía, parecia de una naturaleza superior á la humana, para la que eran mezquinas todas las venturas de la tierra. En los transportes de la que entonces le otorgaba el cielo, por premio de su sublime resignacion en tantos dias de amargura, conservaba Dolores tanta dulzura, tanta modestia y religiosa uncion, aun en los mas espansivos desahogos de su ternura filial, que la moderacion y calma con que soportara el infortunio se hacian menos admirables. Pasados los primeros momentos de aquella indescribible entrevista, en que don Diego Gomez de Sandoval se sintió desfallecer muchas veces bajo el esceso de su propia dicha, púsose Dolores á sus pies pidiéndole su bendicion paternal, y á par de ella absoluto perdon para todos los que habian tenido parte en la injusticia cometida con ella.

Besando con delirio su hermosísima frente y su aterciopelada cabellera, la bendijo una vez y otra el venturoso padre, vertiendo lágrimas abundantes, aunque á la verdad muy dulces: mas nada respondia á la segunda súplica de la jóven, y ella, que tambien lloraba de ternura al recibir las paternales bendiciones, esclamó al fin con irresistible fervor.—Bendecid ahora á todos los que os han afligido: bendecidlos, padre mio, y con todo corazon perdonadlos, si quereis que este dia, el mas fausto y solemne de mi vida, sea para vos el mas glorioso.

¡Perdonar á tus asesinos! dijo el conde, recobrando el marcial y severo aspecto que junto á su hija perdia. ¡Bendecir á los que sin piedad me destrozaron el alma!

—Por eso se lo pido á vuestra virtud y no á vuestra justicia, respondió la jóven siempre de rodillas. Sí; han sido crueles con vos... acaso tambien conmigo; pero en algunos habia una intencion elevada: algunos, padre mio, han creido hacernos un bien, y ¿quién puede asegurar que se engañasen? Los otros han obedecido, ó fueron seducidos por la codicia: su flaqueza merece compasion. No me levantaré de vuestras plantas sin que me hayais jurado que los perdonais á todos; que los bendecís como á mí. En cuanto á la condesa, os pido mas todavia: os pido que la ameis con mayor cariño que antes; porque os ha probado un grande y ardiente celo, padre mio, sacrificando por lo que reputaba vuestra gloria los mas íntimos sentimientos de mujer y de madre.

—¡Dolores! esclamó el conde: eres un ángel y á tus pies debo estar, no tú á los mios. ¡Levántate, hija de mis entrañas! Levántate y manda como soberana de mi alma. Yo bendigo á cuantos tú bendigas: amo á cuantos tú ames: no tengo voluntad sino la tuya.

Pues bien, dijo ella enlazando sus brazos con los del caballero: ofrecedme que dareis hoy mismo un abrazo tan tierno y afectuoso como este á la compañera de vuestra vida: á mi querida madre!

—¡Te lo ofrezco! articuló don Diego, no sin algun esfuerzo.

—Prometed tambien que sereis mas que nunca el protector y amigo del buen doctor Pero Yañez.

—¡Lo seré!... dijo el conde, aunque temblando de cólera al escuchar aquel nombre.

—Hanme dicho, prosiguió Dolores, que yace en mejor vida mi respetable tio don Juan de Avellaneda, asi como mi primo Gutierre de Sandoval. Espero que pues otra cosa no podemos, rogaremos juntos, padre mio, porque sea eterna su gloria.

—¡Dios tenga misericordia del señor de Izcar! dijo don Diego.

—En cuanto al alcaide de este castillo, quiero que le deis gracias por el celo con que os sirve, y que jamás le retireis vuestra proteccion y confianza.

—Lo trataré como á un fiel criado: respondió su interlocutor.

—María, mi pobre dueña, no se apartará de mi lado en los pocos dias que le restan de vida. Está muy enferma y necesita mis cuidados.

—Haré cuanto de mi dependa para endulzar sus padecimientos.

—A Isabel Perez la casareis con uno de vuestros escuderos, á quien ama hace muchos años y del cual es correspondida. Por afecto y ley que tiene á la condesa, ha estado separada de él por espacio de seis años, y es justo que premieis tanta lealtad y constancia dándola un dote para su matrimonio.

—Tú lo señalarás, angel mio.

Tornaron á abrazarse estrechísimamente el padre y la hija, y despues dijo aquel:

—Ahora que te he complacido en todo, compláceme á tu vez, hija adorada, declarándome tus deseos en otros particulares. ¡Escucha! la enemistad de D. Alvaro de Luna y la desconfianza que en contra mia ha sabido inspirar al rey, me habian decidido á alejarme para siempre de la corte, y aun del suelo castellano. Di una palabra y desistiré de todos mis proyectos, y te sacrificaré todos mis odios. ¿Anhelas que te presente á la corte para recobrar tu antiguo rango, tu brillante existencia? Pronúncialo, y olvido todas las sinrazones de que soy víctima, y vuelo á los pies del rey, á los del favorito si es preciso, para implorar su gracia y reconquistarte el puesto que te es debido.

Calló el conde y callaba tambien Dolores: habiase oscurecido en aquel momento, con la nube de una cavilacion dolorosa, el resplandor sereno de su purísima frente, y era mas agitado el movimiento habitualmente tranquilo de su mórbido seno.

—Habla, alma de mi vida! repitió por dos veces el conde antes de que la jóven hubiese encontrado en su mente una palabra que al parecer buscaba, hasta que la halló sin duda, pues pronunció muy despacio y sin levantar los ojos:

—Habeis nombrado enemigo vuestro al condestable de Castilla. ¿Ofendísteis en algo á su familia, ó es que os ha ofendido ella? ¿Se han roto todas las nuevas relaciones que al parecer debian reinar entre dos casas que estuvieron próximas á enlazarse?

—¡Todas! respondió D. Diego: el condestable me aborrece de muerte.

—Mas... ¿su sobrino?.. añadió la jóven temblándole la voz: su sobrino ha perdido acaso en nuevos compromisos el recuerdo de aquellos que debian haceros siempre tan querido de él?

—Su sobrino, repuso el conde enternecido por la emocion profunda que esperimentaba Dolores, vive muy retirado, y se dedica esclusivamente á las graves obligaciones de su nuevo estado.

—¿Está pues casado? articuló Dolores con tan débil acento, que se necesitó para entender su pregunta toda la penetracion de la paternal ternura.

—Ha entregado su corazon, respondió al punto, á un dueño mas digno que cuantos pudiera buscar por la estension de la tierra; al único, hija mia, que merecia mas que tú su constante adoracion, conso-

lándole ámpliamente de haberte perdido. Rodrigo de Luna es ministro del Señor.

Dolores se puso de rodillas, juntas las manos y elevados los ojos hácia el cielo con espresion sublime, y vuelta despues á su padre que la contemplaba extático, le dijo sin variar de actitud:

—Lo que él ha hecho, padre mio, obedeciendo la voluntad del cielo, os dice indudablemente cuál debe ser la resolucion mia. Muerta estoy para el mundo, y muerta para él debo permanecer siempre. No penseis siquiera en hacerme renacer para una vida engañosa que ninguna felicidad podria darme, y en la cual no entraria sino como involuntaria acusadora de los rigores de mi madre. La gracia que yo os pido, la nueva existencia que os demando, en nombre de la piedad que debo inspiraros, es el sagrado asilo de un solitario convento, donde como esposa de Jesucristo pueda rogarle por vos y mi familia, á la par que le tribute mi agradecimiento profundo por haber purificado con el fuego eterno de un amor divino, dos juveniles corazones que habian cifrado su dicha en las pasageras satisfacciones de una pasion terrenal. Escuchad, pues, mi última súplica ¡oh el mas querido y el mejor de los padres! escuchad esta súplica que os hace mi alma con mas elocuencia que mis labios, y abridme cuanto antes las anheladas puertas de un religioso retiro, donde me presentareis como una pobre huérfana que os ha sido confiada, sin que jamás se revele que existe todavía vuestra hija. Para Dios y para vos vivirá únicamente. ¿Puede desearse mayor ventura que no existir mas que para lo que se ama?

Prorumpió en lágrimas el conde, pero no se negó á los deseos de la jóven. Se hallaba completamente subyugado por el celestial poder de aquella santa criatura.

Trataron ambos de aquel asunto, y convinieron en partir juntos aquella misma noche, y en elegir el padre por punto de residencia la ciudad ó aldea de Navarra en que se hallase el convento que prefiriese su hija. Toda la ambicion del adelantado de Castilla no tenia en aquellos instantes otro objeto que el vivir cerca de Dolores, quien por su parte no indicaba tampoco pensar mas que en su familia. El nombre de Rodrigo no volvió á salir de sus labios.

Concluida aquella tan larga como interesante entrevista, dejó el conde á la jóven en compañía de Isabel y María, preparando su maleta de viage, y habiendo dado al alcaide las órdenes convenientes para la partida, pasó al cuarto de su muger, procurando prestar á su semblante cuanta apacibilidad le era posible.

Doña Beatriz le vió entrar sin moverse del sillon en que estaba sentada, y conservando sin alteracion su noble y austero continente.

—Vuestra hija y yo, la dijo el conde (sin poder reprimir un gesto que revelaba los impulsos que sofocaba en su pecho) vamos á partir muy pronto: apenas oscurezca dejaremos el castillo. ¿Resolveis por ventura acompañarnos?

—Decidme antes, le preguntó la dama, adónde llevais á Dolores.

—Tranquilizaos, respondió su marido, sonriendo con amargura. No la llevo á proclamar con su vida la tiranía de que fuísteis capaz, haciendo gemir á la naturaleza. Vuestra víctima sepultará ese secreto dentro de los muros de un convento, al que no llevará ni aun el nombre que ha debido heredar. Tal es su voluntad, señora, y espero ahora conocer la vuestra.

Doña Beatriz pareció conmoverse, y guardó silencio por algunos instantes. Despues dijo con melancólico acento:

—Ningun mortal la merece: el esposo que elige es el único que conviene á ese ángel, que estuvo tan en peligro de ser vilmente profanado. En cuanto á mí, conde, me quedo en Castilla para hacer cuanto mi obligacion me ordene á fin de dejar en claro vuestra inocencia y restituiros la estimacion y la confianza del rey, que no pudieron robaros sin emplear para conseguirlo miserables calumnias. Cualquiera que sea el éxito de mis tentativas, iré á buscaros donde quiera que esteis, cuando deje cumplido aquel deber sagrado, y si entonces no me habeis juzgado mejor, si todavía os encuentro dominado por los sentimientos que en vano os esforzais por ocultarme ahora; si aun me aborreceis como á una mujer sin entrañas, y no habeis comprendido que me las he despedazado por afan de vuestro decoro, por anhelo de conservar sin mancha el esplendor de vuestra casa... en ese caso, don Diego, solo me presentaré á vos para suplicaros me permitais acompañar á mi hija en el asilo de paz donde va á conquistar la eterna.

¿Se violentó el adelantado para cumplir la solemne promesa que antes empeñara á Dolores?.. No lo podemos decidir; mas es lo cierto que despues de un minuto de vacilacion penosa, tendió su mano á la condesa diciéndola con voz conmovida.—¡Beatriz! siempre sereis estimada por vuestro esposo como la mas austera virtud que existe sobre la tierra, cualesquiera que hayan podido ser los errados consejos de vuestro disculpable orgullo.

La condesa besó la mano que estrechaba entre las suyas, humedeciéndola con una lágrima, y pidió el consentimiento de D. Diego para despedirse de su hija. Aquella súplica contribuyó sin duda en gran manera á modificar esencialmente los sentimientos con que entrara en aquel cuarto el buen adelantado, pues antes de conducir á Dolores á los brazos de su madre abrió para esta los suyos, y estamos persuadidos de que la promesa empeñada quedó, esta vez por lo menos, exactamente cumplida.

Dos horas despues, cuando ya la noche envolvia la tierra con sus opacos velos, Dolores y su padre, con solo Mari-Garcia y dos pajes por acompañamiento, emprendian su marcha en medio del mas profundo silencio, mientras la condesa prevenia al alcaide lo tuviera todo dispuesto para su partida á Medina del Campo, donde se encontraba á la sazon el rey, y á cuyo punto iba á dirigirse la dama en las primeras horas del siguiente dia.

Su salida del castillo no fué, empero, realizada, sin haber tenido antes el dolor de ver delante de sus muros á la gente de armas enviada por D. Juan II para tomar posesion en su real nombre de aquella inespugnable fortaleza de que se despojaba á su dueño, declarándole poco despues desobediente y rebelde.

Conclusion.

Hácia fines del año de 1445, ó á principios del siguiente (pues no encontramos determinada la época con precision exacta) se verificó una singularísima coincidencia, cuyo breve relato servirá de conclusion á nuestra verídica historia.

Habian llegado entonces el favor y arrogancia del condestable de Castilla á aquel punto culminante desde el cual, no siendo ya posible mayor subida, se hace indispensable el progresivo descenso, cuando no sorprende entre los vestigos consiguientes á tamaña elevacion, como con frecuencia acontece, una súbita y estrepitosa caida.

A proporcion del crecimiento de crédito y de autoridad que gozaba D. Alvaro, era el amenguamiento de fortuna y de influencia que sufrian sus enemigos, entre quienes se contaban los mas ilustres personajes del reino. D. Diego Gomez de Sandoval, uno de ellos, habia sido despojado por sentencia de confiscacion, de los cuantiosos bienes que poseia en Castilla, y acaso se estendiera á mas el rigor de que era objeto, si, como hemos visto en el anterior capítulo, no hubiese buscado asilo cerca del rey de Navarra, desde los primeros anuncios de la tempestad que le amenazaba. Mas en el tiempo de que hablamos al comenzar estas líneas, aun era mas dura y triste la situacion del conde, que durante los dilatados años que habia visto pasar en la expatriacion, devorando rencores cuya satisfaccion le prohibia su lealtad: no obstante que en aquellas épocas de revueltas, y en las que aun reinaba escandalosa toda la anarquía feudal, no se juzgaba con la severidad que usariamos ahora, á los grandes vasallos que se defendian con las armas en la mano de las que miraban como arbitrariedades del trono. D. Diego, contenido largo tiempo por instintos generosos, hubo de imitar por último á otros magnates castellanos, tomando parte activa en la liga que á cualquier precio queria acabar con D. Alvaro; y peleando bajo las banderas de Navarra en la batalla de Olmedo, en la que la fortuna se les declaró contraria, fué hecho prisionero como otros muchos grandes de Castilla, y encerrado en la torre de Lobaton, donde aun permanecia en los dias de que vamos á ocuparnos, no obstante las activas diligencias que en favor suyo practicaba su esposa, acudiendo á Castilla desde Navarra, donde residia, al primer aviso que recibió de tan infaustos sucesos.

Mientras era tan amarga la suerte de los condes de Castro y su familia, D. Juan II daba nueva señal de la singular estima que hacia del condestable y de la suya, elevando al arzobispado de Santiago á don Rodrigo de Luna, aunque les pareciese á muchos que aun era jóven aquel personage para tan venerable cargo.

Antes de tomar posesion de su silla el nuevo prelado, quiso, segun encontramos consignado en un documento interesante, rendir una última honra á la memoria de aquella que habia sido su único verdadero amor, realizando el deseo que por muchos años alimentaba de visitar su sepulcro y rogar al cielo por su descanso en el altar de la capilla en que sus restos yacian. Cumplió entonces aquella idea: celebró él mismo de pontifical una solemne misa en sufragio del alma de la que tanto amó, y algunos de los que asistieron á ella aseguraban despues que, terminado el sacrificio incruento del altar, el arzobispo electo de Santiago habia permanecido una hora entera puesto de rodillas, en muda y fervorosa oracion, sobre el blanco mármol de una sepultura, en la que mas de dos siglos despues todavia leyó uno de nuestros progenitores esta larga inscripcion en gruesos caractéres góticos:

Aqui yace Maria de los Dolores Gomez de Avellaneda, hija primogénita de D. Diego Gomez de Sandoval, Conde de Castro-Xériz, Adelantado de Castilla, Canciller mayor del sello de la puridad, Señor de Lerma, de Denia, de Osorno, de Cea, de Ayora, de Villafrecho y Gomiel, etc. etc., y de su lejítima esposa la nobilísima señora Doña Beatriz de Avellaneda. Pasó á mejor vida el dia 14 de Enero de 1425 á los 16 años, 3 meses y once dias de su nacimiento.

La coincidencia singular que hemos anunciado á nuestros amables lectores, es que en aquella misma hora que pasó orando Rodrigo sobre la tumba vacía que decoraba tan ostentoso epitafio, se celebraban en un convento de Navarra las humildes exequias de una pobre monja, á cuya sepultura solo se puso por señal una cruz de madera, sin inscripcion alguna.

Sin embargo, jamás pasaron cerca de ella las piadosas mugeres de aquella santa comunidad, sin encomendarse con devocion á su hermana en Jesucristo, Sor María de los Dolores, que descansaba en aquel ignorado sepulcro, y cuyas virtudes heróicas, que pudieron admirar en mas de catorce años que habia vivido entre ellas, les permitian esperar estuviese gozando ya su alma de la bienaventuranza eterna.

FIN.

G. G. DE AVELLANEDA.



TUMBA DE BONCHAMP.

El marqués de Bonchamp habia nacido en Jouverdeis, en el Anjou, el 10 de mayo del año de 1760. Educado para las armas, empezó como Lafayette, Segur, Rochambeau, por la guerra de América á donde fué á combatir por la libertad. A su regreso, sirvió en el regimiento de Aquitania en el que era capitan el año 1791. Viendo los progresos de la revolucion y no queriendo tomar parte en ella, presentó su dimision, y se retiró al castillo de Baromere, junto á San Florencio entre el Maine y Lorena. Cuando la Vendeé se sublevó se le rogó tomara el mando de los insurrectos. Hízolo con dolor y como obedeciendo á un deber de súbdito fiel á su rey. Las últimas palabras que dirigió á Mena de Bonchamp son memorables. «Es preciso no hacerse ilusiones, no debemos aspirar á la recompensa terrestre, serian inferiores á la pureza de nuestros motivos y á la santidad de nuestra causa. Ni debemos pretenderla en la gloria humana porque no la proporcionan las guerras civiles.» Reunióse á Larochejaquelin y á la Cathslinau quienes acababan de tomar á Beauprau. Apoderáronse despues de Bressuire y Tohuars. Desgraciadamente para la causa de los realistas la opinion de Bonchamp, era raras veces seguida. Se envidiaba su capacidad, tratábase su prudencia y moderacion de tibieza. Sin embargo, ninguno era mas valiente. Fué herido en casi todas las refriegas en que tomó parte. Una herida le impidió asistir al primer ataque de Joutenay, cuyo resultado fué fatal. El segundo dirigido por él tuvo un éxito favorable, pero recibió una nueva herida que le impidió asistir al ataque de Saumurs y de Angers. Hallábase en el sitio de Nantes y se fracturó el codo. Cuando el ejército de Charrete fué dispersado y sus restos fueron á reunirse con el numeroso ejército Vandeano atacado por los republicanos, Bonchamp corrió con el brazo en el cabestrillo, á alentar á los suyos y contribuir poderosamente á su victoria. Habia recibido la noticia de la sublevacion que se preparaba en Bretaña, y convenció al ejército Vandeano pasara el Lorena. Este proyecto que se creyó funesto, pero que parecia justificado por todos los hechos tuvo en un principio muchos adversarios; se retardó su ejecucion, lo que le hizo mas difícil, por último se decidió y se aseguró el paso del Lorena. Pero los republicanos habian tenido tiempo de ir; atacaron delante de Chollet el 17 de octubre de 1793. En este combate terrible una bala hirió á Bonchamp en el pecho, de cuya herida murió veinticuatro horas despues. Habiendo sabido en medio de su agonía, que se iba á asesinar á los prisioneros republicanos se incorporó en su cama ensangrentada gritando ¡perdon para los republicanos, Bonchamp lo quiere, Bonchamp lo manda! Esta intervencion les salvó.

Tal es el momento elegido por el escultor David para hacer la estátua que descuella en la tumba de Bonchamp en la iglesia de san Florencio, cuyo bosquejo representa nuestro grabado.

A Luisa, Blanca y Leonor.

Capullos hoy levísimos,
presto fragantes flores,
del Dios de los amores
alto y precioso don;
Rubísimos arcángeles
á embellecer nacidos,
del llanto y los gemidos
la tétrica region.

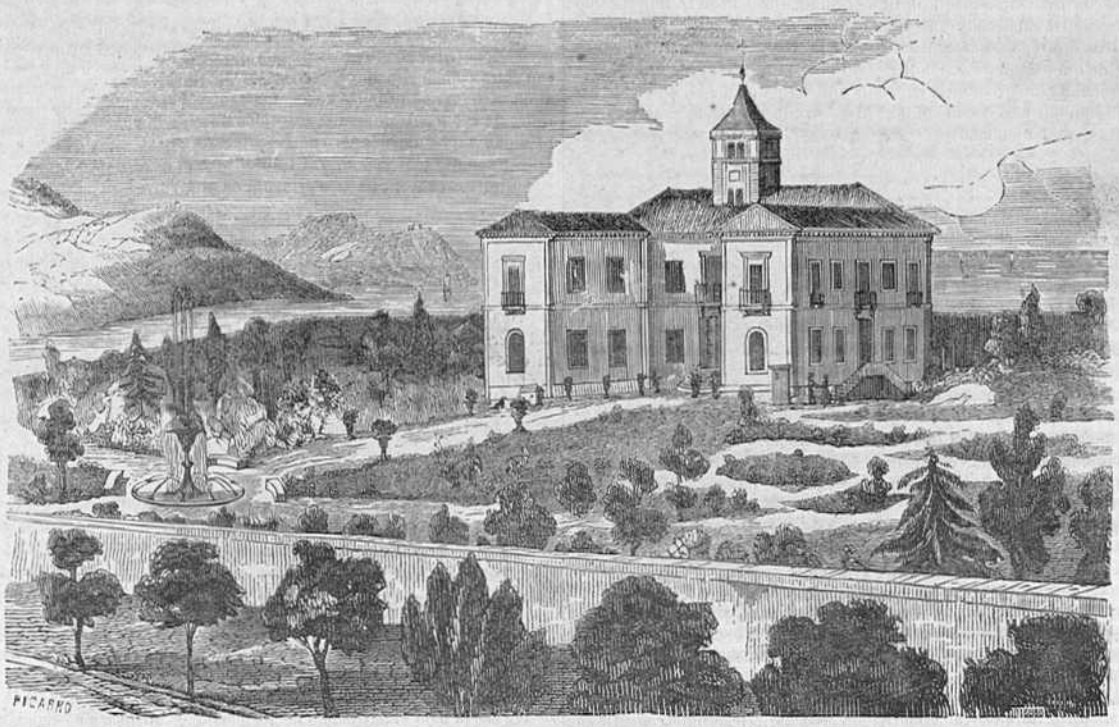
Rayos de luz mas plácidos
que el surco diamantino
que traza en su camino
la luna virginal,
cuando en las altas bóvedas
del estrellado cielo,
de luz inunda el suelo,
de júbilo al mortal.

Son vuestras voces límpidas
mas puras y suaves,
que el canto de las aves
al osomar del sol,
y á vuestros rostros cándidos
la mano creadora
dió de la límpia aurora
el nacar y arrebol.

¡Pueda en las tristes márgenes
de esta region sombría
de sustos y agonía
no heriros el dolor;
y guardas fieles, únanse,
á ornar vuestra existencia,
la paz de la inocencia,
la dicha del amor!

AKSTIN ELPIDOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION; á cargo de Albambra, Jacometreso, 26.



VISTA DE LA CASA DEL SEÑOR MADOZ EN ZARAUZ.

Como complemento del artículo *Zarauz* publicado en el número 4 del presente año, damos la vista de la casa de recreo que el Sr. D. Pascual Madoz posee en la indicada villa, y de la que se hizo mencion en el artículo á que correspondia esta lámina, y al que por no haber llegado á tiempo el dibujo no pudo acompañar. Hace notable muy particularmente la costosa casa cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, la circunstancia de que en ella ha sido redactado en gran parte el célebre *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, que nuestra pátria debe al indisputable talento y carácter infatigable del Sr. Madoz.

Aprovechamos esta oportunidad para publicar la bella traduccion que Madama Fereal ha hecho de una octava escrita por la señorita Carolina Coronado en la corona poética dedicada á la anjelical y malograda hija del Sr. Madoz.

Hé aquí el original y la traduccion:

Tú pensaste que el mar era tu cuna
Y te adormiste en él tranquilamente;
No ha sido para tí poca fortuna
Despertar en la gloria, de repente:
¡Hija del alma! no hay vida ninguna
Que no arrostre el furor de una corriente,
Y si nos ha de ahogar ¡ay! la del llanto,
La del mar es mejor—no amarga tanto!

CAROLINA CORONADO.

Prenant pour ton berceau la profonde lagune
Dans son sein orageux calme, tu l'endormis:
Et sans avoir souffert, pour toi quelle fortune!
Tu t'éveillas auprés des anges tes amis.
Douce enfant! l'existence oú l'on voit plus de charmes
A des courants trompeurs est livrée en naissant;
Et si l'on doit, hélas! s'abymer dans les larmes,
Mieux vaut la mer—plus doux sera son flot puissant!

V. DE FEREAL.

LITERATURA EN CHILE.

ARAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTÍCULO 1.º

«Donde ha habido tanta *bravosidad de armas*, no faltará la suavidad y belleza de las letras de sus propios hijos.»

Habia corrido la mayor parte de 1611, cuando estampaba estas palabras el autor de los *Comentarios Reales del Perú*, al enumerar lo mucho que tenian que decir los que escribiesen los sucesos del reino de Chile; teatro de porfiada lucha entre españoles y araucanos.

Ignoraba el buen Yuca que entre los orígenes del Bio-Bio, entre las murallas mal seguras de un fuerte avanzado en el desierto, habia nacido uno de los historiadores de su patria. Y no solo habia nacido, sino que corria ya desde seis años atrás la segunda edicion de su obra. A quien aludimos es al licenciado D. Pedro de Oña; la obra, el poema *Arauco Domado*, escrito en diez y nueve cantos y dirigido á D. Hurtado de Mendoza.

Pedro de Oña nació en la ciudad de los *Confines*, última de las siete que fundó Valdivia en el territorio Araucano, á la márgen oriental del Bio-Bio veinte leguas de Concepcion. Conservó su nombre aquella ciudad, á pesar de que al cambiar de situacion mediante el gobierno de D. Garcia (1506) debia denominarse ciudad de los Infantes por órden de aquel gobernador. Pedro de Oña, devotísimo de la casa de Mendoza, y orgulloso de su mision, se llama, al frente de su poema, *natural de los Infantes de Eugol en Chile*, desvaneciéndo así toda duda acerca de su orígen. Fué su padre el capitan Gregorio de Oña, el cual murió peleando en la guerra de Chile en las filas del ejército de D. García de Mendoza. No puede leerse sin emocion la estrofa que el hijo le consagra en el noveno canto, al fólio 153 vuelto, de la edicion de 1605.

Y tú, mi padre caro, mas perdona,
que no he de dar motivo con loarte
á que diciendo alguno que soy parte,
ofenda mi verdad y tu persona:
Por esto callaré lo que pregona
la voz universal en toda parte,
y perderás por ser mi padre amado,
lo que por ser tu hijo yo he ganado.

Se ha conservado la ortografía de la citada edicion. El apellido de Oña no es oscuro en América, particularmente en los primeros tiempos de la dominacion española. Un Oña del mismo nombre del poeta fué Maestre de Campo de D. Diego de Almago, durante las guerras civiles; y el primer Provincial de la órden religiosa de S. Francisco en aquel mismo reino, fué Fray Luis de Oña por los años de 1553. En el antiguo Reino de Quito existió tambien una villa de Oña en la latitud de 3º 21', no sabemos si denominaba así en recuerdo de su fundador ó de los lugares de España que tengan igual nombre.

Segun el testimonio del abate D. Juan Antonio Molina, fué siempre muy estimada en Chile la ciencia de las leyes; y muchos jóvenes

chilenos pasaban á instruirse al Perú, donde aquella facultad se enseñaba con particular aplauso. De este número debió ser el licenciado Pedro de Oña, pues al frente de su poema se da el título de *colegial del Real colegio mayor de San Felipe y San Marcos de Lima*. No sabemos de que edad era cuando pasó al Perú; pero se infiere que no debia ser muy niño entonces, puesto que habia podido adquirir de los propios indios el conocimiento de sus costumbres, de sus prácticas religiosas y de su idioma:

Hélo sabido yo de muchos de ellos,
por ser en su pais mi patria amada,
y conocer su *frasis*, lengua y modo,
que para darme crédito es el todo.

La primera produccion literaria que salió de su pluma fué el *Arauco Domado*, impresa por la primera vez en la ciudad de los Reyes el año de 1596. Trece años despues publicó en la misma ciudad otro poema en un solo canto en octavas con el título: *Temblor de Lima en el año 1609*. A mas de estos escritos conocemos del mismo autor una *cancion real*, impresa al frente de un libro consagrado á los méritos y milagros de S. Francisco Solano: en esta cancion se recojen *las escelencias del santo derramadas por aquel docto libro* haciendo el autor que las refiera el rio de Lima al Tiber de Roma. Un soneto de Oña á la Universidad de S. Marcos de Lima se halla á la cabeza de la primera publicacion de las *Instituciones y ordenanzas* de aquel cuerpo, año de 1602.

En la silva segunda de *Laurel de Apolo*, Lope de Vega atribuye á Oña un

«Poema heróico, armonioso, suave
del Patriarca Ignacio de Loyola,»

el cual le hallamos incluido en el catálogo de poemas épicos que trae el Sr. Gil y Zárate en su *Manual de Literatura*: bajo el título de Ignacio de Cantábria.

En el canto segundo del *Arauco domado*, en una de las veces en que se dirije el autor al gobernador Mendoza, le promete vestir *en traje pastoril* sus venturosos lances en la Córte; palabras con que promete, sin duda, otra obra poética sobre las aventuras de su héroe en la ciudad, ensayando en ella otro género de estilo y de composicion. De los escritores que se hallan en las circunstancias de Oña por el lugar y época del nacimiento, son poquísimas las noticias que se tienen; esas mismas se hallan diseminadas en libros escasos, oscuros, y faltos absolutamente de método.

La accion del poema *Arauco Domado* empieza por la pintura del Estado de Chile:

Cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
teniendo tan en poco lo del suelo,
para con el rigor de sus espadas;
y cuando sobre picas levantadas
(ó lúgubre espectáculo y señuelo)
andaban las católicas cabezas
cortadas de sus troncos hechos piezas
De blancos luceros blanca parecia
la verde superficie de la tierra,
y á las corrientes claras de la sierra
la derramada sangre enrojecia...
. . . . . .
A tierra Tucapel y Rengo espanta
Brama Lincoya, y múestrase valiente,
por ver su fuerza idólatra crecida
y la del fiel ejército perdida.

Diez y siete cantos se consagran á la relacion de los hechos que empiezan en 1557 con el desembarco de las tropas de Mendoza y termina con la batalla naval que D. Beltran de Castro dió el pirata inglés Havokins. Promete Oña al terminar su poema una segunda parte escrita

«Con pié mas lento y mano mas fecunda»

pero nunca la publicó estando al testimonio de las *Bibliotecas* mas acreditadas.

El *Arauco Domado* como los otros poemas sobre la misma materia pierden de su mérito por el paralelo que han de sostener con la Araucana. Infinita es la distancia entre este y aquel, mas no por eso merecen el olvido las sencillas estancias de Oña. Su libro es precioso, no solo por lo raro que se ha hecho en el mundo, sino porque es una de las fuentes á que se ocurre á beber la verdad cuando se ha de escribir sobre ciertos períodos de la primitiva historia de Chile. Para este rico y ya ilustrado pais milita tambien una razon especial de aprecio hácia Oña, pues de él puede decirse como de Ercilla:

Que en el heróico veno fué el primero
que honró á su pátria...

Nosotros no elojiaremos este poema ni haremos crítica de sus imperfecciones. En cuanto á su estructura seria injusto exigirle la armazon épica cuando su autor, como dice Quintana con propósito análogo al nuestro, no se propuso hacer una epopeya sino *una narracion* verídica de los acontecimientos acaecidos durante el gobierno de Mendoza *algun tanto amenizada con los alhagos de la versificacion y del estilo y con algunos episodios*. El autor mismo lo espresa en varios de sus primeros cantos, particularmente en el 4.°

No es fábula ni poética figura
ficcion artificiosa ni ornamento,
sino verdad patente, lo que cuento,
que es de la que se precia mi escritura...

Nos limitaremos por lo tanto á dar algunas muestras del estilo y del mérito de este poema copiando uno que otro pasage, uno que otro pensamiento para no ser prolijos. Si puede servir de escusa á las faltas de un escritor la precipitacion con que trabaja, debemos advertir que Oña producia con rapidez, y aguijoneado por sus amigos.

Cuando á mas de mediado el canto octavo ha escrito ya mas de *seis mil* versos, entonces dice parodiando uno de los mas conocidos aforismos médicos:

Es el discurso largo, el tiempo breve,
cortísimo el caudal de parte mia,
y danme tanta prisa cada dia,
que no me dejan ir como se debe.

No tenia nuestro poeta por rémora de su impaciencia el precepto de trabajar con reposo, á pesar de toda urgencia y de cualquier mandato, pues probablemente ya no podria oir las voces del mundo cuando Boileau publicaba su Arte poética.

El poema de Oña salió en la segunda edicion de la imprenta de Juan de la Cuesta bajo el patrocinio de los elogios y aprobaciones laudatorias que encabezan todo libro de aquellos tiempos. El licenciado Juan de Villela, alcalde de córte de la Real Audiencia de los reyes, dice que en este libro: «demás del nuevo modo en la correspondencia de las rimas, descubre su autor muchas lumbres de natural poesia, tanto mas dignas de estimacion en un hijo de estos reinos, cuanto por la poca antigüedad de la nacion española en ellos, tienen menos de cultura y arte.» El nuevo modo de la correspondencia de las rimas debió ser cosa que llamára entonces la atencion, pues el mismo Figueroa alude á ello en aquel verso:

«Nuevo son, nuevo canto, nuevo Homero.»

El P. Esteban de Avila de la Compañía de Jesus, dice en su aprobacion que el libro que se intitula *Arauco domado* es libro que tiene muchas y grandes sentencias, muy importantes para la vida humana: y es muy aparejado para incitar, mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros á emprender hechos señalados y heróicos.... Todo lo cual arguye el grande ingenio de que Dios dotó al autor.»

Enfadoso por demas seria imponernos la tarea de citar los nombres de cuantos aventajados varones han tributado elogios á este poema. De los ejemplares de la primera edicion hecha en Lima en 1596 por Antonio Ricardo de Tunez primer impresor del Perú, sesenta y un años despues de fundada aquella ciudad, puede asegurarse que será muy raro el que se encuentre en el mundo, tal vez sea el único el que parece poseer en su biblioteca el Sr. Terneaut.

Esta escasez de una obra necesaria para el complemento de cualquiera coleccion de historiadores de América, y que es á mas una curiosidad literaria, hace que sea hoy escesivo el precio de los escasos ejemplares que circulan entre poquísimos estudiosos y aficionados á libros no comunes.

D. Vicente Salvá en su catálogo de París, al anunciar en venta un ejemplar de la edicion madrileña, le fija el precio de ciento veinte rs., dando por razon que *ha llegado á ser imposible hallar este poema á no ser en un número reducido de bibliotecas*.

En el artículo siguiente trataremos de mostrar como hemos ofrecido algunas de sus muchas bellezas.

ADELANTE.

(Artículo inédito.)

¿Cómo te tengo de escribir, querido Silva, si de un mes á esta parte parece mi existencia un gobierno naciente? No hay en ella cosa con cosa; ni me sucede lance bueno, ni pasa dia por mí que no me

traiga alguna nueva calamidad; y no quiero hablar de las públicas, que esas las pasamos todos. Así es que me doy á todos los carlistas: tal es el humor que tengo; pero..... adelante.

En primer lugar, aquí dieron en decir si teniamos ó no un ministerio progresivo, y hemos estado á dos dedos de quedarnos sin él, que hubiera sido pérdida. Adelante. Yo no sé si es que se les hubo de figurar que habiamos hecho demasiado en el poco tiempo que llevamos de libertad: acaso seria eso; porque al fin, parece que no, pero hemos echado abajo el voto de Santiago, y no es poco hacer en un año; y la prueba es que en diez años antes no se habia hecho otro tanto: pero adelante; el resultado fue que se levantó una nube, que hubo listas de ministros nuevos que era lo que habia que leer, y aun yo te dijera sus nombres, no mas que por distraerte: pero adelante. ¿Qué tal andaria ello, que todos los que éramos antes de la oposicion nos hicimos en momentos ministeriales, pero tan de corazon, que yo, sin ir mas lejos, escribí un artículo titulado *Atrás*, el cual no se llegó nunca á imprimir, por cuatro etiquetas que ocurrieron entre la persona del censor y la mia; pero adelante: al fin no fue cosa de cuidado, y quien perdió en la refriega fue el artículo, que no vió la luz; no vayas á entender que se prohibió; nada de eso; ni yo lo dijera si hubiera sido así, ni me lo dejáran decir tampoco; sino que lo del ministerio no cuajó, y yo por no indisponerme con los de las listas dije: ya no viene á cuento nada de lo de *atrás*; paciencia por consiguiente y *adelante*.

Luego le he tomado un miedo, no precisamente á escribir artículos, sino á que los lean mis amigos, un miedo tal, que no fuera fácil esplicártelo: ni hay motivo para otra cosa: dias pasados se me pasó por la cabeza endilgar uno sobre unos billetes de máscaras embargados, ó no embargados: billetes fueron que hubieron de costarme caros, y eso que ya lo estan ellos, porque estan á 25 rs.; pues aun mas caros: hubo tambien etiquetas; ya sabes que *estos cumplimertos d'os castezaos me reventan*. Hubo lo de averiguar quién era *Fígaro*, que como nadie lo sabia, fue preciso decirlo yo mismo: lo dije pues, y lo firmé, que fue mas: debió haber ruido; pero no lo hubo, y yo dije: *adelante*.

Ahora estamos con los presupuestos: el primer dia todo era sacar de una parte y sacar de otra; y como el de Casa Real fue el primero, y pilló á la gente caliente y con ganas de ahorrar, sucedió lo contrario de lo que dice el refran, es á saber, que aquí fue el primer mono el que se ahogó: pero luego ha sucedido como con todas las cosas; conque *adelante*. Se estan haciendo unas economías, que no hay para qué elogiarlas; y esto va tan de prisa, que bien se puede decir que ya el presupuesto va de capa caida.

Todavia no ha salido la ley de ayuntamientos; pero como los que hay son á pedir de boca, adelante.

Este mes hemos estado felices en Navarra; y en cuanto se acabe la guerra, ya no habrá pretendiente. Siempre deberemos estar muy agradecidos á la cuádruple alianza. Por cierto que ya no se habla de ella. Pero así como así, no hace falta: conque adelante.

Ahora andan en dudas en el Estamento sobre si son buenos los jueces, ó no. Es el caso, que segun dicen, los hay tódavia de los que sentenciaron en los pasados diez años que siguen sentenciando. Adelante.

En los periódicos verás un comunicado de uno de mis amigos: la cosa no es importante: parece que tenia un asuntillo pendiente, en el cual debia de llevar razon, segun lo mal que le ha salido: fúe á verse con uno de los primeros empleados del ramo, y le contestó que no habia mas que un ligero inconveniente, á saber, que no estaba *purificado*. Esto fue el dia 3 de este enero de este 1835. A propósito de fechas, la amnistía se publicó en 15 de octubre de 1833. Luego ha habido tambien un decreto de 31 de diciembre de 1834 sobre rehabilitacion de empleados. Adelante.

De todos modos parece decidido que á pesar del ministerio tory, nosotros no iremos atrás: no sé si porque no fuera fácil, ó porque se trata de ir *adelante*.

Como quiera que sea, te avisaré, y suceda lo que suceda, ya que no se puede decir atrás, adelante

Tu amigo, FIGARO.

El Templo de San Miguel de Media-Villa. (1)

Medina de Rioseco.

Cuando el torrente devastador desprendido de las heladas grutas del Norte se lanzó sobre la Europa meridional y occidental en armadas y turbulentas hordas; cuando los agrestes idólatras de Odino se arrojaron, bajo la victoriosa mano de Alarico, sobre la ciudad de los Césares, y los corceles del Rin hicieron vibrar con su belicoso relincho las bóvedas del Capitolio; cuando el mundo entonces civilizado quedaba cual un cadáver envuelto en un sudario inmenso de tinieblas y desolacion, el genio de las artes, asustado al intonso aspecto de los atroces huéspedes, tendió sus alas, abandonó el cielo de la Italia, y se llevó á las encantadoras márgenes del Bósforo la antorcha de su inmortalidad. Constantinopla arrebata á Roma el cetro de la gloria, como Roma se le habia arrebatado á Grecia. ¡En todas partes la ley de la expiacion! Bien que, andando el tiempo, sobrevino un dia en que aquella opulenta hija de Constantino hubo de volver los atribulados ojos á la adoptiva de San Pedro, y demandarla un asilo para sus sábios y sus escuelas, para sus ciencias y tradiciones, contra el incendiario furor de los estúpidos soldados de Mahomet. Y así, por esta sucesion providencial de contrastes, se salvó el tesoro de la civilizacion antigua en beneficio de la humanidad. ¡Maravilloso espectáculo para el entusiasmo del poeta; magnífico estudio para la razon del filósofo; alto é inefable misterio para la fé en el porvenir de los pueblos!...

Desde aquella solemne época data una nueva vida para la familia europea. Ella fué la terrible inauguracion de la moderna historia, así como el prólogo del inmenso drama de nuestros diez y nueve siglos lo fuera del cristianismo, que acabó con la sociedad de Homero y de Virgilio. La peripecia fué muy profunda y vehemente; el cuerpo social se resintió del sacudimiento en sus mas íntimas fibras, y la fisonomía de sus elementos orgánicos se presentó modificada por el terror de aquella impresion general.

Tan radical vicisitud del mundo, acabando con los vestigios del imperio latino, consumó una revolucion absoluta en todas y cada una de las necesidades del órden social. Nacieron los estados, se formaron los idiomas, hablaron los pueblos. Y cada miembro del coloso secular, dividido por la espada hereditaria de Bresso, se convirtió en un cuerpo perfecto, vital y fuerte, que, cerrando los ojos á lo pasado, marchó de frente hácia el porvenir.

Como el cristianismo fué el único principio que subsistió en pié durante aquella pavorosa y violenta crisis; como fué el arca santa donde se custodió el fuego civilizador, se sobrepuso á toda otra influencia social, y determinó cardinalmente su predominio en la nueva organizacion del mundo. Al efecto se asimiló todos los medios de accion, estendió á los pueblos la subordinacion gerárquica de la Iglesia, y quiso dar á las instituciones humanas el carácter de perpetuidad, vigor é inamovilidad, signos esenciales de la entidad teocrática. Por eso el imperio de Carlo Magno es una teocrácia civil, y el emperador un pontífice dinástico. Porque aquel imperio era el centro vital del apostolado, y un cuerpo, en suma, cuyo físico era la civilizacion, y cuyo espíritu era el catolicismo.

La Iglesia, pues, se hizo sentir en todo y sobre todo, como principio cardinal, elemento omnímodo, y único regulador; donde quiera influia su genio poderoso; nada quedó en donde no imprimiera su sello de formalidad y duracion. Este universal efecto se notó mas inmediato y visible sobre las formas objetivas de los sentidos físicos, en la parte traducida y materializada de la idea, en las artes, en fin. Nada mas natural. En la filosofía, en la literatura, en los demas ramos especulativos, que solo estan sujetos á la crítica intelectual, y no de la universalidad de las gentes, el efecto no podia significarse ni popularizarse tan pronto. Necesitaba la concurrencia del tiempo y la sucesion gradual de las cosas. Pero en las artes, donde cada pensamiento, cada innovacion se traduce al punto en granito y pizarra, y se presenta á la espectacion de todos, sábios é ignorantes, tenia que darse á conocer inmediatamente, y aparecer la transicion en evidente y significativo espectáculo.

Constantinopla, pues, la primitiva Bizancio, que mal envuelta en la púrpura griega guiaba azarosamente la fortuna del bajo imperio, se hizo el tipo del gusto; y desde allí salia para los paises cristianos la fórmula artística, que todos aceptaban cual espresion inteligente de la época. Pudiera comparársela á un oráculo omnipotente dictando sus mitos á las naciones, que agrupadas en derredor eran otros tantos tipógrafos, que les consignaban para la posteridad en el álbum gigantesco de templos y fortalezas, que cubrió la superficie de Europa, y donde legaron á las gentes el misterio sacerdotal de aquellos tiempos formidables.

No hay mas que poner los ojos en cualquier monumento de tan remota era, para comprender así la verdad histórica. El semicírculo griego, el arco típico de las antiguas escuelas heleno-romanas, único vestigio salvado de aquella inmensa vicisitud, aparece en las portadas y en los peristilos. Pero ya no es el medio punto ligero, rico y magestuoso, montado sobre elegantes pilastras, que decoraba el pórtico y el coliseo. No, en verdad. El arco del arte *bizantino* es pesado, tosco y glacial, y parece que le cuesta trabajo sostenerse en el aire, arrastrado á tierra por su propia pesadez. Así lo debieron comprender los

(1) El sobrenombre de este templo proviene de estar edificado en lo que antiguamente era el centro de la localidad.



(Templo de S. Miguel de Media-Villa en Medina de Rioseco.)

arquitectos de la época, cuando le calzaron con pilares cortos, fornidos y apiñados, que le reciben en capiteles enormes, correspondidos por un basamento de vigorosa mole. Ademas esta combinacion se halla acorde en su traza con aquella inteligencia. En ella nada hay que recuerde el refinamiento ático, ni la delicadeza quirinal. Todo al contrario. El pensamiento, lo mismo que la forma, la idea y la espresion, la esencia y la presencia marcan bien la transformacion y la índole del nuevo tiempo. Así es que la mano de obra solamente ostenta rudeza, sencillez pautada, sombría y despótica inflexibilidad. Y en la composicion, que es la mente del artista, el misterio de la época, nada se vé sino monstruos fantásticos, visiones descomunales, fieras, plantas y seres que parece han salido de un cerebro febril, y que son el sarcasmo agreste de las volutas tiernas y de los transparentes acantos de la gloria clásica.

No son ciertamente muy comunes en España los monumentos de aquel período artístico, por la ocupacion sarracena: pero entre los varios en que hemos podido estudiar aquella tétrica arquitectura, tan emblemática y sacerdotal, hemos deducido que la transformacion de la forma de *greco-romana en bizantina* envuelve un gran pensamiento, traza ó acaso misteriosamente en esos capiteles simbólicos, que ahora nos contentamos con interpretar á la luz de la historia, y á las inspiraciones mas ó menos felices de la crítica, arrebatada algunas veces al contacto abrasador de la fantasía.

El templo de San Miguel Arcanjel, que damos en el dibujo, fué uno de los monumentos alzados en el período Bizantino, y de los pocos que han sobrevivido á la saña del tiempo y á la ignorancia y avaricia de los hombres. No son por cierto la magnificencia material, ni la belleza artística su patente de mérito. Lo son, en contrario, su rudeza primitiva, su masa tostada por el sol de los siglos, y carcomida por el peso de los tiempos, su adusto talante, en fin, que atestiguan su fecha. Porque su fecha es su celebridad.

No existe memoria de su fundacion ni aun tradicionalmente. Pero conjeturando por los acontecimientos y datos históricos del arte, su orígen debe remontarse cuando menos al siglo XI. Y nuestra opinion personal es que fué obra del IX en los primeros tiempos de la reconquista.

Esplicaremos la razon. Del período de la monarquía goda no debe ser, porque no existen sino muy contados monumentos de aquella época. Derrocada la sucesion de Ataulfo, en 714, y habiendo sido reconquistada *la tierra de campos* en el reinado de D. Alfonso el Católico de Leon, esta villa entonces fué erigida en punto principal de la línea de defensa, y considerada en mucho por su importancia. Ahora bien: hecha la restauracion, nada mas natural que erigir su poblacion tan estimada un templo cristiano para el servicio de su vecindario y para el culto reconquistado de la militante cruz. Esta obra necesaria, obligada, hubo de ser indudablemente San Miguel. Y tanto mas de creer, puesto que no hay monumento de mayor antigüedad, ni memoria de que haya existido. Este juicio se afirma mas con la circunstancia de haber sido San Miguel iglesia parroquial de muy antiguo, servida por monges, antes de la ereccion de las parroquias hoy existentes, de las cuales la mas vieja es del siglo IV. Hasta este tiempo, pues, desde el principio de la guerra con los Mahometanos, San Miguel fué el único templo parroquial de la villa. Pues con la turbacion del tiempo y los apuros de los vasallos, mal pudo pensar en la construccion de otras, máxime no habiendo tenido grande incremento su vecindario.

Cualquiera que pueda ser la diferencia, ello es que San Miguel, templo *bizantino*, constituye una antigüedad importante, un monumento arqueológico digno de consideracion. Poco nos detendrémos en su descripcion material, así porque no ofrece grandezas artísticas, cuanto porque con una ojeada sobre la vista adjunta tendrá el curioso las noticias que puede apetecer. De modo que solamente por esplanacion diremos algunas palabras sobre el particular.

La planta del edificio es un rectángulo imperfecto, que termina en una curva semiesférica por la parte superior, con pequeñas, aunque no mal entendidas proporciones. El templo interiormente carece de todo adorno; es sencillo hasta la pobreza, y su aspecto rudo y nebuloso refleja bien el espíritu de su época, y lleva la imaginacion á lejanas aventuras. Unos agrestes pilares encajonados en los muros sostienen la informe cornisa, de donde arranca el modesto artesonado de madera en su color, que cubre la nave. —En lo esterior, ya lo veis. Toscas pilastras, columnas de bastarda proporcion, recios y prominentes modillones, en cuyas facetas un grosero cincel esculpió monstruos desconocidos, y símbolos y geroglíficos de fabulosa inteligencia; mezquinas y no simétricas ventanas mas propias de una fortaleza que del templo de Cristo, y en cuyo corte no se vislumbra siquiera la innovacion germánica; una torre sin arte, ni osadía; y por fin una portada constituida por el arco hemiciclo, disminuido concéntricamente por todo el espesor del muro, y cargado sobre dos órdenes de pilares característicos, estendiéndose sobre ella un humilde pórtico de vulgar y antiquísima traza. Añadid á esto otra portada semejante, pero inutilizada, en el muro inferior, y tendreis todos los detalles que componen el *bizantino* monumento.

Pero no. Os falta ver ese color amarillento é indefinible, que imprime el aliento de los siglos; el aspecto solemne y monumental que presentan las obras en su sagrada ancianidad, el vapor de misterio é idealidad, el prestigio vago y romancesco que circunda á esos vestigios de lo pasado, á esos recuerdos solitarios y elocuentes de las generaciones que ya no son, á esas páginas simbólicas que encierran en el polvo de su olvido muchos de los dolorosos pasos de la humanidad en su secular y tempestuoso camino. Nada de esto veis con los ojos del alma, con el lente de la inspiracion, y no podeis comprender, ni hallar, ni ver lo que dice y significa ese testigo centenario y mudo, cuya modesta cruz prevalece sobre las arrogantes fortunas de los siglos. ¡Oh!.. venid! venid los que anhelais saber en los misterios del entusiasmo

cuánta poesía encierran esos caducos sillares, contemplados en la penumbra del crepúsculo, cuando el viento azota el musgo ceniciento de sus grietas, y flota su mole denegrida cual inmenso fantasma entre las nieblas de la noche, y la perezosa campana exhala un gemido melancólico y fugitivo, que se evapora á los cielos como las postreras esperanzas de nuestro fatigado corazon!

V. García ESCOBAR.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

Y solo el hombre pervierte
sus justas obligaciones
si no vence sus pasiones
como valeroso y fuerte.
(Juan Ruiz *á su hijo.*)

Quien por los años de 183 *** hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado á aquella ciudad compacta, que parece haber salido en una pieza, fuerte, bella y armada de una cantera, como minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el trozo que corona la puerta de la mar, hubiera podido notar dos mendigos que arrimados al pretil, imploraban la caridad pública, mas con su triste aspecto, que no por descompasadas voces.—Era el uno un soldado, segun lo demostraba los restos de una casaca militar que llevaba, al que faltaban ambas piernas, y que sentado sobre un pedazo de corcho sujeto á su cuerpo con correas, se movia merced á sus manos, que apoyaba en el suelo. A su lado una mujer jóven, pero avejentada y conservando á pesar de su destruccion un noble tipo de belleza, se cubria parte de su rostro con un pañolon desteñido por el sol, que llevaba sobre la cabeza, meciendo en sus brazos á un niño pálido y enfermizo como su madre, mientras el licenciado enseñaba á una niña de seis años aquellas palabras mas apropiadas á mover á compasion al corazon del hombre, y aquellas bendiciones mas adecuadas á incitarla á merecerlas;—esto es, la hermosa deprecacion: ¡Señor! por la sangre de Nuestro Redentor, y por los pechos que lo criaron, muévase su corazon á piedad hácia estos infelices, sin mas amparo que el del Cielo y el de las buenas almas: así Dios le libre de un malvado, de un testigo falso, y de una mala lengua; y la pobre madre añadia suspirando: ¡y le dé salud para criar sus hijos!!

Algunos ricos pasaban, respondiendo así á este clamor de la miseria:

¡Qué plaga!—¡qué repugnante aspecto en un paseo público!—por qué no habrá aquí como en otras capitales del estrangero asilos para la mendicidad?—¡qué atrasados estamos! ¡Mire V. eso!—un ente así casado y con hijas! ¿Deberia eso permitirse?—¡aquí todo anda como Dios quiere!

Pero otras buenas almas, mugeres, clérigos ó niños, se paraban y daban limosna.

—¡Ahí tiene V. decian los otros, la limosna mal entendida!—el *ochaveo*; ¡el maldito ochaveo que es el que mantiene á esos vagos!—¡á esa lepra!—¿y sabe V. por qué dan esos beatos?—¡para que los vean dar, pura hipocresía!

—Y lo que vos haceis, detestables cancerveros, de vuestro dinero en no dar, ¿cómo se llama? ¿á qué sirven los pobres?—decia un tremendo millonario que la echaba de gracioso, seguro que los chistes de un millonario siempre hacen gracia, ¿de qué sirven sino de estorbo? ¡á los pobres matarlos!

Esta bestial atrocidad hizo dar tales carcajadas á sus compañeros de paseo, que poco faltó á que se apagasen los tremendos cigarros habanos que llevaban en sus bocas como los elefantes sus trompas.

Ya la muralla ostentaba tales detestables hombres, que harian bueno el socialismo, si por fortuna no fuesen raros y contados; tambien ostenta otros seres encantadores que á su libre albedrío rien, cantan, corren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Bocecher. Estos seres son los niños que primorosamente vestidos á la inglesa, envian sus madres en compañia de sus amas á esparcirse á la muralla, mientras estas sentadas en el parapeto ó en los escalones que separan unos de otros los cañones que asoman por fuera del recinto su tremendo ojo negro, se entretienen en conversacion unas con otras sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí como es de pensar gran papel los rosqueteros, los que con sus canastos en las manos pasan como una viva tentacion entre aquellas hordas Lilliputienses. Tenemos por reato del pecado de golosina de nuestra infancia, un feble por los rosqueteros que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que por una inesplicable anomalía suelen tener cara de vinagre; nos parece aun hoy dia que adornan mucho mas graciosamente la muralla que no los soberbios cañones, é infinitamente preferibles los anises de los primeros á los de los segundos; ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz; sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

¡Quiero *uno otro* rosquete!—dijo á su ama una rubita de tres años cuyos rizos volaban al viento por sus hombros debajo de una capotita de raso rosa—¡y yo un merengue!—añadió su hermana decana de la tropa que ostentaba con dignidad siete años.

—¿No seria mejor, respondió la anciana ama envejecida en la casa, pues habia sido igualmente ama de la madre de las niñas, no seria mejor, pues ya os he comprado esas chucherías, que diéseis ese dinero á aquella pobrecita niña que quizás hoy no habrá comido pan? (el ama unia dos fines, el higiénico y el humano.)—¿Que no habrá comido pan?—dijo asombrada la niña mayor, y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hácia la pordiosera y le dió la moneda.

Y tú, Lolita, ¿no le quieres dar la limosnita á la pobre?

—¡Quiero *uno otro* rosquete!—respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

¿Quiere V. ahora, dijo refunfuñando el viejo rosquetero, que los angelitos de Dios dejen de comer dulces?—si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros?—¡caramba con Vd.! que desnuda un santo para vestir á otro!

¡Cicatera, golosa, mal corazon!—decia entre tanto la decana á su hermana; esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo y budin, y postres; anda, dale tu rosquete, corre;—y agarrándola por la mano la llevó de remolque á paso redoblado hácia la pordiosera, la agarró la mano que llevaba el rosquete, y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevia á coger el rosquete.

—Tómalo, tómalo, dijo la niña mayor.

—¿Me lo dás? preguntó la pobrecita con ese encantador tuteo de los niños compañero de su inocencia.

—Sí, sí, ¡cógelo, anda!

—La pobrecita lo tomó tímidamente diciendo: Dios te lo pague.

—Toda esta escena habia sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendia bien lo que pasaba y á la que la veloz carrera habia aturrullado; pero apenas vió pasar su querido rosquete á manos estrañas, cuando abrió su poderosa boca, y se puso á berrear como un becerro.

¡Qué fea estás, que feísima estás!—le dijo su hermana echando á correr y dejándola plantada en medio de la muralla; entonces subieron los berridos al *fortísimo*, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió y tambien la pobrecita que quiso devolverle el rosquete; afortunadamente el rosquetero que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorro alrededor de flores, acudió atraido por una seña del ama, y la de la capota rosa metiendo su blanca manita en el canasto con el íntimo placer con que un avaro mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó con triunfo y denuedo las blancas perlitas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre la propiedad que tenemos tan instintivo é innato, que ha sido preciso toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el *desprendimiento*. Pero la niña que era aun demasiado chica para comprender la dádiva, ni hacerse cargo de la necesidad agena, corrió hácia aquella que graduaba usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada una palmada en el brazo con todas las fuerzas de que podia disponer.

¡Ah pícara! esclamó su ama que corrió tras ella sacudiéndola por el hombro, qué se entiende pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada!

—Pídele perdon ahora mismo, ó si no, se lo digo á mamá, ¡niña mala!—dijo su hermana.

—No quiero, recalcó en voz y en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—Bueno, bueno, pegona, soberbia y arrogante; dijo su hermana.

—Es cierto que si la de la capota rosa hubiese leido Bernardo del Cárpio, hubiese contestado lo que aquel al moro: la arrogancia toda es mia.—Pero á falta de voces espresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

¡Vaya pedir perdon á una mendiga!—dijo remilgadamente una ni-

ña de *medio pelo* que lucia una peineta, un velo que estiraba furiosamente, y un abanico que parecia en sus manos un soplador de cocina.

A todo el que se ofende se pide perdon, contestó el ama, á eso las tiene acostumbradas su madre: si te cuesta pedir perdon á un pobre, pispireta, no lo ofendas; y mis niñas saben que sin perdon está la ofensa siempre como una mancha en la conciencia, y que sin la conciencia limpia nadie puede vivir contento sino que esté dejado de la mano de Dios.

Pero tú, dile á tu madre que en lugar de abanico te compre un librito de doctrina; asi perderás los humos, mi alma, que á todas le estan mal, y á los pobres peor que á los ricos—¿estas?

La niña dió un nuevo estiron á su velo y puso en movimiento acelerado á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdon á la pobrecita, Lolita, mi corazon, prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena muger; si lo haces, te llevo á la alameda, donde verás á tu mamaita.

Lolita volvió su carita que sombreaba su capota rosa hácia la niña mendiga y le dijo: *perdon, poecita.*

Y en seguida como solo el primer paso es el que cuesta, tanto en la senda del bien como en la senda del mal, segun dicen muy bien los franceses, Lolita entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña con el ademan y la espresion de rostro de Escipion al devolver á Allestires su hermosa novia hecha esclava en Cartagena: verdad es que faltaba al rosquete la mitad y que el ansia de Lolita habia sido mayor que su apetito.

A la noche la niña mayor refirió á su madre cuanto habia pasado.—Esta señora verdaderamente ilustrada y que tenia los buenos sentimientos que la verdadera ilustracion ennoblece y refina, tuvo un real pesar por la accion de su niña—y al dia siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la amiga; y por eso hemos referido este incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre víctima incalculables resultados; pero no anticipemos sobre lo venidero—preciso es saber quien eran esos mendigos que presentamos en primer término, y esto es lo que vamos á referir si nos quereis prestar atencion.

El dia de san Juan del año 1822—se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento debido á que era *dia de toros en el Puerto.*—Presentaba dicho muelle seguramente una bella animada perspectiva á los ojos; en cambio eran destrozados los oidos por una descomunal y destartalada gritería, con la que abusa el barquero de la bahia de Cádiz espantosamente de sus pulmones y de los timpanos de sus oyentes. Ciertamente se deberia por órden de buen gobierno poner coto á esta licencia de garganta que unida á la de espresiones incomoda, aturde, escandaliza é indigna al público indígeno y asusta al exótico señorito, dijo uno de los patrones que se agitaba y movia sin cesar, y que ya estaba ronco de gritar á un jóven agarrándolo por un brazo: venga su mercé acá, mi amo, que en este mismo instantito doy á la vela y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va surcando el charco—y sin saber ni cómo ni por donde nuestro jóven se halló sentado en el falucho, ó por mejor decir preso, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela este, ni pudo volver á tierra aquel.

Servando Ramos, tal era el nombre de este jóven, hijo de un rico comerciante de Cádiz, habia sido educado en Inglaterra y á su reciente regreso, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia.—Llevaba el elegante vestido de *majo sério* que los jóvenes han adoptado para ir á los toros; consistia en pantalon, chaqueta y chaleco, blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñia su cintura, un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello pasando los picos por una sortija en que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatos de rico ante para asemejar á los de vaca de los *majos crudos*; sobre su cabeza que adornaba una ensortijada cabellera llevaba un sombrero calañés algo inclinado á la derecha, en una mano una chivata visualmente pintarazada y en la otra (esto es del conjuro) un abanico de caña ó calaña, en que estaban retratados con los mas primitivos rasgos del dibujo, el tio Nones, el tio Conejo, y el tio Perniles, gitanos que vendian ó habian vendido por las calles estrebes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo interesante tipo se esplota en el teatro con los tios Canillitas y otros héroes de zarzuelas y sainetes, que si bien no serán tipos romanescos ni ascéticos, son indispitablemente cómicos y genuinos.—Aunque por su ausencia de la tierra de *Maria Santísima*, le faltase á Servando Ramos algo de la soltura y gracia necesaria para llevar bien el trage que vestia, las que solo se adquieren en el pais y con la costumbre de llevarlo, sentaba no obstante muy bien á su linda persona, tanto que hubiese querido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con lindos tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraidos en el estrangero, Servando, lejos de mezclarse en la conversacion general que sostenian los demas pasageros, se recostó sobre el codo y se puso á mirar bácia el mar.

Esta tiesura é incomunicacion que en los ingleses generalmente nace de su cortedad de genio y de los hábitos de su pais, son en ellos cosas naturales, y no ofenden: mas los que en nuestro pais imitan esto, sin que los autorice la costumbre, ni disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran *desden*, y que de todos los insultos ninguno es comparable al *desden*, pues que los demas recaen sobre algo y nacen de una causa; pero el desden germina y se eleva solo como la mala yerba.

Servando miraba aquella hermosa vista por no mirar á otra parte, y no porque le llamase la atencion. Hay seres que, á no moverlos una pasion, nada miran con interés ni detenimiento, á no ser su espejo cuando estan ellos delante, y que son instrumentos sin melodía, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostentan en su composicion al mar, que es la vista mas admirable y conmoviente despues de la del cielo. Aquel dia ambos rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movia suavemente, brillaba como un flúido brillante; veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera que con las manos llenas de frutas y de legumbres es la primera en dar la bienvenida á los barcos que llegan exhaustos de lejanas tierras. Mientras mas avanzaba el falucho hendiendo las aguas que levantan tan suaves murmullos y melodiosos gorgeos cuando el mar está amable, mas se iba destacando la imponente mole del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas, á sus melonares. El vigoroso coloso se alza aun haciendo frente al envite de las olas, aunque sin vida ni corazon, como un soberbio mausoleo profanado cual él por el tiempo, que es inexorable en su accion destructiva, como su hija la muerte. Entraron en el Guadalete, á cuya orilla izquierda se prolonga y estira el puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se les presentaba eran las magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino, y algo mas retirado ese gran circo, esa plaza de toros, ese teatro de contrastes de esa estraña diversion, de ese repulsante regocijo, que no halla disculpa ante el juicio de la razon, ni ante el sentir del corazon, sino en la embriaguez que produce y que trastorna al hombre que ambas cosas posee, razon y corazon, como lo hace la embriaguez del vino.

Servando, con su propension inglesa al aislamiento, habia venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus accesorios aquella afamada romeria, como lo hacian los demas jóvenes que reunidos hacian el viage, comian y paseaban. Así fue que anduvo las calles del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes dias, como un *pájaro bobo*, segun la espresion del pais.

Llegada la hora de los toros, siguió el tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hácia la plaza, en la que entró y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fue muy pequeño á Inglaterra, nunca habia visto los toros, y tenia inculcadas las ideas que se dan en paises estrangeros sobre la inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, pues no hay sana razon que pueda admitir que los crease el Dios de bondad solo para padecer y ser víctimas del hombre.—Sabia que en la ilustrada Inglaterra, en aquellas cámaras formadas de hombres de tanto valer, puesto que entre estos es el ser diputado una honra apetecida, en esa asamblea que por su antigüedad y por los hombres que la componen es el modelo de asambleas legislativas, no se habian desdeñado de discutir esta materia, y que de ella habian salido benéficas leyes que ponian cuota al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que cual ellos padecen el dolor físico, sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo!!—¿Qué es, por Dios, toda la cultura del entendimiento, sin la cultura del corazon?!—Un sol sin calor, una flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas ni sonrisas.—Así fue, que aunque Servando no era por cierto una persona de sentimientos tiernos y delicados, ni mucho menos tenia uno de esos corazones fervientes de caridad, consagrados al consuelo, como las hermanas de la Caridad á la asistencia de los enfermos, y que cual las ovejas al pasar entre abrojos son heridas por ellos y en cada uno dejan un copo de su suave vellon, aunque no tenia sino las mas sencillas y cuotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir la acosada fiera, y arrojarse sobre el primer pobre caballo, que dócil al hombre aguardaba de pie firme la espantosa embestida, al ver al toro destrozar sus entrañas, al ver al ginete en peligro de muerte, y al oir que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carnicería.—Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto, palideció y se levantó.—Estais malo? pregunto uno de sus vecinos. Servando contestó afirmativamente y se salió.

(Continuará.)

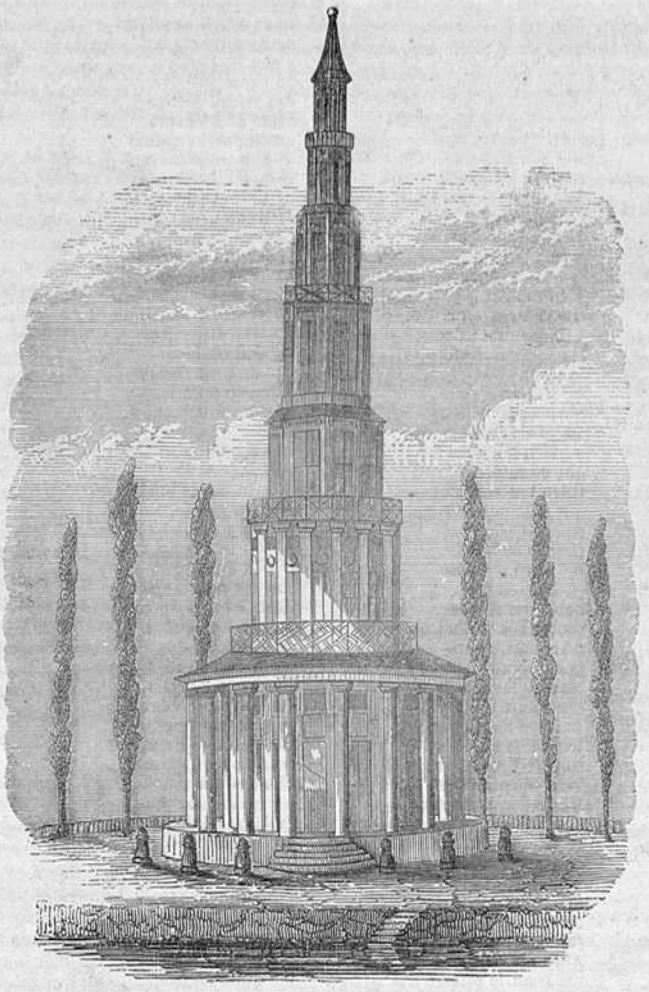
GRANDEZAS DEL POETA.

Si por estadales
mis estados mides,
verás faltan once
para sumar quince.
Y en tan vasto imperio
deja que te esplique
las mil maravillas
que dentro residen.
Enverjan curiosas
los largos confines
revueltas las cañas
con arte indecible;
y en vanos jaqueles
con primor permiten
que allí entren los ojos
retocen y fijen.
Palacios de Armida,
pagodas, jardines,
grutas, selvas, montes
cascadas á miles.
De aquel y este lado
muro y tronco admiten
que el jazmin sus lazos
y yedra ensortijen.
Enormes jigantes
(madreselva y vides)
á flor y racimos
te asaltan y embisten.
Por luengos festones
la luz se sonrie
pintando de rojo
celindas y lises;
y esmeralda y nieve
parece compiten
en verdes colgantes
con blancos jazmines.
Los cuatro arriates
en sesgo dividen
el césped del suelo
el box de los lindes;
y en sendos andenes
en primor desdicen
con varios colores
cien tiestos menines
de aquel albahaca
alcino, aleliés,
con geranio y rosas
perfumes despiden.
Del otro los tallos
con flores se visten,
capullos estallan,
dibujan mil tildes.
Brotan por cien caños
las aguas sutiles;
(un azumbre al dia
lo menos me miden.)
Y de barro cocho
te dejo que admires
el tazon sediento
que de estanque sirve.
Y una abispa á noria
uncida, ó trapiche,
(porque nada falte
al cuadro sublime)
saca en arcaduces
del dedal algibe
diez gotas de agua
en cuarenta abriles.
Y en saetillo, el cauce
con fuerza invencible
sacude el molino
diminuto chiste,
repica las aspas,
crugen los astiles,
y en tiple cecea
con cis y bisbises.
Luego sale el rio
¡qué Eufrates ni Tigris!
(culebra de plata
tres varas describe.)
No guijas y arenas
moja, arrastra y ciñe;
zafiros lo menos,
topacios beriles.
Dos peces pigmeos
átomos carmines
entre rúbias conchas,
verás si eres lince.
Por ánades y ocas
cien duendes reptiles
corren sobre el agua
á enjutos patines,
arman sus cuadrillas,
se dan sus envites,
y corren parejas
con la lanza en ristre.
Doblan las hileras,
truecan sus desfiles,
llevan mostachos,
calzas, borceguíes.
Surtidores de heno
las aguas comprimen
y salen tan altas
que no se distinguen.
Hilan tan menudo,
que aunque te lloviznen
podrás harinarte,
cuando no freirte.
Del claro remanso
(lenteja en eclipse)
beben las abejas
con sorbos melindres,
y tres mariposas
la corriente siguen
alzando las alas
con pompa felices;
son tres lindas naos,
tres ricos esquifes
con mástiles de oro
velas de ormesíes.
Mas múdase el cuadro,
que allá entre unas mimbres
se ven otros mares
de atroz superficie.
Temerosos lagos
que en oscuras sirtes
surcan espantosos
cetáceos horribles.
Allí un guzarapo
con traza de esfinge
trechas da en el agua,
delfin loco y libre,
y allá dos babijas
ébano y rubíes
son sierpes dragones
ballenas terribles,
Tambien atalayas
costa y playa rigen,
tánganas que humean
por boca y narices:
Sus humos gigantes
que al viento se rinden,
y al fin se disipan
porque el sol mas brille.
Sus luces de noche
(y Dios te ilumine)
luciérnagas chispas,
luceros anises.
Acá dos gayombas
de jaldes matices
toronjas meciendo,
por altas se engrien.
Y al pie teje el trebol
sus verdes tapices,
tálamo que ansiáran
Medoros Floripes.
En un tarro mocho
almenado á pique
de naipes se alzan
dos torres gentiles.
Con ancho homenaje
moriscos fortines
y sus aspilleras
de varios calibres;
son sendos tarugos
como de alfeñique
que apuntan cañones
sacres, serpentines.
Cumplidos adarbes
de todos perfiles
astil con bandera
con sus colorines.
¡Trasunto de alcázar,
cuidadela insigne
que pasa por ojo
á Ostende y Mastrique!!!
No teatros y circos
faltar imagines,
que no tuvo tantos
Augusto ó Pericles:
que dos saltamontes,
sueltos arlequines,
bailan, saltan, triscan
para divertirme;
Y Juan de las Viñas,
botarga risible,
por obra de un hilo
da sus trampolines.
O Don Pulchinela
con voz *tiqui miquis*
canta á los amantes
Rosita y Cuquiles.
Aliño con mistos
de mis polvorines
fuegos de Bengala,
centellas que vibren,
ruedas, morteretes,
castillos que tiren,
truenos por adarmes,
bombas por tomine.
Un grillo y dos moscas,
diestros ministriles,
principian concierto
con solfa y repique,
y prestan á tales
músicos insignes
facistol las hojas,
los aires atriles;
y seise del aire,
mosquito invisible,
al son trompetea
de sus añafiles,
mientras que salmean
contrabajo y tiple,
cigarra en los ramos,
rana en charco humilde;
paulillas, arañas
hilan sus ardides
(son redes columpios
cárcel de infelices)
y por sus maromas
casi imperceptibles
trepan, suben, bajan,
y hacen volatines.
Atisban y acechan,
torvos alguaciles,
á un mosco y dos moscas
que holgándose rien;
las zarpan al salto
(¡para que te fies!)
y entre las tenazas
crugiéndose gimen.
Porque mi grandeza
muy mas se autorice,
verás los Versalles
y Aranjueces triples.
Papel pico y corto,
y en artes de Circe
se alzan los palacios,
cúpulas, pretiles,
frontis de boato
con mil arriquivis,
molduras de ocre
que al reloj aliñen.
Algun as de oro
de horario fiel sirve
con sus garabatos
de maravedises.
Cascabel que encierra
dos cuescos y riñen,
regula las horas
con sus retintines.
Y vense del monte
al suave declive
los valles de Arcadia,
selvas de Erifile.
y cien tatarretes,
dedales y diges
forman maceteros,
celages al Iris:
y amaraco, azanda
y dos peregiles
dan huerto mas bello
que el Generalife.
Y aquí entre doseles
verdes camarines
las sienes reclino,
que mas no es posible:
trazo monterías
que el bosque fatiguen:
bichos son lebreles,
cocos jabalíes;
y á impalpables garzas
que el ambiente hinchen
les suelto halconero,
azor y neblíes.
Cometa de carta
pringada con pringue
los pringa, y en vano
quieren desasirse.
Y dejando al mirlo
que en los sauces silbe,
y dando á mi mente
alas serafines,
por rey me contemplo
Sesostris ó Giges,
sultan de sultanes,
sofi de sofies.
Sueño, fantaseo,
fabrico pensiles,
hablo con las hadas,
huello sus paises;
allano los montes,
seco el mar y el Niger,
y fraguo poemas
que me inmortalicen.
Vieja parla leo
de Alfonsos y Cides,
y los dulces cantos
de españoles cisnes.
Lengua franca aprendo
si el gobierno escribe,
y espero afirmarme
á que alguien replique.
Y cuando resuelvo
al fin fin dormirme,
mudo de bisiesto,
y grullo volvíme.
Me tomo una opiata
de dos folletines,
un sermon de Cortes
y un drama sensible,
y quedo en modorra
tan poste y tan firme,
que ni un terremoto
valdrá á revivirme.

EL SOLITARIO.

LA PAGODA DE CHANTELOUP.

Chanteloup, situado á la entrada del bosque de Amboise, á corta distancia de esta ciudad, fué primitivamente un punto de reunion para los cazadores. Nada tenia aun de notable á principios del siglo XVIII. En esta época la princesa de Ursino, deseando asegurar en Francia un lugar de retiro donde pudiera vivir independiente lejos de los disgustos que la amenazaban en la córte de España, encargó de la ejecucion de su proyecto á su administrador Douvigni. Encantado este de la situacion de Chanteloup, compró este terreno bajo su nombre; pero empleó en él tales sumas que descubrieron su secreto. La desgracia y



(Pagoda de Chanteloup.)

los golpes de fortuna que tuvo la princesa trastornaron de repente sus proyectos de establecimiento en Touraine. El mayordomo, hecho despues el verdadero propietario de la habitacion destinada para su señora, la trasmitió en 1733 al marqués de Armautieres-Conflans, su yerno. El duque de Choiseul, ministro de Luis XV y gobernador de Touraine, adquirió esta posesion en 1760, como si hubiera previsto que pronto iba á necesitar para sí un punto en donde poder retirarse. Este nuevo poseedor hizo reconstruir el palacio con una magnificencia admirable, invirtiendo en él gran parte de su fortuna. Como la princesa de Ursino, no tardó en esperimentar por sí mismo la instabilidad de los destinos humanos. Sacrificado á las intrigas del duque de Aignillon, y de madama Dubarri, el señor de Chanteloup vino forzosamente á habitar su posesion. El destierro del noble ministro dió á esta estancia suntuosa un deslumbrante brillo. Sus partidarios, que eran numerosos, formaron á su alrededor una córte que parecia competir con la de Versalles. Jamás ningun poderoso caido recibió mas consuelos ni mas honores.

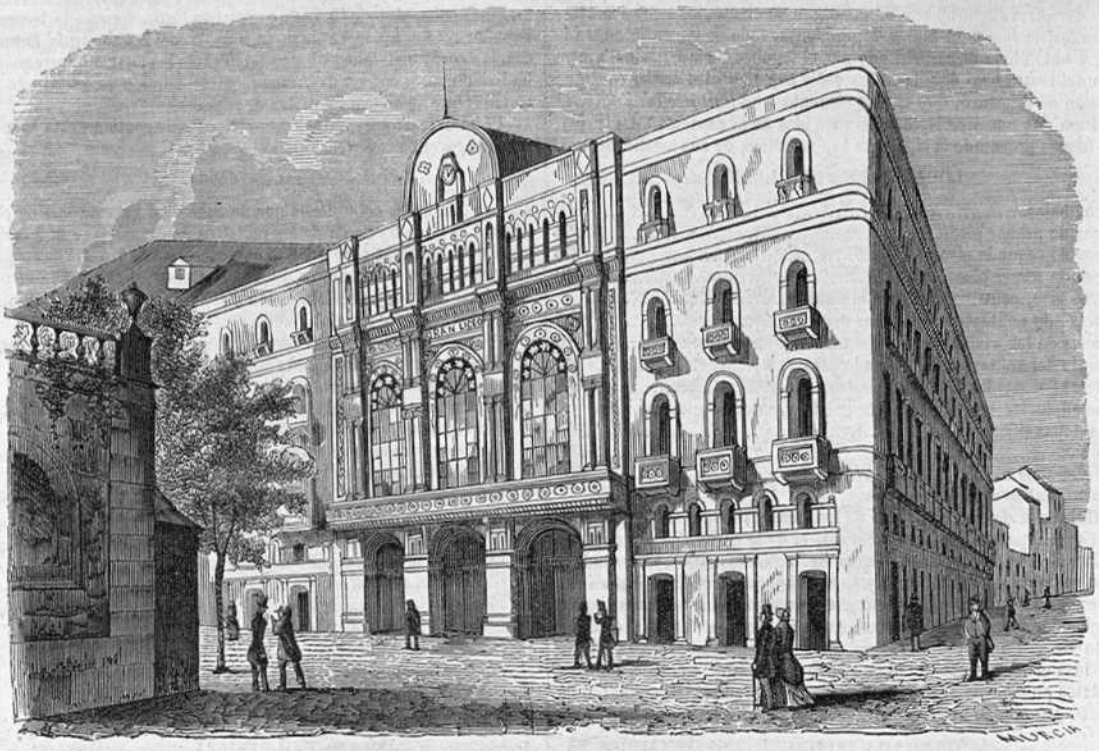
Despues de la muerte de Mr. de Choiseul, Chanteloup vino á aumentar las posesiones del opulento duque de Pienthiévre. Como este nuevo dueño fuese enemigo del fausto, y tuviese por otra parte que repartir su atencion entre veinte quintas á cual mas magníficas, la de Chanteloup perdió mucho esplendor. Devastada, aunque no destruida durante las borrascas de la revolucion, llegó á ser propiedad de un amigo de las artes, del senador conde de Chaptal, quien momentáneamente le dió algun brillo. Mas el ilustre químico se vió obligado por reveses de la fortuda, á venderla en 1823 nuevamente, y muy pronto las obras del palacio se convirtieron en un monton de ruinas. Despues de robar los materiales de esta morada suntuosa, se arrastró el arado sobre el terreno... y los demoledores pudieron contar sus beneficios.

La *pagoda* de que damos una vista es todo lo que ha quedado de Chanteloup. Una anécdota poco conocida se une á la construccion de esta bella pirámide. Cuando el duque de Choiseul fué confinado á Chanteloup, compró al marqués de Effiat la hacienda de Ding-Mars, y se la dió al duque de Luines en cambio de la Bourdaisiére. Su único objeto al adquirirla, si se ha de dar crédito á la crónica, era demolerla para privar á Veretz de una agradable perspectiva. Gozó tan maligno placer arrasando la *villa* del duque de Luines, cuyos materiales le sirvieron para la construccion de la pagoda de Chanteloup.

Esta pirámide tiene sesenta varas de elevacion. Luis-Denis Lecamus fué su arquitecto. Principiada el 2 de setiembre de 1775 no se concluyó hasta 3 de abril de 1778. Se sube á su cúspide por una escalera interior. Las galerias colocadas en sus diversos pisos permiten andar alrededor y gozar libremente del magnífico panorama del Loire. Una mesa de mármol que en otro tiempo habia en el primer piso contenia los nombres de todos los grandes personages que visitaron al ex-ministro durante su destierro. La revolucion ha destruido este monumento de la vanidad del constructor; pero la pagoda, que fué uno de los caprichos mas costosos, no ha sido maltratada: últimamente perteneció con el bosque de Amboise al dominio particular de Luis Felipe (1).

(1) El duque de Choiseul poseia el señorío de Amboise al mismo tiempo que el de Chanteloup. Su herederos vendieron los dos al duque de Penthievre. Habiendo sido confiscados en 1793 los bienes de este príncipe, Chaptal compró solo el de Chanteloup. El palacio con el bosque de Amboise permanecieron en el estado en que en 1815 se entregaron al duque de Orleans por la madre del duque desposeido. Asombra que el mas rico propietario de Francia haya dejado demoler un magnífico monumento contenido en sus dominios y se haya contentado con rescatar el terreno con la pagoda.

Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Gran Teatro del Liceo en Barcelona.)

BARCELONA.

—

ARTÍCULO I.

Aun despues de haber visto las mas famosas capitales de Europa, se puede encontrar belleza y novedad en la industriosa poblacion Barcelonesa, en la rica ciudad de los Condes, como la llaman sus hijos. Barcelona, con su colosal é inespugnable castillo de Monjuich, con sus góticas y ennegrecidas torres, en que se conservan escritas las mas interesantes historias de sus antiguos dominadores, con sus numerosas fábricas que pregonan el adelanto y civilizacion del pueblo mas laborioso de España, con sus feraces y estensas campiñas, con sus elegantes paseos y magníficos teatros, con su grandeza, en fin, y hermosura, es una de las poblaciones mas dignas de ser examinadas por el ojo curioso é infatigable del viagero. Allí los grandes recuerdos, las heróicas tradiciones de un pueblo esforzado y valiente, viven y se conservan entre el tumulto de un comercio activo y de una vida fabril exagerada; allí las artes tienen una acogida entusiasta y un culto ciego, en medio del espíritu de especulacion y de la sed constante de trabajo que distingue á los catalanes; allí, por último, la mano del hombre que ha podido hacer brotar el fruto de la mas escarpada roca, ha poblado de quintas de recreo, de casas de campo los alrededores de la ciudad, circundada por una parte de ellas, y por otra del mar, cuyas aguas tranquilas y serenas no responden casi nunca á la agitacion y bullicio que se encierra dentro los muros que baña.

Cualquiera que sea el punto elevado en que se contemple la poblacion, el panorama que se ofrece á la vista no podrá menos de herir vivamente la imaginacion del poeta y del pintor, trasportando su fantasía hácia la belleza ideal de esas ciudades caprichosas que se piensan en un sueño, ó que se fabrican con un pincel. En la cima de Monjuich, sobre aquella empinada sierra, desde la cual decia un monarca nuestro que sujetaba el reino, tended la vista hácia la Barceloneta, que parece un pueblo primorosamente fabricado de carton, y puesto en el salon de un poderoso para su recreo; mirad la bahía poblada de buques en anchas hileras, que asemejan una ciudad flotante; contemplad el Mediterráneo cargado de velas y convidando al comercio y al engrandecimiento. Despues á la izquierda Sanz, Sarriá, Gracia y otra porcion de pueblecitos inmediatos á Barcelona, os parecerán con la multitud de torres (quintas) que se levantan entre unos y otros una ciudad prolongada hasta lo infinito, ó una série de pueblos enlazados entre sí por árboles frondosos y paseos agradables. El mar, Barcelona, su campiña, todo es bellísimo, y todo parece que vá á ser encerrado entre el semicírculo de montañas altísimas que lo rodean, montañas misteriosamente enlazadas con el Monserrate y con los Pirineos.

Segun por qué puerta se penetre en Barcelona, la idea que de esta poblacion forma el viagero es distinta. Si por la de San Antonio, le parecerá un pueblo esclusivamente manufacturero é industrioso; si por la del Angel, creerá que llega á una ciudad aristocrática; si por la del Mar, en fin, la perspectiva que se presenta á sus ojos será la de un punto entregado al mas activo y opulento comercio. Y es que en Barcelona se reunen diversos elementos de prosperidad y cultura que le imprimen separadamente un sello distinto, y en conjunto constituyen una ciudad deliciosa. Nosotros, aunque á vista de pájaro, iremos detalladamente haciendo descripcion de lo mas importante. Empecemos por los edificios, y de estos hablaremos en primer lugar del gran teatro del Liceo.

La fachada, sin ser de buen gusto, revela la grandiosidad del edificio. Su arquitectura, como la mayor parte de la del interior, pertenece á la época del renacimiento. Tres grandes arcos dan paso á otras tantas puertas de entrada al establecimiento. El vestíbulo, magnífico salon cuadrado, cuyo techo sostienen multitud de elegantes columnas, termina en tres escaleras, las dos laterales que dan paso á los corredores bajos, y la del centro, de hermosísimo mármol blanco, que da al primer piso. En este, y á derecha é izquierda de la escalera, hay dos suntuosas puertas que conducen á un lujoso y ancho salon de descanso. Forma este un verdadero paralelógramo, con pavimento de mosáico de mármol y paredes incrustadas con arabescos dorados, capillas, retratos, guirnaldas de flores y otros adornos de gusto. Cinco arañas alumbran este salon, cada una de ellas con mas de cien bujías, que esparcen una luz radiante.

El palco escénico es uno de los mas grandes que se conocen, con un foro estenso, desahogado, y construido con arreglo á las reglas mas seguras de óptica y de acústica. El teatro tiene cinco órdenes de palcos, y estos cómodos cuartos que sirven de descanso á los concurrentes. El techo está primorosamente pintado: se representan en él en cuatro alegorías la Música, el Baile, la Comedia y la Tragedia, interpolados con los retratos de Calderon, Lope de Vega, Moreto y otro que no recordamos ahora. Encima del palco escénico, y en medio de las armas de Barcelona, se hallan dibujados en dos medallones los retratos de Sófocles y Schiller. Una de las cosas mas notables que tiene el

teatro es la magnífica lucerna que llamó la atencion en París, y estuvo de esposicion algunos dias.

Los cuartos de los actores, que pasan de ciento, los ricos depósitos de trages, la sala para pintar decoraciones, todo es hermoso en el Liceo, y todo digno de ser visitado por el hombre curioso. A uno y otro lado del teatro hay dos elegantes cafés bajos, y otro arriba contiguo al salon de descanso, que es mas elegante y lujoso todavía.

Para que nuestros lectores formen idea de la capacidad del teatro, nos hemos procurado la siguiente exacta noticia de sus localidades:

LOCALIDADES DEL LICEO.

Palcos bajos	46
Palcos de primer piso	34
Palcos de segundo piso	39
Pálcos de tercer piso	40
Cuarto piso, palco corrido para el público	
Lunetas de anfiteatro del primer piso	222
Lunetas de los pasillos del anfiteatro del primer piso	16
Lunetas del anfiteatro del segundo piso	84
Lunetas del pasillo del segundo piso	6
Lunetas de las tres filas con orquesta y catorce primeras filas llamadas sillones	360
Lunetas	232
Asientos fijos	300

Paraiso. Caben unas 800 personas.

Hablemos de otra cosa. Uno de los archivos mas curiosos é importantes de España existe en Barcelona, el de la corona de Aragon. En la plaza de San Jaime, en el palacio de la diputacion, cuya fachada y salon son obra de Pedro Blay, y se concluyeron en 1602, se hallan establecidas la audiencia, la diputacion provincial y las oficinas con los papeles del mencionado archivo. Aunque nosotros hemos tenido el gusto de visitarla algunas veces, para que nuestros lectores tengan una idea mas minuciosa de lo que en él se encierra, nos valdremos de los datos publicados acerca de él por un ilustrado jóven empleado en ella, D. Antonio Bofarull.

SALA PRIMERA.

Abraza desde el 12 de mayo de 844 hasta 31 de mayo de 1410, y presenta los estantes numerados con las colecciones de registros y de escrituras en pergaminos sueltos, del tiempo de los doce primeros condes soberanos de Barcelona, que forma la primera época de las cuatro mas memorables en que está dividido el archivo; asi como los documentos de igual clase de los diez primeros reyes de la casa de Aragon (desde la union de este reino con Cataluña), que es parte de los catorce monarcas de esta dinastía que abraza la segunda época, á saber:

Condes de Barcelona.

PRIMERA ÉPOCA.

Wifredo I, *el Velloso*, padre.
Wifredo II ó Borrell I, hijo.
Suniario ó Sunyer I, hermano.
Correinado de { Borrell II, hijo. / Miron I, hermano.
Ramon Borrell III, sobrino.
Berenguer Ramon I, *el Curvo*, hijo.
Ramon Berenguer I, *el Viejo*, hijo.
Ramon Berenguer II, *Cap de estopes*, hijo.
Berenguer Ramon II, *el Fratricida*, hermano.
Ramon Berenguer III, *el Grande*, sobrino.
Ramon Berenguer IV, *el Santo*, hijo.

Reyes de Aragon.

SEGUNDA ÉPOCA.

Alfonso II, *el Casto*, hijo.
Pedro II, *el Católico*, hijo.
Jaime I, *el Conquistador*, hijo.
Pedro III, *el Grande*, hijo.
Alfonso III, *el Liberal*, hijo.
Jaime II, *el Justo*, hermano.
Alfonso el IV, *el Benigno*.
Pedro IV, *el Ceremonioso*, hijo.
Juan I, *el Cazador*, hijo.
Martin I, *el Humano*, hermano.

El número de pergaminos que contiene esta sala, relativos á los reinados antedichos, es el de 17,333, y el de registros 2372.

SALA SEGUNDA.

Abraza desde 31 de mayo de 1410 hasta el actual reinado de nuestra augusta soberana Doña Isabel II, y presenta diez estantes con la coleccion de registros y de escrituras en pergamino sueltas de los cuatro últimos reyes de Aragon de la segunda época; las de igual clase de los cinco soberanos de la casa de Austria, que forman la tercera de España; las de los siete monarcas de la de Borbon, que forman la cuarta época; una coleccion de registros de los cuatro interregnos que ha habido en la corona de Aragon, y una porcion de escrituras maltratadas que no son susceptibles de reparos.

El número de pergaminos y registros que contiene esta sala es el de 1142, y el de registros 4045.

SALA TERCERA.

Las diferentes colecciones que se custodian en esta sala no pertenecen á la clase ó cuerda de los registros de cancillería, ni á la de las escrituras en pergamino sueltas que corresponden á las dos primeras estancias; pero su mérito es de grande estima si se atiende al objeto ó carácter de cada coleccion. Están distribuidas de la forma siguiente:

Cartas reales y papeles sueltos.
Precesos de las antiguas córtes y familiares de los tres brazos.
Altas y registros de la junta suprema y superior de Cataluña en la guerra de la independencia.
Conclusiones civiles de la antigua y moderna Real Audiencia.
Provisiones civiles de la misma.
Procesos y causas célebres.
Coleccion interina para destinar.
Ventas por ejecucion de córte.
Visitas de la Real Audiencia.
Procesos de gravámenes.
Libros de la tabla verde ó del real sello.
Códices del monasterio de S. Cucufate del Valle.
Idem de Sta. María de Ripoll.
Coleccion curiosa de códices.
Coleccion de códigos.
Códices del convento de la Merced de Barcelona.
Procesos del antiguo consejo de Aragon.
Bulas pontificias y otra porcion de procesos célebres.

SALA CUARTA.

En su reducida estancia se custodia un resto de papeles (algunos de ellos muy maltratados y de poco interés) colocados aun por el complicado método antiguo de arcas, armarios, sacos y números. Los empleados en este archivo trabajan con inteligencia y asiduidad, y todo vá quedando en el mejor órden posible.

Los papeles que existen en el salon principal y otras piezas, no son propiamente del archivo de la Corona de Aragon, sino de otras corporaciones, y que se han ido agregando á él; por lo cual, y por haberse hecho estenso este artículo, le damos fin aquí, y nos preparamos para seguir otro dia nuestra escursion por la bella capital del Principado.

EMILIO BRAVO.

LITERATURA EN CHILE.

ARAUCO DOMADO, poema de D. Pedro de Oña.

ARTICULO 2.º

Al llegar á Chile D. Mendoza, trataban muy mal los encomenderos á sus indios, y les encargaban terribles trabajos en el laboreo de las minas (sin esceptuar á las madres y á las doncellas). A este propósito habla así el poeta:

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas
Que era contento y lástima el mirallas,
Llevaban el sustento y vituallas
(Por mas que fuesen débiles) acuestas.....
.....
Así cargadas viérades algunas
Los encolmados vientres á las bocas;
Y fuera de este número, no pocas,
Con sus recien nacidos en las cunas....
.....
En vez de las diademas y guirnaldas
Iba el pesado yole (1) y grave cesta,
Y en trueque de la líquida compuesta,
El enchiguado (2) trigo á las espaldas;

(1) Una canasta tejida de bejucos.- *(N. del aut.)*
(2) Chigua es á modo de fardal armado sobre arcos de cañas verdes y trabado de tomizas de paja.--*(N. del aut.)*

En cambio de las perlas y esmeraldas
Llevaban la inclinada frente honesta
Bordada de un licor aljofarado
A fuerza de fatiga destilado.
(*Cánt. III.*)

Esta conducta usada con los pobres naturales, le hace esclamar al poeta contra la avaricia:

Oh siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguijuela chupadora!

No muy distantes de estos versos, hallamos otros sobre la vanidad de las glorias terrestres:

Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya,
Caduco mundo, báculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima,
Pues dando al fin en vago se lastima!
Qué de horas malas das por una buena,
Por un granillo de oro cuánta escoria,
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado vá el quintal de pena!
(*Cánt. III.*)

¿No hay en estas reflexiones sublimidad y sencillez? A mas de ingenio y sentimiento, debia tener el que los escribió predileccion especial por los grandes maestros italianos, cuyo sabor deja sentir.

Las sentencias siguientes son tomadas sin eleccion entre las muchas que se encierran generalmente en los pareados finales de estas estrofas:

Pues es costumbre propia de los buenos,
Que vayan siempre á mas y nunca á menos.
(*Cant. I.*)
Virtud está en el medio como en quicio,
Y siempre en los estremos anda el vicio.
(*Cánt. III.*)
Pues mas abiertamente que en la palma
Se suele por el cuerpo ver el alma.
(*Cánt. III.*)
..... donde no hay filosofía
No puede haber lejítima poesía.
(*Cánt. XIV.*)

Reflexiona sobre la instabilidad de la fortuna comparándola con una de las penas del infierno de los antiguos.

Tiene fortuna varia la costumbre
De la pesada piedra sisifea,
Que el sin ventura Sísifo rodea
Con fatigada prisa hasta la cumbre:
De donde con su misma pesadumbre
Hácia lo bajo súbito voltea,
Y sin que de parar ella se acuerde,
Apenas toma pié cuando le pierde.
(*Cánt. II.*)

La comparacion en todos sus diferentes modos está aplicada en este poema, y á veces la naturaleza del asunto hace que aquella tenga novedad y mucho atractivo. La presteza en acudir al llamado de D. García por la espedicion á Chile, ha sugerido á Oña la siguiente estrofa:

No acuden á la voz del padre vivo
Por muerto en larga ausencia reputado,
La madre, la muger, el hijo amado
Con paso tan ligero y sucesivo:
Ni al reclamar del pájaro cautivo
Tan presto llega el otro libertado,
Como al reclamo y voz de Don García,
Gente de todas partes concurria.
(*Cánt. I.*)

Habla de los gallardetes de una armada dados al *amor de la corriente* del viento:

Bien como el arroyuelo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en la orilla,
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino:
Vereis que por llevarla de camino
Él hace su poder por desasilla,
Y ella segun se tiende ó se recrea,
Parece que otra cosa no desea.
(*Cánt. I.*)

Entre todas las anteriores, nos parece sobresalir la siguiente comparacion, por lo remoto de los símiles entre sí, por su aire sin afeite, y por su mucha precision.

..... Pues cuanto bien parece la llamada
En la sublime cumbre del collado,
Parece la humildad allá en la cima
Del hombre que es tenido en mas estima.
(*Cánt. III.*)

La serenidad y el disimulo de las impresiones del peligro en los grandes conflictos, los pinta de esta manera:

Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazon alborotado,
Fingir tranquila y mansa la figura:
El rio mientras tiene mas hondura
Vereis que va mas sesgo y sosegado,
Disimulando á causa de su fondo
Aquel raudal que lleva por lo hondo.
Cánt. XIV.

Concluyamos estas citas, copiando algunas de las estancias del episodio del Canto V, en que se pintan los solaces de Caupolican y de Fresia, y el sitio donde tenia lugar.

Este trozo tiene la gloria de haber inspirado bellísimas escenas dramáticas al afamado Lope de Vega (1).

Estaba á la sazon Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do por gozar el sol en su frescura
Se vino con su Palla mano á mano.
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí á las flores tienen por floreo
Colmalle las medidas al deseo.....
.....
En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado;
Aquí vereis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.
Revuélvese el arroyo sinuoso
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoroso
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas y recodos.
Vénse por ambas márgenes pobladas
El mirto, el salce, el álamo, el aliso.
El sauce, fresno, nardo y cypariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero Paraiso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.
Tambien se ve la yedra enamorada
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha aya levantado:
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

A los versos embriagados de amor se suceden otros coléricos, robustos, graves, que pueden servir de muestra de la alta entonacion que alcanza Oña cuando quiere producir los efectos en que ella es necesaria.

No es tiempo ahora, príncipe Araucano,
De darte á pasatiempos y placeres,
Ni de rendirte al pié de las mugeres,
Pendiendo todo el reino de tu mano:

(1) Alude á las primeras jornadas de la comedia *Arauco domado*: con el mismo título hay otra escrita por nueve ingenios, impresa en 1622. Lope trató otro asunto chileno en su comedia *El Marqués de Cañete en Arauco*. Segun Pinelo, no se ha impreso. El Teatro Español cuenta varios otros dramas sobre la misma materia.

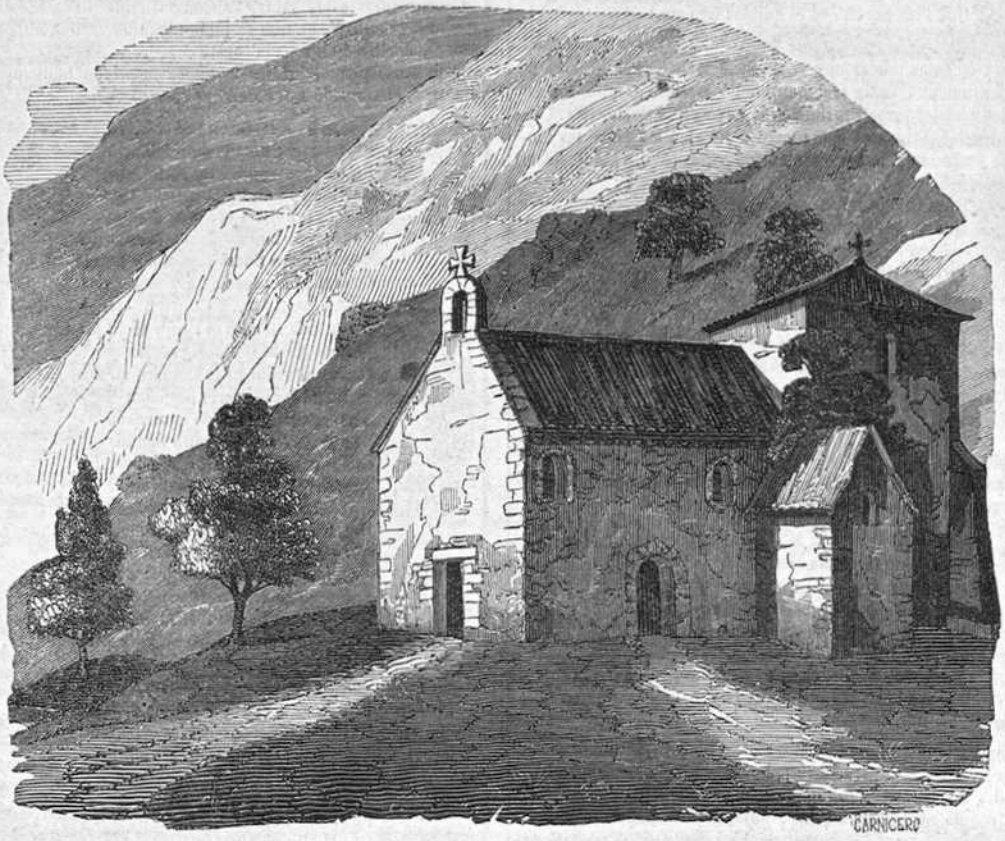
¿No ves el nuevo ejército cristiano,
Que sin respeto alguno de quien eres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya
Con vana presuncion de hacerla suya?
Quedó Caupolican alborotado
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado:

La furia toma dos víboras de las que forman su cabellera, y las introduce en el pecho de los amantes.

Deslizanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rábias y despechos:
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya del veneno, hinchándose, revientan.
Mejera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: Torna en tí, Caupolicano,
Que ser señor del mundo está en tu mano
Si sabes acudir con pasos prestos;
Sabrás que cien cristianos descompuestos (1)
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Peuco un flaco muro
Donde los tiene un jóven (2) mal seguro.

Aquí concluimos nuestra tarea. Las anteriores observaciones no son seguramente un análisis profundo y conveniente del poema chileno; pero ellas le darán á conocer cuando menos, y escitarán el deseo de estudiarle. Para completar el bosquejo de la literatura en Chile, que nos hemos propuesto hacer, réstanos hablar de algunos escritores contemporáneos, cuyas producciones en mayor ó menor número han legado á nuestras manos. Chile es un pais digno de estudio, porque es sin duda alguna el mas adelantado de la América continental, y en él se habla el idioma de Cervantes con una pureza y correccion que no se encuentran sino en algunos pueblos de Castilla la Vieja.

E. B.



SANTA CRUZ DE CANGAS.

Al atravesar el viagero el risueño y romancesco valle (3) donde se alza la antigua *Canicas*, hoy Cangas de Onís, descubre sobre una colina muy cercana á la confluencia de los rios *Sella* y *Gueña* una pobre ermita abandonada y ruinosa. Si el tal viagero es amante de las antiguas glorias españolas; si ha recorrido alguna vez las bellas páginas de nuestros viejos anales, no pasará indiferente por aquel humilde santuario, sino que penetrará en su recinto á despecho de los escombros que le disputen el paso, y lo contemplará con respetuosa emocion, pues es una memoria dedicada á los mas célebres sucesos, el alzamiento de Pelayo y su primera victoria sobre los sarracenos. Muy en breve, antes de terminar este siglo apellidado *de las luces y del progreso*, desaparecerá entre el polvo tan venerando monumento, merced á la culpable indiferencia con que en nuestros dias son miradas las reliquias de los héroes. Mas antes que tal acontezca, el SEMANARIO, cumpliendo su costumbre de recordar en sus columnas todo lo grande, todo lo patriótico y todo lo español, va á consagrarle algunas líneas.

Eran los postreros dias del mes de julio de 718, cuando en la reducida *Canicas*, y en su vecino valle, se veia una multitud de gentes de todas edades, clases y condiciones, que habian improvisado allí sus débiles viviendas á estilo de campamento. Montañeses, cántabros, asturos y galaicos, guerreros romano-españoles de las provincias del interior, próceres y obispos godos, señores y esclavos, niños y mugeres, huyendo del torrente desolador de los moros invasores, vinieron á buscar un asilo en estas erguidas montañas miradas como el último baluarte de la libertad española desde la guerra de Augusto. El eco de los últimos triunfos de Tarec habia resonado en ellas, y un cuerpo de tropas árabes acaudillado por el terrible Munuza acababa de apoderarse de la fortísima Gegio. Estinguióse la última esperanza: jamás volverá la cruz á ocupar el lugar de la enaltecida media luna: y el glorioso nombre de *España*, en otro tiempo terror de los vencedores del mun-

(1) La gente de don Garcia que habia tomado puerto en Talcachuano despues de una tormenta.
(2) Don Garcia: contaba 22 años de edad cuando vino á Chile.
(3) Dasele tambien los nombres de *Vega de Santa Cruz* y *Campo de Contraquil*.

do, será borrado para siempre!..... Los ancianos y las mugeres, creyendo muy próxima la muerte, demandaban á los sacerdotes la absolucion de sus pecados, y distribuian entre los pobres las ropas y joyas que habian podido salvar en su huida; los obispos recitaban las antiguas profecías que anunciaban la destruccion de Jerusalem; los mismos jóvenes, olvidados de su antiguo valor, hablaban de ofrecer obediencia á los afortunados moros, y por todas partes se escuchaban solamente gemidos y sollozos. Tal era el cuadro desgarrador que presentaba esta comarca, cuando de improviso se dejó ver entre la desolada multitud un jóven guerrero envuelto en un largo manto, cubierto con un tosco yelmo y seguido de un escudero. Su estatura aventajada, su luenga cabellera rubia tendida sobre las espaldas al uso de los godos, su mirada grave y magestuosa, y su rostro hermoso y varonil diéronle pronto á conocer.—Es Pelayo; es nuestro duque; decian los cántabros.—Es aquel bello niño que veiamos llorar en Tuy cuando el bárbaro Witiza quitó la vida á su padre; decian los galaicos.—Es el mas valiente de los españoles; decian todos.—Grande en efecto debia ser el esfuerzo y el renombre del recien llegado, pues instantáneamente y como por ensalmo hizo con su presencia renacer la confianza y el valor en aquellos corazones abatidos por la desgracia. Todos se apiñaron á su alrededor, y todos le abrazaban á porfia, y le pedian consejo. Bien pronto se dejó escuchar su voz robusta en un breve y rudo discurso —«Si es necesario morir, les dijo, que sea con gloria, »que sea como valientes y cual dignos hijos de los godos y españoles; »no como tímidos ciervos que huyen despavoridos al sonido de la cor»neta del cazador. Muy en breve llegarán aquí los feroces soldados del »tártaro *Alkhama* que seguian de cerca mis pasos. Apresrémonos á »combatirles, á vengar á nuestros hermanos muertos en Guadalete, á »defender á nuestras esposas é hijos, y tambien á nuestro Dios es»carnecido por los viles sectarios de Mahoma. Derramemos gustosos »nuestra sangre por tan sagrada causa, y caiga el rayo del Cielo sobre »el traidor y el cobarde.»

La llama del amor pátrio incendió á los circunstantes, y mil gritos de júbilo y entusiasmo interrumpieron á Pelayo para aclamarle por caudillo, y para pronunciar el santo juramento de combatir hasta la muerte por la religion y la libertad de España. Echóse entonces de menos una *bandera* para guiar la improvisada hueste, puesto que el rojo pendon de los godos fuera presa de los moros en la rota de Xerez, y en el momento un santo anacoreta que solia habitar en la inmediata *Cueva de la Virgen* se acercó á Pelayo y puso en sus manos una grosera cruz de madera diciéndole:

«Hé aquí, esforzado campeon, la señal de la victoria.»

Besóla respetuosamente el jóven héroe, y enarbolándola con su robusta mano, esclamó: «Esta será desde hoy mi divisa y mi bandera.»

Pasáronse pocos dias, y era el 1.° de agosto del mismo año 718, cuando los sarracenos en número de setenta mil (1) invadieron el valle de Canicas, y guiándoles el apóstata *Opas*, metropolitano de Sevilla, marcharon en pos de Pelayo y de los suyos que ocupaban la *Cueva fonga* de la Virgen y los altivos montes que la circundan. Ni un solo instante estuvo dudoso el éxito del combate. El esforzado valor de los cristianos y el brazo de Dios dieron á Pelayo la mas señalada victoria que las crónicas consignan. El número de los muertos se contó por el de los enemigos; el rio Deba rompió su cauce, habiendo doblado su caudal la negra sangre de los vencidos, y la tierra se abrió prodigiosamente para sepultarlos. Los restos del poderoso ejército sarraceno, en completo desórden, y acosados por los embravecidos guerreros de Pelayo, llegaron á este mismo campo. Aquí intentaron rehacerse y disputar á los vencedores, no ya la victoria, sino la vida: pero en vano; pues, siguiendo las palabras de sus mismos historiadores, «quedó toda la hueste sumergida, y *Alkhamah* y todos sus compañeros se contaron entre los difuntos (2).» Entonces fué cuando, segun las piadosas tradiciones del pais, apareció en los aires, como en otro tiempo á Constantino, una roja cruz (3) resplandeciente rodeada de las mismas palabras que poco antes pronunciara el santo ermitaño de la Virgen.

«Hé aquí la señal de la victoria.»

Corrieron veinte años. Pelayo al morir en 737 habia legado á Favila, su hijo y sucesor, un reino fortalecido y respetado de cuarenta leguas de largo y quince de ancho, y que contaba tantos guerreros invencibles, cuantos hombres lo habitaban. Uno de los primeros actos del nuevo monarca, el único que la descarnada historia de aquellos tiempos nos ha conservado, fué edificar la capilla de Santa Cruz. Dos objetos se propuso el jóven rey al erigirla; perpetuar la memoria del gran triunfo alcanzado en aquel lugar por su heróico padre, y custodiar dignamente la cruz de roble que le sirviera de enseña de guerra (1). No se cumpliera aun un año desde la dedicacion del nuevo templo, cuando sirvió ya de panteon á su ilustre fundador. Cazaba este en el cercano monte *Olicio*, y empeñándose imprudentemente en el seguimiento de un ferocísimo oso, trabó con él una lucha terrible cuerpo á cuerpo, en la que sucumbieron ambos combatientes antes que los monteros acudiesen. Señalaron aquel sitio de triste memoria (2), y depositaron el ensangrentado cadáver real en un sencillo sepulcro fuera de la puerta de la iglesia de Santa Cruz. Segun los mas antiguos cronistas, era esta de piedra de silleria «y de maravillosa hechura» (3), aunque de muy abreviadas dimensiones, pues no pasaba de ocho pies en cuadro, y tenia segun la usanza del tiempo, otro templo subterráneo. La tumba de Froiliuva, esposa de Favila, estaba junto á la tumba de este.

Reinando Ramiro I, varios monges de san Benito, huyendo de la persecucion de los califas de Córdoba, se acogieron á esta iglesia, donde fundaron un monasterio que parece haber subsistido poco tiempo.

Ruinoso el edificio por la accion de los siglos, fué restaurado y engrandecido considerablemente, sirviendo la primitiva capilla de presbiterio á la nueva, y abarcando en su interior los sepulcros de los reyes. Estos habian ya desaparecido en el siglo XVII (4), en el que nos instruye el P. Luis Carballo, no restaba otra cosa que una especie de cueva de donde los devotos sacaban tierra para curarse sus dolencias, teniéndola por sepultura de *cuerpo santo*. La inscripcion votiva que Favila colocara, estaba entonces en el arco de la capilla mayor, ó sea la antigua, cuyo patronato y propiedad habia venido á parar desde largo tiempo á la noble familia de *Estrada* (5), poseedora hoy del título de conde de la *Vega de Sella*. El año 1637 fué reedificada por última vez esta antigua iglesia por *Fernando de Estrada* y su esposa la *marquesa de Valdés*, cuyos retratos y escudos de armas se ven pintados en el altar, quedando por únicos restos de la de Favila algunas piedras de la cornisa y chapiteles, y la lápida en que está escrita la dedicacion. Merece esta el mayor aprecio de los eruditos por ser la escritura mas antigua que en España se conserva desde la irrupcion de los moros, y como muestra de la corrupcion á que habia venido á parar el latin en el siglo VIII, la que sirvió de cimiento al rico y sonoro idioma castellano. Como monumento de tanto interés para la historia y la filologia, fué copiada sucesivamente por Morales, Carballo, Risco, Jovellanos, Caveda y otros. Dice así en caractéres romanos:

Resurgit eœ preceptis divinis hec machina sacra
Opere suo comtum fidelibus votis
Perspicue clareat hoc templum obtutubus sacris
Demonstrans figuraliter signaculum alme crucis
Sit Cristo placens hec aula sub crucis tropheo sacrata
Quam famulus Fafila sid condidit fide probata
Cum Froiliuva conjuge ac suoron prolium pignora nata.
Quibus Criste, tuis muneribus sit gratia plena
Ac post huyus vite decursum preveniat misericordia larga
Hic valeas Kirio Sacratas ut altaria Cristo
Diei revolutis temporis annes C.C.C.
Seculi etate porrecta per ordinem sexta
Currente Era septingentessima quinta.

De este latin bárbaro y desconcertado hizo el citado Carballo la siguiente traduccion:

Esta sagrada máquina se levanta por inspiracion divina. Este templo en su obra hermoso, resplandezca manifiestamente en la devocion cristiana con sagrados presidios, manifestando la señal de la santa cruz. Sea agradable á Cristo esta iglesia por el trofeo de la cruz, la cual su siervo Fafila edificó con su probada fé con Froiliuva su mujer, y las prendas de sus hijos, los cuales por tu merecimiento ¡oh Cristo! tengan cumplida gracia, y despues de esta vida misericordia eterna. Dios te conserve en este lugar, como altares consagrados á Cristo señor nuestro. Fecha á trescientos años del tiempo, y en la sexta edad del siglo que es año de la creacion del mundo de 6300. Era 777 que es el año de nuestro redentor de 739.

(1) Véanse los cronicones del monge de Albelda Sebastian de Salamanca, y el monge de Silos.

(2) Véase Abdelah-ben-Abd el rahaman y Ebu Hayan.

(3) El arzobispo D. Rodrigo y otros muchos historiadores refieren tambien este prodigio.

(1) Allí permaneció hasta el reinado de Alfonso III el Magno que la cubrió de oro y pedreria y la donó á la catedral de Oviedo, donde subsiste con el nombre *Cruz de la Victoria ó de Don Pelayo.*

(2) Colocóse allí una cruz que aun subsistia en el siglo XVII. Véase Carballo, *Antigüedades de Asturias.*

(3) Véase el cronicon de Sebastian de Salamanca.

(4) Segun Mariana (libro 7.°, cap. VI) existia en su tiempo en la iglesia de San Miguel de la villa de Yanguas una cueva titulada de San Andrés, en la que se veia un lucillo que por tradicion se aseguraba ser el del rey D. Favila, trasladado de Santa Cruz de Cangas.

(5) Segun varias crónicas manuscritas, y nobiliarios de Asturias, la antigua familia de *Noriega* desciende de una hermana del rey Pelayo. Ahora bien: en tiempo de Alfonso XI consta que la poseedora de esta casa se casó con *Fernan Garcia, duque de Estrada.* Tal vez por este matrimonio vino la capilla de Santa Cruz á formar parte del patrimonio de los Estradas, los que obtuvieron el título de condes de la Vega de Sella en el reinado de Felipe II.

Subsistió abierta al culto esta histórica ermita hasta la guerra de independencia, en que fué profanada por los soldados franceses, siendo desde entonces mirada con tal incuria por su patrono, que por momentos se reduce á escombros. La antigua iglesia subterránea que Ambrosio de Morales nos dice visitó, está cegada enteramente, aunque permanece viva la tradicion vulgar de que existe una larga mina que corre por bajo la madre del rio, y cuya bajada era por la sacristía. El erudito anticuario D. Antonio Cortés, vecino de Cangas, practicó no ha mucho tiempo una escavacion para buscar la mencionada cueva; pero tropezó con los cimientos de la iglesia superior, que son muy estraños, pues consisten en maderos redondos colocados á lo largo y al través de las paredes, y empotrados en argamasa. Tambien hace poco se encontró muy cerca de la ermita un sepulcro de mármol que seria tal vez el del hijo de Pelayo. Si la Academia de Arqueología ú otra corporacion científica tomase á su cargo el memorable santuario de Santa Cruz, aun podria, y á poca costa, salvarse de la total ruina que la amenaza, y trasmitiriamos á la posteridad este noble recuerdo de una época de gloria que debiera durar tanto como nuestra amada patria.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

Cangas de Onis 1.° de noviembre de 1849.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(*Continuacion.*)

Servando se alejó de la plaza, entrando en el pueblo por aquellas mismas calles há poco tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma, cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la iglesia mayor. Posaba esta grave y tranquila sobre sus gradas de piedra como sobre un pedestal; su vista causó al disipado jóven un indecible sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo mas ansioso por sensaciones suaves, y mas dispuesto á disfrutarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador se posa á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento.—El templo estaba en esa hora desierto. Algunas lámparas ardian tranquilas ante los altares, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz semejante á la de la luna, sobre los altares á que daban culto.—En aquel silencio dulcemente solemne ni aun sus propios pasos oia Servando; tal era el instintivo respeto con el que pasaba cual una pequeña sombra bajo aquellas augustas y elevadas bóvedas. Dió asi la vuelta al coro, y siguiendo la fila de capillas que separan grandiosas verjas de hierro de las naves, llegó á la última capilla que está al frente y es colateral al presbiterio del altar mayor. Venérase en ella la santa imágen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto que lleva su nombre (1). La reja estaba abierta, y asi pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como las labra y solemniza el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo; ante el altar de la Señora habia una muger arrodillada que con los brazos en cruz y el rostro alzado hácia la imágen, oraba cómo oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia.—Servando se paró.—A pesar de ser un hombre de los mas adocenados, sentia por el concurso de estrañas y conmovientes circunstancias elevarse su espíritu á la contemplacion.—¡Qué contraste!—pensó;—¡Esta llora y ora; aquellos se solazan en horrores y rien!—¿Cuál es, pues, el estado mas perfecto? ¿no será el del dolor que atrae á la criatura al pié del Criador? ¿no son, quizás, un don de atraccion las lágrimas si hacen levantar los ojos que bañan al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito se deberian presentar al hombre disipado para hacerle *pensar*, pues hay muchos que pasan su vida en una continuada actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez, y separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á mas altas esferas, esferas en que todos seriamos unos, en las que se realizaria el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fé nos esforzáramos por alcanzarlas.

De cuando en cuando algun nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías de las que en otros países no se tiene ni aun remota idea, la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto estraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo.

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces, llegando en su ímpetu á aquel augusto santuario ante el cual hay una valla que respeta el ruido y el movimiento del mundo, aquella muger arrodillada se estremecia, y que un angustioso gemido brotaba de su pecho.—Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro que solo miraba á la Virgen.—Era una jóven de perfecto perfil griego, con ojos árabes, tipo que se halla con frecuencia entre las mugeres del pueblo andaluz: flores preciosas y delicadas, y por lo mismo ajadas al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años.—En sus grandes ojos pardos brillaban lágrimas que corrian por sus megillas de prisa, como corren las lágrimas cuando son muchas. Al verla tan bella debió redoblarse en el jóven que la observaba el interés que le habia inspirado.—La hermosura es un gran favor de la naturaleza que espende á sus favorecidas, á unas para bien, á otras para mal.

Oyóse entonces en el silencio el ruido que producian las ruedas de una calesa que en lenta vuelta tocaban contra los chinos del empedrado.—Apenas llegó este ruido á los oidos de la arrodillada jóven, cuando se levantó con desaliento y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia se dirigió á la salida.

Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la jóven y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial; hallábase en ese momento la calesa en medio de la plaza; llevaba el calesero el caballo por la brida; en la calesa habia sentado un picador; su cabeza estaba caida sobre su hombro, sus brazos pendian inertes á sus costados, su chupa de tisú de plata, sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubria su rostro.—El griterio se oia en la plaza mas vivaz, mas petulante, mas exaltado que nunca.

¿Tan poco vale la vida de un hombre?—respondió mentalmente Servando á las alegres aclamaciones, mientras que á su lado resonó el grito mas destrozador que puede lanzar el pecho humano, con la voz: ¡padre!

Y la jóven se precipitó hácia al carruage, que pudo el calesero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

—¡Dios nos asista, que es su hija!—dijo el hombre conmovido por ese profundo respeto, esa alta consideracion que siente y demuestra el pueblo al tierno y santo amor á los padres.

—¿Está muerto?—preguntó Servando que habia seguido á la jóven.

El calesero hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto en breve lo estaria, murmurando al oido de Servando:—Está oleado.

—¿Dónde lo llevais? tornó á preguntar al calesero.

—Al hospital, contestó este.

—No, dijo Servando, llevadlo á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su padre, la sentó al lado de éste, que yacia sin sentido, y marchando al lado del lastimoso grupo, atravesaron las desiertas calles, hasta llegar á una posada en la que hizo preparar un lecho al herido, mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y ayudado de los criados subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo.—A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curacion y de alivio fueron practicados por disposicion y bajo la inspeccion de Servando,—puesto que el herido permanecia en un completo letargo, y su hija fuera de sí de dolor.

Hasta aquí cuanto habia hecho Servando era la noble accion de un corazon generoso y compasivo. Pero no era solo la compasion que lo movia y lo detuvo por varios dias á la cabecera del moribundo picador; era el encanto que ejercia sobre él aquella hermosa y pura jóven, tan interesante en su dolor, y tan abstraido por él, que ni aun se le habia ocurrido agradecer ni rehusar los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su padre aquel bello jóven desconocido. Servando habia querido avisar lo ocurrido á Medina, pueblo de su naturaleza; pero Regla, asi se llamaba la hija del picador, le habia contestado que no existia su madre, y que no tenia ningunos parientes cercanos.

Servando pues, en vista de esto no quiso abandonar á la pobre niña; rico, mimado por su madre, dueño de su voluntad, escribió á ésta,

(1) El castillo del Puerto de Santa María que pertenece á los duques de Medinaceli, á pesar de ser poco cuidado, está perfectamente conservado. Es antiquísimo, pues fué fundado por Menestreo, príncipe ateniense. En 1624 espulsó el rey Don Alonso el Sabio, hijo de D. Fernando, á los moros que lo ocupaban, y en la torre primitiva aun existe, aunque reconstruido y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa imágen que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasion. Dió el rey á la poblacion el nombre de la señora que adquirió por advocacion la de los *Milagros* por la gratitud de los fieles, á los que hacia, y hace.

que agradándole el Puerto de Santa María pensaba permanecer en él algunos dias.—Servando era como son otros muchos que con una apariencia afectadamente fria y erigiéndose neciamente en propagandistas del indiferentismo que creen el punto culminante de la superioridad moral, á pesar de esto sienten una gran efervescencia sanguínea ó nerviosa sin perjuicio de su gran sequedad de corazon.—Asi fué que se apasionó de Regla.—No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su padre, tan ciegamente confiada en la caridad de un estraño, Servando no osó premeditar un plan, porque Servando no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipo es desconocido en España, aunque lo deploren y nieguen aquellos que nos querrian al nivel de todo lo estrangero, hasta el de sus mas refinados vicios. Un seductor *de oficio* no lo es en primer lugar ningun hombre jóven.—Todo tiene que aprenderse en este mundo hasta la perfeccion en los vicios, y la maldad.—Por lo regular el hombre que escoge una víctima para su seduccion es un hombre frio y gastado, que desea por atractivo, por vanidad, ó por testarudez, y no ama de corazon,—que así todo lo calcula y nada siente y que goza en triunfar y no en ser amado;—hace derramar lágrimas premeditadamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor, y que al presenciar la agonía de sus víctimas se frota satisfecho las manos, y dice: *logré*.

Un incidente vino en breve á dar mas vehemencia á la efervescente aunque efímera pasion de Servando.—Una mañana que estaba sentado con su hermosa hija á la cabecera del moribundo que yacia siempre sin conocimiento, se abrió la puerta y entró un mozo bien portado en trage de campesino, en cuya marcada fisonomía se veia el sello de la honradez y la energía de la decision.

Al verlo Regla prorumpió en sollozos esclamando: ¡Sebastian! ¡Sebastian se muere! ¡el padre de mi alma se muere!!!

Pero Sebastian estático, absorto, solo contemplaba al elegante jóven sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

—Quizás en ese momento, y no antes, Regla consideró claramente una situacion que hasta entonces habia visto confusa al través de sus lágrimas. Levantóse como asustada y cogiendo á Sebastian que permanecia inmóvil por la mano, lo arrastró tras sí al lado del postrado herido.

—Padre, dijo acercándose á su oido, aquí está Sebastian—Sebastian vuestro sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oido.

—¡Lo ves! esclamó Regla torciéndose las manos, no te conoce! no te conoce, se muere, se muere!!

Entonces Sebastian, llevándose á la desconsolada jóven al estremo opuesto del cuarto:

—¿Qué hace ahí ese usía?—preguntó con la severidad de la honradez y con la aspereza de los celos.

—¿Ese? contestó Regla; ¡Oh! si no fuese por ese ¡qué sería de mí!—¿acaso estabas tú aquí?

—¿Y necesitas, repuso con reconcentrada indignacion Sebastian, quien haga mis veces cuando esté ausente?

—Yo no sé lo que ha pasado, contestó angustiada la pobre niña, pero sé que nada podia yo hacer ni disponer—que él todo lo ha hecho por mi pobre padre, y que es un angel que Dios me envió en mi tribulacion.

—¿Un angel, eh?—dijo apretando los dientes Sebastian. Mira, Regla, nada puedo decirte ahora porque la garganta me se anuda; pero sábete y créeme: *que con mal ó con bien á los tuyos te ten*.—Voyme porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desman.

Voy á hablar con el amo de la plaza;—dentro de una hora estoy de vuelta, y ten entendido que si he de entrar yo, ha de haber salido ese señorin, que aquí no hay lugar para los dos—ó él, ó yo—estás prevenida.—Dueña eres de tu voluntad; que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la dés; pero ten presente, Regla, lo que á decirte vuelvo; *con mal ó con bien á los tuyos te ten*.

¡Sebastian! esclamó Regla, Sebastian, óyeme..... pero Sebastian habia desaparecido sin añadir ni un adios.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del enfermo. ¡Padre mio! ¡padre mio! esclamó la pobre niña, no os vayais, no os vayais, no me dejeis desamparada.

—¿Qué teneis?—preguntó Servando.

—Es que no quiere volver.

—¿Quién?

—Sebastian.

—¿Qué le hace?

—Mucho, señor.

—¿Pues quién es Sebastian?

—Es mi novio.

—¿Y lo amais mucho?

—No tengo mas amparo que él.

—¿Y yo?

—No sois mi novio.

—Pero puedo serlo.

—¡Qué señor! los ricos no son novios de las pobres.

—Quién lo quita?

—Aquello de que cada oveja con su pareja.

—Parejas son los que se aman, Regla.

—Señor, por Dios no hagais burla, no es sazon de hacerla de su hija á la cabecera de un moribundo.

—Es que no me burlo, Regla, es que te juro que te amo con toda mi alma.

—Eso no quita que querais hacer burla de mí, señor.

—Eres tan desconfiada porque no me amas á mí, Regla, y eso es una ingratitud.

—No soy ingrata, no, no, esclamó con viveza la pobre niña; lo que os agradezco lo que por mí y por el padre de mi alma estais haciendo, Dios lo sabe que es el que conoce los corazones.—¡Ay! ¡Jesus! ¡Jesus!—¡padre, no me dejeis desamparada!

La compasion es accesible á todos los corazones en ciertas circunstancias, y mas cuando el objeto que la inspira reune á una situacion destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

—¿Por qué te desconsuelas así, Regla?—dijo con voz conmovida Servando.

—Es que dice Sebastian que no vuelve, si cuando venga os halla aquí, respondió la atribulada niña.

—Un impulso de soberbia, de corage y de celos hizo estenderse un subido rojo en las mejillas del orgulloso jóven.

—Y bien, que se vaya, dijo con desden.

—¿Y qué sera de mí?

—Una muger rica y feliz.

—¿Cómo?

—Eso es de mi cuenta.

—Os equivocais, señor, que es de la mia.

—Te doy desde luego, y por ahora, esta posada que está de venta.

—Yo no tomo regalos de nadie, dijo Regla con esa dignidad femenina la mas incontestable y mas noble de todas las dignidades, pues se estriba en la virtud, mientras sus lágrimas se pararon como paralizadas por un sentimiento que absorbió todos los demás.

—Me echas, Regla, dijo Servando: ¿me iré, pues?

—¿Y qué otro remedio?—esclamó la pobre niña volviendo á derramar un torrente de lágrimas.

—Dejarlo á él.

—Eso es una mala partida, señor!

—¿Y no lo es el echarme á mí?

—No señor.

—¿Y por qué no?

—Porque vos me dais mala sombra, y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos astutos por la buena y sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitacion: mil sentimientos lo agitaban; su pasion exaltada por los celos, su ajado orgullo por verse echado de allí por un pobre campesino, la inclinacion que aquella pura y sencilla jóven dejaba traslucir hácia él, lo augusto de aquel momento en que agonizaba el honrado padre de la inocente niña, que dos hombres venian á atormentar á la cabecera de un moribundo, le afectaron profundamente. Conoció que no habia alternativa. Debia ceder, alejarse, y respetar, ó debia amparar honradamente aquella bella, inocente y desamparada criatura.

En Cádiz en todos tiempos se han visto casamientos desproporcionados, aunque entonces no se habian generalizado tanto como lo estan hoy dia por todas partes: así fué que despues de un rato de silencio y meditacion, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso lo presente á lo futuro, la satisfaccion al sacrificio, Servando se acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita: Regla, ¿quieres ser mi muger?

—Regla contestó en el mismo: ¡tanta dicha para mí!

—Tanta dicha para ambos, repuso Servando; y acercándose al lecho del picador asido de la mano de Regla, «vivid, dijo, vivid para vernos felices.»

Regla dió un agudo grito, pues en ese momento abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido, y espiró.

Regla se echó sobre el cadáver de su padre... En este instante volvia Sebastian.—Servando le salió al encuentro y le atajó el paso: «murió», le dijo; y alargándole dinero, añadió: disponed su entierro.

—El cuidado será mio, respondió Sebastian, y para ello tengo los medios; que no ha menester que se entierre mi tio de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuorio.

—¿Qué quereis? preguntó con sequedad Servando.

—Llevarme á mi prima.

—Es que me la llevo yo.

—¿Vos?... esclamó Sebastian encendiéndose sus ojos como dos ho-

gueras: eso está por ver!—Regla al separarse de la sombra de su padre no debe estar, ni estará, por las llagas de Cristo lo juro, sino á la sombra de su marido.

—Y así será, porque su marido soy... yo...

—Vos! esclamó palideciendo el pobre jóven; Maria Santísima, y qué desatino!

—Si desatino hay, dijo con altivez Servando, estará de mi parte.

—De ambas, señor, de ambas!—esclamó con dolor Sebastian.

—Y en qué fundais tan insolente aserto?

—Lo fundo en que ha de ser Regla mas infeliz que la nave que naufraga por llevar mucha vela, y vos como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo estraño, porque estraños os sois, y lo sereis; y que siempre se dijo que con mal ó con bien, á los tuyos te ten.

Diciendo esto, se alejó desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, una honrada costurera; y mientras á su lado le prodigaba consuelos y alhagos, Sebastian con otro pariente y dos de la cuadrilla llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio, último y tierno tributo de cariño y respeto que da el pueblo á sus allegados.

Algunos dias despues de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cadiz echado sobre su sofá, pasando en revista un frac y chaleco que le habian enviado de Lóndres, y leyendo los papeles públicos, cuando se abrió la puerta y entró un caballero francés amigo suyo, sugeto que definiremos con el nombre de *roué* que le alhagaba, y que quiere decir *liebre corrida*; pero esta liebre era corrida, no por vergeles, sino por vastos matorrales.

No quitaba esto, por supuesto, á que vistiese con suma elegancia; no siempre está el esterior en armonía con el interior; no hay en esto regla.

Mr. Napoleon le Noir, este era su nombre, no era el tipo del francés alegre, vivo, amable, petulante y hablador, que lo ha sido desde que la Francia se constituyó nacion y tomó su fisonomía peculiar.—Nada de eso.—Mr. Napoleon le Noir era un francés parlamentario, sério, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenia!—Estaba este caballero montado sobre su opinion (en todas materias) como sobre un pedestal. No creia en la infalibilidad del Papa, pero creia en la suya, lo que hacia honor á su *despreocupacion* y á su modestia. Entre varias anomalías que ostentaba este ciudadano, era una detestar é imitar todo lo inglés; pero sobre todo, la aficion á viajes y la ironía—en este ramo rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle. Rachel.—Poco interés tiene la biografía de este sugeto: solo diremos en globo, que habiéndola hallado á mano en una revuelta política un personage, le dió una mision secreta y poco propia para salir á luz, que la desempeñó perfectamente *mal*, que el personage para quitarse de encima ese moscon que podia zumbar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Napoleon le Noir, que se los comia en la elegante y agradable vida de *tourista*, esto es, viagero que viaja sin mas objeto que el de divertirse.

Soberbias existencias, llenas de boato y de delicias, que hace brotar á centenares el siglo diez y nueve por ensalmo, como trasformaciones de comedias de mágia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

—Oh! dijo al entrar, por lo visto el Puerto es un Versailles poblado de La Valieres, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros que hayan detenido allí un Lavelace como sois vos. ¿Habeis dejado á alguna ninfa del Guadalete vuestro corazon juvenil?

—Por qué no he de confesarlo? esclamó con espansion Servando: se ha fijado para siempre!

—Para siempre!! Oh monsieur! ese aserto en punto á amores y en punto á todo ha caducado con el despotismo y la inquisicion! *pour toujours*: no se halla ya sino en los romances de Boildieu.

—Me indigna, repuso Servando, que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán gastar unos bellos ojos!

Mr. le Noir se levantó y dió algunos pasos hácia un elegante botiquin que habia traido Servando de Lóndres.

—Qué haceis? preguntó este.

—Quiero prepararos unas gotas de digital, respondió el interrogado. El digital es un medicamento que tiene la virtud de parar la sangre.

—No estoy malo.

—¡Oh, y de peligro! teneis calentura de mas de cien pulsaciones por segundo.

—Si lo estoy, no quiero curarme.

—¿Sois, pues, feliz?

—Lo seré.

—Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

—Sabreis, para que no creais ilusorias mis esperanzas, que me voy á casar.... pero es un secreto, no deseo que lo sepa mi madre.

—¡Casarse! á los veinte y dos años: ¡*quelle folie!* pero locura que hace honor á vuestra moralidad.—Solo nosotros los hombres de mundo, es decir, los *corrompidos*, como dicen las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vínculo*.

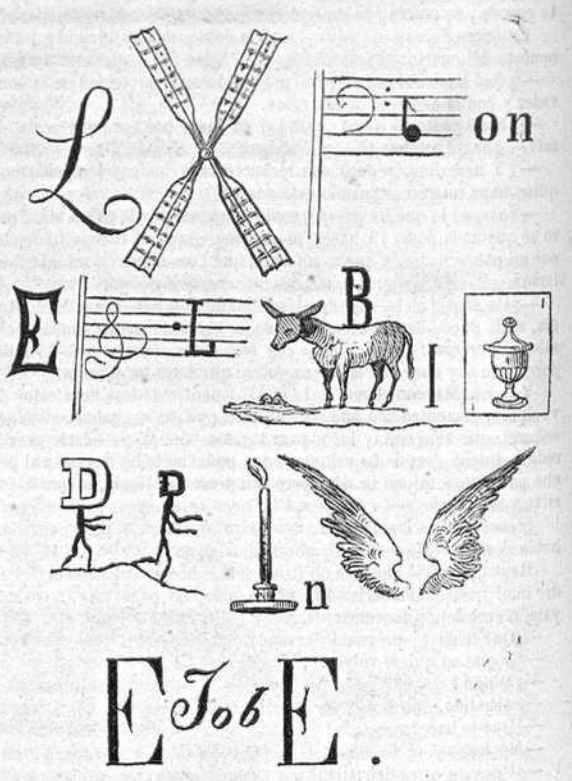
(Continuará.)

LA VIOLETA Y EL SOL.

Tímida, en su capullo desplegada
y entre las verdes hojas escondida,
pasaba una violeta triste vida,
del Sol enamorada.
Una vez, una sola,
osó entreabrir la cárdena corola,
demandando á su amor una mirada.
Obtúvola; y un beso
que la llenó de plácido embeleso,
recibió la precita:
pero quedó marchita,
y el sol siguió su marcha indiferente,
durmiéndose tranquilo en Occidente.
¡Pobre flor sin ventura!
¿por qué puso su amor á tanta altura?

La calma adormece al espíritu, las tribulaciones le despiertan: los grandes hombres son producidos por agitadoras revoluciones; crece el génio entre la sangre y el llanto.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



NAUFRAGIO NOTABLE.

Hé aquí los detalles de uno de los naufragios mas notables que constan en los anales marítimos. La siguiente relacion está hecha por un testigo ocular:

(31 *de Agosto de* 1833 *á las tres de la tarde.*)

El mar sigue enfurecido: todo anuncia una noche terrible; las barcas pescadoras han entrado en el puerto, salvo una, el núm. 71, que se la cree perdida. Se esparce el rumor de que el paquebot de Lóndres que se separó de nosotros ayer por la noche, se ha perdido igualmente. No puedo creer esta noticia, que quizá es prematura, porque todo es de temer; conozco desgraciadamente á dos de los pasageros, entre otros una jóven, y tiemblo por su vida: si el paquebote *The queem of Netherland* ha podido entrar de arribada en Ramsgate se ha salvado. Salgo al momento para trasladarme á la playa; hay señal de un buque en peligro: es de tres palos y de gran porte, y no tiene pabellon. Con el anteojo es fácil ver que trata de irse á alta mar; el viento le impele hácia la costa: si bara se pierde irremisiblemente.

(*Cuatro y media de la tarde.*)

El suceso previsto ha tenido lugar: acaba de barar el buque casi en frente del establecimiento de los baños: el mar está mas aterrador que nunca; hay mucha resaca. Con el anteojo es fácil distinguir la tripulacion: los marineros se precipitan por todos lados á la playa; se arrastra á brazo un cañon; espérase al menos salvar la tripulacion y pasageros; en cuanto al buque, es preciso no pensar ya en él: el mar en su flujo debe hacerle pedazos.

(*Seis de la tarde.*)

La lancha se ha botado al mar: no puede aproximarse. Un patron de una barca pescadora llamado Henin (no olvideis este nombre) dice que va á arrojarse al mar. Se despoja de sus vestidos, y toma con una mano una cuerda: nadie se atreve á seguirle. Vésele luchar contra las olas: lo que asombra es la inmovilidad de la tripulacion, que no hace seña alguna. Se ha preguntado el motivo de ello: ¿los desgraciados no tienen ya valor para hacerlo? ¿confia el capitan en salvar el buque?... Me traslado á la playa.

(*Once de la noche.*)

¡Qué horroroso espectáculo! no lo olvidaré en mi vida. Treinta cadáveres amontonados confusamente en la sentina del buque propiedad de la *Sociedad Humana*. Todo ha perecido: ciento ocho mujeres, doce niños, trece marineros de la tripulacion.

Tres desgraciados están fuera de peligro. ¡Qué noche tan espantosa! Quiero daros, sin embargo, algunos pormenores.

Hácia las siete de la tarde se vé al valiente Henin llegar al buque. Vése á un marinero arrojarle una cuerda, despues retirarla; el mismo Henin, á punto de perecer, se vió obligado á soltar la cuerda y volverse á la playa. Quiere arrojarse de nuevo al mar; pero sus fuerzas están agotadas..... Es preciso renunciar á toda esperanza de salvar á estos desgraciados; el dia declina, empieza á subir la marea, el silbido del viento y de las olas no permite oir los gritos de estos desgraciados. ¿Cómo describiros la ansiedad de la muchedumbre que cubre la playa descubierta por el flujo? Un número considerable de marineros atrevidos se han arrojado al mar para procurar recoger los náufragos. La oscuridad se hace mas densa; el viento muge con mas violencia que nunca; las olas se suceden impetuosas y rápidas; apenas se distingue el buque. El mar, con sus olas enfurecidas, obliga á los mas intrépidos á retroceder. De repente un palo es arrojado á los pies de los espectadores; despues pipas, restos del buque, y últimamente cadáveres.

Corren por todas partes con faroles; se precipitan en el acantilado; á cada momento se amontonan mugeres, niños, hombres..... ¡todos muertos!... Un marinero corre hácia una roca; cree ver algun objeto que se mueve en la sombra: es un desgraciado de la tripulacion: lo coge, le lleva al hospital de la *Sociedad Humana*; en otra roca se recogen otros dos; el uno es hallado sin conocimiento, agarrado en medio de su espasmo á una tabla que la ola ha impelido hácia la costa; el otro es recogido en la arena de la playa, casi insensible: se les

trasporta á la fonda de la marina, donde los cuidados mas tiernos les son prodigados por el dueño de la fonda, y sobre todo por una inglesa, Mme. Austin, cuyo celo y valor fueron admirables. Otra jóven inglesa, Mme. Carles, hija de Mr. Awet, cuyo abuelo fundó la *Sociedad Humana*, y que se halla hospedada en la fonda, se apodera de una jóven que habian llevado desnuda y depositado en la mesa del comedor; á fuerza de fricciones se llama un tanto el calor, pero ¡ay! ninguna esperanza: la desgraciada abrió los ojos, y despues de exhalar el último suspiro, se la llevan, y Mme. Carles voló á prodigar sus cuidados á los demas. La desgraciada estaba dotada de una belleza notable.

En este momento los marineros de la decana y de la *sociedad* prueban una actividad que es imposible describir. A medida que se traen los cuerpos, los cirujanos se apoderan de ellos, se les envuelve en mantas, se les sangra. Una muger hace un ligero movimiento; sale de su brazo una sangre negra; levanta sus párpados; renace la esperanza; pero muere! A medida que se hacia aquella terrible inspeccion, se depositaban los cadáveres en un estremo de la sala.

Los dos náufragos á los cuales Mme. Austin prodigó sus cuidados, se han salvado, han recobrado sus sentidos: sabemos por ellos que el buque que ha naufragado es inglés, que se llama *el Anfitrite*, que es buque de trasporte para los condenados á la deportacion; tenia á su bordo ciento ocho mugeres, doce niños, diez y seis hombres de tripulacion: los marineros que se han salvado son: Juan Richard, Rice, Juan Owen y Jaime Tovosey. Owen, que era el contramaestre, es un hombre que se halla en la fuerza de su edad: Rice y Tovosey son dos jóvenes.

1.° de setiembre, á las nueve de la mañana.

Hallábame á las seis en la decana. Durante la noche se habian recogido cuarenta y tres cadáveres del sexo femenino. He visto, por mis propios ojos, coger en el puerto una muger que estrechaba entre sus brazos un niño de dos años. Casi todos los cuerpos estan despojados de sus vestidos. La playa está cubierta de destrozos: el casco del buque está en cierto modo pulverizado, espresion que no creo demasiado fuerte. Nuestros desgraciados náufragos siguen perfectamente. A consecuencia de un capricho del destino, la camarera de Mme. Curtis acaba de reconocer en Owen á su vecino y amigo de la infancia. Hemos aprovechado un momento de reposo para interrogar á Owen y á Rice, y hemos recibido las deposiciones que abajo mencionamos.

He recibido igualmente la del valiente Henin; son dos documentos importantes para la historia de este espantoso suceso.

Hemos abierto una suscricion para los náufragos, y para recompensar á los valientes marineros que han espuesto su vida. En cuanto á Henin, el gobierno está dispuesto á recompensar su intrepidez, pues no es esta la primera vez que se honra con tales proezas.

Once de la mañana.

Se acaban de trasportar los náufragos y cadáveres recogidos; se han mandado cien atahudes, y mañana cubrirá la tierra sus despojos. Es de creer que el mar durante el flujo arroje otros cuerpos.

Deposicion de Henin (Francisco), patron de la barca pescadora, del puerto de Boloña.

Henin declara que, hácia las seis menos cuarto, dijo el capitan del puerto que queria irse á bordo del buque barado, y que los marineros no habian de hacer sino seguirle; que en cuanto á él, estaba decidido á hacerlo solo; que corrió por la playa con una cuerda, se despojó de sus vestidos, y se arrojó al mar. Cree haber nadado por espacio de una hora, y haberse aproximado al buque á las siete. Llamó con la bocina al buque y gritó en inglés: Arrojadme una cuerda para conduciros á tierra, ó sois perdidos; porque se aproxima el flujo. La tripulacion le oyó; hallábase entonces á estribor del buque, que hasta tocó; vió un marinero, y le gritó digese al capitan arrojára cuerdas. Los marineros le arrojaron dos de ellas, una de la proa, otra de la popa; pudo únicamente asirse de la de la proa. Dirigióse entonces hácia la playa; pero la cuerda que llevaba era corta y le faltó. Volvió al buque, se ató á él, y gritó la tripulacion le subiera á bordo; pero entonces sus fuerzas le abandonaron, se sintió agotado, y con suma dificultad pudo llegar á la playa.

Deposicion de Juan Owen, náufrago del Anfitrite.

Juan Uwen declara haber nacido en Craffort, en el condado de Kent (Inglaterra), y ser el contramaestre á bordo del Amfitrite, buque de transporte, su capitan Hunter, Mr. Forster, cirujano, con cargo, para Sidney-New-Sout-Wales, teniendo á bordo ciento ocho mugeres y doce niños condenados á la deportacion, y diez y seis hombres de tripulacion.

El Anfitrite zarpó de Wolvoich el domingo 26 de agosto; la tormenta empezó en la noche del 29 cuando el buque daba vista á Dungeness; calcula que estaba á tres millas al este del puerto de Boloña. El capitan hizo sus esfuerzos para alejarse de tierra, pero fué en vano. Sobre las cuatro de la tarde del sábado, el buque fué arrastrado por la violencia del viento hácia el puerto, y tomó tierra. El capitan mandó anclar, con la esperanza de que durante la marea podria el buque flotar de nuevo. Hácia las cinco una barca francesa fué á socorrerle; Owen y Rice, ni ninguno de la tripulacion tuvieron noticia de ello. Se ocupaban en este momento en trabajar bajo el puente y arreglar sus lios, esperando poder desembarcar. Cree que entonces hubiese sido posible salvar á todos. Antes de la llegada de la barca, vió Owen á un hombre, desde la costa, y con su sombrero hacia señal para que desembarcasen. Vió despues llegar á nado á un hombre por la popa, que le gritó en inglés le arrojase una cuerda, lo que el declarante iba á hacer cuando se lo impidió el capitan.

Despues de la partida de la barca el cirujano preguntó por Owen, y le dijo botara al mar la lancha grande, y esto, á consecuencia de una contienda con su muger, que queria desembarcar en aquella, impidió á todos los condenados lo verificasen. El doctor varió de opinion y manifestó que ninguna lancha iria á tierra, lo que impidió desembarcar á los condenados que se hallaban sobre el puente, bajaron para arreglar sus lios, y pidieron á grandes gritos la lancha; tres mugeros digeron á Owen que habian oido al cirujano decir al capitan no aceptára el auxilio de la barca francesa.

A las siete empezó la marea; y la tripulacion, viendo que no habia esperanza de salvacion, subió á la verga, permaneciendo las mugeres en el puente del buque. Owen cree que las mugeres permanecieran en esta situacion mas de hora y media. De repente se abrió el buque, y todas las mugeres, escepto una, fueron arrebatadas por las olas. Owen, el capitan, cuatro marineros y una muger se hallaban en las vergas. Owen juzga que permaneció en esta posicion cerca de tres cuartos de hora. Viendo que los palos, vergas y velas estaban á punto de ceder á la violencia del viento y del mar, dijo á sus compañeros que era inútil permanecer mas tiempo; que iban á perecer, y que era preciso procuráran nadar hasta llegar á tierra. Se lanzó entonces al mar, y cree haber nadado una hora antes de llegar á la playa, donde fue cogido por un francés, y conducido, sin conocimiento, á la fonda de la marina. Owen añade que estaba completamente convencido del peligro que corria el buque desde el momento del encalle, y que preguntó á sus compañeros si no pensaban como él que hubieran podido salvarse entonces. Respondieron que sí; pero que no habian querido aparecer asustados.

Deposicion de Juan Rice.

Declaró haber nacido en Lóndres, etc. Confirmó la deposicion de Owen, y añade que hizo notar al capitan la persona que, desde la playa, le hacia señal que desembarcase: el capitan le volvió la espalda.

Preguntado con este motivo, dijo: que el capitan no estaba achispado, y que era co-propietario del buque. Owen y Rice dicen que todas las mugeres estaban encerradas, pero que antes del peligro forzaron las puertas y se precipitaron en el puente. Habia ya seis pies de agua en la sentina.

Se sabe que el valiente Henin, que ha representado un papel tan brillante en este desastroso naufragio, ha recibido muestras de interés de los dos gobiernos inglés y francés. Entre otras recompensas, el ministro de marina le condecoró con la legion de honor.

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO,

(FLORALBO CORINTIO).

Articulo I.

«Tenia una habilidad especial para la poesía latina: es quizá de todos nuestros poetas el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito.» Esto dice D. Manuel José Quintana.

«Sanchez Barbero, sin estar tan contagiado del moderno gongorismo como Cienfuegos, fué su segunda parte en cuanto á las estravagancias que uno y otro equivocaban con los raptos verdaderamente líricos.» Esto D. José Gomez Hermosilla.

Juicios tan opuestos no pueden menos de llamar la atencion sobre el poeta que los ocasiona. Su vida, azotada por la adversidad, merece tambien que se la recuerde.

Fueron sus padres unos honrados labradores de Moriñigo, pueblecillo de corto vecindario á dos leguas de Salamanca. A los nueve años entró en el seminario conciliar de esta ciudad, donde contrajo amistad íntima con otro jóven, despues eclesiástico tan digno como sábio modesto, á quien se debe la conservacion de las poesías latinas y castellanas que Floralbo compuso durante los tristes ócios de Meli-

lla. En el aislamiento del colegio se dedicó con ahinco á los estudios literarios, puestos en voga y perfeccionados por Cadalso, Melendez y tantos otros que en pos de ellos formaron y acreditaron justamente la escuela salmantina. Sanchez Barbero salió á estudiar jurisprudencia, marchando despues á Madrid, donde ejerció con aplauso la abogacía, sin olvidar nunca sus tareas favoritas. Entonces se relacionó con Moratin, á quien es probable leyese la tragedia de *Coriolano* que menciona en los «Orígenes del teatro español», y que no sabemos haya sido impresa. La brillante composicion «En la muerte de la duquesa de Alva»; el melodrama sacro *Saul*, cuyos versos rebosan de estro lírico; los «Principios de Retórica y Poética», en que á breves y claras reglas se une el egemplo del estilo, y que han servido mas á la juventud que el pomposo fárrago de otros preceptistas; y las tres «Odas al combate de Trafalgar», corrieron por el público impresas, y levantaron la fama del vate, muy apreciado ya en el círculo de literatos que de cerca le conocian.

Por este tiempo ocurrió la invasion de los franceses. Sanchez Barbero, patriota de corazon y de indomable carácter, lejos de imitar á los que siguieron el bando del que iba venciendo, lanzó algunos versos contra los invasores y su emperador. Por esto le llevaron á la cárcel en 1809, y confinaron á Francia, conduciéndole entre bayonetas. En Pamplona permaneció veinte y cuatro dias encerrado en la ciudadela; se le permitió por fin bajar al pueblo, pero llevando préviamente la amenaza (que le intimó el general Dagoult) de ser fusilado si intentaba escaparse. A pesar de ella logró evadirse, y al cabo de medio año de peligros llegó á Cádiz pocos dias antes de instalarse las Córtes. En medio de todos estos conflictos, sufrió la pérdida irreparable de siete tragedias, una comedia, el poema de las cuatro edades del hombre comparadas con las estaciones del año, varias poesías líricas y algunos escritos prosáicos (1). En Cádiz no permaneció ocioso: se dedicó tambien á sus estudios predilectos, y redactó *El Conciso*, periódico célebre que fué luego uno de los *delitos* que le imputaron. Concluyóse por último la guerra, y Sanchez regresó á Madrid lleno de júbilo y esperanzas (pronto desmentidas), ocupándose en el desempeño de sus plazas de oficial de la biblioteca de S. Isidro y en censor de teatros, y en la publicacion de *El Ciudadano*. ¿A qué hemos de referir la sabida historia de los sucesos que siguieron á la vuelta del rey deseado?.... Basta á nuestro propósito recordar que algunos traficantes de juramentos batieron palmas, mientras otros (la posteridad los califica de *mejores*) fueron á recibir en las cárceles el premio de su saber y sus trabajos. Entre estos se contó Sanchez Barbero. Las cárceles no bastaban para las víctimas, y tambien las acogieron en sus recintos el cuartel de San Nicolás, el de Guardias, los conventos de San Martin, San Juan de Dios y San Cayetano. Sangre chorreaban las hojas *del Procurador y del Atalaya;* sangre pedian tambien algunas voces desde la cátedra del Redentor, y por un refinamiento de ódio, cuidaron de ahuyentar los consuelos de la amistad propagando la noticia de que disfrazados espías se deslizaban entre los infelices presos. Escusada es la pintura de tamañas vejaciones. ¿No las hemos visto semejantes despues de 1815?.... El estudio fué allí, como en todas partes, fiel compañero de Sanchez; y mientras que la venganza y la ingratitud cuajaban la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza, mientras tenia que comparecer ante una comision especial de jueces enemigos, y responder á las capciosas preguntas en que le hacian cargo de su puro españolismo, y acusaban por el crimen... *del pensamiento*, él, con tranquilo ánimo, componia su aun no bien apreciada gramática latina, traducia una ópera de Metastasio, y daba lecciones á un jóven. La gramática, concebida bajo un plan filosófico, con perfecto conocimiento del genio de la lengua, y despejada del monton de reglas que abruman y fastidian á los principiantes, ha tropezado con la resistencia de los talentos rutinarios. Hé aquí lo que acerca de ella escribió su autor en el diálogo titulado *Los Gramáticos:*

En los horrores de la negra cárcel
de crímenes abismo,
cuando con el temor, con el quebranto
el varonil espíritu zozobra,
en aquella guarida del espanto,
y solo al pro de la niñez atento,
ésta tan útil obra
pudo sereno trabajar.....
..... La matritense
sociedad económica la aprueba.
A su consocio mísero aplaudiendo
á la suprema autoridad la lleva,
que la enseñe á los jóvenes pidiendo;
pero la negra suerte
su afan tan lejos de premiar estuvo,
que sin darle lugar á que cerrara
su pobre maletilla,
moviendo un huracan con soplo fuerte,
arrojóle al presidio de Melilla.

(1) Sed Gallus prædator adest: me carcere torquet
et procul a patria mœstus et exul eo.
Carmina rapta tulit: subito periere labores
queis multa incubuit nox vigilatque dies.
(Ep. ad D. M. M.)

«Mi gramatiquilla, decia en 1807 á un amigo, se está en el ministerio de Estado, y tal vez *in æternum clauduntur lumina noctem*. La considero ahogada y reventada por los innumerables legajos que habrán caido sobre su alma. ¡Pobrecilla! engendrada en la cárcel sigue la suerte de su padre.» En efecto, no salió á luz hasta 1829 (y eso por los cuidados de un particular), llevando al frente dos epístolas latinas, y el favorable dictámem de la sociedad económica.

Llegó por último la terminacion de la causa, y usando el rey de piedad, condenó á nuestro poeta á diez años de presidio con retencion en Melilla. Sus papeles fueron quemados públicamente por mano del verdugo en la plazuela de la Cebada al pie de la horca. Al amanecer el 18 de diciembre de 1815 salieron de la cárcel, y fondearon al cabo juntos en Melilla, Argüelles y Alvarez Guerra, destinados á Ceuta; Garcia Herreros y Zorraquin á Alhucemas; Martinez de la Rosa al peñon de la Gomera; y Calatrava, Ramajo, y Sanchez Barbero, que quedaron en Melilla.

Entonces empezó una nueva série de sufrimientos que terminaron la vida del ilustre deportado, sin haber conseguido que un solo momento flaquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situacion, decia, es mucho mas lamentable que la del »escita Jeremías, porque al cabo comia carne y *frusta meri*. Aquí este »género es contrabando..... Comemos muy mal: he gastado cuanto los »amigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino: ya »no me desayuno; y dentro de poco, si continúa tan fea situacion, tra»taré de averiguar si puede el hombre *camaleonizarse*. Este mal ha »engendrado otro no menos atroz, á saber, la desnudez. Así es que an»do á sombra de noche como el ladron. Y no se crea que pondero; an»tes bien á ley de presidario protesto que me quedo muy zaguero.» Esta es la descripcion prosáica y positiva de sus padecimientos: la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su íntimo amigo D. P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traduccion «..... No es fácil señalar un solo ins»tante de placer en todo el dia: faltan los mantenimientos del cuerpo, »y la razon no encuentra ejercicio..... Las disparadas balas nos silban »alrededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en sí traen »envuelta. Habita en ella gente española de la mas criminal, y mas »bárbara que los mismos moros. Afabilidad cariñosa, aquí no hay que »buscarla: es terreno desamorado..... No asoma á él Venus sino con »semblante horrible, dura y despeluznada, con las greñas ensortijadas..... etc.»

Pensando en su infortunio, y lamentando acaso mas el de la España, compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin consejeros (1) muchas poesías latinas, y no pocas castellanas. Pasan de ciento sesenta las que hemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Esceptuando algunos epígramas en que de una manera chistosa, y picante á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estilos pedantescos de los que llamaba *Gramáticos*, las demas composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mencion del presidio; pero sin entregarse á pueriles quejas, ni menos á las feas adulaciones que denigran el nombre de Ovidio. Martinez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Alvarez Guerra y otros amigos son los personages á quienes dirige sus odas.

Menos numerosas, y acaso menos notables, fueron las composiciones castellanas, lo cual puede atribuirse, no solo á la satisfaccion que sentia al superar las dificultades de la métrica latina, sino tambien á que en ese idioma podia dar mas rienda á sus sentimientos sin temer el espionage de torpes carceleros. Se conservan varios romances, letrillas y cantatas, dos odas en la muerte del duque de Fernandina, otra á sus compañeros, otras dos á Belinda, una epístola á Ovidio, en la que «dirigiéndole mas de seiscientos versos sueltos, le zahiero sus hiposos lloriqueos, y su adulacion arrastrada al *número, Dios piadoso, justo*, que le deportó al Euxino Ponto..... y con mis desgracias pongo en parangon las suyas» (2); otras dos epístolas: una ópera original, sin título, y otra que lleva el de *Un casamiento*; y nueve diálogos en que, ya censura vicios contemporáneos, ya elogia instituciones barridas por el viento de la reaccion, en un estilo castizo y sa-

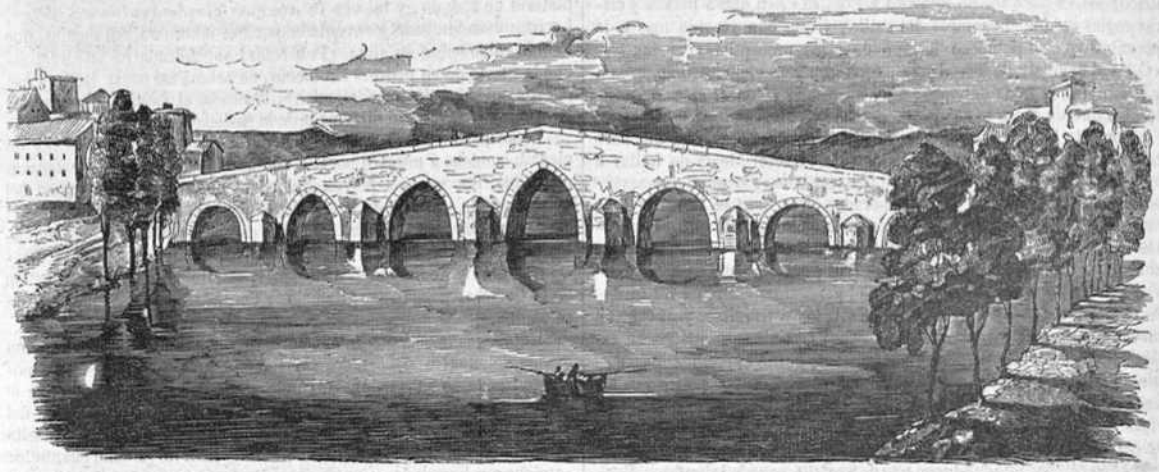
(1) Melillæ scripsi, doctis neque fultus amicis
nec libris; gratum sit tibi, lector, opus.
(2) Carta á un amigo.

broso, y aun pudiera decirse *Horaciano*. Hizo ademas una traduccion de la *Isla deshabitada* de Metastasio, con dos prólogos y una loa, y varias apuntaciones sobre la gramática latina: se ignora el paradero de esto. El carácter de dichas obras, faltas de lima en lo general, varía mucho, y se resiente de las circunstancias poco propicias que rodeaban al poeta. Decia á este propósito:

Segun el argumento
Procede variándose mi estilo,
Como procede el mar segun el viento.
Una vez deslizándose tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

En octubre de 1819 sucumbió envuelto en miseria, y sin el consuelo de descansar en la tierra que tanto amaba (1).

A. GIL SANZ.



PUENTE DE LUGO.

La carretera de *Lucus Augusti* á *Iria Flavia* es contemporánea á la dominacion romana en Galicia, porque está consignada en el itinerario de Antonino. Los romanos señalaron para las legiones vencedoras una via pública que se dirigia desde el convento jurídico lucense por *Brevis* (Erbo en Deza), *Aseronia* (Asorey en Deza), á *Iria Flavia* (Padron). Desde esta remota época se ha reconocido la importancia de una carretera que facilitase á los pueblos del interior la comunicacion con su dilatado litoral.

En esta via pública se atravesaba el caudaloso Miño: los romanos construyeron un puente sobre sus aguas. En el siglo XI la invencion de un sepulcro cubrió de casas el páramo de los *Presamarcos*, el territorio de Santiago, y se echó de ver que la carretera de Lugo debia cruzar por Santiago para nutrirse con la vida de una poblacion importante. Nosotros no hicimos tanto como los romanos: hasta ahora se ha dejado incompleta la comunicacion entre Lugo y Santiago.

La dominacion de los señores del mundo ha perpetuado en Galicia la huella augusta de su imperio. La antigua ciudad de Orense presenta un grandioso puente sobre el rio Miño; cerca de la villa de Padron, la solemne advocacion de un puente romano al César sirve para dar nombre á un barrio; el *Pons Cæsaris* es el *Puente Cesures* entre nosotros: en Bibey, cerca de Larouco, donde Bruto escaló una montaña para hacerla practicable á los conquistadores por medio de los célebres *codos*, de los cuales hace mencion la geografía antigua y moderna, se levanta un puente romano, y en la antigua *Lucus Augusti* las conquistas y los siglos han violado la obra fabricada sobre las arrogantes corrientes del rio Miño. El puente de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores en el presente artículo, facilita la comunicacion entre la remota *colonia augusta* y el territorio de Santiago. Su origen se remonta á la dominacion romana, que consideró á esta ciudad como la cabeza de los gallegos septentrionales, y pertenece á la misma época que el acueducto cuyos vestigios aun se pueden reconocer, y los baños termales cuyos paredones de hormigon revelan que sus albañiles fabricaban para siglos, adivinando la prolongada duracion que estaba reservada á su dilatado imperio.

Sentada la ciudad de Lugo sobre una izquierda del Miño, permite distinguir á la distancia de mil pasos la cuenca del mediodia por donde corren las aguas del rio mas célebre de Galicia. En el descanso de esta pequeña cima adonde concurren la antigua calzada y la moderna carretera, se encuentra el puente construido de cantería y pizarra en durísima masa, con ocho arcos desiguales, sostenidos sus pilares con fuertes corta-aguas y seguros pretiles. Su forma es en parte angulosa por las dos vertientes que se unen en las entradas segun el estilo romano. El ancho de su fábrica es de 6 1/2 varas, su largo de 125, y su elevacion desde la corriente de las aguas bajas 13 1/2.

Con el objeto de evitar que las crecientes del rio impidiesen el paso por la parte de Lugo, como ha sucedido en diversos años (2), se alzó en 1828 su entrada por entre casas, añadiéndole dos grandes alcantarillas para dar salida á las aguas. A ambos lados del puente se encuentra un pequeño barrio compuesto de cincuenta casas, que lleva su nombre, y muy cercano á su fábrica el establecimiento de los baños termales sulfurosos, el sitio de recreo del obispo, conocido por la casa y huerta de *la Viña*, y el pequeño hospital de San Lázaro. En mayo de 1809 fué volado por los franceses su arco mayor como un recurso estratégico para que los ejércitos españoles no pudiesen alcanzarlos, y en 1818 se ha construido de nuevo por cuenta de los fondos de caminos, formado ya el proyecto de dirigir por él la carretera de Santiago.

Las conquistas de los suevos destruyeron el puente romano de Lugo, convirtiendo en ruinas este monumento importante que unia las floridas vertientes del celebrado Miño. En el siglo XII fué reedificado para facilitar la comunicacion de los pueblos del interior, que apelaban á las armas en la defensa de sus localidades. Por algunos documentos que existieron en la catedral y en el convento de la Nova, constaba que en 1331 se habia reedificado y no construido de nuevo; en el testamento de doña Berenguela en 1399, se destinaron *200 maravedises para el puente de Lugo*, y en el que hizo Diego Alguacil dió para el mismo objeto *una casa que se vendió al cabildo*. Los encargados de su última reedificacion fueron Fr. Bolaño, religioso franciscano, y Juan Perez de Hoz.

Desde el siglo XVII se cobraba por el obispo, en virtud de una cédula dada por Felipe V, cierto derecho de portazgo por los carros y caballerías que no pertenecian á su comarca jurisdiccional, cuyo derecho fué abolido posteriormente.

En la actualidad el puente de Lugo, como la mayor parte de los monumentos antiguos de utilidad no interrumpida para las generaciones venideras, conserva las restauraciones de diversas edades que renovaron la fábrica primitiva. Cada conquista destruyó un pilar,

(1) Los efectos que Sanchez Barbero dejó al morir valian 390 rs. Consistian en prendas de ropa usada, y la mejor era una levita de paño azul tasada en 160 rs. El documento que nos suministra esta noticia, concluye así: «La suma que espresa la relacion que antecede, firmada del capitan de la compañía de D. Francisco Sanchez Barbero, Q. D. G., se invirtió en misas por su alma, aplicadas por D. Juan de Campos Infantes, cura propio y vicario interino de esta plaza, y por mi el capellan auxiliar del Real Hospital de esta plaza de Melilla, á 6 de Noviembre de 1819.» Fr. Pedro Cabello.

(2) En una capa de sus pretiles existe la inscripcion que da á conocer el punto adonde subió la creciente de aguas en 26 de diciembre de 1788 que puso en peligro á los habitantes del barrio *del Puente*.

cada siglo llevó una piedra. Llegó despues la paz, y el pilar fué reedificado y la piedra renovada. Al arco rebajado de los romanos sucedió el arco apuntado de la edad media. Lo nuevo cubrió á lo antiguo como la corteza al tronco.

Dentro de las hiladas de piedras renovadas en 1818, se encontrarán tal vez algunos denarios de Augusto acuñados antes de la era cristiana. Esta es la verdadera carta de antigüedad de las obras públicas, su verdadera carta de nobleza. La historia es el nobiliario de estos monumentos solariegos de las artes.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(*Continuacion.*)

De cierto que si la madre de Servando ú otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Napoleon le Noir, hubiese tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

No tengo el mérito de casarme por moralidad, amigo mio, repuso Servando; lo tiene aquella divina criatura tan imposible de seducir como imposible de olvidar.

—¡Una Lucrecia! ¡qué casualidad!—¿Hay muchas por aquí?

—Averiguadlo, respondió Servando soltando una carcajada.

—¡Me guardaré!—¡me guardaré!—contestó picado Mr. le Noir; no me quiero esponer á dar con tan inexorable Vestal que me hiciese perder la cabeza al punto que la habeis perdido vos; guarda, Pablo, como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas de dos tiros que me sirven para los desafios.

—Pues, amigo mio, cada cual busca la felicidad á su manera; por mi no puedo ser feliz sin aquel ángel.

—Buscad otra voz: el *ángel* ha pasado de moda. Equivale á *Cloris*, es espantosamente *rococo*.

—¡Si vieras qué bella es!!

—¡Ya!—las feas no entran en juego.

—¡Qué pura y qué virtuosa!

—¡Ah! ¡ah! ¡tanto peor!

—¡Qué corazon tan amante!

—A los que tengo la mas decidida antipatía.

—¿Antipatía? ¿y por qué?

—Porque un *corazon amante* es el mas despótico y egoista tirano; es la caja de Pandora; es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y de reconvenciones. Pero á todo esto quién es la dichosa?

—No me desdeño en decirlo: es la hermosa hija del picador que mató un toro en la corrida del dia de San Juan.

—¿La hija de un picador? dijo sin alterarse Mr. Napoleon; ¡una *mesalianza!* es muy *fashionable*, amigo mio, pero es muy tonto.

—¿Tonto?

—Sí, sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa, es una pilia.

—Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza, y para mi es un asunto de corazon.

—Este es el lenguaje de un estudiante de Jena, de un Werther apreciable y cándido.

—¡Ah! ¡si la viérais!

—Por vista—será una Venus—pero toda la belleza del mundo no hace un partido conveniente.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, estremadamente novicio, *moncher*.

Monsieur Napoleon se creia *padre maestro* porque siempre pensaba lo peor; así hay muchos, que se suelen equivocar de medio á medio, como le Noir en esta ocasion.

—Mi palabra está dada.

—Palabra á mugeres!—*allons donc!!*

—Me casaré—si señor, me casaré.

—Y tened presente que es para toda la vida, segun las sábias instituciones que nos rigen.

—Ello es, dijo riendo Servando, que no seria malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó que cansa.

—Ved ahi por lo que no quiero casarme, por no ser mal marido, porque eso de *siempre perdiz*, hasta al obispo cansó cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV. Creedme, desistid de esa locura.

—Oh! imposible, imposible! esclamó Servando. Sin aquel ser encantador no puedo vivir.

—Pues haced un casamiento fingido, ya que solo la grave ceremonia puede humanizar á aquel *dragon de virtud*—eso es novelesco—entendido, y golpe digno de un legítimo Don Juan de Tenorio, héroe poetizado, cantado, admirado, y cuya gloria es imperecedera.

—Eso es una felonía!—esclamó Servando.

—Y vos un tipo de moralidad digno de recibir el premio de virtud instituido en mi pais por monsieur Monthion. ¿No veis que esa *mijaurie*, esa marisabidilla, cuando llegue á desengañarse estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis habreis pagado vuestra deuda?—Qué mas puede apetecer?—No os faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais.—*Moncher, cela se voit tous les jours!*

Servando era una de esas naturalezas, como por desgracia hay muchas, semejantes á las materias inodoras, que se impregnan tan luego de la esencia de aquellas con las que se ponen en contacto, sea el distinguido y bello sándalo, sea el vulgar y detestable almizcle; naturalezas fluidas como los rios, impetuosos á veces, pero que siempre siguen la senda por donde se les quiere llevar. Por eso es que dice aquel verídico refran sacado, como la mayor parte, de un profundo conocimiento del mundo y del corazon humano, *dime con quien andas, y te diré quien eres.*

Monsieur Napoleon le Noir, no solo logró con su perversa fraseología persuadir á Servando de cometer el mas indigno fraude, el mas horroroso atentado, sino que le ayudó en un todo á llevarlo á cabo, haciendo en esa horrible farsa de testigo, y su Gil Blas de sacerdote fingido.

Pasaron algunos meses felicísimos, que fueron para Regla y Servando esa *luna de miel*, como dicen los alemanes é ingleses, que para los que se aman tiene su mayor encanto en la dulce certeza que encierran justamente las palabras *para siempre*, que tanto horripilaban á Monsieur Napoleon le Noir.—¡Cuán lejos estaba del amante y honrado corazon de Regla el falaz engaño de que habia sido víctima!!—Y digámoslo en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son mucho mas raros que los que son enteramente buenos, Servando, que amaba á Regla, tenia el firme propósito, y ya invariable desde que concibió la esperanza de ser padre, de legitimar públicamente al niño y á la madre, cuando faltase la suya.

Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, otro sábio refran que dice que *por la calle de despues se llega á la plaza de nunca!*

Entre tanto Sebastian, aquel hombre de corazon amante y honrado que se habia visto espulsado por un nuevo amor del lado de su prima que queria con tanta pasion, cuando muerto su tio, Regla, dueña de sí misma, se decidió á seguir al nuevo amante que le ofrecia el casarse con ella tan inesperada ventura, Sebastian, profundamente herido y avergonzado de volver á su pueblo, en el que muy en breve debia ser conocida su desgracia, lo abandonó todo, huyó, y en su desaliento sentó plaza, buscando la muerte que solo apetecia.

La entrada de las tropas de la intervencion francesa que tenia lugar por aquel entonces, y que daba la perspectiva de una guerra, lo afirmó en su propósito que llevó á cabo.

Servando, imbuido en ideas extraexaltadas, se comprometió ostensiblemente en aquellos sucesos que no son del caso referir, y triste recordar, como lo es todo lo que son disturbios en una familia; desgraciadas divergencias de opiniones políticas que tornan en contrarios, y á veces en enemigos, muchas personas hechas para apreciarse y quererse recíprocamente.

Servando con su energía facticia, sus llamaretadas de fuego fátuo gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, de manera que á la salida del rey de Cádiz tuvo que esconderse para no ser arrestado.—Desde luego sus amigos le aconsejaron que emigrase por algun tiempo mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos que cada partido condena en el partido contrario, cual si libre se hallase de este fatal sentimiento inherente al hombre.—Fuéle hablado al capitan de un barco inglés para que lo recibiese á su bordo á él y á Regla, de que no quiso separarse.—La dificultad que se presentaba era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas, bien guardadas de dia, se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos muy conocidos de los contrabandistas en grande, que por ellos en todos tiempos y á pesar de la vigilancia han entrado contrabandos en escala mayor.—Para cuántos no han sido los husillos de Cádiz unas verdaderas minas mas productivas que las del Perú!! Aun cuando estan estos husillos, esas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés escita la voluntad, aguza el entendimiento, y triplica la fuerza del hombre: así es que estas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido

La salida por un husillo fue pues el medio adoptado para la fuga de Servando, y fijada para verificarla una hermosa noche de luna.

En esa misma noche Sebastian, cuyo regimiento habia venido de guarnicion á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla.—La luna, que todo lo pone tan bello y melancólico, hacia aparecer las hermosas y uniformes casas de Cádiz como palacios de mármol; la mar parecia estar en un momento de completa abstraccion, y sentir placer en dejarse platear por la luna; los barcos en la bahía estaban inmóviles, cual si estuviesen clavados en un mar helado; alrededor de la vasta ensenada yacian tranquilos los pueblos que la circundan como blancos campamentos de un dormido ejército; nunca la naturaleza preparara una noche mas tranquila al sueño, mas indisputable al silencio. Sebastian solo oia el ruido de sus propios pasos, y el del hondo suspiro de su pecho cuando tendia la vista en lontananza hácia el Puerto, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbas remembranzas, en donde su destrozado corazon habia aprendido cuánto dolor podia contener, y cuánta sangre podia derramar por sus heridas. Allí, pensaba, está allá! Ella que tan pronto aprendió lo que nunca por mi mal sabré yo, olvidar su primer amor! Se deslumbró como la mariposa, á la que una luz se presenta.—¿Quemaráse en ella, ó será feliz?—Si siquiera supiese que lo es!—Si la viese una vez siquiera!

Parecióle en este instante que oia al pie de la muralla el chapaleteo de un remo que con precaucion hendiese las aguas.—Sebastian se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.—¿Qué podrá ser esto? pensó. Será algun pobre mariscador que buscará mariscos entre las rocas que la marea baja deja descubiertas. El ruido no era interrumpido. La curiosidad movió á Sebastian á asomarse por una tronera. ¿Cuál no seria su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se habia arrimado á la muralla se disponia á entrar un jóven; que este jóven hizo una seña, á la que correspondió una muger, que cual una sombra, parecióle que salia de la compacta base de la gigantesca muralla. Sebastian creia soñar!—No queria creer á sus ojos, cuando una voz queda, pero que el completo silencio hacia distinta, pronunció estas palabras: «no temas, Regla.»

El corazon del soldado despertó con todas sus pasiones al oir este nombre, cual el dormido leon por la bala que lo penetra. Regla!—repitió cual un apagado y lúgubre eco: ella! ella!

Saltaba en este momento la jóven de roca en roca sostenida por la robusta mano de uno de los dos barqueros que venian en la lancha.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastian no distinguia bien toda la escena; ansioso, fuera de sí, suelta el fusil y sube al ancho reborde que hace declive; el fusil al caer suena con fuerza al dar sobre la argamasa del piso: al oir este ruido, la jóven que ya está sentada en la lancha, alza la cara, la que entonces alumbra la luna de lleno.—Sebastian la ha reconocido.—Ella es! Es Regla la que en esa lancha al fuerte empuje de los remos de los lancheros se aleja resbalándose la ligera embarcacion sobre la superficie del mar, como un trineo sobre el resbaladizo yelo.—Un vértigo oscurece la vista y hace perder el equilibrio á Sebastian, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde esa inmensa altura sobre las rocas!

El infeliz se ha roto en su caida ambas piernas; no puede moverse, y en vano implora su voz auxilio en aquel parage desierto, y dos horas faltan al relevo de las centinelas.—Por cúmulo de horror, la marea empieza á subir agitada é inquieta hasta que llegue ansiosa á la muralla cubriendo á su paso las rocas.—Ya en su empuje golpea á las mas salientes, y con esto ahuyenta el silencio que hiciera posible el oir á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla; nadie responde, y el agua sube, sube sin que poder conocido contrareste ni detenga un instante su periódica pujanza; el infeliz ensaya de rastrearse sobre sus manos; vano esfuerzo, pues no puede arrastrar sus destrozadas piernas!—Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, y llegará á la muralla, pasando inexorable sobre él fria y amarga como la crueldad!—Quiere en su agonía asirse á una roca mas elevada que las que la circundan: no puede, y recae con un hondo gemido de dolor: y el agua sube; ya cubre sus destrozadas piernas, ya salpica su pecho, ya murmura en sus oidos!—Entonces Sebastian, que era un hombre cristiano y valiente, se resigna: cruza sus manos, y levanta su corazon á Dios en actos de fé, pues en su Dios cree á *puño cerrado*; de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un último adios; de esperanza, pues confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma!

Y en el horizonte asoma el alba tranquila, blanca, suave, como si el dia que trae de la mano habia de dar la vuelta de este miserable globo sin alumbrar horrores y sin oir lamentos!!

Acompañábala una fresca brisa que henchia las velas de una fragata inglesa que al compás de la monótona cantinela de sus marineros, levantaba su áncora para lanzarse en lo infinito cual las aves de paso.

Llegaba entonces el *seronero* del puerto, esto es, el falucho que antes de abrirse las puertas de la ciudad trae al muelle las frutas y legumbres para consumo diario.—Los marineros divisaron á aquel infeliz que ya habia renunciado á la vida, lo recogieron y llevaron casi exánime al hospital.

Habia Servando al llegar á Lóndres alquilado una casa *pequeñísimo* (pues *pequeñas* lo son allá casi todas), pasado Bedlam (el hospicio de locos), y el jardin zoological de Surrey, en el arrabal de Kenington. Entrábase por la puerta de la calle (todas cerradas allí como símbolo de la inhospitalidad) en un corredor largo que al frente tenia una escalera angosta y, como lo son todas, de madera, cubierta con un paño ó lienzo de alfombra que sujetaba en cada escalon una barita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducia á la cocina, despensa y otras oficinas que están allí en sótanos que reciben la luz por zanjas abiertas delante de las casas, y guarecidas por verjas de hierro. En el corredor habia dos puertas que conducian á dos habitaciones: la primera era una salita con dos ventanas á la calle; la segunda un comedor con dos ventanas al jardin, jardin pequeñísimo, frio y estéril que tapizaba un césped verde y liso, césped admirable que cria aquel suelo como para vestir á Inglaterra de terciopelo, y en el que un árbol, un árbol triste como un cautivo, delgado y lánguido se estiraba á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia buscando el campo. Arriba tenia la casa dos habitaciones iguales á las de abajo, que eran los dormitorios; el tercer cuerpo consistia en bohardillas, en una de las cuales dormia la sola criada que tenian. Por la mañana, segun el uso de allí, llegaba á la puerta el carnicero, el panadero, la lechera y el que traia la hortaliza; lo demas necesario, y los géneros ultramarinos, los traia la criada de una tienda vecina.

En este local que aquí llamaríamos tabuco, en lo demas bien y cómodamente alhajado, instaló Servando á Regla, y en él permaneció completamente sola y aislada, pues hasta él mismo, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el dia fuera de su casa. Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del pais, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretestos para Servando á convencerla de que no podia ser otra cosa su vida que tal cual era. ¿Pero quién podrá esplicar la profunda melancolía, ese llamado en francés *mal del pais*, que se apoderó de aquella hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel pais mustio y encapotado, de la espansiva y comunicativa española, entre aquellas gentes reconcentradas que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen una sutil pua de cactus?—¡Cuántas veces buscó la pobre jóven incomunicada de sus semejantes la mirada de otra jóven como ella, cuya fresca y alegre cara asomaba por entre una profusion de rubios rizos, ó la de graves matronas cuyas blancas, serenas y nobles frentes parecian el trono de la virtud clemente!—Con el corazon en ella le salia al encuenrro la dulce mirada de la reclusa mendigando una recíproca señal de benévola atencion:—¡era en vano!—Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene algo de sequedad, tiene mucho de alto decoro y fina circunspeccion. Pero esto no estaba al alcance de la pobre niña, ni mucho menos el que fuese el contacto con ella uno de los casos que autorizaban esta circunspeccion.—Veiase, pues, sola entre aquel inmenso gentío en constante movimiento, y nunca es mas horrible la soledad que en medio del bullicio; pierde su suave tranquilidad, su dulce calma sin compasion.

Como consuelo tuvo por entonces Regla una niña, cuyo nacimiento y bautizo pasó solitaria y calladamente como pasaban todos los demas accidentes de su triste vida.—A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado mas su vida sino en haberse alejado de ella cada vez mas su marido. Levantábase éste á las dos, salia á las tres, y no volvia á entrar en su casa hasta la madrugada; así fué que este niño nació y se crió entre lágrimas, pues Servando no solo demostraba ya á Regla falta de cariño, sino un despego que rayaba en desdén.

Servando habia encontrado allí, y habia vuelto á intimar con monsieur Napoleon le Noir, pues hay entes que el mal espíritu parece echar siempre en la senda de otros para perderlos.—Mr. Napoleon habia querido visitar á Regla, pero Servando habia sabido esquivarse de esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio los celos sobreviven al amor, y Servando conocia á un tiempo que Regla era una rara belleza, una perla, y Mr. Napoleon un hombre profundamente corrompido que ignoraba absolutamente lo que era *respeto* en concepto alguno.—Menos corrompido que él, era Servando mas vicioso:—juntos jugaban en los mas detestables garitos: Servando se arruinaba y Mr. Napoleon nunca perdia;—juntos bebian, pero nunca Mr. Napoleon se emborrachaba;—en sus despreciables amores nunca prodigaba este señor sus halagos ni sus doblones; y mientras este gran calculador andaba boyante, rozagante, con ínfulas de diplomático buscando cosméticos, Servando habia á un tiempo destruido en aquella gran Babilonia su caudal, su salud, su juventud, su bella parte moral, y envilecido por los vicios, habia gradualmente descendido á la cloaca de ignominia á que conducen, habiendo empezado por *des-*

preocupado, y acabado por *cínico*. Asi, aquel jóven tan bello, tan rico, que fue la gloria y esperanza de sus padres, á quien la vida solo brindaba sonrisas, y el mundo alhagos, arruinado, exhausto, mortalmente enfermo, envilecido, fué preso un dia por disposicion de sus acreedores, y detenido en la prision por deudas *the Fleet*.

Dos dias habia que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era esa la primera vez que esto habia sucedido á su marido: pero temia! temia instintivamente *algo*. Tenia su niño en brazos, y para dormirlo le cantaba con dulce y triste voz unas estrofas de una letrilla que recordaba haber oido cantar en su infancia.

Que no quiero amores
En Inglaterra;
Que otros mejores
Tuve yo en mi tierra.
Que cuando allá vaya,
A fé yo lo fio,
Buen galardon haya
Del buen amor mio,
Que son desvarío
Los de Inglaterra;
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra.

Y su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, habia perdido en aquella fria y densa en que vivia sus alegres gorgeos y sus ligeros voleteos.

Abrióse en ese instante la puerta, y vió entrar á Mr. le Noir. Apoderóse de ella una consoladora alegría; veia á un conocido, á un amigo; podia hablar, hablar la lengua de su patria.

Asi fué que le dió una cordial bienvenida. Mr. le Noir manifestó con espresiones harto familiares á Regla que la hallaba embellecida, y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida si le agradaba el pais, y si no echaba de menos á España.

Al oir nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

Esta elocuente, aunque muda respuesta, alentó á Mr. le Noir.

—Esto os parece muy triste, dijo: esto es natural.—Es una barbárie dejaros tan sola!

—Tengo mis niños, contestó Regla mirando á su niña sentada á sus pies en el suelo, y á su niño durmiendo en su cuna.

—Esto no basta, repuso el visitante; á vuestra edad se quiere disfrutar de otras compañías, del mundo y de sus placeres, de simpatía y de amor.....

Mr. le Noir, diciendo esto, se acercó á ella grosera y atrevidamente: dadme, dijo, esa mano, que ha soltado aquel á quien se la disteis.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder el sillon de rodajas en el que estaba sentada á una conveniente distancia.

—No quiero ni deseo mas que el amor de mi marido, dijo, chispeando los ojos de la altiva española de indignacion.

—Acaso lo teneis?

—No lo habia de tener su muger, la madre de sus hijas?

—Qué ilusion tan vaporosa!

—Mas lo son las vuestras, repuso Regla con desden.

—No son vaporosas, sino doradas.

—Qué quereis decir con eso? No os comprendo.

—Que cuando uno tiene la suerte de poder *dorar* sus ilusiones, las da consistencia; de esta suerte pasan de sueños á realidades; de lo ideal á lo positivo; y asi espero sucederá con las que abrigo.

—Os olvidais que estais hablando con una muger honrada, que lo es de un amigo vuestro.

—Con la señora de Ramos, eh?

—Con la muger de D. Servando Ramos: eso mismo.

—Pobre tortolita!

—Habeis venido solo á insultarme?—Esto es inaudito!!

—No, no; he venido como los verdaderos amigos, en la necesidad y cuando puedo seros útil; vengo, cuando abandonada estais del mundo entero, á ampararos y brindaros con mi amor un agradable y divertido porvenir, pues por mis venas no corre la sangre moruna de los Otelos.

—Desbarrais?—esclamó Regla estática al oir las palabras precedentes, que le parecieron aberraciones.

—No desbarro..... pero desbarro seria en vos, repuso Mr. le Noir, el desechar la suerte que os brindo. ¿Amais pues tanto á ese perdido que no hace caso de vos?—Vamos! si no hay como tratar mal á las mugeres para tenerlas sujetas, fieles y contentas!

—No se trata de si estoy contenta ó no; se trata de mi deber.—¿Úsase acaso en Francia de que las mugeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el vuestro, sí.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el vuestro es de quita y pon; y no incurrireis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No os comprendo ni sé lo que quereis decir: lo que sí sé, es que deseo concluyais tan escandaloso tema.

—Pero ¿es posible, es creible, prosiguió Mr. le Noir sin dejarse intimidar por las severas repulsas de Regla, que desde tantos años vivais en un error craso, creyendo á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido, y tengais aquella farsa, en que yo hice el papel de testigo y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento*, y la ley un contrato indisoluble? ¿Os finjis ignorante, ó lo sois boba y realmente?

Regla, al oir estas palabras, por un violento impulso se habia levantado de golpe, y faltándole las fuerzas, se sostenia sobre una mano apoyada en el brazo del sillon.

—Famosa actriz! dijo Mr. le Noir contemplando aquel rostro lívido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz.

—Conque, ¿qué determinais? prosiguió; ¿sereis por mas tiempo con vuestra juventud y belleza la víctima de ese perdido?

—Salid—dijo n honda y ahogada voz Regla.

—¿Pero acaso sabeis que Servando está en The Fleet preso por deudas, y que no teneis á quien volver la cara?

—Dejadme y alejaos, tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos lábios.

—Tened presente, prosiguió Mr. le Noir, que en Lóndres no teneis como en vuestro pais el *gran meson de la estrella* que á todos cobija. El de aqui, cuyas estrellas son de gas, es un coto vedado. Cuando os echen de esta casa el dia que no la pagueis, sereis severamente perseguida por vaga.

—Idos! idos! gritó en su desatiento y desesperacion Regla: idos, ó pido socorro!

—Vamos, *cachaza!* como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor; no os exalteis; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado con las frescas neblas del Támesis.—Dejaré calmar la sangre andaluza *mousacuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis mas serena y en disposicion de apreciar lo que en vuestra situacion vale un amigo.

(Se concluirá.)

Los periódicos de estos últimos dias han anunciado la desgraciada muerte de un jóven, que se habia arrojado al Canal: este jóven era un poeta, amigo nuestro; un jóven de verdadero talento, un poeta de esperanzas y porvenir. Pero el poeta no habia tenido tiempo ni calma suficientes para escribir una de esas obras que *dan á conocer*, y el jóven vivia en una posicion demasiado modesta para que su muerte produjese otro efecto que el de una estéril compasion, ó algunas frias reflexiones. Su cadáver ha sido enterrado pobremente; nadie *ha hablado* sobre su tumba; las *gacetillas* de los amigos han sido su corona fúnebre.

Nosotros hemos habido á mano algunos versos suyos, y vamos á publicarlos, no para que los juzguen los *inteligentes*, sino para que los *hombres que sienten* hagan justicia al poeta; para que las *almas frívolas* respeten al suicida. Los versos son estos: ignoramos si son los mejores ó los peores de su autor; sí diremos que nos han hecho derramar lágrimas.

¡Amigo!

¡Dulce palabra! suena entre mis labios,
regala con tu encanto mis oidos.....
deja que te pronuncie..... tú eres sola
la única ilusion que no he perdido.

Quisiera pronunciarte en otro idioma
que no fuera el del mundo; en otros signos
quisiera ¡ay! escribirte..... la palabra
no dice todo lo que yo concibo.

Tú, que me amas con afecto puro;
tú, que te nombras, sin mentir, ¡mi amigo!
oye la voz de la amistad; escucha
lo que te dice un corazon marchito.

Sí, yo te amo tambien, y te profeso
un nunca visto y sin igual cariño.—
Si, yo en mis horas de mortal angustia
lloro á tu lado, y me consuelo, y gimo;

Si cuando solo estoy, de tí me acuerdo,
y te figuro siempre, aqui.... conmigo,

llorando, si yo lloro en tu presencia,
riendo, si delante de ti rio;

Si antes de conocerte, ya como eres
te soñé yo, sin que te hubiese visto;
si esa alma que tú encierras, de mi alma
fué creacion, como de Dios lo ha sido;

Si el alma mia es..... el alma tuya;
y la tuya es el alma..... de mi mismo;
si tú y yo somos uno, solo uno.....
llámame á mí, por Dios, llámame *amigo!*

No quiero que tú digas: *lo soy tuyo.....*
quiero que tú me digas: *lo eres mio.....*
porque aunque me aborrezcas, no me importa:
ódiame si tú quieres..... *¡soy tu amigo!*

Tu amigo soy: aunque se oponga fiero
á la amistad de entrambos el destino,
aunque lejos, muy lejos, nos separen
á uno del otro, aunque el sepulcro mismo
encierre la mitad de la existencia
con que sobre la tierra ambos vivimos,

yo llevaré en mi corazon el tuyo,
si es que acaso en el mundo sobrevivo;
y si muero, en el fondo del sepulcro
todavia seré ¡siempre! *tu amigo.*

Me acordaré de ti..... vendré á este mundo
como vienen del cielo los espíritus:
y estaré junto á ti..... mientras que vivas;
iré á tu lado, te hablaré al oido.....

Te enjugaré las lágrimas que viertas,
recogeré tu lloro y tus suspiros.....
y cuando exhales tu postrer aliento,
en el Cielo verás que soy tu *amigo!*

J. IZA.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MORATIN.

—

SONETO.

No envidie el pobre y lento MANZANARES
Perder su curso en apartada zona,
Ni en su puro cristal la hinchada lona
Reflejar de bageles á millares:
Ni del EBRO el caudal, ni con los mares
Su imperio dividir, ni la corona
Que entreteje la próvida Pomona
Al rey de los viñedos y olivares:
Ni llore en honda pena y desconsuelo
Al arrastrarse por la muerta arena
Murmurando su afrenta y su desdoro:
De envidia y de rubor prorumpa en duelo
Al ver que guarda su rival el SENA
De INARCO el preciadísimo tesoro.

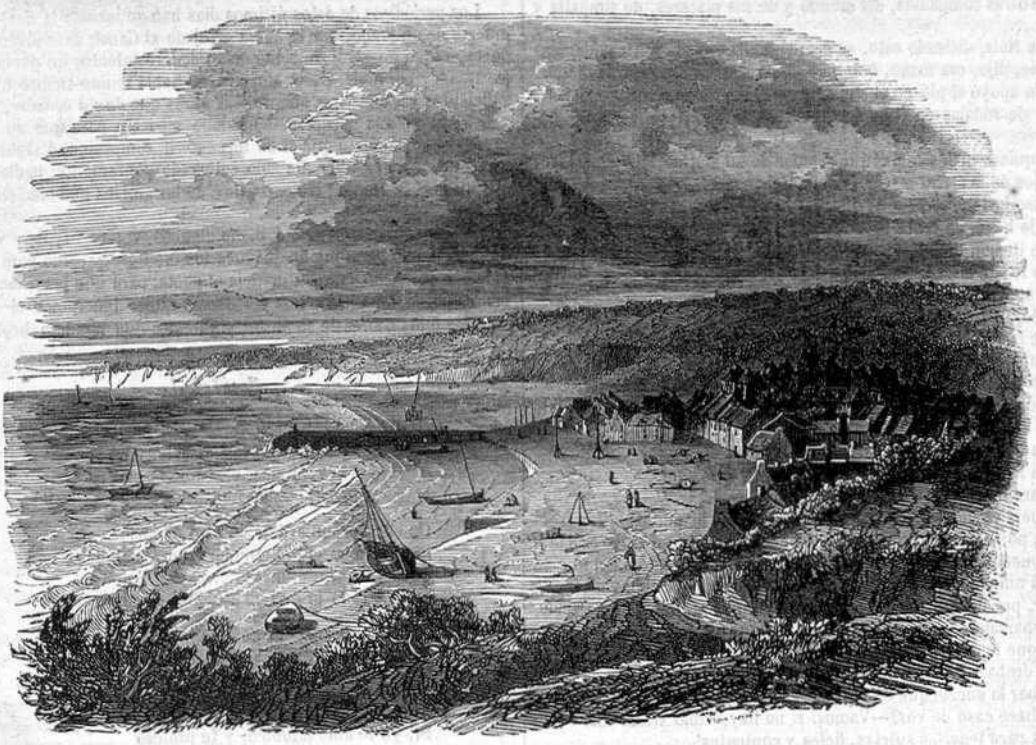
LUCIANO PEREZ DE ACEBEDO.

Madrid 10 de Marzo de 1851.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 10.

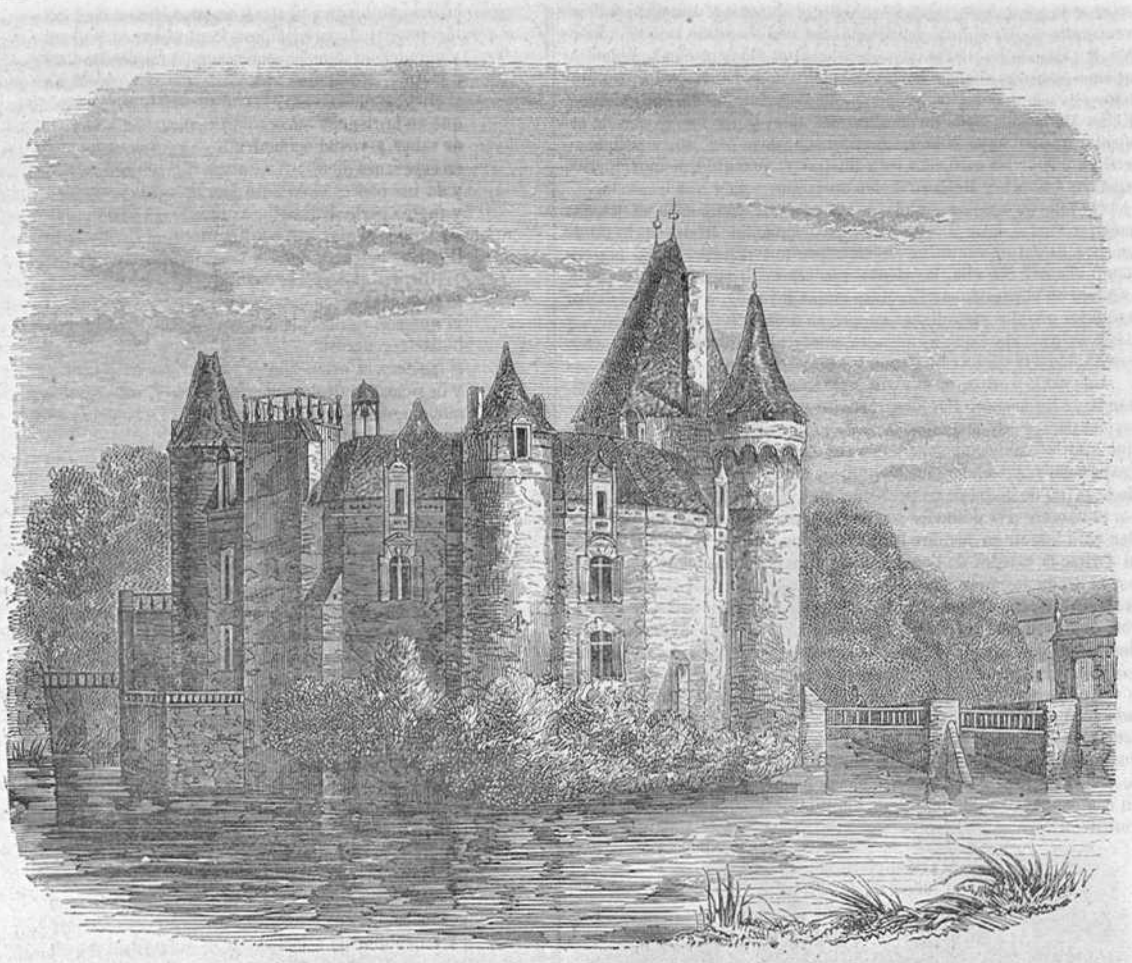
—

Las pasiones y las novelas desvelan á las jóvenes.



(La playa en el puerto de Cancale.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Castillo de Mathe St. Heray en Francia.)

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO,

(FLORALBO CORINTIO).

ARTICULO II.

Rasgueados los tristes acontecimientos de la vida de Sanchez Barbero, nos parece oportuno decir algo acerca del mérito de sus obras, escogiendo entre los dos contrapuestos juicios que al empezar enunciamos, el que mas ajustado á la razon parezca. Si hubiésemos de considerar solamente las autoridades de que emanan, no vacilaríamos en decidirnos por la del autor del *Pelayo*, porque tratándose de apreciar versos, nos parece su voto de mas peso que el del Sr. Hermosilla. Inspira en verdad alguna desconfianza el crítico que por muestras de su talento versificador nos ha dejado la traduccion de Homero, tan fiel y concienzuda como se quiera, pero no menos prosáica é insoportable, que con su exagerada teoría sobre los pensamientos verdaderos y falsos ha puesto el corazon inaccesible á ciertas bellezas,—que en el *Arte de hablar en prosa y verso* apenas se acuerda de nuestros grandes poetas mas que para censurarlos,—y á cuyo oido por fin los romances españoles suenan como las coplas del *Santo Cristo de la Luz* y de *Çabalo mio careto*.

La censura que al final del tomo segundo de su *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, hace de la oda en la muerte de la duquesa de Alba, *composicion* (á su parecer) *tan dispara-tada en su clase, y tan soberanamente ridícula*, que desafia á que se presente otra igual, justifica la rigidez de las anteriores frases. Lo que si es muy ridículo, es la parodia que con insulas de chistoso hizo de aquella oda. Nada hay que no pueda disfrazarse burlescamente; parodiadas hemos visto las mejores escenas del *Otelo*, del *Cid*, y del libro de *Job*; pero no se critica asi con lealtad. Si no temiéramos pasar por maliciosos, habíamos de decir que en la animosidad con que trata á Sanchez y Cienfuegos, iba envuelta no leve dósis de ódio á los principios que sustentaban: el *panfilismo* (como llamaba á las ideas liberales) era tal vez lo que le dolia hallar en aquellos versos. Lunares tienen los de la oda á que vamos haciendo referencia; pero son manchas pequeñas que no deslucen el conjunto. ¿Quién reconocerá la primera estrofa en la trasmutacion que hace el Sr. Hermosilla? «Murió la duquesa de Alba, y sus amigos la lloran.» Esto es prosa, y muy rastrera; pero como no es lo que escribió Sanchez Barbero, no quita que sus versos sean buenos y las imágenes bellas. Ahorrando inútiles digresiones, nos contentaremos con citar la manera que tiene de referir la conclusion de la oda. «El niño (dice) queda enterado (del *sermon* de la duquesa) y se retira; la tia le dice *adios*, calla, se vuelve á tender á la bartola, cae la losa del sepulcro, y dichas estas palabras, desaparecieron las visiones.» ¿Se parece esto á la siguiente estrofa?

El niño siente
en la virtud su espíritu inflamarse,
y Silvas y Toledos animarse
todos en él. Con paso reverente
sale; y entónces ella
de su tan digno sucesor gozosa,
diciéndole otro *adios*, eternamente
enmudeció, se hundió, cayó la losa.

Verdad es que tambien el crítico pierde la paciencia cuando el sucesor de la duquesa salta del lecho,

Toca ignorante
unas bronceadas puertas,
y al impulso menor hélas abiertas.

«¿Pues cómo (esclama) pudo á oscuras salir de su alcoba... bajar la escalera, y salir á la calle á la media noche, sin que ni el ayo ni los

criados le sintiesen? ¿y quién le abrió la puerta de la calle? » ¡Desventurada poesía si hubieras tenido que seguirle alzando los picaportes, y pidiendo las llaves al portero!... Poco nos placen tambien *las visiones*, pero es cuando poetas de mal temple las emplean para embutir el vacío que deja su propia carencia de ideas y de sentimientos. El Sr. Hermosilla tiene un mérito innegable, y por eso es mas de lamentar que no haya sido justo en sus juicios: por eso, y porque su *arte* es uno de los escogidos para ilustrar la juventud, hemos querido vindicar á Sanchez Barbero de los durísimos golpes que le asesta.

En nuestra opinion, es el que *sin quizá* ha compuesto en España mejores versos latinos: ¿pero no debe lamentar hasta cierto punto nuestra literatura esa misma aficion que le arrastraba á casi preferir aquel idioma? Sin ella, las ciento sesenta composiciones latinas que escribió en el presidio serian otras tantas joyas de la musa castellana: agotó los asuntos mas dignos en que su númen hubiera campeado, y hasta sospechamos que á causa de semejante preferencia fué menos esmerado en la correccion de los versos españoles.

En cuanto á estos, no es arriesgado decir que si no son los *mejores*, son sí de los *buenos*. Por desgracia carecemos de los primeros trabajos del poeta;—de sus tragedias, de su poema, de las piezas sueltas que escribió cuando su genio medraba vigorosamente, cuando su vida era sosegada, y su porvenir magnífico, cuando no le habia comprimido la mano de hierro de las persecuciones. El presidio es un mal Parnaso: el hambre y la desnudez son malas musas. Sin embargo, nos quedan para honrar su nombre las odas al combate de Trafalgar, la leida al abrirse la cátedra de Constitucion, y la tan ágriamente censurada por el traductor de la *Iliada*. El *Saul* hace sentir mas la pérdida de las tragedias: los versos son valientes, dulcísimas las árias, y los coros, especialmente el final del acto primero, llenos de animacion. Las dos óperas que compuso en Melilla son inferiores á esta: los argumentos no tienen grande interés dramático, aunque no faltan situaciones y versos buenos. Su objeto fué desenvolver un pensamiento moral, ó mas bien político: así, en la titulada *Un casamiento* amplifica la sentencia de Juvenal *Nobilitas sola est, atque unica virtus*. Hay allí una duquesa bastante infatuada con su antigua alcurnia, y empeñada en preferir para esposo de su hija á cierto noble sin méritos personales, en competencia con un militar ennoblecido por sus hechos. En el siguiente diálogo se halla comprendido el argumento.

—A Trifon glorioso ampara
el fulgor de sus blasones.
—A Guzman las sus acciones
que brillando estan por sí.
—Si no cedes, fiel compara
con la mia tu nobleza.
—Esa tuya por tí empieza.
—Esa tuya acaba en tí.

El asunto no está fuera del campo de la poesía, porque deber de ella es abarcar y difundir las grandes cuestiones que agitan á los pueblos. Sin eso no seria la espresion de sus hábitos, aprensiones, ideas, y esperanzas: seria una poesía muerta, incapaz de interesar á los contemporáneos, porque al hombre solo le interesa lo que hace vibrar las fibras de su corazon, lo que armoniza con las ideas que hierven en su mente: Sanchez Barbero lo conoció así; y sus óperas no se resienten tanto de la naturaleza del argumento, como de la abstraccion con que lo trató, y que produjo cierta especie de languidez que no agrada en la escena.

Los *diálogos* son, como ya hemos dicho, muy dignos de aprecio. Lo que se observa en cuanto compuso durante aquella temporada, es alguna falta de correccion, pues hay defectos que con la mayor facilidad hubiera hecho desaparecer.

Disculpa suficiente son las penas físicas y los quebrantos del alma. Dos son de todos modos las coronas que tiene derecho á reclamar Sanchez Barbero: una como poeta; como mártir otra.

A. GIL SANZ.

—

Por via de apéndice á los anteriores artículos insertamos la siguiente oda escrita en 1816 con motivo de la muerte del duque de Fernandina, discípulo del autor. La escojemos por ser análoga en el asunto á la censurada por Hermosilla.

ODA.

Yaces ¡ay! ¡oh discípulo querido!
En el sepulcro yaces ¡ay! postrado,
así cual derribado
por la saña del Bóreas inclemente
árbol tierno de Palas,
cuando no bien sus galas,
no bien ostenta su pomposa frente,
y agradecido al bienhechor, empieza
á premiar el solícito cuidado.....
¡Ingenio malogrado,
que en la risueña aurora de tus dias
de saber y virtud ópimo fruto
en esperanza dieras:
y de tus padres el encanto fueras,
y fueras parte de las glorias mias:
encanto y glorias que por fiel tributo
lágrimas piden, y dolor y luto.
¡Oh, cuántas veces, cuántas
tu perspicaz razon desenvolviendo,
ví que con tiernas plantas
hollaste generoso
el fausto y el estruendo
y de prócer el título pomposo,
que el ignorante con asombro admira,
que á tus iguales seductor deslumbra,
y de su vanidad en torno gira!
Y dije: «aquí se encumbra
el ibérico honor: aquí se inflama
la vivífica llama,
que la patria en el pecho
infundió de Guzman: aquí animado
el venerable Palafox respira:
respira satisfecho
y en su mas alto punto
el paternal candor jamás turbado:
este, abuela, el traslado,
este, madre, el trasunto
fué de vuestra virtud, fué del talento
que la fama llevando por el orbe
sobre las alas vá del raudo viento.
Ya ni le sobras tú, ni tú le alcanzas...»
¡Hermosas esperanzas
que cual etérea exhalacion lucieron,
y muy mas que el relámpago veloces,
para nunca tornar desparecieron!
¡Y vive larga edad el delincuente
gozándose en sus crímenes atroces!
¡Y en sublimado asiento
vive para tormento
del justo, para oprobio
de la sagrada humanidad doliente!
¡Vive, y el cielo su vivir consiente!
¿Quién al ver los mortales
esclavos, abatidos
á la tirana voz de sus pasiones,
no esquiva lo terreno,
no eleva los sentidos,
no gime por las célicas mansiones,
mansiones eternales,
donde, ahuyentada la ficcion, de lleno
esplende la verdad? Francisco, el mundo
no fué digno de tí: su falso brillo
tu corazon sencillo
desdeñó, desdeñáronle tus ojos:
y dejando alentado
de la carne los míseros despojos,
con vuelo arrebatado
allá te alzaste, donde
en estable bonanza
quietud y bienandanza
y santo gozo de consuno habitan:
do las pasiones penetrar pudieron
ni el mundano jamás; te alzaste donde
sin fin las puras almas
rebosan de placer, de amor palpitan,
y la virtud á la virtud responde.
¡Mil veces bienhadado
Francisco, tú, que en la estrellada altura,
de tus progenitores rodeado,
gozas de su presencia en paz segura!
¡Y ellos tambien dichosos
que con la amable tuya se recrean
Solícitos y ansiosos,
despues que complacidos
de su larga progenie se informaron,

del bajo mundo conocer desean
los hechos por la fama ennoblecidos:
los hechos que á sus ínclitos autores
del olvido y la muerte libertaron.
¡Ay cuánto desconcierto! ¡qué de horrores
les contarás! ¡qué males!
Los miseros mortales
por innúmeras vias agitados:
de la prostitucion al carro atados
unos; otros hinchándose engreidos
al soplo del favor. Allá pugnando
por sostener la libertad amada,
y á su opresor para oprimir vendidos:
la horrible tirania
sobre Pirene alzada
la bélica bandera tremolando,
y unas con otras en cruel porfia
á las naciones todas concitando:
en el augusto trono
de la verdad y la virtud sentada
con su hermano el error, la hipocresía:
en implacable encono
la envidia contra el mérito ensañada,
do quiera amenazando,
do quiera persiguiendo,
en sangre tinta y en horror hirviendo.
¡Oh tú que coronado
de estrellas refulgentes,
con ánimo sereno
bramar la tempestad, rodar el trueno
bajo tus plantas sientes!
A par de tí nuestra mansion prepara,
que de esta sociedad tan corrompida
de todo bien avara,
bien pronto romperemos
los vínculos y lazos
y á tus amables brazos
con alas agilísimas iremos:
adonde en compañía
de tus progenítores
lejos del mundo infiel y sus errores,
eterna primavera, eterno dia
en paz inalterable gozaremos,
nuestra ventura sin cesar cantando,
y con sus ecos el celeste alcázar
nuestra ventura sin cesar sonando. (1)

RITA LUNA.

La historia del arte escénico español ofrece muy pocos ejemplares de una reputacion tan unánime y colosal como la que mereció de sus contemporáneos (nuestros padres) la célebre actriz cuyo retrato va al frente de este artículo.

Apartados ya por medio siglo de la época de sus brillantes triunfos, y mas distantes aun del gusto peculiar y de las conveniencias artísticas de aquel período, no nos es posible calificar hasta qué punto fué justo ese entusiasmo, ni merecida aquella continua ovacion de que al decir de la fama fué objeto constante la *Rita Luna;* pero creyendo, como creemos, que nunca un público entero se equivoca fácilmente en sus apreciaciones artísticas, y habiendo todavía alcanzado á oir la que hicieron de ésta críticos respetables, no podemos menos de convenir en que debió ser una grande actriz, y que las lágrimas y la simpatía que logró escitar con dramas tan medianos como *La Esclava del negro ponto*, *La Moscovita sensible*, *La Viuda del Malavar* y otros de la época, hubiera sabido alcanzarlos con mayor razon en la tragedia clásica, y en el romántico drama moderno. Por desgracia floreció en tiempos de grande decadencia literaria, y en que el teatro estaba avasallado por los Comellas y los Valladares, y hasta el grande actor *Isidoro Maiquez*, que pocos años despues debia regenerar con sus esfuerzos la escena española, no llegó á compartir los laureles de la *Rita*, ni á presentar juntos á la admiracion del público las dos mas grandes figuras teatrales que jamás brillaron en el teatro español.

Duraba todavía en él la memoria de las célebres *Amarilis* (María de Córdoba), *Antandra* (Antonia Granados), *María Riquelme*, y la mas moderna *María Ladvenant*, y dominaba absolutamente el gusto del público María del Rosario Fernandez (*la Tirana*), cuando la jóven *Rita Luna* pisó la escena para borrar absolutamente aquella memoria, y eclipsar de una manera inaudita estos triunfos.

Nacida en la ciudad de Málaga el dia 28 de abril de 1770, fué hija de Joaquin Alfonso de Luna, que aunque descendiente de una de las mas ilustres familias de Aragon, ejercia, así como su mujer Magdalena García, la profesion cómica. La educacion de *Rita*, así como la de sus hermanas Andrea y Josefa, si no artística, fué por lo menos bastante esmerada, y sobre todo religiosa, por ser su padre un hombre que profesaba principios muy severos de moralidad. Pero la falta de fortuna, y las buenas disposiciones de sus hijas, le hicieron dedicarlas á la misma carrera escénica, en que él y su esposa habian hallado un medio honrado de subsistencia.

Rita pisó las tablas por primera vez en 1789, á los veinte años de su edad, y aun esto lo hizo en un teatro provisional establecido por un actor llamado Sebastian Briñoli, en el cuarto bajo de la casa número 20 calle del Barco (1), á causa de hallarse cerrados los teatros por la muerte de Cárlos III. Allí empezó á dar á conocer sus buenas



(Rita Luna).

disposiciones para la escena, y tanto que poco tiempo despues (en 1790) fué contratada para la compañía de los Reales sitios, donde tuvo ocasion de escucharla el conde de Floridablanca, y apreciando su mérito fué incorporada por órden suya de segunda dama de la compañía de Martinez, que ocupaba á la sazon el teatro del Príncipe. Hallábase en ésta de primera la famosa *María del Rosario Fernandez* (*la Tirana*), y de sobresaliente la *Antonia Prado*, y ambas, particularmente la primera, disfrutaban el favor público, en términos que era peligrosa en una jóven principianta la tentativa de venir á compartir con ellas sus laureles. Pero el instinto de sus medios, y la seguridad que infunde el verdadero génio, no arredraron á la Rita en esta decisiva ocasion. Al poco tiempo de su entrada en la compañía, representó por primera vez el papel de la sultana en *La Esclava del negro ponto*, y lo representó con tanto acierto, que produjo en el público un entusiasmo frenético, haciendo que las representaciones de aquella comedia durasen diez y nueve dias consecutivos. Tan lisongero triunfo no podia menos de despertar los celos de *la Tirana*, y aun de hacerla poner en movimiento los resortes de la intriga para destruir una reputacion naciente que amenazaba eclipsar la suya. A este fin se fingió enferma para precisar á la Rita á desempeñar sin prévio estudio

(1) El original de esta oda está lleno de enmiendas y de testaduras que no llegaron á ser corregidas. Al fin del mismo hay la siguiente

DESPEDIDA DE MI DISCÍPULO, Ó EPITAFIO.

Nobilitas, fratres, carique valete Parentes:
Arcibus aetherels nam mihi parta domus.

(1) Creemos sea la señalada hoy con el 36 de la nueva numeracion, y que es propiedad del Excmo. Sr. general Mazarredo.

muchos papeles en que ella solia brillar; pero ésta, que ya preveia semejantes tretas de su altanera rival, habia estudiado préviamente algunas comedias, y entre otras la titulada *Celos no ofenden al sol*; de suerte que llegado el momento crítico de suplir á la primera dama, pudo poner en escena esta comedia con tan buen éxito, que el entusiasmo del público rayó en un delirio hasta entonces desconocido. Este nuevo triunfo hizo conocer á *la Tirana* que no era prudente ceder el campo á tan poderoso enemigo, y que era llegado el caso de desplegar todas sus fuerzas para combatir dignamente con él. Con este objeto salió de nuevo á las tablas con la comedia titulada *La muger vengativa*, circunstancia muy digna de notarse; pero ya era tarde: el entusiasmo producido por la Rita habia escitado de una manera nueva la fibra de los oyentes, y estos hallaron que su antiguo ídolo no podia de modo alguno sostener la comparacion; así que desairó de un modo harto notable á la misma actriz que pocos meses antes aplaudia con frenesí.

Rita, segura ya de los triunfos en aquella escena, pasó al año siguiente al teatro de la Cruz, donde brillaba á la sazon *Juana García*; pero ésta, mas prudente que la Tirana, no quiso empeñar el combate, y solicitó desde luego su retiro. Entonces, ya de primera dama la Rita, dió principio con la representacion de *El desden con el desden* á aquella série no interrumpida de triunfos que ilustraron su carrera escénica durante mas de diez y seis años; hasta que en 1806, en lo mas vigoroso de su edad y de su talento, y sin causas notoriamente conocidas, puso fin á su gloriosa carrera retirándose de las tablas, á pesar de las observaciones de personas respetables, de los ruegos de sus amigos, de las ámplias y generosas ofertas del Ayuntamiento, y del profundo sentimiento del público en general. Desde entonces se ha hablado mucho acerca de los motivos que tuvo esta célebre actriz para separarse tan bruscamente de la escena: hay quien lo atribuye á ciertas contestaciones que tuvo con el corregidor Marquina: otros, acaso con mas fundamento, buscan la causa en un fondo de profunda melancolía que la dominaba á causa de un malogrado amor; y esto es mas natural, atendida la esquisita sensibilidad y el fuego de aquella imaginacion superior.

Obtenida que fué su jubilacion, permaneció en Madrid como cosa de dos años. Entonces fué cuando instándola el actor *Manuel García-Parra* á presentarse de nuevo en la escena, le contestaba:—«Ya no de»bemos, amigo mio, esponer nuestra reputacion á la incertidumbre de »una nueva tentativa. ¿Quién sabe cómo nos recibirá hoy el mismo »público que antes nos aplaudia con tanto entusiasmo?»—Y no volvió, en efecto, á presentarse en la escena.

En el año de 808, á consecuencia de la entrada de los franceses, pasó á Málaga, y de allí á Carratraca, á Toledo y otros puntos, buscando en todas partes alivio á los males físicos que empezaba á sentir, hasta que hácia el año de 1821 fijó definitivamente su residencia en el Real sitio del Pardo, entregada á contínuas prácticas religiosas, y condenada á un voluntario retiro y oscuridad. Así transcurrieron los diez últimos años de aquella brillante existencia, hasta que á principios de 1832 vino momentáneamente á Madrid á consultar á los médicos, y á visitar á su hermana Josefa; pero desgraciadamente fué atacada de una aguda pulmonía que dió fin á sus dias á las cuatro de la tarde del 6 de marzo del mismo año, cuando contaba sesenta y dos de edad. Al siguiente dia fué sepultada en el cementerio de la puerta de Toledo, ocupando el nicho número 376.

La vida de esta actriz singular podria dar márgen á las mas profundas reflexiones; pero nuestros lectores podrán dispensárnoslas, deduciéndolas espontáneamente por sí mismos; para lo cual vamos á presentarles algunos rasgos característicos de aquella muger célebre, que hemos escuchado de boca de sus parientes y amigos especiales. El trato de la *Rita* era sumamente fino y obsequioso con toda clase de personas: su alma generosa y compasiva no podia ver con indiferencia las desgracias agenas, y luego que las conocia se apresuraba á aliviarlas en cuanto estaba en su mano, llegando hasta el estremo de despojarse alguna vez hasta de sus propias ropas para darlas por acto de caridad. Constantemente encerrada en su cuarto, y entregada al estudio, tan solo se presentaba á su familia á las horas de comer; y lo mas singular es que no permitia que durante ellas se hablase de cosa alguna relativa á su profesion, siendo un enigma indescifrable el que una muger que parecia formada espresamente por la naturaleza para reinar en el templo de Talia hubiese cobrado una aversion tan estraña y sostenida hácia el teatro. Nunca quiso contraer matrimonio con ninguno de los varios actores que la solicitaron, y solia decir que en caso de realizarlo, solo seria con una persona que la pudiera mantener fuera de la escena. Pero sus deseos no llegaron á realizarse; y destinada á tener que ahogar sus nobles esperanzas y á dominar en silencio una pasion malograda, dió lugar á la melancolía invencible que la arrastró al retiro y al sepulcro.

Considerada Rita como actriz, no es menos sorprendente verla descollar en la escena por la sencillez y la naturalidad de la espresion, en tiempos que dominaba el mal gusto y la exageracion estravagante. Para ello, no solo tuvo que cambiar absolutamente la inclinacion del público, sino que tuvo que empezar por crearse á sí propia, apartándose de los modelos que delante tenia, y sin otros auxilios que una alma elevada, una imaginacion volcánica y un corazon lleno de la mas esquisita sensibilidad. Con estas dotes naturales y con su constante estudio y observacion, pudo llegar á hacerse dueña del auditorio, en términos que si hemos de creer á sus contemporáneos aun existentes, jamás ninguna actriz ha podido igualar despues. Las lágrimas de Rita, al decir de aquellos, eran lágrimas de fuego que hacian saltar involuntariamente las de cuantos la escuchaban; el acento del dolor no era en su boca una ficcion; era la espresion del alma agitada por el sentimiento: sus hermosos y negros ojos daban á su fisonomía una espresion irresistible: su aventajada estatura, su gracioso talle, sus finos modales, la nobleza de su persona, la hacian aparecer en la escena, segun la espresion de un célebre literato, *como una princesa rodeada de comediantes*. Todos los géneros la eran fáciles; para todos habia recibido de la naturaleza dotes especiales; y aunque no se ensayó en la tragedia clásica, porque entonces era poco conocida, y todavia no la habia puesto en moda el genio inmortal de *Isidoro Mayquez*, es indudable que brillando tanto en los dramas de sentimiento que á ella se acercan mucho, hubiera compartido los laureles de Melpómene, si una prevencion ó pique inesplicable no hubiera separado desde luego á ambos celebérrimos artistas. Tampoco corrió muy bien la Rita con el autor mas insigne de la época, el gran Moratin, tal vez porque este no halló á su gusto la representacion del papel de Doña Isabel en *El Viejo y la Niña*. Pero estas pequeñas debilidades comunes á todos los seres humanos, no influyen para que deje de ser considerada *Rita Luna* como una de las mas grandes celebridades de la España moderna.

R. DE M. R.

CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(Conclusion.)

Apenas cerró la puerta ese hombre infame, cuando las fuerzas que prestaba su indignacion á Regla, le faltaron, y cayendo anonadada sobre su sillon, se echó hácia atrás, tapándose la cara con ambas manos. Su ánimo se sumergió en la consideracion de su infortunio, como en un negro antro sin salida y sin vislumbre de luz.

Aunque Regla no tenia un amor de esos tercos que ningun mal comportamiento enfria, que ningun desvio aleja (amores que nos simpatizan poco, pues ni nos gusta el amor *ciego*, ni menos el que se obstina en imponerse á la indiferencia), y que si no amaba ya con ternura al hombre cruel, frio y vicioso que la habia abandonado, le conservaba apego, lo miraba como su marido, como padre de sus hijos, todo lo hubiera sacrificado por él, y tenia la hermosa esperanza de muchas mugeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez y los padecimientos les traerán á sus maridos, recibidos entonces como hijos pródigos. ¡Cuántos de estos casos se hallan!—Pero el mundo ni los ensalza, ni los ve siquiera; porque el mundo, que tiene ojos de lince para descubrir todo lo malo, es un miope cuando halla lo bueno. Su honra, su porvenir, el de sus hijos..... el golpe era tal, que su ser moral yacia en la completa paralizacion del viagero á cuyos pies ha caido un rayo.

—Madre! madre! repetia la niña, que se habia reclinado sobre sus rodillas.

Regla no respondia.

—Madre, ¿estás dormida?—¿No me quereis ya? dijo la niña con angustiada voz; y viendo que su madre permanecia inerte, se puso á llorar con encogido corazon.

Al oir el llanto de su hija, Regla sacudió su postracion, tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño, ahogada en sollozos.—Pobre mia! pobre mia! qué suerte te han hecho tus padres! esclamaba; tu madre te deshonra, tu padre te reniega!—Estraños pasareis en la sociedad, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser!—Huérfanos morales, sin nombre, sin raices, sin filiacion ni consanguinidad, sin mas amparo que el de vuestra pobre madre que nada os puede dar, nada, sino la sangre de su corazon!

Regla se hizo desde luego cargo de su situacion y de su completo desamparo. Sabia de atrás que Servando caminaba á su ruina, que despegado de ella y de sus hijos, enfermo, estragado, y embrutecido por los vicios, y por último, encarcelado, nada haria, ni nada podia hacer por ella.—En breve seria espulsada de la casa; en breve no tendria pan

para sus hijos: una sola persona conocia en aquella inmensa Babel, y esta persona se habia acercado á ella con el solo fin de abusar de su desgracia. Regla tenia aquella energía innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.—Acudiré, pensó, á su familia para que amparen á estos inocentes agenos de la infamia de su padre, y si me rechazan, alargaré para mantenerlos la mano á la caridad pública, allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohiba. Oh! España, mi madre, muera yo en tu suelo, y ampara mis hijos!—esclamó asiéndose su alma á su último refugio.—Cielo clemente de España, que cuando todo falta al desvalido que vistes nacer, le envias tu sonrisa como un consuelo que le dice: vive y espera!—España, pais benéfico á los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez!—en donde se halla el magnífico tipo del *pobre altivo*, no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque conoce las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tal cual estas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.»

«Mas merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da.) Cuando el pobre te pide limosna, considera á Jesus que te dice: *dame de lo que te di*.

España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios, mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres son fuegos fátuos, mudables, inconsistentes y sin calor.—Y asi, cuando los que las siguen conozcan su error y digan con golpes de pecho *erré*, di tú bendiciendo á Dios: me salvaste porque no abandoné tu luz.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante *groom* (especie de page caballista) esta esquela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas. Estais pues libre, pero aun mas desemparada que antes.—¿Rehusareis »todavia el amparo que os brinda un hombre que os ama?

Napoleon le Noir.»

Regla abrió la puerta, presentó la esquela al page, en seguida la lanzó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña que llevase esa respuesta á su amo. Pagó un sincero tributo de dolor á aquel que tan inícuamente la habia engañado, pero que habia sido su tierno amor y el padre de sus hijos, y pensó cuanto antes poner por obra la determinacion que habia tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenia por medio de la criada, acudiendo en seguida al cónsul español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y esperiencia, corrió él mismo con proporcionarle su pasage á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Lóndres á Cádiz.

El capitan era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegacion no dió cuenta de su persona.—Tomó el meridiano, mandó la maniobra, comió carne salada y papas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cuna y mecidas que le arrullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viage, quince dias en que las mas agudas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazon de aquella infeliz muger, con la misma constancia con la que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego. Al llegar á Cádiz, se destrozó aun mas dolorosamente su corazon, pues en Inglaterra solo dejaba recuerdos de sus desgracias, pero allí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolon, tomó su niño en brazos, la niña de la mano, y con el corazon palpitante se dirigió en casa de la madre de Servando; pero aquí le aguardaba una nueva decepcion; la madre de su marido habia muerto!—Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan *positivo*, que sin documentos ni papeles legalizados rehusó reconocer en ella la muger, y en los niños los hijos de su cuñado, que calificó de disipador, de mala cabeza, que habia hecho muy mal en tener *mozas*, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles reales que salia alcanzando en la cuenta de la testamentaría; que asi justicia distributiva era la que lo habia arrestado en Lóndres por deudas.

Regla salió aterrada.—Era cierto que la infeliz ni un documento, ni siquiera una carta tenia que presentar en comprobacion de lo que decia.

Estaba perdida! hundida en la mas espantosa miseria!

Si Servando hubiese muerto en su pais, con un padre á la cabecera que le ayudase á *bien morir*, ciertamente que en el lecho de la muerte se hubiese casado legalmente y legitimado asi á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque habia disipado todo su caudal, les habria ademas del nombre y del nacimiento proporcionado el amparo de su pudiente familia, y reconocido el derecho á herencias que en lo sucesivo pudieran haberle tocado.—Mas nada de eso habia sucedido, y Servando habia muerto solo, sin consuelo, sin guia, sin solemnidad, cara á cara con el horrendo esqueleto que tan bien simboliza la muerte.

Nos hemos valido de la frase vulgar *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para pintar en su verdadera luz los mas altos puntos de la fé católica, tenemos que acudir con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura europea, á las espresiones comunes y usuales del pueblo español, pues ningunas espresan la idea católica con mas concision, exactitud, profundidad, poesía y elevacion.

El cuñado de Servando vivia frente de la muralla; al salir de allí Regla sin saber qué hacer, ni atinar dónde ir, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto.—Regla andaba desatinada; su misma angustia le hacia no poder estar parada, y asi seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no habia probado aun bocado y le pedia pan: sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que la minaba, y era hija de la tisis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria y variable atmósfera inglesa; su pecho se partia de dolor físico y moral á un tiempo.—Cuánto habia decaido, cuánto envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! Cómo habia tronchado el huracan aquella bella y lozana planta que se ajaba y secaba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al parage de la muralla que cubre la bulliciosa puerta del mar, se paró exhausta; miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre, y en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustenta á un tiempo al que los compra y al que los cria, al que los trasporta y al que los vende.—Recapituló cuán magna y benéfica era la institucion del dinero, cuán universal su poder y su accion, pues une el hombre al hombre, los paises á los paises, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso, y recayendo en la contemplacion de su desgracia, recordando el autor de todos sus males, que sin ser un hombre malo, ni un consumado pervertido, habia llegado á ser un criminal, un desnaturalizado mónstruo, solo por esa indiferencia por el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones, esa carta blanca que se da á las pasiones llamándolas *instintos de la naturaleza*, que al darlos el criador, no puede hacer una ley de virtud el contrarestarlos ó vencerlos, en fin, todas esas perversas máximas modernas que nos van asemejando á los salvages, ¡ah! esclamó, qué de oro echastes á tu vanidad y á tus vicios, y tus hijos no tienen pan ni lo pueden ganar!

—Tengo hambre, madre, tengo hambre! repetia la niña llorando.

—Hija, si no tengo pan que darte! respondió la madre desesperada.

—Toma, pobrecita criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero, un pobre soldado, que privado de ambas piernas se rastreaba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan, la madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos al verse quedaron cual dos estátuas blancos, frios é inmóviles.

—Regla! esclamó al fin el soldado con asombro.

—Sebastian! oh infeliz!—gimió la pobre prorumpiendo en un acerbo llanto.

—Menos de compadecer soy que tú, repuso el soldado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras agenas!

Regla redobló sus sollozos.

—Y tu marido?—preguntó el mendigo.

—El padre de mis hijos murió.

—Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues qué te queda, desdichada?

—Nada,—respondió la infeliz, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

—Te quedo yo, Regla,—dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre lisiado, y poco puedo por tí; pero me queda voz para pedir limosna, y oidos cristianos para oirme.

—Pedir limosna! esclamó Regla sollozando.

—Y qué mal ni qué ignominia hay en eso para aquel á quien otro recurso no queda?—Alza tianquila la frente; que lo que Dios no prohibe no es deshonra.

Seis años ha que soy un miserable lisiado, y un peso para mí mismo y para el mundo, y seis años ha, Regla, que no me ha faltado un solo dia un pedazo de pan, ni me he acostado una sola noche con hambre y sin rogar á Dios por las almas caritativas que no se desdeñan de alargar una limosna al pobre.

Desde aquel dia prohijó el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas: les dió pan y hogar, su cariño y amparo. Pero Regla cami-

naba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los esmeros del pobre lisiado, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública. En uno de estos dias de tribulacion fue cuando acaeció la escena que hemos referido con la niña de la capota rosa, la que tuvo por resultado el conocimiento con su madre, la que tanto se interesó en la niña, que la puso á pupila en una amiga.—Entonces Sebastian con mas desahogo pudo del todo dedicarse al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todos sus esmeros y cuidados fueron vanos; el mal de Regla era mortal, como era inconsolable su dolor.—La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la madre que al morir rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, rechazados, espulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—Tus hijos son los mios, respondió Sebastian: descansa, que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios cuando á él comparezcamos todos.

—Sebastian, Sebastian! esclamó con débil voz la moribunda, ¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?

—¿Y yo qué he hecho, pobrecita mia?

—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra con no ponerle precio. Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte, para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú me hubieses hecho una muger feliz y honrada, y has sido, cuando todos me faltaron, mi solo amparo: tarde conozco cuán cierto fué lo que me digistes en aquel entonces, á lo que por mi mal no atendí: *con mal ó con bien, á los tuyos te ten*

A los pocos instantes aquella infeliz jóven era cadáver. Cuando la señora que habia amparado á la niña supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y despues de ser una linda y bien educada jóven, la casó con un dependiente de su casa, sugeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz y lo es él.

Sebastian puso todo el cariño de su corazon en el niño, lo educó con esmero, dedicándolo á la carrera de marino, lo embarcó temprano, y es en el dia un jóven y entendido piloto en uno de los hermosos barcos de la carrera de Manila; el capitan de su barco, que lo quiere mucho, pronostica al escelente marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios que se disputan el corazon del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien, puesto que si el vicio abandona á sus hijos, la caridad recoge á los desamparados.

FIN.



Nos hemos apoderado, sin conocimiento de sus autores, de las dos cartas que insertamos á continuacion, prescindiendo de su carácter puramente confidencial, porque estamos seguros de que ni el público ni los dos amigos que se preguntan y contestan, tienen motivo para quejarse de nuestra indiscrecion.

AL SR. D. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO,

CARTA FAMILIAR.

Quisisteis, primo, saber
qué tales mis versos son:
pues bien, llegó la ocasion,
mis versos vais á leer.
Pero antes, primo, os advierto
que no os hagais ilusiones,
en desiguales renglones
hablo con muy poco acierto.
Y es que á las musas no trato,
pues aunque amables y bellas,
no tienen (que al fin son ellas)
aficion al celibato.
Y á mí, que célibe soy,
sea por fuerza ó de grado,
nunca favor han prestado
por mas voces que las doy.
Apolo, corro tras él
por las cuestas del Parnaso,
y me dice á cada paso:
«ya está duro el alcacél».
Amor con la boca abierta
me esperó en mis verdes años;
ahora con ojos huraños
dice: hermano, á la otra puerta.
De modo que desauciado
en este rudo desierto,
medio ninguno no advierto
para sentirme inspirado.
Mas del fecundo Quevedo
llevo el ilustre apellido,
y ningun Quevedo ha habido
á quien faltase el denuedo.
¡Y á mí faltarme!... no á fé,
que no es tan grande el apuro:
no soy poeta, lo juro,
pero versos, los haré.
Serán malos..... es probable,
mas no temo presentarlos,
pues el juez que ha de juzgarlos
es Quevedo, y tan amable...
Así aunque no estoy muy ducho,
esa especie de charada
envio; no dice nada,
mas pudiera decir mucho.
Si casable mozalvete
á una niña la enviara,
tal vez que pensar hallara
en el adjunto juguete.
Para vos, primo querido,
esta es su interpretacion:
las sílabas verdad son,
lo demás todo fingido.

ACERTIJO.

Hace ya tiempo concebí una idea
que aun antes de nacer era gigante,
y aunque quise ahogarla en el instante
porque de todos ignorada sea,
se refugió en mi pecho;
allí en círculo estrecho,
aunque de mil máneras comprimida,
sigue creciendo con lozana vida.
Mil veces asomó á mi lábio ardiente
porque emitirla aspira mi deseo;
la contuvo el temor segun yo creo,
y á su morada se volvió impaciente;
allí en lucha afanosa
dia y noche me acosa
ella ansiando llegar á vuestro oido,
queriendo yo anularla en el olvido.
En vano fatigué mi fantasía
escitando en mi pecho otras pasiones;
pero eran pasageras ilusiones,
y mas vehemente siempre, renacia.
No te pronunciaré (dije arrestado),
sin mi palabra nunca tendrás vida,
y en el fondo del alma sumergida
nadie sabrá jamás que te he engendrado.
—Te equivocas, me dijo,
que otro camino elijo,

y á pesar de tu fiero y tus enojos,
lo que no haga la voz lo harán los ojos.
No veo que dificil cosa sea
adivinar tres sílabas, bastante
para que en el mirar y en el semblante
lo que quieres callar, cualquiera lea.
Y será adivinado
por otro, y pronunciado
contra tu valuntad y á tu despecho
lo que ocultar pretendes en tu pecho.
—¡Ah cuánta verdad es! ¡y cuántas vece
los ojos delatores me vendieron!
Mas si los vuestros penetrar pudieron
hasta el fondo del alma, justos jueces
se muestren é imparciales;
vean, que en casos tales,
cuando lo ha resistido el alvedrío,
lo que dice el mirar, es desvarío.
Luché contra mi idea denodado,
y aunque no logré nunca destruirla,
en eterno callar logré sumirla.
Las tres sílabas nunca he pronunciado.
¡Y cómo me atreviera,
cuando seguro fuera
que si las pronunciara en el momento
fuera atroz, insufrible mi tormento!
Martirio horrible si eran bien oidas,
pues no pudieran ser jamás logradas:
tortura atroz si fueran desechadas,
porque en el pecho abrieran mil heridas.
¡Y cuán duro me fuera
si la amistad perdiera!.....
¡Ah nunca... nunca!... Tal probar no quiero;
en silencio morir antes prefiero.
Y si leves los ojos me vendieran,
del corazon el fondo descubriendo,
la lucha y el dolor que está sufriendo,
antes que á enojo á compasion movieran.
Es mi idea de fuego
si se adivina, luego
tendrá que optar el alma generosa
entre la compasion..... ó entre otra cosa.

José de QUEVEDO.

Tu epístola recibí,
primo, con sumo placer,
y á un tiempo dolor, por ver
lo pronto que la leí.
En el segundo período
no tienes, á fé, razon,
que versas como un Maron
para ser igual en todo.
¡Eres tú quien á las musas
no tratas! no te huyen ellas;
mientra injusto te querellas,
culto y amor las rehusas.
Hembras son, y es tal su trato,
tal su tierno corazon,
que no huyeran de un leon
cuanto mas del celibato.
Que si por hembras y hermosas
suelen ser un tanto esquivas,
por hembras son compasivas
y amantes y generosas.
Que Apolo de tu deseo
se burle, poco me admira:
tendrá celos de tu lira,
que al fin es del sexo feo:
Y en este sexo maldito,
ó estoy muy equivocado,
ó crudo el cielo ha adunado
las miserias del Cocito.
Por la musa menos bella
puedes dar, primo, el Pegaso
á Apolo y todo el Parnaso,
y ganas (que al fin es ella).
—Tienes del grande Quevedo
mas que el ilustre apellido:
tu ingenio es esclarecido,
y hay en tu sangre denuedo.
En tus versos he notado
que hay algo de inesperiencia;
pero no hay arte ni ciencia
que no tenga noviciado.
Algun defecto noté
en su contexto esterior;
del fondo, hablo con candor,
los conceptos admiré.
En suma, y por conclusion,
te aseguro que prefiero
lo que escribiste primero,
en cuanto á la ejecucion.
Y como ya es algo tarde
y hay mucho que trabajar,
voy tu enigma á descifrar;
adios, primo, y que él te guarde.

INTERPRETACION.

El acertijo acerté
al punto que lo leí;
mas acaso me engañé,
que nunca acertado fuí...
—No, el engaño aquí no cabe:
la llama que en él alienta
no hay pecho que no la sienta
ni lengua que no la alabe.
Verdad las sílabas son,
suma verdad su sentido,
porque esplica el escondido
misterio de la creacion.
—Si mirando el alto cielo
por el sol iluminado,
ó el piélago ilimitado,
ó la verdura del suelo,
ó el correr del arroyuelo,
ú oyendo del ruiseñor
el cantar inspirador
en santo fuego me inflamo,
¿qué digo entonces?—*¡Te amo!*
¡Oh soberano criador!
—Si corro en pos de la gloria
por senda desconocida,
y, bravo, espongo la vida
por dejar una memoria;
si una página en la historia
escribo con noble ardor;
¿quién me inspira tal valor?
¿quién hace fuerte al menguado
y al tímido denodado?
¡el sumo esfuerzo de amor!
—Si sumido en la amargura,
el alma de llanto henchida,
anhelo el fin de una vida
de dolor y desventura:
¿quién trueca la noche oscura
en súbito resplandor?
¿qué bálsamo tal dolor
trocó tan breve en placer?
¡el alma de una mujer!
¡la suma voz del amor!

J. Heriberto GARCIA de QUEVEDO.

Antigüedades romanas.

Descripcion de una lápida ó hito hallado en Leon.

Al celo y generoso desprendimiento de uno de los vocales de la junta ó comision de monumentos históricos y artísticos de esta provincia se debe el que entre las preciosidades que encierra el Museo de esta ciudad se encuentre en la actualidad una lápida que por su cons-

truccion y antigüedad es digna de admirarse; esta lápida romana, que en otro tiempo perteneció al Illmo. Sr. D. Juan Ruiz de Cachapin, obispo que fué de Cuenca, y antes canónigo doctoral de la ciudad de Leon, es de un esquisito mármol, perfectamente construida, de una magnitud de 30 arrobas de peso, y muy bien conservada no obstante su antigüedad. El pararse á hacer una exacta relacion de la importancia de este monumento artístico seria nunca acabar: basta ver el informe de la comision central de monumentos históricos y artísticos, y él nos lo esplica y pone de una manera que la hace sumamente recomendable y de mucho mérito: Ella, no cabe duda, debió ser un hito destinado á marcar la division de las provincias de España en tiempo de la dominacion de los romanos, y así se deduce no solo de la inscripcion que tiene en la letra y forma que se demuestra sino de la figura y calidad de la piedra: esta se reduce á una pirámide cortada por la mitad de su altura con un plinto ó bocel debajo, una moldura sencilla encima y en su centro se halla la siguiente y ya citada

Inscripcion.

IVNONS. REGINÆ. PRO. SALVTE. AC. DIVTVRNITATE. M. AVRELII. ANTONINII. PII. FEL. AVG. ET. IVLIÆ. PIÆ. FEL. AVG. MATRIS. ANTONINI. AVG. CASTRORVM. S. AC. PATRIÆ. C. IVL. CERIALIS. COS. LEG. AVG. PR. PR. HN. C. ANTONIANÆ. POST. DIVISION. PROVINC. PRINCVS. AB. EO. M.

Fué descubierta en la ciudad de Leon hace ya bastantes años, y habiendo tenido diferentes dueños, el infatigable celo del dicho vocal de la comision, consiguió que se la cediera el último que la poseia, y trasladándola á este museo, la cedió á él gratuitamente sin permitir que se abonara ni aun los gastos de conduccion.

UN EPITAFIO.

Léese en el cementerio de Bristol un epitafio que puede ser citado como un modelo de sensibilidad noble y poética; es del poeta Guillermo Mason.

Mason, que nació en 1725 en el Yorkshire, se ha hecho célebre por sus poemas, dramas, elegías, y un gran número de sátiras políticas. Una de sus composiciones dramáticas, compuesta sobre el plan de las tragedias antiguas, ha tenido la rara fortuna de ser traducida al griego clásico por el reverendo Glaso, escelente helenista; pero ninguna de las poesías de Mason ha adquirido tanta popularidad como la composicion que hizo sobre la muerte de su esposa, á quien perdió en 1767 despues de dos años de matrimonio.

Hé aquí el epitafio que hizo grabar sobre su sepulcro: prescinde de las vulgaridades del estilo funerario, y tiene el mérito de transformar el elogio de la difunta en una enseñanza útil para los vivos.

«Guarda, ¡oh tierra sagrada! lo que mi corazon preferia; ¡guarda el mas precioso de los dones que me concediera el cielo y que tan corto tiempo he poseido!

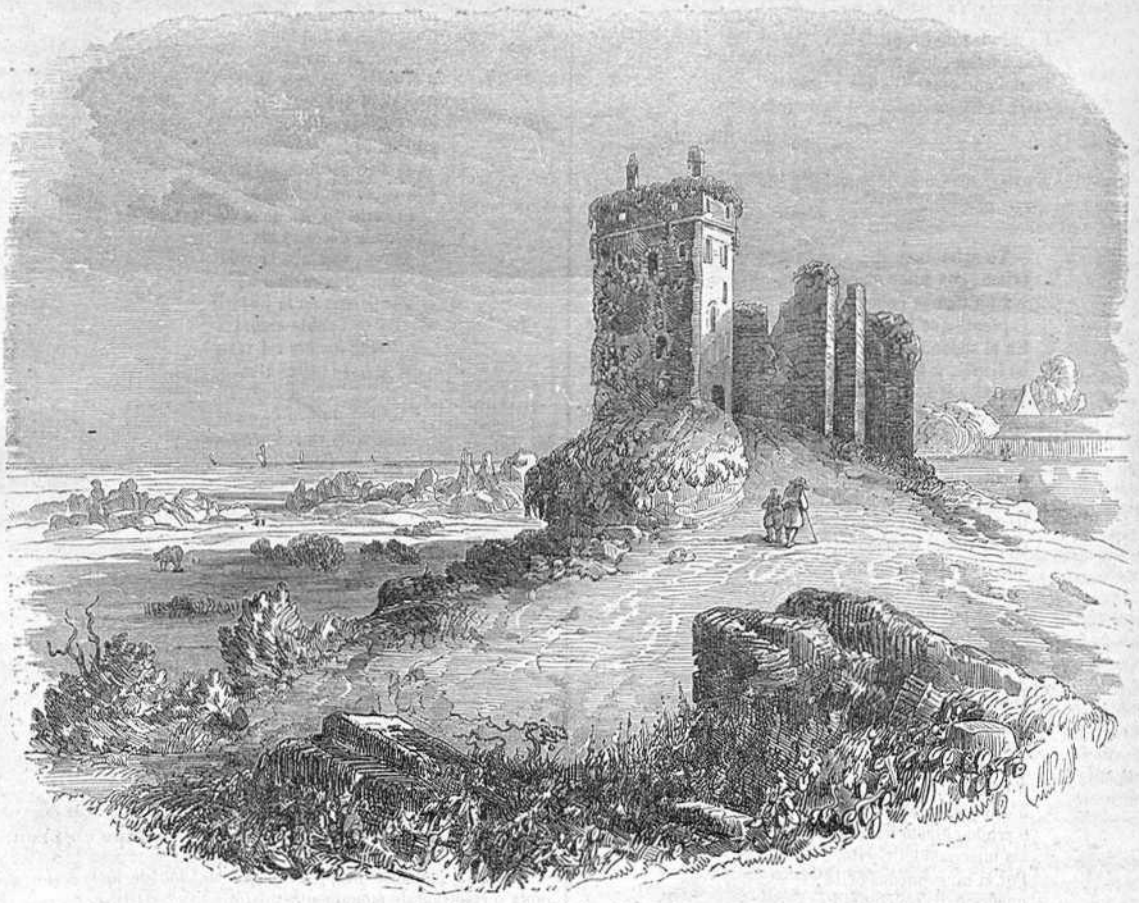
«Yo habia conducido con un cuidado curioso este cuerpo destrozado hasta las aguas de Bristol: *ella* se inclinó para gustar la onda, y murió.

«La belleza y la riqueza, ¿leerán alguna vez estas líneas? ¿Sentirán henchirse alguna vez su corazon por una emocion simpática? ¡Oh! háblales, difunta amada; has oir un acento divino.

«Aun desde el fondo de la tumba, sabrás cautivar los ánimos. De las que sean castas é inocentes como tú; dilas que marchen tan dulcemente en el círculo del deber; y, si son tan bellas, dilas que estén tan exentas de orgullo, que sean tan firmes en la amistad, tan fieles en el amor. Dilas que aunque es terrible cosa el morir (lo fué hasta para ti), una vez atravesado ese paso peligroso, el cielo nos abre sus grandes y eternales puertas, y permite á las almas puras que contemplen á su Dios.»

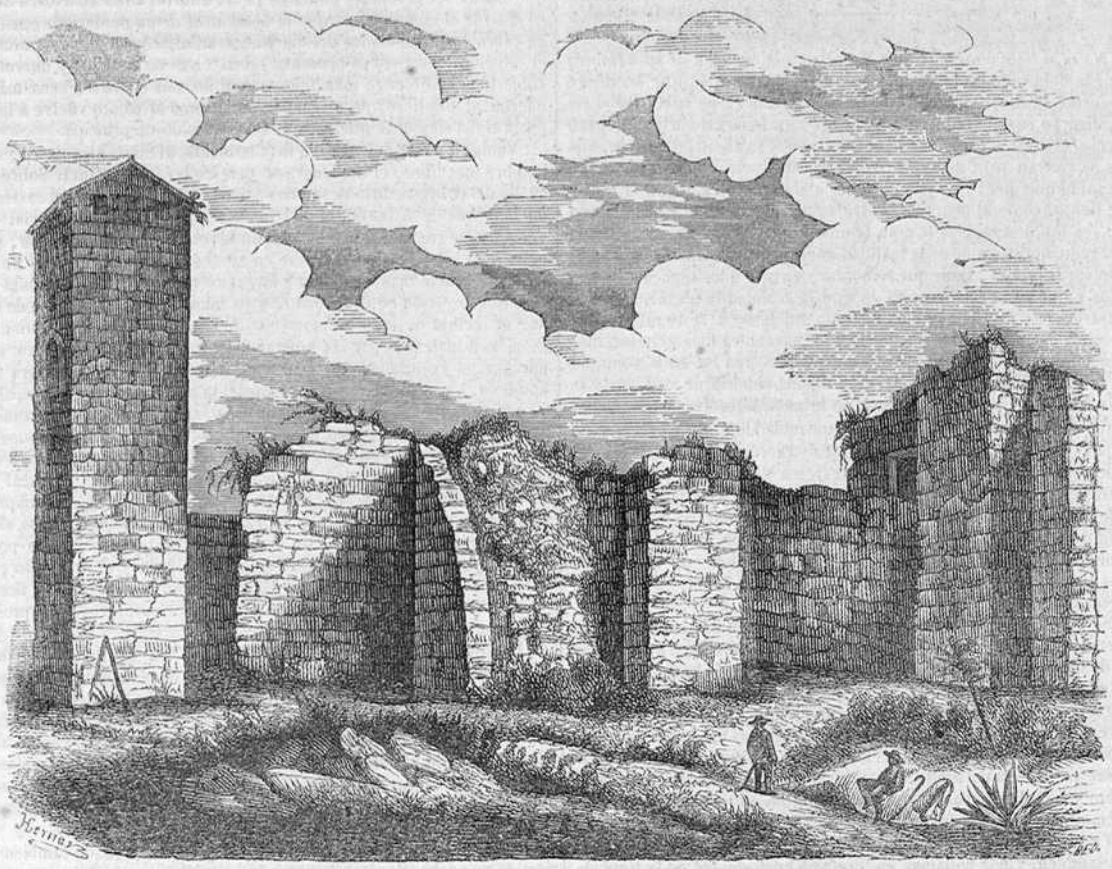
Filipo, rey de Macedonia, cayó un dia del caballo cuando se estaba ejercitando en la lucha, y mirando muy pensativo la forma de un cuerpo impreso en el polvo.

—¡Oh, Hércules, dijo á su escudero, cuán poca tierra basta para un hombre y en que poco pende su existencia; y sin embargo somos naturalmente tan codiciosos que deseamos ser dueños del mundo!



(Las ruinas de la Atalaya.)

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



El Castillo de Arjonilla.

Arjonilla, villa de la provincia de Jaen, está situada en una llanura circuida de colinas á cinco leguas de la capital. Es poblacion cuyo origen se remonta al tiempo de la dominacion de los árabes, en el cual fué aldea de Arjona, de donde le vino el nombre. Despues de su conquista por el santo rey D. Fernando III quedó en el mismo término y sujeta á la jurisdiccion de Arjona. El rey don Sancho IV hizo donacion de esta aldea á D. Gonzalo Perez su capellan y secretario, y arcediano de Ubeda, el cual en 11 de mayo de la era 1331 (año de 1293) la vendió á la villa de Arjona en 8000 mrs. de la moneda de la gracia, y doscientos cahices de cal, «salvo ende, dice la escritura, el mio forno que yo y he, et habia y ante que me el rey nuestro señor diese á Arjonilla, et salvo el derecho de las tercias y del almojarifarifazgo que yo tengo y en tierra de nuestro señor el rey.» En virtud de esta venta volvió Arjonilla á ser aldea de Arjona, y lo fué hasta fines del siglo XVI en que la separó de ella dándola jurisdiccion propia el rey don Felipe II por cierta cantidad de maravedises, en cuyo tiempo habia llegado esta poblacion á mucho auge y sus vecinos se habian enriquecido mucho.

Tiene esta poblacion 494 casas, algunas arruinadas; iglesia parroquial de gusto gótico dedicada á la Asuncion de Nuestra Señora, varias ermitas y establecimientos públicos. Su término es fértil y está distribuido en tierra de sembrar, y plantios de olivar y viña.

Esta villa es célebre por la desgraciada muerte que sufrió en su castillo el trovador Macias, escudero del maestre de Calatrava don Enrique de Villena, cuya historia es bien conocida. Habiéndose prendado de una hermosa doncella que servia á este, logró verse correspondido con igual fineza, pero procuraron ocultar su amor con el mayor secreto. Hallándose ausente Macías é ignorando el maestre los amores de su escudero y doncella, casó á esta con un principal hidalgo de la villa de Porcuna. A pesar de esta desgracia, Macías no se olvidaba de su amante, y aun se comunicaba con ella. Como el marido vimese á tener conocimiento de lo que pasaba, y no se atreviese á dar muerte á Macías por ser uno de los escuderos que mas estimaba el maestre, resolvió darle cuenta á este de la conducta de Macías. Llamóle el maestre, le reprendió grandemente y le mandó se dejase de aquel devaneo; pero el Macías, á quien la contrariedad aumentaba la pasion, no desistió de servir á su señora, por lo que el maestre no hallando otro remedio, lo mandó llevar preso á la fortaleza de Arjonilla, lugar de la órden de Calatrava. Allí Macías componia versos para aliviar su suerte que enviaba á su señora, los cuales llegaron á manos del marido, y no pudiendo sufrir mas la amorosa porfia del apasionado escudero, resolvió acabar de una vez con la causa de su celosa inquietud, y subiendo en su caballo armado de lanza y adarga fué á Arjonilla, y llegando á la prision donde Macías estaba, vióle desde una ventana de ella, y arrojándole la lanza le atravesó de parte á parte, y escapó á ponerse en salvo al reino de Granada.

El cuerpo del desgraciado Macías fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina, en el castillo, antigua parroquial de la poblacion donde fué llevado en hombros de los caballeros y escuderos mas conocidos de la comarca. Sobre la sepultura pusieron la sangrienta lanza, y quedó allí su lastimosa memoria en una letra que decia así:

Aquesta lanza sin falla
¡Ay coitado!
No me la dieron del muro,
Nin la prise yo en batalla;
¡Mal pecado!
Mas viniendo á tí seguro,
Amor falso y perjuro,
Me firió, é sin tardanza,
E fué tal la mi andanza
Sin ventura.

Esto escribe Gonzalo de Argote y de Molina; y Jimena en los anales de Jaen dice que en su sepultura se leia una letra que decia:

«Aquí yace Macías el enamorado.»

Lo que aun dura de la fortaleza está unido á una casa principal de la villa; pero se conserva la torre donde se sabe por tradicion estuvo preso Macías, y es la que representa el dibujo que va á la cabeza de este artículo.

L. M. R. C.

30 de Marzo de 1851.

CASTILLOS EN EL AIRE.

No sé si llore ó me ria: dice Marcela en la comedia de su nombre, al oir la doble andanada de lamentaciones y denuestos que la dirige *El místio D. Amadeo*, viendo desdeñado su amor: *no sé si llore ó me ria*, digo yo cuando reflexiono sobre el epígrafe de este artículo; y tan indeciso estoy á fé, que mientras mis lábios se abran, para reir, mis ojos se cierran para llorar; y realizo la sentencia ó máxima de no sé qué sabio que dice: *la risa y el llanto andan juntos*. Entre esta risa y este llanto, como si dijéramos entre aguas, me pregunto mas de una vez: ¿es tan desgraciada la gran familia humana que, no encontrando en el reducido palenque de la realidad goces positivos capaces de hacerle llevadera la vida, tiene que remontar su vuelo á los espacios imaginarios y que pedir á la fantasía lo que la realidad le niega? O, por el contrario, ¿es tan feliz que no necesita sujetarse á la regularidad y estrechez de los goces reales, porque los encuentra mas grandes, instantáneos y seductores en la imaginacion que crea, y en la voluntad que determina? La solucion de este dilema pondria de manifiesto la suma de la felicidad humana; pero no intentaré resolverlo por temor de que me suceda con esta hermosa humanidad lo que sucederia á un cirujano que viera morir á una muger estraordinariamente bella, y, seducido por los encantos de una tez fresca y nacarada, quisiera encontrarlos mayores haciendo una autópsia detenida de la que acababa de morir. Figúrese el curioso lector lo que encontraria el cirujano, y comprenderá que yo hago bien en no aproximar mi escalpelo á la señora humanidad. Conténtome, pues, con saber que forma castillos en el aire, y me preparo á recorrerlos con la intrepidez de un aereonauta.

Sé que existen muchos castillos; toda la humanidad los hace: pero me encuentro algo indeciso al querer emprender mi viaje, pues no se por donde empezar. Cualquiera mal intencionado ó burlon me dirá que comience por el principio; pero es el caso que no sé cual es el principio, y esta duda origina mi dificultad. ¿Es el principio el emperador ó el mendigo? ¿el mas encumbrado ó el mas abatido? ¿Se empieza á contar por abajo ó por arriba? Quien me responda á estas preguntas me sacará del atolladero. ¿Pero quién ha de responderme? Mi tintero y yo estamos solos, y mi pobre tintero no habla. Cuando nos ponemos á escribir, porque entre mi tintero y yo lo hacemos, él da la tinta y yo las ideas. Por fortuna su tinta es negra, mis ideas son negras tambien, y nos hallamos en perfecta conformidad. Si la tinta de mi tintero se tornara un dia de color de rosa, permaneciendo negras mis ideas, ó mis ideas fueran verde esmeralda, quedando negra la tinta de mi pobre tintero, ¡qué desacordes marcharíamos y qué abigarrado saldria cuanto escribiéramos los dos! Pero nada de esto tiene que ver con el objeto de mi artículo; y, ya que no encuentro quien me responda, tomo un partido, decidiéndome por el mendigo, mas próximo á mí que al emperador; pues la pobreza y la poesía nacieron hermanas gemelas, y hermanas gemelas morirán, y se presentarán juntitas el dia del juicio, y tendrán el mismo destino, yéndose á cantar á la gloria ó á chamuscarse á los infiernos, segun hubieran merecido por sus buenas ó malas obras.

Decidido, pues, á empezar como se empiezan los caminos, por lo mas próximo, me dirijo á las verjas del jardin Botánico, y reclinado contra un árbol, porque temo sentarme á causa de unos vivientes pequeñitos que otros vivientes suelen dejar sobre los asientos de piedra, procuro leer el pensamiento de un hombre de sesenta años, cubierto de andrajos, de cenicienta barba, cenicientos cabellos, ojos hundidos, frente arrugada y cuerpo encorvado; este hombre es un miserable mendigo. Bajo su capa remendada pasan de una mano á otra las limosnas que ha recogido en todo el dia, y mece, despues de haber contado hasta el último ochavo, la cabeza con clara espresion de disgusto. Sin embargo, esta triste espresion va desapareciendo poco á poco, y se anima la fisonomía del mendigo con el fuego de la esperanza. «He recogido, murmura á media voz, porque el mendigo piensa hablando, seis cuartos de limonosna, y con seis cuartos no tengo para nada. Si compro con ellos una libra de pan y una poca fruta ó un trago de vino ó aguardiente, tendré que dormir esta noche al raso, y las madrugadas de enero son tan frias que puedo helarme como un pájaro. Tristísima suerte es la mia, ó no comer ó no dormir bajo techado. Pero todavia no es muy tarde, y bien puedo recoger cuatro cuartos para la cama, destinando los seis que poseo á mi comida. Mas con seis cuartos se come tan mal.... no se come nada caliente. ¿Pero quién me ha dicho que no llegaré á reunir doce cuartos y medio; cuatro para la cama y ocho y medio para un puchero de á real? De seguro reuno los doce cuartos y medio; y con ellos comeré y dormiré como un príncipe. ¿Por qué no he de reunir diez y seis cuartos para destinar tres y medio á calentarme con un traguillo de aguardiente? Es claro que quedo reunirlos; y tambien puedo reunir diez y ocho y comprar dos cuartos de tabaco; y tambien puede pasar un caballero de esos que dan media peseta, y entonces podré ahorrar cinco cuartos.» Aquí se detiene el mendigo, porque el bello ideal de un pordiosero consiste en cubrir las necesidades del dia y ahorrar algo para el siguiente. Si el caballero generoso se presenta, cena bien el mendigo y duerme á cubierto; si no recoge mas limosna que los seis cuartos, cena mal y duerme al aire libre; pero si no se hiela como el pájaro vuelve á imaginar al dia siguiente que pasará la noche como un príncipe.

Vamos á pasar del castillo mas reducido al mas gigantesco; del hombre mas libre, el mendigo, al mas esclavo, el recluta. Sobre el cuello del pobre recluta pesan dos yugos que apenas podrian sostener los hombros de Atlante, el de la ordenanza y el de la ignorancia. Se vé sujeto de repente á una legislacion severa que no comprende, y á unos ejercicios que tarda mucho en aprender; y sin embargo nadie forma una série mas completa y larga de castillos. Vé el recluta al cabo que lo recibe en el depósito, y se enamora de sus galones de lana: el recluta no duda un momento que será cabo al dia siguiente. Empieza á instruirse, y las ginetas del sargento instructor fijan sus miradas; el recluta cuenta con tener al mes dos ginetas sobre los hombros. La primera vez que se presenta al capitan de su compañía vé con asombro las dos brillantes charreteras; el recluta se promete para dentro de un año ser un apuesto capitan. Se acerca despues al comandante y al coronel; el recluta se ofrece á sí mismo estos empleos, haciéndolos cuestion de tiempo. El brigadier, el mariscal de campo, el teniente general y el capitan general de ejército se van presentando á los ojos del recluta sucesivamente; y aunque no ha sido cabo en un dia, sargento en un mes, ni capitan en un año, se pone fajas y entorchados, el sombrero de pluma blanca y el baston de general en gefe. El recluta que así ha soñado muere ó recibe su licencia de soldado raso nada mas; pero si se engancha nuevamente, prosisigue con los mismos sueños.

Hemos presentado dos tipos de la mitad fea del linage humano; justo será dedicarse un poco á la hermosura. No vamos á buscarla por lo pronto entre el humo de pebeteros cincelados, sobre alfombras turcas, ni rodeada de espejos y cortinas de seda: la queremos ver entre el humo, tambien oloroso, de los asados y de los fritos; sobre una alfombra de plumas de pollos y perdices, y rodeada de cacerolas y pucheros. La escena es en una cocina: los personages la cocinera y una doncella de labor.

Cocinera.—¿Has peinado á la señorita?

Doncella.—Hace mas de una hora: y la he probado tambien el vestido que debe llevar el domingo al baile de la condesa de...

Cocinera.—¿Y qué te parece? ¿es bonito?

Doncella.—Precioso.

Cocinera.—¿Será tan bonito como el mio de percal celeste?

Doncella.—Ya lo creo.

Cocinera.—Tambien pienso estrenarlo el domingo para ir al jardinillo.

Doncella.—¿Piensas ir al baile?

Cocinera.—Sin falta. ¿No reparaste el domingo pasado en aquel muchacho guapeton que me sacó á bailar tres veces?

Doncella.—¿Aquel de la gorrilla azul y el pantalon verdoso?

Cocinera.—El mismo. Quedamos citados para el domingo próximo.

Doncella.—Lo mismo me sucedió á mí con aquel del gaban azul.

Cocinera.—Nos vamos á divertir muchísimo.

Doncella.—Y nos iremos muy temprano.

Cocinera.—A las tres en punto.

Llega el domingo, llueve y truena: la cocinera y la doncella no pueden ir al jardinillo; pero aplazan su diversion para ocho dias despues, sin acordarse de que llueve mucho los inviernos.

Y en tanto que la cocinera vizcaina y la doncella segoviana dialogan, la delicada señorita á quien peina, viste y perfuma la doncella y la cocinera alimenta, reclinada negligentemente en un silloncito de tocador hiere con su pequeño pie una alfombra de Barcelona, y en un monólogo, que nunca baja desde el pensamiento á los lábios, dice: Ayer tarde vi en la Castellana á la jóven duquesa de... siempre alegre, siempre elegante, siempre obsequiada. Era su tren de los mejores del paseo, y al verla recordé que su vida era una fuente deslizándose sobre césped y gayas flores. Palco en los mejores coliseos, amigos á comer, saraos... Era bastante rica, y luego casó con el duque... Yo no soy tan rica como ella; pero soy mucho mas hermosa. El duque de... me lo repitió muchas veces en el último baile del marqués de... y el duque de... es sumamente rico. Estuvo tan fino, tan amable; pasó á mi lado la mayor parte de la noche, y no puso muy buena cara cuando me sacó á bailar el conde de... Si yo fuese duquesa de... viviria su palacio, que es magnífico; amueblaria mis habitaciones á lo Adriana de Cardoville; tendria seis doncellas, muchos lacayos, un palco en cada coliseo, una berlina, una carretela y un landó... una americana tambien, para mi uso particular: ocho caballos de tiro magníficos, dos de silla... Tendria gentes á comer todos los dias,

daria bailes y algunos conciertos... En una palabra, superaria en todo á la duquesa de... porque seria mas rica, y como indudablemente soy mas hermosa, tendria muchos mas admiradores. Y, bien mirado, está en mi mano el realizar tan hermosos sueños; mañana noche veré al duque en casa de la condesa de.. me hará la córte, como de costumbre: á poco que yo le estimule, me declarará francamente su amor; pedirá mi mano, se la concederán al momento, nos casaremos, y quizás antes de dos meses daré magníficos saraos. Y aunque el duque pasó toda la noche al lado de la condesita de... la linda jóven renovó su castillo, preparándose para otro baile.

El codo sobre su bufete, la frente sobre la mano izquierda, en la derecha una pluma de ave recien cortada, y una cuartilla de papel sobre una cartera de periódicos, está un hombre jóven, que quiere escribir y no escribe, que no quiere soñar y sueña. Este hombre es *un obrero del pensamiento*, como se han apodado algunos escritores franceses, queriendo adular al socialismo para entronizar la monarquía. «Siglo á un tiempo de oro y de escoria es el en que vivimos, dice, tirando líneas con la pluma sobre su cartera de papel: siglo de oro, porque la riqueza es el ídolo de una sociedad sin fé ni esperanza; siglo de escoria, porque la virtud y el honor son dos mitos, que nuestra generacion coloca en el número de las fábulas. En un siglo de adelantos materiales, los goces se han materializado tambien; y como la materia se compra, para gozar es necesario tener una parte del ídolo. Soy hombre de letras: las letras suelen dar mas gloria que oro; pero la gloria puede contarse como una de tantas mercancías y puede reducirse á oro. El mundo confiesa que poseo una de las grandes palancas capaces de conmover en sus cimientos las sociedades; esta palanca es el talento. Busque el punto de apoyo que pedia Arquimedes, y haré rodar el mundo á mi antojo. Un filósofo ha dicho que llegará el tiempo en que una idea haga retroceder á una bala de cañon: quizá yo tengo en mi cerebro esta idea. Mirabeau era indudablemente un gran poeta, y dió impulso á una revolucion político-social, que ya avanza y ya retrocede, pero que no se para nunca. Napoleon era otro gran poeta, y oponiendo las ideas á las balas y las balas á las ideas, calculó matemáticamente el adelanto y el retroceso y estableció un equilibrio á su manera; manejando con la mano derecha la espada de César y Alejandro, y con la izquierda la pluma de Solon y Licurgo. Yo tengo la cabeza ardiente y el corazon frio de Mirabeau: yo tengo la cabeza fria y el corazon ardiente de Napoleon Bonaparte. Yo puedo ser el récio ariete que destruya y la piedra angular que sirva de clave al edificio. Puedo ser Mirabeau y Bonaparte: todo lo grande y lo mediano que cabe entre estos dos hombres. Yo quiero ser todo lo que puedo; luego debo ser lo que quiero.» Y el pobre poeta deja de hacer rayas sobre su cartera, para pintar letras sobre la cuartilla de papel que tiene delante; porque la esperan los cajistas, y él espera el escaso premio que conceden á su trabajo. Y como el premio es muy escaso, no posee nunca una parte del ídolo llamado *riqueza*: y como no dispone del ídolo no puede pagar los goces materiales: y como el siglo solo tiene goces materiales, no goza, pero continua siendo poeta, y entre cuartilla y cuartilla de original tira líneas sobre su cartera y hace CASTILLOS EN EL AIRE.

Desde el modesto gabinete del *obrero del pensamiento* podemos trasladarnos al sibarítico tocador de una aristócrata opulenta. No es necesario que admiremos sus tapices, cuadros, alfombras, divanes, espejos, porcelanas: solo debe llamar nuestra atencion una muger de treinta y cinco años, que emplea en su tocador las mas delicadas esencias y las pomadas mas suaves. Cubierta de tales afeites representa diez años menos; y cree, sin átomo de duda, que no ha de menguar un solo punto su juventud y su belleza. Y aunque pasan dias, y cada dia añade un cabello blanco á sus trenzas; aunque pasan años, y cada año forma un pliegueecito en su faz; aunque pasan lustros y vé que la abandonan sus amantes, sin que se presenten otros nuevos, cada dia que se vé cubierta de sus aromáticas pomadas, se cree mas jóven y mas bella, con una hermosura creciente, con una eterna juventud.

Está el banquero en su despacho, el ministro de hacienda en el suyo; ambos á dos hombres de números, dedicados á las ciencias exactas, y por lo tanto parecia justo que los dos formaran sus cálculos con la mayor exactitud. Trata el banquero de aumentar sus particulares intereses, ó lo que es lo mismo, de arrancar un pedazo de piel al *ídolo*: trata el ministro de defender los intereses del estado. Los dos han pasado tres horas haciendo números y cifras: los dos tiran la pluma al mismo tiempo: los dos esclaman con el mismo júbilo: «El negocio da tres millones de ventaja.» El banquero se viste apresuradamente, y media hora despues se presenta en el despacho del ministro. Reunidos los dos aritméticos, discuten hora y media las condiciones del contrato, y por una rara coincidencia, despues de mucho discutir convienen en las mismas bases que habian fijado cada uno en sus respectivos despachos. El señor ministro y el señor banquero se separan muy satisfechos, dirigiéndose mútuamente una sonrisita que quiere decir. «Te has equivocado.» ¿Cuál de los dos habrá edificado su CASTILLO EN EL AIRE?

Seria demasiado exigir al candidato para diputado que no duplicara sus votos y redujera á la mitad de su temible antagonista. Pensarla en lo escusado quien pidiera á una actriz que no pensara en causar entusiasmo con una obra, y que si el público no aplaudiera dejára de echar toda la culpa al pobre autor. ¿Qué diplomático no se cree un millon de veces mas sutil que aquellos con quienes discute, aunque lo hayan engañado un millon doscientas cincuenta mil veces? ¿Qué costurerilla elevada á la condicion de señora no está enteramente persuadida de que llamará la atencion por sus maneras elegantes? ¿Qué hombre de oscuro nacimiento no se figura que hará olvidar pronto su orígen poniéndose un mote de conde? ¿Qué muger liviana no cree que ocultará sus liviandades si se cobija con el manto de una refinada hipocresía? ¿Qué hombre de esos que se tasan muy alto y que no encuentran comprador, no cree que, achicando la de los demas, aumenta su propia estatura? ¿Qué banquero, próximo á quebrar, no está persuadido de que aumentando su boato aleja el momento de su caida? ¿Qué hombre de mérito dudoso no se forja un enemigo oculto, á quien se propone vencer para remontarse hasta las nubes? ¿Qué bailarina no está segura de poner su triunfante pie sobre el cuello de su rival? ¿Qué fea no espera mejorar su rostro engordando ó enflaqueciendo? ¿Qué solterona no ve un amante en cada hombre que la mira? ¿Qué general no da por ganada la batalla que piensa mandar al dia siguiente? ¿Qué tonto no hace el doble castillo de concederse talento y de quitárselo á los que realmente lo tienen? ¿Qué amante no cree engañar á su amada y vice-versa? En una palabra, ¿qué hombre ó muger no forma CASTILLOS EN EL AIRE desde el emperador al mendigo?

Hemos hablado largamente del mendigo y de otros mucho mas altos en la estensa escala social; para terminar nuestro proyecto deberiamos ocuparnos ahora del emperador ó emperatriz; pero casi nos detenemos, porque á esta suprema gerarquía apenas osan remontarse los castillos de todos los demas humanos. Y, sin embargo, quizás nadie está mas dispuesto á formar castillos en el aire que esta eminencia de las sociedades humanas á quien llamamos emperador. Casi podria apostarse mil contra uno que Cárlos V, de gloriosa memoria, edificó mas de una vez junto al inmenso alcázar de la monarquía universal el castillo del caballero andante, como Roldan, Amadis ó Bayaldo, ó el del trovador como Ausías Mas ó el tierno Macías. En las máscaras, ancho palenque abierto á las mas bizarras fantasías, se habrá creido mas de una reina, simple aldeana de la Escocia, la Calabria ó el Tiról, y quizás hubiera dado entonces mas de la mitad de su corona por ver realizada su quimera.

Mientras en el alma del hombre nazcan, crezcan y se desarrollen los deseos, punzante aguijon de la esperanza, y la esperanza, poderoso estímulo de los deseos, no dejará de edificar hermosos CASTILLOS EN EL AIRE: porque los castillos en el aire son los mónstruos de las realidades históricas, si se nos permite esta manera de espresar nuestro pensamiento; como las sirenas son los mónstruos de los animales marinos, y el Pegaso el de los caballos.

¡Animo, humanidad! para edificar un palacio de ladrillo y piedra como el de la plaza de Oriente se necesitan muchos años y algunos millones de duros; para edificar un palacio en el aire tan bello como el de las hadas bastan diez minutos y una buena imaginacion. Sueñen las mugeres con el amor; los poetas con amor y gloria; los políticos con la ambicion, y los avaros con el oro; que de oro, ambicion, amor y gloria, edificará un soberbio castillo en el aire

JUAN DE ARIZA.

DON ALONSO III DE FONSECA.

El siglo XVI fué para España la época de los sábios y de los héroes. La península era la monarquía de ambos mundos. Las conquistas estendian la civilizacion española, y el magisterio de las aulas robustecia la unidad del Estado y de la Iglesia. En esta época, una ciudad del interior dió á la nacion una de esas inteligencias privilegiadas que comprenden el espíritu de su siglo y dirigen sus esfuerzos á realizar una transicion política ó religiosa.

En 1474 nació en Santiago (Galicia), patria del jurisconsulto Bernardo y del arzobispo Gelmirez, D. Alonso III de Fonseca, hijo de doña María de Ulloa, señora ilustre, que pertenecia á la distinguida casa de los condes de Monterey. La historia apenas hizo mencion de este prelado respetable: empero la enseñanza pública le debe inmensos beneficios. Hasta mediados del siglo actual se ha recordado su memoria como el espediente de competencia entre la Universidad y el Colegio ma-

yor de Santiago: en la actualidad la exacta apreciacion de los hechos y el exámen elevado de sus fundaciones reclaman para D. Alonso III de Fonseca un lugar privilegiado entre los españoles célebres del siglo XVI.

Su primera biografía fué publicada en nuestros dias (1): mas que una biografía, es una reseña necrológica escrita con laboriosidad erudita. Tiene sin embargo el mérito de la novedad y el interés de una escitacion á los hombres de letras. Nosotros hemos llevado á cabo el exámen científico y literario de este ilustre sacerdote (2), y al recibir el pláceme de las personas inteligentes, reconocemos que ya era popular entre los eruditos de España el nombre de D. Alonso III de Fonseca. Empero hemos apreciado únicamente las dotes científicas y literarias del arzobispo de Santiago y Toledo, y debemos completar su biografía en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO.

Antes de la enumeracion, hasta ahora inédita, de las fundaciones y obras pias de Fonseca, copiaremos á continuacion algunos párrafos del mencionado exámen que abrazan los períodos mas importantes de su vida pública.—«D. Alonso III de Fonseca, no solo es el *padre de los pobres*—hemos escrito en las MONOGRAFIAS DE SANTIAGO (3)—segun la ingénua confesion de sus contemporáneos, sino tambien el padre de los estudiosos, el padre de los sábios. Como personage político, hace valer en las Córtes habidas en el convento de San Francisco de Santia-



(El cura de Fruime.) (4)

go en 1520 la significacion política de su patria, y como antiguo discípulo de la escuela de Salamanca, como distinguido humanista,— lo cual equivalia á ser en el siglo XVI hábil teólogo y eminente sacerdote—combate desde la retirada cámara del palacio arzobispal de Toledo al acólito de la catedral de Rotterdam, al precursor de Martin Lutero, á Desiderio Erasmo. D. Alonso III de Fonseca se familiariza con los eruditos, escribe en latin, felicita en romance, se relaciona con los literatos, socorre las públicas necesidades, sostiene controversias canónicas con el primado de Toledo desde su silla metropolitana de Compostela, lleva la instruccion pública hasta los confines de Galicia, á la villa de Monterey, señorío de sus elevados progenitores, y elige por secretario suyo á un discípulo sobresaliente de Luis Vives (5): es á la vez el hombre del Estado y de la Iglesia, el sacerdote ejemplar y el personero del pueblo, el hablista correcto y el orador profundo. Santifica en Sevilla la union matrimonial entre los augustos representantes de España y Portugal, y bautiza á Felipe II en Valladolid.

D. Alonso III de Fonseca se matricula en la universidad de Salamanca, centro intelectual de la juventud española. En 1489 acepta el título de colacion de la cuarta parte de la sincura de San Jorge de la Coruña, y es nombrado despues arcediano de Cornado por el cabildo de Santiago. En 1506 ocupa la silla metropolitana de su patria. Desde esta época el hombre político y el hombre científico se reasumen en el hombre de la Iglesia. Recuerda á Jimenez de Cisneros, y la memoria del cardenal-regente será siempre una alta leccion para los hombres de esclarecido talento. En 1520 y 1521, como primer consejero de Estado nombrado por el emperador Cárlos V, recorre algunas provincias de España para aplacar la rebelion nacional invocada en Castilla por las Comunidades, y en Valencia por la Germanía. En 1521 funda el colegio de Santiago en Salamanca: en 1521 funda el colegio de Santiago Alfeo en su patria. Desde entonces se enseñan las facultades mayores en la antigua Compostela. La universidad de Santiago es el estudio general de Galicia. En 1524 ya habia sido elevado á la primera dignidad de la Iglesia española, ocupando la silla primada de Toledo. A los cincuenta años habia completado su honrosa carrera de humanista, político y sacerdote. A esta edad las vulgaridades apenas llegan á la primera gerarquía.

A pesar de las graves atenciones de la vida política y eclesiástica de Fonseca, no se aleja del ameno y delicado trato de las bellas letras. Los estudios filosóficos y literarios embelesan sus horas de reposo; ya escribe cartas familiares en romance como la dirigida desde Salamanca al doctor Villalobos, ya escribe epístolas en latin ciceroniano como las enviadas desde Madrid al célebre Desiderio Erasmo.

Con la sustitucion de los colegios de Santiago Alfeo y San Gerónimo, generaliza los estudios en Galicia, proporcionando á la juventud ilustrada y menesterosa franca entrada para las dignidades de la Iglesia y del Estado. El distinguido catálogo de los hijos célebres del colegio mayor llamado vulgarmente *de Fonseca*, empieza en los albaceas del arzobispo de Santiago y Toledo. A la par de los colegios, alcanza privilegios é inmunidades para su patria: despues de la vida intelectual cuida de la vida política de Santiago. No emplea sus tesoros en la magnificencia fastuosa que servia entonces de brocado para el atahud. Los menesterosos reciben de su mano con frecuencia la dádiva evangélica. No malgasta su significacion política en las complicaciones palaciegas que acercaban los altos dignatarios al solio ó al destierro.— Las ciudades de Santiago y Salamanca se libran de los tributos impuestos por el rey, adquiriendo Fonseca las rentas suficientes para su indemnizacion. Los naturales de su patria están tambien exentos de cualquiera pena ignominiosa.

En la iglesia de la Guardia (Galicia), costea el retablo donde se representaba la vida del santo inocente que habia dado nombre á la poblacion; en la de Toledo consigna cuatrocientos mil maravedises de renta para las dotes de doncellas huérfanas; en la capilla de la Descension de Nuestra Señora de la misma iglesia funda una capellanía con misa diaria servida por dos capellanas: en la construccion de la torre y mejoramiento de la fortaleza de San Torcaz gasta cuarenta mil ducados, y en Santiago renueva el claustro de su catedral, como lo atestiguan los escudos de sus armas que se reconocen en uno de sus lienzos (1). En la fábrica de los colegios de Salamanca y Santiago emplea la suma considerable de doscientos mil ducados.

Don Alonso III de Fonseca falleció en Alcalá de Henares el miércoles 4 de febrero de 1534. Su testamento fué otorgado en 1531, y su codicilo en 1534, á los sesenta años de edad. Sus cenizas se depositaron en la capilla mayor del colegio de Salamanca.

Diez años despues de su muerte se concluyó la fábrica del colegio mayor de Santiago, bajo el cuidado y diligencia de los testamentarios de Fonseca.

Las ciudades de Salamanca y Santiago solemnizaban su memoria con un aniversario, al cual asistia el cabildo, la municipalidad, los gremios y la clerecía, celebrado en cada una de las capillas pertenecientes á los colegios mayores que llevaban su nombre. En nuestros dias desapareció este respetuoso homenage de la posteridad. Se han suprimido los colegios, cayeron en desuso los aniversarios.

Ahora se encargará la historia de justificar el merecido renombre de Fonseca.

En la cronología de los españoles célebres del siglo XVI se debe colocar el nombre de D. Alonso III de Fonseca despues del cardenal Jimenez de Cisneros.

Nosotros hemos procurado rehabilitar su memoria por medio de una apreciacion imparcial de la influencia que ha ejercido en la civilizacion española.

A falta de una estátua, de una lápida, del nombre de una calle que duraria algunos siglos, el escritor ha publicado un libro, un capítulo, una *monografía* que durará algunos años.

Santiago 8 de marzo 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

(1) El Sr. Neira y Rioboo, padre del autor de este artículo, ha publicado en el suplemento del Diccionario histórico (Barcelona 1850) entre otras biografías de gallegos célebres, la del Sr. Fonseca, escrita con el buen gusto y sana crítica de un laborioso hombre de letras.

(2) Véase el artículo 1.º de las MONOGRAFIAS DE SANTIAGO que continuamos publicando en esta ciudad.

(3) Pág. 15 y sig.

(4) En el núm. 8 de este año hemos dado el retrato de Don Alonso de Fonseca; en esta página presentamos el del cura de Fruime, cuyo dibujo no llegó oportunamente á nuestras manos.

(5) El célebre humanista Juan de Vergara.

(1) Estos datos constan en la historia cronológica de los colegiales de Fonseca cuyo manuscrito existe en poder del autor de estas líneas.

RELACION

entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.

«Con dos flores de un jardin, seis cuadros de pintura y algunos »libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, ven»cedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la »misma confusion, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, »no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por don»de mas no puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de »la calumnia y las trampas de la envidia.»

Así describia su carácter el ingenioso poeta español Lope de Vega en la dedicatoria que hizo de su comedia *El Alcalde Mayor* á cierto amigo, residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con tal manera de pensar es claro que sus versos nacieron en la sencillez y tranquilidad de ánimo, en la práctica de las virtudes, en el desprecio de las riquezas, y en la admiracion de la hermosura.

Lope de Vega manifestaba sinceramente sus sentimientos. Por eso, mientras mas bellos son los objetos que describe, los pinta con mayores encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del mayo, y las mansas corrientes de los rios y de los arroyos, se hallan retratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con fluidos y suavísimos versos, y con palabras y frases mas suaves todavia.

En el vario discurso de su larga vida, así seglar como sacerdote, Lope de Vega se dejó regir constantemente por el amor con que acataba la justicia, la razon, la virtud y la hermosura. Ni la ira podia cegarle el entendimiento hasta el punto de vengar por medio de las armas las pretensas injurias, ni la codicia desviarle de la honestidad de sus costumbres.

Salustio se quejaba de la corrupcion de Roma, y de la venalidad y ambicion de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo que salir del senado por sus vicios y por su insaciable sed del oro, por bajos medios solicitado y adquirido. Lope de Vega celebraba la escelencia de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el reposo y en la contemplacion de la naturaleza, y ejercitaba en su vivir lo mismo que tan deliciosamente describia en sus obras poéticas.

El Salustio, senador romano, era muy distinto del autor de las admirables historias de la *Conjuracion de Catilina* y de la *Guerra de Yugurta*. El Lope de Vega, sacerdote español, no se diferenciaba del poeta que tan bien solia encomendar en sus escritos la sencillez de vida y el ejercicio de las virtudes.

Cuando seglar, compuso una comedia intitulada *El asalto de Maestricht* para celebrar la victoria que recientemente habian adquirido las armas españolas en los Paises-Bajos, donde corrian entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nacion iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acertó, ó mas bien tuvo el poco acierto de poner Lope de Vega entre las personas que representaban en su comedia un alferez de los que mas se habian distinguido en la *presa* (como en aquel tiempo se decia sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de recitar el papel era de ruin persona. Terminada la representacion de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo muy descolorido y enojado llamó aparte al bueno de Lope, y le dijo que *habia sido muy mal término dar el papel del alférez* (que era hermano suyo) *á un comediante tan villano de talle y de tanta cobardía en las maneras, cuando su pariente tenia buena presencia y gentil espíritu, segun lo mostraban sus proezas.* Lope al oir querella tan estraña, se escusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus escusas; y asi le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. Lope, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor talle, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos (1).

Esta suavidad del carácter de Lope de Vega, en la edad viril y en un tiempo en que la educacion y las costumbres exaltaban los brios, permaneció igual aun en los dias de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama, pudieran haber agriado su condicion y encendido su orgullo.

«Un hombre iracundo y mal advertido desafió á Lope, hallándole en »estado que ya los hábitos eclesiásticos le escusaban la respuesta. »Instó el que desafiaba, y empuñando la espada, enojado mas con su »silencio, le dijo: *Ea, salgamos fuera.—Vamos* (dijo Lope, poniéndose »con mucho espacio el manteo), *vamos, yo al altar á decir misa y »vuesa merced á ayudarme a ella.*»

Esto refiere Fr. Francisco de Peralta en un sermon, predicado en las exequias de Lope (*Madrid* 1635), obra bastante rara.

Lope de Vega era ademas un hombre modelo de modestia. Ni los aplausos lo engreian, ni la estimacion universal lo cegaba. Para él fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable el Dr. Francisco de Quintana, autor de varias novelas y poesías, celebradas en aquel siglo, predicó tambien en otras exèquias de Lope. En su sermon, impreso igualmente en Madrid el año de 1635, hay curiosísimas noticias acerca del carácter y costumbres de Lope de Vega. Ninguna de ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, porque el original del elogio fúnebre de Quintana es de una rareza singular.

Véase cómo describe un constante amigo de Lope su modestia. «Los príncipes, así eclesiásticos como seglares, le veneraron y aun »le desearon, quejándose de que no los visitase; pero él se portaba »tan templadamente en estas honras, que á la queja de un príncipe »grande eclesiástico, de que no le veia, respondió: *Yo viera mas veces »á vuestra Ilustrísima, si me hiciera menos honores cuando le veo.* »Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando »estimaban mas su persona, los dejó por huir de las lisonjas y esti»maciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este »género de favores, que solia decir: *Aun á las figuras de los tapices »de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento.* Tan templado »fué en esta parte, que siendo así que murió en el servicio de un ge»neroso príncipe... y estando en estado que pudiera como amigo gozar »de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en »los libros de los criados de su casa. Cuando salia de la suya, llegaban »mil diferentes personas á verle, conocerle, y decirle varios encareci»mientos de sus escritos, y con tanto aliento repelia estas estimacio»nes, que despues de haberse cubierto su anciano rostro de vergüenza, »introducia diferentes razones en órden á que cesasen sus alabanzas; »y si, no obstante esta diligencia, proseguian, dejaba la conversacion »teniendo por mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos ho»nores magnánimo.»

Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hija de la sabiduría, descubren en Lope de Vega al poeta eminente, cantor de las bellezas del mundo.

Lope al propio tiempo cumplia constantemente con las obligaciones que se habia impuesto, sin que nada hubiese de bastante poderío para desviarlo del desempeño de sus palabras. Pertenecia á una congregacion, destinada á socorrer á los sacerdotes pobres, á negociar su libertad cuando gemian por los rigores de la contraria fortuna en tierras de infieles, y á sepultar de limosna á los que fallecian sin haberes, y la cual en ninguna manera permitia que manos de seglares tocasen á los difuntos eclesiásticos. «Ofrecióse enterrar (dice el citado amigo de »Lope) en el hospital general á un sacerdote pobre, y vimos que Lope »de Vega se quitó el manteo, y aunque se lo quisieron estorbar al»gunos por escusar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, re»cibió piadosamente el cadáver, saliósefuera, y comenzó á cubrirle de »tierra con el instrumento allí diputado para este ejercicio.»

De este modo el gran Lope de Vega daba el admirable espectáculo de un hombre, lisongeado por los aplausos universales, despreciando el orgullo y siendo vencedor de sí mismo, sin que la mucha edad, ni las atenciones y cuidados de sus amigos pudiesen separarlo del camino de los que él consideraba como deberes de su conciencia.

Lope, ademas, fué notable por su caridad verdaderamente evangélica. En su casa siempre tenia «puesta cantidad de dinero sobre la »mesa para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo, ni tuviese »mas que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta.» Tal decia de la caridad de Lope el citado Quintana.

Otra de las acciones notables de Lope en este punto está referida tambien por su íntimo amigo en las palabras siguientes: «Llegó una »vez un sacerdote pobre..... Llamó á la puerta, no habia en casa »quien respondiese, salió él mismo y vió que el que llamaba (so»bre pobre sacerdote y ciego) llevaba la indecencia de un asque»roso sombrero. Miró si tenia que darle; no se halló con cosa consi»derable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que tenia en la »cabeza y púsoselo al pobre. Súpose necesariamente este suceso, por»que no pudo salir de casa con los amigos que le asistian (testigos fieles »de esta verdad), hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le »llevasen otro.»

Con esta condicion tan afable, tan caritativa, tan generosa, pronta á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la hermosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de de-

(1) Lope refiere este suceso en una de sus novelas.

licados afectos, no mancillada con los crímenes, Lope de Vega habia de escribir necesariamente versos de una suavidad estraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la rarísima comedia *Mas vale salto de mata que ruego de buenos*, Lope describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero:

Por verte á ti, señora,
saldré cuando le corra las cortinas
al rubio sol la aurora,
siguiendo sus pisadas peregrinas;
y en viendo las estrellas
solo las miraré por verte en ellas.
Traeréte muchas veces
el conejuelo tímido y medroso;
y viendo que me ofreces
gracias debidas á mi amor forzoso,
con pecho mas sencillo
te traeré el amoroso cabritillo.
La tórtola en el nido
y el escamoso pez en el anzuelo,
el madroño teñido
con la escarcha qua arroja el duro suelo;
que cosas semejantes
son en amor zafiros y diamantes.
.....
Daré un golpe á tu puerta,
y tú, que velarás por aguardarme,
con una fé despierta
llegarás muchas veces á abrazarme,
y dirás como amas:
No des tan recio, que en el alma llamas.

El espíritu de Lope de Vega, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las mansas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y frescuras de las silenciosas florestas. Lope se traslada con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales, depositados en aquel albergue. Véase la descripcion que se lee en su comedia intitulada *El vaquero de Morafia*:

Algun año sea tan bueno
en tierras propias y estrañas
que seguemos con guadañas
como en los prados el heno:
vístase el prado librea
con la yerba cada hora;
vierta aquí su copia Flora
y su abundancia Amaltea;
rompa del aire los filos
las cañas de los barbechos,
y toque el trigo los techos
en las trojes y en los silos.
No solo en siega, en vendimia
os dé el cielo tal tesoro,
que hagais los vasos de oro
que agora teneis de alquimia.
Ya que el agosto repose
pisen para vuestras cubas
vuestras gentes tantas uvas
que todo el mosto rebose.
.....
Y de manera se huelguen
con las uvas vuestras casas,
que aunque muchas hagais pasas
muchas por los techos cuelguen.
.....
Por los pezones y cabos
cubran con color pajizos
los melones invernizos
de vuestra casa los clavos.
Sirvan colmos á montones
de membrillos ó granadas
en vuestros techos colgadas
de dorados artesones.
Sin rectitud y gobierno
de reales pesadumbres
vuestras ahumadas techumbres
cojan de fruta de invierno.
Sirvan á vuestras familias
costales de verdes nueces
para acabar tras los peces
los viernes y las vigilias.
Higos tambien os reserve
esta campaña vecina,
que afeitados con harina
enjugue el pecho y conserve.
Mutice estas huertas luego
la berengena morada,
la verde col arrugada
como pergamino al fuego.
Echad por mayor deleite
en la postrer vez alguna
en adobo la aceituna
y los quesos en aceite:
Que yo, siguiéndoos á vos,
daré en mi rústico modo
gracias al dueño de todo;
que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, Lope de Vega, á pesar de la pureza de su alma, manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático supo retratarlas admirablemente, incluyendo á todos, desde Felipe II, castigador de su hijo D. Cárlos, y de Juan de Escovedo hasta las busconas y rufianes que vivian de la estafa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, dada por Antonio Perez de órden de Felipe II, y para afear la persecucion que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso Lope de Vega su tragedia intitulada *La Estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la accion de esa tragedia se finge en el reinado de D. Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Jaberas.

Tambien Lope en el reinado de Felipe III compuso otra tragedia con el título de *El castigo sin venganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: accion en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe D. Cárlos, á Isabel de Valois y á Felipe II, segun las voces que corrian entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia al siguiente dia de su representacion fué prohibida.

Lope de Vega, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los estados, y al fin desde los palacios descendió á las vidas de las busconas en su comedia *El Anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *El Rufian Castrucho*.

Pero aunque Lope de Vega se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de Lope, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se vé al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza, y en la delicada espresion de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el candoroso espíritu de Lope de Vega, que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Así como Calderon pinta las suyas, infelices ó impecables, pero altivas, Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalvan mas vehementes de lo que permite la modestia, Lope las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

Lope de Vega en sus escritos revela, pues, las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.

ADOLFO DE CASTRO.

A FERNAN CABALLERO.

Hombre por la sublimidad de vuestros conceptos; mujer por vuestra ternura y sensibilidad en espresarlos; quien quiera que seais, hombre ó mujer, escusad mi libertad, y permitid que un desconocido se atreva á poner bajo la proteccion de vuestro nombre supuesto, segun dicen, las agonías y la miseria de una madre injustamente perseguida por la suerte, aunque resignada humildemente á las sentencias de la providencia divina. Vuestros cuentos y novelas os han dado un

merecido aprecio entre las personas de buen gusto y conocida inteligencia, y muy pronto, no hay que dudarlo, harán vuestro renombre tan popular y conocido, que á no poner bajo vuestro amparo las agonías de mis heroínas, temiera con fundamento que ni hubiera sido leida su relacion ni compadecida su desgracia.

Créolas salvadas con este medio tan solo: vos que con tan fácil pluma zaheris los vicios que sabe inocularnos suavemente la incredulidad, y exaltar la virtud, ¿rehusariais, acaso, una lágrima de compasion por mi doña Sinforosa, un acento de desprecio por el ex-page enriquecido, y una espresion de simpatía por la bella Lucía?

No lo creo así, á juzgar por vuestros interesantes escritos, ni mucho menos que vuestra fama de escritor justamente adquirida deseche la modesta produccion de una pluma mal cortada, de un autor novel.

Reiterando mis escusas, me ofrezco siempre, señor Fernan Caballero, como vuestro mas atento admirador y S. S. Q. V. P. ó M. B.,

Luis MIQUEL y ROCA.

MISERIA Y VIRTUD

Lo que voy á publicar no es un ensueño, ni una fábula, ni un cuento: es la relacion de uno de esos dramas, desgraciadamente tan comunes en el mundo, que pasan en medio de los festines y saraos de una sociedad indolente, ó vecinos tal vez de las risas é impudencia de una orgía: dramas que, á conocerlos profundamente, estremecerian y nos harian avergonzar de nosotros mismos ante el grito de nuestra conciencia, ó mas bien de nuestra indiferencia criminal.

¡Cuántas veces pasan junto á nosotros hombres y mujeres al parecer contentos con su suerte, y que sin embargo si fijáramos nuestra vista en las ligeras arrugas de su rostro, ó en su tez descolorida, y cuya palidez atribuimos á una noche pasada en los saraos y placeres, encontraríamos el hambre, la desnudez y la desgracia! ¡Y cuántas otras estrechan los poderosos y felices de la tierra manos que se les tienden para implorar su caridad, y que no obstante se contraen sus nervios y balbucean sus lábios palabras diferentes de las que iban á pronunciar, dominadas por el rubor de la vergüenza!

¡Caridad! ¡no es mas meritoria tu virtud, cuando por hacer alarde de tí proporcionas algunos maravedises al menesteroso, que sin lazo alguno que le ligue con ese cadáver galvanizado que llaman gran mundo, tiende sin reparo alguno su mano descarnada al ocioso transeunte, que cuando movida de un sentimiento secreto alivias misteriosamente grandes males, y mantienes el limpio barniz de una posicion antigua amenguada con los reveses de la suerte! ¡No está, no, la verdadera pobreza, ni mas espuesta la virtud á las puertas de los templos ni en las esquinas de las calles; ni es mas agradable al Eterno, juez supremo y justo de todas nuestras acciones, el alivio dado á los harapos del mendigo conocido, que el socorro ofrecido con delicadeza al pobre que oculta con faz tranquila, si esto puede hacerse alguna vez, su miseria y privaciones!

¡La sociedad, el mundo, el poderoso es egoista! Tal vez esta acusacion sea dura en estremo y falta de exactitud. No: la sociedad, ni el mundo, ni los poderosos son egoistas, ni se halla enteramente cerrado su corazon á los quejidos lastimeros de la miseria: fáltales solo espontaneidad en sus acciones, deseo de buscar la necesidad para aliviarla, y abnegacion bastante para saber ocultar en el fondo de su corazon sus beneficios: no porque se niegue una buena parte á llevar el consuelo á la indigencia cuando ésta se decide, despues de grandes combates consigo misma, á reclamarla; no porque rehuyan, antes bien procuren adquirir á toda costa la fama de caritativos y limosneros, sino porque sus comodidades y sus goces tienen tan bien acomodada su existencia, que el alma ni el sentimiento de hacer el bien tiene bastante vigor para arrancarles del metodo tranquilo de su vida y subirles á sus mismas bohardillas, casi para presenciar espectáculos que hieran su sensibilidad *nerviosa* y turben el curso límpido de su pacífica existencia. Ademas ¿el *órden de las sociedades* no exige que el pobre sea siempre el que haya de ir á buscar al rico, como el esclavo en busca de su señor? Désele en buen hora el medio de ejercer la caridad; preséntensele desnudos que pueda abrigar con los despojos de su ropa, y hambreintos cuya necesidad apremiante pueda remediar por pocos dias: ¡enhorabuena! pero obligarle como mas meritorio y grande que suba por una empinada escalera, y llegar al cabo de mil vueltas á tropezar con una bohardilla tan distinta de sus vastos y entapizados salones, viendo en ella medio consumidas por la necesidad á gentes que en otro tiempo fueron para el mundo tanto como él y valieron mas; esto ¡pardiez! es mas que sobrehumana virtud, y este no es ciertamente tiempo de sublimes acciones ni de tanta abnegacion.

En verdad que ando prolijo en demasía en mis reflexiones; y como no es un curso de moral cristiana el que trato de escribir, paso, si mas digresiones, á referir el hecho.

Corria el año de 1838. En una de las calles mas apartadas del centro de la heróica villa y córte vivia en el quinto piso de una casa de pobre apariencia una jóven tan modesta cuanto hermosa, y que por esta última cualidad, escelente en ciertas ocasiones, se habia atraido las miradas de cuantos la veian, junto con su madre, venerable matrona de distinguidos modales, y que, aparte las arrugas de su frente y algun hundimiento en sus megillas, fácilmente se conocia habia sido en sus tiempos el vivo retrato de la cara ahora tan admirada en su hija: viuda de un antiguo magistrado de cierta audiencia, la noble matrona no tan solo habia gozado gran reputacion de belleza y de fidelidad conyugal á las venerables canas de su justificado esposo en la ciudad donde estaba situado el tribunal donde radicaba, sino tambien en Madrid, donde negocios de familia, pues de la córte procedia, la habian llamado en dos distintas veces, viniendo siempre acompañada de su esposo, únicas dos veces que en su larga carrera habia pedido con tan graves motivos real licencia.

En el año que hemos notado arriba, la virtuosa señora cuyo nombre de familia me reservo, hacia ya tres que se hallaba viuda: su esposo no habia podido sufrir con impasibilidad estóica el que se le separase sin justo motivo de un puesto que habia desempeñado con tanta honradez, y despues de una larga enfermedad en la que se agotaron los recursos con que contaban, sucumbió al fin, dejando entregadas á lo horfandad y á la miseria á su viuda é hija, desconsoladas, sin mas amparo, como suele decirse, que el de Dios. En otros tiempos, menos civilizados que el presente segun dicen, los magistrados y demas empleados públicos, si no bien retribuidos, exactamente pagados, no se cuidaban de hacer *economías* en sus sueldos propios, tanto por no encontrarse entonces las *adealas* que se han inventado despues, cuanto porque el que servia fiel y honradamente su destino estaba seguro que no seria despojado de él. Al presente es otra cosa.

Quedaron, pues, solas y desamparadas la madre y la hija, porque los pocos amigos que restaban al oidor despues de su destitucion, fueron unos en pos de otros abandonando el campo, temerosos de que con la apremiante necesidad que muy pronto iba á acosar á la viuda y huérfana del que en otro tiempo habian adulado y encarecido su mérito, fuesen ellos los que tuviesen que aliviar tanta amargura, sopena de ser tachados de mal nacidos. Así va el mundo: mientras el sol de la fortuna calienta, todos acuden á disfrutar de sus rayos; empero llegue una nube que lo cubra, y pronto verá tornarse en contrarios sus mayores encomiadores. El Salvador del mundo tambien fué negado por el mayor de sus discípulos al tiempo de su desgracia.

Dueñas tan solo de un modesto ajuar, la madre y la hija, mas adoctrinadas que lo estaban todavía por lo que vieran en otros, con su propio desengaño, se redujeron á la mayor estrechez, tanto por disminuir los alquileres de la habitacion, cuanto que podian en otra mas reducida deshacerse de algunos muebles innecesarios, y aun de los demas efectos que no les fueran absolutamente precisos.

A la sobrada libertad de los inquilinos habia sucedido por aquellos tiempos la ilimitada autoridad y derechos que se dieron á los propietarios de las casas; y como por otra parte la cruda guerra que se hacian, no tan solo en los campos, sino tambien en las ciudades, los diversos partidarios de órdenes de cosas é intereses diversos tambien, habian atraido á Madrid, como el centro de la península, una considerable afluencia de forasteros que se consideraban mas seguros dentro de sus muros, aunque débiles, que en los pueblos y ciudades donde se desarrollaban con mas furor las enemistades, los ódios y las venganzas particulares, obligó á doña Sinforosa (que tal era el nombre de la madre) á dejar su piso segundo, donde perdiera el amparo y arrimo de su esposo, para recogerse con su hija en una bohardilla de una de las calles lejos del centro y del bullicio que por aquella época y casi á todas horas tenia agitados los ánimos de los cuarteles mas populosos de la corte.

Instaladas allí, y sin mas recursos para mantenerse que el producto que pudieran darlas algunas alhajillas que las quedaban, restos de su antiguo bienestar, fué preciso que para no verse apuradas por el hambre, que se acercaba á pasos agigantados, tratasen de buscar algun auxilio con el trabajo de sus manos que pudiera alargar el plazo fatal que, sin la caridad cristiana, parase aquel peligro. Desgraciadamente, y como los males nunca llegan aislados como es tan cierto y se halla consignado en un refran vulgar, la viuda del oidor habia llorado tanto, y tanto apurado durante la enfermedad de su esposo, que apenas habia pasado el tiempo de poder sufrir con paciencia su desgracia y resignarse á los decretos inescrutables de la divina providencia, cuando al amanecer un dia, habiéndose acostado la víspera con su vista clara y despejada despues de encomendarse á Dios y su santa Madre, como tenian de añeja costumbre, amaneció ciega, enteramente ciega. La pobre señora habia sido acometida de una fatal y horrible gota serena.

Querer pintar aquí cuál seria el dolor de aquella anciana madre que veia cerrados para siempre sus ojos á la luz, sin poder contemplar ya mas las facciones de su querida Lucia (que así se llamaba la hija), llena su mente de los presentimientos mas funestos acerca de su suerte; sola y abandonada por todos, y sin poder ayudarse en nada para prolongar en cuanto posible fuera su penible existencia, seria rebajar la espresion de este sentimiento cruel: las penas del corazon es preciso sentirlas para conocerlas: los dolores de una madre no tienen semejante. Lucía, al ver á su madre los ojos fijos, pero sin mirar, con esa serenidad aparente que imprime el desquiciamiento del corazon, lloraba y se abrazaba con su madre como si fuera á perderla; doña Sinforosa queria hablar para tranquilizar á su hija, pero se la anudaban en la garganta las palabras. Aquellos momentos eran terribles; y sin la religion que tan buen cimiento tenia en sus almas, fácil y aun muy natural era que hubieran acabado con su sufrir privándose de sus vidas. El dolor aislado es la mas terrible de las agonías humanas.

—Animo, querida Lucía mia, le decia la madre pasados los primeros terribles momentos; Dios no nos abandonará: si en adelante no puedo ayudarte en tus faenas como teníamos proyectado, tú serás mi guia y me acompañarás en busca de tu trabajo; yo lo imploraré por tí, y cree que aun hay almas buenas que se apiadarán de nuestros sufrimientos. Sé ante todo virtuosa, y abraza conmigo esta nueva cruz que el cielo nos envia; Dios es el padre de las viudas y de las huérfanas, y no nos dejará perecer.

—Ay madre mia! contestaba la afligida doncella, que todos nos han vuelto la espalda y se burlarán de nuestra desnudez; y si alguno en el primer momento se apiada, pronto, muy pronto arrojará de sí esta carga que le parecerá pesada en demasía. La única gracia que pido á Dios es que no me deje sola en el mundo.

—Cúmplase siempre su santa voluntad, interrumpia la madre; él solo sabe lo que nos conviene.

Pero el cielo que nosotros vemos tan sensible á veces, parecia entonces insensible á tanto mal: juntas la madre y la hija, apoyada aquella en los brazos de esta, recorrieron los talleres y las casas de algunos poderosos en busca de obra; y como en los primeros tenian ya sus oficiales y aprendices de quienes, por una módica retribucion, sacaban un gran producto, y las segundas no conocian los primores que pudieran salir de aquella desconocida indigente, y la mayor parte de entre ellas hacian, y aun, por desgracia, hacen alarde de ostentar sobre sus pechos las labores estrangeras, únicas que, segun ellas, reunen el mérito y la elegancia, es lo cierto que encontraron apenas nuestras dos víctimas un pequeño auxilio en los primeros tiempos, auxilio que fué disminuyéndose poco á poco por cuanto eran muchas, *muy relacionadas* y *protegidas* las que se dedicaban á la misma clase de trabajo que Lucía, y á esta y á su madre les faltaban enteramente relaciones y proteccion. Así es que muy pronto se vieron precisadas á implorar la pública caridad.

Para las gentes que nacidas en las privaciones y la necesidad, lo apremiante de esta las hace tender una mano temblorosa para pedir al que pasa un socorro, no es tan sensible este acto, aunque siempre humillante y duro, como á los que, nacidos y criados con todas las comodidades que el mundo y la sociedad ofrece, los vaivenes de los estados y revoluciones les arrojan á la arena de un mundo desconocido para ellos; para tales seres el acto de colocarse en las esquinas y soportales, cubierto el rostro, surcando sus mejillas descoloridas dos arroyos de lágrimas abrasadoras y con voz medio apagada esclamar, «*una limosna por Dios,*» se halla precedido de tanta irresolucion, de tanto sufrimiento y penalidades, y de tanto dolor, que es menester que el hambre sea mucha y los recursos para acallarla ninguno, absolutamente ninguno, para decidirse á arrostrar esa vergüenza pública y esas miradas impertinentes que suelen añadir el insulto á la grosería. Tan solo un principio religioso de gran mérito ante el trono del Altísimo puede hacer acallar la voz del orgullo y de la vanidad, y preservar á las mujeres del vicio y á los hombres del crímen; principio y creencia en otra vida mejor y sobre todo de mas equidad y justicia que nunca estará bastante cimentado en nuestros corazones, y que hoy desgraciadamente se halla sobrado olvidado y aun escarnecido. ¡Sin esa creencia íntima, sin esa persuasion del alma, ¿qué seria ni podria ser de los que sufren! ¿No es la desesperacion y tras la desesperacion el crímen su inmediato resultado?

Doña Sinforosa y su hija, despues de grandes combates é irresoluciones, viendo que ningun recurso les quedaba para sostener hasta el último momento su trabajada existencia, se resolvieron al fin á acogerse á la pública caridad.—Hija mia, decia la ciega anciana, al notar la casi desesperacion que se apoderaba de su hija; conformémonos con esta nueva prueba de nuestra fé: nos hemos visto acomodadas y festejadas, y ahora nos encontramos pobres y abandonadas: cúmplase siempre la voluntad del Señor. Tu pobre padre murió resignado al ver la triste suerte que nos esperaba; ¿por qué no hemos nosotros de resignarnos á lo que el cielo dispone?

Pero la jóven doncella en quien los tres lustros de existencia hacian mas fuerte la lucha de sus pasiones, y en los que precisamente porque nunca se habia visto en aquel estado habia de ser mas indomable el poder de su orgullo y amor propio, resistia cuanto podia con mil dilaciones el emprender la carrera de la mendicidad vergonzante; mas por obedecer á su buena madre que tanto la amaba y acosada del hambre por fin, salieron ambas una noche, cubiertas con su tupido velo, á situarse junto á los portales de la plaza Mayor, á fin de que medio protegidas por la sombra de las columnas, pudiesen ocultar mas cumplidamente sus facciones. ¡Oh! y cuán agudos dardos, cuán punzantes memorias, cuántos recuerdos dolorosos agitaron á la pobre anciana cuando su hija le decia el sitio en que se encontraban, y muchas veces las personas que pasaban junto á ellas y á quienes alargaban una mano tímida, pidiendo con voz entrecortada «una limosna á esta pobre ciega, que Dios se lo pagará»... recibiendo muchas veces, si no una mirada de desprecio de algunos que antes se mostraran sumisos y solícitos, un seco. «Dios ampare á V.» Eran las heces de amargo acíbar del cáliz de su pasion, y la madre y la hija lo apurabaa entonces hasta su última gota.

Pero no: las faltaba todavia apurarlo mas: el martirio del corazon es mas grande y mas doloroso que el martirio del cuerpo: este puede cortar la vida en un momento cesando de sufrir; aquel se despedaza por grados, y se debilita pausadamente, y antes de sucumbir enteramente, lucha y pelea con las mil pasiones de nuestra débil humanidad que secundadas por la cabeza, torturan hasta lo infinito cuanto puede ser torturado en nuestra alma. Llégase tal vez despues de mil golpes repetidos, de desengaños crueles á la postracion, á la indiferencia; pero antes de llegar á estas hermanas del idiotismo, ¡cuánta sangre no ha derramado gota á gota el corazon!

Las noches primero, los dias despues, vieron á las dos infelices víctimas ir de puerta en puerta y con voz apagada y esquivando la luz pedir el sustento de aquel dia; pero las fuerzas se agotaban, y algunos impertinentes, oprobio de sí mismos, habian lanzado ya alguna frase poco decorosa al pasar si descubrian por rara casualidad el angelical rostro de Lucía: la madre se estremeció al escuchar tanta audacia, y entonces mas que nunca sintió la pérdida de su vista. ¡Oh! ciertamente: los ojos perspicaces de una madre detienen el aliento ponzoñoso que la infamia y la maldad quieren arrojar sobre la faz de las hijas! ¡Pobres jóvenes cuando las falta la proteccion inerme, pero eficazmente poderosa de una madre!

(Se concluirá.)

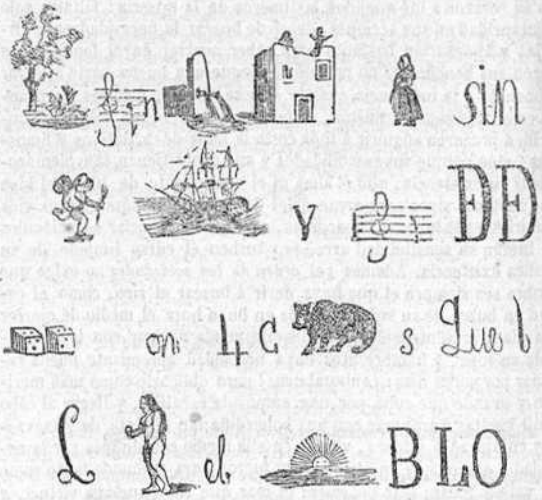
LUIS MIQUEL Y ROCA.

—

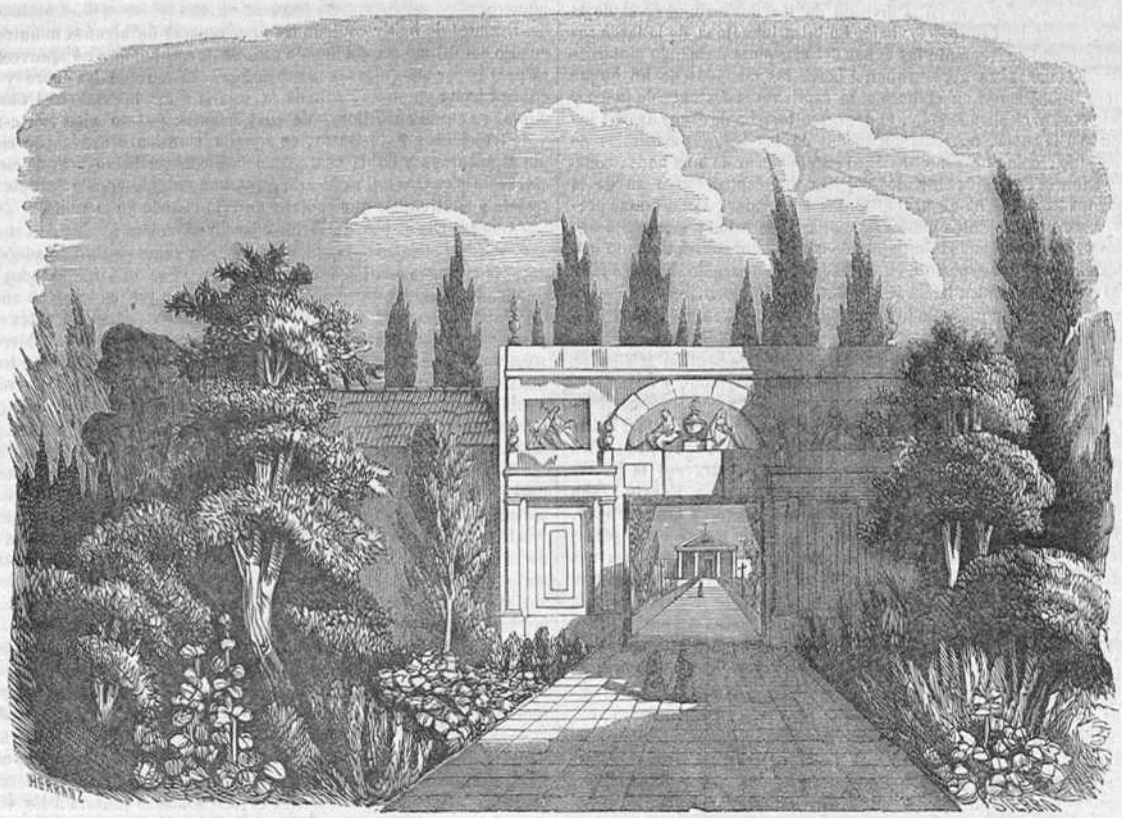
Platon, cuando forma una república, dice tambien: que las primeras leyes que debian establecerse para conservarla eterna, eran aquellas que pertenecian al culto divino, porque no hay fuerzas, gobierno ni humana prudencia que mas aumente los reinos y monarquías, como el cuidado de las cosas pertenecientes al servicio de Dios.

—

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



HABANA.—EL CEMENTERIO.

No creo que exista un hombre que no haya soñado alguna vez con la muerte, por poco que haya oido hablar de *vida transitoria* ó de *mundo perecedero*. Si existiese, seria dichoso, porque seria loco; y seria loco, porque se imaginaria inmortal. Con efecto, para que no pensase en la muerte seria preciso que por su imaginacion vagase de vez en cuando un pensamiento infernal; seria preciso que creyese no morir jamás. ¡No morir! ¡Cuán placentero seria tambien podernos engañar con tan seductora idea! Tal vez sea fácil hacerlo, olvidándolo todo, gozando siempre, y no sintiendo ni estos goces, ni las consecuencias de aquel olvido. Cuando, embriagados nuestros sentidos en los tumultuosos placeres de alegre festin, empinamos las colmadas copas, entonando deliciosos cantares á las hermosas que nos rodean, ó adulando con mercenarios brindis á los potentados, de quienes todo lo tememos ó esperamos; cuando corremos desalados á presidir el tocador de la bella, á cuyos atractivos sacrificamos mas de una vez nuestros deberes, nuestro porvenir y nuestra reputacion, recogiendo en cambio estudiadas sonrisas, suspiros que se evaporan en breve, recuerdos destinados á tiranizar el corazon con los dolores de un tiempo que se pasará bien pronto; cuando ataviados con magníficas galas y cubiertos de relumbrantes oropeles nos presentamos en cortesano sarao, haciendo alarde de ridícula vanidad y anhelando la duracion de unas horas robadas al descanso del cuerpo y del espíritu, horas que marcan con su brillante luz los engañosos reflejos de cien quinqués, y cuyo fin presagia la viva y melancólica llama del gas; entonces no pensamos seguramente en morir ni en que aquello se acabará. Porque ¿cómo hermanar una realidad tan fúnebre y molesta con las risueñas esperanzas que en tales momentos nos agitan?

Pero en medio de los gritos y algazara de la orgía, en medio de nuestros insensatos juramentos de eterno amor, en medio de los armoniosos acordes de una música espresiva y animadora, cruza nuestra mente un relámpago de negra melancolía que la devora, que desciende al corazon y lo quema: y pasa á los ojos y los ilumina un instante con rápido resplandor: y ese instante es cruel, es insufrible, porque es un instante de desengaño, en que el hombre ve, quizá por primera y última vez, la verdad. Y la verdad es que una fiebre ardiente, mortal, ha atajado los brillantes pasos de su carrera de ilusiones; que sus pupilas se van á cerrar para siempre; que los latidos de su corazon empiezan á apagarse; que está próximo el morir, y que es indispensable dar el forzoso *adios* á los ensueños que por tanto tiempo alhagaron su fantasía, mintiéndole una vida de carnaval por una vida de dolores, y por una sentina de miserias un mundo de felicidad.

La muerte de uno de esos hombres á quienes llamamos amigos, porque hemos creido serlo suyo, ó que lo era nuestro, habia llenado mi corazon de una dulce y verdadera tristeza que despertó en mi mente las anteriores reflexiones, y cediendo á un sentimiento irresistible de religioso cariño, impelido acaso por la simpatía que aquella tristeza encontraba en la natural disposicion de un ánimo siempre propenso á recibir con ansiedad impresiones melancólicas, quise darle el último *adios* en la funeral morada adonde pronto creia acompañarle, segun me anunciaban los padecimientos físicos y morales que me perseguian, y en la cual todos tenemos un lecho preparado que nos convida al reposo.

Hallábame en la Habana, y era una hermosa tarde de mayo de 1839. Velados los rayos del sol por una gasa transparente de azul y blanco, coloraban débilmente los contornos de la capital de Cuba, reflejándose con tintas mas fuertes y brillantes en la colina sobre la cual descansa el imponente *Castillo del Príncipe*. La brisa del canal de *Bahama* refrescaba el ambiente, abrasado pocas horas antes por los ardores de aquella hoguera misteriosa, cuya lumbre se apagaba entre las flotantes nubes, precursoras de la noche, y una multitud de carruages que á manera de carrozas triunfales ostentaban con orgullo la opulencia y los atractivos de las graciosas hijas del trópico, iba y volvia por la calzada de *San Lázaro*, levantando montañas de polvo, con el cual todas debian confundirse, unas mas temprano, otras mas tarde.

Conducido por modesto *quitrin*, atravesé penosamente aquel laberinto de *parejas*, de *trios* y de ruedas, no sin pensar con amargura en el decidido empeño que formamos los mortales de aturdir con el incesante ruido de ficticios goces nuestros pobres sentidos, á fin de adormecerlos, á fin de impedirles devorar las penas que sin aquel estrepitoso tumulto de creidos placeres aniquilarian de golpe nuestro corazon, al paso que así lo van royendo poco á poco. ¡Risible farsa! ¡Retardar con paliativos una destruccion inevitable! ¡Pretender que no

sea lo que un poder mas fuerte que el hombre ha dicho que *ha de ser!*

El *quitrin* se detuvo en la division de los dos caminos, el de la Chorrera y el del *Cementerio:* bajé. La brisa juguetona de la tarde seguia azotando suavemente las aguas del mar, que formando pintorescas ondulaciones se apresuraban á besar los costados de un buque costero. Dibujábanse en el horizonte caprichosos festones de fuego y de violeta, y el abandonado, el negruzco torreon de *San Lázaro*, inmediato á la costa, aparecia en medio de las bellezas naturales de aquel sitio, como un genio maléfico en el palacio de una hada, como la conciencia escondida entre los deleites mundanos. Cerca ya de la triste mansion que ha absorvido tantas felicidades, ajado tantas gracias y consumido tantos planes de gloria y de salud, me asaltó una penosa reflexion, llenando mi alma de aquel doloroso sentimiento que esperimentamos al aspecto de una desgracia irreparable. Habia dirigido al pasar una mirada hácia la derecha del camino..... el *hospital de Lazarinos* se habia presentado á mis ojos; tenia delante de mí la *casa de dementes*, y me encontraba ya en la puerta esterior del *Campo Santo*. Amalgama consoladora para los desdichados que sufren y rien en los dos primeros asilos que la piedad les ha consagrado, y cuyos tormentos y alegrías deben tener fin en el tercero.

Poseido de aquel respetuoso temblor que al mayor criminal asalta al contemplar la terrible escena en que el hombre y la religion se unen con vínculos indisolubles por medio de la muerte, atravesé la puerta de hierro interior, sobre la cual leí: — SOMERUELOS Y ESPADA; AÑO DE 1805. — «Hé aquí, dije, dos nombres que pasarán á la posteridad. ¿Dónde están los que los llevaron? Ellos nicieron labrar estos sepulcros, en los cuales habian de confundirse algunos años despues sus cenizas con las de aquellos que en vida no osaron acercárseles. ¡Fatal contribucion impuesta á la raza humana! ¿Qué debe esperarnos, si á medida de esta pena han de recibir nuestros crímenes un castigo?

Los hombres, que en todas las obras destinadas á descubrir sus flaquezas y su nulidad, aparecen dominados por la idea de atormentarse á sí mismos, han construido á derecha é izquierda de aquella entrada dos aposentos: uno para el cura, otro para el sepulturero, como si dijéramos, para el que nos envia y para el que nos recibe; para el fin de la vida y para el principio de la muerte. ¿No es el pensamiento que sin duda presidió á la obra una misteriosa alegoría?.... Despues de atravesar aquella puerta abovedada me encontré en el *cementerio*.

Fórmanlo dos hermosas calles enlosadas, que forman una cruz perfecta y dividen el terreno en cuatro cuadros exactamente iguales, circuidos de enrejados de hierro, con barrotes y perillas de bronce dorado que la intemperie ha deslucido. Al remate de la calle principal y en frente de la puerta se ve la capilla, en la cual llaman la atencion un cuadro deteriorado que representa la *resurreccion universal*, al fresco, y las *tres virtudes teologales* pintadas sobre la puerta de entrada á la misma y encima de las dos ventanas laterales. Llenan ademas la capilla diez y seis pilares de mármol blanco, y entre ellos se ven ocho matronas, emblemas del dolor, con los ojos vendados y el vaso de la amargura en las manos.

El pórtico de esta elegante capilla contiene cuatro columnitas, y en el frontispicio, que es un arco de medio punto, se leen los siguientes versículos, formados con doradas letras de bronce:

Ecce nunc in pulvere dormiam. JOB. VI.
Et ego resuscitabo eum in novissimo die. JOAN. VII.

Sobre el mismo frontispicio del pórtico se eleva una cruz de piedra de regular tamaño; toda la parte interior de aquel, así como la de la capilla, está pintada de ocle rojo con manchas negras. En la última no hay mas que un altar hecho de *losa de San Miguel* (1), imitando la figura de un sepulcro, con dos pilastras doradas, y sobre su grada, igualmente de piedra, un Crucifijo de marfil colocado en una cruz de madera, cuyo pie descansa sobre un peñasco. A todas horas del dia y de la noche arde una lámpara delante del altar.

El virtuosísimo obispo ESPADA Y LANDA concibió la idea de la construccion de aquel *Cementerio*, en la cual solo se tardó poco mas de dos años, desde 1804 hasta 1806, siendo capitan general y gobernador de la Habana el esclarecido MARQUÉS DE SOMERUELOS, quien acogió con singular complacencia el proyecto del dignísimo prelado, auxiliándole con diversos materiales y poniendo á disposicion del maestro encargado de la obra todos los brazos útiles del presidio (2). Por su parte el obispo contribuyó para la misma con mas de *veinte y dos mil duros*, habiendo ascendido la cuenta total de los gastos á la cantidad de *cuarenta y seis mil ochocientos sesenta y ocho*, suministrados en parte por los fondos de fábrica de la catedral, en calidad de préstamo, y por algunas mandas piadosas, aunque estas en corto número.

Despues de haber contemplado por espacio de algunos minutos el cuadro del último dia del mundo, dia en que al hombre no aprovechará para negar sus culpas la máscara hipócrita con que las cubre y las cubrirá hasta entonces, salí de la capilla y me interné en el *Campo Santo*, en aquel cuadrilongo de cuatrocientos sesenta pies Norte-Sur y de trescientos Este-Oeste, en aquella mansion ocupada por cinco mil sepulturas, y en la cual yacen reducidos á polvo mas de *ciento cincuenta y cuatro mil cadáveres*, que han entrado en ella durante los treinta y cuatro años que contaba de vida cuando yo la visité.

Adorna cada cuadro del fatídico jardin una hilera de altísimos cipreses, y sobre ellos se posa el buho, que con lúgubre chillido aduerme durante la noche á la inanimada comparsa. ¿Por qué callan todos los convidados sumidos en perpétuo sueño? ¿Por qué no levantan ahora las cinceladas copas? ¿Por qué no repite los ecos de sus picantes epigramas el artesonado del suntuoso salon donde cantaron y bebieron? ¿Qué se han hecho aquellas deidades que respirando juventud y lozanía animaban al enamorado poeta con celestiales sonrisas? ¿Duermen tambien allí?.... ¿Y sus deliciosas esperanzas? ¿Sus proyectos? ¿Su hermosura? ¡Orgullo, vanidad, presuncion! ¡Humo, tierra y gusanos!

En uno de los cuadros destinados á guardar el polvo en que se convierten ilustres generaciones, trabajaba un hombre; no era el sepulturero, á la sazon ausente. Su tez tostada y sus callosas manos revelaban al artesano infeliz que gana su amargo pan espuesto á los ardores del sol de los trópicos, desde el toque del *Ave María* hasta la noche: era un cantero, y se ocupaba, cuando yo le divisé, en colocar varias losas sepulcrales que el cariño ó la fatuidad queria sustituir á las ya despedazadas ó viejas. Bendije la favorable ocasion que se me presentaba de saber algunas particularidades del *Cementerio*, y desde luego me dirigí al trabajador pidiéndole me señalase la sepultura del amigo cuyo recuerdo me habia hecho penetrar en el recinto de la muerte.

—¿Era hombre de campanillas? me respondió con voz acatarrada.

—No, le dije; pero sí un hombre honrado.—Porque si así fuese, continuó sin hacer caso de mis palabras, lo hallaría V. allí, á la cabeza de los demás, en primera fila. Ese es el sitio donde se entierra á los títulos y á los ricos; y en el otro lado, enfrente de nosotros, á los obispos, á los frailes y á los curas.—¡Qué! murmuré tan débilmente como si los muertos pudieran oirme, ¿tambien hay gerarquías en el mundo del olvido?—Mi interlocutor no me contestó; me miraba estúpidamente; acaso no entendió lo que yo habia dicho.—Si ese amigo que V. busca, dijo al fin, ha venido al *Cementerio* de poco tiempo acá, puede V. *registrar* las piedras nuevas y leer los nombres de los que estan debajo: como yo no sé leer, me seria imposible acertar con los deseos de V.; pero V. puede hacerlo, que no le costará mucho trabajo. — Mi pobre amigo no descansa abrigado á la sombra de rica losa de marmol... —Tambien hay sepulturas de piedra comun; las de los pobres que... —No es eso lo que quiero decir. El hombre que busco ha dejado á su familia sumida en el mayor dolor; las lágrimas de su esposa no se han enjugado todavía, y V. no ignora que las losas funerarias no se ponen el mismo dia que se cubre de tierra el cadáver. —¡Oh! seguramente que no: hay que traerlas de lejos, pues no se trabajan en la Habana. —Mi amigo, pues, no tiene losa que indique dónde yace. — En ese caso trabajo le mando á V. Si al menos estuviese aquí el sepulturero... pero ha ido á la ciudad. El podria satisfacer á V., porque *sabe de memoria todos los hoyos* que contienen difuntos, y las familias á que estos pertenecen.—Y dígame V., buen hombre, ¿no puede suceder que el sepulturero se equivoque, y que fiado en su indicacion coloque un padre una lápida sobre el cuerpo de algun estraño, creyendo de buena fé ocultar con ella los restos de un hijo querido?—¡Cá! no, señor; eso no acontece, aunque nada tendria de particular, porque..... ¿qué importaria? La intencion del padre siempre seria la misma.....

Quedé admirado de la sencillez con que aquel jornalero acababa de esponer una gran verdad, que es el mas fuerte argumento contra los que imaginan que nada hay mas allá de lo que palpamos, al mismo tiempo que su corazon jamás les impele á practicar una obra meritoria, falsamente persuadidos de que no hay virtud en hacerla si no la recibe aquel para quien va destinada.

El cantero prosiguió:—Vea V. ahí unos sepulcros que desde media legua se conocen, y le aseguro que esas piedras cuestan muy caras: es verdad que son de lo mejor que viene de Boston y de Nueva-Yorck. — ¿Habla V. de esas que ostentan ilustres dictados? — Sí, y nadie puede negar que es hombre de mucha habilidad el que ha labrado tan hermosos trofeos. — Con efecto; mas no entiendo lo que significan un escudo de armas ni una corona de conde sobre un sepulcro. Me parecia que de aquellas puertas adentro no hallaria ya entre los que fueron hombres distinciones ridículas; porque, amigo, esas magníficas losas cubiertas de títulos en relieve, ¿impedirán

(1) Llámase así á una piedra oscura, durísima, que se estrae de las canteras cuyo nombre lleva.

(2) Así consta de una memoria que existia en 1830 en el archivo de la Biblioteca de San Francisco de la Habana.

que V. los pise cuando tenga que remover los inmediatos? ¿No las levantará V. mañana tal vez si el agua abre en ellas alguna grieta? ¿No arrojará V. á un rincon esas armas para poner en su lugar otras nuevas, que correrán la misma suerte al cabo de veinte, treinta ó cuarenta años? ¡Cuánto mas elocuentes y modestas son las primeras piedras inmediatas á la capilla!

Para los Presidentes Gobernadores.

Para los beneméritos del Estado.

Para los Generales de las reales armas.

Para los Magistrados.

Aquí no hay pompas, no hay nombres, no hay familias, no hay blasones; solo hay..... servicios á la patria. ¿Y al otro lado?... Veamos.

Para los obispos.

Para las dignidades eclesiásticas.

Sacerdotes.

Tampoco hay nombres ni pretensiones fosfóricas; pero sí virtud evangélica, humildad. ¿Y quién se atreve á ser soberbio en la huesa? —Si por ahí la toma V., ¿qué me dirá de una cabeza de muger y de unos signos estrambóticos que cubren toda la parte superior de cierta losa?... Por aquí ha de andar... Hela allí.—¡Ah, buen *cicerone!* Esas son las artes; ese es el genio. Apuesto á que el cadáver aquí sepultado animaba un alma de pintor. Déjeme V. leer.....

VERMAY.
Sus discípulos y amigos.

Estos son los únicos trofeos que el mortal puede ostentar con orgullo, aun despues que no respira, porque en ellos deja una memoria de lo que fué; y lo que fué es lo que todos debiamos ser: virtuosos y útiles.—Si fué todo eso, bien merece una distincion encima de su sepultura.—Ya ha obtenido la mas dulce de cuantas se prodigan á los que no existen.—Con todo, señor mio, no ha visto V. esas otras losas.—¿Qué leeré en ellas? Una enfermedad epidémica, una manía de hacer eterna nuestra vanidad. Bien dicen que esta dura mas que la vida; dentro de estas paredes hay sobradas pruebas. Sin embargo, debe ser bien infeliz la madre que ha hecho grabar este epitafio:

¡Madres desconsoladas! ¡Almas sensibles!
Si buscais al que fué el mas tierno de los hijos,
Aquí yace.

Apenas hube pronunciado estas palabras, oí que el cantero sollozaba; yo le dije: —Se conoce á una madre en todos sus afectos y en todas sus frases. ¿Qué pecho no se conmueve al escuchar tan patética inscripcion? —Escríbame V., me respondió temblando, ese epitafio en un papel, aunque sea con lápiz. —No tengo inconveniente; pero quisiera saber..... —Es que pienso colocarlo en la piedra de mi hijo, que murió hace quince dias y está allí el último de todos. —¿Ha perdido V. un hijo? Amigo, le tengo lástima, porque al fin sabe V. ya qué cosa es dolor. ¿Qué edad tenia? —Seis años. —¡Seis años nada mas y V. le llora! Lamente mas bien la imposibilidad en que se halla de enterrarse con él. Compadézcase V. de sí mismo porque vive. —No comprendo eso.—Lo creo, supuesto que los dos debemos pensar de distinto modo; pero esté V. seguro de que esa criatura, cuyo temprano fallecimiento le contrista tanto, merecia haber sido conducida aquí con música. ¿Qué perspectiva le ofrecia el mundo? ¿Qué comodidades y regalos le esperaban? V. mismo que hoy recuerda sus gracias con amargura ¿qué podria darle si viviese? Un pedazo de pan duro, regado con lágrimas. ¿No es así? —¡Oh!... sí, pero al fin, yo era su padre.....—Enhorabuena; es decir que tendria V. un diabólico placer al considerar á su hijo cubierto de andrajos, despreciado, repelido de todas partes, sin mas recurso que un oficio miserable, y espuesto al furor de las enfermedades inherentes á la naturaleza humana: esto suponiendo que llegase á ser un hombre pacífico y honrado. ¿Y en caso contrario? ¡Qué satisfaccion para V. la de saber que su hijo, convertido en miembro podrido de la sociedad, dado á la crápula y al libertinage, habia corrido, de desórden en desórden y de crimen en crimen, todos los escalones de su perversa carrera, para acabarla en un patíbulo!....—Por Dios, señor, qué pronósticos tan. ..— Nada, nada; esta es, si V. quiere, una verdad terrible, pero tambien provechosa, porque no hay una sola que no lo sea.

El cantero se separó de mí y prosiguió su tarea interrumpida: las ideas que la muerte de su niño, enterrado á pocos pasos de donde él estaba, despertó en mi mente, me trastornaron. Un sudor frio bañaba mi frente, mis dientes se entrechocaban, y para no caer tuve que apoyarme en la balaustrada de hierro que rodea los sepulcros. Un fúnebre presentimiento se fijó desde entonces en mi corazon... Cerré los ojos sin saber por qué... Creí que iba á exhalar el último suspiro.

Ignoro lo que fué del cantero, pues cuando volví en mi acuerdo no le ví ya en su puesto. ¡Insensato! murmuré. ¡Si habrá creido que estoy loco ó que soy algun malhechor! ¡Un delincuente en el *Cementerio!* Imposible. Se levantarian los muertos para arrojarle las lápidas sepulcrales. Sobre las tumbas solo pasea el desgraciado, cuya conciencia está libre de remordimientos.

Era ya la noche. El trémulo farol de la puerta interior del *Campo Santo* prestaba al sagrado recinto misteriosa claridad. Un hombre se acercaba á mí cantando: era el sepulturero. Volviendo á recobrar las fuerzas que algunos recuerdos penosos habian convertido en melancólico abatimiento, me adelanté. Al aproximarse él me estremecí, y las palabras que iba á dirigirle quedaron anudadas en mi garganta. Por último, la misma repugnancia me dió aliento. —¿Puede V. indicarme el sitio que ocupa D. N....? le pregunté sin mirarle. —¿Por qué no? me contestó. ¿Vé V. esos dos sepulcros sin losa en el cuadro de la izquierda? —Sí. —El de mas allá. — Muchas gracias.

Dirigí mis pasos al parage indicado, y tuve el consuelo de orar sobre la tumba de mi amigo.

Al salir del *Cementerio* encontré de nuevo á aquel hombre fatídico, y un supersticioso temor me obligó á hablarle otra vez.—Este *Campo*, le dije, es muy pequeño para una poblacion tan grande como la Habana.—No, señor; me respondió: es bastante proporcionado.—¿Muere mucha gente?—Así, así: el año pasado *se hacia mas negocio.*—¡Bárbaro! esclamé en voz baja.—Repare V. en ese pedazo de tierra mas elevado que los otros.—Ya: habrá muchos cadáveres amontonados. —Ha acertado V., pero pronto mudarán de sitio.—¡Cómo! Eso seria una profanacion.—No por cierto; mire V., cuando el terreno forma esa altura, se saca *la tierra* con azadones hasta igualarlo con el otro, y los huesos se depositan allí.

Diciendo esto me señaló con la mayor indiferencia cuatro *osarios* que al pié de igual número de pirámides de piedra se ven construidos en los cuatro ángulos del *Cementerio*.

ABEN-ZAIDE.

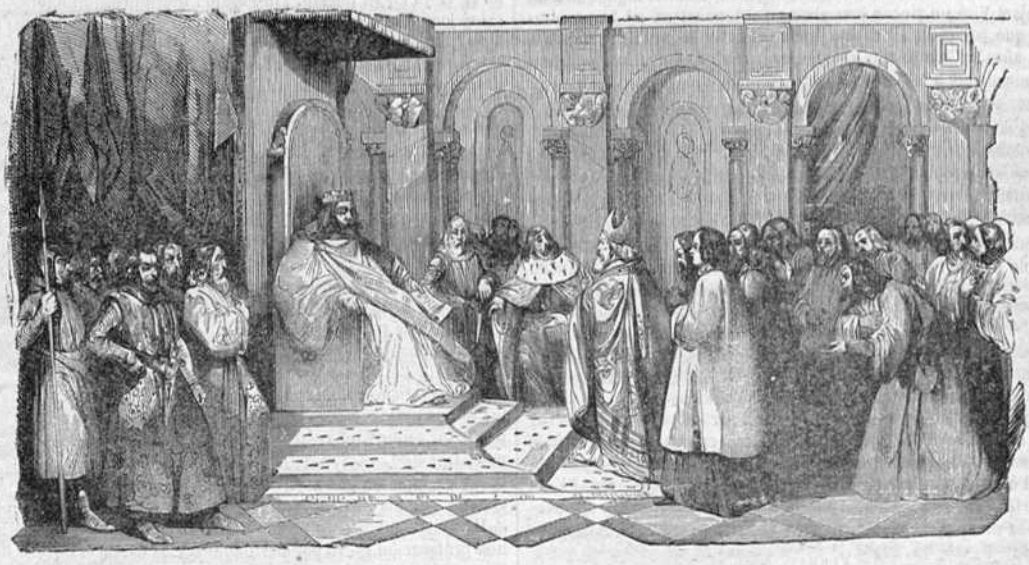
LA EMANCIPACION DE LOS COMUNES.

La emancipacion de los comunes verificada en Francia por Luis el Gordo en el siglo XII, es un hecho conocido de todo el mundo, ratificado por todos los historiadores, é ilustrado bajo todos conceptos. Cuando se trató en estos últimos tiempos de *pintar la historia de Francia en cuadros*, en el magnífico museo de Versalles, no faltó quien consagrára á este hecho importante una página de dimension estraordinaria que reproduce aquí nuestro grabado. Desgraciadamente la escena supuesta por el artista jamás tuvo lugar, por la razon de que Luis el Gordo no fué, como se le supone, el *inventor* de los comunes, ó para hablar con mas claridad, del tercer estado. El orígen de este poder importante que debia acrecentarse de siglo en siglo, remonta á los primeros siglos, y en la Bretaña, en la Normandía, en el Anjou, y en el Maine es sobre todo donde es preciso estudiar el principio de su historia.

Agustin Tierry ha probado hasta la evidencia lo que insertamos aquí, y no podemos menos de recomendar á nuestros lectores lean sus memorias sobre la *historia de Francia*. Encontrarán en ellas las pruebas del error cometido en la pintura del cuadro de Versalles y los pormenores mas estensos sobre el verdadero orígen de los comunes; nos contentaremos con citar el pasage relativo al de Mases. La historia de esta, está relacionada con la famosa conquista de Inglaterra por los Normandos, en el año 1066.

Encerrado, por decirlo así, entre dos estados á cual mas poderosos, la Normandía y el Anjou, el condado del Maine parecia destinado á caer alternativamente bajo la supremacía del uno ó del otro: pero, á pesar de esta desventaja, los mainenses luchaban muchas veces con heroismo para restablecer ó recuperar su independencia nacional. Algunos años antes de su desembarco en Inglaterra, el duque Guillermo el Bastardo fué reconocido como señor feudal del Maine por Herbert, conde de este pais, enemigo acérrimo del poder anjovino, y á quien sus incursiones nocturnas en las aldeas del Anjou habian hecho dar el sobrenombre estravagante y enérgico de Despierta-Perros. Los mainenses, como vasallos del duque de Normandía, le entregaron sin resistencia su contingente de ginetes y arqueros; pero cuando le vieron ocupado de los cuidados y dificultades de la conquista, pensaron emanciparse de la dominacion normanda. Nobles, soldados, aldeanos, todas las clases de la poblacion concurrieron á esta obra patriótica.

El movimiento impreso en los ánimos por esta insurreccion no se paralizó cuando el Maine se restituyó á sus señores nacionales, y vióse entonces estallar en la principal ciudad una revolucion de un



La emancipacion de los comunes.

nuevo género. Despues de haber combatido por la independencia, los aldeanos del Maine, vueltos á sus hogares, empezaron á hallar oneroso y vejatorio el gobierno de su conde, y se irritaron por una porcion de cosas que habian tolerado hasta entonces. Al primer tributo que les impuso un tanto oneroso, se sublevaron todos y formaron entre sí una asociacion que se organizó bajo las órdenes de gefes electivos, y tomó el nombre de comuna. El conde que reinaba era muy jóven; tenia por tutor á Geofroy de Moyena, magnate poderoso y célebre por su tacto político. Geofroy, cediendo al imperio de las circunstancias, juró en su nombre y en el de su pupilo por los comunes, y prestó así obediencia á las leyes establecidas contra su propio poder.

Hé aquí cómo se emanciparon los comunes, ó mas bien se formaron casi por todas partes antes del reinado de Luis el Gordo. El dominio de este último, comprendido entre el Somme y el Lorena, estaba muy lejos de representar la Francia actual para que pueda atribuírsele la constitucion del tercer estado en esta nacion. Esta constitucion produjo por todas partes el resultado del enriquecimiento y la importancia siempre progresiva de la clase media. Las municipalidades compraron los privilegios ó los conquistaron, y formaron de este modo los comunes combatidos siempre por los magnates, pero por fin victoriosos.

MISERIA Y VIRTUD.

(Conclusion.)

Doña Sinforosa habia oido hablar antes de su desgracia de algunos á quienes la fortuna insolente de favor algunas veces habia fijado su rueda voluble á las puertas de su mansion; la época era propicia para asirla, y la viuda del oidor creyó ¡pobre cuitada! que aquellos á quienes la suerte favorecia con los bienes de la tierra, debian poseer un corazon sensible y ansioso de procurar el bien á las familias y salvar algunas del deshonor. Determinó, pues, arrojarse á las plantas de uno de esos favoritos de la fortuna, y en nombre de la religion y de un Dios de caridad implorar su compasion. Dirijióse al efecto un dia sostenida por su anjel, que así se complacia en apellidar á su hija, á casa de uno de los favoritos de la nueva época: un gran palacio, si no tan sólido ni tan imponente como solian en otro tiempo levantarlos los que dedicaban su vida y su alma á la defensa de la independencia, decoro y buen renombre de su patria, mas brillante en la apariencia era el templo que se habia erigido el nuevo potentado que habia labrado su pingüe aunque flotante caudal en las repetidas contratas por las que se sacrificaba á su poder los recursos de su pais y la vida de los que por él pelean en los campos de batalla, para solazarse él entre goces y placeres, que para cierta gente nada importa que cada gota del licor que sorben sea el producto de muchas gotas de sangre derramada: su Dios es el egoismo, y su religion el propio bienestar. ¿Qué importa lo demás? Vivan ellos y gocen y rian, siquiera el pedestal del trono que alzan á su orgullo se halle formado de cadáveres todavia palpitantes. Gocemos aquí, se dicen: que allá... ¿No es esto el escepticismo, la duda, el egoismo que tantos prosélitos han hecho en nuestro siglo de ilustracion?

Hemos dicho que la viuda del oidor estaba destinada á devorar toda clase de infortunios y de sinsabores, y así era en efecto: el rico hombre á quien se dirigió primero sin saberlo habia sido en su juventud page del oidor, y á su arrimo se habia instruido competentemente en algunas materias escolásticas; mas dotado de una imaginacion ardiente, de un carácter emprendedor y aventurero y no poco intrigante, no bien abandonó la casa de sus antiguos protectores, cuando se lanzó en esas empresas atrevidas que á favor del caos que reinaba por entonces en el régimen del estado, eran casi siempre una fecunda mina cargada de rico y abundante mineral; así es que en poco tiempo el ex-page del oidor vino á pasar de especulacion en especulacion y de contrata en contrata, en ser uno de los mas poderosos é influyentes sugetos de aquel tiempo: empero lleno tambien de orgullo el corazon y cerrado á toda clase de lamentos, avezado á oir resonar en sus oidos el renombre que le daban de usurero y de esplotador, se habia hecho mucho mas impasible que lo era ya á los males de sus semejantes, persuadido que si alguien sufria por la miseria, era por su indolencia, y por querer empeñarse en seguir ciertos principios de probidad que los adoradores del becerro de oro, ya muchos en número, rechazaban. Para esta clase de hombres solo la intriga y el engaño es la verdadera inteligencia, y el verdadero talento el saber esplotar la credulidad y buena fé de los demas.

Cuando doña Sinforosa supo quién era el dueño de aquel palacio, se estremeció al pronto y quiso volver atrás; mas vuelta al momento en sí y aceptando resignada aquella nueva y punzante humillacion, creyó que el cielo apiadado al fin de sus males, la deparaba aquel protector que habiendo partido con él el pan en tiempos de su bonanza, debia considerarse deudor á aliviar al menos la suerte infausta de sus antiguos amos. Repasaba la ex-oidora su memoria y no encontraba en el tiempo que el ex-page estuvo á su servicio mas que pruebas de sumision completa á sus órdenes que casi rayaban en servilismo; recordaba la deferencia y respeto que habia mostrado por su Lucia, y de todas sus acciones concluia la buena señora que al saber su nombre el nuevo favorito de la fortuna, no podria menos de recordar aquellos tiempos, tranquilos para él, felices para sus amos, y viendo ahora la estremada decadencia de estos, enternecerse y abrirles el corazon á la esperanza. Creia la buena anciana, que aunque el ex-page no quisiera aliviar enteramente su suerte malhadada, procuraria influir en el ánimo de los gobernantes para concederla una pension, que por escasa que fuera, la evitaria al menos la dolorosa humillacion de ir de puerta en puerta reclamando la pública caridad.

Pero la buena de doña Sinforosa, juzgando por el suyo el corazon de los demas, y que las máximas y preceptos religiosos que ella tenia

tan profundamente arraigados en su alma, lo estaban igualmente en el ánimo de todos sus semejantes, no contaba, como vulgarmente suele decirse, con la huéspeda. así es que la primera vez que se presentó en los umbrales de aquella casa que habia hecho renacer su confianza, recibió por única respuesta un seco «no está el amo en casa», cerrándola violentamente la puerta en los hocicos que la dejó helada de espanto. Lucía, mas tímida que su madre, queria al momento retirarse, viendo lo despiadadamente que habian sido recibidas en su primera tentativa; pero el cariño materno que no tiene semejante ni aun medianamente parecido cuando se trata de salvar la existencia de sus hijos, permaneció tranquila á faz de tanta crueldad, insistiendo en no salir de aquella casa sin haber obtenido una audiencia del millonario.

Los criados son siempre el reflejo de sus señores: así es que rara vez ó casi nunca sucede que el poderoso que tiene un corazon sensible á los males de sus semejantes, se sirva de gentes inhumanas y egoistas, que so pretesto de conservar la tranquilidad y reposo de su amo, maltraten á quien llega humildemente á implorar su proteccion. Los hombres tambien, á quienes la suerte favorece con insolente prodigalidad, y que han subido desde la nada ostigados en su principio por la desgracia y la pobreza, cuando se ven en la cima de la fortuna, sucede de ordinario que olvidando su orígen se creen unos semidioses, y que el estado próspero á que han llegado es debido solo á su talento y mérito, y que nada es capaz de conmover el edificio sobre que asientan su dominio. Vengan para ellos, por un acaso, los dias de la adversidad, y se les ve tornarse en bajos, miserables, rastreros y aduladores.

Una y otra vez y otra insistió la buena de doña Sinforosa en ver al nuevo potentado, y otras tantas recibió de sus criados insultos y groserías, por lo cual la viuda del oidor creyó seria mas prudente dirigirse por escrito al ex-page, intentando por este medio el último recurso que le quedaba para implorar su asistencia. Pasáronse, sin embargo, algunos dias antes de recibir contestacion alguna, cuando una mañana que sin desayunarse tan solo por carecer absolutamente de recursos, se aprestaban á salir á implorar la caridad pública, entró una muger en su desmantelada bohardilla, cubierta con un pañolon, que con aire al parecer compungido y triste, y despues de no pocos rodeos, las dijo venia de parte de aquel á quien habian escrito para decirlas que faltándole una jóven que se encargase del régimen interior de su casa, en atencion á que los negocios le absorvian todo el tiempo, habia creido que nada seria mas conveniente para la señorita Lucía que aceptar aquella plaza, y que entre tanto le mandaba á su madre un napoleon para remediarse.

Absorta y casi enagenada por el dolor oyó la pobre ciega aquella embajada, y una palidez lividamente espantosa cubrió por momentos su semblante: veia al través de la humillacion cruel que se la arrojaba á la faz, el deshonor que por grados queria infringirse á su pobre hija; pintábanse á su herida imaginacion la escala de degradacion á que se la queria sujetar, su fama mancillada, sus principios religiosos escarnecidos, humillada su altivez: toda una vida de rectitud y de virtudes, resguardando sin cesar y con vigilancia esquisita el honor siempre incólume de su Lucía, espuesto á ser la víctima del orgullo de un ingrato que se complacería en rebajar y destrozar lo mas puro de su ternura; veia, en fin, la desgracia, el vilipendio y el desprecio reunidos, descender sobre la vida de aquella flor tan pura y tan admirada por su inocente candidez.

Sus lábios temblorosos y llenos de indignacion, apenas pudieron pronunciar un «gracias por todo, no acepto nada» que no dejaron medio alguno á la fingida caritativa mensagera de contestar, retirándose al instante dejando á la madre y á la hija entregadas á tal asombro, que por mucho tiempo ni aun sus lágrimas pudieron correr libremente. Lucía estrechamente abrazada con su madre se esforzaba en reiterarla su cariño y consolarla; pero la infeliz parecia no existir. ¡Cuánto acibar habia derramado en su corazon! La copa de la amargura rebosaba y se vertia.

Empero tantas desgracias repetidas y tantos golpes recibidos debian tener su fin: la pobre viuda, herida en lo mas sagrado de su alma, no pudo resistir á tantas amarguras, y postrado en cama, vió acercarse su última hora con esa calma impasible y resignada del que no creyendo haber merecido una suerte tan ingrata, confia solo á la providencia la reparacion de sus desgracias, y el porvenir de lo que ama. Asistida por el venerable sacerdote á quien estaba encomendada la cura de almas de su parroquia, y á cuya solicitud debió tan solo el no haber sucumbido al hambre y á la necesidad, fué apagándose poco á poco aquella vida de martirio y de sacrificios, sin que fueran bastante á prolongarla los cuidados esquisitos ni el tierno celo de la infortunada Lucía, que veia huir con su madre su felicidad futura, ni aun menos la asistencia de un facultativo estudioso é inteligente, aunque sin fastuosa y no pocas veces inmerecida nombradía, que rogado por el piadoso eclesiástico cooperó con él á hacer menos dolorosas las últimas horas de su agonía. La buena moribunda, sin embargo, convencida íntimamente de su estado mortal y antes de recibir los últimos socorros espirituales que nuestra religion consoladora presta á sus fieles, quiso despedirse de su hija dirigiéndole sus consejos, estrechando al propio tiempo entre sus manos las suyas.

—Hija mia, la dijo, en quien he puesto todo mi cuidado desde que abriste tus ojos á la luz; no olvides nunca el santo temor de Dios que hemos procurado con esquisita vigilancia grabar en tu alma tu respetable padre y yo: sin él no hay tranquilidad alguna en esta vida, aun cuando el mundo le rodease de las mayores riquezas: sin el exacto cumplimiento de sus preceptos no gozarías de ninguna felicidad. No recuerdes nunca, querida Lucía de mi alma, la injusticia con que algunos nos han tratado, y si por el tiempo y con la ayuda de Dios tu suerte mejorára y la suya no fuera tan propicia como lo es ahora, no les escasees los beneficios y favores que estén en tu mano hacerles. Haz entonces, si los vieras necesitados, lo que hubieras querido hubieran hecho ahora por nosotras; que por este vencimiento de tí misma no podrás menos de alcanzar grandes mercedes. Sé modesta y recatada, hija querida de mis entrañas, y guarda cuidadosamente tu honor y tu decoro: el vicio se oculta muchas veces bajo una máscara pérfida de hipocresía y de santidad, para engañar mas fácilmente sus fines torcidos y culpables: sé sorda á las lisonjas y á la compasion repentina que los hombres te tributen y sientan por tí: que si una vez llegares á caer indebidamente en su poder, no podrias ya levantarte sino hollada, vilipendiada y despreciada. La muger debe ante todo guardar su honor y su buen nombre: la sociedad mundana que no sabe premiar á la que resiste con firmeza los embates de una pasion, no deja nunca de escarnecer y mofarse y despreciar abiertamente á la que ha bajado el primer escalon de la degradacion de su alma. Ruego al Dios Todopoderoso ante cuya presencia voy á parecer dentro de poco, te liberte y preserve de todo mal, y para ello te bendigo con toda la efusion y cariño maternal de mi alma.

Algunas horas despues doña Sinforosa se habia ya reunido con su esposo en otro mundo mejor.

Aquí deberia ciertamente finalizar esta historia lamentable, si los lectores que por un esceso de bondad han seguido sus detalles, no se encontrasen autorizados para saber cuál fué el paradero de la desgraciada huérfana del oidor, y á mas de esto pudieran sospechar que la justicia celeste, que con su madre se mostraba implacable y cruda, no reserva consuelo ni recompensa alguna para los que se sujetan á sus fallos sin murmurar, con la esperanza de una recompensa eterna. Empero el cielo, aunque algunas veces descarga sus iras con rigor, no dejando alivio ni recurso alguno al desgraciado, mas que la esperanza de un porvenir tranquilo mas allá del sepulcro, es tambien cierto que frecuentemente y con muy raras escepciones proporciona en este mundo consuelos inesperados y bienestar infinitamente superior á los males y sinsabores padecidos. Esto se vió clara y patentemente en la infortunada Lucía, y hé aquí cómo.

Casi enagenada la razon al ver á su madre ya fria y sin sentido, y casi sin fuerzas para llorar, el venerable sacerdote que habia asistido tan resignada miseria hasta el borde mismo del sepulcro, corrió en busca de auxilios para dar al cadáver una modesta pero decente sepultura, al mismo tiempo que recomendaba al cuidado de dos señoras, feligresas suyas, que vivian modestamente retiradas al abrigo de una corta renta, á la pobre huérfana, cuya desgraciada situacion les contó en breves palabras. Ambas caritativas señoras, que aunque no muy sobradas en bienes, eran poderosas en caridad, no pudieron menos de enternecerse á tanta desventura, y acogieron á Lucía como á una hija querida. Es verdad tambien que las religiosas inclinaciones de esta, su carácter dulce, su resignada voluntad, y su sumision decorosa sin envilecimiento, la hicieron amar tanto en poco tiempo, que ambas ancianas hermanas creyeron que mas bien que una huéspeda importuna, les habia entrado en su casa un ángel de paz y de ventura. Así pasaron algunos meses, cuando ya calmada la pena de Lucía, aunque no estinguida, y dando mil gracias á Dios de que al fin la habia deparado un asilo seguro para el resto de sus dias, sucedió que llegó una mañana un jóven, título de una de nuestras provincias, heredado ya y mas que medianamente rico, que venia á pasar una temporada en Madrid, y por lo tanto encargado de hacer una visita de parte de su madre á aquellas dos señoras, antiguas amigas suyas, para quienes traia una carta de recomendacion.

A ser esto una novela, no faltariamos aquí en describir minuciosamente las sensaciones de amor que esperimentó nuestro jóven al descubrir el tesoro que por dicha y fortuna suya habia encontrado donde menos le esperaba; pero á fuer de verídicos narradores diremos tan solo que las distracciones que una corte ofrece no fueron bastante poderosas para borrar de su alma la imágen de aquella jóven incrustada, por decirlo así, en la antigüedad y el respeto que infundian las dos amigas de su familia, y que á esto se debió que las visitára casi diariamente, aunque muchos dias sin el gozo de contemplar la belleza

virginal y cautivadora de la que embargaba todos sus pensamientos.

Regresado á su pais y al maternal regazo, hizo tales elogios á su madre de la modesta joya que vivia en compañía de sus amigas, y fueron tales las súplicas y tanto lo que la dijo que solo con ella creia poder ser feliz, que la buena de la madre, ya por cariño y bondad para con su hijo, ya tambien secretamente inclinada hácia la que no conocia mas que por relacion interesada, escribió á sus amigas de Madrid, contando el caso é informándose de todo, concluyendo por suplicarlas consultasen el deseo é inclinasen la voluntad de la señorita Lucía, para que hiciese la felicidad y ventura de su único y querido hijo. Concluidos todos estos preparativos, y aceptado por ambas partes el enlace, partieron las dos señoras con su hija (que asi se complacian en llamarla) para la ciudad donde estaba situada la casa y propiedades de su futuro, donde á pocos momentos de su llegada, y prevenido ya todo, la pobre huérfana era ya esposa de un poderoso título de Castilla.

Querida de su madre adoptiva, tanto como lo es de su tierno y amante esposo, que no se ha separado un momento de su lado, desechando por no efectuarlo cuanto le han ofrecido sus amigos, que podia alhagar cumplidamente su ambicion, si ambicion y afan de figurar tuviera, la ahora feliz Lucía no ha cambiado ni alterado ninguna de sus antiguas inclinaciones; solo si ha aumentado en un doble su caridad; el mas bello momento de sus dias, y la gran satisfaccion que se la puede causar es indicarla una miseria que socorrer y un sufrimiento que calmar; y esta inclinacion santa que con gran placer de los tres ha hecho participar con igual efusion que ella á su madre política y á su esposo, les ha dado tal nombradia, que en muchas leguas á la redonda su casa no se la nombra mas que «la casa de los pobres.»

Luis MIQUEL y ROCA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

A LA SEÑORITA DOÑA NATALIA FALCON.

Prima mia: desde que tengo la dicha de poseer tu cariño, todos mis pensamientos van unidos á tu memoria. Por eso algunas veces has de leer tu nombre al frente de mis escritos, porque quiero que nuestros nombres formen el mismo lazo que forman nuestras almas.

Carolina CORONADO.

El amante de la estátua.

Permitidme que vuelva mis ojos amorosamente á Portugal siquiera porque en él se halla hoy 1.° de mayo de 1550 una española célebre.

Dos meses hace que pasó de Toledo á Lisboa acompañada de su anciano padre la escritora Luisa Sigea, y uno que la recibió á su servicio la princesa doña María, hija del rey D. Manuel. Todavía los cortesanos no conocen á la nueva dama, y esperan impacientes el dia del besamanos para ver si la belleza corresponde á la fama que la ha dado su pais.

Muy fea será preciso que se presente la literata tolentina si ha de parecerlo á la juventud portuguesa, para quien la sola prenda de ser española constituye la primera belleza de una muger.

Infinitas damas hay en palacio: hermosas como la luz; pero todas tienen un defecto capital para los galanes de Lisboa. — Son *Portuguesas*. La princesa misma no puede evitar que sus encantos aparezcan nublados á los ojos de los nobles, por mas que los rayos de sus brillantes den esplendor á su juvenil fisonomía. Ninguno halla espresion en la dulzura de sus ojos negri-azules, ni gracia en la sonrisa de su preciosa boca. La dama española debe de mirar con mas fuego y sonreir con mas amor. La dama española es la que desean ver.

Generosos con nosotras solamente los patrióticos lusitanos, nada hallan en el estrangero superior á las cosas de su reino, ni clima ni ejércitos, ni bajeles, sino las damas españolas. Porque su sol les parece el mas brillante que alumbra la tierra, cuentan por cabezas la estrangera caballería, y la suya por pies para que resulte la misma cuenta, y llaman á sus barquichuelos *terror d'os mares*.

Pero ante nosotros se despeja el ceño de su orgullo nacional; su lengua enfática se hace humilde, y los enemigos de los castellanos se postran á nuestras plantas como los indios que adoraban á Colon.

Si ha de acontecer por dicha que en los venideros siglos se una á la grande España el pequeño Portugal, no creais que esto se verifique por la contienda de las armas, sino por los lazos del amor. La fuerza de atraccion que tiene España para absorver al fin á su vecino, no es la del acero, es la de la belleza. Dios ha puesto en el corazon de los portugueses una irresistible simpatía que los impulsa á buscar en España su felicidad.

En un principio no querrán ceder en su patriotismo, y robarán á las españolas para identificarlas á sus pais. Luego se conformarán con vivir en España siguiendo las costumbres de su pueblo, y mas tarde adoptarán nuestras costumbres y se confundirán las españolas que van con los portugueses que vienen. Lo que no alcanzaron las batallas de tan denodados guerreros, lo alcanzarán las sonrisas de las tímidas mugeres, y antes de muchos siglos España y Portugal no formarán sino una sola familia.

Pero estamos en 1550 y todavía no es tiempo de discurrir de este modo, sino de continuar sencillamente la relacion de unos hechos que nada tienen que ver con la union de España y Portugal.

Hoy es el cumpleaños de la princesa doña María, y hay besamanos al que no puede menos de concurrir la dama española.

Los jóvenes de quince á veinte años estiran sus bigotes cuanto puede consentirlo el flexible bozo que apenas sombrea el lábio. Los de veinte y cinco á treinta recortan el mostacho para suavizar la densa sombra de las ásperas cerdas. Los hombres de cuarenta á cincuenta se empolvan la peluca.

Uno solo entre los cortesanos permanece inactivo en medio de la vanidosa faena. Ni siquiera piensa en asistir al besamanos. Y es jóven, gallardo, enamorado y presumido. Y sabe por tradicion que es hermosa la Sigea. Pero con una palabra se esplica su indiferencia, su apatía. Este caballero es español y no puede ofrecerle novedad la vista de una española.

No sé si habreis leido otras novelas en las cuales, he descrito los jardines de Portugal, pero si las leisteis, ahorradme el trabajo de una nueva descripcion recordando aquella, y sino las habeis leido, tomais la molestia de buscar el capítulo 3.° de *Musiña*, donde agoté mi vena poética haciendo brotar con profusion toda clase de árboles y de flores y de cascadas y de fuentes. Nada vuelvo yo á escribir tan florido como aquel capítulo de pura vejetacion en el cual cada palabra es una rama de sáuce ó de naranjo, y cada letra una oja de nardo ó de jazmin. Es un capítulo aquel que copiaría de buena gana introduciéndolo en esta novela sino fuese porque es ya *propiedad del editor portugués, que perseguirá ante la ley al que lo reimprima*.

Digo todo esto porque las ventanas del pabellon que habita la escritora de Toledo, dan sobre el jardin real, y mis lectores naturalmente querrán saber cómo es este jardin. Esto es muy justo. Desde que el primer escritor dió á su lector el adjetivo de *curioso* ha sido *curioso* siempre y seguirá siéndolo mientras haya escritores. Yo comprendo bien la *curiosidad* que tendrá ahora por saber cómo era el real jardin, pero repito que nada vuelvo á escribir como el capítulo 3.° de *Musiña*.

Basta para dar una idea del jardin real con el silbido de los portugueses, que ponderan así su magnificencia como si las palabras no fueran suficiente esprésivas para hacer su elogio.

Todas las mañanas pasean entre los árboles multitud de jóvenes que espian el momento de ver á la Sigea asomada á sus ventanas. Pero inútilmente, porque ella permanece oculta en el fondo de su habitacion todo el tiempo que la dejan libre sus tareas en el cuarto de la princesa.

La sombra de la arboleda empieza á dibujarse en el suelo, cuando el caballero de Castilla, no con objeto de ver á la española, sino con otro que no ha querido decirme, ni yo me atreveré á preguntar, se ha detenido cerca de una Venus de Carrara, que por un capricho de su escultor arroja dos caños de purísima agua por cada uno de sus hermosos pechos. Parece aquella Venus la nodriza de todas las flores que se alimentan en el jardin con su abundante jugo.

El caballero español cruzado de brazos contemplaba estático la escultura, cuando uno de los cortesanos portugueses que hablaba nuestra idioma, se acercó y le dijo dándole un golpe en la espalda.

—¡Ya estamos! ¡*Deus*, tú te hallas enamorado de esa piedra!

Rióse el español, y contestó volviendo la cabeza, pero sin apartar los ojos de la estátua:

—¡Mira que es hermosa!

—Pero de piedra. ¡Hermosa la *menina* española! La he visto ayer por la espalda al pasar á la sala de guardia, y.....

—No será como esta.

—*Ainda mais*.

—¿Qué sabes sino la has visto mas que por la espalda?

—Pero soy un lince: se me traslucen las cabezas bellas aunque las vea por el revés. ¿Vendrás al besamanos?

—No. Respondió el español sentándose enfrente de la estátua.

—¡*Deus*! vas á perder el juicio, Mariano, con esa regadera *d'os* jardines.

Retiróse el portugués y se unió á los otros compañeros, que se alejaron riendo de la estravagancia del castellano. Un minuto despues

de haber desaparecido ellos asomó á una de las ventanas que daba sobre la fuente la linda cabeza de la tolentina.

Los reflejos todavía pálidos del sol de primavera esmaltaban la blanca frente del español, haciéndola lucir como si fuese de plata. Su bigote castaño, ensortijado graciosamente, se unia por las estremidades á los grupos de sus cabellos, que avanzaban hasta las mejillas, envolviendo el óvalo de su rostro en una sombra como la que dan á sus cuadros los pintores de la escuela de Rivera. Tenia el caballero apoyada la cabeza en la mano izquierda, el codo en el relieve de una columna, y los pies indolentemente cruzados. El trage de terciopelo negro con los vistosos greguescos y lucidos oropeles de la córte de don Manuel, favorecian al jóven lo bastante para que pareciese mas bello y mas gallardo de lo que era. Porque en realidad su rostro y su talle estaban muy lejos de ser perfectos. Tenia facciones irregulares y el cuerpo algo encorbado. Pero en estos momentos el sol, el terciopelo y su actitud lo embellecian con una triple ventaja.

La mirada de la escritora se detuvo en él primero con indiferencia, despues con curiosidad, y por último con interés. —¿Qué contempla? se preguntó para sí.—Es la estátua, se respondió á sí misma.—Un ocioso, pensó despues haciendo un gesto de desden; ¿por qué no llevará un libro al jardin?

Separóse de la ventana y se sentó cerca de una mesa donde se veia un gran pliego con párrafos escritos en distintos idiomas. El primero en latin, el segundo en griego y el tercero se puso á continuarlo en hebreo.

Escribió tranquilamente algunas líneas, y se levantó varias veces para hojear pergaminos y registrar diccionarios.

Una hora trabajaria, y sofocada se acercó á la ventana para respirar el aire fresco, sin acordarse ya del caballero que estaba en la fuente. Pero al verlo todavia en la misma postura se sorprendió y volvió de nuevo á examinarlo.

—¡Es mucha ociosidad! esclamó.—Este hombre es español indudablemente. Continuemos mi carta.

El cuarto párrafo de esta carta habia de ir escrito en siriaco, y aun faltaba el párrafo quinto que iria en arábigo.

La Sigea escribió con ardor dos horas mas. Concluyó, cerró su carta y le puso la direccion:

Al Pontifice Paulo III.

Vistióse luego de ceremonia y se dirijió el salon de la princesa.

Los cortesanos formados en hileras aguardaban la hora del besamanos. El mas impaciente era aquel portugués que habló en la fuente con el amante de la estátua. Presentóse por fin doña Maria Seguida de sus damas, entre las que se vió aparecer á la escritora Tolentina. Pero las risueñas esperanzas de los jóvenes quedaron, defraudadas con su presencia. En vez de una andaluza salada, vivaracha, incitadora, se hallaron el porte de una inglesa.

La Sigea tenia la frente noble y suave, hermosos ojos, mejillas de virgen, redondas y puras, y una boca de espresion inocente. El talle de la Sigea era delicado y magestuoso.....

—¡Ah! esclamó en voz baja aquel portugués que la aguardaba ansioso, creí que *á menina* Española seria *mais* sandunguera.

La Sigea dirigió una mirada investigadora en torno de sí y volvió á bajar los ojos sin haber visto al Español.

Otros españoles concurrieron al besamanos mas gallardos ciertamente que el amante de la estátua, pero la dama no fijó su atencion en ellos.

Concluido el besamanos quiso la princesa bajar á los jardines y eligió para que la acompañasen á la duquesa de Alenoartre, á la condesa de Almeida y á la escritora de Toledo.

Timida la Sigea para aceptar un honor que no creia merecer todavia en palacio, dejó marchar delante á las ilustres damas, y las acompañó á una distancia respetuosa. Atravesaron gran parte del jardin y doña Maria se detuvo junto á la fuente, donde se elevaba la Venus.

La Sigea se detuvo tambien.

Pero, ¡cosa estraña! en vez de sentir un placer artístico, en la contemplacion de la hermosa estátua, sintió un secreto disgusto que al pronto no se supo esplicar. Su primer impulso, fué cubrir con su vele aquellas desnudas formas. El agua cristalina que demanaban sus pechos le producia con el rumor de su caida una angustia dolorosa, y no pudo marcar la perfeccion de aquella torneada pierna, sin esperimentar un sacudimiento en todas sus fibras. La duquesa de Alencastre vino á dar mas energía á esta sensacion diciendo en inglés.

—¿Cómo no estará por aqui ese tonto de Mariano?

—El loco, no el tonto; repuso la princesa.

—Tonto loco; añadió la condesa de Almeida:

—Tonto no; volvió á correjir doña Maria.

Y luego repitió en voz baja.—«Será preciso hacer pedazos la estátua.»

La princesa no quiso ya pasear y se retiró del jardin silenciosamente.

La Sigea volvió á su habitacion melancólica y disgustada.

Despojóse del traje de ceremonia y se puso á escribir sobre la influencia de la *escultura en los sentidos*. Buscó en sus libros las noticias de los mejores escultores y se ensañó con Praxiteles.

Un trozo de este libro debe existir entre los manuscritos de la autora que dice lo siguiente, traducido del latin.

«La influencia de la escultura es muchas veces perniciosa al desarrollo de las pasiones. La juventud se fija mas en las formas de una estátua, que en el estudio del arte; y atribuyo en gran manera el relajamiento de la sociedad griega, á la profusion de hermosas estátuas que adornaban sus plazas y sus paseos. Es cierto que este arte puede servir en beneficio de la filosofia y de la religion, inspirando á la escultura la fisonomia de personajes históricos ó de imágenes piadosas; pero los mejores escultores se han dedicado principalmente á copiar la belleza. ¡Esas Venus, esas Venus son el cebo del sensualismo, y Praxiteles la perdicion de la juventud. ¿Por qué no dar al arte la severa espresion de la virtud, aunque no tengan las formas esa perfecta armonía? ¡Ah! ¡la belleza! ¡siempre la belleza de las formas! Siempre la forma nunca la esencia ...!

Detúvose la escritora al llegar aquí, agitada por una austera indignacion y levantando la cabeza, con la pluma en la mano, se vió retratada por la pequeña cornucopia, que tenia enfrente. ¡Original, por cierto era el contraste que ofrecia lo que acaba de escribir y la imágen que se reproducia en el cristal. Cuando estaba tronando contra la hermosura se veia ella mas hermosa que nunca, por el carmin que cubria su rostro y el noble fuego que animaba sus ojos. La sectaria de la escuela espiritualista se olvidaba asimisma y combatia su propio mérito por sacar ventaja en su doctrina

Pero no pudo menos de conocer la gracia del contraste y se sonrió.

—O Illmo. senhor don Mariano Enriquez; anunció desde la puerta un page de la dama.

Soltó esta la pluma, volvió á mirarse al espejo; echó sobre sus hombros un manto azul, y salió á la sala inmediata.

—Ilustre dama, dijo el español haciendo una refinada cortesía. Un servidor mio que ha llegado de Toledo, me trae la órden de que os presente mis servicios en nombre del mas apasionado de vuestros amigos.

—Es mucha honra para mí, contestó la escritora medio confusa con aquella inesperada visita.

—Este favor de nuestro amigo, prosiguió el jóven con galanteria cortesana, pero con una frialdad que se echaba de ver en lo apagado de sus ojos, me evitó buscar un pretesto para rendir á vuestro mérito el culto que rinde toda España.

—Caballeros como vos, tornó á responder la tolentina, no han menester recomendacion para ser bien recibidos.

—El nombre de mi *protector* con vuestra persona, continuó el jóven dando á la voz de *protector* un tono de la mas hipócrita cortesania, es el marqués de Villena.

—El noble marqués no podia haber elegido persona mas digna, para enviarme sus favores.

Ni una letra mas añadió el español y despues de una breve pausa, cuando no habia hecho sino tocar el asiento, como si estuviese herizado de espinas, se levantó y se despidió haciendo otra profunda cortesia.

La escritora quedó reflexionando unos instantes.

Se retiró á su aposento, tiró del cordon de una gabeta, y sacó tres pequeños lienzos sujetos con marcos de ébano.

Mirólos con una sonrisa amarga y dijo apoyando su frente en la palma de su mano izquierda.

—Remedios contra el amor. ¡Julio! ¡Félix! ¡Leon! Séres ingratos á quienes sacrifiqué los mas bellos dias de mi juventud. ¡Corazones vulgares! ¡Espiritus ignorantes, á quienes regalé tantas armonías. ¡Pobres sordos, pobres mudos, pobres ciegos, que no podiais ni oirme, ni responderme, ni comprender mi poética pasion.

Representaba el primer lienzo una figura muy gallarda, pero cuyo gesto irónico y duro robaba el interés á su fisonomía. El segundo representaba á un jóven de noble aspecto, pero de mirada recelosa y altiva. La imágen del tercer lienzo era insignificante, y solo podria llamar la atencion aquel retrato, por la elegancia y lujo de su ropaje.

¡Necios! prosiguió la escritora, sin dejar de sonreir; necios que combatisteis mi virtud para quedar vencidos; ¿qué quieren decir esas miradas que me lanzais porque os he reunido á los tres? ¿No sois dignos compañeros unos de otros, puesto que los tres me ofendisteis y que á los tres os desprecio?

Dormid como cadáveres, bajo esta losa, añadió la escritora, colocándolos de nuevo en la gabeta, y dejando caer la tapa de su escritorio; dormid bajo esta losa, sobre la cual escribo todos los dias el epitafio de la misera humanidad. ¡No mas amores, Dios mio, concluyó la Sigea, alzando al cielo los ojos: guardad lo que ha quedado de este desgraciado corazon para vuestra gloria solamente!....

En aquel instante los golpes de un martillo resonaron en el jardin.

Se oyó el estallido que hace al saltar la piedra, y luego un ruido como de una roca que se desploma estremeció las paredes.

Asomóse la Sigea y vió rodar la estátua de Venus partida en dos pedazos.

—¡Ay! esclamó con alegría, ¡han destruido la estátua!

—¡Malvados! gritó al mismo tiempo el caballero español apareciendo al fin de la arboleda; ¿qué haceis? y tiró de la espada.

Adelantóse el jardinero mayor hácia el amante de la estátua, y respondió:

—Cumplir las órdenes de S. A.

Guardó la espada Enriquez y se acercó á la estátua; cruzó los brazos y la miró dolorosamente.

La Sigea creyó distinguir dos gruesas lágrimas que rodaron por la mejilla del caballero y se consumieron en su bigote.

—¡Es muy estraño! ¡Es muy estraño esto que sucede, repitió la Sigea; ese jóven llora por una estátua... y yo lloro, y yo lloro... porque llora él!!!

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

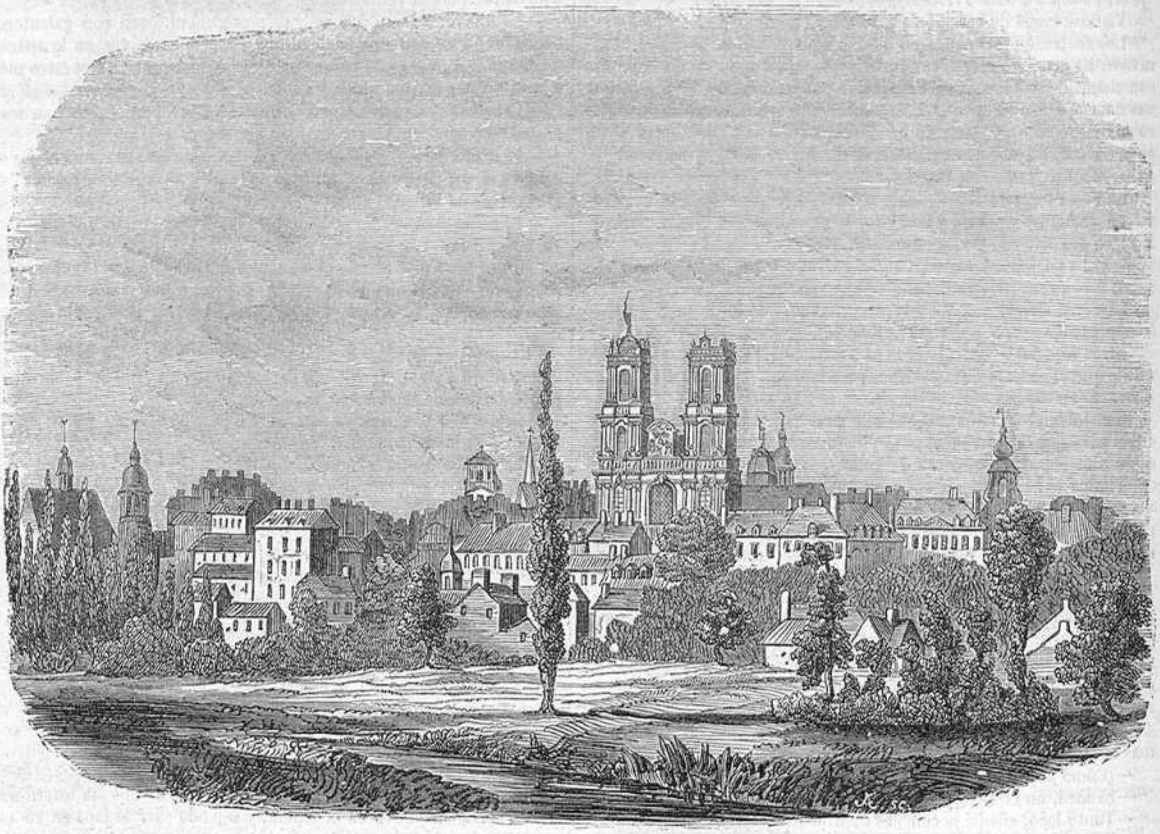
DELIRIOS.

Correr ansioso tras la hermosa huella
Del dulce bien que el corazon adora,
Viendo vagar sobre la boca bella
Sonrisa encantadora;
Correr ardiendo en amorosa fiebre,
Correr buscando en poético delirio
La espresion sonorosa que celebre
La faz de blanco lirio;
Aspirar un amor en su mirada
Que idioma humano frígido no nombra;
Tender los brazos, estrechar la amada.....
Y abrazar una sombra;
Y luego despertar con duro choque,
Sediento el labio y el mirar convulso,
Vibrando el pecho á cada áspero toque
Del agitado pulso;
Tal el tormento que mi mente oprime
Cuando persigue en curso vagabundo
Una felicidad pura, sublime,
Que no existe en el mundo;
Y cual la abeja va de tallo en tallo,
Va de ilusion en ilusion el seno;
Y al aspirar el dulce néctar, hallo
En vez de miel, veneno.
Y en vano á veces el amor me postra,
Y en vano el ritmo ardiente me electriza,
Ay! que al romperse su dorada costra
No hay mas que vil ceniza!
¡Y qué! ¿Será que con eternas plantas
Huya la sombra que mi pecho aflije?
Que ni una sola de ilusiones tantas
Tome cuerpo y se fije?
¡Oh tú que en la region del éter puro,
Ser ignorado, mundos equilibras;
Tú que en las noches de misterio oscuro
El rayo ardiente vibras!
Dame la voz y la secreta seña
Que el velo espeso al Dédalo levante;
Y á esta fiebre ardorosa Tú me enseña
A encontrar el calmante.

JOSÉ M. DE MORA.

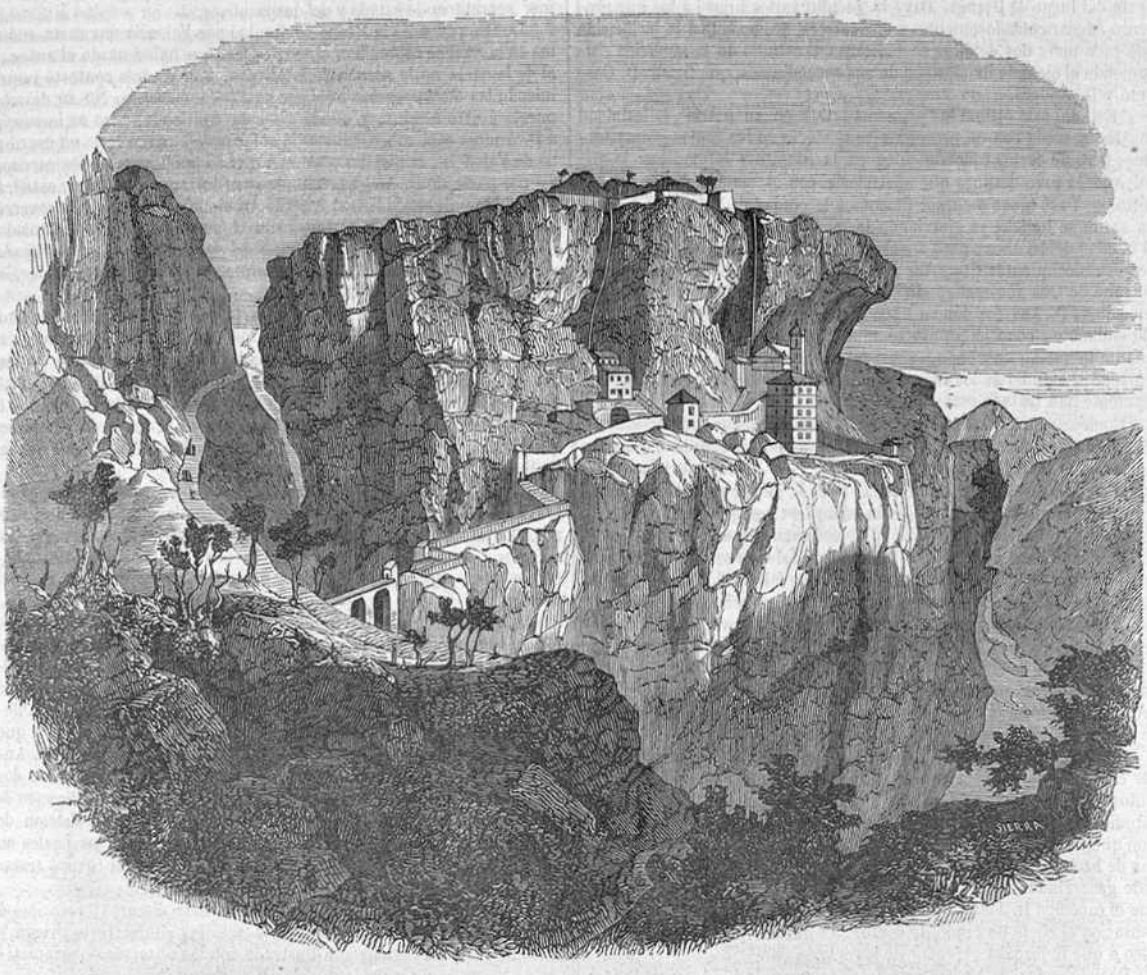
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 13.

Árbol sin riego, casa sin techo, mujer sin amor, y marido descuidado, son cuatro cosas que lleva el diablo.



Una vista de Méjico.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



DESFILADEROS DE LA CORUÑA.

El aspecto generalmente áspero é inculto de la España es debido en gran parte á sus numerosas montañas. Cinco grandes cordilleras le atraviesan de Este á Oeste, y están ligadas entre sí como mallas que la envuelven por decirlo así en una red de rocas y colinas hasta tal punto que apenas se encuentran algunas llanuras, y estas situadas en el interior del pais.

Si esta disposicion topográfica de la España impide la facilidad de comunicacion, aisla los habitantes y entorpece el gran movimiento de nuestra civilizacion moderna, le da por otra parte ventajas de muy grande consideracion, porque templa el escesivo calor de su clima y facilita las corrientes de agua que fecundiza sus valles. Las montañas no han sido menos útiles á los españoles bajo el aspecto político, pues que en ellas han encontrado un baluarte para la independencia nacional: las de Asturias detuvieron como es bien sabido la invasion de los árabes, y Pelayo fundó en ellas su pequeño reino de Oviedo que reconquistó despues la península entera.

Dos cosas sorprenden principalmente en las largas cordilleras que atraviesan la España: los edificios y los caminos. El que ha visto las alquerías de los Alpes y los caminos rústicos abiertos á lo largo de las pendientes por los aldeanos suizos, se admira singularmente de esas blancas y elevadas casas de la España que siempre se asemejan desde lejos á las torres de un castillo, y de esos arrecifes de piedra atrevidamente construidos al borde de los precipicios. El aire árabe y la forma militar dominan en esta perspectiva, que no solo revela como los paisages de los Alpes una poblacion inteligente é industriosa por naturaleza, sino que tambien la civilizacion poderosa de un pueblo guerrero.

Esta apariencia pierde mucho de su grandeza al aproximarse: lo que parecia de lejos una ciudadela feudal, no es muchas veces mas que una posada ó un cortijo: el sendero que diseñaba sobre las cumbres sus atrevidas líneas, es apenas practicable por falta de sostenimientos, y se descubre por todas partes al examinarles un peligro tanto mas inevitable cuanto parece que se ignora á sí mismo. En España, el pais ha guardado, como los individuos, una especie de actitud magestuosa que engaña: desde lejos no se vé mas que la capa y la espada; pero al acercarse se distingue el orin y los andrajos. Estamos, por desgracia, muy lejos de aquel tiempo en que un geógrafo podia escribir. «No hay príncipe alguno en el mundo que posea tantos estados como el rey de España, de manera que puede llamarse con justicia el propietario mas grande del universo; sus estados se encuentran dispersos en Europa, América, Africa y Asia. Algunos de sus predecesores se han gloriado de que el sol no se ponia nunca en sus estados, y en algunas cartas que en el siglo pasado les han dirijido los reyes de Persia, se vé: Al rey que tiene al sol por sombrero.» *El mundo* ó la geografía universal por Duval, geógrafo del rey, 1670.

EL DOCTOR D. ANDRÉS PIQUER.

Cuando la medicina española, participando de la decadencia á que llegaron las ciencias en España á fines del siglo XVII, yacia todavía en la mayor postracion á principios del siguiente, entre los profesores que emprendieron su restauracion debe contarse el doctor D. Andrés Piquer, reputado justamente entre los primeros médicos de su siglo.

Nació este célebre profesor en el lugar de Fórnoles, de la diócesis de Zaragoza, el 6 de noviembre de 1711, y fueron sus padres D. Jacinto José Piquer, sugeto de distinguida calidad, y doña María Arru-

fat: aquel natural de la villa de Cerollera, en el reino de Aragon, y ésta del lugar de Herbés. Tuvo D. Jacinto varios hijos, á los que procuró educar cuidadosemente y dar carrera acomodada á la inclinacion de cada uno: dos de ellos se dedicaron al estudio de la medicina, siguiendo el ejemplo de algunos de sus ascendientes, que fueron D. Cosme y D. Andrés.

Estudió este último las primeras letras en su patria, la latinidad en la Fresneda con un preceptor muy docto en las reglas gramaticales, pero de cortos conocimientos en la literatura latina, por lo que D. Andrés tuvo despues que aprenderla con el manejo de los buenos autores. Pasó luego á cursar filosofía á la ciudad de Valencia (donde á la sazon se hallaba ya ejerciendo la medicina su hermano D. Cosme) á la edad de 16 años; pero siendo la filosofía que allí, como en todos los establecimientos literarios, se enseñaba, la peripatética, con que al cabo de tres años salian sin saber otra cosa que disputar sobre vaciedades, D. Andrés, con su buen juicio, facultad que poseyó en grado eminente, conoció pronto lo mucho de futil y vano que contenia cuanto le habian enseñado; y así, concluido el curso de filosofía, se entregó al estudio de los filósofos antiguos y modernos que mas sólidamente han tratado esta ciencia.

Comenzó en 1730 á cursar medicina en la misma universidad, y concluidos los años de instituciones se graduó de bachiller en las facultades de filosofía y medicina en 1734. Poco menos afortunado fué en el estudio de esta que de aquella, pues la mayor parte de los catedráticos que enseñaban la medicina en aquel tiempo eran ciegos partidarios de la doctrina galénica, y reprobaban altamente los conocimientos modernos, por lo que D. Andrés, así que salió de las aulas, tuvo que aprender privadamente todo lo que faltaba á la enseñanza de la universidad. Dedicóse, pues, con el mayor empeño al estudio de la medicina, sin aflojar por eso en sus tareas filosóficas, y ademas estendió su aplicacion á las matemáticas, á las lenguas y á la erudicion, y este fué siempre el único entretenimiento y el único placer que gozaba en las horas que siendo ya médico le permitia el ejercicio de su profesion, bien persuadido que sin estos conocimientos auxiliares no se puede adelantar mucho en las ciencias.

Apenas hubo concluido su carrera cuando principió á darse á conocer en varias oposiciones y concursos literarios, demostrando sus talentos y la ventaja que hacia á los que habian desatendido los buenos estudios. La primera vez que se presentó en público fué en la oposicion que hizo en el hospital de Valencia en 1734 á la plaza que llamaban de bachiller. En ella mereció un general aplauso; pero, como sucede generalmente en estos concursos, no le dieron la plaza, por lo que el canónigo D. José Castelví, uno de los vocales, le regaló en compensacion el costo de grado de doctor, ya que no podia darle el empleo á que le juzgaba acreedor de justicia.

Recibió, pues, la borla á principios de mayo de 1734, y posteriormente hizo otras oposiciones en el mismo hospital y en la universidad, donde á poco tiempo fué nombrado académico público de medicina por el claustro de ella. Entonces comenzó á introducir el conocimiento de los autores modernos, y procuró mejorar el gusto de los estudios médicos, para cuyo fin compuso y publicó en 1735 la obra titulada *Medicina vetus et nova*, en que se propuso demostrar que de los antiguos y de los modernos se ha de sacar la verdad, sin sujetarse á secta médica alguna. Esta obra mereció muchos elogios, y la Academia médica de Madrid, en vista de ella, le nombró su individuo honorario en 1739.

El ayuntamiento de la ciudad de Valencia, como patrono de aquella escuela, dió á D. Andrés la cátedra de anatomía en 1742, despues de una oposicion muy concurrida, y desde entonces comenzó á adoptar el sistema del mecanismo, como mas conforme que el galénico con los principios de filosofía que habia adquirido en la lectura de los autores modernos.

Aumentábase de dia en dia el ventajoso concepto de los grandes conocimientos de D. Andrés, y el crédito de práctico consumado que debia al estudio de los padres de la medicina Hipócrates, Galeno, Aretco, etc., cuyas observaciones juntaba á las de los modernos y á las propias, prescindiendo de todo sistema. Movida la ciudad del mérito de D. Andrés, le nombró su médico titular en 1742, y le confió varias comisiones para contener algunas epidemias en diferentes lugares del reino de Valencia.

Para que sus discípulos se instruyesen en la filosofía moderna, se dedicó á escribir algunas obras de esta ciencia en lengua castellana; y así en 1745 publicó en un tomo la *Física moderna racional y esperimental*, que dedicó á D. Blas Jover, ministro del real y supremo consejo de Castilla, y fiscal de Cámara. Quiso D. Andrés añadir á este tomo otro segundo para que en los dos se hallase cuanto necesitan saber los que se dedicaran al estudio de la medicina, y aun despues pensó tambien refundir y perfeccionar esta obra, pero no llegó á ejecutar este pensamiento. Con el mismo objeto de instruir á sus discípulos escribió la *Lógica moderna ó arte de hallar la verdad y perfeccionar la razon*, cuya obra dedicó al Sr. D. José de Carvajal y Lancaster, primer secretario de estado y del despacho.

Luego que salió la Física se divulgó por Valencia una carta anónima en la cual se reprendian algunas voces que habia usado el autor, y al de la carta no le parecian castellanas. Don Andrés contestó imprimiendo las *Cartas apologéticas por la Física moderna*. No se dió respuesta á este escrito, y quedó así esta contienda; pero se le suscitó á D. Andrés otra sobre calificar la enfermedad que padecia un escribano de Valencia, la que dió ocasion á que se publicasen varios escritos, así por parte de D. Andrés como de sus contrarios, que eran catedráticos de la universidad. Don Andrés trató de cortar esta controversia que se iba prolongando mucho, con el papel que imprimió titulado: *Noticias del parnaso sobre los escritos del doctor Nicolau, comunicadas por D. Matías de Llanos, cirujano latino, al doctor Andrés Piquer, en carta de 2 de julio de 1748*.

En 1751 recibió D. Andrés una carta del marqués de la Ensenada para que fuese á servir el empleo de médico de cámara supernumerario, y al punto de haber llegado á Madrid se le comunicó que su destino era estar de prevencion por si á S. M. se le ofrecia llamarle en alguna ocasion para su asistencia. En el año siguiente le hizo el rey la gracia de proto-médico, y en la carta-órden de aviso se le comunicó que sirviese el empleo de vice-presidente de la real Academia médica de Madrid.

Siendo juez y censor del proto-medicato, procuró la reforma de los exámenes y el buen órden en algunos particulares pertenecientes al gobierno de aquel tribunal, sobre lo cual dejó algunos manuscritos curiosos, como tambien algunos dictámenes que el proto-medicato habia de dar á varias consultas del gobierno sobre asuntos de su inspeccion.

Aconsejado de algunos amigos que deseaban hubiese en nuestro idioma una obra de Flosofía Moral cuya falta se notaba, compuso y publicó en 1755 la que lleva este título, la cual fué aplaudida generalmente y bien recibida como útil para instruccion de la juventud, á quien la dedicaba su autor. Sin embargo, no faltaron algunos que llevaron á mal su filosofía tanto en materias teológico-morales, y que para comprobacion de ellas se citasen autores gentiles. Quiso D. Andrés satisfacer á esta censura parte de lo ignorancia, y dió á luz dos años despues un escrito con este título: *Discurso sobre la aplicacion de la Filosofía á los asuntos de religion*, el cual mereció la aprobacion de los sábios, pero no le faltaron algunos impugnadores, á los cuales no quiso responder su autor porque creia que era perder el tiempo tratar de satisfacer á tales censores.

En el mismo año que publicó D. Andrés este discurso, principió á dar á luz las obras de Hipócrates mas selectas con el testo griego y latino, puesto en castellano é ilustrado con las observaciones prácticas de los antiguos y modernos.

En 1758 fué llamado don Andrés para asistir á la reina doña María Bárbara de Portugal que se hallaba en Aranjuez, á donde pasó juntamente con el doctor D. José Suñol, primer médico de cámara. La reina falleció de aquella enfermedad en 27 de agosto, y don Andrés se restituyó á Madrid; mas por el mes de noviembre tuvo otro aviso para ir á Villaviciosa á celebrar una consulta con los demas médicos que residian su palacio sobre las dolencias que padecia el rey D. Fernando VI, y luego se tornó á Madrid. A pocos dias volvió á ser llamado para permanecer en el sitio y continuar en la asistencia del rey con los demas médicos, la que duró por espacio de mas de ocho meses hasta que falleció el rey en 10 de agosto de 1759. Sobre la enfermedad de este monarca escribió un discurso que fué una de las mejores producciones que dejó manuscritas.

En 1760 asistió D. Andrés á la reina doña María Amalia de Sajonia, gravemente enferma en el Buen Retiro, juntamente con los demas médicos de cámara, y los de la reina madre doña Isabel Farnesio; mas á los quince dias falleció aquella señora con gran sentimiento de toda la nacion.

En 1768 leyó en Academia médica un discurso refutando el sistema del mecanismo, el cual no dejó de causar estrañeza á algunos académicos, así por la reprobacion de él, siendo como era tan seguido en toda Europa, como porque el mismo D. Andrés lo habia adoptado en su juventud, y enseñádolo á sus discípulos cuando regentaba la cátedra de la Universidad de Valencia; pero esta conducta de don Andrés es su mayor elogio, que desechó sinceramente, movido de su grande amor á la verdad, lo que por falta de estudio y de esperiencia habia abrazado en su juventud sin la debida madurez.

En 1770 fué nombrado por el consejo de Castilla, uno de los censores en el concurso de oposicion á las cátedras de filosofía moral, lógica y física que se habian fundado en san Isidro de Madrid, y el año siguiente cuando se hallaba ocupado en esta comision, fué llamado para asistir al infante D. Francisco Javier de Borbon que se hallaba en Aranjuez y padecia viruelas, á cuya violencia sucumbió al octavo dia de su enfermedad.

En este año reformó D. Andrés la primera edicion de su lógica, é hizo otra edicion de ella por la falta que habia de ejemplares. Este fué su último escrito; porque á fines de 1771 se le agravaron mucho sus males, y á mediados de enero del año siguiente se sentia muy delicado del pecho con tos contínua que le duró algunos dias, hasta que el 30 del mismo mes le sobrevino una calentura muy aguda con gran postracion de fuerzas, manifestándose un catarro pulmonal. A vista del peligro que amenazaba su vida, recibió los Sacramentos con muestras de gran devocion y espíritu religioso, virtudes que siempre brillaron en todas sus acciones y escritos, y falleció el dia quince de su enfermedad, 3 de febrero de 1772, á los 60 años, dos meses y 22 dias de edad. Fué sepultado, segun lo habia dispuesto, en el convento de PP. Agustinos descalzos de Madrid, donde se le puso una lápida, cuyo epitafio compuesto por su erudito amigo D. Gregorio Mayans, dice así:

D. O. M. S.

Hic requiescit corpus
Andraeae Piquerii archiatri
Pietate, doctrina, scriptis
clarissimi.
Vixit annos LX, menses II, dies XXII
Obiit III nonas februarias
Anni MDCCLXXII.
Patri optimo
Filii gratissimi PP.

La Universidad de Valencia honró la memoria de un catedrático que tanto se habia esmerado en la enseñanza, celebrándole unas solemnes exequias, en las cuales pronunció la oracion fúnebre en latin el catedrático de prima de medicina el doctor D. Vicente Adalid, discípulo que habia sido de D. Andrés, y despues se colocó su retrato, segun costumbre, en el teatro de aquella universidad, que tributaba entonces este honor á los hombres eminentes en virtud y letras.

Tuvo don Andrés varios hijos, de los que solo tres le sobrevivieron, habidos en su esposa doña María Vicenta Noguera, hija del doctor D. Miguel Noguera, uno de los médicos mas acreditados de Valencia, con la que habia contraido matrimonio en 1736. A pesar de sus cargos, comisiones y tareas literarias y ejercicio de su profesion, nunca descuidó el gobierno de su casa y familia, ni la educacion de sus hijos, á cuyo deber no creyó podia faltar por mas ocupado que estuviese, conducta que no suelen imitar los hombres de negocios y de letras.

Era D. Andrés Piquer de mediana estatura, de agradable semblante, y de temperamento melancólico, el cual le ocasionó desde niño muchas indisposiciones de estómago, lo que contribuyó á que toda su vida fuese muy moderado en el uso de los alimentos. Fué dotado de singular ingénio y de talento, de tenaz memoria, y de juicio sólido y recto. Su trato era agradable, y su conversacion amena é instructiva. Inclinado por temperamento y por educacion al estudio y á la virtud, la observacion de las obras admirables de la naturaleza fueron siempre su distraccion y recreo, teniendo por máxima, que la lectura y la instruccion son el alimento del alma como los manjares lo son del cuerpo.

Desde el tiempo de este célebre médico, la ciencia que profesó ha visto levantarse y caer no pocos sistemas y teorías, y ha hecho á la vez grandes y admirables adelantamientos; pero nada de esto ha podido empañar la fama del doctor Piquer que será siempre celebrado á par de los Sedenham, Valles, Duret, Laguna, Tozzi, Boherave y Pinel, y Broussais.

LUIS MARIA RAMIREZ LAS CASAS-DEZA.



Plessis-les-Tours.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO II.

La academia de la infanta doña María.

.....

.....

No hallamos medio de empezar este capítulo sin interrumpir la lectura de un poema que está leyendo Luisa Sigea en el gabinete de la infanta doña María.

La infanta doña María era en Lisboa la única dama que prestaba atencion á los literatos en el siglo décimosesto, y por eso en torno de ella se agrupaban todas las celebridades así del reino como estrangeras.

Se hallaba la infanta doña María en lo mas hermoso de su juventud, y en lo mas brillante de su talento.

Dice una apreciable escritora inglesa que nada hay mas difícil de hallar que una literata que no sea *fea ni vieja*. Efectivamente, parece

que las letras dan á los rostros femeniles el barniz de la fealdad y de la vejez. Parece que la naturaleza se complace en castigar la ambicion de las mugeres eruditas, marchitando en flor sus encantos y haciéndolas *ridículas* desde que se hacen *sábias*. La mayor parte de las celebridades inglesas llevaron peluca y anteojos desde los 25 años. Una francesa hubo que á los 20 se quedó sin dientes y sin pestañas. Algunas como *Jorge Sand* se salvan por la transformacion del sexo, pareciendo lindos muchachos. Muy pocas son las que pueden conservar el adjetivo de *lindas mugeres*. Este privilegio lo tuvieron, no obstante, en el siglo XVI dos ilustres literatas: la infanta doña María, y Luisa Sigea. *Lirio é rosa de candura* llamaban á la infanta precisamente cuando se hallaba estudiando latin, y presidiendo con su corte de damas la única academia literaria que como hemos dicho habia por entonces en la córte de Portugal.

¡Oh! era preciso ser muy bella, muy graciosa, y muy sencilla para presidir como la infanta á un certamen de doctores, de sábios, de poetas y de pedantes sin escitar la risa.

Discípula del docto Agustino Suarez y del venerable obispo de Coimbra, era doña María muy entendida en el conocimiento de la filosofía y de la sagrada escritura; pero ambicionaba poseer una basta erudicion, y para dedicarse al estudio de las lenguas doctas, habia hecho venir á su córte á la literata Luisa Sigea.

Dos veces á la semana admitia en sus salones á las gentes de letras, y precisamente esta noche se hallaban mas que nunca concurridos. Asistian entre otros caballeros el obispo de Agdas, embajador de España, dos prelados portugueses de reconocida sabiduría, el célebre Juan de Barros, D. Francisco Saa de Miranda, Jorge Montemayor, D. Hernando de Acuña, Luisa Sigea, y un gran número de nobles damas.

Habíanse discutido los puntos mas difíciles del arte, y se habia puesto en tortura el ingenio para que confesase cada cual sus pecados, de poesía cuando llegó su turno á la escritora de Toledo. Leia esta, como decíamos, el primer canto de su poema describiendo á Cintra (1) cuando hemos empezado este capítulo interrumpiendo sus octavas. El lector ha debido oir claramente los versos del poema, y damos por supuesto que aplaude y la invita á continuar. Pero la Sigea se ha turbado, y todos los ruegos de los poetas no pueden conseguir que prosiga la lectura. ¡Qué diablo! ¿Quién habia de evitar que el capítulo 2.° viniese á interrumpir un poema? ¡Malditos versos que no dejan lugar á la prosa! ¡Es mucha impertinencia esta de los consonantes!

Al mismo tiempo que nosotros ha entrado en el salon de la princesa D. Mariano Enriquez, el caballero español que visitó á la Sigea esta mañana; *el amante de la estátua* para esplicarnos de una vez.

Saluda profundamente á S. A., hace á los demas una ligera inclinacion, y escoje para sentarse el sitio mas apartado.

Miranda insistia en que la española habia de continuar la lectura del poema, pero oida su negativa dijo:

—Si la ilustrísima señora no prosigue, y S. A. me da permiso lecré mi égloga castellana.

—Y yo unos versos que he escrito á un *buen caballero* y *mal poeta*, añadió D. Hernando de Acuña con una graciosa sonrisa.

Leyó el clásico Lusitano su égloga á Nemoroso, que duró cinco cuartos de hora y cuya conclusion fué:

.....
Pelayo. (2)
Suso, Suso, á cantar sin mas escusa.
Salicio.
Taña Bras, yo diré de Laso nuestro
con buen ayuda suya y de las musas
Con grande perdon suyo y grande nuestro.

Enjugó el clásico Lusitano el sudor que corria por su frente, y el auditorio fatigado se entregó al reposo que tanto habia menester. Los semblantes de los caballeros revelaban el disgusto y la impaciencia: los de las damas el tédio. Pero levantóse D. Hernando de Acuña y desdoblando un papel, leyó lo siguiente:

A un buen caballero, y mal poeta. (3)

De vuestra torpe lira
ofende tanto el son que en un momento
mueve al discreto á ira
y á descontentamiento:
á vos solo señor os dais contento.
Yo en ásperas montañas,
no dudo que tal canto endureciese
las fieras alimañas
ó á risa las moviese,
si natura el reir las concediese.
Y cuanto habeis cantado
es para echar las aves de su nido;
y el fiero Marte airado,
mirándoos, se ha reido
de veros tras Apolo andar perdido.
¡Ay de los capitanes,
en las sublimes ruedas colocados,
aunque sean Alemanes,
si para ser loados
fueran á vuestra musa encomendados!
¡Mas ay, señor, de aquella,
cuya beldad de vos fuere cantada!
que vos dareis con ella
do verse sepultada
tuviese por mejor que ser loada.
Que vuestra musa sola
basta á secar del campo la verdura,
y al lirio y la viola
do hay tanta hermosura,
estragar la color y la frescura.
¡Triste de aquel cautivo
que á escucharos señor, es condenado!
que está muriendo vivo,
de versos enfadado,
y á decir que son buenos es forzado.
¿Pues qué podrá decirse
de quien de versos llenos de aspereza
no quiere arrepentirse,
y para tal dureza
anda sacando fuerzas de flaqueza?
Señor, unos dejaron
fama en el mundo por lo que escribieron,
y de otros se burlaron,
que en obras que hicieron
ageno parecer nunca admitieron.
Palabras aplicadas
podrian ser estas á vuestra escritura;
pero no señaladas,
porque es en piedra dura,
y ya vuestro escribir no tiene cura.

Las bocas de los concurrentes estallaron unánimes en una esplosion de risa. Solo Miranda conservó su gravedad no habiendo entendido la alusion, y preocupado en juzgar si la obra se hallaba arreglada á los preceptos clásicos. Hizo notar á D. Hernando de Acuña que en el segundo verso de la quinta estrofa se hacia una pausa por medio de la admiracion; pausa muy perjudicial á los verses que seguian. No pudo conformarse con que se pusiese coma en el quinto verso de la octava estrofa, debiendo á su parecer haber dos puntos; y empeñó últimamente una cuestion gramatical sobre cada una de las voces, mientras que los demas caballeros, cansados de poesía, entablaban con las damas pláticas mas amenas. Uno de estos fué D. Mariano Enriquez, que acercó su asiento al de la Sigea.

—¿Habeis paseado esta tarde en el jardin? preguntó la Sigea.

Enriquez dirigió á la escritora una inquieta mirada, y tartamudeó la respuesta:

—Sí..... es decir, no..... Llegué á la fuente..... ¿Por qué me haceis esa pregunta? dijo esforzándose á sonreir.

—Perdonad si soy indiscreta.

—¡Ah, no, jamás sereis indiscreta! pero... ¿habeis ido á la fuente?

—No.

Respiró D. Mariano y quiso mudar de conversacion; pero la Sigea repuso:

—No necesito bajar al jardin para ver la fuente, porque mis ventanas dan sobre ella.

—¿Cómo? esclamó Enriquez sobresaltado otra vez.

—Sí, sobre la fuente donde estaba la estátua.....

—Donde estaba..... habeis dicho, luego sabeis?....

—Que ya no está.....

—¿Y qué mas sabeis? preguntó con ansiedad el jóven.

—¿Qué mas hay? dijo la escritora con tono de curiosidad.

—Nada..... nada mas.

—Creed que he tomado mucha parte en vuestro dolor.

—¿Mi dolor, señora? esplicaos.....

—Era una hermosa estátua.

—¡Oh Dios mio, os lo han dicho todo y os burlais de mí!....

—De ninguna manera. Hallo vuestro entusiasmo muy justo; sois un verdadero artista.

(1) Obras de Luisa Sigea.
(2) Poesías de D. Francisco Saa de Miranda. *Biblioteca de Lisboa.*
(3) Poesías de D. Hernando de Acuña. *Parnaso Español.*

Callaron y el español pareció absorto en sus cavilaciones; al fin dijo:

—Nada mas sabeis..... ¿no es verdad?... habladme ingénuamente.

Luisa hizo un movimiento negativo.

—En esta pequeña córte todo llama la atencion, añadió Enriquez; así que casi celebro que hayan quitado la estátua.

—¡Si!.... ¿llevais á bien esta disposicion de S. A. doña María?

—¡Qué! ¿sabeis que ha sido doña María?

—Ciertamente.

—¿Luego sabreis el motivo?...

Mientras hablaba dirigia Enriquez á la escritora miradas oblícuas para ver si sorprendia algun gesto; pero el semblante de la Sigea permaneció impasible, y D. Mariano acabó de tranquilizarse con estas palabras:

—Señor, creo que la disposicion de S. A. no tenga relacion con vuestras visitas á la fuente. Cualquiera que sea la singularidad de estas visitas, S. A. no manifestaria su desagrado destruyendo la estátua, sino fuese porque le ha dado la idea de colocar su busto en el jardin. Podeis estar tranquilo acerca de vuestro secreto.

—¿Qué secreto, señora?

—El de vuestro entusiasmo por la estátua, contestó la Sigea impacientada por la suspicacia y reserva del jóven.

—¡Ah sí!

Todavia siguieron hablando la escritora y Enriquez, pero los gritos de Miranda confundian su conversacion.

—¿Que no hay cacofonia, señor D. Hernando, que no hay cacofonía en *mirando-os..... o-os o-os*?.... ¿Pues qué llamais á estas dos *oo*, señor D. Hernando?

—Pero señor D. Francisco, ¿es posible que os llame la atencion la cacofonia, y que no os la llame la oportunidad de los versos?

—Es que no conozco al poeta contra quien se han escrito.

—¡Señor D. Francisco!

—Por mi honor que no le conozco... ¡Ah! prosigió bajando la voz —ya caigo. ¡Qué diablura! Es un inocente este Montemayor.

Jorge Montemayor no era hombre á quien se le escapaba palabra alguna por muy baja que se pronunciase cuando aludia á su persona, y habiendo adivinado por el eco y por el gesto de Miranda lo que habia dicho, se volvió bruscamente al escritor diciendo:

—Esa sátira no es contra mi, señor D. Francisco, sino contra vos.

—Ciertamente, repuso con la mayor calma D. Hernando de Acuña.

Hinchóse el portugués como la vela de un buque al soplo de Levante, y dijo á D. Hernando de Acuña reventando de ira y acudiendo al portugués para espresar con mas rapidez y soltura su terrible indignacion.

—*De me matar fecera mui mellor... ¡Deus! ¡Deus!*

—Señor D. Francisco, ¿no os dije cuando me leisteis los primeros versos que iba á satirizar la égloga á Nemoroso? os lo dije delante de S. A. que riyó mucho de mi oposicion.

—Hum... continuaba el otro—*á esta coita nunca eu vi par!*

—Señor D. Francisco—dijo Montemayor—tomad con mas calma la poesía y no os pongais así.

—*¡Vus Deus!!*

Enteróse la princesa de aquella cuestion y llamó á Miranda queriendo serenarlo. Pero él esclamó mirándola como un insensato:

—*¿Qué farei eu?... Por Deus que mi ó digades...*

La presencia de un caballero que en aquel punto entró, hizo callar á todos. Vestia luto desde el cabello hasta la planta. Andaba gravemente y parecia absorto en sus meditaciones. Era tan jóven que todavia en su rostro pálido no se dibujaba mas sombra de bello que la que proyectaban sus cejas. Pero estas eran tan fuertes que daban á los grandes ojos del enlutado una energia maravillosa. Un gesto irónico y amargo entreabria sus labios gruesos y descoloridos. Su trage, su andar, su tristeza esparcian el silencio. Su fisonomia atraia la curiosidad.

¿Quién era aquel hombre casi niño que producia en los ánimos tan repentina sensacion?

Llegóse á la princesa y besó su mano pronunciando en voz muy baja algunas palabras que solo la princesa pudo oir. Despues saludando á las damas con la cabeza y tendiendo la mano á los escritores, dijo con una voz que naturalmente solemne bibraba en aquel instante con un sonido de honda conmocion.

—¡Adios, amigos mios! mañana parto á la India. Acordaos de Luis do Camoens!

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

LA SEMANA SANTA.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE SUS PRINCIPALES CEREMONIAS.—COMO SE CELEBRAN EN ROMA.

Solemne conmemeracion de los hechos mas portentosos que las historias relatan, poético resúmen de las grandezas de nuestra religion sacrosanta es el imponente y grave ceremonial con que la Iglesia católica reviste sus actos durante la última semana de Cuaresma. Es un fecundo manantial de místicas impresiones para el cristiano devoto y profundamente impuesto en los misterios de su fé, que absorviendo los sentidos en un recogimiento suave, remonta el alma á la contemplacion intuitiva del mas interesante drama que han producido los siglos. Y si con detencion se examinan esas demostraciones religiosas que, establecidas gradualmente, han venido á formar con el tiempo un cuerpo homogéneo de sagrados ritos, ofrecen aun al curioso, indiferente en materias de fé, un vasto campo de observaciones históricas y tradicionales, que no carecen de atractivo. Muchos son, por otra parte, los que acostumbrados desde su niñez á presenciar esas grandiosas ceremonias, ven solo en ellas una multiplicidad de prácticas convencionales, dispuestas de manera que produzcan una impresion vigorosa, si bien saludable, en el ánimo de los fieles: é indudablemente, tal es en efecto; pero preciso es reconocer que la mas insignificante de aquellas es un monumento histórico de mas ó menos remota antigüedad, y que ninguno de esos ritos debe nada al capricho del hombre, ni su conjunto es una mera pompa sin procedencia ni significado.

El principal objeto de la Iglesia en este período es recordar por medio de una representacion visible el patético misterio de la Redencion del género humano, el imponderable sacrificio del Hijo de Dios, y aquellos rasgos culminantes de amor y mansedumbre, de humildad y grandeza en un solo ser enlazadas, que simbolizan el carácter del cristianismo y revelan al hombre su emanacion divina. Las formas esteriores de esta conmemoracion poseen un alto grado de belleza y sublimidad, cuya influencia es ejercida en virtud del sentimiento religioso que prevalece en los ánimos, es verdad; pero aun prescindiendo de este sentimiento, deben la energía de su accion á la consonancia exacta en que se encuentran con relacion á los sucesos de que son imperfecta imágen. El grave aparato de consternacion y de luto que, como parte del ceremonial religioso, se despliega en estos dias, no puede menos de convenir á las escenas de dolor que traen á la memoria las del cruento drama de la Redencion; pues mal podria armonizarse con este una frívola apariencia, cuando al consumarse la grande obra todos los seres de la naturaleza dieron muestras sensibles de pavor y de quebranto. Predomina por lo mismo en la Iglesia, y se comunica á los fieles el espíritu de afliccion y melancolía que debe infundir el recuerdo de la pasion y muerte de Cristo; y en este sentido, las ceremonias de que hablamos se hacen comprensibles para todos, pero en su complicacion aparecen algunas que son de pocos entendidas, porque los mas no se han detenido á estudiar su orígen, historia, carácter y significado.

A dilucidar estos estremos, en cuanto lo permita la estension de nuestros conocimientos, pero sin detenernos, para no ser ser prolijos, en todas las numerosas minuciosidades del rito, se encaminan nuestros esfuerzos en el presente artículo: y como para dar una idea exacta de las ceremonias y de su orígen y objeto, conviene describirlas de paso y estudiar su índole filosófica, hemos creido oportuno referir al mismo tiempo cómo se celebran en Roma; pues resultando así menos árido nuestro trabajo, por la curiosidad que existe en los que no conocen varias de ellas, esclusivamente peculiares de aquel centro de la cristiandad, se facilita la esplicacion de las mismas, por ser allí mayores que en otras partes su rigorismo, magnificencia y pureza.

Este período religioso, generalmente designado con el nombre de Semana Santa, tiene en la Iglesia latina el de Semana Mayor (*Major hebdomada*) el mismo que antiguamente se le daba entre los griegos, segun testimonio de San Juan Crisóstomo, denominacion que denota su importancia y revela el espíritu transcendental que desde los tiempos primitivos animó á los cristianos al solemnizar los mas memorables hechos de su fé. Nótase la singularidad de que los alemanes, atendiendo sin duda á la idea que predomina en este tiempo santo, le llaman *charwoche*, palabra de dudosa etimología, pero que puede traducirse por Semana de Dolores, de *char karr*, que significa dolor ó pesar; y tambien algunas veces *marterwoche*, ó sea semana de tormentos. Pero unos y otros nombres concuerdan con los sucesos conmemorados en esta semana, segun la diversidad de sentimientos que deben inspirar al cristiano contemplativo.

En todos los pueblos católicos, pero especialmente en Jerusalen y

en Roma, son altamente poéticas las ceremonias de la Semana Santa, y sobre todo en la segunda de aquellas ciudades no carecen de cierto efecto dramático.—No hablamos de algunos usos introducidos indudablemente por el ascetismo y la devocion, y que en su tiempo serian muy meritorios; pero que, materializando los mas elevados misterios, lejos de sublimarlos con la idealizacion de su grandeza, los deprimen á los ojos del pueblo, equiparándolos á los mas vulgares prestigios, y que por lo mismo deberian desaparecer á medida que la ilustracion adelanta: nos referimos solamente al rito consagrado por la Iglesia.

La ceremonia de la bendicion y distribucion de palmas, propia del *Domingo de Ramos*, con que se conmemora la entrada triunfante de Jesus en Jerusalen, no es ni puede ser de las mas antiguas, atendido el acto de publicidad que se quiere; pues sabido es que los cristianos en los tres primeros siglos de la Iglesia sufrieron graves persecuciones, y no podian celebrar sus actos religiosos sino en lugares ocultos y á escondidas de sus feroces perseguidores. Sin embargo, ya desde tiempo inmemorial se acostumbraba en Oriente llevar palmas y ramas de olivo á la iglesia el sábado de San Lázaro, víspera del Domingo de Ramos, y en Constantinopla distribuia el emperador palmas á todos sus cortesanos con grande solemnidad.—Es, pues, muy probable que la institucion de esta ceremonia date de la época del imperio de Constantino, en que el cristianismo fué declarado la religion dominante, y aunque no se puede afirmar, es de creer que el triunfo de la fé de Cristo sobre los errores del paganismo suscitase la idea de reproducir la escena de la entrada del Salvador en la ciudad santa, que no deja de ofrecer analogía con aquel suceso.

Aunque, segun Martene, no consta que se celebrasen las ceremonias de este dia en la Iglesia romana con anterioridad á los siglos VIII ó IX, ha sido refutado este aserto por el cardenal Tomasi, Meratus y otros, y es preciso concederles mas antigüedad, pues el calendario romano publicado por el mismo Martene como perteneciente al siglo IV ó V, hace mencion de las palmas: además, en los sacramentales de San Gregorio, la oracion menciona los ramos de palma que llevaban los fieles en la mano.

Segun aparece de documentos antiguos publicados por Mabillon, la bendicion de palmas para la capilla pontifical se efectuaba en una pequeña iglesia situada cerca del campanario del antiguo Vaticano, y por eso llamada Nuestra Señora de la Torre, desde donde salia la procesion que terminaba en el altar mayor de San Pedro. En la actualidad la funcion principal del Domingo de Ramos se celebra en la capilla papal llamada *Sixtina*, y da principio al oficio divino, cantando el *Hosanna filio David*, un coro exactamente igual á los del foro griego en los mejores tiempos de sus representaciones dramáticas.—Coincide con la presuncion arriba emitida sobre el origen del ceremonial de este dia la leccion del Exodo que el diácono lee en seguida, y en la cual Dios, despues que los israelitas hubieron descansado á la sombra de las palmeras de Elim, les promete redencion completa del yugo egipcio, siendo esto á la vez una bella alegoría del próximo cumplimiento de las promesas hechas por Dios á su pueblo. Entra de nuevo el coro, como preparando la esposicion de futuros sucesos, y relata la conspiracion de los sacerdotes judios contra Jesus y la profecía de Caifás de que un individuo debia morir, para evitar la perdicion del pueblo todo; despues de lo cual el diácono manifiesta de lleno el objeto de la festividad, proclamando la entrada triunfante de Jesu-Cristo en Jerusalen, por medio del Evangelio que canta.—El Papa, que oficia en persona, procede á la bendicion de las palmas, y distribuidas estas entre los circunstantes, se representa al vivo el triunfo del Salvador en una procesion solemne que se verifica en el vasto y magnífico salon del Vaticano, conocido con el nombre de *Sala Régia*, el cual está situado entre las dos capillas Paulina y Sixtina, llamadas así por los Papas que las erigieron.

El aparato de esta ceremonia es notable por su esplendor y por otras particularidades, que se nos permitirá describir ligeramente. El Sumo Pontífice sentado en unas andas primorosamente labradas y cubiertas con un riquísimo dosel, es paseado en hombros de sacerdotes alrededor de la Sala Régia: le rodean los altos dignatarios de la Iglesia, los cardenales, arzobispos y obispos y el clero superior todos de gran gala; contribuyendo no poco á dar una brillante animacion á este acto las palmas que ondulan en las manos de la fastuosa comitiva, el brillo de las cruces, báculos y demas insignias religiosas de preciosos metales hechas, las innumerables hachas encendidas, la magnificencia del salon, y por último la grande orquesta que acompaña al armonioso coro. Dada la vuelta á la Sala Régia, y al llegar la procesion á la puerta de la capilla, la encuentra cerrada, demostrándose así como las puertas del cielo estaban cerradas para el pecador. Un medio coro canta desde dentro los dos primeros versos del himno de Teófilo, del mismo modo que los cantó él en su prision, y el coro lleno responde desde fuera en el mismo tono; hasta que, terminado el himno, el subdiácono golpea la puerta con el asta de la cruz que lleva en la mano, y aquella se abre, denotando así, que por medio del Sagrado Madero, instrumento de nuestra Redencion, se corrieron los cerrojos del cielo: entonces penetra la procesion en la capilla, mientras el coro canta la entrada triunfante de Cristo en la ciudad santa.

La misa difiere poco de la de los demas domingos del año, si se esceptua el canto de la Pasion que sustituye al de los Evangelios, y que se efectua de un modo particular y análogo á la declamacion melódica de la tragedia antigua. Ejecútase por tres interlocutores de voces diferentes y un coro, que se distribuyen las partes de este modo: la narrativa es recitada por uno de aquellos en voz de tenor, clara, distinta y ligeramente modulada: otro con voz de bajo llena y solemne canta las palabras del Salvador, enriquecidas con variadas cadencias, ora espresivas, ora graves, y cuya gracia y suavidad se aumentan en las frases interrogativas; y el tercero con voz de contralto y en un estilo de familiaridad coloquial, pronuncia las que corresponden á cualquiera otra persona. El efecto de estos cánticos dialogados es verdaderamente dramático: la música sencilla y adecuada al objeto, si bien cadenciosa y bella, da un sabor fresco y á la par melancólico al conjunto, que arrebata y absorve la atencion de los sentidos. Pero el complemento de esta recitacion dramática es el coro, que hace las veces del pueblo judáico ó de cualquier otro número colectivo de individuos cuando á estos les toca hablar en la historia de la Pasion. Estos coros sumamente armoniosss y de una verdad efectiva y enérgica fueron compuestos en 1585 por el español Tomás Luis de Victoria, natural de Avila y contemporáneo del inmortal Palestrina, el mas distinguido maestro de la Iglesia romana, cuyo célebre *Stabat Mater* se canta durante el ofertorio. Lo restante del oficio divino es igual al de los demas dias del año.

Antes de concluir con lo relativo el ceremonial del Domingo de Ramos, creemos oportuno observar dos circunstancias que se notan en el modo de celebrarse en Jerusalen. Es la una la de comenzar estos actos religiosos el sábado anterior por una larga procesion ó visita solemnísima á todos los santos lugares, lo que parece ser una reminiscencia de la primitiva costumbre del Oriente que mas arriba hemos apuntado, al hablar del origen de la bendicion y distribucion de palmas; pero que hoy no tiene ninguna relacion con aquella, sino que es como un ejercicio preparatorio para entrar en esta semana de dolor. La segunda se refiere á la forma local con que se practica el domingo la procesion de palmas. Reunidos todos los religiosos en el convento del Salvador, se encaminan á Betphage, distante una legua de Jerusalem, á la bajada del monte Olivete por la parte de Oriente atravesando antes el valle de Josafat. Despues de predicar el misterio, el guardian se reviste de roquete y estola y toma una palma, y poniendo los religiosos sus manos sobre una jumentilla, que al efecto tienen preparada, entonan todos los fieles el *Benedictus qui venit*, etc. En seguida sube la comitiva á los montes Olivete y Sion, entrando por la puerta de este nombre, á causa de estar cerrada la de Aurea, por donde Ntro. Señor hizo su entrada: la procesion se dirige al convento, donde es recibido por los religiosos cantando el *Te-Deum*.

Aunque el lunes y el martes tienen sus oficios y devociones privados que no carecen de atractivos ni de interés religioso, en ellos no hay cosa que llame la atencion pública, que no seria conmovida hasta el jueves en que aquellos toman un carácter imponente y significativo, á no ser por la práctica introducida de transferir á las vísperas ciertas ceremonias que en su origen primitivo eran celebradas á la primera hora de la madrugada siguiente. Por esto tienen lugar en la tarde del miércoles los rezos conocidos con el nombre de *Tinieblas*, cuya institucion es antiquísima.

En los tiempos de persecucion celebrábanse los sagrados ritos durante la noche para mayor seguridad de los fieles. Desde entonces se acostumbra dividir las oraciones que la Iglesia prescribe á sus ministros en diferentes porciones, que toman el nombre de las horas á que aquellas eran recitadas antiguamente. La mayor parte correspondian á la noche, y se dividian en *Maitines* y *Laudes*. Las *Tinieblas* no son otra cosa que la oracion de Media noche de aquella edad primitiva, la cual continuó recitándose á dicha hora por muchos siglos, y á la misma se rezan aun en los tiempos modernos los *maitines* ú oracion matutina por algunas comunidades religiosas. Variada la práctica de recitar esta parte del oficio divino á media noche, es costumbre hacerlo el miércoles por la tarde en lo correspondiente al jueves, y así sucesivamente en los demas dias.—Compónense estos rezos de varios salmos y lecciones tomadas de la Sagrada Escritura y de los padres antiguos, y se distribuyen en partes que se denominan *nocturnos*.—Viéndose los primeros cristianos obligados á usar velas para sus devociones durante la noche, hubieron de disponerlas del modo que produjesen mejor efecto, y de aquí provino el uso del candelero triangular, en que se colocan cierto número de velas, que se van apagando gradualmente al final de cada salmo, hasta quedar en una mística oscuridad á la conclusion de los oficios. Estas velas suelen ser por lo comun trece amarillas y una blanca colocada en la cúspide del candelero, la cual, apagadas ya todas las otras, arde sola durante la última parte

el rezo; y supónese, aunque no se puede afirmar, que esto se hace en conmemoracion del abandono en que los apóstoles dejaron á Jesus, llegado el momento de su pasion. Coincide con esta esplicacion el ruido que se produce despues de terminado el oficio con el canto grave y solemne del *Miserere*, significando la conmocion de la tierra y el trastorno de la naturaleza en el momento de espirar el Redentor del mundo.

Las ceremonias del Jueves Santo son indudablemente las mas poéticas de toda la semana, religiosamente consideradas, como que se encaminan á recordar los actos mas profundos de amor y humildad que puede concebir la inteligencia humana. Con efecto, ¿existe algo mas sublime y consolador que la institucion del Sacramento de la Eucaristía? Si la fé nos faltase para considerar como Dios al dispensador de tan afectuosa gracia, ella sola bastaria para que el mas incrédulo inclinara su frente, confundido ante un rasgo de amor, que por sí solo escede á todas las grandezas y prodigalidades de la tierra. Dar su cuerpo y sangre en alimento á los demás, solo es empresa de un Dios: el hombre apegado á las miserias de este mundo, ni aun puede calcular la inmensidad de tan generosa idea.

A celebrar la instucion del Smo. Sacramento se dirige el oficio de Jueves Santo por la mañana, y por eso consiste en una misa solemne, que en nada difiere de las de los demás dias: por la misma razon la Iglesia ha conservado para su celebracion el uso de las vestiduras blancas, contra la práctica de este tiempo de penitencia y de luto; pues aunque desde la segunda mitad del siglo XIII (1262) se halla creada la festividad del *Corpus* con igual objeto, se ha respetado la costumbre antigua, por ser aquella institucion la mas culminante muestra de amor hácia el hombre que diera nuestro Divino Salvador, el sello del Nuevo Testamento, y el mas fuerte vínculo entre Dios y la humanidad.—En los tiempos primitivos era diaria la comunion de los fieles, que hoy se limita á los ministros del altar, y que, como es sabido, se estiende á todos en la general del Jueves, que se recibe de un modo especial conmemorativo de la celebracion de la Pascua. En Roma esta comunion es administrada por el Papa con gran solemnidad el domingo de Pascua de Resurreccion, con otras particularidades que se dirán mas adelante.

Para enlazar de un modo histórico este grande y memorable suceso con los demas que se siguieron en los últimos dias del Hombre-Dios, despues de la misa es llevada en procesion la Hostia consagrada, depositándola en un altar brillantemente iluminado, que constituye el santo sepulcro, y por esto se le dá el nombre de *Monumento*.

En Roma está destinada para este objeto la capilla Paulina, desde la cual procede el Papa á la gran galería situada sobre el pórtico de san Pedro, y desde allí dá su bendicion al numeroso concurso reunido en la plaza, frente á la Basílica. Entre tanto, en la nave derecha de la iglesia se hacen los preparativos para el lavatorio de piés, conmemoracion de otro rasgo sublime del Salvador, cuando bajándose á lavar los de sus apóstoles, dióles á entender, que debia ir limpio el que quisiese sentarse á su mesa, como tambien, que el mas humilde es el mas grande en su presencia. En todos los paises católicos se efectua este acto con personas pobres, y en algunos, como España, es verificado en Palacio por el soberano, siguiendo probablemente el ejemplo de santa Isabel, reina de Hungría, que lo ejecutó la primera. En Roma lo hace el Papa con trece sacerdotes generalmente pobres y de diferentes naciones, para lo cual se despoja de sus hábitos pontificales, toma una tohalla blanca, y servido por los cardenales, lava los piés de los elegidos y los besa. Despues del lavatorio se dá un banquete á los trece pobres, y el papa en persona los sirve á la mesa. Ademas de Su Santidad, varios personages de la primera nobleza, cardenales, obispos y príncipes, acuden el miércoles y el jueves por la tarde á practicar actos análogos con los pobres caminantes que llegan al hospital de peregrinos; al mismo tiempo que las señoras de alta clase lo hacen con las pobres de su sexo. ¡Lástima que estas acciones sublimes en su sencillez sean convertidas á veces en ocasiones de ostentacion pueril y vana!

Otras prácticas de origen antiguo se conservan en Roma, que por no ser comunes nos toca referir. Es una de ellas la de lavar los altares que segun san Isidoro, obispo de Sevilla, que vivia en el siglo VII, se efectuaba en los templos en este dia, y que aun se observa en la Iglesia griega y entre los dominicos y carmelitas. Aunque es probable que en otros tiempos fuese comun á todas las iglesias, ha quedado hoy limitada casi esclusivamente al Vaticano. Durante las tinieblas del Jueves Santo, cada uno de los canónigos y otros funcionarios de san Pedro recibe una especie de cepillo curioso, hecho de paja de arroz, y y concluido el rezo, el capítulo entero se acerca al altar mayor que, como los demás está despojado de todos sus paños y adornos, y derramando sobre él siete botellas de vino y agua, que al efecto están preparadas, van pasando de seis en seis, y restregándolo bien con los cepillos; despues de lo cual lo lavan con esponjas y lo enjugan: es de suponer que esta ceremonia supliese en lo antiguo al lavatorio de piés; pero la Iglesia, celosa de sus tradiciones, conserva esta como otras varias en el centro de la cristiandad, aun cuando hayan caido en desuso.—Hay otra costumbre originaria de la edad primitiva, que merece particular mencion, por no practicarse hoy mas que en Roma, y esto solo en parte. Tal es el sistema de penitencia pública que, segun Tertuliano, prevalecia ya en los tiempos de persecucion. Consistia este sistema en escluir, por un determinado plazo, de la comunion de los fieles á los que habian violado escandalosamente la ley de Dios, y á los cuales se sujetaba á un curso de rigorosa espiacion: la ceremonia por la cual se imponia la penitencia pública, está consignada en el miércoles de Ceniza, pero en una forma tradicional, aunque preservando el uso de las palabras antiguas de fórmula, en el momento de colocar la ceniza sobre la cabeza del penitente, á saber: «Acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir.» Pero el acto de la reconciliacion que, como sabemos por san Gerónimo, á no ser que sobreviniese peligro de muerte, solo se efectuaba durante la Semana Santa, ha sido abolido en todas partes, escepto en Roma, donde el cardenal Penitenciario, colocándose en un tribunal, espresamente destinado á este objeto en las basílicas de san Pedro y santa María la Mayor, recibe la confesion y administra la absolucion pública á los penitentes que la solicitan.

(Concluirá.)

FRANCISCO J. DE ORELLANA.

LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

La selva turban los airados vientos,
la selva dó el silencio se escondia:
la noche quiere sepultar al dia,
la tierra se conmueve en sus asientos.
Sobre el carro del sol la muerte impía
su hierro esgrime, de furor armada:
la luz del sol se mira ya apagada,
de los mares las ondas se embravecen,
los desnudos peñascos se estremecen,
las aves huyen del angosto nido,
y las fieras, con hórrido bramido,
al escuchar su temeroso canto,
corren tambien, seguidas del espanto.
El rayo con horrísono estampido
enciende en presta llama el horizonte:
retumba al ronco estruendo el árduo monte
y las erguidas sierras mas distantes;
y mientras que en los ecos resonantes
desciende el son tremendo hasta el profundo,
muere en la cruz el Salvador del mundo.

Del color de la sangre de sus venas
la luz de la verdad brilla en el cielo:
al fin se rasga del engaño el velo,
calla asombrado el pórtico de Atenas.
Quebrantan su prision de piedra y hielo
las estátuas que adora el paganismo,
é invocan á las furias del abismo
contra Dios proclamando horrible guerra.
Absorta mira con pavor la tierra
apagarse en las aras los fulgores,
marchitas en los ídolos las flores,
y asombrar del diluvio la paloma
á Apolo en Delfos y al Tonante en Roma.
De la muerte á los héroes vencedores,
los Leónidas, Sócrates y Brutos,
cuyas vidas rindieron por tributos
en bien y libertad de sus hermanos,
el rostro cubren con sangrientas manos,
viendo que á oscurecer llega sus nombres
el mismo Dios que muere por los hombres.

Del cielo baja un serafin alado,
por el dolor marchita su hermosura,
rasgada en partes mil su vestidura,
por el negro huracan arrebatado:

del relámpago viste la luz pura,
mientras la oscuridad el mundo oprime:
llega al Calvario donde Cristo gime,
cercado de afliccion, iras y afrenta:
la sangre suya recoger intenta
con la túnica blanca, hecha pedazos:
ciñe los pies de Cristo con sus brazos;
y quien himnos cantaba de alegría,
llorando está de Dios en la agonía.
Suelta al hombre que angustia en viles lazos
la serpiente enroscada y escamosa:
corre por el Calvario presurosa,
á Cristo busca y la cerviz levanta;
mas veloz atraviesa su garganta
el triste serafin, con dardo estrecho
que de la Virgen Madre halló en el pecho.

De la sierpe infernal se oye el silbido,
su cerviz en la tierra está clavada:
en el dardo se enrosca acongojada,
porque el dolor sus miembros ha corrido.
Del hierro agudo al fin desenlazada,
se aleja del Calvario ya sangriento,
y al abismo desciende sin aliento,
derramando á la luz de sus enojos
rabiosa espuma de los lábios rojos.
Celeste querubin, de acero armado,
con peto y espaldar acicalado,
y en la diestra una espada refulgente
que al rayo iguala en lo sutil y ardiente,
con Dios baja al averno amedrentado.
Las puertas rompe de tenaz diamante,
estorbos vence con valor constante;
y al fin las vivas llamas separando,
á Jacob y á Moisés vuela buscando.
Los santos padres vieron al Mesías:
cumpliéronse de Dios las profecías.

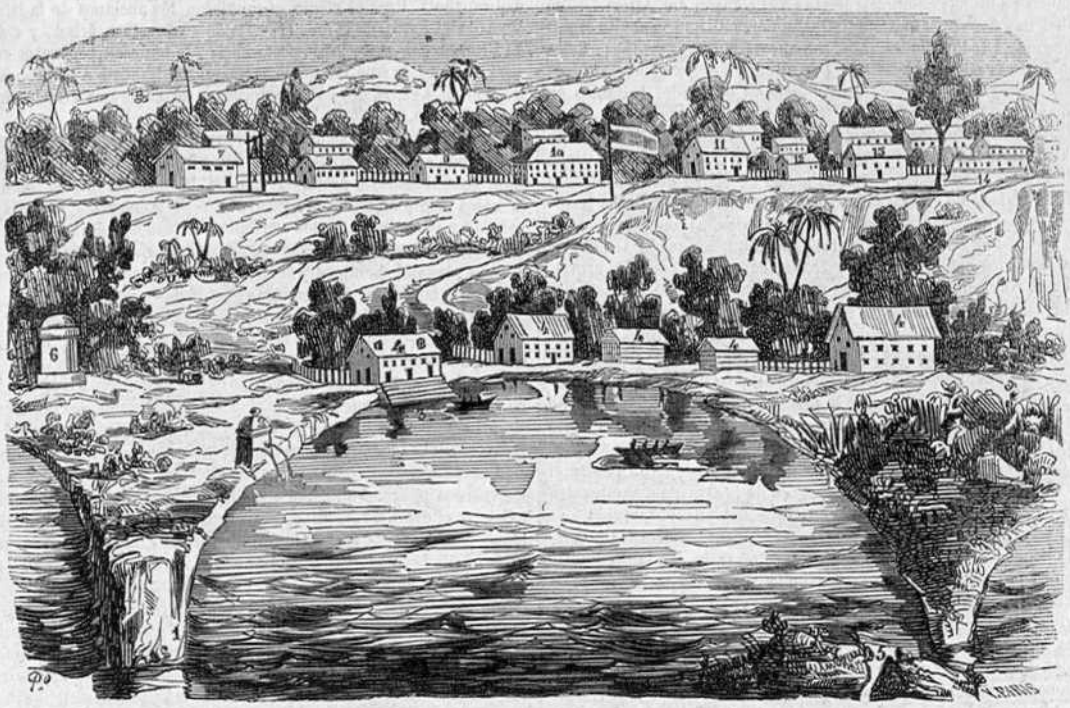
Sobre nubes de púrpura y de oro
en el cielo la cruz roja aparece:
de los santos cercada resplandece,
la adora de los ángeles el coro.
El viento por las selvas enmudece:
el sosegado mar la cruz retrata
en tersas olas de luciente plata:
guarda la nube en su preñado seno
el estampido del fogoso trueno.
Las aves en el aura van ligeras,
al bosque tornan las sañudas fieras:
desde el centro del mar ven los delfines
en el cielo á los raudos querubines
de Cristo tremolando las banderas.
Y en tanto en medio del Calvario inerte
el horror y las sombras de la muerte
huyen ante la cruz de Dios sangrienta,
porque en sus brazos orgullosa ostenta
para confuso asombro del culpado,
rotas ya las cadenas del pecado.

ADOLFO DE CASTRO.



Iglesia de S. Salvador en Dinan.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



Vista de la isla de Fernando Póo.

ISLA DE FERNANDO POO.

ARTICULO I.

No habrá seguramente un pais mas desconocido, mas estraño á nosotros que la isla de Fernando Póo, y sin embargo esta isla pertenece á España, y en nombre del gobierno español se dictan en ella disposiciones. No parece sino que nuestras posesiones ultramarinas son tan numerosas que esta puede entorpecer la marcha de los negocios públicos, ó que la isla de que hablamos es tan estéril, tan poco sana, tan escasa en fin de importancia, que casi nos hacen un señalado favor los ingleses que se han tomado allí el trabajo de enriquecerse por nosotros, y de ser los verdaderos y absolutos señores. En cuanto al primer estremo de la oracion antecedente, no nos creemos en el caso de combatirlo formalmente; en cuanto al segundo, diremos cuanto de la isla de Fernando Póo hayamos sabido, y nuestros lectores juzgarán. Precisamente esta isla, sin saber por qué, ni para qué, ha sido de algun tiempo acá nuestra pesadilla.

La isla mencionada fué descubierta por un hidalgo portugués llamado Fernando Póo, nombre que dió á su descubrimiento, á últimos del siglo XV, en 1495 segun algunos; y segun otros en 1441. Conquista del Portugal, perteneció á este reino, opulento entonces, hasta que se adjudicó á España, al mismo tiempo que la otra isla de Annobon, por el tratado que se firmó en el Pardo en 1778.

Se encuentra situada la isla de Fernando Póo en el golfo de Guinea en 2.° 36′ N. al S., de las Ambozes, á ocho leguas de la Tierra Firme y en la boca de la ensenada de varios rios, algunos de los cuales se llaman: Calaber, Benin, y Camarones. Propiamente la *isla* se halla en la embocadura del Niger, pues los dos primeros anteriormente citados son mas bien dos brazos en que se divide el mismo Niger al pasar por la hermosa y grande ciudad de Kirri.

Las naciones de Europa han hecho grandes é importantes descubrimientos en el Asia y mar Pacífico, que unidos á los que habian hecho, y principalmente la nuestra en América, han dado al comercio en estas dos partes del mundo con Europa un desarrollo tan creciente é inmenso que parece debió dejarlos satisfechos. Pero sus aspiraciones han ido creciendo al par de su elevacion, y se disponen á esplotar otra mina riquísima, á penetrar con su comercio en el obscuro y desconocido centro de Africa. El rio Niger, navegable unas mil quinientas millas á lo interior, baña ricos y opulentos pueblos, entre los cuales recordamos ahora el fertil Eomboucton, la parte occidental del imperio de los Fellatahs, el Borbu, cuya capital es Boussar, el Yasurri, el Nife, Babba, ciudad mercantil opulenta, la Calunga, capital del Yarriba y poblacion fortificada, y tambien el reino Foundo, situado en los montes de Hong hasta desembocar finalmente frente á nuestra isla de Fernando Póo. En esta isla pues, ha puesto la naturaleza la llave del Niger y parece destinada á ser el vehículo que lleve el comercio Europeo á unos paises para los cuales empieza á despuntar aunque perezosamente la aurora de la civilizacion. En este supuesto, aun cuando la isla de Fernando Póo no fuere de suya tan rica y fértil como veremos mas adelante, su posicion geográfica debiera bastar por sí sola para que el gobierno español no la mirase con la incalificable indiferencia que hasta aquí. Por lo demas sus tierras vírgenes habitadas por razas inofensivas y hospitalarias, sus tierras que no se han esplotado todavía son abundantes en oro, marfil, palos de tinte, pieles, maderas finas de construccion, aceite de palmas y esquisitos frutos.

Los ingleses, que en materia de apreciar sus intereses no pueden ser nada sospechosos, han comprendido como nosotros la importancia de esta parte del Africa, como lo prueban sus repetidas espediciones á ella desde 1830. La efectuada en el mismo año por Laig y los hermanos Llander, la de Guillermo Alleng en 1833 y otras hasta los de nuestro actual gobernador Mr. Brecaff en 1833 y 1844. Hé aquí lo que acerca de la importancia de nuestra isla dijo en cierta ocasion un periódico de Londres que merece entero crédito. «Tenemos, decia, necesidad de formar un establecimiento mas central y mas cómodo que el que existe: y que bajo este aspecto pueda facilitar nuestras comunicaciones industriales con el interior de este vasto continente. La colonia de Sierra-Leona no es susceptible de corresponder á tan vastas miras; carece de rios navegables, y su suelo ligero por naturaleza produce muy poco. Por otra parte su clima mortífero opondrá siempre un obstáculo invencible á una empresa tan importante. La gran Bretaña necesita nuevas fuentes de comercio: el despacho de los productos de sus manufacturas reclama nuevos consumidores: es cierto que la actual condicion social de las tribus africanas promete poco por ahora, pero cuando se lleguen á establecer relaciones libres con los mas inteligentes, cuando se les haya hecho apreciar el valor de las artes europeas, inculcándoles la moral y los usos de la civilizacion; este continente inmenso sumergido hoy dia en las tinieblas de la ignorancia y la barbarie se convertirá en un mercado importante para la salida de nuestras mercancias: y tanto mas importante cuanto que para aquel tiempo la concurrencia de las demas naciones comerciantes nos habrá cerrado en gran parte los mercados del antiguo mundo..... Benin, en este punto es donde convendria formar una colonia permanen-

te pero es muy enfermizo. Si este rio Niger es navegable por mas de 1500 millas podremos comerciar hasta en el corazon del Africa..... en sus orillas hay dos veces mas movimiento mercantil que en el alto Rhin; su poblacion es todo comerciante; hombres, mugeres y niños, todos trafican... En la isla de Fernando Póo situada á su embocadura, es donde debiera establecerse el cuartel general del poder británico en estos mares.....»

Hagamos ahora una breve historia de todo lo que España ha hecho para la dominacion y colonizacion de la isla, que por fuerza tiene que ser breve, muy breve. Firmado en 24 de Marzo del referido año de 1778 el tratado en el cual la nacion portuguesa cedió aquella posesion, el gobierno español organizó una espedicion compuesta de la fragata de guerra *Catalina* y dos buques de menor porte tripulados por 150 hombres entre operarios y tropa, con los pertrechos, armas, provisiones correspondientes y una pequeña suma de dinero. Esta espedicion, cuyo mando obtuvo el brigadier conde de Argelejos, y en la cual el segundo gefe el coronel de artilleria D. Joaquin Primo de Rivere, salió de Monte-video el 17 de Abril del mismo año. El 21 de octubre llegaron á Fernando Póo, el 24 tomaron posesion de la isla, partieron al siguiente dia para hacer lo mismo en la de Annobon. Desde esta salida todo fué desastre y luto para la espedicion española. Murió en la travesia el conde de Argelejos, hicieron armas contra su sucesor Primo de Rivera los naturales de Annobon, se sublevaron contra él mismo muchos de sus soldados, regresó en fin la armada á Montevideo con su gefe, y 22 hombres solamente que habian sobrevivido á la guerra, á las privaciones, á las calenturas africanas contra las que no podian oponer los remedios del arte y el buen trato. En tanto Madrid dictaba órdenes para la toma de posesion, y escaseaba los recursos de todos géneros que habian de ayudar á ella.

Olvidada desde esta fatal época la isla de Fernando Póo, los ingleses pensaron en aprovecharse de este descuido, y en 1826 fijaron en ella la vista para que fuese el punto de apoyo de sus escursiones científicas, comerciales y esplotadoras al Niger, pensando tambien en hacerla residencia del tribunal misto para la abolicion del tráfico de esclavos, que se halla en Sierra Leona. Sin embargo, nuestro gobierno entonces protestó contra la espedicion inglesa al mando de Obben, y la Inglaterra conociendo el derecho que la España tenia, renunció á su proyecto, hasta 1839 en que insistió en él con mas fuerza, aunque por otros medios. Propuso la compra de ambas islas al gobierno español mediante la suma de sesenta mil libras esterlinas, con aplicacion al pago de la deuda, y esta propuesta que presentó á las cortes en 1841 el ministro de Estado entonces don Antonio Gonzalez, fué rechazada como era justo por las mismas, por la prensa y por la opinion pública. El honrado ministro, lejos de irritarse contra la enérjica oposicion que el pais manifestaba á desprenderse de aquellas posesiones, dispuso con sus colegas una nueva espedicion á Fernando Póo, la cual fué confiada al capitan de navio Don Juan José de Lerena, el que se dió á la vela en el Ferrol á 18 de diciembre de 1842, á bordo del bergantin Nervion con direccion á Sierra-Leona. Hé aquí de la manera que el ilustrado misionero que fué de aquellas regiones, el licenciado D. Gerónimo María de Usera y Alarcon, refiere los resultados de esta espedicion:

«Con 21 dias de navegacion arribó á Sierra-Leona el 9 de enero de 1849 á las diez de la mañana; 29 dias permaneció Lerena en Sierra-Leona ocupado en adquirir datos de la mayor importancia que atañian al Estado, y cuyos documentos obran en la secretaría del ministerio del ramo. El 6 de febrero y á las dos de su tarde, abandonó á Sierra-Leona, haciendo rumbo á Fernando Póo, á donde arribó el 23 del mismo, fondeando en la bahia de Clarense. Los 13 que permaneció en bahia los aprovechó de un modo estraordinario. Entre sus actos merece particular mencion la energia que desplegó para arrojar de la isla á los agentes de la compañia inglesa llamada del Oeste del Africa, los que hacia catorce años se aprovechaban de las hermosas maderas, de que abundan los bosques de aquella isla. En seguida, con una solemnidad á que no están acostumbrados los naturales, proclamó por Reina y soberana de aqnellas islas á doña Isabel II, trocando en *santa Isabel* el nombre de la capital, conocido hasta entonoes con el de *Clarense*. Recibió á nombre de S. M. los homenages de los gefes negros (Escorocos) á quienes regaló con magnificencia, quedando en relaciones y buena armonía con los mismos. Y para asegurar en lo sucesivo el buen órden y concierto y mejor administracion de la isla, nombró por gobernador al caballero Mister Becroff para que en uniou con un consejo de gobierno compuesto de los mas principales del pais, contribuyese al bienestar de sus habitantes.

»A las nueve de la noche del 8 de Marzo se dió á la vela con direccion á Corisco, en cuya bahia fondeó el 15 del mismo á la una de la tarde. El cometido del Sr. de Lerena con respecto á esta isla se reducia únicamente á adquirir datos y pormenores acerca de la quema que en 1840 habian hecho los ingleses de unas factorias españolas: pero prendados los naturales del buen porte de Lerena y de cuantos le acompañaban, le pidieron con instancias cartas de nacionalidad española. Para el efecto se reunieron los ancianos de la isla, gobernadores natos de la misma, bajo de su frondoso árbol, y colocando á Lerena en su lugar de preferencia, le hicieron presentes sus deseos. Concedida que les fué la carta de naturalidad é incorporacion á los dominios españoles, la recibieron en medio de una grande algazara y entusiasmo.»

»Cuatro dias solos se detuvo Lerena en Corisco, pasando en seguida á Annobon, adonde arribó el 22 del mismo á las 10 de la mañana. Aquí se contentó con proclamar á S. M. la reina del mismo modo que lo habia hecho en Fernando Póo; vistió al gobernador negro á la española; y para satisfacer los sentimientos piadosos de sus habitantes, quienes á pesar de ser católicos hacia setenta años que no habian visto por sus playas á un ministro de Jesucristo, dispuso el cantar una misa solemne á bordo del bergantin.»

»Otros cuatro dias como en Corisco pasó el capitan Lerena en Annobon, dándose en seguida á la vela para Cádiz adonde arribó á las 11 de la mañana del 15 de mayo de 1843.»

Indudablemente, el ministerio que entonces gobernaba, habria llevado á cabo la obra; pues en vista de los buenos resultados de la espedicion, Lerena, nombró una junta que en union de este examinó detenidamente el negocio, acordando entre otras cosas orgánicas otra espedicion mas seria, y conferir el mando de aquellas islas á Lerena. Pero los sucesos políticos que por aquella época dividierou los ánimos de todos, y el cambio repentino que esperimentó la administracion pública, estorbaron la realizacion de un proyecto que contaba en su apoyo la buena fé y el entusiasmo que habia inspirado.

El dia 28 de julio de 1845 salió no obstante de Cádiz otra espedicion al mando del capitan de fragata D. Nicolás de Manterola, compuesta de la corbeta *Venus*, de 20 cañones de porte, y tripulada por 28 hombres de las brigadas de artilleria de marina, y 125 de gente de mar. Esta espedicion, mas que de carácter militar, estaba revestida de esplorador y religioso. A bordo de la Venus iban algunos misioneros y empleados, contándose entre los primeros al licenciado Usera y Alarcon, á quien hemos ya citado, y cuyo celo por la conservacion de nuestras posesiones de Guinea le hacen con otras muchas prendas un eclesiástico apreciabilísimo.

La *Venus* hizo rumbo á santa Cruz de Tenerife, y despues de hacer víveres en la Gran Canaria, fondeó en Sierra-Leona el 5 de octubre de aquel año, no llegando á Fernando Póo hasta el 24 de diciembre por haberse ocupado Manterola en reconocer las posesiones de Cabo Corta y Aera. Una vez en la isla, los espedicionarios no fueron seguramente muy afortunados. Ni pudieron crear una escuela española, ni fundar un templo católico que sustituyese al protestante, único existente allí, ni hacer en fin, nada de cuanto se proponian, de manera que la isla de Fernando Póo, continúa en el mismo estado de abandono y estrañeza por parte de España.

La referida isla, montuosa en su mayoria, tiene sin embargo, valles deliciosos, y llanos fértiles, que riegan algunos riachuelos hasta desembocar en la bahia de santa Isabel (a) Clarense, muy cerca de este pueblo que es el único regular que existe allí, y el que sirve de capital. Unos opinan que las dimensiones de la isla son las siguientes: 17 leguas de longitud, 9 de latitud, y 25 de circunferencia. Otros las fijan de este modo; 10 de ancho, 14 de largo y 45 á 48 de circunferencia.

Aunque la temperatura es bastante calorosa, la que reina generalmente en el continente vecino es menos benigna y saludable: pues mientras que en este el calor está por su término medio de 38° á 52° del centígrado, en nuestra isla no está sino de 34° á 45°. En los meses de las lluvias que son junio, julio, agosto y setiembre, el calor disminuye bastante. Fernando Póo carece de las enfermedades contagiosas que siembran la desolacion y el luto en Africa; no se padece allí ni el gusano de Guinea, ni la elefantiasis, el hidrocele, y las escrófulas.

El número de habitantes que segun cálculos aproximados tiene nuestra isla, asciende á 15,000. Divídense en varias razas, y de estas y otras materias muy interesantes y curiosas hemos de hablar en el artículo 2.° porque este ha crecido insensiblemente mas de lo que nos habiamos propuesto.

EMILIO BRAVO.

LA SEMANA SANTA.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE SUS PRINCIPALES CEREMONIAS.—COMO SE CELEBRAN EN ROMA.

(Conclusion.)

El ceremonial del Viernes Santo es en todo singular y melancólico: este dia se considera como aniversario de la muerte del Salvador; asi

todo revela luto y amargura en los oficios divinos y en sus menores accesorios. El altar y el terno de la Basílica estan despojados de sus adornos, y los ministros del santuario visten de sarga negra, en lugar de la seda que usan durante el curso del año. Comienzan los oficios por un acto de silenciosa postracion; cantan la pasion segun S. Juan, por el mismo estilo que la de S. Mateo el Domingo de Ramos; se invoca el amparo del Todopoderoso en varias oraciones ó preces que se hacen por toda clase de personas y hasta por los infieles, y se procede á descubrir la imágen de Jesus crucificado, que ha permanecido cubierta con un velo durante quince dias; siendo adorada y besada reverentemente por todo el clero de rodillas, mientras el coro canta los *Improperios* ó *Quejas*.

Esta ceremonia de la adoracion de la Cruz debe su origen, como otras muchas de la presente semana, al tiempo del imperio de Constantino. Cuando Santa Elena, madre de este emperador, descubrió la Cruz de Jesucristo en su sepulcro, la mandó esponer á la veneracion de los fieles, y esta costumbre establecida desde luego en Jerusalen, se estendió despues al Oriente y al Occidente, hasta hacerse universal. Mencionan esta esposicion pública de la verdadera Cruz ó de un trozo de ella en la ciudad Santa S. Paulino y S. Gregorio de Tours, precisando el primero que esto se efectuaba el Viernes Santo, y aun hoy se conserva en Jerusalen el arca donde se custodiaba el pedazo del *lignum Crucis*, que ya no existe allí, desde que lo hurtaron los armenios, cuando los religiosos del convento de Belen fueron llevados á Damasco.—En Constantinopla se adoptó en seguida este acto de veneracion, esponiendo á la de los fieles otro fragmento de la misma Cruz.

El oficio divino termina en Roma con una procesion semejante á la del jueves, trasladando la hostia consagrada de la capilla Paulina á la iglesia, donde la consume el oficiante. Este rito es observado en todos los paises católicos. Por la tarde, despues de las tinieblas, baja el Papa con toda su córte á la iglesia de S. Pedro, á adorar las santas reliquias de la pasion de N. S. Jesucristo que hay allí depositadas.

Aunque el sábado no tiene oficio que le sea peculiar, sin embargo, celébrase este dia el que corresponde á la noche siguiente, y el propio en un todo de Pascua de Resurreccion. Curioso es por demas este ceremonial, y por otra parte emblemático y significativo, para quien se detenga á meditarlo. Muy temprano y antes de la misa se enciende fuego nuevo, y despues de bendecirlo, se enciende con él primero una triple vela y con ella el gran blandon conocido con el nombre de Cirio Pascual: este es un precioso símbolo de la nueva luz que aparece en el mundo, y al mismo tiempo de la divinidad trina y una. Para la bendicion del cirio se usa de una bellísima oracion en que, en vez de suplicar que la luz continue ardiendo toda la noche para disipar su oscuridad, se habla de ella como de la columna de fuego qne libró á los israelitas en su fuga de Egipto, y de Jesucristo, luz verdadera é infalible. Atribúyese esta oracion á varios padres antiguos de la Iglesia, y especialmente á S. Agustin, aunque es probable que este solo espresase mejor lo que declaraban oraciones anteriores, pues la ceremonia precede mucho á su tiempo. Fundamos este aserto en que Anastasius Bibliotecarius dice que el Papa Zocimus en 417 hizo estensiva á las parroquias la facultad de bendecir el Cirio Pascual, lo que prueba que esta ceremonia existia ya mucho tiempo antes, si bien limitada á las basílicas. Sábese ademas que la bendicion del fuego y de la vela se practicaba desde los primeros tiempos todos los sábados, aunque desde el siglo XI quedó reducida la costumbre al Sábado Santo.

La bendicion de la pila bautismal es otra de las ceremonias de este dia en todas las iglesias que disfrutan el privilegio de tenerla, y que seguramente es un resto de la costumbre antigua que aun se conserva en honra de bautizar á los convertidos. Este acto interesante se efectua en el bautisterio de Constantino, contiguo á la Basílica patriarcal de S. Juan de Letran, administrando el bautismo y la confirmacion solemnemente á varios individuos, por lo comun judíos y mahometanos convertidos á la religion católica, y reservados espresamente para este dia. Despues del bautismo los neófitos van á visitar los sepulcros de los santos apóstoles en el Vaticano. Antiguamente solo se administraba este sacramento á los adultos dos veces al año, la víspera de el domingo de Pascua de Resurreccion y el dia de Pentecostés. Los catecúmenos, cuidadosamente instruidos en la fé cristiana, con escepcion de algunos dogmas importantes que quedaban reservados para despues del bautismo, eran conducidos á la iglesia por los diáconos que los instruyeran, y recibian el agua, comunmente por inmersion, siendo vestidos de blanco en muestra de pureza. Este trage lo conservaban hasta el primer domingo despues de Pascua, que por lo mismo se llama todavía *dominica in albis* en toda la cristiandad.

Las demas ceremonias del Sábado en Roma no ofrecen ninguna particularidad notable, escepto la de conferirse órdenes de todas clases, desde la tonsura al sacerdocio, en la misma Basílica Laterana, pues la misa y la bendicion del cirio se celebran en la capilla Sixtina. Sin embargo, existe una peculiar al Vaticano, que solo se efectua el año sétimo de cada pontificado, y consiste en la bendicion y distribucion de los *Agnus Dei*, ó corderitos de cera, que tambien proviene de antiguos usos. Parece que su orígen se debe á la remota costumbre de hacer pedazos el Cirio Pascual del año precedente y distribuir sus fracciones entre los fieles. Segun refiere Durandus, uno de los escritores mas antiguos sobre las ceremonias de la Iglesia, el Sábado Santo los acólitos de la Romanía hacian corderitos de cera nueva bendita, ó de la del Cirio Pascual del año anterior mezclada con crisma, los cuales eran luego distribuidos por el Papa en la octava de Pascua.

Terminada esta semana de solemnes cultos, parece que ya nada resta á la consideracion del devoto y del curioso. No obstante, el domingo de Pascua, especialmente en Roma, ofrece algunos ritos que merecen mencionarse, y algunas costumbres notables por su espléndido aparato.

En este dia, como en otros dos del año, celebra el Papa misa pontifical en el altar mayor de S. Pedro, y da la comunion á los fieles, observándose en este acto la reproduccion de un accidente que interesa, como recuerdo de costumbres antiguas. Tal es el uso del *sifon*. Llámase así un tubo de plata, por medio del cual reciben los devotos la comunion bajo la forma de vino, teniendo en la boca un estremo del tubo, mientras el sacerdote, con el cáliz en la mano, administra el sacramento por el otro estremo.

El uso de este tubo se adoptó probablemente despues del siglo VI, con el objeto de impedir profanaciones que no era difícil que ocurriesen cuando comulgaban los fieles, particularmente la clase tosca del pueblo; pues sabido es que en los primeros tiempos se recibia el sacramento de la Eucaristía, por lo comun, bajo las dos especies de pan y vino. Mas adelante, atendiendo á la posibilidad de derramarse el vino consagrado y á varias causas, quedó establecido que se administrase el pan solo, mucho mas cuando esto no perjudica á la validez del sacramento. Otra de las razones que tuvo la Iglesia para disponerlo así es la unidad de la religion en todos los tiempos y paises, y la necesidad de que todos los cristianos participen de los consuelos de su fé: y claro es quesi la comunion fuese obligatoria en las dos formas, los fieles diseminados en la China y en otros paises remotos, donde el uso del vino es prohibido, ó la vid no se cria, no podrian disfrutar de este don celestial, quedando privados de los efectos de su gracia.

Para complemento de la festividad de Pascua, funcion vernal, así llamada por venir como la primavera despues de los pesares de un invierno de luto, el sumo pontífice, luego que ha celebrado la misa, se presenta en el pórtico de la basílica de san Pedro, y dá su solemne bendicion á millares de personas allí reunidas, que por lo regular son peregrinos procedentes de paises distantes: al aparecer S. S. se arrodillan las tropas, y luego que ha pronunciado su bendicion, redoblan los tambores, truena la artillería del castillo de Sant-Angelo, y todas las campanas de la ciudad son echadas á vuelo. Esta escena, sumamente grandiosa por sí, se realza por el soberbio golpe de vista que ofrecen la concurrencia, los ricos ornamentos de la córte pontificia, los pintorescos trajes del paisanaje y los espléndidos coches de los cardenales, príncipes estranjeros y embajadores.

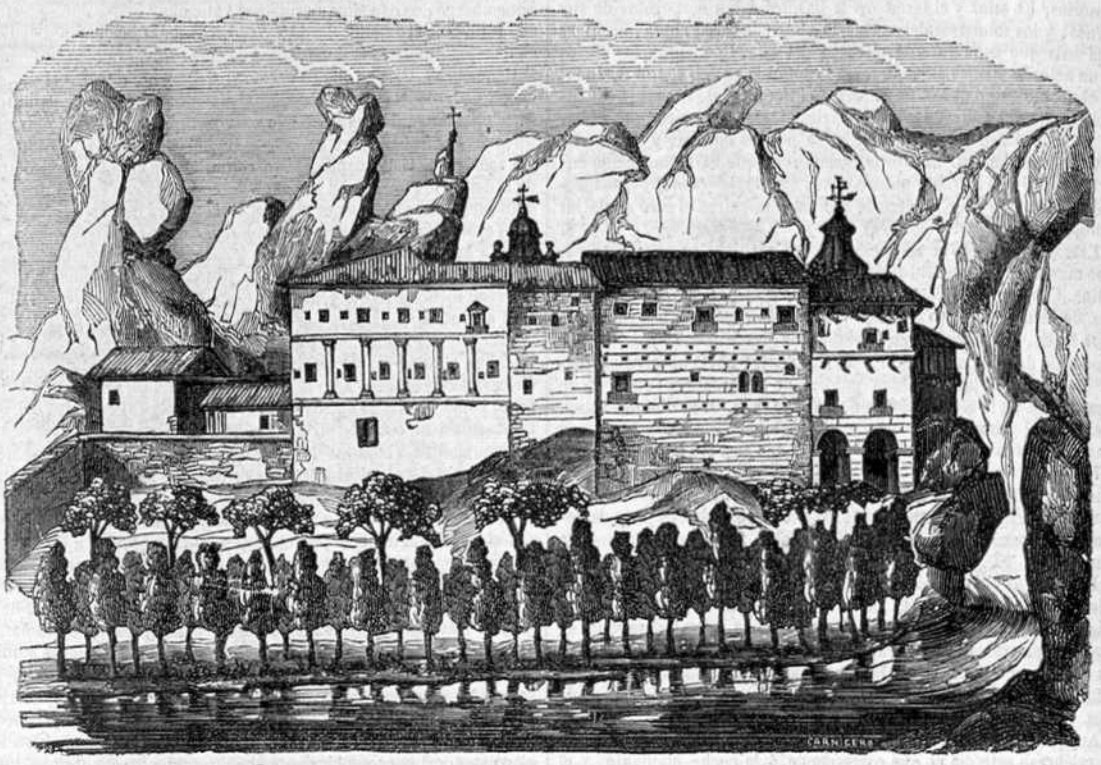
Por la noche hay brillantes iluminaciones y fuegos artificiales. Media hora antes de ponerse el sol es iluminada la parte esterior de san Pedro por 4,400 faroles; pero á las siete, toda la basílica, desde la elevada cúpula hasta la base, aparece cual una masa compacta de fuego, efecto producido por virutas de madera untadas con pez, y unas 800 teas encendidas que cubren sus paredes. A las ocho empiezan los juegos pirotécnicos en el castillo de Sant-Angelo, por una *girandola* de algunos millares de cohetes, que representan una erupcion del Vesubio; sigue á esto varios fuegos caprichosos, y termina la funcion con otra vistosa girandola. Entre tanto, la cúpula de san Pedro resplandece como un inmenso brillante entre los fuegos del castillo, y los reflejos del Tiber, produciendo este espectáculo una doble ilusion óptica de un efecto indescriptible.

Hemos procurado en esta rápida reseña no olvidar ningun punto importante del ceremonial destinado á solemnizar este tiempo santo. Mucho se pudiera sin embargo añadir sobre varios particulares que se prestan á la reflexion, tanto del cristiano como del curioso aficionado á las antigüedades eclesiasticas; pero el temor de fatigar á nuestros lectores, nos obliga á suspender aquí el curso de nuestra desaliñada pluma.

FRANCISCO J. DE ORELLANA.

LA HOZ.

Se halla este convento en Castilla la Vieja, en la provincia de Segovia, dista nueve leguas de esta ciudad, y de la villa de Sepúlveda



La Hoz.

dos leguas de muy áspero y fragoso camino: está el espresado convento en una profundidad estraordinaria; le cerca el rio Duraton, tan ruidoso, que estrellándose en las peñas vivas, se abre camino con tal fuerza, que causa terror por el estruendo que producen sus aguas al chocar con las breñas y peñascos disformes que á cada paso se desprenden: parece que el diluvio universal estrelló aquí toda su fuerza, desentrañando la tierra, por ser la profundidad que se descubre en el espacio de cuatro leguas continuas, de casi cien varas; cuya altura forma unas murallas que defienden al citado santuario. No se sabe el año de su fundacion: tiénese por muy cierto haberse fundado primero en este sitio y lugar de Nuestra Señora de los Angeles una casa y monasterio de Monges, donde siempre resplandeció la disciplina regular; los cuales poseyeron la dicha casa por mucho tiempo hasta la general invasion de España. Entonces los monges la desampararon, y los moros la destruyeron y robaron; así estuvo la dicha casa sin haber quien la nabitase y morase mas de cuatrocientos años; la hermita quedó sola, y los señores Hoces procuraron conservar la iglesia, que fué siempre sepultura y entierro perpétuo de ellos, como la patentizan los sepulcros de piedra que se hallan dentro de la misma iglesia. Llámóse aquel antiguo monasterio S. Pantaleon de la Hoz.

En el año de 1231 se restauró y se entregó á la religion de San Francisco, con el nombre de Nuestra Señora de los Angeles de la Hoz; por haberse aparecido la santísima imágen en la cima del risco que domina á doble elevacion que el convento, en la que se colocó una cruz en el año de 1703, para perpétua memoria de donde fué la aparicion: han estado habitando el repetido convento los religiosos Franciscos hasta que fueron estinguidos; habiéndose trasladado á Nuestra Señora de los Angeles á la parroquia de S. Justo y Pastor de la villa de Sepúlveda, por ser feligresa de la citada parroquia la patrona del repetido convento, doña María de los Angeles Artacho; en cuya parroquia se venera y hace la funcion todos los años á la santísima imágen por la espresada su patrona.

Siempre hubo en el dicho convento treinta religiosos, lector y colegiales, porque mantenia continuamente curso de artes para la provincia; y á consecuencia del estado ruinoso en que se hallaba el convento, en el año 1848 fué demolido, no habiendo quedado mas que las paredes; y en pié la casa que con el nombre de Ochavo se halla unida á él.

José Pablo PASTOR.

AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON.

La fé religiosa, el deseo de utilizar en beneficio de la religion misma las representaciones teatrales, dieron origen á los dramas místicos. En Francia, en Italia, en Inglaterra se representaron desde muy antiguo en los templos y fuera de ellos, *misterios*, *pasos*, *farsas*, *vidas y milagros* de santos; en 1506 se representó en Portugal el *auto pastoral del nacimiento*; y nosotros teníamos ya en Cataluña desde mediados del siglo décimo cuarto misterios que se representaban en la procesion del Corpus.

El no tratar en estas representaciones la religion y á veces la moral con el respeto debido, el abuso de representar en ellas los clérigos, y el hacerse casi siempre en el templo, dieron lugar á que cayese sobre estos dramas el anatema de varios Concilios y Sumos Pontífices. En nuestra España, sin embargo, habian continuado hasta el mismo siglo XVIII las representaciones de comedias de santos y sacramentales, en las grandes festividades religiosas.

Entre todos estos dramas sagrados los que mas alcanzaron al aplauso de su siglo, y merecen mas de parte nuestra un detenido estudio, son los *autos sacramentales de Calderon*. Infiérese el aplauso de sus contemporáneos de lo que dice D. Juan Vera Tasis y Villarroel: «Obligóle asimismo esta siempre ilustre y coronada villa de Madrid algunos años á escribir uno de los autos sacramentales con que celebra su festivo dia; y reconociéndole despues por único, acordó que los continuase solo, como lo hizo por espacio de treinta y siete años, escribiendo al mismo tiempo los de Toledo, Sevilla y Granada, hasta que en aquellas insignes ciudades faltaron estos festejos; y aun mas allá de la vida pasan los justísimos aplausos de esta imperial villa, pues los repite en sus festividades con acertada resolucion de continuarlos.» (*Fama, vida, y escritos de Calderon.*)

El mismo D. Juan de Vera Tasis dice que escribió mas de cien autos; pero en la coleccion hecha por D. Pedro de Pando y Mier, en el año 1717, no se hallan mas que setenta y dos con sus correspondientes loas, dividido en seis partes.

En estos autos que se llamaban sacramentales porque tenian siempre por asunto el Sacramento de la Eucaristía, eran los principales personages figuras morales y alegóricas, como las *virtudes*, los *vicios*, la *gracia*, la *naturaleza*, los *afectos* del corazon humano, la *sabiduría*, la *ignorancia*, el *mundo*, el *demonio*, el *hombre* representando la humanidad, y á veces á Dios mismo. Estas figuras llamadas

morales eran ya comunes aun en poemas dramáticos de otro género: la comedia, destinada á representar acciones verosímiles y ordinarias en la vida humana, debia desecharlas; no así el drama místico, que nacido de la fé, sentimiento espiritual y enteramente metafísico, alimentado por todas esas creaciones de la religion mas espiritualista que han profesado los hombres, girando en el círculo de las virtudes y de los vicios humanos considerados en astracto, y dirigiéndose siempre á un fin moral ó teológico, era y debia ser una magnífica epopeya, que daba formas, vida y accion, no ya como la mitología de los griegos, á los seres materiales, sino á los pensamientos, á los afectos, á las pasiones, á todos los fenómenos en fin del mundo intelectual y moral. Júzguese, pues, lo que serán estas astracciones concebidas en la profunda mente de Calderon, recibiendo formas y colores propios bajo aquella enérgica inspiracion, bajo aquella valiente pluma de la que se deslizaba la poesía como el agua de un manantial vivo y perenne. Ya no son allí las virtudes y los vicios nombres con que se designan ciertas acciones humanas consideradas moralmente: son criaturas animadas que sienten, que piensan, que se agitan, que hablan como nosotros; son enemigos que luchan entre sí disputándose el corazon del hombre, á quien se muestran sumisos ó airados, inocentes ó astutos, seductores ó terribles, atrayéndole ó rechazándole; unas veces turbando sus sentidos para sofocar sus buenos instintos, iluminando otras su razon para reanimar su fé casi estinguida; ya arrastrándole consigo por el camino llano y halagüeño al principio, del mal, ya guiándole cuidadosamente por la senda difícil y espinosa del bien.

Calderon, que tan profundo y filosófico se muestra aun en sus comedias de enredo, no podia dejar de serlo en sus autos donde tal vez en genio se encontraba en su verdadero terreno; así que estas personificaciones son todas, con cortas escepciones, naturales, propias, bellísimas y poéticas siempre, sublimes muchas veces. Véase con cuánto vigor, con qué colorido tan severo pinta en pocos versos al *temor de Dios*.

Temor. ¿Adónde estará segura
mi vida? ¿Por dónde voy?
si cada paso que doy
es sobre mi sepultura.
Apenas muevo la planta
cuando pienso que la tierra
en sus abismos me encierra:
cualquier pájaro que canta
(bien que con dulce harmonia)
presumo que es á mi oido
de aquella trompa el sonido,
que Gerónimo tenia.
Muerte y juicio hay, ¿y hay error
pena, y gloria, y hay malicia?
¿Adónde de tu justicia
seguro estaré, señor?

Sacando en otra parte á escena el *placer* y el *pesar* los caracteriza al momento con un solo rasgo.

Pesar. ¿Hasta cuándo ha de durar
el regocijo, *placer*?
Placer. Hasta que llegues tú á ser
el que le impidas, *pesar*.
Pesar. Haz cuenta que ya he llegado
.....

Mas adelante hallándose entre los dos la naturaleza humana los llama equivocando los nombres, y al advertirlo dice:

Siempre me vi
entre los dos, y apurar
no supo mi humilde ser,
si pesar era el placer,
ó el placer era pesar.

En otra parte está vistiendo al hombre su *albedrío*, y para ello toma de la *soberbia* el sombrero con plumas, de la *avaricia* las joyas, de la *ira* la espada, de la *envidia* la capa, y de la *lascivia* el espejo. Véase si todos estos toques no son de mano maestra.

Pudiera culpársele en sus autos del mismo defecto que en sus comedias se advierte: el de que sus personages son casi siempre los mismos; pero hay que advertir que en los autos no tenia la misma libertad de elegir personages que pudiera tener en la comedia; ademas, aunque los medios de que se vale son los mismos, el fin á que camina es siempre diferente, y como decia el mismo Calderon en el prólogo á la primera parte de sus autos, «el mayor mérito de la naturaleza está en formar con unas mismas facciones tantos rostros distintos.»

Muéstrase mas original en los argumentos que en su trama y conduccion, que son casi siempre las mismas, si bien no pocas veces anuda admirablemente el interés, lleva la accion con novedad y maestría, y nos sorprende en fin haciendo uso de algun resorte inesperado. Mucha debió ser, no obstante, la perfeccion que él diera á los autos sacramentales, pues hablando D. Gaspar Agustin de Lara de los que dejó escritos nuestro autor, añade: «sin otros muchos pequeños que se usaban antiguamente, de que no hizo memoria por no tener aquella proporcion medida (de que fué primer autor) con que perfeccionó este género de representaciones.»

¿Y qué diremos de su versificacion, de aquella harmonía que recorre todos los tonos, desde el mas patético y afectuoso del sentimiento mas dulce hasta el mas brioso y enérgico de la pasion mas vehemente; desde el mas ligero é ingenioso hasta el mas filosófico y profundo? Nada, nada diremos por miedo de no decir bastante, ni es necesario tampoco. ¿No saben ya todos de memoria algunos versos del autor de *La vida es sueño*, de *No siempre lo peor es cierto*, del *Alcalde de Zalamea*, y de *Casa con dos puertas?* Baste decir que sus autos no ceden en esta cualidad á sus otras obras, que son un manantial inagotable de poesía, un riquísimo tesoro de pensamientos grandes, bellos, patéticos, profundos, y advirtamos aquí como de paso que es Calderon uno de los autores que mas abundan en esos pensamientos que resaltando de lo demas de la composicion como resaltan las figuras del fondo de un cuadro, ó bien como se destacan las flores sobre el esmalte verde de la pradera, nos obligan á detener nuestra lectura para volver á leerlos una y otra vez, no cansándonos nunca de saborearlos.

¡Qué sentidos son aquellos versos en que la *Iglesia* llama á un hijo estraviado! dice:

Si eres oveja perdida,
ó si eres alcon en celo,
ten el paso, abate el vuelo,
no á dueño pases estraño,
vuelve, oveja, á mi rebaño,
alcon, vuelve á mi señuelo.

Y cuando lamentándose de la felicidad fugaz y pasagera de la vida dice:

que es la dicha breve flor
que nace con el albor
y fallece con la sombra.

Y cuando cantan al hombre mientras se viste y adorna:

Aunque la esclavina trueque
al cortesano vestido,
no por eso deja el hombre
de ser siempre peregrino.
Que es la vida un camino
que al nacer empezamos
y al vivir proseguimos,
y aun no tienen su fin cuando morimos.

Pero hagamos la reseña de un auto entero para poder juzgar con mas acierto. En el que el autor titula *Los alimentos del hombre* se propone pintar la caida de éste y su vuelta á la gracia mediante la venida del Mesías y la institucion del sacramento de la Eucaristía, objeto siempre del auto: asunto vastísimo, difícil de encerrar en tan estrechos límites. Veamos cómo nuestro autor lleva á cabo esta empresa.

Adamo, hijo del mas rico mayoral del mundo, ha ofendido á su padre, que en castigo le arroja de su casa privándole de su herencia, que concede á otro hijo llamado Enmanuel, el cual intercede siempre por Adamo, y á quien su padre promete que ha de volver algun dia al valle de lágrimas á enjugarlas. Manda tambien el padre á las cuatro estaciones del año que solo obedezcan á Enmanuel.

A él obedeced humildes,
y á esotro arrojad rebeldes
sin concederle dominio
en flores, frutos, ni mieses;
que con fatigas, no labre;
que con lágrimas, no riegue;
con suspiros, no cultive;
con trasudores no siegue;
porque con afanes coma
lo que con dolores siembre.

Ya antes, hablando con las mismas estaciones, ha hecho el padre esta descripcion de sus riquezas:

Dígalo ver cuán alegres,
cuán gozosos, cuán ufanos,
la primavera me ofrece

en su estacion varias flores;
el estío, rubias mieses;
el otoño, dulces frutas;
y el invierno ricas nieves,
para que de mis ganados,
que no hay redil que los cerque;
de mis aves, que no hay
vago espacio en que no vuelen;
mis frutales, á quien falta
tierra para sus planteles;
y para mis peces rios,
la multitud se sustente
á providencia de vuestros
contínuos afanes, desde
los mas montaraces brutos
á las mas tímidas reses,
desde la mas remontada
ave al gusano mas débil,
y desde la mas erguida
palma á la flor mas silvestre;
dando á la conservacion
de aves, fieras, plantas, peces,
yerva el prado, abrigo el monte,
lumbre el sol y agua las fuentes.

Queda solo Adamo desamparado de su padre, y al primer paso que dá cae de lo alto de un derrumbadero. Salen á recibirle en sus brazos su ángel custodio y el demonio, que despues de contender un breve rato se van, dejando el primero en lugar suyo á la *razon natural*, y el segundo al *apetito*. Cuando Adamo vuelve del desmayo que le ha originado el susto de la caida, sin querer conocer á la *razon*, la obliga á retirarse, quedando solo con su *apetito*, á quien en vano quiere apartar de sí. Entonces trata de buscar algun alivio á la necesidad que le aflige, y pide socorro á las estaciones: la *primavera* coronada de flores, el *estío* de espigas, el *otoño* de pámpanos, y el *invierno* en forma de un pastor viejo, van pasando por delante de él sucesivamente y sin detenerse, dejándole por todo consuelo una azada, una hoz, una podadera y un cayado, símbolos del trabajo á que debe dedicarse para vivir. Adamo, viendo esto, se queja de la naturaleza tan próvida en socorrer las necesidades de las demas criaturas, tan avara al parecer con el hombre, diciendo entre otras sentidas razones:

En la mas oculta sierra,
en el mas ameno prado,
nace el tronco alimentado
de la humedad de la tierra:
del mismo humor que en sí encierra
desnudas ramas arroja,
y sin costarle congoja
se halla á su tiempo feliz,
sustentado en la raiz
y vestido con la hoja.
La ave que en pagizo nido
nace con desnudez suma,
vestida se vé de pluma
sin saber quién la ha vestido:
cobra alas y halla nacido
todo cuanto ha menester;
y yo, con mas noble ser
que ave y tronco, ¿he de anhelar
necesitado á buscar
que vestir y que comer?
El pez, animal tan mudo
que ni gime, ni respira,
con que á los senos que gira
mover á piedad no pudo,
con ser animal tan rudo,
entre los cienos y lamas,
donde no hay plumas ni ramas,
se halla entre húmedas alcobas
alimentado de ovas
y defendido de escamas.
. . . . . .
. . . . . .
Pues si en una y otra esfera
nacen no necesitados,
vestidos y alimentados,
tronco, ave, pez, bruto y fiera;
¿por qué desde su primera
cuna ha de ser desigual
el hombre á todos? ¡Oh! En tal
duda, ¿quién á mi fortuna
¡cielos! podrá dar alguna
luz?

Razon. La razon natural.

(*Sale la razon natural con una antorcha.*)

Reconoce ya Adamo á la *razon*, que esclarece sus dudas haciéndole ver cuán superior es el hombre por su inteligencia á las demas criaturas, aunque en las cosas materiales parezcan llevarle ventaja. Ahora viene el *apetito* convidando á Adamo con algunas yerbas y frutos; pero Adamo, fuerte desde que se apoya en la *razon*, le aparta, lucha con él, le vence y le obliga á retirarse. ¿Quién no vé cuán moral y cuán filosófica es esta alegoría?

Entretanto Enmanuel ha venido al valle, y todos celebran su dichosa venida con danzas y regocijos. La *razon* aconseja á Adamo que pida á su padre los *alimentos* ante el tribunal de la *justicia*. En efecto, preséntase ante el sólio de la *justicia* Adamo asistido de la *razon* natural; su ángel custodio es su abogado. El demonio, como fiscal, aglomera las faltas de Adamo; pero el ángel hace su defensa, Enmanuel se ofrece como hostia del desagravio, el padre se aplaca, y la *justicia* sentencia á favor de Adamo, á quien se dá como alimentos el pan eucarístico.

Hé aquí el plan de este auto, que no hemos hecho sino bosquejar ligeramente. Como este pudiéramos citar otros muchos á que preside un pensamiento profundo, cuadros llenos de imaginacion, de colorido, de vida, de ideas grandes; bellísimos en sus menores detalles, magníficos y armoniosos en su conjunto.

Pero donde se muestra Calderon mas filosófico es en el auto de *El gran teatro del mundo*. Considera en él al mundo como un gran teatro, y á la humanidad como una compañía de representantes, de la cual Dios es el autor, y empieza el auto repartiendo á cada uno el papel que le toca representar: á uno da el papel de *rey*, á otro el de *hermosura humana*, á otro el de *discrecion*, á otro el de *labrador*, á otro el de *rico*, y á otro, finalmente, el de *pobre*. Todos van aceptando su papel, conformándose mas ó menos con él, hasta que al recibir el suyo el *pobre* se queja de él de este modo:

Pobre. Si yo pudiera escusarme
de este papel, me escusara,
cuando mi vida repara
en el que has querido darme
. . . . . .
¿Por qué tengo de hacer yo
el pobre en esta comedia?
¿Para mí ha de ser tragedia
y para los otros no?
Cuando este papel me dió
tu mano, ¿no me dió en él
igual alma á la de aquel
que hace el *rey*? ¿Igual sentido?
¿Igual ser? ¿Pues por qué ha sido
tan desigual mi papel?
Si de otro barro me hicieras,
si de otra alma me adornaras,
menos vida me fiaras,
menos sentidos me dieras;
ya parece que tuvieras
otro motivo, Señor,
pero parece rigor,
perdona decír cruel,
el ser mejor su papel
no siendo su ser mejor.

Autor. En la representacion
igualmente satisface
el que bien el *pobre* hace
con afecto, alma y accion,
como el que hace el rey; y son
iguales este y aquel
en acabando el papel:
haz tú bien el tuyo, y piensa
que para la recompensa
yo te igualaré con él.

(*Se concluirá.*)

José María de LARREA.

EL JUICIO DE LOS SIGLOS.

En el Escorial.

Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.
ARGENSOLA.

Lágrimas de corage
vengo á verter en tu feraz regazo,
adusto Guadarrama;
y con brio salvage
vengo á romper pedazo por pedazo
el pedestal de tu soberbia fama.
¡No me arredras, oh, no! Sienta en buen hora
temblar el pecho á la presencia muda
del gigante de piedra que cobijas,
quien no traiga en su ayuda
la luz fascinadora
de la razon, en cuyo torno giro:
con ojos de filósofo te miro,
y mas grande que tú me siento ahora.

Peregrino en mis años infantiles,
yo visité la ruina venerada,
mansion hoy de reptiles,
ayer feliz morada
dó vio la luz, para doblarla un dia,
el que, asombro del mundo y de las olas,
César del hemisferio mejicano,
dió en humo por bandera al aire vano
las naves españolas.
Cada átomo liviano
de polvo, que los vientos arrastraban,
dolor nunca probado me ponia,
lágrimas en mis ojos rebosaban;
y grande me sentia,
grande como Cortés; con cada piedra
de los negros escombros
á colocar el mundo me atrevia
en mis débiles hombros.

De hinojos ante el arco de Trajano
—en Mérida ciudad de sepulturas,—
lloré yo las grandezas del romano,
y grande me sentí cual sus hechuras.
¡Mérida! ¡Medellin! cantos de gloria
siempre en el pecho del poeta escritos!
¡Cuán cara á mi niñez vuestra memoria!
y cuán caro me fué de vuestra historia
el recordar los lauros infinitos.
El fuego inspirador hirviente apenas
sentia yo en mis venas,
y ya al compás de desacorde canto
mi pobre corazon dijo sus penas
á las noches serenas
por ver en giras vuestro régio manto.
Y corria, y volaba,
y postrado de hinojos
vuestras ruinosas piedras adoraba.
Y aquí en el Escorial no ven mis ojos
sino miseria, y liviandad, y enojos.
Yo, con orgullo de hombre,
en vuestras piedras escribí mi nombre,
ansioso de vivir con vuestra vida,
y en las paredes húmedas
de esta de reyes tumba denegrida,
mi mano casi trémula
la vanidad resiste,
y está mi pecho congojoso y triste.

Escúchame, Escorial. De tu granito
el oido eternal abre á mi canto,
aunque te arranque un grito
que nos hiele de espanto.
Viste tus ricas galas,
vístete las mejores,
como se viste en suntuosas salas
lazos deslumbradores
la vieja loca que mendiga amores.
Cierra con ambas manos
las grietas, por do fétidos exhalas
vapores mil insanos
de corrompidas médulas de humanos.
Con himnos gloriosos de grandeza
ahoga mi cantar;—y dile al mundo
que en tu recinto de sin par riqueza
no se respira ambiente tan inmundo:
dile que yo no he visto
á Felipe segundo
girando en torno del altar de Cristo
con ansias roedoras moribundo.
—En su rugosa frente
arde lívida llama:
su boca balbuciente
por el reposo de las tumbas clama.
—Horrible es la agonia
del que trae clavada en la conciencia
sombra de crímen que matando impia
irá dia tras dia,
la vacilante luz de su existencia.
Aunque con mantos como tú se arrope,
Escorial, en tus bóvedas
siempre retumba el grito
que dá horror al precito.

«Paz?... paz?... no hay paz para monarcas ávidos
»de sangre y de tesoros,
»que viven del festin de la matanza,
»que gozan con gemidos y con lloros.
»Paz?... ¿se la diste tú, cuando anhelaron
»tus pueblos por su dulce bienandanza?
»¿Dónde hallará la paz que robó al mundo
»el Atila segundo?

»Verdugo de tu hermano,
»verdugo de tu esposa,
»verdugo de tu pueblo castellano,
»verdugo de tu Flandes laboriosa,
»verdugo de tus hijos y tirano,
»ni en la terrena fosa
»tendrás la paz del que nació cristiano.
»Las venideras gentes
»huirán amedrentadas
»al contemplar las obras de tu mano
»con sangre de los hombres amasadas.
—»Término el Escorial á tu carrera
»será, padron de gloria para Herrera,
»de mengua para tí. La luz divina
»de su génio vendióte... asi compraba
»la gloria venidera...
»la tuya, toda entera,
»la sangre de tus reinos la pagaba.

»¿Qué fué de aquellos miles de millones
»de seres sin ventura,
»perros de tu trahilla,
»que al son danzaban de acordados sones
»cuando danzabas tú por maravilla,
»y llanto en ancha vena derramaban
»si tus ojos hipócritas lloraban?
»¿Qué fué de aquella gloria,
»talco que cubre lodazal inmundo,
»hoy funeral memoria
»que quisiera borrar con sangre el mundo?
»Dó aquel sol centellante
»que en el seno de Atlante
»y en su cuna de Oriente, vió cuitados
»pueblos por tus pupilas abrasados?
»Gigante sepultura
»postrimer eslabon de esa cadena,
»á romperla por siempre se apresura.

»Bien el Eterno quiso
»demostrarte su enojo.—Las bordadas
»veletas que á los cielos se deslizan,
»de las borrascas el furor atizan,
»siempre sobre tu fosa preparadas.
»Y de este paraiso
»enemigas las nubes de las flores
»tenazmente les niegan
»los que su caliz en placer anegan,

»febeos resplandores.
»¿Tras ese manto lúgubre
»no está el dedo de Dios, amenazante
»dispuesto á despeñar sobre el gigante
»su reprimida saña y sus furores?
»¿O son esos vapores
»escuadron funeral, que por los vientos,
»del antro de los muertos fugitivo,
»te viene á despertar con sus lamentos?

«El peso de tu mano
»todo lo abruma aquí.—Las mansas fuentes
»susurran con gemido melancólico;
»despéñanse mas rudos los torrentes;
»los seculares árboles
»inclínanse hasta el suelo
»por un poder vencidos sobrehumano;
»el recortado vuelo
»de las pintadas aves,
»es lúgubre y sombrío;
»sus trinos menos suaves;
»aquí el amor fallece;
»el manto de verdura
»del bosque, dá pavura;
»el mayo no florece;
»aquí seco y sin sol es el estío,
»y siempre la natura
»en su dolor parece
»de flores y de gozos sepultura.
»Del hombre aquí los ojos
»desencájanse al ver como vacilan
»las cúpulas del santo monasterio
»en el fondo del áspera montaña
»sembrada de peñascos y de abrojos.
»Y si el tañir del cimbalo
»rasga el pesado ambiente,
»y el órgano sonoro y el salterio
»y cántico divino
»en las sagradas bóvedas resuenan,
»el corazon acongojado siente
»misteriosos dolores de contino
»que sus goces mas puros envenenan.

»Suelo feraz que brotas
»arroyuelos y flores
»que un soplo maldecido al punto seca,
»¿qué trajo sobre sí tantos horrores?
»¡oh Felipe segundo!
»solo tu mano trueca
»en yermo esta region, eden del mundo.
»¿Por qué labrar aquí tu sepultura?
»El ágata y el pórfido
»en árido rincon allá lejano
»¿no te libráran, corazon cristiano,
»del rayo de la altura?
»¡Cuán dichosa pasára la existencia
»en aqueste pensil, si el sol y el cielo
»no estuvieran cubiertos con un velo
»del sangriento color de tu conciencia!

»Duerme intranquilo, duerme,
»como el que espera despertar un dia
»á la voz del Señor, teniendo escrito,
»sobre su frente tan atroz delito.
»Aunque tumba buscó tu hipocresía
»en su propia mansion, y es de granito
»tu máscara, sus ojos
»te sabrán encontrar... ¡Ceniza fria!
»¿no tiemblas sus enojos?

»Y nacerá un poeta
»que al desgarrar sobre tu frente impura
»de su libre cancion la saña inquieta
»á tu edad ya pasada y la presente
»aquí en tu sepultura
»quisiera convocar, para que todas
»su maldicion grabáran en tu frente.»

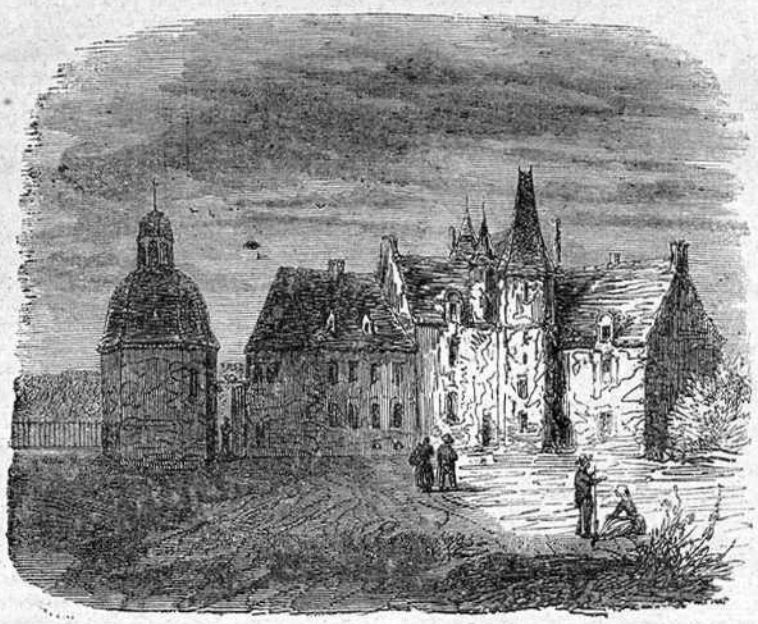
San Lorenzo del Escorial 7 de junio de 1830.

VICENTE BARRANTES.

Aristóteles al proponer los fundamentos de una buena república dice:

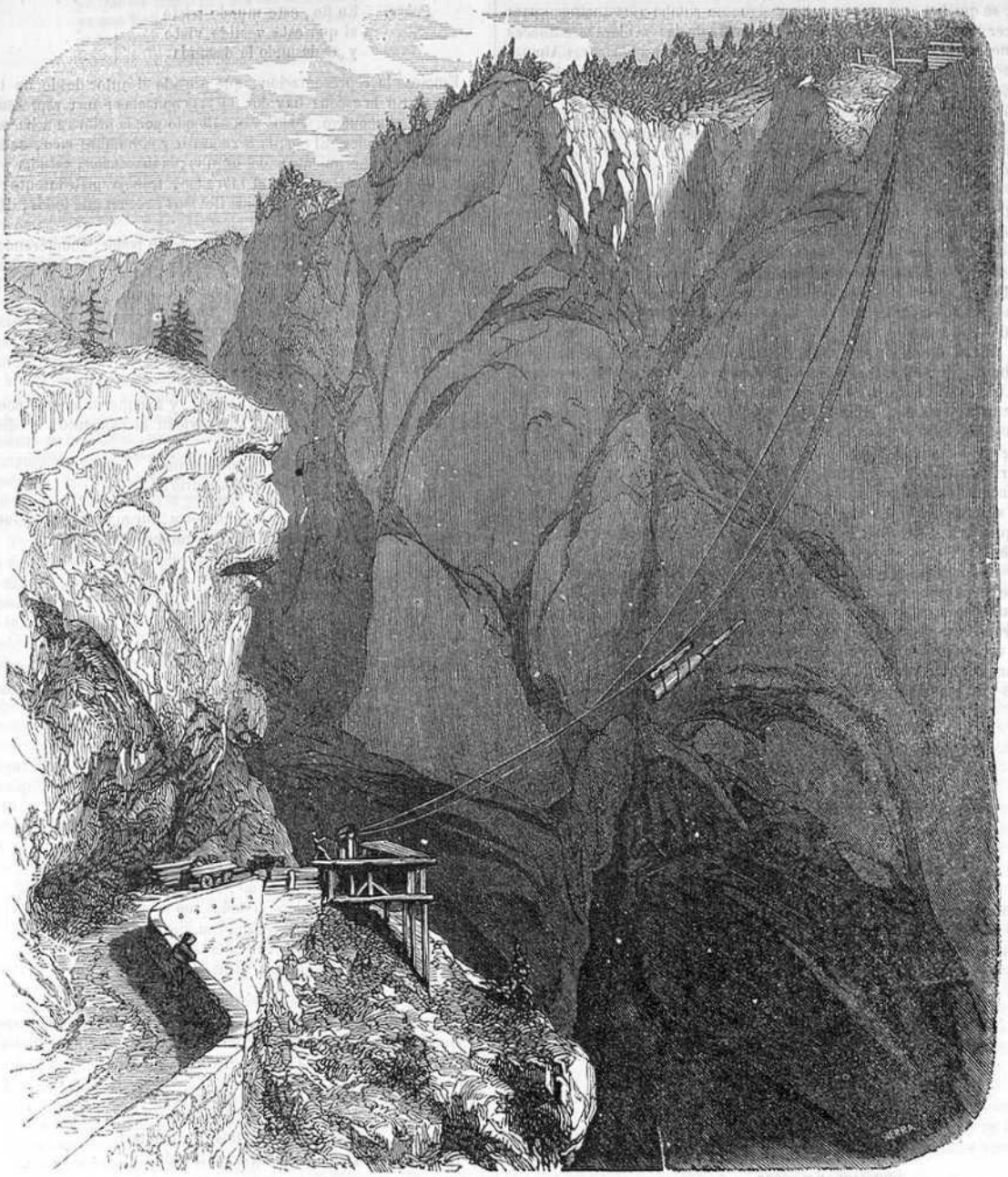
—Lo primero y principal de todo es el cuidado del servicio de Dios, que llamamos culto divino.

Siguiendo este ejemplo Numa Pompilio, luego que comenzó á gobernar á los romanos, puso toda su mira en edificar templos, instituir sacerdotes, dar ritos y ofrecer sacrificios con que redujo al pueblo á la piedad; de modo que la fé y el juramento eran suficientes para regirlo.



Castillo de las Rocas.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



VIA-MALA.

Esplotacion de maderas.

La riqueza de los Alpes consiste en las maderas y en los pastos; pero las vacas no pueden apacentarse en todos ellos: hay sitios difíciles en los que solo es dado penetrar á las cabras monteses, ó al segador nómada, que para coger un poco de yerba trepa sin miedo por las mas escabrosas pendientes, y anda atrevido por angostísimas cornisas, mirando á sus pies un abismo profundo. Los bosques son regularmente espesos y de difícil penetracion, y esta es la causa de que la esplotacion se haga á costa de tantas fatigas, y de que á veces ofrezca peligros. Favorecido algunas veces el leñador por lo escarpado de las montañas que circundan el valle, despues de haber conducido hasta el borde de las rocas las maderas que para su uso cortára, las precipita arrogante en el fondo de la llanura y no necesita de otro medio de trasporte, á lo menos para las maderas de consumo, que no hay inconveniente se quebranten y hagan pedazos.

Si está lejano el lugar en que las maderas han de cortarse, muchas veces un riachuelo, un torrente que corre bajo la selva esplotada, recibe en su seno los despojos que se le arrojan, y los conduce á la primera aldea. Allí se construyen almadías, y desde ellas se conduce á los paises circunvecinos y aun hasta á Holanda el tributo de los Alpes.

En otros puntos pueden las montañas por sí mismas arrastrar las maderas, haciéndolas deslizar por ciertos pasillos de imposible tránsito para los caballos y carruages. Este medio de transporte ha estado tan en uso, aun en los caminos de carretera, que se han dado leyes prohibiendo se arrastren las maderas por los caminos públicos. Pocos turistas hay que no hayan encontrado en los caminos de la Suiza unas piedras puestas en lo alto de las pendientes en las cuales se ven grabadas estas sacramentales palabras. «La ley prohibe ensayar sin guarda-rueda, y trasportar las maderas arrastrándolas.»

27 DE ABRIL DE 1851.

Pero si las cercanias no ofrecen pendientes accesibles, si en el fondo de una garganta salvaje como esta, en vez de correr el torrente, se quiebra, espumea, salta y sigue un rumbo asaz tortuoso para hacer imposible por su medio el trasporte de las maderas, entonces es necesario recurrir á otros medios para esquilmar á las rocas Alpinas sus escondidos tesoros. Los leñadores se encaraman por estrechos senderos, y luego que llegan al lugar de la esplotacion, establecen un aparato mecánico del que dá una idea clara al grabado. En cada lado del precipicio se fija una polea en la cual engrana una maroma de suficiente fuerza, y de este modo las maderas atraviesan libremente el abismo.

Estamos, pues, en plena Via-Mala en el canton de los Grisones, entre Thusis y Ander. El aparato mecánico no tiene otro nombre que el de su propietario M. Schreibes. Lo que mas frecuentemente se baja es el carbon que se hace en lo alto, el cual está destinado para el consumo de los pueblos circunvecinos y de algunas fundiciones que se hallan en el contorno. Sin embargo, se bajan tambien maderas de consumo y de construccion. Las dos barraquitas distan una de otra de 300 á 400 metros.

En el fondo de esta espantosa garganta, y entre los valles de Schams y de Domleschg se precipita el Oschein posterior (Hinterrehein). La Via-Mala, llamada así por las frecuentes desgracias ocurridas á consecuencia de los desprendimientos de las rocas, se comenzó el año 1470. Mas tarde se construyeron puentes sobre el abismo, y el pasagero no puede menos de rendir homenage al audaz arquitecto Christian Vildener, de Davos. El puente mas antiguo construido en el principio del camino conduce desde la orilla izquierda á la derecha: el segundo de la derecha á la izquierda, y el tercero tambien de la izquierda á la derecha. La profundidad que hay bajo el segundo puente es de 166 metros.

La angostura de la garganta es tal, que apenas se percibe el rio que corre espumante en el fondo. Cuando se sale de aquellos horribles desfiladeros, y se entra en el delicioso suelo de Ander, causa una agradable y singular sorpresa el ver aquellos lindos edificios rodeados de verdes praderas, y aquellos escelentes albergues donde se puede con tranquilidad reposar. El pais de los Grisones es una de las partes menos visitadas de la Suiza, y sin embargo de las mas dignas de serlo.

AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON.

(Conclusion.)

Ya que están repartidos los papeles, el *mundo* va dando á cada uno insignias y atributos que le son propios: dá púrpura y laurel al *rey*; á la *hermosura*, flores lozanas; al *rico*, joyas de gran precio; á la *discrecion*, cilicio y disciplina; al *labrador*, un azadon; y al llegar al *pobre* le pregunta:

Mundo. ¿Qué papel es tu papel?
Pobre. Es mi papel la afliccion,
(1)
es la angustia, es la miseria,
la desdicha, la pasion,
el dolor, la compasion,
el suspirar, el gemir,
el padecer, el sentir,
importunar y rogar,
el nunca tener que dar,
el siempre haber de pedir.
El desprecio, la esquivez,
el baldon, el sentimiento,
la vergüenza, el sufrimiento,
el hambre, la desnudez,
el llanto, la mendiguez,
la inmundicia, la bajeza,
el desconsuelo y vileza,
la sed, la penalidad,
y la vil necesidad,
que todo esto es la pobreza.
Mundo. A tí nada te he de dar,
que el que haciendo el pobre vive,
nada del mundo recibe;
antes te pienso quitar
estas ropas, que has de andar
desnudo para que acuda
yo á mi cargo, no se duda. *(Despójale.)*
Pobre. En fin, este mundo triste
al que está vestido viste
y al desnudo le desnuda.

Empieza la representacion, que preside el autor desde un trono de gloria. En la escena hay dos puertas opuestas: una representa la cuna, otra el sepulcro. Todos van saliendo por la primera á hacer sus respectivos papeles. El *rey*, la *hermosura* y el hombre *rico*, se dejan llevar del desvanecimiento y del orgullo; la *discrecion*, estudia y desprecia los bienes del mundo; el *labrador*, trabaja malcontento; y el *pobre* se queja de su suerte y pide limosna: recházanle todos, dándole solamente la *discrecion*.

Cuando está el *rey* mas envanecido de su poder, enumerando sus vastos dominios, gozándose en su gloria y su grandeza, oye una voz que canta dentro:

Rey de este caduco imperio,
cese, cese tu ambicion,
que en el teatro del mundo
ya tu papel acabó.

Váse el *rey* por la puerta del atahud, y aunque su muerte pone en confusion á los demás actores, la olvidan al momento, y dice el *mundo*:

¡Qué presto se consolaron
los vivos de quien murió!

Sucede luego lo mismo á la *hermosura*, luego al *labrador*, luego á un mismo tiempo al *pobre* y al *rico*, á quienes dice la voz:

Número tiene la dicha,
número tiene el dolor,
de ese dolor y esa dicha
venid á cuentas los dos.

Queda la última la *discrecion*, que se va ella misma sin que ninguna voz la llame: y cuando queda sola la escena se pone el mundo á la puerta del sepulcro, y dice:

Corta fué la comedia; pero cuándo
no lo fué la comedia de esta vida,
y mas para el que está considerando
que todo es una entrada, una salida?
Ya todos el teatro van dejando
á su primer materia reducida
la forma que tuvieron y tomaron,
polvo salgan de mí, pues polvo entraron.
Cobrar quiero de todos con cuidado
las joyas que les dí, con que adornasen
la representacion en el tablado,
pues solo fué mientras representasen.
. . . . . .

Sale el *rey*, y el *mundo* le pregunta quién es, á lo que le responde haciendo una pomposa enumeracion de sus títulos y de sus glorias, y al acabar le dice el *mundo*:

Pues deja, quita, suelta la corona,
la magestad desnuda, pierde, olvida,
vuélvase, torne, salga tu persona
desnuda de la farsa de la vida.

Sale la *hermosura*, y el *mundo* la dice:

¿Dónde está la beldad, la gentileza
que te presté? Volvérmela procura.
Hermosura. Toda la consumió la sepultura.
Allí dejé matices y colores,
allí perdí jazmines y corales,
allí desvanecí rosas y flores,
allí quebré marfiles y cristales.
. . . . . .

Todos van en fin saliendo y volviendo al *mundo* lo que de él recibieron, y al salir un niño á quien Dios ha condenado á morir sin nacer, le dice:

Mundo. Tú que al teatro á recitar entraste,
¿cómo, dí, en la comedia no saliste?
Niño. La vida en un sepulcro me quitaste,
allí te dejo lo que tú me diste.

Despues que ha cobrado todo lo que dió, dice el *mundo*:

(1) Aquí falta un verso.

Ya que he cobrado augustas magestades,
ya que he borrado hermosas perfecciones,
ya que he frustrado altivas vanidades,
ya que he igualado cetros y azadones,
al teatro pasad de las verdades,
que este el teatro es de las ficciones.

Entonces el divino autor juzga á cada uno segun el modo con que ha desempeñado su papel. El *rico* se condena; el *pobre* y la *discrecion* se salvan; sálvase el *rey* á ruegos de esta; y el *labrador* y la *hermosura* quedan en el purgatorio con esperanzas de asistir algun dia á aquella espiritual cena que es la Eucaristía, asunto final del auto.

Si el temor de prolongar demasiado este artículo no nos detuviera, citaríamos otros muchos pasages, y aun autos enteros, en que nuestro autor se muestra admirable: basten las muestras que ya hemos dado, si bien no son tal vez las que mejor pudiéramos haber elegido; pero despues de una larga lectura de estos autos, indecisos entre tanta belleza, nos encontrábamos en la situacion del hombre que se vió de repente en la caverna del Dios Pluto, rodando á sus pies el oro y la plata, colgando por las paredes, como estalactitas brillantes, los diamantes, los rubíes, toda clase de piedras preciosas, iluminado todo por la claridad de cien antorchas encendidas: este hombre, deslumbrado por tanta luz, aturdido á la vista de tanta riqueza, quedaba al principio desvanecido y admirado, despues se despertaba en él el sentimiento de la codicia, queria ser dueño de aquellos tesoros, pero en la imposibilidad de llevar todo lo que veia, corria de una parte á otra tomando, dejando, volviendo á tomar lo mismo que habia ya dejado, y llevando al fin al acaso lo primero que alcanzára viendo que la eleccion era tan difícil.

Toda medalla tiene su reverso: réstanos, pues, hablar de los defectos de las obras que nos ocupan, ya que hemos hablado de sus bellezas. La crítica, del modo que generalmente se ejerce hoy entre nosotros toca siempre en dos estremos opuestos: elévase á un autor hasta ponerle en las nubes, ó se le rebaja hasta confundirle en el polvo. Cuán diferente aparece la naturaleza en sus procedimientos: no hay cosa tan mala en sí misma que no tenga tambien algo de buena; no hay cosa tan buena á la que no falte algo para serlo enteramente; y si la suprema, la infinita inteligencia de Dios no ha podido producir nada enteramente perfecto, ¿qué hará el hombre con su inteligencia limitada, encerrada en un círculo que por mucho que se agrande será siempre pequeño? Las obras del hombre serán siempre defectuosas, por mucho que avance la humanidad por ese camino de perfectibilidad indefinida en que parece hallarse colocada; allí donde haya bellezas habrá tambien imperfecciones: el sol es la fuente de la luz y tiene manchas en su superficie. Esto sucede sobre todo en las obras de ingenio, en las obras literarias; esto sucede, en fin, á nuestro autor.

Empezaremos notando en él esa oscuridad de conceptos de que tanto se le acusa, si bien en sus autos es menos frecuente y mas disculpable: menos frecuente, porque no teniendo que jugar, como en sus comedias, con aquella galantería conceptuosa y afectada de la época, se acerca mucho mas al tono que conviene á cada personage; mas disculpable, porque donde se muestra mas oscuro es en aquellos pasages donde con un sentido perpétuamente figurado tiene que sostener alegorías muchas veces forzadas, siendo de notar, sin embargo, que algunas veces esplica con bastante claridad cuestiones sumamente difíciles de teología, sin apartarse jamás, segun atestigua el examinador en la aprobacion á la primera parte, del parecer de los teólogos y santos padres. Mucho nos deja que desear, sin embargo, respecto á la claridad: romances tiene de esposicion larguísimos, oscuros, casi incomprensibles, en los que se olvida el objeto principal, como se pierde de vista una senda tortuosa entre dos montañas. Las alegorías padecen algunas veces de este mismo defecto: en *El nuevo palacio del Retiro*, el *rey* es unas veces el rey Felipe IV, otras el mismo Cristo; la *reina* representa la reina Isabel, esposa de aquel, y al mismo tiempo la Iglesia, de lo que resulta gran confusion. Otras veces pecan las alegorías de poco naturales, de inconvenientes, y aun de estravagantes: en el mismo auto se corre una sortija con el Santísimo Sacramento, y al fin se le lleva la *fé*, y se hace á S. Pablo presidente del supremo Consejo de Castilla, á Santiago del de la Guerra, á San Felipe del tribunal de Hacienda y cuentas, etc.; en *El valle de la Zarzuela*, Jesucristo es un príncipe que anda á caza de la *culpa*, y al fin la mata de un escopetazo; en una loa, S. Juan Bautista, S Lucas, Adan, la Magdalena, Melquisedech y la fé tiran á la barra, llevándose la *fé* el premio.

Algunas veces paga tambien tributo á la costumbre de introducir graciosos que hiciesen reir al pueblo. Estos son unas veces la *inocencia*, otras la *simplicidad*, otras algun rústico, y aun en *el cubo de la Almudena* hay un morisco que se parece á Alí en su comedia *la Virgen del Sagrario*, si bien es mejor el último. Estos graciosos, aunque no están mal tratados, no siendo generalmente groseros ni obscenos, dicen siempre, sin embargo, del tono elevado de la composicion, y causan mal efecto.

Hemos hablado de las bellezas y de los defectos de los autos sacramentales de Calderon; al tratar de las bellezas hemos sido pródigos de egemplos y parcos de encomios, porque todas las descripciones y los elogios posibles no nos pueden dar tan buena idea de la hermosura de una rosa como la que adquirimos viéndola á la primera ojeada; al tratar de los defectos hemos seguido el método contrario, porque si se trata de mostrar á un hombre las espinas de esa misma rosa, basta enseñárselas, sin obligarle á que las toque demasiado, porque entonces se lastima.

Hemos concluido, pues, este exámen, si exámen merece llamarse una ojeada tan superficial. El asunto era vasto, nuestras fuerzas pocas, reducidos los límites de que podíamos disponer en las columnas de un periódico; no es estraño que el desempeño no haya correspondido á lo que de pluma mas esperimentada pudiera esperarse. Nuestros deseos quedarán satisfechos si conseguimos despertar en algunos el deseo de estudiar á Calderon en esta parte de sus obras, tan olvidada entre nosotros, y que no merece ciertamente este olvido.

José María de LARREA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO III.

Las bodas de la infanta doña María.

El personage mas importante que habia en Lisboa, no era seguramente el rey D. Juan III, sino el infante cardenal D. Enrique, comendador de la Santa Cruz de Coimbra, arzobispo de Evora, de Braga, inquisidor general y gobernador de aquellos reinos.

Pocos ilustres príncipes han obtenido en Portugal la veneracion de los pueblos con mas justicia que el infante-cardenal D. Enrique. Inteligente, enérgico, magnánimo, piadoso, cortés con las damas, tolerante con los caballeros, afable con los desgraciados, fué el único inquisidor que se hizo amar de los verdaderos católicos. No ha habido otro príncipe que á los 35 años de edad pudiera reunir en su persona tan graves cargos, y desempeñarlos con una prudencia mas consumada. No recordaban los portugueses haber visto bajo la mitra rostro mas jóven y bello; y les causaba pasmo la presidencia del príncipe en los graves actos inquisitoriales. Pálido, con el cabello rubio y ensortijado, con los ojos de un azul bello y dulce, con los labios entreabiertos por una perenne sonrisa, mas bien que el juez encargado de condenar á los hombres, parecia el angel que redimia á los condenados.

Precisamente el infante cardenal era inquisidor cuando empezaba en España la encarnizada persecucion contra los herejes, secundada en Portugal con todo el exagerado celo que inspiraba el fanatismo á los prelados de aquel reino.

Ese poder de la iglesia que hizo temblar pocos años despues á Felipe II, tenia todavía en España el correctivo del emperador Carlos V, que levantando su cetro por cima de la silla pontifical, cuando Paulo III no queria acceder á sus peticiones, recurria á los teólogos, y les hacia componer un *Interin* (1).

Pero en Portugal era débil D. Juan III para resistir á ese poder formidable que aparece en los siglos pasados á la luz de la hoguera de la inquisicion, como me imagino á la bruja de los cuentos en las noches oscuras en torno de la llama donde quema á los niños vivos entre conjuros misteriosos.

Portugal estaba espantado con el miedo de los herejes; y empezaban á fulminarse terribles condenas á los que se juzgaban solamente tibios en el cumplimiento de las prácticas del catolicismo.

En vano el justo corazon del infante cardenal procuraba suavizar las penas que pedian los eclesiásticos para el que no habia oido con reverencia un largo sermon, ó para el que habia cometido la imprudencio de confesar que tenia amigos protestantes. El clero se enfurecia, el vulgo bramava, y los inquisidores tenian que decretar cuando menos una prision perpétua.

Ya empezaba la gota de agua á refrescar muchas cabezas, y la llama á calentar muchos huesos, cuando se supo en Portugal la espulsion de la Suavia de todos los predicantes y maestros que se creian inficionados de la doctrina herética. La política portuguesa, imitadora desde muy antiguo de la política española, se propuso adoptar tambien una medida análoga á la de Cárlos V, y en su consecuencia resolvió D. Juan III, de acuerdo con los inquisidores, espulsar

(1) Apuntes de la vida de Fulgio Helding y Agrícola, autores del *Interim*.

tambien á todos los que fuesen sospechosos, empezando por declarar *idólatras* á Cosme Seneri, escultor italiano, por haber dicho que las *venus romanas eran la mayor riqueza de Portugal*, y á Bernardo Ruiz, pintor andaluz, por haber copiado el rostro de una virgen para colocarlo en un cuadro de composicion mitológica.

En tal estado se hallaba la suspicacia del clero portugués cuando empezó á circular por Lisboa el rumor de que la infanta doña María tenia en su jardin una *venus* que adoraba un castellano. Este rumor llegó á oidos de doña María, y mandó derribar la estatua; pero no debieron de quedar satisfechos los ánimos piadosos cuando elevaron una formal queja al infante cardenal solicitando la prision del castellano

Terminada la academia despues de la despedida de Luis de Camoens, pidió el infante cardenal permiso para hablar á doña María, y fué recibido en su cámara.

—Venid con Dios, hermano mio, dijo la infanta besando su mano respetuosamente.

—Hermana mia, contestó D. Enrique devolviéndole el ósculo con el mismo respeto: Dios os bendiga, traigo para vos una embajada importante, y quisiera saber si estais en disposicion de oirla.

—Siendo vos el embajador, hermano mio, siempre estoy dispuesta á escuchar.

—¿Aludis al obispo de Agdas que no ha hallado gracia con vos?

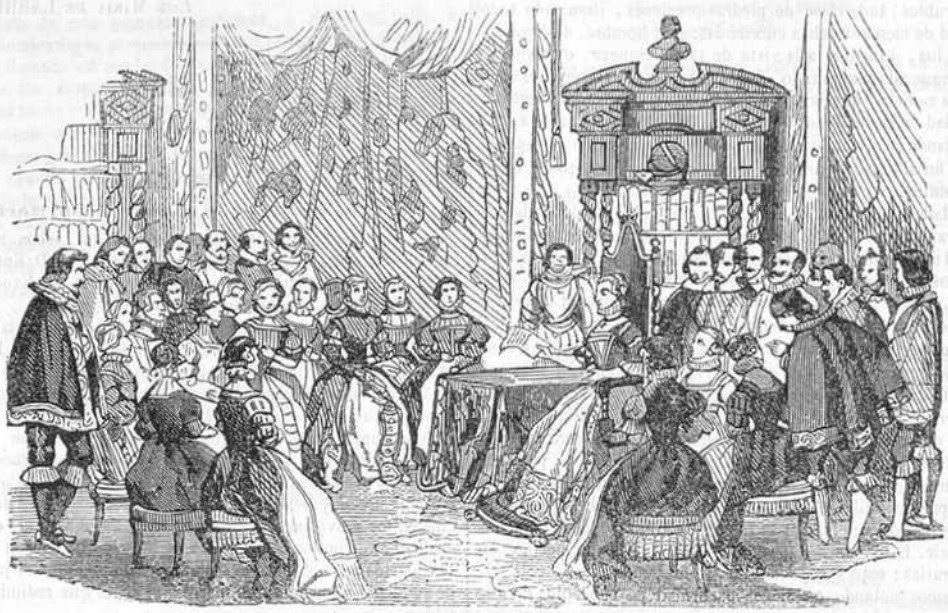
—Aludo á todos los embajadores.

—¿Y por qué esa prevencion contra los *embajadores*?

—Voy á deciroslo, D. Enrique. Apenas tenia yo cuatro años, huérfana del rey y retirada con mi augusta madre en el monasterio de Odivella, cuando ví al primer *embajador*. Llamábase el duque de Alba, y era un gentil caballero, tal como yo habia imaginado al rey mi padre, con un semblante lleno de magestad y un vestido brillante. La impresion que me causó el duque de Alba fué tan estraña que cuando entró en el convento corrí hácia mi madre diciéndola: «¡señora, un rey!!»

El duque venia comisionado por mi tio el emperador Cárlos V para tratar las bodas de mi madre con Francisco I y conducirla á España. Yo nada pude comprender hasta que mi madre me abrazó llorando y me dijo: «Adios María, hija de mi corazon: me separo de tí. Dios te »haga dichosa.»

Salí del convento para venir á palacio, y no tenia siete años cuando me presentó el rey á otro embajador. Era un viejo cuyo rostro no se



Luisa Sigea leyendo un poema en el gabinete de la infanta doña María (véase la página 115).

veia debajo de la peluca sino por la puntiaguda nariz. Me hizo saber que era embajador de Francia, y que venia á pedir mi mano para el Delfin. Segun me esplicó, ya habia dado el rey su palabra, y yo estaba casada sin sospecharlo. Cuatro meses despues vino un nuevo embajador vestido de negro á darnos la triste nueva de la muerte del Delfin. Por consecuencia á los nueve años me hallé viuda. Vistiéronme de luto, y recibí el pésame de la córte; pero muy pronto fui despojada de la negra vestidura para desposarme con el hermano de mi difunto esposo, con el duque de Orleans, á quien perdí á los seis meses, quedando por segunda vez viuda antes de los diez años.

Aun no se habia retirado el embajador que vino á dar la noticia de la muerte del duque, cuando me anunciaron al embajador de Hungría, Mr. Lordes.... Al llegar aquí doña María, no pudo el infante cardenal reprimir la risa que le causaba la donosa relacion de aquellas bodas, y dijo:

—Veo, hermana mia, que será difícil hallar un príncipe en la tierra con el cual no os hayais desposado.

—Aguardad, hermano mio, continuó la infanta, que falta mucho á la historia. Vino Mr. de Lordes y me pidió en nombre del rey de Hungría para su hijo Maximiano. Desposáronme de palabra por tercera vez, y la córte se apresuró á felicitarme. Trajéronse costosas galas, y ya se disponia mi viaje, cuando llegó otro *embajador* de mi augusto tio el emperador Cárlos, que con pretesto no sé de qué guerras, dispuso divorciarme de Maximiano para casarme con el archiduque Fernando. Ya me consideraba esposa del heredero del rey de romanos; pero con otro motivo mudó de parecer el emperador, y todo quedó deshecho; proponiéndoseme en seguida, por medio de Mr. Honorio de Cais, la mano de mi primo D. Felipe.

Ignoro los motivos que impidieron la realizacion de este enlace. Solo sé que D. Felipe tomó otra esposa, y que ya me creia libre de *embajadores*. Mas ¡ay! ayer me advierte el rey la llegada del obispo de Agdas, y un triste presentimiento me dice, D. Enrique, que este embajador viene, como todos, á traerme alguna pesadumbre. Si no es á llevarse á mi madre, porque no tengo la dicha de que esté conmigo, ni es á anunciarme un duelo ó á declarar una guerra, vendrá á proponerme algun casamiento.

Terminó la hermosa princesa con un gesto de desden estas graciosas palabras, y D. Enrique se sonrió bondadosamente.

—Hermana mia, replicó; al oir vuestra relacion cualquiera tiene derecho para anatematizar á la raza de embajadores que tanto os ha mortificado, y yo me apresuro á abandonar tan desgraciado título, temeroso de escitar vuestro desagrado.

—No temais, D. Enrique, vos podeis serlo impunemente.

—¿Y si viniera á hablaros de bodas?

—¿Con que no me he engañado? el obispo de Agdas...

—Viene á pedir vuestra mano para el príncipe D. Felipe, que se halla viudo de doña María.

—¡Dios mio! esclamó la infanta aterrada; y ¿qué ha contestado el rey?

—Doña María, oidme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Cárlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia, suspenden entre sus garras la corona de Francia, espantan con su vuelo al rey de Méjico, hacen sus presas en los campos africanos, y van á reposar sobre las torres de Flandes. El nido mas pequeño que tienen las águilas del emperador no cabe en nuestra tierra, porque ese nido es España. Nadie como Cárlos V puede decir: «yo doy la vuelta al mundo sin salir de mis dominios; yo tengo lecho propio en los antípodas...»

—Y que.....

—Ninguno desde Alejandro ha conseguido tantos triunfos: ninguno ha dado muestras de tan grande poder.....

—Acabad, D. Enrique.....

—El emperador es el árbitro de la paz y de la guerra de las naciones: los reyes todos del mundo son sus ahijados.....

—Pero señor.....

—El emperador no solicita: manda; sus mas ligeras insinuaciones son leyes.....

—Luego él ha dispuesto.....

—De vuestra mano, doña María, y es imposible rehusar.

Doña María guardó silencio por unos instantes, y luego, escondiendo el rostro entre sus manos, rompió en llanto.

—¡Hija mia! esclamó D. Enrique tomando entre sus palmas aquella linda cabeza: escuchadme, por Dios, y no os entregueis á un dolor injusto. No os hablaré del honor que seria para una dama ilustre el enlazarse con el heredero del trono de Castilla, con el hijo de un héroe: no os hablaré de la vanidad porque conozco vuestro sencillo carácter; pero permitidme que os haga conocer las virtudes de don Felipe. ¿Quién no envidiaria la dicha de tener por suyo al príncipe mas piadoso de la cristiandad? ¿Sabeis que en España es respetado



(La infanta doña María).

de todos los pueblos como si ciñese ya la corona, por su temprana sabiduría y por sus innatas virtudes?

—Todo lo sé, replicó la infanta sin dejar de llorar; pero no quiero ser reina.

—Nuestros deseos, hija mia, significan bien poco cuando Dios nos elige para que desempeñemos graves cargos. Si Dios ha determinado que lleveis una corona, en vano procurareis resistir su voluntad.

—¡Ah, la voluntad de Dios es que yo no pertenezca á los hombres, D. Enrique! Harto me lo revelan los misteriosos acontecimientos que han evitado siempre la realizacion de todos los lazos que se han formado para unirme á un esposo. Y creedme, esta boda no se realizará aunque yo la admitiera. Tal vez el príncipe moriria de repente, ó se encenderia una guerra entre España y Portugal.

—Vuestra imaginacion, hermana mia, se halla preocupada por siniestras ideas. Espero que se disipen. Estais agitada y necesitais reposar. Mañana volveré y hablaremos mas despacio de la felicidad que os aguarda. Pero antes tengo una gracia que pediros.

—Decid.

—Teneis á vuestro servicio á un caballero español llamado D. Mariano Enriquez.

—Sí.

—El tribunal tiene que entender en su vida.

—¿Cómo?

—Se le acusa de *idolatría*.

—Ese caballero es un buen cristiano.

—Tal vez.....

—Y está bajo mi proteccion.

—¿Sabeis que para el tribunal no hay inmunidades?

—¿Y qué quereis?

—Que lo entregueis antes que se os reclame.

—¡Entregar yo misma á un inocente!

—Si está inocente, nada debe temer.

—¿Pero con qué pretesto entrego á uno que no es culpable?

—Ha adorado á la *Venus* que estaba en vuestro jardin.

—Esa estátua no existe ya.

—Pero existe su delito.

—Su entusiasmo no era una adoracion.

—Los católicos condenan ese entusiasmo; y es imprudente, hermana mia, que os encargueis de patrocinar á un hereje, ¡vos, tan santa!

—¿Y qué debo hacer, hermano mio?

—Enviadme mañana el culpable con una carta vuestra en que diga: «El enemigo habia tomado, para condenar el alma de ese católico, la forma de una Venus de mármol. He mandado destruir la estátua, y os envio al pecador para que le purifique la penitencia.»

—¿Y no le condenarán?

—Se le juzgará segun nuestra conciencia.

—Está bien.

—Mirad, doña María, que es el único medio de salvar vuestro nombre de católica que anda en bocas del vulgo.

—Descuidad, D. Enrique.

—Adios, hermana mia.

—Id con Dios, hermano mio.

Así que se retiró el infante cardenal, mandó llamar doña María á Luisa Sigea, que era á la vez su maestra, su consejera y su amiga.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

LA NOVIA DE ORO,

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de magin, que segund cuenta el Maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conoscidos, hobo tierras é poder nada cortos, acullá en las septentrionales partes de España; el cual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un mágico sabidorísimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre *Babieca*, ansí dicho con farta razon, ca seyendo home doto mas que otro ningun, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de suegra ó simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potage de almortas. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mugeres arreo en soldemente treinta años; é todas las doce mugeres salomónicas fueron á maravilla fermosas é honestas, é ricas é placientes, é de poca vida, que es rara aventura: é todas encaescieron, é vivióles la cria, é fallescieron luego é la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantía; é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas mas rico ansimesmo que cuando era barragan, solo é señero en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, é le rogó afincadamente de facer trato con los planetas mas graves é ceñudos, como D. Junipero, D. Saturio, é D. Marcio, é con los celestes enhastados signos, á saber: D. Arias, D. Tahur é D. Capigorronio, de le dejar una esposa que le cuidara en sus postrimerías é le diese fijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para fablar con los astros por señas, é significoles el cristiano deseo del Conde, é respondiéronle las estrellas faciendo guiños, que aina podria el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriria de fijo, ca sus altezas los planetas é signos é toda la demás cámara lucida tenian por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del fraile. Amohinóse un tanto el adocenado Salomon con lo de morir si paladeaba mas el pan de la boda: ca discurriendo que sus doce veladas habian tan de súpito fenescido por ser altas é ilustres doncellas, revolvia en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialegre é rolliza, que semejaba seer asaz vividera é mas que asaz encaescedora; seyendo empero recia cosa finar á sabiendas,

paresciόle consejo mas sano seguir conde viudo, que facer viuda condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, penoso el desviarlo dende le sea; é como agudamente duela á cualquier principe non dejar herederos á su talante habidos; Salomon dando hy é tomando, cayó en cuenta un viérnes en ayunas, á la hora de aleñarse la barba, de que D. Capigorronio ó D. Junípero (llamado otrimente D. Jóven), D. Saturio, D. Arias é compañia amagábanle con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decia de *requiem æternam*. E como fuese notoria fazaña que el mismísimo D. Jóven hobiese habido fijos sin casar, en Doña Bleda, Doña Anade, Doña Guilopa (1) é otras mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, antes de se encaramar acullá suso á las planetarias esferas; el temerario Salomon, como se vido con la barba en la mano, quisosela facer á todas las estrellas que su casamiento impedian; é non catando al que la conveniencia del su Estado, propúsose de tener subcesion sin tener esposa; é saliόse con ello, é non morió, nin doliόle una uña siquiera: ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, atoviéronse á la letra de lo pronosticado. E la mondonga *Pavonesa* (que ansí la apellida Maese Ferruz por seer vana á la par del pavon cuando ha mas poblada la cola) des que se catό con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejόse en mal hora tentar del demonio de la superbia: cercόse de boato é atuendo al tenor de una emperadora, puso é quitó en el condado, trató mal á baron y escudero, dama é labriega, viuda é pupilo; á tanto que otro viérnes como el de marras, enojado el Conde por consejo del sesudo Babieca, entró de improviso en el camarin do trenzaba á la sazon la casi-condesa su cabellera fermosísima; é tras el Conde fueron hy entrando de dos en dos fasta cincuenta monjas tocanegradas, é la abadesa en medio con tigera en mano, é cabe ella la sacristana é monaguillas con cruz, caldereta é guisopo, é dos madrecicas, bellas como dos querubines, con sendos azafates é dentro un hábito é una toca, un cilicio é una zurriaga, todo safumado y entremetido en flores, oliendo á gloria. E asiendo el conde la ocasion por los cabellos (como diz socarronamente el Maestro Ferruz), asiendo pues de la stupidifacta mondonga por el trenzado, púsola en las benditas manos de la perlada é fuese dende; é rodearon á la captiva las cincuenta sororas, cantándole é sermoneándole muy buenas cosas en latin é romance, fasta que pelada, zurriagada, ciliciada é de todo punto monificada, leváronla en procesion al su monesterio, do en pocos dias, olvidada de lo que en vano remenbrarie, deprendió diestramente la manifatura de las tortas y pan pintado, bollos, conservas é suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las mas ejemplares é zarandeadas madres de la caostra.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la fija, cuyos loores largamente relata en su corónica el Maestro Ferruz, que de seis á trece años le enseñó cuanto él sabia, é á los trece y medio ya sabia la rapaza mucho mas que el maese. Nascida en el dia de S. Carísimo, con tal nombre fué baptizada, nombre en ella dos vegadas sinificativo: ca notorio es que esta palabra de *carísima* vale tanto como *muy querida é muy costosa*; é la mochacha, como subcesora en el condado, fuera muy *querida* é deseada del su padre antes aun de nascer, é fué muy *amada* en nasciendo, é fué muy *costosa* á su madre, é púdolo ser á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba: seyendo empero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las iras celestes con la motilacion de la monja forzada; ca los arrojos de los principes nunca se pagan en propia sino en agena cabeza; de grandes es errar; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fués, Carísima cresció por sus dias andados gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente damísima en todo: nunca sofrió un vestido mas de una postura; dormia con guantes é con un polido tocado; en su vida sentó los pies fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; faciala, sí, mas linda el seer pequeñuela; el talle cabia en los jemes: lábios coralinos, dientes nacáreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre, los ojos negros, ansimesmo como de azabache, magüer non grandes por demás, eran sobre manera graciosos é bailarines, que alzaban en vilo: fabla era vulgar en toda España destonces, que mirada é remirada Carísima á la menuda, non dábase en ella parte ó faicion que fués de suyo acabada é perfecta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura mas apetescible que toparse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz en descargo de su donsciencia, declara é jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad é un tantico mas de la gentileza de la condesica iba ciertamente en el atavio precioso é atinado que usaba; ca tal cobdicia de galas habia la moza, é tan grandes algos despendia en ellas, qn á darle Salomon barro á mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non abastaran para su arreo, é destonce si que fuera para su padre *carísima*. Fueras ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tórtola é alegre como un pandero, á tal que non se apartaba de su boca la risa, ca deciale asaz bien á su cara. Ansí seyendo, dicho es que habria pretendientes abondo: cual moscas á miel acudian principes, duques é varones á requestarla: ella con apacible faz oia los requiebros de todos, respondiales con falagueras razones que non la ponian en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar é tomar buenos tumbos é tal cual espadada, é gastar sus dineros por añadidura.

Veíalo todo é facia la vista gorda el buen Salomon por consejo del bonísimo sábio; ca veyendo farto dubdoso el que la Carísima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los cielos la su bendicion á la fija de la Pavonesa, que á la par dos condes é un duque, perilustres y prepotentísimos, pretendiéronla por muger á la faz de la eglesia, sin se curar de que su madre non fuera velada: bien que Salomon hobiérala reconoscido ante el su Consejo, é todo el condado salomoniense recibídola é saludádola con vítores condesa futura.

Dias corrian, años pasaban, la Condesa llegaba á sazon; forzoso era meterla en estado. Un dia que se habia aderezado con sus galas mejores, llámase á palacio al astrólogo: Babieca viene. ¿Con quién aparellamos esta paloma? dícele jubiloso el padre. El conde Bolonio, el conde Espárrago y el duque Armatoste sospiran por la mi única fija, ¿quién carga con ella?—Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es inapeable de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carísima quien pueda levarla en hombros desde este palacio á mi choza.—Catad, repuso el Conde, que la manceba non es grandemente rolliza é pesante, ni yaz lueñe tampoco vuestra posada: levarán á tal fardo cuanto los quieren, é non sabremos á quién endilgarlo.—Si pesa ó non pesa, tornó á decir malicioso el mago, decírnoslo han los que tomarlas deben á cuestas; vengan é prueben. A la hora fueron congregados los condes é mucha gente: echaron suertes, cúpole el primero al conde Bolonio forzudo garzon é redondo como una bola; cogió á Carisima de la cintura, echósela al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso... ¡Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio, cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre á todos los y estantes en torno; en el punto crudo de posarse en sus hombros Carísima, convirtiose en estátua maciza de oro, é despachurróle con su descomunal pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hy hobiera pasado. Asió de ella el conde Espárrago, altísimo é derecho mancebo, é morió estrujado ni mas ni menos que el conde gordo el duque Armatoste, alto é fornido como los otros dos é muy mas robusto, emprendió tambien con la aciaga novia: cargo é reventó con la carga. Espantados los demas condes é barones que non osaban pretender á Carísima sinon de lueñe, fugieron dende cantar la gala á picaro el postre. La condesica, toda confusa é avergonzada, fuése á desnudar sus galas sangrientas; colérico el Conde caviló un rato si deberia quemar vivo ó enforcar por lo menos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadrase mucho, é dejólo estar para mejor coyuntura. El dotor Babieca, solo quedante en la cámara condesil, rezó sendos responsos por los tres atortillados, é fués á yantar su escudilla de almortas.

E vedes aquí alborotados los confines de España con la estraña noticia de la *Novia de oro*, cundiente por do quier: sabrosa nueva para las damas á quien Carísima furtó sus galanes, aceda para los que presumian el conquerir á Carísima, miraculosa para todos los ál, que asi á ver la ya terrible condesa acudian, como á ánima tornada del otro muudo. Mirábanla é remirábanla, é placíales el talle é la cara, el vestir, el andar, el decir é reir de la moza; concomíanse un tanto é luego santiguábanse é partian de carrera diciendo; «Novia que pese, puédese sofrir, pesan todas: novia que aplaste ¡guarda! Carísimaa tan cara non la queremos.» El Conde que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, paresciéndole mas facedera cos, los acrescentar con una boda á su interese acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable á su Carisima, que de buen grado la monificara como á la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hobo empero de desechar el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer á felice cabo: é non acertando á desfogar su iracundia en la su fija y en el Babieca, torció la inquina, como era justo, hácia sus vasallos, pagando por todos los que mas á la mano estovieron; enforcó por ende gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas encopetadas, encorozó escribas, engaleró malsines, é fizo otras muchas buenas justicias, que solo se logran cuando por la permision de Dios se acedan los condes; era el estado de Salomon una balsa de aceite; estornudaba él, é calambregábase su córte. Carísima en tanto estrenaba una gala por dia, non dándosele un figo de ir á la tumba con palma.

(1) En este cuento se llama D. Saturio á Saturno: D. Junipero y D. Jóven á Júpiter: D. Marcio á Marte: á los signos Aries, Tauro y Capricornio se convierte en tres caballeros con los nombres de D. Arias, D Tahur y D. Capigorronio: finalmente de Leda, Europa y Dánae se hace una Doña Bleda, una Doña Guilopa y una doña Anade. Para estropear nombres mitológicos, se pintaba solo el Maestro Ferruz.
(Nota del Editor).

Pero otra cosa estaba de ayuso. Figuradvos pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso dia de mayo, á la tardecica, monta á caballo la novia de oro (ca los caballos, como non habian de casar con ella, llevávanla á cuestas é non reventaban) é métese por un otero, é cae el caballo con la gineta en un charco, é por poco la estruja, con no ser de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio dia fuera recibido en palacio: gritóle Carísima que la sacara de entre caballo é lodo é sesudamente respondió el palafrenero, que segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocábale á el solevar al caballo, no empero levantar, ni tocar de sus manos á su ama, cá esto era privillegio del su caballerizo. «Si vos no me alzáredes, díjole jimiendo Carísima, non podré yo, cá por mi cuenta debo estar deslomada.—Veámoslo pues, repuso el remirado palafrenero;» é restallando recíamente el látigo sobre el palafren é la dama cual si enderezárles quisiera un azote fierísimo, asustáronse al estridor, é alzáronse entrambos. «Loado sea Dios,» prosiguió el mozo: Carísima, enojada por el susto, embistió á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos; aquietose de súpito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero é tornó con una camisa de fino cáñamo é un jubon é saya de rica bayeta, que hóbose de vestir á falta de otros la Condesica: é al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acogióse su caballo, é siguióle el de Carísima como buen compañero. Hételos á los dos á pié, solicos, lejos del palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues é departiendo echa la Condesica de ver que el palafrenero Justino fabla como un calonge, amén de ser bello como un angelon de retablo, é préndase sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la caida molesta á la pobre moza, é cogea; nótalo Justino, é olvidando ya la cartilla palafreneresca, toma á Carísima en brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carísima, que poco antes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la matáran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero se la echa encima, timorosa de tornarse oro é atortillar al mancebo, el cual en efeto la deja. Disimulando pues el dolor, esforzándose á sonreir, magüer sin gana, prosiguió andando Carísima, é fízole contar su historia á Justino, é sopo que habia madre vieja é dos hermanas que él mantenia; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolendas arreo: que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño le facer, gobernaba á su gusto el potro que mas coceaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar mientras no pusiera en estado á las hermanicas é ganara para mantener honradamente á la vieja: Carísima lagrimeó bien de vegadas, oyendo la tierna relacion del mancebo; él pidió á su amita perdon del susto; dióle ella á besar la mano; púsose él de finojos para besarla; quísole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los lábios de la moza con la frente del mozo, é osculáronse hy mal su grado, con un buen coscorron, que les fizo perecerse de risa. La madre é las hermanas fueron traídas é acomodadas en palacio al otro dia.

No puede el amor absconderse: Carísima non vivia á gusto, salvo cuando platicaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por él facia merced á cualquiera; para él solo se engalanaba. Notólo el padre, escudó á la hija, confesó ella, buscaron al mágico.—«Padre Babieca, dijo Carísima, yo quisiera ser de Justino; pero non quisiera estrujarle.—Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente menea el látigo, paréceme cortado aposta para marido é para príncipe; otro yerno apeteciera yo; pero á este apetesce mi fija, é yo non he azaz de brio para emparedar á ella é descabezar á él, como barrunto que convendria: pedid á los astros que por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia.—Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carísima desde su palacio á mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola acuestas, puédese tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el otero.—Farto me duele, repuso la vana de Carísima, haber de casarme con vestido tan feo; pero cáseme yo á lo pobre, que yo me ataviaré luego á lo príncipe.—Mataredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando mas vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será dél lo que fué de los tres malaventurados.» Carísima gimió de lo hondo del alma; recobrándose, empero, dijo: «Tanto quiero á Justino, que porque á él no avenga daño por mi, aun tomaria un cilicio á raiz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayeta.» Lloró aquí el padre, lloró el mágico, bendijeron y besaron á la mochacha, é despidiéronse fasta el dia siguiente. Llegada Carísima á su aposento, juntó sus galas é sus dineros, é repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio: Carísima durmió mejor que ninguna: sobre una buena accion, ¡qué dulce es el sueño!

Amaneció, vistióse Carísima sin facer dengues la honesta ropa, é ved ¡qué asombro! mas bizarra parecia con aquel pobre hábito, que con sus galas de costa inorme: ¿qué mejor gala que amor é virtud? El cura, padrinos é testimonias ya estaban en cas de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contenidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza: Justino andaba forastero é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carísima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: miranle todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuella. Dice el Conde á Justino: «Toma en hombros tu novia...» Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carísima, magüer nunca lo dijo: sabia que era muerto quien la alzáraa en hombros en guisa de amante; paresciéle dulce muerte la que de ella viniera, y sin dudar un punto, echóla los brazos diciendo solamente al alzarla: «Carísima, mirad por mi madre.» ¡Qué pasmo! y ¡qué gritería de júbilo cuando vieron que el feliz Justino, gallardeándose con la fermosa carga, mas leve que pluma, arrancó de carrera con la celeridad de quien vá hácia la dicha! Poblóse de capas el suelo, hinchióse de bendiciones el aire. Recibieron las del clérigo los dos amantes, y Carísima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de Oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de Oro*, por su alto merescimiento, por su inestimable valía.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la ruina de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece y desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUR.

Hay en el Ferdj-Vah (al E. de Constantina) un Scheick llamado Bu-Akas-Ben-Achur, nombre antiquísimo que se encuentra unido varias veces á la historia de las dinastias árabes y berberiscas del Ybu-Khaldum.

Bu-Akas, conocido tambien por Bu-Djenni (el hombre del puñal) es la mas perfecta personificacion del tipo árabe. Sus ascendientes conquistaron el Ferdf-Vah (pais hermoso) y reina él ahora en esta comarca, cuya conquista ha sabido consolidar con su enérgica administracion.

El Scheick Mohamez-Beu, emisario del mariscal Valée, gobernador general de la Argelia en la época en que pasaron los sucesos que referimos, decide á Bu-Akas á entrar en negociaciones con la Francia, por resultado de las cuales hace Bu-Akas su sumision que formaliza con el envio al comandante general de Constantina de un escelente caballo de Gada y el reconocimiento del tributo anual que debe pagar en lo sucesivo. A pesar de la sinceridad con que Bu-Akas aceptó sus nuevos compromisos no desmentidos hasta ahora, negose constantemente á ir á Constantina, pretestando un juramento que se lo impedia, á las mas importunas instancias de las autoridades francesas que deseaban agasajar cordialmente al poderoso vecino cuya amistad tenian en tanto. Pero Bu-Akas temia ser retenido prisionoro, y esta era en realidad la causa de su tenaz negativa.

El tributo de que hemos hecho mencion arriba, que satisface anualmente Bu-Akas al gobernador de Constantina, consiste en 80,000 francos; pues bien: todos los años despues de la siega, en el mismo dia y á la misma hora exactamente entran por las puertas de la ciudad los camellos de Bu-Akas cargados con la cantidad dicha, sin que nunca se hubiese echado de menos un solo maravedí.

Bu-Akas tiene ahora cuarenta y nueve años y viste como los Kavilas, es decir, usa como ellos un albornoz que sujeta á la cintura con un ceñidor de cuero, y á la cabeza con un fino cordon de seda verde. Le acompaña siempre su par de pistolas colocadas en el cinto, el alfange Kabila y una hermosa daga de negra empuñadura. Marcha en pos de un negro que le precede á guisa de correo, y es portador de su carabina y á su lado se encuentra continuamente su perro favorito, precioso lebrel que Bu-Akas tiene en grande estima.

Cuando alguna de las doce tribus que domina Bu-Akas recibe daño ú ofensa de otra vecina, no se mueve aquel: bástale enviar á su negro al aduar, capital de la tribu ofensora, enseña este el fusil de Bu-Akas, y la ofensa recibe inmediatamente la reparacion mas completa.

La fama religiosa de Bu-Akas corre parejas con la política. Sostiene á sus espensas dos ó trescientos tolbas que enseñan el Alcoran á su pueblo. Todo peregrino que va á la Meka y pasa por el Ferdj-Vah, recibe tres francos y la mas obsequiosa hospitalidad durante el tiempo que quiera pasar en los dominios del Scheick. Mas si llega á saber

que algun pseudo-peregrino esplota la religiosa caridad de su pueblo le hace traer á su presencia para castigar la supercheria con cincuenta palos en las plantas de los pies.

Reune á veces á su mesa Bu-Akas mas de trescientas personas, á quienes hace los honores de la casa de una manera patriarcal, vigilando que sus esclavos no dejen nada que desear á los huéspedes, alrededor de los cuales se pasea él con el baston en la mano. Si algo queda de la comida, come Bu-Akas, mas siempre el último.

Los dominios de nuestro héroe se estienden desde Milah hasta Rabue, y desde el estremo sur del Rabur hasta dos leguas de Gigelli.

Cuando el gobernador de Constantina, única persona cuya superioridad reconoce Bu-Akas, le recomienda un viagero, segun la categoria de este ó los términos de la recomendacion, le entrega aquel su carabina, su perro ó su puñal. Si el viagero recibe la carabina, la coloca á sus espaldas: si el perro, lo conduce por un cordon con que le ata; si el puñal, le pone en el cinto y con uno ú otro de estos preciosos talismanes, cada uno de los cuales da derecho á determinados honores y acogida, puede recorrer las tribus que estan bajo el mando de Bu-Akas sin miedo á percance alguno; y lo que es mejor disfrutando de comida y alojamiento gratis, privilegio anexo á la cualidad de huesped honrado por Bu-Akas. Al dejar nuestro viagero el Ferdj-Vuh entrega el puñal, carabina ó perro al primer árabe que encuentra; y este abandonando su caza ó labranza, si en ello se ocupaba, su familia y cuanto pudiera entretenerle, toma la respetada reliquia y corre á ponerla en manos del temido Scheick.

Asi es que la daga de puño negro es muy conocida, tan conocida que ha dado su nombre á Bu-Akas, Bu-Djemi (hombre del puñal); con él, Bu-Akas corta las cabezas, cuando alguna vez, para administrar mas pronta justicia cree oportuno hacerlo por sí mismo.

Al tomar este gefe el mando del pais, hallábase infestado por infinidad de ladrones; pero Bu-Akas es hombre que consigue cuanto quiere, y los ladrones desaparecieron porque asi lo quiso el Scheick, que se valió para lograrlo de un espediente ingenioso. Disfrazado de comerciante recorria el pais, y de vez en cuando dejaba caer un duro que hacia por no perder de vista. Un duro perdido, luego encuentra dueño no solo en Africa sino en cualquiera pais del mundo; mas el desdichado en cuyo bolsillo era encontrado el duro inmediatamente era decapitado por el ejecutor de Bu-Akas que disfrazado como él le acompañaba en estas escursiones. Es el resultado de este sistema de enjuiciamiento (que no titubeamos en igualar al que usaban las comisiones militares que en tiempo del consulado acompañaban á las partidas francesas que recorrian el mediodia donde los Chuanes habian dejado muchos encontradores de duros, ó á las que durante los estados de sitio en España se encargan muy frecuentemente de las funciones judiciales, surtió el mejor efecto en los estados de Bu-Akas. Dicen sus árabes que un niño de diez años puede recorrer ahora todo el pais con una corona de oro y diamantes en la cabeza, sin que en la vasta estension que aquel domina se alargue una sola mano á cogerlas. ¡Felices súbditos de Bu-Akas!

Bu-Akas respeta estraordinariamente á las mugeres: asi es que es costumbre admitida en aquel pais que siempre que hombres y mugeres se encuentren en un camino se separen aquellos de él para que estas pasen delante. La menor falta á las consideraciones debidas al bello sexo es castigada inmediatamente.

Queriendo un dia el Scheick saber la opinion que de él formaban las mugeres de su pais, y á propósito de encontrar en el camino del Vued-Ferd una hermosa árabe, se aproximó á ella dirigiéndola algunas galanterias. —Aléjate, buen ginete, le contestó la hermosa, sin duda no conoces los peligros que corres, le dijo con la gravedad de una reina. — Mas como insistiese Bu-Akas importunándola — ¡Imprudente! añadió aquella ¿tan de lejos vienes que ignoras que estás en los estados del hombre del negro puñal, donde las mugeres son respetadas?

Segun dejamos dicho, es Bu-Akas eminentemente religioso, y hace de la manera regular que el rito marca, sus preces y abluciones. Tiene cuatro mujeres como lo permite el Koran: dos en su tienda de Ferdf-Vah y dos en el harem.

El Scheick Bu-Akas, como Pedro Lerroux, pone en el mismo grado criminal el robo y el adulterio, con cuyos delitos es inexorable.

Habiendo sorprendido cierto dia un habitante del Ferdf-Vah á su muger con un amante, llevó los dos culpables ante Bu-Akas, que al momento mandó decapitar al hombre; mas al irse á egecutar la misma sentencia en la muger, parecióle sin duda muy hermosa con las lágrimas á su marido que pidió clemencia para la criminal.

—Tu mismo degollarás ahora á tu muger, le dice el inflexible Scheick entregando al marido su puñal, que yo te daré otra; mas si prefieres que ella viva, vivirá; pero morirás tú en su lugar, porque todo crimen debe ser espiado. ¡Elige pronto!..

Vaciló un instante el marido, que al fin degolló á su muger con aprobacion de Bu-Akas, quien segun su palabra, vuelve á casar al viudo.

Cierto dia, Bu-Akas, el hombre del negro puñal, que por lo que va contado podriamos llamar mejor el justiciero, un dia, repetimos, oyó contar que el Cadi de una de las doce tribus pronunciaba sentencias dignas del rey Salomon, y como otro Aarum-al-Raschid, quiso juzgar por sí mismo de la realidad de cuanto le habian asegurado. En consecuencia, como un simple viagero sin armas ni distintivo alguno de su autoridad, parte á la tribu poseedora de juez de tal maravilla montado en un caballo de raza que no revelaba sin embargo por los arreos el poderoso dueño á quien pertenecia.

Era casualmente el dia del arribo del Schick á la tribu mencionada, dia de feria y por consiguiente dia de audiencia. Todavia no habia llegado. ¡En todo protege Mahoma á su servidor! todavia, decimos, no habia llegado á la entrada del pueblo, cuando un mendigo cojo, asiéndose á su albornoz, le pide limosna como el pobre á san Martin. Socórrele Bu-Akas con la liberalidad que un buen musulman lo hace; mas el mendigo no suelta el albornoz.

—¿Qué me quieres?—Le dice Bu-Akas. Me has pedido limosna y te la he dado.

—Sí, repuso el cojo; pero el Coran no dice solo «darás limosna á tu hermano;» si no «haz por tu hermano cuanto pudieres hacer.»

—Y bien ¿qué puedo hacer por tí? ¿qué quieres que haga?

—Puedes impedir que yo, pobre reptil, me arrastre y sea atropellado por hombres y camellos entre cuyos pies tendré que caminar si he de llegar al pueblo, cosa muy dificil hoy.

—¿Y cómo impedirlo?

—Llevándome á la grupa hasta la plaza del mercado donde deseo estar.

—Sea, dice Bu-Akas ayudando á subir al cojo á la grupa. Con alguna dificultad se hizo la operacion esta, pero al fin se hizo; y ambos ginetes atravesaron las calles del pueblo no sin escitar la general curiosidad. Llegan á la plaza.

(Concluirá.)

LA CABEZA DE TERNERA.

Un magistrado, á la salida de una audiencia, dijo á uno de sus compañeros que se fuera á comer con él.

—Yo te convidaria á tí de buena gana, le contestó, pero creo que no tengo hoy nada bueno. ¿Sabes, Pedro, añadió dirigiéndose á su criado que estaba guardando la toga en un saco de damasco, lo que tengo?

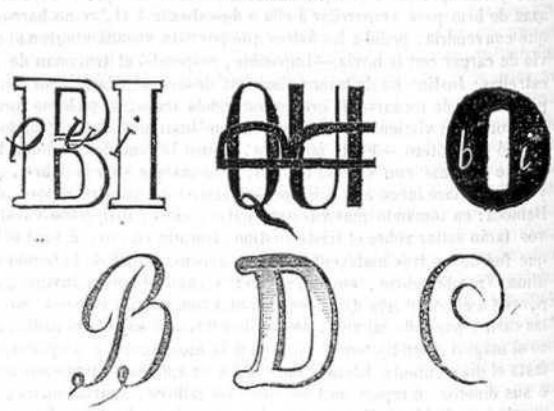
—Señor, le contestó, tiene V. cabeza de ternero.

FILANTROPIA DE UN DUQUE.

En el mes de enero de 1776, se dirigia un duque desde Paris á Versalles y hacia un frio escesivo. Viendo entonces que los dos lacayos que iban en la trasera de su carruage estaban casi yertos, los hizo entrar y sentarse enfrente de él. Este rasgo de humanidad recibió justos y merecidos elogios en la córte, á los cuales contestó él con bondadoso acento diciendo: Lo que yo sentia era no poder hacer entrar en el carruage al cochero y á los caballos.

—

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Toledo.—Vista de la plaza de Zocodover desde los arcos de la cuesta del Alcázar.)

EL MARTES.

Murmuracion histórica que nada debe á la historia.

El pobre mortal que despues de haber leido al reverendo P. Mariana y la crónica del rey D. Pedro, consigue penetrar en la imperial ciudad de Toledo por la puerta de *Visagra*, á costa de sus asendereados huesos, no puede menos de esperimentar un sentimiento de amarga estrañeza y de profunda admiracion, si compara los grandes sucesos de que fueron testigos aquellos hoy mal llamados murallones, con la mezquina perspectiva que ofrece la encrespada, tortuosa é interminable cuesta, mas que calle, que conduce al *Miradero*. El mortal susodicho ha tenido ya, por supuesto, en el magnífico panorama del camino de Madrid, no pocos motivos de encomendarse á Dios ó al diablo, segun las inspiraciones de su conciencia; pero demos de barato que la diligencia-pereza en que se encuentra embutido haya salvado la distancia de doce ó cotorce leguas (cosa no averiguada hasta ahora), que media entre la moderna y la antigua corte de Castilla, á razon de hora por 3,000 varas; que nuestro hombre se haya librado por milagro de los hediondos baches, de los empinados ribazos y de los demas obstáculos de toda especie que presenta aquel vasto archipiélago, desde el principio de la *legua negra* hasta la venta de Malabrigo de Cedillo; que en esta venta haya saboreado el almuerzo de unas bárbaras sopas de ajo con huevos, remojadas con cierto esquisito vinagrillo propio para calmar el mas rabioso dolor de muelas; que haya vuelto á trotar segunda vez por breñas y barrancos, dándose de cabezadas contra los tableros del fementido coche; y que, por último, al cabo de doce ó catorce horas de jaleo y de batacazos, de juramentos y de hambre, costee el *paseo de Madrid*, atraviese la puerta que los partidarios del conde de Trastamara y los plateros revolucionarios defendieron con tanto brio, lo cual no impidió que fuesen todos debidamente ahorcados, y que al fin contemple á sus pies la antigua *Judería*, convertida hoy en un laberinto de batanes, de fábricas de ladrillo y de molinos harineros.

El *Miradero* es el punto de observacion de todas estas bellezas contemporáneas; pero ¿quién se detiene en él cinco minutos durante el invierno, sin sentirse helado por la riquísima alfombra de escarcha que tapiza su suelo? ¿Quién, durante el verano, no teme verse envuelto en densas y nada limpias nubes de polvo, cuyos impetuosos remolidos pueden precipitar al mas avisado hasta el camino del puente de *Alcántara*, si tal nombre merece el desigual y pérfido repecho que desde él arranca? Queda, pues, demostrado que desde el *Miradero* nada se puede mirar en verano ni en invierno, y que por lo mismo conviene dejarlo á la espalda para internarse en la ciudad, lo cual se consigue fácilmente atravesando una ética calle y, por supuesto, otra cuesta, porque sabido es que en Toledo y en sus alrededores no se dan cincuenta pasos sin tropezar con tan indispensable sudorífico.

Mi buena ó fatal estrella me condujo á la capital de los *Cigarrales* en un dia crudo del invierno de 1848, empotrado en un vehículo cuyos incesantes vaivenes se asemejaban á los rudos sacudimientos de un quechemarin de Mundaca cuando á despecho del viento se empeña en doblar el cabo *Machichaco*. No era yo el único pasagero que, á guisa de diablo zambullido en agua bendita, me agitaba en aquel purgatorio estacional; un loco me acompañaba. Si mis lectores creen que se dirigia voluntariamente al *Nuncio*, se equivocan grandemente. Su razon funcionaba, veia claro con los ojos del entendimiento; pero no veia como los demas, porque era justo apreciador de las debilidades humanas..... Esto constituia su demencia. Los sectarios del vicio le llamaban maldiciente; para mí solo era un pobre hombre empeñado en moralizar el mundo.

Dicen que en Toledo hay mucho que ver, le pregunté.— Segun y conforme, respondióme sonriéndose. ¿Es V. pintor?—No.—Lo siento, porque pudiera V. bosquejar las ruinas de uno que fué soberbio alcázar, el monumento de San Juan de los Reyes, del cual nadie se acuerda, porque vale algo, y la plaza de Zocodover, de la cual se acuerdan demasiado los que una vez la han visto, por lo mismo que nada vale.— Cansado estoy de admirar esas bellezas en las estamperías de Madrid.— Lo creo; y tambien habrá usted contemplado las del *artificio de Juanelo*.—En efecto. ¡Cuánto deseo ver esa obra admirable —No haga V. tal, si se precia de buen español, amante de nuestras glorias, porque perderá el tiempo: esas maravillas del arte solo existen hoy litografiadas ó grabadas en madera.—Pero sus restos venerables..... Supongo que se cuide de su conservacion.—Sí..... sí.... El Tajo se ha encargado de no dejar ladrillo sobre ladrillo en el famoso *artificio*: la yerba crece en los solitarios patios de la célebre mansion que cobijó los amores de Alfonso VIII; al paso que la humedad imprime el sello helado de la muerte sobre las paredes de la traidora *sala de los secretos*. Por lo que toca á San Juan de los Reyes.... se conserva.... mal me esplico: arrastra penosamente su miserable vida: entregado á sus propias fuerzas, desafia al tiempo y á los elementos con el escaso poder que le han dejado sus largas vicisitudes: ese poder se gasta mas y mas; al fin sucumbirá, dejándonos alguna señal de su asiento, parecida á la del castillo de *San Cervantes*. Nadie recuerda ya! la importancia del magnífico *monasterio*; solo se sabe que hoy encier-

ra una biblioteca, inútil para el público. El forastero que sube de la *Vega* por la puerta del *Cambron*, se detiene ante aquel coloso, admira su atrevida arquitectura, se inmuta al aspecto de aquel enjambre de monarcas batalladores que defienden su fachada y prosigue su camino suspirando y diciendo: ¡Pobre nacion!..... ¡Los hombres lo mismo que las cosas!—Me voy arrepintiendo de haber emprendido este viage, porque soy escritor y....—¿De costumbres? me interrumpió el compañero de espedicion.—Confieso que no me pesaria retratar algunas de esta poblacion tan importante y tan grande en otro tiempo. —Eso es otra cosa; el pintor histórico nada tiene que buscar aquí, porque todo ha concluido ó está á punto de concluir para Toledo; pero el caricaturista moral, *L' Hermite* moderno no perderá el tiempo. — En este caso....—¡Oh! No hay duda: la tarea será agradable. Figúrese V. que lo único que nos queda ya de la inmortal Toledo es el *Zocover* y la catedral: de esta no hablemos; respecto al *Zocover*, sepa usted que es famoso por el *Martes*.—Por Dios que no entiendo lo que usted quiere decirme.—Hombre, ya hemos llegado á la fonda, y no tengo tiempo para.. ¡Eh! Salgamos de aquí cuanto antes: yo vivo en la *Triperia*, número...—Una sola palabra. Ese *Zocodover* ¿es la plaza que antes ha citado V. conocida en la historia con el nombre de *Zocodover*?—La misma ¡Vaya! No tardará V. en aprender en Toledo nombres nuevos de cosas muy viejas.—¿Y el *Martes*?—¡Ah! El martes! Eso ya es diferente. El *Martes*, señor mio, es... el *Martes*.

No volví á pensar en este diálogo, y me dediqué á perder el tiempo, segun el loco, visitando los recuerdos históricos de la ciudad imperial, hasta que la casualidad me deparó un amigo, que en nada se parece á los infinitos con que tropezamos á cada paso. Me esplicaré con toda la brevedad posible.

La esperiencia es un gran *libro mayor* de la gran compañia de comercio intitulada *El Universo*, en él estan sentadas todas nuestras cuentas corrientes: las partidas señalan los beneficios y pérdidas que vamos esperimentando en esta miserable vida.... he aquí el DEBE y el HABER; el primero, el cargo sube para todos en una proporcion verdaderamente *espantosa*.

En el tal libro hay una cuenta singular, en la que el cargo y la data se confunden por un momento: los filósofos prácticos llaman á esta cuenta el BALANCE DE LA AMISTAD, porque en ella se encuentra lo mucho que nuestros amigos nos cuestan y lo poco que nos valen, ó mejor espresado, el activo y pasivo de los mencionados amigos respecto á nosotros; en una palabra, lo que nos dan y lo que nos quitan. El resultado del BALANCE siempre es tristísimo.

El amigo que pide será, si se quiere, el mas perjudicial de todos, pero al fin no es el mas cócora. Ademas nos consuela con sus previsiones y consejos, y podemos por último contar entre los grandes servicios que nos presta:

1.° Las queridas que nos quita.
2.° Las que nos proporciona.
3.° Los usureros á quienes nos recomienda.
4.° Algunas lecciones de egoismo.
5.° Una docena de vicios peores que el anterior.
6.° Otros tantos desafios con maridos burlados.

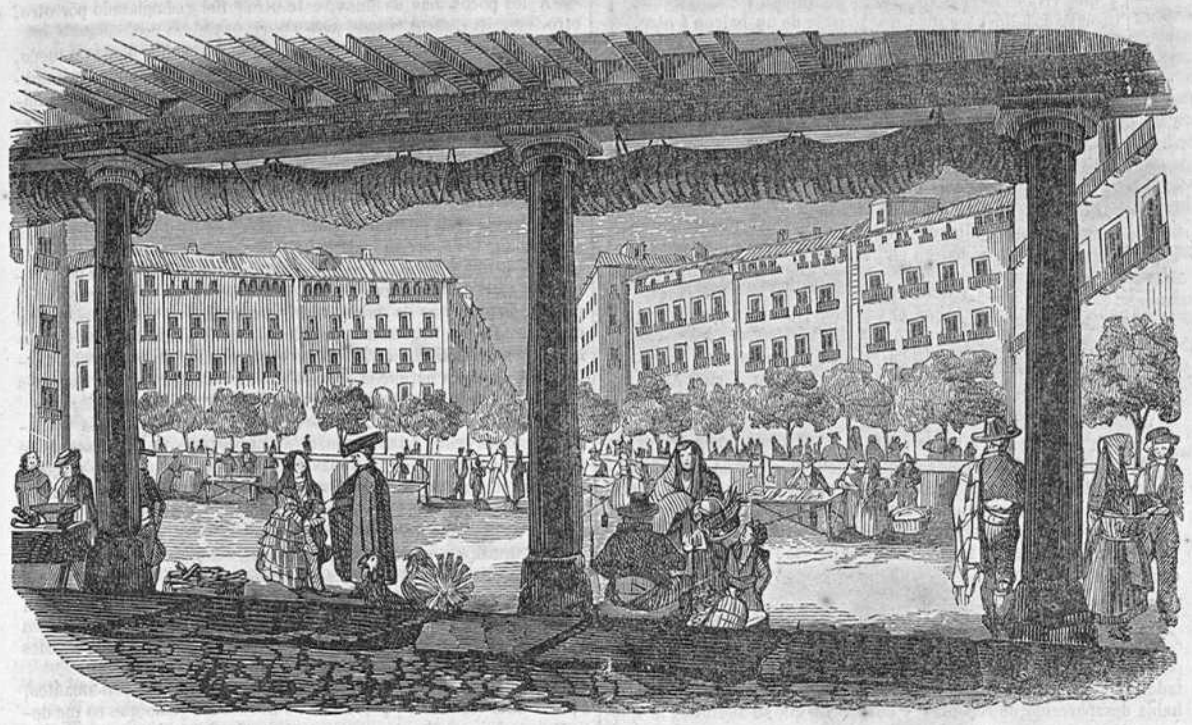
Nada de esto me proporcionó el amigo de Toledo; nunca me pidió un *Napoleon* prestado; luego, era el fenix de los amigos. Item, mas me llevó al *Martes*, y por consiguiente no tuve mas que pedirle.

No hay pueblo en España de mediana importancia que deje de tener en la semana un dia señalado para comprar y vender en grande, ó llámese por *mayor*: en él se celebra lo que todos entienden por un *Mercado*, de modo que este se tiene los jueves en unos puntos, en otros los sábados, etc. En Toledo es donde no hay *Mercado* ni grande ni chico, pero lo suple el *Martes*. ¿Y qué es el *Martes*? me preguntará mohino algun fastidiado lector. En verdad que no deja de ser apurada la interrogacion y no sé cómo componerme para no contestar lo que me contestó el loco, cuando me dijo: Señor mio, el *Martes* es... el *Martes*. En efecto, semejante contestacion encierra una gran verdad, como quedará demostrado muy pronto, y sin embargo estoy intimamento persuadido de que no puede convencer á nadie. Es como si digésemos: la luz es.... la luz: lo cual nada nos esplica de un fenómeno que no podemos negar. Al que asi raciocine, le rogaré que haga un viage á Toledo, que procure llegar á esta ciudad un lunes por la noche, que no encuentre un amigo que le instruya, sino locos que le repitan, el *Martes* es..... el *Martes*; y que al dia siguiente de su arribo salga á dar una vuelta por las calles y pregunte á cualquiera por antojo ¿á dónde vá V? De seguro le responderá el interpelado: voy al *Martes*.—Pero hombre, replicará el recien llegado, si está V. en él..... Si ayer fué Lunes. ... El otro se le reirá en sus barbas y no dejará por eso de dirigirse al *Martes*.

Precisamente era martes el dia en que encontré al amigo de quien he hablado. ¡Cuánto celebro el verte por aquí, esclamó despues de abrazarme estrechamente; supongo que me dedicarás algunos ratos, aunque hayas venido á negocios.—He venido á ver todo lo notable de Toledo, le dige, y por lo tanto estás espuesto á que te embargue para *Ciceron*e.—Con el mayor placer, y desde ahora mismo me consagro á tu servicio. Ea ¿por dónde te parece que empecemos?—Por donde quieras; me entrego á ti sin la menor reserva. —¿Sí? Pues echemos á andar hácia el *Martes*. Al oir estas palabras miré con sorpresa á mi amigo; él notó mi estrañeza en la espresion de mis ojos, y prosiguió así: —Conozco que debe ser para ti una cosa muy vulgar, muy prosáica, como decis en Madrid; pero ¿qué quieres? Te llevo al *Martes*, porque á estas horas todo el mundo está en él. —Ya lo creo, repuse un si es no es amostazado, pues creí que mi amigo queria embromarme; supongo que tambien nosotros nos hallamos en él.— No; aun no hemos llegado; pero nos falta poco. Mira, esta es la plaza de la catedral; ese el palacio del arzobispo; seguiremos por esa calle de la derecha, entraremos en la *Ancha*, y al fin de ella, en las inmediaciones del que aquí llamamos el *Zocover*... —Ya.....—Pues bien; allí encontraremos el *Martes*.—¿Estás loco?—¿Por qué?—¿Pues no me aseguras que encontraremos el *Martes*?....—De fijo.— Te confieso que no entiendo una sola palabra de lo que ensartas.— Eso consiste en que te fijas en una idea, sin que haya despues fuerzas humanas que te la arranquen del magin. Y si no, vamos á cuentas. ¿Qué significa para ti esta voz, *Martes*?—Lo que para todo el mundo; un dia de la semana, el segundo, el que sigue al lunes, el que precede al miércoles, uno de los seis en que trabajó el Omnipotente para la construccion completa del Universo.—Ahí está precisamente tu error, querido; te equivocas de medio á medio.—¡Cómo! ¿Serás capaz de negar?....—Cuando te afirmo que todo estriba en que te aferras demasiado á una sola idea. Ven acá, bendito de Dios ¿he puesto yo en duda por ventura la esplicacion de tu *Martes*? ¿Me opongo á que sea lo que tú has dicho, con sus puntas de dia aciago por añadidura, segun aquel dicho, *en martes, ni te cases ni te embarques*? Hasta aquí estamos conformes, ¿eh? corriente. Dime tu ahora ¿no puede espresar tambien la palabra *Martes* alguna cosa que acontezca en el dia de la semana así llamado, y no en otro alguno?—Bien ¿y qué acontece hoy en Toledo de particular, que no pueda suceder otro dia cualquiera, y que merezca por precision ese nombre?—Recuerda que yo no he hablado de semejante precision: el *Martes* de Toledo pudiera ser designado de mil modos diferentes, en lo cual creo que nada perderiamos, al menos tocante á claridad y precision del idioma, pero nadie es capaz de remediar ese vicio heredado de las pasadas generaciones: yo he encontrado el *Martes* en Toledo, y en él pienso dejarlo: por lo demas, seria trabajo perdido empeñarse en bautizarlo de otro modo, porque á pesar de todas las Academias de la lengua habidas y por haber, siempre saldremos al fin de fiesta con que el *Martes* es... el *Martes*.—Pero, demonio, esplicame siquiera ese *Martes* condenado que Dios confunda.—Ya estamos en él. ¿Ves esa multitud de aldeanos confundidos entre caballerias de diversas especies y castas? Son cuando menos graves ciudadanos electores de Arges, de Burguillos, de Casas Buenas, de Cobisa, de Guadamur, de Layos, de Magan, de Mocejon, de Nambroca, de Olias, de Polan y de Vargas; en una palabra, de todo el partido judicial de Toledo, si hemos de dar crédito á la subdivision del real decreto de 21 de Abril de 1834.— Bien ¿y qué tenemos?—Que todos vienen al *Martes* para vender sus verduras, sus granos, sus artefactos de toda clase...—¡Ah!—¿Ves ahora á todas esas señoras y caballeros, militares y empleados, tenderas y mercaderes con el correspondiente acompañamiento de criadas y asistentes? Tambien se dirigen al *Martes*, porque en el *Martes* se compra todo mucho mas barato que en las tiendas.—Gracias á Dios que voy comprendiendo.—Ya era tiempo. ¿Con que aquí no se puede decir, por ejemplo.....—No hay ejemplos que valgan: cuando hacen falta garbanzos en una casa, ya sabe el ama que debe ir al *Martes* á ajustarlos; si una niña no puede hablar con su amante en el paseo, ni en el teatro, tiene la seguridad de que yendo al *Martes* con su mamá podrá al menos flechar una mirada al objeto de sus ansias. Ya se sabe; los funcionarios públicos dan siempre una vuelta por el *Martes* antes de encerrarse en sus oficinas; la policia tampoco abandona el *Martes*, porque en el *Martes* siempre se pesca; el *Martes*, en fin, es el gran acontecimiento de Toledo, el punto de reunion de los desocupados, la cita general para contratos y transacciones, la bolsa mercantil aplicada al despacho de artículos de diario consumo... ¿Qué mas te diré?.... En otras partes se llama al *Martes* un mercado semanal; pero en Toledo, amigo mio, el *Martes* siempre ha sido, es, y será... el *Martes*.

Tenia razon el loco, pensé yo interiormente; hé aquí un nombre nuevo y original, aplicado á una cosa harto comun y vieja.

ABEN-ZAIDE.



(Toledo.—Vista de la plaza de Zocodover desde los portales en dia de mercado.)

Amores telegráficos.

LA VECINITA DE ENFRENTE.

Entre todos los estudios á que yo me he dedicado en el transcurso de mi vida, no hay uno á que con tanto gusto me haya entregado como al estudio de la mujer.

No me jacto de conocerla; por el contrario: estoy plenamente convencido, de que si Dios se dignase concederme una existencia tan larga como la de Matusalen, y una astucia tan grande como la de Merlin, me iria al sepulcro sin haber conocido á esa criatura débil y tímida que lleva generalmente escrita la inocencia en el semblante.

La mujer es un enigma, cuya solucion es punto menos que imposible.

Me acuerdo, que cuando me trasladé á la habitacion en que ahoro escribo estas líneas, estábamos á mediados de diciembre del año 1849. Al verme en mi nueva casa, hice lo que siempre he hecho en todas, esto es, abrir el balcon, y como vulgarmente se dice, dar un vistazo para reconocer la calle, las casas que la adornan, y sobre todo, para ver si en los balcones inmediatos hay alguna linda muchacha con quien entretener la vista.

En el dia á que me refiero, no tenia esperanzas de ver á ninguna, porque estaba lloviendo, y hacia ademas un aire capaz de helar al hombre mas robusto. Sin embargo, obedeciendo á mi antigua costumbre, abrí mi balcon, y tendi mi vista por la calle, y despues por todos los balcones de la vecindad.

En uno de los cuatro correspondientes á un cuarto segundo de una casa de aspecto antiguo, situada en la acera de enfrente, como unos cuarenta pasos mas arriba de la que yo habito, ví á una jóven como de unos diez y siete años, que puesta en el dintel del balcon arrostraba con impavidez la crudeza del temporal.

Aunque no podia divisar su semblante mas que á través de la lluvia, mi instinto, y esa especie de adivinacion que dá una larga esperiencia, me pronosticaron que debia de ser bastante lindo, aunque á la sazon estaba algo amorotado por el viento. Estaba en papillotes con vestido morado, y un casabér del mismo color, debajo del que se destacaba su delicado talle. Qué niña tan fogosa, me decia yo sin dejar de observarla; se necesita decision para arrostrar con esa imperturbabilidad el aire y la lluvia: por fuerza debe de ser muy propensa al amor... Iba á prosegnir en mis reflexiones filosófico-observadoras, cuando una ráfaga de aire azotando hácia mí la lluvia, me obligó á cerrar las vidrieras, mientras que la niña se quedaba desafiando á los elementos.

A la mañana siguiente, apenas me levanté, fuí al balcon, y dirigí la vista casi instintivamente á los de mi vecinita, la que me habia cogido la delantera. Indudablemente está enamorada, esclamé yo siguiendo el hilo de mis reflexiones del dia anterior. Una niña tan balconera no puede menos de tener amante.—¡Y qué tirabuzones tiene tan bien hechos, y qué cara tan linda, y qué pecho tan bien formado! ¡Parece que está impaciente! No cesa de entrar y de salir, y tan pronto la veo en un balcon como en otro. Unas veces se baja hasta tocar con sus tirabuzones en la jaula del loro, otras veces ojea un libro que no lee, y otras veces acaricia á su perrito: todo esto con una viveza asombrosa. Se sonrie..... yo procuro seguir la línea de su mirada y... ¿qué es lo que veo? á un amigo mio, escritor dramático, mas enamorado que un cupido y que se entretiene en hacer telégrafos con mi vecina. Ella que sabe que yo los observo, me mira... él hace otro tanto, y enviándome un saludo amistoso, se dirige hácia mi casa; vuelve á saludarme, yo le invito á que suba, y él, que no desea otra cosa, acepta al momento, y étenos á los dos en el balcon, él haciendo telégrafos, y yo haciendo reflexiones.

Para disimular sin duda, me dirige mi amigo de vez en cuando algunas preguntas, á las que yo procuro contestar con las menos palabras posibles; de modo que nuestra conversacion se acaba al instante, y entonces mi amigo se vé obligado á renovarla por recurso.

—¿Sabes que me gusta mucho tu calle?

—Ya se conoce.

—Es muy alegre, y luego tiene unas vistas deliciosas, y aquí sus ojos se fijaban en mi vecina: despues viendo que yo seguia callando:

—¿Qué te haces ahora de bueno?

—Nada.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Un dia.

—Ese tiempo hace que yo estoy enamorado.

—¡Ola! ¿Con que tú estás enamorado?

—¡Pero de qué modo! Y aquí lanzó otra mirada á la inquieta niña.

—De mi vecinita segun veo.

—¡Qué linda es! ¿verdad?

—Seguramente.

—¡Qué ojos tiene!

—Si, parecen buenos.

—¡Y qué viva es!

—¡Demasiado! No hace mas que pasarse de un balcon á otro.

—Mejor. Eso prueba que me ama.

—¿Y qué tiene que ver, le contesté yo riéndome de su respuesta, esa continua mudanza de balcones con el amor?

—¿Pues no ha de tener? ¿No la vés? Parece un pájaro que quiere romper los hierros de su jaula para volar hácia mí. ¡Oh! qué buena idea me ocurre! voy á improvisarla versos; escucha:

Como vuela el verderon
de una rama en otra rama
así saltando mi dama
va de balcon en balcon.

—¿Qué te parece esta redondilla?

—¡Soberbia! Solamente que el verderon, es un pájaro muy prosáico, para compararle con esa niña.

—¡Hombre, no! Pues sí precisamente el verderon es un pájaro muy bonito! Si hubiera dicho el gorrion, podias quejarte. Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando vino á interrumpirnos el sonido de una corneta.

Era un piquete que salia de guardia.

Al pasar por debajo de los balcones de la que estaba siendo objeto de nuestra conversacion, noté que el oficial del piquete la saludó de ese modo que tan solamente lo hacen los amantes, y ví que la niña olvidándose de mi amigo, le devolvió el saludo con tanta gracia y coqueteria, que este, frunciendo el entrecejo, no pudo menos de decirme:

—¿Has visto eso?

Yo me hice el desentendido; pero observé que la vecina seguia con la vista al oficial, hasta que este volvió la esquina, á cuyo tiempo agitó la amable jóven su blanco pañuelo. Mi amigo, que lo habia notado tambien, estaba inquieto y descolorido. Todo su buen humor habia desaparecido de repente; y cuando vió que su adorada, la que poco antes segun su modo de ver parecia un pájaro que intentaba romper los hierros de su prision para volar hácia él, se ocultaba tras de los cristales sin apenas acordarse de dirigirle una mirada, esclamó encolerizado:

¡Ah mujeres.... mujeres! animales caprichosos y falsos...

¡Necio el hombre que en vosotras fia!

y despues de haber recitado este verso con un énfasis trágico, fué á sentarse como abatido en una silla.

Yo traté de consolarle, diciéndole que de todas las observaciones que habia hecho en las mujeres, habia sacado siempre consecuencias, fatales para los hombres, y que por lo tanto no debia uno hacer caso de ellas.

—¡Pero son tan bonitas! esclamó mi amigo dando un suspiro.

—¡Pero son tan falsas! le contesté yo.

Entonces él levantándose y tomando su sombrero, me dijo apretándome la mano. De todos modos, amigo mio, este terrible escarmiento puede servirme de mucha utilidad. Ya sabes tú cuán necesario es á todo escritor dramático el conocimiento del corazon humano, y sobre todo el conocimiento del corazon de las mujeres.

Ese rasgo de inconstancia que acaba de contristarme será fecundo en resultados. El corazon de la mujer se deja seducir por el brillo, amigo mio; ni mas ni menos que la mariposa se deja seducir por la luz. Esa muger ha dado la preferencia á ese oficial, porque llevaba una espada, una charretera y botones relucientes.... porque llevaba detras de sí y obedientes á sus órdenes unos cuantos autómatas con fusiles: y delante un trompeta que con sus pulmones atronaba la calle; y todo esto la ha sacado de quicio hasta el punto de olvidarse de mí.... de mí que llevo sombrero de carton, gaban oscuro y pantalon negro... No lo dudes! El corazon de la mujer está por los objetos del relumbron. Si ahora pasara un capitan de coraceros mandando su compañía, el oficial de infanteria quedaria destronado; y todo, porque el sonido de las herraduras de los caballos, y el brillo de las corazas, y de los cascos, embriaga mas que el morrion de hule, y la prosáica casaca del militar de infanteria.

Adios querido, y si por tu desgracia llegases algun dia á estar enamorado, procura vestirte de oropel; y sin aguardar respuesta se fué satisfecho sin duda del trozo de elocuencia que me habia regalado por despedida.

Aquel mismo dia por la tarde, el oficial que habia desbancado á mi amigo á son de corneta, se paseaba debajo de los balcones de su dama, luciendo una charretera en el hombro izquierdo, mientras que mi vecinita le contemplaba desde su balcon dando besitos en el hocico de su diminuto perro.

A los pocos dias el oficial habia desaparecido, y otro en su lugar rondaba la calle.

A los pocos dias despues, este otro, fué reemplazado por otro, otro.

Lo mas estraño es que esta niña, segun he podido observar luego, sale poquísimas veces de casa, y cuando lo hace va siempre acompañada de su familia; y sin embargo, metida constantemente en su habitacion, sin otra libertad que la de salir á los balcones, en los que se puede decir que vive constantemente con su lorito; con sus libros, cuyas ojas pasa sin leer; con su perrito; con su continua inquietud; hace que, centinela constante de su amor, haya siempre un infeliz rondándola la calle.

Me gusta verla cuando se pone á coser: no dá nunca dos puntadas sin levantar los ojos: su linda cabeza no puede conservar un solo instante la misma posicion. Todos sus movimientos están llenos de viveza y de gracia. Me parece que está dotado de un temperamento feliz, porque siempre que la miro la encuentro alegre. Se me figura que quiere mas á sus tirabuzones que á sus amantes: en todo el tiempo que la conozco, no la he visto llevar otro peinado; en esto es constante; será sin duda porque la sienten admirablemente, y las mugeres aman con delirio todo lo que que contribuye á embellecerlas.

Cuando veo á mi linda vecinita, tan vigilada por su familia y á pesar de eso trayendo á tantos amantes al retortero, no puedo menos de acordarme de aquella dama de las *Mil y una noches*, á la que un genio maligno tenia guardada en una gran caja de cristal cerrada con cuatro cerrojos de fino acero. Presentando esta dama, una sarta de sortijas á dos príncipes que habian conseguido sus favores mientras el genio dormia, les dijo: —¿Saben ustedes lo que significan estas joyas? — No, respondieron ellos, pero en manos de usted está el comunicárnoslo.— Son, pues, continuó ella, las sortijas de todos los hombres á quien he hecho partícipes de mis favores. Hay noventa y ocho bien contadas, que conservo para acordarme de ellos: pido las de ustedes por la misma razon, y á fin de tener el centenar completo.

Hé aquí, pues, continuó, que he tenido hasta el dia cien amantes, á pesar de la vigilancia y precauciones de este feo genio que no me deja. Por mas que me encierra en esta casa de cristal, y me tiene oculta en el fondo del mar no por eso dejo de eludir sus cuidados. Ya ven ustedes, segun esto, que cuando una mujer ha formado un proyecto, no hay marido ni amante capaz de estorbar su ejecucion.

Esta es una verdad de que debe estar plenamente convencida mi alegre vecinita: ella, como la dama de las *Mil y una noches*, está encerrada, no en una caja de cristal con cuatro llaves, pero sí en un cuarto con cuatro balcones. Ella, como la dama de las *Mil y una noches*, está guardada constantemente, no por un feo genio, pero sí por una mamá. Y á pesar de todo, ella, como la dama de las *Mil y una noches*, tendrá una sarta, no de sortijas, pero sí de billetes amorosos cada uno con su distinta firma. Solamente que el número de amantes de mi vecina pasará de ciento, mientras que la astuta dama de las *Mil y una noches*, llegó á juntar á duras penas ese número.

Aparte de estas *pequeñeces* esta joven es apreciabilísima. Está en la aurora de su vida, puesto que apenas tiene diez y ocho años. Pertenece á una buena familia; casi nunca sale de casa, y si alguna vez lo hace va muy bien acompañada. Es una niña candorosa que teniendo demasiada edad para jugar á las muñecas se entretiene en jugar á los muñecos.

Quién sabe si todavía tendrá virgeu el corazon!!! verdad es que el pensamiento le debe tener inundado de amores, pero en un siglo tan material como este, el pensamiento es lo de menos.

JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IV.

La delacion.

Aun conservaba doña María los ojos húmedos del llanto que acababa de verter, cuando se presentó á la puerta del gabinete la poetisa de Toledo. La infanta hizo un esfuerzo para sonreir, y la mandó aproximarse. La Sigea miró á S. A. con profunda atencion, reflexionó rápidamente acerca de los hechos que hubieran podido afligirla, y esperó á que hablara.

—¿Adivinas, Luisa, la causa de mi afliccion? la preguntó doña María?

—Sólo una puede haber, señora, que reduzca á tal estado el ánimo de V. A.

—¿Cuál es?

—Una nueva boda.

—¿Quién te ha dado la ciencia, esclamó la infanta tomando por la

mano á la escritora y sentándola á su lado, de adivinar lo que pasa en mi alma?

—Mi amor á V. A.

—¿No sabias nada?

—No, señora.

—El obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano para el heredero del trono de Castilla. ¿Qué idea tienes de D. Felipe?

—Es hijo de un héroe y de la inquisicion. Heredará los laureles de su padre para quemarlos en la hoguera de su madre.

—Es un príncipe piadoso.

—Tan piadoso que abrasará á los reinos con su piedad.

—Todos le aman.

—Y todos le temen.

—El emperador piensa abdicar en él.

—Triste será aquel dia para los pueblos.

—¿No te place verme reina de España?

—Señora, para serviros de rodillas, me es lo mismo que V. A. sea reina de España ó infanta de Portugal.

—¿Pero cómo crees que seria mas dichosa?

—No siendo ni infanta ni reina.

—¿Te pesa de mi grandeza?

—Me pesa que no os haga feliz.

—¡Feliz! yo no puedo ser nunca feliz.

—Porque teneis un título de princesa, un corazon de mujer, un ingenio de poeta y un alma de santa; porque habeis querido reunir en un palacio las cosas mas opuestas: una academia y un cláustro.

—¡Ay, amo tanto la gloria, y temo tanto á la iglesia!...

—Por eso habeis encerrado á Apolo en una celda.

—¡Yo quisiera que los poetas tuvieran otro Dios! ¡Yo quisiera que las musas no fueran paganas!

—V. A. se adelanta al siglo. No hay todavía poeta que se atreva á dejar su mitología, ni el mismo Luis de Camoens...

—¡Luis de Camoens!

—Mañana parte á la India.

—Dejemos eso. Tenemos mucho que hablar; vé, observa si hay alguno en los corredores, y cierra bien la puerta.

Obedeció Luisa y volvió á sentarse cerca de la infanta.

—Ya te he dicho, continuó esta en voz baja, que el obispo de Agdas ha venido á pedir mi mano.

—Sí, señora.

—El rey la ha otorgado, y tal vez mañana mismo tendré que partir para España. Esto al menos parece lo probable; pero Luisa, oigo yo en mi corazon una voz que me advierte la imposibilidad de que se realicen mis bodas.

—Creo lo mismo.

—¿En qué se funda tu esperanza?

—¿En qué se funda la vuestra?

—En una inspiracion.

—La mia tambien.

—Quiero que me la espliques.

—Señora, es difícil de esplicar. Pero hay seres predestinados á llevar en el cielo una aureola, y ya desde la cuna esparce su cabeza un misterioso resplandor. Aquellas santas mártires, aquellas inmaculadas vírgenes que en el pueblo romano caminaban al suplicio, dicen los sábios escritores que eran desde niñas la codicia del Emperador. Halagos, amenazas, dádivas y castigos se empleaban para corromper su virtud; pero todo era inútil. Los mismos enemigos se convertian al acercarse á ellas. Los mismos verdugos temblaban. Hay una ciudad en España cerca de Portugal, donde Eulalia sufrió el martirio del fuego. La víspera de la ejecucion, se emplearon horribles medios para quitarla su castidad y hacer que muriese impura. ¿Quién la salvó, señora? ¿Quién evitó que fuera de un hombre? El ángel que desposa á las vírgenes con Dios. Ese espíritu invisible cuyo escudo de fuego abrasa al que se acerca á las que están bajo su custodia. ¡Ah, doña María! Esa luz que despiden vuestros ojos; esa inocencia que deslumbra en vuestra frente, esa belleza inmaterial que embelesa á los hombres sin enamorarlos, es el *sello* que habeis traido al mundo para que se os pueda decir «nunca sereis de un hombre.»

Yo, señora, que aborrezco los abusos de la iglesía: yo que lamento el fatal error que conduce á aquellas nacidas para madres de familia á encerrarse en un cláustro; soy no obstante, justa para apreciar el principio de sabiduría que guió á los fundadores de los conventos. Hay, señora, una raza de mujeres fecundas de alma, estériles de cuerpo, cuya produccion es un canto, una oracion, una poesía, un perfume como el de aquellas flores que no dan semilla. No pidamos á estas mujeres amor para un esposo; porque solo darán un suspiro, una lágrima y huirán. No las pidamos un hijo, porque son madres de todos los niños que han dado á luz las otras mujeres. No le pidamos posteridad de criaturas, sino posteridad de ideas, posteridad de virtudes. A esa raza señora perteneceis vos. El temor que os ha espantado siempre al enlazaros á un hombre es el instinto de conservacion que Dios ha dado á vuestra espiritualidad. Ser impalpable venido al mundo solo para adorar á Dios, y dar ejemplo de castidad sublime. Vos, doña María, debeis volver al cielo sin haber tocado á la tierra sino con la punta de vuestros pies. Dejad, señora, que los reyes se afanen por disponer de vuestra suerte: vos morireis vírgen y santa en un monasterio; y cuando el vulgo de varones descreidos quiera disculpar sus desórdenes calumniando nuestro sexo: «Mentís, le dirá la historia; si habeis olvidado á las mujeres del pueblo antiguo, bien podeis recordar á las de nuestro pueblo: aquella es la tumba de una princesa santa: allí yace doña María.»

Cesó de hablar la Sigea, y aun conservaba la mano levantada en aptitud de señalar á una tumba.

Doña María estaba conmovida y absorta.

—Gracias, esclamó, gracias, amiga mia, me vuelves el valor y el entusiasmo con tus palabras ¡Oh, pluguiese al cielo que allí en el sitio donde tú señalas se abriera para mí la tumba esta misma noche!

—Debilidad, señora, replicó la Sigea con energía, debilidad de mujer, indigna de la heroina á quien alabo, es la que os conduce á desear que se abra presto esa tumba. ¿Qué maravilla fuera subir al cielo con la bendita palma á los veinte años de edad, doña María?

¿Creeis que ya estan sufridos todos los combates, todos los infortunios, todas las injusticias de los hombres? ¿Creeis que á los veinte



(Doña Luisa Sigea, escritora toledana.)

años estais acrisolada porque os han desposado con media docena de príncipes á quienes no habeis conocido siquiera? ¿Porque habeis presidido una academia de doctores? ¿porque habeis pensado en fundar una casa piadosa? ¡Dios mio! habriais colocado en su alma tanta ternura, tanta fuerza, tanta resignacion, tanto saber para que muriese á los veinte años inutilizando esas preciosas dotes? No: no; os faltan señora, las pasiones y las *calumnias*.

Es preciso que ameis á un hombre; que este hombre no pueda ser vuestro: que luche vuestro espíritu con vuestro corazon: vuestros deseos con vuestro deber: que perdais en la lucha vuestra salud y vuestra belleza: que tras largas horas de terribles insomnios, de lágrimas ardientes, de dolorosos gemidos, triunfeis al fin de vos misma; y que despues de este *sacrificio*, cuando vayais á cantar el himno de victoria, os *calumnien* los *hombres*.

—¡Ay! esclamó doña María estremeciéndose. ¡Yo nunca tendría fuerzas para sufrir tanto!

—Sí, señora, las teneis hasta para el martirio..

—Luisa, te dije que necesitaba esta noche hablarte.... confiarte mis secretos....

—Ya escucho señora.

—¿Crees tú que á nadie amo?

—Creo que habeis empezado á amar á uno...

—¡Silencio!

—Ya callo...

—Dime al oido su nombre.

Acercóse la Sigea al oido de la infanta y pronunció un nombre que la hizo palidecer.

—¿Quién te lo ha dicho? esclamó sobresaltada.

—Mi corazon, señora.

—Bien Luisa, toma la pluma y escribe.

«Al Sr. inquisidor general.»

— Ya está, señora.

«El enemigo habia tomado la forma de una Venus de mármol para perder el alma de este católico. He mandado destruir las Venus y envio al tribunal.....

—¿Señora, vais á denunciar al mismo á quien amais?

—Es un deber.

—Os engañais, señora, vuestro deber no es el perder á un inocente....

—Luisa!....

—Y yo no escribiré esa delacion.

—¿Te niegas á escribir en nombre de la infanta doña María de Portugal?

—Me niego á delatar á un español porque soy Española, y... porque le amo.

—Basta, replicó doña María con dignidad. Yo misma escribiré la carta. Retírate.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

ESTUDIOS SOCIALES.

DE LA CIVILIZACION.

La civilizacion es el triunfo de la inteligencia sobre la naturaleza inculta ó sobre ideas menos adelantadas. Ella marcha mas rápida ó mas lentamente segun que las circunstancias la favorecen ó la contrarian; invade los pueblos; penetra en los espíritus; cambia los hábitos, y enlazando á los hombres de diferentes y lejanos paises por los vínculos del pensamiento ó del interés recíproco, estiende su cetro desde la una á la otra parte del mundo, y hace de la humanidad entera una sola familia.

Inmensas esperanzas deberíamos poner en su influjo bienhechor, si por desgracia no fuera su movimiento alternativo; si no tuviera como la luna sus crecientes y sus menguantes; si por nuestro mal no retrocediera sin cesar tanto como antes hubiera adelantado. Los hombres se afanan en ciertos períodos por conquistar la ciencia: descubren algunas verdades: entonan su himno de triunfo inspirado por el orgullo de su pequeñez, y cuando se creen como los gigantes de la mitología á punto de escalar el cielo, la oscuridad renace y se estiende de nuevo; las últimas indagaciones se pierden en ella; millares de años gravitan sobre las verdades descubiertas, y la especie humana condenada á parodiar la tela del Penelope, se agita en esa oscilacion contínua de adelanto y retroceso, volviendo despues de todas sus incursiones al mismo punto de que partió. Cuando á través de largas épocas arranca á la naturaleza algun arcano, se ufana en su vanidad insensata; y por lo regular no ha hecho otra cosa que desenterrar descubrimientos anteriores, perdidos y ocultos á las miradas de la generacion que vive bajo los escombros de las generaciones que pasaron. Vasco de Gama dobla el Cabo de Buena Esperanza, y todos contemplan atónicos su talento, su osadía y su fortuna: sin embargo, en tiempo de Salomón se habia hecho el mismo camino, y cuatrocientos años despues lo habian repetido los Feninios con no menos propicia suerte. Colón, guiado por el vuelo de las aves y por la vacilante luz que derrama sus destellos en las sombras de la noche, penetra en las remotas playas en que parece que el sol va á ocultarse cada dia: y no obstante, los viageros encuentran despues en medio de los bosques impenetrables de la América Septentrional ruinas de monumentos levantados en ignorados tiempos por una inteligencia muy superior á la de los indígenas; lo cual nos da á conocer que otros hombres habian recorrido de muy antiguo aquellas comarcas, y habian dejado en ella vestigio que atestiguasen su presencia y su genio. Chateaubriand refiere que á la orilla de Chanon y muchos pies bajo del agua, existen caracteres trazados en las paredes de un precipicio, de que resulta que antes corria el agua á aquel nivel, y que algunas naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio. Este hecho testifica á la vez el trastorno de aquellos lugares y la destruccion de sus habitantes. Encuéntranse tambien sepulcros de particular construccion, y en ellos ídolos, esqueletos y huesos humanos. ¿Habrá existido la famosa Atlantina de Platon? No lo sabemos ¿Estaria entonces unida la América al Africa, y un suceso estraordinario las habrá separado como el filo de un sable corta la mano del cuerpo á que estaba unida? Tampoco lo sabemos. Tal es nuestra ciencia cuando queremos echar la sonda á los misterios de la naturaleza, y tales son los títulos de nuestro orgullo cuando nos envanecemos de adelantamientos que morirán con nosotros ó poco despues, para aparecer de nuevo cuando se hayan ya borrado todos los vestigios de su memoria. La civilizacion, pues, y el talento creador del hombre, tienen su flujo y reflujo como el Occéano. En el primero avanzan sobre las ideas como las aguas sodre las costas; mas en el segundo retroceden otro tanto cuanto antes habian salido de sus límites.

Pero si la civilizacion es altamente bienhechora, tiene tambien sus inconvenientes como los tienen todas las cosas. No hay duda que perfecciona y une á los pueblos; pero hasta cierto punto separa á los individuos, y dándoles hábitos de mas refinamiento y cultura, les hace perder las costumbres inocentes, aquellas costumbres patriarcales que estan en la cuna del género humano y que suponen una felicidad tranquila, parecida al dulce sosiego del niño que sonrie mientras duerme en su cuna de mimbres.

Los salvages de esa parte occidental del mundo eran cándida y afectuosamente hospitalarios. Apenas el estrangero que llegaba á la puerta de su cabaña empezaba la danza del suplicante, cuando sus huéspedes entonaban aquel canto: «vé aquí al enviado del grande Espíritu,» un niño salia á su encuentro, le introducia de la mano hasta el hogar, le sentaba sobre la fria ceniza, se bebia la copa de la hospitalidad, se fumaba la pipa de la paz por tres veces, y resonaba en boca de las mugeres aquella cancion consoladora que nunca sabrán producir, las nuevas sociedades, «el estrangero ha encontrado una madre y una esposa: el sol saldrá y se pondrá para él como antes.» Desde entonces el hogar era un altar para el desgraciado, y su dueño se hubiera dejado matar antes de que se tocase á un cabello del hombre á quien habia recibido. En cambio nuestra civilizacion ha endurecido las almas y metalizado los corazones. ¿Encontraria hoy el estrangero igual acogida á la puerta de los magníficos palacios de Lóndres, ni tal vez ante los ostentosos edificios de esas ciudades que se han levantado sobre las ruinas de aquellas chozas, asilo de hombres rudos, pero de costumbres tan tiernas y benéficas? Las ceremonias salvages usadas en el nacimiento de los hijos; las que tenian lugar al ir á recoger los frutos que les concedia el cielo; el himno de gratitud que en esta ocasion elevaban al sol mostrándole los hijos que colgaban del pecho de sus madres, todas estas costumbres tenian algo de sencillo, y sublime á la vez; algo de misterioso y profundo que el corazon comprende y no acierta á descifrar; algo, por último, que sin duda valia mas que otras prácticas y otros hábitos de los pueblos actuales.

¿Y cuál de los dos estados hará mas feliz al individuo si se le mira solo por el lado de las necesidades y de los deseos que inspira la naturaleza? El hombre, cuanto mas gira sobre esa circunferencia de conocimientos y de goces, mas se separa del centro de sus afectos y de sus recuerdos; y parecido al humo, se aleja de la tierra á proporcion que se eleva y disipa por el espacio. Las manos cariñosas que han mecido nuestra cuna; los objetos toscos, si se quiere, pero siempre dulces é interesantes que han sonreido nuestra infancia; los juegos de la niñez; las apacibles horas porque se desliza la vida tan mansamente como las aguas silenciosas de un arroyo puro y cristalino, todo esto deja en el alma un sabor de felicidad que nunca se borra y que se recuerda con un placer triste en las tribulaciones que encontramos despues en este mundo. Por eso, sin duda, ha dicho Chateaubriand, «dichosos los que no han visto el humo de las fiestas estrangeras, y que solo han asistido á los festines de sus padres;» y en otra parte ha añadido: «vosotras, maravillosas historias contadas alrededor del hogar, tiernas efusiones del corazon y largas costumbres de amar; tan necesarias á la vida; vosotras sois las que habeis llenado de satisfacciones á los que nunca han dejado su pais nativo. Sus sepulcros están en su patria, con el sol puesto, con los llantos de sus amigos, y con los encantos de la religion.»

¿Habrán sido por ventura mas felices los moradores de Otaiti despues que la civilizacion ha fabricado su trono á la sombra de sus florestas, despues que han tenido reglas y leyes y magistrados que lo eran en la vida ignorada, abundante y pacífica en que los encontró el capitan Cook? ¿Serán mas felices las islas encantadas de la Occeanía despues que los ingleses han llevado á ellas su dominacion y sus costumbres, ó que los misioneros han sembrado las querellas y las discordias religiosas, que lo eran cuando abandonados en los brazos de la naturaleza encontraban en la prodigalidad de sus beneficios cuanto bastaba á una existencia dichosa en su misma oscuridad? Hoy saben mas sin duda, pero no gozarán tanto ni tan fácilmente. Tendrán placeres, entonces desconocidos; pero habrán perdido su inocencia y su libertad, gérmen de todos los placeres. Serán mas cultos, pero menos cándidos; mas instruidos, pero menos sensibles; mas ricos, pero menos felices. En suma: la civilizacion favorece á la humanidad, pero acaso daña en

cierta relacion á las individualidades: crea intereses, pero destruye afectos: da dilatacion al alma, pero entibia la ternura del corazon: esparce el pensamiento, pero impide su concentracion; y entregándonos á nuevas necesidades, á nuevos hábitos y nasta á nuevas creencias, condena como añejas las costumbres y los sentimientos de la naturaleza que hicieron la dicha de los hombres primitivos.

¡Tal es la triste condicion de la especie humana! La perfeccion es su quimera; y la felicidad completa es un sueño, es su fantasma que sigue sin cesar, pero que no alcanza nunca. No gana por un lado sino para perder por otro; y asemejándose al viagero que marcha por una tierra encharcada y resbaladiza, no adelanta su planta sino para retroceder sobre su propia huella. Así gira sin cesar el mundo, indiferente á nuestro anhelo; así se suceden las generaciones, empleadas en reducir á polvo las obras que encuentran á su paso, ó en desenterrar las que estaban escondidas bajo la mole inmensa de los siglos; y en tanto el grande artífice de la creacion se sonrie de nuestros afanes y de nuestra soberbia, y á lo mas nos permite alzar alguna vez una punta del velo que cubre el mecanismo de su sistema, y el cuadro de sus leyes y de sus maravillosas obras.

JOAQUIN MARIA LOPEZ.

La justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUR.

(Conclusion.)

—¿Es aquí donde deseas estar? dice al cojo Bu-Akas.

—Sí.

—Pues bien, apéate.

—Tú antes.

—Si es para ayudarte, bueno.

—No. Es para que me dejes tu caballo.

—¿Y por qué he de dejarte yo mi caballo?

—Porque es mio, por la sencilla razon de que lo necesito.

—¡Hombre! Eso sí que tendria que ver.

—Escucha y reflexiona, dijo el cojo.

—Escucho y reflexionaré.

—Nosotros nos encontramos en la tribu del Cadí justo.

—Ya lo sé.

—Es natural que quieras demandarme ante él.

—¡Pchis!.. Es probable.

—¿Crees tú que viéndonos el Cadí á los dos, á tí con escelentes piernas que Dios ha destinado á marchas y fatigas, y á mi cojo y lisiado, crees tú que él no ha de figurarse que el caballo pertenece á aquel de los dos á quien es indispensable para viajar?

—Si tal cree, dejará de ser el Cadí justo, responde Bu-Akas, porque equivocará su juicio.

—Le llaman el Cadí justo, dijo riéndose el cojo, mas á nadie se le ocurrió hasta ahora llamarle el Cadí infalible.

—¡Voto vá! dijo para sí Bu-Akas, dando una patada en el suelo, hé aquí una oportunísima ocasion de juzgar por mi mismo al afamado juez: vamos ante el Cadí, dijo al cojo.

Y Bu-Akas, abriendo paso, condujo por la brida á su caballo, sobre el cual se columpiaba orgullosamente el malicioso cojo, y llega al tribunal, donde el juez, segun la costumbre árabe, administraba públicamente justicia.

Otros dos juicios habia pendientes cuando llegaron, que naturalmente debian fallarse antes del que llevaban nuestros litigantes. Bu-Akas se colocó entre los asistentes y observó. El primero de estos negocios tenia lugar entre un taleb y un aldeano, un sábio y un pobre trabajador.

Se trataba de la muger del sábio que habia robado el trabajador, y que sostenia ser la suya mientras aquel la reclamaba. Ni á uno ni á otro reconocia la muger por su marido, y esto hacia algo difícil la solucion de tan singular disputa. Habiendo oido el Cadí á ambas partes reflexionó un instante. «Dejadme vuestra muger, les dijo, y volved mañana.» Se fueron en efecto el sábio y el trabajador, cada uno por su lado.

Era el turno del segundo litigio, que tenia lugar entre un carnicero y un vendedor de aceite; uno y otro con muy marcadas señales en su esterior del oficio á que se dedicaban.

Dijo el carnicero:

He comprado á este hombre una botella de aceite, y para pagar su precio eché mano al bolsillo y saqué un puñado de diferentes monedas, cuya vista tentó sin duda al aceitero que alargó la mano para cogerla; mas no pudiendo quitármela me sujetó por la muñeca. Di voces, grité ¡al ladron! y sin embargo no ha querido soltarme, y aquí venimos, señor, á que nos hagas justicia; yo con mi dinero en la mano, y él sin querer soltar mi puño. Juro por Mahoma que este hombre miente asegurando que yo le he hurtado su dinero: porque el dinero que aquí traigo es mio y muy mio.

—¿Qué dices tu á esto? pregunta el Cadí al aceitero.

Digo, señor, que este hombre se llegó á mí á ajustar una botella de aceite. Llena ya la botella me dice: ¿tienes cambio de una moneda de oro? Eché mano al bolsillo para verificar el cambio, y puse en el suelo el puñado de monedas que saqué. En esto se apodera él del dinero que con la botella de aceite queria llevarse; pero yo le sujeté por el brazo gritando ¡al ladron! Es un pícaro, señor, que sin embargo de mis gritos y amenazas no ha querido soltar mi dinero, por lo que aquí le trâigo para que me hagas justicia. Júrote por Mahoma, Sr. Cadí, que miente este bellaco diciendo que es suyo este dinero, porque es mio y muy mio.

Hizo repetir el juez segunda vez la querella y defensa á ambos litigantes, sin que uno ni otro variasen del primer relato. Reflexionando entonces un instante les dijo:

—Dejadme el dinero y volved mañana.

Entrega el carnicero la moneda en cuestion al juez, y él y su contrario saludaron, marchándose en direccion opuesta.

Hé aquí ya el turno de Bu-Akas y el mendigo cojo.

—Señor Cadí, dice Bu-Akas, llegaba hoy á este pueblo con intencion de comprar en la feria algunas mercancías que quiero llevar á la lejana villa de donde soy. Habiendo encontrado á la entrada á este cojo, me pidió limosna y me rogó le tomase á la grupa de mi caballo, «porque, decia él, yo pobre reptil seré sin duda alguna atropellado por hombres y bestias antes de poder llegar á la plaza del mercado.» Dile limosna y le tomé á la grupa. En la plaza ya, no ha querido apearse, diciendo que mi caballo era suyo; y al amenazarle con la justicia ha tenido la audacia de contestarme «que el Cadí era un hombre demasiado sensato para poner en duda que el caballo pertenecia á aquel que mas lo necesitaba para viajar.» Hé aquí el hecho en toda su sinceridad, Sr. Cadí, y de ello pongo por testigo á Mahoma.

—Señor Cadí, responde el cojo, venia á mis negocios á este mercado, montado en este mismo caballo que tiene este hombre la avilantez de disputarme, cuando á la entrada del pueblo me lo encuentro tendido y exánime que me movió á compasion. Acerqueme á él para informarme de sus padecimientos. «No tengo otra cosa, me respondió, que un cansancio tal que ya no puedo moverme. La fatiga me rinde y no podré ya llegar al mercado si tu caridad no me ayuda. Llévame hasta la plaza, y allí me apearé, pidiendo á Mahoma que te conceda cuanto pudieres desear.» Hice cuanto deseaba, y, figuraos mi sorpresa, señor Cadí, cuando llegados al sitio que él indicaba, me manda bajar diciendo que es suyo el caballo. De manera que he decidido venir á que castigues la absurda y criminal pretension de este ingrato. Por Mahoma te juro que es la verdad pura cuanto acabo de decir.

Hizo repetir el Cadí á cada uno su demanda, y despues de reflexionar un instante les dijo:

—Dejad en mi poder el caballo, y volved mañana.

Encargóse el Cadí del caballo, y saludando Bu-Akas y el cojo se fueron cada uno por su lado.

No solo los interesados, sino una multitud de curiosos guiados por la celebridad de los intrincados juicios pendientes, acudieron al dia siguiente al tribunal. Mucha era la concurrencia y todos esperaban con ansiedad oir las sentencias del Salomon árabe.

Sale el Cadí, y á su presencia observan todos la mayor compostura y silencio. Estaba abierto el tribunal.

—Toma tu mujer, dice al Taleb, aquí la tienes: llévatela porque te pertenece.—Y volviéndose á los ejecutores:—Dad cincuenta palos en las plantas de los pies á este hombre (señalando al trabajador que disputaba la mujer al sábio).—Esta sentencia fué ejecutada al momento á presencia de todos los circunstantes.

Aproximáronse el vendedor de aceite y el carnicero, que en el turno era el segundo litigio.

—Ahí tienes tu dinero, porque es tuyo; tú le sacaste de tu bolsillo y jamás perteneció á este otro, dijo al carnicero dándole la moneda. Dad ahora vosotros (á los ejecutores) cincuenta palos en las plantas de los pies de este hombre, dijo señalando al aceitero.

El carnicero tomó su moneda, y el vendedor de aceite sufrió los cincuenta palos en las plantas de los pies.

Llamó en seguida á los dos litigantes que el dia anterior disputaban un caballo, y se acercaron Bu-Akas y el cojo.—¡Ah! estais ahí, dice el Cadí reparando en ellos.—Sí, señor juez, respondieron á la vez uno y otro.

—¿Reconocerias tú tu caballo en medio de otros veinte? dijo el Cadí á Bu-Acas.

—Ya lo creo, respondió éste.

—¿Y tú?

—Sin duda alguna, contestó el cojo.

—Ahora bien, ven tú conmigo, dijo á Bu-Akas.

Y juntos fueron donde este reconoció á su caballo entre una porcion de ellos.

—Muy bien; vete ahora al tribunal y enviame á tu adversario.

Desempeñada esta comision por Bu-Akas, llegó el cojo con cuanta celeridad le permitian sus malos andadores. Pero si sus piernas eran malas tenia una vista de lince, y así es que al momento señaló entre los veinte el disputado caballo.

—Bien, dice el juez, vámonos ahora al tribunal.

Llegados allí sentóse en su cojin de estera, cruzó las piernas, encendió su pipa, y se preparó todo el mundo á oir sentencia en asunto de tan intrincados antecedentes. La impaciencia era suma. Al cabo de cinco minutos que tardó el cojo en llegar, jadeando por la dificultad con que se movia, dijo el Cadí á Bu-Akas:

—Ves á buscar tu caballo de entre los otros, porque es tuyo.—Dad ahora (dirigiéndose á sus alguaciles) cincuenta palos en las espaldas á este hombre, y señaló al cojo.

El defecto físico de este obligó al Cadí, á fuer de hombre justo, á cambiar el lugar de la aplicacion de la pena, que sufrió incontinenti el lisiado baladí que tan ingratamente queria pagar los beneficios de nuestro buen Bu-Akas.

Al volverse el Cadí á su casa encontró á Bu-Akas que le esperaba ya con su caballo. ¿Estás contento? le dice aquel.

—No, Cadí, porque me tienes absorto con tu singular sistema de juzgar; y deseo saber qué especie de inspiracion te guia para administrar justicia; pues si he de decirte la verdad, estoy persuadido que en las otras dos sentencias no has obrado con la equidad y justicia que en mi negocio. Quiero, amigo mio, prontas esplicaciones, porque has de saber que yo no soy ni comerciante, ni simple viagero, ni nada de los que antes te he dicho: soy Bu-Akas, Scheik del Ferdj-Vah que habiendo oido hablar de tí, quise enterarme por mí mismo de la verdad con que te llaman el Cadí justo.

Prosternóse el Cadí cruzando los brazos en señal de profundo respeto, y quiso besar las manos del Scheick; mas este lo rechazó diciendo:

—Veamos: quiero saber muy pronto por qué la muger era del sábio y no del trabajador; por qué el dinero pertenecia al carnicero: y por qué mi caballo es mi caballo. Decid.

—Esto es muy sencillo señor. ¿No has visto que yo guardé una noche, la muger, el dinero y el caballo?

—Sí.

—Pues bien; á media noche, pretestando que tenia que hacer, llamé á la muger, y la dige: «Limpia mi tintero y arréglale, que tengo mucho que escribir.» Y la muger, que habrá hecho cien veces la misma operacion en su vida, cogió mi tintero, le limpió, renovó los algodones, echóle otra tinta, lo colocó en su lugar y todo con tal perfeccion, que dije para mí: si tú fueras la esposa del trabajador, de seguro no sabrias arreglar mi tintero: luego tu eres la muger del sábio y no del otro.

—Sea, dijo Bu-Akas, inclinando la cabeza en señal de asentimiento. Convencido por la muger: pero ¿y el dinero?

—¡Oh! eso es otra cosa, dijo el Cadí. ¿No reparáste como el vendedor de aceite estaba todo manchado de su mercancía, y tenía las manos chorreando grasa?

—Sin duda.

—Pues bien, yo tomé el dinero y le metí en un vaso lleno de agua. Examiné bien el agua esta mañana y puedo asegurarte que ni una sola particula de aceite nadaba en su superficie; y yo me dije: este dinero es del carnicero y no del otro, porque en este caso estaria grasiento y el aceite subiria por poco que fuera á la flor del agua.

Inclinó nuevamente la cabeza Bu-Akas, convencido de la solidez del raciocinio. Pero ¿y mi caballo? repuso.

—Puedo asegurarte que me he visto embarazado hasta esta mañana, porque no encontraba un solo indicio que me guiara en la investigacion de la verdad.

—¿Qué? ¿No pudo reconocer el cojo el caballo entre los otros? dijo Bu-Akas.

—¡Toma si lo conoció! Tan pronto y con la misma seguridad que tú.

—¿Cómo, pues, has podido saber á quién pertenecia?

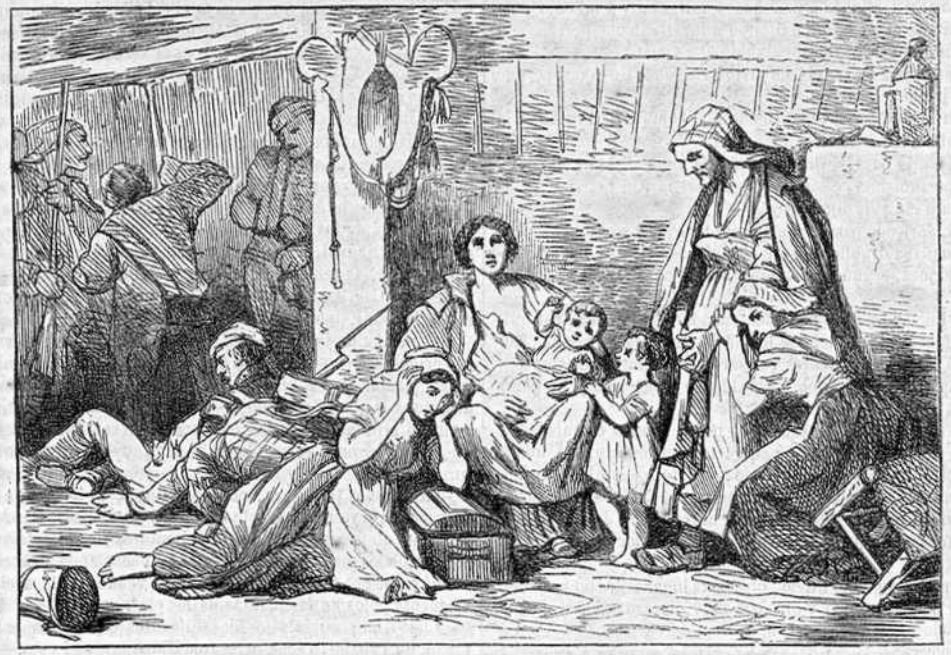
—Al llevaros yo junto al caballo no era para saber si tú y el cojo le conocíais: sino para observar si el caballo os conocia á alguno de los dos. Cuando tú te aproximaste á él, relinchó el animal; mas al aproximarse el cojo, bufó, y yo dije para mis adentros. ¡Tate! Este caballo es del que tiene buenas piernas y no del cojo; y te he devuelto tu caballo.

Bu-Akas reflexionó un instante, y dijo al Cadí.

Alá es contigo. Tú deberias ser el Scheick, y yo ocupar tu plaza; pero así como estoy cierto de que mereces ser el Scheick, no tengo seguridad de que podria yo reemplazarte dignamente.—Mahoma te guarde.

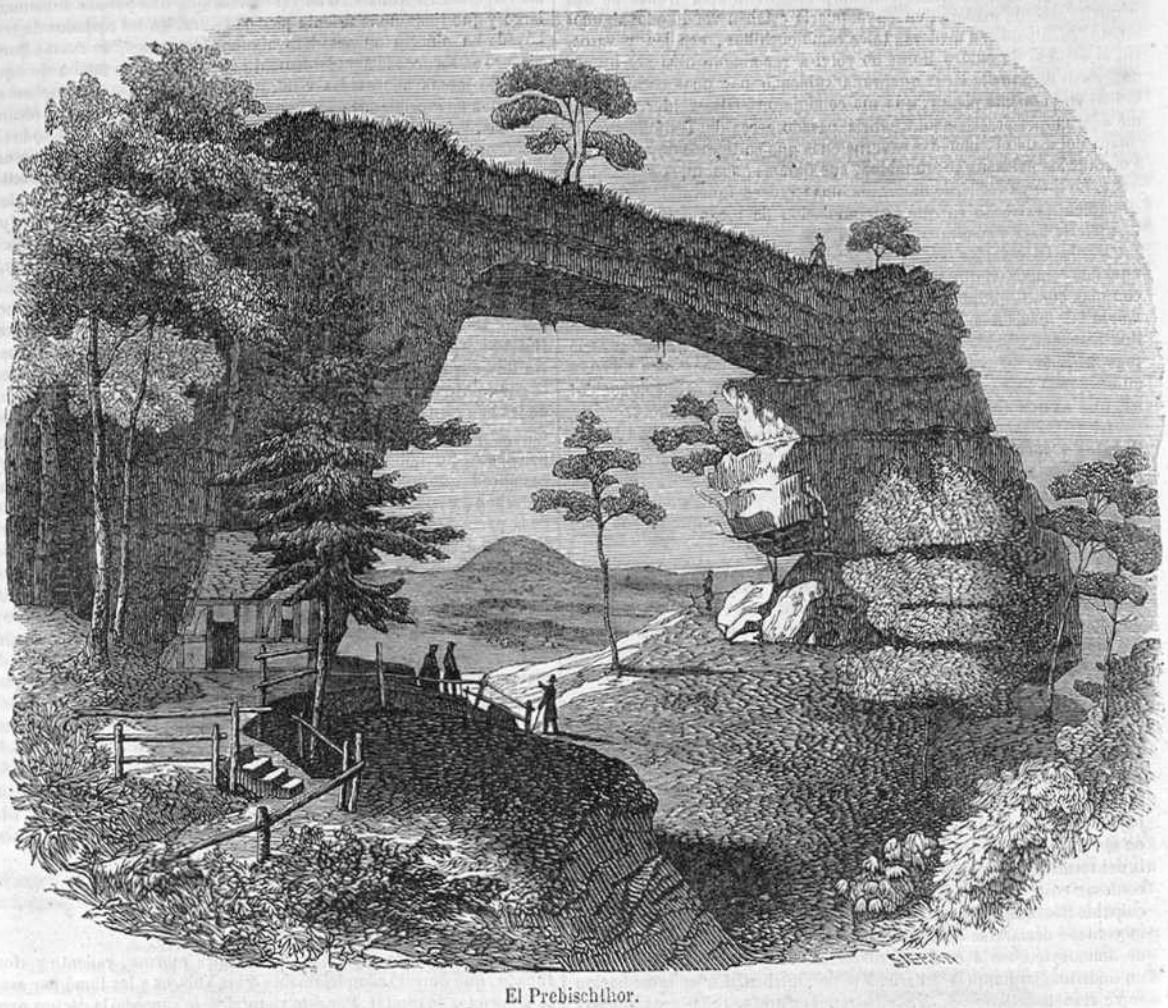
SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 17.

Quien bien quiere bien obedece.



(Una escena de invasion armada. Copia de un cuadro presentado en la esposicion francesa.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



El Prebischthor.

UNA ESCURSION EN SUIZA.

La Bastai se eleva casi en el centro de la Suiza: desde su cima descubre la vista las sinuosidades de las corrientes del Elva, los caminos, las aldeas, las ciudades, los castillos, las fortalezas, las elevadas montañas circulares aisladas y truncadas que caracterizan el paisage, las profundas grietas, y en una palabra, todas las revueltas y todos los sitios de este suelo tan completamente destrozado en otro tiempo por el furor de las aguas. Desde allí estaba yo mirando, y ya empezaba á sentirme dominado por el arrobamiento estraño y sublime que es objeto del viagero y recompensa de todas sus fatigas. ¿Pero hasta dónde nos puede llevar el temor á un guia? Yo escuchaba al mio patear detrás de mí, suspirar y toser con fuerza: evidentemente estaba furioso y se preparaba á dirigirme la palabra y á tomarme por su presa. Esta sospecha pudo tanto en mí, que dirigiendo una mirada de doloroso adios á este hermoso espectáculo que apenas habia entrevisto y simuladamente, á pasos lentos y á manera del que pasea indiferente, me aproximé á la orilla de un bosque que toca con el hotel de Bastion. Apenas tuve la seguridad de estar cubierto por los primeros árboles, cuando aceleré el paso, y precipitándome en el descenso, fuí casi corriendo por espacio de un cuarto de hora: al detener mi corazon palpitaba: presté atencion y nada oí: estaba solo en un estrecho sendero del Ottowalder-Grund, entre dos enormes murallas de rocas tapizadas de árboles, de musgo, de grietas y agujeros, de las cuales habia unas fuera ya de su natural aplomo y como para rodar sobre mi cabeza, otras inclinándose hácia atrás, algunas aproximándose hasta unirse por las bases, y otras hasta juntarse por la cima. Reinaba el silencio mas profundo, y solo de cuando en cuando se percibia el ruido causado por algunas gotas de agua que se desprendian de alguna grieta, el de algun pájaro que cruzaba por el follage, ó el que hacia algun insecto al arrastrarse por la yerba ó entre las hendiduras de la roca. Era el medio dia de uno hermoso de verano, y sin embargo caminaba por aquel sitio medio á oscuras. No se veia mas que una faja de cielo azul serpenteando sobre mi cabeza, algunos rayos de sol hiriendo oblícuamente en lo alto de las peñas y los torcidos árboles cuyas raices faltas de tierra apretaban como garras la pizarrosa cima. ¿Quién puede describir lo que se siente al contemplar por un instante una soledad tan completa en un sitio semejante y en un pais estrangero? ¿Cómo pintar esa tranquilidad interior que se apodera irremisiblemente del alma? Parece que cuanto mas se va descendiendo por aquel terreno mas se acerca uno á sí propio alejándose de las preocupaciones habituales de la vida, de los hombres y de sus miserias, hasta que por fin llega un momento en que se podria decir que el alma queda inmoble y trasparente como un lago cuya superficie no agita ningun soplo de viento. Algunas horas pasadas en este silencioso aislamiento y en medio de los bosques y de las rocas, empapan nuestro ser en el manantial de los grandes y sublimes pensamientos con mas facilidad que todos los esfuerzos que se hacen para abstraerse durante años enteros en el seno de las ciudades.

El primer ser humano que encontré en el Ottowalder-Grund me hizo temblar: era una anciana de pequeña estatura que derecha é inmovil estaba apoyada en un ángulo de la roca sin mover mas que los ojos. Yo no sabia qué pensar de esta aparicion, cuando á pocos pasos descubrí una niña que acercándose á mí me tendió la mano pidiéndome una limosna para la pobre anciana; mas allá encontré una jóven elegante al parecer, á quien llevaban dos hombres en una especie de litera, mientras que un caballero de bastante edad que podria ser su padre ó su esposo la seguia jadeando y encorvado sin levantar los ojos del suelo. Entrambos parecian poco deseosos de disfrutar del paisage que tenian á la vista, como si estuvieran en un

gran camino que cruzara por el sitio mas indiferente del mundo. Mas lejos todavía me hallé con sorpresa frente por frente de una pequeña casa de madera, en cuya puerta estaban vendiendo algunos objetos esculpidos en madera, tales como cuchillos, espejos y vasos. En el espacio de cuatro horas no volví á ver ningun otro ser humano, y salí de aquella larga quebrada subiendo por unas escaleras labradas en la misma piedra, que me condujeron á Ottowalder. Despues me dijeron que precisamente habria pasado cerca de Teufelküche (la cocina del diablo), inmensa caverna en la que en tiempo de guerra van á ocultar los paisanos sus muebles, sus dineros, sus hijos y sus mujeres. Lo que yo recuerdo mejor es unas cruces funerarias y un paso sumamente estrecho en que la acumulacion de rocas deja solamente una puerta baja y cuadrada.

Desde Ottowalder seguí mi marcha á la ventura por medio de aquellos campos en que estaban segando algunas mujeres, que vestian con mas gusto, propiedad y elegancia que nuestras aldeanas, no llevando las mas en la cabeza otro adorno mas que sus propios cabellos peinados y cuidadosamente trenzados. Su complexion me pareció mas delicada, su color no tan moreno, sus facciones mas finas, y su fisonomía mas espresiva. Todas me saludaron con este solo sonido: DA, que es una abreviatura de su ordinario buenos dias.

Al verlas me ocurrió que nuestras aldeanas tan laboriosas, inteligentes y serviciales, serian de presencia menos ordinarias, si un poco mas de instruccion y un poco menos de pobreza les permitiesen desarrollar con mas rapidez sus pensamientos y el sentimiento de natural y graciosa coqueteria innato en ellas, lo mismo que en sus hermanas de Alemania.

Por la tarde llegué al bonito y pequeño pueblo de Lomen, situado sobre una roca de granito: su antiguo castillo y su iglesia rústica han brindado su poética forma á los lápices de los viageros. Me aseguraron que todo habitante de este pais cuya muger pare, tiene derecho á vender cerveza durante seis semanas.

Al dia siguiente visité el viejo castillo de Holmotein, célebre en Sajonia por los sitios que ha sufrido de los austriacos y suecos durante la guerra de los treinta años. Construido sobre un abismo, no tiene mas comunicacion con la ciudad que un pequeño puente de piedra. En él se conserva como un objeto de curiosidad, una cuerda de paja trenzada por un prisionero que fué sorprendido y vuelto á la cárcel en el momento que se descolgaba por ellas. Y se enseña al viagero el calabozo en que bajo el gobierno del duque de Weimar y de Augusto II estuvo encerrado en el siglo XVIII Klettemberg, célebre alquimista sajon; y tambien la sala del tormento en que un carnicero sufrió los mas agudos dolores sin confesar cosa alguna, pero que habiéndosele perdonado declaró ser culpable: lo que hace ver que la tortura obliga las mas veces á los inocentes á declararse culpables sin precisar siempre á los delincuentes de ánimo vigoroso á confesar sus crímenes. Cerca del castillo, hay un lindísimo jardin que se llama Kœhlergœrrhen. En su inmediacion se ve el Diebskeller, caverna de ladrones en que se refugiaron muchas familias durante la guerra de 1813. Una multitud de grutas han servido para el mismo objeto, al paso que otras han sido albergue de malhechores: las palomas y las aves de rapiña anidan en diferentes alturas de la misma roca. Despues de haber salvado las montañas Hockstein y Braud descendí al valle de Tiefegrund donde encontré por algunas horas la paz y las emociones que me dió el Ottowalder-Grund: al salir de este valle me estravié, y creyendo aproximarme á Lilenstein (la montaña de las Lises), una de las mas bellas de la Suiza-Sajona y en que se eleva hoy dia una pirámide en memoria de Augusto III, me encontré en el Schandau, pequeño pueblo situado en las orillas del Elva y á espaldas de dos elevadas cubiertas de árboles. Schandau es célebre por sus baños minerales, cuya celebridad es mas sólida que brillante porque solo acuden á ellos las personas que tienen que pedir á sus aguas el alivio de sus males, y estos baños se toman simplemente sin necesidad de juegos, balsas, ni chorros. Esa indiferencia de los elegantes sorprende tanto mas cuanto que se puede ir á Schandau desde Dresde, y aun desde Berlin en muy pocas horas por el camino de hierro. La palabra Schandau significa *prado infame*; deberá existir alguna lúgubre leyenda que esplique este nombre; pero yo no he querido molestarme buscando quien me la contara, porque creo poco gustoso entristecer la imaginacion con recuerdos funestos y que cada crónica ensangrentada deja una mancha indeleble en la memoria.

Los viageros que se proponen esplorar con minuciosidad de la Suiza-Sajona, fijan por lo regular su morada en Schandau, haciéndole centro de sus escursiones. Subiendo por la ribera derecha del Elva se encuentra una nueva série de quebradas y peñascos de las mas estrañas y variadas formas. Despues de haber visitado sucesivamente la roca llamada Refugio de los croatos (Kroatenschlucht) el valle del Infierno (Hœlle), la caverna de la Metze, el molino de los Paganos (Haidemiil) la cascada Lichtenheim, el valle de Kirnitsch, y el hermoso manantial de Mauzbóru, llegué á Kustall, que es entre todos los lugares pintorescos de la Suiza en el que acostumbran á citarse la mayor parte de los viageros. El Kuhstall ó corral de vacas es una bóveda sumamente larga y que tiene unos sesenta pies de altura. En los costados de esta bóveda ha abierto un posadero algunos almacenes, de suerte que el viagero se sorprende agradablemente al encontrar en medio de aquel desierto mesas aderezadas y refrescos. En este sitio algunos se entretienen en escribir sus nombres en la piedra, otros en hacer resonar los ecos, y los mas en dar la última mano á sus dibujos. Casi todos los viageros que llegan aquí son ingleses ó alemanes, porque los habitantes del Mediodia no suben nunca hácia el Norte. Mas allá de Kustall se encuentran el agujero del Sastre y el del Cura, gruta desde donde la parte de los habitantes de Lichtenheim, que eran secretarios de Juan Hus, precipitaron en el siglo XV á su cura. Algo mas lejos ya no se ve en derredor mas que una inmensa multitud de rocas hacinadas, á las cuales designan con los nombres mas estraños. Por lo regular es pasa la noche en la posada del gran Witerberg y no lejos del Schuceberger Loch, que es el precipicio mas largo de toda aquella comarca. Hácia el Sudoeste, y acercándose á las fronteras de Bohemia, se encuentra un bosque de mirtos que conduce al valle del Prebischgrund, frente por frente á un monton de inmensas rocas. En este sitio está una de las maravillas de Suiza-Sajona, que es el Prebischthor, arco de peidras de cerca de 130 pies de altura, y al que se sube por una suave pendiente, y donde se goza de un espectáculo maravilloso. Pocas veces sucede que los viageros pasen mas allá de Prebischthor y lleguen á Tetschen, y Altadh, sobre todo cuando se tiene la idea de recorrer toda la parte de la Suiza-Sajona, que está á la ribera izquierda del Elva. Yo volví á Dresde por este lado, cuyos sitios mas notables son la colosal montaña de Scheeberg el Napoleonotein (piedra de Napoleon) célebre en Sajonia solamente porque el emperador en el año 1819 estuvo un instante sentado en aquella roca, el Kœnigstein (piedra del rey) cuya cima está coronada por la mejor fortaleza de Sajonia, la cascada de Laughennersdorf al estremo del valle de Zuwieset, las minas de plata, cobre y hierro, y finalmente el castillo de Sonnenberg y la ciudad de Pirna, que estaban á mi derecha hasta que pasa el rio.

Estas son las cosas mas notables que vi en los tres dias que estuve ausente.

ESPATRIACION DE CORIOLANO.

(Año 291 de la fundacion de Roma.)

I.

Coriolano fué un general de la república romana, valiente y afortunado, que derrotó completamente á los Volseos y les tomó por asalto á *Coriola*, su capital. Por esta victoria se le concedió la décima parte del botin; pero su desinterés le hizo rehusarla disponiendo que se repartiese entre los soldados, cuya noble accion le valió que conquistase el sobre-nombre de *Coriolano* tan conocido en la historia.—Era hombre severo y altivo, sin conocer jamás el miedo.

Roma, honrando el valor, formaba héroes; pero habia sin embargo, en su propio seno, un principio de insurreccion que hacia desconfiar de los mejores patricios.—Esta fué la causa principal de consentir el Senado en la creacion de unos tribunos que abogasen por el pueblo; tribunos á quienes despues *Marcio Coriolano* les juró un odio eterno, llamándoles el tósigo de la tranquilidad pública.

Por las disensiones interiores de la república se abandonó la agricultura, y no tardó mucho tiempo en sobrevenir un hambre tan espantosa que los pobres solo se alimentaban con yerbas y raices.—En situacion tan aflictiva, y para precaver que cundiese el mal, decretó el Senado fundar una nueva colonia desterrando cierto número de ciudadanos; pero estos preferian una garba de tierra en su patria á mil en el estrangero.

El interés del dinero en Roma, no bajaba en aquellas circunstancias del doce por ciento al año.—Si en el transcurso de dos años no podia pagar el deudor, se veia obligado á satisfacer los réditos del réditо principal; luego á vender el campo que habia hipotecado á la deuda, y en último resultado á entregarse á sus acreedores con su mujer y sus hijos, sometiéndose á los trabajos de los esclavos, cargados de cadenas y puestos en una prision húmeda y tenebrosa.

—Si no cumple la sentencia, decia la ley, si nadie responde de él, se lo llevará el acreedor, y le pondrá cadenas que pesen quince libras cuando mas: que el preso se mantenga á su costa, y si no tuviese para ello, que el acreedor le socorra á voluntad con una libra de harina.

Morir de hambre ó tomar prestado de los patricios (los senadores ricos) hipotecando su primera victoria, esta era la triste condicion de los plebeyos.

En tan lamentable estado se encontraba Roma en el año 291 de su

fundacion, con ochocientos mil habitantes, contando en ellos los libertos y los esclavos, sin tener pan para sus familias, cuando el hambriento pueblo, instigado por los tribunos, se preparaba á cometer los mayores escesos.—Llegaron los trigos que enviaban de Sicilia, y los que transportaron otros mercaderes, y al propio tiempo entró una espedicion victoriosa con el producto de sus correrías.

Al momento se reunió el Senado, y durante muchos dias, se debatió la cuestion de si se distribuirian al pueblo todas las provisiones, ó si se le dejaria morir de hambre hasta que se rindiese á discrecion, renunciando todas las concesiones, que por su retirada al monte sagrado, obligaron al Senado á concederle.

En la discusion se distinguió por su violencia uno de los senadores llamado por sobre-nombre *Coriolano*, de cuyas hazañas militares hemos hecho mérito ya.—Este general, que desconocia aquellas virtudes dulces y tranquilas, que insinuándose en los corazones, atraen la voluntad, se propuso irritar al pueblo con la ardiente oposicion que hizo á distribuir los granos gratuitamente á los pobres, prometiéndose con tan feliz coyuntura abolir el tribunado y anular los convenios del monte sagrado.

—Los plebeyos, gritó en alta voz Coriolano, nos han arrancado el perdon de sus deudas... debemos, pues, venderles el trigo al precio mayor que haya podido tener en los dias mas calamitosos del hambre; y á condicion de que en el instante mismo renuncien todas sus perrogativas en favor del Senado. Y si los tribunos, añadió, persisten en alterar el órden de la república, apelaré á medidas mas eficaces que las palabras para reprimir sus insolencias.

Esta declaracion fuerte de Coriolano enfureció á los tribunos, de tal manera, que arengaron al pueblo y dieron órden por sí y ante sí á los Ediles de conducir por fuerza á Marcio Coriolano al tribunal del pueblo constituido en la plaza pública; pero los demas senadores rechazaron á los Ediles á puñadas y las dos clases se reunieron en sesion permanente.

El tribuno Beluto pidió en el foro la muerte de Coriolano por haber insultado á los Ediles. El senado se asustó, acordando por último, no dejar morir de hambre al pueblo; pero no habiendo apaciguado el tumulto esta concesion, y observándo que la ciudad iba llenándose de campesinos que por todas partes llegaban al socorro de los ciudadanos, se decretó por el Senado que en las nonas de Abril, esto es, el dia 9 del mismo, se celebraria una asamblea estraordinaria para decidir: *si los plebeyos teman ó no derecho para juzgar á un senador.*

Tales eran los sucesos que habian causado tan grande agitacion en Roma, y tal el objeto de la sesion borrascosa é interesante por su antigüedad que vamos á describir.

II.

Desde los calendas de Abril, es decir, desde el dia 1.° del mismo, recorrian los *viatores* en todos sentidos los campos de Roma para noticiar á los senadores que debian concurrir á la ciudad el dia 9 del mismo; y el pregonero, ó sea la voz pública, anunciaba en el foro todas las mañanas, la hora, el lugar y el objeto de la asamblea.

Llegaron por último las nonas esperadas con tanta impaciencia. Mucho tiempo antes de oirse la hora del canto del gallo se reunieron los rústicos en bandas para entrar en Roma, y cuando salió el sol, ocupaba ya un inmenso gentio las cercanías de la curia consagrada por los augures, llamada *Hostilia*, en cuyo local se habia de reunir el senado.

Notábase una agitacion estraordinaria, con especialidad en los grupos de los ciudadanos, entre los cuales se encontraban á la sazon algunos de los magistrados populares conocidos por los tribunos y Ediles de la plebe.—Sus menores espresiones eran acogidas con avidez por las personas mas cercanas, y circulaban de boca en boca como palabra de órden.—Se descubria sin embargo, en las miradas de la multitud una espresion feroz y amenazadora, y por intervalos se alzaban del confuso tropel, hasta el monte de las Siete Colinas, gritos de venganza y de muerte. Gritos semejantes al ruido que producen las entrañas de la tierra cuando anuncia la próxima esplosion de un volcan.

Desde las siete de la mañana veíase á los senadores por las calles dirigirse á paso lento hácia la curia. Distinguíanse á lo lejos por su calzado negro y por los *laticlavi*, ó cintas anchas de púrpura de que se hallaban bordadas por delante sus blancas túnicas, para distinguirse de los plebeyos que no las llevaban, y de los caballeros que las usaban mas estrechas.—Se abrian los círculos de la multitud con respetuoso afan para darles paso, y saludaba con benévolas aclamaciones á aquellos cuyas opiniones conocidas le aseguraban un voto favorable á sus deseos. No faltó quien profiriera en diversos puntos, algunas palabras severas cuando pasaron los gefes principales del Senado; pero sin embargo, ninguna amenaza séria y personal, ningun esceso turbó durante la mañana la tranquilidad aparente que reinaba en las masas del pueblo.

Cerca ya de las ocho aguardaban sentados en profundo silencio mas de ciento cincuenta senadores que esperaban al cónsul que debia presidir la asamblea.—Se anunció por último su llegada con la aparicion de los *litores* á la puerta de la curia. Levantáronse todos los senadores por un movimiento simultáneo.—Marco Minucio Augurino, revestido con una magnífica toga de púrpura y seguido de los principales consulares, entró, y cruzando gravemente la asamblea, fué á ocupar su silla de marfil que se elevaba en la parte mas alta del recinto, sobresaliendo entre las demás sillas curules que la rodeaban, pronunciando en seguida el discurso de apertura que entonces se acostumbraba.

—Padres conscriptos, les dijo Minucio cuando se hubieron sentado los senadores: he consultado segun costumbre el oráculo, y ofrecido sacrificio á los dioses para saber si nos permitirán celebrar hoy la asamblea. Los augurios son favorables.—Hállase el cielo sereno y puro ¡reanimen sus esperanzas los buenos ciudadanos! Esta mañana se ha oido un cuervo á la derecha, y una corneja á la izquierda: no tardará en renacer la concordia, pues atravesó los aires una bandada de cigüeñas, y á uno de los augures se le ha vertido el vino que contenia su vaso, manchándole los vestidos.—No son los arúspices menos propicios que los augures. La víctima ha seguido voluntariamente al sacrificador, ha muerto del primer golpe, su corazon no palpitaba y se veía graso y abultado: las llamas de la hoguera han prendido con rapidez en sus restos, y los han consumido sin humo, sin color, sin olor; por último, el incienso que ardia sobre el altar esparcia un perfume grato en todo el templo.

¡Padres conscriptos! puesto que los dioses y los augures lo consienten, *abro la asamblea.*

Volviéndose despues á uno de los heraldos, que se hallaba de pié á muy corta distancia, le ordenó Minucio que empezase el nombramiento por lista de los senadores.

Apenas habia llamado el heraldo los diez primeros senadores inscriptos en el *Album*, cuando un espantoso tumulto que estalló á la parte de afuera vino á turbar inesperadamente el silencio. Lejano en un principio y débil, resonaba tristemente en el abovedado recinto aquel ruido, que parecia acercarse y aumentar por grados en razon de la distancia. Oíanse á la vez pasos rápidos y precipitados, voces que se respondian con amenazas, ruido de armas y gritos inarticulados mas terribles aun que las voces..... Habia callado el heraldo..... Pálidos, inmóviles y silenciosos, aunque graves y resignados, se miraban todos los senadores, como si quisiera cada cual descubrir en los ojos de su vecino lo que habia de acontecer... Los mas de ellos aguardaban la muerte.

Las olas del pueblo entretanto seguian agitadas, y se estrellaban impetuosamente contra las paredes esteriores del sagrado edificio, el cual temblaba con el choque. En este momento por una especie de instinto se dirigieron las miradas de todos á la puerta principal. Abrióse esta con estrépito, y un hombre de edad madura, el rostro animado, los cabellos esparcidos y los vestidos en desórden, seguido por unos veinte jóvenes, de quienes parecia ser el gefe, se precipitó en la asamblea y fué á colocarse á la izquierda del cónsul en uno de los asientos inmediatos á las sillas curules. Detuviéronse á la entrada los que con tanta animosidad lo habian perseguido, y luego se cerró la puerta..... Disminuyó por grados el ruido, y de allí á poco solo se oia el acento vacilante del heraldo continuando la lista, y afuera la voz de un tribuno que arengaba al pueblo.

El senador que acababa de entrar, y cuya llegada habia ocasionado tan gran tumulto, era un hombre como de treinta y cinco años, de alta estatura y constitucion atlética: sus negras y pobladas cejas le cubrian casi del todo los ojos, y su mirada era aterradora. Sus lábios, sobremanera encendidos, confirmaban la espresion casi bárbara de sus facciones; parecia en estremo irritado... Sin embargo, respondió al heraldo al nombre de Cayo Marcio Coriolano con una voz tranquila, aunque de acento algun tanto salvage.

Se terminó, pues, la lista; de 300 miembros que debian formar la asamblea, se hallaban presentes 287. Cinco senadores se escusaron por enfermedad, dos porque estaban ocupados en tributar los últimos deberes á un amigo. El anciano Anco Posthumio se habia hecho llevar al Senado á pesar de tener setenta y cinco años, no queriendo usar de la exension que por su edad le concedia la ley. Restaban aun 6 miembros ausentes, los cuales, por no alegar escusa lejítima, fueron condenados á pagar una multa, y el cónsul presidente les embargó sus bienes, segun costumbre, hasta el completo de la deuda.

En este estado la asamblea, fueron introducidos en el salon por órden del presidente los diez tribunos conducidos por Cayo Beluto. Los ediles quedaron á la puerta, desde cuyo punto podian oir las deliberaciones, aunque sin poder tomar parte en ellas, ni tener derecho de asistir á la asamblea. Reinaba dentro y fuera del recinto un profundo silencio, y Lucio, el primer tribuno que tuvo la palabra, alzó la voz lo suficiente para que le oyese el pueblo. Una hora duró su discurso. En él enumeró uno por uno los cargos que hacian á *Coriolano* los plebeyos, y despues de haber probado que semejantes crímenes merecian la muerte, sostuvo que el derecho de juzgar, pertenecia a

pueblo, alegando principalmente la ley valeria, cuyo testo decia: que cuando los plebeyos fuesen oprimidos por los patricios pudiesen apelar contra estos ante el tribunal del pueblo. Terminó conjurando á *Coriolano* á que abandonase la asamblea y fuese á implorar la clemencia, si en algo estimaba su vida.

Luego que concluyeron de hablar los otros tribunos en el mismo sentido, se levantó el cónsul presidente y dijo:

—Ya habeis oido á los tribunos, padres conscriptos, ya conoceis su peticion. ¿Qué deberá hacerse?.... A vuestra prudencia lo dejamos.

Volviéndose despues hácia su cólega, sentado por bajo de él en la primera silla curul, y á quien segun el reglamento del cuerpo debia consultar, aun antes que al príncipe del senado, ó sea magistrado mas antiguo.

—Cónsul Atratino, le preguntó, decid: ¿qué pensais, cuál es vuestra opinion? —En el senado romano nadie podia hablar sino era preguntado por el presidente.

—Creo, respondió Atratino levantándose, que es justa y fundada la pretension de los tribunos, y que conviene reconocerles el derecho de juzgar á un patricio.

Estas palabras, pronunciadas con voz tranquila, aunque enérgica, produjeron en la asamblea una impresion muy viva. —Los senadores jóvenes que rodeaban á *Coriolano* murmuraron agitándose en sus asientos; solo este se mantuvo impasible y lanzó una mirada amenazadora al cónsul, de quien era enemigo personal; en tanto que en el tropel que rodeaba la curia se levantaban numerosos gritos de alegria, prolongándose en muy poco tiempo hasta los estremos de la ciudad.

—Apio Claudio, dijo entonces el presidente; vos como magistrado mas antiguo y cuya esperiencia y sabiduría hubiera consultado antes si no se hubiese hallado presente mi cólega.... hablad, ¿cuál es vuestra opinion?

—Levantose Apio Claudio; pero en este momento se adelantaron en tropel los tribunos hácia el presidente y le declararon, que antes de votar tenian que prestar los senadores juramento como tales jueces. —«Si se nos rehusa lo que con tanto derecho exigimos, esclamó Lucio, nos retiraremos inmediatamente de la asamblea.»

A un incidente tan inesperado, y poco respetuoso por parte de los senadores se levantaron indignados y quebrantando el reglamento dirigieron vivas interpelaciones á los cónsules y á los tribunos. Cambiáronse de una y otra parte amenazadoras miradas; los jóvenes partidarios de *Coriolano*, sin poderse ya contener, se precipitaron en medio del salon para echar de él á los tribunos, y *Aulo-Sempronio* decia á los que le rodeaban que era necesario arrojar sus cadáveres al pueblo.... Pero de repente una voz sonora dominó el tumulto del senado. —Silencio, jóvenes, gritaba Aratino; silencio: y cada uno á su lugar. ¿Habeis olvidado que no teneis todavía derecho de hablar al senado sin ser preguntados?.... Recordad tambien, añadió el fogoso *Beluto*, que la persona de los tribunos es sagrada é inviolable, y que cualquiera que se atreva á poner la mano en un representante del pueblo se hace reo de de muerte.... Los que aquí nos envian, decia Lucio, saben muy bien que para juzgar á un patricio no necesitan de un senado-consulto.

—Llamad al órden, padres conscriptos, decian los heraldos, encargados por lo regular de la policia de la asamblea; pero su voz chillona se perdia en el tumulto. Todo era confusion y desórden.

—Venid, dijo entonces *Decio*, el mas jóven de los tribunos, dirigiéndose á sus cólegas; venid, franco está el camino del Monte sagrado.... Vamos con el pueblo á fundar una nueva ciudad fuera de los muros de Roma. ¿Cuál seria la suerte de los tiranos si los abandonasen sus súbditos: si el pueblo quiere desterrarse ¿quién lo contiene? ¿Quién cultivará las tierras de los patricios, quién defenderá sus propiedades, rechazará la invasion de los pueblos vecinos, quién ensanchará los límites del naciente estado? Ademas, ¿no podrá la plebe irritada obligar al Senado á que conceda lo que justamente pide?

Calmados los ánimos con este razonamiento, y conociendo el Senado las consecuencias de su obstinacion, levantose el presidente y dijo:

—Puesto que los tribunos del pueblo desconfian que los senadores falten á su conciencia si no prestan juramento, *Apio Claudio*, jurad por Júpiter que en la cuestion propuesta por los tribunos emitireis la opinion que os dicte vuestra conciencia.

Levantose Apio por segunda vez, y tomando en la mano derecha una china que le presentó el heraldo, dijo con fuerte acento: «Si falto á mi conciencia, que Júpiter me arroje de mis bienes como ahora arrojo yo de mi esta piedra.» La piedra lanzada por Apio saltando con lúgubre sonido por el enlosado del salon, se dirigió, como si fuese un desafío, á los pies de los tribunos victoriosos... En seguida pronunció Apio un largo discurso contra el pueblo.

La opinion de Apio encontró muchos partidarios, y se volvieron á agitar los ánimos, en términos, que los tribunos se miraban unos á otros con descontento. Ya habia dado la hora de las cuatro, y un amigo de *Coriolano*, que á la sazon hablaba, se detenia á propósito en digresiones interminables, pues no pudiendo decretarse ningun asunto despues de haberse puesto el sol, esperaba que tendria la asamblea que disolverse sin tomar determinacion alguna.

Sin embargo, el pueblo, que con mucha calma habia aguardado la decision del Senado desde la apertura de la sesion, empezaba á murmurar y á agitarse. —El tribuno *Beluto*, ausente por algunos instantes, entró en el salon é interrumpió al orador para anunciar al presidente que no respondia por mas tiempo de la tranquilidad..... Con efecto, en el instante resonaron á las inmediaciones de la curia nuevos gritos y amenazas; lanzáronse contra las puertas y las paredes innumerables palos y piedras, y entrando azorados los litores confirmaron los temores del tribuno.... acercábase el peligro.... No estaba en las atribuciones del presidente retirar la palabra á un senador; pero hizo una señal á los que le rodeaban, y al punto un violento murmullo ahogó la voz de *Sempronio* y tuvo que sentarse.

Terminóse, pues, la discusion: habíanse emitido diferentes opiniones y se habian propuesto varios arreglos. El cónsul presidente, usando de su derecho, puso á votacion únicamente la cuestion principal á la manera de votar que tenia el Senado romano.

—Padres conscriptos, dijo: los que de vosotros opinen que los plebeyos no tienen derecho para juzgar á un patricio, que permanezcan ó pasen á mi izquierda; y los que opinen lo contrario queden ó se trasladen á la derecha.

Atratino se levantó y pasó á la derecha del presidente, siguiéndole una mayoría notable de senadores.... En torno á *Coriolano* se agruparon sesenta miembros, cuando mas, entre los cuales habia muchos individuos que tenian derecho de votar, pero no de hablar.

—El Senado, dijo el presidente, ha resuelto que los plebeyos tienen el derecho de juzgar á un patricio, y al punto se vá á redactar dicha resolucion en forma de decreto.

A esta declaracion, pronunciada en voz alta, respondió afuera la multitud con gritos repetidos de alegría. —Coriolano con los ojos inflamados, pálidas las mejillas, cubiertos los lábios de sangre, no menos indignado por lo que él llamaba cobardía de sus cólegas, cuanto por las muestras de gozo de sus enemigos, se precipitó en medio de los tribunos y acercándose á *Beluto* con el brazo levantado, aunque sin herirle, gritó con terrible acento.... ¡quieres juzgarme, miserable! ¿Y de qué me acusas?

—De tiranía, respondió el tribuno, con la sangre fria mas provocadora.

—Bien está; si me acusais de tiranía, que se estienda el decreto; en este momento marcho á presentarme al tribunal del pueblo.

—No juzga el pueblo á sus enemigos, replicó Lucio, sin darles el tiempo y los medios necesarios para defenderse..... *Callo Marcio Coriolano*, en virtud del acuerdo que acaba de tomar el Senado, en virtud de los derechos del pueblo, este, por el órgano de sus tribunos, os cita para que comparezcais ante su tribunal en el tercer dia de mercado, es decir, de aquí á 27 dias.

—Iré, dijo Coriolano. —En seguida se retiró de la asamblea con los senadores jóvenes que le acompañaron á su entrada.

Habiendo conseguido el pueblo lo que deseaba, se dispersó al punto en todas direcciones, citándose los rústicos en el foro para el tercer dia de mercado.

El presidente anunció á los senadores que podian retirarse. Fueron saliendo uno á uno, asustados por la reciente victoria que acababan de conseguir los tribunos; solo quedaron unos veinte miembros deseosos de asistir á la redaccion del decreto. Terminado el decreto, fué puesto en manos del presidente, á quien correspondia su custodia en aquel tiempo; pero mas adelante, cuando supieron los tribunos que se alteraban las espresiones, hicieron mandar que todos los decretos del Senado fuesen en lo sucesivo depositados en el templo de Céres, bajo la inmediata custodia de los ediles de la plebe.

Era ya de noche, y la curia estaba desalojada; en las calles de Roma, silenciosas y desiertas, solo se oian los cantos lejanos de las bandas de rústicos que volvian á sus cabañas.

A los veinte y siete dias se presentó *Coriolano* ante el tribunal de pueblo para ser juzgado. Si la sesion del Senado fué borrascosa, no menos lo fué el juicio público. Los tribunos, que le miraban como el enemigo mas temible de aquella institucion popular, concitaron á las masas y se esforzaron en pedir su muerte precipitándole de la roca Tarpeya. Pero el acusado, que tambien tenia simpatías y amigos que le defendiesen, habló al pueblo con una energía y un valor tal, que probó que los tribunos eran una calamidad para la patria y el tósigo de la tranquilidad pública. Hubo momentos que vacilaron las masas, pero en último resultado salió condenado á destierro perpétuo.

Coriolano, viendo tan mal recompensados sus servicios con un destierro perpétuo de su patria por solo la animosidad de unos traficantes en palabras, como eran los tribunos, no escuchaba ya mas que la voz de la venganza. Se refugió á los volscos, nacion vecina y enemiga encarnizada de los romanos; les indujo á tomar las armas contra su patria, y puesto á la cabeza del ejército, entró en el territorio de Roma

sembrando por todas partes el terror y la desolacion. Llegó á las puertas de la ciudad y el pueblo arrepentido pedia á gritos la vuelta de *Coriolano*, pero el Senado se oponia. No obstante, como el peligro era cada dia mas inminente, se humilló el Senado hasta el caso de enviarle una diputacion que la recibió con frialdad. Igual suerte tuvo otra segunda diputacion compuesta de los sacerdotes, hasta que su madre *Veturia*, á la cabeza de las matronas romanas, fué á templar á un hijo furioso.

Mejor patricio *Coriolano*, que los tribunos que le habian condenado, sofocó en bien de su patria los sentimientos de venganza y orgullo que le dominaban. —Dijo por última contestacion á los ruegos cariñosos de su madre: *sálvese Roma, y piérdase vuestro hijo.* Volvió la espalda, y creyéndose burlados los volscos con esta retirada, le asesinaron en la marcha.

Una resolucion tan heróica, es decir, sacrificar la vida por la salvacion de la patria, renunciando al placer de la venganza, ha merecido la honra de que este noble asunto sea representado en el lienzo por los pinceles de *Julio Romano*, *Pinelli*, *Poussino* y otros artistas notables.

J. S. MILANÉS.



Doña Isabel Galindo (la latina) dando leccion á Isabel la Católica.

LA DESTRUCCION DE PATRIA.

(Tradiciones gaditanas.)

A un cuarto de legua distante del mar Océano, y entre las villas de Veger y de Conil (en otro tiempo llamada *Torre de Guzman* por ser posesion de los duques de Medina Sidonia) hay una cuesta llamada del *Justar*, nombre que indica haberse celebrado en aquel sitio *justas* y torneos.

En ella y en sus contornos no advierte á primera vista el viajero mas que los sembrados de un inmenso cortijo. Pero si adelanta sus pasos y sus investigaciones por la comarca, al punto hallará los cimientos de una antigua poblacion pequeña. Los lugares donde las calles y las plazas fueron, se encuentran señalados todavía por los restos de paredones, unos destruidos por la mano de los tiempos, y otros por la azada de los labradores.

El silencio y la soledad que reinan en su recinto, son magestuosos; los cuales de cuando en cuando se ven interrumpidos por la presencia de las aves, que pasan ligeramente sobre las ruinas, por el lejano ladrido de los perros, ó por el balar de las ovejas.

Los pocos viageros, aficionados á antigüedades que visiten estos sitios, creerán desde luego que las ruinas pertenecen á una poblacion del tiempo de los fenicios, cartagineses ó romanos. Traerán á la mente los recuerdos de Hanibal, de Scipion y de Julio César, y cuando menos, pensarán que en los contornos de la destruida villa se dió una sangrienta batalla entre los ejércitos de Roma y de Cartago, ó que los habitantes de aquel pueblecito, para no entregar sus vidas y haciendas á los insultos y á la ferocidad de los conquistadores, prendieron fuego á sus casas y se arrojaron en las llamas ó sobre las puntas de los aceros, siguiendo el ejemplo de Estepa, fiel y constante imitadora de Sagunto y de Numancia.

Pero los que tal piensen caerán en un gravísimo error, pues las ruinas no son de lugar cartaginés ó romano, sacrificado en las luchas de las dos repúblicas competidoras en el dominio del mundo. A causas amorosas debió la poblacion de que hablamos el orijen de su desdicha, y las contiendas entre moros y cristianos su destruccion por medio del hierro y del fuego.

El nombre de este lugar era el de Patria. En el reinado de don Juan II de Castilla, vivian en esta villa cien caballeros moros, los cuales acostumbraban salir á campear en tierra de cristianos sobre blancos caballos y vestidos con marlotas de granas. Cuando alcanzaban rica presa en sus espediciones, enviaban antes á Patria un mensagero para dar cuenta del feliz suceso. Alegrábanse los de la villa; y como obsequio al valor y celebridad de la victoria, preparaban por lo comun justas y torneos para en ellos lisonjear el orgullo de los vencedores y animarlos á mayores empresas.

Cierto dia el alcaide recibió aviso de que los cien caballeros habian

campeado en las tierras de Xerez de la Frontera, que habian combatido con algunos caballeros de esta ciudad, y que tornaban á su pueblo cargados de riquísimos despojos.

Tenia el alcaide una hija, hermosísima y llena de altivez y de recato: la cual solia presentarse pocas veces en parages públicos. Sin embargo de esto, su padre la instó á que por vez primera presidiese con él las justas, para manifestar á los caballeros que habia sido á los de Patria tan agradable su victoria que hasta la misma *Geloira* (tal nombre tenia la doncella) tomaba parte en sus contentos, y dejaba su retiro con el fin de dar novedad á la fiesta con su presencia.

La doncella no quiso á las primeras instancias de su padre ceder á una accion que no anhelaba; mas al fin se dejó vencer de sus ruegos, y honró las justas con presidirlas al lado del alcaide. Lo que en ellas pasó despues de la entrada de los caballeros moros está descrito en este romance que compuse al propósito:

ABENOZMIN Y GELOIRA.

En cien caballos que al cisne
en el color desafian,
y á tiempo que el sol hermoso
cayendo en los mares iba,
Cien caballeros valientes,
de los moros de *Patria*,
triunfantes de los cristianos
á sus casas se encaminan.
Allí, en lugar de descanso,
correr esperan sortijas,
y en cañas, toros y zambras
ver la pública alegría.
Marlotas de grana llevan
hermosas á maravilla,
y capellares bordados
de zafiros y amatistas.
Fuego sus lanzas despiden
y aceradas coracinas
y adargas y cimitarras,
del rayo del sol heridas:
No hay mejores caballeros
en toda la moreria,
ni mora que al verlos pueda
sin pena quedar con vida.
Pues aunque el honesto lábio
y los ojos no lo digan,
en vano callan, que el rostro
con el color lo publica.
Ya con alegres estruendos
su llegada solemnizan
las trompetas y atabales,
añafiles y vocinas;
Los ancianos y mugeres
y los niños de Patria,
por verlos llegar, ocupan
las almenas de la villa;
Y al descubrirlos de lejos
claman con gran vocería:
¡Alá guarde para siempre
á la flor de la milicia!
Llena, por gozar el pueblo
las fiestas de su venida,
los palenques y tablados,
ventanas y celosías.
Aben Jacob el alcaide
vá á la plaza con su hija,
á quien llaman los donceles
desdeñosa clavellina.
Cubierto con una toca
lleva el rostro Geloira,
porque no imagine el vulgo
que puede gozar su vista.
De pocos deja mirarse,
y esos son los que publican
su hermosura y gentileza
y su condicion esquiva.
El amor, temiendo acaso
perder joya tan lucida,
convertido en mariposa
dicen que le dijo un dia:
Oculta el hermoso rostro
á cuantos por tí suspiran;
que se busca mas la perla
cuando está mas escondida.
Arrancada de su huerto
la flor mas pura y mas linda,
del labrador en las manos
se deshoja y se marchita.
La mariposa tan solo
besar tus hojas consiga;
no abejas, que la fragancia
robar al fin solicitan.
El amor besarla quiso;
mas túvole el viento envidia,
y cubrió el hermoso rostro
con el velo de la niña.
Y ella los ojos alzando
las doradas nubes mira,
y vé que entre los celages
los rayos del sol aun brillan.
Desde entonces se recata
la preciosa Geloira,
y le enfadan los amores
como al triste la agonía.
Ir á las fiestas de cañas
le fué obligacion precisa,
que su padre así lo ordena
y era costumbre en la villa.
¡Nunca jugáran los moros
en la plaza de Patria;
que hay serpientes entre flores
como entre rosas espinas!
Entraron los caballeros
formados en dos cuadrillas,
y rodearon la plaza
por encontradas esquinas.
Diestros las cañas jugaron,
diestros corrieron sortijas,
y siempre con buen aliento
sin postrarse á la fatiga.
Ni el mas pequeño desaire
turbó tamaña alegría:
ni al vencedor ni al vencido
orgullo, quejas ó envidia.
Abenozmin *el Constante*,
adalid de la milicia,
fué el mas diestro en ambos juegos
y á quien el premio destinan.
Llega al trono del alcaide,
donde estaba con su hija,
quien tiembla al mirar al moro
que está á sus pies de rodillas,
Y le pone entre las manos
cimitarra damasquina
con un tahalí berberisco
de seda y de pedrería.
Tengas ventura en las lides
(dice al moro Geloira),
y tambien en los amores
la tengas, á decir iba;
Mas dentro de sí prosigue:
No la busques ni la pidas,
que hasta en mi pecho la logras.
¡Grande es sin duda tu dicha!
En esto el Amor levanta
el velo que la cubria,
diciendo al moro arrogante:
si tienes corazon, mira.
Mientras ella el dulce rostro
quiere ocultar, y no atina,
la honestidad una rosa
abrió en sus blancas mejillas.
Y aun pareció que sus ojos
decir entonces querian:
Triunfaste de mis desdenes:
tuya es ¡oh moro! mi vida.

Enamorado Abenozmin del hermoso rostro de la preciosa Geloira, comenzó á requerirla de amores, sobornando á un esclavo del alcaide. Ella, aunque desdeñosa é intratable hasta aquel punto, no pudo resistir á las ternezas del moro, y comenzó á responder agradablemente á sus tiernas querellas.

De parte á parte hubo finezas y regalos de un valor inestimable, y la cosa llegó al estremo de que ambos amantes se hablasen de noche en el jardin del alcaide, sin que pasasen sus amores los términos de la honestidad.

Pero la desdicha de los dos finos y constantes amadores, y tambien la pérdida de Patría, estaban cercanas. Una noche, al ir Abenozmin camino de la morada de Geloira, advirtió que un moro rondaba la casa, y que por las tapias del jardin un esclavo cristiano que tenía el alcaide le hablaba secretamente. La presencia del encubierto era de hombre principal, segun demostraban las ropas iluminadas por los rayos de la luna. Desde luego sospechó que aquel caballero debia ser otro amante favorecido de la ingrata mora: y sin mas averiguacion partió como un rayo en demanda de su rival.

Este, que lo vió venir, se puso en defensa, apercibiendo las armas que consigo llevaba. Pero hé aquí que en aquel momento volvia á su casa el alcaide acompañado de otros moros principales. Entonces fué necesario aplazar el duelo para ocasion mas oportuna.

—Dime tu nombre y el lugar donde me esperas mañana para recibir el castigo de tu osadía en poner los ojos en Geloira, dijo Abenozmin al encubierto.

—Y este le respondió:—me llamo Abdelcadir: soy moro de Ronda, y en ella te espero dentro de seis dias con tus amigos y parciales, para combatir uno á uno ó todos juntos.

Separáronse los dos antes que llegase el alcaide á aquel puesto. Geloira esperó en vano á su amado una y otra noche, no obstante que con una esclava le habia enviado quejas por su ingratitud y repentina ausencia.

Este al cabo se presentó ante ella á la hora del amanecer y á la puerta de sus jardines. Lo que pasó entre ellos se encuentra referido en el siguiente romance que tambien escribí al intento.

El valiente entre valientes,
el gallardo Abenozmin,
en los amores y guerras
mas que ninguno feliz,
A Geloira pregunta,
celoso de Abdelcadir:
«¿qué hiciste, ingrata señora,
del corazon que te dí?
Tus amorosas palabras
llevóse el viento sutil;
mal haya el amargo dia
que por mi mal las creí.
Por prendas de tu cariño,
despues de suspiros mil,
rubios cabellos me diste
que envidia el oro de Ofir.
Para otros serán cabellos,
mas no los son para mí;
sino víboras tan solo
que saben morder y herir.
Clavaste un harpon de plata
en este lazo turquí
porque siempre me dijera:
los celos serán tu fin.
En mi turbante pusiste
una pluma carmesí,
con que pudiera al alcázar
de mi desdicha subir.
Mi corbo alfange encerraste
dentro de un verde tahalí:
color de esperanza era;
pero solo de morir.
Tus amorosas palabras
en los vientos escribí,
porque el amor envidioso
en ellas no pueda huir.
Mas ¡ay! que tambien el aura
envidia tuvo de mí:
llevóselas, y otro moro
las vino á encontrar al fin.
Guarda estas negras memorias
para el fiero Abdelcadir,
y ¡ojalá que él te las vuelva
cual las recibes de mí!»
Con esto á la triste mora
deja el bravo Abenozmin;
pues lo llaman á la guerra
los sones del añafil.
Sobre una yegua cabalga,
mónstruo del Guadalquivir,
engendrada en sus arenas
por el céfiro sutil.
Con el dorado acicate
su hijar empezaba á herir
por tomar desde Patría
el camino de Conil.
Cuando quitó de su lanza
pendoncillo azul turquí,
que es el color de unos celos
que con su amor vió morir.
Mas Geloira en su rostro
apagó el vivo carmin;
y por mostrar su inocencia
al moro, le dijo así:
Si pretendes mis memorias
olvidar, Abenozmin,
cuando grabadas con fuego
en tus mejillas las ví,
Vete en paz, dueño del alma,
que en paz bien puedes ya ir;
mas no digas á otra mora
que la has hurtado de mí.

No hizo el moro caso de las quejas tiernísimas de la doncella, y tomó la via de Ronda, acompañado de los cien caballeros de Patría en demanda del arrogante Abdelcadir.

Llegó á Ronda é hizo diligencias para buscar al amante de Geloira; pero todas fueron inútiles. Cansado de sus investigaciones, se determinó á volver á Patria, resuelto á buscar en sus contornos al rival que tan inicuamente se habia burlado de su buena fé, y de la lealtad debida á un caballero por otro, pues el ser tal demostraban sus vestidos y su manera de manifestar los pensamientos.

En tanto la gente de Patría esperaba á toda hora la vuelta de sus caballeros. Una mañana avisó á la villa el guarda de la atalaya que tornaban por fin los moros. En efecto, á lo lejos se descubrian sus caballos blancos y sus marlotas de grana. El pueblo alborozado salió á recibirlos fuera de los muros en la cuesta del Justar; porque á la alegría de su vuelta se juntaba el ver que traian algunos cautivos.

No bien se acercaron los moros, partieron á galope sobre el indefenso pueblo; y á los gritos de *España*, *Santiago*, *y cierra, cierra*, comenzaron á herir y matar á la morisma. Entraron en las calles y plazas, sin perdonar la vida á los niños, á las mujeres, y á los ancianos. Todos perecieron á los filos de las lanzas y espadas de aquellos moros al parecer; pero cristianos en el hecho.

Estos eran caballeros jerezanos que habian salido de sus casas, encubiertos con vestidos y en caballos semejantes á los que usaban los de Patría que salian á campear por las tierras vecinas. El que los capitaneaba, era el fingido Abdelcadir. Este tal pertenecia á la nobleza jerezana, y se llamaba Diego Fernandez Herrera. Deseoso de destruir á la morisma de Patría, halló trazas de penetrar con un disfraz de moro en la villa, y de acuerdo con un cristiano esclavo del Alcaide, buscó la manera de hacer retirar á los guerreros para conseguir su propósito, encendiendo los celos del gallardo Abenozmin, y retándolo para batalla singular en la ciudad de Ronda.

Conseguida la victoria, sin que escapase moro de Patría, pusiéronse los cristianos en celada en la cuesta del Justar para dar sobre los caballeros que volvian á sus casas.

Agenos estos del insulto que habia esperimentado su villa, se acercaron á ella desapercibidos, y cuando se vieron entre enemigos, el espanto de un suceso tan inesperado, apenas les dió lugar para la defensa. Sin embargo, pelearon bravamente, y todos quedaron muertos ó mal heridos en la cuesta donde solian celebrar sus justas y torneos. De forma, que el lugar de sus alegrías fué tambien testigo de sus lastimosas muertes.

Los caballeros de Jerez, tras de recobrar sus despojos, y de adquirir otros en el saco de la villa, entregaron á las llamas á Patría y volvieron á sus casas ricos, así en joyas y vestidos, como en algunos esclavos de los pocos que pudieron salvar la vida en tan horrible matanza.

Patría quedó arruinada desde entonces sin que los moros cuidasan de reedificarla, ni menos los cristianos, despues que se hicieron señores de toda Andalucía.

ADOLFO DE CASTRO.

AFORISMOS.

—

LA HUMANIDAD.

¿Qué hace la humanidad? Aguarda á que sus hijos la conozcan y se junten con ella para hacer unidos como el todo con sus partes el camino de la vida. Los hijos no conocen todavía de cerca á su madre; por esto es hoy para los hombres la humanidad una idea, pero cuando penetre mas en ellos el calor de la madre comun, la ciencia y la historia humana se realizarán como una parte de la vida de Dios.—Los hijos de la humanidad no son los hombres uno á uno, sino el hombre en su familia, la familia en su pueblo, el pueblo en el pueblo de los pueblos, la tierra nuestra madre natural.

—

EL ESPÍRITU EN LA HISTORIA.

El espíritu y el reino del espíritu, es hoy en la humanidad como el borde claro en una nube oscura; pero está en la idea de la historia que la nube se rasgará algun dia. Tampoco la civilizacion ha penetrado hasta hoy mas adentro que á los bordes de la tierra; mirad la carta geográfica (las orillas del Mediterráneo y del Atlántico). Solo en estos lugares ha hecho historia seguida nuestra civilizacion: en los demás estremos, y hácia el cuerpo de la tierra, no ha sido hasta hoy mas que un hecho prematuro é interrumpido. (Ved el Egipto, la India, el antiguo Méjico). Reparad bien esto, y cesareis de pensar que la historia humana es vieja, antes comienza ahora su desarrollo despues de una larga germinacion.

—

LA PREGUNTA DEL SIGLO.

No hace muchos siglos preguntaba el hombre *¿me salvaré?* Hoy comienza á preguntar y á entender la pregunta: *¿se salvará nuestra humanidad?* Esta es la pregunta derecha, y la que encierra la nueva historia, porque salvándose nuestra Humanidad todos nos salvamos en ella y con ella en Dios. Ciertamente es esta pregunta el fruto de la historia pasada, y nosotros no debemos envanecernos porque la hacemos, pero podemos y debemos saber cuál es la señal de nuestro tiempo, y en qué está el progreso real del que no podemos retroceder.

—

EL TIEMPO.

El tiempo no puede esperar: si no lo cojemos nosotros, nos coje él á nosotros; pero si le ganamos, la mano encierra en sí tanta vida que con él podemos adelantarnos á la muerte.

JULIAN SANZ DEL RIO.

LOS DOS BRINDIS.

En una comida en que se hallaban algunos ingleses y franceses, se brindó «á las señoras.» Uno de los ingleses, lord B..., se levantó con una copa en la mano y dijo:

—Brindo por el bello sexo de los dos hemisferios.

—Y yo, dijo un francés, el marqués de La Vrilliere, brindo por los dos hemisferios del bello sexo.

AMENAZA DE UN ANDALUZ.

Un andaluz y un madrileño tuvieron una disputa, y los que les rodeaban consiguieron reconciliarlos.

—Se puede V. alegrar, dijo el andaluz á su adversario, de haberme cogido de buen humor, porque si me llego á enfadar de veras, le tiro á V. tan alto, que las moscas hubieran tenido tiempo de comerse su cuerpo antes de que bajara al suelo.

LA DISCRECION.

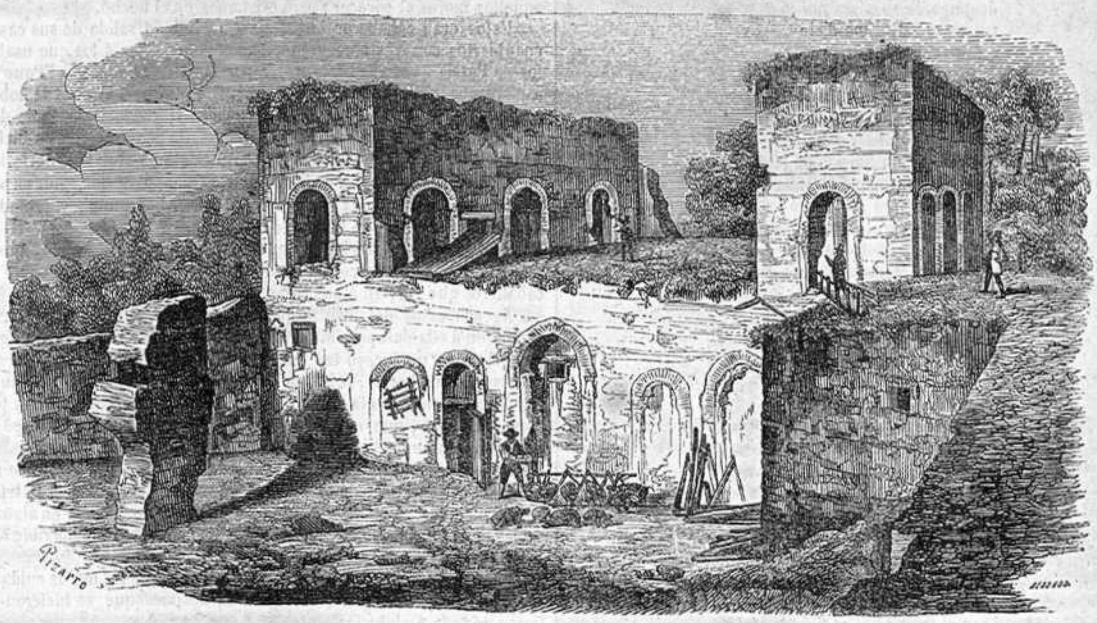
Un hombre poco discreto confió un secreto á un conocido suyo, y le encargó mucho que no se lo digera á nadie.

—Esté V. tranquilo, le dijo este, seré tan discreto como V.

LAS DESPAVILADERAS.

Un viejo solteron compró unas despaviladeras, y su ama de llaves le dijo que eran demasiado pequeñas, á lo que contestó muy formal el celibatario.

—Bastante grandes son para una persona sola.



(Tole lo.—Vista de las ruinas del palacio de Galiana desde el patio.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Capilla de S. Isidro, contigua á la parroquia de S. Andrés.)

RECUERDOS DE SAN ISIDRO LABRADOR,

PATRON DE MADRID.

La vida de este sencillo y modesto hijo de Madrid, cuyas eminentes virtudes y sólida piedad, aunque ejercidas en la humilde esfera de un pobre labrador, bastaron á elevarle entre los escogidos á los altares de la iglesia, y á colocarle entre sus paisanos en el rango privilegiado de Patrono y tutelar de la villa de Madrid, ha sido tantas veces trazada y comentada por los autores sagrados y profanos, y de tal modo está enlazada por los historiadores con los sucesos y tradiciones de la época de la restauracion de esta villa por las armas cristianas, que es indispensable conocerla y estudiarla para comprender en lo posible aquel período importantísimo y remoto de la vida de Madrid. En nuestra literatura histórica, no es este el único ejemplar de relacion inmediata entre las crónicas y relaciones mas ó menos apasionadas de mártires y santos, de célebres santuarios y monasterios y de imágenes aparecidas, y las vicisitudes, historia y marcha política de los pueblos, y las sociedades en que aquellos brillaron: por eso el historiador español deberá tener á la vista todos los documentos de esta especie (y que por desgracia, van desapareciendo) donde á vueltas de relaciones exageradas, de milagros apócrifos, y estilo afectado y campanudo, hallará datos preciosísimos, descripciones animadas y minuciosos detalles que esplican los sucesos, las tradiciones y la filosofía de la historia.

Tal sucede en nuestro Madrid con los muchos coronistas ó entusiastas panegíricos de las célebres imágenes de nuestra Señora de la Almudena, de Atocha, de la Soledad, y del Buen Suceso, la de Jesus Nazareno, y el Cristo del Desamparo, y tal igualmente con las relaciones de la vida de algunos de sus ilustres hijos colocados por la iglesia en el rango de los santos, y entre los cuales ocupa en nuestra memoria el mas distinguido puesto el humilde labrador á quien algunos apellidan *Isidro de Merlo y Quintana*.

Desde el códice casi contemporáneo del Santo, escrito á lo que parece por *Juan Diácono* á mediados del siglo XIII, que se conservaba en a iglesia de S. Andrés, y que fué primero publicado en Flandes por el Padre Daniel Papebroquio, y despues traducido del original latino y ámpliamente comentado por el padre Fr. Jaime Bleda, hasta as reñidas y eruditas disertaciones de los señores Rosell, Mondejar, Pellicer y otros en el siglo pasado, los hechos históricos y las relaciones milagrosas del glorioso S. Isidro han sido debatidos hasta una saciedad empalagosa, pero que prueba hasta la evidencia el carácter y virtudes altamente recomendables de aquel siervo de Dios, y la simpatía y devocion que aun en vida logró inspirar á sus compatriotas.

No es de este lugar el entrar ahora en tan intrincadas controversias históricas que han suscitado aquellos diligentes escritores, así como

los coronistas madrileños, los Pinelos, Dávilas, Quintanas y Baenas, sobre la autenticidad de las apariciones del piadoso labrador al rey D. Alfonso VIII en la batalla de las Navas, sus prodigiosos milagros durante su vida, ni los obrados por su intercesion despues de su dichosa muerte. Tampoco pretendemos enlazar su modesta historia con la de la restauracion de Madrid por D. Alonso VI en 1083 ni con la nueva acometida que hicieron los moros marroquíes al mando de Texufin y Alí en 1108. En la primera (ocurrida á lo que se cree en los mismos años del nacimiento del Santo labrador) estaria demas el atribuirle intervencion alguna; en la segunda, acaecida cuando pudiera tener 26 años, le consideraremos orando al Señor por la defensa de su pueblo como le vemos aun pintado en antiguos cuadros de muestras iglesias. Para nuestro objeto basta consignar aquí las rápidas noticias de su vida que se deducen de aquellos piadosos comentarios, diciendo, que pudo ser su nacimiento hácia 1082 y su muerte en 30 de noviembre de 117, sobre los 90 años de su edad: que hijo, segun se cree, de labradores, fué labrador él mismo, y sirvió entre otros á la ilustre familia de los Vargas, en cuyos caseríos de campo vivió el Santo largo tiempo: que trabajó tambien de obrero ó albañil, abriendo varios pozos, segun la tradicion que se conserva en diferentes sitios de esta villa: que toda su vida fué una série no interrumpida de actos de caridad, de oracion y de modestia, sobresaliendo entre todos ellos su profunda devocion á Nuestra Señora bajo los títulos ó advocaciones de la Almudena y de Atocha: que vivió algun tiempo en Torre-Laguna y allí casó con María de la Cabeza, que se cree natural de la aldea de Carraquid, y que tambien como su esposo alcanzó por sus virtudes la canonizacion de la iglesia; y que honrado en fin, durante su larga carrera, por un especial favor del cielo que le hacia aparecer como Santo entre sus piadosos contemporáneos, descansó en el Señor en una edad avanzada con sentimiento general de sus convecinos y admiradores, que desde el mismo instante de su muerte empezaron á tributarle con espontáneo entusiasmo el mas tierno culto y veneracion: y siendo muchos los milagros obrados por su intercesion, movieron á la santidad de Paulo V á acordar su beatificacion en 14 de febrero de 1619, y posteriormente á 12 de marzo de 1622 fué canonizado solemnemente por Gregorio XV, con cuyo motivo se celebraron grandes fiestas y regocijos.

Ademas de los documentos escritos, quedan en Madrid á pesar del transcurso de siete siglos, otros objetos materiales consagrados por la tradicion, de los sitios en que vivió nuestro Santo, y en que obró sus notables milagros, ó de los que ocupó su precioso cuerpo despues de su muerte: por último, queda este mismo venerando cadáver, entero, incorrupto, y resistente á la accion de los siglos, y á los argumentos de la incredulidad.

Entre los primeros, señalaremos tres modestos recintos, convertidos hoy en otras tantas pequeñas capillas dedicadas al Santo. Sea el primero el que se ve en la *casa de los Vargas* (hoy del Sr. Conde de Paredes y de Oñate) plazuela de S. Andrés, número 21. En esta antiquísima casa y al servicio de Iban de Vargas, tronco de aquella ilustre familia madrileña, es tradicion constante que vivió el labrador Isidro, y la capilla ocupa una pieza baja pequeña en que se supone ocurrió su gloriosa muerte. En ella se conserva una buena imágen del Santo de tamaño natural, y se le dá culto público el dia de su conmemoracion.

Otra capillita existe en el patio de la *casa del marqués de Villanueva de la Sagra* (calle del Almendro, número 6), y es conocida por *la cuadra*, donde la tradicion supone que guardaba el ganado el Santo doméstico de Iban de Vargas. Y otra en la *calle del Aguila número 1* en la misma casa de la sacramental de S. Andrés, donde se conserva una de las arcas en que se guardó en lo antiguo el cuerpo del Santo.

La tradicion tambien ha señalado hasta nuestros tiempos el paso del piadoso madrileño en otros sitios de esta villa y sus contornos, ya en lo que hoy es su calle mayor y entonces era estramuros de la puerta de Guadalajara, donde habia hasta hace pocos años un trozo de soportales llamados aun de *S. Isidro*, que se han derribado. Allí se encontraba un pozo milagroso abierto segun tradicion por el Santo, y otro en una casa de la calle de los Estudios contigua al colegio imperial. Tambien se señala generalmente el sitio que ocupa hoy á la orilla opuesta del Manzanares la famosa ermita que visita este dia toda la



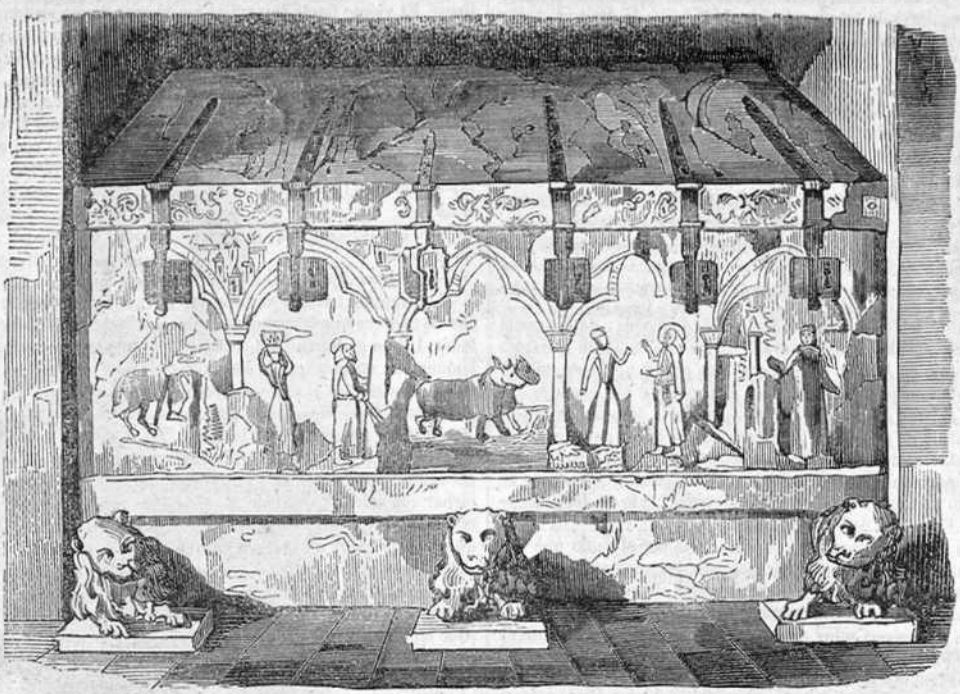
(San Isidro Labrador y Sta. María de la Cabeza, pinturas existentes en su antiguo sepulcro.)

poblacion de Madrid, por ser el mismo donde hizo brotar el Santo al impulso de su hijada la fuente milagrosa á cuyas aguas se atribuye gran virtud.

Todas estas son conjeturas tradicionales mas ó menos fundadas, aunque siempre respetables por su antiquísimo orígen; pero además de estas, existen otras aun mas lícitas de las varias colocaciones y vicisitudes del Santo cadáver que hoy es el objeto del culto y la veneracion del pueblo de Madrid.

Consta de aquellas historias y relaciones contemporáneas, y de las diligencias hechas para la canonizacion, que acaecida la muerte del Santo labrador como queda dicho en 1172, fué sepultado en el cementerio contiguo á la parroquia de San Andrés, en el mismo sitio en que aun se vé una reja y es hoy el suelo del presbiterio ó altar mayor de dicha Iglesia, por haberse esta agrandado posteriormente y dado diversa forma á su planta y distribucion. Unos cuarenta años parece que permaneció el cuerpo del santo en aquel sitio, hasta que en 1212, creciendo de dia en dia la devocion de los madrileños á su intervencion milagrosa, fué solemnemente exhumado y colocado en un sepulcro digno en la capilla mayor (que entonces estaba donde hoy los pies de la iglesia). Allí es donde segun varios coronistas y con mas ó menos probabilidad, le visitó el Rey D. Alonso VIII y declaró, en vista de las facciones conservadas del Santo, ser él el mismo milagroso pastor que se le habia aparecido y conducido su ejercito por las asperezas de Sierra Morena la víspera de la batalla de las Navas de Tolosa.

Atribúyese tambien al mismo monarca el origen del arca de madera, cubierta de cuero, en que se encerró el cuerpo del Santo, y que aun se conserva en el sitio mismo, aunque sumamente deteriorada, sobre unos leones de piedra y mostrando en sus frentes restos de las pinturas con que mandó adornarla el monarca, representando los milagros del Santo.—Este preciosísimo resto de venerable antigüedad escitó hace cuatro años el celo del gobierno y de la comision de Monumentos artísticos, para empeñar al ayuntamiento de Madrid á su conservacion y traslacion á sitio mas decoroso y resguardado de la humedad; y el que escribe estas líneas (como individuo de la corporacion muni-



(Antiguo sepulcro de S. Isidro en la parroquia de S. Andrés.)

cipal) en union del arquitecto de Madrid y de los Señores Zabaleta y Carderera de la comision de Monumentos, fueron encargados de llevar á ejecucion aquella idea. Reconocieron en su consecuencia los sitios y el arca; levantó el señor Pescador el plano de la nueva colocacion en la capilla propia del Santo en la misma iglesia; se proyectó tambien una restauracion bien entendida de las pinturas del arca y de los leones; pero despues se olvidó el asunto, y quedó en tal estado.

En aquella arca y capilla permaneció el Santo cuerpo hasta que el obispo D. Gutierre de Vargas Carbajal, construyó en 1535 la suntuosa que lleva su nombre contigua la parroquia de San Andrés, y le hizo trasladar á esta con gran solennidad; pero por discordias ocurridas entre los capellanes de ambas, solo permaneció en esta unos 24 años, hasta que se cerró y quedó independiente aquella capilla, con puerta á la calle y bajo el título de San Juan de Letran.

Vuelto el Santo á la parroquia al sitio en que antes estuvo, permaneció en él mas de un siglo, hasta que en 1669 se concluyó á costa del rey y de la villa la magnífica capilla bajo la advocacion del mismo San Isidro que hoy admiramos aun al lado del Evangelio de aquella iglesia Parroquial. En ella, y en su altar central, fué colocado el Santo cuerpo con una pompa estraordinaria el dia 15 de Mayo de aquel año de 1669: la descripcion de esta suntuosa capilla, ó mas bien templo primoroso, nos llevaria muy lejos de los límites á que por necesidad nos hemos impuesto en este artículo. Baste decir que en las dos piezas de que consta, cuadrada la primera y ochavada la segunda, apuraron sus autores Fr. Diego de Madrid, José de Villareal y Sebastian Herrera, todos los recursos de la mas rica arquitectura, mezclados con todos los caprichos del gusto plateresco de la época, y realzado el todo con bellas esculturas, bustos y relieves, magníficas pinturas de Rici y de Carreño, y una riqueza tal, en fin, en la materia y en la forma, que sin disputa puede asegurarse que es el objeto mas primoroso de su clase que encierra Madrid. Tardó la construcion de esta elegante obra unos doce años: empleáronse en ella 11.960,000 reales suministrados por el rey, por la villa y por los vireyes de Méjico y el Perú. Por último, diremos que en el magnífico altar ó retablo de mármoles que formado de cuatro frentes de columnas se levanta aislado en medio del ochavo ó pieza segunda, se conservó cien años el cuerpo de San Isidro, hasta que trasladado en 1769 de órden de Cárlos III á la Iglesia que fué del colegio imperial de los jesuitas, se puso en su lugar una estátua que hoy corona aquel monumento.

Anteriormente en 1620 el gremio de plateros de esta villa consagró al Santo en ocasion de su beatificacion, una urna primorosa de oro y plata y bronces, que aunque obra que adolece del mal gusto de la época, es de gran valor, como que solo la materia sin hechuras ascendió á 16,000 ducados, y dentro de esta urna está la interior de filigrana de plata sobre tela de raso de oro riquísimo que le dió la reina doña Mariana de Neoburg.—En ella reposa el Santo cuerpo, perfectamente conservado, incorrupto, amomiado y completo, pues solo le faltan tres dedos de los pies, y por lo que puede calcularse de su estension (que es mayor de dos varas) debió ser en vida de una estatura elevada. Cubrénle ricos paños guarnecidos de encage y renovados de tiempo en tiempo por la piedad de los reyes, en cuyas tribulaciones de nacimientos, enfermedades y muertes son conducidas las preciosas reliquias á los reales aposentos, ó espuestas con pompa á la pública veneracion; y á veces tambien, cuando las personas reales, deseosas de implorar la intercesion del

Santo, van á adorar su supulcro, la urna que contiene los preciosos restos es bajada á mano por los regidores de Madrid y colocada sobre una mesa en la sacristia mayor, donde á presencia del Señor Patriarca de las Indias, del vicario eclesiástico, el protector y clero de la capilla real, del Ayuntamiento de Madrid, el conde de Paredes, hoy de Oñate (que cuenta entre los timbres de su casa el descender del piadoso Iban de Vargas, amo de San Isidro), y de la congregacion de los plateros, con hachas verdes encendidas, van entregando todos las llaves que conservan respectivamente de la urna preciosa, y abierta esta y puesto de manifiesto el cadáver, le adoran los reyes, los prelados, corporaciones y demas circunstantes. —Tal ceremonia se verificó solemnemente el dia 4 de Marzo de 1847 con ocasion de visitar el cuerpo y cambiar los paños riquísimos que le cubren S. M. la reina madre doña María Cristina de Borbon, y que creemos no habia tenido lugar desde el reinado de Fernando el VI.—El patriarca de las Indias, hoy Cardenal Arzobispo de Toledo, levantó por sus manos los paños, incorporó y dió á adorar el precioso cadáver, y le volvió á colocar y envolver en una rica sabanilla de encages, cerrando despues la urna y dirigiendo á los circunstantes una breve y patética exhortacion; hecho lo cual fué de nuevo subida aquella por ocho regidores de representacion de la villa de Madrid, dueña del Santo cuerpo, y colocada en el sepulcro de mármol que descansa en el altar mayor sobre un trono de nubes.

R. DE M. R.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO V.

Camoens.

Alguno habrá leido la historia de Luis de Camoens: de ese poeta generoso y desgraciado, como Cervantes; de ese valiente guerrero que perdió un ojo en Africa, como Cervantes perdió un brazo en Lepanto, y á quien los portugueses, raza de ingratos, tan ingratos como nosotros, dejaron morir en la miseria para darle despues de muerto el irónico título de *príncipe!* Portugal, desheredado por Apolo, no tenia mas poetas antiguos que los anónimos del romancero, ni mas poetas contemporáneos en el siglo XVI que un español que escribia en portugués y un portugués que escribia en español, esto es: Jorge Montemayor y D. Francisco Saa de Miranda.

El primero gozaba de grande celebridad, mas por el ruido que hacian sus galantes aventuras, que por el de sus lánguidos versos; y el segundo debia toda su reputacion á la candidez de sus églogas. Los portugueses aman con locura la poesía pastoril, y D. Francismo llamaba *zagaleja* á la misma reina doña Catalina, la princesa mas digna de la córte de Felipe el Hermoso, y llamaba *zagal* al mismo rey don Juan III, el mas pulido de todos los reyes portugueses, y tambien el que habia llevado gorgueras mas altas y encanutadas.

¡Cielo santo, convertirse en zagales y danzar sobre el *mullido cesped* cuando Cárlos V no dejaba crecer la yerba de los campos bajo el caldeado casco de sus caballos de batalla! ¡Deleitarse con el *flebil sonido* del *rabel* y de la *flauta*, cuando sus cañones atronaban las selvas; dormitar *cabe el arroyuelo de blando murmullo* cuando estaba corriendo á *torrentes* la sangre europea, y recogerse en fin al *pacífico hogar* de la choza cuando la *inquisicion* estaba encendiendo sus hogueras con huesos humanos! ¡Justo Dios, escribir una égloga de *Nemoroso* donde *Salicio* invita á *Blas* á que cante los desdenes de una soñada pastora, que se habia de llamar *Dafne*, cuando Hernan Cortés conquistaba el mundo que habia descubierto Colon, cuando los esforzados portugueses estaban peleando en Africa y en la India; y quererse llamar poeta, solo le acontece á un clásico como D. Francisco Saa de Miranda!

Por eso nació Camoens: porque el siglo necesitaba de una epopeya; porque los grandes acontecimientos y los grandes poetas se producen al mismo tiempo; porque de nada servirian los héroes si no hubiese quien cantara sus proezas. Camoens habia nacido para cantar la Luisiada. Pero por lo mismo que era un poeta de primer órden no halló gracia con los cortesanos. Los cortesanos no protegian si no á los que valian muy poco; proteger á los que valian mucho hubiera sido una torpeza. Por lo que hace al rey D. Juan III creia de buena fé que D. Francisco era un gran poeta, y Camoens un aprendiz suyo.

Preciso es confesar que las damas ilustradas de entonces, al frente de las cuales se hallaba la infanta doña María, adivinaron mejor que el rey el mérito de Camoens, y se apresuraron á distinguirle, de manera que escitó bien pronto la rivalidad de todos los caballeros, y particularmente de aquellos que habian sido desairados por Catalina de Attaide, la venturosa dama á quien Camoens amó como Dante á Francesca. Era Catalina de Attaide sobrina del gran conde de Castanheira, poderoso valido de D. Juan, y uno de los que persiguieron á Camoens con mas encono. Por él estuvo desterrado en *Ribalejo* cuando apenas tenia 16 años; por él se vió precisado á huir dos veces á la India, y á él alude cuando se queja en aquellos tristes versos:

D'un enemigo cru, jurado, injusto,
Que jamais ó offendi, jamais!...

Su única ofensa fué el amar á su sobrina, cuya memoria sustentó el fuego de su ingenio hasta despues de muerta la dama á quien decia:

E vos, ó vida minha, pois curarme
ja nao podeis, deixame juntamente
porque membranzas taés posam deixarme.

Fatigado Camoens de las intrigas y de las calumnias que todos los dias se levantaban contra él, resolvió partir al dia siguiente de esta noche en que le hemos visto despedirse de los literatos en la academia de doña María: pero cuando salió de palacio empezaba en el mar una de las borrascas mas espantosas de que hay noticia en los fastos marítimos. El viento hacia retemblar los vidrios de las ventanas, y se oia como un terremoto el sordo mugir de las olas. El profeta de las aves, el Alcion, pasaba dando penetrantes alharidos, y á su voz multitud de águilas acudian desde la playa á guarecerse en las torres. Mas no obstante lo intempestivo de la hora, lo desapacible del viento, lo medroso de las sombras y el diluvio que amenazaba, una jóven permanecia bajo los árboles del jardin de palacio escuchando con ansiedad todos los ruidos que venian de la parte esterior de la verja.

—¡Dios mio! esclamó la dama oyendo tropezar una espada contra el hierro.

—No temas, vida mia, respondió Camoens saltando por la verja hácia el jardin.

—¡Ay Luis, qué terrible noche!

—¡Magnífica! vengo de la playa. El mar se ha convertido en altas sierras; parece que la máquina del mundo se vá á deshacer en tempestades. Lucha el *Bóreas* con el *Noto*, y rompe las cóncavas velas de los buques, de manera que es imposible navegar. Ambos polos están estremecidos con los rayos que fabrica *Vulcano* para que los vibre sobre nosotros el fiero *Tonante*.... mañana no saldrá la flota.

—¡Ah! ¿por qué te vas á la India?

—¡Por qué me voy! ¡porque tengo un enemigo que ha jurado mi perdicion! ¡porque es un poderoso valido y yo soy pobre y no puedo luchar con él!... ¡Qué he de hacer á tu lado mientras sea dueño de tus acciones ese que tú llamas deudo! No puedo ni cruzar tu calle, porque á todas horas me prepara sirvientes suyos que fingiéndose mis rivales me estorvan el paso y cada noche tengo una riña. Poco me importa acuchillarlos si no fuera por el escándalo que causan estas cuchilladas, cuyo origen averiguan los ociosos y pueden esponer tu fama. ¡Que me llamen cobarde, pero que no murmuren de tí!

—¡Y qué murmuran de mí!

—Pues si hubieran murmurado, Catalina, ¿tendrian ya lengua?

¡Estúpidos! prosiguió el poeta con una risa amarga: tienen riqueza y poder, y me aborrecen porque no consagro mi musa á elogiar sus nombres; ¿qué les he pedido yo para que quieran hacerme tributario de su vanidad?

—¡Ay, no te irrites!

—Sí, me irrito justamente: porque no puedo castigar sus injurias; porque los busco y se esconden; porque los desafio y me envian á sus esclavos; porque dicen que son nobles y son.....

—¡Silencio, Luis, silencio!

—¡Oh! ellos han amargado para siempre mi juventud; ellos han hecho brotar el ódio donde germinaba la amistad .. ¡Ay, cuánto he sufrido!

Camoens apoyó el brazo contra la verja, inclinó la cabeza sobre el pecho y se entregó á una de las grandes preocupaciones que le asaltaban siempre que estaba cerca de Catalina. Esta quiso consolarle, pero la rechazó. Las heridas que los cortesanos habian hecho á su alma se exasperaban en presencia de su amada. Por mas que Catalina lo recibia siempre con la misma ternura, Camoens se revestia de un tono altivo y hasta duro, temiendo parecer humillado.

Los epítetos de *coplista* y de *pobrete* estaban resonando contínuamente en sus oidos, y le devoraba el deseo de vengarse conquistando gloria y riquezas.

—¡No me amas! esclamó Catalina echándose á llorar.

A este acento, á estas lágrimas, Camoens se estremeció como si hubieran sacudido todos sus nervios á la vez. Puso su mano en la frente de Catalina para hacerla levantar la cabeza y ver sus lágrimas; pero como la oscuridad no lo permitia, golpeó con su planta el suelo y gritó:—¡Dios de las tormentas, mandadme luz, aunque sea la del rayo! Poco tardó en oirse en las nubes su loca invocacion, porque dos ó tres relámpagos seguidos vinieron á iluminar el rostro de Catalina.

—¡Oh, esclamó el poeta, qué hermosa eres! ¡No llores mas, contie nuó exaltándose por grados; no llores, porque te arrebataré conmigo y te espondré á los peligros del mar y te llevaré á la India! ¡No llores porque tus lágrimas me queman el corazon y no puedo sufrirme á mí mismo!

Al decir esto se oyó en el jardin hácia el lado de la fuente donde estaba la *Venus* un ruido que no parecia el del viento, sino el de una piedra que rodase. Catalina, espantada, se asió del brazo del caballero, y éste la llevó tras sí hasta un árbol, donde quedó escudada por un lado con el tronco, y por el otro con su persona.

El ruido cesó, y Catalina se despidió de Camoens; pero éste no quiso dejarla que atravesara sola la calle de árboles, y la fué acompañando hasta la fuente.

—Un momento no mas: detente aquí, dijo Camoens. Aquí me dijiste que me amabas, y mas allá, junto á aquel sauce, besé yo el manto que te cubria la mitad del rostro... ¡Ah! ¡dame otro recuerdo! ¡permíteme que bese tu mano!

La dama consintió, y Camoens se retiraba embriagado de dicha, cuando una luz vivísima iluminó de pronto el jardin.

El conde de Castanheira, precedido de pajes que llevaban hachas encendidas, se aproximó al poeta y le intimó con voz terrible que huyese del jardin. Catalina se echó á los pies del conde, quien la condujo silenciosamente á su departamento, donde empezó á reconvenirla con acritud y violencia, pero en voz baja.



(Luis de Camoens.)

—¡Señor! esclamó Catalina; traspasadme el corazon con vuestra espada, pero no me mandeis olvidarle.

—¡Qué esperas, desgraciada! replicó el conde; ¡qué esperas de él si no pobreza, infortunio!

—¡Señor, le amo!

Cuando consideramos la abnegacion de algunas mujeres para amar á ciertos poetas, como Laura aceptando el amor del Petrarca con mengua acaso de su claro honor; á Eleonora arrostrando el enojo del de Ferrara por consolar al Tasso, y á Catalina de Attaide sufriendo todos los rigores de la mala suerte de Camoens, estamos á punto de creer que estas mujeres han traido al mundo la mision de amar á esos poetas para sostener su aliento y hacerles mas suave el camino de la gloria.

Pero el conde de Castanheira estaba muy lejos de pensar como nosotros que su sobrina habia nacido para inspirar á Camoens, y si lo pensaba daba tan poca importancia á sus inspiraciones, que de buen grado hubiera quemado todos sus versos. Lejos de enternecerse con la última palabra de Catalina *¡señor, le amo!*, la abrumó con duras reconvenciones, y salió cerrando tras sí la puerta.

Camoens entretanto volvió á saltar la verja del jardin, y se halló frente á frente con un embozado que la acababa tambien de saltar.

—¡Vive el cielo, gritó Camoens, que habeis saltado la verja!

—Sí, replicó el desconocido, lo mismo que vos.

—¿Qué motivo os ha obligado á ello?

—¿Y á vos?

—Responded antes de preguntar.

—No preguntes lo que no quiero decir.

—Pues si no quereis responder con la lengua, responded con la espada.

—La hubiérais interrogado desde luego y ahorráramos las palabras.

Desembozóse el desconocido y dejó caer en el suelo un objeto pesado que no se podia distinguir con la oscuridad.

—Retirémonos algo mas lejos del jardin, dijo Camoens.

—No puedo separarme de este sitio, replicó su adversario, porque tengo aquí un objeto precioso.

—¡Pues defendeos!

—¡Defendeos vos!

Las espadas de los dos comenzaron entre las sombras á chocarse sin herir el cuerpo de ninguno, hasta que Camoens, aprovechando la luz de un relámpago, la clavó en el pecho del desconocido, haciendo estallar la punta al retirarla.

Resonó un gemido y un golpe de cuerpo que se desploma, y Camoens, persuadido de que lo habia muerto y de que era un servidor del conde que, como otros tantos, fué enviado á provocarle, guardó tranquilamente la espada rota, dió la vuelta alrededor de los jardines, y desapareció por las calles de Lisboa.

Los pajes del conde habian seguido por órden de éste al atrevido amante cuando se disponia á salir del jardin, y oyendo del lado allá de la verja quejidos dolorosos, la saltó uno de ellos, mientras los otros alumbraban, y vió á un caballero tendido junto á la cabeza de una estátua de marmol salpicada con la sangre que brotaba de su pecho.

El caballero estaba vestido de terciopelo negro y tenia al pecho una insignia.

Mientras que en palacio se daba cuenta del suceso ocurrido, y se trasladaba al herido á su aposento, el conde de Castanheira hacia firmar al rey una órden de prision contra Luis de Camoens.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

LOS MANOLOS DE MADRID.

Una clase de pueblo de Madrid forma el tipo mas distintivo de los demas de España y se conoce vulgarmente por la *Manoleria*. Esta gente, que podemos calcular en la sesta parte de vecindario, tiene costumbres especiales y forma diferentes categorías. No diremos si su denominacion proviene de los primeros que se introdujeron en Madrid, ni si su raza es oriunda de Andalucía, ni si su orígen tropieza con la dominacion goda, ni si vinieron como ganado trashumante con las córtes de Búrgos y Valladolid en que pretenden haber ya sido conocidos, sin embargo de que algo pudiéramos vislumbrar atendiendo á sus trages y costumbres. Fué siempre su principal residencia el barrio de Lavapies, en el cual han logrado una nombradia casi europea; calles enteras están bajo su completa dominacion; y no cabiendo en él fuéronse estendiendo por los barrios bajos de Embajadores, Rastro y Vistillas. Tambien invadieron parte del moderno Madrid por los de Maravillas y Guardias de Corps, pero nunca tuvieron en estos tanto séquito como en aquellos. Sus oficios mas favoritos son revendedores de frutas, zapateros, caleseros, taberneros, cerrageros, jalmeros, carniceros y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, para cuyo tráfico constituian los gremios de traperos, chisperos y otros célebres en las funciones reales, de que forman parte integrante con sus parejas y danzas privativas, sus carros y arcos triunfales. Su lenguage, ya que no pueda ser otro que el comun de Madrid, ha admitido modificaciones, unas veces suaves y otras harto ásperas y recalcadas, pero que no llegan á constituir dialecto particular. Su trage en los hombres es chaquetita estrecha y corta con multitud de botoncitos, chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero, camisa limpia y blanca, su cuello doblado, pañuelito de color asido por una sortija al pecho, y colgando las puntas por dentro del chaleco, faja de seda encarnada ó amarilla, pantalon ancho y largo, media blanca y zapato ajustado. Un sombrerito calañés que algunos le sustituyen con redondo de copa y ala pequeña que solo cubra la mitad del cráneo, y una varita en la mano, completan el trage de nuestro *Manolo*. En su estado natural participa de la afabilidad cortesana; en sus tratos es brusco,

aunque condescendiente; cuando se exaspera es temible; y en sus diversiones y placeres solo puede entendérselas con los de su clase. No es fácil definir con exactitud su carácter, porque participa de la viveza violenta del valenciano, de la jactancia andaluza, de la cachaza gallega y de la seriedad castellana.

El conjunto de la *Manola* es agraciado, tiene atractivo á primera vista, pero en su trato, asi como ellos, solo puede habérselas con los suyos. Choca á los forasteros su vestido corto, entallado alto y adornado con dos ó tres ondulantes guarniciones que con su privativo *meneo* van esparciendo el aire de la atmósfera entre los circunstantes, la media calada, el zapato de seda, la mantilla que se duda si son galones unidos de terciopelo, que cruzan por debajo del brazo izquierdo, peine alto y ladeado en el centro de un canastillo de ancha trenza y pendientes largos, forman el complemento de tan esbelto trage, pudiendo apropiar á algunas, una pintura parecida á la de Alzaibar:

Entre tanto Pepita la salada
aderezaba su gentil figura
con saya corta, pero bien cortada,
monillo verde de graciosa hechura,
zapato de color, media calada,
cinta en el moño, moño en la cintura;
y en el cuello una cruz de Caravaca
que la supo tener por toma y daca.

En los cajones de las plazuelas, en la fábrica de cigarros, y en la carrera de San Gerónimo pueden á distintas horas verse modelos mas ó menos dignos de esta raza madrideña. Son mas adustas que ellos, mas interesadas, de peores costumbres, aunque no tan holgazanas. El tráfico de verduras y frutas, de rábanos, de naranjas, de nueces, castañas, y de amores, es su ocupacion privilegiada.

Son, empero, unos y otras el ornamento de Madrid: ¿qué seria una funcion de toros, sin la griteria de los *Manolos*, sin la incitacion de sus hermanas, hijas y mugeres, y sin las frecuentes riñas y aun navajadas que suelen mezclarse? ¿qué serian los Chamberís y Carabancheles sin sus grupos, danzas y calesines? ¿qué serian la cazuela ó paraiso, y el patio de los teatros sin la amenidad de sus dichos, sus meriendas y aun sus.....? ¿qué serian los volatines y circos sin su encajonamiento en las gradas, desde donde reparten las cáscaras de naranjas, nueces y castañas? ¿qué seria sin ellos de esas calesas y coches de colleras que pueblan las mejores plazas y que son sus privilegiados carruages? Sí; porque gracias á la Manoleria conservamos felizmente esos veleros calesines cuya antigüedad quiere representar su figura gótica, cara mitad de aquellos coches que aun conservan obispos y notabilidades de campanario que podriamos mejor llamar calesines abrazados á los cuales cuadraban perfectamente los adornos de colleras de casi el mismo orígen y antigüedad, y que nuestros modernos caleseros siguen amalgamando con sus bonitos carruages del dia. ¿No forma contraste una carretela de Paris tirada por mulas enjaezadas á la edad media y guiadas por un calesero á la antigua á quien solo falta la capita de sus abuelos?

Los *Manolos* son la clase mas constante en la conservacion y defensa de su traje, usos y costumbres; y á esto añaden su perenne ódio á las innovaciones de la moda. ¿Y qué estraño es, cuando ven la rareza, volubilidad y estrangerismo de esta? ¿Cuando los mas *diletanti* la abandonan para escoger su trage en funciones de toros, máscaras y de campo? ¿Cuando personas elevadas se han holgado y huelgan en hacer público alarde de su trage? De ese ódio á las modas ha provenido sin duda la facilidad que tienen de significar por algunas prendas de vestir la propension de los demas á partidos ó clases; hablen en nuestro nombre las galgas, las botas de campana, las trabillas, los pendientes de colores, los jaiques que á su vez han ido siendo objeto de su anatema.

Los Manolos en las crisis públicas han sido valientes y tozudos; constantes en la opinion que con mas ó menos acierto llegaron una vez á formar, la han sostenido hasta el estremo por cuantos medios alcanzan lícitos, ilícitos ó violentos.

Aunque la navaja fué siempre, al menos en los jóvenes, instrumento muy comun, no habia llegado á generalizarse hasta el siglo actual en términos de ser ya una prenda de su vestuario, ni menos se habia jamás tolerado llevarlas de las dimensiones que ahora usan, hasta el punto de aprender su manejo y hacer gala de él. ¡Tal es la desmoralizacion pública y el abandono del gobierno! Por estos escesos, por lo temibles que son en las revueltas, y por la costumbre de llevar algunos la chaqueta al hombro en el verano, se los suele distinguir con el burlesco título de *húsares de infantería*.

Entre los *Manolos* hay tambien diversidad de categorías; un Manolo, empero, jamás pierde su orígen, su lenguaje, su trage, ni sus costumbres. Ora se halle de zapatero remendon en un vetusto y húmedo portal del Ave-María, ora se haya elevado á la clase de fabricante ó almacenista de calzado en una magnífica tienda de la calle de la Montera, ora viviendo en un cuarto principal de la del Barquillo con coche de colleras y hacienda en Alcorcon, sea el empresario de calzado del ejército, siempre el Manolo ama su chaqueta, faja, cuello suelto y varita. Mas en su obsequio debemos recordar que cuando vienen á fortuna, son espléndidos, y que el que de ellos sobresale en ingenio es como el gallego que descuella. En nuestra época hemos conocido *Manolos* industriosos, acaudalados y que por distintos conceptos merecian nombradía, hasta ocupar en canciones populares igual lugar que caudillos y hombres célebres.

La *Manola* es una joya de Madrid que merece exámen particular. Criada libremente entre las preocupaciones de la escuela y la licencia de sus padres, se forma á la naturaleza, y antes de que ésta obre se vé espuesta á los azares de las pasiones sin rienda que la contenga ni freno que la dirija. Ribeteadora, costurera, cigarrera, lavandera, naranjera, frutera ó rabanera, luce su donaire y se dá ya á conocer en la córte de los dos mundos. La que sale honrada es una muralla capaz de defenderse á todo trance; empero la que es débil, principia por admitir favores de sus compañeros, y acaba por aborrecerlos y despreciarlos, prefiriendo á los señores. Necesario es, sin embargo, deshacer una equivocacion vulgar; con facilidad se dá el nombre de *Manolas* á las mujeres de cierta vida, y ha de notarse que las mas no pertenecen á esta clase originariamente, aunque tomen su trage, y fácil es convencerse de ello por ser las mas de otras provincias.

Las *Manolas* cuya buena conducta las lleva al santo estado del matrimonio, suelen ser modelo de trabajos y de sufrimientos. Por el Prado, por las calles, por las plazas de Oriente, del Progreso y de Santa Ana, las vemos diariamente cruzar al medio dia con la cesta en el brazo izquierdo, un chiquillo en el derecho, otro agarrado á su falda y otro delante, á llevar la comida del marido á su obra, y estendiendo su tornasolada servilleta sobre una piedra, rodear todos alguna fuente de menestra, judías ó cocido, y con un gajo de uvas ó pedazo de queso tumbarse en seguida á dar al cuerpo el necesario descanso digestivo.

¡Dichosa la que no tiene que temer la violenta alegría que los sábados causa al marido la cobranza del jornal de la semana, celebrada siempre en el templo de Baco! ¡Dichosa la que no tiene que compartir con alguna compañera la mitad y sus efectos que esclusivamente la pertenecieran! ¡Dichosa la que no envidiando á otras se contenta solo con lo que la ha tocado! ¡Y desgraciada la vecindad en cuyos cuartos bajos ó bohardillas llega á anidarse una de estas familias, porque siendo su instinto la popularidad, hacen participar á los vecinos de sus conversaciones, alegrías, jaranas, riñas y palizas!

A otras *Manolas* está destinada suerte airosa, ya de poste ambulante de alguna esquina, ya de centinela como sirena empollada en su cajon á la puerta de una taberna, ya de regenta de puesto en el mercado. Sirven de consultoras al público de criadas, paletos y haraganes; disfrutan de sus libaciones en los fígones comarcanos; llaman á los compradores con su llena y sonora voz que viene á parar con la edad en ronca y aguardientosa: y en fin, aunque espuestas continuamente á la intemperie, esparcen la alegría, la algazara y aun la alarma por toda la poblacion. ¿A quién no parecerán animados los cuadros que hasta media mañana presentan las plazuelas del Cármen, San Miguel, San Ildefonso y demas? ¿Quién no echará de menos por su silencio y tristeza la cercania de una castañera que vivifica sus contornos?

Todavía hay otras *Manolas* mas lucrativamente empleadas como enganche de los libadores.

—«Ola, tio Roña, dice Alifonsa al paleto que le revendia pepitoria de Leganés: ¡ola! ¿quiere V. que le convide?» le dice al pasar por el umbral de la taberna en que ejerce su digno cargo. El paleto, por el bien parecer, por conservar la parroquiana, y por tener un rato de conversacion, dicho y hecho: entra al mostrador, pide dos copas para cada uno, bébese la suya y no repara en que la amiga solo quita la coronilla á su copa (que ella diria con otra frase mas significativa), y echa el resto sobre el argenteado y plomizo forro del mostrador, que pronto lo destila para volver á servir, y á incitacion de Alifonsa repiten la operacion, despidiéndose despues. El tabernero ha ganado el precio de tres copas en lugar de una, con mas las dos de Alifonsa que mañosamente le ha devuelto, y reparte con ésta su ganancia, repitiéndose tan doble escena muchas veces, siendo así la multiplicadora del capital tabernario. ¡Cuánto mas se le hubiera ofrecido decir con los adelantos modernos al sevillano Baltasar de Alcázar, al definir así los templos de Baco!

Si es ó no invencion moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delicada fué
la invencion de la taberna;
porque llego allá sediento,
pido vino de lo nuevo,

midenlo, dánmelo, bebo,
págolo y voime contento.

Difícilmente será mas loada esta invencion que en la coronada villa y córte de Madrid, y por nadie mas que por su Manoleria de ambos sexos, que pueblan los almacenes, depósitos de vino, tabernas y figones, reduciéndose fácilmente al estado de payasos y bailarines, que por fortuna no suelen causar mas efecto que divertir á la plebe y destruir su salud. ¡Cuánta parte tiene en este triste estado la inercia del gobierno, la escesiva tolerancia del vecindario, y aun el trascendental egemplo de otras clases!

Si volvemos nuestra vista á las *Manolas señoras*, que tambien las hay, así como *señoras Manolas*, ¿cuánta será nuestra admiracion al mirarlas diariamente con collares, arracadas y vestidos que esceden á lo que una señora de clase usara en clásicos dias? ¿No nos ha sucedido fijar la atencion en alguna que en el centro de un cajon de carne, tintas en sangre sus manos, ostenta riquísimas sortijas, y un precioso aderezo en su cuello? ¿No descubrimos al cruzar los umbrales de alguna taberna la matrona que midiendo los medios chicos hace relumbrar sus brillantes y diamantes á manera de las *limonadieres* de Paris? ¿No sobresalen en las gradas y tendidos las arracadas de las que miran á sangre fria lidiar con la fiera á sus amantes ó maridos, y animarles á embestirla?

No mancharemos el papel con referir otra clase mas ínfima de mujeres, que aunque acompañadas de otras muchas que no las pertenecen, reciben todas el título de *Manolas*; y si bien algunas conservan las costumbres de estas, infinitas otras son la escoria, hediondez y miseria que siembran el escándalo y las enfermedades por toda la poblacion. Ninguna capital presenta cuadro mas indecoroso que esta córte, admirando la tolerancia de las autoridades, que se contentan de vez en cuando con una leva femenil que parece sirve para reproducirlas, y en que no queda otro consuelo que el de soler ser forasteras la mayor parte de las recogidas. Hasta este remedio suele producir escándalo por sus modos de hacerse y por las vejaciones y socaliñas que se las hace sufrir.

Los Manolos marcan las estaciones, el horario y festividades de Madrid. Al oir pregonar los rábanos, las naranjas, la fresa, el agua de las cabeceras, las nueces, avellanas y castañas, comprendemos la estacion que llega; la salida de los *Manolos* con buñuelos y café nos anuncia haber la aurora estendido su manto sobre los mortales; la de frutas y verduras por las calles, ser la hora avanzada en que acabó el mercado; su retirada, la general de comer; la de las nueces, barquillos y castañas, la hora vespertina de paseo; la de los traperos las últimas de la noche, y la de los poceros la posesion en que esta se halla de su obscuro y tenebroso sólio. ¿Y qué forastero dejará de conocer la preparacion de las verbenas de S. Juan y S. Pedro por las mesas para figuras y santos, y los cestos para flores en las plazas de la Constitucion, de Santa Cruz y Progreso, y á la noche por los bollos, licores y café del salon del Prado? ¿Quién dudará que los dias del Cármen, del Angel, S. Blas y S. Isidro se celebra una festividad alrededor de sus santuarios? ¿Quién desconocerá los dias de fiesta por el bullicio de las comidas campestres, cánticos y bailes de la pradera del Canal y ribera del Manzanares? Pero donde se marca la existencia y carácter de la *Manoleria* es en su entierro de la sardina del miércoles de Ceniza, funcion en que hace el principal y casi esclusivo papel, y que es exacta imitacion de las bacanales y orgías de los antiguos, y que desde este año ha adquirido celebridad, esponiendo á las autoridades á una crisis que pudo haber sido ministerial.

Hasta los hijos de los Manolos contribuyen al movimiento madrileño. No habrá calle que no se halle plagada de chicos echados de la bohardilla ó sótano, hasta el retorno de su madre, apedreándose unos á otros, y á lo mas con la única ocupacion de cuidar los polluelos ó los pabos que se mantienen á costa de los vecinos ó con el producto de la basura pública.

Los mas pobres, desde ocho á diez años traen diariamente espuertas de greda para limpiar, ó venden barquillos, bollos, buñuelos y varios objetos; y generalmente se nota que antes de la edad en que otros pueblos acostumbran, empiezan los *Manolos* á hacerlos trabajar; los mas acomodados ayudan á sus padres en la venta de los mercados y se ven muchos de ambos sexos en las fábricas. Ahora recibirán ya diferente educacion en las escuelas de párbulos que acabará por moralizar esta clase de pueblo que tanto lo necesita, y que es la que menos concurre hasta ahora á aquellas escuelas.

Aunque siempre el Lavapies estuvo en oposicion con los cultos modales de la córte, conservaba los suyos sin trascender su mal ejemplo á las demas clases, hasta el siglo actual en que por el desbordamiento general de las pasiones han llegado sus escesos, especialmente en la mayor parte de las mujeres, á hacer intolerable su compañía. Es verdad que como todo mal tiene su contrapeso, las instituciones populares han hecho que apostaten muchos de la *manoleria* vistiendo el frac ó levita que es la señal característica de su defeccion; y produciendo el contrario efecto, la afluencia de forasteros y decadencia de otros, han hecho que se mezclen entre aquellos, tomando sus costumbres y usos infinitos que nunca les han pertenecido, de modo que va quedando adulterada aquella antigua clase de pueblo que vendrá á confundirse en el resto de Madrid como las arenas en el mar.

Necesario es que deshagamos aquí dos errores en que han incurrido escritores apreciables: el primero suponiendo que la clase de pueblo, comprendida bajo la denominacion de *Manolos*, forma el tipo característico de los hijos de Madrid, y el segundo que esta clase está solamente restringida á la multitud que se ve escandalosamente infestar nuestras calles y plazuelas. Para deshacer el primer error basta considerar que si bien como en todas partes esta clase de pueblo es la que mas se deja ver, no guarda ninguna proporcion con la clase media y la alta de madrileños, ni estos son tan afeminados como se les supone; los que en la corte afectan costumbres estrangeras, los mas intolerantes entusiastas de las modas, los que desdeñan los usos patrios, los superficial y falazmente omniscios, los de educacion asaz regalada y embebidos en las seducciones cortesanas, serán una corta porcion de cierta esfera: pero la generalidad compuesta de la clase media, son laboriosos, instruidos, fuertes, y que fácilmente se acostumbran á todos los estados favorables y adversos. Los madrileños, si bien no están alejados enteramente de los grandes puestos, tampoco los ocupan con preferencia á los demás, porque no teniendo union entre sí, ni espíritu de país, ni aun decidido amor propio por mezclarse entre la multitud de forasteros que le hacen ser un pueblo ambulante, ceden aquellas ventajas á los andaluces, vizcainos, catalanes, valencianos y gallegos que con su mayor decision, menor arrogancia, y mas íntima union se auxilian mútuamente.

Los que cometen el segundo error, no atienden sino á la tradicion vulgar que dá aquel nombre especialmente á las mujeres escandalosas, como para denotar que pertenecen á la clase mas baja del pueblo. Esta vulgaridad hace esclamar misantrópicamente á un autor moderno: «Las mujeres conocidas bajo el nombre de manolas son dignas de tales esposos, de tales amantes. Su ingenio natural se convierte en desenvoltura; su animosidad en alevosía; sus gracias en el objeto de un vil tráfico; acostumbradas á ser maltratadas, los maltratan; para ellas y para ellos la mejor razon es el palo, y el argumento mas sublime la navaja, etc.» A la parte á que el autor quiso sin duda referirse cuadra exactamente su pintura; mas no todos los *Manolos* ni todas las *Manolas* pueden ser comprendidas en esa descripcion: es indudable que como gente en general pobre, carece de la educacion y moralidad conveniente y se confunde con la hez del pueblo. Por esto sus vicios son mas frecuentes y visibles; mas no anatematizándola, sino atrayéndola y tolerándola, ha de ser como la hagamos civilizada y que mezclándose con la generalidad vayan desapareciendo, ó al menos restringiéndose á las que comprendia aquel autor, como hemos manifestado se va logrando por las circunstancias públicas en medio de su desmorolizacion.

Concluiremos este cuadro de costumbres, que hace tiempo teníamos escrito, recordando que todas las poblaciones tienen una parte de pueblo bajo, que influye en su carácter y los da animacion y movimiento: Sevilla su Triana y Macarena; Valencia y Murcia sus huertas; Barcelona su Barceloneta; y Madrid su Lavapies y Rastro.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

A L. K.,

niña de cortos años.

¡Oh, qué placer! ya del trueno
Se apaga el hórrido son,
De sordos temores lleno,
Ya brilla el azul sereno,
Ya no ruge el Aquilon:

Ni chasca rota la caña,
Ni tormentosos raudales
Descienden de la montaña,
Ni silban los vendavales
Que estremecen la cabaña.

Huyó el invierno, y huyeron
Con él sus horas medrosas;
Y en su lugar amorosas,
Presto las alas batieron
Auras de Abril vagarosas.

Cual leve sombra ligera
Pasaron ya sus furores;
Ya la blanca primavera,
En su carro de oro y flores,
Cruzó gentil la pradera.

Y en su florida guirnalda
Ciñe campos, montes, valles,
De rosa, de lirio y gualda;
Y en zafir, y en esmeralda
Prende sus vistosas calles.

Ya en fontana cristalina
La nieve al prado se lleva,
De perlas fuente divina;
Ya de la sierra vecina
Libre la frente se eleva.

Y en la sombría enramada
Mil alegres ruiseñores,
En cántiga enamorada,
Su amor dicen á su amada
Que posa oculta entre flores.

Y solícito á gozar
Arrullo tan tierno y blando,
Tuerce su linfa al pasar
Un arroyo, que saltando
Va entre rosas y azahar.

Y el valle todo es amores,
Y el viento son y armonía,
Y el suelo alfombra de flores,
Y el aire luz y alegría,
Y el firmamento colores.

Y allí... mas... ¡oh! ¿no es aquella?
¿Quién sino mi Luisa bella?
Que bien me lo dice ya,
Ser con las hermosas ella
La mas hermosa que va.

Vedla por el campo verde
Correr tras la mariposa
Que vuela de rosa en rosa,
Y ya acosada se pierde
En la floresta sombrosa.

Vedla de la clara fuente
Contemplarse en la luciente
Onda que el céfiro riza,
Y gárrula se desliza
Al prado en mansa corriente.

Y vedla... mas ¡ah! rendida,
Y de vagar fatigada,
Quedóse al fin adormida
Sobre la alfombra florida
Que tapiza la cañada.

Y el ave con su cancion
La arrulla blanda y serena,
La besa el aura á su son,
Lecho le dá la azucena,
Verdes parras pabellon.

«Duerme, duerme, ese es tu dia,
Y de ese sueño en que estás
De inocencia y de alegria,
Plegue á Dios, oh Luisa mia,
Que no dispiertes jamás.

En ese mundo que habitas
Todo es placer, todo encanto:
Las horas pasan benditas,
Amargo no brota el llanto,
Las flores no son marchitas.

Todo es reposo y amor,
Y si dulce el eco suena
En bullicioso clamor,
Es como la cantilena
Del nocturno pescador.

Duerme, duerme, y á la vida
No quieras, Luisa, tornar,
Que en ese Eden adormida
Fuera luego el despertar
Negra y horrenda caida.

Del mundo las anchas puertas
Fácil entrada te ofrecen,
Y ante tus ojos abiertas,
Bellas tal vez te parecen
Al brillar de oro cubiertas.

Oh Luisa, de sus umbrales
No pases, no, y escondida
Quédate, mi dulce vida,
Entre los verdes rosales
De su entrada florecida.

Y oculta entre su espesura,
«Mi bien» te dirá el ambiente
Que suave en torno murmura,
«Mi amor» te dirá la fuente
Al besar tu planta pura.

Y «amiga» en son regalado
Te llamará el claro río,
Y «esposa» te dirá el prado,
Y «bella» el viento callado,
Y «mi sol» el canto mio.

«Hermosa» el mundo tambien
Si á él fueras te llamaria,
Y venciendo tu desden,
De oro y rosa ceñiria
Rica guirnalda á tu sién.

¡Te aduerme y corona! sí;
Pero al coronarte el mundo,
Es, hermosa, porque así,
Puedas mal su labio inmundo
Lejos rechazar de tí.

Y todos tu frente pura
Marchitarán... y quién sabe
Si con mano torpe, impura,
Tambien mancharé la llave
Del huerto de tu hermosura!

¡Ay! que en el fango sumida
El alma cándida y tierna,
Fuera la cierva que olvida
La vega do fué nacida,
Por su cárcel sempiterna.

¡El tiempo! ¿de su guadaña
Qué se resiste al embate?
¿Qué palacio, qué cabaña,
Qué portentosa montaña,
A su aliento no se abate?

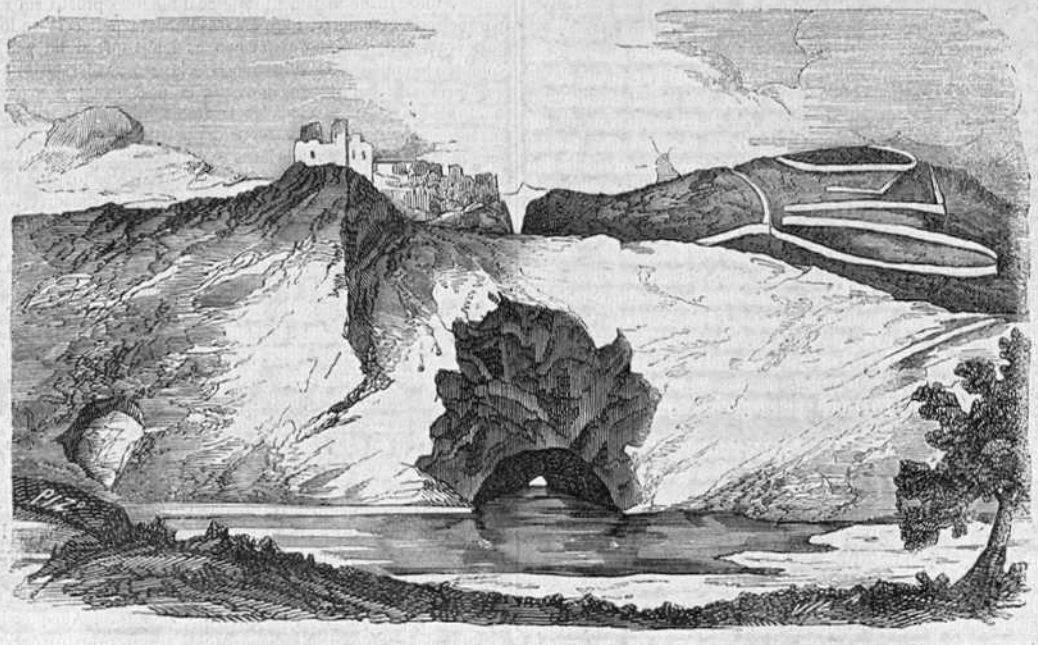
Tus ilusiones queridas,
Paloma inocente y blanca,
No pierdas, no; que perdidas
De la flor de nuestras vidas,
Son hojas que el cierzo arranca.

Duerme, duerme, ese es tu dia
Y de ese sueño en que estás
De inocencia y de alegria,
Plegue á Dios, oh Luisa mia,
Que no despiertes jamás.»

Madrid y junio 1849.

FRANCISCO VILA Y GOIRI.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



MONTE FURADO.

Las generaciones son tan vanas y tan ingratas como los individuos. La juventud desdeña la prudencia de la ancianidad y la llama cobardía para no tomarse el trabajo de venerarla, ó quizá por no reconocer su irreflexiva ligereza; el talento precoz se rie de la sabiduría consumada para no rendirla culto, ó tal vez por encubrir lo muchísimo que ignora. Muy poco ó nada valen para nuestros doctores, y nuestros poetas, y nuestros políticos, y nuestros artistas, Alfonso X, que no era individuo de ninguna academia; Macías, que no ha escrito sino muy desaliñados versos; Saavedra Fajardo, que no entendia nada de eso que ahora se llama equilibrio de poderes, y el escultor Castro, que solo se ha ocupado en hacer figuras de retablo é imágenes de pórticos de iglesias.

Esa justicia incompleta, por no decir hipócrita, que el hombre de hoy rinde al hombre de ayer, que el génio que vive en el corazon de sus contemporáneos tributa al génio que vive en la memoria de la historia, es la misma que los siglos presentes hacen á los pasados siglos, justicia mezquina y mutilada porque la envidia la achica, porque los celos la empequeñecen. Tan débil es nuestro ser, que hasta el polvo de las tumbas nos embaraza en nuestro camino.

Orgullosos los que hemos alcanzado esta primera mitad del siglo XIX, con nuestro vapor y nuestra electricidad, con nuestra química y nuestra mecánica, con nuestros principios sociales y nuestros dogmas morales; no nos acordamos que sin haber conocido Arquimedes la descomposicion de la luz, quemó desde su gabinete las naves de los romanos; no nos acordamos que sin tener Colon un *steamer* de *helise* descubrió un mundo sobre un barquichuelo que en la actualidad no serviria para cruzar el canal de la Mancha; no nos acordamos que sin haber alcanzado las infinitas alcaciones de los metales, las combinaciones armónicas del sonido, los prodigiosos efectos de la maquinaria, los antiguos construyeron la estátua de Memnon que saludaba al sol al ser herida por sus rayos; no nos acordamos que Sócrates sin haber leido el evangelio, predicó la unidad de Dios y la fraternidad de la especie humana.

Ahí tenemos á Inglaterra que hiende el Támesis por bajo de su alveo; y todos se apresuran á ensalzar el prodigio y la grandeza de las artes modernas, la perseverante insistencia de la nacion atrevida que gasta sus años, que consume la inteligencia de sus ingenieros y el caudal de sus capitalistas en la obra colosal del Tunnel; y mientras tanto otras obras realizadas sin el auxilio de la polvera y de las cábrias complicadas, sin las nociones exactas de la hidráulica, sin el concurso de las corporaciones científicas, sin el aliciente de los soberbios premios yacen olvidadas hasta de la memoria del viajero, hasta de la paleta del pintor, hasta de los apuntes del curioso.

El monte Furado pertenece á una de estas obras que semejantes á ciertos manuscritos perdidos en el polvo de las bibliotecas y conocidos únicamente de unos cuantos bibliógrafos, solo le conocen, solo le contemplan y le admiran los que han tenido no sé si la fortuna ó la desdicha de nacer y de habitar en ese despreciado rincon de la España occidental, en esa oscura Galicia cubierta para el resto de la península entre la bruma de sus colinas y la indolencia de sus humildes y descuidados moradores.

El monte Furado, así llamado en el dialecto gallego, que quiere decir *monte horadado*, se halla en el confin de la provincia de Lugo, partido judicial de Quiroga en un fértil y risueño vallecito, rodeado de altas montañas que atraviesan diferentes caminos que conducen al interior de la provincia, la limítrofe de Orense. Este montecito ó lome, que es la continuacion en su descenso de la cordillera que se estiende á sus costados, está atravesado de Oriente á Poniente por un ancho y elevado canal abierto en la peña viva, que da paso al célebre y caudaloso rio Sil. No hay inscripcion alguna en sus paredes, ni una página en los anales del pais que demuestren quienes fueron los autores de esta atrevida ejecucion ni la época en que se llevó á cabo; pero la tradicion que es la palabra hablada haciendo las veces de la palabra escrita; varias monedas halladas en sus cercanías, que son para la historia social del mundo lo que para la física los restos antidiluvianos y otras construcciones inmediatas, como el puente sobre el rio Vivei y el camino conocido con el nombre de lodos de Larosa, acreditan que á los romanos corresponde la gloria de este monumento, y al emperador Trajano el lauro de haberlo decretado. Los mismos antecedentes inducen á creer que los trabajos para su ejecucion tuvieron lugar cuando se hallaba acantonada en aquel territorio la 11.ª legion, de donde tomó sin duda nombre un pueblecito que llaman *Castro de Seœmil*, y mas comunmente *Seœmil*.

La mejor esplotacion del oro en laminillas y granos que entre sus arenas arrastra el Sil, el propósito de economizar un puente de largas dimensiones y la adquisicion de fértiles terrenos conseguida con el cambio del alveo del rio, son en nuestro concepto las causas á que se ha debido la construccion soberbia de que nos estamos ocupando. Es menester reconocerla minuciosamente y en sus mas pequeños detalles para formarse una idea aproximada de lo prodigioso y gigantesco de la obra. El asombro del observador crece á medida que contempla las inmensas moles de granito que hubo que reducir á polvo sin otros agentes que algunos instrumentos de la simplicidad ó sencillez de la palanca.

Tres cosas son principalmente las que deben admirarse en el monte Furado. La primera las grandes represas, cuyos vestigios se conser-

van, hechas para contener el desbordamiento de las aguas y facilitar los trabajos sucesivos: la segunda el canal ó alveo de 3200 pies de longitud, 70 de latitud y 30 de profundidad, abierto en las rocas para conducir las aguas al pie del monte, y tercera el estanque llamado la pesquera formado para recibir las aguas á la salida del mencionado monte por la parte que mira al poniente, este estanque tiene desde la boca del tunell á la orilla sobre 1,000 pies, por 1,200 de anchura. El monte medido desde una á otra boca por la parte esterior, da un resultado de 1700 pies superficiales, y la bóveda ó galeria una tercera parte. La altura de esta medida en los meses de verano desde la flor de agua es de 30 á 40, y desde esta al fondo de 30 á 70, segun está mas ó menos atascado el canal por el arrastre contínuo de las arenas. En dicha época del año se ve un botabanco ó cornisa de dos pies de anchura que corre á lo largo de la bóveda por ambos costados, en los que se encuentran cinco puertas dos en el uno, y tres en el otro, que daban paso á otras tantas galerias subterráneas, que al presente se hallan atascadas á escepcion de dos, cuyas salidas reconocen los prácticos á larga distancia del rio, sin que puedan determinarse los usos para que fueran construidas, á no ser para evitar en las grandes avenidas el retroceso del rio á su antigua madre, como sucede al presente, á pesar de que es muy raro el año en que las aguas den la vuelta completa.

Estas inundaciones, manantial perenne de fecundidad para las tierras son sumamente pintorescas por la perspectiva que presentan y dan al paisage una semejanza aunque en miniatura con las del Nilo.

Las producciones del valle están reducidas á vino, aceite, deliciosísimas frutas y castañas. Las rocas de que se halla sembrado el terreno son calcáreas de granito y de diversas especies de pizarras.

Corona una de las crestas del monte un fuerte de construccion no muy antigua. En nuestra guerra peninsular, sirvió de asilo y de punto de defensa á los que trocaban de la noche á la mañana la azada por el fúsil; hoy solo sirve como punto de meditacion y de descanso á cuantos cruzan los valles de Quiroga para contemplar el magnífico espectáculo del monte Furado.

Madrid Mayo de 1851.

J. R. FIGUEROA.

EL COMICO DE LA LEGUA.

> Ninguna comparacion hay que nos represente tan al vivo lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes.
>
> *Cervantes.*

Cuenta la historia de un célebre alfarero, que habiendo puesto todo su ahinco en hacer un cántaro como un pino de oro se halló al fin de su tarea, que fué larga y prolija, con un puchero como una rosa de mayo. Tan cierto es, segun dice el proverbio, que el hombre pone y Dios dispone.

Tambien Horacio que aparte de su gravedad didáctica era un tanto zumboncillo y maleante, pregunta á sus amigos si podrian contener la risa al contemplar la ridícula pintura de una muger hermosa de medio cuerpo arriba y que acabase en pez.

Y la fábula en malignas alegorías, ya se burla del parto de los montes, famoso por su intencion taimada, ya envia á las ranas un rey de palo, enseñándoles la resignacion á su buena ó mala fortuna, ya se divierte en romper el cántaro de una pobre lechera, dando al diablo sus ilusiones y esperanzas locas.

Es pues, cosa rancia y apolillada esa de representar en derrota á los cálculos humanos delante de la voluntad divina: y nosotros, rutinarios que somos, si bien con menos malicia, vamos á añadir sobre el asunto un caso mas con nuestro natural candor. No sino que este caso es mas triste, porque en verdad sea dicho, ni alfarero, ni pintor, ni montes, ni ranas, ni lechera, ninguno de los nacidos debe sentir tan agudo dolor al ver malogrados sus deseos como la madre que crió á su hijo para oficio ó para beneficio, ¡pero, ay! ni por leve asomo para cómico de la legua. Digasenos ahora, si esto no es aun mas triste que labrar un cántaro á duras penas y hallarse con un puchero.

Lo corriente es que en la aldea el hijo del boticario herede su honrada profesion: el sobrino del cura, la capellanía de su tio, que Dios haya, y que en un órden lógico de sucesion interminable, así como el naranjo siempre brota naranjas, y siempre bellotas el alcornoque, de un barbero nazca un barberito, un sastrecillo de un sastre, y de un labrador un labradorcillo. Sucede á las veces es cierto que un carpintero verbigracia lleva su ambicion desmesurada hasta el estremo, siempre inmoral, de elevar al hijo de sus entrañas al egregio rango de dómine, y el que zapatero Anton Pelaez se descompone hasta el punto de hacer escribano á su travieso primogénito con un dinero, que segun todos, fué ganado malamente, lo cual ninguno prueba sin embargo, porque seria murmurar. Pero esta asombrosa peripecia se logra ó no se logra, y en el primer caso como es lance que al fin y al cabo se comprende en la escala vulgar de las clases y las fortunas, acontece, se murmura de él al principio, y á la postre se deja en paz de todo punto. En las grandes ciudades la ambicion se dilata por otras vias, mayormente desde que las revueltas políticas han dado escandalosos ejemplares: así que, vendedores hay en la plaza pública cuyos pulmones se ejercitan no menos por dar salida á sus efectos que por si han de lucirse en cortes, andando el tiempo: y no hay madre, pobre ó rica, de casa humilde ó solariega, que al mecer al dulce fruto de sus amores en la cuna no le pasee en alegre quimera por las mas encumbradas crestas del poder. ¡Partos de montes! ¡Reyes de palo! ¡Vanas fantasías sobre una gota de leche!

Mas volviendo á nuestro caso, note el lector que á pesar del loco estravio de las ambiciones de familia, tanto en las aldeas como en las ciudades, jamás hemos visto que juegue en la ilusion de los sueños maternales ese destino duro, férreo, escéntrico, heteróclito y desorientado de cómico de la legua.

¡Ni qué honrada madre pudiera desear á su hijo semejante asendereamiento! ¡Con qué corazon habia de presenciar que aquel pedazo de su alma se estrangulaba en el foro! ¡Cómo ver hinchadas las venas de su cuello, jaspeada su frente cárdena, y dislocados sus miembros por la violencia y completo desvario de sus ademanes! ¡Cómo verlo de tierno y apacible trocado en fiero y desatentado energúmeno! Y sobre todo, con qué ojos llorar la ingratitud de un público ignorante que silvase horriblemente tan desesperados esfuerzos.

¡Oh! ¡que ástro tan pésimo de familia aquel que rompa el verde estambre, alegremente tejido de sus esperanzas! Aunque si bien se medita, no deja de alcanzársenos que este pícaro ástro de los comediantes acude á todos los deseos, y aun los cumple colmadamente, ¿porque si se trata de una tierna criatura que hicieron en sueños el padre general, la madre consejero y el abuelo ministro, qué mayor complacencia y benignidad puede concebirse de parte del destino, que hacerlo á virtud de cómico de la legua, en el breve plazo de una semana no mas, general, consejero, ministro y aun hasta rey y emperador? Esto, aunque á alguno parezca una irrision cruel, es mas bien en nuestro sentir una transaccion dulcísima del hado, que si como no es cabal lo fuera, nada habria de mas lisonjero y apetecido en este mundo: pero como el ojo perspicaz se apercibe á veces de que el general va vestido de sargenton ó cosa tal, el antiguo consejero de mancebo averiado y sin consejo, de portero el ministro, y de pobre y roto talco el rey y el emperador, la ilusion no es acaso tan completa como una madre de buena fé desearia para su hijo: culpa tambien de esos pícaros directores de escena que pienso yo que asientan como por burla á un rey de carne y hueso sobre un retablo de figuras de nacimiento, y al mas apuesto emperador de la tierra, y á su córte en frágiles, equívocos y abigarrados salones. Por lo demas, nadie me arguya con que todo lo susodicho es humo y mera farsa, porque eso y no otra cosa son todas las de esta vida; luego es débil el argumento.

Lo que en todo caso conviene para evitar dudas, es apresurar el teatro de la legua á su reforma, y no nos anden para ello con sutilezas y argucias metafísicas: que el telon sea telon, no sábana pintarrajeada, ni colcha camera; no sean las bambalinas como harapos en feria, ni nos den gato por liebre, ni caldera por tornavoz: pruébese á enderezar la línea de los bastidores, y cada cual de ellos confirme lo que el otro diga, que es sobrado notoria la incoherencia de una decoracion que debiendo de ser de casa pobre, aquí enseña un ciprés, allá una columna gótica y en lontananza la cúpula de una torre: con esto y con hacer que las candilejas no se apaguen á la mitad de la fiesta, y que el entablamiento sea plano y firme para no dar de narices en lo mas patético de la jornada, se acrecentará la verosimilitud de la comedia, y el cómico será asombro de toda aldea y villa próxima y lejana.

Otra observacion se nos viene á las mientes como por via de posdata, y es la de que los bancos de asiento para el público se afiancen tenazmente al suelo, y no estén sueltos ni cojos; pues de resultas de esto acontece que mas de un hombre cándidamente gordo, asentado á la una punta de su banco, levanta al aire en la otra á un débil mortal, que jamás logra recobrar su natural compostura, por mas que estire las piernas como ginete que perdió el estribo.

Y una vez concertada la racionalidad, digámoslo así, del espectáculo, nada tema el cómico de la legua en la parte que toca á la humildad de su oficio; pues si él sale á divertir con sus representaciones portátiles á una ó muchas leguas de la córte, mojando el pan duro en los arroyos del camino, como el desventurado Melchor Zapata, y vestida la espalda con el cartel de su fiesta pascual, hay de no menos mísera condicion que él, y con mayor escándalo, en el pináculo de la córte, famosos personajes á quienes por su escaso merecimiento, de-

biéramos decir, siendo ministros, generales, diputados, periodistas ó poetas, ministros, generales, diputados, periodistas y poetas de la legua.

No, sino hazte de miel y comerante las moscas: désele á cada uno lo que es suyo, y á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y si los cómicos son malos ténganse norabuena por legiones de endriagos y arremeta á ellos don Quijote con su natural pujanza, mas no por eso dejen los otros de ser vilipendiados de la misma manera por su ruindad, cuando sean ruines en su profesion, y si son poetas tanto peor para ellos, que entonces así les estará bien nuestro sentencioso dicho de poetas intonsos, zarramplines y de la legua como el de Quevedo de poetas huevos, chirles y ebenes, y apropósito de malos cómicos y de peores poetas, emplazamos á nuestro lector para un poco mas tarde, en el discurso de nuestro artículo, que no es cosa santa que paguen justos por pecadores, y que carguen por ende los primeros con culpas y pecados de los segundos.

El verdadero cómico de la legua tiene una posicion particular y precisa en la historia del teatro: no hay pues hacerlo acá ni allá por favor ó disfavor: cepos quedos y cada mochuelo en su olivo y Dios en el de todos.

Sepa el cómico de la legua lo que deba saber, é ignore lo que deba ignorar, siendo lo que ha sido, y nadie burle á nadie que es peor meneallo. Y para la verdadera inteligencia de esto que queremos decir y para que se conozca que no es tan seca y malencónica la ciencia de los tales comediantes, así como que su ignorancia no es tanta como se supone, diremos algo de la una y de la otra, empezando por lo que ha de saber que son nada menos que artes, oficios, lenguas, ciencias mayores y otras poquedades.

De las bellas artes debe el buen cómico de la legua, bueno y esquisito en alta manera, entender nada mas que la música, la pintura y la poesía, en esta forma:

Un poco como de música que le servirá para llamar á la puerta de su posada á son de guitarra y de cantilena á los jóvenes alegres del lugar, y esto le interesa cual Dios lo sabe. Asímismo no es mala salsilla en los sainetes una copla mediantemente zurcida.

Un si es no es de poesía con cuyo auxilio pedirá la venia para sus representaciones estraordinarias al alcalde ó á la alcaldesa y moverá el corazon del público en *los beneficios*, así como el de los particulares en las funciones dedicadas.

Un tanto cuanto de pintura, de que podrá sacar gran partido, así para el asombro que deben causar sus estupendos carteles pintarrajeados con famosas batallas, como para la confeccion de los colores de la cara y para ocurrir á toda falta y averia que acontezca en el servicio de las decoraciones. Y aquí apuntaremos de paso que no importa un ardite que los carteles no se avengan con la comedia del dia, ni el título con la comedia, ni nada con ninguna cosa, porque como dijo el otro, allá se las avengan.

Y en lo que atañe á las artes mecánicas y oficios, mal año para el buen cómico de la legua que no sepa trazar é hilbanar un juboncico, unos gregüescos, una dalmática, ó lo que mas á mano le viniere, lo cual quiere decir en buen romance que sea consumado sastre. Pues de no serlo, jamás podrá metamorfosear hasta el infinito un mismo traje, ni dar á luz un raro invento sartorio que redunde en su fama.

Ni estará demas en él una cierta media tinta de cocinero que raye hasta adeliñar una ensalada de no mal sabor y freir un par de huevos en aceite ó manteca de cerdo, que es todo igual, en caso de un apuro y negro abandono.

Tenga sus ínfulas de carpintero, y sus puntas de albañil, que no todas veces hay pájaros en el nido y se puede pagar al artesano su trabajo: cuanto mas que para bien hecho y barato cada uno se entiende y trasteja de noche.

Sea tan peluquero como dos y tres son ocho.

Y en materia de hablar lenguas, lo primero de que debe apercibirse el sábio y circunspecto cómico de la legua, es de que en general las lenguas suelen ser unos pedazos de carne sin hueso, ágiles, movibles y rematados en punta que tenemos los animales en la boca; adquirida una vez esta rara y peregrina idea, moverá la lengua de su boca en todas vias y maneras, recorriendo mas suelto que un papagayo cuantos idiomas sean precisos á su profesion, que á buen juicio de peritos son estos:

De el español, su idioma patrio, no estudie nada; pues harto lo sabe con haberlo aprendido de la madre que lo parió y del uso y aporreamiento de toda su vida.

No así el latin, del cual para la representacion de estudiantes, abates, médicos y doctores, necesita como del comer: sin embargo, hay que notar: y es que el latin es una lengua muerta y por tanto el aprender de unas cuantas frases sobren vivientes obra de pocos dias. Por otra parte, ¿quién no sabe, y sirva de ejemplo, que *Deum de Deo* quiere decir, dé donde diere, y *omnia mea mecum porto* ¿yo no me porto menos?

Por la misma razon dada para el latin debe aprender el italiano pero este es mas fácil, pues segun Quevedo con decir *ingenuos vitela, signos si, corpo dil mondo*, y saber el refran de *pian pian si fa loutan*, y pronunciando la *che ce* y la *ce che* está sabida la lengua.

La francesa tambien es llana como la palma de la mano: pues aunque dan los de Francia en la flor de escribirla de un modo y pronunciarla de otro, esa es una puerilidad francesa de que no deben hacer caso las personas graves; pronúnciela, pues, el cómico de la legua como mejor le avenga sin imprimir el verdadero acento á sus chapurrados: pero teniendo siempre cuidado de hacer cuantos visages y gesticulaciones pueda, pues en esto consiste el quid y en que la voz sea tiple, y el francés cale descomunales anteojos; con esto y con la ayuda de Dios y un tragecico puntiagudo, parecerá mas francés que el mismo *Paul de Kock* en cuerpo y en ánima.

Finalmente, el cómico de la legua necesita de una lengua universal. ¿Y cuál deberá ser esta? ¿La latina? es lengua muerta; y á muertos y á idos, lo que dice el refran. ¿La francesa? lengua es esta de exageradas pretensiones y es preciso salirle al paso. ¿La española? ¿la málaya? no son suficientemente conocidas. Ninguna, pues, mejor que el gitano, lengua antiquísima y eminentemente popular que así se estima y entiende entre los hampones de París y los gerifaltes del Lavapies como entre los zíngaros de Venecia y los bailadores del Perchel y Málaga.

La profesion del cómico de la legua es andante no menos que la de don Quijote y tan temeraria y llena de peligrosas aventuras. Y eh ahí por ende conviene al cómico para el evento de una fuga, de un disfraz de una emigracion tener fácil y andadero ese ancho canal que ciñe y ródea buena parte del mundo. Sepa pues la gerigonza germánica, como dos y tres son cinco, que no ocho.

¿Y quién dudará despues de todo lo dicho que no es muy importante y merecedora de las mas altas alabanzas y respeto una profesion que requiere y encierra en sí tal suma de artes liberales, de artes mecánicas, de zarandajas, de conocimientos linguales, y lo que es mas de ciencias, que como salta á los ojos cualquiera de ellas bastaria á la vida del hombre mas duradero? porque dejando aparte que un cómico de la legua debe ser artesano y artista y tracista y hombre de lenguas, necesita ademas profundizar en las matemáticas, especialmente en la aritmética, especialísimamente en los quebrados y decimales, sin los cuales jamás podria dividir hasta el infinito la unidad de un real efectivo entre los numerosos acreedores que vendrán sobre él todos juntos como sobre el perro los palos; y aquí entra el saber un poco de los principios de justicia distributiva.

Necesita ademas de ser gran topógrafo y estadista y economista para conocer la posicion respectiva de los lugares, sus distancias y caminos, sus censos y productos, y el precio de ellos, el aumento y disminucion de su riqueza, y el estado en que se encuentren el dia y hora de su famoso arribo, á causa de que si no atisba, calcula, escati, ma y ahonda en la combinacion exacta é ingeniosa, mínima y microscópica de todas estas noticias, por la falta de cualquiera de ellas le sobrevendrán graves daños, pues quien la sabe las tañe, y cual el año tal el jarro, y si el año es bueno ande el hombre á trote por ganar su capote y la gaita por el lugar.

Otro sí: como hombre científico deberá ser el cómico de la legua grande observador de los instintos, aficiones y costumbres del lugar adonde yazga, pues voto á los agenos de Dios, que si se chancea con las cosas santas en mala sazon, se ha de mesar las barbas en una carcel: así como si rebuzna, á imitacion del mal parado Sancho Panza en donde lo tomen por burla y alusion le molerán á coces; que esto del rebuznar tiene mucho que entender, pues segun el refran, bien sabe el asno en cuya casa rebuzna, y tal hay poeta sevillano que ha hecho gracia con un rebuzno.

Pero no es ciencia que digamos esta del estudio de las costumbres, sino en cuanto está contenida en la del trato del mundo, que es ciencia y muy árdua, y que debe poseer el cómico de la legua en el mas alto grado.

Por eso lo que verdaderamente sellará todos sus conocimientos y que de arriba abajo debe rodearle y ceñirle es una sombra suave de filosofía: no en cualquiera de sus sistemas esclusivos, que mal podrá ser buen cómico si no es desimpresionado, acomodaticio y flexible de naturaleza, antes bien en cada uno de ellos y en todos á la vez. De tal modo que en la abstinencia melancólica de la carne y en el comer, tan solo de las legumbres campestres sea pitagórico: peripatético en el negar deberes, deudas y acreedores: estóico en el sufrir los tragos amargos de la desdicha: epicúreo en el apurar los dulces tragos del Valdepeñas: un tanto cuanto adepto á la comunion de bienes de *Fourrier* y muy versado y entendido sobre todo en la quinta esencia de la filosofía cristiana que enseña al fin y al cabo la resignacion y paz de alma en las caidas y recaidas del mundo.

Esto así, veamos cuáles son los puntos del saber artístico que debe ignorar el buen cómico de la legua, y nadie se nos venga, despues

de todo lo dicho, motejando de ignorante esta sábia profesion, por hacer el contrapunto á nuestro discurso, que mas á las veces conviene la ignorancia que la ciencia, y no tanto está el mal en la primera como en la segunda, y ahí está como quien dice nuestro padre Adan, que no nos dejará mentir, pues sucede á veces que por el afan loco de aprender tropieza el hombre, á semejanza de Adan, con la ciencia de las desventuras, así como por esarvar el gallo la tierra se hiere con un cuchillo.

No sepa pues, nuestro cómico pizca de historia, ni distinga épocas, costumbres ni trages. Tanto monta que el rey Rodrigo lleve bata y chambergo á la batalla de Guadalete, como que el moro Tarif vista de frac en el pavoroso trance.

No observe ni conozca, so pena de ser buen cómico, á la naturaleza en su verdad, al sentimiento en sus asilos recónditos, ni á las pasiones viles, ni á las nobles en sus generosos arranques. Por consecuencia trueque, retuerza, atarace y despachurre á mansalva y como loco cuantos tipos de imitacion le ofrezca el poeta por negros de sus pecados.

Ni se recele siquiera que existe la prosodia castellana. Ladre, brame, ruja, grazne ó rebuzne sin piedad, pues andando el tiempo y las representaciones y los desentonos de la voz del cómico, ocurrirán superbas, y celebérrimas combinaciones. Ladre sino el cómico en una comedia contemporánea, haciendo el papel de periodista, y nadie le podrá tachar de sandio y alma buena, que es sobrado maliciosa la coincidencia. Ni aun se avendrá mal con la verdad, si grazna como un buitre representando á un ministro, á un guarda-sellos, á un escribano, ó á alguno de esta ralea, que buitres son todos, y carnívoros ademas, lo cual es probado.

Y á este tenor ignore y no toque como á fruta de árbol prohibido todos los altos puntos del arte cómico que se entrarian duramente por sus venas, causando grave daño en lo mas sensible de su corazon: porque en verdad, en verdad, ¿qué cosa mas triste, qué profesion mas trabajosa y dura que la de aquel que se entra por el alma del malvado, y allí, en aquel lugar inmundo, se asienta á espacio y sereno como en su propia casa, y remueve el fango y el hedor de los secretos mas íntimos del hombre? Cual es avaro, cual asesino, tal se solaza alegremente en el lecho de la mujer adúltera, aquel roba el oro del huérfano, el otro la honra de la casta virgen, y hay á veces alguno tan afamado en el crímen que reune en su pecho todas estas maldades justas y aun se abre brecha para las demas. El desdichado cómico va y llega y penetra á lo profundo, se hace uno mismo con su héroe, y como el ave fénix, renace de sus cenizas para morir nuevamemente y volver á vivir y á morir, hoy ladron en un cadalso, si ayer rey, y en un trono.

Y si la simple vida del hombre que no anda mas que un camino ni sufre mas que una muerte es tan colmada de miserias y lágrimas, ¿cuál no será la del sin ventura que vive esta doble vida del teatro y del mundo, revolviéndose en todas vias y maneras y prendiendo siempre del hilo, suelto al aire, de su agitado y desgarrado espíritu, tantos varios pensamientos, tantos dolores verdaderos y fingidos propios y agenos, y todo el sinnúmero de instintos y sentimientos naturales provocados, nutridos y en alarma y confusion dentro del alborotado pecho?

El que anoche fué rey, le gritará su verdadera ambicion, ¿por qué no lo ha de ser á la mañana? ¿Qué se ha hecho mi servidumbre? ¿Dónde están mis cortesanos? y aquí en el suspiro que exhale el desdichado cómico irán envueltos pedazos de sus míseras entrañas.

¿Si ama y es dichoso, á qué enturbias la fuente de su alegria, historias tristes de los amantes sin ventura que os arrancásteis la vida en vuestra desesperacion?

¿Si es desdichado y son sus amores sin esperanza, á qué venís, galanes de la córte de Felipe IV con la airosa pluma de vuestros sombreros, y vuestra espada á la cintura, á causar envidia y mortal desconsuelo en su corazon?

Y si adoctrinado por el egoismo del público, que jamás penetra hasta estos crueles sacrificios ni los estima, llega el cómico á no creer ni en la figura que representa, ni en sí mismo, ni en nada ¡qué nada tan espantosa!.

Y si su sensibilidad jamás se agota y siempre se compara, se escita, y se sacrifica ¡qué luchas! ¡qué batallas!

Y de todas maneras ¡qué estrella la suya! ¡qué destino tan desdichado!

¡Tate! ¡tate! mi buen comiquillo de la legua: ni disminuyas tu sombreron puesto de medio lado, ni afeites tu espesa y negra barba, ni abandones tu apostura traviesa y desvergonzada: no subas á la montaña que soplan por la cumbre desencadenados los vientos: aquí en la llanura alza tu tablado, tus mantas cuelga, enciende tus candilejas y tal para cual recítanos un entremés de los de aquel poeta que segun Quevedo compuso novecientos un sonetos á las piernas de su dama, y doce redondillas; y una comedia titulada *el arca de Noé*, que á no hacerse toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y javalíes, como fábulas de Esopo, hubiera asombrado al mundo en su representacion.

Y este es el momento ya de cumplir á nuestro lector la promesa arriba hecha de sostener á los cómicos contra los poetas, que no es justo, como dijimos entonces, que carguen los primeros con culpas y pecados de los segundos.

Desde luego la primera injuria que se ha hecho á nuestros antiguos cómicos es la de confundirlos irrazonablemente con los arlequines, mimos y pantomimos, como si no fuera uno el arte innoble del que danza, cargado de cascabales en la cuerda floja, y otro, de muy distinta estimacion y concedencia, el arte nobilísimo del que nos enamora de la virtud ciñéndola de resplandores, y nos desencanta de los vicios sacándolos á la vergüenza pública. Es cierto que en un principio nuestro teatro careció de esta intencion, y que en la infancia de ambos oficios bien pudo ser como fué en verdad que anduvieran juntos algunas veces: pero esta falta de distincion, que fué mortal para el arte cómico, debe de apuntarse en la crítica contemporánea, dado que es una de las razones para las cuales se dedicaron pocos y con suceso mezquino á un ejercicio torpe é ignominioso en aquellos malhadados tiempos.

El poeta dramático y el cómico datan entre nosotros de una misma fecha hasta el punto de ser una misma cosa y persona. Así que el autor mismo de una loa compuesta á una solemnidad del año ó á una ocasion famosa se levantaba del suelo como cosa de cuatro palmos sobre un aparato mísero de tablas y mantas viejas, á la intemperie, sin mas sombra que la de sus estupendas barbas y cabelleras parecidas á vellon de carnero viejo. La misma suerte corrian los sainetes, zarzuelas, entremeses y romances que estaban llenos de rudeza y simplicidad, hasta que Lope de Rueda Naharro, dice Cervantes, «levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules: sacó la música que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representáran á cureña rasa, é inventó ademas tramoyas, nubes, relámpagos, desafios y batallas.»

Desde aquí en adelante comenzaron á separarse los cómicos y los poetas: murieron Lope de Rueda, Juan de la Encina y Juan de Timoneda, dejando en legado á unos el arte de hacer comedias, y á otros el de representarlas. El poeta afligió desde entonces al cómico sin piedad: unas veces le hacia sandio pastor que enamoraba á su pastora en lo mas espeso del bosque, con largas distinciones escolásticas, ya metafísicas, ya teológicas: otras fatigaba su memoria con impertinentes glosas y sempiternos soliloquios sobre los misterios de la santa religion, y en perpétuo trasiego con los ángeles y los demonios, ya le hacia llevar al pobre cómico la veste cándida y las alas de oro para decir tontunas angelicales, ya le exornaba con retorcidos cuernos y velludo rabo para recitar infernales desatinos.

De juro el arte cómico, desencaminado y fuera de todo carril con tales embelecos inverosímiles, no pudiendo hallar su norma en la naturaleza de donde iba tan lejos la poesía dramática, sin darse punto de reposo en su tarea, que fué inmensa, jamás adelantó palmo, ni siquiera pulgada, en su carrera.

¿Y quién hay que dude que el culteranismo de los siglos XVII y XVIII dió mucho que estudiar á los cómicos, y poco que aprender? Ni cómo de otra suerte donde el desdichado cómico se veia en el grave conflicto de representar las mas veces el papel de una abstraccion metafísica, una planta, un animal, un ástro, una nacion, como si fueran personas al uso y modo de todas las que oimos y vemos por el mundo. ¿Quién, verbigracia, figurará con propiedad en el teatro, siendo hombre, á la luz? ¿quién á la sombra? Diganos por su vida el mejor cómico del mundo de qué modo perfilará su individuo de carne y hueso para representarnos con alguna verdad *al aire*, *al agua*, *al fuego* ó *á la tierra?* Pues montas si es de *la nada* el papel que ha de recitar, que entonces ya puede echarlo á doce y aunque nunca se venda. ¿Cuáles son los rasgos especiales de la nada? ¿cómo tiene el rostro? ¿qué trage debe vestir? ¿puede ser de algun modo la nada? ¿y si no puede ser de ningun modo, por qué su ser es el no ser, cómo se hará representable por el arte cómico, ni aun por el nigromántico, aun cuando fuese el mismo D. Enrique de Villena, que tambien escribió autos sacramentales?

Por nuestra parte aseguramos con todas las veras de nuestro cándido corazon, que así intentaríamos semejantes cosas como por los cerros de Ubeda, si bien se nos ocurre una imaginacion que no es grano de anís para orillar el caso: y es que á la manera que entre los antiguos griegos y romanos sucedia estar uno que se ponia delante encargado de la parte pantomímica, y otro que se colocaba detrás, encargado de la parte oral, para la representacion de un mismo personage, partiéndose así el trabajo entre los dos, y concertándose el uno con el otro, del mismo modo en la ejecucion de nuestras loas y autos podia una criatura de voz humana apostarse bonitamente detrás de un poco de agua ó de fuego, y desde allí, guarecido de su geroglífico, asestar á

la divertida asamblea todo lo que le viniese á cuento. Mas ni aun así quedarian vencidas todas las dificultades, pues ocurriria muchas veces que el sugeto seria *el entendimiento*, *el furor*, *la lascivia* ó alguna otra idea abstracta, y entonces no seria fácil aprontar, en forma de geroglífico, un poco de entendimiento, de furor ó de lascivia que poner delante del cómico para colocarle á él detrás; pero aquí de nuestro ingenio que es perro viejo, y nadie crea que esto es burlarse. Trátase de que hable y obre el entendimiento como si fuese tal hombre, y para eso debe salir en forma humana: norabuena; en el momento mismo brotará del centro de la tierra un cuadrángulo negro de madera como de vara y media de largo y media de ancho, que diga en grandes letras blancas: *el entendimiento;* y colocado detrás el oráculo dirá todo lo que deba decir, ni mas ni menos: con lo cual, que es aplicable á todos, se habrá remediado el mal, ahorrando al buen sentido la repugnancia de que un hombre se nos presente con la ridícula manía de que él, que es de carne y hueso como otro cualquiera, es el entendimiento, la lascivia ó la nada. Mas, hay que observar, á pesar y en daño de todo lo dicho, pues como en repetidos lances de esas obras el *vicio*, lleno de ira, se ase de la greña á la *virtud*, la *ignorancia* cierra audaz con la *sabiduría*, la *gentilidad* contra el *cristianismo*, el *demonio* con el *género humano*, y el *género humano* con el *demonio*, y menudean los golpes y garrotazos hasta el punto de salir con



(Iglesia de Courgeon, en Francia.)

la nariz rota la *inocencia*, el *viento* con una pierna quebrada, mal trecho un *astro* y asendereada *Cataluña*, no podrán, segun hemos inventado nosotros, su moderna representacion llevarse á felice cabo estas bien combinadas y famosas refriegas. Y es la razon porque como nuestras tablas y geroglíficos no están dotados de natural movimiento, obvio es y clarísimo que no se moverán jamás, puesto que deben darse sendas calabazadas. En tan grave conflicto nos parece lo mejor que cada cual de los cómicos coja del geroglífico ó tabla que tenga por delante, arrojándolo furiosamente á su interlocutor, y sobre esto morena. Y en el caso de que esto no sea bastante, porque deba ser prolongada la lucha, aun podrán asirse de los cabellos, escupirse, morderse y darse coces y bocados: todo sin el menor recelo de que quizá se causarán daño unos á otros, pues aunque ellos figuren ser personas sensibles, no lo son en verdad ni por asomo, sino ideas abstractas, inmateriales, intangibles, no perecederas.

¡Pobres comediantes los que han luchado con tales inconvenientes! Y cuenta que por otra parte hay autos sacramentales de la robusta pluma de Calderon y del fecundo Lope que son otros tantos poemas que honrarán eternamente las letras españolas.

Acabemos: nuestro cómico de la legua toca á su fin sin que hayamos dicho nada de sus principios: esto es, que no somos amigos de las formas vulgares.

¿Y á qué imaginacion, por escasa que sea, no le ocurre que el gran foco de los cómicos de la legua está muy principalmente en las barberías, crece y se nutre en las tabernas y en las casas de juego y en los amores procaces, vive entre riñas y trampantojos, y muere últimamente en el rincon de una ciudad de provincia, sacrificado al buen humor de una revuelta estudiantina, de media docena de subtenientes imberbes, y de dos ó tres desalmados *gachés* que les disputan sus *chais*?

Triste fin de este tipo que tiene algo de tradicional y algo de gitano, pues mantiene al teatro en su primitiva época, y tiene leyes tales y tal libertad en las costumbres, como jamás sociedad alguna pudo alcanzar en su seno sin desgarrarlo.

Coloquemos como hasta tres rosas sobre su tumba, que bien las merece esta estravagante y ridícula parodia de las comedias del mundo y de los comediantes, y no le arrebatemos, ya que tan escasa ha sido en vida su fortuna, este cándido, dulce y amoroso recuerdo que

le consagra un grande apasionado y amigo del celebrado Cide Hamete Benengeli, á quien es fama que casi pudo hurtar colgada la péñola sabido el caso melancólico de la muerte de nuestro héroe.

Epitafio de un cómico de la legua.

El sin descanso y sin bonanza alguna,
el ronco, el seco, el pálido, el enjuto,
que si oyó de Madrid un «oste puto»
fué en cambio claro sol del Carpio á Pruna:
Aquel que mojó el pan en la laguna
llevando á Calderon en un canuto,
Pelayo de mal pelo, Bruto en bruto,
César tramposo, Cresso sin fortuna.
El audaz que en la fama abrió ancha herida
de superbos poetas, grave entuerto
que el mas mínimo de ellos nunca olvida,
¡Triste suerte! aquí yace.—Y es lo cierto,
que sino fué gran cómico en su vida,
asombra la verdad con que hace el muerto.

GABRIEL ESTRELLA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

—

CAPITULO VI.

La dama incógnita.

Al siguiente dia, cuando el sol no habia llegado aun á la mitad del cielo, se presentó en la antecámara de Luisa Sigea una dama cubierta con un manto. Era de mediana estatura, delgada, airosa, y dejaba asomar bajo el trage negro, la tercera parte de un pie que no parecia de portuguesa (aunque lo era), sino de española, y del mediodia de España, á juzgar por sus cortas dimensiones. Esta dama lloraba mientras decia al lacayo que anunciase su visita á la maestra de latin de su alteza, y cuando el lacayo la preguntó á quién anunciaria, se quedó silenciosa y luego respondió vivamente:

—A una *dama incógnita*.

Luisa estaba escribiendo una carta á Juan Meurcio, familiar del santo oficio, en que le rogaba que olvidando su antigua enemistad, se dignase venir á verla, porque tenia que hablarle. Disgustóle la interrupcion, pero no obstante recibió á la dama.

Entró esta y empezó sin descubrirse á pedir disculpas con una voz ahogada por el llanto.

—Señora, dijo Luisa conmovida; sentaos y reponeos de vuestra agitacion. Creo que sufrís mucho y me causa rubor el que aun sufriendo tanto no os creais dispensada conmigo de toda ceremonia.

—Gracias, replicó la dama... sois tan buena como yo habia presumido, y esto me consuela desde luego. Vos lo podeis todo. Vos teneis con la infanta, con la reina, con el rey un gran favor. Vos conseguireis su libertad...

—¿La libertad de quién, señora?

—El lo hirió, prosiguió la incógnita trastornada, porque creyó que estaba apostado para sorprenderle...

—¿De quién hablais?...

—Pero le advirtió que se defendiera... ha sido un duelo... un duelo, señora, como los tiene todos los dias, sin que por eso se le envie á la prision... ¡Ah, ojalá hubiera ya partido, aunque yo no volviese á verle jamás!

—Pero señora, ¿quién ha sido aprisionado? ¿quién ha tenido un duelo?.... ¿quién ha de partir?...

—¿Creeis, continuó la dama todavía mas exaltada, que él habia de asesinar á un caballero? El, espejo del honor; él, que para vencer á todos los hombres uno por uno, no necesita de ventaja, porque con armas iguales al primer choque se rinden á sus pies, creeis!...

—Yo no creo nada, interrumpió Luisa impaciente, sino que estais delirando, señora; que habeis perdido la razon, y que no podemos entendernos.

A estas palabras se repuso la incógnita; apartó de su rostro el manto, y dijo con dignidad:

—¿Me conoceis?

—¡Luis de Camoens está preso! esclamó la Sigea al reconocerla.

—Y vos sola le podeis salvar.

—Estais en un error.

—No, señora; sé que si pedís al rey esta gracia os la concederá.

—Yo, hermosa Catalina, no he pedido nunca gracias al rey.

—Por eso no os puede negar la primera que le pidais.

—Es que ignoro si debo pedirle la primera.

—Señora, dijo Catalina; me respondeis así porque no habeis comprendido todo el valor del beneficio que vais á hacer; porque no os he contado mis desdichas... Oidme, señora, oidme y tened lástima de mí. Vos no sabeis sino que amo; pero no sabeis de qué modo amo, y esto os ha de enternecer...

La primera vez que ví á Luis de Camoens...

—No os molesteis, la interrumpió sonriéndose la Sigea; todo lo sé porque todo lo adivino. Sé que le amais hace muchos años como una verdadera heroina. Sé que el conde ha combatido esa pasion. Sé que habeis desdeñado ser duquesa por no ser infiel á estos amores...

—Sí, pero no es eso todo; es, señora, que ya no temo á mis deudos ni á la fama desde que está prisionero; es que voy á arrojarme á los pies del rey con escándalo de la córte; es que voy á perderme sin que logre salvarlo, y es que despues de todo voy á traspasarme el corazon!...

Detúvose Catalina espantada de lo mismo que acababa de decir, y bajó los ojos confusa al ver la mirada severa de Luisa.

—Doncella, la dijo con firmeza; habeis dicho demasiado, y es una fortuna para vos que sola yo os haya oido. Una dama ilustre no puede dar *escándalo*, y vos no le dareis. Las gradas del trono ha de subirlas una dama honrada, para pedir gracia por su hermano, por su padre, por su marido; pero no por su amado... aunque ese amado sea un grande ingenio, aunque sea Luis de Camoens...

—¡Dios mio! esclamó Catalina, desesperada y prorumpiendo en sollozos. ¡Vos tambien me rechazais! ¡Ah señora, vos no habeis amado; vos no sabeis como se puede olvidar el mundo entero por salvar la vida de aquel por quien vivimos! ¡Qué me importa el trono mismo cuando él está prisionero, cargado de cadenas... ¡Oh cadenas en aquella mano donde la pluma tomaba el alto vuelo que ha remontado su nombre! ¡Cadenas en aquella mano donde su acero vibraba los rayos que le han hecho temible...!

—Si jóven, vuestra pena es justa; yo siento á la par de vos este desgraciado suceso. Amo á Luis de Camoens como la hermana á su hermano... esplicadme cómo ha sucedido eso.

—El habia ido á despedirse de mí... al jardin, señora... el conde nos sorprendió... él volvió á saltar la verja... y vió á otro que la saltaba al mismo tiempo... creyó que lo perseguian, ó que era un villano oculto en el jardin con algun fin siniestro, le obligó á que se defendiese, riñeron, y él como siempre venció. Ya veis señora que él hizo bien, porque era servir al rey defender el jardin del palacio...

Sonriose Luisa, y Catalina se animó á continuar.

—Esponiendo al rey los hechos de este modo, señora, como S. M. es tan bueno, tan justo revocará la órden y le dejará partir para la India. Ya veis que no es el egoismo el que me mueve á pedir por él, porque voy á perderle para siempre, para siempre señora, voy á ser muy desgraciada, y solo quiero que él sea libre y feliz... ¡Ah respondedme! ¿lo conseguireis?

—No, jóven, es imposible.

A esta última negativa, Catalina se quedó tan desalentada que estuvo muda por algunos instantes.

—¡Ay! dijo luego con amargura, sois una dama bien cruel. Yo, si vos con lágrimas me hubiérais pedido la gracia que os pido, yo tambien con lágrimas se la hubiera pedido al rey; pero vos señora que habeis estudiado en los libros todos los idiomas, no entendeis el del amor. Vos sois una mujer sábia; pero no una mujer amante; y no podeis comprenderme; porque el estudio ha secado vuestras entrañas.

Dicho esto, se levantó Catalina, y Luisa la siguió sin responder palabra. Al llegar á la puerta, volvió la cabeza la amada de Camoens para lanzar una mirada de postrera súplica á la doctora; pero esta la recibió impávida, y Catalina marchó sin un rayo de consuelo. Pero no bien habia salido, cuando Luisa llámó á su camarera y la pidió el manto.

Diez minutos despues estaba en el gabinete de la reina, á quien hemos dicho que llamaba *zagaleja* D Francisco Saa de Miranda, con aplauso de todos los sábios del reino. No obstante nada habia mas diferente de una zagala que la nieta de Isabel la Católica. Hermosa, pero de una hermosura grave y digna, recordaba á la vez la fisonomía severa de la noble matrona castellana, y los rasgos altivos del emperador Maximiniano I. Verdad es que en este rostro soberbio, brillaba una ráfaga de suave luz, que unas veces parecia producida por las miradas, y otras veces por la sonrisa. Porque aunque juzguen atrevida la idea, no dudamos en asegurar que la sonrisa de aquella hermosa reina tenia algo de luminosa. Pero no inspiraba en fin por sus rasgos, por su carácter, y por su edad, que avanzaba al medio siglo, sino admiracion y respeto á todos los portugueses menos al buen poeta clásico D. Francisco, autor de la Egloga de *Nemoroso*.

—¿Qué quieres hija mia? preguntó S. M. á la Sigea dándola á besar su mano.

—Necesito ver al rey, señora, para pedirle una gracia.

—¿Tú pedirle una gracia? ¿Y por qué hija mia ha de ser D. Juan el preferido? ¿por qué no me pides á mí alguna?

—Señora, porque V. M. sin pedírselas me las concede todos los dias. En este momento, señora, está derramando gracias la preciosa boca de V. M.

—¡Oh que aduladora! esclamó la reina apartando su mano de entre las manos de Luisa. Estoy por intrigar con el rey para que no te conceda la gracia que vas á solicitar.

—En este caso, señora, seria mártir por haber confesado la verdad, y no me arrepentiria.

—En fin, te perdono, prosiguió la reina, porque eres una poetisa y los poetas estais obligados á mentir siempre. Verás al rey hoy mismo.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

LOS AMORES DE LA MADRESELVA Y EL ALHELI.

Permitidme, hermana mia, que os refiera una historia, pero de las que son de vuestro agrado, ni muy larga ni muy seria; una historia tal como la podeis desear para no mirar tanto á vuestros vecinos durante un entreacto, y cobrar paciencia en vuestro baño. Trataré de no fastidiaros demasiado, y estad segura de que no nos comprenderemos, no obstante vuestra hermosura y mis puntas de poeta.

Mi historia es una historia de amor. Entre enamorados que se hablan, ¿de qué otra cosa se ha de tratar sino mucho de lo presente, algo de lo futuro, y un poco tambien, aunque con precaucion, de lo pasado? Perdonadme si esta historia sale del órden regular y os hace remontar demasiado atrás quizá en recuerdos que es una torpeza en mi el evocar.

Madreselva será, si os parece bien, un hermoso jóven, leal y altivo, dulce y lleno de osadía, como era sin duda vuestro primer amante. En cuanto á Alheli, básteos saber que era una de esas pobres flores nacidas en mal hora en la cima de una pared, y muy dichosas, las hijas del acaso, en vivir allí al aire libre hasta que á algun mal aconsejado jardinero le ocurra la idea de trasplantarlas á otra parte, á algun parterre simétrico, tan bien alineado como fastidioso, en medio de los lirios, que las asedian, de los girasoles, que las desprecian, y de los narcisos, que no hacen alto en ellas. Se ha abusado tanto de la invencion del arquitecto Mausart: que creo haberos esplicado suficientemente lo que era Alheli.

Planteada de este modo la alegoría, no puedo empezar mi historia sin bosquejaros antes dos retratos.

Madreselva no era, como pudiera hacerlo creer su título, ningun hermoso principe, metamorfoseado por las encantadoras, y obligado por las mismas á exhalarse en flores y suspiros hasta que, terminado el tiempo de la prueba, le devolviese algun poder bienhechor, con su forma primitiva, un hermoso reino, una linda amante, numerosa comitiva de carruages, y su correspondiente falange de cortesanos. Pero, aunque no fuese tan esclarecido su orígen, no por eso eran menos verdes sus hojas, ni menos olorosas sus flores, y se notaba en él cierto aire gracioso, y un arte tal de buscar apoyo, é insinuarse en todas partes, que seducia desde luego y prestaba encanto hasta á sus menores movimientos. Alheli no era, como hemos dicho, mas que la pobre Alheli. Educados Madreselva y Alheli en un mismo jardin, rozagantes los dos y un tanto silvestres, no tenian mas que un mismo consejero: el instinto; ni mas que una misma savia: la que da la primavera á todas las plantas, y así era que en nada se diferenciaban sus pensamientos, ni su lenguaje. Verdad es que mediaba siempre entre ellos la distancia que separa á una hermosa Madreselva que crece en tierra, de un pobre Alheli nacido en una pared; pero el amor, ese dios de los imposibles, tiene maravillosos secretos para poner á un mismo nivel los pisos bajos y los terrados, y aproximar las almas y las plantas, á pesar de las mas elevadas murallas.

Ahora bien, nuestro hermoso Alheli crecia alegre sobre la pared, sin que nadie pensase en él. ¡Habria sido preciso subir tan alto para cogerlo! Por su parte, la flor vivia tan tranquila y placentera en el pequeño espacio que se habia formado entre el musgo en la juntura de algunos ladrillos, y al paso que suspiraba un ambiente purísimo, vela de tan lejos á las hermosas flores del jardin, que nunca le ocurrió siquiera comparar su mérito con el de aquellas; ni tuvo la ambicion de ocupar un puesto entre las mismas. Un poco de rocío, una gota de agua le bastaba por todo un dia; y en el resplandor del sol sobre las piedras y el agradable murmullo que la rodeaba, no parecia sino que se mecia siempre en una atmósfera formada espresamente para ella de luz y armonía. Nada alteraba para ella la tranquilidad de la noche ni la alegria del dia, porque no deseando nada, creia poseerlo todo, y su felicidad se afirmaba mas aun por la ignorancia en que de ella estaba.

Madreselva entretanto iba creciendo al pie de la pared, pero algo mas en la sombra, como ambiciosa que era, buscando por todas partes un nuevo punto á que agarrarse para subir mas cada dia, azotada siempre por el viento. Una mañana en que sus largos brazos caian con desaliento por efecto de los esfuerzos inútiles que habia hecho para encaramarse mas arriba, divisó á algunos pies de altura á nuestro pobre Alheli. Madreselva estaba tan triste y se creia tan sola y desgraciada á lo largo de aquella pared, en que no encontraba mas que clavos enmohecidos, que la vista de la florecilla, tan altiva y coqueta, le hizo caer en ese enternecimiento melancólico que los egoistas toman por sensibilidad, y que no es otra cosa que una debilidad inspirada por la ociosidad y el aislamiento.—«¡Ay, decia para sí; séame permitido llegar á su lado, respirar su mismo ambiente, y no maldeciré la ley que me encadena al suelo ni ambicionaré la altura del árbol!»

Así hablaba en Madreselva ese sentimiento dulce y tierno que los hombres hacemos nacer del corazon, y que la flor, poco filosófica naturalmente, no se cuidaba mucho en analizar.

La vanidad le hablaba por lo bajo otro lenguaje:—«Hermosa Madreselva, le decia; tú, cuyos deseos eran tan vastos y tan elevadas tus ambiciones, sube mas y mas. La cima de la pared no será para tí mas que un descanso: llegar al objeto al que cada minuto te vas aproximando, no es mas que un juego para tus músculos flexibles. ¿Qué son tres pies para una Madreselva?»

Cabalmente el lindo Alheli se hallaba un tanto inclinado, y con sus ademanes provocativos parecia sonreirle desde lo alto de la pared. No era, sin embargo, tan fácil responder dignamente á la provocacion de la coqueta flor, porque esta se hallaba protejida por unos ladridos salientes, y cuando se retiraba tras de ellos con significativos meneos de cabeza, la pobre Madreselva se deshacia en esfuerzos inútites para elevarse un poco y hallar fijos en ella los ojos de oro que la atraian. Muchas veces se lamentaba por largo tiempo sin ver á Alheli, pero sus quejas se las llevava el viento. Alheli no escuchaba todavía mas que los conciertos de moscas y moscones, y los madrigales de las mariposas que venian á besar sus párpados. Sin embargo, Madreselva iba ganando cada dia algunas pulgadas de camino, y aunque Alheli lo notaba, no se asustó por eso. Una buena conciencia, y la alegria, son los lazos peores de todos porque están en nosotros mismos: Dios es quien los tiende y el diablo quien los ceba.

Todas las mañanas, cuando Alheli se despertaba, podia ver á su vecina, que levantaba ya hácia él sus hojas fatigadas. Habia tan hermosas lágrimas en las flores de la pobre Madreselva, y el primer rayo que venia á hacerle sonreir parecia secarla tan simpáticamente, que no podia menos de tenerle compasion y sonreirle lo mismo que al sol.

Pocos amantes, hermosa mia, logran su objeto por medio de las lágrimas. Bien sabe Dios que no fué así como me hice yo compadecer de vos; pero como acabo de deciros, Alheli tenia la sencillez de los corazones honrados. Una flor mas diestra no se habria dejado coger quizá mas que en las espresiones estudiadas y en los aromas engañosos. La inocente hizo peor todavía, que fué dejarse seducir por las apariencias sinceras de una pasion que se mentia á sí misma.

Nada tenia, sin embargo, Madreselva de la frialdad y falsedad de los cortesanos, pues se engañaba á sí misma con la mejor fé del mundo, y con la serenidad de conciencia mas inalterable. Es preciso no entender nada del corazon humano para ignorar lo que hay de tenaz y perseverante en un amor de invencion.

Madreselva continuaba subiendo, y llegaba el momento en que iba á tocar en lo alto de la pared. Desde que tenia delante de sí un objeto, un deseo bien reconocido, que ponia en juego todas sus fuerzas, su tristeza desaparecia, y hermosos y variados matices reemplazaban poco á poco el tinte uniforme y sombrío de su ramaje. Ahora se mezclaba en él un poco de vanidad al instinto candoroso que le impulsaba. Era de ver el arte con que se volvia al sol para dar á sus flores el aspecto mas favorable y la disposicion mas seductora; pero esos pequeños cuidados que ni aun una hermosa Madreselva debe descuidar jamás, no eran nada en comparacion de los grandes saludos que hacia, de los besos mas osados cada dia que el viento se encargaba de trasmitir, y de los mensajes amorosos que las mariposas venian á buscar en sus flores para depositarlos en seguida en las de Alheli. Entre ambos vecinos se habia establecido cierta especie de intimidad tácita y un cambio discreto de perfumes. Las almas tienen tambien, como las flores, un polvo sutil que se lleva el viento, y del que se sirve el amor para fecundarlas entre sí á largas distancias; pero ¡cuánto mas fácilmente se efectúa el cambio simpático entre dos corazones que se tocan de cerca! Las transacciones amorosas se hacen sobre todo mano á mano.

Las ramas de las dos plantas amigas se habian tocado ya mil veces, y el pobre Alhelí principiaba á asustarse algun tanto. ¡Era tan pequeño y tan débil, y su vecino parecia ya tan grande y tan orgulloso hácia todo cuanto le rodeaba, tan osado y tan voluble en todas sus actitudes! Pero por mas que Alhelí retrocedia cuanto podia, y como sobrecogido por el pudor cada vez que el viento parecia favorecer los osados esfuerzos de Madreselva, esta no le daba un momento de descanso. El ataque y la defensa no eran ya mas que una maniobra entre ambos: esa antigua maniobra que se aprende tan pronto, aun entre una Madreselva y un Alhelí, sobre la cima de una pared. Nuestros dos enamorados se hacian los esquivos como nosotros en otro tiempo: ¿os acordais?

Un dia, y nadie puede decir el momento preciso, porque estas peripecias se hacen regularmente en secreto, las ramas de Madreselva se hallaron entrelazadas á las de Alhelí, y por mucho tiempo no se separaron.

Alhelí se sorprendió de hallarse tan orgulloso como antes y no menos bello á la sombra de Madreselva que podia estarlo el dia antes en todo el esplendor de su sol y de su libertad. No le parecia haber cambiado nada de lo que constituia su alegría y su orgullo. No habia mas variacion que la de tener un apoyo mas, y sentir menos los esfuerzos de los vientos lluviosos. Todavía se sentia feliz, mas feliz que nunca, y así se lo repetia á sí mismo con esa satisfaccion particular de los corazones que encuentran en la energía de su pasion con que sofocar las quejas y los pesares; pero semejante confesion, por dulce que sea el dia en que se hace por primera vez, es de funesto agüero para el dia siguiente.

Por algun tiempo sus ramas continuaron entrelazadas. La union de las plantas enamoradas pareció estrecharse mas y mas; un mismo soplo las inclinaba á la vez; el mismo rayo de sol las despertaba á una misma hora; sus diversos aromas confundidos uno en otro, no formaban mas que uno solo; sus murmullos eran unos mismos, y unas mismas canciones zumbaban alrededor de ambas. La vanidosa Madreselva se contoneaba con orgullo, y el confiado Alhelí se inclinaba hácia su amante, considerándolo como un apoyo que jamás debiese faltar.

Madreselva, sin embargo, le dominaba cada vez mas; pronto sus ramas se escaparon á derecha é izquierda, y su cabeza, que sobresalia mucho á la de Alhelí, se desdeñó de inclinarse hácia esta. La pobre florecilla, muy débil en adelante para sostenerse por sí sola, se habia abandonado y sometido de tal suerte á su amado y presuntuoso señor, que no pudo encontrar fuerzas para separarse de él y soportar la soledad. Resignóse, pues, á sufrir, y cada uno de los caprichos y movimientos desordenados de Madreselva le martirizaban atrozmente.

En vano la pobre flor, mústia y casi tronchada, volvia sus flores marchitas hácia Madreselva; Madreselva no le miraba. Cada nueva borrasca dispersaba á todos lados las ojas marchitas antes de tiempo de su compañera. El viento, esa imágen de la suerte, que no habia sido en mucho tiempo para la pobre mas que el soplo de un abanico mientras podia contener en sus ramas las de Madreselva, no eran ya mas que tempestad desde que esta se estendia hácia todos lados en todo el vigor de su savia y la independencia de su naturaleza.

Habia adquirido ya algo de esa madurez que prestan los cuidados, los placeres y los pesares de amor. Llegaba entonces al apogeo de su belleza ostentando, no esa primera frescura algo verde, esa belleza del diablo que ciertas flores tienen tambien, sino un conjunto armonioso de colores sanos, y quizás algo ajados ya. La pobre planta tenia ó iba á tener el número justo de dias que necesitan las flores para ser aspiradas con mayor placer.

La feliz Madreselva, fastidiada de una dicha que no comprendia, habia dejado de pensar en Alhelí, y se esforzaba entonces por asirse á las primeras ramas de una acácia que colgaban encima de la pared.

No prolongaré demasiado la narracion de los tormentos del pobre Alhelí. Entrelazado con desesperacion á los brazos que le sacudian, cada minuto rompia una de sus raices y la desprendia de la pared. La pobre flor perdia la vida por no perder á su amante. Levantóse, por último, un viento fuerte. Madreselva alcanzó á la rama de acacia, y se asió á ella. Alhelí cayó al pié de la pared.

¿Cuánto tiempo permaneció allí espuesto á la indiferencia brutal de los transeuntes? Lo ignoro. Lo que me han referido, sin embargo, es que logró salvar del peligro sus frescos colores; y si teneis empeño en saber el fin de la historia, os diré que un dia sus ojos de oro, que brillaban siempre sobre la tierra, á pesar del velo de polvo que la cubria, fueron notados como debian serlo. Bajáronse á cojerlo, guardáronlo con cuidado, y lo pusieron en un hermoso tiesto, en donde el agua, que por tanto tiempo faltaba á su sed, le devolvió una nueva savia. Hoy forma el adorno de un hermoso salon, y tiene hermosos espejos para mirarse y magníficas colgaduras para abrigarse contra las tempestades. Todavía tiene belleza, y la conservará por mucho tiempo aun; pero me han dicho que le acomete la melancolía y echa de menos el tiempo en que vivia con una gota de rocío: no por el rocío, sino por el tiempo que no vuelve mas, temiendo mas que nada los estragos del tiempo que hasta ahora le han respetado.

Ahora, hermosa mia, permitidme que me felicite de mi historia, porque si Alhelí no hubiese caido de lo alto de su pared, bien podríamos apostar á que ni vos ni yo estaríamos aquí, lo cual sería ciertamente una desgracia.

A Napoleone.

SONETTO.

Cesare, come te, l'amata pace
dette alla terra che di sangue tinse;
Cesare, come te, vincendo stinse
quella che fomento guerriera face.
Cesare, come te, nell'armi audace
questi al trono innalzó, quegli respinse;
Cesare, come te, doppo che vinse
stesse al primo poter la man rapace.
Cesare, come te, pieno d'allori,
idolo general riconosciuto
detto leggi del mondo ai vincittori;
Cesare, al fin, del general tributto
otenne, come te, soprani onori;
non manca a'farti Cesare che un Brutto.

A Napoleon.

SONETO.

Cesar, igual á tí, la paz amada
volvió al orbe que en sangre enrogecia;
Cesar la hoguera que por él ardia
venciendo como tú, dejó apagada.
Cesar, igual á tí, con férrea espada
á uno al trono ensalzaba, á otro abatia;
Cesar, cual tú, cuando vencido habia,
tendió al alto poder la garra osada.
Cesar, laureadas como tú las sienes,
dando leyes del mundo á los tiranos,
de ídolo universal gozó el tributo;
Cesar, al fin, y como tú los tienes,
alcanzó los honores soberanos;
para igualarte á Cesar falta un Bruto.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



1.—Bubí, gefe de una familia. 2.—Mujer bubí criando. 3.—Cocoroco ó reyezuelo bubí que manda en varias familias.

ISLA DE FERNANDO POO. (1)

Capitulo II.

En el anterior, recordarán aquellos de nuestros lectores que le hayan leido, que dimos una idea general de esta desamparada isla española, haciendo mencion de su topografía, temperamento, historia, y principales productos; así como del escaso y mezquino comercio que, á pesar de su ventajosa situacion, mantiene con el esterior é interior. Tambien recordarán que combatimos con datos justificados, á nuestro parecer, la mala idea que de la isla se tiene, y que especialmente en España ha llegado á vulgarizarse, empezando por el gobierno que en todas épocas, y mucho mas en la nuestra, ha tenido consagrado al mas lamentable y criminal olvido aquel importante descubrimiento del audaz argonauta portugués cuyo nombre lleva. Cúmplenos hoy, como ofrecimos en el primero, hablar en este artículo del número de poblacion que hay en Fernando Póo, y de las razas indígenas en que está dividida, con el relato de otros detalles curiosos que puedan interesar de algun modo al que no tenga noticias de aquellas apartadas y desconocidas regiones, tan poco mencionadas de los viageros é historiógrafos.

Sobre los especiales datos que obraban en nuestro poder, y la escelente *Memoria* del Pro. D. Gerónimo de Ucera y Alarcon, ya citado por nosotros, contamos hoy con las que *sobre las Islas africanas de España, Fernando Póo y Annobon*, escribieron los señores D. José de Moros y Morellon, y D. Juan Miguel de los Rios, las cuales fueron premiadas por la Sociedad económica matritense en el concurso que abrió esta corporacion en 1842.

No hay mucha conformidad en el número de habitantes existentes hoy en Fernando Póo: aunque á riesgo de pecar en corta diferencia de mas ó de menos, puede establecerse que llegan á 15,000, escasa poblacion á la verdad para las dimensiones de la isla y los buenos productos de ella, pero grande si se atiende al abandono en que ha yacido siempre, y á la ninguna colonizacion que ha recibido. Estos habitantes se dividen en razas, y las razas en familias; unas son orijinarias ó propiamente llamadas indígenas, y otras estrangeras. De las primeras no hay en realidad mas que una, en quien residen todos los privilegios y distinciones, que es la que lleva el nombre de *Bubi*. De las segundas, las mas conocidas y numerosas son las de los Crumanes, Timané, la Acra, la Cabo-costa y la Jamáica.

La *Bubi* está dividida en familias que capitanean ciertos gefes ó caciques denominados *Cocorocos*, cuyo retrato verán nuestros lectores en la lámina que va al frente de este artículo. Los nombres de las mas principales familias *bubis* son los siguientes: *Patahuila*, *Lébola*, *Basipú*, *Basile* y *Banapa*. En el casi completo estado de barbarie en que estas pobres gentes se hallan, no obstante su índole naturalmente buena y hospitalaria, sus racionales instintos, y su gran cariño á los europeos, comparten sus quehaceres entre la pesca y la caza, lo que constituye tambien sus únicos medios de subsistencia. No son muy aficionados á las faenas del campo, á pesar de lo cual se dedican medianamente al cultivo del ñame, tabaco, y otras plantas indígenas. Imitan en lo general á sus vecinos del continente en el gusto por los recreos y adornos; así es, que se pintan el rostro, se llenan de bermellon la cabeza, hasta hacerse una peluca roja que oculta de todo el punto el pelo, y usan pendientes en la nariz. Envidiosos de nuestras barbas y bigotes, que no les ha concedido la naturaleza, suelen llevar postizos de ambas cosas, con lo cual creen que se revisten de mucha gravedad, y que adquieren la dignidad europea.

El gobierno primitivo, ó sea el patriarcal, es el que se conoce entre estos buenos isleños. Ya hemos dicho que la raza *bubi* se divide en familias, y que al frente de cada una está el Cocoroco, que es el patriarca de ella, el cual acostumbra á aconsejarse en negocios graves con los ancianos y esperimentados de la misma familia, á quienes reune en forma de senado.

Digamos algo de las creencias religiosas y de sus ideas en materias de justicia: parécenos que ya algun lector nos lo pregunta acosado de ese comun sentimiento de curiosidad que inspira siempre la personalidad de un pueblo desconocido. Los naturales de Fernando

(1) La lámina que acompañó al artículo 1.º, publicado en el número 46 de este periódico, la cual representa la capital de Fernando Póo, Santa Isabel, tenia unos números, cuya esplicacion vamos á dar ahora. 1. Punta española.—2. Fuente que surte á la poblacion.—3. Muelle hecho de maderos.—4. Almacenes, cobertizos y depósito de carbon de piedra.—5. Islotes Adelaidas.—6. Monumento levantado á los oficiales de la armada inglesa que perecieron en la espedicion al Niger verificada en 1841.—7. Templo Baptista.—8. Una casa.—9. La de los misioneros ingleses.—10. La del gobernador, junto á la cual ondea el pabellon de España.—11. La de la familia mas rica del pais.—12. Otra de misioneros.—13. Arbol llamado de la Jura porque bajo de él se hizo la solemne proclamacion de Isabel II por reina de aquellas islas en 1843.—14. Templo que edificaron los baptistas en 1845 (Estas noticias las debemos á Ucera).

Póo, tanto los bubis de que vamos hablando, como los de otras razas de que hablaremos despues, adoran un Dios cuya unidad reconocen, y al cual por una singular coincidencia dan un nombre que suena como Yehovah. Mas buenos y nobles que sus hermanos de Africa, son tambien menos supersticiosos que ellos, y no se entregan á los actos de barbarie y ferocidad que hacen aborrecibles los fastos de la idolatría. Desgraciadamente, aunque isla española, Fernando Póo no profesa ni entiende todavia nuestra santa religion: unos anabaptistas ingleses que han establecido en Santa Isabel una iglesia, son los que empiezan á atraerlos á la suya. Hé aquí otra de las razones que al gobierno debieran impeler á la ocupacion y colonizacion de aquellas posesiones.

En cuanto á ideas de justicia, estos negros que carecen de todo conocimiento legal, é ignoran todo detalle de nuestra civilizacion, aborrecen profundamente el adulterio y le castigan cortando ambos brazos á la mujer delincuente. Por Europa estamos mas civilizados, y sabemos ya el modo con que libertar al ornato público de *tantas mancas*. La poligamia se autoriza entre ellos con poca diferencia lo mismo que en otros puntos; el gusto suele ser general en Africa y en la que no es Africa.

Su decálogo se asemeja al nuestro: *no debeis mentir*, ui b-üi pa-le ó sea bi-so-ai: *amad á Dios con todo vuestro corazon*: bu-da e Yehovah e te ba o busla: *yo no debo tomar lo que es de otros*, fué pa-le o al aoli ui ote oku (1): *si yo peco, no puedo ver á Dios*, na n-sei la be n-tshi a he lu o-bo-hoñ Yehovah: *haced bien á todos los hombres*: seita e be tshu ema le-le.

Lo dicho convencerá á nuestros lectores de que esta gente lleva adelantado para la civilizacion todo lo que concede la naturaleza.

En cuanto á las otras razas, pocas palabras bastarán para darlas á conocer. La de los crumanes, que es pequeña, procede de Settra-Kron, pais continental al occidente, y tienen la particularidad de que se circuncidan la frente en la niñez. Están esparcidos por toda el Africa, y se dedican á conducir grandes pesos; hacen allí el papel de *vehículos* que los *gallegos* por acá. Las timané, acra y Cabo Costa son originarias de Sierra Leona, y han acudido en muy corto número á buscar fortuna á Fernando Póo; en nada se diferencian por consiguiente del resto de Africa. En cuanto á la Jamaica, se compone de un cortísimo número de familias emigradas de la Antilla del mismo nombre que poseen los ingleses. Ya hemos dicho que los *bubis* son hospitalarios; con efecto, todas las razas citadas han encontrado proteccion y bienestar en Fernando Póo, aunque obedeciendo y respetando siempre á aquella como verdadera señora de la isla, y en quien residen todas las dignidades y privilegios.

Concluiremos nuestras observaciones acerca de Fernando Póo con algunas palabras sobre la colonizacion que necesita. Don Juan Miguel de los Rios, en su *Memoria* ya indicada, ocupándose de este asunto, propone dos medios para utilizar la isla, y dice: «Lo primero que se necesita son capitales: este será el elemento principal, y nada mas propio para conseguirlo que estimular el interés privado con las ofertas mas productivas y seguras. Una asociacion general establecida en España, aunque se admitiesen socios estrangeros, en la cual se repartiesen acciones hasta cubrir el capital que se creyese necesario, en la cual se haria un cómputo de los productos comunes que podria rendir aquel territorio, en la cual se asegurase y garantizase su éxito, hasta el punto de garantizar á cada sócio que si la sociedad no ganaba pagaria con el reparto de aquel terreno á las acciones en triple ó cuádruple valor; y en la cual, finalmente, se admitiese por sócios á los que, á falta de los primeros, se ofreciesen á tomar tierras, beneficiarlas é ir pagando su propiedad; seria uno de los medios de utilizar aquellas islas.»

El otro recurso propuesto por el Sr. Rios para colonizar á Fernando Póo, lo esplica él mismo en estos términos: «Otro medio mas difícil, pero que conseguiria el objeto, seria ceder cada una de aquellas islas á algun gran propietario, que bajo cualquier título hereditario y ciertas preeminencias, las llevase en feudo por determinadas generaciones, previa la legal escepcion que esto requeriria de lo actualmente vigente en nuestra legislacion, y si así lo pidiese el proponente, sujetándose empero á las autoridades y régimen del gobierno: ó sin estas prerogativas una cesion simple bajo cierto canon ó renta, y pudiendo disponer el propietario de aquellos terrenos. El gobierno siempre sostendria sus tropas y autoridades y la vigilancia y demas que en todas las posesiones del estado.»

Estos dos medios que el Sr. D. Juan Miguel de los Rios propone en su *Memoria*, y que son referentes tanto á Fernando Póo como á Annobon, revelan que ha estudiado detenidamente el asunto, y que abriga los deseos de un buen español. Nosotros, sin embargo, no los creemos igualmente eficaces ni convenientes; estamos conformes con el primero, es decir, con el de una *sociedad;* pero reprobamos el segundo como insuficiente, irrealizable, y sobre todo contrario á nuestra legislacion actual, segun el mismo autor indica con toda franqueza. Adoptaríamos, pues, el primero; mas ¿es fácil en un pais donde el espíritu de especulacion recorre una órbita pequeñísima, en una nacion en que abundando inmensos capitales suelen juntarse estos para acometer empresas mezquinas, mientras que se desatienden otras importantes? ¿es ni siquiera probable que una sociedad arriesgue, ni imagine siquiera arriesgar, los peligros que consecuentemente habia de traer el proyecto de colonizacion en nuestras posesiones africanas? El interés privado, y en esto estamos perfectamente de acuerdo, es un elemento mas poderoso que otro ninguno en empresas de gran tamaño; pero es una vez puesto en movimiento. Lo difícil es imprimirle el impulso, y en España punto menos que imposible.

Quien está en la obligacion de colonizar la isla de que nos ocupamos, quien no debe reparar en peligros, menores siempre que las ventajas que se habian de reportar, es el gobierno, que dispone de todos los medios, y que hasta por egoismo debe aspirar á esta gloria. Que disponga una espedicion ordenada, rica en recursos, y á cuyo frente vaya un gefe jóven, entendido y ansioso de conquistar los inmarcesibles lauros que en todos los paises están reservados á los hombres que contribuyen al mejoramiento de la raza humana y á la civilizacion. Casi no existe en España una reputacion moderna tan justa ni envidiada como la que alcanzó Olavide, y siempre podria vanagloriarse con mas fundamento el gefe que colonizase á Fernando Póo é introdujese allí nuestras costumbres y creencias, que el que en una provincia de España, sin peligros ni azares, consigue sacar por diputado, contra el deseo general, á un Pedro Fernandez que nadie conoce.

EMILIO BRAVO.

(1) Y á propósito de este sagrado precepto, que suelen olvidar algunas veces los que escriben, debemos declarar aquí, que estas noticias filológicas están sacadas del apéndice que á su *Memoria* puso el ya citado por nosotros D. Gerónimo Ucera.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VIII.

La bondad del rey D. Juan III.

El gabinete particular del rey tenia vistas á la playa. D. Juan gustaba mucho de ver entrar y salir los buques, y esclamaba con frecuencia: ¡Qué lastima que yo sea rey; hubiera sido un gran marino! Pero S. M. se engañaba. Era mas fácil ser rey como S. M. lo era, que ser gran marino como lo fué *Gama*. Para ser rey no habia necesitado don Juan III sino nacer. Para ser gran marino necesitó *Gama* estudiar. No obstante, los cortesanos le aseguraban que S. M. hubiera sido tan *gran marino* como *gran rey*, y esta sutileza lo conciliaba todo.

Estaba D. Juan contemplando los buques desarbolados que se alcanzaban á distinguir en bahía, y tan absorto se hallaba, que no oyó al gentil-hombre anunciando á Luisa Sigea.

Entró la maestra de latin, y el rey continuó de espaldas algunos instantes. Pero cuando volvió la cabeza se sorprendió mucho de su propia distraccion y dijo riendo:

—No te he sentido entrar. Estaba mirando los destrozos que la borrasca hizo anoche. Yo hubiera sido un regular marino... ¿Qué te parece?

—Que es mejor que V. M. sea rey.

—No te agradezco esa respuesta. Siendo marino pudiera hacer muchas cosas notables como Balboa, como Vasco, como Colon; pero siendo rey... á no ser que hiciera lo que carlos V, meterme en tierras agenas y dar batallas sin necesidad... ¿Qué dices á esto?

—Señor, que la Alemania es tierra propia.

—Sí, sí, para vuestro emperador todas son *tierras propias*; tambien lo es Francia, tambien lo es Italia y toda la América.

—El emperador ha respetado á Francia y á Italia. En cuanto á...

—Quitándole la Espada á Francisco I y desobedeciendo al pontífice... pero dejemos estas cosas. Queremos mucho á nuestro tio á pesar de su inquietud, y si no le imitamos es porque nos gusta la paz. La reina ha pedido para tí esta audiencia y presumimos que tendrás algun motivo interesante.

—Sí, señor, venia á pedir á V. M. una gracia.

—Habla.

—V. M. ha firmado anoche una órden de prision.

—Hemos firmado unas cuantas.

—Pero una contra Luis de Camoens.

—Luis de Camoens... Luis de Camoens... Me parece que sí. ¿No es ese muchacho que hace versos?

—Sí, señor, que hace versos.

—Pues sí: la hemos firmado. Es un pendenciero. Anoche le dió de estocadas á otro.

—¿Han informado á V. M. del motivo?

—No, no hemos preguntado.

—Señor, Luis de Camoens vió saltar la verja del jardin de palacio á un embozado. Quiso conocerlo por respeto á SS. MM.; el desconocido se negó á revelar sus designios. Camoens le obligó á que se defendiese, riñeron, y Camoens le hirió. La hora, el misterio y la obstinacion del desconocido prueban que sus designios eran malos, y Camoens al esponer su vida ha hecho al trono un servicio que no merece ser castigado con la prision.

—Es verdad. No nos habian dicho nada de eso.

—V. M. puede informarse, y ver que es cierto lo que le digo.

—No, te creemos.

—Considere V. M. que castigando á los que defienden los jardines, se asegura la impunidad á los osados, y que si una vez consigue un malhechor burlar la vigilancia de los guardas, ningun caballero se atreverá en adelante...

—Eso es indudable y no queremos semejante cosa. Esa verja se salta fácilmente y la habitacion de la reina cae para el jardin... Ahora mismo vamos á dar una órden para que sean condenados á pena de muerte los que se atrevan á saltar la verja.

Inocentemente acababa de escitar Luisa Sigea la fibra mas delicada de D. Juan: los celos. Desde aquellas calumnias que se levantaron contra la reina, y que á pesar de haberse desvanecido dejaron una impresion dolorosa en el corazon del rey, el menor incidente le sobresaltaba. Figuróse en estos instantes que acaso el herido era un galan rondador como el príncipe de quien tuvo tan graves sospechas, y se ofuscó su mente con mil pensamientos sombríos.

—Señor, dijo Luisa, yo no he venido á escitar en el alma de V. M. el enojo, si no á mover su piedad, y dando una órden tan rigurosa se agravaria la pena del delincuente sin redimir la del desgraciado. Dígnese V. M. absolver á Luis de Camoens permitiéndole que marche en la flota donde está ya agregado para la espedicion á la India.

—El caso es, dijo el rey reflexionando, que le han tomado manía á ese muchacho. Dicen todos que es un tontuelo presumido. A mí, la verdad, sus versos no me parecen gran cosa... ¿Qué opinas tú que eres buena poetisa?... ¡eh!

—Señor, dentro de tres siglos, cuando mi nombre y el de todos los poetas que escriban églogas en Portugal yazgan sepultados bajo el polvo de nuestros sepulcros, se copiarán unos versos en todos los idiomas para admiracion de todas las naciones, y esos versos serán los de Luis de Camoens.

El rey miró atónito á la Sigea y luego dijo haciendo una mueca que indicaba haber ya comprendido la razon de aquellos elogios inauditos.

—Vamos: está bien. Esa fraternidad no es mala. Haremos poner en libertad á ese muchacho, sea lo que quiera y que se vaya á la India y vuelva rico. Si se porta bien, empeñamos nuestra palabra real de premiarle. Pero créeme, hija mia, aconséjale que se dedique á las armas y abandone las letras. A tí te puede parecer bien lo que escribe: no lo estraño; pero Miranda, que es imparcial, piensa de diferente modo.

La Sigea se sonrió, y no queriendo contradecir al rey, bajó la cabeza afectando hallarse confusa.

D. Juan escribió luego dos líneas en un pliego y lo entregó á la Sigea.

—Señor, respondió arrodillándose ¡gracias: mil gracias!

—Basta, basta, hija mia, replicó D. Juan enternecido. ¡Dios te haga dichosa!

Los azulados ojos del monarca se humedecieron brillando con una dulzura paternal. La feliz Lusitania no ha conocido jamás á los reyes tiranos. Los que no sábios ni conquistadores, han sido, cuando menos, reyes benéficos. El hijo de D. Manuel el *Grande*, abuelo del valiente don Sebastian, no fué ni grande ni valiente, pero fué bueno.

Apenas habia salido la Sigea de la habitacion del rey, cuando entró su favorito el conde de Castanheira. D. Juan le temia como temen todos los hombres pacíficos, aunque sean reyes, á los de carácter iracundo, aunque sean vasallos, y lo mismo fué verlo entrar que fingió hallarse muy disgustado.

—Buenos dias, conde, le dijo sin levantar la cabeza y haciendo pedacitos un papel.

—Téngalos muy felices V. M.

—Acaba de pasar una escena que me tiene todavia conmovido.

—V. M. es demasiado sensible.

—No lo creas, á tí tambien te hubiera conmovido.

—Si place á V. M. que me conmueva me pondré perlático sin que me la cuente, pero aseguro á V. M. que inclusa la muerte de la condesa nada me puede conmover.

—No sé de qué tienes el corazon.

—De carne, señor, y no de manteca.

—Se me antoja que es de hueso.

—Mejor; será mas fuerte y no estará espuesto á derretirse.

—Vamos á otra cosa. ¿Por qué le tienes tú manía á ese pobre Luis de Camoens?

—Yo, señor, no le tengo manía.

—Creí que lo querias mal y me alegro haberme engañado.

—¡Se alegra V. M.!

—Sí, porque... ya te contaré... Pero siéntate, siéntate.

Sentóse el conde, y el rey le alargó una caja de Indias llena de tabaco. Merced que el rey no concedia si no á Castanheira.

—Iba diciendo, prosiguió, que á pesar de la órden que firmé, quiero que ese pobrecillo se vaya á la India y se le perdone la riña de anoche.

—V. M. quiere cosas bien imposibles...

—¡Cómo! ¡qué! esclamó el rey con altivez.

—Cosas bien imposibles, porque V. M. quiere ser justo y quiere perdonar á Camoens.

—Es que tú no sabes lo que pasó. Camoens hirió al otro por defender el jardin, y por Dios santo que tambien pienso tomar una providencia con esto de los jardines. ¡Pena de muerte al que salte la verja!

—Pues pena de muerte contra Luis de Camoens que la saltó.

—¿Y quién dice qne Camoens la saltó?

—Yo que lo eché del jardin.

—¡Ah, ya! por eso su enamorada se oponia á que la ley fuera tan dura contra los que entráran en el jardin...

—¿Su enamorada?

—Es claro. Ha venido aquí muy afligida á pedirme su perdon...

—Señor, pensad en lo que decís. ¿Ella ha venido á solicitar el perdon de Camoens?..

—¿Qué tiene eso de malo, conde?

—¡Señor, le costaria la vida!

—¡Calla! ¡calla! ¿pues qué tienes que ver con ella?

—Soy su tio, y su tutor.

—¡Su tio! ¡su tutor!... Nada me habia dicho la reina de este parentesco, ni de esta tutoria.

—¡Es posible que siendo dama de palacio no lo supierá V. M.!

—Sí, yo sabia que tenias una sobrina dama de palacio; pero no creia conocerla. Ni me figuraba que tuviera un nombre tan famoso.

—Señor, en mi familia no hay sino apellidos famosos. Por eso miro tanto por la honra de ella y la haré pagar su indiscrecion...

—De ninguna manera. Te prohibo castigar á esa pobre jóven.

—Pero me permitirá V. M. que le pregunte si la ha concedido la libertad de Camoens?

—Por supuesto.

—¡Cielo santo!...

—Y por poco me hace llorar el esceso de su agradecimiento, añadió el rey volviendo á enternecerse.

—Castanheira guardó silencio unos instantes como ahogado por el furor, y luego dijo con tono brusco y sombrío:

—V. M. acepte la dimision de mi empleo, de mis títulos y de mis honores; porque me alejo de la córte para siempre.

—Jesús, esclamó el rey pálido y tembloroso. ¡Conde, qué es eso! ¡estás loco! ¿No podemos hacer una gracia con buena intencion, y luego conocer que es en perjuicio de otro y anularla?...

—V. M. es muy dueño.

—Pues ya lo creo que puede suceder, como ha sucedido. Pero todas las cosas tienen remedio.

—Autoríceme V. M. para que ahora mismo pueda llevar á mi sobrina al real monasterio de Odivellas y la órden no se cumplirá.

—¡Conde! ¡me parece eso un poco duro!... ¡pobre muchacha!

—V. M. puede elejir entre ambos.

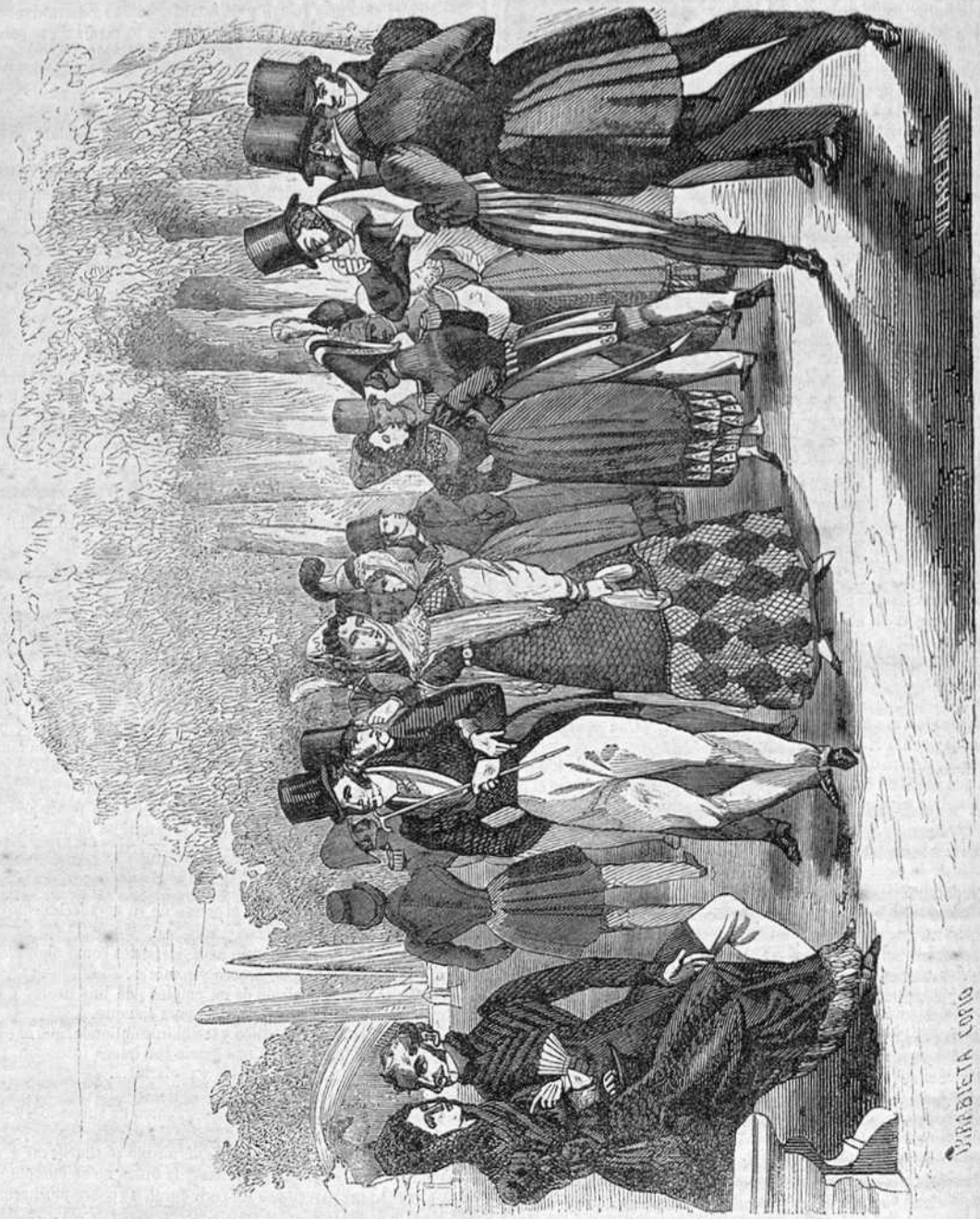
—Tienes un génio endemoniado, esclamó el rey con enojo, y vive el cielo que eso no lo hemos de sufrir. Vamos á ceder ahora porque estamos pensando que es mejor sacar á tu sobrina de tus garras, pero está cierto de que otra vez sabremos hacer nuestra voluntad.

Mientras decia esto el rey, con la arrogancia de un niño que ha sido vencido por un hombre y aun pretende disculpar su debilidad, el conde habia tomado la pluma y escribia la autorizacion que habia de firmar el rey.

Una vez firmada, salió del gabinete, se dirigió á la habitacion de su sobrina y sin darla esplicaciones, la hizo conducir al monasterio de Odivellas.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.



EL PRADO Y LA SOCIEDAD MADRILEÑA EN 1825.

Entonces era yo *pollo*: pero *pollo* á la manera de entonces, como lo era tambien la sociedad española —No habia esta *galleado* aun tan alto como lo ha hecho despues, merced al desarrollo de las ideas agitadas y sulfúricas de este siglo del vapor que atravesamos.—Los niños se contentaban con ser niños, comer golosinas, comprar aleluyas, hacer jugarretas al dómine, y aprender bien ó mal á Nebrija al compás de la palmeta y de la *cola*.—Los mancebos imberbes eran enamorados y bailarines, esperaban á las modistas á la salida del taller para acompañarlas y comprarlas flores, y por la noche asistian á las academias de baile de *Belluzi* ó de *Besuguillo* para ponerse al corriente de la nueva cortesía de la *Gabota*, ó del último solo del *rigodon*.—El sastre *Ortet*, el zapatero *Galan*, el peluquero *Falconi*, y el sombrerero *Leza*, cuidaban de apropiar á sus juveniles personas los preceptos inapelables de los figurines parisienses, los *carriks* de cinco cuellos, las levitas polonesas de cordonadura y pieles, los pantalones plegados, los fraks de faldon largo y mangas de jamon, los sombreros cónicos, las corbatas metálicas y cumplidas, y los cuellos de la camisa en punta agudísima, las botas á la *bombé* ó á la *farolé*, y el cabello levantado y recortado á la *inglesa*.—¡Dichosos tiempos en que no se habian *inventado* aun las barbas prolongadas, ni el bigote retorcido ó se habian dejado como patrimonio á los militares y capuchinos!—El *gabán* nivelador y socialista y la negra corbata no habian aun confundido como despues todas las clases, todas las edades, todas las condiciones: el capote de mangas y el *rus*, eran patrimonio de los hombres entrados en años; la capa con embozos escarlata y cordonadura de oro, á la *Almaviva*, envolvia airosamente la persona de los jóvenes elegantes; la cumplida casaca, el chaleco, calzon y media negra, corbata, pechera y guante blanco, representaban la edad provecta, la

alta posicion, el severo carácter del funcionario ó padre de familias; el pantalon ajustado de punto blanco y la bota de campana, los colores varios y pronunciados del frac, tales como azul de Prusia, verde pistacho, gris claro; los chalecos pintorescos con botonadura de filigrana, los dijes y baratijas en cadenas y sellos, y finalmente el hiperbólico y complicado nudo de la corbata, eran los distintivos de la inofensiva y alegre *polleria* de tres á cuatro lustros.

El vestido y adorno de las damas, era tambien estremado, aunque si ha de decirse la verdad, carecia del gusto y variedad que ha adquirido despues. El talle alto por lo general, deslucia los cuerpos, y quitaba gracia y flexibilidad al movimiento; las *dulletas* ó *citoyennes* de seda entreteladas, y guarnecidas de pieles ó cordonadura, tenian sin embargo cierto aspecto magestuoso y solemne; los *spencers* junquillos ó rosas, lucian bien sobre un vestido de punto de seda ceñido al cuerpo; el peinado alto, los bucles huecos y la peineta de concha ó de pedrerias, daban á la cabeza cierto carácter monumental; y sobre todo el trage de *maja andaluza* que consistia en basquiña y cuerpo de alepin morado, y guarnecido por bajo, y en las bocamangas y en los hombros con sendos golpes de cordonadura y abalorios, la mantilla blanca y cruzada al pecho, y zapato y toquilla de color de rosa, era realmente un trage espresivo y fascinador, propio esclusivamente de la gracia y donosura del tipo español.—No estaba este aun desnacionalizado en nuestro Prado de entonces por el horrible manton cachemir, ni por las capas, albornoces, manteletas, gabanes y *casaveks;* por las botas atacadas ni por las capotas y sombreros qne despues han venido á borrar completamente en nuestras damas la fisonomia propias del pais; y si bien por la ausencia de todas estas adiciones, abrigos é hipérboles, solian adolecer algun tanto las reuniones de cierta monotonia y seriedad, por lo menos pesábase en ellas á punto fijo el quilate y valor de cada persona, medianse á una simple ojeada sus ventajas ó desventajas naturales, su proporcion y dimensiones; no habia que hacer para ello abstraccion alguna de miriñaques y almidones, armaduras y postizos, prendidos y gasas; ni que adivinar las formas verdaderas á vueltas de quince varas de tela, y del complicado follage de volantes, cintas y guarniciones. Tampoco era necesario buscar las facciones picantes de nuestras madrileñas á la sombra de una historiada *capota* de gasa ó de un *prosaico* sombrero de terciopelo.—Aquella espontánea originalidad de nuestro Prado sobre los paseos estrangeros, tenia, pues, su alhago particular, y marchaba de acuerdo con la sociedad tambien original de aquellas calendas.

Esta sociedad, así ataviada á la usanza de entonces, es la que representa el grabado que acompaña á este artículo, y está fielmente trasladado de un dibujo contemporáneo. La verdad del conjunto, y la minuciosidad de los detalles, declaran la conciencia del autor, cualquiera que fuese, de este dibujo; pues no solo se limitó á pintar la vista del salon del Prado, y los trages de los paseantes, si no que (si no nos engaña la tradicion ó la memoria) quiso representar y representó en efecto entre los concurrentes á varias de las notabilidades de ambos sexos que por entonces brillaban en salones y paseos; y mas de un curioso, al estender su vista por esos animados grupos, creerá reconocer entre ellos las facciones y apostura de un cumplido caballero y célebre marqués, á quien Madrid debió mas adelante altos y distinguidos servicios; las de un grande de España, justamente famoso, que ha representado los primeros papeles en la politica, en la diplomacia y en las letras; las de un periodista afamado y amable literato que por entonces formaba las delicias de nuestro teatro y de nuestra sociedad; las de una graciosa y elegante jóven por quien suspiraban á la sazon las tres cuartas partes de los *pollos* de Madrid; las de un tenor italiano que enloquecia con su figura, su canto y modales, á todas las muchachas disponibles y á muchas que no lo eran; y las de otras notabilidades, en fin, que por entonces encerraba en sus muros la heróica capital.— A decir verdad el pincel del autor anduvo un tanto escaso en la esposicion de figuras femeniles, ó se consideró poco á propósito para trasladar á su pincel las bellísimas facciones de algunos ástros de aquel brillante cielo. Si esto no fuera, ¿cómo hubiera prescindido de ofrecer en primer término el magestuoso continente y bella fisonomia de la que entonces era conocida por la *reina de las hermosas*, y aun hoy mismo descuella entre las mayores por su gracia y gentileza? ¿Cómo olvidar á aquellas dos hijas de un elevado diplomático, que en los suntuosos salones de Paris dejaron tan altamente colocada la fama de la belleza española? ¿Ni aquellas otras tres hermanas tambien hijas de un grande de España, que eran el retrato vivo de las Gracias de la mitologia, y en cuyo *album* escribia el correcto poeta D. Ventura de la Vega (entonces *pollo* tambien) esta ingeniosa décima en alusion al juicio de Páris:

«Las tres diosas segun creo
que la poma contendian,
tan hermosas no serian
como las tres que aquí veo:
con su difícil empleo
pudo al fin Páris cumplir;
mas si hubiere de elegir
entre tan lindas hermanas,
á no tener tres manzanas
no pudiera decidir.»

La mejor hora, la hora propia y mas brillante del paseo del Prado, era entonces de una á tres en el invierno, en aquel momento en que bañado completamente por el vivo sol de Madrid dejaba ostentar á los concurrentes las gracias de la persona ó los primores de su atavío. Comíase entonces indefectiblemente á las tres, y por lo tanto no podia prolongarse el paseo matutino mas de aquel par de horas, pero en ellas el espectáculo que ofrecia el hermoso salon era magnífico y fascinador. Las pieles y bordados, los terciopelos y encages, los diamantes y pedrerías, que ahora parecerian exageraciones de mal tono, y fuera de su lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables, obligados adornos de la escogida y brillante sociedad que frecuentaba el Prado á tales horas; y mezclados con los lucidos uniformes de los guardias de Corps y de infantería, que por entonces no se reservaban esclusivamente para los actos del servicio, antes bien gustaban de ostentar sus colores, galones y bordados entre los grupos de las bellas aficionadas: hasta los reposados y vetustos *equipajes* en que á impulsos de dos modestas mulas dejaban conducir por el paseo de la izquierda sus encumbradas personas los altos funcionarios y sublimados magnates; y los mismos silenciosos grupos de ancianos respetables, consejeros, y religiosos que en pausado movimiento se veian deslizar por el lado de S. Fermin, todo ello, en fin, constituia un espectáculo tan original y característico de la época, que de ninguna manera podria adivinarse por el que presenta hoy este mismo Prado y esta misma sociedad.

Aquella, como digimos arriba, era á la sazon *pollo* tambien.—Todavía no habia sido agitada por las revoluciones politicas sino muy superficial y pasajeramente; todavia no habia sentido apenas el movimiento de la vida pública, las osadas aspiraciones al poder, el frenesí del mando, y el menosprecio de la autoridad: las enconadas discusiones, las asociaciones turbulentas, los pronunciamientos y complots le estaban prohibidos; carecia de prensa periódica, de tribuna y de plaza pública. Tampoco habia visto introducido aun el llamado *romanticismo* en la literatura, el vapor y el gas en las ciencias y en las artes, y el sabor estrangero en las leyes, en los usos, y en el idioma vulgar.

Los jóvenes *lechuguinos*, elegantes ó *tónicos*, como entonces eran apellidados, y que representaban la parte mas tierna de aquella sociedad, no habian podido figurar en los anteriores acontecimientos del pais que fueron el germen de su nueva organizacion; no habian viajado ni aprendido en el estrangero principios ni modales; no tenian ambiciones politicas, ni tampoco pujos literarios; habian frecuentado *pro forma* las aulas de los PP. Escolapios, de S. Isidro ó de Santo Tomás, el Seminario de nobles, ó el Colegio de cadetes, para seguir por sus pasos contados una carrera que les permitiese en adelante abrir un bufete, entrar en una oficina, ó ceñir la espada y marchar *á servir al rey*. A ninguno le pasaba por las mientes el mas mínimo asomo de impaciencia ambiciosa, ni era tampoco posible improvisarse en el mundo á los veinte ó pocos mas años bajo el aspecto de hombre de importancia, de político consumado, de periodista audaz, de fogoso tribuno, de distinguido literato; ni tomar por asalto las grandes posiciones de la diplomacia, de la magistratura y de la administracion.—Contentos y satisfechos con su afortunada edad juvenil, dejaban involuntaria y graciosamente aquellas ambiciones, aquellos puestos, aquellos cuidados á sus padres y abuelos; y entretanto, á vueltas de los indispensables y respectivos estudios de la lógica ó de las matemáticas, de la ordenanza ó la partida doble, entregaban las horas de vagar á los devaneos de la edad, al cultivo de las modas, al alegre estudio de la música y del baile, al primor del Prado, y al alhago de los amores de balcon ó de las tertulias de confianza.

Estas (no decoradas aun con el exótico nombre de *soireés*) no ofrecian, es verdad, el magnífico y deslumbrador aparato que posteriormente han presentado á nuestros sentidos en elegantes salones suntuosamente decorados y alumbrados; ni brindaban como estos á la brillante y numerosa concurrencia los vivos goces de un bullicioso baile, de un brillante concierto, de un animado festin.—Limitábanse, pues, por lo general, á la reunion de media docena de familias conocidas, cuyos individuos, de diversos sexos, edades y condiciones, se agrupaban y estendian en sabrosas pláticas, en tiernos coloquios; ya en derredor del antiguo y prosáico brasero en el invierno, ya delante de los balcones y miradores en verano; ó bien en torno de una ancha y prolongada mesa improvisaban una modesta partida de loteria; ó en movibles y animados grupos armaban alegre zambra en sencillos juegos de prendas, que si ahora parecen pueriles ó *incompetentes* á

nuestros encumbrados mancebos, envolvian para los de entonces mas interés, y ocasionaban mas peripecias que todos los dramas del dia.—O bien, en ciertos dias solemnes en que se celebraba el santo de la señorita ó la salida del primer diente del mayorazgo, se reforzaba el instrumental del piano de cinco octavas, con un mal violincejo de seis pesetas por noche, con que podian lucir sus habilidades é ingeniosas combinaciones los cabeceras de contradanza, los rigodonistas y gaboteros, los fundadores de la *Greca* ó la *Bolangere*; ó bien se convidaba al *Sr. Tapia* ó á otros diestros tañedores de vihuela y entonadores primorosos de lindísimas canciones nacionales, para que se sirviesen asistir á amenizar la reunion; y la niña de la casa, venciendo tambien su natural timidez, solia alternar al piano con las patéticas canciones de la *Atala* ó de la *Valliere*, electrizando luego á la concurrencia con bien diverso tono en la espresiva del *¡ Caramba!* ó en la de *¡ Madre, unos ojuelos vi!...*

Tales eran las diversiones privadas, la sociedad íntima de aquella época. Las públicas se reducian á un mal teatro de verso, y otro recientemente dedicado á la ópera italiana.—En el primero, con la muerte de Maiquez, habia desaparecido la tragedia clásica; con la ausencia ó desaparicion de los buenos escritores, estaba á punto de desaparecer la comedia tambien.—*Gorostiza* estaba emigrado, y su *Indulgencia para todos* y su *D. Dieguito* (que le habian colocado en tan buena fama como continuador de Moratin) estaban ya vistos y oidos á mas no poder.—*Breton*, que empezaba entonces su magnífica carrera, aun no habia dado *A Madrid me vuelvo*, y solo dejaba adivinar sus posteriores triunfos con su primera comedia de *A la vejez viruelas*.—*Gil Zárate* empezaba tambien á llamar la atencion con *Un año despues de la boda*; y *Carnerero* se habia encargado de suplir la falta de originales, traduciendo y ampliando con discrecion los dramas estrangeros de *Picard* y *Duval*, y las piececitas de *Scribe*.—Todas estas producciones indígenas y estrañas, mezcladas con las de los Comellas y Zabalas, Valladares y Arellanos del siglo pasado, eran bastante mal representadas por los actores de la época, entre los que figuraban los Avecillas, Silvostris, Infantes y Ponces, habiendo sin embargo algunas en que lucian respectivamente en tal ó cual papel. El gracioso y verdadero actor, *Guzman*, era (como lo fué despues muchos años) la tabla de salvamento de las compañías y el encanto del público; y las damas *Agustina Torres*, *Manuela Carmona*, *Rafaela Gonzalez* y *Ramona Leon* tambien tenian sus respectivos apasionados.—Pero la palma de la victoria en el concepto público la llevaba por entonces la comedia antigua, y con especialidad el repertorio del ingenioso y maligno *Tirso de Molina*, que habia, puede decirse, exhumado del olvido en que yacia el discreto y erudito poeta *D. Dionisio Solis;* aquellas comedias, además de su mérito intrínseco y las gracias inagotables de que están sembradas, tuvieron la fortuna de dar en actores que supieron representarlas admirablemente, y la de caer tambien en gracia al rey Fernando VII, que las escogia con preferencia cuando habia de asistir al teatro.—*Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la Piadosa*, *La villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torno*, *Mari-Hernandez la gallega*, *El castigo del pensé que*, *El vergonzoso en palacio*, y otros bellos dramas de aquel ingenio peregrino, fueron por entonces tan admirablemente presentados en la escena por la *Antera Baus*, la *Josefa Virg*, *Juan Carretero* y *Pedro Cubas*, que no es nada estraño que conquistasen rápidamente el favor del público.—Este triunfo, sin embargo, no fué duradero, pues tuvo que ceder ante el entusiasmo producido al mismo tiempo por la organizacion de la ópera italiana con un esplendor á que no estaba acostumbrada la sociedad de Madrid. Compuesta la nueva compañía del tenor *Montresor*, el bajo *Maggioroli*, el bufo *Vaccani*, la *Cortessi*, tiple, y la *Fabrica*, contralto, con el célebre compositor *Mercadante* de *maestro al cembalo*, inauguraron sus trabajos en aquel año (1823) con la graciosa ópera del mismo titulada *Elisa y Claudio*, que produjo en los madrileños un verdadero frenesí; la *Zelmira*, el *Coradino*, la *Cenerentola* y la *Gazza ladra* de Rossini, y otras muchas óperas de esta importancia, fueron sucesivamente alimentando aquel entusiasmo; y el aparato escénico, y la brillantez del espectáculo, la novedad y la moda, hasta las anécdotas y dotes personales de los cantantes, acabaron de subyugar el gusto público hasta hacerle olvidar sus antiguas inclinaciones y caprichos; se vestia *á la Montresor*, se peinaba *á la Cortessi*, se cantaba *á la Vacani*, y las mujeres varoniles *á la Fabrica*, causaban efecto en el Prado y en la sociedad. ¡Dichosa aquella en que á falta de razones mas hondas de disension y de rivalidades, se dividian los ánimos entre las modulaciones de un tenor y las arrogancias de un contralto!

En política se ocupaban las gentes en obedecer y callar. Demasiado abusaba desgraciadamente el gobierno de su fuerte posicion, y demasiadas lágrimas hacia derramar en una parte de la poblacion complicada en los acontecimientos anteriores; pero no es nuestro objeto el trazar estos sangrientos episodios, y solo si presentar el cuadro general de aquella sociedad. Dejemos, pues, á la mínima parte de ella que por inclinacion ó por desgracia se ocupaba de la política, conspirar secretamente y con gran peligro en los subterráneos y calabozos, corresponderse en misteriosos signos con los emigrados en el estrangero, aguzar los puñales de su venganza, y recordar con honor las violentas escenas de su derrota.—Esta parte escepcional de la sociedad no entra afortunadamente en los risueños términos de nuestro cuadro, ó queda en la sombra para servir de contraste al asunto principal.

La juventud de la época, que es lo que pretendemos hoy trazar en él, no conservaba de la política bulliciosa mas que un recuerdo vago y repugnante de las asonadas y guerras civiles, de los *trágalas* y patrióticos *clubs*.—*Lorencini* y la *Fontana de Oro*, teatros que fueron de aquellas desentonadas escenas, eran entonces dos concurridos y prosáicos cafés, refugio el primero de oficiales indefinidos y de ociosos indefinibles que se entretenian en comentar la *Gaceta*, (publicada solo tres veces en semana), y en hacer sinceros votos por *Ipsilanti* ó *Maurocordato*, por *Colocotroni* ó por *Cánaris*, los héroes del alzamiento de la Grecia moderna; y el segundo (la *Fontana*) punto de reunion de los hombres graves, ex-políticos, afrancesados y liberales, era un establecimiento... donde se servia buen café.—Ya el reducido contiguo al teatro del Príncipe comenzaba por aquel tiempo á tomar proporciones de *Parnasillo*, con que ha sido conocido despues; pero á decir la verdad entonces no podia existir tal parnaso ni chico ni grande, por la sencilla razon de que no existian aun los poetas de la nueva cosecha que despues le poblaron, y de los antiguos solo el anciano *Arriaza* era el frecuente comensal. Por lo demas, las opiniones literarias de la época eran no leer; los escritores, en tal órden de ideas, venian á ser muebles escusados, y el juez de imprentas no tenia mas ocupacion que la que le daba dos veces en semana el insípido *Correo mercantil*.

La ocupacion mas importante de aquella época y que envolvia cierto carácter á la vez religioso, político y popular, era el jubileo del *año Santo*, para celebrar el cual se improvisaban diariamente magníficas procesiones en que figuraban la corte y los tribunales y oficinas, las comunidades, cofradías y establecimientos públicos, desplegando á porfía su celo religioso, y su pompa mundana para ganar, al paso que las indulgencias de la iglesia, los favores y proteccion del gobierno del Estado. Tambien la juventud de la época, que todo lo convertia en sustancia, que de todo hacia chacota, así de las asonadas de antaño, como de las rogativas de ogaño, asistia con entusiasmo á las iglesias y á las procesiones, siquiera no fuera mas que para recrear la vista con la prodigiosa variedad de uniformes hábitos y medallas de las corporaciones, comunidades y cofradías, y para entablar á vueltas de ellas sus amores y galanteos con las devotas muchachas que poblaban calles y balcones; para echarla, en fin, de *sprits forts* y armar algazara y reir indecorosamente en el templo del Señor (por desgracia no sin motivo), oyendo las escentricidades del padre *Ayusto*, ó las piadosas blasfemias y ridículos apóstrofes de *Fr. Gabriel de Madrid*.

Aquella juventud, alegre, descreida, frívola y danzadora, con el transcurso de los años, la esperiencia de la vida y las revueltas de los tiempos, se ha convertido hoy en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad. Una parte de ella, arrastrada por los sucesos de la época, por las opiniones políticas, ó por su pundonor y caballerosidad, desapareció luchando en los campos de batalla, en la tribuna y en la prensa: *Diego Leon*, *Campo-Alange*, los *Odonells*, *Larra*, *Espronceda*, *Abenamar*; otra parte, viva aun, continúa, no sin gloria y preciado nombre, aquella lucha animada, aquellas lides del talento y del valor. Algunos de aquellos mancebos ó *pollos* que arriba dejamos borrageados, conducen hoy nuestros ejércitos á la victoria, y se llaman *Córdoba* y *Concha*, *Pezuela*, *Roncali* ó *Urbiztondo;* otros brillan en la tribuna ó se sientan en los consejos de la corona, y se nombran *Olózaga*, *Escosura*, *Roca de Togores*, *Caballero* y *Donoso Cortés;* y otros, en fin, cultivan modestamente las letras y firman sus escritos con los nombres de *Breton de los Herreros*, *Hartzenbusch*, *El Estudiante*, *Ochoa*, *Ventura de la Vega*, *el Solitario*, y

EL CURIOSO PARLANTE.



LA FOCA O VACA MARINA.

Los focas, ó comunmente las vacas marinas, son unos animales cuya vida es casi enteramente acuática, aunque por su conformacion interior y esterior pertenecen á la clase de los mamíferos, donde deben colocarse al lado de los gatos y demas animales carnívoros. Su alimento esencial, que es el pescado, está en armonía con su habitual morada en el mar.

Las focas (pues con este nombre las significa la historia natural) habitan en todos los puntos del globo, y principalmente en los mares, en los desembocaderos de los rios y en las bahías de las zonas frias ó heladas. Se encuentran igualmente en el Mediterráneo, y creemos deba referirse á las focas todo cuanto dice la mitología de las sirenas, de estas encantadoras que con su melodiosa voz y sus dulces miradas cautivaban á los viageros para luego devorarles, dejando las playas que frecuentaban blanqueadas con los dispersos huesos de sus víctimas. Con efecto, las sirenas, segun los poetas, habitaban en grutas profundas situadas en playas desiertas; y estos sitios son los que las focas eligen, y donde se retiran á descansar cuando salen del mar. Las sirenas encantaban á los navegantes con una espresion engañosa de bondad, con una mirada tierna y espresiva; y es sabido que la cabeza redondeada, la frente ancha y arqueada, animada con dos grandes ojos en los que domina una brillantez agradable, dan á las focas aquella fisonomía bondadosa y dulce de un perro muy apasionado á su dueño. El gracioso continente, el busto realzado de la foca cuando está tendido de llano su cuerpo, un pecho ancho y un cuello bien ligado con las espaldas, dan tal vez á este animal alguna semejanza á la conformacion esterior de una mujer. En cuanto á su voz, la mitología nos engaña ó se engañó; porque si las sirenas tenian una voz deliciosa, no así las focas, que solo arrojan gemidos prolongados ó mas bien gruñidos muy fuertes y nada armoniosos. Respecto á la cola de pescado que, segun dice Horacio, terminaba indignamente el cuerpo de las sirenas, en las focas la encontramos tambien, indicada por los dos miembros posteriores adheridos el uno al otro hácia atrás, de modo que constituyen una especie de timon doble, y finalizan en pies palmeados ó aletas. Las sirenas devoraban á los viageros, ó mas bien, como lo hacen las focas, de las que son la fábula mitológica, se contentaban con pescados, y los historiadores de aquel tiempo, medrosos ó ignorantes, tomarian por huesos humanos los esqueletos de los cetáceos ó de los pescados abandonados sobre las playas por las focas despues de opulentas comidas.

Estos animales, tales como los que en el dia se conocen, ya en el estado salvage, ya en el de cautiverio, tienen una suavidad de costumbres, una timidez, una facilidad en reconocer los servicios que les prestan sus dueños, y en amansarse, que en estas cualidades no hay animal alguno que le sobrepuje, si no es el perro en su estado doméstico. Se ha observado que su cerebro manifiesta un desarrollo que es casi siempre una señal cierta de grandes ventajas en la parte moral, y no hay duda que podria sacarse de las focas un gran partido para la pesca, si sus hábitos marinos no impidiesen creer que podrian vivir en el estado doméstico.

Las focas, como especies, son muy difíciles de distinguir entre sí. Un pelaje uniforme, compuesto de un pelo duro parecido al de un cepillo, algunas veces mezclado con un vello suave de un color leonado, gris, negro ó abigarrado de todos estos colores, son caracteres que sirven muy poco para clasificarlas. Para esto, se valen los naturalistas del hocico, cuya forma no es la misma en todos los individuos; por ejemplo, una de las especies que habita en el Occéano Pacífico, tiene tan prolongada y móvil la nariz, que casi se parece á una trompa. Otras se distinguen por la forma de las orejas: los dientes, en general mas puntiagudos que cortantes, son á propósito para reducir á grandes pedazos la carne sólida de los pescados, mas bien que para triturarla y convertirla en una pasta ductil.

Los habitantes de las costas de Groenlandia, de Spitzberg y de otras regiones árticas, en la caza de las focas hallan recursos contra las necesidades que les acosan en aquellos climas tan ásperos. Estos animales son para los groenlandeses lo que la vaca y el carnero para nosotros, lo que el cocotero para los habitantes de la mar del Sur, el plátano para los brasileños, etc. Esta es la razon porque entre los groenlandenses goza de una gran consideracion en la sociedad el que sabe manejar con destreza el harpon contra *l'attarsoack* (nombre que en Groenlandia se dá á una especie de foca), y toda la educacion que allí se dá á un hombre, tiene por objeto hacerle hábil en esta caza tan arriesgada por los peligros marítimos que la acompañan. Los groenlandeses tienen varios modos de cazar á las focas. Si lo hacen al mar libre, tratan de sorprenderlas aproximándose en la direccion del viento, y cuando ellas no pueden mirar á los cazadores sin que los brillantes rayos del sol hieran sus ojos, con cuyas precauciones se hallan sorprendidas sin haber visto ni oido á sus perseguidores. Así que estos se hallan á distancia proporcionada, el harponero arroja á la mas inmediata un dardo, á cuyo mango está atada por medio de una cuerda una vejiga llena de aire. Herida la foca, se sumerje con la velocidad de una flecha, arrastrando tras sí la vejiga, que por su resistencia á sumerjirse, embaraza los movimientos del animal, é indica su vuelta á la superficie para respirar, de modo que los cazadores se hallan advertidos para herirle con repeticion hasta matarle. Otras veces, con gritos y clamores, aturden á las bandadas de focas, las cuales se van al fondo del agua, donde permanecen tanto tiempo, que al volver á la superficie estan como asfixiadas, y son por esta razon fáciles de matar con el dardo ó con la escopeta.

En el invierno, cuando están cubiertas de hielo las bahías frecuentadas por las focas, estas buscan por todas partes agujeros ó grietas para penetrar en el elemento que tanto aman; y á estos agujeros, parecidos á una especie de respiraderos abiertos por la naturaleza en aquella gran bóveda, por el frio construida á la superficie del Occéano, es donde las focas van á respirar. Los groenlandeses, agazapados en la nieve al borde de las indicadas aberturas, con la mayor paciencia esperan que las focas lleguen á sacar la cabeza, y entonces dan el golpe con seguridad.—En Escocia, en las orcadas, en las islas de *Shetland* y en todos los escollos de este mar, abundan mucho estos animales, que por lo ordinario se refugian en grutas profundas que el mar ha escavado al pie de las riberas escarpadas. Los cazadores en barquillas ligeras penetran en estos puntos á la luz de hachones y hacen una gran matanza de focas que se hallan sorprendidas ó admiradas en tanta manera de este resplandor á que no están acostumbradas, que se dejan matar á mazadas que les dan sobre la nariz, en cuya parte son mortales los golpes para ellas, como lo son para el perro doméstico. Esta caza se hace en Escocia en lanchas y con escopetas, cuyos cañones están rayados y alargan mucho el tiro. Los cazadores se ocultan detrás de las puntas de las rocas, y en las troneras naturalmente abiertas en las desigualdades de estas murallas apoyan sus largas escopetas, y con aquel acierto que solo pertenece á los cazadores consumados, hieren con un plomo mortal á las focas, que retozan en el agua, á una distancia de mas de 300 pasos. La grasa de las focas, así como la de las marposas y la de otros cetáceos, se convierte en aceite para las tenerías y el alumbrado; las pieles de las focas, despues de secas al aire, se venden á los zurradores, y aunque no son útiles para suelas de zapatos, guarnecidas de su pelo son buenas para forrar maletas, mochilas, morrales y para hacer gorras y capas impenetrables á la lluvia.

En el dia algunos buques franceses de San-Malo y de Nantes van á la pesca de las focas, que es tan provechosa como la de los cetáceos. Tal vez los armadores de esos buques cometen un error en no traerse los huesos, cuya venta seria segura para la composicion del armoníaco y del carbon animal.

Vida campestre en Inglaterra.

El gusto de los ingleses en el cultivo de la tierra, y lo que llamamos vistas de jardines, es sin igual. Nada hay que imponga mas que el golpe de vista de los parques. Pero lo que mas deleita es la invencion con que adornan los ingleses las residencias sencillas de las clases medias. La habitacion mas rústica, la porcion mas pequeña y árida de tierra, en manos de un inglés que tenga gusto, se convierte en un paraiso. La residencia de la gente fina y rica en el campo, ha esparcido cierto grado de elegancia y gusto en economía rural, aun en las clases mas bajas. Hasta el labrador en su choza de paja, y su pequeño pedazo de tierra, cuida de su adorno. La igualdad de la cerca, el parque de verdura en frente de la puerta, el banco de flores encajonado, la madre-selva recostada sobre la pared, y las flores colgando sobre las celosías, la maceta de flores á la ventana, las siempre-vivas plantadas con la mira de destruir lo lúgubre del invierno y dar el resplandor de verano que alegra la chimenea; todo esto prueba la influencia del gusto, que se esparce desde su elevado orígen, y comprende los niveles mas bajos del gusto general.

Si, como dicen los poetas, los amantes se deleitan al entrar en una choza, debe ser en la del labrador inglés. La inclinacion á la vida rural en la clase elevada, ha tenido buen efecto en el carácter nacional. Puede que no haya mejor raza de hombres que los ingleses. En lugar de la afeminacion y delicadeza de los hombres de cierta categoría en otros paises, reunen la fuerza á la elegancia, y una robustez de configuracion y colores, que debe atribuirse á estar espuestos á la intemperie, y al estremo con que se entregan á la vida campestre. El resultado de esta parcialidad de los hombres de gusto á las diversiones rura-

les, ha tenido tambien un efecto estraordinario con respecto á la vida del campo. La mayor parte de la isla es llana, y seria monótona á no ser por lo agradable del cultivo. Pero está adornada, y cubierta de palacios y castillos, y esmaltada de parques y jardines. No abunda en perspectivas grandes y sublimes, sino mas bien en escenas de tranquilidad doméstica, y sosegada quietud. Cada cortijo antiguo, y choza cubierta de musgo, son objetos dignos del pincel; y como el camino da vuelta continuamente y está interrumpida la vista por arboledas y cercas, se recrean los ojos con la variedad de las perspectivas de un modo deleitoso. El verdadero encanto, no obstante, está en los sentimientos de moralidad que parece regir á tanta hermosura. Se asocia á la imaginacion con ideas de órden y tranquilidad, de principios establecidos, de costumbres antiguas y reverenciadas.

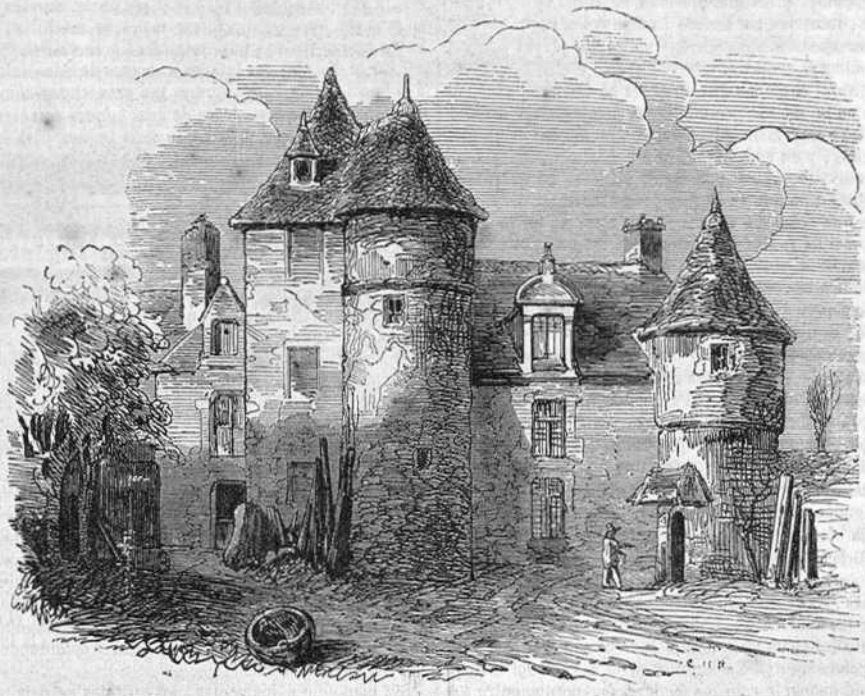
Es muy agradable los domingos, cuando las campanas trasmiten sus llamadas al través de los campos sosegados, ver á los campesinos con sus mejores vestidos, aspectos saludables, y modesto regocijo, ocupar alegremente el camino de la iglesia: y no es menos grato por la tarde verlos juntarse á la puerta de sus cabañas, gloriándose aparentemente de las humildes comodidades y bellezas que se han proporcionado con su propio trabajo. Estos sentimientos de patriotismo, esta satisfaccion de amor y cariño son las escenas domésticas, que sobre todo deben considerarse como el orígen de las virtudes mas arraigadas, y de los goces mas puros.

Los periodos de la vida humana.

Infancia: de uno á siete años de edad; esta es la de los accidentes, penas, necesidades, sensibilidad. Adolescencia: de ocho á catorce; edad de esperanza, imprevision, curiosidad, impaciencia. Pubertad: de quince á veinte y uno; edad de triunfos y deseos, amor propio, independencia, vanidad. Juventud: de veinte y dos á veinte y ocho; edad de placer, amor, sensualidad, inconstancia, entusiasmo. Virilidad: de veinte y nueve á treinta y cinco; edad de gozos, ambicion y fuego de todas las pasiones. Edad media: de treinta y seis á cuarenta y dos; edad de consistencia, deseo, de fortuna, de gloria y honores. Edad madura: edad de posesion, el reino de la sabiduría, razon y amor de propiedad. Declinacion de la vida: de cincuenta á cincuenta y seis; edad de reflexion, amor de tranquilidad, prevision y prudencia. Principio de vejez: de cincuenta y siete á sesenta y tres; edad de los arrepentimientos, cuidados, inquietudes, mal genio y deseo de gobernarlo todo. Vejez: de sesenta y cuatro á setenta; edad de las enfermedades, exijencia, amor de autoridad, sumision. Decrepitud: de setenta y uno á setenta y siete; edad de avaricia, celos y envidia. Caduquez: de setenta y ocho á ochenta y uno; edad de desconfianza, falta de sentimiento y sospechas. Edad de favor: de ochenta y cinco á noventa y uno; edad de insensibilidad, amor de la adulacion, de atencion é indulgencia. Edad de milagro: de noventa y dos á noventa y ocho; edad de indiferencia, y amor de alabanza. Fenómeno: de noventa y nueve á ciento cinco; edad de insensibilidad, esperanza y la vida postrera.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 21.

Si quieres un dia bueno hazte la barba, un mes bueno mata un puerco, un año bueno cásate, un siempre bueno hazte clérigo.



(Francia.—Castillo de Lassaniou.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(El pintor Ducornet.)

HISTORIA DE DOS PIECECITOS.

No faltará alguno que al leer este título espere alguna viva y galante leyenda. Cierto es que basta para inquietar vivamente la imaginacion y lanzarla de un solo golpe á recorrer los mas halagüeños espacios. Sin embargo, nada de galantería habrá en esta historia, y su interés únicamente dependerá de la narraccion de la verdad desnuda.

Tal como es, héla aquí:

«Una noche de enero de 1806 que se ocupaban en las brillantes *soirees* del imperio, y en que el cierzo soplaba fuerte y seco para los pobres, en una triste habitacion de la ciudad de Lila, en Flandes, una pobre mujer iba á ser madre. Este grande acontecimiento de familia, ya suceda en plena prosperidad, ya en la fuerza de la desdicha, este desenlace de los sufrimientos es tan consolador, que poderosos y miserables le saludan con bendiciones... En la noche de que hablamos, habia llegado la hora en que las privaciones y los dolores, las angustias y miserias, todo iba á ser olvidado: la mujer habia dado su último quejido, el esposo abrazaba á la madre, cuando una esclamacion del médico sumió en la tristeza á esta pareja apenas consolada. El niño que acababa de recoger no tenia brazos. Este recien llegado á nuestro mundo debia ser un dia el pintor Ducornet.

Como hace mucho tiempo que Ducornet se ha conformado con su suerte, como hace mucho tiempo que por su talento y su generosidad ha librado á sus padres de la pobreza, y como despues de todo, segun él, segun yo y todos los que le conocen, nada le falta para participar de todos los acontecimientos de la vida, hablaré de él alegremente. Desembarcó, pues, en la tierra, configurado de una manera tan original, que desde el primer momento se empezó á hablar de él. Ventaja es esta que envidiarian hoy los amantes de celebridad á toda costa. Habia nacido sin muslos, lo mismo que sin brazos, el tibial estaba unido al bacinete, ó sea á la parte inferior del muslo, como lo estaria el femur que le falta...

Es todo lo que me permite decir mi ignorancia en materias anatómicas. Añadiré solamente que los pies de Ducornet, gruesos y pequeños, no tienen mas que cuatro dedos; y he podido observar que la falta de un dedo da á los demas mayor libertad para moverse.

Desde la infancia, antes de poder comprender de qué utilidad tan preciosa le serian algun dia, César (un lector de Sterne, padrino irónico, le habia puesto este nombre) consiguió dar á sus pies una gran destreza, jugando á las bochas, al peon y á los demas juegos predilectos de la infancia. Hizo sus primeros estudios con suma facilidad. Sus padres pensaban en dedicarle á alguna profesion propia de sus facultades aparentes, cuando Dumoncelle, profesor del colegio de Lila y hábil calígrafo, emprendió el hacerle un profesor de escritura; pero ya la vocacion artística de César se habia despertado en él.

Desde el momento en que su imaginacion habia podido comprender lo que veian sus ojos, en que su tierna alma se doblegaba á los prestigios del arte, la pintura fué el objeto de su sencilla admiracion.

Bien pronto abandonó los juegos de la infancia, y no encontró mas recreo que en los museos. Entusiasmado con su idea, el profesor Dumoncelle condenaba á César á hacer todo el dia grandes rasgos de pluma, en lo que solo encontraba una mediana diversion, cuando un dia en que habia admirado largo tiempo en el museo de Lila el sublime Cristo de Van-Dick, se dijo firmemente que seria pintor, y nada mas que pintor, costara lo que quisiera. En Ducornet la fuerza perseverante y la energía del hombre moral compensan ámpliamente lo que falta al hombre físico; así es que desde que tomó la heróica resolucion de dedicarse al arte, de que al parecer le alejaba mas la naturaleza, no dudó un momento en su porvenir; y para empezar sus estudios lineales, no hizo mas que figurar por el método de Callot, segun sus monotonos cuadernos de escritura. Esto no era todo lo que querian Dumoncelle y su vanidad de calígrafo, y el profesor se quejó; ¡pero admiremos la serie de casualidades con que la Providencia llena la vida de sus elegidos! Dumoncelle dió sus quejas de las faltas de escritura de su rebelde discípulo, precisamente á Watteau, entonces director de la escuela de dibujo de Lila. Watteau examinó atentamente aquellos rasgos, y el resultado de este exámen fué la admision de Ducornet en la escuela. Diez y ocho meses despues, César habia conseguido todos los premios.

Algunos años mas tarde, el duque de Angulema pasó á Lila; nuestro héroe — se supone que hablo de Ducornet — que acababa de obtener la medalla de plata en la esposicion de Donai, le regaló una bellísima copia de aquel Cristo de Van-Dick que le habia despertado su vocacion. El príncipe, sorprendido y encantado de encontrar un talento ya bien notable bajo un esterior tan estraño, propuso á César llevárselo á Paris. César lo rehusó, porque no queria separarse de su ciudad natal sin haber obtenido en ella el premio mayor. Su naciente ambicion se limitaba, como se vé, á resultados nobles y magnánimos. En el mismo año se cumplieron los votos del jóven pintor, y se puso en camino para Paris.

Paris, que merece verdaderamente tantos cánticos como sátiras; Paris, de que debiamos limitarnos á decir que se parece á una orgullosa beldad que tiene tantos vicios como virtudes, tantos caprichos como entusiasmos, tantas rarezas como pasiones, Paris acogió bien esta gloria naciente. Ducornet fué admitido en la Academia de bellas artes como discípulo de Gerard y Lethiers. Mereció y obtuvo, lo que es mas raro, una medalla de tercera clase; despues una de segunda; luego una pension en la lista civil, y por último el encargo por M. de Labourdonnaye, ministro de lo interior, de un cuadro que consiguió todos los votos, y que figura en la actualidad en el museo de Lila, y es *S. Luis haciendo justicias bajo una encina.*

En 1829 fué admitido al concurso del gran premio de Roma, y obtuvo el *accesit.*

Su cuadro de concurso *Jacob rehusando entregar su hijo Benjamin*, fué espuesto en beneficio de los pobres, al mismo tiempo que otros muchos cuadros, en una galería que despues se cerró.

Allí el lienzo de Ducornet dió lugar á una escena trágica entre un lord, entusiasta por las pinturas, y el guardian de la iglesia: lord B... miraba con admiracion al patriarca y su familia, cuando el guardian, que entre paréntesis no tenia mas que un brazo, y al que le atraia siempre hácia este cuadro una rara simpatía, emprendió la narracion de que se debia aquella obra á un pintor sin brazos. Lord B... á penas comprendió al principio; pero despues que se enteró, miró al atrevido con flemático desden y volvió á su silencio admirador. El conserge, creyendo que se habia esplicado mal, contó de nuevo su historia. Esta vez se dignó contestarle el lord; pero fué por medio de una elocuente puñada. Sorprendido tanto como amilanado por este argumento *ad hominem*, quiso replicar el guardian con su único brazo; pero el lord era gran retórico, es decir, muy robusto, y se desembarazó del impertinente por una conclusion rápida y sustancial, y salió furioso. Aquella tarde contó su aventura el lord en la mesa del hotel de Príncipes, y algunas personas le afirmaron que era cierto, con cuyo motivo se reprodujo su furor, y en aquella misma noche abandonó el hotel. Conocia algunos artistas en Paris, y fué á verlos al dia siguiente y les habló de Ducornet, y todos le repitieron lo mismo, ofreciéndole conducirle á su casa. El inglés se creyó entonces juguete de una vasta mistificacion, y abandonó á Paris en el estado de desesperacion mas lamentable.

Favoreciendo el sentimiento filial y de gratitud que Ducornet conserva á la ciudad de Lila, Luis Felipe le encargó en 1832 un retrato suyo para aquella ciudad. Pintando este cuadro fué cuando, incomodado por la ausencia de su padre, que siempre le acompaña, y no pudiendo alcanzar con el pié á lo alto del lienzo, asió violentamente el pincel con los dientes, y pintó de este modo por primera vez tan maravillosamente como lo habia hecho con el pié.

Lo que caracteriza sobre todo el talento de este estraño artista, es la poesía, la animacion, el pensamiento que domina en todas sus composiciones, y tambien la magnificencia del colorido que posee en sumo grado. Sus principales obras son: *los tratantes de esclavos*, en el museo de Arras; *el Tasso y Leonor; Fausto y Margarita; un episodio del sitio de Amberes; Enrique II en el castillo de Eu; Sidikamdan, ex-general aga de árabes en Argel; la Magdalena á los pies de Cristo; el interior de una iglesia; la muerte de Magdalena; Cristo en el sepulcro; el descanso de la Santa Familia en Egipto; San Dionisio predicando en las Galias; la vision de Sta. Filomena; el Credo; el general Negrier*, hecho despues de muerto este, y ofrecido á los artilleros de Lila. En reconocimiento de este presente, los artilleros han encargado á Ducornet el retrato de Saint-Leger, su comandante, el cual acaba de concluirse. Me falta añadir un *et cætera* á este glorioso nomenclator, porque seria muy largo citarlo todo.

En la próxima esposicion se admirará tal vez el cuadro que acaba en este momento nuestro pintor por encargo especial del ministro del interior: es *Gloria in altissimis Deo.*

Ahora que hemos contado los trabajos del pintor y bosquejado su historia, ¿no adivinais como yo el poder de la voluntad humana?... Ella ha hecho que este hombre que al venir al mundo parece que no tenia ningun elemento de existencia, haya llegado á crearse un porvenir, un talento, un nombre, una gloria! ¡Y esto, porque ha sabido querer como debe aprenderse á querer! ¿No es este el triunfo mas brillante de fuerza intelectual?....

Algunas palabras mas pintarán con mas exactitud á Ducornet: su estatura no tendrá probablemente mas que unos tres pies y medio; sobre un cuerpo de mediana fuerza, tiene una cabeza fuerte, pero hermosa; si debemos creer á la frenología, su organizacion es verdaderamente notable; su voz notablemente sonora, y su conversacion viva y espiritual, sembrada de agudezas y pensamientos felices.

Cuando un estrangero va á avisitarle por primera vez, se imagina

en razon á su rara configuracion que se hallará con algun espectáculo repugnante á la vista. Felizmente se desengaña desde el momento en que ve á Cesar con su pincel en un pie y la paleta en el otro. Su aspecto es verdaderamente pintoresco, y sabemos que muchas hermosas y de clases distinguidas vienen con frecuencia á verle y les agrada el conversar con él; en cuanto á mí, recibo siempre con verdadero placer y franca efusion en cambio de mi mano el pié de mi amigo.

Desde el nacimiento de Ducornet, no se ha separado su padre de su lado; sus dos existencias se han confundido realmente en una sola. Para no alterar la delicadeza de sus pies, el artista no debe andar, y su padre se ha encargado de llevarle siempre en brazos. Suple alegremente todo lo que puede faltar á su hijo. No es fácil ver al uno sin el otro; y el mayor disgusto de los dos ha sido la temporada del concurso para el gran premio de Roma, en que César tuvo que permanecer durante tres meses solo en una habitacion. Para decirlo en una palabra, es la encarnacion de la imágen de Victor Hugo.

Una alma en dos cuerpos.

El retrato que presentamos está dibujado en la madera *por el pié* del mismo Ducornet.

LA MONTAÑA MALDITA.

(TRADICION SUIZA.)

Aun no era llegada la estacion de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el mas riguroso invierno. Jamás se habia visto en Suiza un tiempo tan nebuloso y frio en aquella época del año. Marchitas aparecian ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; oíase silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románticas grutas, haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debian convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo; y se precipitaba ya por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, que á manera de vellon alfombraba el seno de muchos de sus mas fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores: en las de clima mas benigno, luchaba todavia la vejetacion contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquella iba á consumarse muy pronto. ¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasion de tan rigido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta que aun no vé concluida la humilde casita de madera que levanta con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos dias!

Mas nada les importa á los ricos la estemporánea crudeza de la estacion. Dígalo sino Walter Muller, el opulento propietario de la *Blümlisalp*, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos *chalets* (1). Dígalo Walter Muller, que guarda en sus graneros provision bastante para abastecer á un ejército durante un año de carestia, y que quema mas leña en sus cocinas y chimeneas en un solo dia, que la que ha menester Marta para construir diez casas, tres veces mayores que aquella que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos durante tan largo período de su laboriosa vida. Y sin embargo, Marta, la pobre anciana que aun no tiene techo bajo el cual abrigarse; Marta, la que ha pasado veinte años sirviendo asalariada en las queseras agenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los dias de su vejez, Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado con su leche, robustecido á precio de sus sudores! Marta espió con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasia á un pérfido y traidor amante, y está espiando todavia, despues de otros veinte años de abandono y de miseria, la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predileccion al desnaturalizado Walter. Esos veinte años que han pasado desde que dejó el lado de su madre, le han bastado para hacerse riquísimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blümlisalp; así como no se encuentra en toda Suiza montaña mas fértil y florida que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blümlisalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros dias (2). Pero Marta no osa llegar á la Blümlisalp, temerosa de desagradar á su hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y en contemplar á distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario. Desde que Walter dejó á su madre para entrar al servicio de un ganadero del pais, pocas veces han vuelto á verse de cerca. Marta habia consumido su modesto patrimonio en la crianza y educacion de aquel hijo, y cuando tuvo este quince años, y vió á Marta arruinada y escasa de salud, quiso buscarse por sí mismo medios de subsistencia, y aconsejó á su madre que imitando su ejemplo, se proporcionara trabajo en las queseras de sus vecinos. Marta lo hizo así para no ser gravosa á su hijo, y llena de gozo al saber, poco tiempo despues, la creciente prosperidad de aquel, sufria con paciencia todos sus propios trabajos y el disgusto de no ver sino muy de tarde en tarde al único objeto de su exaltado cariño. A medida que se acrecentaba la riqueza de Walter, se aumentaba tambien el frio despego con que miraba á Marta, y llegó á ser tan evidente para la pobre mujer el desabrimiento con que era recibida, que escaseó mas sus visitas á Blümlisalp, y últimamente se fué á servir á un ganadero que moraba á seis leguas de distancia, queriendo á toda costa complacer al ingrato á quien su vecindad desagradaba. Diez años despues, cuando ya era Walter Muller el primer propietario de la comarca, volvió Marta á aproximarse á la Blümlisalp, con la intencion, como hemos dicho antes, de construirse una casita con sus pequeños ahorros, y pasar sus últimos años cerca, ya que no al lado, de aquel tan amado como desagradecido hijo. Supo Walter la llegada de Marta, mas parecia olvidarse hasta de haberla conocido, y tan áspero fué el recibimiento que la hizo cuando volvió á verla despues de veinte años de no vivir á su lado, y diez de separacion absoluta, que la infortunada vieja, llena de timidez y de dolor, no se atrevió desde entonces á presentarse á su vista.

¿Era, por ventura, la avaricia la que inspiraba á Walter tan inconcebible conducta con la mujer á quien debia la existencia? ¿Temia acrecentar sus gastos llevando á su madre junto á sí para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni aun esta villana escusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blümlisalp. Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamás el íntimo placer de aliviar las desventuras agenas, gusta Walter de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanías, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa: si obsequia con un baile campestre á las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas en las que siempre se acredita de galan y rumboso: si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes de veinte leguas á la redonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta estravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y á la que ha mandado construir un establo tan estenso y tan rico que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposenta, como único dueño, el gallardo animal, por quien manifiesta el ganadero predileccion decidida; de él la sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres dedicados esclusivamente á su servicio; y en él la visita Walter todos los dias, haciéndola cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es frio y destemplado.

Jamás se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, en alguna de las muchas veces que vé á su ternera blanca tan magníficamente alojada; jamás al preparar los abrigos de la bestia favorita se le ha venido á la mente la miseria y abandono en que se encuentra aquella que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increible se hace semejante indiferencia en el corazon de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algun linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana, agriada por el infortunio, se haya vuelto regañona y arisca hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No; porque cuantos la conocen ponderan la blandura de su condicion, y los buenos modales que la distinguen entre la gente de su clase. ¿Será que los vicios de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! el gran pecado de aquella infeliz muger no es otro que su escesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Será que se avergüenza este de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que la castiga por una falta de que ha sido fruto él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud, aunque haya sido Marta tan escelente madre y haya espiado con tantos sufrimientos la culpa de su juventud, que se hagan inescusables semejantes sentimientos en el corazon de su hijo. Cualquiera, empero, que sea la causa, no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada vieja, y en el inclemente otoño, de que hemos hablado, se cuida mas de su ternera blanca que de la desvalida madre que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

(1) *Chalet* es el nombre que se da en Suiza, como en otra novelita hemos dicho, á unas casas de madera en que se aposentan pastores y ganados durante el mal tiempo.

(2) *Blümlisalp* significa *montaña florida ó floreciente*.

—Habito, decia jactanciosamente el propietario de la Blümlisalp, en la mas fértil montaña de todo el canton de Thun, y tengo en mi ganado la mas hermosa res que ha pacido jamás en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió un dia su vecino Nicolás Heber, porque tambien os ha dado la madre mas buena que existe en el mundo.

Walter se desentendió, y mas nunca desde entonces volvió á convidar á Nicolás á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era aquella una apariencia engañosa. —Mi Walter, solia decir, es algo raro: cualquiera creeria que no me amaba, observando su comportamiento, mas yo tengo pruebas incontestables de su secreta ternura. Cuando solo contaba ocho años mi adorado niño, fui postrada en cama por una larga y penosa enfermedad, y él se pasaba los dias llorando á mi cabecera: verdad es que desde entonces dió muestras de la singularidad de su índole, pues tratando una vez de consolarlo asegurándole que no padecia, que me encontraba mejor, me dijo con desenfado: —¿Acaso lloro por eso, ó porque desde que no trabajais no tengo merienda que ofrecer á mis amigos? —Y era, añadia la cándida vieja, que le daba vergüenza confesar su ternura, pues siempre ha sido muy reservado en este punto. En otra ocasion dí una gran caida bajando de un granero, y todo el dia se estuvo dando alaridos el pobrecito sin querer alimentarse. Siempre que referia Marta este segundo rasgo del cariño filial de Walter Muller, se olvidaba de advertir que habia ocurrido aquel suceso en el mismo dia en que se celebraba una gran fiesta en cierto lugar on cercano, y que á causa de su caida el chico se habia visto privado de asistir á ella como se le tenia ofrecido.

Algunas comadres solian preguntarle, maliciosamente, por qué tenia el capricho de no querer vivir con un hijo tan escelente como pintaba al suyo.

—¿Qué quereis? respondia Marta: por mucho que se quieran dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo de continuo, y él por su parte se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si llevando mas lejos la curiosidad, ó la barbarie, le preguntaban en seguida á cuánto ascendia la pension que le tenia señalada su opulento hijo para que pasase con comodidad y sosiego su achacosa vejez, contestaba con prontitud que le era tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas le permitian. Tengo lo necesario, añadia, y no he menester que Walter se prive de nada para dármelo á mi: bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la providencia; pero soy mas dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase colmada de sus dones una vejez ociosa, sintiéndome agil todavía.

Así se espresaba por lo comun la desgraciada madre, mas sufria mucho en su interior por el despego de su hijo, y se quejaba amargamente al cielo cuando podia hacerlo sin testigos. —¿Qué le he hecho, Dios mio, esclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra, y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?— En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurria á Marta que estaba escitando con ellas la indignacion de Dios contra su hijo, y solia interrumpirse bruscamente poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter.— Yo lo he echado á perder, bendito Dios, prorrumpia sollozando: yo soy la única persona criminal y digna de castigo. He sido una madre débil, y obrais con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le tomeis cuenta de él, Dios mio, porque no hace mas que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegacion de Marta no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casita estaba muy lejos todavía de encontrarse habitable. ¿Por qué no recurrir á mi hijo? se dijo últimamente á sí misma: acaso ignora que me hallo sin asilo; que paso estas frias noches guarecida por caridad de los pastores en algun establo de vacas. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladron, para verle de lejos cuando sale á cazar con su rico trage verde, con el que está tan hermoso? No por cierto: iré á abrazarlo con la confianza que debe tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez provino la frialdad con que me recibió cuando estuve á verle, hace dos meses, del enojo que le causaria el que me presentase tan uraña y tan encogida: hasta los criados se reian de aquella mi necia turbacion, que me daria sin duda el aspecto de una estúpida. Pues no: lo que es ahora iré con franqueza, con serenidad; diré en alta voz: ¡soy su madre!, y entraré sin esperar permiso, y me arrojaré á sus brazos, y le cubriré de besos, y le anunciaré que voy á vivir á su lado hasta que se concluya mi casita.—Venid en buen hora, me dirá: ¿qué otra contestacion puede darme? No es mi ánimo abusar de su bondad; se lo haré entender: no pienso alterar por mucho tiempo con mi presencia sus hábitos de solteron. Nos volveremos á separar tan pronto como yo tenga mi asilo, pero le confesaré que he gastado en construirlo todos mis ahorrillos, y me dará algo con que ir pasando. Nunca me he atrevido á decirle que estoy muy pobre, y que ya no puedo trabajar á causa del deterioro de mi salud y de la cortedad de mi vista. Esta vez le hablaré muy claro; se lo diré todo, y no será tan desnaturalizado como muchos lo creen: ¡qué dicha la mia si logro ver confundidos á todos los que censuran á mi hijo! si puedo decir en alta voz: ¡Walter Muller es un hombre de bien á carta cabada, y su madre tiene á orgullo el haberle dado la existencia!

Alentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta á visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el dia 26 de octubre, en que cumplian treinta y cinco años del nacimiento de aquel. Tambien el amor maternal tiene sus coqueterías, así es que la buena mujer pasó toda una semana preparando sus atavíos para aquella solemne y suspirada entrevista. Arregló lo mejor que pudo la saya de bayeta verde y el corpiño de pana que habia estrenado en el bautizo de su hijo, y que guardaba desde entonces como una preciosa reliquia.

—No hay para qué avergonzarlo, decia, presentándome á él como andrajosa mendiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el dia mas feliz de mi vida: el dia en que lo llevé en mis brazos al templo del Señor, para que recibiera la gracia del bautismo.

Llegado el 26 de octubre se hizo peinar Marta por una de las mas hábiles muchachas de aquellos contornos: colocó sobre sus cabellos grises, alisados y entretegidos con cintas de estambre, una gran cofia blanca con abultados follages; vistió su trage verde de corpiño negro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su baston de viage con regaton de hierro, y emprendió su marcha á la mitad del dia, despues de encomendarse á los santos de su particular devocion, y muy especialmente á la bienaventurada Vírgen.

Se proponia llegar á la casa de Walter en la misma hora que lo habia echado al mundo treinta y cinco años antes; mas hubo de apresurar sus pasos al observar que el dia, que amaneciera sereno, se iba anublando á toda prisa, comenzando á soplar un viento recio y frio que hacia en estremo desagradable y fatigante la ascension de la montaña.

Walter, mientras tanto reposaba de las gratas fatigas de la noche anterior, en que habia solemnizado con baile y opipara cena la víspera de su cumpleaños. Eran mas de las dos de la tarde cuando dejó por fin sus mullidos colchones, y viendo lo desapacible del tiempo, y que caia menuda, pero incesante lluvia, mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; pues desistia de su primera intencion, que era celebrarla con sus pastores en los bosquecillos que bordan todavía las amenas orillas del lago *Oeschi*. Por merced estraordinaria, y en gracia de la festividad del dia, admitió á su mesa el altivo propietario á sus criados favoritos, y duró dos horas el banquete con que le plugo refocilarlos.

¡Viva Walter! ¡viva el generoso ganadero de la hermosa Blümlisalp! gritaban los pastores al levantarse medio borrachos de la mesa; y el amo, que apenas habia probado los añejos vinos, ni los variados manjares, fastidiado ya de su propia opulencia, fué á tenderse bostezando en un ancho sillon cerca del fuego, mientras sus servidores lo encomiaban á porfía, tamboleándose unos, tiesos otros como postes, para dar prueba de que no les hacia efecto la calidad y cantidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos.— ¡Qué agradable es, dijo el ganadero, oir caer el agua y silbar al viento, estando al abrigo de un robusto techo, y al calor confortante de una buena chimenea!

—¡Pero qué desagradable debe ser semejante tiempo, respondió el pastor Franz que se habia acurrucado á sus pies, para los que no tienen ni techo ni fuego!

—¡Quita allá con tus reflexiones, borrachon! esclamó Walter: nunca falta techo y hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen que se haga mencion de ellos.

En aquel instante entró otro pastor á quien prestaban atrevimiento los vapores del vino.—Señor, dijo con lengua estropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablaros.

—¿Qué diablo se le ofrece? preguntó el ganadero acomodándose mejor en su gran sillon.

—Dice que es vuestra madre, replicó el beodo: querrá echar un trago á vuestra salud, y por San Beát que bien lo ha menester, pues está tiritando de frio.

El propietario de Blümlisalp se removió de nuevo en su sitial, como si le picasen chinches, y dijo luego con desabrido tono:—¡Pues bien! llevadla vosotros á la cocina y que se caliente y se refocile como mejor le parezca.

Obediente á esta órden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar á salir tropezando lo menos posible, cuando sin aguardar contestacion se presentó la vieja en aquella estancia, empapado

sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

—¡Señora! esclamó Walter: ¿qué venis á hacer aquí con un tiempo como este?

—Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mio, y la que te dió á luz en esta misma hora no debia dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

—Era escusado ese trabajo, replicó el ganadero sin ponerse en pié ni ofrecer silla á su madre: pero ya que os lo habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

—Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diente con diente y pudiendo apenas sostenerse: descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y es la única gracia que te pido, que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohin de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y espresó con una seña que permitia á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frio, á la fatiga y á la emocion de su alma en aquellos momentos.

—Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijo ásperamente Muller, subir la montaña en un dia tan malo: si algo necesitábais pudisteis decírselo á vuestra compadre Heber, que me vé con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo, era verte y oirte, hijo mio, repuso con timidez y turbacion la desgraciada madre.

—¿Y qué pensais hacer ahora? esclamó el ganadero: ¿cómo regresaréis á vuestra casa con un tiempo tan atroz?—No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harias la merced de recibirme en la tuya hasta que...—Walter no la dejó acabar la comenzada frase.—¡Imposible! esclamó: no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar mas de eso. Os daré algun dinero para que os proporcioneis asilo, pero debeis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza, la prestó momentánea energia, y con voz mas firme que hasta entonces, pronunció estas palabras.—¿Me arrojarás de tu hogar, á mí, á tu madre, en el mismo dia, á la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo para modelo de ingratitud y de barbarie? ¡Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios! gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan intempestiva visita. ¿Reconvenciones ahora?.. ¿cuál es la ingratitud que me echais en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arrojásteis al mundo no fué ciertamente por hacerme bien, sino porque era fortuita consecuencia de haberos vos divertido; y cuando á fuerza de trabajos he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, venis á recordármelo con impudencia, y me acusais de ingratitud porque no me postro á vuestros estravagantes caprichos. ¡Acabemos, señora! si quereis vacas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiqueis; pero dejadme tranquilo y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Cruel! ¡cruel! prorrumpió la anciana con indescribible acento: mátame y no me hables así. ¿Quieres afrentarme delante de tus criados?,... ¡Oh! ¡eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues! dijo con ademan imperioso el inhumano hijo.

—¡Walter! tornó á esclamar Marta: ¡tienes el corazon de un tigre! sin duda he cometido imperdonable delito al dar existencia á un mónstruo como tú.

—¡Marchaos! volvió á gritar Muller con gesto amenazador: no me obligueis á trataros como no quisiera. ¡Marchaos pronto, señora, y no volvais jamás á poneros en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, mas no se lo permitieron sus fuerzas, y perdiendo la dignidad que por un momento le prestaran la indignacion y el dolor, se abatió completamente hasta recurrir á la mas humilde súplica.

—¡No me arrojes de tu casa, hijo mio! dijo juntando sus manos. Mira, ¡ya es de noche! ¡está lloviendo... hace frio! ¡no me arrojes de tu casa á semejante hora, con este crudo tiempo! ¡ten compasion de tu madre! Perdóname si te he ofendido: yo te amo, Walter, como á las niñas de mis ojos... tú eres lo único que amo en este mundo: no seas implacable conmigo. Recuerda que te has abrigado en mis entrañas; que te has criado á mis pechos, y que he trabajado quince años para que nada te faltase. Si ahora soy un ser inútil, una vieja impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—¡Os he dicho que me dejeis tranquilo! ¡Vive Dios! esclamó el ganadero dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto á la pobre vieja, que se echaron á reir los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena. Marta, empero, no recobró con todo esto su cólera y su energia, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy lejos apenas sea de dia: me iré, Walter, te lo prometo, repetia la infeliz. Solo te pido que me dejes pasar la noche debajo de tu techo, aunque no sea mas que por ser aniversario de la primera que tú pasaste en mis brazos. Si no quieres verme me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, yo me iré con ella: dormiré á su lado, y te la cuidaré, hijo mio. Ya sé que es un gallardo animal que te merece cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedis! dijo Walter con una carcajada que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca!.. Tened entendido que ese establo es un palacio, segun lo llaman en el pais, y que reina en él, con propiedad absoluta y esclusiva, mi hermosísima ternera. Nadie entra allí, señora; nadie sino yo y los servidores de mi favorita: así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, antes que arrecie la tempestad y se haga mas oscura la noche.

Un silencio de algunos minutos sucedió á estas palabras; aun se reian los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento que aumentaba por instantes su espantosa violencia: de repente se pone en pie la anciana, cuya estatura parece haber crecido segun le presta magestad la espresion estraordinaria é imponente que adquiere de improviso toda su persona. A la rojiza luz que levantan en aquel momento los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniestros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que escapándose de la cofia se estienden empapados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear bajo dos cejas contraidas por la indignacion los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escarnecida, que se ha enderezado al fin vigorosa y terrible, con toda la energia de la desesperacion; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos luengos y flacos, y con voz tan entera y robusta que domina los bramidos de la tormenta: *Maldito seas!* pronuncia lentamente. *Malditas tus riquezas y la montaña que habitas.*

No dice mas: nadie osa responderle: todo queda sumido en pavoroso silencio, y ella sale de aquella inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso á quien acaba de entregar á la venganza divina.

La noche era profunda: la llovizna incesante; el viento penetrante y frio: Marta comienza, sin embargo, á bajar la montaña con paso firme, y á medida que va descendiendo, aquellas amenas laderas, tan celebradas por su fertilidad y lozania, se van cubriendo de un manto de nieve, que las envuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los pies de la vieja se asientan en el último recuesto, un estrépito horroso arranca de su tranquilo sueño á todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blümlisalp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al dia siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro y dolor un espectáculo estraordinario. *La Montaña florida* se habia convertido en horrible monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y de los enormes trozos de piedra desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del norte. Bajo aquellos fragmentos yacian sepultados tambien Walter Muller, sus casas, sus pastores y sus rebaños. ¡La destruccion habia sido completa!

Al pie de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradicion asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dió, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Mas en valde esperaron aquellas buenas gentes un año y otro año, un lustro y otro lustro que volviese á cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa *Blumlisalp*. Jamás desde entonces se han derretido sus perdurables nieves; jamás yerba alguna se ha visto florecer en sus escombradas laderas; jamás han vuelto á trepar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del pais á quienes sorprende la noche por aquellas cercanias, se santiguan compungidos y apartan la vista con terror de *la montaña maldita*. Sin embargo, todavía la designan los guias de Suiza con el bello nombre que antiguamente mereció, y del cual se pasman los viajeros cuando comtemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por ásperas vertientes, atronadoras cataratas. ¡Tal es el aspecto que presenta en nuestros dias *la montaña florida*, la célebre *Blumlisalp!*

G. G. DE AVELLANEDA.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VIII.

Todavía las bodas de la infanta doña María.

No bien habia llegado Luisa Sigea á su habitacion llevando en sus manos el perdon de Luis de Camoens, cuando le dieron la órden de pasar al cuarto de la infanta doña María.

Hallola pálida y abatida. Su tono, bien diferente del que habia empleado la víspera para despedir á la Sigea, tenia algo de doliente y de humilde.

Hízola señal de que se sentara, y apoyó la cabeza sobre la mano, como si quisiera reflexionar alguna cosa que temia decir. Por dos veces se movieron sus lábios para articular una palabra, y por dos veces quedaron inmóviles; por último hizo un esfuerzo y dijo:

—¿La persona á quien yo he denunciado está moribunda, no es verdad?

—¡Señora! esclamó Luisa espantada; ¿qué dice V. A.?

—Sí, al fin le denuncié, Luisa. Anoche escribí al inquisidor; esta mañana envié el oficio... estaba inquieta sin saber por qué; sentia como remordimientos... bajé al jardin para respirar el aire fresco, y... ¡Virgen Santa!... ¡el suelo estaba regado de sangre!... Llamo á los guardias... pregunto... era la sangre de un noble caballero asesinado tras de la verja...

—¿Pero ese caballero?...

—Don Mariano Enriquez.

—¡Dios mio!

—¡Ay! al saber esto corrí desatentada á encerrarme en mi gabinete, y he estado como loca hasta que me resolví á llamarte. Es preciso, Luisa, vengar á ese desgraciado. Es preciso pedir al rey el castigo del asesino. Yo que he tenido valor para denunciar á un buen caballero; yo que por un escrúpulo de la conciencia exigente lo he espuesto á ser quemado vivo, yo no debo tener piedad contra su asesino, y quiero que se le castigue, y que tú misma vayas á pedir justicia al rey: justicia para un compatriota, para un español.

—¡Señora! respondio Luisa con voz sombría. Lo que ordena vuestra alteza es imposible de conseguir: yo no puedo pedir el castigo del agresor...

—¡Luisa!

—Porque el agresor es Luis de Camoens, y acabo de alcanzar su perdon.

—¿Y eres tú, mujer cruel, la que dijiste amar al español? esclamó la infanta mirando con sorpresa y con indignacion á su maestra.

—Yo, señora, la que le amo.

—Sí, continuó doña María con una amarga sonrisa; el amor de la filósofa, de la sábia... está herido, está moribundo, y corres á los pies del rey á pedirle el perdon de su asesino porque es un poeta. ¡Mísera vanidad de la gloria que sobreponeis á la justicia! Está bien, perdone el rey al asesino; yo apelo al tribunal de Dios.

—Señora, me juzgais sin oirme. Yo ignoraba quién fuese el herido por la mano de Camoens, y pedí al rey su perdon porque me lo rogó una dama, y porque Luis de Camoens necesita la vida y la libertad para gloria de vuestro reino...

—Pero ya que sabes que él es culpable...

—Iré tambien á llevarle el perdon. Señora: mi mano, rebelde para escribir la denuncia de un español, es dócil para trasmitir el perdon de un portugués.

Yo no obedezco á los príncipes cuando estos quieren perder á un inocente; pero sirvo á los reyes cuando quieren salvar á un culpado. No quise hacer daño al que amaba; pero quiero hacer bien al que me ha hecho daño.

Dichas estas palabras con la noble firmeza de la virtud, Luisa Sigea esperó á que la infanta la despidiese para ir á llevar el perdon á Camoens; pero la infanta, con los ojos bajos y entregada á una meditacion profunda, parecia haberse olvidado de esta ceremonia.

Un largo espacio estuvo Luisa de pie, hasta que doña María pudo acordarse de que esperaba sus órdenes, y entonces movió la cabeza para despedirla, y se halló frente á frente con el infante cardenal que estaba detenido á la puerta del gabinete.

Salió Luisa, y doña María recibió á su hermano con una sonrisa glacial.

—El obispo de Agda, dijo el infante cardenal, vendrá dentro de media hora por vuestra respuesta.

—¿Para qué, D. Enrique? ¿No es el rey el que ha formado estas bodas? O mejor dicho, ¿no es el embajador el que las ha ordenado?

—Pero el sí debeis darle vos, hermana mia. El embajador debe saber que vuestro enlace es voluntario.

—¡Hipócrita política, hermano mio! no solo se dispone de la mano de los príncipes, sino que se les obliga á que mientan. ¡Preferible es la hoguera del Santo Oficio, porque al fin allí la víctima puede morir diciendo la verdad: yo tengo que vivir diciendo la mentira!

—¿Quién sabe, hermana mia, si amareis á D. Felipe?

—Nunca; he visto su retrato. Su perfil me asusta.

—¡Es posible!...

—Hay algo de siniestro en la mirada de mi primo. Aun en la copia aterra su fisonomía. ¿Qué será en el original?

—Espero, doña María, que vuestra preocupacion se desvanezca cuando le conozcais.

—Espero, D. Enrique, de la proteccion de Dios, que no ha de llegar la hora de conocerle.

—¿Osareis rehusar?...

—Yo no rehuso nada; seré como siempre, dócil: pero vereis como mis bodas se desbaratan.

—Hoy aceptais y mañana partimos.

—¡Mucho confiais en mi desgracia!

—¡Mucho temeis de la fortuna!

—¡Fortuna será que quede libre!

—¡Desgracia será que no os saluden reina!

—¡Corona de martirio!

—¡Corona de gloria!

—¿Sois ambicioso, hermano mio?

—Me predijo una hechicera que seria rey, hermana mia, y mandé quemar á la hechicera.

—¿Porque no se habia cumplido su augurio?

—Porque no se cumpliera.

—¿Pues cómo quereis que sea yo reina, temiéndolo vos?

—Porque seriais una buena reina en España y yo un mal rey en Portugal.

—Lisongero estais á fé mia.

—Os hablo ingenuamente; es muy difícil ser sucesor de D. Manuel el Grande: su memoria hace á D. Juan pequeño.

—Mas difícil es aun llevar con magestad una corona donde asombró al mundo con la suya doña Isabel la Católica.

—Sí, es verdad: doña Isabel fué muy grande. A ella se debe la institucion de nuestro Santo Tribunal.

—¡Ay! ¡ojalá que entre tantos gloriosos hechos como tuvo su reinado, no contáramos ese...

—¡Justo Dios! ¿qué oigo, doña María? ¿vos pensais así? ¿me engañan mis oidos?

—¡Horribles hogueras donde se abrasan las criaturas!...

—¡Silencio, silencio! ¿criaturas llamais á los hereges?

—Yo os he visto llorar, hermano mio, cuando se ha verificado un auto de fé en que se quemaba á los hereges.

—¡Oh! porque yo tampoco soy perfecto, hermana mia: porque yo tambien soy débil algunas veces.

—Porque sois bueno; porque os horroriza como á mí aquel ruido que hacen las llamas al devorar las carnes de los infelices; porque os despedaza las entrañas ver sus gestos cuando el fuego quema sus tuétanos...

—Basta, basta: no me recordeis esas escenas. Son precisas, son justas, son para gloria de Dios; pero no las recordemos...

—Sí, es preciso recordarlas; porque puede haber algun inocente á quien vos logreis salvar. ¿Qué ha sido, hermano mio, de mi denuncia contra el español?

—El tribunal os ha declarado buena católica.

—Gracias, D. Enrique... ¿pero á él?...

—Era ya necesaria una prueba de estas para rehabilitaros: para que el embajador de España quedase satisfecho del celo con que los príncipes portugueses ayudan al Santo Tribunal. Cortesanos imprudentes habian comprometido vuestro nombre haciéndoos aparecer protectora de un idólatra.

—¿Y han absuelto?...

—De un idólatra digno del mas severo castigo...

—¡Qué he hecho! esclamó la infanta cruzando las manos.

—Vuestro deber.

—¿Y le condenareis?

El infante cardenal guardó silencio; pero harta respuesta era el ceño que anubló su semblante.

—¿Le condenareis? repitió la infanta con voz trémula. ¡Ah, si así fuese, D. Enrique, tendria derecho para execrar al tribunal, porque él es inocente!

Una sombra todavía mas oscura cubrió el rostro del infante cardenal; miró fija y severamente á su hermana un largo espacio, y luego la dijo con una voz que por la primera vez no parecia armoniosa y blanda como lo era, si no destemplada y dura.

—Vuestra razon estraviada os está haciendo proferir tan grandes desatinos, que si vos que formais la palabra sin acuerdo del oido, os pudiérais á vos misma oir, os morderiais la lengua. Reponeos, doña María, y abandonad un asunto estraño, que debe seros indiferente, para ocuparos de lo que corresponde á una ilustre princesa. El embajador no puede ya tardar: que os halle serena.

Los lábios de la infanta temblaron con una violenta sonrisa, y una palidez siniestra cubrió sus megillas.

—Don Enrique, no temais que falte á mi deber, contestó con dignidad; pero decidme qué castigo preparais al reo.

—La hoguera, señora.

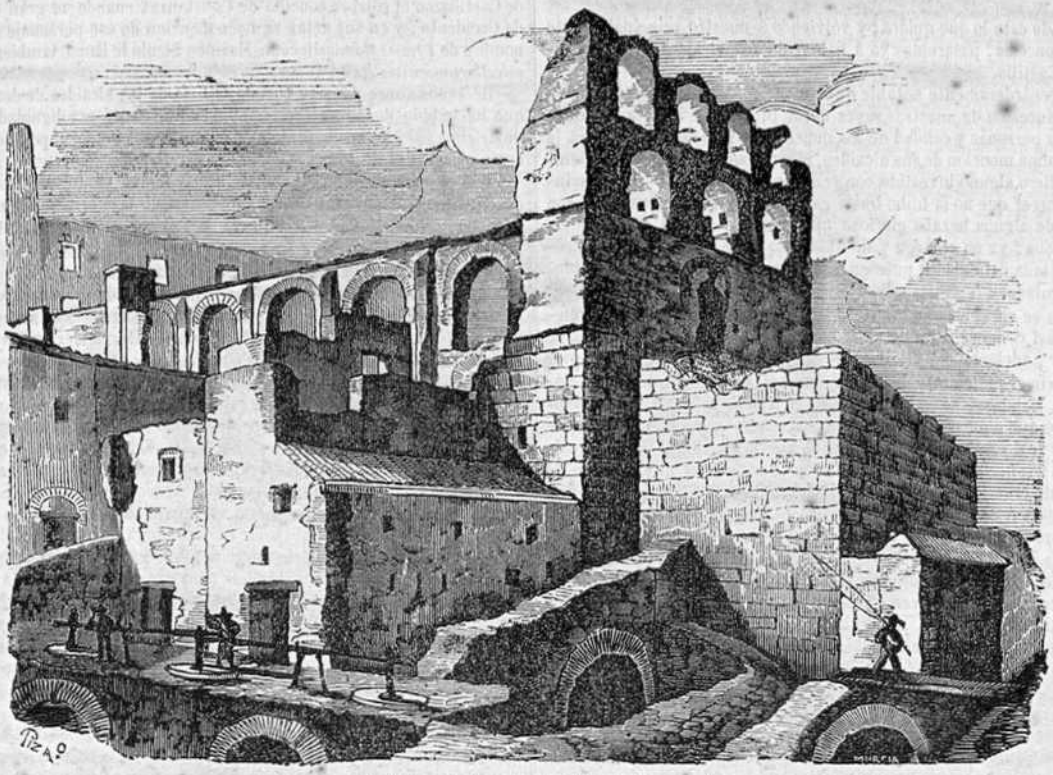
—Gracias, respondió la infanta haciendo todavía un esfuerzo para sonreir.

Oyóse en esto anunciar al obispo de Agda.

Entró el prelado: doña María se levantó y fué á tomar su mano, pero faltó tierra á sus pies, luz á sus ojos, vida á su corazon, y cayó exánime.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Ruinas del Artificio de Juanelo.)

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

Aunque ya han desaparecido, al menos tales como antes se conocian, mucha parte de las antiguas dignidades seglares de Castilla y Leon, habiendo solo quedado como títulos de honor y distincion en las casas en donde en un principio radicaron; sin embargo, no es tan despreciable su recuerdo que no merezca un lugar preferente en la historia y en las columnas del SEMANARIO. Las altas funciones de estos dignatarios, los hechos de armas y otros notables acontecimientos que van unidos á sus nombres é ilustre descendencia, no dejan de llamar la atencion, mucho mas hablándose de épocas antiguas, donde todo es interesante y curioso.

Comenzaremos en este artículo nuestro trabajo por la dignidad de alcaide de los donceles, radicada hoy en la ilustrísima y gloriosa casa de Córdoba, y su actual poseedor en una de sus infinitas ramas el Excmo. Sr. duque de Medinaceli, como descendiente del primero que obtuvo aquel honor y señalada preeminencia.

La palabra *doncel*, derivada segun algunos de *dominus* ó *domicellus*, diminutivo de señor; y segun otros, y es lo mas probable, de *adolescens*, significa *jóven* ó *mancebo*, y se aplicó desde el siglo XII, que es cuando comienza á sonar en nuestras historias, á ciertos jóvenes de casas ilustres que desde su tierna edad comenzaban á servir de pajes á los reyes, y despues, quedándose con ese nombre, los acompañaban en la guerra, lo cual hizo creer á Salazar de Mendoza, en su obra de las *Dignidades seglares de Castilla y Leon*, que los donceles no eran pajes de los reyes, y sí gente de guerra, aunque criados en su palacio.

Ya en los tiempos de D. Enrique I, que sucedió de corta edad en la corona á su padre D. Alonso, se hace mencion de los donceles que le acompañaban y asistian, y en cuya compañía murió desgraciadamente, jugando con ellos, por motivo de su corta edad. Así se espresa su crónica, y lo consigna Argote en su *Nobiliario de Andalucía*: «Jugando (D. Enrique) conforme á su edad con sus donceles, uno de ellos, del linage de Mendoza, tirando una tejuela á una torre, dió en el tejado de una casa, del cual cayó una teja que hirió en la cabeza al rey, de lo que dentro de diez dias murió.»

Los donceles ó pajes de los reyes fueron siempre personas ilustres y de las mejores casas de Castilla. En nuestras historias consta que lo fué de D. Enrique III, llamado el Doliente, el célebre D. Pedro Niño, conde de Buelna, de quien hay crónica escrita; D. Alvaro de Luna, gran privado de D. Juan II, que terminó sus dias en un cadalso, y el acreditado escritor mosen Diego Valera, fuéronlo tambien del mismo rey.

En esta misma época, el tener donceles á su servicio, considerados en cierto modo como pajes, no era privativo de los reyes; pues en el testamento del cardenal D. Gil de Albornoz, otorgado en Viterbo el 29 de setiembre de 1364, y que trae copiado Juan Ginés de Sepúlveda, hay una cláusula que dice así: «Item mando á cada uno de los doncelos sesenta florines; á los otros oficiales y palafreneros mios y á los pajes de los oficiales, á cada uno treinta florines, etc., y á cada uno de los pajes de los garzones quince florines.»

Con motivo de crear D. Juan II á su primogénito D. Enrique príncipe de Jaen, y darle el señorío y jurisdiccion completa de toda esa tierra en calidad de feudo y mayorazgo, por su grande importancia como fronteriza á los moros que por allí hacian sus invasiones, sobre lo cual se despacharon las provisiones necesarias en 20 de octubre de 1444, segun asegura el citado Argote, entraron en servicio del príncipe muchos jóvenes de la nobleza de Andalucía, entre los cuales se cuentan como mas notables, y como criados en su palacio y casa, D. Beltran de la Cueva, que fué su gran privado despues que llegó aquel á ser rey; D. Miguel Lucas, condestable de Castilla; D. Juan de Valenzuela, gran prior de San Juan, y otros muchos que seria largo enumerar.

Ya que incidentalmente se ha tocado este punto, advertiremos á nuestros lectores que observen de paso que la singularidad de haber obtenido nuestros príncipes herederos en la corona el feudo y señorío

de Jaen y su territorio, á semejanza del de Asturias, que aun se conserva vinculado, es noticia poco conocida y rara, quizá por la razon del corto tiempo que duró esta investidura; pues en la sucesion siguiente ya no se hace mencion de semejante mayorazgo, que caducó sin duda por no haber tenido hijos Enrique IV, quien anteriormente habia disfrutado, antes de heredar la corona, tan honrosa preeminencia.

Sea de esto lo que quiera, y volviendo á nuestro principal asunto de los donceles, pasaremos ya á hablar de sus alcaides, como dignidad de Castilla.

Es verdaderamente notable que, mencionándose poco ó mucho en toda la sucesion de nuestros reyes desde D. Enrique I hasta D. Alonso XI las personas y calidad de los donceles de palacio, no se haga la mas mínima mencion de sus alcaides, ni se encuentre en todo ese tiempo caballero alguno investido con semejante dignidad, lo que nos induce á creer que no la hubo hasta esa época, y que se instituyó con motivo de alguna hazaña gloriosa que realizase alguno de la familia de Córdoba, ya en el largo y notable sitio de Algeciras, ó en la célebre batalla del Salado; pues en ese linaje ha quedado desde entonces vinculada.

Nada se encuentra en nuestras leyes de partida relativo á esa dignidad, así como se trata en ellas estensa y menudamente de las de canciller, adelantado y merino.

El primer rastro que de ella se encuentra, dice el eruditísimo Salazar de Mendoza, es en el reinado de D. Alonso el XI, en cuya crónica se lee que dió ese título de *alcaide de los donceles*, con el cargo de capitanear á estos y de dirigirlos en la guerra, á Alonso Hernandez de Córdoba, señor de Cañete, sin que conste la ocasion ni el motivo de semejante creacion.

En esta época debia ser numeroso el cuerpo de los donceles, é importante el cargo de su alcaide, pues figuran bastante en las campañas de su tiempo. En la citada crónica de D. Alonso, cap. 283, tratándose del mencionado Alonso Hernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, y de su jóven, aunque selecta milicia, cuando estaba en el sitio de Algeciras, se lee lo siguiente: «Este alcaide y estos donceles eran homes que se habian criado desde muy pequeños en la cámara del rey y en la de su merced, y eran homes bien acostumbrados, é habian buenos corazones, é servian al rey de buen talante en lo que les el mandaba, é estos fueron comenzar la pelea contra los moros, é eran fasta ciento de á caballo que andaban á la guerra.»

En el reinado de D. Juan II fué alcaide de los donceles Martin Hernandez de Córdoba, quien mereció ser nombrado embajador del rey de Castilla en el célebre concilio de Constanza, cuando el gran cisma de Occidente, y en sus actas se hace mencion de ese personaje con el nombre de *Proses domicellorum*. Marineo Siculo le llama tambien *Domicellorum custos*.

Réstanos ahora dar una sucinta noticia de los alcaides de donceles que ha habido desde su creacion hasta que entró esa dignidad en la ilustrísima casa de los duques de Medinaceli, sus actuales poseedores, como marqueses de Comares.

Fué el primero que obtuvo este cargo, como ya dejamos apuntado, D. Alonso Hernandez de Córdoba, hijo de D. Fernan Alfonso de Córdoba, señor de Cañete, Paterna y Luecheś, progenitor de los marqueses de Priego.

Por no haber tenido sucesion, siguió en el empleo y fué segundo alcaide su hermano mayor, D. Diego Hernandez de Córdoba, y tuvo este oficio en tiempo del rey D. Pedro, de cuyo servicio se separó por haber éste dado muerte á su primo Gonzalo Hernandez de Córdoba, uno de los valerosos caballeros de su tiempo, y encomendado su ejecucion á D. Martin Hernandez de Córdoba, maestre de Calatrava.

Sucedióle D. Martin Fernandez de Córdoba, su hijo, en la dignidad de alcaide y señoríos de Espejo y Chillon que aquel habia comprado al conde D. Sancho, hermano de D. Enrique II, y del que se fundó mayorazgo en 1375. Este caballero fué valeroso en las campañas militares, como lo acreditó en las de Antequera, Ronda y Setenil contra los moros, donde hizo hazañas de capitan famoso en los tiempos de D. Juan II, cuyo embajador fué, como ya queda apuntado, en el concilio de Constanza celebrado para la eleccion de pontífice y terminacion del cisma, acompañándole para ese fin D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla.

(Concluirá.)



Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Cabeza dibujada con carbon por Miguel Angel en la Farnesina.)

CURIOSIDADES DE ROMA.

DIBUJO DE MIGUEL ANGEL EN LA FARNESINA.

El banquero siennés Agustin Chigi, de cuya familia nació el Papa Alejandro VII á mediados del siglo XVII, hacia construir á principios del XVI en el barrio de Trastevere en Roma una elegante casa rústica, frente de la cual se elevó treinta años despues en la ribera opuesta del Tiber el palacio de los Farnesios, que se llamó la Farnesina, cuando le compraron estos príncipes con la idea de reunirle á su morada por medio de un puente. Agustin Chigi empleó en decorar su casa los pintores mas famosos que vivian en Roma al principio del pontificado de Leon X. El maestro por escelencia de la escuela de Sienna, el Sodoma, pintó en el piso principal una sala en que se admiran algunas hermosas cabezas de mujer y un fuerte colorido en una composicion demasiado pronta y descuidada; pero el pincel de Rafael es el que ha inmortalizado esta casa. El artista divino ha adornado el piso bajo con grandes figuras mitológicas que prueban la variedad de su genio, y al mismo tiempo la perfeccion. En la bóveda de la primera sala representó la historia de Peygneo en dos grandes tarjetones, que completan y acompañan diez pechinas. Estas pinturas, ejecutadas en su mayor parte por Julio Romano, son mas admiradas por lo magnífico de sus dibujos que por sus tintas, algunas veces un poco encendidas y duras. En una segunda sala Rafael pintó sobre la pared y como en un cuadro, ese famoso Triunfo de Galatea, que ha sido tan reproducido por los grabadores, y en el que se encuentran reunidas todas las raras cualidades de un maestro, la belleza de espresion, el estilo del dibujo, la armonía de la composicion y la dulzura de las tintas. Lo que, sin embargo, domina es una maravillosa finura de concepcion y de lineamiento que, aunque sin blandura, parece mostrar la perfeccion de la gracia amable y la obra maestra de un genio femenino.

Otros pintores, amigos ó rivales de Rafael, Daniel Votterre, Sebastian Piombo, y hasta el mismo Baltasar Perucci, arquitecto de la casa, compusieron los accesorios de la decoracion de esta sala. Estos debian pintar la bóveda y las ventanas que coronan las paredes. Se cuenta que yendo un dia Miguel Angel al casino de Agustin Chigi para ver las obras de su discípulo Daniel Valterre, como no le encontrase y no quisiera perder el tiempo esperando, subió en una escalera, tomó un pedazo de carbon y trazó en lo alto de la pared, en uno de los tarjetones en blanco, esta gran cabeza, que es tan bella como la misma Galatea. Parece que es una cabeza de esclava, imitada de algun fragmento antiguo y colocada allí como para sostener la bóveda bajo cuyo peso se inclina y permanece agoviada. El vigor de los rasgos negros de que está formada, la magnitud de sus proporciones, su aire pensativo y enérgico contrastan fuertemente con la dulzura y elegancia de los pinceles de Rafael. ¿Será por dar con este contraste un elocuente reproche á las imágenes delicadas y voluptuosas de su jóven rival por lo que Miguel Angel ha impreso así sobre las mismas paredes la marca de su enérgico sello? Así se ha dicho, aunque sin darse pruebas que convenzan.

Si se quisiera alejar toda idea de mezquinos celos, y establecer entre los dos artistas mas eminentes de los tiempos modernos un combate de métodos y de genio, parece que se podrian encontrar buenos argumentos para probar que al trazar un enérgico bosquejo en las paredes del casino de Chigi, Miguel Angel deseaba dejar en el taller en que se habia ilustrado Rafael como una tarjeta y un heróico desafío. Lo que allí hizo Buonarotti se parece singularmente á una anécdota que se lee en la vida de los pintores de la antigüedad y que él habia comentado. Acaso no será inútil el unir las dos narraciones.

El Rafael de los griegos, Apeles, desembarcó de la isla de Rodhas y quiso ver á Protogenes, que de simple embadurnador de navíos habia llegado á ser uno de los mas famosos pintores del Archipiélago. No encontrando en casa á este rival, que él habia contribuido á sacar del olvido, y que eclipsaba á todos los artistas de la antigüedad por la perfeccion estudiada de sus dibujos, tomó un pincel, y por seña de su venida trazó con el color de un cuadro todavía en blanco un rasgo estremadamente fino, y se marchó. Protogenes vino, y al mirar aquel rasgo, esclamó: ¡Apeles ha estado aquí! y humedeciendo el pincel en otro color, trazó en el mismo rasgo de su rival otro aun mas delicado, y á su vez se retiró. Volvió Apeles, y no queriendo ser vencido, con un color nuevo cortó los dos rasgos primeros por otro tan fino, que no pudiera hacerse mas.

El cuadro en que estaban los tres trazos casi imperceptibles á la vista, trasportado despues al Palatino, fué colocado en casa de Augusto en medio de las mejores obras del arte como una maravilla.

En estos rasgos Perraut veia simples líneas; el conde de Caylus

vé por el contrario verdaderos dibujos de trazo; Plinio, que nos ha conservado un recuerdo, dice que se admira allí la tenuidad hasta que puede llegar un trazo; pero Miguel Angel, innovándolo todo sobre los antiguos, les ha estudiado con un detenimiento profundo, se ha ocupado de estas líneas juzgadas de tantas maneras, sosteniendo que la antigüedad debia estimar sobre todo la estrema precision de los contornos. No seria estraño que esta historia, que él sabia tambien, se le presentase en la memoria al visitar las pinturas de Rafael. Acaso haya querido vencer á Protogenes, oponiendo á la precision de los trazos flébiles y graciosas del Apeles moderno la precision no menos grande de sus líneas mas vigorosas y enérgicas.

De la apreciable obra que con el título de *Monografías de Santiago* publica el señor don Antonio Neira de Mosquera, tomamos el siguiente curiosísimo artículo, que al mismo tiempo puede servir como muestra del interés del libro del señor Neira.

EL ARMAMENTO ESCOLAR.

1663—1665.

Los corrillos eran el periodismo político de los pueblos en el siglo XVII. De esta suerte á la aproximacion de un suceso estraordinario el concurso de las calles se aumentaba y la concurrencia á las cátedras se aminoraba. El estudiante era involuntariamente el periodista de esta época.

En una de las mañanas frias y nebulosas de octubre, veinte y siete dias despues del 30 de setiembre, un número estraordinario de estudiantes se agolpaba á la puerta de la universidad de Santiago. La agitacion de los ánimos se revelaba en los semblantes, y alguna empresa grave preocupaba á los sostenedores del *vacuus* y del *caput-mortuum*. No se trataba empero de asistir á la fiesta de S. Pedro Mártir, ni celebrar la funcion de Santo Tomás en el convento de Santo Domingo, ni recordar al gremio de zapateros el cabildo del lunes, ni apagar las linternas de los aficionados á tertulias, ni *elidir* la cátedra para una pedrea en Santa Susana, ni azuzar al anochecer á los escribientes de la Quintana. La juventud en todos tiempos ha optado á la casualidad por la alegría ó el dolor cuando llega hasta su corazon voluntarioso el eco insinuante de la gloria.

En este dia los estudiantes de Santiago esperaban un verdadero acontecimiento en el siglo XVII: formaban *concilio* olvidándose de Bartulo y de Lombardo para esperar un mensajero que no se atrevia á llevar el nombre de posta porque no remudaba caballos ni contaba con carreteras provinciales.

El arzobispo de Santiago D. Pedro Carrillo de Acuña dirigia desde Redondela á la universidad compostelana una carta reclamando que le auxiliase la *gente secular* que concurria á los estudios á semejanza de los estudiantes de Salamanca que se habian organizado en milicia *con cabos del mismo cuerpo de la universidad*. El objeto de este armamento era la defensa de la frontera de Monterey, villa ya conocida en la historia general de España por el concejo celebrado en 1366 por D. Pedro el Cruel, contra la invasion de los portugueses que habian ocupado la atalaya de Goyan.

Un movimiento general de espansiva alegría circuló desde los estudiantes de *mínimos* hasta los *bachilleres en decreto*, lo que equivale á decir que recorrió el entusiasmo la escala de las facultades menores y mayores. En los aplicados se echaba de ver el noble y elevado pensamiento de la gloria: en los perezosos se reconocia el egoista y árido impulso de la vida trashumante. Ninguna *tésis* académica desde Aristóteles á Cousin fué acogida con mayor aceptacion: ningun argumento *pro academia* recibió un *concedo* mas escolasticamente afirmativo. Ni el mas pequeño é imperceptible *distingo* se abrió paso entre los colegiales de Fonseca y S. Gerónimo. A los *actos académicos* sucederian los puestos avanzados, y los catedráticos en cánones y teología serian los gefes de esta milicia estudiantil.

A la mañana siguiente el bedel de la universidad fijó en la puerta de los claustros del estudio un edicto firmado por el rector D. Jacinto Boado y Montenegro, en el cual se ordenaba «que se cerrasen las cátedras y que todos los estudiantes que cursaban en esta universidad se alistasen debajo de su bandera para que pudiesen ganar el curso haciéndolo asi como si á ella cursaran, y que los que no lo hicieren, no lo ganasen.»

El armamento escolar de 1663 se estendia á los estudiantes de gramática del colegio de la Compañía y á los de artes del convento de S. Agustin. Los religiosos irlandeses de la misma compañía habian ofrecido sus colegiales para completar las fuerzas espedicionarias de Santiago.

Habia *punto* en las cátedras, y la concesion de una tregua inesperada entre el estudio y la giropa era solemnizada por los estudiantes con un *paseo* por la ciudad. Esta costumbre se remontaba á los tiempos del estudio viejo. Los catedráticos seguian á larga distancia la comitiva estudiantil para evitar los proverbiales desórdenes del tricornio, y los discípulos se convenian por medio de una rápida inteligencia en cambiar la direccion del paseo, ya formando un peloton que goteaba estudiantes en una callejuela sin salida, ya esparramándose cada cual por las calles con el azoramiento de una bandada de cuervos sorprendida por una jauria de perros.

Las calles de Santiago se veian ocupadas por una hilera interminable de manteos. Las *facultades mayores* y *menores* se subordinaban al pensamiento general de *aprovechar la mañana*. Epigramas á los tenderos, livianas galanterías á las damas, silbidos á los postigos entreabiertos, risas á los escribientes, agresiones violentas á la copa de los sombreros de los transeuntes y corrillos en rápida circulacion para desvanecer la vista de alguna ama de canónigo ó arquero de ánimas: hé aquí la esplicacion terminante de un *paseo* de estudiantes, sin perder en la cuenta el murmullo áspero y monótono de dos mil pies en lento movimiento sobre un empedrado costanero y desigual.

Las tiendas se cerraban y las celosías se entreabrian. A primera vista parecia que los habitantes de la ciudad ocupaban un lazareto: los soportales estaban desocupados y las ventanas permanecian cerradas. Habia la *peste* de los *codios* por las calles de Santiago. Los mandaderos de los conventos y los escribientes de la Quintana revolvian por una plaza apartada para no entregar á mano airada un plato de mantequillas ó una escritura de partijas escrita en letra de protocolo, y las señoras de prolijo manto sobre su piocha mal batida, verdadera piocha de mañana, que se dirigian á la misa mayor de la catedral, y los caballeros de empolvada coleta y escaso sombrero que se encaminaban á la librería-imprenta de *Antonio Frayz*, esquisita repostería de novedades á mediados del siglo XVIII, visitaban á deshora á su compadre ó á su cirujano para evitar los epigramas macarrónicos de algunos estudiantes de *medianos*. Era de ver el mohin desagradable que el observador podia sorprender en la fisonomía avinagrada de los vendedores de lienzos y paños, al distinguir la cadena interminable de estudiantes que rozaban las bayetas de sus manteos en los soportales de la Azabacheria.

En esta época las casas de Santiago se aproximaban á medida que subian: el piso segundo era una verdadera cornisa del primero. Los voladizos se asemejaban á una especie de artolas domésticas, y las habitaciones superiores se daban cierto aire á las bohardillas de Madrid. Los vecinos de una calle tenian diversos meridianos, de manera que para las tiendas anochecia á las cinco de la tarde, para los pisos principales á las seis, y para los pisos segundos á su hora natural, á las seis y media. Debajo de los soportales se desconocia el crepúsculo. La oscuridad llegaba á guisa de toldo.

El *paseo* de los estudiantes subia del Arco de palacio á la Azabacheria. Desde los valadizos de esta calle angosta y costanera parecia la comitiva estudiantil un hervidero de cabezas. Una sola persona habia salido á la puerta con su gorro de velludo en la cabeza y sus gafas de asta engastadas en su prolongada nariz—era Antonio Frayz, el librero de la Universidad. Una salva de aplausos siguió á su aparicion en la calle.

—*Salve bibliopola Frayz.*

—*Scholares incipientes te salutant.*

—*Tyrones te salutant.*

—*Togati te salutant.*

Frayz doblaba la cabeza en señal de reconocida correspondencia.

Despues de los estudiantes de gramática llegaron los *bachilleres* en cánones y leyes, y el librero de la Universidad llevó las manos hácia su gorro, como persona sorprendida por una ráfaga de viento. Los estudiantes de *carrera mayor* preferian los epigramas á los conceptos rebuscados. El latin ya era poca cosa para ellos.

—Abajo el alquiler de cuadernos.

—Y el empeño de libros.

—Y las cópias de preguntas.

—Y los formularios.

—Y los espurgatorios.

—Y los elencos.

—Y los registros en blanco.

Frayz escuchaba sin inmutarse ni volver la cabeza á las acusaciones acaloradas de los estudiantes, las cuales ni aun tenian el mérito de ser pronunciados en latin breviarista ó ciceroniano para que no las comprendiesen los vecinos de la libreria.

Entretanto un componedor de relojes que se acercaba á las estrellas para buscar el meridiano con mayor comodidad habitando una pequeña bohardilla, y un cirujano romancista que no dejaba con vida gato

alguno de la vecindad para comprender en su chiribitil la circulacion de la sangre, se decian santiguándose con melancólica resignacion:

—Vecino, bien he pronosticado ayer del cambio de la luna..... tenemos mal tiempo.

—Los cuervos anuncian tempestad.

—Me temo mucho que haya tambien pedrisco....

—Tengo para mí que sí.... ayer noche me ha dicho en confianza el vendedor de higas de enfrente con referencia al sacristan de Sta. Maria Salomé que lo habia oido á un mozo de capilla del hospital.... ¿oye V., vecino?

—Sí... estaba observando la catalina de este reloj.... diga, diga V.

—Pues bien: hay malas nuevas de Monterey....

—¡Diablo!

—Aquello va de mal en peor.

—¡Qué me dice V.!

—Lo que V. oye.

—Es decir que.....

—Ni mas ni menos.

—¡Oh!... la cosa es grave.

—Y tanto.

—Hoy he de ver á un continuo del colegio y averiguaré la causa de este *paseo*.

—Tal vez sea la llegada de algun mensagero ó la leccion de algun colegial. ¿Se acuerda V. del motin habido cuando vino el Sr. Marqués de Valparaiso por hacer una leva obligatoria entre los estudiantes?

—Es verdad.

—Estudiaba yo *mínimos*.... y me acuerdo como si fuera hoy..... Hace veinte y un años.... Y sin ir mas lejos, en el año pasado de 1649 el Rector se vió obligado á cerrar las puertas del Estudio por los desórdenes que habia promovido la *lectura* de un colegial de S. Clemente dentro de la Universidad.

A la sazon la campana del reloj de la catedral suspendió á los comerciantes en sus cuentas, á los transeuntes en sus negocios, á los escribientes en sus traslados, á las señoras en sus conversaciones y á los artesanos en sus labores. Eran las 12 de la mañana: cada cual se descubria y rezaba á media voz. El relojero y el cirujano se despidieron de una mirada, y en lo interior de sus habitaciones escucharon las treinta y tres campanadas de la *María* en conmemoracion de los años del Salvador.

Los estudiantes se habian reunido en la plaza del Campo despues de *pasear la ciudad*. En esta ocasion aplazaban sus antiguas costumbres para celebrar el armamento organizado por los doctores de la Universidad. La gloria fermentaba en aquellas cabezas cargadas de argumentos *pro parte afirmativa* y *pro parte negativa*. Si por acaso acertase á sonar una mala caja de tambor, marcharian en peloton hácia la *Rocha-vieja*, distinguiendo á los portugueses, cuando menos, en el cerro del *Humilladero*. Entonces valia mucho el corazon.

El armamento escolar anticipaba la estacion de *vacaciones* para la tranquila y reposada ciudad de Santiago. La salve del hospital no seria interrumpida; en los pórticos de Sto. Domingo y de la Catedral no se renovarian los escándalos del dia de S. Pedro Mártir y de las tinieblas de la Semana Santa; las puertas de las casas no presentarian á la madrugada carteles injuriosos; la pedrejosa calle del Sequelo no serviria de cita á los *estudiantes menores* para convocar para el lunes á los entretenedores de calzado; el Rector de la Universidad y el Asistente de Santiago no se dirijirian oficios ceremoniosos sobre la inmunidad de jurisdicion; los cepillos de las ánimas, colocados en las puertas de las iglesias, no aparecerian reunidos á la madrugada delante de la casa del hermano mayor de la cofradia, y las vigas de las obras públicas no servirian de arietes para llamar á la porteria de algun convento ó levantar delante de la casa-cuartel de los seis soldados y un cabo que servian de guarnicion á la ciudad, un andamio de viciosa esplicacion para la buena inteligencia entre militares y estudiantes.

Santiago anticiparia la estacion del reposo: el *curso* se suspendia merced á la invasion armada de los portugueses en el territorio de Galicia. Las *parrandas* de los estudiantes que al son de la vihuela cantaban letrillas alegres y decidoras, los corrillos tumultuosos que se resistian á la ronda del Alcalde ó que seguian de lejos al Rector de la Universidad cuando iba de *visita* de posadas y casas de juego, y las chanzas provocativas empleadas con los rosarios nocturnos de las cofradias, se interrumpirian durante el armamento escolar capitaneado por el Rector del colegio de Fonseca. Ahora caminarian sin maliciosas interrupciones algunas luciérnagas gigantescas que se removian trabajosamente por las calles de la ciudad bajo la penumbra de una noche de invierno: eran otros tantos *lyones* del siglo XVII que *iban de tertulia* con su linterna de vidrio cóncavo en las manos. Tal vez hasta el próximo *S. Lucas* volveria al silencio y á la inaccion el proverbial y misterioso barrio de *Pitelos*, verdadero *barrio latino* de Santiago, el cual enviaba cada mañana á la Universidad por la puerta angosta de Mazarelos mas filósofos que un congreso de sábios alemanes, mas canonistas que un concilio y mas juristas que una aldea de Galicia.

Los estudiantes de *menores* habian seguido á los de artes, y los de artes á los juristas y canonistas. Si el primer peloton se hubiese encaminado hácia el monte de la Almasiga ó el campo de Sta. Susana, arrastraria de la misma manera á una línea interminable de tricornios y manteos. Existia una atraccion involuntaria entre los estudiantes, y aunque se ignoraba el lugar y objeto de la reunion, se sabia de cierto que no *habia cátedras*, y este hallazgo compensaba el movimiento desordenado de la comitiva estudiantil.

De pronto se marca un círculo en medio de la plaza: los mas próximos alejan las distancias, los que siguen se ensanchan y los últimos se prensan entre sí. En medio de este oleage oscuro de manteos se destaca una figura escuálida y macilenta que puede representar á la vez el genio ó la holgazaneria. Es el Br. Cordido que levantando en alto su veleta de paño deshecha por los bordes se declara gefe de la milicia universitaria. Un sepulcral silencio sigue á la aparicion del Br. Cordido sobre los bordes del antiguo pilon de la fuente. Las miradas de sus compañeros se fijan en su fisonomía con picaresca malicia. A las miradas siguen las risas. Aun no domina al auditorio.

Recorre entonces con sus ojos maliciosos los cuatro ángulos de la plaza, y en desagravio de la iniciativa poco respetuosa del concurso vuelve á colocar el tricornio sobre su cabeza, y cansado de estar como los naturalistas antiguos entre el agua y la tierra, baja al suelo pronunciando este final académico con voz estentórea: *Dixi*.

Desde Ciceron hasta Mirabeau el mejor apóstrofe de la elocuencia antigua y moderna no ha merecido una ovacion mas espontánea y solemne. Los tricornios al aire y las palmadas reciben en triunfo esta sonora palabra de gusto eminentemente escolástico: el Br. Cordido alcanza dominar la atencion irreverente de los estudiantes. Los círculos apiñados de la plaza del Campo vuelven á estender sus líneas, esparciendo los grupos sobrantes por las calles cercanas del Preguntorio y de la Azabachería.

El *paseo* de los estudiantes vuelve á recorrer las calles de Santiago, y á la mañana siguiente se dirigen al pátio de la Universidad para recibir las instrucciones de sus gefes militares.

En el claustro de catedráticos y doctores del 1.° de noviembre se ordena que cada uno de los estudiantes alistados reciba de alimentos dos reales diarios «por el tiempo preciso—son las palabras testuales del acta—que será un mes poco mas» y se nombra al P. Mtro. Fr. Gregorio de Otero, de la órden de Sto. Domingo y Catedrático de prima teología, confesor de la compañía escolar con el sueldo de un ducado diario. En el claustro anterior se habia acordado que se hiciesen para los estudiantes las cajas de tambores y una bandera con las armas del arzobispo Fonseca.

En el claustro de 7 de Noviembre de 1665 se resuelve por segunda vez el armamento de los estudiantes de Santiago. Auxiliados los portugueses por las tropas enviadas por Cárlos II, que habia vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, renuevan las hostilidades contra la frontera de Galicia y se reorganiza la milicia escolar compostelana con esta cláusula esplícita y terminante: «que se le pase el curso al que constare haber ido á la compañía, y ninguno curse en otra parte con apercibimiento que no se le pasará y dello se despachen editos.»

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

SEBASTIAN DEL PRADO.

Fué uno de los mas famosos actores dramáticos del siglo XVII. Llamóse su padre Antonio del Prado, y su madre doña Isabel Ana, señora muy celebrada por su hermosura.

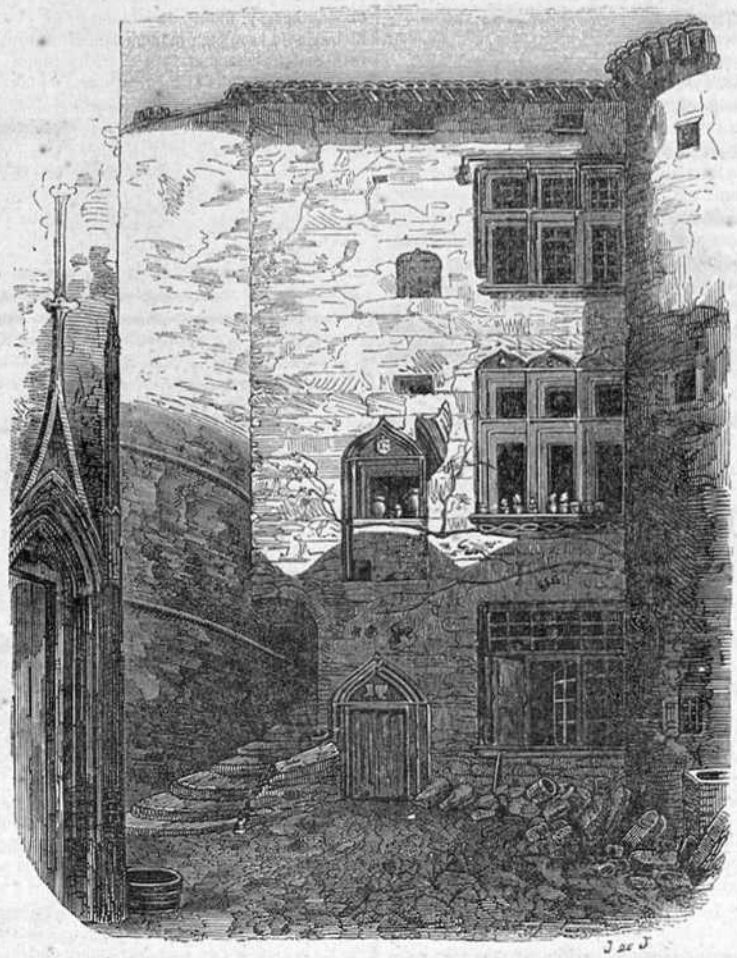
Casó Sebastian del Prado con Bernarda Ramirez, actriz estraordinariamente aplaudida en la parte de dama.

Tenia Sebastian del Prado figura elegante: sus talentos como actor y sus honrados procederes le conquistaron el aprecio general. Señoras y señores de la primera distincion se esmeraban en obsequiarle. Rival de Alonso de Olmedo en la parte de galan, se formaron en Madrid dos partidos, cada uno de los cuales llevaba el nombre de su actor predilecto.

Autor de compañía, pasó á Francia con la comitiva de la Infanta doña María Teresa, hija de Felipe IV, cuando esta señora fué á casarse con Luis XIV. Representó en París, con su compañía, comedias españolas, como se representaban por aquel tiempo, glorioso para nuestra lengua, en Flandes, Nápoles, Milan y Cerdeña.

Regresó á Madrid Sebastian del Prado con un nombre aplaudido y famoso en el estranjero, donde se le admiró y apreció aun mas que en España.

Rico, contento y universalmente estimado, sucumbió al dolor de haber perdido una esposa á quien idolatraba; y renunciando entera-



(Una casa notable de Candia.)

mente á la profesion brillante que bajo todos aspectos halagaba su amor propio con repetidos triunfos é inmarcesibles laureles, trocó las pompas del mundo por la austeridad del claustro, tomando un hábito en el año 1675. Se ordenó de Sacerdote, y pasando á Roma á asuntos de su religion, murió en Liorna en 1683.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO IX.

El perdon de Camoens.

El calabozo donde habian encerrado á Camoens era tan estrecho que apenas habia espacio para que el prisionero diera tres pasos en él. Mas anchuroso fué ciertamente el que dimos nosotros á Cervantes, y esta consideracion me obliga á rectificar las palabras que dije, en uno de los capítulos anteriores, acusando á los portugueses de ser tan ingratos como nosotros. Nosotros no somos tan ingratos, porque aunque encarcelamos á Cervantes, no lo hicimos en un recinto de tres pasos de longitud, si no de seis ú ocho por lo menos, donde su pensamiento podia espaciarse imaginando y escribiendo *novelillas*. Yo no recuerdo que á ningun ingenio ni á ningun héroe le hayamos dado jamás calabozo tan estrecho como los portugueses á Camoens. El de Fr. Luis de Leon era por cierto una bóveda de las mas hermosas que habia en las cárceles del Santo Tribunal, no obstante que carecia de luz y estaba llena de savandijas: pero en la que si no se podia escribir se podia pasear. Cristobal Colon se quejaba de la pesadez de los hierros que le pusimos, pero nunca de la estrechez de su prision; y por lo que hace á Hernan Cortés, si le parecia su estancia reducida era porque estaba acostumbrado á los campos del Nuevo Mundo, donde jugaba con los indios á los imperios de Méjico.

Quede, pues, completamente probado que nosotros hemos tenido siempre para los grandes hombres calabozos mas grandes que los portugueses.

Ya dije que era mezquino el que por segunda vez á los veinte años ocupaba el *príncipe de los poetas*, y no acabamos de entender cómo serian los que se destinaban á los *poetas vasallos;* porque claro está que el *príncipe* habia de tener el mejor, ó no se llamaria *príncipe*.

A pesar de eso, Camoens le habia tomado cariño á aquella cueva húmeda donde pululaban las arañas, y donde no resonaba jamás otro ruido que el que hacian las ratas sobre el pavimento sembrado de papeles. Le habia tomado cariño porque habia vivido en él antes de ahora por espacio de cinco meses, merced á las intrigas de sus enemigos, y porque en él habia escrito la mayor parte de sus canciones. Pequeño como era aquel calabozo, contenia no obstante, ademas de las arañas y de las ratas, cuatro ó seis libros forrados en pergamino, un tintero y un jarro de agua. Sentábase Camoens en el suelo, para mayor honra de las musas, colocaba delante los cuatro ó seis libros, y continuaba aquella hermosa elejía que comienza

O sulmonense Ovidio desterrado...

á tiempo que se abrió la puerta de la cárcel y apareció una dama.

Levantóse Camoens mudo de sorpresa, y dió para recibir á la dama los tres pasos que únicamente podia dar.

—Señora, la dijo con galanteria, perdonad si recibo en este aposento á la mas bella de todas las poetisas; por la primera vez recuerdo con envidia los palacios donde pudiera ofreceros gabinetes en que las savandijas no me disputaran el honor de recibir vuestra visita.

—Camoens, respondió la Sigea, para las almas llenas de afliccion

no es el palacio mas grato que la cárcel, y si en esta hay savandijas, en aquel hay alimañas.

—Pero vos, señora, no debeis ser la afligida, ni esas alimañas han de volverse contra vos. Seria harto injusto el destino.

—Poco importa mi bueno ó mal destino, Camoens: el deber me trae aquí para daros en el vuestro el alivio que habeis menester.

—Gracias, señora, vuestra visita es en efecto el mayor alivio...

—No es mi visita, Camoens, es vuestro perdon el alivio de que os hablo.

Camoens cruzó los brazos y se encogió de hombros.

—¡Mi perdon! Bueno es porque me le traeis, pero me es indiferente.

—¿No estimais la libertad?

—Cuando la poseo hago uso de ella; cuando la pierdo no pugno por recobrarla: necesítola ahora para dar unos cuantos reveses á unos cuantos villanos; pero como de seguro los he de dar, y los que he dado estos dias me han quitado el tiempo de escribir, aprovechaba los momentos de mi prision para hacer versos.

—Mala ocasion es esta para mí, Camoens, de alabar vuestro valor, y por eso no seré lisongera; pero seré generosa y os perdonaré esos *reveses*.

—No os comprendo, señora.

—Ni os pese de ello. Básteos saber que estais en libertad.

—¡Oh! ¡no! necesito saber el sentido de vuestra queja.

—No daré esplicaciones.

—¿En qué he podido ofenderos? decid, decid, y con mi propia vida...

—Seria inútil. El mal está ya hecho. Heristeis á un caballero, os metieron en esta prision y vuestra dama os ha libertado...

—¡Mi dama!

—Catalina de Attaide.

—¡Ha sido ella!

—¿Pues quién podia ser?

—¡Ah!

—Recibid de su mano este presente, continuó la Sigea entregándole el perdon del rey, y partid para la India, donde el cielo os proteja.

—Gracias, señora, pero os juro que no partiré antes de saber la pena que os aflige y la culpa que he tenido en ella. Yo herí á un hombre que saltaba la verja de los jardines: pero en esto no he podido ofenderos, porque era un villano como todos los que me envia el conde. Yo, cuando este me sorprendió en el jardin, debí matarle; pero Catalina se habia echado á sus pies, y aquel impío quedó convertido á mis ojos en un altar. Necesito que esté lejos de Catalina para darle á él mismo las cuchilladas que sus criados han recibido en comision.

—¿Es ese el uso que pensais hacer de la libertad que os dá su sobrina?

—Teneis razon, señora; tomad y devolved á su sobrina este perdon.

—No, Camoens, haceos superior al odio que os domina, y partid adonde os llama la gloria.

—Decidme antes en qué os ofendí.

—Ya dije que os habia perdonado.

—Rechazo esa misericordia, porque no conozco mi crímen.

—Bien, adios.

—Eso no: voy á seguiros hasta que averigüe la razon de vuestra queja.

—Mañana parte la flota, y apenas teneis tiempo de hacer vuestros preparativos. No os descuideis.

—La flota partirá sin mí, porque si en ello me fuese la fortuna la abandonaria para ocuparme en el desagravio de una dama.

—Adios vuelvo á deciros.

—Y yo repito que os seguiré.

La Sigea salió del calabozo, y Camoens tomó precipitadamente su sombrero de ala ancha, apuntado con una pluma negra, y echó á andar tras ella, sin cuidarse de recoger los papeles esparcidos por el suelo.

Atravesó Luisa los estrechos callejones de la cárcel, y Camoens tambien. Al pasar por uno de ellos vieron á Juan Meurcio, y la Sigea le saludó; pero Camoens no le hizo caso: á pesar de esto el fraile se llegó á él y le dijo con una sonrisa pérfida señalando á la Sigea.

—¡Sea enhorabuena!...

—¿Qué os importa á vos? contestó Camoens sin mirarle.

—Nada absolutamente, replicó el familiar haciendo un gesto de humilde resignacion.

—¡Ay de vos, añadió el imprudente poeta tirándole de la capucha, si osais interpretar las acciones de una dama honrada!

—¡Libreme Dios! repuso con una mueca hipócrita Juan Meurcio.

—Es que vos sois enemigo de esa dama, y no es la vez primera que la habeis calumniado.

—Acusadme como gusteis, jóven: mas hiel tragó Jesucristo.

—¡Profanacion es en vuestros lábios ese santo nombre! esclamó Camoens indignado.

—Hablad mas bajo, advirtió el fraile, porque si os oyen...

—¡No temo á nadie! gritó Camoens.

—Vamos, concluyó Juan Meurcio, sois un poeta y no hay que haceros caso. Seguid á la dama no tope con algun villano.

—Teneis razon, los hay en Lisboa hasta bajo la cogulla.

Dejó Camoens á Juan Meurcio y aceleró el paso; pero la Sigea habia desaparecido. ¡Vive Dios, iva diciendo entre sí el poeta, que he de tener que arrancarle la cogulla!... pero ¿y la poetisa, dónde se ha escapado? Y es preciso hallarla y la hallaré... No hay remedio... me dirijo á palacio, y suceda lo que quiera... Lo malo es que pudiera toparme con el conde, y como no traigo espada, desperdiciar la ocasion de provocarle...

Así pensando llegó á palacio, subió resueltamente la escalera principal, y se dirigió al departamento de las damas sin hacer caso de los guardias que le querian estorbar el paso.

Entretanto Juan Meurcio penetró hasta el calabozo donde habia estado Camoens, con el objeto de ver si, como el poeta acostumbraba á hacerlo en todas partes, habia dejado olvidados sus papeles.

Halló en efecto un paquete y algunos pliegos esparcidos por el suelo, algunos de los cuales habian sido ya medio devorados por las ratas.

Echó sobre ellos Juan Meurcio una ojeada y vió que la mayor parte eran canciones amorosas. En un papel lleno de roeduras se leia por intervalos:

..... ó acompanha
Nos .....
.....banha
..... figura .....
A vida .....
... bem que ..... possuia.

Y en otro pedazo de papel tambien roido continuaba:

De aquí me voy .....
..... erguido .....
.....da rede o .....
Depois de farto ya .....

—¡Oh! esclamó el fraile. *¡Depois de farto ya!*

Estos versos eran de la elejía que habia empezado á escribir durante su prision, y cuyo trozo completo decia:

(1) Do sua doce musa *ó acompanha*
Nos soidosos versos que scrivia
E los lamentos con que campo*banha*
Dest'arte me *figura* a fhantasia
A vida con que morro desterrado
Do *bem que* en outro tempo *possuia*.
De aqui me voy con paso sosegado
A un outerio *erguido* e alli m'assento
Soltando *toda rede o* á mi cuidado
Depois de farto ya de meu tormento.

—*¡Depois de farto ya!* repetia Juan Meurcio con envidia, bien ageno de creer que la *fartura* aquella fuese de *tormento*, y no poco gozoso de hallar esta ocasion para acusar al poeta interpretando sus escritos y la visita de Luisa Sigea.

Porque hay en todas las córtes hombres que viven de calumniar; *calumniadores de oficio*, como el verdugo, como el sepulturero que friamente matan á una criatura y la amortajan y la echan en la fosa.

Confieso que con harto disgusto me he decidido á hablar en mi novela de este personage histórico el mas odioso de cuantos contienen las historias; pero es imposible tratar de Luisa Sigea sin que aparezca á su lado la funesta sombra que oscurece injustamente el clarísimo resplandor de su fama.

Los hombres que entienden el latin dicen que hay escrito en este dificilísimo idioma un libro infame que fué atribuido á Luisa Sigea; pero luego añaden que este libro habia sido escrito por un fraile llamado Juan Meurcio, con el intento de desacreditar á las poetisas. Busqué entonces en los manuscritos antiguos noticias de este fraile, y supe que habia vivido en Lisboa.

Registré los archivos portugueses, y hallé por fin los documentos que necesitaba para arrojar á la execracion de las escritoras el nombre de este impostor.

Mi alma, destemplada por la indignacion, pierde esta vez su natural indulgencia para vindicar el honor de una dama ilustre, maestra de príncipes, noble doncella, esposa respetada, y madre amorosa.

(1) Obras d. Camoens, elegía tercera.



(Entrada de los penitentes en Angers:)

Ese abismo de perdicion que han abierto algunos hombres egoistas y perversos para hundir las reputaciones de las damas que se adelantan á conquistar la gloria, es preciso cegarlo con la tierra de sus mismos cuerpos, y el de Juan Meurcio es el primero que rueda hasta la profundidad llevándose consigo la ignominia de sus libros apócrifos.

(*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.

DIGNIDADES ANTIGUAS DE CASTILLA Y LEON.

ALCAIDES DE LOS DONCELES.

(*Conclusion.*)

De su primera mujer, doña María Alonso de Argote, tuvo por hijo y sucesor á D. Diego Hernandez de Córdoba, cuarto alcaide de los donceles, que sirvió al mismo D. Juan II en todas las guerras de su tiempo. Hallóse en la tala de la Vega de Granada en 1431, y sucedióle en la casa

Martin Fernandez de Córdoba, señor de Lucena, Espejo y Chillon, y quinto alcaide de los donceles, floreció en tiempo de Enrique IV. Casó con doña Leonor de Arellano, del tronco principal de la casa de los marqueses de Priego, y fué su primogénito y sucesor

Don Diego Fernandez de Córdoba, sesto alcaide de los donceles, se distinguia como esforzado guerrero en la época de los reyes Católicos. Este fué el que en compañía de D. Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, prendió en una batalla, en 21 de abril de 1483, á Mahomat Baudelin, rey de Granada, llamado el Chiquito, que venia á sitiar á Lucena, por cuya victoria orlaron ambos sus armas con las banderas que allí ganaron, y la imágen del rey moro preso con una cadena de oro, como se vé aun en los blasones de los señores de esas casas, en cuartel inferior á las tres fajas rojas en campo de oro de la casa de Córdoba.

Por este y otros muchos y señalados servicios concedieron los reyes Católicos á este caballero el título de marqués de Comares para sí y su descendencia. Tuvo por hijo y sucesor á

Don Luis Fernandez de Córdoba, sétimo alcaide de los donceles, y segundo marqués de Comares, quien floreció en tiempo del emperador Cárlos V, y se distinguió en las guerras de su tiempo. De su mujer, doña Juana Pacheco, hija del señor duque de Escalona, tuvo por heredero y sucesor á

Don Diego Fernandez de Córdoba, octavo alcaide de los donceles y tercer marqués de Comares, á quien llamaron el Africano porque nació en Oran, siendo su padre gobernador y capitan general de aquellas posesiones. Casó con doña Juana Folch de Cardona, duquesa de Cardona y Segorbe, por lo cual gozó D. Diego de estos títulos y de la condestablía de Aragon á ellos aneja, y tuvieron por hijo y sucesor á

Don Luis Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, quien murió aun viviendo sus padres, sucediéndoles en la casa su nieto don Enrique Fernandez de Córdoba, Folch de Cardona y Aragon, duque de Cardona y Segorbe, noveno alcaide de los donceles y cuarto marqués de Comares. Murió en 1640, sirviendo á los reyes D. Felipe III y IV. De su mujer, doña Catalina Fernandez de Córdoba y Figueroa, hija del marqués de Priego, tuvo por hijo á

Don Luis Ramon Folch de Cardona, Aragon, Fernandez de Córdoba, décimo alcaide de los donceles, quinto marqués de Comares, y duque de Segorbe y Cardona. A falta de varon, sucedió en todos estos estados y dignidades

Doña Catalina Antonia de Aragon Fernandez de Córdoba, casada

con D. Juan Francisco, Tomás, Lorenzo de la Cerda, octavo duque de Medinaceli, de cuya union, entre otros hijos, lo fué D. Luis de la Cerda Aragon, Folch de Cardona, Fernandez de Córdoba, noveno duque de Medinaceli, Cardona, Segorbe, etc., décimo alcaide de los donceles, y sesto marqués de Comares, desde cuyo tiempo hasta el presente ha quedado radicada esta dignidad, como inherente al marquesado de Comares, en la casa de Medinaceli, que la cita entre sus honoríficos títulos y prerogativas, debiéndose considerar esta como una de las principales que posee, y un glorioso timbre de la casa y apellido de Córdoba, tan ilustre en los fastos de Castilla.

COSTUMBRES NOTABLES.

Seria curiosísimo un libro que tratase acerca de los usos y costumbres adoptadas por las naciones: referirémos algunas de las mas singulares y caprichosas.

Las mujeres romanas se ocupaban particularmente en hilar. Caya Cecilia, mujer de Tarquino el Anciano, pasaba por la mas hábil hilandera de su tiempo. Con este motivo se estableció una costumbre que prueba bien la influencia del ejemplo. Una recien casada, al poner el pié sobre el umbral de la puerta de la casa de su marido, respondia á aquel que le preguntaba su nombre: Me llamo *Caya*, esto es, *buena hilandera*.

En los siglos remotos, despues de la muerte de los reyes de Egipto, los pueblos que habian sido sus vasallos, hacian el exámen mas severo sobre su conducta. No se les concedia la sepultura sino setenta dias despues de su fallecimiento; y se les privaba de ella, cuando un solo vasallo contradecia, aun en un solo hecho, el elogio pronunciado por el gran sacerdote. Los particulares estaban sometidos despues de su muerte al mismo exámen de parte de sus parientes, de sus amigos y de sus vecinos.

En los primeros siglos de la iglesia la volatería era tenida por alimento de pescado: esta opinion estaba fundada en el texto del Génesis que dice que el Señor crió los peces y las aves el dia quinto, y en el cuarto los animales cuadrúpedos. San Benito en su regla solo prohibe á sus monges la carne de los cuadrúpedos. Y San Colombiano permite en la suya á sus frailes la carne de las aves á falta del pescado. Los monges griegos la comieron hasta el siglo X. ¡Y la *famosa* bula de la Cruzada permite comer aves en España en muchos dias de la cuaresma!

Era costumbre en otros tiempos, arrojar desde las bóvedas de los templos el dia de pascua de Pentecostés sobre los asistentes á las sagradas ceremonias, estopas inflamadas que representaban las lenguas de fuego que cayeron sobre los apóstoles cuando Jesus les envió el Espíritu-Santo. Inmediatamente despues que se entona el *Veni Sancti Spiritus* soltaban porcion de palomas que revolteaban sobre las cabezas de los fieles, las cuales representaban al Espíritu-Santo.

Habia entre los galos una ley que prohibia á todos los jóvenes cortarse las barbas y los cabellos, hasta tanto que se hubiesen distinguido en alguna batalla, matando á algun enemigo: entonces podian hacerlo, habiendo pagado á la patria el derecho de su nacimiento.

En la isla de Rodas, en la América Septentrional, cuando se casa la viuda de un hombre que ha dejado muchas deudas, es menester que ceda á sus acreedores cuanto posee, quedándose solamente con la camisa que tiene puesta, debiendo verificar su matrimonio sin llevar mas que este ligerísimo traje: si no lo hace de este modo, los acreedores estan autorizados á despojarla sin misericordia alguna de cuanto tiene, antes que pase á segundo matrimonio, no quedándoles derecho alguno contra el segundo marido. Queriendo pasar á segundo matrimonio la mujer de uno que habia dejado muchas deudas, salió en camisa de su casa, y encontrando antes de llegar á su futuro esposo, que la traia varias ropas, la dijo á presencia de los que la acompañaban, que aquellos vestidos eran un préstamo que la hacia; de este modo evitó que sus acreedores despojasen enteramente á la novia.

En la isla Formosa se hacen las bodas sin ceremonia alguna: pero con una buena fé que nada tiene de bárbaro. Cuando un jóven está enamorado, pasea frecuentemente por delante de la casa de su querida, y la obsequia entonando algunas canciones: si agradan á la doncella, sale esta, le toma de la mano, y declara que le elije por su esposo; sin necesidad de dote, ni del consentimiento de sus parientes. El nuevo marido viene inmediatamente á establecerse en casa de ella, trayéndose todos sus bienes, y es despues el apoyo de su suegro. Asi las hijas no son gravosas á sus padres en estos climas; por lo que mas desean tener hembras que varones.

MONTEROS DE ESPINOSA.

Oficio honorífico de la casa de nuestros reyes; tuvo principio este honroso empleo en tiempo de D. Sancho Fernandez, conde de Castilla, quien por la lealtad grande que tuvo un escudero suyo, avisándole de una traicion que se trataba contra su vida, lo heredó en *Espinosa de los Monteros*, dándole el privilegio de hacer la guardia de noche y de dia á la persona de los condes, en el cual sucedieron todos sus descendientes; y como en aquellos tiempos hiciesen con el oficio de guardas el de *monteros*, ó buscar y perseguir la caza en el *monte*, etc., fueron llamados *monteros de Espinosa*.

Para obtener ese empleo necesitan probar ser naturales de aquella villa de Castilla la Vieja, y descendientes de aquel escudero, etc.

El gefe de los *monteros de Espinosa* se llama *montero mayor*, y es uno de los oficios y cargos mas preeminentes de la casa real.

Antiguamente los *monteros* hacian la guardia de las personas reales en cualquier parte que se hallasen de noche y de dia; pero desde el reinado de Felipe I no ejercen su empleo sino de noche, durmiendo en una pieza inmediata á la cámara del rey, á quien asisten al tiempo que se desnuda, y cierran la puerta del dormitorio y guárdan la llave, velando cuatro de ellos toda la noche por turno hasta el dia, que abren las puertas.

En el cuarto de la reina asisten en una antecámara, recibiendo de la azafata, que cierra la puerta, las llaves, y hacen vela toda la noche en la misma conformidad.

Guardan tambien los cadáveres reales desde que se ponen de cuerpo presente en la cama de parada hasta que se hace entrega de ellos para enterrarles.

DE UNA COMEDIA INEDITA. [1]

SIGLO XVII.

(Soto de Manzanares; noche oscura.)

INES.—PEROL.

PEROL. ¡Inés!..
INES. Perol.
PEROL. ¡Voto á tal!
¿Pues cómo te encuentro así?
¿Andas, Inés, por aquí....
pues, ya entiendes....
INES. ¡Animal!
PEROL. Muchas gracias.
INES. ¿Pues qué piensa
don Lacayo?
PEROL. ¡Qué! soy page,
y no sufro tal ultraje....
INES. Ni yo sufro tal ofensa.
PEROL. ¡Llamar lacayo á Perol!
Lacayo... Tamaña afrenta
se hace al page de mas cuenta
bajo la capa del sol!
INES. ¿Cómo un page tan galan,
descortés, á una doncella...
PEROL. Eso Dios lo sabe... y ella,
como dice aquel refran.
INES. ¡Que tan descortés te vea!
PEROL. Calle en fin la doncellona...
ó la llamaré fregona,
y por mas ultraje, fea...
Pero vaya, no te enfades;
sabes que te quiero, Inés...
INES. Pero siempre que me ves...
PEROL. Te digo cuatro verdades.
INES. Por hablar á troche y moche,
nunca miras lo que dices.
PEROL. Bien, perdona mis deslices.
INES. Me has ofendido esta noche,
PEROL. Sola en el soto te encuentro;
y—en fin, no valga mi voto—

(1) Esta bellísima escena pertenece á una comedia inédita de capa y espada, que con el título de *La Escarcela y el puñal* tiene escrita el distinguido autor de *Don Francisco de Quevedo*.

pero, á tal hora en el soto,
no estás, Inés, en tu centro.
Que es un reló la mujer
donde puso el relojero
un camino al minutero
por el cual debe correr.
Y, si por cualquier pretesto,
del tal camino se sale,
ya la mujer nada vale...
como el reló descompuesto.
Y no es que lo invente yo;
porque, como tú no ignoras,
la mujer tiene sus horas
como las tiene el reló.
Se adelanta... malo es;
se atrasa... mucho peor!
Y tú esta noche... en rigor...

INES. ¿Qué?

PEROL. Te has atrasado, Inés.

INES. Ya estás insufrible; adios.

PEROL. Pero ven acá...

INES. Despacha.

PEROL. ¿Has olvidado, muchacha,
que nos quisimos los dos?

INES. Era otro tiempo.

PEROL. Es verdad.
Hoy me tratas con desden
porque buscas... ¿Dime á quién?
Esto no es curiosidad.
Buscas á un galan, ¿no es cierto?

INES. Sí, ¿un galan? ¡Pobre de mí!

PEROL. Luego estás *per istam*...

INES. Sí.

PEROL. ¿No hallaste siquiera un tuerto?

INES. Nada, ni tuerto ni cojo;
¡buenos los tiempos están!

PEROL. Así dice el sacristan
cuando nadie cierra el ojo.

INES. ¡Si esto es una perdicion!
¡Ay, Perol!

PEROL. ¿Con que no hay mus?

INES. Si andan los novios ¡Jesús!
como si fueran salmon.

PEROL. A Perol tienes aquí...
Pero no, no... me arrepiento.

INES. ¡Vaya un arrepentimiento!

PEROL. Ya, como te encuentro así...

INES. Es verdad.

PEROL. Sola.

INES. Es mentira.
Si tendré yo cataratas...

PEROL. ¿Quién contigo?

INES. Papanatas,
mi señora doña Elvira.

PEROL. ¡Ya!

INES. Como es huérfana y sola...

PEROL. Nadie la tira las riendas.

INES. Es dama de nobles prendas,
pero tiene amores.

PEROL. ¡Hola!

INES. Y de veras.

PEROL. ¡Pobrecita!

INES. Y hoy viene con tanto afan
porque ha citado al galan,
y es aquí mismo la cita.
Como no luce una estrella...
con los mantos...

PEROL. Ya, ya entiendo...
Y tú, Inés, vienes haciendo
el papel...

INES. De su doncella.

PEROL. Es verdad; ya doy en ello;
tambien ama mi señor,
y yo, en sus citas de amor,
hago.... pues.... de su doncello.
Tú con ella y yo con él
los dos en el soto estamos,
y los dos ejecutamos
el mismísimo papel.

INES. Yo debo esperarla allá.

PEROL. Yo debo aguardarle allí.

INES. ¿Y cómo llegaste aquí?

PEROL. Para buscarte, Inés.

INES. ¡Pues ya!

PEROL. No bien pisé este confin,
con tierna palpitacion
me hizo, Inés, el corazon
tin pirintin, pirintin.

INES. ¿No se salió de su centro?

PEROL. Al ver tu cara de sol....

INES. De todos modos, Perol,
ha sido feliz encuentro.
Mas no me puedo apartar
de donde ella me dejó.

PEROL. Mas puedo acercarme yo
contigo al propio lugar.

INES. Por mi parte....

PEROL. Vamos, pues.

INES. Si te empeñas, vaya en gracia.

PEROL. (Pues que Rosa anda rehácia,
voime á parlar con Inés.)
Rosa, vamos.

INES. ¿Cómo Rosa?

PEROL. (¡Ay que bruto!)—Es una flor...
Rosa te llama mi amor,
viéndote, Inés, tan hermosa.
Como eres cual rosa bella...

INES. Ese nombre...

PEROL. Es un requiebro
que discurre mi cerebro
para compararte á ella.

INES. ¿Tienes musa?

PEROL. Vaya, Vaya,
Si en una copla me enredo,
lo hago mejor que Quevedo,
como me inspire... una saya!..
con esta alma de salitre
tan soluble en el amor,
¡ay Inés!.. á lo mejor
me enamoro... como un buitre.
Por ser tan tierno y galan
cuánto padezco, mujer!..

INES. ¿Y quién te hace padecer?

PEROL. Todas las hijas de Adan.

E. FLORENTINO SANZ.

ANTIGUA CARTAGO.

Sir Grenville Temple ha invertido seis meses en las escavaciones de Cartago, ciudad cuyo nombre despierta tan inefables recuerdos de gloria. Los trabajos de Sir Grenville han hallado recompensa en los descubrimientos que ha hecho: entre su número citaremos las siguientes. En las ruinas del templo Ganaht ó *Juno celestis*, la gran deidad protectora de aquel pueblo, ha encontrado cerca de 700 monedas, diferentes objetos de vidrio y utensilios de barro. Pero el mas notable y quizá el mas inesperado de sus descubrimientos es el de una quinta situada á orillas del mar, y sepultada bajo 15 pies de tierra. Ocho aposentos reducidos enteramente á escombros prueban por su forma y adornos que aquella casa de recreo pertenecia á algun personage ilustre. Las paredes están llenas de pinturas, y el vestíbulo empedrado de soberbio mosáico por el mismo estilo que los de Pompeya y Herculano, y representan variedad de objetos, tales como deidades marinas de ambos sexos, peces de distintas clases, plantas, una barquilla llena de mujeres bailando en el puerto, y alrededor guerreros que las contemplan: leones, caballos, leopardos, tigres, cebras, osos, gacelas, garzas, y ademas pájaros de todas clases. En los diversos aposentos se han hallado dos esqueletos humanos. Parecen los restos de guerreros muertos en un asalto. Sir Grenville ha descubierto asimismo en otra casa mosáicos de los mas interesantes, representando gladiadores combatiendo en la arena con fieras; bajo cada uno de ellos está escrito su nombre. En otra parte se ven representadas las carreras de caballos, y hombres que doman potros. Esperamos que Sir Grenville publicará un detalle completo de sus importantes descubrimientos.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA INUNDACION.

DIBUJO DE FREEMAN: IMITACION DE KIORBOË.

Entre los innumerables azotes contra los cuales nos vemos obligados á combatir los que por aquí abajo habitamos, cuéntanse dos que inspiran un terror especial, y cuya aparicion se anuncia con terribles peripecias y crueles resultados: estos son la inundacion y el incendio. Con efecto, el agua y el fuego son dos enemigos tan colosales, y nos aventajan tan grandemente en fuerzas, que el luchar con ellos no puede menos de exijir de parte nuestra un ingenio maravilloso y un valor sobrehumano. Preciso es que la inteligencia supla á la fuerza, y la constancia á la violencia. Al primer empuje todo parece doblegarse; el azote marcha como vencedor, arrastrando tras sí á los hombres á la manera de débiles escombros que envuelve en sus ondas ó en sus llamas, aunque despues el espíritu recobra su dominio sobre la materia; el ser que *piensa* se sobrepone al cuerpo que obra, y la víctima huye, sobrenada, salvándose como Ajax, á despecho de las fuerzas combinadas de la naturaleza. Por lo mismo en estos desastres el animal es de peor condicion que el hombre, y en vano emplea su vigor y aliento: falta á sus instintos la suprema luz que Dios ha depositado en nosotros; lleno aun de todas sus fuerzas, mira acercársele la muerte sin que pueda evitarla: los ahullidos desesperados que en su última hora lanza, ni le sirven siquiera para que sus semejantes comprendan el peligro en que se encuentra, y si de alguien puede esperar socorro es únicamente del hombre. Este acudirá en seguida á salvarlo, olvidándose tal vez de su vida propia, y si no consigue arrancarlo á la muerte, habrá en su corazon para aquel un recuerdo doloroso; porque en la asociacion del hombre y del animal, establecida por medio de lazos y afecciones, existe una union tal, que mas que al cálculo ó egoismo debe atribuirse pura y simplemente al sentimiento. No se llora solamente en el mudo compañero con quien se ha vivido, su valor, sino tambien su cariño. Cuando el rey de los persas arribó á Atenas, obligando á sus habitantes á salir de la poblacion, los perros quisieron embarcarse con ellos, y rechazados de los buques, alborotaron las calles de la ciudad con espantosos gemidos, último homenage que recibieron los fugitivos al abandonar sus bienes, sus mujeres, sus hijos.

La perra, que por obedecer la voz de su amo, es arrebatada por las aguas, á merced de las cuales flota en compañía de sus hijuelos, no puede ser indiferente á ninguno. Se comprende su actitud desesperada y suplicante; se oye su agudo gemido; se piensa en aquella familia en que el hijo lucha afligido con la corriente, y la madre se afana sin esperanza de salvarlo.

Pero al cabo el peligro se ha sabido, y en medio de esta desolacion se oye la voz del interés y la piedad. Mirad la barca que sale de ese pueblecito medio anegado; dirígese á socorrer á los náufragos: ¿pero llegará á tiempo? Apenas se percibe otra cosa, si no que ya parecen estar sumergidos. Hé aquí una cuestion como la de Hamlet: *de vida ó muerte.*

El artista ha sido hábil, y nos ha dejado entre el temor y la esperanza, dominándonos con esa incertidumbre que á pesar nuestro suspende el alma, agita el corazon, y hace fijar tenazmente la mirada.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO X.

Juan Meurcio.

Al fin penetró Camoens en la estancia de la Sigea, que acababa de llegar, y que trémula, con el rostro desencajado, estaba leyendo

un papel que misteriosamente le habia entregado una dama de la infanta.

Decia el papel:

«Ha sido condenado á la hoguera: ¡sálvalo en nombre de Dios!»

—Perdonad, dijo Camoens advirtiendo el gesto de enojo que hizo Luisa al verse interrumpida, es un atrevimiento seguiros; pero ya os dije que necesito desagraviaros.

—¡Ay! respondió Luisa con amargura; no os puedo culpar, porque tal vez disputándole la presa á la inquisicion le habeis evitado mayor tormento al desgraciado. Al fin es preferible morir á hierro que morir á fuego.

—Lléveme Dios, señora, esclamó Camoens, si entiendo una palabra de lo que decis de presa, de desgraciado, de inquisicion, de hierro y de fuego. ¿A quién maté yo que así os interesa? ¿No fué á un villano?

—¡Ah, no, no es un villano el noble Enriquez! ¡Es un caballero de los buenos!

—¡Justo Dios! ¡qué decis! ¿era D. Mariano Enriquez?

—¡Pluguiese al cielo que no lo fuera!

—¡Insensato de mí, qué he hecho! gritó Camoens dando vueltas por la sala.

—Una mala accion, Camoens; acuchillar á un jóven cuya sola culpa fué saltar la verja como vos.

—Teneis razon, señora, descargad sobre mí vuestro justo enojo; pero decid si es vivo ó muerto.

—Hoy podeis contarle entre los heridos, mañana entre los quemados.

—No os entiendo.

—La poca vida que vos le dejásteis pertenece ya á la inquisicion.

—¿Pues qué delito ha cometido?

—Le acusan de haber adorado á una estátua.

—¡Oh! esclamó Camoens; aquí veo la mano de Juan Meurcio: de ese perverso fraile que predicó el otro dia sobre el pecado de mirar á las estátuas desnudas... ¿Y creeis, señora, que será imposible salvarle de las garras del tribunal?...

—Hablad mas quedo.

—¿No puede hacerse algo por ese infortunado jóven?

—Lo meditaré.

—El infante cardenal me tiene en su gracia: iré á suplicarle.

—Antes quiero informarme bien de cuanto hay, y para esto aguardo á Juan Meurcio.

—Ya veo quemado á nuestro amigo.

—¿Por qué teneis tan mala idea del familiar?

—¿Por qué vos la teneis tan buena?

—Es amigo de mi padre.

—¿Está aquí vuestro padre?

—Está en Torras Novas, donde se ha hecho carmelita.

—Pues creedme, señora, no pidais ningun favor á Juan Meurcio.

—¿Qué mal puede haber en esto?

—Juan Meurcio os ha calumniado.

—Os engañan, Camoens. Juan Meurcio me ama como á una hermana: y aun cuando no me amase, él no sabe calumniar.

—Sois todavía mas poetisa que cortesana.

—Conservo la fé en mis amigos.

—Contadme ya entre los enemigos vuestros.

—¿Cómo?

—Yo no puedo ser vuestro amigo siéndolo Juan Meurcio.

—¿Qué mal os hizo? esplicádmelo.

—La primera vez que estuve preso me dejé olvidados mis manuscritos y me los hurtó.

—Seria otro.

—Fué él... y ahora que me acuerdo, ¡voto á!... prosiguió Camoens dándose una palmada en la frente; por seguiros dejé tambien hoy mis papeles en el calabozo y ese gavilan estaba allí... vuelo á buscarlos. Adios, señora, volveré—salvaremos á nuestro amigo aunque sea entrando á cuchilladas con el tribunal.

—¡Silencio!

—¡Adios, adios!

Partió Camoens como un rayo, y se dirigió otra vez á la cárcel, precisamente cuando salia Juan Meurcio.

—Por vos he venido tan aprisa, dijo Camoens.

—Ya sé que me quereis mucho, replicó el familiar enseñándole los dientes.

—Tanto os quiero, que si, como la otra vez, no hallo mis papeles en el calabozo, os he de romper esos dientes que estais siempre enseñando como los lobos.

—En verdad, contestó el fraile con severidad, que mereciais bien el que no os entregase esos papeles. Tomad, añadió sacando un rollo de ellos; sois un loco que donde quiera dejais perdidos vuestros manuscritos, y luego os encolerizais con las buenas almas que los recogen. Yo no sé, Camoens, por qué estais prevenido contra mí.

—¿Por qué no me devolvísteis los otros manuscritos?

—Ya os lo dije: porque me los hurtaron de mi mesa el mismo dia que los recogí.

—¿Eso es cierto... no me engañais?...

Cuando un hombre con la buena fé de Camoens pregunta que si lo engañan, ya desde luego está engañado. Tienen los verdaderos poetas algo de infantil y de cándido, aun los mas amaestrados en los desengaños del mundo. Hay en torno de ellos una atmósfera donde se respira lo sublime y lo bello, y toda miasma corruptora se pierde allí entre los perfumes de la poesía.

En medio de la pompa con que Ferrara acogia el poema del Tasso, los cortesanos se burlaban del autor porque á todos los creia sus amigos, y mas bien que los amores fueron las perfidias la causa de su locura. Las amargas quejas de Quevedo son hijas de las decepciones que por su credulidad habia sufrido; y por lo que hace al príncipe de los poetas lusitanos, llevó su sencillez hasta el estremo de dar crédito á las palabras de Juan Meurcio.

—Sí, decia éste, sois muy injusto conmigo, buen poeta; pero yo os querré siempre á pesar de vuestras injusticias.

—¿Por qué calumniásteis á la Sigea?

—Otro error. Jamás mi lengua se movió en agravio de su fama.

—¿Pues y lo que se cuenta del libro latino?

—Rumores del vulgo.

Camoens miró todavía á Juan Meurcio con gran fijeza para ver si podia penetrar en lo íntimo de su pensamiento, y el fraile sostuvo su mirada con sereno y blando rostro.

Entonces Camoens le tendió la mano y esclamó con brusca alegría:

—¡Vive Dios! que me he equivocado y que os he ofendido diciéndole á la Sigea que sois un perverso y enemigo suyo... pero ¡ah! otra cosa: ¿no habeis tenido parte en la delacion de Enriquez?

—¿De Enriquez, de ese buen muchacho? ¡pues si le quiero tanto como á vos!

—Corriente, estoy satisfecho. Mi espada (añadió el poeta dándose un golpe en la cadera) es... no la traigo ahora, pero no importa, voy á recobrarla, está á vuestra disposicion para cualquier lance.

—Gracias, Camoens, á nadie aborrezco y perdono á todos mis enemigos.

—Por si acaso, quedad con Dios.

—El os guie.

Tenia Juan Meurcio treinta años. Todos los pintores se han empeñado en pintar á los diablos feos; pero el retratista de Juan Meurcio no hubiera podido menos de pintar un diablo bonito si se hubiese decidido á hacer su retrato.

La tez de Juan Meurcio era blanca y trasparente, los ojos grandes aunque un poco saltones, su boca pequeña y en estremo graciosa presentaba continuamente dos hileras de huesos blancos como los de un perro, aunque á Camoens le habian parecido de lobo.

En su rostro no se leia nada de lo que pasaba en su alma. Sereno, frio, inmutable como la superficie de una laguna helada, no daba mas señal de estar animado que por el movimiento de su boca cuando hablaba. Despues que guardaba silencio volvia á parecer una cabeza de piedra con ojos de vidrio. Hasta en la blancura de su frente se advertia algo de cadavérico, y en lo azulado de sus sienes un no sé qué de infernal. No parecia una cabeza llena de sangre, sino de aire y de azufre. A pesar de ser como dijimos un rostro bonito, los niños huian de él.

Por su parte Juan Meurcio era insensible á los afectos, y solo habia tenido en su vida una pasion que mas tarde se convirtió en ódio. Esta fué por Luisa Sigea cuando vivia en Toledo, y á la cual pidió por esposa apenas cumplió los diez y seis años. Pero ya dijimos que los niños huian de él, y Luisa era una niña. Sin aborrecerle sentia un secreto disgusto con su presencia, y se negó obstinadamente á satisfacer el deseo de su padre, que pretendia desposarla con Juan Meurcio. Ya habia estado la Sigea en Lisboa, adonde se educó con su hermana Angela, y manifestó la voluntad con que entraria de nuevo al servicio de la infanta; pero Diego Sigeo, su padre, no accedió por entonces á ello para castigarla de su rebeldia. En tres años que permaneció Juan Meurcio en Toledo apuró todos los recursos de su carácter para lograr el amor de la poetisa; pero todo fué en vano, y lleno de despecho, exaltado por la bilis, ciego de soberbia, tomó el partido de hacerse fraile y marchó á Lisboa.

Diez años pasaron hasta que Luisa Sigea volvió al servicio de la infanta y que sucedieron las cosas que vamos narrando.

Si analizamos el sentimiento que impulsaba á Juan Meurcio á tomar por esposa á la Sigea, no descubriremos tal vez el del amor, si no el de un empeño tiránico por esclavizar una inteligencia de mujer que reconocia superior á la suya y á la de muchos hombres estimados por poetas y respetados por doctos. Fuerza es confesarlo: la envidia es

uno de los defectos que entre otros muchos han atribuido los hombres esclusivamente al bello sexo para aliviarse de los que abruman su condicion; pero que les es tan peculiar como la soberbia, como la ambicion y como el egoismo. De la envidia procede esa guerra sorda que las medianias han hecho en todos tiempos á las escritoras, y de la envidia procede esa resistencia tenaz á concederles la palma que su talento conquista. Ya lo hemos dicho: hay una secta de hombres implacables que con su odio colectivo á todas las mujeres ilustres antiguas y modernas, se han armado de la sátira, del desprecio y de la calumnia para perseguirlas. A esa secta pertenecia Juan Meurcio. Para que Juan Meurcio perdonase á Luisa Sigea la osadia de haber nacido con mas talento que él, era preciso que le aceptase por dueño y mentor. El hubiera detenido el vuelo de su inteligencia, hubiera destruido las flores de su poesia, hubiera llenado su conciencia de preocupaciones para hacerla tímida, humilde y medrosa, y garantizar su obediencia hasta que la convirtiera en una beata estúpida del siglo XVI. En uno de aquellos mónstruos que asistian á los *autos de fé;* que se recreaban con el espectáculo de las víctimas, y que despues de todo se llamaban *cristianas*.

No habia nacido el generoso corazon de Luisa Sigea para gozar con la barbarie de semejantes fiestas, y una de las primeras obras que escribió, y que fué hurtada y reducida á cenizas por Juan Meurcio, la consagró su tierna autora *«al consuelo de los infelices que gimen en la inquisicion.»*

Tales eran pues los antecedentes que habia en la amistad de Luisa Sigea y Juan Meurcio, y es en verdad incomprensible como la maestra de latin se hacia la ilusion de creer en el buen afecto que fingia profesarla el fraile, si no fuese que, de la misma manera que á Luis de Camoens, le engañaba su buena fé y natural candidez de poeta.

Pero volviendo á los hechos y dejando para otro rato las digresiones, asi que el familiar se separó de Camoens tomó el camino de palacio y se dirigió al departamento de la infanta, murmurando entre dientes unas palabras latinas que acostumbraba él á decir siempre que iba á cometer alguna accion inicua.

CAPITULO XI.

El Azor.

Tan pronto como Luis de Camoens pudo recobrar su espada volvió á ver á Luisa Sigea.

—¿Ha venido Juan Meurcio? la preguntó.

—No, Camoens, y estoy en estremo inquieta.

—Sabed, señora, que tengo que rectificar lo que os dige esta mañana acerca de ese pobre fraile. Ma ha dado los papeles que me dejé en el calabozo, me ha asegurado que los otros no me los devolvió porque se los hurtaron, y en fin, se ha sorprendido cuando le dije que os habia calumniado. En sus palabras, en su tono, en su espresion he conocido que está inocente, asi como que no ha tenido parte en la delacion de Enriquez. Le he tendido mi mano y hemos quedado amigos.

—Me alegro mucho, Camoens.

—Pero lo que no entiendo es que nos pueda servir mucho para el asunto de nuestro D. Mariano.

—Yo no quiero sino saber el estado que ocupa. Sé que ha sido condenado á la hoguera, pero ignoro cuándo se ha de cumplir la sentencia.

—Pues de eso yo me informaré.

—¿Y si dais que sospechar?....

—Tanto peor para los sospechadores, que tendran que seguirme las huellas.

—Temo mucho, Camoens, que os armen una celada.

—No temais nada, señora.

—Si como creo se retarda la ejecucion hasta que el herido se restablezca, puedo realizar el pensamiento que he concebido para salvarle.

—Supongo que contareis conmigo.

—Vos partis á la India.

—No, señora, ya os he dicho que no parto.

—Mal dicho: debeis partir.

—Por Dios que teneis grande empeño en lanzarme en brazos de Neptuno.

—El rey os ha concedido el perdon en la inteligencia de que marchareis al instante.

—Yo he salido de la prision sin condiciones, y antes qne aceptar una, volveré á entrar en ella.

—Mal correspondeis, Camoens, al desvelo de vuestra dama.

—Catalina no puede desear que parta.

—Catalina teme que os quedeis.

—Sea como quiera, señora, yo no parto hasta que salvemos á nuestro amigo.

—¡Ay!

—Esplicadme vuestros proyectos y fiad á mi el cuidado de cumplirlos.

—Oid Camoens.... Pero antes ved si nos escuchan y cerrad bien esa puerta.

Levantóse Camoens haciendo como siempre resonar el pavimento con su firme planta y abrió y cerró la puerta con tan récio empuje que retumbaron las bóvedas. Hecho esto ocupó un asiento cerca de la poetisa, y prestó atencion á sus palabras, que fueron las siguientes:

—La sola idea de salvar del fuego, adonde es condenado, á un reo de la inquisicion, es de suyo tan atrevida que se necesita, Camoens, el aliento de una mujer que ama para darle acogida en su mente. Cual es el poder del tribunal, dígalo Portugal, dígalo España. Paulo III no ha sido poderoso á salvar á un italiano condenado por hereje en los dominios de España, y el inquisidor general de estos reiuos, el infante cardenal don Enrique ha presenciado el suplicio de uno de los amigos mas queridos de su corazon. ¿Quién osa acercarse á ese volcan que no caiga envuelto por su ardiente lava? Los reinos espantados con el siniestro reflejo de sus llamas perpétuas están siempre aguardando la erupcion que ha de reducirlos á cenizas..... Los reyes temerosos sienten el calor del incendio que llega hasta sus coronas.... Pero hay un gigante entre estos reyes á cuya frente no puede alcanzar chispa alguna que salga de la tierra, porque como el mismo Vulcano baja á la region del fuego y empuña los rayos que bibra despues á los mortales.

—Carlos V.

—Carlos V, si, él solo, él solo es mas poderoso que la inquisicion. Si él quiere apagar una hoguera encendida para un *auto de fé*, no tiene sino derramar sobre ella el agua de su régia copa; si quiere salvar á un reo, sobra con que le tienda la punta de su manto imperial. Para que todos los frailes del mundo huyan despavoridos, basta un grito del emperador. Todas las coronas están bajo su corona, todos los cetros están bajo su cetro, todas las voluntades están bajo su voluntad.

Quince años ha vi yo á Carlos V en una de las torres del alcazar de Toledo. Su frente desnuda brillaba al sol como de plata. Tenia los brazos cruzados y estaba inmóvil mirando al Tajo. Yo en una azotea inmediata me entretenia en hacer ensayar el vuelo á un azor muy jóven que cojió mi padre en el nido, cuando de repente el pájaro remontó el vuelo y en vez de volver á mis brazos, como acostumbraba, se perdió en los aires. Mis jemidos distrajeron al emperador: yo lloraba, levantaba los brazos al cielo, y llamaba al pájaro fugitivo. Poco tardé en verlo que descendia, y ya me iba consolando, cuando advierto que tuerce su giro y que va á caer en el alcazar. En efecto, cayó en uno de sus pátios, y yo, sin decir nada á mi madre, me dirigí al alcazar.

Los guardias no querian dejarme entrar, pero tanto insistí que pude penetrar hasta el primer pátio. Busqué al azor y no le hallé. Entré en el segundo con menos dificultad y tampoco estaba el azor. Entonces subí la gran escalera, donde me opusieron una resistencia débil creyéndome, sin duda, hija de algun sirviente de palacio, y por último, atravesé las galerias y me coloqué en el fondo de una sala cuadrada cuyo pavimento era de mosáico. Allí estuve un gran espacio de tiempo hasta que ví pasar á una multitud de cortesanos que me miraban con estrañeza y murmuraban entre sí, y los cuales se iban colocando en dos hileras. Iba á esconderme detrás de uno de ellos, pero un gentil-hombre me cojió por el brazo y me hizo salir hasta las galerias. Yo entonces rompí á llorar pidiendo mi azor que habia caido en el alcazar; pero sin atender á mi llanto me hicieron retroceder todo el camino adelantado, y al fin, me ví fuera del alcazar y sin el azor.

—¿Y os volvísteis á casa?

—Eso hubiera hecho otra criatura mas prudente y menos obstinada que yo, pero lejos de eso me senté en una de las gradas del alcazar y á cada uno de los que salian le demandaba por el azor.

Una hora estuve molestanto la atencion de los cortesanos, hasta que resonaron cajas y trompetas, la guardia se puso en movimiento y salió el emperador. Yo le conocia de verle pasar todos los dias por nuestra calle, y lejos de inspirarme temor su imponente majestad, le profesaba un cariño instintivo. Asi como le divisé, me puse delante y le pedí el azor. Al principio no me comprendia, pero cuando repetí que queria mi azor que habia caido en el alcazar, dijo:

—Sí, sí, ya he oido como gritabas desde tu azotea, pero no he visto al azor sino en los aires.

—Cayó en el patio, repliqué.

—Pues si está en el alcazar te lo devolveremos. ¿Cómo te llamas?

—Luisa Sigea.

—¿Has venido tú sola á buscar al azor?

—Yo sola.

—¿Me conoces?

—El Cesar.

—¿Te lo han dicho ahora, ó lo sabias antes?

—Lo sé desde que nací. He escrito ese nombre muchas veces.

—¡Tú!

—Yo.

—¿Pues por qué lo escribes?
—Porque escribo en latin la historia del Cesar.
—¡Que sabes latin!..
—Sí.
—¡Que escribes mi historia!...
—Sí.
—¿Qué maestros tienes?
—Mi padre.
—¡Bravo!... yo quiero leer esa historia. Supongo que hablarás bien de mí.
—Bien y mal.
—¡Cómo!
—Defiendo á los comuneros.
—¡Vive Dios!
—Y culpo al Cesar de los abusos de la inquisicion.
—Criatura ¿cuántos años tienes?
—Diez.
—Tráeme esa historia mañana mismo.
—¿Me dejarán entrar?
—Diciendo tu nombre.

Así empezaron mis relaciones con el Cesar. Es inútil deciros que recobré el azor; que presenté á Cárlos V su historia y que empecé á merecer su gracia. Dió á mi padre un empleo en el alcázar, y á mi hermana Angela y á mí nos envió á Lisboa al servicio de la infanta, donde estuvimos cinco años, hasta que una grave enfermedad de nuestro padre nos obligó á volver á Toledo. La memoria del Cesar, siempre fiel para recordar á aquellos á quienes dá palabra de proteger, no ha cesado de darme lisongeras muestras de favor. A él he debido el ser admitida por segunda vez en esta córte, y de él espero la salvacion del desgraciado reo.

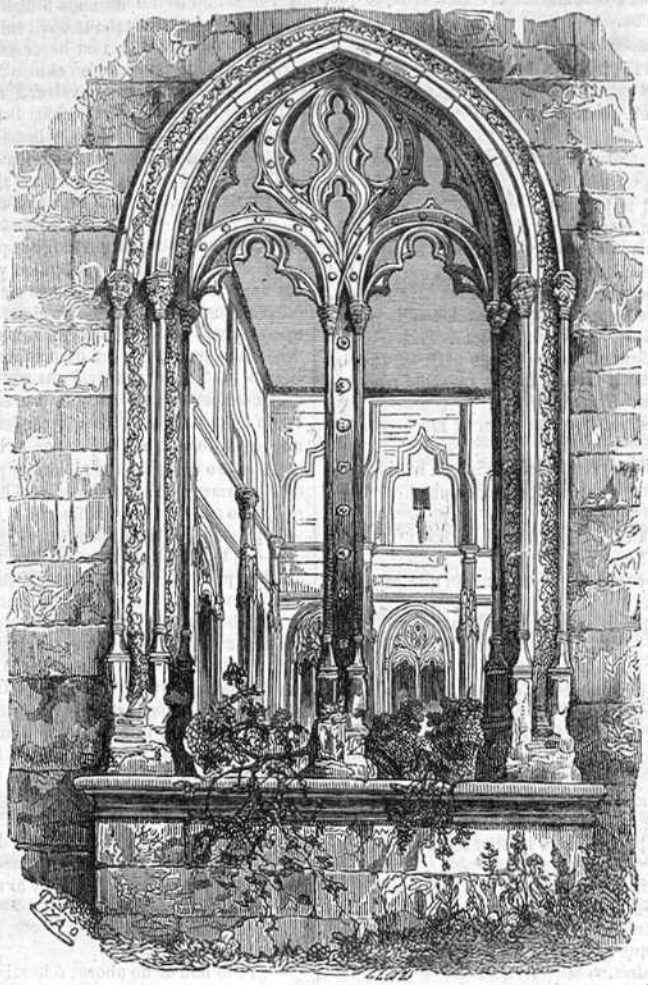
Tomó aliento Luisa Sigea para continuar, y Camoens, que no se habia atrevido á interrumpirla, se aprovechó de esta pausa para esclamar:

—¡Oh divina poetisa! Cómo desde la infancia se reveló en vos la grandeza de vuestro talento. ¡Cuánto hubiera yo dado por veros frente á frente del Cesar pidiéndole el azor y entablando con él la donosa plática que merecia pasar á la posteridad!...

—El Cesar, prosiguió la Sigea sin darse por entendida de los elogios de Camoens, está en Africa y ya le tengo escrito para que interponga su poder omnímodo con la córte portuguesa reclamando á don Mariano Enriquez como vasallo suyo..

—De esa carta yo seré el portador.
—¿Vos ireis á Africa, Camoens?
—¿No hay guerra en Africa?
—Dragut aparece en la costa.
—Basta. Suspendo mi viage á la India y parto á Africa.
—¡Oh, Camoens, no! es muy arriesgado acercarse ahora al estrecho.
—Por eso no me duele abandonar el proyecto de ir á la India. Hoy me alisto de soldado en las tropas portuguesas que se embarcan para Cádiz. Si no me ahogo ó me matan, antes de un mes estoy de vuelta.
—¡Un mes!
—Es verdad. Pueden haberlo quemado.
—¡Ah!
—Pero como la herida que yo abrí en su cuerpo debió ser honda, y no se puede ejecutar la sentencia de un reo mientras esté enfermo... en fin, haremos lo que podamos. Dadme la carta y adios.
—No sé si debo acceder...
—Presto, señora, presto. Los instantes son preciosos.
—Tomad, Camoens, y Dios os guie.
—El os guarde, señora. (*Continuará.*)

CAROLINA CORONADO.



(Toledo.—Una de las ventanas del cláustro de S. Juan de los Reyes.)

LA VERBENA.

Nada mas general ni bullicioso que esta fiesta; nada tampoco mas variado segun las costumbres de los paises. Una sola, sin embargo, la comun á todos los pueblos: la *verbena* de San Juan; en unas partes se celebra rústicamente, por decirlo así, como en Castilla; en otras mas cultamente como en Andalucía y Vizcaya; en otras es una verdadera feria, y en todas ofrece pasto abundante á los recuerdos, preocupaciones y alegrías populares. En España, si bien la *verbena de San Juan*, como la primitiva, es la mas celebrada, ha sido tan generalmente admitida, y ha tomado tal incremento, que se ha multiplicado á todas las festividades de celebridad. Efectivamente, en las principales capitales, ademas de las *verbenas* de S. Juan y S. Pedro, se repiten en las festividades de Santiago y las de la Vírgen del Cármen, de la Asuncion y de la Natividad; en Madrid empiezan con S. Antonio, S. Juan y S. Pedro, y siguen las del Cármen y Porciúncula, que son un recuerdo de aquellas. Convienen todas en que se celebran la víspera de la festividad, que componen su mas principal y esencial parte la floricultura, y que solamente se suelen vender comestibles y no otros objetos como en las romerías y ferias. Aunque en el dia hayan casi degenerado en bacanales, la fé y el amor á la agricultura fueron su orígen. Sabido es que el fervor religioso de los paises católicos en la edad media fué fecundo en hermanar con sus creencias la celebracion de sus festividades civiles, industriales y populares. Las fiestas que antiguamente se dedicaban á Ceres, Cibeles, Pomona y otras deidades rindiéndolas las primicias de los frutos á que la mitología las consagraba, las dedicaron justamente á los santos mas dignos y celebrados en cada pais, cuya celebracion concurria con la época en que los frutos rendian su produccion. De aquí es que las *verbenas* caen siempre en la madurez de la primavera ó en el estío, cuando la floricultura presenta lozanamente sus producciones, y de aquí es que se designe esta celebracion con la frase de *coger la verbena*, llamada tambien grama ó planta sagrada para la multitud de remedios para que se emplea, y que por criarse en los puntos mas áridos, por su manera y forma de crecer y desarrollarse, y por sus propiedades sirve tambien de emblema de los encantos, adivinaciones y reconciliacion de los ánimos. En los pueblos cercanos á colinas áridas y pedregosas, pero próximas á rios, arroyos ó mar, que es donde mas se encuentra, tenian de muy antiguo la costumbre de ir á cogerla en las noches de Junio, en que está en sazon, y que posteriormente se asignó á la festividad de S. Juan mezclando con las tradiciones profanas, que pululaban, las religiosas que las dieron mas consistencia, constituyéndolas en una funcion cívica y de esplayacion popular. En un principio servia la *verbena* que se cogia para adivinar las fortunas ó desgracias, que esplotaban los agoreros, adivinos y gitanas, el éxito de los amores, las fidelidades conyugales, y hasta la curacion de enfermedades. Oigamos sobre este punto al famoso Aimé Martin en su *lenguaje de las flores:* Los antiguos, dice, atribuian á la *verbena* un gran número de sus propiedades; los agoreros se adornaban con la *verbena*: los heraldos iban precedidos de su gefe que era portador de la *verbena*: los druidas tenian tal veneracion á esta planta, que no la cogian, sin hacer antes un sacrificio á la tierra: los magos, al adorar al sol, tenian en sus manos ramas de *verbena*: Venus victoriosa era revestida de una corona de mirtos entrelazados con *verbenas*. En Alemania se da un sombrero de *verbena* á los recien casados, significando la proteccion que aquella planta les ha de prodigar en lo sucesivo. En las provincias del norte los pastores hacen la recoleccion de esta prodigiosa planta con ceremonias y solemnidades enfáticas, esprimiendo su jugo á ciertas fases de la luna, dejando las que no se abren á cara de esta, y arrancando la que enrojece. Hacen uso de aquellos jugos para atraer, dar celos, ó encolerizar á sus amadas, para saber si les son leales, si han de casarse ó no, y si serán ó no fecundas. Guardan tambien la planta para curarlas, si se ponen malas, y si lo logran es un agüero muy favorable para ellos, para sus rebaños y en general para su sucesiva fortuna. La *verbena*, en fin, les da imperio sobre el corazon de sus pastoras, sobre todo si tienen edades semejantes.

En nuestras provincias de Andalucía, Murcia, Valencia y Castilla, que todavía rinden un tanto de recuerdos á las divinanzas, duendes y encantamentos que formaban las leyendas de los siglos medios en que se compartian el dominio de Europa los milagros y las hazañas caballerescas, se oyen en el dia mismo probanzas sacadas del reflejo del sol sobre el agua á tal hora del dia de S. Juan, predestinaciones de tal ó cual clase, segun se halle la verbena ú otra planta á falta de esta, la víspera de aquel dia en tal ó cual sitio, á cual mas ridículos, y otros hechos que eran alimentados por la creencia de pocos, por la esplotacion de otros, por la curiosidad de algunos y por la diversion de los mas, de que deducian las mismas consecuencias que los antiguos sacaban de la *verbena*.

En los pueblos en que esta festividad se celebra, que en España es en los mas, especialmente en los que celebran al santo titular de alguna iglesia, parroquia ó establecimiento, suelen encenderse luminarias ú hogueras, divertirse en danzas y bailes propios del pais, adornar las casas, calles y personas con flores y yerbas, y tener por las tardes corridas de novillos, ú otras diversiones tan comunes como estas. Pero en algunas capitales es digna de mencion esta festividad.

En Barcelona se pierde desde el tiempo del paganismo el origen de su celebracion en términos parecidos á la de Madrid. Antes de estar amurallada, iba la multitud á *coger la verbena* la víspera del santo precursor á los campos que circundan la ciudad, en que hacian su recoleccion, y con ella y demas plantas y flores, que al mismo tiempo traian, se reunian en las praderas que ahora se han convertido en vergeles que hermosean los alrededores del bello camino de Gracia. Despues constituyeron el centro de la festividad en el paseo Nuevo ó de S. Juan, bajo cuyas verdes enramadas, junto á sus hermosos estanques y en sus numerosos poyos, se acampa la multitud en comparsas de músicas y danzantes, círculos de cantores de todas especies y alegres parejas que salen y entran en aquel paseo, y despues de recorrer las calles de la ciudad tornan á aquel centro á buscar su *buena ventura*, que no todos hallan, ni muchos quieren. Al amanecer, en que se abren las puertas de la ciudad, todo aquel gentío sale á solazarse á los bellos campos y jardines de las afueras, en que cuando empieza á calentar el sol concluyen su algazara brindando en honor de la fiesta y restituyéndose tranquilos y macilentos á sus hogares.

La descripcion de las fiestas de S. Juan en Valencia necesitaria por sí sola un artículo mayor que el presente, y difícilmente conseguiria pintar la alegría de aquel pueblo en semejante dia, pues á cada tutelar de iglesia ó santo del nombre de la calle ó plaza, todos los vecinos que habitan en su recinto cuelgan sus portales, ventanas y balcones, los iluminan y escotan para música, dulces, frutas, flores, y bailes, á todo lo cual convidan á sus parientes y amigos. ¿Cuánto mas será en el dia de S. Juan, al que de antiguo dedicó su devocion una ermita extramuros de la ciudad, en que ampliada esta se construyó la actual parroquia de los Santos Juanes? Pocas ciudades conservarán tradiciones de mas antigüedad, siendo quizá la mayor la adoracion de diosas fatídicas ó adivinas, de que se vé un monumento de mármol negro de cinco pies de largo y tres de ancho, sito en la casa del Chantre, plaza de la Almoina, número 1, entre las piedras sillares que forman la cárcel de S. Vicente, y que representan tres de aquellas diosas que adoraron los celtas y celtíberos, con coronas en su cabeza de siete rádios de relieve, y corbatas al cuello, tambien de relieve, representando aquellos los siete planetas, y estas la autoridad de que estaban revestidas, leyéndose entre ellas la dedicatoria que las hacia Quinto Fabio. Aunque se ignora el culto que estas recibiesen, no seria estraño que les estuviese dedicado algun templo, cuando consta que habia ocho consagrados á los dioses gentiles, del que lo era á Diana el que ahora es catedral, que fueron tambien mezquitas en tiempo de la conquista, y que al ser recuperada la ciudad se bendijeron y constituyeron en iglesias. Esa aficion á las divinanzas, que es la diversion de la plebe, no tiene límites en aquella noche en que se hacen pruebas poniendo agua á la faz de la luna, colocando rosas y claveles en ciertos lugares, y haciendo otros esperimentos que segun lo que á media noche suceda, se vaticina de distintos modos. La feligresía de la parroquia de los Santos Juanes, llena de luminarias, colgaduras, flores, músicas y bailes, y muchos de los jardines que circundan la ciudad, son alegremente ocupados toda la noche por gran parte de la poblacion de Valencia, feliz en poseer aquel pais de aromas y de fragancia, que con razon es llamado el jardin de España.

Tambien Andalucía paga tributo á esta festividad. En Granada, apenas el sol sombrea el horizonte en la víspera de S. Juan, multitud de parejas, cuadrillas y paseantes cubren las orillas del Genil, animados por las bandurrias, repique de castañuelas, platillos y compasadas palmas que embellecen las frondosas alamedas y espesos jardines rodeados de faroles y fogatas que circundan la preciosa fuente de labores estrañas cuajada de vasos de diversos y combinados colores formando lindísimos juegos, y teniendo al frente el *Lavadero de las Negras*, que ha dado motivo á varias leyendas del pais. Por horas va creciendo la algazara, músicas, bailes y diversiones, hasta las doce, en que todos corren á bañar su rostro y cabellos en las aguas que riegan las alamedas, los amantes coronan de ramos y frutas las ventanas y puertas de sus amadas, las doncellas buscan el presagio de sus esperanzas en las hojas de las rosas, las esposas quieren leer en las marejadas de las olas la suerte de sus esposos ausentes, los niños siembran para cojer al amanecer, cuajan las almendras, crece la albahaca, se oyen los *gemidos del Moro*, se vé encendido *el cerro del Sol*, las hondinas, las hadas, los fantasmas, y los encantamentos salen de sus jardines, palacios, castillos y cavernas á desfacer los agravios que allí les encerraron mal de su grado, y á prestar sus servicios

á los fatídicos mortales que imploren su poder, gracia ó auxilio.

Poco á poco se va aclarando aquel campo sembrado de parejas, círculos, músicas y danzas; los unos se retiran alegres y bulliciosos; otros mústios y chasqueados; las doncellas sin mas fé ni esperanza que la que llevaron; los crédulos y niños formando cálculos sobre los pronósticos, y la multitud ansiosa de recuperarse del cansancio. A las dos se va sosegando aquel tumultuoso gentío, y á las tres son contados los que todavia gozan de la *verbena*, permaneciendo solo al despuntar la aurora los que no habian quedado en estado de volver por el sueño, ó por la crápula.

Sevilla ofrece á esta festividad, como á casi todas las principales, los frutos de su delicioso y feraz suelo y de su apacible clima, que contribuye á que aquellas noches sean mas celebradas, alegres y bulliciosas. Las fiestas religiosas, que allí son las primeras, rinden su culto á los Santos Apóstoles en sus respectivos dias en sus parroquias de San Juan Bautista, vulgo de la Palma, cuya plazuela se halla rodeada la víspera y dia del titular, de flores, yerbas, santos y gentes que antes de la velada visitan aquellas iglesias: y en la de San Pedro, en cuyo dia se repite igual celebridad. Mas donde se presenta pintoresca aquella velada es en la *Alameda de Hércules*, cuyas avenidas, desde la ancha y hermosa calle de Teodosio, y plaza del cuartel de artillería, forman hileras de puestos simétricos cubiertos de lienzos blancos y colgando delante de ellos candilones que hacen desde lejos una visual encantadora y que á los paseantes prestan alegria y distraccion. No solo flores y frutas, sino toda clase de confituras y dulces, turrones, santos, figuras, juguetes de niños y otros objetos propios del pais ocupan aquellos limpios y fragantes puestos, cuyos vendedores con su gracia y gritería sostienen la algazara toda la noche; en último término colocan sus círculos con bancos y calderas de buñuelos las gitanas, desde donde principian las comparsas y reuniones de baile, música y diversiones que se estienden por ambos anchurosos paseos de la bella alameda hermoseada con sus seis fuentes y sus cuatro columnas romanas. La puerta de S. Juan y muelle viejo, y las orillas del Guadalquivir ofrecen aquella noche variada y constante diversion á todas las clases del pueblo. De otra especie es la que todo el dia se celebra en S. Juan de Aznalfarache, cuyo convento y parroquia del pueblecito de su nombre, situado un cuarto legua de Triana en un cerro desde el que se divisa toda la campiña sevillana, multitud de pueblos y la ribera del Betis, son visitados por los habitantes de la ciudad y pueblos comarcanos, en términos, que ni en el pueblo, ni en las muchísimas casas de campo y cortijos que le rodean y que se prolongan por la colina de Gelvés, caben las gentes y tienen que acamparse en los jardines, huertos y alamedas que le circundan. Deseáramos podernos detener á describir esta romería que es muy frecuente en S. Juan de Alfarache, y que solo los que la han gozado, pueden comprender por qué no se sujeta á los límites de una descripcion por lata que fuese.

La villa de Madrid era ya aficionada á *coger la verbena* desde tiempo de los sarracenos, pues consta que en el siglo XI ya se celebraba esta festividad en los campos que median desde las alturas del Retiro actual, hasta donde despues estuvo lo ermita de Nuestra Señora de Atocha, hoy monasterio é iglesia y casa de inválidos. Siguió ampliándose por los sitios en que ahora se halla la ermita del Anjel hasta donde hoy se ve la fuente de la Alcachofa. Pero al formarse el hermoso paseo del Prado de S. Gerónimo, que se fué ampliando hasta los estremos de las puertas de Atocha y Recoletos, es claro que habia de bajar la reunion de gentes para celebrar la *verbena* á aquel frondoso y gran paseo, que desde entonces, y especialmente el salon del Prado, está en posesion de dichas fiestas. Esto no quitaba que de dia fuesen realmente á *coger la verbena* á los sotos de Migas Calientes y del Corregidor, asi como á toda la ribera del Manzanares, en que frecuentemente suelen festejarse los madrileños á poco motivo que tengan de satisfaccion.

Mas tampoco era esta la única diversion de aquellos dias, pues tambien tuvieron entonces, y hasta hace poco, la festividad de la parroquia de S. Juan, que hoy celebran en la mayor parte de las demas, y su velada, como en las poblaciones referidas anteriormente.

En Madrid deben distinguirse las dos partes en que se divide esta festividad, especialmente en los dias de S. Juan y S. Pedro, á saber, el mercado de flores dentro de la poblacion y la *verbena* en aquellas noches, porque de tiempo muy antiguo se formaba un paseo alrededor de la parroquia de S. Juan, que no hemos conocido y venia á estar á espaldas de la actual de Santiago, á la que se halla reunida, y se rodeaba de puestos de flores y santos de barro, que permanecian hasta cerrarse la iglesia titular, y que por el derribo de ésta quedó reducida al ámbito de la plazuela de Sta. Cruz y calles que la circundan, en que se colocaban aquellos puestos de flores, plantas, yerbas, santos y bollos y otros comestibles, hasta que recibió en nuestra época mayor amplitud por la plaza de la Constitucion, y algunos años tambien en la del Progreso. Este mercado de flores, llamémosle así, fué en todos tiempos como ahora la reunion de los devotos que iban ó salian de la iglesia á festejar al santo, de los niños á quienes llevaban por la tarde á comprar flores y golosinas, y al anochecer de la gente bulliciosa que paseaba por curiosidad, por obsequiar á sus familias ó conocimientos, ó por divertirse en aquella concurrencia tan numerosa como apretada, tan divertida como bulliciosa. ¡Qué de empellones, roturas, pisotones y otros lances variados se encuentran, ó quizá se buscan, en las frecuentes y repentinas oleadas de gentes que pasean entre las estrechas calles de flores y de plantas! ¿A cuántas escenas no dá lugar esta tumultuosa reunion que no pocas veces acaba como el rosario de la Aurora? Su mejor y mas divertida perspectiva se presenta por la noche con la diversa y múltiple variacion de luces de todas clases y tamaños que alumbran los puestos, que suelen obstruir fácilmente los concurrentes hasta quedar estacionados y en prensa sin poderse mover ni atrás ni adelante. Las voces de los vendedores, la gritería de los chicos, los ayes de las apretadas, los dicterios sonoros de las fruteras, y el ruido y alboroto de los paseantes, forman un contraste atronador con los repiques de las campanas, cuya confusion recuerda el de la torre de Babel. Todo esto, empero, ha terminado ya á las once de la noche para dar lugar á otra escena mas bulliciosa y variada, á una verdadera bacanal, que es lo que vulgarmente se llama *coger la verbena*, y es la segunda parte de esta festividad.

El Prado antiguo de San Gerónimo es desde su formacion en el que los madrileños cogen la *verbena de San Juan*, y cuyo salon sirve de centro de reunion en aquella noche de músicas, danzas y bacanales. Los que vienen del mercado de flores, escamados de las apreturas que allí han sufrido, acaban por pasearse tranquilamente en el delicioso Prado, y constituyen la primera escena de aquella noche que solo en la concurrencia se distinguiria de las demás y que no indica hasta las once de ella la confusion de que va á ser teatro. Desde esta van creciendo las gentes y comparsas que desembocan en el Prado: unos con músicas, otros con guitarras, flautas, violines, panderetas y castañuelas; algunas comparsas con bandera, globos ó faroles de mil colores é inscripciones alusivas, y muchas parejas graves ó placenteras. Se rodea el salon del Prado de puestos de flores, frutas, comestibles, licores, buñuelos y otras mercaderías, que si bien de agradable conjunto forman un potpurrí indescriptible y hacen dudar que aquel haya sido á otra hora el paseo comun de la elegancia, del gusto y del buen tono. A la una de la noche es el Prado otra torre de Babel en que los círculos de bailes, el tropel de las comparsas, la gritería de los vendedores, y el atropellamiento de las gentes hacen huir de aquel laberinto á los mas formales dejando á *los del bronce* posesionados del campo y diseminadas algunas familias *sui géneris* por el botánico ó paseos de Recoletos. Empieza entonces á desocuparse el Prado y poco á poco se retiran las comparsas y músicos, no sin recorrer antes las calles principales y los barrios en que habitan, llevando por todas partes aquella noche la alegria, el ruido y la algazara. Todavía otros madrugadores que no han velado, vienen á gozar despues de amanecido de los restos de la bacanal en el salon del Prado, y otros mas cómodos y dormilones van á celebrarla al mercado de flores, como la víspera, donde aunque en menor escala se reproduce la escena de la tarde y noche anteriores.

Tales son las veladas de los santos Apóstoles en que á la manera del Carnaval parece que vuelven á perder el juicio los mortales, y transigiendo con los encantos, algazara y preocupaciones, sacan partido de todo, solazan el ánimo y olvidan los pesares y trabajos del mundo.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

UN HOMBRE INDEPENDIENTE.

Yo soy el hombre feliz
que con un tranquilo gozo,
mi independencia proclamo
á la faz del mundo todo.

No tengo males ni penas,
ni enemigos ni patronos,
ni chicos que me den quejas,
ni grandes que me den oro;

Ni parientes que me pidan,
ni esperanzas de mortuorios,
ni deudas que me desvelen,
ni litigo bienes de otros.

Tengo los que á mi deseo
le bastan para su colmo,

y los tengo bien tenidos
por derecho pátrio y propio.

No me ha obligado á escribir
la *sacra fames* del oro,
si no un tintero maldito
que no sabe criar moho.

No cuento entre mis vecinos
ni entusiastas, ni envidiosos;
soy conocido de muchos,
mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
del magnate poderoso,
ni obligo á que en mi antesala
aguarden humildes otros.

No recibo del poder
participacion ni voto,
y de la tesorería
hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
á la opinion de los otros:
tengo y sostengo la mia,
pero la sostengo solo.

De los partidos políticos
no sé los planes recónditos,
ni en los periódicos leo
sus artículos de fondo.

Doy por buena su doctrina
y argumentos hiperbólicos;
pero yo guardo la mia
para mi servicio propio.

No me envenena la bilis
el mirar á mas de un tonto
gobernando una provincia
ó en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpe mi sueño
de un ministro el ceño torvo,
y si le encuentro en la calle
hago que no le conozco;

Todos fueron mis amigos
y mis compañeros todos:
yo me quedé en la luneta,
ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel;
porque pienso que es mas cómodo
ser espectador con muchos
que espectáculo de todos.

No sé por dónde se vá
á los favores del trono,
ni en mi modesto vestido
brillan la plata ni el oro.

Las veneras y entorchados
de que andan cargados otros,
me parecen propios de ellos
como de mí... mis anteojos.

Soy en fin, independiente
de hecho y tambien de propósito,
sin compromisos agenos,
y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
que me hiciera vivir horro,
no sé que sino fatal
me hace depender de todos.

No hay junta ni sociedad
que no me honre con su voto
para trabajar de valde
en los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos
honrados y filantrópicos
para fundar una escuela
ó una caja de socorros;

Pues me nombran secretario
sin sueldo, pero con voto,
y me envian los papeles
para hacer los monitorios.

Se trata de algun proyecto
de asociacion, de periódico,
de mejora material,
de instituto filantrópico;

—«Estienda usted, don Ramon,
ese informito de á fólio,
ó forme usté el reglamento
que han de discutir los sócios.»—

No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni espediente del comun
que no venga á mi escritorio.

No hay reunion literaria
que no me cuente por sócio,
no hay duro que no me pidan
ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada,
soy honorario de todo;
figuro en cartas de pago,
nunca en nóminas de cobro.

—«Usted que está tan holgado
(me dice don Celedonio)
¿quiere usted ser mi *hombre bueno*
para un juicio de despojo?»

—«Usted que es tan complaciente,
tan servicial y tan propio,
sea usted tutor, albacea
de este, de aquel ó del otro.»—

No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico valdío
que no cuente con mi apoyo;

Ni *album* de uno y otro sexo
que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me envoque el negocio.

Huyendo ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi voto.

A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en pago al servicio ageno,
y en pena de bienes propios,

Recibo de la intendencia
los apremios amorosos
trimestrales, pagaderos
á la órden del tesoro.

Con esta vida feliz,
con este afan infructuoso,
todos me tienen envidia,
yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto;
otros me juzgan un porro;
unos dicen: «¡qué buen hombre!»
otros responden: «¡qué tonto!»

EL CURIOSO PARLANTE.

LA AMAPOLA.

ROMANCE.

Flor que despreciada y triste
Vives en el verde prado,
Meciendo las leves hojas
Sobre tu flexible tallo;
Flor que desdeña el jardin
Y eres gala de los campos,
Por puros, quizás, el hombre
Menosprecia tus encantos.
Ya escondida entre las nieves,
Cual perla en ancho océano,
Aumentas con el misterio
Tu atractivo siempre mágico:
Y ya apareciendo hermosa,
Como en noche oscura un ástro,
Te saluda tiernamente
Algun amante olvidado:
Que tú lejana del mundo,
Como él del amor lejano,
Sus congojas disminuyes
Con tu porvenir amargo.
Flor de negros tornasoles
Sobre tu purpúreo manto,
Imágen de vida y muerte
Eres con matices varios;
Y recuerdas que en la vida,
Como en la mar fluctuando,
Está el escollo de penas
Junto al puerto de descanso.
Flor, con tus hojas sutiles
Y con tu vivir precario,
Semejas una existencia
Que va rápida pasando,
De pasiones carcomida.
Sin que la opriman los años,
Tú mueres apenas naces
A impulso de agena mano;
Te deshoja el aguacero,
Rompe el huracan airado
Tus renuevos, y el pie tronchia
De algun segador tus tallos.
Ya en las haces de los trojes,
Ya entre yerbas el muchacho
Te confunde, y despareces,
Hermosa flor, por acaso;
Como una bella esperanza
Que en sueños acariciamos
Y disminuye una duda
O destruye un desengaño.
Flor vilmente despreciada,
Yo por mi amiga te aclamo,
Pues los hombres el dolor
Sobre mi frente sellaron.
Compadecerás mis penas
En tu abandono, pensando
Que solo buenos amigos
Saben ser los desgraciados.
Te abrigaré en el invierno,
Y tendrás en el verano
Como brisa mis suspiros
Y como riego mi llanto.

JUAN DE ARIZA.



(Castillo de Kriflok en Alemania.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Camino que conduce á la muralla, entre Welhen y Rahten.)

LA SUIZA SAJONA.

Son las cinco de la mañana; toda la posada está en movimiento; no se puede dormir. ¿Cuál es la causa de tanto ruido? Sin duda estoy soñando.—Son multitud de familias alemanas é inglesas que marchan á la Suiza sajona.—¿Cuánto tiempo se necesita para este viage? —Cinco dias lo mas si se ha de correr todo el pais; pero si se quiere visitar solamente los sitios mas notables, son suficientes dos dias. —Tomo en fin mi determinacion: me levanto y atravieso la plaza del Antiguo-Mercado, dirigiendo una mirada á las ventanas de la galería. ¡Ah, Virgen de Rafael! ¡dos dias sin verte!—El buque-vapor estaba ya humeando y se balanceaba cerca del puente; la campana habia dado la última señal y se habia levantado el áncora: todavía era tiempo.

Apenas principiaron á agitarse las ruedas, alemanas y alemanes piden café. Este es el mas ligero refrigerio de los cuatro que indispensablemente toman cada dia. Los habitantes del Norte no quieren creer que en el Mediodia hacemos solas dos comidas. —¿Cómo es posible, dicen, tener fuerza para trabajar?—Los hechos responden. París es indisputablemente el pueblo del mundo en que mas se trabaja, y en donde el espíritu es mas vivo, mas activo y mas fecundo en todo género de obras y conocimientos. Los hombres de estado, los financieros, no hacen, á decir verdad, sino una sola comida á las siete de la tarde: apenas suelen mojar un poco de pan en un poco de chocolate ó café á las diez ó las once de la mañana. Cuando se cuenta esto á un aleman, le mira á uno con cierto aire de duda, y una sonrisa se asoma á sus lábios como diciendo: «Yo no podria acomodarme á este régimen.»

Todavía estaba el cielo oscuro; el viento era fresco y el Elba corria con rapidez. Ya estábamos fuera de la ciudad; viñas, casas de campo, ventas y pequeñas aldeas se veian sembradas sobre las colinas á derecha é izquierda del rio. Un aleman se levanta y me dirige la palabra en francés; me muestra una casita casi cubierta de verde yerba que habia á la orilla izquierda del rio: «Schille la ha habitado, me dijo; en ella compuso su tragedia *Juana de Arco*. En los dias de huracán se paseaba solo en una barquilla sobre las aguas del Elba: los truenos y las olas le inspiraban.» En viage no siempre me agrada la conversacion: la novedad de los objetos absorve toda mi atencion, y las palabras interrumpen la ilusion; el placer es este de adivinar: lo que se aprende no equivale las mas veces á lo que se supone: se llega siempre demasiado pronto á tocar los desengaños; pero este hombre tiene una fisonomía franca y simpática: es un comerciante de Dresde: se aturrulla, buscando voces, en una de sus esplicaciones, y pregunta con este motivo á su hija, la que, segun dice, habla mejor que él el francés. La jóven le dá ruborizándose la espresion que le pide, y baja los ojos sobre su libro. El padre continúa nombrándome todos los pueblecitos, todos los castillos y todas las mon-

tañas que van pasando.—Hé aquí delante el castillo de Piinitz, estancia de verano del rey de Sajonia. Singular es su apariencia: sobre un cuerpo de fábrica bastante macizo, se ha prodigado el número de esquilones chinos; sin duda se ha creido dar así mas ligereza al edificio; pero recuerdo «la bóveda verde.» Y me preguntó (aunque sin impacientarme por la respuesta): «¿Por qué los reyes de Sajonia han tenido siempre tanta aficion á lo chinesco?» El castillo es casi enteramente moderno: en 1818 se ha levantado en gran parte sobre el local de un antiguo edificio del siglo XIII.—Los aposentos de la reina, me dice mi obligado compañero, tienen vista sobre el rio y se les llama «el palacio de las Aguas» *(Wasser palast)*; los del rey están situados al lado opuesto, y les llaman «el palacio de la Montaña» *(Berg palast)*. Si bien lo entiendo, nada de notable hay en el interior del castillo, mas que un vasto comedor cuya cúpula está sostenida por columnas y adornada de pinturas al fresco. Este es el Piinitz, en el que el conde de Artois y Calonne hallaron un refugio en 1791. Se cuenta que en 1812 Napoleon, en el apogeo de su gloria, rodeado de príncipes y de reyes encorbados ante su poder, esclamó entrando en Piinitz: «¡Aquí es donde he nacido!» Hablaba de aquella breve vida imperial que apenas debia durar dos ó tres años.

Estamos ya en la frontera de la Suiza sajona, y el paisage va á mudar de aspecto, me dice el comerciante; y añade que esta parte de la Sajonia, en otro tiempo habitada por los Sorbos, no tiene mas que diez leguas de largo y de ancho; que no se sabe por qué se le diera este sobrenombre, sino que en 1795 habia aparecido en Leipsik un «Viage pintoresco y romántico en la Suiza sajona» ilustrado con nueve hermosas láminas.

Las orillas del Elba se transforman insensiblemente: las colinas se presentan de pronto y sin anunciarse. A nuestra derecha encontramos la villa de Pirna, y al lado, sobre una altura, el castillo de Sonnemberg, convertido desde 1781 en hospital de locos. Se dice que es el mejor establecimiento de este género que hay en Europa: tiro, villar, gimnástica, rica biblioteca, instrumentos de música, talleres de tosa clase, y una vida admirable! Un camino de hierro sigue, de este lado, las tortuosidades del rio. Se empiezan á descubrir montañas aisladas, circulares y truncadas, semejantes á fortalezas, que son las que caracterizan el aspecto de la Suiza sajona. A nuestra izquierda se dibuja una línea de rocas perpendiculares, de un aspecto salvaje, que se reflejan en el rio. Aquí teneis vuestra primera estacion, me dice el comerciante, pues no podreis prescindir de encaminaros á uno de estos dos pueblecitos. Welhen ó Rathen, con que elegid.

Nadie se dirijia á Welhen, y despues de haber dado cordialmente las gracias á mi atento cicerone, que iba directamente á Hanigstein, descendí con una parte de los viageros en Rathen.

Almuerzo en un pobre y reducido meson. El huesped es un jóven que por su traje y sus maneras, se le tendria en Francia lo menos por un abogado; me asegura que no puedo evitar el auxilio de un guia, y me presenta un anciano del pais que lleva sobre la chupa una medalla de cobre colgada de un cordon; incurro en la tonteria de aceptarle. Entre una menuda lluvia, subimos una pendiente bastante dulce, entre peñascos, que me traen á la memoria ciertos trozos del camino de Génova á Bonheville, aunque no del todo semejantes.

Mi guia se detiene á cada paso: es asmático; cuando su tos le permite hablar, grita hasta herirme los oidos para hacerme comprender su patuá, y él no comprende ninguna de mis preguntas. Con la punta de su baston me señala, riéndose con complacencia, algunas de las bizarras formas de las rocas, que han sido bautizadas con nombres ridículos; aquí el *Kaisers-nare*, la nariz del emperador, ó la nariz de Luis XVI: mas lejos, la locomotora, y no sé que otras puerilidades; á esto se reduce la ciencia de mi hombre; así es que no deseo mas que hallar una ocasion de pagarle y librarme de él. Los sitios que á la vista se ofrecen se hacen realmente notables; debajo de nosotros se ahondan abismos de verdura; por intervalos la vista se estiende sobre una comarca de un aspecto enteramente nuevo para mí; se me figura ver, en medio de quebraduras de rocas y de llanuras desiertas ó cultivadas que el Elba atraviesa serpenteando, una innumerable porcion de inmensa ciudadela; las rocas al través de las cuales me elevo, se asemejan tambien á almenas y á torres; advierto entre ellas las ruinas de una fortaleza, y recuerdo con este motivo haber leido, que han sido por mucho tiempo la habitacion de los burgraves de Donna, terror del pais, verdaderos bandidos que solo de las rapiñas vivian. La primera roca en que me he detenido es muy conocida de los viajeros: se llama el Canapé: es una especie de pequeño banco cortado por la naturaleza en la peña, y desde el cual se descubre un magnífico panorama. El guia que camina pegado á mi, me muestra con el dedo sobre la cima de una roca, una gruta inaccesible: la *gruta del Monge*, pero yo me apresuro á llegar al punto mas elevado, donde veo que están ya la mayor parte de los viageros; atravieso un puente de madera sostenido entre dos peñascos, encima de una especie de bosque; algunos instantes despues me encuentro en la cima, en el fuerte, en *la bastai*, como dice mi guia. Mi primer cuidado al detenerme es pagar á este hombre intrépido, algo mas de lo necesario por todo el dia, y saludarle retirándome; pero esto no entra en su cálculo, y mirándome con un aire de sorpresa se dispone á seguirme; pero estoy muy determinado á no escucharle mas, tengo hambre de soledad. Una parte de los viageros se desayuna en una escelente fonda que parece cernerse en los aires: otros, agrupados sobre la plataforma, rodeada de una balaustrada al borde de la roca, contemplan el vasto paisage, mientras que próxima á ellos ejecuta una banda de músicos la obertura de Freitschutz, música que está en armonía perfecta con lo salvaje del lugar. Arrinconado en una esquina del fuerte, trato de no ver á nadie, á mi guia sobre todo, que corre desalentado tras de mí; propuesto á no pensar mas que en el hermoso espectáculo que á mis pies se destaca, me abstraigo, siento apoderarse poco á poco de mi la embriaguez de la naturaleza, y olvido y admiro.

LOS AGUADORES.

El de cuatro arrobas y el de cuatro cuartillas.

La division que establece este epígrafe no significa que haya aguadores que pesen tres veces mas que otros, por mas que esto pudiera ser así, sino que hay dos especies de hombres que en diferentes proporciones se ocupan igualmente de humedecer al género humano. Sirviéndonos de la moderna division de las escuelas médicas, podríamos llamar á los unos aguadores alópatas, y homeópatas á los otros; pero tan grande como es la distancia que separa á los médicos de ambas escuelas, es la diferencia que existe entre el aguador de las cuatro arrobas y el de las cuatro cuartillas; mas claro aun: entre el *aguador de cuba* y el de *botijo*, entre el acarreador de agua asturiano y el madrileño.

Demos la preferencia al mayor contibuyente; al que trafica en mayor escala con uno de los cuatro pies que sostienen la mesa redonda de este gran parador llamado Universo. Empecemos por el

AGUADOR ASTURIANO.

Primeramente conviene advertir, con permiso de los Diccionarios y de las Academias, que la palabra aguador no significa fabricante de agua, sino traficante en ella. El agua en España, es como en todos los paises del mundo, un líquido inodoro, trasparente, incoloro, etc., que tiene sus fábricas en las entrañas de la tierra, sin necesidad de que el género humano tome parte en sus talleres, y que cuando se le antoja toma la forma de gas y oscurece la tierra, ó la riega, y hace otro género de coqueterias por el estilo. Nada de esto puede importar á nuestros lectores, ni aun servirles de noticia siquiera. Todos saben que el agua es la madre de la vegetacion; que es un elemento que tiene sociedad íntima con todos los individuos de la naturaleza, y que amen del gran bazar, conocido con el nombre de mar, tiene los pequeños almacenes de los rios, canales, lagunas, etc., y una multitud de despachos al pormenor, conocidos con el nombre de manantiales. O abiertos espontáneamente por la naturaleza, ó por la mano del hombre, la tierra ofrece muchos surtidores de agua para que los mortales apliquen sus lábios cuando quieran apagar el fuego del estómago. Pero como no es posible que haya un manantial para cada individuo, ni que tenga la complacencia de irles á buscar á domicilio, como las empresas del alumbrado de gas, cuyos brazos alcanzan á todas partes, de ahí nace la necesidad del aguador: especie de esponja eternamente colocada entre el agua y el fuego, para impedir que perezca abrasado el globo.

En España los cuerpos menos porosos son los que se han lanzado resueltamente á absorver la humedad para trasmitirla. Los asturianos, especie de hombres robustos, de talla elevada, de presencia noble, y llevando en sus puños las armas de la hidalguia que les dejó el rey D. Pelayo, son los que abrazan con entusiasmo la carrera de aguadores. Madrid es la universidad donde aprenden esa ciencia, y en Madrid tambien es donde únicamente pueden ejercerla. Algunas personas han creido que para ser aguador no se necesitaba otra cosa sino educar e hombro izquierdo á llevar constantemente 4 y á veces 6 arrobas de peso, y enseñar la cabeza á estar siempre inclinada sobre el hombro derecho; pero esto no es verdad: la ciencia del aguador es mucho mas vasta, y no se recibe fácilmente el grado de doctor en ella.

Vean nuestros lectores la historia de uno de estos individuos, y sabrán de una vez la de todos los de su especie:

Perico Covadonga, natural de las montañas de idem, tenia 15 años cuando en compañia de un hermano de su padre, aguador de una de las fuentes de Madrid, salió de la tierra con un par de zapatos nuevos,

un pantalon y chaqueta de paño pardo, y 16 cuartos en ochavos en una bolsa de cuero. Hizo el viage á pie, y llegó á la corte despues de 15 dias, con cuatro pesetas en monedas de plata, y el mismo par de zapatos nuevos con que habia salido de su pais. Esto último no tiene nada de particular: en vez de poner los pies dentro de los zapatos, trajo estos al hombro; y en cuanto al aumento de su capital, consistia en que en vez de venir dando limosna habia venido pidiendo. Su tio empezó por presentarle á los paisanos y compañeros, y cargándole una cuba de las de tres arrobas, le llevaba en su compañía para surtir de agua á sus parroquianos. A los dos años de su estancia en Madrid, ya sabia perfectamente el oficio, y pretendió emanciparse de su tio. ¿Pero cómo hacerlo? —Para tener derecho á llenar 20 ó 30 cubas diarias en una de las fuentes de la córte, se necesita haber obtenido una plaza de aguador de número, y estas, entonces como ahora, no se dan por oposicion. De otro modo Perico habria alcanzado alguna; pero las plazas se venden, bien por el ayuntamiento su propietario, ó por el individuo que las sirve. La sola que á la sazon habia de venta costaba 15 onzas de oro, y Perico tuvo que valerse del crédito de su tio para comprarla. Esto le dió la suspirada independencia, y á los cuatro años hizo un viage á la tierra, despues de haber reintegrado á su tio, y llevando sobre sí, cosidas entre el forro de la chaqueta, tres onzas de oro, producto de sus economías.

Perico solo se detuvo en su pueblo el tiempo necesario para comprar seis vacas, casarse y despedirse de su mujer, dejándola recomendada al Sr. Cura. Volvió á servir la plaza, que en su ausencia habia desempeñado un amigo, y aumentó considerablemente el número de sus parroquianos, siéndole preciso tomar un ayudante. Surtia de agua 40 casas, cobrando por su trabajo 10 reales mensuales donde llevaba dos cubas cada dia, y 9 donde solo llevaba una. Sin aumento ninguno de precio se encargaba de las compras en la mitad de las casas, y admitia por via de remuneracion el sobrante de la comida de los señores, con el que se alimentaba sin tomarse el trabajo de calentar las viandas, y vendia el resto á otros paisanos y aun en los bodegones de la córte. Por una habitacion para dormir, pagaban él y 15 compañeros mas, un real diario, y chapeando los zapatos cada tres meses con medio real de clavos, conseguia tener siempre nuevos los que trajo de su tierra. Viviendo de esta manera conseguia ahorrar el producto integro de su trabajo, que ascendia á 600 reales; sin que esta fuese su única ganancia, sino que encargado de las provisiones diarias de 15 casas, se hallaba al fin de cada mes, sin que él supiese nunca cómo se hacia el milagro, con 300 ó 400 reales de sobresueldo.

Semejante maravilla, conocida con el nombre de *sisa*, y que se reduce á comprar barato y vender caro, es una cualidad instintiva de los asturianos, que no les ha privado nunca de la nota de honrados, de que son dignos por otras circunstancias muy recomendables. Cuando á las primeras horas del dia duermen la mayor parte de los habitantes de Madrid, las llaves de la mitad de las casas están en poder de los aguadores, y jamás ha ocurrido un robo, ni ejecutado, ni consentido por ellos. La industria de la sisa, por la que no pagan contribucion alguna, es, como hemos dicho, el sello de originalidad de los asturianos.

Perico estuvo seis años en Madrid, despues de haberse casado en la tierra. Al volver á su pueblo, mas de un niño le llamaba padre, y él no se desdeñó de hacerles caricias, á pesar de estar ocupado en comprar nuevas vacas y nuevas fanegas de tierra.

Volvió á la corte y en ella sigue, hasta que pasados otros seis años vaya á dejarse nombrar alcalde, y á disponer que el mayor de sus hijos venga á servir la plaza de aguador.

Tal es en brevísimo resumen la historia de esa molécula integrante del pueblo de Madrid, que siempre con la sonrisa en los lábios *ni vé, ni oye, ni entiende*, otra cosa que el oro, las campanadas que tocan á fuego, y el desempeño de su obligacion. Para lo segundo suele estar sordo muchas veces, y son necesarias las interpelaciones de los municipales para que acuda á llevar agua á los incendios.

Su vocabulario, mientras está cumpliendo con los deberes de su oficio, se reduce á las siguientes palabras: *Alabado sea Dios*, al entrar en la casa.—*Queden con Dios*, al salir de ella.—Y *coge ó no coge*, segun hallan mas ó menos llena la tinaja del agua en las cocinas.

EL AGUADOR DE BOTIJO.

Este otro sangrador de las fuentes públicas de Madrid, pertenece á un género enteramente distinto del que acabamos de describir. Su importancia está en razon del agua que conduce, y comparado con el asturiano, es una sanguijuela que no saca mas sangre que la que puede contener en el cuerpo.

Joven ó viejo, adolescente ó niño, el aguador que pudiéramos llamar *trashumante*, se hace de un hombre, un botijo, y una cesta con cuatro vasos de cristal ó de vidrio. Para dedicarse á esta profesion no se requiere ninguna clase de estudios preparatorios: bástale al neófito con tener aficion al oficio, y capital para los primeros gastos del reducido ajuar. Esta clase de aguador no necesita haber nacido en ninguna provincia determinada, y así puede ser madrileño como gallego; algunos hay de estos últimos; la generalidad son hijos de Madrid.

Pero entre los aguadores de botijo hay de todo, como en las demas clases de la sociedad. La mayor parte de los que andan recorriendo las calles de Madrid, cargados con un botijo y una cesta de vasos, no merecen ser tenidos por tales aguadores. Los que diariamente nacen y mueren en el oficio, sin que al abrazarle les moviese otro deseo que el de entretener el hambre temporalmente, esos no pueden llevar el título de aguadores de número de la villa y corte de Madrid.

Aguadores hay que hacen á invierno y á verano, porque están persuadidos de que el agua es un artículo de consumo perpétuo. El de esta clase tiene privilegio especial para entrar á vender agua en uno de los tendidos de la plaza de toros, con cuyo motivo ve gratis las corridas, á las que tuvo gran aficion desde niño. En verano, pasa las noches vendiendo *agua*, *azucarillos* y *merengues* en el Prado de Madrid; en invierno tiene su puesto en el asfalto de la Puerta del Sol, y cuida de pasar á la hora de los entreactos por la puerta del *Teatro Español*. Siempre pasa deprisa por delante de las tabernas, temeroso de que algun borracho le rompa el botijo, y cuando encuentra algun niño que va de paseo con sus padres, pasa y cruza á su alrededor hasta despertarle la sed.

Tiene varios parroquianos diarios entre las gentes del paseo y las que transitan por las calles, pero la mayor parte de aquellos tienen domicilio fijo, y el aguador no falta nunca á llevarles su racion de agua.

El zapatero del portal de.... bebe una vez al dia.... El hermanuco que pide en el jubileo para las necesidades de la monjitas de Barbastro bebe tres vasos; el hortera de cierto almacen bebe dos vasos que no le pasa en cuenta su principal, y á estos y á otros muchos, sirve diariamente el aguador de botijo, antes de dirigirse al paseo ó á los teatros.

Su recaudacion diaria no pasará de doce reales, ni baja de seis; se puede decir por término medio que gana un jornal de nueve reales, con lo cual puede aspirar á lo que cualquier otro ciudadano de su clase: á casarse, y á comprar cuatro botijos, doce vasos, seis sillas, un sofá y dos faroles, para establecer un puesto de agua en el salon del Prado... ¡Oh! ¡este es el bello ideal de un aguador!

ANTONIO FLORES.

Santuario de los Desamparados en Abades.

Las romerias son las peregrinaciones de pueblo á pueblo; son el último eslabon de las costumbres antiguas. Sobre estas voluntarias ovaciones han pasado doce siglos: empero se conserva esta venerable tradicion porque representa la fé de nuestros antepasados, única herencia que no ha venido á menos con el tiempo. Galicia es por escelencia la provincia de los santuarios, y por consiguiente de las romerias: *San Andrés de Teixido*, *las Hermitas*, *los Milagros*, *los Desamparados* y *la Esclavitud* son lugares visitados en todas las estaciones del año, bajo los rayos de un sol canicular ó con la escarcha del invierno. Allí van diez ó veinte familias, desde los ancianos encorvados que visitarán por última vez el Santuario, hasta los infantes que besarán por primera vez las vestiduras de una Virgen. Las dolencias del cuerpo se curan como los quebrantos del alma. Los ex-votos se dejan en los Santuarios; las ofrendas se depositan en los altares; aquí se reconoce la estampa de una curacion milagrosa, allí se distinguen las muletas de un paralítico curado. Los romeros llevan para sus casas el cumplimiento de un voto, algunas indulgencias y en algunas partes ramos de tejo entrelazados con roscas de huevo.

El Santuario de *los Desamparados*, cuya vista presentamos á nuestros lectores en este artículo, merece una exacta y detallada descripcion por las proporciones de su fábrica y por el justo y merecido renombre que conserva entre los habitantes de Galicia. Antes de llegar á esta celebrada iglesia, acompañaremos al romero en su viage de *Lugo* á *Abades*.

Al llegar á la altura del *Picato*, el viagero reconoce en el barrio de San Roque de *Lugo* el último eslabon que une el antiguo convento-jurídico de los romanos con sus amenos y floridos alrededores. Es un barrio fuera de puertas. A la hora, recorre las famosas herrerías de *Guntin* donde el hierro se encuentra casi depurado, y subiendo el tortuoso y áspero camino que conduce á las ventas del *Narón*—lugar privilegiado para las sorpresas en despoblado—observa la elevacion de la sierra, que se presenta aterradora y sombría en medio de un páramo dilatado, dominando las alturas del *Faro*, *Farelo*, *Bocelo*, y las apartadas montañas del *Cebrero*.

De pronto la perspectiva se reanima. A la soledad sucede el aglo-



(Santuario de los Desamparados en Abades.)

miento visual de las aldeas, iglesias y torres antiguas: á la aridez pedrejosa del suelo, lo florido de los sotos de robles y castaños. El viagero distingue entonces á *Monterroso*. La division de las provincias de Lugo y Pontevedra se avecina: en *San Esteban del Castro Amarante* la prevee el viagero observador. De la edad media se pasa al espíritu comercial de nuestros dias: del antiguo palacio de los antepasados del Marqués de Camarasa, á la feria de *la Golada*, que es celebrada en un prolongado soto de robles para templar en verano los ardorosos rayos del sol. ¡El rio *Arnego*, que atraviesa entre dos pendiente escabrosas, anuncia la proximidad del territorio de *Deza*.

Esta comarca está sembrada de casas solariegas donde la galante hospitalidad es una tradicion de familia. La frescura de los campos y la amenidad de los sotos forman el variado panorama donde se encuentran los pueblos de *Lalin*, *Donramiro* y *Donsion*. Lo secular levanta su cabeza en medio de los campos: *los castros*, que los anticuarios presentan ya como templos druídicos, ya como atalayas romanas, y que sirven en la actualidad de oteros á numerosos rebaños ó de cazaderos á espertos cazadores.

El rio *Deza* sale al encuentro del viagero bajo el antiguo puente de *Taboada*, y sorprendido mas tarde por la eminencia en que se ha construido la iglesia de *Selleda* que ocupa el punto mas elevado de *Tras-Deza* como la atalaya del territorio, se detiene delante del rio *Toja*, el cual, corriendo desde aquí por *Manduas* y *Pazos*, se precipita en un abismo de 130 pies de altura. Esta es la célebre y sorprendente cascada del *Toja*.

A una legua de distancia, dejando á la espalda á *Chapa* y á la concurrida feria de *Labandeira*, se encuentra el celebrado Santuario de *los Desamparados*. Se llega á la ermita por entre granjas y viñedos que cautivan la atencion del viagero. En los dias de festejo religioso el repique de las campanas de la iglesia es interrumpido por los voladores cuya luz aumenta las proporciones de la torre. Aquí el humo sube en revueltas espirales revelando una familia de romeros acampada bajo los robles; allí una orquesta improvisada con flautas, clarinetes y tamborcillos reanima el público regocijo. Grupos variados de limoneros y naranjos embalsaman la atmósfera y embellecen la interesante perspectiva del recinto que circunda el arroyo *Cervaniña*. La devocion aparece en este lugar con el fervor espontáneo de la verdadera fé. El viagero es acogido por los romeros como un hermano de peregrinacion, y se vé obligado á aceptar las frutas y licores que le ofrecen á porfía en nombre de la mas franca cordialidad.

El Santuario de *los Desamparados*, mas que una iglesia de aldea, parece el templo de una villa. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores una rápida descripcion de esta iglesia, teniendo en cuenta el exámen facultativo del apreciable y entendido profesor de dibujo don Bartolomé Teixeiro, á quien debemos la copia de este monumento arquitectónico.

La fábrica del Santuario de *los Desamparados* es de piedra sillar. El cuerpo principal de la cruz que forma su planta, está sostenido por columnas historiadas que rematan en cornisas del órden dórico, sobre las cuales descansan los arranques de la bóveda, con su cúpula sostenida sobre cuatro pilares del mismo órden. Contiene cinco altares tallados en grande escala: el mayor es formado por dos cuerpos, diversos en el órden arquitectónico, y enriquecidos con imágenes de una inteligente ejecucion. En su parte interior se encuentran los dos púlpitos y el órgano, y para la mayor conservacion de las ricas vestiduras y demas alhajas de plata que contiene el Santuario, está servido por seis capellanes que asisten á la iglesia sin interrupcion (1).

En su parte esterior llama la atencion del viagero la puerta lateral, compuesta de tres arcos, la cual sirve generalmente de entrada á las personas que visitan el Santuario. Sobre el arco de enmedio se levanta la torre de la iglesia, construida con tanto aplomo como gallardía. Casi á los dos tercios de su elevacion arranca un corredor con verjas de hierro y remate de bronce visitado por los romeros como un tributo de la festividad religiosa, despues de tocar sus medallas á la imágen de la Virgen.

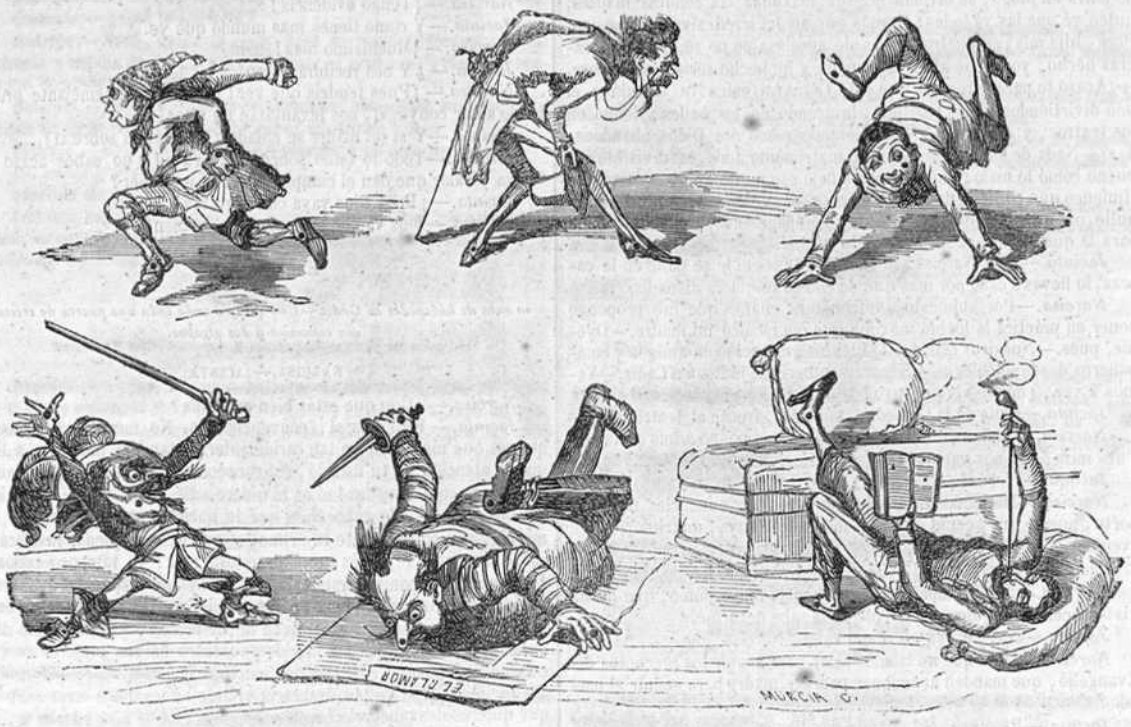
Hé aquí los principales detalles de este concurrido Santuario, cuya celebridad atrae un número considerable de devotos, y esperamos que nuestros lectores apreciarán en su verdadero valor esta sucinta, pero exacta descripcion, porque algunos monumentos arquitectónicos, no solo merecen una pública apreciacion por sus bellezas artísticas, sino tambien se valuan por su significacion religiosa. El viagero no encuentra en el Santuario de *los Desamparados* un templo de proporciones estraordinarias en el cual los arqueólogos descubren los restos venerables de otros siglos; empero reconoce de una mirada el valor

(1) El actual cura párroco de esta iglesia, el ilustrado y estudioso Dr. D. Bernardo Conde y Corral, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Lugo, es un celoso inspec-

y la importancia que ha dado la verdadera devocion á esta iglesia construida en medio de una amena y florida comarca (1).

El Santuario de *los Desamparados de Abades* no solo debe ser apreciado como un monumento artístico, sino tambien como un monumento religioso.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



LOS CINCO PUNTOS.

El presente dibujo es un capricho curioso, que prueba la habilidad de un pintor, á quien le presentaron un papel marcado con varios puntos negros, sobre los cuales debia trazar una figura en tal actitud, que los puntos caprichosamente trazados coincidieran con los estremos de la figura. El problema no carecia de dificultad: los puntos eran 15 y estaban agrupados de 5 en 5, á la manera que en la baraja; en el dominó ó en un dado, en esta forma (⁘), y el artista debia imaginar seis figuras enteramente distinta una de otra, luchando con la simetría embarazosa que le habian impuesto. El lector puede examinar cómo supo vencer las dificultades el dibujante, trazando, no un croquis cualquiera, sino seis personages correctos, que al propio tiempo que la travesura del pintor, revelan su habilidad y su talento.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido,

PROVERBIO EN ACCION.

PERSONAS.

NARCISA, jóven de 18 años, mujer de GONZALO, capitan de artillería.
JACINTA, jóven de 19 años, mujer de RODRIGO, capitan de artillería.

ESCENA I.

Una sala en una casa de Sevilla.

NARCISA.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Sí, sí, mil y mil veces me lo ha repetido mi madre: era su máxima favorita, la base fundamental del código matrimonial. Cuando mi primo Alvaro, que ha estado en Francia, le decia que era ese un refran mas viejo que la torre del Oro, y que olia á rancio, mi madre se ponia furiosa: decia que las buenas máximas no envejecen, y que la verdad es eterna. Bien está; pues vamos á ver cómo pone mi madre sus máximas en práctica.—Destinan á Cádiz el regimiento de artillería á los seis meses de haberme casado con Gonzalo; y esta señora, bajo pretesto que la estada de los artilleros en aquella plaza no es permanente, dice que no vale la pena de poner casa; que soy muy jóven; que estoy muy bien á su lado, y otras especiosas razones: determina que me quede aquí, á pesar de irse Gonzalo, y sin ninguna consecuencia á su querida máxima, separa así á la mujer de su marido. El resultado es que hace ya cuatro meses que está allá el regimiento, y no se trata aun de su vuelta; y ni mi querida madre se acuerda de aquel refrancito que no se le caia de la boca, ni Gonzalo tampoco. Todo se le vuelve escribirme unas cartas muy tiernas; pero entretanto apostaria que se está divirtiendo en grande lo mismo que un soltero, y mucho mas ahora que viene el Carnaval: y yo entretanto encerrada herméticamente, puesto que dirá ese ausente marido, que entre dos que bien se quieren, con uno que se divierta basta.—¡Esto es una atrocidad!—Me revelo contra las dos potestades: la materna y la conyugal, una vez que (segun dice Alvaro, que ha estado en Francia) son insoportables tiranías.—Tengo hecho mi plan, y si mi prima Jacinta, que viene á pasar con nosotros el Carnaval, y que está en el mismo caso que yo, hace causa comun conmigo, llevaremos mi plan adelante.—¡Pero Jacinta es tan corta, tan pacífica! ¡Apuesto que está perfectamente conforme con su suerte!—Las gentes flemáticas deberian tener cada tres dias una calentura para descuajarles la sangre.—Pero suenan pasos... ella es.—¡Jacinta! *(Entra Jacinta, y caen en brazos una de otra.)*

ESCENA II.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¡Gracias á Dios que llegaste! pues si siempre hallé el mayor placer en verte, ¿cuánto mas será en esta ocasion en que can-

(1) Cerca de esta ermita, en el Campo *Marzo*, se encuentran algunas canteras abundantes en serpentina, con la que los habitantes de sus alrededores cubren sus caminos y cercan sus heredades. Entre la diversidad de colores de este mineral, se cuentan las de fondo blanco con vetas aplomadas, y las blancas con vetas verdes.

tor del Santuario, compitiendo con sus antecesores en el esmero y diligencia con que desempeña su honroso cargo.

to, como lo hace mi madre con añejas reminiscencias, *(canta) De mi juventud la flor paso en llanto y soledad...*

Jacinta.—Hija mia, las que como nosotras se casan con militares, tienen que llorar ausencias.

Narcisa.—No lo creas; mi madre me ha predicado siempre esta máxima: matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido...

Jacinta.—Y la mia tambien.

Narcisa.—¡Pues ya ves! —pero cuando el feroz egoismo materno entra en juego, se olvidan de sus máximas las señoras madres; quien vé una las vé todas: tiranas por amor, irreflexivas por pasion. Pero, hija mia, en cuatro meses de ausencia yo no sé lo que tú habrás hecho; yo me he aburrido mucho y he hecho sérias reflexiones. —¿Acaso te parece regular que este Carnaval estén tu marido y el mio divirtiéndose á dos carrillos, brincando en los bailes, riendo en los teatros, y estemos tú y yo llorando como dos Didos abandonadas?—Nada de eso.—En el santo matrimonio todo es divisible: lo bueno como lo malo; quien no mire bajo ese punto de vista á ese dios Himeneo que coronan de rosas, merece ser turco.—Así en mi mente bulle un pronunciamiento.—Estoy compaginando una conspiracion para la que he formado un proyecto magno.

Jacinta.—¡Ay Narcisa, me asustas, pues si te se pone en la cabeza, lo llevas á cabo por mas que de ello se te quiera disuadir.

Narcisa.—Por supuesto, mucho mas cuanto que me propongo poner en práctica la loable máxima que me inculcó mi madre.—Oyeme, pues.—Nuestros maridos (¡Dios los guarde!) son amigos y compañeros desde el colegio.—Seguramente viven juntos en Cádiz.—Vamos á ver, ¿dónde vive el tuyo?

Jacinta.—Calle de la Comedia, núm. 90, frente al teatro.

Narcisa.—Justamente, ese es el sobre que pongo á mis cartas.—Pues mira, allá nos vamos á sorprenderlos.

Jacinta.—¡Jesús! ¡nosotras! ¿cómo?

Narcisa.—Metiéndonos en el vapor sin pedir anuencias ni pasaporte, puesto que, como dicen mi madre y la tuya, matrimonio bien avenido...

Jacinta.—¡Pero cómo! ¡viajar solas!... ¡Jesús!...

Narcisa.—Nos acompañará nuestro viejo mayordomo, que me ha visto nacer y me quiere tanto que nada sabe negarme.

Jacinta.—No, no, yo no tengo valor, Narcisa.

Narcisa.—¿Con que no tienes valor para seguir los preceptos del Evangelio, que mandan abandonar padre y madre para seguir al marido?

Jacinta.—Pero eso será cuando nos llamen.

Narcisa.—El precepto no trae semejante *cuando*.

Jacinta.—Yo creo que hacemos mal.

Narcisa.—Pues yo estoy segura de que hacemos bien.

Jacinta.—No me atrevo, no.

Narcisa.—Pues quédate; lo que es yo me voy de todos modos, y te escribiré como he hallado á Gonzalo y á Rodrigo, si nos divertimos mucho y qué tal me gusta Cádiz.

Jacinta.—¿No es mejor aguardarlos?

Narcisa.—¿Otros cuatro, otros ocho meses, un año quizá?—No, pues entretanto... hija mia, las gaditanitas son muy seductoras... apuesto que Gonzalo á la hora de esta, sin ser zapatero, sabe las dimensiones de los afamados pies de las gaditanas.

Jacinta.—¡Qué malos juicios, Narcisa! Por mí, estoy persuadida, á pesar de que Rodrigo lo que mas admira en la mujer es un buen cabello, no sabe siquiera si las gaditanas peinan pelo propio ó peluca.

Narcisa.—¡Qué sencilla eres, hija mia? bien se vé que te has criado en un lugar. ¡Si vivieras en capitales, verias unas cosazas!!!

Jacinta.—Eso no es de mi cuenta.

Narcisa.—Ni de la mia tampoco, gracias á Dios: lo que sí lo es, es el estar al lado de mi marido, como Dios manda. ¿Tú te quedas?

Jacinta.—No me atrevo á hacer otra cosa. ¡Dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años emanciparse así, sin autorizacion de nadie!.. desengáñate, eso seria muy mal visto.

Narcisa.—Atiende: dos cosas que son completamente contrarias, que son la antítesis (como dice mi padre, á quien gustan los terminachos) una de otra: si la una es mala ¿qué será la otra?

Jacinta.—¡Será buena, es claro!

Narcisa.—Bien está; por consiguiente si la mujer que huye del techo doméstico y abandona á su marido para seguir á otro es una solemne picarona, la que hace cabalmente todo lo contrario será una buena mujer.

Jacinta.—En eso tienes razon; pero si no nos lo mandan...

Narcisa.—¿No has oido decir siempre que el bien que se hace espontáneamente tiene mas mérito que el que se hace solo por obligacion?

Jacinta.—Eso tambien es verdad.

Narcisa.—Mi madre siempre dice que María Luisa, la mujer de Napoleon, faltó á sus deberes no siguiéndole á Sta. Elena: pues en el mismo caso estamos en no seguir á nuestros maridos á Cádiz.

Jacinta.—Pero...

Narcisa.—Idéntico: no hay peros ni camuesas.—El padre de aquella no quiso; las madres nuestras están igualmente por la ausencia.—El mundo y todos los corazones sensibles hubieran aplaudido á la mujer de Napoleon por su desobediencia: lo mismo nos aplaudirán á nosotras.

Jacinta.—¿Lo crees?

Narcisa.—¡Tengo evidencia!

Jacinta.—Y como tienes mas mundo que yo.

Narcisa.—¡Muchísimo mas!

Jacinta.—¿Y nos recibirán bien

Narcisa.—¡Pues tendria que ver! ¡Despues de semejante prueba de amor conyugal, nos levantarán un altar!

Jacinta.—Y si mi madre se enfada ¿tomarás tú sobre tí?...

Narcisa.—Todo lo tomo sobre mí. ¡Vaya! ¿no sabes acaso la fuerza y valor que dan el cumplimiento de un deber?

Jacinta.—¡Pues Dios vaya con nosotras!

Narcisa.—Dios va con todo el que obra bien.

ESCENA III.

Una casa de huéspedes en Cádiz.—Una sala: á cada lado una puerta de cristales que comunica á dos alcobas.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¿Con que estás bien enterada?

Jacinta.—Enterada sí, convencida no. No me atrevo: ¿cómo quieres que me ponga yo tan caridelantera y tan sin modestia á llamar la atencion de tu marido, sin conocerlo siquiera?—¡Quita allá, eso es una cosa muy fea! ni sé ni quiero.

Narcisa.—No lo conoces, ¿qué le hace? ¿no sabes que es mi marido, por consiguiente tu primo, y que has de quedar justificada sobre la marcha? ¡Jesús, qué premiosa eres! yo tampoco conozco á tu marido, y con saber que lo es, estoy tan dispuesta á hacerle algunas carantoñas, á poner en juego mis gracias y monadas, como lo haria en una comedia casera. Te he de probar, ya que tanto disputas lo contrario, que los maridos ausentes de sus mujeres se van tras de los reclamos como las perdices.

Jacinta.—Y si yo por desgracia viviese en un dulce error, ¿para qué quieres desvanecerlo?

Narcisa.—Para que vivas prevenida y aprecies en todo lo que vale la prudencia de mi determinacion (antítesis, como dice mi padre), de la conducta de María Luisa.

Jacinta.—¿Pero qué quieres que haga? ¿qué quieres que diga si yo no sé?

Narcisa.—Entra en tu cuarto, obsérvame por entre los visillos de la puerta de cristales, y despues imítame en un todo; ¡verás qué bien hago mi papel, y qué mona me pongo!

Jacinta.—¡Ya lo creo! tú lo eres siempre. ¿Y si se enamora de veras de tí?

Narcisa.—¡Qué simpleza, hija mia! ¿acaso no te quiere á tí? ¿acaso se enamoran los hombres en un dia? Lo que te quiero probar es que cuando los maridos están ausentes de sus mujeres, miran mas de lo que conviene á las demas. Desengáñate: el corazon de los hombres es un pájaro, y nosotras las jaulas.

Jacinta.—¡Ay, Narcisa! ¡qué sobresaltada estoy desde que llegué á Cádiz! ¡qué fortificaciones presenta por todos lados! ¡me parece un caballero antiguo bajo de su armadura!

Narcisa.—Pues á mí me parece muy alegre, y una blanca ninfa bañándose en el mar.

Jacinta.—¡Estoy inquieta como si hiciese una cosa mala!

Narcisa.—¿Mala? ¡pues qué! ¿hay cosa mas virtuosa, mas legal, que venir á buscar dos mujeres á sus consortes legítimos, indisputables, estrechando así una union santa y respetable?

Jacinta.—Venir así escapadas...

Narcisa.—El fin justifica los medios.

Jacinta.—Un buen fin no se debe alcanzar sino con iguales medios.

Narcisa.—Estás muy atrasada de noticias y de máximas. Pero oigo pasos: ellos deben ser; tú á tu cuarto y yo al mio, observa.

(Cada una se encierra en su cuarto.)

ESCENA IV.

RODRIGO.—GONZALO.

Gonzalo.—Parece que han llegado huéspedes.

Rodrigo.—Sí, dos señoras.

Gonzalo.—¿Y quiénes son?

Rodrigo.—Dicen que son dos hermanas con su tio.

Gonzalo.—¿Y á qué vienen?

Rodrigo.—No me lo han sabido decir: quizá venga empleado, categoría muy estensa y muy ambulante.

Gonzalo.—¿Y te han dicho qué tales son las señoras?

Rodrigo.—Jóvenes, lindas y distinguidas; pero el tio es un facha.

Gonzalo.—¡Estraña anomalía! ¡pero se hallan tantas en los tiempos que corren en este mundo redondo!

Rodrigo.—En fin, me alegro que tengamos tan buena vecindad.

Gonzalo.—¿Qué te importa?

Rodrigo.—Nada, es cierto; pero nada me importa tampoco un dia nublado y un dia de sol, y me gusta mas el primero. ¿Has encargado los dominós para esta noche?

Gonzalo.—¡Ay, que me se ha olvidado! *(Cogiendo su sombrero.)* El que no tiene cabeza que tenga pies: voy en un vuelo.

Rodrigo.—Mientras me pondré á escribir á mi Jacinta.

(Se sienta y escribe.)

«Jacinta de mi corazon:

(Jacinta entreabre la puerta y hace un movimiento para lanzarse hácia su marido. Narcisa se asoma con precaucion á la otra puerta, y la detiene haciéndole repetidas señas.)

ESCENA V.

RODRIGO *escribiendo;* NARCISA y JACINTA *acechando.*

Rodrigo.—»¡Qué domingo de Carnaval tan triste para mí, pues de tí estoy ausente! Recuerdo, Jacinta mia, que ahora hace un año, habiendo obtenido licencia para pasar esta alegre temporada en casa de mis padres, te hallé á tí, á quien habia dejado niña, transformada en una jóven encantadora; á tí, que habias de ser mi primero, mi único, mi eterno amor. Me admitistes por compañero espontáneamente, como yo te habia elegido á tí por único bien.

(Jacinta hace otro movimiento. Narcisa la detiene con impacientes ademanes.)

»Juré labrar tu felicidad, y lo haré; confía en mi cariño como yo en tu constancia...

(Jacinta se quiere de nuevo precipitar hácia su marido. Narcisa le hace señas, y para distraer la atencion de Rodrigo sale de su cuarto haciendo ruido. Rodrigo se vuelve á aquel lado, la vé y se levanta.)

Narcisa.—Perdonad, caballero; crei que estaba sola esta estancia, y pasaba para ir á la habitacion de mi hermana.

Rodrigo.—Señora, vos sois la que tiene que perdonarme el que esté aquí estorbando vuestro paso, y desde luego me retiro. *(Aparte)* ¡Qué linda es! *(Coge sus papeles para irse.)*

Narcisa (con aire muy amable).—No consentiré por cierto que os incomodeis por mí; os suplico que sigais escribiendo, tanto mas, cuanto que supongo que será una carta de gran interés.

Rodrigo.—No, no, no corre prisa: no es aun hora que salga el correo.

Narcisa.—El corazon siempre tiene prisa en espresar sus afectos: y si esa carta es para alguna persona que os interesa...

Rodrigo (aparte).—¡Estraña franqueza, por no decir desenvoltura, hay en este lenguaje de parte de una señora!—Si no me engaño, esta ha de pertenecer á la escuela de la mujer emancipada.—Si fuese fátuo... *(Recio.)* No, señora, no; era una carta, eran unos versos que escribia para pasar el rato.

Narcisa.—¿Pero á alguien serán dirigidos esos versos?

Rodrigo.—No, no tengo á quien dirigirlos.

Jacinta (asomada á su puerta y aparte)—Ah traidor.

Narcisa.—¿No? ¡es muy estraño! A vuestra edad y con vuestro mérito, las conquistas deben de seros muy fáciles!

Rodrigo.—No me lisonjeeis, porque si me engriese, podria dar pábulo á que me aquejase un amargo desengaño! *(aparte):* Tanto descaro, con un esterior tan distinguido, pasma!

Jacinta (aparte.)—¿Hay valor para ser tan provocativa con un hombre, aunque sea treinta mil veces primo?

Narcisa.—Deciais que escribiais versos y que no eran amorosos; siendo así, no pienso que sea una indiscrecion suplicaros que me los leyérais. ¡Me muero por los versos! ¡Los versos son música celestial!

Rodrigo.—Con gran placer os los leeré; pero podeis estar persuadida que si antes os hubiera conocido, otro hubiera sido el objeto que me los hubiese inspirado.

Narcisa.—Sois galan, no lo estraño: galan es sinónimo de caballero.

Jacinta (aparte).—¿Hay paciencia para esto?

Narcisa.—Ansio por oir los versos.

Rodrigo (aparte).—¡Qué estraña exigencia! ¿qué la leeré, yo que en mi vida he compuesto un verso? ¡pero ya caigo! aqui tengo lo que necesito. *(Toma un papel de sobre la mesa).*

Narcisa.—¿De qué tratan?

Rodrigo.—Son versos de un guerrillero. Los he compuesto para recitarlos en los fosos de la muralla de la puerta de Tierra, en que hay un eco maravilloso, y donde los suelo recitar ante mis compañeros, á quienes agradan mucho.

Narcisa.—Pues vamos á los fosos de la muralla, y allí me los leereis. ¡Me gusta tanto, tanto, el eco, esa voz del aire, que cual él, no se sabe de donde viene! Ved, casualmente tengo puesto el velo, pues iba á salir.

Rodrigo (aparte).—L pajarita ésta, está perfectamente domesticada. ¡Tan linda, tan fina! ¡Fiese V. de las apariencias! *(Alto)* Señora, nunca mas honrado.

Narcisa.—Vamos pues, á oir el eco: ¡esas palabras al aire que no salen del corazon! es una cosa muy rara, ¡un fenómeno!

(Rodrigo le ofrece el brazo, y se van. Jacinta sale de su cuarto y corre tras ellos; pero Narcisa, ya fuera de la sala, asoma la cabeza y le dice):

Narcisa.—Aguárdame, hermana, aguárdame con paciencia, no *tengas cuidado,* que pronto vuelvo: y ten presente que tienes que hacer lo que te dije.

ESCENA VI.

JACINTA, *sola.*

(Se deja caer sobre una silla llorando).

¡Ay! ¡Dios mio! ¿Quién lo hubiese creido? ¡infiel! ¡infiel! ¡en el mismo momento en que me escribia aquella carta! y Narcisa, ¡con qué desfachatez ha sido provocativa! lo que está pasando, es un escándalo, jugando, jugando están labrando mi infelicidad. ¡Perversa amiga! ¡marido inícuo! ¡quién pudiera vengarse de ambos!

(Concluirá.)

FERNAN CABALLERO.

ESCLAVITUD EN ROMA.

Tuvieron esclavos todos los pueblos griegos de la antigüedad; los tesalienses sus prenestos, los cretenses sus clarotes, los de Argos sus jimnetas, los sicyonicos sus corineforos, los lacedemonios sus ilotas, etc., razas desgraciadas que formaban en su origen otros tantos pueblos, y que la derrota puso á discrecion del vencedor.

Habia en Roma esclavos de diferentes naciones, la mayor parte prisioneros de guerras, hechos á los varios pueblos que atacaba sucesivamente la república. No era la guerra la única causa de esclavitud, pues era á veces efecto de un castigo aplicado por la ley á los desertores, traidores ó refractarios.

Consistian las principales disposiciones del derecho romano relativas á la esclavitud en:

«No ser el esclavo persona, sino cosa; no poder poseer nada por ser él mismo de propiedad agena; no tener consideracion alguna en la vida civil; no poder atestiguar en justicia; no poder accionar en ningun tribunal; no poder testar; ser su dueño su heredero legítimo y el que heredaba en su lugar cuando era nombrado en algun testamento; poder dividirse su propiedad poseyendo uno el usufructo y otro la simple propiedad; y que por la ley ninguna injuria se le irrogaba teniendo solo su dueño el derecho de darse por ofendido de su persona.»

Ejercian en Roma los esclavos todos los artes y oficios; eran médicos, arquitectos, músicos, notarios y hacian el comercio por cuenta de sus dueños. Casi todos los que tenian escritorios ó tiendas eran esclavos ó libertos, y siempre que se suscitaba alguna dificultad en los negocios, se dirijia la accion contra sus dueños á pesar de haber contratado con los esclavos.

Trabajaban los de ricos ciudadanos, en casa de sus dueños, donde habia para cada ocupacion un taller llamado *ergastulun*, y se vendian sus trabajos á beneficio suyo. Eran á veces tan numerosos los esclavos en estas casas, que ocupaban el sitio de un pue o; que se necesitaban nomenclatores solo para retener é inscribir sus nombres. Cuenta Atheneo que habia particulares que poseian hasta veinte mil esclavos, y refiere Plinio, que Claudio Isidoro declaró en testamento que habiendo perdido mucho en las guerras dejaba solo 4,116 esclavos, 3,600 pares de bueyes, 250,000 cabezas de ganado y 600 millones de sestercios.

Llevábase al mercado el esclavo que se trataba de vender y le esponian desnudo en una especie de caja, llamada *calasta*, para que pudiera examinar minuciosamente el comprador todas las partes de su cuerpo. Ordenaron los ediles que se pusiera al esclavo que se llevase

al mercado un cartelon que anunciase sus buenas calidades ó defectos; y á los estrangeros que no sé les conocia bastante para garantizarlos, los esponian con manos y pies atados, y cubiertos de una especie de gorro llamado *pileus*.

Cita Plinio varias ventas de esclavos de su época á precios muy subidos: un entendido gramático fué vendido por doscientos mil sestercios. Fijóse mas tarde un arancel de precios de esclavos por su edad y profesion; por un médico debia pagarse sesenta sueldos de oro; por un notario cincuenta; por un eunuco menor de diez años, treinta, y por uno de mayor, cincuenta; valor general de los esclavos en el siglo sesto que puede verse en el reglamento del emperador Justiniano del año 530.

Débese tener cuidado en distinguir los esclavos rurales de los domésticos ó urbanos. Los primeros que hallamos designados con multitud de nombres, tales como *colonos, tributarios, originarios,* que indican condiciones muy diversas, estaban ocupados en las posesiones á trabajar los campos, en vez de trabajar en el interior de las casas de las poblaciones, y eran á veces verdaderos esclavos de la tierra que no podian ser vendidos sin su dominio, y á los que se confundia con el nombre genérico de colonos. Tenian por habitacion un subterráneo iluminado por una angosta buharda donde pasaban la noche encadenados, y por alimento una racion de granos, sal y legumbres. La union del esclavo no estaba consagrada por el matrimonio: tenia que recibir la compañera que su dueño le señalaba y no tenia ningun derecho sobre sus hijos, que se hacian de la propiedad de este. En el verano vestian los esclavos colonos una corta túnica, y en el invierno unos viejos calzones que les daban para que pudiesen trabajar en el campo en el tiempo riguroso.

Por dura que fuese la existencia de los colonos, era aun mas desgraciada la de los esclavos domésticos, espuestos contínuamente á todos los caprichos y malos tratos de sus dueños. Conocido es el hecho de Polion, que por haberle roto un vaso un esclavo, lo hizo arrojar á un vivero para que sirviera de pasto á las murenas, y habiendo logrado escaparse el infeliz, se echó á los pies de Augusto que cenaba en casa de su dueño, no para pedirle la vida, sino otro género de muerte.

AL NIÑO ALBERTO PEREZ DE ANAYA.

Inédita.

Mi nombre llevas, Alberto,
y el ser debes á un amigo
en la adversidad probado
y en mis bienes complacido.
Por tu nombre y por tu padre
con doble deber, dirijo
al cielo fervientes votos
y el cielo nos oye pio.
En favor tuyo le ruego,
y no temo hallarle esquivo;
que á la amistad é inocencia
nunca cerró su oidos.
Mas no los ricos tesoros
de Creso para tí pido,
ni de la ambicion ceñuda
los infaustos regocijos,
ni los veleños del ócio
ni de Acidalia los mirtos,
ni de las funestas lides
el laurel en sangre tinto.
Mente sana en cuerpo sano,
vivo y noble patriotismo,
mediana y modesta suerte,
instruccion, virtud y juicio.
Virtud..... su angélico sello
grave en tí tan fuerte y fijo,
que jamás borrarle pueda
la inmoralidad del siglo.
Sé de tus amables padres
gloria en tus años floridos,
de sus canas alegría,
de su senectud arrimo.
Y entre tantas bendiciones
tambien para mi suplico,
que del autor de tus dias
imites el fiel cariño;
y pueda yo, caminando
de la tumba al cierto asilo,
decir: la amistad del padre
ya reflorece en el hijo.

Sevilla 2 de julio de 1847.

ALBERTO LISTA.
(A los 72 años de edad.

A UN ARBOL.

BALADA.

Arbol, ¿por qué del campo en la llanura
siempre mis pasos á buscarte van,
y al contemplar tu pompa y tu verdura
siento en el alma indefinible afan?
¿Por qué si el viento en incesante giro
tu ramaje columpia con furor,
dentro del alma á mi pesar suspiro
por cada hoja perdida y cada flor?
Acaso, acaso en tu lozana vida
algun misterio el corazon leerá;
tal vez mi suerte á tu existencia unida
por impalpable vínculo estará.
¡Quién sabe si darás á mis amores
fresca sombra en tu verde pabellon;
si sentiré cubierto con tus flores
de un ángel palpitar el corazon!
Tal vez robusta y ponderosa lanza
tus vástagos gigantes me darán;
tal vez cuando se logre mi esperanza
ramos tuyos mi sien coronarán.
¡Quién sabe si al cruzar los anchos mares
tú serás el timon de mi bajel,
ó de triste naufragio en los azares
la pobre tabla que me salve dél!
Mas si de amor la tienda encantadora
no has de ser, ni la lanza, ni el timon,
ni la flotante tabla bienhechora
que me libre del mar y el aquilon;
¡Cuando la muerte mi destino amanse,
árbol, quién sabe si caerás tambien,
si el féretro serás en que descanse
mi helado pecho, mi marchita sien!

ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AUÑON.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Amor de madre.)

TEATRO DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

La fecundidad asombrosa del *Fenix de los ingenios* Frey Lope Felix de Vega Carpio produjo tan considerable número de obras, que no solo perjudicó á su misma correccion, sino que no pudieron ser todas conocidas del público por medio de la imprenta.—Solamente las no dramáticas sagradas y profanas, impresas en su vida y reimpresas por Sancha á fines del siglo pasado, forman veinte y un volúmenes en cuarto, y faltan en ella varias publicadas por separado.—Las comedias de aquel prodigio de la naturaleza, que su discípulo y panegirista Montalvan hace subir á la enorme cantidad de *mil ochocientas* y *cuatrocientos autos sacramentales*, se perdieron las mas en las carteras de los comediantes, sin alcanzar por su misma multitud los honores de la imprenta, y sin que su mismo autor supiese darse razon de ellas. Muchas, sin embargo, fueron impresas sueltas en Madrid, Valencia, Barcelona y otras ciudades, y han llegado reimpresas hasta nosotros; y varias en la famosa coleccion titulada *Comedias nuevas escogidas de los mejores ingenios de España*, que se empezó á publicar en Madrid por Domingo García Morrás en 1652, y comprende cuarenta y ocho tomos en cuarto, de los cuales el último se imprimió en Madrid en 1704.—Esta coleccion es rarísima, y no existe completa en ninguna de nuestras Bibliotecas públicas, ni creemos tampoco que en las particulares: Brunet cita un ejemplar que poseyó Richard Heber, y aunque falto de los tomos IV, XIII, XVII, y el X incompleto, le habia costado mas de 100 guineas (unos 9,600 reales.)

En esta misma coleccion de varios, y en otras que se empezaron á publicar en el mismo siglo XVII, tuvieron, como no podia menos, importante lugar las comedias del gran Lope; los libreros de toda España, y aun los de Amberes, Bruselas, Nápoles y Lisboa publicaron furtivamente otras muchas sueltas, atribuyéronle algunas y despojáronle de varias, por todo lo cual, y sin duda deseoso de vindicar su fama y consignar sus obras verdaderas, emprendió el mismo Lope la publicacion de sus obras dramáticas en tomos, de los cuales el primero se publicó en Valladolid en 1609, y el XXV y último en Zaragoza en 1647. Hay ademas otra parte 22 y otras dos 24, impresas tambien en Zaragoza en 1633 y 1631; tambien se le atribuyen, aunque por estravagantes, la 26, de Zaragoza, en 1645: la 27, Barcelona, 1633; y la 28, Zaragoza, 1639; aunque generalmente son tenidas por apócrifas ó pegadizas; por lo regular no se cuentan mas que los XXV, cuyo pormenor de las comedias que contienen, los años de su impresion y demas, puede verse en la *Biblioteca hispana nova* de Nicolás Antonio, tomo II, pág. 76 y siguientes. Por último se añade á ellos el tomo titulado *Vega del Parnaso*, que comprende ocho comedias, impreso en Madrid en 1627.

Pero como se vé, la vida de Lope y la actividad de las prensas no bastaron á publicar en el trascurso de treinta y ocho años mas que una parte muy corta relativamente á la totalidad de sus obras dramáticas; pues constando de veinte y cinco tomos la coleccion, cada uno con doce comedias, dan por resultado unas trescientas, de las mil ochocientas que le atribuye Montalvan, ó por lo menos de las mil setenta que el mismo Lope calcula en el prefacio de uno de sus tomos.

Esta preciosísima coleccion, por no haberse reimpreso desde mediados del siglo XVII, ha llegado á ser tan escasa que no conocemos ningun ejemplar completo.—El de la Biblioteca nacional estaba hace algunos años falto de los tomos V, IX, XVI y XVII, y hoy faltarán muchos mas; en la Biblioteca imperial de Viena falta el tomo II; en la de París varios, y en las particulares igualmente, aunque pudiera completarse uno para reimprimirlo, en lo cual los ilustrados editores de la *Biblioteca de autores españoles* harian un señalado servicio á las letras.—El célebre bibliófilo Richard Heber habia llegado á reunir un ejemplar de los XXV y varios tomos dobles á costa de mas de 20,000 rs de desembolso, y dudamos que aun á este precio pudiera hoy adquirirse otro.

Queda dicho ya que ademas de estos tomos preparados por él mismo, se publicaron en vida y en muerte de Lope multitud de sus comedias sueltas y en colecciones de varios, se le atribuyeron otras de diversos autores, y á estos las suyas; incorrectas, mutiladas, y no

reconocidas algunas por auténticas: hay sin embargo la certidumbre de serlo la mayor parte, aunque de muchas no ha llegado hasta nosotros mas que el título, y aun este muchas veces trocado y contrahecho; otras corren manuscritas, algunas duplicadas con diversos títulos, y otras, en fin, en que Lope solo escribió una ó dos jornadas.—Se vé por lo tanto que el trabajo bibliográfico de depurar en lo posible aquel caos, de señalar guia en aquel laberinto, está aun por hacer, ó mas bien que le ha hecho ya imposible el transcurso del tiempo, la incuria de nuestros antepasados, y la carencia de datos, y aun de una parte muy principal de las obras mismas sobre que habia de recaer.

Deseosos, sin embargo, de contribuir en lo posible (atendidas nuestras débiles fuerzas) á buscar ó preparar materiales para aquel importante trabajo, reservado á mayores y mas ilustradas diligencias, emprendimos hace tiempo la investigacion de todas las comedias, ó por lo menos de sus títulos, que pudiéramos haber del gran Lope; adquirimos muchas; leimos mas, y tomamos las noticias que pudimos de varios amigos y distinguidos eruditos. Y teniendo presentes los catálogos generales mas completos de nuestro teatro antiguo, los de las librerías ó comercios de libros, y las colecciones particulares, nos atrevimos á formar para nuestro uso privado y sin pretension alguna la siguiente lista, que comprende hasta unos setecientos títulos de comedias atribuidas á Lope de Vega, sin responder sin embargo de la autenticidad de todas ellas, y aun sin dudar que varias están duplicadas con diversos títulos.

Los mas considerables de aquellos catálogos generales del teatro español que tuvimos á la vista son los siguientes:—1.° El publicado en 1735 por los herederos de D. Francisco Medel del Castillo, mercader de libros y comerciante de comedias, en un tomo en 4.° titulado *Indice general alfabético de todos los títulos de comedias escritas por varios autores antiguos y modernos, y de los autos sacramentales y alegóricos, etc.*—2.° El *Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, autos, zarzuelas, entremeses y otras obras correspondientes al teatro español.* Un tomo en 8.° impreso en 1785, y publicado por D. Vicente García de la Huerta.—3.° El *Indice* formado por D. Juan Isidro Fajardo en 1716, que se conserva MS. en la Biblioteca nacional (y cuya copia poseemos) con el epígrafe *Títulos de todas las comedias que en verso español y portugués se han impreso hasta el año de 1716; están recogidas por una curiosidad diligente que ha procurado reconocer todos los libros y bibliotecas donde se ha podido hallar la noticia, y si faltasen algunas comedias será por no haberlas hallado en ellos.*—De todos estos catálogos copiosos, aunque incorrectos, y de los ya dichos parciales y contemporáneos, procuramos estractar y formar alfabéticamente el de las comedias atribuidas á Lope; y este trabajo, aunque imperfectísimo y no destinado al público, es el que ahora nos determinamos á ofrecerle, siquiera no sea mas que para promover otro mas completo de plumas mas ilustradas y eruditas, y contribuir en lo posible á despertar la curiosidad de los literatos hácia esta noble investigacion.

R. DE M. R.

COMEDIAS IMPRESAS ATRIBUIDAS Á FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO. (1)

Abderite (la).
Abindarraez y Narvaez.
* Acero (el) de Madrid.—T. XI.
Acertar errando.
Achaque quieren las cosas.
* Adonis y Venus.—T. XVI.
Adversa fortuna de D. Fernando de Portugal.
Adversa fortuna de D. Bernardo de Cabrera.
* Adversa fortuna del Caballero del Espíritu Santo.—T. III.
* Adversa fortuna de Ruy Lope Dábalos.—T. III.
Adúltera (la) perdonada.
Africano (el) Cruel.
* Al pasar el arroyo.—T. XII.
Alcaide (el) de Madrid.
* Alcalde (el) Mayor.—T. XIII.
Alcalde (el) de Zalamea.
Alcázar (el) de Consuegra.
Alfonso el Afortunado.
Allá darás rayo.
* Almenas (las) de Toro.—T. XIV.
* Amante (el) agradecido.—T. X.
* Amantes (los) sin amor.—T. XIV.
* Amar sin saber á quién.—T. XXII.
Amar como se ha de amar.
Amar por burla.
* Amar, servir y esperar.—T. XXII.
Amatilde (la).
Amazonas (las).
* Amete (el) de Toledo.—T. IX.
* Amistad y obligacion.—T. XXII.
* Amistad (la) pagada.—T. I.
* Amigo (el) hasta la muerte.—T. XI.
* Amigo (el) por fuerza.—T. IV.
Amigos (los) enojados.
Amor (el) soldado.
Amor (el) bandolero.
Amor (el) constante.
* Amor (el) enamorado.—*Vega del Parnaso.*
Amor (el) desatinado.
* Amor, pleito y desafío.—T. XXII.
* Amor secreto hasta celos.—T. XIX.
Amor (el) con vista.
Amores (los) de Narciso.
* Angel (el) fingido y renegado de amor.—T. VIII.
Angélica en el Catay.
* Animal (el) de Ungría.—T. IX.
Animal (el) Profeta, S. Juan.
Antecristo (el).
Antonio Roca.
* Anzuelo (el) de Fenisa.—T. VIII.
* Arauco domado.—T. XX.
* Arenal (el) de Sevilla.—T. XI.
* Arcadia (la).—T. XIII.
Argelan, rey de Alcalá.
Arminda celosa.
* Asalto (el) de Mastrique.—T. IV.
Atalanta (la).
Avanillo (el).
* Aventuras (las) de D. Juan de Alarcon.—T. XXV.
Aventuras del hombre.
Ave María (el) y Rosario de Nuestra Señora.
* Ausente (el) en el lugar.—T. IX.
* Ay verdades que enamoran.—T. XXI.
* Bandos (los) de Sena.—T. XXI.
Bárbaro (el) Gallardo.
Bárbara (la) del cielo.
Balahan y Josafat.
Bargas (los) de Castilla.
Basilea (la).
* Bastardo (el) de Ceuta.—T. V.
Bastardo (el) de Mudarra.
Batalla (la) de dos.
* Batalla (la) del honor.—T. VI.
Batalla (la) naval.
* Batuecas (las) del duque de Alba.—T. XXIII.
Belardo furioso.
* Bella (la) Malmaridada.—T. II.
* Bella (la) Aurora.—T. XXI.
Bella (la) Gitana.
Beltran de Aragon.
* Benavides (los).—T. II.
Bernardo del Carpio en Francia.
Biezmas (los).
* Bizarrías (las) de Belisa.—*Vega del Parnaso.*
Blason (el) de los Chaves.
* Boba (la) para los otros, y discreta para sí.—T. XXI.
* Bobo (el) del colegio.—T. XIV.
* Boda (la) entre dos maridos.—T. IV.
Bohemia convertida.
Bosque (el) amoroso.
Buen (el) vecino.
Buen (el) agradecimiento.
* Buena (la) Guarda.—T. XV.
Burlas (las) veras.
Burlas (las) de amor.
* Burgalesa (la) de Lerma.—T. X.
* Caballero (el) de Illescas.—T. XIV.
Caballero (el) Mudo.
* Caballero (el) del Sacramento.—T. XV.
* Caballero (el) del Milagro.—T. XV.
Cadena (la).
* Campana (la) de Aragon.—T. XVIII.
Capitan Belisario (el). Ejemplo de mayor desdicha.
Capuchino (el) escocés, y Condesa perseguida.

(1) Los títulos que van con estrella (*) son de las comedias contenidas en la coleccion de los XXV tomos: las demas son las impresas por separado.

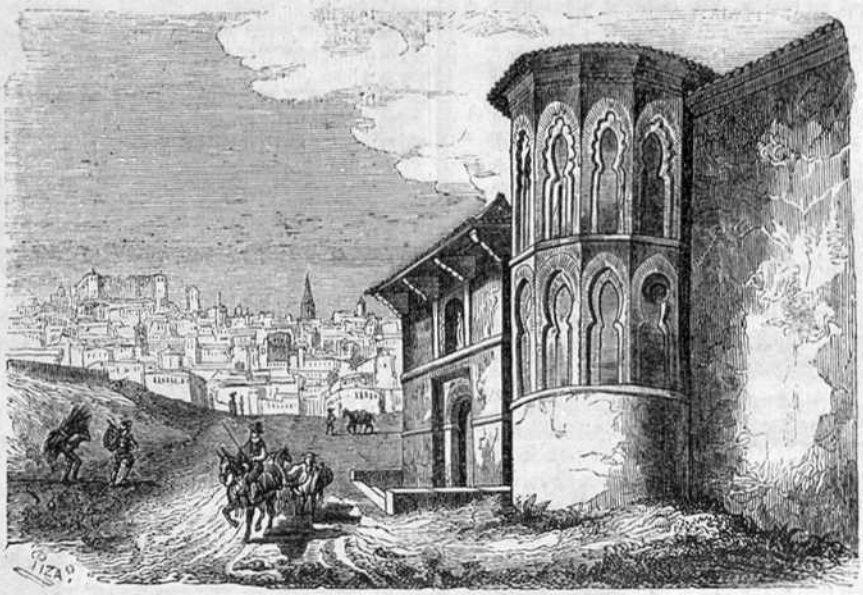
* Carbonera (la).—T. XXII.
* Cardenal (el) de Belen.—T. XIX.
* Cárlos perseguido.—T. I.
* Cárlos V en Francia.—T. XIX.
Carcel (la) de amor.
* Casamiento (el) en la muerte.—T. I.
* Capellan (el) de la Virgen.—T. XVIII.
Capitan Juan de Urbina.
Casamiento (el) por Cristo.
Casamiento (el) dos veces.
Casta (la) Penépole.
* Castelvies y Monsalves.—T. XXV.
* Castigo (el) sin venganza.—T. XXI.
* Castigo (el) en el discreto.—T. VII.
Cautivo (el) coronado.
* Cautivos (los) de Argel.—T. XXV.
Cerco (el) de Madrid.
* Cerco (el) de Sta. Fé —T. I.
Cerco (el) de Toledo.
Cerco (el) de Orán.
Cerco (el) de Viena por Cárlos V.
* Chaves de Villalva.—T. X.
Cirze (la) Angélica.
* Cierto (lo) por lo dudoso.—T. XX.
Cirujano (el).
Ciudad (la) sin Dios.
Cómo se vengan los nobles.
Cómo se engañan los ojos.
Comendador (el) de Osuna.
* Comendadores (los) de Córdoba.—T. II.
Competencia (la) engañada.
Competencia (la) en los nobles.
Concepcion (la) de Ntra. Señora.
Conde (el) D. Pedro Velez.
Conde (el) D. Tomás.
Conde (el) Dirlos.
* Conde (el) Fernan Gonzalez.—T. XIX.
Condesa (la).
Conquista (la) de Tremecen.
Conquista (la) de Andalucía.
Conquista (la) de Tenerife.
Conquista (la) de Cortés.
Con su pan se lo coma.
* Contra valor no hay desdicha.—T. XXIII.
* Corona (la) merecida.—T. XIV.
Cortesano (el) en la aldea.
* Cortesía (la) de España.—T. XII.
Creacion (la) del mundo y primer culpa del hombre.
* Cruz (la) en la sepultura.—T. XXIV.
* Cuerdo (el) en su casa.—T. VI.
* Cuerdo (el) loco.—T. XIV.
* Cuentas (las) del Gran Capitan.—T. XXIII.

* Dama (la) boba.—T. IX.
Dama (la) desagraviada.
Dama (la) melindrosa.
Dama (la) estudiante.
David perseguido, y montes de Gelboé.
Dé donde diere.
* De corsario á corsario.—T. XIX.
Degollado (el) fingido.
De la Mazagatos.
* De cuándo acá nos vino.—T. XXIV.
De un castigo tres venganzas.
Defensa (la) en la verdad.
Del monte sale quien el monte quema.
* Del mal el menos.—T. IX.
* Desconfiado (el).—T. XIII.
Desdichado (el).
* Desdichada (la) Estefanía.—T. XII.
* Desgracias (las) del rey D. Alonso.—T. V.
Despenado (el).
* Despertar á quien duerme.—T. XIII.
* Desposorio (el) encubierto.—T. XIII.
* Desprecio (el) agradecido.—*Vega del Parnaso.*
* Despreciada (la) querida.—T. XXIV.
Destruccion (la) de Constantinopla.
Dicha (la) del forastero, y la portuguesa.
Dichoso (el) parricida.
* Dineros son calidad.—T. XXIV.
Difunta (la) pleiteada.
* Discreta (la) enamorada.—T. XX.
* Discreta (la) venganza.—T. XX.
Dios hace justicia á todos.
* Dios hace reyes.—T. XXIII.
Di mentira sacarás verdad.
* Divino (el) africano.—T. XVIII.
Divina (la) vencedora.
* Dómine (el) Lucas.—XVII.
* Donaires (los) de Matico.—T. I.
* Doncella, viuda y casada.—T. V.
* Doncella (la) Teodor.—T. IX.
Doncella (la) de Orleans.
Doncellas (las) de Simancas.
Don Gonzalo de Córdoba.
* Don Juan de Castro, primera y segunda parte.—T. XIX.
Don Lope de Cardona.
Don Manuel de Sousa.
* Doña Inés de Castro.—T. III.
Dos agravios sin ofensa.
Dos (las) bandoleras.
* Dos (las) estrellas trocadas.—T. XI.
Dos (los) soldados de Cristo.
Duque (el) de Alba en Paris.
Duque (el) de Saboya.
* Duque (el) de Viseo.—T. VI.

* Ello dirá.—T. XII.
* Embustes (los) de Celauro.—T. IV.
* Embustes (los) de Fabio.—T. XXV.
Embajador (el) fingido.
* Enemiga (la) favorable.—T. V.
Enemigo (el) engañado.
* Enemigos (los) en casa.—T. XII.
Engañar á quien engaña.
Engaño (el) en la verdad.
Enmendar un daño á otro.
* Envidia (la) de la nobleza.—T. XXIII.
Envidia (la) de la Privanza.
* En los indicios la culpa.—T. XXII.
En la mayor lealtad, mayor agravio y fortuna.
Ero y Leandro.
* Esclava (la) de su galan.—T. XXV.
* Esclavo (el) del demonio.—T. III.
Esclavo (el) fingido.
Esclavo (el) por su gusto.
* Esclavos (los) libres.—T. XIII.
* Esclavo (el) de Roma.—T. VIII.
* Escolástica (la) celosa.—T. I.
Espíritu (el) fingido.
Estrella (la) de Sevilla.
* Exámen (el) de maridos.—T. XXIV.
* Ejemplo (el) de casadas, y prueba de la paciencia.—T. V.
* Espejo (el) del mundo.—T. III.
Espada (la) pretendida.

* Fábula (la) de Perseo.—T. XVI.
Fajardos (los).
Famosa (la) Montañesa.
* Famosas (las) asturianas.—T. XVIII.
* Favor (el) agradecido.—T. XV.
* Fé (la) rompida.—T. IV.
* Felisarda (la).—T. XVI.
* Ferias (las) de Madrid.—T. II.
Fianza (la) satisfecha.
Fingido (lo) verdadero.
Firmeza (la) de Leonarda.
* Firmeza (la) en la desdicha.—T. XII.
* Flores (las) de D. Juan, y rico y pobre trocados.—T. XXII.
Fortunas (las) de Beraldo.
* Fortuna (la) merecida.—T. XI.
Fortuna (la) adversa.
Fray Martín de Valencia.
* Francesilla (la).—T. XIII.
Fregosos y Adornos.
* Fuente Ovejuna.—T. XII.
* Fuerza (la) lastimosa.—T. II.
Fundacion (la) de la Alhambra de Granada.
Fundacion (la) de la Sta. Hermandad de Toledo.

(*Concluirá.*)



(Toledo.—Ermita de S. Eugenio, estramuros de la ciudad.)

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

—

CAPITULO XII.

La caridad de los Inquisidores.

En efecto, la herida que el poeta portugués habia abierto en el pecho del caballero español era de tal profundidad, que bien necesitaba un mes para restablecerse, si antes no sucumbia al esceso de sus dolores. El dia que siguió á la partida de Luis de Camoens para Africa, se agravó tanto que los inquisidores estaban afligidos temiendo que se les muriese sin poder quemarlo.

Al anochecer de este dia entró Juan Meurcio en el cuarto del enfermo acompañado de algunos individuos del Santo Tribunal, que venian dispuestos á leerle una copia del *auto* para que se fuera preparando y fortaleciendo; pero acababan de curar sus heridas y estaba sin sentido, la cabeza fuera del lecho y los brazos en cruz.

Sentáronse tranquilamente, y esperaron á que se recobrase del desmayo.

Yo aprovecho este intervalo para traducir del portugués al español el auto que Juan Meurcio se dispone á leer al reo.

Y una vez traducido, y vuelto en sí D. Mariano, puedo repetir lo que dijo el familiar.

Su voz, siempre suave, llegó á hacerse tierna y melíflua para derramar el consuelo en el alma del paciente.

—¡Pobre hijo mio! esclamó—¡cuán acerbos deben de ser los sufrimientos que os aquejan, cuando así os roban la facultad de conocerme! Porque no me conoceis... no me tendeis la mano...

Juan Meurcio se inclinó mas sobre el lecho y estrechó la mano del doliente, que estaba árida y abrasadora.

—¿Cómo os hallais? prosiguió el familiar.— ¿Estais acobardado? ¿Pensais morios, hijo mio? ¡eh! por la Vírgen Santísima que recobreis el ánimo perdido.

Don Mariano Enriquez entreabrió con pesadez los ojos, movió débilmente la cabeza, y sin desprender los labios articuló alguna palabra que no llegó á oirse.

Pena causaba ver el estado de aquel jóven caballero tan agraciado y gentil luchando con la muerte y próximo á ser vencido.

—¡Pobre hijo mio! repitió el familiar. ¿Será posible que abandoneis la tierra sin ser purificado por la penitencia? ¿Será posible que cuando el santo fuego puede daros el glorioso martirio que necesita el idólatra para purgar sus culpas y elevar su alma al Criador, os falte el espíritu y murais como un impenitente? Venia á leeros el *auto*, pero me temo que no podais oirme.

Hizo el herido señal de que sí podia oir, y Juan Meurcio desdobló un papel y leyó:

«Acuerdan los inquisidores ordinario y diputados de la Santa Inquisicion, que vistos los actos, culpas, declaraciones y respuestas del caballero D. Mariano Enriquez; porque se muestra que siendo cristiano bautizado está obligado á creer la fé católica predicada por los Santos Apóstoles y por nuestro Señor Jesucristo, y enseñada por la santa madre Iglesia católica romana, y que no obstante ha adorado á una estátua de Venus; en el santo nombre de Jesús invocado declaran al acusado D. Mariano Enriquez convicto del crímen de Heregía, y le condenan á ser conducido con la cuerda al cuello á la plaza del *Rocio*, donde su cuerpo sea quemado y reducido á cenizas, y gastos pagados.»

Aquí seguian los nombres de los inquisidores, que por ser apellidos que hoy llevan portugueses ilustres no queremos hacer odiosos á nuestros lectores, pero entre los cuales no podemos ocultar que leimos con dolor el de *Gama*. ¡Gama, el nombre del gran marino! ¡Por qué los héroes y los verdugos han de llevar á veces el mismo nombre!

Don Mariano Enriquez oyó con indiferencia el *auto*, y aun dejó traslucir una imperceptible sonrisa.

—El demonio, dijo por lo bajo uno de aquellos señores, no le ha abandonado todavía.

—Me parece, repuso otro, que no podrá asistir al auto.

—Seria una desgracia, añadió Juan Meurcio.

—Que lo asista, concluyó el que parecia de mas autoridad, el mejor doctor. Que se le prodiguen toda clase de cuidados para conservar su vida.

—¡Oh! esclamó Juan Meurcio; yo he velado por él desde que cayó herido, y le he procurado una asistencia como de la madre mas solícita. El doctor Caldeira Silva Freira Brito de Noller y Barata ha desplegado para socorrerle todos los prodigios de su profunda ciencia. Noches hay que las pasamos el doctor y yo espiando su sueño, porque el doctor es un buen católico, y por nada del mundo quisiera quitarle un muerto al Santo Tribunal.

—Pocos doctores hay como él, repuso el personage mas grave de aquellos hombres piadosos; pues se cuidan tan poco de la gloria del Santo Tribunal, que así como enferma un reo luego le matan á medicinas y nada dejan que hacer al fuego.

Al resonar estas palabras en la estancia, salió de un rincon de ella una especie de figura humana con cabeza, con brazos y con pies, y se inclinó ante los señores.

Era el generoso doctor, que lejos de disputarles el moribundo trataba de sostener su vida para que pudiera sufrir el tormento de las llamas. Era el médico, que por esta vez rompia su pacto con el sepulturero, y entregaba al enfermo á sus rivales los inquisidores.

Dijo en latin aquel fantasma algunas palabras á los señores, que le respondieron tambien en latin otras no menos sabias sin duda, y luego se acercó al enfermo, le pulsó, y aproximando una vela al lecho, y quitando el vendaje á las heridas, hizo examinar á los señores el perfecto estado en que se hallaban.

—¡Oh! dijo Juan Meurcio, vá muy bien.

—No tan bien, respondió otro; siempre se habrá de tardar en verlo restablecido quince dias.

—Menos, señor, menos, replicó Caldeira, en diez le doy por salvo.

—Pero estará fuerte.... podrá ir por su pié hasta la plaza, con el dogal al cuello.

—Sí señor, si señor.

—Un desmayo.... un gemido desluciria la ceremonia....

—Ha de quedar fuerte.

—Me parece, doctor, que será conveniente por lo tanto darle mas alimento.... sustancias que lo nutran....

—No cesa de tomar.....

—Y mucho silencio, para que repose. ¿Qué tal duerme?

—Poco.

—Eso es malo. El sueño le repondria mucho. Algunos calmantes...

—Le he suministrado los suficientes para llenar la indicacion.

—Bien, bien, Caldeira, no olvideis el interés y el celo del Santo Tribunal para procurar su alivio.... Esmeraos mucho, añadió el mismo personage en voz baja, y el Tribunal no será ingrato.

Inclinóse el doctor y salieron todos.

Al anochecer de aquel mismo dia se presentó á la puerta del cuarto del enfermo una tapada que pedia permiso para verle. Concediéronselo y entró silenciosa y se sentó á la cabecera sin retirar de su rostro el manto. El herido la oyó sollozar y preguntó débilmente.

—¿Quién llora?

La dama no respondió, antes hizo lo posible por reprimir su llanto.

—Señora, dijo Caldeira, si no sois ni madre, ni esposa, ni hermana del paciente, saldremos para que os descubrais á él solo.

—Gracias, replicó la dama con dignidad, nada tengo que decirle: queria únicamente saber que existia y ya lo sé.

Dicho esto volvió á salir del aposento y se dirijió al interior de palacio.

Pero antes de llegar á su departamento oyó pronunciar su nombre y volvió la cabeza.

Era Juan Meurcio que la habia seguido paso á paso. Vaciló la dama entre detenerse y seguir; pero el familiar la detuvo por el manto repitiendo:

—Sigea.

—Amigo mio, contestó la dama.

—Venis de visitar heridos, añadió Juan Meurcio.

—Sí señor, y deseaba veros para preguntaros cuándo se verificará el auto.

—¿Pues si deseábais verme, por qué huíais de mí?

—¿Yo huia?

—¡Si!... Pero yo perdono esta esquivéz, prosiguió el fraile sonriéndose.

—No era esquivéz, Meurcio.

—O desden.

—Tampoco. Ya sabeis cuánto os estimo.

—Seriais ingrata si no me estimárais.

—Porque os estimo quiero confiaros el interés que me inspira el reo que vengo de visitar....

—Ya.... ya presumia....

—Y quisiera saber cuándo es el *auto*.

—¡Oh! no tengais cuidado. Pasarán aun dos ó tres meses.

—¿De veras?

—O mas.

—¡Gracias!

—Y tal vez no se verifique. Pero ese interés ¿es solo vuestro ó es de?...

—¿S. A?... de ningun modo.

—Yo no he dicho S. A.

—Pero ibais á decirlo.

—Aprension vuestra.

—Aun no la he visto hoy.

—¿Ni vais á verla?

—Sí, ahora voy á darla leccion.

—Os serviré hasta la puerta.

—Sois muy caballero, Meurcio.

—¡Quién, aunque sea fraile, no ha de parecer caballero para servir á tan gentil dama!

Saeudió el fraile la cabeza tirando atrás la capucha, y siguió á la Sigea hasta la antecámara de la infanta. Despidióle la Sigea, y se disponia á entrar como tenia de costumbre sin anunciarse; pero una de las damas que estaban de servicio, la dijo secamente:



(Meditacion.)

—S. A. ha prohibido la entrada en su cámara á Luisa Sigea.

Atónita la maestra de latin, se volvió hácia el familiar que aguardaba esta escena con los brazos cruzados y le manifestó su sorpresa con un gesto.

—Azares de las cortes, dijo Juan Meurcio como respondiendo á él.

—Está bien, replicó la Sigea volviéndose á la dama de servicio. Decid á S. A. que acato su orden y que no volveré á presentarme en su cámara hasta que se digne llamarme.

Inclinóse y marchó confusa á su aposento.

—Permitidme, la dijo Juan Meurcio con la misma galantería de antes, que os sirva en la desgracia como lo he hecho en el favor.

—Gracias, repitió la Sigea distraida.

—Os acompañaré hasta vuestro departamento.

Llegaban cuando atravesó junto á ellos un caballero que iba tan aprisa que ni se tomó tiempo de mirarlos.

—Id con Dios, Camoens, le dijo Juan Meurcio.

—Adios, amigo, no puedo detenerme. Voy á partir mañana al amanecer y antes tengo que reñir con dos, uno á quien yo provoqué, y otro que me ha provocado.

Rióse el fraile y se retiró dejando á la Sigea en su aposento.

Al dia siguiente salia Luis de Camoens en una nave que se daba á la vela para Africa.

CAROLINA CORONADO.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido,

PROVERBIO EN ACCION.

(Conclusion.)

ESCENA VI.

GONZALO.—JACINTA.

Gonzalo. (Que ha estado observando á Jacinta á la entrada.) ¡Llora! ¡pobrecilla! ver llorar á una mujer, es cosa que todo me conmuevé. Cosa que no puedo presenciar, sin buscar medio de consolarla; esto es caballeresco y humano á la vez. *(Se acerca á Jacinta.)* Señora, perdonadme mi atrevimiento; pero os veo llorar, y sirva de disculpa á mi demasía el buen deseo que la origina. Sois forastera, señora, y no seria estraño que os halláseis en algun conflicto en el que os podria ser útil una persona que con todo respeto se pone á vuestra disposicion.

Jacinta (levantándose de repente).—Sí señor, sí señor; me podeis ser muy útil.

Gonzalo (atónito).—De ello me felicito, *(aparte)* esto se llama llegar y pegar. ¿Quién lo hubiese pensado, con su aire modesto y doliente? ¡y que haya quien se precie de juzgar á una mujer por las apariencias! ¡las mujeres! ¡no las conoce ni la madre que las pare! *(alto)* Me teneis á vuestras órdenes. ¿Sois casada?

Jacinta.—Sí..... no.

Gonzalo.—¿Sois soltera?

Jacinta.—No... sí...

Gonzalo.—¿Sois viuda?

Jacinta.—Sí, sí; eso es. Soy viuda. No tengo marido, no. Un traidor, infame....

Gonzalo.—¡Ya! ya: comprendo.

Jacinta.—Que Dios castigará.

Gonzalo.—¡Por supuesto!

Jacinta.—Que tiene muy malas entrañas.

Gonzalo.—Y peor gusto, si os prefiere otra.

Jacinta.—¡Infeliz de mí!

Gonzalo.—Señora, para esta clase de penas no hay como la distraccion.

Jacinta.—Eso mismo pienso yo, y asi mucho os agradeceria que me llevaseis esta noche al baile.

Gonzalo (admirado).—¡Al baile! ¡esta noche! ¡conmigo!

Jacinta.—Con vos, con vos.

Gonzalo.—¿Y creeis que os pueda consolar?

Jacinta.—Nadie como vos. ¡Solo vos!

Gonzalo (aparte).—¡Estoy estático! ¡eso se llama venirsele á las manos, á quien no los busca, lances de amor y fortuna! *(alto)* Señora, corro en busca de un dominó y os agradezco la honra que me haceis. *(aparte)* ¿Y si lo sabe Narcisa? No puede saberlo. Estamos en Carnaval, tiempo de bromas, y tengo curiosidad en lo que viene á parar esta. *(Se va. Jacinta entra llorando en su cuarto.)*

ESCENA VII.

Los fosos de la muralla.

NARCISA.—RODRIGO.

Rodrigo.—Aqui es donde mejor se oye el eco.

Narcisa.—Oigamos pues vuestra composicion.

Rodrigo (lee) — El corneta.

¡Cazadores! el morral
y la canana coged
y á su puesto cada cual:
¡tet, teretet, teret, tet!!!

(Rodrigo imita exactamente con la voz el sonido de la corneta en el toque que indica, calla luego y una corneta real repite á lo lejos el toque, imitando el eco, hasta concluida la composicion.)

Narcisa.—¡Verdaderamente es una cosa encantadora! ¿Con que vos habeis compuesto esos versos?

Rodrigo (con fachenda.) — Sí señora, asi en un rato de ocio..... cosas de militares....

Narcisa (aparte.)—¡Pues está bueno! Esa lindísima composicion es de Ribot y Fontseré y se la apropia. ¡Me gusta! ¡Ah! ¡Todas las falsedades las pagareis juntas! ¿qué habrá hecho entretanto la pazguata de Jacinta, á quien dejé el campo libre? *(alto)* Os doy infinitas gracias por el buen rato que me habeis proporcionado; pero se ha hecho tarde, volvamos á casa, que está lejos.

Rodrigo.—¡Qué! ¿ya?

Narcisa.—Sí: mi hermana me está aguardando. Estará con cuidado; regresemos; que nos va á coger aquí la noche.

Rodrigo.—A vos os toca mandar, á mí obedecer.

Narcisa.—¿Os gusta obedecer?

Rodrigo.—Segun: obedecer amando, sabeis que en esto cifraban nuestros antiguos poetas la mas dulce felicidad.

Narcisa.—Algunos conozco yo, que la cifran en lo contrario.

Rodrigo.—¡Oh! esos son mónstruos.

Narcisa.—Lo mismo pienso yo.

Rodrigo.—Tales hombres merecen eso, y solo son dignos de recibir preceptos de las harpías y de las Parcas.

Narcisa.—Bien dicho *(al irse aparte).* ¡Oh! ¡hombres! ¡materia la mas dispuesta á la infidelidad! hombres inflamables como fósforos, mudables como veletas, mas fáciles de seducir que el agua, ¿sois vosotros los que teneis valor para motejar á la pobre Eva?

ESCENA VIII.

La casa de huéspedes.

(Entra Gonzalo con los dominós y los billetes de entrada para el baile. Llama á la puerta de Jacinta, que sale luego.)

Gonzalo.—Aquí está el dominó y la careta.

Jacinta.—Gracias. *(Se los pone.)*

Gonzalo.—¿Quereis que aguardemos á un inseparable amigo mio? es aun temprano.

Jacinta.—De ninguna manera, no, deseo que nadie me vea.

Gonzalo.—Como gusteis. Le avisaré mi ida con una esquela para que no me aguarde *(escribe)*. Ahora, pues, dejad vuestros tristes recuerdos, y venid á gozar y divertiros como compete á la que es jóven y bella.

Jacinta.—Sí, sí: eso pienso hacer *(aparte)* ¡vengándome! ¡Oh! hombres sin moral, sin delicadeza, sin principios, ¡falsa amiga! sacando á un hombre casado de sus casillas, ¿quién vió tal perversion de costumbres?

(Gonzalo entretanto ha cerrado la esquela en que mete las entradas que deja sobre la mesa y se ha puesto el dominó.)

Gonzalo.—Vamos, pues lo deseais. Es aun temprano; pero aunque esté todavia la sala desierta, con estar vos, hay para mí todo cuanto en ella ver deseo.

ESCENA IX.

RODRIGO.—NARCISA.

Rodrigo.—No; nunca olvidaré este delicioso paseo, y muchas veces repetirá ese eco que os ha encantado vuestro nombre. ¿Os volveré á ver pronto?

Narcisa.—Sí, sí, *(aparte)* ¡y tanto como me has de ver, hombre débil! *(alto)* mas ahora me precisa el ir en busca de mi hermana.

Rodrigo.—¡Haced la ausencia corta!

Narcisa (con retintin.)—¡El cuidado será mio!

(Le saluda con la mano y entra en el cuarto de Jacinta. Rodrigo se acerca á la mesa, vé los dominós, las caretas y la esquela)

Rodrigo.—Mas, ¿qué es esto? *(abre la esquela y lee).* querido: una de las vecinas, bella como la aurora, irresistiblemente seductora y

sin ínfulas de Vestal, me ha comprometido á llevarla al baile; ahí te dejo billetes y dominós para que puedas venirte á reunir á nosotros tú y Garcia. Estoy entusiasmadísimo; este es un lance de amor y fortuna que ni Calderon hubiese imaginado.

(Sale Narcisa muy apurada.)

Narcisa.—¡Mi hermana no está en su cuarto! ¡Dios mio! ¡dónde podrá estar ella, tan tímida! ¡ya entrada la noche! ¡quizás habrá salido á buscarme! quizás esté perdida por esas calles....

Rodrigo.—No os apureis por vuestra hermana: yo sé donde está.

Narcisa.—¿Vos?

Rodrigo.—Sí.

Narcisa.—¿Y cómo?

Rodrigo (dándole la carta).—Leed.

Narcisa (lee para sí.)—Irresistiblemente seductóra, ¿qué tal? *(lee)* sin ínfulas de Vestal, ¿qué le parece á V.? ¡la timorata, la encojida, la mojigata!! ¡bueno está!! *(lee)* estoy entusiasmadísimo. ¡Ah! ¡infame, traidor, aleve! *(lee)* lance de amor y fortuna, ¡qué alevosía! ¡Ah! ¡fementido! ¡ah! ¡hipócrita! pérfida, agua mansa....

Rodrigo (aparte).—¡Qué vehemente y estraño despecho! *(Alto)* ¿quereis que nos vayamos á reunir á ellos?

Narcisa.—Sobre la marcha; ahora mismo. *(Se pone precipitadamente el dominó y la careta.)* Vamos.

Rodrigo (aparte).—¡Qué amor fraternal tan vehemente! ¡qué ley del embudo tan bien observada! *(salen.)*

ESCENA X.

El tocador de las Señoras en el baile.

NARCISA.—JACINTA, *sin caretas.*

Narcisa.—Lo que has hecho con Gonzalo traspasa todos los límites del decoro.

Jacinta.—Has estado con Rodrigo escandalosamente provocativa.

Narcisa.—¿Quién se viene sola á un baile con un oficial de artillería, jóven y buen mozo?

Jacinta.—¿Quién se va sola á los fosos de la muralla con un oficial de artillería buen mozo y jóven?

Narcisa.—Tu marido es un empalagoso.

Jacinta.—Y el tuyo un fastidioso.

Narcisa.—Pues, hija, cambiemos, ya que eres tan delicada de gusto.

Jacinta.—¿Qué mas quiero yo? á mí, hija, no me fastidia un hombre tan discreto. ¿Qué hemos, pues, logrado con tu descabellado proyecto? ¿Convencernos de que son unos infieles nuestros maridos? ¡Valia la pena de hacer un viaje para eso! *(llora).*

Narcisa.—No, lo que hemos logrado, es mostrar por la práctica la verdad del refran de nuestras madres, y hacer que nadie en lo sucesivo se atreva á desunir ni por un dia, lo que Dios unió para siempre. Pero nos falta aun la leccion que hemos de dar á esos dos maridos indignos de serlo. Rodrigo nos ha convidado á cenar, he admitido con tal que sea en la casa de huesped. Vamos ahora á cambiar los dominós, dame el tuyo rosa, toma el mio celeste. *(Cambian los dominós.)* Cada una se va ahora con su marido. Cuidado, que mantengas al tuyo en su error, y que me imites en todo. Cuidado, al darnos á conocer, que estés hecha una furia.

Jacinta.—¡El cuidado será mio!

Narcisa.—Ni cuartel, ni tregua, ni menos conciliacion.

Jacinta.—¡Buena hora es! me quiero divorciar en seguida. *(Se van).*

ESCENA XI.

Casa de huéspedes, se ve una mesa puesta.

(Entran Narcisa y Jacinta con caretas. Rodrigo y Gonzalo sin ellas).

Rodrigo.—¡Cuánto tenemos que agradeceros el que acepteis este ligero obsequio!

Jacinta.—Tanto mas, cuanto que en mi vida he admitido otros que los de mi marido. ¡Ay! *(suspira).*

Rodrigo.—Señora, estamos reunidos para estar alegres. No suspireis; que vuestros suspiros me afligen: y perdonad, pero no me parece que tienen actualidad.

Jacinta.—¡Mas de lo que pensais!

Gonzalo.—Bailais como una silfide.

Narcisa.—¿Nunca habeis bailado con ninguna que baile tan bien como yo?

Gonzalo.—¡En la vida! Dejad que os bese esa mano que envidian los jazmines.

Narcisa.—En hora buena, ningun mal veo en eso.

(La besa la mano.)

Narcisa (aparte.)—¡Puede darse un hombre mas disoluto!

Rodrigo.—¿No sereis tan condescendiente como vuestra hermana?

Jacinta.—No señor. (¿Habráse visto nunca un hombre mas inmoral?)

Gonzalo.—Vamos pues á sentarnos á la mesa; pero antes es preciso que os quiteis las caretas: aquí todos somos unos.

Narcisa.—Eso sí es cierto; pero no quisiéramos quitarnos las caretas.

Gonzalo.—¿Y por qué esa crueldad?

Narcisa.—A causa de que se me figura que mi cara os va á parecer la de Medusa.

Gonzalo.—¡Qué idea!

Rodrigo.—Desaparezca esa estúpida careta, señora: vea yo la encantadora espresion de vuestro rostro.

Jacinta.—Estoy en que no os ha de agradar mucho la espresion de mi rostro.

Gonzalo.—¡No seais inexorable!

Rodrigo.—¡No seais inflexible!

(Narcisa y Jacinta con un brusco movimiento se quitan las caretas: espanto de sus maridos).

Narcisa.—¡Desleal, traidor, infiel!

Jacinta.—¡Pérfido, cruel, mal marido!

Narcisa.—¿Así te acuerdas de mí?

Jacinta.—¿Así cumples tus promesas?

Narcisa.—¡Tamaña traicion!

Jacinta.—¡Tan amargo desengaño!

Gonzalo.—¡Qué sorpresa!

Narcisa.—Estupenda, lo creo.

Rodrigo.—¡Qué cosa tan inesperada!

Jacinta.—¡Lo creo! ¡Lo menos que esperaban VV. en tales pasos, era el hallarse con sus propias y legítimas mugeres!

Gonzalo.—¿Y podrá saberse cómo os vemos aquí solas, y sin prevenirnos?

Narcisa.—Con el fin de daros una sorpresa tal que hubiese encantado al mismo Napoleon en Santa Elena.

Rodrigo.—¿Cómo te has atrevido, tú tan mirada, á venirte sola sin asentimiento de nadie?

Jacinta.—Narcisa me dijo que era esto una prueba de amor conyugal, que haria que despues de recibida nos levantaríais altares.

Rodrigo.—¿Y es prueba de amor conyugal el pedir á un caballero sin conocerlo y sin darte á conocer que te llevase á un baile de máscaras?

Jacinta.—Era una doble venganza.

Rodrigo.—¡Pláceme la disculpa! ¡Señora!

Gonzalo.—¿Con que una sorpresa, eh? ¿y entraba tambien en el programa de esta sorpresa el irse con un caballero desconocido á los fosos de puerta de Tierra, señorita?

Narcisa.—Es que queríamos probaros....

Gonzalo.—Se prueban los cañones, señora, pero lo que es inaudito, es que dos bellas jóvenes se pongan en camino solas, y sin autorizacion ninguna.

Narcisa.—Sí señor, sí señor, que teníamos autorizacion, ¡y tanta!

Gonzalo.—¿Y cuál era esta?

Rodrigo.—¿Sí, sí, cuál era?

Narcisa.—La que nos prestaba una máxima que nos han inculcado nuestras madres.

Jacinta.—Sí, sí, un refran que no se les caia de la boca.

Gonzalo.—¿Y cuál es ese proverbio de Salomon?

Narcisa.—Es: *matrimonio bien avenido la mujer junto al marido.* Pero como no lo estamos, como son VV. unos ingratos, voy á llamar á Pedro y nos volvemos por donde hemos venido, dejando aquí nuestra alegría, y llevándonos un desengaño monstruoso. Adios, pues, mal marido, voy á pedir separacion, y me vuelvo desde hoy una amazona y la mas irreconciliable enemiga del sexo no bello.

Jacinta (llorando).—¡Adios, adios para siempre, desagradecido é infiel marido; no te pesará mas mi presencia, puesto que ya no me quieres sino en cartas. Voy á pedir el divorcio, y me retiro á llorar á un convento.—¡Yo les diré á las monjas lo que son los hombres, y aseguro que despues de oirme, á ninguna le pesará no haberse casado!

Narcisa (cogiéndola de la mano).—Ven, ven, Jacinta, y no llores, pues no hay un solo marido que sea digno de nuestras lágrimas, *(se encaminan hácia la puerta).*

Gonzalo (cogiendo á Narcisa por la mano).—¡Irse! ¡no en mis dias! Te detengo.

Rodrigo (haciendo otro tanto con Jacinta).—¡Dejarme! ¡no lo consentiré yo, á fé!

Narcisa.—¡Me detienes! ¿con qué derecho?....

Gonzalo (pasando su brazo por la cintura de su mujer).—Con el derecho *mio*, ese dulce derecho que no cambiaria por todos los tesoros del mundo.

Jacinta.—¿Que no consentirás? ¿por qué causa? ¿por qué motivo?

Rodrigo.—Por el motivo que lleva á todo dueño á retener su tesoro.

Narcisa.—¿Con que por despotismo?

Jacinta.—¿Con que por arbitrariedad?

Gonzalo.—No, no, es porque adoptamos desde luego la dulce regla que encierra el proverbio de vuestras madres.

Rodrigo.—El proverbio que os autorizó á venir, bien puede autorizarnos á reteneros, puesto que nos habeis convencido de que en matrimonio bien avenido.....

Gonzalo.—La mujer junto al marido.

FIN.

FERNAN CABALLERO.

RELIQUIAS DE LOS GRANDES HOMBRES.

Segun los antiguos la lámpara de Epicteto habia sido vendida por 3000 dracmas (sobre 10,800 rs.) y que el baston de Pelegrin Proteo, filósofo cínico, lo habia sido por un talento (19,200 rs.)

Entre los modernos el sillon de marfil que Gustavo Wrsa recibió de la ciudad de Lubeck fué adjudicado en 1825 por 38000 florines (480,000 rs.) al chambelon sueco Schinckel.

El devocionario que Carlos I de Inglaterra leia sobre el patíbulo se remató en Londres en 1825 por 100 guineas (6,000 rs.)

El uniforme que Carlos XII llevaba en la batalla de Pultawa se vendió en Edimburgo por 22,000 libras sterlinas (2.200,000 rs.) y un pedazo del trage que vestia Luis XVI al acto de marchar al suplicio habria sido vendido sin duda á un precio muy crecido si motivos particulares no hubiesen hecho que se retirase este artículo que en catálogo de venta de Mr. Meon tenia el número 721.

El abate Tersan pagó en alto precio los zapatos de raso blanco de Luis XIV.

Un diente de Newton fué comprado en 1816 por lord Schwaterburg por la suma de 730 libras sterlinas (73,000 rs.) y le hizo montar en una sortija á guisa de piedra preciosa. Apropósito de dientes Monsieur Alejandro Lenoir cuenta, que cuando se trasladaron los restos de Abelardo y Heloisa á los pequeños Agustinos, un inglés ofreció 100,000 fs. por uno de los de Heloisa.

Cuando se vendió la biblioteca del doctor Sparman en 1820 en Stockolmo, lo fué tambien el cráneo de Descartes por la cantidad de 400 rs.; á proporcion es barato para la cáscara de un cerebro tan grande.

El baston de Voltaire fué comprado por 2,000 rs.

La chupa de JJ. Rousseau fué pagada por 950 fs., y su reloj lo fué por 500 fs.

Una vieja peluca de Kant fué vendida en 1804 por 94 fs. segun unos, y por 200 fs. segun otros.

Otra peluca de Sterne fué adjudicada en Londres en pública subasta por 200 guineas (2,000 rs.) en Londres.

Sir Burnlet, yerno de Walter Scot, compró las dos plumas que sirvieron para firmar el célebre tratado de Amiens en 1801, por la suma de 48,000 rs.

En fin, el sombrero que llevaba Napoleon en Eylau fué adjudicado por 1,920 á Mr. de Lacroix, médico.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 26.

El conocimiento del mapa es necesario á todo hombre que viaja por Europa.



(Orquestas que han invadido las calles de la capital.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26



(Vista del monasterio de S. Pedro de Cardeña.)

RICARDO, CORAZON DE LEON.

Nació este príncipe en Oxford en 1157, y anunció ya desde su infancia inclinaciones belicosas. Habiéndose apoderado por la fuerza de la corona de su padre, en 1189, le causó bien pronto horror tal conducta, y á fin de expiar su falta partió para la tierra santa. Abandonado, despues de la toma de Ptolemaida, por Felipe Augusto que queria volverse á Francia, se cubrió de gloria en la batalla de Ascalon: pero la matanza de dos mil infieles, motivada por haberse rehusado Saladino, á lo que se dice, á llenar las condiciones á que se habia obligado cuando la toma de Ptolemaida, no deja de ser sin embargo un borron al nombre del príncipe inglés.

Habiendo desembarcado en Jafa con cuatrocientas lanzas, y diez caballos solamente, atacó á los Musulmanes, les puso en derrota, los persiguió hasta el campo de Saladino, fuerte de quince mil caballeros, sostuvo el choque de este ejército, y concluyó por vencerle. Tal era el renombre que dejó entre estos bárbaros, que cuenta Joinville, que en su tiempo (1253), cuando querian las mugeres árabes dar miedo á sus hijos, les decian: *Quita allá, que viene el rey Ricardo.*

Reconocido, á su vuelta á Inglaterra, cuando atravesaba las tierras de Leopoldo duque de Austria, su enemigo, Ricardo fué cargado de cadenas, y entregado al emperador Henrique VI, que le hizo sufrir una larga cautividad, y le exigió, se dice, un rescate de 250,000 marcos de plata. Vuelto á libertad, murió de la herida de una flecha, en 1199, frente al castillo de Chalus, á la edad de cuarenta y dos años.

Las aventuras de este príncipe han escitado el númen de los cancioneros y poetas. Walter Scott, en *Ivanhoé*, ha trazado el retrato de este príncipe con talento, y todo el mundo conoce la antigua tradicion, tan falsa probablemente como popular, de Blondel el trovador, que fué á cantar al pie de la torre en que estaba preso su señor.

COMEDIAS IMPRESAS ATRIBUIDAS Á FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

(Véase el número anterior.)

(Conclusion.)

Galan (el) agradecido.
Galan (el) escarmentado.
* Galan (el) de la Membrilla.—T. X.
* Galan (el) Castrucho.—T. IV.
Galiana (la).
* Gallardo (el) catalan.—T. II.
* Gallarda (la) Toledana.—T. XIV.
Gallardo (el) Jacimin.
Gallardas (las) Macedonias.
Garcilaso de la Vega.
Gamo (el) de oro.
* Genovés (el) liberal —T. IV.
Genovesa (la).
Gloria (la) de S. Francisco.
Gobernadora (la).
* Gran duque (el) de Moscovia.—T. V.
Gran cardenal (el) de España, primera y segunda parte.
Gran priora (la).
Grao (el) de Valencia.
* Grandezas (las) de Alejandro.—T. XVI.
* Guante (el) de doña Blanca.—*Vega del Parnaso.*
* Guanches (los) de Tenerife.—T. X.
* Guarda (la) cuidadosa.—T. X.
Guardar y guardarse.
Guerras de amor y de honor.
Guerras (las) civiles.

Guelfos y Gibelinos.
Guia (la) de la córte.
Guzmanes (los) de Toral.

* Halcon (el) de Federico.—T. XIII.
Hazañas del Cid (las) y su muerte.
Hechos de Bernardo del Carpio.
* Hermosa (la) Ester.—T. XV.
Hermosa (la) fea.
* Hermosura (la) aborrecida.—T V.
* Hermosura (la) de Alfreda.—T. IX.
* Hermosura (la) de Raquel, primera y segunda parte.—T. V.
* Hespañoles (los) en Flandes.—T. XIII.
* Hidalgo (el) Abencerrage.—T. XVII.
* Hidalgos (los) de la aldea.—T. XII.
Hijo (el) de la iglesia.
* Hijo (el) de los leones.—T. XIX.
* Hijo (el) de Reduan.—T. I.
Hijo (el) venturoso.
* Hijo (el) sin padre.—T. XXIV.
Hijo (el) de sí mismo.
* Hijos (los) del dolor.—T. III.
* Historia (la) de Tobías.—T. XV.
Historia (la) de Mazagatos.
* Hombre (el) de bien.—T. VI.
* Hombre (el) por su palabra.—T. XX.
* Honra (la) por la mujer.—T. XXIV.
* Honrado (el) con su sangre.—T. XXIV.
* Honrado (el) hermano.—T. XVIII.
Honrado (el) perseguido.
Horca (la) para su dueño.
* Humildad (la) soberbia.—T. X

Ilustre (la) fregona.
Ilustre (la mas) hazaña de Garcilaso de la Vega.
Imperio (el) por fuerza.
Imperial (la) Toledo.
* Imperial (la) de Oton.—T. VIII.
Inclinacion (la) natural.
* Industrias contra el poder.—T. XXIV.
Infanta (la) Labradora.
Infante (el) D. Fernando de Portugal.
Infanta (la) desesperada.
* Ingratitud (la) vengada.—T. XIV.
Infanzon (el) de Illescas.
* Ingrato (el) arrepentido.—T. XV.
* Ingrato (el).—T. XXIV.
* Inocente (la) sangre.—T. XIX.
* Inocente (la) Laura.—T. XVI.
Intencion (la) castigada.

Jardin (el) de Falerina.
Jardin (el) de Vargas.
Jacintos (los).
* Jorge, Toledano.—T. XVII.
* Juan de Dios y Anton Martin.—T. X.
* Judía (la) de Toledo.—T. V.
Julian Romero.
Juventud (la) de S. Isidro.
* Juez (el) en su causa.—T. XXIV.
Jueces (los) de Ferrara.
Jueces (los) de Castilla.

* Laberinto (el) de Creta.—T. XVI.
Labrador (el) del Tormes.
* Labrador (el) venturoso.—T. XXII.
Lacayo (el) fingido.
Lágrimas (las) de David.
* Laura perseguida.—T. IV.
Lazarillo de Tormes.
Lealtad, amor y amistad.
Lealtad en el agravio.
Lealtad (la) en la traicion.
* Leal (el) criado.—T. XV.
Leon (el) apostólico.
* Ley (la) ejecutada.—T. XXIV.
Leño (el) de Meleagro.
Libertad (la) de Castilla.
Libertad (la) de S. Isidro.
* Limpieza (la) no manchada.—T. XIX.
Lindona (la) de Galicia.
* Lo que ha de ser.—T. XXV.
Lo que está determinado.
Lo que es un coche en Madrid.
Lo que puede un agravio.
* Lo que hay que fiar del mundo.—T. XII.
* Loco (el) cuerdo.—T. V.
Loco (el) por fuerza.
* Locos (los) por el cielo.—T. VIII.
* Locos (los) de Valencia.—T. XIII.
* Locura (la) por la honra.—T. XI.
* Lucinda perseguida.—T. XVII.

Llave (la) de la honra.
* Llegar en ocasion.—T. VI.

* Madre (la) de la mejor.—T. XVII.
Madre (la) Teresa de Jesus.
Maestro (el) de danzar.
Magdalena (la).
* Mal (la) casada.—T. XV.
Maldito (el) de su padre.
* Marido (el) mas firme.—T. XX.
* Mármol (el) de Felisardo.—T. VI.
* Marqués (el) de Mantua.—T. XII.
Marqués (el) de las Navas.
Marqués (el) del Valle.
Martir (el) de Florencia.
Mártires (los) de Madrid.
Mas valeis vos, Antona, que la córte toda.
Mas vale salto de mata que ruego de hombres buenos.
Mas pueden celos que amor.
Mas mal hay en la Aldehuela.
* Mas (el) galan portugués, duque de Berganza.—T. VIII.
Mayor corona (la).
* Mayor (la) victoria de Alemania.—*Vega del Parnaso*
* Mayor (la) victoria.—T. XXII.
* Mayor (la) virtud de un rey.—*Vega del Parnaso.*
Mayor (la) desdicha en el monte.
* Mayor (la) desgracia de Cárlos V.—T. XXIV.
Mayor (la) hazaña de Alejandro el Magno.
Mayor (el) de los reyes.
* Mayor (el) imposible.—T. XXV.
* Mayorazgo (el) dudoso.—T. II.
* Mayorazgo (el) de la duquesa de Amalfi.—T. XI.
Margarita (la) preciosa.
Matrona (la) ilustre.
Médico (el) enamorado.
Médico (el) de su honra.
* Mejor (el) alcalde el rey.—T. XXI.
Mejor (la) enamorada.
* Mejor (el) maestro el tiempo.—T. VI.
* Mejor (el) mozo de España.—T. XX.
Mejor (el) representante.
* Melindres (los) de Belisa —T. IX.
Mentiroso (el).
Merced (la) en el castigo.
Mérito (el) en la templanza.
Meson (el) de la córte.
Milagros (los) del desprecio.
Milagro (el) por los celos.
* Mirad á quién alabais.—T. XVI.
* Mocedades de Roldan.—T. XIX.
Mocedades de Bernardo del Carpio.
* Molino (el).—T. I.
Mónstruo (el) de amor.
Montañesa (la).
Monteros (los) de Espinosa.
Moza (la) de cántaro.
* Mudanzas de la fortuna.—T. III.
Mudable (el).
* Muertos (los) vivos.—T. XVII.
Muerto (el) vencedor.
Mujeres (las) sin hombres.
Muza furioso.

Nacimiento (el) de Cristo.
* Nacimiento (el) de Urson y Valentin.—T. X.
Nacimiento (el) del Alba.
Natividad (la) de Nuestra Señora.
Nadie fie en lo que vé, porque se engañan los ojos.

* Nadie se conoce.—T. XXII.
Nardo Antonio, bandolero.
Naufragio (el) prodigioso.
* Necedad (la) del discreto.—T. XXV.
Negro (el) del mejor amo.
Neron Cruel.
Niña (la) de plata, y Burla vengada.—T. IX.
Niñeces (las) del P. Rojas.
* Niño (el) inocente de la Guardia.—T. VIII.
Niño (el) Pastor.
Niño (el) Diablo.
No hay vida como la honra.
Nobles (los) como han de ser.
* Noche (la) de S. Juan.—T. XXI.
* Noche (la) toledana.—T. III.
* No son todos ruiseñores.—T. XXII.
Nuestra Señora de la Candelaria.
Nueva (la) victoria del marqués de Sta. Cruz.
* Nuevo mundo descubierto por Colon.—T. IV.
Nuevo oriente del sol.
* Nunca mucho costó poco.—T. XXII.

* Obediencia laureada, y primer Cárlos de Hungría.—T. VI.
Oveja (la) perdida.
* Obras son amores.—T. XI.
* Ocasion (la) perdida.—T. II.
* Octava la maravilla.—T. X.
* Oracios (los).
* Otomano (el) furioso.

* Padrino (el) desposado.—T. II.
Padres (los) engañados.
Page (el) de la reina.
Palabra (la) mal cumplida.
* Palacio (el) confuso.—T. XXIV.
* Palacios (los) de Galiana.—T. XXIII.
Paloma (la) de Toledo.
Pastor (el) ingrato.
Pastor (el) Fido.
Pastoral (la) de la siega.
* Pastoral (la) de Jacinto.—T. XVIII.
Pastoral (la) de Albania.
Pastoral (la) encantada.
Pastoral (la) de los celos.
* Pedro Carbonero.—T. XIV.
Pedro de Urdemalas.
Peligros (los) de la ausencia.
Peña (la) de Francia.
Peraltas (los).
Pérdida (la) de España.
Peregrina (la).
* Peribañez y comendador de Ocaña.—T. IV.
Perseguido (el).
* Perro (el) del Hortelano.—T. XI.
* Piadoso (el) aragonés.—T. XXI.
* Piadoso (el) veneciano.—T. XXIII.
* Piedad (la) ejecutada.—T. XVIII.
Pimenteles y Quiñones.
Pleito (el) por la honra.
* Pleitos (los) de Ingalaterra.—T. XXIII.
* Pobreza (la) estimada.—T. XVIII.
* Pobreza (la) no es vileza.—T. XX.
* Pobreza (la) de Reinaldos.—T. VII.
* Poder (el) vencido.—T. X.
* Ponces (los) de Barcelona.—T. IX.
* Porfiando vence amor.—*Vega del Parnaso.*
* Porfia (la) hasta el temor.—T. XXIV.
* Porfiar hasta morir.—T. XXIII.
* Por la puente, Juana.—T. XXI.
* Poreles (los) de Murcia.—T. V.
Postrer (el) godo de España.
* Prados (los) de Leon.—T. XVI.
* Premio (el) de la hermosura.—T. XVI.
* Premio (el) de las letras.—T. V.
* Premio (el) del bien hablar.—T. XXI.
Premio (el) en la misma pena.
Privanza (la) del hombre.
* Primer (el) Godo de España.—T. VIII.
* Primer (el) rey de Castilla.—T. XVII.
Primero (el) Médicis.
* Primero (el) Fajardo.—T. V.
* Primer (la) culpa del hombre.—T. XXIV.
* Primera (la) informacion.—T. XXII.
Príncipe (el) D. Cárlos.
Príncipe (el) Inocente.
* Príncipe (el) despeñado.—T. V.
Príncipe (el) melancólico.
* Príncipe (el) perfecto.—T. XI.
Príncipe (el) carbonero.
Príncipe (el) ignorante.
Príncipe (el) de Scanderberg.
* Prision (la) sin culpa.—T. VIII.
Prision (la) de Muza.
Prodigio (el) de Etiopía.
Profetisa (la) Casandra.
* Próspera fortuna del Caballero del Espíritu Santo.—T. III.
* Próspera fortuna de Ruy Lopez Dávalos.—T. III.
Prudencia (la) en el castigo.
Prueba (la) de los amigos.
* Prueba (la) de los ingenios.—T. IX.
Psiquis y Cupido.
Puente (la) de Mantible.
Puente (la) del Mundo.
* Privanza y caida de D. Alvaro de Luna.—T. III.

Quando Lope quiere, quiere.
* Querer la propia desdicha.—T. XV.
Querer mas y sufrir menos.
¿Qué dirán? (el) y donaires de Pedro Corchuelo.—T. XXIV.
Querer mas no puede ser.
* Quien ama no haga fieros.—T. XVIII.
* Quien bien ama tarde olvida.—T. XXII.
* Quien mas no puede.—T. XVII.
* Quien todo lo quiere.—T. XXII.
Quinas (las) de Portugal.
* Quinta (la) de Florencia.—T. II.

Ramirez de Arellano.
* Remedio (el) en la desdicha.—T. XIII.
* Resistencia (la) honrada, y condesa Matilde.—T. II.
* Rey (el) D. Sebastian.—T. XI.
Rey (el) Wamba.—T. I.
Rey (el) de Frisia.
* Rey (el) sin reino.—T. XX.
Reina (la) de Lesbos.
* Reina (la) Juana de Nápoles.—T. VI.
Reina (la) Loca.
Reina (la) doña María.
Rico (el) avariento.
Roberto (el).
* Robo (el) de Dina.—T. XXIII.
Roncesvalles.
Roma abrasada.—T. XX.
Rómulo y Remo.
* Rueda (la) de la fortuna.—T. V.
Rufian (el) Castrucho.
* Rústico (el) del cielo.—T. XVIII.
* Ruiseñor (el) de Sevilla.—T. XVII.

* Saber (el) puede dañar.—T. XXIII.
* Saber (el) por no saber.—T. XXIII.
Salteador (el) agraviado.
San Agustin.
San Antonio de Pádua.
San Adrian y Natalia.
San Andrés carmelita.
San Diego de Alcalá.
San Isidro de Madrid.
San Ildefonso.
San Julian de Cuenca.
San Martin.
San Nicolás de Tolentino.
San Pedro Nolasco.
San Pablo, vaso de eleccion.
San Roque.
San Segundo de Avila.
San Tirso de España.
Santo Tomás de Aquino.
Santa Brígida.
Santa Casilda.

Santa Polonia.
Santa Teodora.
* Santa (la) Liga.—T. XV.
Santa (la) Inquisicion.
* Santiago el verde.—T. XIII.
* Santo negro Rosambuc.—T. III.
Sarracinos y Aliatares.
* Secreto (el) de si mismo.—T. VI.
Secreto (el) bien guardado.
Selva (la) confusa.
Semiramis.
* Selvas y bosques de amor.—T. XXIV.
* Sembrar en buena tierra.—T. X.
* Serafin (el) hermano.—T. XIX.
* Servir con mala estrella.—T. VI.
* Servir á señor discreto.—T. XI.
Servir á buenos.
* Serrana (la) de la vera.—T. V.
Serrana (la) de Burgos, primera y segunda parte.
* Serrana (la) del Tormes.—T. XVI.
Sierra (la) de Espadan.
* Siete (los) Infantes de Lara.—T. V.
Sierras (las) de Guadalupe.
Sin secreto no hay amor.
* Si no vieran las mugeres.—*Vega del Parnaso.*
* Sol (el) pasado.—T. XVII.
* Soldado (el) amante.—T. XVII.
* Sortija (la) del olvido.—T. XII.
Suerte (la) de los reyes ó Los carboneros.
Sueños hay que verdades son.
Sufrimiento (el) de honor.
Sufrimiento (el) premiado.
Tambien se engaña la vista.
Tanto hagas cuanto pagues.
* Tellos (los) de Meneses, primera y segunda parte.—T. XXI.
Templo (el) de Salomon.
* Testimonio (el) vengado.—T. I.
* Testigo (el) contra si.—T. VI.
Toyson (el) del cielo.
Toma (la) de Alora.
Toma (la) del Congo.
* Tirano (el) castigado.—T. IV.
Tonto (el) de la aldea.
Toledano (el) vengado.
Torneos (los) de Valencia.
* Torneos (los) de Aragon.—T. IV.
Torre (la) de Hércules.
* Trabajos (los) de Jacob.—T. XXII.
Trabajos (los) de Job.
* Trajedia (la) por los celos.—T. XXIV.
Trajedia (la) de Strictea.
Trato (el) muda costumbre.
* Traicion (la) bien acertada.—T. I.
* Tres diamantes (los).—T. II.
Triunfo (el) de la limosna.
Triunfo (el) de la humildad.
Triunfo (el) de la Iglesia.
Triunfos (los) de Octaviano.
Turco (el) en Viena.

* Valiente (el) Céspedes.—T. XX.
Valiente (el) Juan de Heredia.
Valor (el) de Fernandico.
* Valor (el) de las mugeres.—T. XVIII.
Valeriana (la).
* Vaquero (el) de Morana.—T. VIII.
Varona (la) castellana.
* Vellocino (el) de oro.—T. XIX.
* Venganza (la) honrosa.—T. V.
* Venganza (la) venturosa.—T. X.
Venganza (la) de Gayferos.
* Vengadora (la) de las mugeres.—T. XV.
Veneno (el) saludable.
Ventura (la) sin buscarla.—T. XX.
Ventura (la) en la desgracia.
Ver y no creer.—T. XXIV.
* Verdad (la) sospechosa.—T. XXII.
* Verdadero (el) amante.—T. XIV.
Viage (el) del hombre.
Victoria (la) del honor.
* Victoria (la) de la honra.—T. XXI.
* Victoria (la) del Marqués de Santa Cruz.—T. XXV.
* Vida (la) de san Pedro Nolasco.—T. XXII.
Vida y muerte de santa Teresa de Jesus.
Villanesca (la).
* Villana (la) de Getafe.—T. XIV.
* Villano (el) en su rincon.—T. VII.
* Virtud, pobreza y muger.—T. XX.
* Viuda (la) valenciana.—T. XIV.
Vizcaina (la).

* Ultimo (el) Godo.—T. XXV.
Urson y Valentin, 1.ª y 2.ª parte.

Yerros por amor.

Zegríes y Abencerrages.
Zelos (los) satisfechos.
Zelos con zelos se curan.
Zelos (los) sin ocasion.
Zelos (los) de Rodamonte.
Zeloso (el) estremeño.



EL CONDE DE CAMPOMANES.

Dotado de un talento estraordinario y una memoria prodigiosa, estudió las humanidades, la filosofía y el derecho civil y canónico, con el aprovechamiento que era consiguiente á su capacidad natural y á su rara aplicacion; supo las lenguas griega, árabe y hebrea; entendia las de todas las naciones cultas de Europa; y hablaba la francesa y la italiana. Admitido en 1744 á ejercer en la corte la profesion de abogado, y en medio de los muchos negocios que su fama atraia á su bufete, halló tiempo para escribir un tomo bastante abultado sobre la causa de los Templarios, y para traducir del árabe los capítulos 1.° y 3.° de la segunda parte de la agricultura del sevillano Abu-Zacaria-Ebu el Awan. La celebridad adquirida en el foro le elevó en 1755 á la plaza de asesor de correos con honores del Consejo de hacienda, destino que desempeñó con su acostumbrado celo hasta 1762, en que fué nombrado fiscal de Castilla, alta é importante dignidad, que debió sin solicitarla, á su brillante y bien merecida reputacion. Durante su comision de correos, dió á luz una ordenanza nueva de este ramo, el itinerario de las carreras de postas dentro y fuera del reino, y la noticia geográfica de las provincias y caminos de Portugal, que adornó con un mapa trabajado con particular inteligencia. Por el mismo tiempo tradujo del griego é ilustró con notas muy eruditas el Periplo de Haunon, obra preciosa que publicó con una disertacion crítica sobre la antigüedad marítima de Cartago. Elevado á la fiscalía del Consejo Real imprimió todavia algunas obras, y escribió otras que aun permanecen

inéditas, sin que por estas distracciones literarias padeciesen el menor retraso los muchos y voluminosos espedientes que diariamente tenia que despachar. Pertenecen á las primeras el *tratado de amortizacion*, el *juicio imparcial* y *los discursos sobre la industria* y *educacion popular* con su apéndice, obras colocadas ya por los economistas y políticos entre las mas señaladas de su clase. Corresponden á las segundas *el comercio libre de América*, y *la coleccion de los concilios de España*, cuyos manuscritos existen en poder del actual conde de Campomanes, á cuya piedad filial no ha permitido publicarlas la calamidad de los tiempos.

La felicidad de los que el autor alcanzó, viviendo bajo un príncipe que abrazaba y protegia con todo su poder cuantas ideas de pública utilidad le presentaban sus ministros, permitió al fiscal de Castilla aprovechar hábilmente en beneficio de la nacion las favorables ocasiones que sin cesar le proporcionaba su empleo. Asi apenas hubo pensamiento útil que no promoviese con infatigable ardor. Testigos son las providencias y cédulas reales espedidas á propuesta suya sobre el comercio libre de granos, personeros y diputados del común, poblaciones de Sierra-Morena, nuevo plan de estudios para las universidades del reino, treguas con las potencias berberiscas, escuelas gratuitas, sociedades económicas, rompimientos de terrenos incultos y baldíos, descuages, acotamientos, plantíos y sementeras, y sobre el interesante ramo de la mesta, objeto en que trabajó con tan singular empeño, que llegó hasta salir de Madrid para conferenciar con los mayorales y pastores; logrando asi deslindar y poner en claro los derechos de los verdaderos mesteños y serranos, y conciliar sus privilegios con el fomento que reclamaban y recibieron la agricultura y poblacion de la hasta entonces tan perjudicada Estremadura. Pero en lo que mas sobresalió su ilustrado patriotismo, fué en los delicadísimos espedientes que ocurrieron en su tiempo relativos á la regalía: árduas y peligrosas materias en que parecia imposible hermanar, como lo hizo Campomanes, la piedad cristiana y el respeto debido á la cabeza de la Iglesia, con el valor y la entereza que un fiscal del Consejo debe mostrar al defender los derechos de la soberanía. Tan relevantes servicios hechos al rey y á la pátria, durante la fiscalía por el conde de Campomanes, no fueron sin embargo superiores á los méritos que contrajo en el gobierno del Consejo, ya como interino, ya como propietario, desde octubre de 1783 hasta abril de 1791, habiendo dado en esta primera magistratura de la monarquía reiteradas pruebas de que su talento era igual para promover y para concluir los negocios mas difíciles.

Estos méritos singulares fueron los que el monarca quiso premiar en el gobernador de su Consejo, cuando al mandarle cesar en las penosas tareas de la judicatura le nombró consejero de Estado, dejándole todos sus sueldos y emolumentos; y en efecto, el conde miró esta real órden como la mayor gracia que pudiera obtener del soberano: por eso esclamó al recibir la noticia: *Gracias á Dios que se me concede un intervalo entre los negocios y la muerte;* sentencia cristiana, que por sí sola manifiesta cuales eran en medio de los honores mundanos los piadosos sentimientos del conde de Campomanes. Bien lo acreditó ademas en los últimos años de su vida, dedicando al cuidado de su eterna felicidad cuantos instantes le dejaban libres las frecuentes consultas con que la superioridad interrumpia de tiempo en tiempo el mismo descanso que le habia concedido. Asi fué como lleno de resignacion falleció á los 78 años de su edad, colmado de justos honores literarios dentro y fuera del reino. Dentro fué director de la Real Academia de la Historia, é individuo de la de la lengua; y fuera miembro corresponsal de la de Inscripciones de París, y de la sociedad filosófica de Filadelfia, habiendo sido propuesto tambien para el instituto de Francia.

Nació en Sorriba, principado de Asturias, concejo de Tineo, en junio del año de 1724, obtuvo la merced de título de Castilla en 20 de junio de 1780, fué condecorado con la gran cruz de Carlos III en 12 de noviembre de 1789, y murió en Madrid á 3 de febrero de 1802.

LA CAPITANA.

UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCINAR.

I.

Muy poco tiempo hace que nuestra juventud ha dado en la mania de volverse loca por la narracion de lúgubres dramas, cuya esposicion se verifica regularmente en los caminos reales ó en los montes, y no pocas veces en el hogar doméstico, para proseguir el nudo de la accion y sus peripecias ante los tribunales, y acabar con un desenlace definitivo y fatal en los presidios del reino ó en el cadalso.

Los novelistas estrangeros nos han regalado esa aficion á desentrañar los misterios sociales mas ocultos; bárbaro acceso de curiosidad que nos impele hácia todos los puntos en que hay crímenes que descubrir, manchas de sangre que borrar, condenas que oir y suplicios que padecer.

Antes de que leyésemos á los doctores de autopsia de las escuelas alemana y francesa, antes de que para nuestro diario recreo se nos presentase en cada *entrega ilustrada* de esas grandes concepciones patibularias un vasto anfiteatro de cadáveres, las causas criminales pertenecian por derecho esclusivo á los juzgados y á las audiencias del territorio español. No habia tampoco periódicos que agarrasen, por decirlo asi, al ladron en el acto de estar cometiendo un robo, para dar al hecho una publicidad escandalosa y despertar en todas las clases de la sociedad esos instintos deplorables é inhumanos, que empujan á la multitud á solazarse con el triste espectáculo de las ejecuciones. Ahora se coleccionan y se estereotipan para instruccion y contentamiento del público los mas insignificantes procedimientos de las causas célebres: se hace mas muchas veces; se previene el ánimo de los jueces por medio de observaciones que repugnan al buen sentido: pero hemos adelantado mucho en civilizacion y..... esto responde á todo. La crónica de los tribunales es pues hoy una necesidad, como la de las sesiones de córtes, la de teatros ó la de modas, como la revista literaria y los artículos de fondo.

¿Y no podrán tambien buscarse las causas de este aturdimiento salvaje en las últimas turbulencias de una revolucion que ahora empieza para nosotros, en los horrores de las últimas discordias civiles, que nos han acostumbrado á terribles emociones y han ido embotando poco á poco nuestra sensibilidad?

Los moralistas y los filósofos deben estudiar este problema, cuya solucion no será jamás, de seguro, muy honrosa para la especie humana.

Mucho placer causaria á los cazadores de noticias estupendas la aparicion en nuestros dias de una heroína como la célebre marquesa del Encinar, que por los años de 1720 formó en Navarra, en el territorio comprendido entre Sangüesa, Lumbier y Domeño, una formidable banda de salteadores, sujetándola á leyes fijas por el triple ascendiente de su sexo, de su belleza y de su audacia. Pertenecia aquella intrépida muger á la que hoy llamamos última clase del pueblo, sin comprenderla bien: aunque se ignora ó no se sabe al menos con exactitud su origen, lo que sí podemos asegurar es que tenia mucha travesura ó talento, segun el idioma moderno, que confunde ambas cosas, y que poseia la inapreciable cualidad de conocer á cuantas personas se le acercaban. Era, en una palabra, muy superior á lo que debia esperarse de su nacimiento, de su educacion y de la costumbre de vivir entre gente grosera y desaliñada. Pues bien; la marquesa del Encinar, personage eminente en su género, á la cual solo faltaron tal vez otro teatro y otras circunstancias para hacer brillar en el camino de la virtud las grandes cualidades que empleó recorriendo el del crímen, pereció ignominiosamente en un cadalso.

¡Cuán interesante, cuán ameno seria seguir paso á paso los de esta antigua capitana de bandoleros, para referir á nuestros lectores las casas de labor que quemó, los crecidos rescates que impuso á los viageros que caian en sus manos, y las muertes que ejecutaron sus satélites á una señal de aquellos ojos hermosísimos, en los cuales pocas veces resplandecia el fuego del amor, porque empañaba su brillo la ferocidad! Mas por desgracia nuestra, los principales sucesos de su vida aventurera se han perdido para la historia privada del suelo que admiró sus proezas; nada se ha escrito que sepamos, ni en vida, ni en muerte de la famosa navarra, para perpetuar su memoria; de modo que no podemos por lo mismo ofrecer á la ansiedad pública un cuadro de horrores, semejantes á los de *Han de Islandia*, ni hacer soñar á nuestras *impresionables* damas con sudarios blancos, relojes de arena y máquinas de madera dotadas de vida por el galvanismo, á imitacion de los desesperados y tétricos vapores novelescos, que acertó á formar la infeliz imaginacion del pobre Hoffman.

La única fuente, en que acaso llegaríamos á descubrir alguna parte de los misteriosos hechos de la marquesa del Encinar, es el archivo de la audiencia de Valladolid, supuesto que por ella fué sentenciada; pero el hecho es tambien, que allí hemos acudido mas de una vez con este objeto, y nuestras pesquisas han sido inútiles; nada hemos podido averiguar. Si algun dia llega á levantarse el secuestro que pesa sobre las gloriosas hazañas de aquella muger; si por casualidad aparece alguna vez el legajo con la enumeracion, la glosa y el comentario de sus delitos... ¡qué triunfo para nuestra importada literatura! En ellos se verá desarrollarse una série de rasgos originales de astucia, de presencia de ánimo y de audacia, que caracterizan generalmente á los célebres bandoleros y mitigan hasta cierto punto el horror que inspiran sus repugnantes actos de vanda-lismo.

Mientras tanto, tenemos que reducirnos, respecto á la Marquesa del Encinar, á algunas aventuras aisladas, incoherentes, sin ilacion verdadera ó probable, á algunos *cuentos de viejas*, como suele decirse,

á tradiciones que sin duda han llegado hasta nosotros desfiguradas despues de haber pasado por tantas bocas.

Vamos pues á relatar uno de los muchos episodios interesantes de su vida, que nos dará una idea de su carácter particular, de su raro atrevimiento, y de la justicia espeditiva que solia ejercer en medio de los delitos que perpetraba.

II.

A una legua de Hernani, no en el camino real de Francia, sino en el de la izquierda que parte desde aquella villa y concluye en San Sebastian, se elevaba en el año de gracia de 1720 el castillo de Irurzteta, convertido despues en modesto caserío con otro nombre, y hoy en cenizas, merced á los estragos que en Guipúzcoa, como en otras provincias, ocasionó la triste y empeñada guerra civil de los siete años.

Cuando decimos castillo, no debe entenderse que hablamos de una fortaleza en toda regla, sino de un enorme caseron de piedra sillería, construido en el siglo XIV y semejante á otros muchos monumentos de nobleza hereditaria, que han venido á parar para sus últimos y esclarecidos dueños en un dominio insoportable, disputado sin cesar por las golondrinas y los buhos. Consistia todo él en un gran cuerpo de edificio, flanqueado por dos torrecillas macizas y con profusion de troneras en los cuatro costados: precedia á la entrada principal un gran patio descubierto, y en el lienzo opuesto á esta entrada habia una puerta pequeña que daba salida á la campiña.

En este caseron, castillo, ó como quiera llamarse, vejetaba el baron del Espino, solteron y poseedor de una fortuna considerable. Como todos los propietarios de aquel pais, el baron Gabriel era un cazador incansable, buen bebedor de *sagardua* y amigo de requebrar á las mozas. Despues de haber muerto sus padres, de los cuales fué único heredero, se dió en Castilla á la buena vida, no tardó en disgustarse de ella, y deseando conocer la posesion de Irurzteta, que era su apellido paterno, hizo el esfuerzo heróico de pasar el Ebro y se aventuró á penetrar en el corazon de las provincias Vascongadas: llegó á su nueva propiedad, agradóle el sitio y se fijó en el castillo, hasta que cansado de perseguir á las hijas de sus labradores y de conquistar á las mozuelas de los caseríos inmediatos, las cuales eran á la verdad lindísimas, pero no tenian mas nobleza que la guipuzcoana, ni mas dote que el de sus atractivos; aburrido sobre todo de la soledad de su posesion, que se le iba haciendo insoportable, se decidió por fin á solicitar la mano de alguna heredera ilustre y rica.

Era una deliciosa tarde del mes de setiembre, y dos personas platicaban amigablemente, sentadas en un banco de piedra del jardin de nuestro buen amigo el baron Gabriel. La que primero debe ocuparnos era una muger que representaba la edad de cincuenta años: nunca debió haber sido hermosa, ni aun pasadera; pero su semblante revelaba la calma y bienestar que proporciona una vida pasada sin cuidados y en el seno de la opulencia. Vestia una larga y holgada falda de sarga blanca, á la cual servia de viso otra de finísimo tafetan azul celeste; adornaba su cabeza un velo de crespon negro formando sobre ella una especie de diadema ó moña aplastada y brillaba sobre su pecho una cruz de oro de mas que regular tamaño.

Era la señora canonesa Ursula de Rute y de Aldama, tia materna del señor baron Gabriel de Irurzteta y de Rute.

La otra persona era un hombre que frisaba entre los treinta y treinta y cinco años. Su fisonomía franca, abierta, espansiva, aunque no poco vulgar, anunciaba en su encarnacion, demasiado purpúrea, que el sugeto á quien pertenecia no observaba del todo el sábio precepto de la temperancia. Llevaba el pelo con polvos, segun lo requeria la moda, y un sombrero chato de tres picos, de esos que andando el tiempo llegaron á obtener la denominacion de sombreros de tres candiles: el cuello blanquísimo de su camisa era sumamente angosto, y por la abertura de un chaleco, cuyo dibujo era una selva entera, asomaban dos pecheras rizadas con el mayor esmero. El resto de su trage se componia de una especie de chaqueton-levita de paño gris, de unos calzones del mismo color, medias blancas y zapatos de becerro amarillo con hebillas de plata.

Era el señor baron Gabriel de Irurzteta y de Rute, sobrino de la señora canonesa Ursula de Rute y de Aldama.

Aunque las flores y las plantas del jardin habian perdido ya la frescura y la lozanía del verano, para revestirse de las tintas pálidas del otoño, el sitio en que tia y sobrino se hallaban no dejaba de ser agradable: no parecia sin embargo muy propio para una conversacion confidencial, porque podian ser espiados los interlocutores por la curiosidad del primer indiscreto que tuviese el capricho de esconderse en el espeso matorral inmediato al banco de piedra.

Acercábase insensiblemente la hora de cenar, y la canonesa y el baron platicaban por hacer tiempo.

—Querida tia, decia el último, habeis tenido la ocurrencia mas feliz del mundo al poneros en camino para sorprenderme en mi santo yermo. Eso es lo que se llama ejercer una obra de misericordia.

—Ningun mérito hay en ella, contestó la señora de Rute y de Aldama, pues ya sabes que te quiero mucho, no solo porque te he visto nacer, sino porque tus facciones me recuerdan las de mi pobre hermana Pelagia, que esté en gloria. Tengo pues un verdadero placer al hallarme en tu castillo, aunque confieso que hubiera querido verte acompañado de una amable sobrina.

—¡Hola! ¡hola! Ya entramos en materia, esclamó alegremente el baron Gabriel: siempre la misma. Confesad, sin embargo, que he obrado con juicio difiriendo el casarme, aunque solo sea para procuraros el gusto de elegirme muger de vuestro agrado, ya que tanto os lisonjea el afan de negociar matrimonios.

—Algunos han pasado por estas manos; no lo niego, y sin vanidad puedo decir que no han salido del todo mal; por lo que espero que tambien acertaré en el tuyo y que no será el último que me ocupe el tiempo.

—Me admira vuestra conducta, tia. ¿Cómo es que mostrais tan decidido empeño por uncir al género humano á una coyunda, á la cual nunca habeis querido sujetaros?

—Nada mas natural, querido mio; he tratado de establecer una compensacion.

—Perfectamente; pero convenid al menos en que el mejor modo de convertir es predicar con el ejemplo.

—No hay que chancearse con esas cosas, Gabriel, porque son muy sérias, y hablemos formalmente, pues se trata de tí. ¿No es vergonzoso que poseyendo un nombre ilustre, buena figura y una renta pingüe y saneada, permanezcas todavia soltero?

—No he cumplido aun treinta y tres años, querida tia.

—Pues ya tienes edad sobrada para el matrimonio, y dentro de poco tiempo empezarás á encanecer, lo cual hará que las negociaciones sean muy difíciles Ademas se me figura que te aburres mucho en este retiro solitario.

—No hay duda; eso me sucede con frecuencia.

— Y creo tambien que para matar el fastidio te haces el mozalvete por estas cercanías ¿eh? ¿Me entiendes?

—Por supuesto.... pero ¿qué quereis que haga? ¡Es cosa tan delicada y tan espuesta el matrimonio! No creais sin embargo que soy muy recalcitrante; al contrario, lejos de oponerme á recibir ese santo sacramento, pensaba ya hace dias en él.

—¿De verás? No sabes el contento que me causan tus palabras. Escúchame pues, y ten entendido que el gusto de verte ha sido el objeto secundario de mi viaje; el principal es ofrecerte un buen partido..... ó acaso dos..... ó tal vez tres..... Ya ves que mi arco tiene muchas cuerdas.

—¡Cuando digo que ya me lo imaginaba! Vamos, querida tia, esplicaos.

—Tenemos en primer término á la señorita Damiana de Elizondo y de Montellorido; edad, veinte y dos años; dote, treinta mil pesos americanos.

—¿Qué figura?

—Vamos, ¿quién piensa en niñerias?

—Traduccion literal de vuestras palabras: la señorita Damiana es horrible: doblemos la hoja y veamos la segunda.

—Todos los hombres estan cortados por una misma tijera. La segunda es la señorita Rufina de Estrada y de Quincoces, hija única, entre bonita y fea; veinte y seis años y seis mil duros de renta anual por su madre; heredará otra igual cuando su padre muera.

—Eso es algo mejor, pero..... Rufina.... ¡qué nombre! ¡Bah! ¿Qué importa el nombre? Ea, creo que habreis dado algun paso en favor mio. ...

—He tratado de sondear el terreno, pero me he detenido al saber una cosa que voy á decirte.

—¿Tapujillos tenemos?.... Malo, malísimo.... Si no puede ser otra cosa..... Veinte y seis años y soltera..... la cosa es clara.

—Eres un bribon, Gabriel, y como todos los libertinos, haces muy poco favor á las mugeres. Por otra parte, una debilidad, una desgracia no constituye un crimen....

—Basta, basta, tia mia; no quiero saber mas de la señorita Rufina.

—Vamos; es imposible hablar juiciosamente contigo. Pero ¿qué es eso? ¿No has oido un ruido en el matorral?

—Algun conejo sin duda. Proseguid con la tercera proposicion matrimonial.

—¡Oh! Es un partido magnífico, soberbio.

—¡Demonio!

—¿Has oido hablar alguna vez de la hermosa Gertrudis, marquesa del Encinar?

—Encinar.... Encinar.... Si por cierto; creo que pertenece á nuestra sangre por las partículas navarras que contiene. ¿No se casó con un marino viejo?

—Sí, con un gefe de escuadra, pero hace ya trece meses que murió el marqués.

—¡Pobrecillo! no lo sabia.

—Ya lo creo; como que vives como un oso en su madriguera.

—¿Y conoceis á la viuda?

—Muchísimo: es la muger que te conviene; riquísima á mas no poder.

—En cuanto á lo sólido, estamos bien; hablemos de la parte física y moral.

—Tiene un talento natural muy cultivado; toca la viola y canta como un ruiseñor.

—¡Demonio! ¡Demonio!

—Veinte y cinco años.

—¿Sin tapujillos?

—Nada de eso: buen cuerpo.

—Eso me gusta.

—Miradas altaneras.

—Eso me huele á marimacho.

—Carácter amable, aunque algo raro: pero tenemos una pequeña dificultad.

—¿No decíais que no habia tapujillos?

—Y lo repito: la marquesa es un modelo de virtud.

—Es lo único que pido; pero estraño que ese tesoro no haya sido buscado con empeño.

—En primer lugar, la marquesa ha estado de luto hasta hace poco tiempo; se han presentado despues muchos pretendientes á su mano, pero todos se han visto en la precision de retirarse.

—Sus motivos habrán tenido, tia mia.

—Al contrario, y voy á esplicártelo. La marquesa ha querido desembarazarse de todos esos mequetrefes y pelagatos, que asesinan á una muger, honrándola con lo que ellos llaman sus homenajes, y ha declarado esplícitamente que el que se atreva á hacerle la corte, no volverá á ponerse en su presencia. Hasta ahora ha cumplido su palabra; ha habido víctimas y los demas la aman en silencio.

—¡Una muger que se incomoda porque la adoran! Es un raro fenómeno, é indica que la marquesa del Encinar quiere permanecer viuda.

—Pues estás equivocado, porque desea volver á casarse y no oculta sus intenciones.

—Corriente; lo que ella aborrece es la galantería, y en efecto, pedir su mano no es hacerle el amor; asi pues, querida tia, servidme de apoyo y de embajadora: os doy carta blanca para todo, porque con vuestro tacto y reconocida habilidad en esta clase de negocios....

—Sobrinito mio, incurres en otro error; nuestra opulenta viuda no escucha proposiciones.

—De modo que quiere y no quiere: no deja de ser un estraordinario capricho mugeril; pero al menos esplicadme el enigma.

—Con mil amores. Ya te he dicho que el carácter de la marquesa es algo raro; quiere elegir por sí misma, por su propia inclinacion, sin ser solicitada ni comprometida por agenas influencias. Hace como cosa de dos meses que recorre ambas Castillas con un séquito de tres ó cuatro personas, y su mayordomo ó administrador de sus haciendas don Gregorio Zapico, hombre respetable, próximo pariente del difunto marido, y que hoy se ve arruinado por algunas especulaciones desgraciadas. Nunca la abandona, y ella le trata con las mas distinguidas consideraciones.

Anda de casa de campo en casa de campo, habla familiarmente con los hombres, pero se niega á escuchar sus requiebros; y se supone que abriga la intencion, no bien haya encontrado al dichoso mortal digno de su mano, de ofrecerle su corazon y su fortuna.

—Estraordinaria es la idea, pero no me parece que la marquesa va fuera de camino.

—Ahora solo falta decirte, sobrino, que la señora del Encinar no está á estas horas muy lejos de aquí: ha recorrido últimamente las provincias de Navarra, Alava y Vizcaya, de modo que no dejará de visitar la Guipúzcoa. ¿Será estraño que llegue cuando menos lo pienses á pedirte hospitalidad? Al fin, si tú eres soltero, ella viaja acompañada de un hombre de cincuenta años y esto salva las apariencias. Con que ya estas prevenido; y si por casualidad te hace el honor de visitarte, recíbela como quien es y como quien eres, doblégate á sus caprichos; pero aunque te vuelvas loco de amor por ella, guárdate bien de dirigir á su belleza el menor arrumaco, ni la mas leve declaracion, porque de este modo lo echarás todo á perder.

—Os agradezco la advertencia, querida tia; y para que veais en todas partes el dedo de la providencia, os declaro que si he hecho adornar de nuevo la habitacion que ocupais, ha sido con la intencion de dar una propietaria al castillo. Venga pues la señora marquesa del Encinar cuando guste, y disfrutará de esos escogidos cuadros, de esos muebles esquisitos que me han llegado de Bayona.

—Mucho siento, dijo la canonesa suspirando, no poder ayudarte en tan importante asunto, supuesto que la bella Gertrudis no quiere que se dé el menor paso directo ni indirecto. Con todo seria conveniente que una persona de edad madura y de posicion en el mundo, se encargase de esta clase de negocios.

—Y no os he dicho todo, repuso el baron frotándose las manos. Acabo de hacer una compra magnífica.

—Algun caballo de raza, una escopeta de Eibar ó un perdiguero de buena casta.

—No se trata de bagatelas: es un servicio completo de vajilla de plata que tenia encargada á Paris á Germain el abastecedor del rey: esto quiere decir que es preciosa y que me cuesta un dineral; al pié de ciento cincuenta mil reales.

—Bien, bien, sobrino mio; eso es portarse con nobleza y distincion.

—¡Oh! No he querido poner mis armas á la vajilla porque pretendo añadir á ellas otro escudo. ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

—Rasgo de delicadeza que te hará parecer muy amable á los ojos de la propietaria de ese segundo blason.

—Dentro de cinco ó seis dias llegará de Francia el servicio: esto significa que os quedeis en mi compañía para estrenarlo.

—Imposible, querido, porque dentro de seis dias tengo que asistir á la celebracion del capítulo de mi orden. Ademas, debo advertirte, que á la futura corresponde estrenar esas preciosidades.

A este punto llegaban de la conversacion, cuando un movimiento pronunciado agitó el ramaje del espeso matorral.

—¡Dios mio! esclamó la canonesa levantándose asustada: ahora no dirás que es un conejo, porque he sentido pasos. Sin duda, en este pais, á pesar de su régimen foral, no está exento de ladrones. Vamos, vamos; dame el brazo y entremos en el castillo, porque tengo mucho miedo.

(Concluirá.)

J. M. DE A.

DISTINCION ENTRE EL DEBER Y LA VIRTUD.

Es preciso no confundir la virtud con el deber á causa de la conformidad de nombres, que nos engaña con mucha frecuencia. Hay quien se imagina ser virtuoso, solo porque sigue un instinto natural de cumplir con ciertos deberes: y como no es la razon en manera alguna quien le conduce, es en realidad vicioso hasta el estremo, siempre que se figure ser un héroe en virtud. Pero la mayor parte de los hombres, engañados por esta misma confusion de términos y por la magnificencia de los nombres, confian en sí mismos, aprécianse sin motivo, y juzgan frecuentemente muy mal á personas las mas virtuosas; pues no puede conciliarse que los hombres de bien sigan haciendo por mucho tiempo lo que prescribe el orden, y no falten segun las apariencias á algun deber esencial. Porque al cabo, para ser prudente, honrado, caritativo á los ojos de los hombres, es necesario algunas veces mostrar alabanza al vicio, ó callarse casi siempre cuando se le oye alabar. Para pasar por liberal es preciso ser pródigo. Si no es temerario, apenas se reputa á un hombre de valiente; y aquel que no es supersticioso ni crédulo, por piadoso que sea, no pasará en concepto de los demas sino por un libertino.—M.

ROMANCE.

Al fin de lluvioso invierno,
de entre sombrío zarzal
de árida roca y triste
nace rojo tulipan.
Orgulloso en su corola
ostenta (del oro á par)
de purísimo rocío
una gota virginal.
Al blando halago del aura
parece que á ceder va;
y es que busca, en torno suyo,
donde el alma dilatar.
En las descarnadas crestas
ve, melancólico asaz,
al rudo y añoso roble;
y por el cielo cruzar
(que nebuloso le cubre)
aves de agüero fatal.
No mas el eco repite
que su funesto graznar;
ni mas un arroyo copia
que aridez y soledad.
Entonce, en hondo murmurio,

el mísero tulipan
esclamó: «¿De qué me sirven
mi lozania y beldad?
Do todo es horror y espanto
la hermosura está de mas.»
Dijo; y la cervid altiva
dobló con ansia mortal:
y los cielos le miraron
callado y mustio espirar.

AURELIANO FRNANDEZ-GUERRA.

—

A ELISA.

Vas á partir, Elisa!... Yo entre tanto
aquí olvidado en un rincon del mundo
veré acabar mi triste primavera
sin flores, sin aromas, sin encanto;
sin que una vez del ruiseñor el canto
venga á trinar en mi natal ribera.
Cuando la suave brisa
hinche las lonas del vagel ligero,
al verle oscurecerse en lontananza
tenderé al viento mi pañuelo, Elisa:
en él verás un triste adios postrero,
triste adios del que pierde su esperanza;
y al través de una lágrima sentida
veré partir la nave en que te alejas,
y la dicha del resto de mi vida
no llenará el vacío que tú dejas.
Elisa, tú eres bella,
y mil te adorarán cual yo te adoro:
refleja en tu mirada
la tibia luz de moribunda estrella;
es el mismo tesoro
tras el cual se ha secado el alma mia;
otro mas fortunado,
mimado por tu ardiente simpatía,
quizás alcance á arrebatarle osado.
Vosotras las mugeres
juzgais debilidad ó encogimiento
en el que sacrifica á sus placeres,
ante el sacro perfume que respira,
la pureza de un tierno pensamiento.
Os hace arder el labio que os profana;
mas al que os ama y permanece mudo
sin acercar el labio á vuestra frente
porque su mismo amor se muestra mudo,
le lanzais la mirada indiferente,
sin ver virtud en la amorosa llama
que refrenada en las entrañas mora;
ni sospechais siquiera
que el hombre que bien ama,
nunca profana á la muger que adora.
En fin, tú partes luego,
y partirás sin comprender mi pena;
y el recuerdo de aquel que te ama ciego,
que vive de la luz de tu mirada,
se borrará como fugaz pisada
impresa acaso en movediza arena.
Recuerda al menos de mi amor en pago
cuando mires tu frente cariñosa
en las serenas aguas de algun lago,
que mas leal y hermosa
que en los cristales del callado rio
vive tu fresca imágen candorosa
dulce y tranquila en el recuerdo mio:
que esa imágen palpita en mi latido,
hierve en mi corazon y en mi memoria;
y si un dia mi nombre enaltecido
alcanza un lauro de anhelada gloria
y aplauden mi talento,
y hace gemir el viento
el eco triste de mi pobre lira,
vibrará en cada son un sentimiento
de la grandeza que tu amor me inspira.

Barcelona 2 de enero de 1850.

F. CAMPRODON.



(La plegaria.)

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Colegiata de Roncesvalles.)

LA CAPITANA.

UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCINAR.

III.

Ahora vamos á introducir al lector en la célebre colegiata de Roncesvalles, pueblo sin importancia en el dia, pero muy famoso en la historia por la gran batalla de los *doce pares*, si es cierto lo que nos cuenta aquella antigua copla ó romance que comienza:

Mala la hubisteis franceses

En aquella colegiata, empotrada, por decirlo así, en el corazon del Pirineo y compuesta de tres cuerpos de edificios, dos de ellos de planta baja y muy semejantes, y el otro elevado y angosto, se celebraba el dia 28 de setiembre de 1720 el capítulo de las canonesas de la ciudad de Pamplona, de que habia hablado á su sobrino la señora de Rute y de Aldama. Dos dias antes habia llegado á Roncesvalles precedida de diez acémilas cargadas de dulces y de chocolate para los señores canónigos, quienes ya se dá por supuesto que recibirian á la generosa hermana con todas las muestras del mas puro y vivo reconocimiento.

Mas no bien hubo descansado la viajera de las fatigas del camino en una cómoda celda del edificio de la derecha, destinado para alojamiendo de las señoras canonesas, cuando una de las criadas que la acompañaban, la dijo:

—¿A que no sabe V. R. la novedad que tenemos?

—No por cierto, Marta, contestó la tia del baron. ¿Qué ha sucedido?

—Una friolera; la señora marquesa del Encinar acaba de llegar á Roncesvalles.

—¿De veras? Pues mira, me alegro infinito, porque de ese modo renovaré el conocimiento que hice con ella hace ya dos años en Pamplona. ¡Pobre marqués! Dicen que murió ahogado en alta mar, pero confio en que Dios le tendrá en su santa gloria. Era un escelente marino, no hay duda, pero supongo que ya estará á estas horas mas consolada su viuda, cuando anda á caza de nuevo esposo por la mitad de las provincias del reino.

—¡Hola! ¿Conque esas tenemos? Pues á fé á fé que no creo encuentre en Roncesvalles novio de su gusto.

—Habrá sabido que estoy aquí, y como piensa, ó imagino yo que piensa pasar á Guipúzcoa, en donde no dejo de tener buenas relaciones.....

—¡Ah! Ya caigo..... el señor baron de Iruzteta.... el sobrino de vuestra reverencia..... Ese sí que es buen partido para la señora del Encinar.

—¿Lo crees así?

—Pues digo.... me parece que no será tan descontentadiza que vaya á hacer ascos al caballero mas noble y mas rico de las tres provincias hermanas.

No bien hubo pronunciado Marta estas palabras cuando llamaron á la puerta de la celda: apresuróse á abrir la criada y una voz pronunció desde la parte esterior estas palabras:

—Deseo tener el honor de presentar mis respetos á la señora canonesa de Rute y de Aldama, y al mismo tiempo desempeñar una comision que para S. R. me ha dado la señora marquesa del Encinar.

—¿Y cómo debo anunciaros? preguntó Marta.

—Me llamo don Gregorio Zapico, dijo la misma voz.

—Anunciado así por la sirvienta, se presentó á la canonesa un hombre como de cincuenta años, de noble fisonomía y distinguidas maneras, vestido con elegancia y oliendo á humos aristocráticos desde una legua. La señora Ursula le recibió cortés y afablemente, como á un antiguo conocido, aunque solo le habia visto una vez acompañando á la marquesa. Despues de los primeros cumplidos y de dedicar algunas frases insignificantes á la ceremonia que iba á celebrarse, para recibir en capítulo á una nueva canonesa, el mensagero de la hermosa y novelesca viuda del gefe de escuadra entabló la conversacion, disculpando á su señora de que no hubiese ido en persona á la colegiata, porque un suceso imprevisto acababa de obligarla á abandonar precipitadamente el pueblo.

—Mucho siento ese percance, respondió la señora de Rute, porque yo tambien contaba con abrazar á vuestra parienta, cuya llegada aquí

he sabido hace un instante. No ignorais que nos vimos por primera vez ahora dos años, y puedo aseguraros que conservo de su persona y de su talento una memoria sumamente agradable.

—La señora marquesa os paga en igual moneda, repuso don Gregorio, y me ha encargado muy particularmente que os haga saber lo mucho que ha sentido no poder saludaros, á causa de ese incidente inesperado.

—Pero supongo que no habrá en él motivo alguno de pesar para la señora marquesa.....

—¡Oh! Nada de eso: al contrario: se ha decidido un pleito á su favor, y como en él juegan intereses considerables, se hace muy necesaria su presencia en San Sebastian, que es donde estos radican en su mayor parte.

—¡Ah! ¿Conque ha salido para la capital de Guipúzcoa? Pues precisamente tiene que pasar por la posesion de mi sobrino el baron del Espino, que está situada entre aquella ciudad y la villa de Hernani.

—Si quereis encargarme alguna cosa para el señor baron de Iruzteta, de quien he oido hablar muchísimo, tendré el mayor placer en serviros, porque tambien voy á ponerme en camino para reunirme á mi parienta.

—Mucho os lo agradezco, señor don Gregorio, pero nada se me ofrece para mi sobrino, pues acabo de llegar desde su castillo á esta cueva del Pirineo.

—¡Ah! ¿Conque es nada menos que un castillo el que habita?

—Es decir que le damos ese nombre en la familia, mas no por eso deja de ser una posesion muy cómoda y agradable; y si tanto vos como la señora marquesa os deteneis en ella á descansar, sereis recibidos con amabilidad y cariño, porque mi buen Gabriel se precia de cortés y de hospitalario.

Don Gregorio Zapico hizo un profundo saludo á la canonesa, le pidió sus órdenes, y saludándola con notable distincion y desembarazo, salió de la colegiata y poco despues de Roncesvalles, para reunirse á la marquesa del Encinar, que le esperaba en una de las gargantas del Pirineo. Su objeto era costear toda la frontera hasta Irun, tomar en seguida el camino real hasta Hernani, y proseguir el plan de una aventura novelesca, de las muchas que puso en juego durante su inquieta y azarosa vida la heroina de estos apuntes.

Consagremos ahora unas cuantas líneas á la esplicacion del proyecto que meditaba; proyecto que en el fondo nada tenia que ver con la combinacion matrimonial, á que daba tanta importancia la señora canonesa de Rute y de Aldama, aunque aparentemente era el objeto principal de los deseos de la marquesa del Encinar.

Algunas palabras pronunciadas por esta, cuando vió llegar á su emisario don Zapico, y el diálogo que se entabló entre los dos, nos pondrán al corriente de todo.

—¿Ha soltado la sin hueso nuestra canonesa? preguntó la primera.

—Es una pava muy dura de pelar; pero nos ofrece hospitalidad en casa del baron del Espino, respondió el segundo.

—Ya contaba yo con eso: lo principal de todo es que la vieja no esté con él, porque tiene el olfato muy largo.

—El negocio me parece un poco arriesgado..... yo temo....

—¿Qué diablos dices ahí, Jorge?

—Nada, nada, contestó el que hasta este instante hemos conocido con el nombre de don Gregorio Zapico; estoy reflexionando.

—¿Sobre qué?.....

—Sobre el plan, que me parece algo..... espuesto: al fin no somos mas que cinco.

—¿Y Marcial?

—¡Siempre Marcial!.... Escelente sugeto....

—¡Cómo! ¿Tambien tienes celos de él?

—Y creo que tengo motivos.....

—Algun capricho nuevo, que alimenta tu mollera.

—No es capricho, Gertrudis, es realidad.

—¡Bah! Dejemos esas niñerías y vamos á lo que importa. Marcial es un buen sabueso, y á él debemos la concepcion de este proyecto. ¿Olvidas que él escuchó, escondido en el matorral del castillo de Iruzteta, toda la conversacion de la canonesa con su sobrino?

—Ya, pero el baron no estará sin criados, y si llega á sospechar....

—Jorge, por Dios que no te conozco.

—¿Y las partidas de miqueletes de la diputacion, formadas *en aumento de la justicia contra malhechores*?

—Basta, basta, por Lucifer, esclamó Gertrudis. ¿Es eso todo lo que has reflexionado? Pues yo tambien lo he hecho y he sacado en limpio que tienes miedo.

—¡Miedo yo!.... ¡Yo miedo!..... ¡Uf!

—Sí, te lo repito, tienes miedo, muchísimo miedo.

—Si no fueras tú la mas descarada bribona del reino, creo que te despedazaria con mis uñas.

—Está bien, pero ya sabes que en cualquiera disputa te ganaré siempre, porque tengo tres lenguas; la de mi boca y estas otras dos para sostener lo que ella dice.

Al pronunciar estas palabras enseñó á su compañero un par de pistolas que llevaba en el cinto, escondidas debajo de un faldellin.

Jorge se sonrió desdeñosamente y ella prosiguió así:

—He pensado una cosa.

—Oigamos esa cosa, mala cabeza, repuso el bandido.

—¿Qué dices de Ricardo?

—¡Ricardo! ¡Un aventurero que nos cayó de las nubes hace quince dias!

—¡Aventurero! ¿Y qué eres tú? ¿Algun príncipe por ventura? Ya sabemos que no puede aspirar al dictado de santo, y aunque no le he espuesto todavía á grandes pruebas, se me figura que es tan valiente como buen mozo.

Jorge hizo un moviento de impaciencia.

—Sí, maldito celoso, añadió Gertrudis; estoy segura de que Ricardo hará cuanto le diga y no me romperá la cabeza con observaciones ridículas. Por consiguiente puedes ir á ocupar su puesto de vigia en el monte de Vera, donde el pobrecillo se consume de impaciencia, y él vendrá á ocupar el tuyo de hombre de accion.

—¡Conque Ricardo aquí y yo allá!.... murmuró Jorge con acento conmovido. ¡Tratarme tan mal! ¡A mí que te amo tanto! ¡Ah Gertrudis!... .

—¿Qué quieres que te diga, amigo mio? Una mujer como yo, solo debe amar á un valiente. Vete pues y no hablemos mas del asunto.

—Me quedo, replicó Jorge cruzando los brazos.

—Mira bien lo que haces.

—Te obedeceré aunque pierda la vida, con tal que Ricardo permanezca donde está.

—Corriente, vengan esos cinco, picaronazo, y no me atufes mas con tus celos. Ahora, manos á la obra.

—¿Y el papel que debo representar?

—Como has sido cómico de la legua, no te será difícil: tienes cuarenta y cinco años, y con alguna maña puedes hacerte pasar por hombre de sesenta, á lo cual ayudará mucho tu respetable fisonomía.

—Pero, Gertrudis, si llego á servirte bien en esa espedicion.....

—Ea, ya hablaremos, despues de llevarla á cabo, de esas frusleras: veremos cómo te portas; pero no olvides que si puedo recompensarte, tambien puedo castigar tu traicion ó indiferencia. Lo que importa es apresurar el viaje; conque así, saca la bota, echemos un buen trago, y adelante.

No bien habian caminado algunos pasos en sus escelentes mulas, cuando llegó á sus oidos un grito de alarma y al mismo tiempo apareció un mendigo entre las rocas inmediatas.

Gertrudis y Jorge montaron al punto sus pistolas, pero no tardó la primera en dar rienda suelta á una estrepitosa carcajada.

—¿Qué atavios son esos, mi pobre Marcial? dijo en seguida dirigiéndose al pordiosero.

—Vengo de Guipúzcoa, contestó este.

—¿Y qué noticias?

—El baron del Espino prosigue solitario en su nido de golondrinas.

—¿Cuántos criados?

—Dos mozas, un mozo de labor, el jardinero y tres lacayos muy altos y muy zopencos, con libreas galoneadas; estos últimos llegaron á Iruzteta hace tres dias.

—¿Has visto por allí alguna gente de la diputacion?

—Ni sombra de cananas.

—¿Habrá llegado ya al castillo la vajilla de plata encargada á Paris?

—Ayer por la tarde la habrá recibido el baron, porque cuando yo salí de la cocina del castillo, en la cual me acogieron por caridad, ya tenia aviso de que la plata labrada estaba en Irun.

—Eres un guapísimo muchacho, y si Jorge no estuviese aquí te daria un beso. Pues señor, ya no hay duda; la liebre está en su camada, el baron del Espino se dispone á recibir la visita de la señora marquesa del Encinar.... ¡Oh!... La recibirá, la recibirá; se lo prometo, y.... muy pronto.

IV.

El baron soñaba ya mil delicias conyugales; arrebatar á innumerables pretendientes la mano de la muger mas codiciada y mas rica de las cuatro provincias allende el Ebro, triplicar con tan magnífica alianza un caudal considerable, eran dos triunfos de interés y de amor propio, que escitaban su ambicion y sus deseos.

El señor de Iruzteta y de Rute tenia el casco duro, la concepcion tardia y el entendimiento á prueba de bomba; á pesar de estas desventajas naturales hacia sus preparativos para recibir dignamente la visita que esperaba. Las criadas barrian y lustraban con sangre de toro los pisos de ladrillo; los lacayos, uno de los cuales acababa de ser promovido al empleo de ayuda de cámara, hacian esfuerzos sobrehumanos para restaurar una carroza que casi habia criado raices en el

patio, peinaban las crines de dos alazanes y sacudian el polvo y las telarañas al escudo señorial, colocado sobre la puerta grande del castillo; el jardinero, por su parte, arrancaba la mala yerba, iba arreglando poco á poco las carreras y guarda-rayas y se disponia á componer olorosos ramilletes de jazmines y claveles, de azucenas y de rosas.

En cuanto al señor baron, iba y venia de una parte á otra, examinaba todos los aprestos y se metia en su biblioteca. No se entienda esta palabra al pié de la letra, porque la biblioteca de la baronía del Espino solo constaba de unas cuantas obras incompletas, colocadas sobre dos tablas paralelas de pino en un gabinete contiguo al comedor. El estudio de la heráldica absorbia todos los instantes que su dueño no dedicaba á la caza, pero sucedió que un dia tuvo que interrumpir su tarea, porque el ayuda de cámara, seguido de un criado con librea sencilla, se presentó á su vista.

Semejante aparicion era un acontecimiento en Iruzteta; el baron, contrariado en sus costumbres, arrugó el entrecejo y preguntó al criado:

—¿A quién sirves y qué me quieres?

—Pertenezco á una señora muy distinguida, como pronto conocerá el señor baron por esta señal, contestó el lacayo con mucho desparpajo poniendo en sus manos un billete.

—En otro tiempo, murmuró el señor de Iruzteta, las personas bien nacidas no sabian escribir, pero ya que en nuestro siglo se ha hecho esta moda indispensable, descifremos la misiva, que al fin se conoce que viene de buena parte.

Despues de este lógico razonamiento, abrió el billete y leyó lo que sigue:

¿Puede el señor baron del Espino conceder algunas horas de hospitalidad en su castillo á la marquesa del Encinar?

—¡Si puedo! esclamó al punto loco de contento: ese es para mí un honor inesperado. ¿Dónde se encuentra ahora esa señora, buen perillan?

—Al estremo de la avenida que conduce á este castillo; allí aguarda la contestacion del señor baron.

—¡Cómo que aguarda! ¡Aguardar la señora Marquesa del Encinar! ¡Pues no faltaba mas! Yo mismo la llevaré la respuesta; puedes decírselo así, pues voy al momento.

El señor baron se apresuró á ponerse decente, dió algunas órdenes sin detenerse en pormenores, y se dirigió hácia el sitio que el lacayo de la marquesa le habia indicado.

—Al fin, se decia, voy á contemplar á mi sabor á esa viuda rica y noble; al fin viene á mi castillo, lo cual equivale á dar los primeros pasos para... Vamos, vamos; esto es muy significativo y creo que haremos algo. Sí, pero es necesario que yo no pierda de vista las instrucciones de mi tia la canonesa, y que trate de complacer á la hermosa Gertrudis en sus estravagancias y caprichos.

Al acercarse á los primeros árboles de la avenida, tuvo tiempo el baron de examinar el tren con que viajaba la marquesa. El coche era sencillo y no llevaba escudo de armas; en la delantera iba sentado un lacayo al lado del cochero, y otro en la trasera haciendo de page: este, que era el mismo portador del billete al baron, se acercó á la portezuela del coche, la abrió, bajó el estribo y pronunció dos ó tres palabras. En el interior del carruage se divisaban dos personas.

El señor baron del Espino se puso aceleradamente los guantes, al mismo tiempo que se adelantaba medio encorvado, figurándose que por grande que fuese el horror de la marquesa á la galantería, permitiria al menos que le ofreciesen la mano.

La bella Gertrudis no le dió tiempo para ello, pues saltó ligera del coche hasta el cesped que bordaba el camino, sin tocar el estribo.

Era muger de alta estatura y la manteleta forrada que la cubria señalaba en su airoso cuerpo hermosísimas formas; iba peinada con polvos rubios y llevaba un sombrero de castor de ala doblada, con pluma cenicienta que le caia airosamente hasta el cuello.

Tanto la parte del trage que hemos descrito, como todo lo demas era negro, sencillo y no tenia adornos. La fisonomía de la marquesa justificaba completamente cuanto habia dicho la señora Ursula de Rute y de Aldama, pues daba á entender que tendria como unos veinte y cinco años, era animada y decidida, revelando un *no se qué*, que segun los principios de *Lavater*, anuncia prontitud en las resoluciones, natural imperioso, y perseverancia hasta rayar en temeridad para la ejecucion de cualquier proyecto.

—Buenos dias, baron, dijo la dama con un acento mas bien viril que femenino. ¡Cuánto me alegro de veros! Dispensadme que venga á caer en vuestro castillo como una bomba.

Sorprendido el baron con tanta familiaridad, no hizo mas que inclinarse profundamente.

—Permitidme, señora marquesa... murmuró al fin.

—Vaya, vaya, le interrumpió la viuda; afuera cumplimientos entre nosotros, afuera saludos ceremoniosos y llamadme sencillamente marquesa. Cuando me conozcais mejor, vereis que me agrada mucho la franqueza. Apropósito, prosiguió señalando á otro personage que se apeaba del coche, os presento á mi amigo y pariente el señor don Gregorio Zapico, caballero condecorado, que ha vivido casi siempre en la córte: ahora me acompaña á todas partes y cuida de mis caudales, que, entre paréntesis, son demasiado considerables para que yo me entretenga en su arreglo y distribucion.

El caballero aludido, que cambió un saludo con el baron, representaba unos cincuenta y cinco ó sesenta años. Vestia una ancha levita oscura abotonada hasta el cuello y llevaba peluca rizada con polvos y un sombrero de galon á la moda. Sus facciones aparecian semiocultas por los anteojos de enormes cristales de aumento que le cubrian parte del rostro, y aunque el color de este era pálido, conocíase que á la menor contradiccion se convertiria en purpúreo.

—Así Dios me perdone, murmuró el baron entre dientes, como creo que este viejo se compone y se llena de afeites, á guisa de doncella por merecer.

—Os habeis incomodado por mí, querido baron, repuso la marquesa.

—¡Oh! Nada de eso, contestó el señor de Iruzteta; conozco mis deberes para con las damas...

—¿Ya volveis á las andadas?

—Seguro estoy de que no lo creeis; al menos puedo aseguraros que soy muy poco galante.

—Pues eso es lo que me gusta; y ahora vámonos á vuestro castillo á pie: ea, dadme el brazo.

Echaron á andar alegremente, y el baron pensaba que la marquesa, deseando ver el lujo de la casa, se enredaba en sus propios lazos, por lo cual estaba decidido á mostrarse espléndido.

Al paso que hacia estas reflexiones, examinaba el séquito de la viuda: los cuatro lacayos vestian librea, pero todas eran de diferente color.

—Ya veis que mi carruage es sencillo, le dijo la viuda, pero es porque no me acomoda llamar la atencion pública. ¿Y qué decis de ese par de jacos? Por Dios que no me cuestan mucho. Si por otra parte os admira el trage de mis criados, achacadlo á vuestro alejamiento de la capital, que no os permite estar al corriente de las modas. Mi pariente don Gregorio os dirá que en Madrid no son de tono las libreas iguales en una misma casa: lo mas distinguido es llevar siete lacayos con los siete colores del arco Iris.

Entre esta y otras pláticas llegaron al castillo, y el baron se adelantó para ver si se habian cumplido sus órdenes. Al punto dijo Gertrudis á su compañero:

—Jorge, mucho aplomo, y yo te respondo de lo demas.

—Representaré mi papel como corresponde, contestó el fingido don Gregorio Zapico.

Y tomó un aspecto entre sério y amable.

Volvió de allí á un momento el baron é introdujo á sus huéspedes en el salon de recibo, pintado de nuevo y henchido de anacronismos en su reparticion y en sus adornos: pero habian desaparecido las telarañas, que era lo principal y varios jarrones con flores decoraban la chimenea.

El baron no las tenia todas consigo y fluctuaba entre el deseo de probar que era hombre de gusto, ejerciendo dignamente la hospitalidad vascongada, y el temor de aparecer demasiado complaciente con una hermosura cruel que habia suprimido la galantería: por consiguiente hacia inauditos esfuerzos para conciliar estas dos exigencias.

Ofreció refrescos que fueron aceptados, y no se admiró poco al ver que la noble viuda del gefe de escuadra se echaba á pechos una razonable copa de vino dulce de Estella.

—Sin duda, se dijo, es de moda tambien esa nueva propiedad que descubre la marquesa. Tenia razon mi tia, es muger rara y caprichosa si las hay.

En seguida invitó á la bella Gertrudis á descansar en el magnífico gabinete que habia hecho embellecer *ad hoc*: una criada convertida de golpe en doncella de honor, condujo á la señora marquesa y le ofreció sus servicios, pero esta última la despidió diciendo que se serviria sola.

Poco despues se reunió al baron y á don Gregorio, y preguntó á este último si habia dado á los criados las órdenes necesarias para partir.

—¡Cómo partir! esclamó el baron.

—Sin duda, replicó la marquesa: en cuanto comamos me pondré en camino, porque debo estar á las cuatro en San Sebastian y allí me embarcaré mañana temprano para Bilbao, donde me espera mi tio el conde de Monteflorido. Lo único que puedo aseguraros es que ya nos volveremos á ver.

—Se necesita esa promesa para que yo os deje marchar.

—Por lo demas, querido baron, vuestra propiedad es encantadora, pero le falta el arreglo que solo puede darle la mano de una muger.



(La capitana Marion Du Favet y Jorge.)

A estas palabras que revelaban un avance directo, se estremeció de placer nuestro baron. Jorge lanzó un suspiro.

—Vamos, vamos á comer, dijo el primero; encontraréis una mesa modesta; lo de costumbre nada mas, porque como no esperaba vuestra visita...

—Ya os he dicho que me gustan las cosas lisas y llanas.

Al entrar en el comedor la marquesa pareció admirarse del magnífico servicio de plata que brillaba en una mesa de tres cubiertos en tanto que el baron se daba el parabien de aquella sorpresa y del efecto que producia tambien su vajilla en el semblante de D. Gregorio.

Los convidados hicieron bien los honores á las viandas de Iruzteta, y al levantarse de la mesa dijo el señor Zapico á media voz á la marquesa:

—Si no llegamos pronto á San Sebastian, me encontraré sin fondos, porque lo que me quedaba en la bolsa se ha ido en las muchas limosnas que habeis hecho desde Pamplona hasta Hernani.

—¿Y me hablais de eso ahora? contestó enfadada la marquesa. ¿No veis que puede oirlo el baron?

—Y lo he oido, dijo este: perdonad que me mezcle en vuestros asuntos y aceptad mi bolsa como vuestra.

—¿Otra galanteria?

—No, un servicio de amigo; mañana me hareis otro.

—Siendo así, acepto.

El baron salió del comedor y volvió á poco rato con un rollo que contenia veinte y cinco onzas de oro:

—Si no basta, dijo, doblaremos la suma.

—Es demasiado, contestó la marquesa; solo necesito diez, y así guardad el resto, y nunca hagais de ese modo alarde de vuestro dinero, porque se asegura que anda por estas tierras una partida de bribones, dirigidos por una muger que llaman...

—La *capitana*, sí; la mayor ladrona que se conoce en España, pero yo no la temo.

—Supongo que estais provisto de buenas armas...

—Y aquí sabemos manejarlas: que venga, que venga; yo prometo recibirla como merece.

—No griteis tanto, baron, porque si ella os oyese, seria capaz de presentarse á pediros de comer.

—Quisiera que sucediese; pero tampoco es este un pais abandonado, porque todas las semanas viene á visitar mi bodega el comandante de los miqueletes de la diputacion.

A estas palabras frunció el entrecejo la marquesa y dijo:

—¡Y recibis á esa clase de gentes!

—¿Qué quereis? Es un valiente, que persigue á la canalla. Hace ya dias que no le he visto y no seria estraño que nos sorprendiese hoy.

Mientras así hablaban saboreando el café, dirigia Gertrudis sus miradas á un cofre abierto y atestado con la vajilla de plata. El baron lo notó y dijo con acento de mal humor á un criado:

—¿Por qué haceis ostentacion de esas fruslerias como si estuviésemos en un mercado? Cerrad ese cofre.

—No, no, observó la marquesa; yo soy curiosa y las cosas preciosas nunca son fruslerias.

A una seña del baron, abrió mas el cofre el lacayo.

—Eso es magnífico, añadió Gertrudis; y cuidado que yo lo entiendo. ¡He visto tanto!

—Es el complemento del servicio que hemos tenido en la mesa, respondió el baron, y lo que es Germain, el platero del rey de Fran-

cia, se ha portado: me considero feliz, marquesa, al poder ofreceros esa vajilla que habeis estrenado.

—¿Sabeis, querido baron, que traspasais los límites de la cortesanía?

—¿Y cómo os he de repetir que no soy hombre galante ni trato de haceros la córte?

—Hablais como un doctor; pero decidme ¿y vuestras armas?

—Oro en campo de gules y una cabeza coronada.

—¿Y por qué no las veo en la vajilla?

—Ni en la puerta del castillo, añadió don Gregorio.

—Reservo el sitio, contestó el baron, porque al fin no soy cartujo, ni he hecho voto de castidad: si algun dia me caso...

—Dichosa la que... murmuró la marquesa, y de pronto se puso pensativa.

—Mucho vale toda esa plata, dijo al fin saliendo de su distraccion.

—En efecto, repuso el señor de Iruzteta, y se coloca perfectamente en aquella caja de caoba que veis allí.

—Imposible; no cabe en ella.

—¿Queréis verlo?

—Confieso que sí, porque me parece una cosa rara.

Un criado guardó la vajilla en la caja colocando pieza por pieza en el sitio que cada una tenia destinado: el baron cerró la caja y dijo á la marquesa:

—¿Lo habeis visto?

—Sí, respondió esta, pero no me probareis que pesa lo que habeis asegurado.

—Ni una onza menos; os enseñaré la factura.

—¡Bah! detesto los papeles. Os han robado, baron, pues el mas débil de mis lacayos puede cargar con esa caja, como si fuese una pluma.

—Os apuesto á que no.

—Acepto la apuesta. Miguel ¿te asusta ese peso?

El lacayo á quien iban dirigidas estas palabras, se encogió de hombros.

—Nos entretenemos mucho y se pasa la tarde, señora marquesa, observó don Gregorio: el coche está ya dispuesto y...

—No os impacienteis, amigo mio, y marchemos, le contestó Gertrudis: supongo que nos acompañais, baron.

Este se inclinó.

—Pero, prosiguió la viuda, insisto en apostar las diez onzas que me habeis prestado, á que Miguel lleva en hombros esa caja hasta el fin de la avenida.

—Convenido, dijo el baron.

—Ea pues, Miguel, manos á la obra y no me hagas perder.

El lacayo, que era un atleta formidable, echó mano á la caja sonriéndose y se la cargó al hombro.

Todos se dirigieron entonces hácia el camino, el caballero D. Gregorio espresando la mayor impaciencia por partir cuanto antes, el baron admirándose de la agilidad con que marchaba Miguel, y embromándole la baronesa por la inconsiderada apuesta que habia hecho.

Detuviéronse delante de la portuezela del coche.

—He perdido, esclamó el baron; tomad diez onzas.

Y las alargó á don Gregorio, que dudaba recibirlas.

—¡Guardadlas, dijo la viuda, pues no es cosa de disgustar á un huesped tan amable; pero voy á hacer mas; voy á probarle que Miguel es tan diestro como forzudo. Ea, muchacho, colócame esa caja en la delantera del carruage... Así: ya veis, baron, como se os roba: ahora, don Gregorio, subid.

El caballero obedeció y la marquesa no tardó en seguirle.

—El peso de la vajilla, dijo al señor de Iruzteta, no fatigará á mis caballos y puedo caminar así cien leguas, pues no deja de ser cómodo llevar uno consigo sus riquezas.

El baron, con el sombrero en la mano, se sonreia, aunque de mala gana, porque le parecia que aquella broma se prolongaba mucho. Mientras tanto, los dos lacayos que le habian acompañado, temblaban de miedo, porque acababan de descubrír que los criados de la marquesa iban armados de pistolas.

Gertrudis cerró la portezuela, y dijo al baron:

—Os doy las gracias por vuestra amable acogida, pero necesito daros la revancha: esto quiere decir que me debeis una visita y que para estar segura de que me la hareis, me llevo vuestra vagilla, la cual solo os devolveré cuando vayais á reclamármela en persona. Yo vivo siempre errante en mis dominios, que se estienden por todo el Pirineo y soy muy conocida; pero á fin de que tengais noticia cierta de mi paradero, preguntad cuando querais buscarme, no por la señora marquesa del Encinar, pues se reirán de vos, así como se rien de vuestra tia la canonesa, sino por la *capitana*. Con que lo dicho, dicho, baron y hasta la vista.

El coche, como si esperase estas últimas palabras, partió semejante al rayo y no tardó en desaparecer entre una nube de polvo.

El baron permaneció clavado en el camino y tan confuso como el cuervo de la fábula.

Al dia siguiente recibió una carta en que la señora marquesa del Encinar, (a) la *capitana* le participaba, á título de parienta lejana, su proyectado enlace con don Gregorio Zapico (a) Jorge, ex-cómico de la legua.

J. M. DE A.

ANA DE AUSTRIA,

REINA DE FRANCIA, MUGER DE LUIS XIII.

La fisonomía histórica de esta princesa varia mucho, segun son los pintores que han retratado su imágen. Tres hombres influyeron poderosamente en su destino, Luis XIII, Richelieu, y Mazarini. Los diversos sentimientos que les inspiraron, fueron igualmente funestos á su felicidad y á su gloria. El rey su esposo no la amó bastante, y los dos ministros la amaron demasiado, si hemos de creer la opinion general. El primero, en pago de su pasion que rayaba en locura, solo recibió desprecios y burlas, de que se vengó usando de medios atroces: el precio de la inclinacion del segundo fué una ciega confianza en él, de la que abusó cometiendo faltas.

Graves acusaciones han caido sobre la cabeza de la hija de Felipe III: quizá deban referirse todas á las causas que acabamos de indicar. Solo la violenta venganza de Richelieu pudo confundir á la reina entre los cómplices de Chalais. A la imputacion que se le hacia de haber querido destronar á Luis XIII y unirse en seguida á su hermano Gaston de Orleans, respondió Ana con estas palabras victoriosas: «Hubiera ganado poco en el cambio.»

Respecto á las sospechas de galantería, demasiado justificadas estaban por la admirable frialdad del rey, la belleza de la reina, y el número de sus adoradores. Por espacio de veinte y tres años esperó en vano la Francia el nacimiento de un príncipe, siendo preciso que interviniera, bien la casualidad, bien el consejo de una querida, para que volviese el monarca al lecho conyugal. Las crónicas de aquel tiempo están llenas de conjeturas acerca del nacimiento de este príncipe, precedido, aseguran, del de otro niño de sangre menos noble, en quien se creia reconocer á el *Hombre de la máscara de hierro*.

Si los favores de la reina hicieron algunos dichosos, hicieron sus desdenes mayor número de descontentos, y entre estos se puede colocar al famoso cardenal de Retz, cuyo amor propio ofendido aparece á cada página de sus memorias. «La reina, dice, tenia, cual ninguna otra persona, cierto ingenio, lo bastante para no parecer tonta á los que no la conocian. Tenia mas aspereza que orgullo, mas orgullo que grandeza, mas apariencia que fondo, mas apego al dinero que liberalidad, mas liberalidad que interés, mas interés que desinterés, mas afecto que pasion, mas dureza que arrogancia, mas memoria de las injurias que de los favores, mas intencion de piedad que piedad, mas obstinacion que firmeza, y mas incapacidad que todo lo que va dicho.» A este retrato, célebre por el mal gusto y profusion de sus antítesis, está en oposicion el juicio ventajoso que traen unas memorias publicadas no hace mucho tiempo en París, acerca del talento y elevacion de alma, de que estaba dotada la madre de Luis XIV. Citase un dicho muy notable de esta princesa; tratando Mazarini de penetrar sus intenciones respecto al amor del jóven Luis por la señorita de Mancini sobrina suya, le manifestaba sus temores de que quisiese á todo trance casarse con ella: y Ana de Austria le respondió vivamente: «Si fuera el rey capaz de consentir semejante bajeza, me pondria yo con mi hijo segundo á la cabeza de toda la nacion contra el rey y contra vos.»

Ana de Austria, que fundó iglesias y hospitales, era aficionada en estremo á los espectáculos y diversiones, tanto, que concurria á ellos llevando aun luto por el rey su esposo, y se ocultaba detrás de una de sus damas.

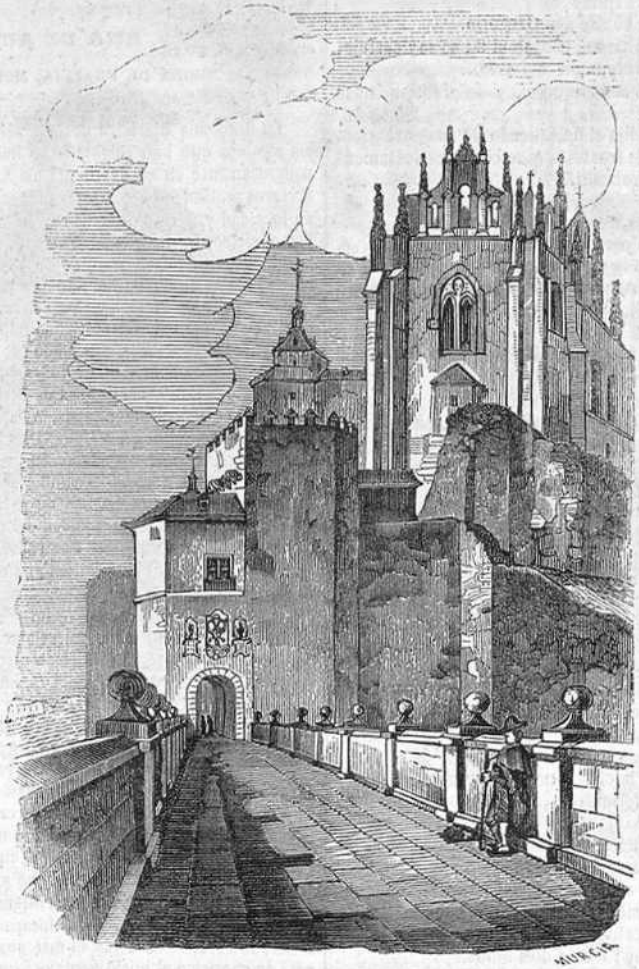
Tenia un gusto muy delicado en la ropa que usaba, y en la compostura de sus adornos: así es que le decia Mazarini: «Señora, si fuéseis condenada, vuestro infierno seria tener que acostaros entre sábanas de holanda.» Gustaba de las flores, y no podia sufrir la vista de las rosas, ni aun en pintura. Murió de un cáncer, á la edad de 64 años, el 20 de enero de 1666.

TESTAMENTO

DE CARLOS II, REY DE ESPAÑA.

Este testamento fué una manzana de discordia, que pudo acarrear la ruina de ambas monarquías española y francesa. Bien conocidos son los motivos que determinaron á Cárlos II á legar su corona á la casa

de Francia, en perjuicio de la de Austria; asi, solo nos limitaremos á contar una anécdota que refiere el conde de San Simon.—El duque de Abrantes, al salir de la sala en que habia asistido á la apertura del famoso testamento, viéndose rodeado y apremiado de todos los personajes que allí estaban, quiso divertirse un rato al anunciar la eleccion de sucesor. Llégase á él Blecourt, embajador de Luis XIV, el duque le mira fijamente, y vuelve despues la cabeza. Esta accion sorprendió á Blecourt y pareció ser de mal agüero para la Francia. De repente el duque, haciendo como que no habia visto al conde de Hazcourt, embajador del imperio, se acercó á él, y dándole un abrazo le dijo: *con qué satisfaccion....* y despues de una pausa, seguida de un nuevo abrazo, prosiguió: *con mucha alegría y mayor contento me separo de vos, y doy mi despedida á la casa de Austria.* No podia publicarse de un modo mas bufon el advenimiento de Felipe V al trono de España.



(Vista esterior de S. Juan de los Reyes desde el puente de S. Martin.—Toledo.)

LAS SEIS LATITUDES DEL AMOR EN MADRID.

(OBRA INÉDITA.)

XLVII.—Al Oeste la habitacion de la Mariquita de buen humor, y al Norte la del baratillero de libros.—Temperatura fria.

> ..... estos representantes
> antes que Dios amanece
> escribiendo y estudiando
> desde las cinco á las nueve,
> y de las nueve á las doce
> se están ensayando siempre.
> *A. de Rojas.*-(VIAJ. ENTRET.)

Son las once de la noche: *Theudia* acaba de contar por vigésima vez el número estraordinario de las escaleras de la casa de huéspedes donde vive, y se encuentra de buenas á primeras con *lord Bolimbroke* y *doña Jimena Ordoñez*. Estos artistas anónimos se conocen por los nombres de los personajes que representan con mayor aceptacion en las comedias caseras; son su segundo apellido. *Theudia* es un meritorio almidonado, á quien llaman Jacinto de oficina adentro, y D. Jacinto de oficina afuera. *Lord Bolimbroke* es el travieso D. Gumersindo, diligente escribiente en una escribania del juzgado, y *doña Jimena Ordoñez* es una muchacha zurcidora de calcetas y voluntades, actriz y planchadora, á quien su padre llama simplemente Bibiana, y su madre Bibianilla. En esta casa todos son actores... hasta el perrito de lanas de una señora del *Monte-Pio*, que sabe ponerse en pie y hacerse el muerto con la mayor habilidad.

Un fuerte campanillazo anuncia á los aficionados, que vienen de *repaso de papeles* de *El amor de madre*. La señora del Monte-Pio se estremece y se equivoca en el bordado de unos tirantes en cañamazo, que piensa regalar á uno de los porteros del ministerio de Hacienda; y al poco rato una voz ronca y gutural que se avecina en el comedor, pronuncia con acento aterrador estos versos del inmortal Calderon de la Barca, mezclados con algunas de las mortales palabras de las casas de huéspedes:

> *D. Jacinto.*—Apurar cielos pretendo
> ya que me tratais así,
> ¿qué delito cometi
> contra vosotros naciendo?
> Aunque si nací, ya entiendo
> qué delito he cometido...
> bastante causa he tenido...
> (*Aparte.*)—Muchacha, el guisado y la escarola.
> vuestra justicia y rigor,
> porque el delito mayor...
> (*Aparte.*)—Este velon se apaga.
> del hombre es haber nacido.
> Solo quisiera saber
> para apurar mis desvelos...

(*Aparte.*)—Buenas noches, doña Prudencia.

—Muy buenas, don Jacinto, responde la patrona de huéspedes desde la cocina, agitando su aventador delante de la hornilla.

Solo quisiera saber

Doña Prudencia.—Siempre curioseando.

para apurar mis desvelos...

Doña Prudencia.—¡Ah, ah!!—Ya tenemos la funcion de la mayor parte de las noches.

En verdad, *Theudia* (vulgo D. Jacinto) incomoda y molesta con sus ensayos cómico-dramáticos á la mayor parte de los huéspedes. Doña Prudencia rabia; el estudiante del colegio de S. Cárlos que duerme al lado, jura recio; la viuda que habita la sala principal tira de la campanilla y pide las píldoras que toma para sus ataques de nervios; un ex-maestro de latinidad (hoy compañero de *treinta y una* con el baratillero de libros de la esquina) que se levanta con las gafas sobre la frente para leer los periódicos, maldice á gritos; otro meritorio en la aduana impone silencio; un cadete de caballeria, al tomar de la silla un vaso de agua, tira el velon, y un aprendiz de encuadernador que se acuesta á la rústica en el chiribitil contiguo á la cocina, sueña alto y dice: —¡ladrones, ladrones!—Esta casa de huéspedes es una Babilonia: la España de todos los tiempos. *Theudia* es una especie de pronunciamiento: cuando llega él nadie se entiende.

La mayor parte de los hombres tienen sus horas fijas para el sueño: el aficionado-actor, á guisa de los caballeros andantes, se levanta algunas veces con el alba y se acuesta otras tantas con el sol. Si despierta á la vecindad un cuasi-fantasma en calzoncillos, que esclama, dirigiéndose á un pavo real disecado, y con la escoba en la mano en ademan de acometer:

Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero
que si vos sois caballero
caballero tambien soy;

esta especie de espectro es *Theudia* ensayando un *final de efecto.*

El aficionado á representar comedias caseras es sentencioso y amanerado: todo es histórico en su persona... ¡hasta su camisolin vergonzante! Sus gestos y ademanes están clasificados de una manera *artística*, de suerte que en público se sienta á lo *Rey que reprende*, tose á lo *Luis XI*, cojea á lo *Cardenal Montalto*, es preocupado á lo *Cárlos II el Hechizado*, manda á lo *D. Pedro el Cruel*, se incomoda á lo *Capitan de arcabuceros*, enamora á lo *Francisco I*, lee á lo *Consueta*, escribe de pie á lo *galan sorprendido*, y finge á lo *revendedor de billetes.*

Su primera obligacion en la coronada villa es asistir á los *estrenos* de los teatros principales. No importa que ocupe una localidad buena ó mala; si no alcanza luneta se va al anfiteatro, y si no alcanza billete para el anfiteatro, observa la comedia á vista de pájaro desde las galerías. Lo que apetece y desea es poder hablar al dia siguiente en las visitas que hace del desempeño de la funcion. En el teatro está fijo, inmóvil, sin pestañear; hace callar á los que tiene á su lado; su cabeza se distingue sobre la baranda de las galerías; arma camorra con los que se rien de un aparte inverosímil ó de una escena de escaso interés, y protesta en alta voz contra la poca compostura de las personas, que segun sus palabras, confunden el teatro con una plaza de toros. ¡Ya se vé!!... ¡no entienden el argumento, no comprenden las situaciones, no aprecian los apartes, no adivinan los incidentes... y sobre todo, no son aficionados como *Theudia!!!*

Acontece algunas veces que se escucha desde las lunetas un aplauso aislado ó un murmullo desagradable, y la causa de estas impertinencias es el aficionado-actor que acaba de aplaudir un *ya lo veremos* del cuarto galan de la compañia, medio solfeado en *do* grave, ó que es interrumpido en sus esclamaciones de *bravo*, *bien*, *perfectamente*, por los que tiene á su lado. Si no puede aplaudir ó no se acuerda de ello, dice á media voz, pero no sin dejar por eso de mirar de reojo á sus compañeros de galeria para ver el efecto que producen sus palabras:—*Así lo haria yo en esta situacion*, *bien*, *perfectamente.*

Al dia siguiente saluda á doña Prudencia arqueando las cejas y pasando las manos por la barba, y se acerca á *doña Jimena Ordoñez* (a) Bibianita, con los ojos fijos en las chinelas.—Estuvo anoche en el teatro: desea que le importunen con preguntas. Entonces finge mal humor, está desazonado, tiene jaqueca, renuncia al puñado de pasas de Málaga que le regala su adorado tormento, y dibuja en el brasero con la badila líneas oblícuas y paralelas.

—Bien se conoce—le dice doña Prudencia—que ha estado V. anoche en el teatro.

—Por cierto que sí—le interrumpe Bibianita.

—Sí señora... por mas votos que uno hace...

—¡Ya se vé!... la picara aficion... por lo demas, delicado como usted estaba no debia salir por la noche.

—¡Cómo remediarlo!

—No yendo—esclama Bibianita con un si es ó no es de sal cómica que D. Jacinto acoge con sonrisa protectora.

—Era *estreno*... los periódicos le habian recomendado, y... despues... como uno primero tiene que estudiar!..

—¿Qué tal, qué tal le ha parecido á V.? ¡Ingénuamente!.. porque ustedes siempre se hacen favor los unos á los otros por aquello de...

—Doña Prudencia, algunas veces quien mas sabe menos acierta. La comedia tal cual: el desempeño regular. Sin embargo, *el verso* no era malo; un *parlamento* de la segunda dama parecia escrito espresamente para Bibiana: ¡qué quintillas! ¡concluian por un desmayo! supóngase V. ¡qué *efecto* despues de una reprension del padre que la habia sorprendido!...

—Con su amante, lo de todas las comedias.

—Eso es, con su amante. ¡Figúrese V.!

—¡Ay!... me he picado con esta maldita aguja—dice Bibiana dirigiendo una mirada á lo *Leonor* á don Jacinto.

—Bibianita, esos nervios... Y decia V. que la representacion fué... pues... así, así...

—*Flogilla*, bastante *flogilla*. Yo en el caso de Romea amenazaria á la hija de otra manera. Un padre debe enarcar las cejas siempre que reprende.

—¿Y si es tan viejo—dice Bibianita—que no las tiene?

—Entonces que no reprenda. Eso va en *escuelas;* pero yo siempre que represento á un padre con *parlamento fuerte*, mi voz será como la del horchatero del lado... si señor... eso gusta en el teatro... sobre todo, es la verdad... ¿qué padre ha conocido V. con voz de tiple? miraré á todos lados como oso enjaulado, y mis puños permanecerán cerrados por mucho tiempo.

—¡Ay! como hizo V. en la última funcion... ¡qué desfigurado!

—Con decir—prosigue Bibianita—que me costó mucho trabajo reconocerle. ¡Qué barbas!

—¡Qué melena! ¡*La peluca* del *Trobador*! ¿No es verdad?

—¿Y la gola?

—¿Y el sombrero chambergo?

—¿Y aquella escena... no te acuerdas?

—Sí, mamá.

—La de...

—Pues...

—¡Qué memoria!

—¿Cuál, doña Prudencia?

—Ya me acuerdo... cuando apagó V. la luz y se descolgó del balcon... Si V. se descuida un poco queda colgado de la ventana, como yo pongo el botijo del agua en las de verano... noches.

—¡Já, já, já!

—En la primera funcion de la sociedad sí que voy á representar un papel dificilísimo. Vamos á poner en escena la segunda parte del *Zapatero y el Rey.* Aquí tiene V. á *D. Pedro el Cruel*—le dicen á uno—si usted no lo hace, todos se niegan á ello... ¡compromisos! siempre lo mas difícil...

—¿Y... y cuándo se pondrá en escena?

—En la próxima semana.

—Aquello sí que es trabajar: hay un *sueño* que me lleva las mejores horas del dia. Supóngase V., doña Prudencia, que la sombra de don Enrique se aparece á su hermano... que soy yo .. Bibianita ya lo vió en el Príncipe.

—¡Se le aparece! ¿Entonces habrá *transparente*?

—Y tiendas de campaña y el toque de una bocina. ¡Lindísima comedia! Mi traje es magnífico. En la cabeza gorra á lo *arquero* con plumas encarnadas, las plumas que he sacado en *Las travesuras de Juana;* peto y manoplas á lo *romántico* como en el *Manrique* de *El Trovador*, y pantuflas á lo *chambergo* como en *Cada cual con su razon.* Pero no está aquí lo mas estraordinario: lo que es tan difícil como sorprendente... yo no sé si saldré airoso en este papel... es la carcajada del rey. ¡Oh! ¡qué carcajada histérica! es necesario entreabrir los lábios, palidecer, enseñar los dientes y esclamar: *ju, ja, ja, ja!!!*

Doña Prudencia y Bibiana se miran aterradas, y D. Jacinto se sonrie con petulancia diciéndoles: Esto no es mas que un pequeño ensayo.

—El *sueño* ya lo sabrá V... me parece que anoche estaba V. tomándolo á la memoria. A ver cómo V. se luce.

—No, mamá, que le va á hacer daño.

—¡Oh! Bibianita, V. siempre tan amable... pero tengo una particular satisfaccion en complacer á su mamá. Dice V. si me acuerdo del sueño... y tanto; por mas señas que al ensayarle en mi habitacion, cuando caí sobre el suelo, el vecino del cuarto tercero... ese mostrenco de D. Facundo... dió con su baston en el techo diciendo: —¡silencio, camarada!—¡Ya se vé! ¡gente ignorante! ¿qué se puede esperar del dueño de un molino de chocolate? Vamos, pues, á ver cómo *sale el sueño.*

En la antesala donde platican doña Prudencia, su hija y D. Ja-

cinto, hay un completo trastorno: doña Prudencia se sienta debajo de una pajarera; Bibianita se recuesta cerca de la caja del reló; D. Jacinto coloca el brasero en medio de la habitacion, y el molde de la peluca del ex-maestro de latinidad representa la sombra de D. Enrique, alumbrado por el costurero de su amada que hace de lámpara cabalística.

Difícil nos seria describir en este lugar los giros y movimientos de D. Jacinto y la ronca entonacion de sus palabras. Está sombrío, impetuoso, aterrador; sus cabellos se erizan, tiemblan sus manos, grita, patea, suda, las palabras se le ahogan en la garganta, y al caer en tierra entre un ¡ay! de Bibianita y un ligero movimiento de aprobacion de doña Prudencia, entra el marido de ésta, el prosáico y anti-dramático D. Deogracias con un legajo de papeles en la mano, y refunfuñando con la criada porque ha encontrado entreabierta la puerta de la habitacion y al gato descansando sobre un gorro de dormir.

—¿Qué casa es esta? dice D. Deogracias, dirigiéndose á doña Prudencia.

—*El castillo de la Estrella*—le contestó D. Jacinto entre risueño y orgulloso: y ofreciéndole su mano, desarma de esta manera el enojo del padre de la interesante Bibiana.—Si V. hubiese llegado algunos minutos antes—prosigue *Theudia*—me veria *hacer el sueño* de don Pedro el Cruel.

—¡Oh!—repone doña Prudencia—daba congoja el ver como usted *se poseia* del papel.

—Yo estaba en ascuas—esclama Bibianita—¡qué bien!

—Gracias, señoras, gracias.

—Va V. á *hacer furor*.

—A alborotar.

—En esa noche, de seguro le *llama á V.* la sociedad.

—Y saldrá sin remedio.

—Y le aplaudiremos—dice D. Deogracias, templando su mal humor con un vaso de agua azucarada.

—A decir verdad—contesta con presuncion D. Jacinto—tengo alguna confianza en este papel, porque he tenido ocasion de *ver la risa* de Latorre.

—¡Qué espanto! ¿y siempre rie Latorre de esa manera?

—No señora. Esta carcajada es *de situacion*, como decimos nosotros: una carcajada con ensayos... no sé cómo esplicársela á V. Una carcajada histórica... ¿está V ?.. antigua. . tan antigua que solo se emplea en el teatro... Supóngase V., de la época de D. Pedro el Cruel.

—¡Ah! de la de D. Pedro el Cruel... no se puede negar, D. Jacinto, que hemos adelantado mucho en las costumbres.

Despues de ensayar el aficionado—actor algun monólogo de difícil ejecucion, ó de fingir un diálogo entre dama y galan, en el cual habla en falsete para hacer de muger, de una manera desagradable, deja caer de su bolsillo alguna que otra vez versos y redondillas *aplicables* á su relacion amorosa con Bibianita, y esta aficionada actriz acota las palabras de *Theudia* con suspiros *pronunciados* á media voz en algunos *apartes* que tienen lugar entre las últimas noticias de la *Gaceta* que refiere D. Deogracias, y las preguntas que hace doña Prudencia con respecto á la paga de las clases pasivas de que habla *El Heraldo* de la víspera.

Don Jacinto es individuo de una ó dos sociedades dramáticas, y regala sus billetes de entrada á doña Prudencia, uno de los que cede generalmente á su marido que aquella noche se pone su chaleco de *rayadillo* y su pañuelo color de caña en la garganta.

Para D. Jacinto no hay cuenta de gastos ni lista de lavandera. Doña Prudencia hace con este meritorio una benévola escepcion; declara para él sin aplicacion el Calendario. Solo se dibuja en su semblante un gesto de indignacion hácia el gobierno, y de sensibilidad hácia D. Jacinto cuando lee en la *gacetilla de la capital* de algun periódico estas desconsoladoras líneas.—Se dice que se suspenderán los sueldos á las clases activas, á consecuencia de un balance general de cuentas que se propone hacer el ministro de Hacienda.—Desgraciadamente, el número del *Diario* que ha publicado esta noticia no desaparece en quince dias de la habitacion de doña Prudencia: Bibianita lo recoje del suelo todas las mañanas, porque sabe que es un elocuente revelador de la posicion de D. Jacinto. ¡Sea V. empleado en España! Y sobre todo ¡Sea V. meritorio en la aduana!

En cambio de estas consideraciones, *Theudia* deja á un lado sus instintos artísticos y se presenta al lado de doña Prudencia..... como de la familia. Revisa las cuentas de los demas huéspedes; averigua su vida; aconseja alguna resolucion enérgica; ajusta la habitacion; viste al aguador; establece el órden entre los huéspedes que disputan; mima á la viuda del *Monte-pio*, íntima amiga de doña Prudencia; se hace de la opinion política de D. Deogracias; regala pastillas de rosa á Bibianita; reprende á la criada porque ha tenido la debilidad de perder el respeto á la ama de casa; pasea los domingos por la Ronda ó Chamberí con su futuro suegro, y no se olvida de preparar una música de amigos en la víspera del santo de su adorado tormento.

Don Jacinto es tan apasionado al teatro, como á la vida cómoda y regalada de pretendiente á la hija de una patrona de huéspedes..... que acuerda mejores tiempos. ¡Qué felicidad! D. Jacinto ha logrado lo que pocos y contados hombres alcanzan en Madrid. ¡Vive sin fechas!!!!

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LOS DOS PINOS.

Fábula.

Yendo á comprar madera
Maese Rogundo Paz el carpintero,
en medio de un corral halló dos pinos,
bien diferentes, aunque allí vecinos,
derecho, sano, altísimo el primero,
sin un nudo siquiera,
fácil de trabajar como una cera,
pieza famosa en fin, viga sin pero;
mientras el compañero,
torcido y ruin y destilando brea,
horno estaba pidiendo y chimenea.
Leños que pareceis (dijo el maese)
la ele junto á la ese,
de dónde sois? Y respondióle el uno:
Yo nací en un pinar grande y espeso,
donde si hay entre mil árbol alguno
que indolente quizá, quizás avieso,
cambia su direccion ó lento crece,
pronto á los pies de los demas perece:
todos allí por eso,
de tentaciones de pararse faltos,
á competencia son derechos y altos.
Pues yo (con pesadumbre
dijo el predestinado de la lumbre),
parto precoz á fé, pero mezquino,
de un piñon peregrino,
prófugo de un costal con poco acierto,
vine solo á nacer en un desierto.
Planta exótica en él, libre y salvaje,
mi tronco y mi ramaje
guié segun mi gusto veleidoso;
y el resultado fué quedarme al cabo
torcido como rabo
de fosco jabalí, pino roñoso,
por la estatura corta y fibra endeble
inútil para casa y para mueble;
sin que pueda esperar con fundamento
sino que á golpe de segur violento
me hagan mañana trizas,
luego tizones, y por fin cenizas.
Así tambien, reflexionó Rogundo,
tal ingenio que fuera señalado
se hunde y malogra porque vive aislado,
mientras con vivo ardor la competencia
será los hombres dá que admira el mundo
lumbreras de virtud, ástros de ciencia.

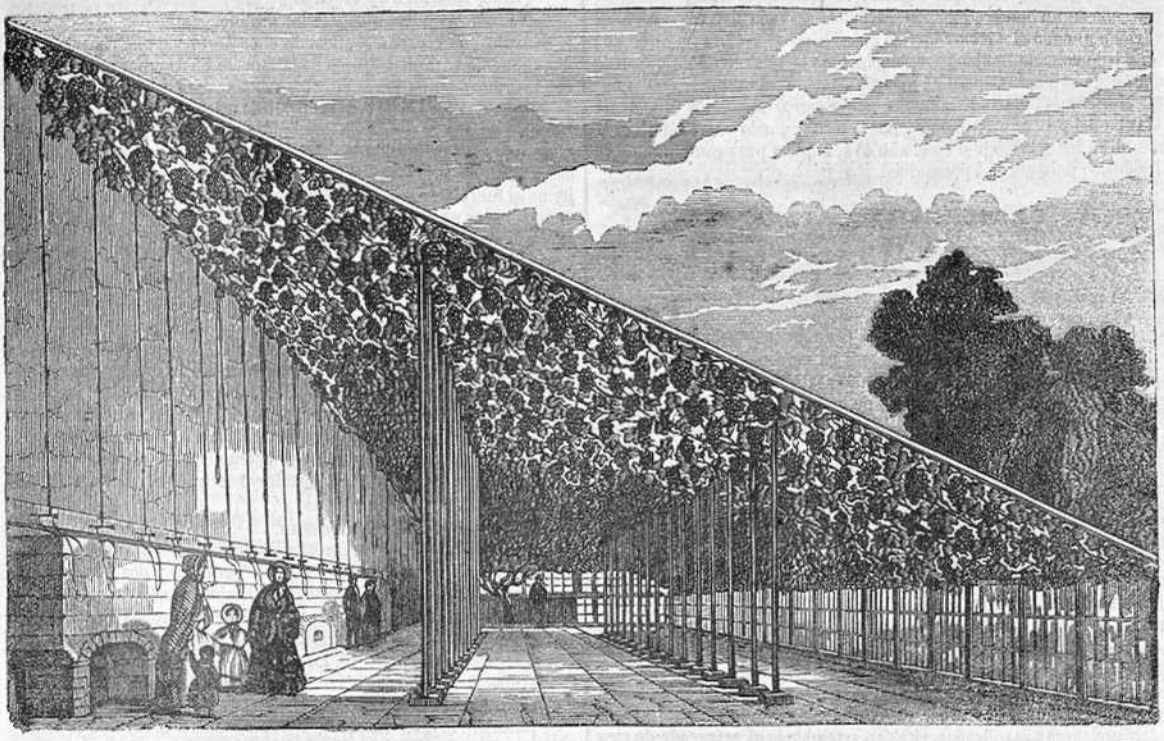
J. E. HARTZENBUSCH.

MADRIGAL.

La espresion de tus ojos no comprendo
cuando me miran, dulce dueño mio:
¿el bien me anuncian por que estoy muriendo,
ó tu fatal desvío?
Las dudas con que lucho
me tienen ¡ay! desatinado y loco;
si no me quieres, tu mirar es mucho,
y si me quieres, tu mirar es poco.

EMILIO BRAVO.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(La parra de la Reina.)

EMPARRADO DE HAMPTON-COURT.

Se cuenta, que estando el cadernal Wolsey en el apogeo de su poder, quiso edificarse un palacio digno de su rango; pero que deseoso de encontrar en él la santidad, y al mismo tiempo los placeres de una larga vida, mandó á los médicos mas afamados de Inglaterra que le designaran el sitio mas saludable de las cercanias de Londres, dentro de un radio de veinte millas. Sobre una cuestion de tanto interés, los médicos ingleses creyeron conveniente pedir sus consejos y ayuda á los doctores jubilados de la ciudad de Padua, y despues de una minuciosa informacion acordaron que en los límites marcados para buscarle, la parroquia de Hampton, en el condado de Middlesex á doce millas de Londres, era el lugar en que reina el aire mas sano, el sol mas rico y las aguas mas puras. Bajo la fé de esta relacion, el cardenal inmediatamente alquiló por noventa años la casa de Hampton y sus dependencias, que entonces eran propiedad de los caballeros de San Juan de Jerusalen y comenzó la construccion del célebre palacio conocido al presente con el nombre de Hampton-Court.

No es de nuestra mente el describir aquí este suntuoso palacio que por su originalidad arquitectónica, por las riquezas de arte que encierra, y por los recuerdos históricos que contiene, merece un lugar aparte en nuestro periódico. No nos hemos propuesto hoy otra cosa que hacer conocer á nuestros lectores una de las curiosidades de sus vastos jardines, el célebre emparrado que pasa por el mas notable de Europa. La única parra que le compone fué plantada en 1768, y al presente tiene 110 pies ingleses y la circunferencia de su tronco á flor de tierra es de tres pies, es decir de cerca de treinta pulgadas. Su fruto es de una uva negra llamada de Hambourg, abundante en tal manera, que en algunas estaciones se han cogido 2,500 racimos: se destinan esclusivamente para la mesa de la reina, lo que sin embargo no quiere decir que sea un manjar de rey, pues creemos que estos racimos nacidos en un invernadero no pueden tener el delicado sabor de la uva albilla de Fontainebleau.

ATAULFO,

PRIMER REY DE LOS GODOS EN ESPAÑA.

Apenas subió al trono de los Césares el emperador Honorio, cuando los godos, que con otras naciones bárbaras habian invadido la Italia algun tiempo antes, cansados ya de la paz á que contra su voluntad é índole guerrera y cruel los habia obligado el poder y fortuna del gran Teodosio, rompieron todas las trabas que los sujetaban, y como un torrente devastador se esparcieron por las provincias del imperio romano, llevándolo todo á sangre y fuego.

Fué la señal de esta guerra la muerte de Atanarico, primer rey de los godos, acaecida en Constantinopla en el año 381 de la era cristiana. Con este motivo entregaron el mando en el siguiente año á Alarico, irreconciliable enemigo de los romanos, el cual, aunque contrariado en los principios de su reinado por Radagayso, su competidor, bien pronto se reconciliaron y unieron sus fuerzas contra Roma. Pero acorralado el último en unos desfiladeros cerca de Florencia, por la astucia de Stilicon, general de los romanos, pereció con toda su gente; y desde entonces los godos se reunieron bajo el mando de Alarico, que les prometió vengar la sangre que Stilicon habia derramado. En cumplimiento, pues, de su promesa, marchó sobre Roma con un poderoso ejército, la puso sitio en el año 409, la entró á sangre y fuego, concediendo á sus tropas tres dias de saqueo, y redujo á cenizas á la que por espacio de tantos siglos habia sido la señora del mundo; llevándose prisionera y como en señal de su triunfo á Gala Plácida, hermana del emperador Honorio. Así concluyó para siempre la grandeza y poderío de Roma.

En esta guerra es donde los historiadores hacen por primera vez mencion de Ataulfo. Ligado por el parentesco con Alarico, de quien era cuñado, le acompañó en todas sus espediciones, contribuyendo no poco á la destruccion de Roma con un tercio de caballos que mandaba. Su valor y buenas prendas le granjearon el aprecio de los de su nacion, y cuando Alarico murió en Cosencio, hoy Calabria, en el año 410 eligieron á Ataulfo para que los gobernase.

Heredó este de su antecesor el ódio á los romanos; y quiso al principio de su reinado marchar otra vez contra Roma, acabarla de destruir, y edificar sobre sus escombros otra ciudad con el nombre de Gotia. Pero gracias á las persuasiones de Plácida, con quien se casó despues de haberla hecho prisionera como dejamos indicado, no llevó adelante su proyecto, y al fin ajustó las paces con Honorio, abandonando segun se convino la Italia, y pasando con toda su gente á la Galia Narbonense. Mas á ruegos de la misma Plácida atravesó los Pirineos en el año 415, y se estableció en Barcelona, fundando así la monarquía goda en España, que reinó despues floreciente y poderosa por mas de tres siglos.

Se disponia ya Ataulfo á conquistar las demas provincias de España, y para ello habia empezado á hacer la guerra á los Wándalos, á

quienes fácilmente hubiera vencido, si la alianza que acababa de estrechar otra vez con Honorio no le hubiera granjeado el ódio de sus vasallos, que inducidos por Sigerico le quitaron la vida, valiéndose para ello de un hombre llamado Vernulfo, privado del rey. Algunos afirman que fué el mismo Sigerico quien le dió la muerte, y otros que un criado llamado Dobbio, en venganza de la que él habia mandado dar antes á su señor; pero es mas probable lo primero.

Murieron tambien asesinados por Sigerico seis hijos que tenia Ataulfo del primer matrimonio, pues en su segundo con Gala Plácida solo dió á luz esta un hijo en el año 414, á quien pusieron por nombre Teodosio: pero murió á pocos dias.

LA MUERTE DE ATAULFO.

415.

I.

La oscuridad de la noche cubria con un denso velo las torres y edificios de Barcelona, ciudad poderosa ya mucho antes de la época á que nos referimos, y en la que Ataulfo acababa de colocar su corte, echando así los primeros cimientos de la monarquía goda en España. Magestuosa é imponente aparecia la ciudad de Amilcar (1) en medio de las tinieblas. Algunas veces la luz de la luna penetrando por entre los espesos vapores que cubrian el horizonte, iluminaba los pocos monumentos romanos que la ferocidad y barbarie de los godos habian dejado en pié; y á su ceniciento fulgor sus macizas formas aparecian mas vagas y aéreas, sin perder por eso nada de su severidad: antes bien tomaban un aspecto sublime y melancólico, que revelaba al alma no sé qué triste misterio, no sé qué verdad profunda. En efecto: aquellos magníficos templos medio derribados, aquellos vastos circos sin gladiatores, sin pueblo, aquellos suntuosos palacios sin cortesanos, todos aquellos lugares, en fin, habian presenciado la opulencia y poderío de sus dueños: en su sagrado recinto habian resonado devotas plegarias á los dioses, que se elevaban al viento entre nubes de aroma mezcladas al humeante vapor que se exhalaba de la caliente sangre de las víctimas sacrificadas; habian retemblado al estruendo de cien combates, y repetido despues en sus inmensas bóvedas el eco de las aclamaciones del pueblo romano y sus himnos de victoria. Ahora tristes, solitarios, mudos, parecia que habian quedado allí como una memoria de tanta grandeza, como un emblema de la instabilidad de las cosas humanas: ó acaso para decir á sus nuevos dominadores, que sus triunfos, su poderío y su naciente gloria acabarian tambien sin dejar tal vez tantos recuerdos.

La superficie tersa y sosegada de la mar plateada por la luz del ástro de la noche asemejaba una inmensa llanura. Multitud de buques anclados en el puerto se mecian tranquilamente sobre las ondas. La mayor parte de ellos componian la armada de Constancio, general del emperador Honorio, que acababa de estrechar nuevamente su alianza con Ataulfo.

Profundo silencio reinaba en todas partes; ni en el puerto, ni en la ciudad, ni en el palacio se oia el menor ruido. Sin embargo, dos hombres acababan de salir por una puerta secreta de éste, y se dirijian silenciosamente hácia el mar. El acero de un yelmo brillaba en la cabeza de uno de ellos, mientras el otro la llevaba descubierta.

—Oscura está la noche, Dobbio, dijo el primero, haciendo alto ya cerca de la ribera, y dirijiendo la palabra al que le acompañaba; tan oscura como mis proyectos. El mar cada vez mas embravecido previene una tempestad.

—No menor la anuncia la tierra, contestó el otro, pero con la diferencia que las olas que han de ajitarse serán de sangre.

—Por entre ellas se abrirá paso Sigerico hasta el trono.

—Y mi puñal os allanará los obstáculos que se os pongan por delante.

—Y mi oro pagará con usura cada golpe de tu puñal, si es certero.

—¡Oh! eso no lo dudeis; mi brazo jamás yerra cuando el oro y el deseo de venganza le conducen.

—¿El deseo de venganza has dicho?

—Sí: ¿habeis olvidado ya que la muerte que Ataulfo mandó dar á mi señor, fué la causa que me movió á ofreceros mis servicios en este asunto?

—¡No ciertamente! y por eso he depositado en tí toda mi confianza, y te he mandado que me acompañáras hasta aquí para acabarte de enterar de mis proyectos.

—Yo os lo agradezco, señor, pero permitid que os diga que para esto no era necesario salir del palacio, porque las paredes de vuestra cámara hubieran sabido sin duda alguna guardar el secreto.

—No es esa la causa de haber venido á este sitio: espero á Constancio.

—¡Al general romano!

—Sí: ¿de qué te admiras?

—¿Acaso sabe algo de vuestros planes?

—No solo los sabe, sino que los proteje.

—Acabad de esplicaros. ¿Cuando el pretesto con que pensais alucinar al pueblo para disculparos de la muerte de Ataulfo, es su amistad con los romanos, os valeis de estos mismos para asesinarle?

—Cabalmente: esa es la única parte de mi secreto que no sabe Constancio, y la que es necesario que ignore por ahora. Él ha sido el primero que me ha sujerido la idea de asesinar á Ataulfo; y el que ha despertado mi ambicion prometiéndome en nombre de Honorio protejerme si fuese necesario para subir al trono; pero yo sé muy bien que el emperador no es sabedor de este proyecto, y que el único autor de él son sus celos.

—¿Sus celos?

—Sí: ya es necesario que te declare todo; Constancio ama á Plácida aun antes de ser esposa de Ataulfo; para él la destinaba Honorio, y si despues de haber sido hecha prisionera se la concedió al segundo, fué solo obligado de la necesidad en que se hallaba de ajustar las paces con nosotros. Pero Constancio no ha dejado de amarla; su pasion, que yacia en él, si no muerta al menos dormida, ha despertado ahora con mas fuerza que nunca á la vista de Plácida; y conociendo que no puede desatar los lazos que la unen á Ataulfo, se ha decidido por fin á romperlos. Él me cree solo un ciego instrumento de que se vale para conseguir sus amorosos fines, cuando yo le hago el mio para satisfacer mi ambicion.

—Escelente plan si no se frustra.

—Todas las medidas imaginables están tomadas para que tenga un éxito feliz: mientras tú acompañado de Vermulfo y dos hombres mas penetras en la cámara de Ataulfo, yo seguido de algunos soldados me apoderaré de sus seis hijos y los haré morir: las tropas que se hallan en Barcelona están á mi devocion, y.... no hay que dudarlo, mañana ceñirá mi frente la corona de los godos.

—¡Quiéralo el cielo! En cuanto á mí, os juro que desempeñaré lo mejor posible la parte que me toca, y que....

—¡Silencio! le interrumpió Sigerico, creo haber oido ruido de remos.

—Una barca se dirije hácia aquí.

—Retírate: es Constancio, viene solo, y no debe encontrarme acompañado. Espérame á alguna distancia. Despues te referiré el resultado de esta entrevista. Adios.

Y ambos se separaron. Sigerico se adelantó á recibir la barca, mientras Dobbio, dirijiéndose tierra adentro, desapareció entre las tinieblas.

Apenas tocó en la orilla la frájil embarcacion, cuando un hombre saltó en tierra.

—¿Quién vá? preguntó el godo echando mano á su espada.

—Constancio: respondió el otro deteniéndose. ¿Y vos?

—Sigerico.

—Adelante, dijeron los dos á un tiempo; y partiendo la distancia que los separaba se encontraron en medio de ella.

La presencia del general romano era noble, gallarda y varonil; pero en su rostro venia pintada cierta espresion de disgusto y tristeza, que manifestaba bien lo contrarias que eran á su carácter las maquinaciones é intrigas en que se hallaba envuelto; y á que una pasion funesta le habia arrastrado.

—¿Me aguardábais? preguntó Constancio.

—Hace ya bastante tiempo, contestó Sigerico.

—Sin embargo, creo haber sido exacto.

—Ciertamente, pero para quien espera un trono, las horas que le separan de aquella en que ha de subir sus escalones, son siglos de eternidad.

—¿Y bien, qué habeis resuelto?

—Esta noche morirán Ataulfo y sus seis hijos.

—¿Qué, aun no habeis renunciado á esa idea cruel y sanguinaria? ¿á qué sacrificar tantas víctimas? ¿no basta con una sola?

—No: cada uno de sus hijos se creeria algun dia con derecho para arrebatarme la corona: Alarico, el mayor de ellos, puede ya vestir una coraza; es amado del pueblo; y su espada vengaria la muerte de su padre si yo dejase á su brazo en disposicion de manejarla: todo lo que pertenezca á Ataulfo ha de morir.

—¿Qué decís? esclamó Constancio con un acento que revelaba la mayor inquietud; supongo que respetareis la vida de la reina: por sus venas corre la sangre de los Césares, y ¡ay del temerario que se atreva á derramarla!

—Nada temais, repuso tranquilamente el godo; Plácida no me estorba para mis proyectos; y esta es la mayor garantía que puedo daros de su seguridad.

—Confiado en ella os dejo obrar en lo demas como gusteis.

—Yo tambien confio en las promesas que habeis hecho.

—Descuidad: ahora mismo voy á disponerlo todo para que mis sol-

(1) Su fundador.

dados esten prontos á desembarcar, y protejeros si fuese necesario. El cielo os guarde.

—Y á vos tambien, contestó Sigerico separándose del romano, y dirigiéndose hácia el lado por donde habia desaparecido Dobbio.

—Miróle Constancio perderse entre las tinieblas, y entonces abandonándose á los sentimientos que le agitaban, por ella, esclamó, por ella seré un malvado.... ¡Plácida! Solo una senda me conducirá á ti; y está sembrada de crímenes y de horrores; sin embargo, mi planta la ha hollado sin vacilar; me he lanzado en ella con arrojo, y ya no retrocederé. Por todos los tesoros del mundo, por mi vida, por mi eternidad misma, no hubiera yo derramado una sola gota de sangre inocente, y por tí voy á hacerla correr á torrentes... Pero no; continuó como asaltado de pronto por un recuerdo, lo habia olvidado: no se verterá mas que la necesaria.... Yo sabré poner coto á la ferocidad de ese tigre; los hijos de Ataulfo no perecerán; yo los salvaré.

Sacó entonces del seno un pergamino rollado, se dirigió á la orilla, y á su voz un hombre, que se hallaba sentado en el fondo de la barca, saltó en tierra.

—¿Qué mandais? preguntó acercándose respetuosamente.

—Toma este pergamino, y marcha por aquella senda al palacio de Ataulfo, le dijo Constancio señalando el lado opuesto por donde habia desaparecido Sigerico; tú hallarás medio de que se lo entreguen á Plácida antes de una hora. Adios.

El hombre se inclinó profundamente, y marchó por la senda que le habian indicado. Entre tanto Constancio, metiéndose otra vez en la barca, á una señal, los dos remeros la hicieron surcar rápidamente las olas, perdiéndose bien pronto entre los buques mayores, como un ave que se interna en un espeso bosque.

II.

El mayor silencio reinaba dentro del palacio de Ataulfo; todos yacian entregados tranquilamente al sueño, y aquella vasta mansion tan concurrida por el dia como lo son todos los palacios de los reyes, parecia un sarcófago inmenso, desierto, donde no se oia mas ruido que el del viento, zumbando en las galerías. Algunas veces creian escucharse á aquellas horas mezclados á su sordo murmullo, tristísimos ayes, y lastimeros sollozos, que salian al parecer de una habitacion inmediata. Aquella habitacion era la de la reina, aquellas las horas destinadas por ella al llanto y á la amargura; y sin embargo las mas felices de su existencia. Inocente víctima sacrificada ante las aras de la ambicion y de la razon de estado, su vida era un tejido de infortunios, en la que no habia ni un solo recuerdo de felicidad, ni una memoria halagüeña; era una de aquellas historias que hacen llorar.

Estaba pues la bella romana reclinada muellemente en un sitial, su negra cabellera destrenzada ocultaba parte de su hermoso semblante, donde se veia profundamente marcada la huella del dolor.

Tan enagenada se hallaba en sus tristes pensamientos, que no reparó en una esclava que entró en la estancia, y cuando quiso preguntarla la causa de su venida, ya habia vuelto á salir, dejando entre sus manos un pergamino rollado. Desdoblólo con indiferencia, mas apenas hubo leido los primeros renglones, cuando todo su cuerpo se estremeció, y levantándose con prontitud: ¡Salvadlos! esclamó, dirigiéndose á la puerta; ¡salvadlos! si es tiempo, y... pero su voz quedó nudada en la garganta, y ella inmoble en medio del salon, al ver entrar de repente á Ataulfo.

—¿Qué teneis, señora? preguntó este asombrado: ¿qué motiva ese sobresalto? ¿acaso esta carta ha podido producirle? dijo recogiendo del suelo el fatal pergamino, que ella en medio de su terror habia dejado caer insensiblemente: veamos; y acercándole á una lámpara leyó:

«La vida de los hijos de vuestro esposo está en grave riesgo; los »amenazan cien puñales, y vos sola podreis salvarlos persuadiéndoles »que se refugien bajo mi proteccion, sin dar parte al rey de su fuga. »No perdais un instante. Adios.—*Constancio.*»

Durante la corta lectura de esta carta se manifestaron en el semblante de Ataulfo el mayor terror y agitacion; pero cuando vió el nombre que la firmaba cambió enteramente de aspecto: sus ojos tomaron una espresion feroz, y dirigiéndose á su esposa, que al escucharlo no pudo contener una esclamacion,

—Mucho efecto ha producido en vos este nombre: la dijo con voz terrible: pero yo os juro que no volvereis á oirle.

—¡Piedad! esclamó Plácida arrastrándose á sus pies en actitud suplicante.

—«*La vida de los hijos de vuestro esposo*, continuó Ataulfo volviendo á leer la carta, y sin curarse de los ruegos de la reina, *está en grave riesgo: persuadidles á que se refugien bajo mi proteccion, sin dar parte al rey de su fuga.*» ¡Ay de ellos si hubieran seguido tan pérfido consejo ¡ya no existirian!

—Qué, señor, os atreveis á suponer...

—Sí, una perfidia atroz, inaudita, la interrumpió bruscamente Ataulfo, una perfidia sin ejemplo. Mirad, añadió agarrándola de un brazo, y señalando al mismo tiempo la firma de Constancio; no hace muchos dias que este mismo hombre me prometió en nombre de César eterna paz y alianza: yo le creí y le juré lo mismo. En prueba de ello le franqueé mi palacio, mi mesa, mi amistad; y él entre tanto combinaba un plan para arrebatarme mis hijos, y hacerlos perecer tal vez; porque estorbaban á sus proyectos ambiciosos, porque quitándome su apoyo le seria fácil despues destituirme de mis dominios, y acaso encerrarme en una oscura prision, donde acabara de consumir mi deshonrada existencia. ¿No esto una infamia? decidlo vos misma, ¿este hombre no debe morir?

—Os engañais, señor, os engañais: no sé qué voz interior me grita que eso que decis no es verdad, que tal vez los amenaza algun peligro por otra parte, y que él quiere salvarlos. Creedme, y...

—¡Callad, la volvió á interrumpir con furor el rey, aun hay mas. Hace seis años que Roma cayó en nuestro poder. El palacio de sus orgullosos emperadores ardia en vivas llamas como toda la ciudad. En él estaba á punto de perecer una mujer descendiente de su odiosa estirpe, pero hermosa. Su desgracia me compadeció y la salvé la vida; despues la amé y la hice mi esposa; sacrificándola mi corazon, mi libertad, y hasta mi gloria: sí, mi gloria, porque yo hubiera podido ser dueño del universo.

Pero á una voz de ella, á una sola súplica de sus lábios, mi brazo dejó caer la espada que tenia ya levantada, se hicieron las paces, y Roma se salvó. Quizá este paso me granjeaba el odio de mis vasallos: ¿pero qué era para mí el ódio del mundo entero comparado con su amor? Y con todo, á pesar de tantos sacrificios, esa mujer no solo no me ama, sino que ha conservado en su pecho el recuerdo de otra pasion: tal vez ¡oh rabia! ha manchado mi honor; y acaso acaso detrás de esa frente hermosa y pura como la de un ángel, se esconde el infernal proyecto de arrancar á mis inocentes hijos la vida, y á mí el trono, para hacer subir despues á él al infame cómplice de todos sus crímenes! ¡Ah! decid, señora, decid ¿esta muger debe morir?

—Sí, esclamó Plácida con energía, esconded pronto vuestro puñal en mi seno; pues no debo vivir un instante, despues de haber escuchado de vuestra boca tan atroces calumnias. Pero antes, continuó con acento firme, antes es preciso que me escucheis á mí tambien. Yo amaba á otro hombre; ¡ah! bien lo sabeis; su amor era la única felicidad de mi vida: amarle eternamente mi única esperanza; vos vinísteis y me arrebatásteis á un tiempo á mi patria, á mi felicidad y á mi esperanza: me hicísteis vuestra esposa, es verdad, mas al entregaros mi mano no os pude hacer dueño de mi corazon. Me direis que por qué pronuncié unos juramentos que no habia de cumplir; pero ¡ah! mi hermano, mis amigos, mi patria, todo cuanto mas amaba estaba próximo á perecer al filo de vuestra espada; yo sola podia parar el golpe; ellos me pedian que los salvase; ¿qué habia de hacer? Fuí vuestra, y desde entonces todos mis esfuerzos se dirigieron á amaros, pero en vano. Siempre que veniais á mis brazos creia veros como la primera vez en Roma: vuestro rostro resplandecia á la luz de las llamas que abrasaban el palacio de mis padres; vuestras manos, vuestros vestidos y vuestras armas estaban teñidos con la sangre de mis conciudadanos, quizá con la de mi familia!.. ¡Ah! perdonad, señor, pero un horror involuntario se apoderaba de mí; sin embargo lo reprimia en lo mas hondo del pecho, y recibia vuestras caricias con semblante risueño, mientras que la mas violenta desesperacion devoraba mis entrañas! decid, añadió sollozando, tantos tormentos, tantas amarguras, ¿no merecen alguna compasion?

—Muger, esclamó el rey enternecido, sin duda eres criminal, y á pesar de eso no puedo aborrecerte. Con todo, la traicion es cierta, ningun peligro puede amenazar á mis hijos dentro de mi palacio, y aconsejarlos que huyan de él sin mi conocimiento es conducirlos á la muerte: ¡oh! ya juro que han de pagar bien cara su...

Un grito terrible que resonó en las galerías inmediatas y al que se siguió un confuso ruido de armas y voces heló la amenaza en sus lábios.

—¡Ah! bien me decia mi corazon que no era mentira, esclamó Plácida sobresaltada.

—¡Cielos! ¡Será posible! murmuró Ataulfo preparándose para salir de la estancia. Pero un ruido próximo de pisadas como de alguna persona que huye le detuvo. Abrióse á pocos momentos la puerta, y el jóven Alarico, medio desnudo, con la espada en una mano y cubierto de heridas, se arrojó desfallecido en sus brazos.

—¡Huid! señor, le dijo con voz apenas inteligible; un ejército de asesinos ha invadido el palacio... Sigerico los manda... mis hermanos... ya no existen... y... yo... muero tambien.

—¡Mis hijos asesinados por Sigerico! esclamó el desdichado padre arrojándose sobre el cadáver de Alarico. ¿Conque era cierto lo que me anunciaba esa carta?.. ¡y yo desconfiaba de ella! ¡perdon, espo-

sa mia, perdon! continuó dirigiéndose á Plácida: pero la infeliz no podia oirle: estaba desmayada.

Entre tanto la confusion y estruendo se acercaban. Las voces de *traicion*, *socorro*, se percibian distintamente entre el choque de los aceros, y bien pronto se vieron relucir estos á la puerta de la estancia.

—¡Traidores! dijo el rey al verlos; yo vengaré en vosotros la muerte de mis hijos, y recogiendo la espada de Alarico se lanzó á recibirlos. Pero mas de veinte lanzas le rodearon por todas partes, y á pesar de sus esfuerzos, á pocos momentos cayó sin vida.

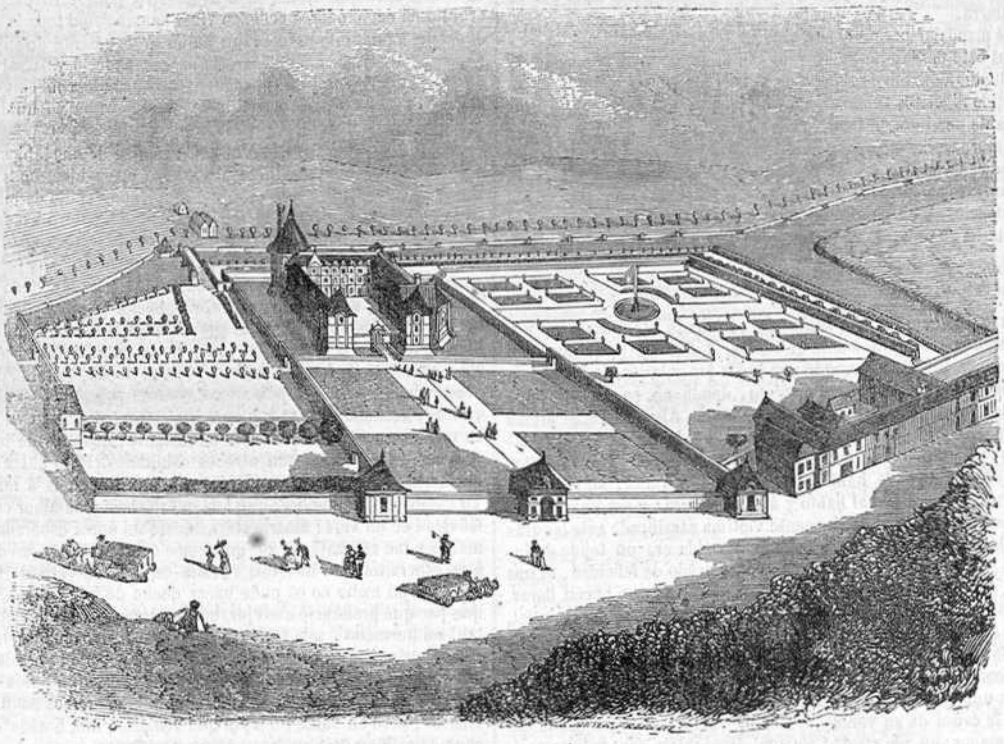
—¡Soldados! ¡murió el tirano! dijo entonces Sigerico saliendo de entre la turba; perezca asi todo el que contraiga amistad con Roma.

—Viva Sigerico, gritaron los soldados.

Este grito resonó en los cuatro ángulos del palacio estendiéndose despues por toda la ciudad. Empezaba á amanecer.

—

Sigerico fué aclamado aquel mismo dia rey de los godos; pero su triunfo fué corto, como lo es siempre el de los malvados, pues murió asesinado tambien en el mismo año de su aclamacion. Walia, que le sucedió en el trono, ajustó las paces de un modo estable con Constancio, á quien Honorio habia ya asociado al imperio, siendo una de las condiciones que le entregasen á Plácida, con quien casó al fin, y de este matrimonio nació el emperador Valentiniano, tercero de este nombre.



(Casa de recreo en Alemania.)

ALONSO DE ARMENTA.

Este poeta, que á principios del siglo XVI vivia en Loja, de donde era natural, es poco conocido. Entre las poesias que de él nos quedan no hay una, á lo menos bajo su propio nombre, que no tenga por objeto el desden y desamor de los hombres, y el requestar y requerir de las mugeres, á los mas humildes, como pastores y labriegos. Asunto raro y singular seguramente, pero del que se ocuparon algunos poetas españoles de aquel tiempo. Y esto no es por cierto desconocer el corazon humano, porque sin negar la vergüenza natural en las mugeres, y que prefieran siempre el ser requeridas al tener que requerir, todavía se ven ejemplos de esto último, y mucho mas cuando se supone en el rogado mucho desprecio de sí mismo, humildad, silencio y recato, y conocimiento de su inferioridad. Entonces parece que una muger se halla mas dispuesta á rogar al hombre de estas cualidades, que por las mismas ó por otras la interesa: porque en ello no ve tanto riesgo para su reputacion. Añádase á esto el género de vida que guardaban las mugeres españolas del siglo XVI. El recato, el recogimiento y reclusion, el misterio perpétuo en que se hallaban envueltas; lo imposible y peligroso que las era el entregarse á las solicitaciones de personas convenientes, el desden y la dureza que debian manifestar en la sociedad que se las permitia; y dígase despues si no era muy natural que una muger jóven, ardiente, llena de pasion y de vida, y que solo podia hablar (sin riesgo de ser notada y de que otros maliciasen) con rústicos y pastores, manifestase á estos sentimientos que sabia muy bien no la manifestáran ellos, aunque tal sintiesen, por la distancia inmensa de su condicion.

Añádase tambien la impresion causada por las formas bellas y robustas que debian presentar á los ojos de mugeres de tales costumbres, de tales años y de tal siglo, hombres criados en la sana vida del campo, vestidos mas ligeramente que los caballeros é hidalgos de aquel siglo aparatoso, y descuidando por su misma sencillez el demasiado recato; y consideradas todas estas cosas, se verá la posibilidad de ese requerir y requestar de las mugeres, y del miedo y mesura de los requeridos: y no chocarán entonces versos semejantes á estos de Alonso de Armenta:

—«Oyes, Gil, ¿quieres saber
lo que me aconteció ayer?»
—«Dilo ya, que ya escucho,
y no te detengas mucho:
mas nunca tu fuerte ducho,
tardas mucho en responder.»
—«Que la hija de nuestrama,
á la he, ella me llama,

y bajó como una gama
para herme detener.
Traia unos copetones
hechos d'unos guedejones,
y encima unos redejones
con que me pensó prender.
Colgaban de las toquillas
un monton de cencerrillas,
segun eran amarillas
de oro debian ser.
Relumbrábale el pelejo
de la fruente como espejo,
que á tiro largo de tejo
te pudieras en él ver.
E tenia la cejita
delgadita delgadita,
como luna muy chiquita
cuando mal se deja ver.
E por mil agujeritos
de las mangas y manguitos
salen tantos mangajitos
qu'es en hástio de los ver.
Y en viendo sus embarazos
pensé traia en los brazos
muchas roscas de hornazos
que por Pascúa sole haber.
E traia pegadizas
á las sayas revoltizas
unas como longanizas:
no sé si eran de comer.
¡Si vieras, pues, el calzado,
todo d'oro rechapado!...
No tienen otro cuidado,
¿qué diabros han de her?»
.....
.....
—«Pues, en fin, ¿qué te decia?»
—«Decia que si queria,
ella me perdonaria
lo hecho y lo por hacer.»
—«E tú ¿qué la habias hecho?

Y dejados aquí algunos versos que no es dable citar por lo que en ellos se relata, véanse los que esplican el miedo razonable del pastor para propasarse:

—«No soy yó de los bobitos
que se pagan de coquitos:
quizá que ella diera gritos
y hubiera bien que roer.
Dó al diablo ses hulagos:
que tien unos mozos malos
que me cargaran de palos
hasta mas mas no poder.
Donde á poco la vellaca
¡oh qué pernejosa saca!
mas gruesa que de una vaca,
mas yo no la quise ver.»
—«Mia fé, Juan, dende no pases:
queria que la rogases,
y que despues.....

Sensible es que la decencia, ó mejor el recato que exije un periódico, impidan el acotar íntegras estas composiciones. Pero con esa muestra hay bastante para descubrir que esos cantares, trovas y coplas de nuestros antiguos poetas, encierran mucha poesía, no pomiosa y esprimida á fuerza de alambique, sino inafectada, natural, sacada del original inagotable de las humanas pasiones, y de la observacion de la naturaleza.

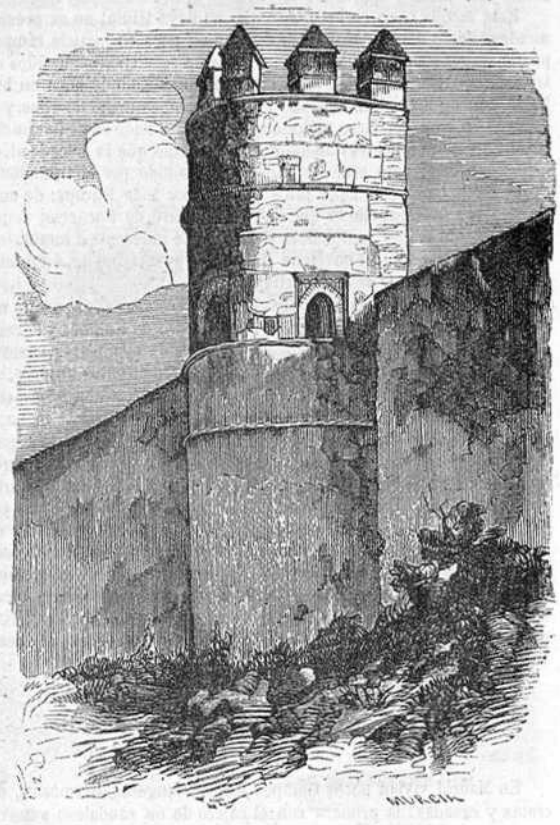
Del mismo Alonso de Armenta hay una glosa al villancico:

Llamábalo la doncella,
dijo el vil:
al ganado tengo de ir—

que empieza así:

«Llámalo de una ventana,
dícele: pastor, espera,»

en la que responde siempre el rústico con el último verso del villancico, y un refran ó espresion proverbial antepuesta. La composicion toda consta de mas de cuatrocientos versos, que por la brevedad no citamos.



(Torreon de la antigua muralla árabe.—Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

ADVERTENCIA.

El Padre Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, conocido generalmente por el seudónimo de *el Maestro Tirso de Molina*, disfraz que adoptó en casi todos sus escritos, publicó en el año de 1621 un volúmen, titulado *Los Cigarrales de Toledo*, en cuya obra supone, que reunidos ciertos caballeros y damas para divertirse, obsequiándose recíprocamente y por su turno en las casas de campo inmediatas á aquella ciudad, representan comedias y refieren anécdotas varias. Menos una, todas aquellas narraciones son del género grave, para el cual no era el ingenio de Tellez tan acomodado como para lo festivo: así es que ni la inventiva ni la elocucion de las primeras las hacen recomendables, al paso que la sola que pertenece al género cómico está discretamente combinada, y escrita en un lenguaje tan lleno de amenidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del Quijote. Tiempo há que mi aficion á la lectura de nuestros autores antiguos me sugirió el pensamiento de reimprimir esta novelita con otros escritos que formasen un tomo regular, porque para publicarla suelta era corta, y el tomo entero de los *Cigarrales* no seria muy leido si se reprodujera, pues realmente no tiene de bueno mas que tres comedias (dos de las cuales salieron en el teatro escogido de Tirso) y este fragmento, que aun arrancado de allí no deja de ser obra completa. El fin de la proyectada publicacion era recordar á los editores amantes de nuestra gloria literaria que existe un buen número de novelas cortas de no poco mérito, escritas en el siglo XVII, las cuales, habiéndose agotado las ediciones, se hallan tan ignoradas como esta del público; y convendria mucho mas el volverlas á la luz, que imprimir

malas traducciones de malos originales, que no sirven sino para corromper el idioma, el gusto y algo que vale mas. Parte de mi buen deseo la he visto ya realizada con la reimpresion que se está haciendo de varias novelas antiguas; sin embargo, nunca está demas el hacer un recuerdo por otro lado: y el emplear á este fin las columnas de un periódico tan generalizado como el SEMANARIO, me parece que es el medio mas eficaz y oportuno.

Esta novela (que en los *Cigarrales* no lleva título) no es precisamente original del maestro Tirso de Molina; pero en justicia tampoco puede señalársele autor: comprende tres de esos cuentos nacidos entre las tinieblas de la edad media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminente ha echado despues mano de ellos y les ha dado su nombre. Tirso pudo muy bien haber leido en el Decámeron de Bocaccio un lance sustancialmente el mismo que le sucede al celoso Santillana; pero pudo tambien haberlo oido por la tradicion, á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa: de cualquier modo que sea, ello es que si Tirso lo imitó de Bocaccio, mejoró notablemente la idea, quitándole toda la parte indecente é inmoral que tiene en la coleccion del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracejo de la narrativa.

Mucho debió de agradar la novela de Tirso en España, porque mas adelante la sacó de los *Cigarrales* un tal Isidro de Robles, y la reimprimió con otras diez, calificándolas á todas de ejemplares, nuevas, nunca vistas ni impresas, y compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España. El descaro con que llamaba *nunca vista ni impresa* á una obra que todo el mundo podia haber á la mano, es cosa que no debe aturdirnos, porque mentiras y robos de esta especie eran muy comunes en España: la indolencia de los autores y la ignorancia de los censores tenian la culpa. Isidro de Robles la bautizó con el nombre de *Los tres maridos burlados*, título que le cuadra perfectamente, y con este ha corrido en las diversas reimpresiones que se han hecho de ella: con el mismo se reproduce ahora, suprimiendo en los primeros renglones un paréntesis bien largo, relativo á la ciudad de Toledo, el cual estaría bien en boca del personaje que referia la novela en el *Cigarral*; pero sacada de allí, no hace buen efecto. En lo demas, no ha sufrido mas alteracion que la de acomodarla á nuestra actual ortografía.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

En Madrid vivian pocos tiempos há tres mugeres hermosas, discretas y casadas: la primera con el cajero de un caudaloso genovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenia lugar de asistir en su casa solamente los medios dias á comer, y las noches á dormir: la segunda tenia por marido á un pintor de nombre, que en fé del crédito de sus pinceles, trabajaba mas habia de un mes, en el retablo de un monasterio de los mas insignes de aquella córte (1), sin permitirle sus tareas mas tiempo que al primero, pues las fiestas que daban treguas á sus estudios, eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia comtemplativa de este ejercicio comunica á sus profesores: y la tercera padecia los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupacion que de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida muger, con mediana comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por consiguiente los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la muger del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia ó en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos. Un dia, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el dia que salia á misa (que con ser al amanecer y en su compañia, aun de las puntas del manto, porque la llegaban á la cara tenia celos), y ellas compadeciéndose de sus persecuciones la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de san Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al rey, que se decia iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde: y por ser en dia de jueves de compadres, llevar con que celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el calendario, se solemniza mejor que las de Pascua: habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella. Cumplióse el plazo y la merienda, despues de la cual asentadas ellas al sol (que le hacia apacible) oyendo muchas quejas de la mal maridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que reparando en una cosa que relucia en un montoncillo de basura á un rincon de ella, dijese la muger del celoso: «¡válgame Dios! ¿qué será aquello que brilla tanto?» Miráronlo las dos, y dijo la del cajero: «ya podria ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes dias.» Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso y tan fino que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometia tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmaba que le pertenecia de justicia el anillo. La primera decia que habiéndolo sido en verle, tenia mas accion que las demas á poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fué no habia razon de usurpársele; y la tercera replicaba á todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por esperiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó mas trabajo que á las demas. Pasara tan adelante esta porfia, que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una de ellas, si la del pintor, que era mas cuerda, no las dijera: «señoras, la piedra por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse; el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su posesion riñan y sea esta sortija la manzana de la discordia; pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legítima poseedora de esta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino: comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.—«Soy contenta,» dijo la cajera; «que ya le conozco, y fio en su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.—«Y yo y todo,» respondió la mal casada; «pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?» En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demas gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasion, llamaron al conde, y le propusieron el caso, pidiéndole la resolucion de él, antes que sus maridos volviesen, y el mas celoso llevase que reñir á casa; poniéndole la sortija en las manos para que la diese á quien juzgase merecerla. Era el conde de sutil entendimiento, y con la cortedad del término que le daban, respondió. —«Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva á quitársela á las demas; pero pues habeis comprometido en mí, digo, que sentencio y fallo que cada cual de vosotras, dentro del término de mes y medio, haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostrare mas ingeniosa, se le entregará el diamante, y mas cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, y adios.» Fúese el conde, cuya satisfaccion abonó la seguridad de la joya, y su codicia las persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque ya la cortedad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos, para estudiar por ellos uno que la sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mugeres, que la primera, por el de una manzana, dió en tierra con lo mas precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue.

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas agenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba efemérides, su muger formaba otras, que criándose á su costa le llamaban padre. Este, pues, tenia conocimiento en la del vecino contador, y deseos no tan lícitos, cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Habia la astuta cajera caládose los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entraba en dias, se lo rechazaba; quiso en la necesidad presente valerse de la ocasion y aprovecharse de sus estudios; para lo cual mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridículo, con que queria regocijar aquellas carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaria de esta vida á dar cuenta á Dios de lo que hasta entonces habia mal empleado. Prometióselo contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habian de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en dias tan ocasionados para ellas;

(1) Dice *aquella*, porque esta narracion se hace en una casa de campo cerca de Toledo.

haciéndose el astrólogo encontradizo con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venia á acostar, le dijo: Mal color traeis, vecino: ¿sentís acaso alguna mala disposicion en vos?—Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy mas de seis mil reales en vellon, no me he sentido mas bueno en mi vida.—La color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfaccion; dadme acá ese pulso.» Dióselo turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo: «vecino mio, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos: no lo fuera yo vuestro si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os dá; disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa mas, de vuestra alma, porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas habreis esperimentado en la otra vida, cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de caja de vuestro dueño.» Entre turbado y burlon le respondió el moscatel: «si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicísteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba.»—Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo; haced vos lo que mejor os estuviere: que yo sé que no llevareis queja de mí al otro mundo, de que no os avisé pudiendo.» Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

(Continuará.)

LA PUERTA DE ORO

Ó

ARCO DE TRAJANO.

Este bello monumento, construido de mármol de Paros, y perfectamente conservado, tiene cuarenta y ocho pies de altura. El sobrenombre de Puerta de Oro que se le da, viene quizá desde los mismos romanos. De todos modos no admite duda que era ya popular al principio de la edad media: y se le denomina asi en un acto de donacion religiosa, año de 774.

Para dar una esplicacion de este rico sobrenombre han supuesto algunos que los adornos del arco fueron dorados en un principio: otros, que la inscripcion, que parece hoy ha sido grabada en hueco, fué por el contrario de realce, y las letras de oro: otros en fin, opinan que solamente se ha querido indicar con estas palabras la magnificencia y el mérito incomparable de arte del edificio.

Se cree que el arquitecto que dirigió la obra fué Apolodoro, á quien confió Trajano la ejecucion del plano del foro, que lleva el nombre de este emperador. Este célebre artista fué desterrado de Roma, y en seguida condenado á muerte, dícese, por Adriano. Dion Casio cuenta que, estando un dia conferenciando juntos Trajano y Apolodoro sobre el plano de un monumento, se llegó aturdidamente Adriano á dar su parecer. El arquitecto lleno de impaciencia le interrumpió con viveza, suplicándole les dejara: «Id, le dijo, á pintar calabazas, que nada entendeis de arquitectura.» Guardó Adriano largo tiempo el resentimiento de esta injuria, y, segun Dion, se vengó cruelmente cuando subió al imperio.

El arco de Trajano sirve hoy de puerta á la ciudad de Benevento, llamada en lo antiguo *Malventum*. La arquitectura es del orden compuesto. Las columnas se apoyan en un pedestal comun: su base es ática y de muy bellas proporciones; toda la parte superior está muy bien delineada, y es de bonitos contornos. Serlio observa, que el arquitrabe, el friso y la cornisa guardan la mas perfecta regularidad entre sí, y son admirablemente proporcionados á la masa total del edificio.

El friso está adornado como el arco de Tito en Roma, al que se parece bajo todos aspectos, de figuras alusivas al triunfo. Los entrepaños de los intercolumnios están divididos con mucho gusto en bajos relieves separados por frisos pequeños. En el medio del arimez ático está colocada la inscripcion, y en los fondos hay bajos relieves por el mismo estilo que los del arco de Constantino en Roma. Representan varias acciones de la vida del emperador Trajano, y no ceden en nada á los de Roma por la belleza con que están ordenados, la grandiosidad del estilo, y la valentía de la ejecucion. Sin embargo, este monumento es poco conocido de los viajeros, en razon á no hallarse en el camino que siguen generalmente.

Hé aquí el testo de la inscripcion que se lee en el ático:

Imperatori Cæsari divi Nervæ filio
Nervæ Trajano optimo, Augusto
Germanico, Dacico, pontifici maximo, (ex) tribunicia
Potestate XIX, imperatori VII, consuli VII, patri patriæ,
Fortissimo principi, Senatus Populusque Romanus.

«El Senado y el pueblo romano al emperador César Nerva Trajano el grande, Augusto, el Germánico, Dacico, gran pontífice, ejerciendo la potestad tribunicia por la décima-nona vez, emperador siete veces, cónsul por sétima vez, padre de la pátria, príncipe valeroso, hijo del divino Nerva.»

FRAGMENTO.

Y á la luz del crepúsculo serena
Solos vagar por la desierta playa,
Cuando allá mar adentro en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que tímida suspira
Dulces aromas, y frescor respira,

Y húmedos ver sus ojos de ternura
Que abren al alma enamorada un cielo,
Estáticos de amor y de dulzura
Con blando, vago y doloroso anhelo:
Magia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento deteniendo el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun dia.

Y respirar su perfumado aliento,
Y al tacto palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de molicie y sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos gemidos
Mientras al beso y al placer provoca
Con dulce anhelo la entreabierta boca.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

CANCION.

¡Prenda del alma mia!
¡Escucha con amor de mis acentos
La amorosa armonía:
Tú eres de mis amantes pensamientos
Soberana señora y alegría!

Para tí sola vivo,
Tú eres el sol que alumbra mi existencia,
Tú con el fuego activo
De tus ojos, volviste á la creencia
Del amor, á mi triste pecho esquivo.

Mientras estoy á tu lado,
Vuela para mí el tiempo tan ligero,
Que cuando ya ha pasado,
Me parece que estoy ¡tanto te quiero!
De tí toda mi vida separado....

Despierto ni dormido
Te separo jamás de mi memoria,
¡Memoria que al olvido,
Me trae la dolorosa triste historia
De las crueles penas que he sufrido!

Ni pasa solamente
Un instante en el dia, en que el deseo
Cruel no me atormente
De verte, vida mia.... y si te veo,
Nunca me canso de mirarte enfrente.

Porque eres tan hermosa,
Que cuanto mas contemplo tu hermosura,
Mi alma, mas ansiosa,
Se huye de mí y se duerme en tu figura,
Como sobre una flor la mariposa.

¡Entonces, fascinada,
No vive, que en letal desmayo cae
Mi alma enamorada,
Hasta que amor la da y á sí la atrae
Tu boca, con dulcísima llamada!

¡Ni yo sé lo que siento,
Cuando cerca, mi vida, de tu boca,
De caricias sediento,
Siento en mis labios el calor que toca
De amoroso y aromado aliento!

¡Trémulo desfallece
Mi pecho enamorado y palpitante,
Se apaga y desvanece
Mi vista, y con tenerte á ti delante,
Que es sueño tanta dicha me parece!

Un sueño que pasando
Engaña al corazon que triste llora,
Sus dolores burlando
Con la imágen del bien que tierno adora,
Que le abandona luego en despertando.

¡Un sueño!.... ¡Vida mia!....
¿Será no mas un sueño mi ventura?
¿Un sueño mi alegría?
¿Es un sueño no mas tanta hermosura?
¡Amor tanto, mi bien, sueño sería?....

¡Ah, no, se aparta un velo
Que triste al corazon la luz quitaba!
¡Tú, hermosa, desde el cielo
Bajas á darme amor, mi pena acaba
Y mi dolor, mi llanto y desconsuelo!

¡Tú no sabes, mi vida,
Cuánto dolor tristísimo, sufrido
Dentro de mi alma herida,
Al sentir yo tu amor, por siempre ha huido,
Dejando el alma á la muger querida!

Yo creia que muerto,
Mi corazon con su esperiencia frio,
Solo al dolor abierto,
Miraba para siempre con desvío,
Hasta al mismo placer, por daño cierto.

Yo he visto que entregaba
Al desprecio no ha mucho los amores,
Y helado se burlaba
De los pueriles gozos y dolores,
Que amor en otro tiempo le causaba.

¡Que á este tan triste estado,
Placeres y dolores le trajeron;
Los placeres, cansado,
Los dolores, con golpes que le dieron,
Receloso, y sin fe, y escarmentado!

Mas por fortuna al verte,
Recobró, vida mia, su entusiasmo,
Y empezando á quererte,
Latiendo con vigor salió del pasmo
Que tan cerca le tuvo de la muerte.

¡Hermosa mia! lloro
A mas de enamorado, agradecido,
Porque tú, del tesoro
De amor allá en mi pecho oscurecido,
Sacaste la pasion con que te adoro.

¡Y tú sola podias,
Bellísima azucena delicada,
Volver mis negros dias,
A la risueña aurora, ya pasada,
De mis enamoradas alegrías!

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LAS MURALLAS DE TERUEL. (1)

ROMANCE.

Moros cuesta abajo van
corriendo á todo correr:
ménos que vinieron vuelven,
aciaga la lid les fué.
Villa que se labra nueva
presumieron sorprender
valencianos que montaban
ligeros potros de Fez.
Propicia hubieron la noche,
contrario el amanecer,
sintiéronlos en el muro
cuando llegaban al pié.
Tocan arma los de adentro,
salen, y en pugna cruel
matan, mueren, triunfan, salvan
su libertad y su fé.
Lejos de rendir cautiva
los moros la villa fiel,
ciento que en ella quedaron
cautivos quisieran ser.
Sepulturas hay que abrir
allí por primera vez,
y ciento veinte hoyos tienen
los vencedores que hacer.
«Una basta para todos,
dijo el avisado juez
que la villa gobernaba
con omnímodo poder.
A la parte de occidente,
que aun sin muralla se vé,
la zanja para el cimiento
dejamos abierta ayer.
Allí á cristianos y moros
comun sepultura den,
si vergonzosa á los unos,
á los otros de honra y prez.
Gloria del pueblo será,
permítalo Dios amen,
que puedan decir mañana
sus hijos con altivez:
Sobre huesos de valientes,
muertos peleando bien,
fundados están los muros
de la villa de Teruel.»

J. E. HARTZENBUSCH.

(1) El célebre autor de *Los amantes de Teruel* está escribiendo una série de bellísimos romances sobre el asunto de aquel aplaudido drama. De ellos es este el primero, y creemos que nuestros lectores le leerán con igual gusto al que hemos tenido nosotros en recibirlo de su autor.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Lain Calvo.)



(Nuño Nuñez Rasura.)

LAIN CALVO.

Menos discordes los historiadores antiguos sobre el orígen de Lain Calvo que lo estan sobre el de Nuño Nuñez Rasura, los mas convienen en que fué hijo de D. Gumersindo, señor de Castro-Xeriz y gran soldado: en efecto, así resulta de los documentos mas auténticos que se han podido adquirir, y por ellos se infiere que nació, ó en dicho pueblo de Castro-Xeriz, ó en uno de los Burgos, de que despues se formó la ciudad de este nombre, llamado el Morco, hácia el año de 798, bajo la soberanía del conde D. Diego Rodriguez, deudo suyo muy cercano. Educado conforme al espíritu guerrero de su padre y á su lado, consta por una escritura de donacion que éste hizo de dos cálices y unas tierras al abad del monasterio de San Martin de Flavio, en el año de 816, que en el anterior, esto es, á los diez y ocho de su edad, se habia hallado Lain en una batalla dada á los moros cerca de la villa de Pampliega, en la que habia ostentado su valor é intrepidez; pues el padre, en dicho instrumento, manifiesta su gratitud al cielo por haber libertado al hijo del grave riesgo en que se habia metido. A éste, que pudo ser el primer rasgo de la inclinacion de Lain á las armas, sucedieron otros que le acreditaron en la milicia castellana, y los justifica otra donacion que, junto con su padre, hizo en el año de 822 al monasterio de San Vicente de Fistoles, de ciertas porciones de trigo, vino, legumbres, cera y leña, como en recompensa de las muchas oraciones y sacrificios de aquella comunidad por su buen éxito en los encuentros con los moros, que los supone peligrosos y frecuentes. Desde este tiempo hasta el año de 843, en que fué elegido para la suprema judicatura de Castilla, no se sabe cosa memorable de este varon ilustre que esté legítimamente comprobada, escepto su matrimonio con doña Teresa Nuñez, hija segunda de Nuño Nuñez Rasura, su primo, como viznietos ambos del duque de Cantabria D. Fruela.

Nombrado juez en los términos que se refiere en el sumario de la vida de su compañero Nuño, y encargado de los negocios militares por el motivo que allí se insinúa, trabajó incesantemente en la defensa de su patria, y en dar mayor estension á sus límites. Se halló en la famosa batalla de Clavijo al lado de su conde soberano y rey de Asturias D. Ramiro, en el año segundo de su judicatura; y en los de 851 y 53 en dos fuertes incursiones que hicieron los moros, en los campos de Lara la primera, y la otra en los de Castro-Xeriz, en cuyas jornadas escarmentó de tal suerte á los enemigos, que despues de haberles derrotado, les hizo abandonar veinte y cinco poblaciones que agregó al condado de Castilla.

No solo fué grande Lain Calvo en la milicia; lo fué tambien en el gobierno político: muchas veces se le vió dictar leyes en los Burgos con su compañero Nuño, y muchas en la villa de Fuente-Zapata, llamada desde entonces Vi-jueces. En ambos parages consta que daban audiencia juntos y administraban Nuño y Lain, y en ambos se conservan en el dia monumentos que lo acreditan, aunque no exentos de alguna crítica: en Vi-jueces el tribunal mismo, que es una especie de pórtico de piedra, y en Burgos, en el archivo de la ciudad, la silla en que se sentaban para sentenciar cuando tenian su residencia en los Burgos, que no es de piedra, como suponen con equivocacion Sandobal y otros historiadores, sino de madera de nogal, muy fuerte y groseramente trabajada. Reunidos los burgaleses, hicieron igual aprecio de Lain Calvo que de Nuño Rasura, erigiendo á su memoria otras dos efigies á par de las de su compañero, con una inscripcion que publica cuánto debieron á su valor y á sus armas: dice así:

Laino Calvo fortiss. civi
Gladio Galeeque civitatis.

Se cree que murió Lain Calvo en el año de 870, porque en fin de 869 vivia aun, segun otra escritura de donacion á favor del referido monasterio de San Martin de Flavio, y despues no se encuentra testimonio alguno de su existencia. Si la memoria de su compañero debe ser recomendable por haber sido progenitor de los últimos con-

des de Castilla, no lo debe ser menos la de Lain, porque lo fué del inmortal Cid Campeador Rodrigo Diaz de Vivar. Su retrato, así como el de Nuño, se ha sacado del que se conserva pintado al fresco en la sala de la torre antigua de Santa María de la ciudad de Burgos, y no tiene mas autenticidad que aquel.

NUÑO NUÑEZ RASURA.

Son tantas y tan varias las opiniones acerca del orígen, vida, sucesos, autoridad, y aun existencia de los Jueces de Castilla Nuño Nuñez Rasura y Lain Calvo, que aunque sería de mucho interés dar alguna idea de ellas para el mejor convencimiento de la verdad, los precisos límites de un sumario no lo permiten. Dejando pues este prolijo trabajo para quien de intento se tome, como lo ha hecho alguno, el de escribir su historia, se formará su estracto de las noticias mas fidedignas y mas autorizadas que se han podido adquirir.

Nuño Nuñez Rasura, señor y conde de Amaya, nació en esta villa (probablemente á fin del año 789 ó principio de 790), siendo soberano de Castilla el conde don Rodrigo, abuelo suyo. Su padre don Nuño Rodriguez, no el fabuloso don Nuño Belchides, hombre de probidad y de talento, puso todo su esmero y su conato en educarle segun su calidad, y como á hijo único que era, encargando el cuidado de su instruccion y sus costumbres á un venerable monge de san Martin de Tausa, llamado Mauro. No fueron infructuosos sus desvelos: desde sus mas tiernos años comenzó á dar pruebas de la impresion que habian hecho en su alma sus lecciones, y apenas habia entrado en la edad juvenil, cuando ya su nombre era respetado en la sociedad y en la milicia. Los contínuos choques que sostenian los castellanos contra los sarracenos para mantener su libertad é independencia, y para estender sus dominios, acreditaron á Nuño de buen soldado, y sus consejos en la direccion de negocios de la provincia de buen político.

No tenia aun treinta y cinco años, cuando junto con su muger doña Argelos, dió fueros á su villa de Brañoseia, estableciendo en ella un gobierno sabio, que despues influyó infinito en el general de Castilla, y le sirvió á él mismo como de norma en el desempeño de su famosa judicatura.

Muerto don Alfonso el Casto, y llamado á la sucesion de la corona de Asturias su primo don Ramiro, conde soberano de Castilla, por su segunda muger doña Urraca Paterna, heredera de su padre el conde don Diego Rodriguez, temerosos los castellanos de que con la falta de sus verdaderos dueños se suscitasen en Castilla iguales alborotos y levantamientos á los que se esperimentaban en Asturias y Galicia, por no tener á la vista legítimo señor que les gobernara, acordaron entre sí elegir dos hombres rectos, que con absoluto poder les administrasen justicia, y amparasen sus tierras de semejantes insultos y de las contínuas correrías de los moros. Juntos pues á este efecto todos los ricos hombres, hijosdalgo de Castilla y los procuradores de los Concejos de Bardulia, á propuesta de don Suero Fernandez, uno de los sugetos mas calificados del congreso, fueron nombrados Nuño Nuñez Rasura y Lain Calvo. Resistiéronse uno y otro, esponiendo con vigor su insuficiencia para el desempeño de un cargo tan importante; pero firmes los congregados, insistieron en su resolucion, hasta que por los dos les fué otorgada la gracia de admitirle. Confirmaron los condes esta eleccion como soberanos de Castilla; y en virtud de tan sagrados y legítimos títulos ejercieron su autoridad Nuño y Lain, con poder supremo y absoluto en las ausencias de los condes, y limitado á la administracion de justicia cuando estos soberanos residian en Castilla.

Las circunstancias en que se hallaban por entonces los castellanos exigian que uno de estos insignes varones, en quienes habian depositado su confianza, atendiese peculiarmente á los negocios de la guerra; y habiéndose encargado de ellos á Lain, cayó todo el peso del gobierno político sobre Nuño. No es posible caracterizar con hechos particulares la conducta de este supremo magistrado en su judicatura; pero la general opinion no interrumpida, la tradicion constante entre los castellanos, sostenida por documentos auténticos, y el fuero de Castilla formado por el del Albedrío, en que Nuño tuvo la mayor parte, son testimonios de su mucha sabiduría y de su prudencia. Burgos, capital y córte de Castilla, aunque fundada algunos años despues de la muerte de Nuño, por su conde soberano don Diego Rodriguez Porcelos, le miró no obstante como á su escudo, y atribuyó á su sábio gobierno establecido su conservacion y subsistencia. Así lo acredita entre otros documentos menos públicos, la inscripcion con que se consagró á su memoria la efigie de este ilustre magistrado, que hoy se conserva pintada al fresco en la sala capitular de la torre antigua de dicha ciudad, llamada de santa María, que es la misma que posteriormente se puso al pie de una estátua de piedra que se le dedicó tambien, y colocó en la fachada de la propia torre, y es la siguiente:

Nunio Rasure civi sapientiss
Civitatis Elipeo.

No se sabe puntualmente cuando murió Nuño Nuñez Rasura; pero segun la memoria para una fundacion hecha, ó que debió hacerse, por su nieto don Fernando Gonzalez, señor de Lara, en la antigua parroquia de Santiago de dicha ciudad, que es sin duda la que está unida hoy á la de santa Agueda ó Gadea, fué en el año de 862. Su retrato se ha sacado de la referida efigie pintada, la cual no pudiendo haberse tomado del original, se ignora si es copia de alguna otra, ó arbitraria y formada de las ideas de su figura, que sus servicios heróicos habian dejado grabadas en los corazones de los castellanos. Debe ser recomendable la memoria de este grande hombre en la antigüedad castellana, no solo por sus virtudes singulares, sino por haber sido progenitor de los tres últimos condes soberanos de Castilla.

UN EXAMEN FRENOLOGICO.

No puede ciertamente negarse á Cubí la gloria de haber introducido en España la aficion al estudio de la frenología, ciencia hasta desconocida por muchos, y cuyos verdaderos fundamentos sabian pocos. Gall era aquí antes un personage casi mitológico, y algunos reconocimientos suyos que á manera de vagas tradiciones se contaban, mas contribuian á deificar su persona con los colores de la estrañeza y la maravilla, que no á engendrar el deseo de estudiar sus obras. En cuanto á lo demas, el soberano desprecio con que el gobierno ha mirado siempre y continúa mirando aquel estudio, y varios sofismas que contra él han inventado algunos médicos y teólogos, han terminado dignamente la obra de indiferencia é ignorancia que á la frenología habia cabido en suerte en nuestro pais, á la frenología, que á pesar de su reciente descubrimiento, se enseña hoy pública y autorizadamente en todos los pueblos cultos, y aun en algunos que no lo parecen.

Mas espone Cubí la historia y los principios de la ciencia en un libro elemental, se le permite que haga esplicacion de ellos en varias universidades, se le presentan en su larga correría por España infinidad de personas solicitando su reconocimiento, se prestan los periódicos á dar publicidad á estos hechos, y todo varía rapidísimamente de aspecto. El furor por la frenología es entonces comparable á la indiferencia que antes habia inspirado; generalízase la ciencia tanto como habia sido ignorada hasta allí, y aun se consigue el raro triunfo de que se popularice y penetre en las masas. Y eso que Cubí, por circunstancias especiales que nosotros respetamos y que de ningun modo le echamos en cara, parecia, mas que un apóstol, un vendedor de frenología.

Esto sucedia por el año 45, y fueron tantos los jóvenes que entusiasmados acogieron con entera fé las doctrinas de Gall, y que siguieron tan á la letra las esplicaciones de Cubí, que al poco tiempo no hubo chico ni grande cuya cabeza no hubiera sido ya reconocida en toda regla. Hubo algunos infatigables: estos solian detener en la calle á cualquiera, aun sin conocerlo, bajo pretesto de palpar un órgano notable en protuberancia; aquellos acometer en toda reunion á quien no oponia en contra la fuerza pública. Se hizo moda indudablemente, y hasta para el amor se encontraron en seguida multitud de aplicaciones frenológicas. La bella y delicada cabeza de una señorita, destinada hasta entonces á servir de adoracion y respeto á los mortales, como lo sigue siendo todavía para los profanos, quedó desde luego á disposicion de los frenólogos, es decir, en sus manos, sagradas por otra parte en los instantes de ejercer el magisterio. No dejarse arrebatar á la vista de tantos atractivos, habria sido vencer los mas grandes imposibles, y yo que no los busco ni mucho menos, me entregué con tanto ardor al estudio de la frenología, como al del corazon de la muger que por aquella época absorbia todo el mio. Bebí en Gall las puras y primitivas emanaciones de la ciencia, aprendí á conocerla y apreciarla en su discípulo Spurzheim, disipé en Combe las dudas que todavía ofuscaban mi mente, y admiré en Broussais el vasto desenvolvimiento de aquella y sus diversas y trascendentales aplicaciones, como tambien su relacion con otras ciencias. No era ya solo la verdad frenológica lo que cautivaba mi espíritu: habia empezado á vislumbrar con ella un sistema filosófico entero que debia su orígen á la misma naturaleza. Me hice, pues, amigo entusiasta y partidario por conviccion de la escuela de Gall.

Pero dejemos esto; el lector puede figurarse que trato de escribir un curso de frenología, ó de impugnar los argumentos que sus ene-

migos propalan contra ella, y ni tal es mi propósito, ni la ocasion es oportuna, ni yo me encuentro aun sino en estado de aprender mucho. El título que encabeza estas páginas está indicando mi objeto, que no es otro que el de dar cuenta de cierto exámen frenológico, en el cual tal vez se encuentren algunas circunstancias interesantes. El resto del artículo será, pues, una página arrancada de cierto libro de apuntes, en que yo consigno varios de los reconocimientos que sin pretensiones y sin aparato de maestro, he solido hacer en los distintos puntos á que mi estrella me ha conducido.

Hace dos años estaba yo en América, en ese pais de encantos y aventuras en que el famoso Chateaubriand bebió tan ricas y nuevas inspiraciones. Acababa de llegar á una de sus mas grandes ciudades, y contra todas mis esperanzas, encontré en ella á un íntimo amigo de la infancia, á un compañero de colegio que no veia desde que nuestro comun maestro, con mas benevolencia que justicia, aseguró bajo su palabra que asi traduciamos á Ovidio como á Ciceron, en lo cual despues de todo no se equivocaba. Este amigo, pues, y yo nos debiamos algunas esplicaciones; teniamos que decirnos qué suerte habia cabido á cada uno, y qué éramos.

En cuanto á él, no podia quejarse: dedicado al comercio en aquella verdadera tierra de promision, se habia hecho rico; por lo que á mí tocaba, si bien no lo era, habia ido allí contra mi gusto, y todo se compensaba. Propúsome desde luego que me relacionaria en el pais, y empezó por presentarme en casa de una bellísima y opulenta señora que residia en aquel punto, y que contra la general costumbre de la sociedad americana solia recibir de noche á algunas personas. Es verdad que dicha señora era inglesa. Con efecto, llevóme á su casa una noche, y entre las muchas cosas de que hablamos los allí reunidos, ocupó lugar preferente la frenología, bastante conocida ya en América. Esto hizo saltar de gozo á mi amigo, porque el dia anterior le habia yo reconocido la cabeza, señalándole la estremada protuberancia del órgano de la adquisividad.

—Señores, esclamó en seguida, somos felices. Tenemos aquí un frenólogo que me ha reconocido ayer, y aunque yo no creo en eso, la verdad es que ha acertado.

Mi amigo formulaba su parecer sobre la frenología del modo particular que casi todos; para ellos es menor concesion tener á uno por adivino, que prestarse á creer lo que no han estudiado. Por lo demas, ninguno de los circunstantes echó en saco roto la indicacion, y el aprendiz de Gall se vió elevado á profesor por aquella asamblea.

Nada mas natural que empezar por las señoras, y anticipadamente por la de la casa, circunstancia que á decir verdad no me causó disgusto, porque Milady Enriqueta, que así se llamaba, era la inglesa mas bella y seductora, la muger de mas atractivos que haya atravesado nunca el Occéano. Notábase especialmente en su rostro, de blanquísima nieve, la espresion de la mas tierna dulzura, de la bondad mas profunda: parecia una muger que se elevaba al cielo, ó un ángel que descendia á la tierra. Con estas impresiones, pues, y sospechando de antemano los órganos que iba á encontrar mas pronunciados bajo aquellas bellísimas trenzas, empecé yo mi reconocimiento. Antes de él debo decir que todos me habian comprometido á ser franco, exigencia á la que accedí gustoso: pero una vez verificado, ni quise, ni me hubiera sido posible serlo. Lo que la frenología me habia dado á conocer en la cabeza de Enriqueta era tan absurdo, estaba tan en oposicion á lo que su semblante decia, á lo que habia yo creido descubrir con mis constantes miradas, que todo el cuidado me pareció poco para disimular mi sorpresa y las dudas que por la vez primera habia empezado á abrigar de la ciencia.

Aquella muger, frenológicamente considerada, era una criminal: la combinacion de ciertos órganos que en su cabeza sobresalian notablemente, y la total ausencia de otros que debian moderarlos, manifestaban una muger hipócrita, ambiciosa, cruel, hábil y sagaz, al par que constante en sus empresas. ¡Organizacion agradable y feliz, de que apenas la mas rijida educacion suele libertar á la especie humana!

Lo que pasó despues no podria describirlo; solo creí notar al despedirme de Enriqueta que no habian pasado para ella enteramente desapercibidos mis pensamientos ni mi turbacion, lo cual á pesar mio me hacia estremecer.

Al salir á la calle mi amigo me propuso un paseo por el mar, y yo accedí gustoso; nada mejor podia habérsele ocurrido. Era una de esas noches tropicales que no se disfrutan sino en América: el cielo se ostentaba puro, espléndido, la brisa era refrigerante, la luna rielaba sus fulgores en el mar, cuyas aguas tranquilas asemejaban las de un gran rio. Y bien necesitaba yo de todo esto para calmar la angustia y ansiedad que el reconocimiento de Enriqueta habia dejado en mi alma, y que lejos de poder ocultar como pretendia, tuve que comunicar á mi amigo á los pocos instantes de habernos embarcado.

—¿Pero tú conocias á esa muger antes de ahora? me preguntó éste.

—Hace tres dias que he llegado, le contesté. Vivo contigo, no me he separado de ti un solo instante.

—¿Y ninguno te ha hablado de ella, ni la has conocido en Europa?

—Por los recuerdos de mi querida madre te juro que nunca he oido hablar de ella, y que es esta la primera vez que la veo.

—¡Es cosa particular! pronunció mi amigo entre dientes y meneando la cabeza, de modo que picó mucho mi curiosidad.

—Cuéntame, le dije al momento, lo que sepas de ella, dime quién es Sara.

—Una viuda rica, amable, que da muchas limosnas, una muger á quien todos llaman ángel.

—Yo no te pregunto lo que la llaman, sino lo que es; tú sabes algo de ella.

—De positivo no; hay tal misterio en su carácter y en sus antecedentes, que ninguno puede decir que la conoce, á pesar de hacer mas de dos años que se estableció aquí. Esto me convence de que nadie te ha podido hablar de ella, lo cual hace crecer mi estrañeza y admiracion hasta un punto inesplicable.

—Luego sabes algo; habla por Dios, y cuenta con mi discrecion.

—Escucha, pues, una historia que me han referido hace seis meses, y no hagas sobre ella comentarios ni aplicaciones. Lo que te voy á contar debes olvidarlo en seguida, al menos mientras permanezcas en esta ciudad.

En 1840, en un pueblecito que baña el Niágara próximo á donde sus inmensas cataratas se derrumban, vivia modesta y oscuramente una familia inglesa, compuesta de Sir Jorge H.., de Enriqueta su hija, joven de 20 á 22 años, y de Sara que tendria exactamente la misma edad. Esta última, aunque mirada por Sir Jorge con el mismo cariño y consideracion que Enriqueta, no era sino una infeliz huérfana, hija de un honrado y antiguo militar, amigo suyo, á la cual habia recogido, y dispensaba el afecto de un padre. No recuerdo si me contaron la causa á cuya virtud esta familia se habia visto en la necesidad de emigrar de Inglaterra su pátria, buscando un asilo en los dominios de la siempre hospitalaria Union; pero sea de ello lo que quiera, yo he echado en olvido esta circunstancia, con tanta mas razon cuanto que por fortuna en nada afecta al interés de mi relato.

Vivia Sir Jorge con modestia, aunque con cierto desahogo, sin duda por ciertas cartas que recibia mensualmente de Londres, y que remitia inmediatamente á una casa de comercio de New-York. Por lo demás: quien se hubiera detenido á observar su método y economía, mas que escaséz ó miseria, habria creido sorprender el plan de vivir oscurecido, de no llamar la atencion de nadie. Pero Sir Jorge padecia una enfermedad crónica doblemente grave por su edad bastante avanzada, y un dia, conociendo que la muerte iba á cortar el hilo de su destruida existencia, llamó á Enriqueta y Sara, de las cuales se despidió tiernamente, confiando á la primera algunos papeles y secretos de familia. Apenas eran trascurridos diez dias de esta desgracia, cuando se recibió en la casa del difunto Sir Jorge una carta de Inglaterra dirigida á éste. Enriqueta, á quien el dolor tenia fuera de tino, la entregó á Sara rogándola que la leyese. Estaba concebida en estos ó semejantes términos:

«Querido Jorge: cuán grande es mi alegria al poderte anunciar que vamos á vernos pronto. Sí, ha cesado de ejercer su influencia contra nosotros la estrella fatal de nuestra familia, y un porvenir de felicidad nos sonrie. Dentro de pocos dias salgo para el Havre; ponte en camino en direccion al mismo punto luego que recibas esta.

Di á Enriqueta, mi querida Enriqueta, que á ella voy á consagrar únicamente toda mi inmensa fortuna, que tanto la hará brillar en el mundo. ¿Y qué sorpresa será la mia? ¿Cómo la voy á encontrar? ¡Yo que no la conozco, pues que su infeliz madre la llevaba aun en el seno cuando abandonó á Inglaterra!

Jorge, las emociones violentas que en este momento me agitan, no dejan correr la pluma.... Embárcate para el Havre.... Adios: tu hermano

GUILLERMO.»

—¡Qué feliz vas á ser! esclamó Sara al concluir la lectura de esta carta.

—¡Y mi padre! mi pobre padre para quien la fortuna ha sido tan cruel, que solo se le presenta ahora, porque sabe que su deslumbrante atractivo no le ha de despertar, en la tumba!

—Vas á ser rica, muy rica..... ¡Y yo!

—Tú no te apartarás nunca de mí, tú tendrás siempre lo que yo tenga. ¿Lo dudas acaso?

—¿Con que ese tio tan rico no te conoce, no te ha visto nunca? preguntó Sara con aire de incomprensible distraccion.

—Sin duda, respondió la huérfana sin apercibirse de lo estraño de aquella pregunta.

Pocos dias despues las dos jóvenes se encontraban en New-York, y aunque ambas se disponian á embarcarse para el Havre en un bergantin inglés, este se dió á la vela el dia anunciado, sin llevar á su bordo mas que á Sara.

—¿Y Enriqueta? preguntó á mi amigo sin poder respirar apenas.

—No sé; los periódicos de la capital anunciaron al dia siguiente que en uno de los estremos de la poblacion, no muy distante de unos baños públicos, habia aparecido el cadáver de una jóven, á quien el mar arrojaba despues de haber arrebatado la vida.

—¡Dios mio!

—Sara llegó al Havre; Sir Guillermo lloró mucho la muerte de su hermano, pero encontró motivo de consuelo en la posesion de una sobrina hermosa y angelical, con la que partió á Inglaterra inmediatamente. En cuanto á la clase de afecto que Guillermo consagró á Sara (la cual se llamaba Enriqueta desde que dejó el nuevo mundo) no le puede haber mas puro ni santo, y sin embargo, á los dos años de esto, contrajo enlace matrimonial con ella. Se dice que Sara le asedió constantemente, que supo engendrar en su alma, á pesar de lo gastada que por los años la tenia, una pasion tan violenta como criminal, y que el pobre Guillermo no pudo resistir á una seduccion de todos los dias, de todos los momentos. ¡Y qué desgraciado fué! Su jóven esposa, á quien sin duda la naturaleza habia concedido una hermosura singular, y un atractivo poderoso, no tardó en corresponderle con desvio, luego que dueña de una inmensa fortuna, y de un nombre respetable se entregó á los encantos de la vida opulenta, y á los placeres del gran mundo. Un noble mancebo que pertenecia á la primera sociedad británica, se mostró apasionado de ella, y Sara acabó con la existencia de Sir Guillermo, cuya generosidad fué tal, sin embargo, en sus últimos instantes, que la declaró heredera universal de todos sus bienes. Sara vistió luto, y siguió siendo compasiva con su amante; pero este no tardó mucho en abandonarla, contrayendo un enlace de alta conveniencia.

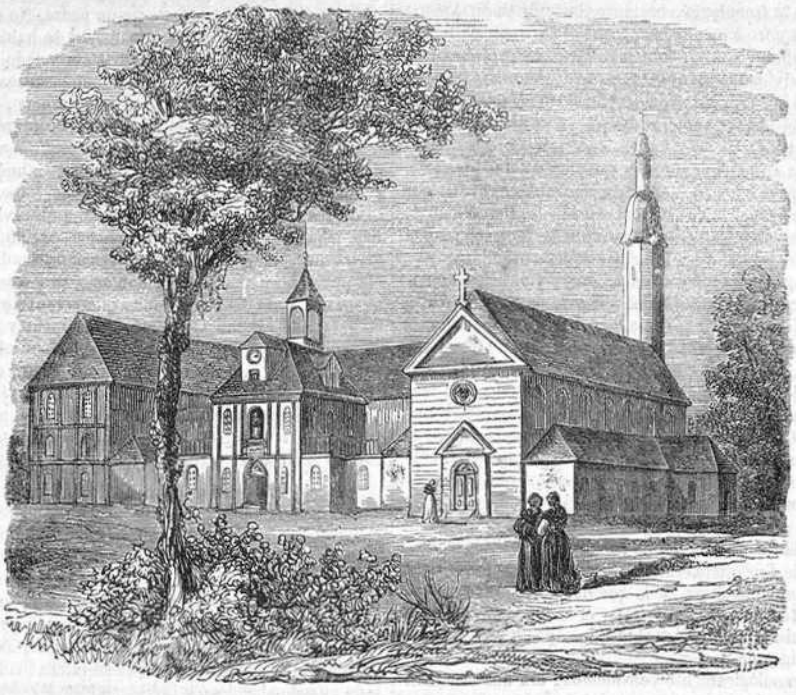
—Entonces Sara lo mataria, con mas á su muger, y á los parientes de entrambos; dije á mi amigo interrumpiendo la relacion, y preparándome á oir nuevos y abundantes crímenes.

—Nada de eso, respondió este sonriéndose: el desaire hirió tanto su orgullo de muger, y le produjo tan fuerte despecho, que abandonó la Inglaterra, y emprendió larguísimos viages por Europa y América, aunque nunca por los Estados-Unidos, en que asegura no haber estado jamás.

La historia habia terminado, y nuestro paseo tambien; mi amigo se despidió de mi reiterándome que fuera discreto, y yo le repetí una y mil veces que la frenologia era una gran ciencia y que hacia perfectamente en irle dando crédito. Una vez en mi cuarto, no pude dormir aquella noche, lo que comprenderá el lector tan fácilmente como que Sara, la heroina de la lúgubre historia contada por mi amigo, era la jóven huérfana recogida por Sir Jorge, y la milady Enriqueta á quien yo habia reconocido creyendo encontrar en su cabeza una pésima organizacion.

Por lo demás, si mi amigo pretendió reirse conmigo y darme una leccion, ¿quién dudará que yo á trueque de que su relato no fuera sino pura invencion, sacrificaria gustoso la vanidad de aprendiz de frenólogo, y mi entusiasmo por el estudio de la craneoscopia?

EMILIO BRAVO.



(Hospital de San Dionisio en los Bajos Pirineos.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(*Continuacion.*)

Turbado y confuso guió á su casa el amenazado cajero, tentándose por el camino los pulsos y mas partes de donde podia temer algun asalto repentino y mortal; pero hallándolo todo en su debida disposicion, y no siendo el crédito del adivinante muy abonado, medio burlándose de él y medio temeroso, entró en su casa, y sin decir nada á su esposa por no darla pena, pidió de cenar, que le trajo ella muy diligente, habiendo conjeturado de sus acciones que ya se habia dado principio á aquel estratagema. Comió poco y mal, y diciendo le hiciesen la cama, se comenzó á desnudar, suspirando de cuando en cuando: preguntóle lo que tenia, fingiendo sentimientos amorosos la codiciosa burladora; á que satisfizo fingiendo disgustos con el genovés, que le habian desazonado. Consolóle ella lo mejor que supo, acostáronse, y fué aun menos el sueño que la cena; notando ella, aunque fingia dormir, cuán buenas disposiciones se iban introduciendo para el fin de sus deseos. Madrugó mas de lo ordinario, algo descolorido, y acudiendo á su ejercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia, que no pudo ir á comer á su casa, dándoselo en la del genovés su amo. Al anochecer, cuando se tornaba á su posada, estaban á la esquina de una calle, por donde forzosamente habia de pasar, el teniente de su parroquia y otro clérigo con dos ó tres hombres prevenidos por el pintor á instancia de la dicha cajera, diciendo cuando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle, y de modo que pudiese oirlos: «lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno», que así se llamaba el escuchante. «Lastimosa» respondió el otro clérigo, «pues sin sacramentos ni otra prevencion cristiana le hallaron muerto en su cama esta mañana, estando su mu-

ger, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañia.—Lo peor es, dijo otro del corrillo, que el astrólogo su vecino afirma que se lo avisó ayer; y haciendo burla de su pronóstico, sin desmarañar las trampas que los de su oficio traen entre manos, se dejó morir como una bestia.—Dios tenga misericordia de su alma, replicó el cuarto, que es de quien podemos tener compasion; que la viuda con dote queda, de lo que quizá él ganó mal, con que asegundar el matrimonio:—y vámonos á acostar, que hace mucho frio.» Iba el pobre Lucas Moreno á satisfacerse de ellos, y saber si habia otro de su nombre que se hubiese muerto aquel dia; pero ellos, de industria, dándose las buenas noches, se desaparecieron dejándole con la turbacion que podeis imaginar. Caminó confuso adelante, y en una calle antes de la suya, halló al astrólogo hablando con el pintor, que en viéndole venir dijo como que proseguian la plática de su muerte: «no me quiso creer á mí cuando ayer le dije que se habia de morir dentro de veinte y cuatro horas: hacen burla los ignorantes de la astrología; tómese lo que le vino; que yo sé que esta es la hora en que está bien arrepentido de no haberme dado crédito.» Respondió el pintor: «era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no poco gloton: debió de comer alguna fiambre genovesa, y daríale alguna apoplegía. Dios le tenga en su gloria, y consuele á su afligida muger: que cierto que habemos perdido un buen amigo.» No pudo sufrirlo el confuso cajero, y llegándose á ellos les dijo: señores ¿qué es esto? ¿quién me hace las honras en mi vida ó tomando mi forma se ha muerto por mí? que yo bueno me siento gracias á Dios. Echaron á huir entonces los dos, fingiendo espantosos asombros, y diciendo á voces: «¡Jesus sea conmigo! ¡Jesus mil veces! El alma de Lucas Moreno anda en pena; alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haber mal ganado. Conjúrote de parte de Dios que no me sigas, sino que desde donde estás me digas qué quieres,»—dejándole con esto á pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto que le causó tan apoyada mentira. Prosiguió medio desmayado y sin pulsos hasta cerca de su casa; y junto á ella vió al amigo celoso que fingia salir de ella, y le estaba esperando para acabarle de desatinarle. Hízosele el encontradizo, y al emparejar con él, volvió dos pasos atrás, y haciéndose cruces dijo: «¡ánimas benditas del purgatorio! ¿es ilusion la que veo, ó es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno soy, pero no esotro, amigo Santillana,» dijo el asombrado mentecato; «¿de qué os santiguais, ó cuándo me he muerto yo para hacer tantos aspavientos? Asióle entonces de la capa, porque no huyese; y él dejándosela en las manos, se fue dando gritos, santiguándose y diciendo: «abrenuncio espíritu maligno; no debo á Lucas Moreno sino seis reales que me ganó á los bolos el otro dia; pero *quod non ponitur non solvitur*; si vienes por ellos, vende esa capa, que no quiero trabacuentas con gente del otro mundo.» Fuese huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltó poco para no dar consigo en tierra. «Alto: no hay mas, yo debo de haberme muerto,» decia entre sí muchas veces: «Dios debe enviarme á esta vida en espíritu, para que disponga de mi hacienda, y haga testamento. Pero (válgame Dios! si me morí de repente, ¿cómo no ví á la hora postrera al demonio, ni me han llamado á juicio, ni puedo dar señal del otro mundo? Y si soy alma, y el cuerpo quedó en la sepultura, ¿cómo estoy vestido, veo, toco y uso de los sentidos corporales? ¿Si he resucitado? Pero si fuera ansi, ¿no hubiera visto ú oido algun ángel que de parte de Dios me lo mandara? Mas ¿qué sé yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de primera carne, y no se acostumbre allá hablar con escribanos; y como mi oficio es de pluma, tendrán por caso de menos valer tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo es que todos huyen de mí y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos; y segun esto debe de ser verdad. Pero si dicen que el mas amargo trago es el de la muerte, ¿cómo no la he sentido ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio. Pero ¿si fuese alguna burla de mis amigos...? que el tiempo es acomodado para ellas, y hasta agora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspavientos de verme sino son ellos: ¡válgate Dios por muerte tan á poca costa!» Haciendo estos discursos desvariados llegó á su casa, y hallándola cerrada, llamó con grandes golpes. La noche entraba fria y oscura, y la cavilosa muger estaba prevenida de lo que habia de hacer y avisada de lo que habia pasado. Tenia sola una criada en casa, habiendo de industria enviado dos leguas de allí con un recado fingido á dos criados que vivian en ella: la moza era tan gran bellaca como su señora, y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada: «¿quién está ahí?—Abreme, Casilda,» dijo el difunto vivo. «¿Quién llama, replicó, «á esta hora en casa donde solo vive el desconsuelo y la viudez?—Acaba ya, necia, volvió á decir, que soy tu señor: ¿no me conoces? Abre, que llovizna y hace mas frio del que permite este lugar.—¡Mi señor, respondió ella, ¡pluguiera á Dios! Ya le pudre la tierra; ya está en parte donde por lo que sabia de cuentas le habrán hecho cajero mayor del infierno, que allí todas se pagan á letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su ánima.» No pudo entonces impaciente sufrir tantas verificaciones de su muerte; y así dando un puntapié al postigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba le abrió, huyendo la criada y dando las voces que los demas que habia encontrado en la calle. Salió á ellas la muger en hábito de viuda recoleta, fingiéndose alborotada; y en viéndole, se cayó desmayada diciendo: «¡Jesus! ¡qué veo! Faltó poco para no hacer lo mismo el asombrado marido, y tuvo por infalible que estaba muerto. Con todo eso, en pago de las muestras de sentimiento que en su mujer habia visto, la llevó en brazos á la cama, desnudándola y echándola en ella, que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se encerró en otro aposento, disimulando la risa y vendiendo miedos que no tenia. En fin, el pobre ánima en pena, sin averiguar si comian ó no los del otro mundo, abrió un escritorio y dió tras una gaveta de bocados de mermelada, acompañándola con bizcochos y ciruelas de Génova, que ayudó á pasar con los empellones de una bota, cuya alma le habia infundido la Membrilla; pareciéndole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Dióse tan buena maña nuestro Lucas Moreno en fortalecer el corazon desfallecido con el cordial remedio, que cogiéndole algo flaco y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiéndole el licor de Noé, sino á las barbas á la cabeza, se halló en la gloria de Baco, desnudándose á zancadillas y echándose al lado de la que todavia disimulaba su desmayo y se tragaba la risa; con no poca resistencia de ella, que reventaba por salir. En fin se acostó desmayado y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos; que no hay tal jarabe de adormideras como el que saca un lagar. El durmió hasta la mañana soñando purgatorios, infiernos, y glorias; y entre tanto vinieron los burlones amigos á informarse de lo que pasaba de la criada, y celebraron la buena eleccion que el difunto habia hecho, amortajándose por de dentro de pies á cabeza con las telas que teje Baco. Amaneció viendo que todavia estaba durmiendo su marido la cautelosa cajera, y se levantó y vistió de gala, enviando fuera de casa el monjil viudo y las hipócritas tocas; compuso la cara de fiesta, y volviendo á la cama, despertó al aparente finado, diciéndole: «¿hasta cuándo habeis de dormir, marido mio? ¿Aun no se han digerido los humos con que anoche os acostásteis?» Estremecióle los brazos, tirándole de las narices; con que dando bostezos volvió en sí; y viendo á su mujer tan compuesta, la cara de regocijo y sin los lutos y llanto de la noche pasada, admirado de nuevo dijo: «Polonia, ¿adónde estoy? ¿Haste tú tambien muerto como yo, y en fé del amor que me tenias en el siglo y te ha sacado de él, vienes á celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? ¿De qué enfermedad ó cómo salí de la otra vida? que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sé cómo me he muerto ni á qué parte me ha echado el cielo. ¿Hay camas y aposentos por acá? ¿Véndese vino y bizcochos? ¿Qué arriero me trajo mi escritorio? que yo anoche saqué de él provision bastante á consolar la soledad que sin tí sentia por estos paises no conocidos.—¡Buen humor,» respondió la astuta fisgona, «crian en vos, marido mio, las carnestolendas! ¿Qué chilindrinas son esas? Acabad, levantaos; que ha enviado á llamaros el genovés dos veces.—¿Luego no estoy muerto ni me enterraron ayer? replicó él.—«En vos á lo menos, replicó entonces ella, debió de enterrarse anoche el alma de nuestra bota, segun está de macilenta, pues decís esos disparates.—Si las almas se entierran, Polonia de mi vida, volvió á decir, es verdad que anoche la hice las honras; pero ya yo lo estaba en la parroquia, lastimado el teniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda y enlutada vos.—Acabad agora de ensartar chanzas,» replicó ella, «que os llama nuestro genovés.»—¿Luego tambien los hay acá? preguntó él: «no debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambios (1) y se hospedan trampistas.—Dejémonos de pullas,» dijo Polonia, «y levantáos de ahí, que parece que hablais de veras, y estais echando bernardinas (2).—Muger, por nuestro Señor, respondió Lucas Moreno que há veinte y cuatro horas que estoy muerto, y no sé cuántas enterrado; preguntádselo á Casilda, al teniente-cura de nuestra parroquia, al pintor nuestro amigo, á Santillana el celoso, al astrólogo nuestro vecino, y á vos misma viuda anoche y enlutada, y agora á lo que imagino, muerta como yo; que si no me acuerdo mal, anoche os llevé sin pulsos ni aliento á la cama, y os debió de costar el espanto de verme la vida; y sin saber cómo, de la suerte que yo, estais en esta y no lo acabais de creer.—¿Qué tropellas son estas, marido mio? dijo la fingida turbada. «Anoche, ¿no nos acostamos buenos y sanos? ¿Qué entierros, difuntos ú otros mundos son estos? Casilda, llámame al astrólogo nuestro vecino, que tambien es médico, y nos dirá lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno; que estas mugercillas con quien trata le deben de haber trastor-

(1) Cambistas, girantes.
(2) Mentiras, bolas.

nado el seso.» No sabia qué se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto ó vivo, ni la muger podia sacarle de que era espíritu que volvia á poner órden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla, y refiriendo ella lo que pasaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid y su casa, y que si daba todavia en su tema pararia en la del Nuncio. Vino luego el astrólogo, llamado de la criada, y afirmó que el desvanecimiento de sus libros de caja y cuentas le tenian barrenado el cerebro; con que él consolado de que vivia y airado de que le tuviesen por loco, les dijo: «Pues si es verdad que no estoy muerto, ¿de qué sirvieron los espantos y conjuros con que ayer huísteis de mí, haciéndoos mas cruces que tiene una procesion de penitentes?—¿Vos me visteis ayer á mi? replicó el astrólogo. ¿Cómo puede eso ser, si estuve encerrado todo el dia en mi estudio levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes?—Yo á lo menos, dijo el pintor, no salí del monasterio donde trabajo, hasta las once de la noche.—Pues yo, acudió el viejo, tampoco ví ayer la calle, ocupado en despachar un propio á la montaña mi tierra.—Peor está que estaba, dijo él, casi loco de veras. Vos, señor vecino, ¿no me dijísteis anteayer por la noche, que segun la mala color, los indicios del pulso y pronóstico de vuestras figuras, habia de morirme dentro de veinte y cuatro horas?—¿Yo? replicó él, pues ha mas de cuatro dias que no nos vemos y ¡agora salís con eso! Volved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de haber soñado esta noche.— Como ello sea sueño y no pura verdad, replicó, yo haré la costa del martes de carnestolendas, en albricias de la vida que no sé si tengo.—Aceptamos la fiesta, respondieron todos; y para que os acabeis de desengañar, vestíos y vamos á oir misa á la parroquia: vereis lo que puede en vos la imaginacion vehemente. Hízolo ansi el incrédulo finado;—y para no cansaros le sucedió lo mismo con los clérigos que vió el dia pasado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riéronse y diéronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron despues de haber cumplido con el convite, á que se ausentase de Madrid á negocios del genovés por quince dias, dando en ellos lugar al olvido que en la corte sepulta brevemente todos los sucesos por peregrinos que sean: dejando concertado su mujer con todos los participantes en la burla, no dijesen el misterio de ella á su marido, sino que le persuadiesen á que fué sueño, temerosa de que no hiciesen sus espaldas la costa.

Entre tanto que nuestro cajero esperimentaba ausente que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuidó la muger del pintor de ejecutar la burla que tenia imaginada, envidiosa de la buena salida que habia tenido la de su competidora. Para lo cual concertándose con un hermano suyo, amigo de entretenerse á costa ajena, envió el jueves siguiente á la plazuela de la Cebada á que le comprase una puerta de las muchas que tales dias traen á vender allí, que fuese á medida de la que en su casa salia á la calle, y por vieja pedian la jubilasen. Trájola con todo secreto de noche, y escondida donde el pintor no pudiese verla, avisó al burlon hermano de lo que habia de hacer, y le encerró con otros dos amigos en el sótano. Vino dos horas despues su marido, quedándose en el monasterio, donde pintaba, los aprendices que tenia moliendo colores; porque se habia de acabar el retablo para la Páscua, y era necesario darse priesa. Recibióle Mari-Perez (que asi se llamaba la codiciosa pintora) con todo cariño y amor; acostáronse temprano porque le importaba el madrugar, y durmieron hasta la media noche (digo, el descuidado marido; que ella mal pudiera, preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas): y llegada aquella hora, comenzó á dar voces y quejarse á gritos la engañosa casada, diciendo: «¡Jesus! que me muero: marido mio, mi hora es llegada; tráiganme confesion presto, presto, que me muero:» y otros estremos semejantes que saben muy bien hacer las mugeres cuando se les antoja. Preguntábala compasivo su compañero lo que tenia; respondiendo solo: «¡Jesus! ¡Madre de Dios! que me muero: confesion, sacramentos, que perezco.» Levantóse á las voces una sobrina que tenia en casa á suplir los ministerios de una criada, y era tambien partícipe en el engaño: la cual llorando de verla ansí, aplicándola paños calientes á las tripas, dándola tostadas en vino y canela, y haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cesase porque la enferma no queria, hubo de obligar al desvelado Morales (que este era el nombre del pintor) á que se levantase, harto contra su voluntad, coligiendo de la complexion que en su muger conocia, y afirmándolo ella y la sobrina, que aquel accidente era mal de madre, ocasionado de una ensalada que habia cenado, cuyo vinagre recio y una rebanada de queso otras veces la habian puesto en el último peligro de la vida. Riñóla de que no escarmentase de tales escesos; y ella le dijo medio ahogada: «no es hora, Morales, agora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar á la madre Castejona, que sabe mi complexion; y ella sola puede aplicarme con que se me alivie este mal rabioso; ó sino á bramme la sepultura.—«Muger mia, respondió el afligido esposo; la Castejona se ha ido á vivir junto á la puerta de Fuencarral; nosotros estamos en Lavapies; la noche es de invierno, y si no mienten las goteras, ó llueve ó nieva: aunque yo vaya con todas estas descomodidades, ¿cómo sabremos que se querrá levantar? La otra vez que os apretó este achaque, me acuerdo yo que se os fué con dos onzas de triaca de esmeralda caliente en la cáscara de media naranja, y puesta en la boca del estómago: yo iré á la botica por ella; por amor de Dios que os sosegueis, y no me consintais hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inútil, y yo tengo de volver con otro mal de madre peor que el vuestro.» Comenzóse á quejar entonces mas recio que nunca, y á decir: «¡Bendito sea Dios que tan buena compañía me ha dado! ¡Miren qué imposibles le pido! ¡qué enterrarse conmigo si me muero! ¡qué sangre de sus brazos! ¡qué desperdicios de su hacienda! sino que me llame una comadre á costa de mojarse un par de zapatos. Ya yo sé que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doy dais vos una cabriola en el corazon; y por eso escusais cualquiera diligencia que estorbe vuestros deseos y mis dolores. Volved á acostaros, sosegad y dormid; que si yo me muriere, declarado dejaré que me distes soliman en la ensalada de anoche.—«Muger, muger,» respondió el marido «menos libertades, que no tienen los males de madre exenciones de atrevimientos, y podria ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas.»—«¡Palos á mi señora tia!» dijo la doncella taimada, ¡malos años para vuesa merced y para quien no le sacára los ojos primero con estas uñas!» Iba el pintor á que pusiese la postura á no sé cuantos pretinazos la sacudida moza, que escusó huyendo y dando mayores gritos con alharacas mortales. Volvió á pedir la doliente «confesion, comadre, sacramentos, que me muero, ¡ay, que me han dado rejalgar! ¡Jesus! no es este mal de madre, sino mal de marido.» Temió alguna burla mas pesada de la que sin saberlo le comenzaban á hacer al enojado Morales, y que si se moria dejando fama que él la habia hecho la costa, era echar la soga tras el caldero, y hubo de apaciguarla con caricias y amores, y encender una linterna, bien necesaria para la oscuridad y lodos, poniéndose unas botas, capa asuadera, la capilla sobre el sombrero, y salir en busca de la comadre Castejona, registrándole las goteras que despachaban los tejados á cántaros. Sabia el buen Morales que se habia pasado la dicha comadre á la calle de Fuencarral, pero no á qué parte de ella; y lloviendo como es dicho, sin persona en la larga distancia que hay desde Lavapies á aquel barrio, la noche como boca de lobo, y él renegando de su matrimonio, juzgad vosotros ahora si se tardaria muy buen espacio de tiempo en hallar lo que buscaba y no habia menester; que entre tanto que él se va echando en remojo, volveré yo á la enferma de bellaqueria, y no de males de estómago, la cual en viendo fuera de casa á su buscon marido, llamó á su hermano que estaba escondido en la cueva con otros dos amigos, y en un instante quitaron la puerta antigua de la calle y pusieron la nueva, que ya tenia su cerradura y aldaba, y se habia ajustado á los quicios y medido, de suerte que sin ruido se asentó como de molde. Encima de ella en el frontispicio clavaron una tabla mediana y escrito en campo blanco, *casa de posadas*. Hecho esto, trujeron una caterva de amigos que vivian cerca de allí, con sus mugeres, dos mastines gruñidores, guitarras y castañetas, y de casa de un figon cena y gira acomodada con el tiempo, celebrando con bailes y borracheras el naufragio del pobre busca-comadres, que sin hallar la Castejona, no hizo mas que importunar aldabas y despertar vecinos. Con el agua á media pierna y la paciencia al gollete, llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y grita que pasaba dentro, pensando que la habia errado levantó la linterna; y reconociéndola, vió las puertas nuevas y la tablilla de posadas sobre ella, que le desatinó sobre manera. Volvió á examinar la calle y halló que era la de Lavapies. Recorrió las casas colaterales, y conoció que eran las de sus vecinos. Reparó en las de en frente y halló las propias de siempre. Volvió á la suya, y desconoció la novedad de su puerta y reciente oficio de su título. «¡Válgame Dios!» dijo haciéndose cruces, «hora y media há que salí de mi casa donde mi muger estaba mas para llantos que para bailes; en ella solo vivimos los dos y su sobrina: las puertas, aunque menesterosas de reformacion, eran las mismas cuando salí que los otros dias: casas de posada en esta calle, no las ví en mi vida; y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche y en tan breve tiempo haberle dado á la mia este ventero privilegio? Pues decir que lo sueño no es posible, que tengo los ojos abiertos y los oidos examinadores de este encantamento; echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitucion de su honra: pues ¿qué puede ser esto?» Tornó á tentar y ver y oir puertas, tablilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformacion, y asiendo de la aldaba dió golpes con ella bastantes á despertar el barrio, que no oyeron ó no quisieron oir los bailadores huéspedes. Asegundó aldabadas mayores, y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba con un un candil encendido en la mano, y un tocador (1) en la cabeza entre súcio y roto, diciendo:

(1) Pañuelo.

«No hay posada, hermano; vaya con Dios, y menos golpes; que le coronará por nécio un orinal de seis dias.— Yo no busco posada que no sea mia,» respondió el pintor, «sino que me dejen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella quién en hora y media le ha dado el nuevo oficio de hostería, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales?—De parras debia de ser,» respondió el mozo, «el que os desgobierna la lengua, hermano mio! para quien tan aforrado viene, poco daño le hará el agua de las goteras: váyase noramala, y no me toque otra vez la puerta, que le echaré un mastin que le abra media docena de botanas.» Cerró con esto de golpe la ventana, y prosiguió dentro la gira y bureo, y el pobre pintor dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos. Menudeaba el cielo cántaros de agua y nieve, á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el celebro. La vela de la linterna se habia acabado, y con ella la paciencia de su portador; y asi, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondia de dentro uno: «mozo, daca un palo, suelta esos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricacion de espaldas, con que se le desembarace la cabeza.» Abrióse la puerta entonces: y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo, y cerrar tras sí, hicieran que llorára el confuso pintor la burla de verás.—«¡Hombre del diablo!» dijo el ministro, «¿qué nos quereis aqui con tantos golpes? ¿no os han dicho que no hay posada?»—«Hermano, esta es la mia, respondió él, quién diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acá de Diego Morales?»—«¿Qué decis, hermano? replicó, ¿qué Morales ó azofaifos son esos?»—«Yo lo soy, dijo, por la gracia de Dios: pintor conocido en esta corte, estimado en este bárrio y habitador de esta casa mas ha de veinte años. Llamadme á mi muger Mari-Perez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacaráme de este laberinto.» —¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si ha mas de seis años que esta casa es hospederia de las mas conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid, su dueño Pedro Carrasco, su muger Mari-Molino, y yo su criado? Andad con Dios, que á no teneros lástima, yo os curára por el ensalmo de este garrote la enfermedad vinosa que os deslumbra.» Volvió á cerrar la puerta, entrándose dentro, y el espelido dueño de su casa atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á escuras y atrancando lodos, se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz creyendo que le habia sucedido algun desastre ó pendencia; preguntóselo, é informado de lo que pasaba, hizo levantar á su muger y aunque ella sabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañia de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á los hechizos y tropelias, que Yepes y S. Martin (de quienes era un poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos. Encendieron lumbre en que se calentó, dejaron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro que resistió mejor el agua que sus fisgas, le acostaron en una cama que le hicieron, porfiando él en acreditar lo que habia visto, y ellos en afirmar que venia, como dicen, calamocano.

(Concluirá.)

MELODIAS HEBBEAS.

(LORD BYRON.)

Ella se acerca radiante de hermosura.

Ella se acerca radiante de hermosura como la noche de los climas sin nubes y los cielos estrellados: todo cuanto la sombra y la luz tienen de mas encantador se ha reunido en su semblante y en sus ojos; una dichosa alianza produce en ella esa dulce claridad que el cielo niega al esplendor del dia.

Una sombra de mas, un rayo de menos, hubieran casi alterado la gracia inefable de cada trenza de sus negros cabellos, que esparce un encanto seductor en su rostro. La serenidad de sus facciones revela la pureza de sus pensamientos.

La sonrisa y el rubor que animan aquellas megillas y aquella frente tan dulce, tan tranquila y tan elocuente, recuerdan dias pasados en la virtud, un alma en paz con toda la tierra, y un corazon cuyo amor es inocente.

El harpa del rey poeta.

Rotas estan las cuerdas del harpa del rey poeta, del principe de los hombres y del elegido del cielo; esta harpa no es ya el harpa consagrada por las lágrimas que vertian todos aquellos que escuchaban sus acordes melodias. ¡Dóblese el llanto; sus cuerdas estan rotas!

Ella ablandaba con su dulzura los corazones de hierro, y les comunicaba virtudes; no habia oido tan insensible ni alma tan fria que resistiesen el poder de sus sonidos. ¡El harpa de David era mas poderosa que su trono!

Ella cantaba los triunfos de nuestro rey; celebraba la gloria de nuestro Dios; regocijaba nuestros valles, y hacia inclinarse á nuestros cedros y á nuestras montañas; sus armonías subian al cielo, y allí resuenan ahora.

Desde entonces... no se les oye en la tierra; pero la piedad y el amor arrebatan aun el alma con sones que parecen salir de los átrios celestiales, sumergiéndola dulcemente en esos sueños que la resplandeciente claridad del dia no puede interrumpir.

Si en ese mundo elevado...

Si en ese mundo elevado que está mas allá del nuestro el amor sobrevive con nosotros; si el corazon del objeto amado nos conserva allí su ternura; si sus ojos son los mismos, aunque no humedecidos por el llanto, ¡cuánta no será la felicidad de ser admitido en esas esferas desconocidas! ¡Cuán dulce no seria morir en esta misma hora, volar lejos de la tierra y ahogar todos nuestros temores en el occéano de la eternidad!

Y asi será; no es por nosotros mismos por lo que temblamos en la ribera, cuando impacientes por salvar el abismo, permanecemos aun amarrados á la frágil cadena de la existencia. ¡Ah! creamos que en este porvenir encontraremos los corazones que estuvieron unidos á los nuestros, para refrescarnos con ellos en las ondas inmortales, y pertenecerles para siempre sin tener la separacion de la muerte.

La Gacela salvaje.

La *Gacela salvaje* puede aun triscar con alegría sobre las colinas de Judá, y templar su sed en todas las fuentes que brotan de esta tierra santa; sus aéreos pasos se detienen, y su ojo brillante no distingue en torno suyo nada que la espante.

Judá ha oido en otros tiempos sobre estas colinas pasos no menos ágiles, y ha visto ojos mas seductores; ha conocido en estos lugares, hoy desiertos, habitantes mas dignos de embellecerlos. Los cedros balancean aun su follage sobre el monte Libano, pero las nobles hijas de Judá no están allí.

¡Mas dichosa es la palmera que sombrea estas llanuras, que la raza dispersa de Israel! La palmera habita el lugar en que se ha arraigado, y es la hija graciosa del desierto; no puede abandonar el sitio de su nacimiento; no podria vivir en un suelo estraño.

Pero nosotros estamos condenados á vagar afrentados y á morir en tierras lejanas; nuestras cenizas no descansarán con las cenizas de nuestros padres; ya no resta ni una piedra de nuestro templo, y la irrision está sentada en el trono de Salem.

¡Oh! llorad por aquellos...

¡Oh! llorad por aquellos que lloran en las orillas del rio de Babilonia, por aquellos cuyos templos estan desiertos y cuya patria es un sueño: llorad sobre el harpa despedazada de Judá; gemid... Allí, donde habitaba su Dios, habitan hoy los que no tienen Dios.

¿A dónde, pues, lavará Israel sus pies ensangrentados? ¿A dónde le consolarán los dulces cantos de Sion? ¿Cuándo la melodía de Judá regocijará á los corazones, que saltaban al oir sus acentos celestiales?

Tribus errantes, corazones desolados, ¿á dónde huireis para hallar reposo? La paloma torcaz tiene su nido; la raposa su cueva; los cuervos su patria... ¡Israel no tiene mas que la tumba!

Triste está mi alma.

Triste está mi alma. Pulsa pronto el harpa que amo, y brotará armonías que encanten mis oidos. Si hay en mi corazon una esperanza consoladora, la música la despertará; si hay una lágrima detenida en mis ojos, correrá y no abrasará mis párpados.

Mas yo quiero una melodía melancólica, no alegre; te lo repito: si no lloro, mi corazon lleno de lágrimas va á estallar; él ha alimentado por largo tiempo su dolor... demasiado ha sufrido en silencio y en perpétua vigilia; ha llegado la hora de romperse por un esceso de sufrimiento ó de ceder al poderoso encanto de la armonía.

Por las orillas del Jordan.

Por las orillas del Jordan van errantes los camellos del Arabe; sobre las colinas de Sion oran los ministros de los falsos dioses; los adoradores de Baal se arrodillan sobre la roca de Sinai... y en aquel sitio, en aquel sitio mismo ¡oh gran Dios! tu rayo duerme en silencio.

Aquí, donde tu dedo abrasó las tablas de piedra, donde tu sombra brilló sobre tu pueblo, donde tu gloria se cubrió con su manto de fuego... ¡no volverás á aparecer para herir de muerte al que te vea!

¡Oh! brille tu mirada en el fulgor de tu rayo; arranca la lanza de la destrozada mano del opresor; ¿hasta cuándo la tierra será hollada por los pies de los tiranos? ¿Hasta cuándo permanecerá su templo sin culto? ¡oh Dios mio!

La hija de Jephté.

¡Oh padre mio! Pues que nuestra patria y nuestro Dios exigen que tu hija espire; pues que tu triunfo es el precio de tu voto... hiere el seno que por sí mismo se descubre á tí.

La voz de mi dolor ha espirado; las montañas no deben ya volverme á ver: si la mano que bendigo corta el hilo de mis dias, no sentiré el dolor del golpe.

No lo dudes ¡oh padre mio! no lo dudes; la sangre de tu hija es tan pura como la bendicion que imploro antes de que tu cuchilla la derrame... tan pura como el último pensamiento que endulzará la hora de mi muerte.

¡Padre mio, muéstrate heróico é inflexible juez, sin que te ablande el llanto de las vírgenes de Salem! Yo he conquistado la victoria para tí... mi padre y mi pais son libres.

Cuando haya corrido esta sangre que te debo; cuando ya no oiga la voz amada, mi memoria será todavía tu orgullo, y no olvidarás que he muerto sonriéndome!

¡ Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura !

¡Oh tú, que has perecido en la flor de la hermosura!... no pesará sobre tí un soberbio monumento; pero entre el césped de tu sepultura las rosas desplegarán sus hojas, primicias de la primavera, y el ciprés las bañará con la blanda melancolía de su sombra.

Muchas veces, cerca de esta azulada fuente, el dolor inclinará su lánguida cabeza; alimentará sus profundos pensamientos con largos sueños; despues se alejará triste y silenciosamente, como si sus pasos pudiesen turbar el reposo de la que ya no existe.

Harto sabemos que nuestras lágrimas son vanas; que la muerte no escucha los lamentos; pero gemimos, derramamos lágrimas, y tú misma que me dices que te olvide... tú misma tienes el semblante pálido y húmedos los ojos.

Ví llorar.

Te ví llorar.... Una lágrima brillante se detuvo en el azul de tu pupila, como una gota de rocío en la violeta. Te ví sonreir.... y eclipsaste el resplandor del zafiro, que no pudo competir con los rayos centellantes de tu mirada.

Así como las nubes reciben del sol una suave tinta de luz que las cercanas sombras de la noche apenas pueden disipar, así tu sonrisa comunica la pura felicidad al alma mas triste, y tu mirada deja en pos de sí una claridad que se difunde por el corazon.

Tus dias han terminado.

Tus dias han terminado: tu gloria comienza; los campos de tu pátria celebran los triunfos de su hijo predilecto, las hazañas sangrientas de su espada, sus conquistas, sus victorias y la libertad que ha dado á su pueblo.

Has sucumbido; pero mientras nosotros seamos libres, no perecerá tu nombre. Tu sangre generosa no caerá en la tierra; circulará en nuestras venas, y tu alma estará en nuestro pecho.

Cuando ataquemos al enemigo, tu nombre será el grito de la victoria; tu pérdida el asunto de los himnos que entonarán las voces melodiosas de nuestras vírgenes! Las lágrimas serian una injuria á tu gloria; no serás llorado.

Saul antes de su último combate.

Guerreros y gefes, si una flecha ó una espada me traspasa el pecho cuando guie el ejército del Señor, no detenga vuestros pasos mi cuerpo ensangrentado, aunque sea un cuerpo de rey: hundid vuestros aceros en el corazon de los hijos de Gath.

¡Oh tú, que llevas mi arco y mi escudo! si los soldados de Saul vuelven la espada y huyen á la aproximacion del enemigo, hiere, tiéndeme sin vida á tus pies; quiero ofrecerme á la muerte; ellos no se atreverán á desafiarla.

Adios, guerreros, adios todos, menos tú, heredero de mi trono, hijo de mi corazon; nosotros no nos separaremos jamás! una brillante diadema, un vasto poderio ó una muerte real, hé ahí la suerte que hoy nos espera.

Saul—Oh tú, cuyo encanto puede evocar los muertos, haz que aparezca á mis ojos el profeta.

¡La maga de Endor!—Samuel, alza tu cabeza.

¡Rey!..... ¡mira, mira el fantasma del profeta!....

Abrese la tierra, Samuel se presenta en medio de una nube. La luz varía de color, rompiendo el sudario que le cubre. La muerte brilla con un resplandor vidrioso en sus ojos inmóviles. Sus venas están secas, la mano arrugada; los huesos de sus pies descarnados espantan por su horrible blancura. Los lábios inmóviles y la garganta sin aliento exhalan sordas palabras semejantes al murmullo del viento subterráneo Saul mira, y se prosterna como cae una encina repentinamente herida del rayo.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 30.

Mano sobre mano como muger de escribano.



(Una escena de Macbeth, cuadro de M. Muller presentado en la esposicion francesa.)

Madrid.--Oficinas y est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Ruan.)

SERPIENTE DE MAR.

Los papeles americanos y el *Diario del Havre* han dado curiosos detalles sobre una enorme serpiente de mar que encontró el paquebot *el Havre* en la altura de las islas Azores; y Mr. Hown, otro de los pasajeros del buque en la travesía, ha suministrado recientemente datos que prueban la existencia de este mónstruo marino. En los paises en que se tiene poco conocimiento de la mar y sus fenómenos, no saben á qué atenerse, y dudan á veces de esta verdad, y muchas la miran como cuento de niños, que provoca á risa. Sério es sin embargo tamaño descubrimiento, y trataremos de demostrar el orden de los hechos que constan, revestidos de toda autenticidad por las diversas relaciones ya publicadas, y hasta por la crítica misma discutidas. Tamaños datos los consideramos tanto mas interesantes á la historia natural, cuanto que han visto varias y repetidas veces la serpiente marina muchos navegantes que en sus travesías se sucedieron en los mismos sitios. No seria pues estraño que la hallasen todavia en la embocadura del Occéano, y hasta quizá en el mismo Mediterráneo, donde tambien se ha visto, aunque rara vez, y en muy atrasados tiempos.

Parece que su morada la fija actualmente en las aguas del Norte, y su existencia es en Noruega de vulgar notoriedad. De aquel punto á lo menos nos han llegado detalladas descripciones de la serpiente, y coinciden muy bien con la relacion de los navegantes que han hecho constar su encuentro. Con cuidado y esmero se han reunido y comparado sus diversos testimonios en un profundo artículo de la *Retrospective Review*, consagrándose á probar la realidad de algunos animales estraordinarios, falsamente considerados como apócrifos. De él sacamos la mayor parte de las siguientes nociones, desenterrando las demas de algunas obras de la edad media y de la antigüedad, aunque semejante asunto, por la naturaleza de sus pruebas, pertenece mas bien á cierta erudicion histórica, que á ciencias de observacion directa y esperimental. ¡Cuántas veces las ciencias naturales, siguiendo únicamente esta última marcha tan satisfactoria para los fenómenos que están á su alcance descifrar, se han visto obligadas á recusarse por ciertos puntos á los cuales estiende no obstante su dominio! Toda la parte *viviente* de la zoología, es decir, las costumbres de los animales, no la adquiere la ciencia sino por medio de los domésticos, ó por otros que aunque salvages, viven en medio de nuestras comarcas, y se prestan á las contínuas observaciones de los cazadores y de la gente del campo. Empero las fieras que por su enorme cuerpo, indómita ferocidad, ó escesiva independencia de su vida, se alejan de los hombres civilizados, ¿cómo se han de conocer sus costumbres, sino es por la relacion de algunos atrevidos viajeros que se hayan aventurado á entrar en sus solitarias y casi impenetrables guaridas? Porque, necio fuera quien pretendiese conocer sus costumbres observando á las cautivas fieras del *Retiro*; y dudo que se encuentre sabio alguno que haya vivido en los desiertos y selvas vírgenes con los rinocerontes, tigres y orangutanes. Con respecto á peces, mas difícil lo miro aun, y así es que no creo pueda escribirse un completo tratado de las costumbres de esos hijos de las aguas.

La profundidad del mar nos ocultará siempre sus impenetrables misterios, y los numerosos pescados que conocen los mas sábios ichtyologistas forman probablemente la menor parte de los habitantes del mar, y aun esto porque viven en las regiones superiores. Si desde la cima de las mas elevadas montañas que coronan á nuestras islas, descendemos gradualmente hasta sus mas profundos valles, ¿quién nos asegura que allí en la masa líquida, no reine la mas completa calma jamás interrumpida por las tormentas; que no haya en su centro enormes animales acuáticos sin agallas con que poder nadar, arrastrándose constantemente por el suelo cubierto con la elevacion de la bóveda líquida? Los pescados de agallas tal cual los conocemos, alzándose en las diversas regiones de aquel centro, serian respecto de los animales cuya existencia figura nuestra imaginacion, lo que son las aves respecto de los animales terrestres. Esta hipótesis, ciertamente peregrina, nada usurpa en el campo de la ciencia, porque pertenece á aquellas que nunca alcanzará la esperiencia á someter á su jurisdiccion, á menos que á consecuencia de algun cataclismo de los

que han revuelto varias veces al globo antes que existiese el género humano (1), no vengan algunos huesos fósiles á autorizar hasta cierto punto esta hipótesis con la completa anomalía de su configuracion. ¡Cuántas estraordinarias formas y organizaciones cuyos principios ni se sospechaban siquiera, puede prestar una ciencia que á Cuvier le ha revelado lagartos del grandor de un elefante, como son el *Ichtyosaurus* y el *Pleniosaurus;* una ciencia de la cual decia su ilustre fundador, al concluir sus inmortales descubrimientos: «Dentro de pocos años tal vez, la obra que acabo hoy dia, y á que tanto trabajo consagré, será tan solo un ligero tanteo, la primera ojeada casualmente echada á las inmensas creaciones de los antiguos (2).»

La imaginacion de los pueblos marítimos se ha entregado siempre á ensueños poéticos y románticas divagaciones respecto de los misterios del centro de la mar. Las maravillosas tradiciones esparcidas en la edad media sobre Alejandro el Grande, nos cuentan, como prueba de su avidez de conocerlo todo, el deseo que tenia aquel rey de ver el fondo de la mar, y el medio de un cofre de vidrio que empleó para hacerse bajar hasta sus mas bajas regiones. Por el desarrollo que recibe esta parte del cuento en una version en griego vulgar, se ve cuánto gustaban de su relato los marinos del Archipiélago griego, para quienes se escribió aquel libro.

El hombre mas ilustrado, al contemplar bajo un estenso aspecto la innumerable cantidad de seres que debe de recelar una masa líquida que cubre las dos terceras partes de nuestro globo, admira mas y mas la industria que nos ha hecho conocer y aprovechar para nuestro uso á tan cuantioso número de sus habitantes, y que valido de una particularidad de organizacion que obliga á los cetáceos á subir á respirar de cuando en cuando á la superficie del agua, ha llegado el hombre á triunfar de los mas enormes que el mar abriga en sus entrañas. Verdad es que á pesar de su masa, hacen temibles solamente á su agresor por sus esfuerzos para salvarse; pero demos las resbaladizas formas, la maravillosa agilidad y la fauce terrible de la serpiente á un pez cuyo largor parece alcanzar á doscientos y mas pies, que por rara casualidad sube á la superficie del agua, y cuya presencia inspira legítimo miedo á los mas intrépidos marinos, y dígasenos si todas las fuerzas navales de Inglaterra juntas que se empeñasen en llevar la serpiente marina á la *sociedad real* de Londres, no darian al mundo absorto el mas portentoso espectáculo de la naturaleza. La serpiente marina debe de reinar en gefe en el elemento sobre cuya superficie resbalamos nosotros por sorpresa. Al lado de semejante mónstruo, los mas grandes tiburones no serán mas que tiranuelos ó bajáes, en la misma proporcion que establece el fabulista entre el *leon* y los *mastines*. Nota Herodoto, hablando del cocodrilo, que no hay otro animal que presente tanta narracion en su corpulencia, entre su nacimiento y la época de su mayor desarrollo; observacion que actualmente debemos aplicar á la serpiente marina. Si es probable que en sus primeros años esté espuesta á muchos riesgos, parece tambien que no bien llegue á cincuenta pies de largo, no puede ya encontrar obstáculos para alcanzar á los límites estremos de sus proposiciones y existencia.

En este último encuentro, las personas que estaban á bordo del *Havre*, se han apercibido únicamente de las ondulaciones del cuerpo del inmenso reptil, y evaluaron aproximadamente su largo á muchas veces mas que el buque.

Antes de este testimonio, el mas reciente que se habia publicado, fué el del mes de agosto de 1817, y es el mas detallado y auténtico, cuando apareció una serpiente de mar en la bahía de Glocester, en el cabo Ana, á unas treinta millas de Boston. Este último testimonio ofrece necesariamente variaciones que estriban en la dificultad del género de observacion; sin embargo, reasumiéndolas sacaremos siempre la nocion de una serpiente de setenta y cinco pies de largo, de color pardusco, y con la cabeza del tamaño de la de un caballo, resbalándose al través del agua con la mayor velocidad. El ruido que hizo semejante encuentro recordaron otras de igual especie cuya memoria conservaban varias personas fidedignas, y de sus declaraciones resultó que ya se habia visto otros mónstruos iguales en 1815, uno en Warrens-cove, y otro durante treinta años consecutivos en la bahía de Penobscot.

En 1808 aparecieron tambien algunos alrededor de las islas Hebridas, segun nos dice en su interesante y detallada carta el reverendo Mr. Donald Mac-Lean, quien fué perseguido por uno de aquellos animales, y lo escribió al secretario de la sociedad warneriana de historia natural. De ella resulta un reptil acuático del mismo grandor, poco mas ó menos, que las precedentes deposiciones. Aquel viagero vió presentarse la cabeza de la serpiente por cima del buque, y aseguró que esta cabeza era tan gruesa como una pequeña lancha, y sus ojos tan anchos como un plato regular. Añade ademas que á la sazon tuvieron tal miedo al aparecer el mónstruo los marineros de trece barcas de pescar que se hallaban juntas, que de comun acuerdo se refugiaron todas en el ancon mas próximo. Sobrado interés presta la declaracion de M. Mac-Lean, para que dejemos de citar uno de sus párrafos: «En junio de 1808 en la costa de Coll, ví la serpiente á media milla de distancia. A primera vista se me figuró que era una roca; pero sabiendo que no habia ninguna en aquellos contornos, examiné con mas atencion, y noté entonces que se elevaba considerablemente por cima del nivel de la mar, reparando en un ojo suyo despues de un largo movimiento. Alarmado al estraordinario aspecto y enorme corpulencia del mónstruo, dirigia el timon de mi barca de modo que no me alejase mucho de la playa, cuando de repente vimos hundirse al animal con direccion hácia nosotros; y persuadidos de que nos perseguia hicimos fuerza de remos. Cabalmente en el instante mismo en que acabamos de arribar á una roca, donde subimos todos, vímosle deslizarse con rapidez á flor de agua hácia nuestra proa, y hallando poca profundidad de agua á algunas toesas de la barca, enderezó su horrible cabeza, y dando una vuelta se halló embarazado para salir del ancon. Durante el espacio de media milla pudimos observarle todavía: su cabeza era gruesa y ovalada, y su cuello mas afilado que lo restante del cuerpo. Sus espaldas no tenian agalla ninguna, y el cuerpo iba adelgazándose hasta la cola, cuya forma no era fácil ver, porque la tenia siempre baja. Era como de unos setenta á ochenta pies de largo, y adelantábase ó alejaba mas lentamente cuando estaba fuera del agua su cabeza; y cuando se enderezaba por cima de la mar, parecia evidentemente que queria distinguir los lejanos objetos.»

Lo que nos hace suponer que en aquellos sitios hubo entonces algunos mónstruos, son las diferencias que presenta esta descripcion con la utopsia de la serpiente muerta que se halló pocos meses despues en las playas de Stronza, una de las Orcadas. Tenia esta serpiente cincuenta y cinco pies de largo, y cerca de diez de circunferencia. Estendíase una especie de erizada melena desde el grueso mayor que sucedia al cuello hasta unos tres pies de su cola, y estas sedas, cuando se humedecian, ponianse luminosas en la oscuridad. Estaba provista de agallas que median cuatro y medio pies de largo, algo parecidas á las alas desplumadas de una oca ó ánsar. Visto y examinado este mónstruo por muchas personas, quedó descrito en varios relatos legalizados por las autoridades de aquel país y por algunos sábios, entre ellos el doctor Barclay. Sir Everardo Home, citado frecuentemente con distinguida consideracion por Cuvier, quiso clasificarlo entre los pescados de la familia del *squalus maximus;* pero no fue admitida semejante opinion por los naturalistas de Escocia.

La Noruega, donde nada de estraordinario ofrece cuanto toca á la serpiente marina, riéndose de la duda de los estrangeros, ha visto con frecuencia en sus costas cadáveres de estos animales, sin que por las mientes les pase dar importancia á hacer constar semejantes hechos. Recuérdanlo mejor cuando á esto se junta otro mas grave incidente, como es la corrupcion del aire causada á veces por la putrefaccion de aquellos cuerpos. Algunos ejemplos tiene citados Pontoppidan.

El relato escrito en Stronza presta las mas exactas nociones que poseerse puedan acerca de la figura de la serpiente de mar, y en él observamos la notable señal de la melena, en la cual concuerdan los antiguos y modernos noruegos.

Esta es la melena probablemente que compara Pablo Egeda con las orejas ó alas en su descripcion de la serpiente marina que vió en su segundo viage á Groenland: «El 6 de julio vimos un horroroso mónstruo que tanto se alzó sobre las olas, que llegaba su cabeza á la vela de nuestro palo mayor. En vez de agallas tenia grandes orejas suspendidas cual si fuesen alas, y de escamas estaba cubierto su cuerpo, que terminaba como el de una serpiente. Cuando se replegaba en el agua, arrojábase hácia atrás; y en esta especie de voltereta levantaba su cola tan larga como mi buque.»

Olaüs Magnus, arzobispo de Upsal, á mediados del siglo XVI, hace mencion formal de esta melena en su cuadro de la serpiente de doscientos pies de largo y veinte de circunferencia, de la cual habla como testigo ocular: «Esta serpiente tiene una melena de dos pies de largo: está cubierta de escamas y brillan sus ojos como dos antorchas: algunas veces ataca á los buques, alzando su cabeza como un mástil, y cogiendo á los marineros de encima de cubierta.»

Los mismos caracteres, reproducidos en otros relatos, se encuentran en las descripciones de los poetas escandinavos. Con una cabeza de caballo, blanca melena y negros carrillos, atribuyen seiscientos pies de largo á la serpiente marina. Añaden tambien que se endereza de repente como un mástil de navío de línea, y arrojan silbidos que espantan tanto como el grito de la tempestad. Harto vemos en todo esto los efectos de la exageracion poética; pero carecemos de suficientes datos para determinar el punto preciso en que abandona la realidad.

(Concluirá.)

(1) Segun los trabajos de Mr. Cuvier, cuyo naturalista no halló jamás el mas pequeño fragmento de esqueleto humano entre los huesos fósiles, varios teólogos sábios y ortodoxos ven, en los seis dias de la creacion, otras tantas épocas cosmogónicas: á la última de ellas (el sesto dia por el estilo del Génesis) hace relacion la creacion del hombre.

(2) *Ossemens fossil*, 3.ª edicion, tomo 5, pág. 187.



(D. Fernando el Católico en la toma de Baza.—Silleria del Coro de Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Conclusion.)

Luego, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se habia ausentado su enlodado esposo, asentó la puerta primera con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y lo otro consigo, los despidió á todos conjurándoles guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfaccion de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor á médio enjugar, en compañia del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfia de nuestro Morales oyéndole afirmar lo mismo á la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo tambien á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad lo que le habia referido, y alguna arte del demonio aquella, con que pretendia se desesperase. Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo:—«¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tio, á ver á su muger, ni qué cuenta dará de si quien dejándola á la muerte á las doce, y enviándole por una comadre, vuelve á las ocho de la mañana sin ella y con esta flema?»—«Si tú supieras, Brígida, respondió él, en lo que por tu tia me he visto esta noche, mas lástima tuvieras de mí que quejas: mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios.» Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama en solo manteo (1), salió dando gritos y diciendo:—«¡Oh qué solícito marido de la salud de su muger! para frio de cuartanas valeis lo que pesais, Morales mio, que no volvereis en toda la vida. ¿Hizoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivia la piadosa Marta que os hospedó: bien creísteis vos hallarme muerta cuando volviésedes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero ¡malos años para vos y para quien tal me desee! ¿A qué viene vuesa merced con ese perdido señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme al vicario y pedir divorcio; no quiero aguardar á otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida. Dame de vestir, Brígida; toma tu manto, huye de este busca-comadres.»—«Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos médios quiere hacerlos mal casados.»—«Muger, añadió el afligido pintor, puesto que os parezca que teneis razon en quejaros de mí, escuchad las mias y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenia en los embelecos de esta noche.» Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabia, con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir.—«¡A mí con papeles! ¿No ven vuesas mercedes que soy cabos negros y boqui-ancha? ¿Hay mas lindas papandujas (1) que las que me venden? ¡Casa de posadas la mia! ¡Mastines, bureo, bailes y fiestas aquí anoche! Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertáran. No lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del Santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascára tierra la pobre de su muger.»—«Hágaos muy buen provecho, esposa mia, respondió él, y no permitais que me entre en malo á mí, dándome tras de una noche tan penosa, un dia tan pendenciero. Juro á todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió: en esta casa deben de andar duendes: con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo.»—«¡Y como que hay duendes, señor tio! acudió la taimada Brígida; las mas noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas.»—«Pues ¿cómo nunca

(1) Refajo.

(1) Papurruchas.

me lo has dicho? dijo la disimulada tia.»—«Porque no imaginasen vuesas mercedes, respondió, que era otra persona en descrédito de mi opinion y su casa de mis señores tios.»—«Alto, eso debe de ser sin duda, dijo Santillana; no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la Cuaresma que es mañana.» Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su muger con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositoras; antes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así:

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios que fuera la córte con la recoleccion de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabia su venida el celoso Santillana, y su muger (cuando ausente por cartas y agora presente por papeles, y una visita que él la hizo) se le habia quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinion de las mugeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado de él por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y amigos del mal acondicionado viejo, de la razon que su hermana tenia de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfaccion era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasion no suelen servir sino de despertar á quien duerme; pero por mas que estudió sobre ello, nunca atinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que ya vuelta en costumbre era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez. Habíala escrito que mirase ella qué modo le parecia mas á propósito, para que sin llegar á dar cuenta de sus trabajos á tribunales causídicos, ella viviese descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese, él pondria toda la diligencia imaginable en su ejecucion. Ahora pues que halló ocasion para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana y de camino llevarse el diamante; una mañana que él se fué á oir misa y sermon por ser principio de Cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile, y despues de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza mas á propósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus celos, sino era uno que le propuso y despues sabreis: refirióselo con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mugeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, seria imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola en una viga de su casa por medio de un cordel. El que la mal casada le ofreció tenia muchos inconvenientes; pero en fin atropelló con todo el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperacion, creible de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba. Prometióla llevar al cabo lo que le pedia, señalaron el dia, despidióse, llegó á su convento y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase y le animaron á concluirle. Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir quien los bebiese cuatro ó cinco horas, con tanta enagenacion de los sentidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituian el alma á sus vitales ejercicios. Recibiólos contenta la astuta Hipólita, asentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años, entre bocado y bocado la daba una reprension, y entre trago y trago bebia su sueño. Al último en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvareda boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y moza, creyeran (y no las pesara) que habia nuestro Santillana desembarazado el matrimonio. Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora, y quieta para aquel tiempo frio y de invierno) con dos legos y un coche se apearon á su puerta, y entrando dentro mandó á uno de sus compañeros que venia prevenido de tijeras y navaja, le quitase toda la barba, y abriese una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad del agua no ahogase la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera, y así salió la corona con toda la perfeccion venerable, autorizándola las canas que se entretejian todo lo posible; y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su muger, viendo vuelto á su marido de viejo en viejo. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él mas que si esto se hiciera con el conde Partinobles, y metiéndole en el coche, encargó el prelado á Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda le desnudaron acostándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla y un candil encendido, juntaron la puerta y se fueron á dormir. Dos horas habia que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdiccion de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce fenecia su operacion. Tocaron á maitines como se acostumbra en todos los monasterios á media noche, y tras la campana las matracas con que despiertan á los que se han de levantar, que es un instrumento cuadrado de tablas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos, y meneándolos apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen; y espantoso para los que coje desapercibidos y bisoños en tan gruñidora música. Así le sucedió al P. Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su muger y en su casa, dió un grito diciendo: «¡Jesus! ¿qué es esto, Hipólita?» ¿Cáese la casa, hay truenos ó vienen por mí los diablos?» Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su muger, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole (1) fayancas y con el ruido pasado querian echarle el aposento á cuestas, se levantó furioso, y diciendo á voces: «¿Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás ahora que son ilusiones y vejeces las mias. ¿A media noche fuera de mi cama y de mi aposento recibiendo por el techo el adúltero? Mas leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca mis vestidos, muchacha: venga la espada, que yo lavaré mi afrenta en la sangre de estos traidores.» Esto, y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo ó quien le habia traido á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabia si diese voces, ni si era arte de encantamento, si dormia ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya, los dos huesos de las canillas le resfriaron la cólera de los celos con la flema del miedo que le causó verse acometido de *Requiem*, juzgándolo á mal pronóstico. Tomó el candil para ver á qué calle, ó campo caia aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba; y vió un dormitorio que le cansó la vista, lleno de celdas con una lámpara en medio. «¡Válgame Dios! ¿qué es esto? dijo volviéndose á entrar temblando: ¿no me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién pues me ha traido aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el hospital? que esta mas parece enfermería que habitacion política? (2) ¿Si mis celos me han vuelto loco y para curarme me han traido al nuncio de Toledo? que la estrechez de este aposento mas parece jaula que hospedería. No sé lo que imagino, aunque esto último bien puede ser; pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi muger. Si es esto como imagino, á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mia me sacará de este temor.» Echó mano á ella y hallóla tiple, habiéndola él criado con trabajo; tentóse la cabeza y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, teniéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse de él, como suele hacerse con los de su profesion, le habian puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso se consolaba; pareciéndole que pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, habia ya vuelto en su juicio, y segun esto saldria presto de aquel colegio desacreditado: solo le desatinaban los hábitos que él habia visto en Toledo, andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de religiosos. Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo sin haberle acordado que se vistiese el frio, ni saber él por donde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusion del hábito, que en su vida se habia puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demas frailes le dijo:—«¿Cómo no se viste, Padre Rebolledo, si ha de ir á maitines?—¿Quién es aquí Rebolledo, hermano mio? ó ¿qué maitines ó vísperas son estas que me desatinan? respondió el casado fraile.—Si sois loco como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, yo ya estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates. Decidme dónde hallaré al rector, y dejad de rebollearme.»—«¡Con buen humor se levanta, padre Rebolledo! dijo el religioso: vístase, que hace frio y mire que voy á tocar segundo, que es mal acondicionado el superior.» Fuése con esto dejándole muy confuso. «¡Yo Rebolledo! decia: ¡yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mi Hipólita trataba mas en pedirla celos que entonar salmos! ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta molesta pesadilla: si estoy dispierto, reveladme este misterio ó restituidme el juicio que sin duda he perdido.» Pasmado se estaba, sin acertar á vestirse,

(1) Jugarretas, travesuras, engaños.
(2) Habitacion de un vecino, habitacion regular, bien ordenada, decente.

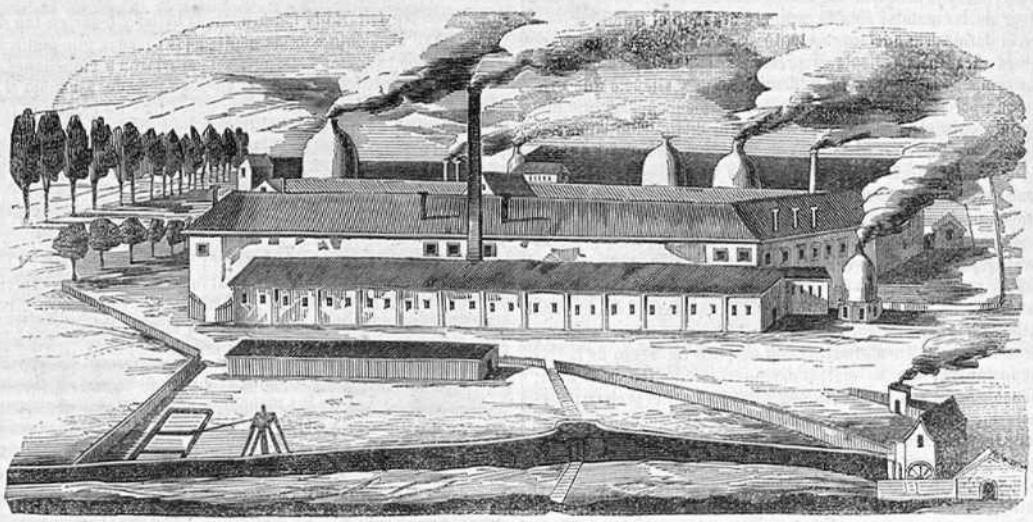
obligándole el frio á traer las frazadas acuestas, cuando vino otro frai-e, y le dijo:—«Padre Rebolledo, el vicario de coro dice ¿por qué no va á maitines, que son cantados y vuestra reverencia es semane-ro?»—«¡Válgame la córte celestial! replicó el nuevo fraile, ¿Qué, en fin soy padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana? Dígame, religioso, si es que lo es ó hermano loco, si como imagino estamos en algun hospital de ellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi muger, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué Urganda la desconocida, ó Artus el encantador anda por aquí, y ha rematado con mi seso?»—«Buena está la flema y disparate, respondió el corista, para la priesa con que vengo á llamarle! Delantero debió de cargar en el refectorio, padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco: vístase, y si no acierta, yo le vestiré.» Echóle entonces el hábito encima; y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espíritu malo que queria ahogarl» comenzó á dar gritos: «arredro vayas Satanás; déjame aquí, ángel maldito. ¡Animas del purgatorio, Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo! Y escabulléndose de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante. Atentos y escondidos habian estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulacion y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habian prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado superior: «padre Rebolledo, ¿qué escándalo y descompostura es esta? ¿Al fraile que yo envio para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á nacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego, que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos brios.—«¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés: ¿soy yo bestia? ya lo estoy, y por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados, catad la cruz, no teneis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña, bautizado y con crisma. *Fugite, partes adversæ.* Estos y otros desatinos comenzó á ensartar con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: «este fraile esta loco, mas la pena le hará cuerdo,» le asentaron en las espaldas de par en par una colacion de canelones, que pagó con mas cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponia en el cielo, diciendo: «Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, doleos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus celos han dado á su muger; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme por qué pecados os permite Dios que me desolleis de esa suerte? Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo:—«Todavia da en su tema! pues veamos quien de los dos se cansa.»—«Ya lo es toy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza: por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí.—Pues ¿enmendaráse de aquí adelante?—Sí Padre mio, yo me enmendaré, aunque no sé de qué.—¿Cómo que no sabe de qué? replicó; ¡miren qué gentil modo de conocer su culpa! aun no está como ha de estar: aguarde un poco:» y diciéndole esto, le taraceaba las espaldas.—«Padre de mi corazon;» dijo entonces echándose en el suelo, «confieso que soy el mas mal hombre que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de su alma, que yo me enmendaré.—¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de mas escándalo que las mortales del seglar?—Sí, padre» respondia, «fraile soy, aunque indigno.—¿Sabe la regla que profesa? proseguia: y él tambien en responderle.—«Sí, padre: qué régla es? La que vuestra Paternidad fuere servido; no repare en reglas, aunque entre la del gran Sofi.—¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?—Seré Rebolledo» respondia, «y todo lo que quisieren.»—«Pues bese los pies á este religioso,» dijo; maltratado por él, y pídale venia.»—«Bésole los pies, padre mio, dijo llorando de dolor mas que de arrepentimiento; y pídole brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.» Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprendiólos el prelado diciéndoles: «¿De qué se rien, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teniamos, y que ha servido quince años este monasterio, con la mayor puntualidad que la religion ha visto?—¡Quince años yo! decia entre sí el pobre Santillana; ¿hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballería desvanecen mocedades? Alto; pues tanto lo dicen, verdad debe de ser, aunque no sé el cómo! porque á no ser así, ¿qué les importaba á esos benditos el maltratarme y afirmallo?—«Véngase al coro con nosotros,» le dijo el cuñado que no conocia. Obedecióle el celoso por su daño; comenzaron á cantar los maitines, y mandóle que entonase la primera antífona. Sabia él de música lo que de vainicas, pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando de suerte, que prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular, el superior le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de limosna, que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja, cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba, á la calle donde vivia su muger; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu dijo entre sí: «¡Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en frailías que no apeteci en mi vida? Matrimonio me llamo.» Entróse con esto en el portal, y hallando á su muger allí, abrazándose con ella, comenzó á decir.—«Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué mio por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo, ó porqué; pero desde hoy mas buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo.—¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada; aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra.» Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo: y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos. «Déjenle vuesas mercedes» acudió el compañero, «y no se espanten de lo que hace; que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera muger que vé, que es su esposa. Hémosle tenido en una cadena: y habiendo mas há de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes que han ido á predicar por las aldeas esta Cuaresma, me mandaron lo trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad.» Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia, que cuanto mas gritaba afirmando era el marido de Hipólita, mas la acreditaba. Lleváronle medio loco de veras, y en son de atado á su convento; volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde despues que purgó mas de otro mes los malos dias que habia dado á su muger, al cabo de ellos y á la media noche le despertó una voz que decia en tono triste

«Hipólita está inocente
de tus maliciosos celos,
y así te han hecho los cielos
de ese cepo penitente.
Por necio é impertinente,
en ti su venganza funda
el que te ha dado esa tunda;
por eso, si sales fuera,
escarmienta en la primera,
y no aguardes la segunda.»

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos llorando, con la mayor devocion que pudo respondió: «Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda.» Diéronle despues de esto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo habia probado desde el dia primero de su transformacion (penitencia mas áspera para él, que todas las demás); bebiólo, y con él dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero! durmióse como antes; habíale crecido el cabello y la barba suficientemente; afeitáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposicion antigua, y llevándole en otro coche á su casa, se despidió el religioso, médico de celos, de su hermana, con esperanza de que cuando despertase, hallaria sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares sobre una arca cerca de su cabecera, acostóse á su lado, acabó el sueño, junto con la operacion de los polvos al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones aquellos ó madera, y topó á su muger á su lado; imaginó que era algun espíritu, que proseguia en tentarle, dió voces y ensartó letanías. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba y dijo:—«Qué es esto, marido mio, ¿qué teneis? ¿haos dado como suele el mal de ijada?—¿Quién eres tú que me lo preguntas? dijo despavorido el ya sano celoso; «que yo no tengo mal de ijada, sino mal de frailía.—¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra muger Hipólita?»—¡Jesus sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, muger de mi vida? ¿No ves que estás descomulgada y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior, te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmon?—¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella. ¿Dormis todavia, ó qué locura es esta?—¿Luego no soy fraile de quince años há,» preguntó él, «y entonador de antífonas.—Yo no sé lo que os decis con esos latines» replicó ella: «levantaos, que es medio dia; si habeis de traer que comamos.» Mas asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida, y la cabeza descoronada: mandó abrir la ventana, y se vió en

su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos, pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los dias pasados le enseñó el de la sacristía: haciase cruces acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada la muger, que ¿de dónde procedian aquellos espantos? Contóselo todo, concluyendo en que debia de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debia de mandar se enmendase y tuviese la satisfaccion que era justo de su muger. Apoyó ella esta quimera diciendo que habia prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento, y que si no habia determinado echarse en el pozo. «No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas,» respondió él: pidiéndola perdon, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, las dijo: «El diamante, ocasion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me habia perdido á mí el dia de su hallazgo; él vale doscientos escudos, cincuenta prometí de añadidura á la vencedora; pero todas mereceis la corona de sutiles en el mundo; y asi ya que no puedo premiaros como mereceis, doy á cada una estos trescientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de cuantos me han granjeado amigos; y quedaré yo muy satisfecho si os servis de esta casa como vuestra.» Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose mas amigas que antes, se hallaron al cajero vuelto ya de su viaje, y olvidada su burla; al pintor, que habia vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró á su muger como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

FIN.



EL HOSPITAL DE LUGO.

Los hospitales de la caridad han precedido á las casas de beneficencia. Esta circunstancia, que á primera vista no se aparta del primitivo instituto de estas fundaciones, es la espresion histórica de una revolucion política. *La filantropía* ha sucedido á *la caridad:* el Estado reemplazó á la Iglesia. En otros tiempos los reyes y los prelados establecian los hospitales y casas de reclusion, asignándoles rentas y concediéndoles privilegios: en nuestros dias el Estado establece las casas de beneficencia, y sus dotaciones forman una de las sumas de los presupuestos provinciales y municipales.

En Santiago—ciudad que años atrás daba la iniciativa en las mejoras locales de la provincia—el hospital Real fué fundado por los reyes Católicos en 1501; el de San Roque por el arzobispo Blanco de Salcedo en 1577, y el antiguo Hospicio á instancias del prelado Rajoy y Losada, de 1768 á 1769. En esta poblacion el hospital Real tenia una bula de indulgencias concedidas á los que criasen los espósitos y matrimoniasen á las espósitas adultas, recogiéndose algunas veces las segundas en los monasterios de monjas (1). En los años de carestía los arzobispos y los cabildos socorrian la miseria pública abriendo sus graneros al pueblo exhausto. El prelado D. Juan Tavera (1524—1525) fundó seis dotes para seis doncellas pobres; D. Juan San Clemente (1586—1603) fundó el colegio de Huérfanas de esta ciudad, y Fr. José Gonzalez en 1628 acopió el trigo de Castilla, donde costaba cada carga 220 rs., para los pobres de la diócesis. No hace muchos años—de 1768 á 1769—el cabildo compostelano comisionó á un delegado suyo para que comprara granos en el estrangero, á cuya filantrópica idea se asoció generosamente el conde de Altamira para aliviar la desgracia de los que carecian del necesario mantenimiento. Entonces la miseria era socorrida en nombre de la caridad cristiana.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones y recuerdos históricos de la pasada beneficencia pública al reconocer el origen del hospital de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores al frente de este artículo.

Una orden religiosa cuyo instituto era socorrer á los desvalidos y auxiliar á los enfermos, fué la que amparó en su origen el hospital del antiguo convento-jurídico de los romanos. En la parte mas septentrional del interior de Lugo, cerca de la Puerta Falsa—hoy llamada de la Coruña—existe una antigua y espaciosa casa que perteneció á los monges de S. Juan de Dios. El obispo D. Alonso Lopez Gallo, señor de Lugo, por escritura que otorgó en 7 de abril de 1621, ante Gabriel de Neira, fundó dentro de sus muros un hospital de caridad con el título de *S. Bartolomé*, dotándolo con 7,000 ducados de principal que producian 3,500 ducados de renta, con destino á pobres enfermos de ambos sexos, asistidos y mantenidos con esta asignacion. Su patronato fué concedido al cabildo y ayuntamiento, como los representantes de las dos gerarquías mas legítimamente autorizadas de la poblacion. En 1639, siendo obispo D. Juan Velez Valdivieso, se entregó la administracion de este hospital á Antonio del Espíritu Santo, hermano mayor del hospital de San Roque de Orense, co-administrador de todos los de Galicia y hermandad de siervos pobres del hábito é instituto del P. Bernardino Obregon. Posteriormente se echó de ver que la administracion establecida no correspondia á los deseos del fundador, y para mejorarla se entregó á la religion de San Juan de Dios en 1711, la que se posesionó formalmente en 16 de setiembre de 1720, en virtud de bula derogatoria de la cláusula de la fundacion, que prohibia administradores exentos de la jurisdiccion ordinaria, siendo obispo D. Manuel José de Santa María y Salazar. De esta manera se dió en administracion perpétua á la mencionada religion, con reserva del patronato, y fué el primer prior y apoderado de la órden Fr. Gregorio Fernandez Pintado. Desde esta época hasta 1835 fué regido el establecimiento por estos hospitalarios, y en este año volvió al patronato del ayuntamiento, el cual nombra su administrador. El obispo D. Francisco Izquierdo, tan celoso como benéfico, concibió la idea de fabricar á su costa una suntuosa iglesia que reemplazase á la de San

(1) Antig. const. del Hospital.—Pág. 65, párrafo 65.

Bartolomé, y este pensamiento fué llevado á cabo en 1752, embelleciendo á la ciudad con un edificio que llama la atencion de los inteligentes, no solo por su mérito artístico, sino tambien por su elegancia y sencillez.

Esta iglesia está unida á la casa-hospital, y su interior corresponde á la intencion piadosa del fundador. El hospital se llamó convento durante la administracion de los monges, y aunque no tiene la distribucion conveniente para este objeto, puede admitir hasta doscientos y cincuenta enfermos, porque ademas de su primer instituto de caridad, tambien está destinado á hospital militar donde los celosos administradores, á cuyo cargo estuvo desde 1840, los señores Rodriguez y Miranda, introdujeron mejoras de utilidad estableciendo los nuevos métodos que exije la buena asistencia de los enfermos. El hospital de Lugo es uno de los mejor servidos y arreglados de Galicia.

La casa con la iglesia, claustro, patios, huerta, fuente y demas dependencias necesarias para su buena administracion, forma una manzana aislada é independiente de otros edificios, ofreciendo la ventaja de que en la entrada principal del mediodia hay un espacioso campo que sirve de recreo á los convalecientes, y en el cual tienen lugar los ejercicios militares de las tropas que se alojan en el inmediato cuartel de San Fernando.

La antigua ciudad de Lugo, enriquecida con monumentos que cautivan la atencion del viajero, puede vanagloriarse de que posee un hospital que puede ser colocado al lado de los principales de Galicia, no solo por su escogida distribucion, sino tambien por el conjunto arquitectónico que presenta dentro de las murallas romanas de la poblacion. Construido en uno de los estremos de la ciudad, aleja de sus habitantes la constante representacion de las necesidades públicas, y corresponde á los principios consignados por la higiene. La oportunidad de su construccion auxilia la perseverancia empleada desde principios del siglo XVII en su mejoramiento progresivo.

Santiago—1.°—dic.—1850.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

REVISTA SOCIAL.

Esposicion de Actores.

A nadie se ofenderá á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele.

LARRA.

Jamás ha lamentado la escena teatral la falta de un escritor que arrojando en el terreno de la publicidad el acta de sus espectáculos, espusiese con imparcialidad ó sin ella los defectos y las bellezas de sus actores. Pero este inmenso teatro que tiene por bambalinas el cielo, por bastidores el horizonte y por proscenio el mundo entero; en que han hecho de tramoistas hombres como Alejandro y Napoleon, de graciosos todos los cortesanos del universo, y de apuntadores todos los vicios humanos, carece de una revista en que, dejando aparte la gravedad de la historia, describa los principales *papeles* con el lapiz de Cham ó de Grandville. A este siglo que todo lo exagera, solo la caricatura puede simbolizarlo fielmente en la imprenta, como lo simboliza ya en el grabado. Tracemos, pues, la revista de este teatro en que se representan dramas que tienen la poesía de Victor Hugo, la verdad de Dumas, el sentimiento de Bouchardy; pero que ninguno de estos escritores ha trasladado á la escena, porque todos los vicios de una sociedad no caben en el palco escénico, como todas las pasiones humanas no caben en el corazon del hombre. Necesitan un campo mas vasto en que estenderse y desarrollarse; de otro modo romperian, como el vapor comprimido, las paredes que los encerrase. Ademas, espuestos esos vicios á la espectacion pública, no por eso se borrarian de la sociedad que ese mismo público constituye. *El teatro no corrige las costumbres:* ha dicho Larra; la sociedad tampoco..... ahí están los cadalsos que no me dejarán mentir. La pena de muerte es un borron de sangre en la página de las sociedades modernas. El público que asiste al teatro se rie de sus vicios; como el que concurre á los toros insulta al picador que sale bien librado de *una suerte*; como el que presencia una ejecucion pública se divierte con la serenidad ó la entereza del reo.

Volviendo á nuestro objeto, todos en este teatro que llamamos mundo concurrimos al desenlace de un drama social, y todos somos actores de otro drama individual. Este drama no reconoce escuelas ni unidades. En él jamás triunfa la virtud: diferencia notable entre el drama *teatral* y el drama *humano*. No existe la unidad de accion; el hombre que hoy es orgulloso por creerse independiente, inciensa mañana la vanidad de un ministro. La unidad de tiempo es cuestion de audacia, y su cantidad está en razon inversa del número de méritos del protagonista. La unidad de lugar es un obstáculo á la ambicion de los actores, y todos procuran quebrantarla. Las entradas y salidas siempre están justificadas, lo que no sucede en la mayor parte de los dramas *escritos*. La fisonomía de cada actor está pintarrajeada segun su carácter; el papel que intenta representar. Corramos el telon de las apariencias, y pasemos en revista las cualidades mas culminantes de los principales actores.

El teatro representa un estenso paseo ocupado por una multitud que se apiña, empuja, pisotea y oprime. Ese paseo lleva un nombre que no merece. ¡Antifrasis sociales que hallaremos en muchas partes!

Ved ahí mugeres que ostentan en sus vestidos el oro de la vanidad, y que tienen sumergida su alma en el lodo de las pasiones. Características del drama social que adornándose con los atavíos de damas jóvenes, viven condenadas á representar un papel que nunca está *en su cuerda*. Todo lo exageran .. hasta el orgullo: *intolerabilius nihil est quam fœmina dives*.

Niñas que una mirada atrevida hace cubrir con el rubor de la vergüenza; esa capa de colorete teatral que pocas conservan hasta el fin del drama. La agitacion mundanal borra con las gotas del sudor el carmin de su semblante, como borran las lágrimas sinceras el dolor de un corazon abatido.

Jóvenes revestidos de un barniz social que oculta los defectos de una armazon humana llena de porosidades y de vicios. Papeles de calaveras que visten su cuerpo con los trages de la moda para ocultar los harapos de su alma.

Ancianos que el peso de la edad encorva hácia la tierra, pero que aun dirigen sus pupilas al mundo, que se aparta de ellos como un actor que desconfiando de sus fuerzas dirige al apuntador furtivas y desconsoladoras miradas. ¡Inteligencias débiles que nada han podido comprender en un siglo de aprendizage!

Escritores políticos de doble-filo disfrazados con una opinion, y que redactan sus artículos con la hiel de sus rencores ó el incienso de sus ambiciones. Actores que cambian de trage á cada escena, y que ridiculizan con sus sarcasmos el manto que tal vez han llevado sobre sus hombros.

Jóvenes poetas que si el mundo no baña con los vapores del elogio, ellos mismos se erigen sacerdotes, y esclaman con Horacio: *non omnis moriar*.

Literatos de bohardilla, artífices de coplas, arlequines literarios que pretenden descalzar á Plauto de su coturno, y adornándose con las galas de un *vaudevillista* francés se creen los reyes de la escena y son los Comellas de la literatura dramática.

Envanecidos lacayos que visten con altivez la librea de la servidumbre, último resplandor de una época que borró del mundo la dignidad del hombre. Actores que siempre se presentan en público para recibir los silbidos de la platea. Sus galoneados vestidos son un *vil* de insolencia. ¡Antítesis humanas! La virtud en la pobreza, la avaricia en el poderoso, la insuficiencia en el profesorado, la ignorancia en el favor, el orgullo en la mendicidad, la muerte en la vida...

Soberbios carruages en cuyas cajas se ven esculpidas las armas de la familia que encierran como la etiqueta de una sangre distinta de la de los demas hombres. Carruages que se elevan sobre el nivel de los otros actores, como el vicio sobre la virtud, como el lujo sobre la pobreza, y que ocultan entre mullidos almohadones á los Talmas, los Maiquez y los Larrick del mundo teatral; notabilidades que jamás se acercan á las luces del proscenio por no confundirse con el tropel de espectadores. Son como el oropel de sus salones: brillan de lejos y á la luz artificial de la lisonja. Los directores de escena jamás se confunden con los histriones del arte dramático. La riqueza de sus trages es la capa de sus intrigas, como en el último periodo del reinado de Luis XIV se ocultaba bajo el destello de los diamantes la corrupcion de aquella córte. La ostentacion del vicio es tambien un lujo, y sus puertas son como las del infierno que describe Milton: una vez abiertas no se cierran jamás.

La degradacion de las virtudes humanas marcha siempre en sentido inverso á la posicion social, y la opulencia del cuerpo oculta siempre la miseria del alma; pero esa miseria que se arrastra para subir un escalon mas en las gradas de las vanidades humanas; esa miseria que *porque oculta la mendicidad bajo un título*, Balzac llama *española*, pero que es universal. Los accidentes de la organizacion humana no reconocen patria.

Ninguno como esos actores desempeña su papel; ninguno mejor que ellos hace aparecer en su semblante las sensaciones que fingen esperimentar. Esas sonrisas que á veces divagan por sus lábios son el sarcasmo de la satisfaccion; idioma universal de la inocencia, adulte-

rado por los vicios de la córte. De la sonrisa cortesana al desprecio no hay quizá un paso, como del placer al dolor puede no haber siquiera un latido del corazon humano. Esas palabras que por las necesidades del drama dirigen algunas veces al público, halagan nuestros oidos como el sonido de una música armoniosa; pero distan de la verdad como la poesía del cálculo, como el recuerdo del presentimiento. Os recordaré á este objeto ciertos versos del octogenario Casti:

E il cortigiano in simular audace
vive talor fraternamente incieme;
ma d'amicizia sotto il vel coperto
cova nel cor d'inimicizia il seme.

Dejémosles pasar sin desentrañar de sus almas los misterios que encierran; el desarrollo de ese drama pertenece á Dios. Nosotros solo hemos deducido del modo de presentarse en la escena pública la significacion teatral, como en un cuadro corroido por el tiempo busca un iconómano los rayos característicos de un pintor famoso ó de una esclarecida escuela.

Tal es en resúmen lo que se ofrece á nuestra vista en una pequeña parte del teatro del mundo; multiplicad los personages y vereis la totalidad, vereis lo que dice Virey: muchísimos idiotas, poquísimos instruidos; muchos bárbaros, pocos civilizados; muchos pobres, pocos holgados; muchos inícuos, pocos virtuosos; muchos desventurados, pocos felices.

Sobre esa multitud que ligeramente hemos recorrido flotan una porcion de palabras, como la espuma ligera de aquel brevage humano agitado por los oscuros resortes de la voluntad. Recojamos esas palabras pronunciadas por las exigencias del diálogo ó por los recursos de la adulacion.

Virtud, *pundonor*, *probidad*, *desinterés*, *justicia*, *independencia*, *verdad*, *libertad*, *patriotismo*, *amistad*, *deber*, *honor*, *sacrificios*...

Palabras divinas que el hombre pasea por el cieno del mundo para arrojarlas en seguida en el Ganges del olvido, como hacen los indios con sus imágenes. Cada generacion tiene sus palabras como cada época sus hombres, como cada culto sus ídolos.

Palabras hermosas en que la corrupcion social ha impreso ya su sello, y que, como otras muchas, no sabemos lo que quieren decir. Las conocemos por el sonido, como las palabras de la muger que amamos, sin que estas y aquellas signifiquen algo.

Si por el eco de esas palabras llegais á la fuente de que han partido y demandais su significado, jamás obtendreis una respuesta. Es lo mismo que si preguntárais á un médico qué es vida; á un psicólogo qué es alma; á un geómetra qué es punto; á un mecánico qué es fuerza; á un físico qué es gravedad; á una muger qué es virtud...

Si fundimos esa miscelánea de voces en el crisol de los años al fuego de la esperiencia, hallaremos en el fondo una palabra sola á que todos rendimos culto: la *mentira* cubierta con la escoria de las pasiones. En esa palabra se reasumen todos nuestros sentimientos; es el único motor humano; es el *génesis* de toda consideracion humana. ¿No habeis oido decir que en pos de la tumba está el *mundo de la verdad*?... pues es en contraposicion sin duda del que habitamos, que es el *mundo de la mentira*. Oid al que os hable, y siempre podreis esclamar con Argensola:

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Si generalizando las palabras de Juvenal podeis decir: *¿qué haremos en el mundo? yo no sé mentir;* ó identificándose con el malogrado Larra preguntais:

¿Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude, y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos?

entonces quizá os espere el destierro del primero ó la desastrosa muerte del segundo. *Mentid y medrareis:* hé aquí el epígrafe del código social, hé aquí el único precepto escrito en el album de todas las generaciones.

¡La verdad! dadme la linterna de Diógenes, que quizá en un siglo de palabras sea mas fácil hallar una sola que un hombre en los tiempos de aquel filósofo. La buscaré en esos prólogos escritos por un amigo del autor de la obra en que aparecen; en esas revistas bibliográficas escritas por un deber de amistad ó por satisfacer una deuda igual; en esos anuncios en que habla el editor por boca del autor; en las biografías de los prohombres de un partido político que se halle en el poder; en los artículos de fondo de un periódico de la situacion; en los juramentos de un hombre que ama, y en los de la muger que le corresponde; en los bandos de policía urbana; en los adornos escénicos y en los trages de un teatro de segundo órden; en los diputados que no hablan y en cualquiera que hable mucho...

Descritos ya los personages que á la voz de otro *Ginesillo* hemos de sacar á relucir en nuestro retablo; manifestado el valor de ciertas palabras como la esposicion del drama que aquellos están llamados á representar, dejaremos para otra revista el relato de algunas escenas si tenemos tiempo y humor para abrazar la péñola satírica. Estos monumentos destinados á motejar nuestras mismas faltas, son intermitentes: es la fiebre del escritor que destila las mas amargas verdades al través del risueño tejido de sus artículos; verdades derramadas á torrentes sobre su cabeza, y de las que solo se desprende lentamente como un avaro que va mermando un tesoro moneda á moneda... dejaría de ser hombre si la hiel de su corazon la escupiese de golpe sobre la víctima que desea atormentar poco á poco.

RAMON RUA FIGUEROA.

A UNA NUBE.

SONETO.

¡Qué hermosa vas del huracan violento,
nube ligera, en las tendidas alas!
¡Qué rauda cruzas las etéreas salas
cambiando formas á merced del viento!
Del sol poniente al rayo macilento
cándida brillas y á la nieve igualas,
y embebecido en tus lucientes galas
te sigue con afan mi pensamiento.
Así tambien, del fuego en que aun me abraso
al empuje febril, mi fantasía
ciega y brillante se entregó al acaso;
Y vió caer tambien su hermoso dia;
y el sol de la esperanza en el ocaso
tambien su última luz al alma envia.

J. ROMEA.

Santander—julio—1849.

Véase en el siguiente estado cómo apreciaba Mr. Akenside, en el último siglo y bajo la influencia de la escuela clásica francesa, á los diferentes poetas del mundo:

	Composicion general.	Situaciones patéticas.	Movimiento dramático.	Belleza de espresion.	Gusto.	Colorido.	Verificacion.	Moral.	Valor total.
Ariosto	»	15	10	15	14	15	16	10	13
Boileau	18	16	12	14	17	14	13	16	12
Cervantes	17	17	15	17	12	16	»	16	14
Corneille	15	16	16	16	16	14	12	16	14
Dante	12	15	8	17	12	15	14	14	13
Eurípides	15	16	14	17	13	14	»	15	12
Homero	18	17	18	15	16	16	18	17	18
Horacio	12	12	10	16	17	17	16	14	13
Lucrecio	14	5	»	17	17	14	16	»	10
Milton	17	15	15	17	18	18	17	18	17
Moliére	15	17	17	17	15	16	»	16	14
Píndaro	10	10	»	17	17	16	»	17	13
Pope	16	17	12	17	16	15	15	17	13
Racine	17	16	15	15	17	13	12	15	13
Shakspeare	»	18	18	18	10	17	10	18	18
Sófocles	18	16	15	15	16	14	»	16	13
Spencer	8	15	10	16	17	17	17	17	14
Tasso	17	14	14	13	12	13	16	13	12
Terencio	18	12	10	12	17	14	»	16	10
Virgilio	17	10	17	17	18	17	16	17	16

Tal es la opinion de Mr. Akenside, con la que no estamos enteramente conformes. La presentamos solo como un documento curioso, que no siendo por otra parte mas que la opinion aislada de un hombre de elevada inteligencia, sabrá rectificar la de aquellos de nuestros lectores entendidos en la materia.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Capilla en los Alpes.)

NOTICIA HISTORICA

SOBRE LA FABRICACION DE RELOJES, Y SU ESTADO ACTUAL EN LOS DISTINTOS PAISES.

La Francia es la cuna de la fabricacion de los relojes, pues los primeros se construyeron en dicho pais á mediados del siglo XV, y los aficionados á las antigüedades conservan todavía en sus gabinetes algunos de los relojes que manifiestan la perfeccion que en el trascurso del tiempo la inteligencia humana lleva en todas sus obras. Aunque dichos relojes no pueden ser considerados mas que como tentativas ó ensayos en el arte que nos ocupa, no tardaron los ingleses en aprovecharse de ellos, y mejorándolos no tardaron en adquirir una reputacion grande en esta industria, de modo que esportaban sus relojes á todos los paises, y hasta los mismos franceses iban á buscarlos á aquel. Hiciéronse, sin embargo, en Francia muchas tentativas para emanciparse de aquel fruto: el duque de Orleans, regente del reino, intentó establecer una fábrica de relojes en Versalles, para lo cual, sin reparar en gastos, llamó acreditados artistas ingleses, y lo mismo hizo en San German el mariscal de Noyalles; pero estas dos fábricas no existieron mas que tres años, y no dieron otro resultado

que esa bella clase de relojes, conocida con el nombre de relojes de Paris, cuya perfeccion llevaron á un grado tan elevado los artistas Gandron y sobre todo Leroy, que mas tarde Ginebra ponia en sus productos el nombre del último con preferencia al de Grabam y otros hábiles artistas de Inglaterra. Dicha clase de relojes no se conserva en la actualidad mas que en la casa de Breguet.

En Ginebra, cuyos relojes han gozado y gozan todavia tanta reputacion, tomó origen esta industria á fines del siglo XVI, y despues de haber permanecido por espacio de algunos años en su infancia, tomó de repente un vuelo portentoso, por razon de haberse inventado en aquel mismo pais una porcion de útiles mecánicos propios para abreviar y perfeccionar el trabajo. Previendo entonces el gobierno de Ginebra las ventajas de esta industria, concibió el proyecto de concentrarla esclusivamente en manos de los que tenian derecho de ciudadanía, y publicó un decreto prohibiendo á toda otra clase de personas, inclusos los que eran ya relojeros, el enseñar este arte á sus hijos. Tan torpe persecucion dió lugar á la emigracion de muchísimos relojeros que no gozaban de aquel derecho, los cuales se trasladaron á las fronteras de Francia y de Saboya, y fundaron esa infinidad de establecimientos que se encuentran hoy dia en los confines de ambos paises. En 1793, una emigracion considerable de relojeros, que espulsados de Suiza, su pátria, pasaron á establecerse en Besanzon, pudo haber dado un impulso grande á esta industria en Francia; comprendia esta emigracion 500 familias, compuestas de 2000 individuos, de los cuales mas de 1600 trabajaban en la fabricacion de relojes. El gobierno de la república en Francia comprendió las ventajas que esos refugiados podian procurar al pais, y no vaciló un momento en dispensarles toda proteccion: así es que cedió gratuitamente á los señores Mayevant y Tort, gefes de la colonia, el uso de varios edificios nacionales por espacio de quince años; concedió á título de socorro provisional, cuatro francos diarios á cada soltero; tres á cada padre y madre, y dos á cada niño, ademas de una indemnizacion de 40 á 70 francos para habitacion ó casa á cada familia, segun el número de individuos de que constase: pagó los gastos de trasportes de las personas, de los útiles y mueblaje, é hizo un adelanto de 260,000 francos por seis años y sin interés alguno, á la naciente fábrica que debian establecer los emigrados. Por otro lado concedió un premio de 250 francos á toda jóven francesa que aprendiese una de las partes del arte de relojero, y en cuyo aprendizaje hubiese empleado mas de seis meses; otro de 400 francos cuando hubiese empleado dos años, y finalmente, otro de 500 cuando hubiese empleado mas de dos años. La convencion nacional decretó tambien que los relojeros establecidos en Besanzon debian recibir todos los años 200 alumnos franceses, de los cuales 100 serian mantenidos por la república, y estableció y ordenó al mismo tiempo la creacion de una caja de préstamos y de fomento, en la cual la tesorería nacional debia depositar la suma de 1.200,000 francos. A pesar de todo esto, la fábrica de Besanzon prosperó muy poco durante las guerras del imperio y los primeros años de la restauracion: la agricultura que se hallaba falta de brazos, llamó con preferencia los esfuerzos del pueblo francés; sin embargo, dicha fábrica produjo durante los veinte primeros años 31,000 relojes, de los cuales 400 eran de oro y los restantes eran de plata ó de metal compuesto. Desde entonces la fabricacion de relojes ha tomado en Francia cierto incremento, pues en 1837 Besanzon produjo 43,923 relojes; y en 1842, produjo 59,637; y la poblacion dedicada á esta industria se eleva en aquel solo departamento, al número de 12,000 obreros: con todo, la fabricacion francesa en esta parte es casi insignificante comparada con la fabricacion suiza, que esporta todos los años para Francia tan solo, sobre unos 26,000 relojes de oro.

En la actualidad la industria relojera cuenta tres centros principales; Suiza, Inglaterra y Francia; esta fabricacion es inmensa, y sus productos son objeto de un grande comercio en todas las partes del mundo. La Suiza fabrica, especialmente en Ginebra, en Chaux de Fonds y en Lochte: la Inglaterra en Londres; y la Francia en Besanzon y en el departamento de Doubs. La Suiza provee de relojes á la Alemania y á todo el Norte de Europa, y va suplantando á la Francia en las Américas; los ingleses, á pesar del subido precio de sus relojes, alimentan en parte á Constantinopla y á nuestras Américas, siendo escusado decir que tienen el monopolio de la India; finalmente, la Francia esporta muy poco, antes al contrario, la Suiza la inunda con sus productos, de modo que todos los años esporta relojes para aquel pais por valor de unos 12 000,000.

SERPIENTE DE MAR.

(Conclusion.)

Comparando estas nociones suministradas por el autor inglés, con cuanto análogo prestarnos puedan las tradiciones de la edad media y de la antigüedad, hallamos chocantes semejanzas en la descripcion que nos dejó Alberto el Grande de la famosa serpiente de la India: «Una de ellas vió Avicena, dice, cuyo pescuezo estaba guarnecido de pelos largos y gruesos como las crines del caballo; *et visus est unus ab Avicena, in cujus collo secumdum latitudinem colli, erant pili descendentes longi et grossi ad modum jubarum equi.*» Añade Alberto que tienen tres dientes muy largos y preeminentes.

Esta última circunstancia parece ser una vaga reminiscencia de la que Ctesias en sus *Indiques*, y despues de él Eliano en sus *Propiedades de los animales*, nos dicen del gusano del Ganges. En cuanto á la dimension, es indudablemente inferior este gusano al grandor á que alcanza la serpiente marina, pues que estos autores griegos le dan siete codos de largo, y una circunferencia tal, que apenas podria abrazarlo un niño de diez años.

Los dos dientes de que dicen está provisto, uno en cada quijada, le sirven para coger los bueyes, los caballos y camellos que encuentran á orillas del rio adonde los arrastra y devora.

Bueno es advertir de paso, que muchos rasgos de Herodoto y aun de Ctesias, rechazados en un principio como cuentos ridículos, los ha admitido en seguida la ciencia, porque muchas veces ha descubierto en ellos hechos de verdad y poca alteracion. Malte-Brun mira á Ctesias bajo este punto de vista.

Naturalmente llegamos al espantoso animal llamado *Odontotyrannus* en los romanescos relatos de las maravillas que halló Alejandro en la India. Todas las novelas de la edad media que hablan de este conquistador, aludiendo á los testos griegos designados bajo el nombre de Pseudo-Callisthene, están unánimes respecto del *Odontotyrannus*, del cual tratan tambien varios autores bizantinos. Todos ellos lo creen animal anfibio que vive en en el Ganges y sus orillas, de una estatura cuyo grandor escede á toda verosimilitud: «Tal es, dice Palladius, que puede tragarse un elefante entero.» Por ridículo que parezca esto, pudiera muy bien ser una alusion hiperbólica, asi como las mas gruesas serpientes de tierra devoran á enormes cuadrúpedos, como son caballos y bueyes; porque se los tragan efectivamente sin partirlos, pero despues de haberlos molido, estirándolos como informe rollo con sus poderosos apretones y terribles sacudimientos de sus repliegues.

Verdades que M. Grœfe, en su docta disertacion inserta en las memorias de la academia de ciencias de San Petersburgo, dice que el *Odontotyrannus* de las tradiciones de la edad media debia de ser un recuerdo del *mammonth*. Solo puede el sábio ruso fundar tan singular interpretacion en las versiones latinas del romance de *Alejandro*, del cual publicó un testo Monseñor Mai en 1818, bajo el nombre de Julio Valerio. Dice en él que el *Odontotyrannus* lastimó á pisotones *(conculcavit)* á algunos soldados macedonios, y el mismo relato se encuentra en una pretendida carta de Alejandro á Aristóteles, igualmente que en un tratado latino: *De los mónstruos y fieras raras*, recientemente publicado. Pero en los autores griegos que acabamos de indicar, es decir, los diversos testos griegos inéditos del Pseudo-Callisthene, y Palladius, Cedrena, Glicas, Hamartolus, ningun detalle figurativo añade á la espresion de un grandor enorme y de naturaleza anfibia. El señor Xivrey ha refutado tambien la interpretacion de M. Grœfe, en sus «Tradiciones teratológicas, ó relatos de la antigüedad y de la edad media en occidente sobre algunos puntos de la fábula y de la historia natural.»

La cualidad de anfibio, que por cierto no coresponde al *mammouth*, ¿pudiera acaso aplicarse á la gran serpiente de mar? Sir Everardo Thome, proponiéndose colocar entre las lixas lo que halló en la playa de Stronza, prueba con esto solo que lo tenia por verdadero pescado. Pero, si se le quiere hacer reptil, se le supondrá por lo mismo una naturaleza anfibia con facultad de vivir indefinidamente en el agua, y podránse al propio tiempo referir al mismo animal los egemplos de enormes serpientes terrestres consignados de vez en cuando en la memoria de los hombres.

La serpiente marina, cuya descripcion conservó el prelado Olaüs Magnus, era anfibia, y vivia en su tiempo en las rocas, orillas de Bergen; devoraba los ganados de aquellos campos, y alimentábase tambien de langostas.

Un siglo despues, Nicolás Gramius, ministro del Evangelio en Londen de Noruega, citaba una enorme serpiente de agua, que desde las rias Mios y Banz habia salido al mar el dia 6 de enero de 1656. «Viósele avanzar como un mástil de nave, destruyendo cuanto á su paso hallaba, hasta árboles y cabañas. Sus silbidos, ó por mejor decir, sus ahullidos, hacian erizar los cabellos á cuantos los oian. Su cabeza era gruesa como un tonel, y su cuerpo, en proporcion, alzábase por cima de las olas á muy considerable altura.»

En tiempos mas remotos, citaremos: la serpiente de la isla de Rodas, de la cual triunfó, en el siglo XIV, el caballero Gozon, quien por este hecho ligeramente tratado como fabuloso, vino á ser Gran Maestre de la órden de San Juan de Jerusalen.

En el siglo XVI, la que cuenta Gregorio de Tours haber visto en

Roma en una inundacion del Tiber, la representa gruesa como una biga de lagar: *in modum trabis validae*. La palabra *draco* de que se sirve el antiguo historiador, es de buen latin para significar tan solo una gran serpiente.

En la antigüedad propiamente dicha, nos cuenta Suetonio que publicó Augusto á los comicios, es decir, que anunció de oficio, el descubrimiento hecho en Etruria de una serpiente de setenta y cinco pies de largo.

Dion Casius dice que en tiempo del mismo príncipe, se vió en aquellas comarcas otra serpiente de ochenta y cinco pies, la cual causó graves desastres hasta que la mató un rayo.

La mas célebre de cuantas han hablado los autores antiguos es la que hubo de combatir el ejército romano cerca de Cartago, orillas del lago Bragada, durante el segundo consulado de Régulo, en el año de Roma de 498, que corresponde á 256 años antes de Jesucristo. Esta serpiente tenia de largo ciento y veinte pies, y causaba fuertes estragos en las tropas romanas, por lo que se vió obligado Régulo á dirijir contra ella las ballestas y catapultas, hasta que la despachurró una enorme piedra lanzada por aquellas máquinas. Para probar al pueblo romano la necesidad que tenia el cónsul de ocupar á su ejército en tan peregrina espedicion, envió á Roma la piel del mónstruo, y colgada quedó en un templo hasta la guerra de Numancia. Pero la disolucion del cuerpo dió tal infeccion, que forzó al ejército á mudar de campamento: puede que en toda la historia no se halle otro hecho mas atestiguado, ni contado con mas detalles por tan gran número de autores.

Philostorga habla de pieles de serpientes de setenta y ocho pies, que habia visto en Roma.

Cuenta tambien Diodoro que otra de cuarenta y cinco pies se cogió en el Nilo, y viva se envió á Ptolomeo Philadelphio á Alejandría. Strabon, quien aludiendo á Agatharchides, habla de otras serpientes del mismo grandor, cita á Posidonio, el cual vió en Cele-Siria una serpiente muerta de cien pies de largo, y de una circunferencia tal, que separados dos caballeros por su cuerpo no se podian ver.

¿Y alegaremos aquí lo que refiere el mismo Strabon, siguiendo á Onesicrita, que en cierta comarca de la India llamada Aposisares, criaron á dos serpientes, una de ciento y veinte pies, y otra de ciento y diez, y que deseaban con ánsia enseñarlas en Alejandría?

Si añadiésemos la serpiente que Máximo de Tiro pretende haber enseñado Taxilo al mismo Conquistador, y que tenia de largo quinientos pies, llegaríamos en las tradiciones de Oriente casi al mismo grado de estension en que hemos visto las tradiciones escandinavas, que dan seiscientos pies á su serpiente de mar.

Empero, puédese muy bien juzgar con estas aproximaciones, que la existencia de este animal, aunque cercado á veces de sospechosos rasgos, está muy lejos de ser una cosa moderna, y que se ha manifestado de varias maneras y desde remotos siglos. Ni es, como se decia, un riesgo de mas para los navegantes; porque este terrible mónstruo ya está indicado en la Biblia bajo el nombre de Leviathan, que aplica la Escritura á diversas enormes bestias, segun observa Bochart. El profeta Isaías lo aplica tambien de este modo: «Leviathan, esa inmensa serpiente Leviathan, esa serpiente de tantos pliegues y repliegues.

En este siglo la aparicion de la serpiente de mar está señalada en 1808, en 1815, 1817 y el año que corremos. No es de presumir que se encuentre con mas frecuencia en adelante que hasta hoy dia; pero al menos la atencion pública, llamada hácia semejante fenómeno por los órganos de la prensa, dará la correspondiente notoriedad á hechos del mismo género que pudieran suceder otra vez y que sin eso pasarian quizás sin que nadie se apercibiese de ellos.

El autor inglés que fué el primero en publicar cuantos datos pudo recoger, y á quien somos deudores de todas nuestras citas y testimonios modernos, hace conocer tambien los medios de que se valen los pescadores noruegos para garantirse de la serpiente de mar.

Asi que la ven cerca, evitan sobre todo los vacíos que en el agua deja la alternativa de sus pliegues y repliegues. Si brilla el sol, reman con direccion á este astro, el cual deslumbra á la serpiente; pero cuando la perciben á cierta distancia, hacen fuerza de remos para escapar de su alcance. Si no pueden de otro modo salvarse, dirígense en derechura sobre su cabeza, despues de regar el puente con esencia de almizcle; porque se ha notado la antipatía que tiene este animal á aquel violento perfume, de modo que los pescadores andan siempre provistos de él al salir á la mar, durante los calmosos y ardientes meses del verano.

OFELIA.

LEYENDA DEL SIGLO VI.

I.

A la derecha del camino real de Madrid á Valencia, y cuando se presenta ya al viagero el panorama encantador que rodea á la ciudad conquistada por el Cid, con su inmenso y tupido bosque de árboles, sembrados en su interior de mil pueblos, que elevan sobre sus verdes copas la aguzada y en algunos esbelta flecha de sus torres parroquiales, se distingue una torre casi desmoronada que los naturales llaman la torre de Trullas. A su pie y en alguna distancia alrededor, se ven por entre los surcos algunos restos de sólidos cimientos que indican haber sido, en tiempos apartados, una soberbia vivienda.

En una de las salas de aquel castillo se hallaba la única hija del conde ostrogodo Guderico, adornada con los mas elegantes vestidos y rodeada de sus damas de honor, esperando, al parecer, la llegada de un personage importante. En su semblante no se veia pintada la ansiedad; al contrario: porque mientras que la alegria y el placer se hallaba retratado en todas las caras; que en el castillo resonaba un rumor desusado, y que briosos corceles y ricas hacaneas piafaban de impaciencia en los patios de aquella mansion feudal, un fatal presentimiento, hiriendo su corazon, le habia robado la alegre indiferencia de sus años juveniles. Una palidez repentina habia reemplazado las encarnadas rosas de sus mejillas, y su mirada, llena todavia de gracia y de pureza, se detenia indecisa y pensativa sobre cuantos objetos veia en derredor.

Ofelia tenia diez y seis años, é iba á ser la esposa del conde vándalo Geroncio.

El matrimonio es siempre cosa muy grave.

Para el hombre es muchas veces un ensueño realizado, y casi siempre un negocio. Mas para la mujer, para una jóven de diez y seis abriles que abre el dulce caliz de sus esperanzas á las falaces apariencias del mundo, cándida en sus pensamientos, sincera en sus palabras, casta y pura en sus deseos, juzgando del corazon del mundo por su propio corazon, el matrimonio es la accion mas grave y séria de su existencia: alguna vez es para ellas el amor desconocido de esposo una emanacion del cielo que vierte en sus oidos castos, palabras de un mundo desconocido: mas ¡ay! que con frecuencia no encuentra mas que un deseo brutal que mancha y despedaza una alma vírgen y candorosa.

Ofelia habia vivido hasta entonces en medio de los placeres que le proporcionaban los sumisos vasallos del poderoso conde su padre: tierna y bondadosa, habia crecido junto á él feliz y contenta sin cuidado alguno del porvenir, y hé aquí que de repente se veia precisada á romper con el presente y el pasado, y olvidando los inocentes pasatiempos de sus años, iba á entrar en una senda sembrada toda ella de escollos, llena de abnegacion, de sumision y de respeto.

Ademas, el esposo que se la habia destinado era reputado por tan tirano y cruel, que en diez leguas á la redonda no se hablaba mas que de sus venganzas y destrozos. La estensa llanura donde Valencia se halla asentada, se estremecia al solo nombre del vándalo Geroncio: cada uno relataba á su guisa hechos casi inverosímiles por lo atroces, y todos estaban contestes en darle fama de brutal. Asegurábase que habia sucesivamente muerto á sus seis mujeres anteriores en el momento mismo que le anunciaban ¡cosa horrible! que iban á darle un heredero. Es preciso, pues, confesar que todas estas noticias ó consejas si se queria, deberian soberanamente atemorizar una alma tan delicada y pura.

Un pensamiento tan solo venia de vez en cuando á consolarla, y era que el obispo Felix, tan respetado entonces por su piedad, y á quien generalmente llamaban *el Santo*, se habia mezclado en este asunto para vencer las repugnancias del conde Guderico, que se negó en un principio á conceder á Geroncio la mano de su hija. Felix, al intervenir como mediador en la pretension de este último, esperaba por este medio lograr abandonase la secta arriana cuyos principios profesaba, ya por gratitud á sus obras, ya tambien con el buen ejemplo que iba á colocar á su lado, con la escelente conducta y piedad de la bella hija del conde Guderico, que asi él como los suyos defendian las verdades innegables de la iglesia católica ortodoxa.

En aquellos tiempos y lugares, el cristianismo apenas habia podido echar hondas raices en los ánimos, ya porque los restos de la idolatria romana preocupaba todavia á muchos, ya porque los que á ella se hallaban apegados y ejercian algun poder, le perseguian de muerte, y ya tambien, y esto era sin duda lo mas sensible para las almas piadosas y sinceramente cristianas, porque la ambicion y el orgullo, como siempre, habian dividido los ánimos separándose de la grey comun, ora por puntos tan solo de disciplina, ora frecuentemente en el símbolo único y esencial de la doctrina católica.

Entre estos, la disidencia arriana era la que se hallaba mas estendida en el suelo y época de nuestra leyenda, aunque con otras varias fuese tambien comun á toda España.

¡La conquista del conde Geroncio debe ser una bella conquista! pensaba la pobre Ofelia; pero pronto al recuerdo de sus crueldades tornaba de nuevo á caer en sus incesantes inquietudes y temores.

En tanto, la noche envolvia en densa oscuridad los campos vecinos del castillo, dejando caer de su frente sombria grandes sombras que se esparcian por el suelo como negros fantasmas, y sin embargo, el esposo prometido no llegaba! Las antorchas que se hallaban encendidas en las avenidas del castillo reflejaban vagas y errantes imágenes en sus muros: Ofelia apoyada en el brazo de una dama de honor fué á posarse, medio desfallecida, en el alfeizar de una ventana.

—Lisa, decia á su compañera con acento melancólico, ¿qué causa motivará que mi esposo se haga tanto esperar? ¿No crees que esta tardanza es de mal agüero?

Y como Lisa, que abrigaba los mismos temores que su ama, no respondiese, Ofelia continuó:

—¿No oyes el graznido de las aves nocturnas cómo parecen anunciar alguna gran desgracia? ¡Ay de mí! Demasiado lo conozco, y en vano trato de ocultármelo: ¡Dios mio! ¡Dios mio! tened piedad de mí.

Y dejándose luego llevar de sus funestos presentimientos, añadió tomando la mano de su confidenta y arrasados en lágrimas los ojos:

—Dentro de poco partiré, Lisa mia, y mañana volvereis á emprender de nuevo vuestras inocentes distracciones, reireis y cantareis con gran placer, mientras que yo.... encerrada en los muros de Paterna, miraré mi nueva vivienda como el sepulcro que me está destinado. ¡Ay Lisa! ¡Lisa!....

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se dejó percibir un rumor lejano del lado de la principal avenida del castillo: las antorchas de resina encendidas de distancia en distania para alumbrar el camino se fueron sucesivamente reuniendo, apiñándose entre si, mientras que á esta señal las gentes del conde Guderico que se hallaban apostadas, corrieron vivamente á sus puestos para no faltar á la etiqueta. El conde Guderico se presentó al momento á la puerta vestido con la mayor magnificencia y montado en su soberbio corcel, rodeado de los demas nobles, sus aliados y deudos. No bien se hallaban estos colocados, cuando se dejó ver rodeado de los suyos el conde Geroncio, señor de Paterna, cuyo nombre solo hacia estremecer á las jóvenes de pavor, montado sobre un brioso caballo negro como el azabache.

Al verle tan magestuosamente adornado, puesta la mano sobre la cintura, con su cabellera rizada descansando sobre sus hombros; con sus rutilantes ojos negros girándolos aquí y allá como si quisiese abrazar todos los objetos con una sola mirada, y su gorra de pieles cuajada de vistosa y deslumbrante pedreria, todos olvidaran que aquel mismo era el que gozaba tanta fama de cruel, si un enorme cuchillo encerrado en su vaina de oro y pendiente de la cintura, no les hubiese recordado las innumerables fechorias y crueldades que á todos tenian aterrorizados. La mirada pura y angelical de Ofelia que en lo alto de la escalera seguia con marcada atencion toda aquella escena contrastando con el severo semblante del esposo prometido que se esforzaba en mostrar sereno y apacible, hizo asomar mas de una lágrima en los párpados de las antiguas amigas y compañeras de infancia de la que iban á perder para siempre.

Llegados que fueron ambos guerreros al patio, saltaron á un tiempo del caballo, adelantándose Guderico á abrazar y tomar de la mano al que iba á ser el esposo de su única y queridísima hija.

Aquella escena de amistad tranquilizó por un momento el alma agitada de la sin ventura Ofelia, y enjugando furtivamente una lágrima que corria por sus megillas, se sentó esperando resignada la llegada de su esposo.

Mientras concluyen las ceremonias de la bendicion nupcial por mano de un sacerdote católico, á lo que se habia conformado, con indiferencia al parecer, el arriano Geroncio, conduciremos al lector á la sala del festin.

Una mesa cargada de groseras viandas, con infinitos cubiertos de oro y grandes vasijas llenas de vino de Chipre y de Italia, con misturas de Marsella y del pais, ocupaba todo el largo del salon, presentando á la vista una perspectiva pintoresca. El maestre-sala y el *silenciario* (1) su segundo, iban y venian por do quier, disponiéndolo todo con un órden y gravedad que nada dejaba que desear. El gefe de los monteros y los suyos, encargados de la pronta ejecucion de las órdenes del maestre-sala, iban y venian de la cocina á la mesa ordenándolo todo cual correspondia. El *alumbrador* colocaba con vistosa simetría las teas resinosas que debian alumbrar á los convidados. Toda la demas comitiva de ambos condes, vestidos de nuevo, esto es, de una túnica de lana y con bragas que les llegaban hasta las rodillas, cubierta la cabeza con un gorro de pieles llamado *pileum*, se hallaban todos en la capilla.

Concluida la ceremonia religiosa pasaron todos al comedor, ocupando cada cual el sitio que le estaba destinado. Sentóse en el testero el conde Guderico, teniendo á su derecha á su yerno y á la izquierda á su capellan; en frente se colocó el juez, y á su derecha el bardo principal del señor de Trullas. De pié y detrás de este estaban el mayordomo principal y en derredor los criados y los músicos, con su cítara templada prontos á entonar el himno nupcial. Los demas convidados se colocaron segun de antemano se habia dispuesto.

Hecha la señal por el *silenciario*, y restablecida la calma, se levantó el sacerdote y bendijo la mesa. Los músicos preludiaron al momento que concluyó la bendicion.

Concluido el banquete toda la comitiva acompañó á los nuevos desposados á su residencia de Paterna. Rodeábanles infinitas luces de resina yendo precedidos por los músicos. El resplandor rojizo de las hachas hacia aun mas densa la oscuridad de la noche de bodas. Una estrella que habia sola y aislada arrojando sobre Trullas su radiante destello, fué envuelta por las nubes al poner la desposada su planta sobre el dintel del castillo. Ofelia, que al dejar el albergue de sus años primeros, elevó los ojos al cielo, notó esta desaparicion y suspiró. Su suerte se hallaba consumada: el terror volvió á apoderarse de su tierno y puro corazon.

II.

La residencia del conde Geroncio se hallaba situada á distancia no lejana de Valencia en la altura donde hoy dia se halla situada Paterda. No la rodeaban por un lado como hoy dia rodean á aquel pueblo la risueña huerta que se estiende hasta el fecundo Turia, siempre verdes y aromáticas sus campiñas con sus variadas producciones, ni por el otro los trabajados campos de su secano con las ordenadas hileras de algarrobos de verde oscuro perpétuo desafiando la intemperie cruda algunos dias del invierno, ni los ardores del sol abrasador de los estios casi siempre atemperados con la fresca brisa de la mar, porque en la época en que ocurrieron las escenas de nuestra leyenda, todo lo que en el dia es sitio de placer y de verdura, se hallaba ocupado por un vasto y anchuroso bosque que ocultaba con las espesas copas de sus árboles la habitacion de aquel señor que tanta fama tenia de cruel, cual si hubiera querido ocultar á la vista de todo ser humano la caverna de una fiera.

Las mansiones feudales del siglo sesto y anteriores eran muy diferentes de lo que fueron despues. Ignoraban todavia el arte de levantar sólidas fortalezas de piedra y cal, hasta que andando el tiempo, y los godos estendiendo su dominio, arrojando á las demas bárbaras gentes de su suelo, viéronse elevar los gigantescos y sólidos castillos, algunos de cuyos restos contemplamos aun con admiracion en nuestros dias.

Los grandes señores vivian en los tiempos que vamos repasando en humildes casas de dos pisos á lo mas, no teniendo mas renta que el producto de las tierras que rodeaban sus viviendas, productos por cierto bien escasos, ó el botin que alcanzaban peleando con otros señores sus vecinos, por el capricho mas fútil, un ódio ó una venganza. Las disidencias religiosas servian frecuentemente de pretesto. El catolicismo y el arrianismo se mostraban casi siempre irreconciliables.

Paterna no era, pues, mas que una casa de campo; antes bien que un palacio señorial. En su derredor reinaba el silencio mas profundo... Alguna vez se dejaba oir el eco de la trompa de caza, mientras que ladraban las jaurías, y piafaban los caballos, señal cierta y segura que su dueño se aprestaba con sus monteros en perseguir el ciervo ó el javalí.

Estos eran los únicos momentos en que podia respirar libremente la pobre y solitaria Ofelia. Seis meses hacia ya que se hallaba unida con el conde, y aun cuando de vez en cuando trataba de recordar, para ahuyentar sus penas, las tiernas y apacibles distracciones de su niñez, nada bastaba á arrancar de su alma sus tristes presentimientos. Seis meses de nueva vida, y ninguna noticia de su padre habia llegado á sus oidos; ninguna palabra de atencion ó de cariño habia salido de los labios de su esposo. Sola consigo misma, su alma anonadada por mil vagos temores, agitábala una vaga y estraña inquietud, y en vano trataba de desterrar su tristeza. Despues de algunos dias, sin embargo, parecia haberse disminuido un tanto su terror; el

(1) Este era el nombre que se daba al que en los banquetes y grandes funciones imponia silencio cuando iban á empezar los coros de música de aquella época. Segun asegura un autor, los celtas comian en el suelo sentados sobre haces de heno frente á unas mesas muy bajas, cargadas de pan y viandas asadas, tostadas ó hervidas. Pero como hacia ya mucho que habia desaparecido aquella costumbre, andando el tiempo se fueron levantando las mesas reemplazando las haces por un *banco* circular, de donde procede el nombre de *banquete* que se da á esta clase de festines. En dicha mesa cada uno de los convidados tenia su sitio marcado segun correspondia á la dignidad de que estaba revestido.

miedo que la agitaba casi habia desaparecido; tenia mas valor y serenidad, y no temblaba ya tanto al encontrarse frente á frente con su esposo.

¿Quién habia podido efectuar cambio tan repentino? ¿Quién habia arrojado en aquella alma tan temerosa tan vivaz energía? ¿Qué sensacion desconocida habia impreso tal valor en aquella muger antes tan tímida y delicada?

¡Ofelia iba á ser madre!!!

¡Madre! ¡palabra y sensacion que transforma intensamente á la muger! ¡que la abre una carrera desconocida de esperanzas y de ilusiones, de orgullo y de amor! palabra y sensacion que la hace arrostrar con impávida firmeza, y hasta con temeridad estremada, todo peligro, todo sufrimiento; compensacion gloriosa de noble orgullo que el Creador le concedió en cambio del dolor, y de la debilidad á que se hizo acreedora por su primera falta; este nombre y esta sensacion transforma á la muger en un ser enteramente distinto de lo que antes fuera. ¿Puédese nunca comprender bastante lo que es para una muger el amor del hijo que siente moverse en sus entrañas?

Ofelia habia sentido agitarse en su seno el fruto querido de un amor mezclado de terrores; pero al solo pensamiento de su hijo, la madre valerosa habia sabido desprenderse de los melancólicos terrores de la jóven.

Hallábase Ofelia una tarde en el gran salon del castillo, ya que empezamos dando este carácter á aquella mansion, sentada junto al hogar; alumbrábala una lámpara de hierro, vacilante su llama con el viento que azotaba las ventanas que hacia pasar casi desapercibido el ruido de la lluvia.

Apoyada la frente en sus dos manos, Ofelia trataba de adivinar el porvenir que á su hijo le estaba reservado; ningun ensueño dorado la parecia bastante digno del hijo de sus entrañas. Debia ser hermoso, bien formado y valiente, seguiria á su padre en las batallas y él solo venceria á sus enemigos: despues... y sobre todo amaria á su madre con furor. ¡A su madre que tanto le amaba ya!

¿Quién sabe dónde puede detenerse el amor materno?

Nada de esto, sin embargo, bastaba á tranquilizarla enteramente: despues que habia anunciado á su esposo su futura dicha, y que muy pronto daria á luz el fruto de sus amores, el conde se mostraba con ella muy mas desapiadado y cruel. Apenas paraba en su morada, generalmente salia muy temprano y no tornaba á ella sino muy entrada la noche, y aun así era para maltratar á la pobre jóven que no podia adivinar la causa de tan torpe conducta.

Mientras que Ofelia se hallaba fluctuando entre sus dudas y temores, llegó Geroncio que acababa de entrar en el castillo. Siguiendo su costumbre tomada algun tiempo hacia, iba á retirarse á su aposento dejando al conde libre y solo para cenar; mas cuando observó su semblante mas preocupado que nunca, ora que se alarmase mas su alma con aquella alteracion visible de sus facciones, ora que de una vez para siempre quisiese aclarar el misterio de aquella conducta brutal, fingió que pasaba á su oratorio, para volver al instante, pálida y temblorosa á escuchar á las puertas del salon.

Una persona estraña se hallaba con su esposo, y ambos hablaban en voz baja. Ofelia contuvo su respiracion y escuchó:

—¡Othos! decia el conde.

—A vuestras órdenes, señor; contestaba el desconocido.

—Cuando las estrellas dividan la noche, te introducirás con gran cuidado en el cuarto de la condesa.

—Y despues...

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Descuidad. Se hará como lo habeis mandado. Mañana no tendreis esposa....

Y el conde inhumano tornó á quedarse solo.

Hemos olvidado de notar que á la salida de Trullás de la desventurada Ofelia, no habia querido separarse de ella una de sus jóvenes compañeras de niñez, cándida y pura niña como su ama, pero que no por eso dejaba de abrigar en su pecho una alma fuerte y vigorosa y cuyos consejos habian mas de una vez disminuido los temores de la condesa é infundido en su corazon aliento y esperanza. Sentada casi todo el dia á los pies de su ama, apoyada su cabeza con su rubia y rizada cabellera sobre las rodillas, la cantaba para distraerla las canciones del país ó bien la relataba con su gracia infantil las hazañas de sus antepasados y de su padre especialmente: y cuando la tristeza se apoderaba de la pobre Ofelia, María la miraba con tal encanto y ternura que la hacia olvidar su padecer. En una palabra, María era para su ama, el ángel de su consuelo.

Cuando Ofelia entró en el oratorio encontró á María orando de rodillas. Ofelia ni aun tuvo fuerza de pronunciar una sola palabra y se arrojó sobre un banco sollozando.

—¡Señora! ¡señora! ¿qué teneis? esclamó María.

—¡Ay María mia, mi querida María! ¡soy la mas desgraciada de las mugeres!

Y como aquella insistiese por saber la causa de tan gran dolor, Ofelia la contó todo lo que habia oido.

—Es preciso, señora, la dijo entonces su fiel amiga, que no os abatais así: tened confianza en la bondad de Dios y su santa madre que no nos abandonará.. Ya veis: la misma suerte nos está sin duda reservada: si os matan no dejarán, por eso, de hacer lo mismo conmigo, y sin embargo, ved cuán tranquila estoy; al contrario, me parece que tengo en este momento mas fuerza y valor... Dejadme hacer, que yo creo poder salvaros.

¡Qué es lo que María hizo, Dios solo lo sabe!

Lo cierto es, que poco antes de media noche abandonaban á Paterna dos mugeres montadas en dos hacaneas que marchando al paso á la salida, se dirigieron luego á escape hácia Trullas.

El conde Geroncio que á su gran crueldad unia una gran desconfianza de todo y de todos, vigilante especialmente aquella noche en la que por su mandato se iba á cometer el mayor de los crímenes, oyendo abrir la puerta de su castillo temió se tramaba algo en contra de sus proyectos, y saltando de su lecho fue en busca de su esposa. Como no la encontrase y viese abierta la puerta, no siendo de los que aceptan con resignacion el ver abortado un proyecto, enfurecido y loco de rabia, se armó de un terrible cuchillo y montado en su corcel se lanzó en seguimiento de ambas fugitivas.

Sin embargo, Ofelia y María galopaban sin cesar atentas tan solo al ruido que podia elevarse en derredor. Ya habian pasado una buena distancia de Valencia cuando el rumor del escape de un caballo hirió fuertemente sus oidos:

—¿Oyes, María? esclamó Ofelia, ¡es él!

—Nada temais, señora; contestó María: ánimo y valor, que si no me engaño veo ya la torre de Trullas.

—Y yo te digo, contestó Ofelia, que va á llegar muy pronto... ¡Desgraciada de mí! ¡Dios tenga piedad de mi alma!

Ofelia tenia razon: el rumor que oia junto á ella era el conde Geroncio que llegaba. María seguia siempre galopando: Ofelia no pudo ir mas lejos y se dejó caer de su hacanea esperando la muerte... Al momento que llegó su esposo junto á ella, renovóse de nuevo su cólera, y sin vergüenza como sin remordimiento alguno, sin tener en cuenta sus lágrimas ni sus súplicas, *la cogió por los cabellos y sacando su cuchilla la dió tan fuerte golpe que la separó la cabeza de su tronco.* Despues de lo cual, dejando el cuerpo sin sepultura, tomó la vuelta de su castillo.

Así pereció la infortunada hija del conde Guderico de Trullás; pero como el cielo no deja la virtud sin recompensa, ni la maldad sin castigo, dice la crónica de donde tomamos esta historia, que el obispo Felix á quien todos tenian por santo, en atencion á sus virtudes volvió la vida á la entonces dichosa Ofelia, la cual se retiró á un convento de monjas que habia ya por aquella época en Valencia, siendo la admiracion de sus compañeras por su austeridad y rígidas costumbres.

El bárbaro Geroncio no disfrutó ni un instante de su crímen, pues á poco de separarse del cuerpo inanimado de su víctima, divisó una grande hoguera que ardia hácia el sitio donde ocultaba sus crímenes y su barbarie: al tiempo mismo que descargaba sobre la cabeza de Ofelia su cuchilla, caia un rayo sobre su albergue que lo reducia á cenizas, sin que quedase al siguiente dia mas señales de su morada que algunas piedras ennegrecidas y algunos troncos de árboles medio consumidos. Nadie supo qué habia sido de aquel hombre de quien tantas crueldades se contaban, y por algun tiempo el sitio en que vivió el arriano Geroncio fué mirado como un sitio de maldicion.

LUIS MIQUEL Y ROCA.

D. José Pellicer.

Entre los que han ilustrado al reino de Aragon con el noble cultivo de las letras, ocupa un distinguido lugar D. José Pellicer, nacido en Zaragoza en 22 de abril de 1602. Sus padres D. Antonio Pellicer de Ossau y doña María de Salas y Tovar, ambos de esclarecido linage, tuvieron despues otro hijo que emulando la temprana gloria de su hermano por diversa carrera de mas esplendor y de mas riesgo, acabó tambien mas prontamente la carrera y la vida. Este fué el maestre de campo D. Antonio Pellicer de Tovar, caballero del órden de Santiago y comandante de los dragones de España, que murió en 1650 en la restauracion de Cataluña por D. Juan de Austria. La carrera del hermano mayor fué á la verdad mas llena de dias, y no menos de afanes por ser menos sus peligros: vertióse en ella mucho sudor, ninguna sangre, y convínole al fin el nombre de guerra aunque con diversas armas. Dispensósela el cielo muy dilatada para la larga empresa á que parece le habia destinado de desterrar algunas tinieblas en nuestra

historia nacional, limpiar de manchas ciertos hechos y sucesos memorables, y combatir los impostores que propagaban y sostenian el error y autorizaban las patrañas. Para esta tan prolija y árdua tarea no bastaba solo integridad sin mucha constancia; no amor á la verdad sin gran aficion á la historia, y no el ingenio que tanto madrugó en su edad, que parece previno á los años la razon, si ésta, cultivada y perfeccionada por una educacion sobresaliente, no hubiese copiosamente ministrado los auxilios.

A los doce años de su edad habia concluido Pellicer la gramática en Consuegra, en donde residia su padre, y la retórica en Madrid bajo la enseñanza del P. Juan Luis de la Cerda. En la universidad de Alcalá estudió artes y se graduó de bachiller y licenciado; y en la de Salamanca profesó la jurisprudencia, en donde fué graduado en am-



(D. José Pellicer.)

bos derechos despues de haber sido consiliario y vice-rector. Para dar nuevo realce á estos estudios, se dedicó al conocimiento de las lenguas hebrea y griega, de que hizo loable uso alguna vez, como tambien de la italiana y francesa, en que dicen fué eminente: mérito entonces muy señalado, lo que es hoy comun adorno de crianza. Un ingenio pertrechado con este aparato de estudios sérios y amenos, no podia estar mucho tiempo ocioso. A los diez y nueve años de edad dió al público el *Apophasis de Protectoribus et Præpositis*, y la version latina, ilustrada con notas de la *Táctica de Constantino Porfirogéneto* escrita en griego. Desde estos dos trabajos, que fueron el preludio de su pluma y de su reputacion, hasta el año de 1676, tres antes de su muerte, apenas cesaron las prensas de sudar con nuevas producciones suyas. De estas debió de estar despues tan ufano su autor, ó por casualidad ó por su número, pues ascendia á doscientas, que imprimió su catálogo con el nombre de Biblioteca: dividelas en mayores y menores, á las que dió su antagonista Argaiz el nombre de *Gazetas*, de gran parte con razon. Podríase decir de Pellicer por la copia y varia naturaleza de sus escritos, que, ó llevado de su facilidad misma, ó estrechado de su necesidad, vino á convertir en oficio la prerogativa y gloria de escritor.

El particular estudio que habia hecho de algunos ramos de nuestra antigüedad histórica, ó mal examinados por los cronistas, ó desfigurados por los impostores, le proporcionó el empleo de cronista mayor de Castilla, á los veinte y siete años de su edad, en que sucedió á Antonio de Herrera. Habiendo vacado en 1636 la plaza de cronista de Aragon por muerte de D. Francisco Gimenez de Urrea, la diputacion de aquel reino le eligió sucesor suyo: y en 1640 le nombró el rey su cronista mayor de todos los reinos de la corona de Aragon, condecorándole despues con el hábito de la órden de Santiago. El desempeño de tan honoríficos cargos, y la fama que con ellos debe andar unida, fueron causa de verse distinguido del gobierno, buscado de los señores y zaherido de algunos literatos.

Los cuidados domésticos en la manutencion y crianza de sus hijos, habiendo sido casado dos veces, no solo no interrumpieron sus tareas, antes las avivaron, obligándole á consultar en ciertos casos mas con los socorros que le ofrecia la prensa, que con la importancia y calidad de sus obras. Esta seria la causa de haber empleado con preferencia su tiempo y sus desvelos en tanto número de relaciones, informaciones y justificaciones de genealogías, sucesiones y noblezas de familias, y en tanta copia de otras composiciones en prosa y en verso, tan varias por sus objetos como estrañas por sus títulos, de *urnas sacras*, *mármoles triunfales*, *pirámides baptismales*, *cadenas históriales*, *anfiteatros*, *etc.*, sobre escritos de la adulacion y pedantería de su tiempo. Tambien debemos confesar que si sus escritos fueron muchos, muchos mas fueron los elogios que hicieron de ellos algunos doctos sus contemporáneos; y no faltó quien tuvo la paciencia de formar de todos un volúmen. Sin embargo de tan antigua y pomposa recomendacion, en estos tiempos en que han variado el gusto y el criterio del público, los escritos de Pellicer son menos leidos y mucho menos elogiados, escepto algun corto número en que se interesan el lustre de la monarquía, la grandeza y verdad de la historia, y el juicio de la nacion.

Perdonándole su estilo, que descubre el oropel é hinchazon de su tiempo en los hipérboles y metáforas, y las alabanzas que no se descuidó de darse á sí propio, á que alguna vez le obligarian la sin razon y mordacidad de sus contrarios, se debe contar á D. José Pellicer entre los hombres de letras á cuyo ingenio, estudios y vasta erudicion debe mas la historia eclesiástica y civil de España en el siglo décimo sétimo: siendo dignos de gratitud y alabanza el celo, la constancia y esmero con que luchó contra los que sostenian la falsedad de los Marcos, Máximos, Julianos, Liberatos, Aubertos y otros fingidos cronicones. En esta guerra literaria sacrificó sus vigilias ocho años contínuos, los postreros de su vida, que acabó en Madrid á 16 de diciembre de 1679 con la pluma en la mano dando la última á algunos escritos para cuya publicacion le faltaron caudal y dias, con haber sido tantos los que le concedió el cielo.

MUERTE DE CALMAR Y DE ORLA.

IMITACION DEL OSSIAN DE MACPHERSON.

(LORD BYRON).

¡Cuán queridos nos son los dias de nuestra juventud! El anciano se recrea dulcemente con su recuerdo. En el crepúsculo de la vida le pinta su memoria las horas de su infancia. Muchas veces se le ve empuñar su lanza con mano trémula: «No es así, esclama, como este brazo, tan débil hoy, blandia el hierro delante de mi padre.»

Háse estinguido la raza de los héroes; pero las armonías del harpa eternizan su gloria; sus almas vuelan en alas del viento; oyen el canto de sus hazañas en medio de los suspiros de la tempestad, y se regocijan en sus palacios de nubes. Entre ellos está el bravo Calmar. Esta parda piedra indica el lugar en que reposan sus cenizas; pero el héroe recorre el espacio volando sobre el aquilon de las montañas.

Morven vió nacer á Calmar, que fue uno de los rayos de guerra de Fingal. Sus pasos dejaban en el campo de batalla un reguero de sangre. Los hijos de Lochlin habian huido delante de su temible lanza; pero sus miradas eran dulces; sus rubios cabellos caian en graciosos bucles sobre su espalda, pero brillaba como el metéoro de la noche. Ninguna virgen habia hecho latir su corazon, pues se habia consagrado enteramente á la amistad que le unia con Orla, guerrero de negra cabellera y fatal á mas de un héroe. Sus espadas eran igualmente valerosas en las batallas; nadie podia domar la fiereza de Orla, que no amaba á nadie mas que á Calmar. Los dos amigos vivian juntos en la caverna de Othona.

Swaran parte de Lochlin y las azules ondas le llevan á la orilla. Los hijos de Erin caen bajo los golpes de su brazo terrible. Fingal llama á sus guerreros; sus navíos cubren el Occéano; despléganse las banderas sobre las verdes colinas; vienen en socorro de Erin.

La noche sucede al dia; las nubes cubren la frente de la luna; espesas sombras rodean á los ejércitos; encinas ardiendo iluminan los valles. El cansancio habia cerrado los párpados de los hijos de Lo-

chlin, que sueñan con la sangre que se les habia prometido, y creen blandir la amenazadora lanza, y poner en fuga á los hijos de Fingal. El ejército de Morven vela todavia; Orla es quien guarda el campo; Calmar está á su lado; entrambos van armados de aceros homicidas. Fingal llama á sus gefes, que rodean á su rey, sobre cuya frente caen plateados cabellos; pero el brazo de Fingal es aun robusto. La vejez ha respetado la fuerza del héroe. «Hijos de Morven, dice: mañana salimos en busca del enemigo; mas ¿dónde está el escudo de los hijos de Erin? El enemigo ignora aun nuestra próxima venganza. Cuthulin está en el palacio de Tura. ¿Quién atravesará el campo para llevar un mensage al héroe? Es necesario caminar por medio de las espadas enemigas; pero mil guerreros me rodean: rayos de guerra, hablad; ¿quién irá á llamar á las armas á Cuthulin?»

—«Hijos de Tremmor, yo soy quien reclama ese honor, grita Orla, el de la negra melena; á mi solo es á quien corresponde. ¿Qué es para mí la muerte? Envidio el sueño de los bravos, y ademas, el peligro no es grande. Los hijos de Lochlin duermen; iré á buscar á Cuthulin. Resuenen las liras de los bardos si sucumbo, y depositen mis restos cerca de las olas del Lubar.

—¿Podrias morir solo? dice el hermoso Calmar. ¿Quiéres dejar á tu amigo, gefe de Orthona? Mi brazo es fuerte en las batallas: ¿podria yo verte morir, sin empuñar mi lanza? No, Orla, no. Juntos hemos cazado el ciervo en las montañas; juntos nos hemos sentado en la mesa de los festines; sean comunes nuestros peligros. ¿No hemos vivido juntos en la caverna de Orthona? Partamos la tumba que nos espera en las orillas del Lubar.

—Calmar, dice el gefe de Orthona: ¿á qué esponerte á los golpes de Erin? Déjame perecer solo. Mi padre habita los palacios aéreos, y se regocijará y gloriará de verme llegar manchado con la sangre de Lochlin. Pero Mora, la de los ojos azules, prepara el banquete para su hijo en Morven, oye el ruido de los pasos del cazador en los matorrales, y cree que son los de Calmar; que no pueda decir: «Calmar ha caido bajo la lanza de Lochlin; ha muerto con el feroz Orla, ese gefe de sombrío ceño.» ¿Por qué han de nublar las lágrimas los azules ojos de Mora? ¿Por qué su voz ha de maldecir á Orla, causa de la pérdida de Calmar? Vé, Calmar, vé á prepararme un sepulcro de piedra vestida de musgo, vé á vengarme derramando la sangre de Lochlin. Tú te unirás á los bardos junto á mi tumba; el himno de la muerte cantado por Calmar encantará el oido de Orla; mi sombra sonreirá escuchando sus dulces alabanzas.

—Orla, dice el hijo de Mora; ¿cómo podria yo cantar la muerte de mi amigo, y celebrar su gloria, si tan cara me ha de costar? No, mi corazon no tendrá mas que suspiros; la voz del dolor no se espresa mas que con sonidos entrecortados. Orla, nuestras almas oirán juntas el himno de la gloria, y habitaremos la misma nube en los aires. Los bardos unirán los nombres de Calmar y de Orla.

Entrambos se alejan de la asamblea de los gefes, y dirigen sus pasos hácia el campo de Lochlin. Las encinas medio consumidas no despiden mas que una débil llama. La estrella del Norte guia á los dos amigos por el Tura. El rey Swaran duerme sobre la colina; sus soldados descansan tendidos y mezclados, reclinando sus cabezas aletargadas por el sueño sobre sus escudos. Brillan las espadas á algunos pasos reunidas en haces; las hogueras se apagan poco á poco, desprendiéndose humo espeso de los últimos tizones. Por todas partes reina el silencio, solo la brisa respira sobre las rocas inmediatas. Los dos héroes atraviesan sin ruido por medio del ejército enemigo, y ya están á la mitad del camino, cuando Mathon, que duerme sobre su escudo, se ofrece á la vista de Orla. Los ojos del héroe se encienden con repentino furor, levanta su lanza.—¿Por qué frunces el ceño, gefe de Orthona? pregunta Calmar el de la hermosa cabellera. Nos hallamos en medio del enemigo, y no es este el momento de detenerse.—Es el momento de la venganza, responde Orla, el de feroz mirada. Mathon de Lochlin duerme; ¿ves su lanza? aun está enrojecido su hierro con la sangre de mi padre! bien pronto la de Mathon manchará el hierro de la mia.... ¿Pero le heriré durante su sueño? no; quiero que sienta el golpe que ha de precipitarle en la tumba, que conozca á aquel cuyo brazo vengador va á inmolarle. Mi gloria no quiere la sangre de un enemigo que duerme. «Levántate, Mathon, levántate; el hijo de Connal es quien te llama; levántate para reñir con él!»—Mathon se despierta sobresaltado; pero no despierta solo. ¡Mil guerreros han oido la voz de Orla!—«Huye, Calmar, huye, dice el hijo de Connal. Mathon va á caer á mis pies. Yo moriré con gozo; pero Lochlin nos cerca; huye á favor de las sombras de la noche.»

Vuélvese Orla; ya está roto el casco de Mathon; el escudo se le cae del brazo, y espira cayendo anegado en su propia sangre al pié del tronco de una encina. Véle caer Strumon, y se encoleriza arrojándose sobre Orla; pero la lanza de Calmar le arranca un ojo, y exhala el postrer suspiro al lado de Mathon. Los guerreros de Lochlin se precipitan sobre los dos héroes, de la misma manera que las olas del Occéano se enfurecen contra dos navíos del Norte. Semejantes á los buques que resisten las olas embravecidas, cortan con fiereza las amargas ondas y vuelven á aparecer entre la espuma; los héroes de Morven se abren paso á través de los enemigos que les atacan de todas partes: el estrépito de las armas llega á los oidos de Fingal, que hace resonar su escudo, rodeándole al punto sus hijos y esparciéndose sus guerreros por las breñas. Estremécese Ryno de alegria; Ossian aparece cubierto con sus temibles armas; blande Oscár su lanza; despléganse las banderas de Fillan. La muerte vuela triunfante por la ensangrentada llanura. La victoria favorece á Morven.

La aurora brilla sobre las colinas, en donde no se vé ningun enemigo vivo; pero cubren el valle los cuerpos de los que duermen el sueño de la muerte. La brisa del Occéano agita sus cabelleras; pero ya no despertarán. Los buitres se ciernen sobre la presa lanzando lúgubres graznidos.

¿Quién es ese guerrero, cuyos blondos cabellos flotan sobre su pecho ensangrentado? Brillantes como el oro del estrangero, se confunden con los bucles de ébano que sombrean la frente de su amigo, oscurecida como la suya con las sombras de la muerte. Es Calmar, que estrecha en sus brazos á Orla; la sangre de ambos se confunde como el doble nacimiento de un arroyuelo de púrpura, saliendo de sus anchas heridas. La sombría mirada de Orla es feroz aun; Orla no existe, pero sus ojos despiden una llama amenazadora; su mano está asida á la de Calmar, pero Calmar parece respirar todavia:—«Levántate, hijo de Mora, le dice el rey de Morven; yo soy quien debe curar las heridas de los héroes. ¡Levántate! Todavia Calmar podrá perseguir los ciervos en las colinas de Morven!

—Nunca, responde el hijo de Mora; Orla no podria cazar ya el ciervo con Calmar. ¿Qué es para mí la caza sin Orla? ¿Quién partiria el botin de los combates con Calmar? ¡Orla no existe! Feroz era tu alma, querido Orla, pero era dulce para mí como el rocio de la aurora; para los demás era semejante á la amenazadora llama del relámpago; para Calmar brillaba como la argentada luz de la luna. Lleven mi espada á Mora, y cuélguenla en mi castillo solitario: teñida está de sangre enemiga, pero no ha podido salvar á Orla: sepúltenme en la tumba de mi amigo, y ensalcen los bardos nuestros nombres.»

Sepúltanles juntos á las orillas del Lubar. Cuatro piedras pardas indican el lugar de la muerte de Calmar y de Orla.

Swaran sucumbió. Nosotros confiamos nuestros guerreros á las azuladas ondas. Los vientos llevan nuestros navíos á Morven. Los bardos cantan á los héroes:

«¿Qué espectro es ese que vaga por las nubes? ¿Quién es ese sombrío fantasma que brilla en medio del fuego rojizo de la tempestad? Su voz se confunde con la del trueno. Es Orla, el sombrío gefe de Orthona; el que no tenia rival en las batallas. ¡Paz á tu alma, terrible Orla! ¡Tu renombre es eterno! Hijo de Mora, el de los ojos azules, tu gloria vivirá siempre con la suya; tu corazon era tierno, ¡oh Calmar! pero tu espada era formidable; tu espada está colgada en tu castillo; las sombras de los guerreros de Lochlin acuden lanzando ayes y gemidos en torno de ese acero que tan fatal les fué. Escucha los cantos de tu gloria, ¡oh Calmar! Héroes son los que hacen repetir tu nombre á los ecos de Morven. Agita los bucles de tus hermosos cabellos, hijo de Mora, espárcelos entre el arco iris, y dignate sonreirnos en medio de las lágrimas de la tempestad.»

BALADA.

EL ROBLE Y EL ARROYO.

Saltan en perlas de la peña al hoyo
en destilados hilos de cristales
las limpias aguas del naciente arroyo,
puras y virginales
como de la niñez las alegrías,
y jugueteando en la menuda grama
van murmurando ledas armonías
que forma el viento al columpiar la rama.
Sigue, pobre arroyuelo,
le dijo un roble, tu mortal camino,
verás cual tiñe el pedregoso suelo
de fango vil tu chorro cristalino,
y ora absorvido por voraz torrente
te abrigues en sus ondas cenagosas,
ora discurras manso y trasparente
jugo prestando á las pintadas rosas,
en declive eternal, siempre alejado
de la natal ribera,

irás corriendo, pobre desterrado,
cabe la tumba que en la mar te espera.
No me asusta tu triste profecía,
dijo el arroyo manso,
que ni el torrente, ni la mar bravía,
pueden dar digna tumba á mi descanso;
humilde como soy, en mí la luna
trémula reflejó su luz de plata,
y en los ténues cristales de mi cuna
limpio el azul del cielo se retrata;
si enturbiado del cieno del torrente
en agitado vuelo al mar camino,
desde su inmenso cauce, trasparente
me elevo á mi destino;
pues cuando el sol con su esplendente carro
baña la mar de luz, el arroyuelo
deja en el fondo de la mar el barro
y en aura de vapor se eleva al cielo.

F. CAMPRODON.

LAS OREJAS DEL BORRICO.

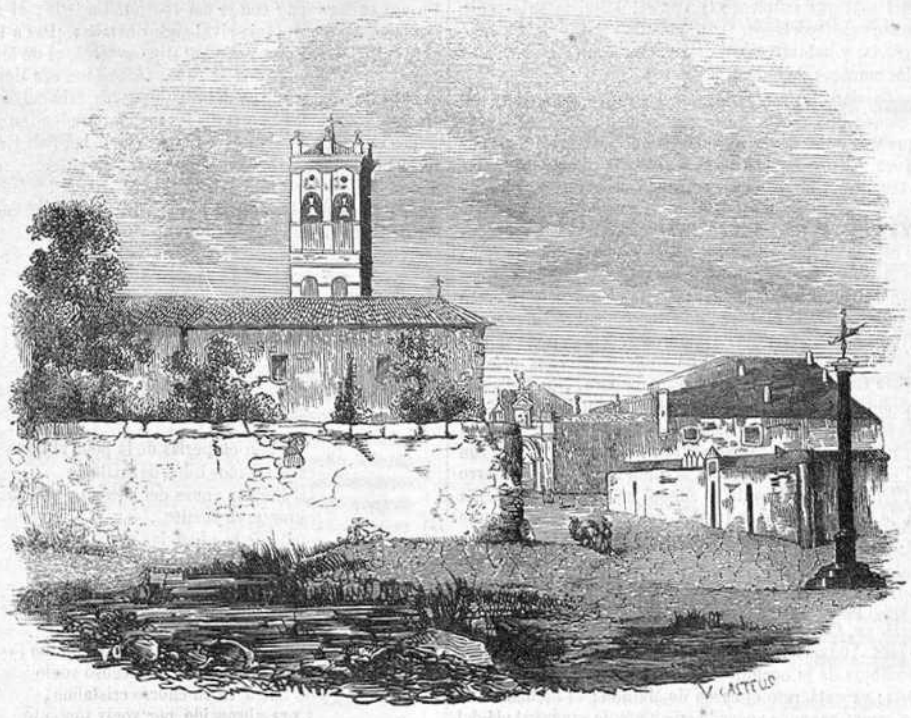
Fábula.—Imitacion del aleman.

A un burro que vió pasar
dijo el burlon Baltasar:
¡Vaya una figura rara
que tienes con ese par
de orejas de media vara!
Yo no me las he escogido,
replicó el asno advertido:
no royéndomelas andes;
que Dios tendrá bien sabido
por qué me las hizo grandes.

J. E. HARTZENBUSCH.

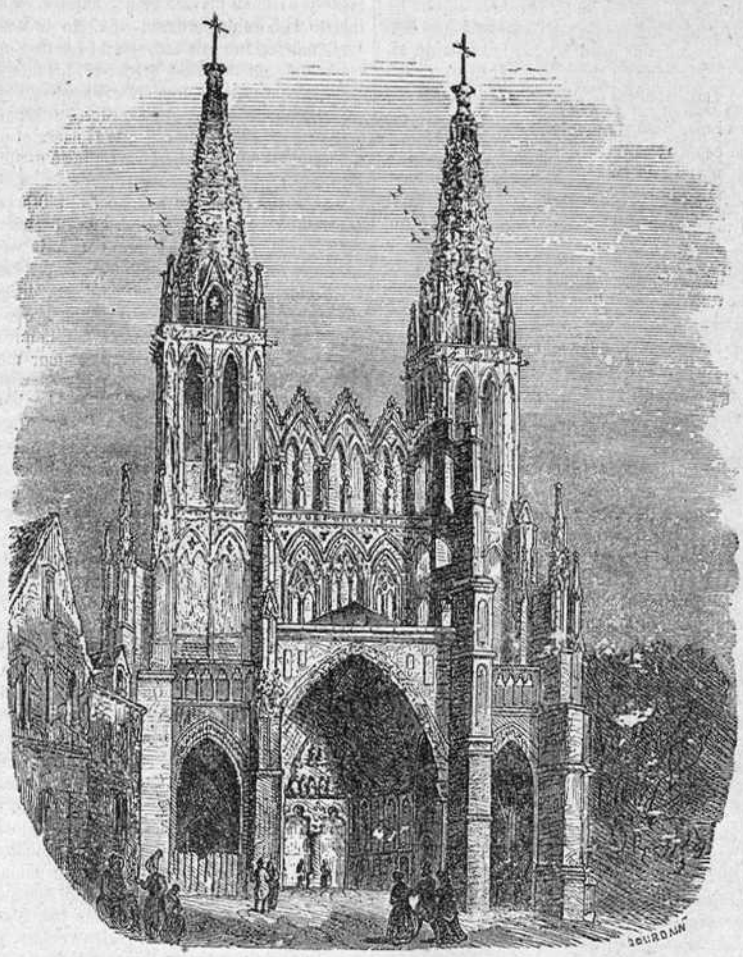
FEDERICO II Y UNO DE SUS SOLDADOS.

En una de las visitas que el rey de Prusia hizo de incógnito á sus soldados, sucedió que una tarde encontró á uno que parecia habia bebido algo mas de lo regular. Llegóse á él con bastante familiaridad, y le preguntó en tono de conversacion cómo con tan corta paga se hallaba en disposicion de tener francachelas tan copiosas. Créame V., camarada, añadió, yo tengo la misma paga que V., y con todo esto nada puedo ahorrar para la taberna: y ¿dígame V. cómo lo hace?—Me parece que V. es un gran demonio, respondió el soldado apretándole la mano; ¿y por qué se lo tengo de ocultar?... hoy, por ejemplo, he hecho una espresion á un antiguo camarada; ¿no sería muy duro que de cuando en cuando no pudiera un hombre echar cuatro brindis en compañia de un amigo? Como la paga nunca lo permite, he recurrido hoy á mi antiguo espediente.—¿Qué espediente? preguntó el rey.—Bueno... respondió el soldado: empeño algunos de mis efectos de que sé no necesitaré en algunos dias, y despues con un poco de abstinencia se adquiere con qué recobrarlos. Esta mañana recurrí á la hoja de mi sable. Yo sé que no tendremos revista antes de una semana, por lo que no la necesitaré.—Federico le tomó bien las señas, y despues le dió gracias y se despidió de él. El dia siguiente dió órden á sus tropas, sin que nadie lo pensase, para que se juntasen. Pasó dicho monarca revista, y encontró á su camarada de la tarde anterior, é hízole salir de las filas con el soldado que estaba á su derecha. Mandóles se despojasen: —Hora, dijo al que queria sorprender, saca tu sable, y corta la cabeza á este miserable.—Quiérese escusar; suplica al rey no le mande gemir toda su vida por haber muerto á un hombre de bien con quien sirve hace quince años, pero el rey queda inflexible.—¡Pues bien, señor! dijo el soldado, supuesto que nada mueve á V. M., quiero rogar á Dios haga un milagro por mí convirtiendo mi sable en un pedazo de madera.—Pronunció estas palabras con la mas afectada devocion, y fingió la mayor sorpresa cuando habiendo sacado su sable, vió sus deseos cumplidos. El monarca admiró su destreza, y no contento con solo perdonarle le dió una recompensa.



(El hospital del Rey de Burgos.)

Madrid.—Oficinas y est. tip. del Semanario Pintoresco Español y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Abadía de S. Luis en Francia.)

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

I.

Los rayos de la luna alumbraban las almenas del castillo de don Juan Ponce de Cabrera, fortaleza situada al pié de la sierra de Córdoba, y en una praderia cubierta de lozanas flores y frondosos álamos negros, que acariciaban en aquel instante las auras de la primavera. El silencio de la noche solo era interrumpido por el viento que entre las hojas de las ramas se movia, ó por el lejano galopar de un caballo.

A poco cesó este, y un hombre embozado se presentó en una plaza que formaban los álamos delante de un portillo de la fortaleza. El encubierto caminó lentamente, como queriendo recordar el sitio tras de una larga ausencia, se paró luego, dió un gran suspiro, y dirigió sus pasos hácia el álamo mas robusto y lleno de verdes y frescas hojas. Se acercó á su tronco, buscó en él alguna cosa, y al punto encontró dos grandes letras ligadas: una L y una B.

—Gracias doy al cielo (dijo), que tras afanes sin cuento, y tras tantas desventuras he podido llegar á verte, árbol que escuchaste mis promesas y juramentos. Ya es llegado el instante del desempeño de mi palabra. Harto he sufrido para conseguirlo. Vuelvo á estos lugares tan desdichado como me ausenté de ellos; pero con la confianza de que la fortuna no habrá podido destruir lo único que me queda en el mundo: la fé en el amor de una doncella.

Y sacando el embozado una guirnalda de blancas rosas la ciñó al tronco del álamo, diciendo:

—Recibe, álamo testigo de mis amores, la memoria de mi lealtad; y ojalá que dentro de poco tú y yo veamos la que debe consagrar á mi afecto en tu mismo tronco el hermoso dueño de mi vida.

Dijo el embozado, y un ruido que oyó hácia el portillo de la fortaleza, le obligó á volver el rostro para observar de donde nacia. Entonces vió á la claridad de la luna que una muger se acercaba á la plaza de los álamos. Deseoso sin duda de encubrirse á los ojos de la dama, hasta ocasion mas oportuna, se escondió detrás del tronco de uno de aquellos.

La muger que venia á turbar los recuerdos amorosos del encubierto, era doña Blanca, hija del ilustre caballero andaluz don Juan Ponce de Cabrera, señor de aquel castillo y su comarca, y de otros torreones situados en algunos lugares de las entrañas de la sierra. Iba vestida del color de su mismo nombre y con una guirnalda de modestos alhelíes en las manos. Sus años no pasaban de los veinte, y sus ojos negros y rasgados y su color moreno, claramente demostraban que el sol de Andalucía alumbró su primera cuna.

Tímida como la corza, y anhelante como las flores cuando desean el agua de mayo, se acercaba al mismo álamo que recibió la prenda de amor del embozado y oculto caballero.

—Me mata la duda y el deseo (dijo): temo y anhelo el desengaño; y voy á morir de angustia si mi esperanza desaparece como la imájen del ave sobre las corrientes del rio. Si Lope ha perecido en la guerra con el moro, ó si gime entre cadenas, no habrá recibido ese frondoso álamo la memoria de su fé. Pero de cualquier modo debe recibir la mia, para que si alguno de los que por aquí pasaren, llega al lugar donde estuviere, libre ó cautivo, amante ó ingrato, pueda decirle: «Junto á la fortaleza de Ponce de Cabrera, vimos grabado en el tronco de un álamo tu nombre y el de Blanca, entre una guirnalda de tiernos alhelíes.

Dijo, y se acercó al álamo para ponerla en su tronco, cuando vió la guirnalda de blancas rosas que antes habia dejado el encubierto.

—¡Oh Dios mio! esclamó: soy feliz, pues Lope sin duda alguna ha vuelto.

En esto oyó el sonido de las cuerdas de un laud muy cerca de sí, y una voz, que no en estos versos, sino en otros de aquel tiempo cantaba lo que sigue:

Si pasas por el mar ó por la fuente
paloma á quien espero,
pregúntale si han visto en su corriente
la luz que yo mas quiero.

—¡Ah! esa es la voz de Lope, ese es su mismo acento, dijo la doncella.

Y el del laud continuó su cantar,

Mas si en el soto, monte, valle ó rio,
tu vista nada alcanza,
dí á las rosas que aguarda el amor mio
el sol de su esperanza.

—El sol de tu esperanza ha llegado ya, Lope mio, prosiguió Blanca: vuela á mis brazos.

—Aquí estoy para vivir en ellos, si lo quieren mis desventuras, dijo Lope saliendo de entre los árboles, y dejando caer la capa que lo encubria.

—Habla, esposo mio, pues mi esposo habrás de ser (esclamó la doncella): depon el ceño que aun turba tu rostro; por tí he sufrido los rigores de dos años de ausencia en tanto que tú peleabas contra el moro en defensa de tu pátria, y con codicia de riqueza que acompañen á lo ilustre de tu sangre. Vanidad de vanidades que si te idolatrase menos, bastaria á entibiar mi cariño: y á mudar mi fé, si en mi fé cupieran mudanzas.

—La imágen tuya me ha acompañado en las batallas y en mi triste cautiverio (continuó el galan): unas veces me ha animado á grandes empresas, y otras me ha consolado en mis tribulaciones.

—Qué tribulaciones pueden acongojarte, dueño mio (dijo Blanca), cuando vas á ser mio; pues tú lo anhelas y yo tambien, y mi padre en vez de oponerse alimenta con sus deseos la esperanza que ha sustentado mi pobre espíritu en tu ausencia.

—Imposible es este matrimonio por ahora, prosiguió D. Lope de Herrera: soy noble cual tú; pero la fortuna, enemiga constante de mi familia, nos arrebató uno á uno los tesoros, sin que el valor del brazo ni la constancia pudiesen restaurarlos. Yo me he propuesto luchar con ella, aunque en todas las ocasiones ella triunfe de mí impidiéndome el conseguir la posesion de las riquezas que solo ambiciono para que sirvan de trofeos á tus plantas.

—Me estremezco al escuchar tus razones (replicó Blanca): ha mas de dos años te ausentaste en demanda de esas riquezas que tanto anhelas y que yo desprecio. Ofreciste volver al cabo de ellos á mi lado, ya fueses rico, ya afligido de la pobreza, y en fé de tu promesa has puesto en el tronco de ese álamo que oyó tus pensamientos una guirnalda de blancas rosas, como símbolos de lo puro de tus afectos y de la modestia de tus ambiciones.

—No creas, Blanca (añadió el caballero), que dejaré de cumplir mi oferta aunque me cueste la vida. Pero te engañas al imaginar que es la codicia quien me arrastra á buscar los honores y las riquezas que huyen de mí. La alteza de mis pensamientos y el deseo de acompañar á lo noble de mi linage con la vana ostentacion que se necesita para ser estimado del vulgo me arrastran á mayores empresas. Ambiciono honras y tesoros; pero adquiridos cual cumple adquirirlos á uno que se precia de honrado y de caballero. Mi sangre ilustre sin dignidades y sin riquezas está en opinion, y te juro, Blanca mia, que hasta que logre alcanzarla no serás mi esposa.

—¿Qué dices, amor mio? (dijo la triste doncella acongojada). Cuando imaginé al estrecharte en mis brazos que la alegría me iba á arrebatar la vida, ¿quieres que ahora la pierda contemplando la ceguedad de tus ambiciones, que superan al afecto que has puesto en mí? Ojalá que yo pudiera destruir la torre de tus altivos pensamientos, y encender en tu pecho el ódio que á los bienes de fortuna tiene mi padre. Miralo allí contento con su suerte y con medianas riquezas. Desprecia á la fortuna con sus prosperidades, y la fortuna viene á ofrecérselas quizá por lo mismo que las abomina. Tú las anhelas y huyen de tu presencia: las buscas en los campos de batalla por medio del valor y de la constancia, y en vez de un lauro para tu frente recibes cadenas para tus manos. Lejos de la córte y de sus bullicios, y triunfador de sí mismo y del orgullo, mora mi padre en esta soledad, desengañado de la fortuna; pero ella turba su reposo constantemente, y desea sacarlo de esta calma para convertirlo en su despojo quizá dentro de pocas horas. El rey mismo D. Alonso onceno, con pretesto de correr en la vecina tierra un venado, debe llegar á este castillo con disfraz de un caballero cualquiera, y acompañado de dos de sus mas íntimos familiares. Su designio es llevar á mi padre á palacio y darle su privanza, por lo mismo que este la teme, como el injusto la hora de perder la vida. No te desvanezcan las ambiciones, Lope mio: sigue mis consejos: sé vencedor de la fortuna: acata el ejemplo de mi padre, y así tal vez alcanzarás las mayores venturas en el instante de despreciarlas.

—No puedo menos que acceder á tus persuasiones (añadió Lope), y te empeño mi palabra de que al nacer el dia.....

Un ruido lejano de caballos que se escuchaba en la pradera vino á turbar el coloquio de los amantes.

—Adios, Lope (dijo la doncella); fuerza me es tornar al castillo: ignoro qué gentes se acercan: quizá pertenezcan á la casa del rey: no debo quedarme en este sitio. Acuérdate de tus promesas, y olvida tus ambiciones.

No bien puso fin á estas palabras, dirigió sus pasos la hermosa Blanca al castillo. Quedó solo por un breve instante D. Lope, mirándola desaparecer y recordando la oferta que habia hecho á la doncella.

—Mucho he prometido; pero el amor me esforzará á enfrenar mis pensamientos.

Esto dijo para sí, y viendo que el galopar de los caballos cesaba y que hácia la plaza de los álamos se dirigian á pie cuatro hombres, tornó á esconderse para no ser conocido.

Los recien llegados eran gentes de armas, segun demostraban claramente los rayos de la luna que herian sus cascos y aceradas cotas.

—Aun no ha venido, dijo uno mirando á todas partes en busca de algun objeto.

—¿Debemos llamarlo en el castillo? preguntó otro.

—Nada de eso (replicó el primero): pues nos encargó que le esperásemos en este sitio, en este sitio le esperaremos. Ya poco puede tardar: el alba está vecina, y á la hora del nacer el sol ejecutaremos la empresa.

—Sí, la ejecutaremos (añadió otro), con tal de que la persona de que hablamos sea quien nos asegure las vidas.

—Confiad en que saldremos bien de nuestro designio. La persona es abonada para nuestra defensa en caso necesario (tornó á decir el primero).

En estas y otras pláticas pasaron algunos minutos. Don Lope en tanto las escuchaba, y no se atrevia á salir del sitio en que se hallaba cuidadoso de saber el objeto de aquella junta en tal sitio y á tales horas. Lo embozado de las razones de aquellos hombres le habian dado á entender de que se trataba de la ejecucion de alguna maldad, y ya deseaba ver el fin de esta aventura, cuando se apareció un quinto personage armado de todas armas y montado en un potro ligero.

—Ya estoy aquí (dijo el recien venido, y echó pié á tierra).

—Pues aquí estamos tambien todos (añadió uno de los otros) dispuestos á serviros y á ejecutar la empresa con toda decision, siempre que se nos cumplan todas las promesas del concierto que hicimos.

—Todas serán cumplidas (replicó el caballero): aquí teneis primeramente cuatro bolsas con el oro ofrecido; esto es solo la mitad del precio con que pago vuestro favor y ayuda: terminada la hazaña que nos ha juntado en este sitio, sereis pagados con igual cantidad, y aun quizá mayor, si un feliz suceso, como creo, corona nuestros intentos. Ahora seguidme y os daré mis instrucciones.

—De eso hay algo que hablar todavia, caballero, (dijo uno de los hombres de armas). Vos nos ofrecisteis el dinero, mas tambien dijisteis que el otro vendria á hablarnos y á autorizar con su presencia la obligacion que hacemos de servirlo hasta la muerte. Y yo, á la verdad, recelo de que él no haya querido arriesgar su persona en un asunto en que puede costarle la cabeza.

—Los escrúpulos vuestros serán en parte desvanecidos, (respondió el recien llegado). Bien sabeis que soy su primo, y aunque por justas causas hasta ahora he estado con él desavenido, el deseo de vengar reiterados agravios, nos ha puesto en el caso de deponer antiguos odios para reconciliarnos por el interés de nuestra sangre. Mi primo en este instante se halla postrado en el lecho y afligido con una enfermedad aguda; y aunque en la mañana de hoy necesariamente ha de levantarse, he remitido esa operacion para entonces, por juzgarla innecesaria ahora. Yo traigo sus poderes, y los cuatro documentos en que él se declara cómplice de vosotros, seguridad que habeis exigido para egecutar el golpe que deseamos, y pergaminos que no ha dudado mi primo en sellar con el sello de sus armas, para acreditar la obligacion que tiene con vosotros, y la confianza en el buen suceso de la empresa

Al decir esto el incógnito caballero cogió de la silla de su caballo cuatro guardapliegos de hierro perfectamente cerrados.

—Aquí los teneis, añadió volviéndose á sus oyentes: el documento escrito en pergamino y sellado por mi primo, en que se declara fautor de esta conjuracion, se encuentra encerrado en estos guardapliegos. Podeis abrirlos por medio de un secreto resorte que os daré á conocer.

No bien pronunció estas razones, abrió prestamente uno de los hierros, y sacó un pergamino del cual pendia un sello de plomo.

—Aquí veis el documento ofrecido: aquí sus armas en este sello: aquí la obligacion de ampararos en caso adverso: aquí la órden de acometer la empresa. Quien dude de vosotros, fiese del que sepa leer y en estas líneas hallará la sinceridad de mis palabras.

Dijo, y mostró el pergamino á uno de ellos: el cual á la luz de la luna pudo dar lectura en baja voz á las razones que se contenian en aquel documento.

Don Lope procuró escuchar al que leia, pero su trabajo fué inutil; la confusa manera de leer y lo bajo de su voz pusieron estorbos al deseo del caballero.

—Estamos satisfechos (dijo uno). Siendo tal persona el principal de la empresa, nada aventuramos.

—Y aunque aventurásemos algo (continuó otro), no nos parece mal perdernos con sugeto de sangre tan ilustre y generosa.

—Bien veis que he procurado el secreto (esclamó el que aparecia como cabeza de todos). Los documentos están encerrados en parte donde solo el que sabe el secreto del resorte puede sacarlos. Esta precaucion tomé para no malograr nuestro bien coordinado propósito en el caso de que un indiscreto descuido hiciese perder á alguno de vosotros un pergamino tan importante. Pero ya la luna se vá ocultando, indicio claro de que la venida del alba se aproxima. No perdamos tiempo. El rey debe llegar hoy al castillo con solo dos de sus monteros: á poco de estar en él, tomará el camino de la sierra para coger un venado. Viene disfrazado, y sin recelar que el fin de su vida y de sus tiranías se acerca por instantes. Nosotros debemos escondernos en un paraje intrincado de la sierra por donde suele Alfonso pasar en sus cacerías. Lo solitario y fragoso del sitio y los pocos que le acompañan aseguran un dichoso fin al suceso. Yo confio aun mas que en estas cosas en el valor de vuestros corazones y en la fidelidad que hasta ahora habeis mostrado. Con buena resolucion y con poco riesgo de las personas, el tirano Alfonso de Castilla debe caer á los filos de nuestros aceros.

Esto dijo y montó á caballo, los demas lo siguieron, y á poco rato se perdió en el silencio de aquella soledad el ruido de sus pisadas.

Don Lope salió entonces de su retiro. Mil confusos pensamientos batallaban en su alma. El asombro que la noticia del proyectado regicidio le causaba, no era menor que las ambiciones que renacian en su corazon al verse dueño de un secreto de tal valor y rareza. En medio de tantas dudas y encontrados afectos como se despertaron en su mente, esclamó:

—Ah fortuna inconstante, cuán bien te conoce Blanca. No cansada de despreciarme mientras solicitaba tus favores, vienes á turbar mi sosiego cuando comenzaba á despreciarte. Pues bien; no creas que desoiré tu voz mas engañosa que el cantar de las sirenas. Dificilmente podrás ahora desoir mis quejas, y destruir uno á uno los pasos que dé con deseo de alcanzar las venturas que ambiciono. O intentas burlarte nuevamente de mis pretensiones, ó estás dispuesta á favorecer mis intentos. Si me ofreces con sinceridad tu ayuda, doy por bien empleados tus antiguos desprecios, y seré siervo tuyo hasta la muerte: si te has propuesto al contrario presentarme solo un rayo de esperanza para revivir mis abatidos pensamientos y atormentarlos luego con desengaños, tu astucia será vana, pues incautamente me has dado una prenda en este secreto con la cual podré subir á las mayores venturas, á despecho tuyo.

Al terminar estas razones, dirijió sus pasos á ocultarse en lo mas espeso de la pradera, en tanto que el primer rayo del alba comenzaba á asomar por cima de las empinadas sierras.

II.

Apenas habia el sol descubierto su rubia cabellera en el horizonte, dejó don Juan Ponce de Cabrera el castillo que le servia de morada, y bajó á la pradera solo para esperar la venida del rey don Alfonso XI de Castilla y de Leon.

Era don Juan como de 42 años: alto, enjuto de carnes, de cabello negro, y de luenga barba, de grandes ojos y de apacible mirar, de bizarro ademan y de gallarda presencia. Sin mas pariente que una hija, á quien amaba aun mas que á su propia vida, pasaba tranquilo los dias en la fortaleza que heredó de sus mayores, lejos del trato de la corte y sus engaños, y satisfecho con los bienes de fortuna que le dejó su padre en la hora de la muerte.

Muchos años habia vivido en su retraimiento sin que la mas pequeña sombra de tristeza hubiese turbado el cielo de su ventura, cuando una tarde llegó á las puertas de su fortaleza un jóven mal herido que pedia albergue y socorro. Deseoso de favorecer al menesteroso, no dudó don Juan de dar franca hospitalidad al mancebo. Apostólo en su mismo cuarto: recostóle en su mismo lecho, y en compañía de la hermosa Blanca, atendió á restañar la sangre que corria de la herida. A las seis horas de haber prestado semejantes auxilios al doncel, llegaron al castillo dos caballeros preguntando por su persona. Recibiólos don Juan y los llevó á la presencia de su huésped, delante del cual hincaron las rodillas los recien venidos, haciendo ademan de besarle las manos y dándole tratamiento de alteza. Al punto supo Cabrera que el herido era don Alfonso, y que los que acababan de pisar los umbrales de su castillo pertenecian á la casa real, y acostumbraban á servir de compañía al monarca castellano en la caza, por las sierras de Córdoba. Uno y otro habian perdido de vista al rey, y lo habian buscado luego inútilmente por aquellas asperezas, en tanto que el mancebo recibia una herida en la pierna defendiéndose de un javalí, que al cabo pagó con la vida su atrevimiento.

Desde aquel dia quedó el rey don Alfonso muy agradecido á don Juan Ponce de Cabrera; y siempre que salia ocultamente de su corte para recrearse en la caza, avisaba á su amigo (pues por tal lo tenia), para que á las puertas del castillo lo esperase con recato, y para departir con él sobre los negocios de estado. Don Juan odiaba estos favores al mismo tiempo que los agradecia; y mil veces hubiera querido alejarlos de sí; pero el respeto al monarca le obligaba á proseguir en una senda para otros cubierta de lozanas y regaladas flores, y llena para él de ciertos precipicios y de invencibles malezas.

Paseaba Ponce de Cabrera delante de su castillo, aguardando al rey por momentos, y temeroso como siempre de que Alfonso triunfase de su modestia, y lo hiciese abandonar aquellos lugares para seguir el estruendo de la corte; cuando vió venir por la pradera á un caballero, cuyas facciones no le eran desconocidas.

—Don Lope, amigo mio, ó mejor dicho mi hijo, pues mi hijo habeis de ser, siempre mis brazos están abiertos para vos.

Y al decir estas palabras estrechó afectuosamente contra su seno á don Lope de Herrera. Y prosiguió sus razones.

—Pues ya habeis tornado á estos lugares, juro á Dios que saldreis de ellos en demanda de dignidades y riquezas. Si teneis unas y otras, deponedlas en esta soledad al lado de una muger que os idolatra y que debe ser vuestra esposa.

—Don Juan, amigo, (esclamó don Lope) mal juzgais de mis intenciones si las creeis solo encaminadas por una ambicion infame. Yo aprecio mucho la tranquilidad de vuestra vida; pero si vos desde la infancia hubierais sido desdichado, en algo mas buscaríais la ventura que en la contemplacion de los prados y en el reposo de estas vastas soledades. Vos habeis tenido honras, si no conformes, al menos semejantes en algo á lo que debian esperar vuestros merecimientos: harto de ellas, las habeis despreciado, resolucion que apruebo, y que imitaria, á ser don Juan Ponce de Cabrera. Pero yo á quien la envidia, la mentira, y la adversa suerte han perseguido constantemente desde la cuna, sin que los méritos, sin que el valor, sin que la virtud, sin que la antigua nobleza de mis padres, y sin que sus servicios y los mios hayan recibido premio, lo anhelo y lo busco sin descanso, no por lo que valga ante la estimacion del mundo, sino porque debo recibirlo.

—¿Y pensais acaso forzar á la fortuna á que os entregue esos dones, cuando mas se empeña en esconderlos á vuestra vista? (preguntó don Juan). Cuando mas os empeñeis en la empresa, mas os despreciará la fortuna, y en vez de convertirla en vuestra esclava, ella os convertirá en su juguete, y luego en despojo de sus rencores. Miraos en mi ejemplo: temo la próspera fortuna, procuro huir á esta soledad para ocultarme de sus ojos; pero hasta aquí me persigue. No las dignidades, no los tesoros apetezco, sino un estado mediano y un sosiego del alma. En este sitio gozaba, y aun gozo algo de lo que tanto apetece mi deseo; y en medio de todo, estoy luchando contra los favores de la fortuna para no apartarme de los objetos de mi amor, de mi felicidad y de mi reposo.

—Ya veo que en nosotros la fortuna ejercita sus maldades, dijo don Lope: os favorece para inquietaros y me desprecia para atormentarme. No sé si seremos vencidos ó vencedores en la lucha que emprendimos: vos en resistir sus dones, y yo en procurarlos; pero la victoria al cabo ha de coronar mis esfuerzos por lo menos; pues tengo ya las armas para subir á la cumbre de la rueda de la fortuna. Quizá desde ella caeré luego despeñado: pero el título de vencedor jamás se apartará de mi nombre.

—Loco sin duda estais (replicó Cabrera): y en verdad que sois el primero que intenta escalar el trono de la prosperidad por medio de la violencia y á despecho de la suerte. Mas os engañais, segun imagino: si conseguis el favor de ella en vuestra osadía, sereis señor de los objetos de vuestras ambiciones, pero no por vuestra sagacidad, sino por el deseo de la que creeis vencida, cuando quizá por burlarse de vos se deja vencer, consiguiendo mayor victoria en engañaros. Tal vez caminais á vuestra perdicion: huid del riesgo que ella os prepara, y triunfad de vos mismo.

—¿Y sois acaso menos loco que yo? (continuó D. Lope). ¿Pensais vos que tanto enalteceis el poderio de la fortuna, vencerla cuando

me la pintais como invencible? Ella se obstina con ciega pertinacia en daros las dignidades que entregais al desprecio: pues bien, si nada consigue de vos, su poder está sujeto al raciocinio de los mortales que saben recoger sus favores y tambien desdeñarlos. Y ya que vos tanto imperio alcanzais sobre la suerte que os persigue para bienes, yo espero con las mismas armas del ingenio librarme de los males con que me acosa. Hoy el rey ha de venir á veros, antes de esconderse entre las sierras para fatigarse con el ejercicio de la caza. Quiero que me presenteis á S. A.

—Don Lope, ciego venis, (dijo Cabrera) mas pues lo quereis, cúmplase vuestra voluntad: amigos somos siempre: y mi hija está destinada para vos, ya poseais las dignidades que quereis, ya os agobie la pobreza. Y en prenda de una fiel amistad, tomad mi espada y dadme la vuestra. Donde quiera que estuviéreis, ella os recordará mis consejos para que os separen de los peligros á que arrastra la ambicion, y vuestra espada me servirá de memoria del arrojo con que perseguis á la fortuna, que os maltrata para yo huir de sus favores.

—Acepto vuestra espada en señal de perpétua amistad, y confirmemos esta nuestros brazos.

Dijo D. Lope y entregó su espada á Cabrera, en tanto que este dió á Lope la suya, y con ella los brazos, no sin derramar lágrimas hijas de un puro afecto.

En esto dos clarines desde el castillo anunciaron que se acercaba gente al castillo.

—El rey llega, Lope: retírate un poco, y confia en mi que le haré presentes tu persona, tus servicios y mis deseos de que subas á las dignidades que mereces.

—Tú eres aun mas que amigo mi padre, respondió D. Lope á las anteriores razones de Cabrera, y se apartó de la plaza de los álamos, sin perder de vista á D. Juan.

Llegó D. Alfonso, sin ropas ni atavios reales sobre un caballo blanco, y sin mas armas que una ballesta y un venablo. Seguianle en sendos potros dos monteros de su casa. Ponce de Cabrera se acercó al rey en ademan de quitarse el birrete; pero Alfonso le hizo señas para que no descubriese con una indiscreta señal la persona que lo visitaba.

—Aquí no soy D. Alfonso XI, sino D. Alfonso de Castilla, (dijo el monarca, apeándose de su caballo, cuyas riendas entregó á uno de los monteros), un caballero de ese nombre amigo de D. Juan Ponce de Cabrera, y aficionado á perseguir alimaña en las sierras de Córdoba.

—Señor (esclamó D. Juan), V. A. me honra de tal suerte que ya la vanidad hubiera entrado en mi pecho, si no conociese que estas acciones de V. A. son efectos de la bondad de su cariño con que me favorece, y no premios de merecimientos que jamás he tenido.

—Siempre sigues en esta soledad entregado á tus filosofías (prosiguió Alfonso). Tiempo es ya de que la dejes, para emplear tu buen entendimiento en servicio del rey de Castilla. En mi corte te preparo el mejor puesto al lado de mi persona. ¿Qué mas pudiera apetecer tu ambicion?

—No tengo ambicion de dignidades, sino de sosiego (dijo Cabrera). Mi mayor deseo seria ocuparme en servir á V. A., pero no en los palacios, donde la tierra es insegura para los que se ven lisonjeados del favor de la suerte, sino en los campos de batalla y en la guerra con el moro. Si para esto V. A. necesita de mi brazo y de mi vida, mi vida y mi brazo están á la disposicion de mi rey y señor, á quien tanto amo y venero.

—Tambien puedes servirlo en la corte con tus consejos (dijo Don Alfonso): diestro eres y esperimentado en la política: necesito no de tu vida y de tu brazo, sino de tu discrecion y de tu sabiduria.

—Mil hombres hay en vuestra corte (replicó el caballero) que pudieran desempeñar ese cargo con mas méritos que yo. Para subir á la dignidad de privado de V. A., ¿cuáles son mis títulos, cuáles los servicios que he prestado á V. A.? Cuando os haga alguno digno de tamaño premio, entonces no dudaré un solo instante en ser consejero de V. A., sin temer á la envidia y á los detractores que me cerquen en palacio.

Don Alfonso escuchó estas razones con algun asombro, viendo la resistencia de su vasallo á recibir favores de reyes; quedó suspenso un rato dudando si era hija del orgullo ó de la modestia. Al cabo se dirigió otra vez á D. Juan, diciéndole con semblante algo alterado y con muestras de un enojo pasagero.

—Me ofreces aceptar mi valimiento, luego que me hayas hecho algun gran servicio, del cual pende la salvacion de mi corona, la seguridad de mi estado, ó el reposo de mis reinos. ¿Pero qué acciones puedes ejecutar en mi servicio sin salir de estas soledades? Por loco ó por ingrato debiera tenerte, si menos amor te profesase.

Dijo el rey, y sin esperar iba á encaminarse hácia su caballo, cuando D. Juan le llamó con estas razones:

—Yo daré á V. A. un consejero de mas valia que éste á quien tanto pretendeis favorecer sin mérito alguno.

Y al propio tiempo hizo una seña para advertir á Lope que era ya ocasion de acercarse.

Pero Alfonso no se detuvo y comenzó á montar, cuando los dos amigos estaban cerca de sí.

—Señor y rey mio (dijo D. Juan), D. Lope de Herrera, de ilustre linaje, de gran valor, y de no menores servicios prestados á la corona de V. A, llega á vuestra presencia. Yerno mio va á ser, y pues tales merecimientos tiene, V. A. que tan justiciero es, no podrá menos de honrarlos de hoy mas.

Alfonso que estaba ya montado en su caballo, miró con desden á Don Lope, y respondió á Cabrera:

—En mejor ocasion hablaremos: la caza me llama. Guárdete Dios.

Y picando al caballo, se alejó á buen paso, seguido de los dos monteros.

Don Lope mudó el color del rostro y dió señales del mas triste abatimiento, al ver la indiferencia del rey hácia su persona.

Cabrera se dirigió á su amigo, le tomó la mano, y le dijo:

—Ya lo veis: el desengaño de la fortuna lo tenemos presente. Sigue ofreciéndome los dones que desprecio, y no desiste de negároslos, á pesar de vuestros esfuerzos. El mejor remedio de las desdichas se encuentra en olvidar que es uno desdichado. En vano he pretendido cubriros con el manto de mi ventura: vuestra mala suerte lo ha arrebatado con furor de vuestros hombros, y os ha descubierto á los golpes de la infelicidad, contra quien luchais inútilmente. Ya veis, querido mio, que contra la fortuna no sirve la violencia.

Don Lope al escuchar estas palabras alzó los ojos al cielo, y pareció como que recuperaba los antiguos brios.

—Os engañais (dijo á Cabrera) si me teneis por vencido. Aun tengo un arma poderosa con que sujetar á mis pies á la enemiga fortuna. Pronto vereis cómo vuestros pensamientos quedan deshechos ante mis acciones.

Y subiendo prestamente en su caballo, encaminó sus pasos á la misma senda que tomaron el rey Alfonso y los dos monteros.

A poco volvió el rostro al castillo, y vió en una de sus almenas á Blanca que lo miraba tristemente.

Digno he de ser de ti (dijo á media voz), puedo salvar al rey la vida, y la salvaré, si mi valor no desfallece y á pesar de los rigores de mi fortuna.

Apretó nuevamente las espuelas al caballo, y se entró por la espesura de la sierra.

En tanto D. Juan Ponce tornaba á su castillo tristemente compadeciendo la temeridad de su amigo.

(Continuará.)

ADOLFO DE CASTRO.



Estátua de la reina doña Leonor, muger del rey don Juan I de Castilla.—En la capilla de Reyes Nuevos en la catedral de Toledo.)

TRAGE SINGULAR.

El famoso Louvois, ministro de Luis XIV, era, cuando jóven, algo ligero de cascos, y hallándose en Brest á los diez y ocho años, con muchas deudas y sin dinero, escribió á su padre el marqués de Souvré pidiéndoselo. No recibiendo respuesta vendió toda su ropa, menos un frac negro muy usado, y con su importe marchó al castillo de Louvois, donde aquel lo recibió muy mal, en términos que no se atrevió los primeros dias á renovar su peticion.

Una noche le anunció el marqués que dos dias despues debian venir á comer al castillo varias señoras muy distinguidas de las inmediaciones, y le añadió: «Espero que te quitarás ese indecente trage de camino, y que te vestirás como corresponde.» Louvois se guardó bien de decirle que no tenia otro, pero le indicó que los que habia traido todos eran viejos y que deseaba hacerse uno nuevo, y aprovechó la ocasion para pedirle dinero. La negativa de su padre fué tan terminante que no le dejaba la menor esperanza, y por lo tanto no insistió, y se limitó á decirle que se pondria otro trage.

El cuarto en que dormia estaba colgado con unos tapices muy antiguos que representaban grandes personages: Louvois descolgó uno en que figuraban Armida y Reinaldo, hizo que le trajeran al sastre del pueblo inmediato, y le mandó hacer con él un trage completo: frac, chaleco y calzones, y que se lo llevara dos dias despues muy temprano. El sastre, para que hubiese alguna regularidad en este singular vestido, hizo las mangas del frac con los dos brazos de Armida, puso en la espalda la cabeza de Reinaldo con un magnífico casco, y el resto lo formaron dos cabecitas de amorcillos y fragmentos de escudos.

Louvois se endosó muy satisfecho este equipage, y esperó, no sin alguna impaciencia, en su cuarto y en el mes de julio, la llegada de los convidados. Así que oyó el ruido de los carruages en el patio, bajó con ligereza, no obstante la pesadez enorme de su adorno, y se presentó en la entrada de la escalera á dar la mano á las señoras, lo cual hizo con suma seriedad y con la mayor sencillez y naturalidad. Mientras que sorprendidas estas y haciéndole en vano mil preguntas las conducia Louvois con aire de triunfo al salon, llegó el marqués de Souvré, y al ver adornado á su hijo con los despojos de su cuarto, retrocedió sorprendido pidiéndole con irritado tono la esplicacion de aquella estravagancia.

—Padre, le respondió éste, me habiais mandado poner otro trage, y como no tenia á mi disposicion mas que este género, me he visto precisado á echar mano de él para obedeceros.



(La declaracion, cuadro de Poitevin presentado en la esposicion francesa.)

UN COMBATE EN CAMPO CERRADO

en tiempo de Luis el Gordo.

EL CONDE HUGO DE CRESSY CONTRA EL CONDE AMAURY DE MONFORT.

Las trompetas hicieron la señal y ambos combatientes se lanzaron uno contra otro con la velocidad del rayo, chocándose sus espadas sobre sus cabezas, y resonando el choque en todo el recinto. Cien golpes fueron dados y devueltos alternativamente con igual agilidad y parados con la misma destreza: el sudor de ambos campeones inundaba sus armaduras: un sombrío silencio los rodeaba, y no era posible prever el éxito de aquella terrible lucha. Monfort entre tanto engañó á su adversario con un falso ataque, y su espada cayó á plomo sobre el casco de Cressy y rompió la cimera: mas su dureza hizo resbalar la espada, que lo hirió únicamente en la oreja. Aumentóse con esto la furia de Cressy y se redobló su vigor, y la espada que lo habia herido saltó hecha astillas por la suya sobre la cabeza del conde de Monfort, que pasó al momento su hacha á su mano derecha y empuñó el puñal con la izquierda. Cualquier otro que Cressy hubiera tirado su espada para que las armas fueran iguales, mas él habia olvidado que combatia contra el padre de Luciana, y la vista de su propia sangre lo tenia sediento de la de su enemigo. A un tiempo peleaba con la espada y el hacha, mas el diestro Monfort sabia parar todos los golpes, y aprovechando un paso en falso que dió Cressy resbalando sobre un trozo de la espada que habia caido al suelo, le sacudió un golpe tan duro y violento sobre la manopla, que la espada del bárbaro cayó de su entorpecida mano. Desde entonces no fué ya desigual el combate: Monfort estrechaba á su adversario para no darle tiempo ni ocasion de recoger su espada: el peligro mismo redoblaba su viveza, y uno de sus golpes hubiera derribado un hombro á Cressy, si la placa de acero que lo cubria no hubiera sido de tal temple que ni aun fué abollada. No se hizo esperar la respuesta, y si el filo del hacha de Cressy no hubiera dado contra el mango de encina de la de Monfort, hubiera éste sucumbido. Un estremecimiento de terror agitó á los espectadores, y esta muestra de interés reanimó su valor, y el hacha de Cressy recibió tan fuerte golpe de la suya, que cayó al suelo hecha dos pedazos entre ambos combatientes.

Mas este contratiempo no desanimó á Cressy, y antes que su adversario le pudiera acertar otro golpe, se arrojó sobre él enlazándolo con sus nervudos brazos. Entonces fué ya inútil la hacha de Amaury, porque ni podia manejarla ni descargarla sino al acaso sobre la espalda de Cressy. Sujeto como con un tornillo, solo le quedaba un brazo para defenderse, en términos que abandonó su arma y ambos campeones quedaron solo reducidos á los puñales. Fuertemente abrazados uno con otro, cada uno trataba de fatigar á su adversario y derribarlo al suelo: la tension de sus músculos denotó igual vigor por largo rato; la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo; mas el conde de Mon-

fort, con el peso de cincuenta años, luchaba contra un coloso que se hallaba en todo el vigor de la juventud. Cressy le hizo perder pié, y lo derribó al suelo sin soltarlo, y apoyándole una rodilla sobre el vientre, lo oprimia como un tigre encarnizado sobre su presa, y arrancándole de la mano el puñal con que todavía procuraba Monfort herirle, y poniéndole el suyo en el cuello, comprimiéndole la visera con la mano izquierda:

«Ríndete, le dijo, confiesa que estás vencido.»

¡Gracia! ¡gracia! clamaban los espectadores espantados con tan terrible y prolongada lucha. El rey Luis arrojó su cetro á la liza, los jueces del campo se pusieron en pié, y los ecos del clarin trasmitieron á Cressy la órden de cesar el combate.

LA VOZ DEL ANCIANO.

Hallándome una tarde en el paseo de cierta capital de Europa, ví venir á lo lejos un elegante tilbury que era tirado por un brioso alazan y dirigido por un jóven elegante, á cuyo lado iba una señorita tan gallardamente prendida y sentada con tanta gracia, que cautivaba á cuantos la miraban: la rápida carrera de este ligero carro de triunfo le hubiera merecido una corona en los brillantes juegos olímpicos. Admirados estaban todos los concurrentes envidiando la suerte de estos felices mortales, cuando los distrae la ronca y cascada voz de un anciano, pequeño de cuerpo y de una fisonomía muy viva, que gritaba al del tilbury diciéndole: *¡Detente!* Esta palabra que fué contestada con una sonrisa de desprecio por el orgulloso conductor, produjo en el concurso un murmullo general de disgusto y desaprobacion; mas á pocos instantes vemos que tropieza el carruaje contra un obstáculo imprevisto, cae, se rompe y ruedan largo trecho por el suelo el presuntuoso galan y la almibarada ninfa. Avergonzados ambos, se levantan llenos de polvo y les falta tiempo para buscar un coche de alquiler y sustraerse á las miradas indiscretas de una multitud de espectadores que se apresuraban á reconocerlos, con mas malicia que compasion.

Y bien, dijo entonces el anciano, yo lo habia previsto, no quisieron oir mi consejo, que escarmienten en hora buena.

La tarde era calurosa, y fatigado yo de andar tomé una de aquellas sillas, que aunque de mala figura, son en los paseos públicos mucho mas cómodas que los durísimos bancos de piedra: me hallaba entre muchas personas divirtiéndome en oirlas hablar de la ocurrencia del tilbury y de las mil frivolidades que dan pábulo á la conversacion en estos sitios de recreo. Un jóven de traje elegante, poblados bigotes y acicalada pera, hablaba en defensa de las modas del dia con un caballero vestido á lo antiguo, que criticaba con severidad las estravagantes variaciones de los trages de las señoras, el lujo de los chales de cachemira, que tan costosos suelen ser á los pobres maridos, y el corrompido gusto de los hombres: en un principio era esta conversacion muy festiva; pero poco á poco fué tomando un carácter sumamente sério. Aquel anciano que habia gritado á los del tilbury, se hallaba inmediato á nosotros oyendo la conversacion con mucha calma; pero de repente se anima, alza la voz y dice á los contendientes: *¡Deteneos!* Ellos no hicieron caso, continuando cada vez con mas calor su disputa, que terminó por una cita cuyo resultado sabe Dios cuál seria.

Me retiré del paseo meditando sobre las advertencias lacónicas del imperturbable viejo, y habiendo tomado un refresco en el café, me encaminé al teatro. Al entrar en el patio ví á lo lejos aquel anciano cuyas secas palabras resonaban todavia en mis oidos: deseoso de observarlo de cerca pasé á sentarme junto á él, cumplimentándole con mucha cortesía. Se representaba una pieza nueva, en la que el autor, como suele suceder con frecuencia, tenia un partido á su favor y una intriga en contra, y por lo mismo estaba dispuesta una pandilla para elogiar el drama, y otra para vituperarlo: ambas principiaron á poner en juego los aplausos y los desprecios, y ya iba bastante encrespada la contienda, cuando el taciturno viejo principió á dar fuertes golpes en el entarimado con su baston, gritando con una voz que atronaba: *¡Deteneos!* Lejos de hacerle caso, la discusion literaria se convirtió en una riña de mercado; las injurias sustituyeron á las figuras de retórica, los golpes á las injurias, y no terminó el escándalo hasta que la guardia le puso fin llevándose arrestados indistintamente á los agresores y á los provocados.

Concluida la comedia entré en una casa de juego para buscar á cierto amigo que presumia estuviese en ella: sorprendido quedé al encontrar en aquella casa de perdicion al respetable y severo anciano, á quien habia perdido de vista á la salida del teatro, lo que me estimuló á detenerme, poniéndome desde luego á observar los pálidos semblantes de aquellos cortesanos de la fortuna, las alternadas conmociones de alegria y de pesar, de orgullo y de abatimiento, de satisfaccion y de despecho con que estos esclavos de la avaricia son agitados por los caprichosos decretos de aquella voluble diosa: pero lo que mas me llamó la atencion fué un jugador elegante, frívolo y altanero, á quien favorecia tanto la suerte, que cuantas jugadas hacia otras tantas acertaba. Los banqueros perdian ya la paciencia, contra su natural impasibilidad, al verse obligados á menudear el pago de tan repetidas ganancias, acostumbrados como ellos estaban no á dar sino á recibir: ya tenia el engreido favorito de la fortuna un monte de oro delante de sí, y todos los circunstantes guardaban un profundo silencio, cuando el sentencioso anciano acercándose á él y dándole un golpecito en el hombro le dijo en voz baja: *¡Detente!* El atolondrado ganancioso le responde con una burlona carcajada de risa, y doblando las puestas empeña mas que nunca el juego: á pocos instantes se ladea la suerte, reveses suceden á reveses, la montaña de oro se aplana, en fin, el tesoro desaparece.

Pálido y desconcertado, saca el jugador la bolsa y pierde lo que tiene en ella: pide prestado á sus amigos y sufre la misma suerte: entonces se oye una terrible voz que le dirigió el impaciente viejo diciéndole: *¡Detente!* pero el ingrato jóven se encoleriza, le injuria, le amenaza, y dando gritos de desesperacion deja aquella infernal guarida vociferando que iba á poner término á sus desgracias. El anciano lo sigue precipitadamente, yo corro tambien en pos de él, lo llamo y no hace caso; baja la escalera y encuentra al pié de ella una muger llorosa que trata de detenerlo; quiere apartarla de sí, mas ella se echa á sus pies, le presenta una bolsa y unas joyas y en vano trata de sujetarlo: en fin, con el acento mas tierno prorumpe en estas palabras: *¡Detente en nombre del amor y de tus hijos!* El hombre queda petrificado, derrama despues lágrimas, la estrecha entre sus brazos y se vá con ella. Ya se ha salvado, esclamó el anciano: este *detente* habló á su corazon; el mio hablaba solamente á su juicio.

Conmovido yo á la vista de una escena tan tierna, y habiendo quedado solo con el viejo, le pregunté lleno de curiosidad: ¿Quién sois, hombre singular? He oido predicadores elocuentes sin ablandárseme el corazon; he leido las obras de los primeros filósofos, y aunque han escitado mi alma no han satisfecho mi curiosidad; por el contrario han oscurecido mi espíritu en vez de ilustrarlo, pues al paso que me sacaban de algunos errores me sumergian en muchas dudas: vos no pronunciais mas que una sola palabra, y sin embargo adquiris cierto dominio sobre mí, me inspirais confianza y me imponeis respeto. Amigo mio, me contestó el anciano, he vivido mucho y he errado mucho: estudié todos los sistemas filosóficos, todos los códigos, todas las doctrinas; de poco me sirvieron estos conocimientos, pues una larga meditacion y una tardía esperiencia han reducido toda mi filosofía á este solo precepto: *¡Detente!*

Si todos supieran detenerse serian muy poco dominados por las pasiones; por no saber detenerse, el valor se convierte en temeridad, la libertad en licencia, la severidad en tirania, la bondad en debilidad, la generosidad en profusion, el amor en celos, la devocion en fanatismo, la sumision en bajeza, el elogio en adulacion y la censura en sátira. ¡Cuántos monarcas del Oriente por no querer que su voluntad fuese *detenida* por las leyes, han sido esclavos de sus esclavos, ó asesinados por sus mismos súbditos! No sabiendo los griegos *detenerse* en su apasionado amor á la libertad y en sus ardientes deseos de dominar, se dividieron é hicieron intervenir al estrangero en sus desavenencias cayendo en la esclavitud.

En nuestros tiempos modernos ¡qué de necedades y de crímenes no han sido cometidos por no saber ó no querer detenerse! Hasta las virtudes llevadas al estremo se convierten en vicios: por esto la mejor leccion que puede darse al hombre para mejorar sus costumbres y asegurarle su bienestar, consiste en esta sola palabra: *¡Detente!*

J. P.

LA ULTIMA HORA.

(Este juguete ha sido escrito para ponerlo en música.)

I.

Distante de tu lado,
¡ay! muero, madre mia;
y torno en mi agonía
los ojos hácia tí:
pues aunque nos separen
el mar, la tierra, el viento,
fijo tu pensamiento
tendrás tú siempre en mí.

II.

¡Ay madre, madre amada!
¡cuál las tranquilas horas

recuerdo encantadoras
de mi infantil edad!
Entonces tú velabas
mi sueño tiernamente,
sintiendo yo en mi frente
tu beso maternal!

III.

Y ¿cómo pude ingrato
tan pronto abandonarte?
¿Cómo pude pagarte
tu amor con esquivez?
¡Ah, sí! ¡Memoria infausta!
¡Con lengua mentirosa
una muger hermosa
jurábame su fé!

IV.

Y creyéndola ¡oh mísero!
por ella muero ahora;
¡mientras la infiel adora
á aquel que me mató!
Adios... que ya se mueve
con pena el labio mio...
yo un ósculo te envío...
madre del alma... adios!...

RAMON DE NAVARRETE.

LOS LUSIADAS.

(**Traduccion.**)

CANTO II.

. . . . . .

XXXIV.

Con los bellos colores del camino
Tan hermosa y tan dulce se mostraba,
Que el aire y el cielo del confin vecino
Y todo el firmamento enamoraba:
Los ojos, fuente de un amor divino,
Un tan ardiente rayo iluminaba,
Que los polos helados encendia
Y la zona glacial de fuego hacia.

XXXV.

Y por mas encantar al soberano
De quien siempre querida Dione fuera,
Se le presenta, asi como al Troyano
En el ideo confin se apareciera;
Si la viese el mortal que el cuerpo humano
Perdió viendo á Diana placentera,
Nunca los fieros galgos le mataran,
Que antes los deseos le acabaran.

XXXVI.

Las rubias trenzas de oro se esparcian
Por su cuello en la nieve cincelado;
Los pechos al andar se estremecian,
Y amor jugaba allí sin ser notado;
Del blanco seno llamas le salian,
Do abrasa el corazon el dios alado;
Por las tersas columnas le trepaban
Deseos que cual yedra se enlazaban.

XXXVII.

Trasparente cendal las partes cubre
del virgíneo pudor justo reparo,
Mas ni todo lo esconde ni descubre
El velo de los lirios poco avaro;
Por avivar la llama el velo encubre
Hermosas prendas de tesoro raro,
Ya arden los dioses de los altos cielos,
Marte en amores y Vulcano en celos.

XXXVIII.

Y mostrando en el célico semblante
Sonrisa de tristeza acompañada,
Como dama que fué de ingrato amante
En lances amorosos mal tratada,
Que se queja y se rie en un instante,
Y es feliz á la vez y desgraciada;
Asi la Diosa á quien ninguna iguala
Llorosa y triste su dolor exhala.

XXXIX.

Y asi comienza: «¡oh padre poderoso,
Siempre al pesar que devorara impio
Mi triste pecho, te encontré amoroso
Aunque pesara á algun contrario mio;
Mas pues ora te miro rencoroso
Sin que merezca tu cruel desvio,
Cúmplase lo que Baco determina
Y la afrenta que el hado me destina.

XL.

«Este pueblo infeliz por quien derramo
Llanto que en balde derramado veo,
Sobrado mal le quiero pues le amo,
Siendo contrario tú de mi deseo;
Por él á tí rogando lloro y clamo
Y contra mi ventura en fin peleo,
Y pues mi amor le causa tal desdicha,
Quiero quererle mal para su dicha.

XLI.

«Muera á las manos de esas fieras jentes,
Perezca en fin....» y triste y afanosa,
Su rostro baña en lágrimas ardientes
Como baña la lluvia fresca rosa;
Callada se detiene entre los dientes
La voz sentida, tierna y dolorosa;
Quiere seguir, mas yendo hácia adelante
Le suspende la voz el gran Tonante.

XLII.

Y de estas dulces muestras conmovido
Que movieran de un tigre el pecho duro,
Torna Júpiter sacro enternecido,
Sereno el aire, y claro el mar oscuro;
Las lágrimas le enjuga, y encendido
Le besa el rostro celestial y puro;
Y si solo con ella se encontrara
Acaso otro Cupido se engendrara.

XLIII.

Estrecha contra el suyo el rostro hermoso
A que la pena añade nuevo encanto,
Cual niño castigado, que lloroso
Aumenta mas con la caricia el llanto;
Y le descubre el porvenir dichoso
Por templar su dolor y su quebranto;
Asi tierno le dice el rey del cielo,
De los hados rasgando el denso velo:

XLIV.

«Hija mia, tu pena echa en olvido,
Que será libre el fuerte Lusitano;
Nada á mi corazon es mas querido
Que ese rostro de cielo soberano;
Ya verás el renombre oscurecido
Del sabio Griego é ínclito Romano,
Por los triunfos heróicos que esta gente
Ha de alcanzar en el estenso Oriente.

XLV.

«Que si el profundo Ulises escapara
De ser en la isla Ogigia eterno esclavo,
Y si Antenor la Iliria penetrara
Y el seno de la fuente de Timavo;
Y si el piadoso Eneas navegara
De Scila y de Caribdis el mar bravo;
Estos mayores cosas emprendiendo
Irán mundos al mundo descubriendo.

XLVI.

«Fortalezas, ciudades, altos muros
Por ellos has de ver edificados,
Y los Turcos intrépidos y duros
Por su poder verás desbaratados;
Los Reyes indios libres y seguros,
Al portugués monarca subyugados,
Y haciéndose los tuyos sus señores,
A esas tierras darán leyes mejores.

XLVII.

«Verás al que abatido y afanoso
El Indo con ardor va procurando,
Hacer tiemble Neptuno poderoso
Sin los vientos las aguas encrespando;
¡Oh prodigio admirable y portentoso,

Que hierva el ancho mar en calma estando!
¡Oh gente altiva y de altos pensamientos,
Que hasta hace conmover los elementos!

XLVIII.

«Y esa region que descubrir ansía
La verás hecha un puerto prepotente,
Donde descansen de su larga via
Las naves que naveguen de Occidente;
Y todas esas costas que en el dia
Gimen esclavas de la impía gente,
Llenándose de horror, de espanto y luto,
Al Lusitano pagarán tributo.

XLIX.

«Y verás el mar Rojo tan famoso
Amarillo tornarse amedrentado,
Verás de Ormuz el reino poderoso
Por dos veces vencido y conquistado;
Allí se verá el Moro rencoroso
De sus propias saetas traspasado;
Que el que á los tuyos combatir desea,
Contra sí mismo en su furor pelea.

L.

«Verás á Dio inespugnable y fuerte
Tras dos cercos vencida y conquistada;
Allí se mostará el valor, la suerte
Que dejará esta hazaña eternizada;
El Moro allí luchando con la muerte,
Maldecirá su religion amada:
Y el propio Marte se verá envidioso
Del Portugués valiente y belicoso.

LI.

«Verás á Goa arrebatada al Moro,
Del Oriente despues reina y señora,
Y tornarse en riquísimo tesoro
Con triunfos de la hueste vencedora;
Allí de los Gentiles en desdoro
Mostrarse la verás dominadora,
Poniendo freno á la ominosa tierra
Que le moviese osada cruda guerra.

LII.

«Verás de Cananor la fortaleza
Sustentarse sin medios y sin gente,
Y convertirse en humo la riqueza
De Calcuta, ciudad tan floreciente;
Se admirará en Cochim la atroz braveza
De un corazon tan duro y tan valiente,
Que cítara jamás cantó victoria
Que asi merezca de renombre y gloria.

LIII.

«Nunca con Marte fuerte y belicoso
Se vió hervir á Leucate, cuando Augusto
En las civiles guerras animoso
Al capitan venció romano injusto
Que del Indio confin, y del famoso
Nilo, y del Bactra Scítico y adusto;
Venia vencedor con presa honrosa,
Mas preso en el amor de egipcia hermosa;

LIV.

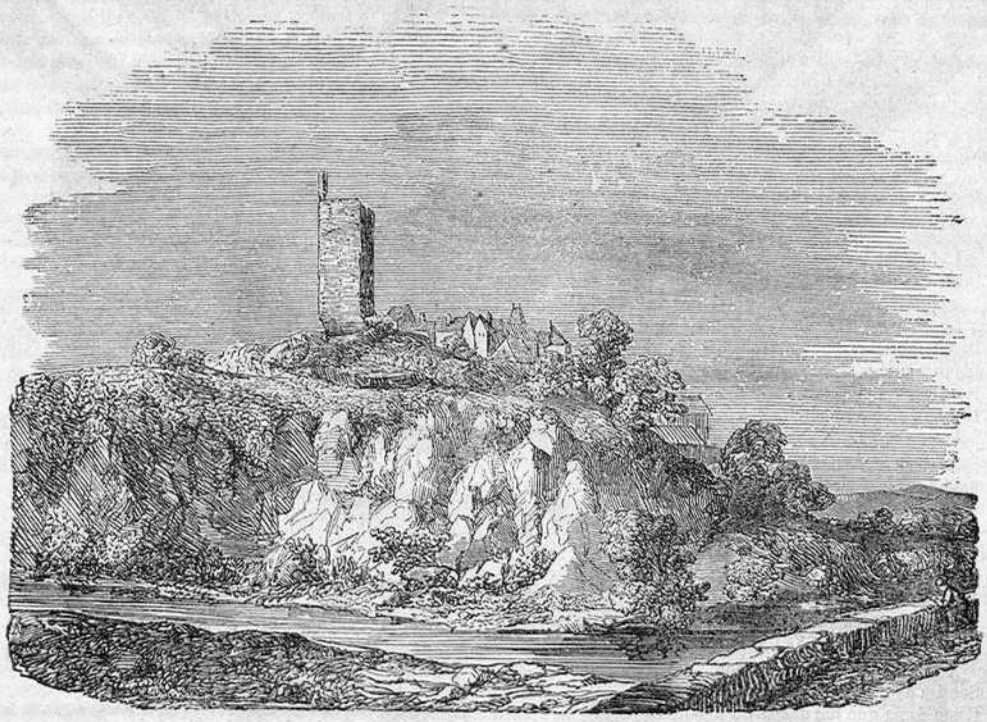
«Como verás el mar hervir al peso
Del incendio y volcan de la refriega,
Al Idólatra esclavo, al Moro preso
Y de ciudades mil la pronta entrega;
Y sujetarse el áureo Quersoneso,
Y el mar por dó á la China se navega,
Declarándose en fin todo obediente
De cuanto abraza el anchuroso Oriente.

LV.

«Y tal es el valor, hija adorada,
Que se admire en su esfuerzo sobrehumano,
Que no se verá gente mas preciada
Del ancho mar de Oriente al Gaditano;
Y ni en la zona boreal dorada
Que descubrió el osado Lusitano,
Aunque por todo el orbe avergonzados
Resucitasen todos los pasados.»

. . . . . .

EMILIO BRAVO.



(La Atalaya.)

Madrid.—Oficinas y Est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



PLACA DEL EMPERADOR CARLOS V.

Esta alhaja histórica, cuyas dimensiones reproduce exactamente nuestro grabado, está cubierta de piedras preciosas. En la parte inferior del cuello del águila austriaca y sobre el vientre son rubies: las alas están adornadas tambien de rubies y de piedras encarnadas. En medio de la corona tiene una gran perla y algunas otras suspendidas del pico, de las patas y de la cola. Un rombo aislado y enriquecido con perlas, zafiros, amatistas y esmeraldas sirve de guarnicion al águila. Los semicírculos que sirven de orla al rombo están esmaltados de blanco, verde y encarnado. En el fondo de ocho relicarios protegidos por cristales, y que contienen pedacitos de hueso, se leen los nombres de ocho santos y santas: Martin, Andrés, Margarita, Nicolás, Pedro, Hipólito, Constancia y Lorenzo.

Influencia de las mugeres en la cultura de los pueblos.

Rápida ojeada sobre el periodo caballeresco, y parte que en él cupo á la muger.

Para formar una idea exacta de la civilizacion de los pueblos, basta dirigir una mirada y observar el respeto y la veneracion que se tiene á las mugeres. Pocas veces es falible este barómetro de la cultura de los pueblos, y pocas veces escapa el ojo penetrante del observador la época en que las naciones empiezan á decaer de su esplendor y de su poderío. Cualquiera página de la historia del mundo que se con-

sulte, nos mostrará á la muger abriendo paso á la civilizacion y preparando con la ternura instintiva de su corazon y con los atractivos de su belleza, todas las revoluciones de las ideas que han cambiado la faz del universo.

En la antigüedad tenian las mugeres grande influencia, á causa de la vida retirada de las familias, y porque las costumbres eran puras á causa de lo escasas que eran las relaciones sociales. Pero la influencia de las mugeres llegó á su apogeo cuando la religion cristiana empezó á hacer prosélitos entre los francos. Obligadas á dar á sus hijos una educacion enteramente nueva y á instruirlos diariamente en los preceptos de amor que engrandecen el corazon y elévan el pensamiento, las mugeres tuvieron precision de ligarse mas íntimamente con los hombres.

La muger, por otra parte, tiene en su naturaleza y en su sensibilidad algo sobrenatural que se presta maravillosamente al apostolado, y á la propagacion de la instruccion; emplea casi siempre, con éxito seguro, los recursos de la persuasion, mejor diremos de la seduccion, con que Dios la ha dotado con prodigalidad. Casi siempre empiezan las conquistas religiosas las mugeres, y ellas son tambien las que las hacen crecer y propagarse. Un gran volúmen no nos bastaria para citar todas las conversiones célebres, todas las conquistas religiosas que se les deben.

Durante mucho tiempo el papel de la muger se limitó á civilizar en la oscuridad y en el silencio las rudas naturalezas de los bárbaros que conservaban, aun en el seno de la religion que acababan de abrazar, los defectos, los vicios, su groseria original. Por mucho tiempo debió luchar la muger con paciencia, con valentia, con amor, por dulcificar estos caractéres feroces, y para hacer olvidar á tan rudos dominadores las tradiciones despóticas incrustadas desde la cuna en las costumbres nacionales.

Durante los primeros siglos del cristianismo, las innumerables emancipaciones, debidas á la accion generosa de la religion, crearon la clase inmensa y desgraciada de los proletarios. La mayor parte de estos que pasaban de la condicion de esclavos á la de hombres libres, carecian de toda clase de medios de subsistencia. Alimentados, vestidos y alojados anteriormente por sus amos; que los consideraban como *cosas*, se encontraban de repente privados de toda clase de recursos, y lo que es peor, de trabajo.

Desde entonces la religion apeló á la caridad para aliviar tantas miserias y tantos infortunios. Las mugeres se entregaban con ardor entonces á las obras de caridad, que abrian á sus facultades humanitarias un inmenso campo de gloriosa actividad. Verdad es que su amor propio encontraba tambien cierta satisfaccion en las obras de beneficencia á que se dedicaban.

Estas relaciones de caridad, de fraternidad cristiana, contribuyeron singularmente á dulcificar las costumbres, á realzar á sus propios ojos las mugeres, á convertirlas para sus maridos en un objeto de respeto y de veneracion. Asi es como en el seno de la miseria y las plagas de la sociedad germinaban y se engrandecian los elementos de la civilizacion.

La señora de encumbrada alcurnia, la dueña de un castillo, descendia de sus salones á la cabaña mas humilde, llamaba en torno suyo los niños y las mugeres pobres, hacia abrir las puertas á los mendigos, y sin apercibirse quizás incrustaba en medio de la nueva sociedad, las virtudes que hacen el honor de la civilizacion. Interceciendo con su esposo en favor de los siervos que reclamaban su proteccion, le acostumbraba á la clemencia, á la generosidad, y de dia en dia la influencia de las buenas obras que ejercitaba, la hacian de mejor naturaleza y mas apta para su alto destino civilizador.

En el seno, pues, de estas relaciones de una naturaleza enteramente nueva, fué donde indudablemente nació la *caballeria*, que forma un periodo histórico, muy importante para que dejemos de examinarle aunque sea con la mayor rapidez.

La *caballeria* no fué, pues, una verdadera institucion, fué solo un periodo en la marcha normal de la civilizacion de las sociedades modernas. Cuando cesó el furor de las grandes guerras y la influencia religiosa dulcificó un tanto el carácter y las costumbres de los señores feudales, sintieron la necesidad de hallar en torno suyo goces morales y sociales, puesto que los placeres materiales y groseros de los sentidos no satisfacian ya á estos hombres transformados. De aqui nacieron las relaciones amistosas entre los señores mas cercanos, y entre estos y los vasallos. Bien pronto los señores imaginaron formarse una corte, y al efecto crearon oficios y grados que llevaban consigo ciertas ventajas y ciertas exenciones. Desde entonces los castillos se llenaron de pages, de coperos, de falconeros, de escuderos etc. Los señores no daban estos cargos sin recibir antes el juramento de fidelidad, y sin imponer á los favorecidos ciertas obligaciones. Este fué á nuestro juicio el orígen real de la *caballeria*.

El interior de los castillos que con este motivo reunieron un gran número de habitantes, todos de buenas familias, atrajo una concurrencia incesante, que dulcificó las costumbres, pulió las maneras, y condujo como por la mano al progreso de la civilizacion.

El papel que desempeñaban las mugeres en el seno de la caballeria era inmenso. Sabido es que donde viven bajo un mismo techo individuos de ambos sexos, se establecen necesariamente relaciones de galanteria, que todas ceden en provecho de las buenas maneras y de la amenidad de las costumbres. Los hombres no tenian mas anhelo que agradar á las damas y merecer su preferencia. De aqui resultaba una emulacion continua que se convertia en pró de las virtudes, del honor y del valor.

Sometido el bello sexo por su posicion á la vigilancia de tantos interesados en agradarlas, no podian sopena de sacrificar su reputacion y su reposo, acordar otros favores que los de estimacion y afecto puramente sentimentales. Asi es que esta fué la época de las grandes pasiones, de esos amores volcánicos, enteramente platónicos, que conducian á las mas nobles acciones, y que produjeron los prodigios de valor y los altos y milagrosos hechos de que estan llenos los anales de nuestro pais.

Cada caballero se formaba un tipo ideal que adoraba en su pensamiento, que era para él el único aliciente de la vida; este tipo le buscaba á través de las aventuras y de los peligros, y cuando pensaba haberle encontrado, se dedicaba esclusivamente á su servicio.

Los caballeros juraban proteger, honrar y respetar á las mugeres. Partian para las espediciones lejanas y para los mas rudos combates armados con la espada, que una mano adorada habia tocado. Feliz el que llevaba un rizo de pelo sobre su corazon, un lazo tan solo, entonces era invencible!

Cuando los valientes se ejercitaban en medio de los torneos y se disputaban el valor y la destreza, el precio del combate era una mirada amorosa, un regalo cualquiera hecho por una bella. Las mugeres eran casi siempre las que juzgaban y adjudicaban las recompensas en estas fastuosas solemnidades. Esta época dió al bello sexo una importancia inmensa é imprimió un fuerte impulso á los progresos sociales. Los trovadores nacieron en el seno de la *caballeria*, y sus cantos eran inspirados por el amor; por manera que al paso que la ciencia se habia refugiado y conservado en los claustros, la poesía renacia bajo las inspiraciones de la belleza.

Basta leer la série de juramentos que hacian los caballeros el dia de su recepcion, para convencerse de cuán honrada y cuán en veneracion estaba la belleza entre ellos, y lo que ella contribuyó á mejorar las costumbres. La caballeria con sus deberes religiosos, guerreros y morales, elevaba la inteligencia y presentaba de continuo á los esfuerzos de cada uno un ideal de perfeccion que hacia germinar y crecer las virtudes mas relevantes.

Cediendo los hombres al impulso de esta vida poética y de exaltacion, se desprendian cada vez mas de las preocupaciones materiales y groseras, y el espiritualismo hacia diariamente nuevos y rápidos progresos. El culto de la belleza llegó á ser un homenage puro, una adoracion real, y la muger idealizada, permitasenos la espresion, reinaba soberanamente sobre la sociedad que ella habia transformado. Jamás la civilizacion de la antigüedad pudo llegar á esta delicadeza de sentimientos, ni elevar el corazon por encima del nivel de las cosas materiales; y la causa principal de esto es que les faltaba el elemento religioso. La perfeccion de la muger pagana se realizó en la cortesana corrompida, y todos los poetas de la antigüedad celebraban las cortesanas. Horacio las consagró veinte y tres odas. La antigüedad no amaba ni veia en la muger mas que la parte material, y por eso sensualizaba el amor. A la influencia del cristianismo estaba reservado rodear á la muger de una aureola santa, y de restituir á la afeccion que inspira ese perfume de espiritualismo que hace de ella el mas noble y seductor de los encantos.

En todo este periodo que hemos recorrido, podríamos si quisiéramos, con la historia en la mano, resucitar las figuras mas bellas que la imaginacion mas acalorada pudiera jamás soñar. Nosotros, si quisiéramos, hariamos pasar por delante de la vista de nuestros lectores esas nobles cohortes de santas, de vírgenes y de mártires, cuyo papel fué tan sublime, tan valeroso, tan heróico y tan poético, al nacer la religion del crucificado; pero basta lo que ya llevamos dicho, para que quede sentado que la muger es la que forma las costumbres de los pueblos; que ella ha preparado siempre el progreso de la civilizacion, y que la falta de respeto y veneracion al bello sexo es un signo inequivoco de corrupcion, precursor por lo general de la decadencia y postracion de las naciones. De desear es que los gobiernos de las naciones donde esté á su disposicion la instruccion, cuiden de que se inoculen estas máximas y ejemplos en el corazon de la juventud, para no presenciar el desconsolador espectáculo de una generacion raquítica y degradada, que sin valor para defender á la muger, profana con lengua tan mordaz como cobarde al ser débil que el Criador colocára bajo su amparo y proteccion.

Baldon y vergüenza eterna sobre el menguado, que á vista del ul-

trage inferido á una muger, siquiera fuese la última de la sociedad, no siente hervir la sangre en sus venas y se acuerda que tiene..... Madre!!!

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

(*Continuacion.*)

III.

El rey D. Alfonso, seguido de sus dos monteros, empezaba á internarse en la sierra, cuando de detrás de una loma salieron á estorbarle el paso cinco hombres de á caballo, cubiertos los rostros y con las espadas desnudas.

—Detente, soberbio tirano (dijo el que parecia capitan): tu última hora es llegada para castigo de la soberbia con que has oprimido á tu patria.

Por un breve instante quedó turbado el rey con la presencia inesperada de los malhechores y con las arrogantes palabras de aquel atrevido. Pero tornando en sí y dando de espuelas al caballo, arremetió á los cinco apercibiendo su venablo para la defensa.

—Venid á mi, traidores (dijo con terrible voz); pronto quedareis satisfechos de que D. Alfonso sabe herir y matar á los que intentan arrebatarle alevosamente la vida.

Los monteros acudieron con sus armas á la defensa del rey, y con buen ánimo lucharon contra las mejores que esgrimieron los cinco caballeros, pues á poco rato cayeron mal heridos y sobre su propia sangre.

Alfonso arrojó su venablo á uno de aquellos, logrando derribarlo de la silla despues de haberle partido el corazon con el arma homicida. Los compañeros del moribundo, aun mas enojados con la desventura de su amigo, corrieron furiosos á tomar venganza del ofensor, el cual, preparando la ballesta que tambien llevaba, se disponia á dar la muerte á otro de sus contrarios. Pero salió el tiro inútilmente, pues el arma disparada fué á parar en el tronco de uno de los árboles que crecian en aquellas sierras.

Segura é inevitable era ya la última hora de D. Alfonso, cuando de repente se aparece en el lugar de la lucha un caballero montado en un soberbio alazan: corre al lado del rey, entrega á éste una espada desnuda y le dice:

—El cielo me envia á daros favor en este trance para salvar á Castilla. Tomad ese acero, mientras que yo con mi daga procuraré defender, aun mas que mi vida, la vida de V. A.

No bien pronunció tales razones, acometió con furia á dos de los cuatro regicidas, logrando á pocos instantes derribar al uno y mal herir al otro. Este, que parecia por las señales y por los recuerdos que aun conservaba D. Lope (pues D. Lope era el amparador del rey) el capitan de aquellos malvados, no bien sintió la herida y vió el mal estado de su gente, encomendó la salvacion de su persona á los pies de su caballo; y así, abandonando el lugar del combate, hizo correr al bruto á toda rienda para esconderse en lo mas intrincado de la sierra de Córdoba. Don Lope, conociéndolo y conociendo el propósito de su enemigo, no dudó en perseguirlo para lograr ó su muerte ó su prision, y con cualquiera de ellas el descubrimiento del hombre que habia tramado aquella conjura contra la vida de D. Alfonso.

Pero la diligencia de su contrario, ó mas bien la buena fortuna de este, impidió á D. Lope conseguir sus intentos. Muy luego lo perdió de vista entre aquellas malezas, y aunque por las pisadas del caballo y por algunos rastros de sangre pudo seguirlo, luego desaparecieron los unos y las otras, y en vano por aquellos contornos se fatigaba para hallar á su enemigo.

Cansado de trabajar en balde y de correr tras de una especie de fantasma, que se le habia ido de entre las manos con estraña ligereza y con gran conocimiento de los escondrijos de aquella sierra, tornó por el mismo camino á buscar al rey.

Don Alfonso en tanto, despues de dejar muertos á sus dos contrarios, receloso de que por las sierras hubiera mas valedores de aquellos regicidas, se resolvió á tornar al castillo de D. Juan Ponce de Cabrera, para con su auxilio y el de los escuderos de su casa, rejistrar aquellos contornos y hacer una sumaria informacion del delito y de los delincuentes. Buscó en vano al caballero que lo habia favorecido en aquel trance, pues deseaba mostrarle su agradecimiento, porque á no ser por su bizarria en socorrerlo con una espada y con la ayuda de su brazo, el trono de Castilla hubiera perdido á D. Alfonso XI.

Notó en esto el rey que la espada teñida en sangre tenia en el pomo unas armas, y con grande admiracion vió que pertenecian á Don Juan Ponce de Cabrera.

Desde luego imaginó que el socorro era debido á su amigo, y se confirmó mas en tal pensamiento, al punto que vió venir por el camino y á su encuentro al mismo D. Juan con buen número de gente armada y á toda priesa.

—Señor, (dijo este al rey) desde una de las torres de mi castillo vi confusamente una batalla. Como habia partido V. A. por tal sitio, recelé que os hubiesen acometido algunos malhechores, y al momento junté mis escuderos y vasallos para dar la vida por mi rey. ¿Pero qué es eso, señor, está herido V. A.?

—No, (replicó D. Alfonso) la sangre que ves no me pertenece: es de esos traidores. Sin el socorro que me enviaste, hubiera perecido; y esta espada tuya que me ha servido de defensa, de hoy mas me pertenece.

—¿Qué espada es esa, señor, ni qué socorro os he dado fuera del presente? (preguntó D. Juan).

—Tuya es esta espada segun lo indican claramente las armas de tu casa, labradas en el pomo (dijo D. Alfonso). Contémplale bien.

—Tiene razon V. A.: la espada es mia.... Pero al llegar aquí Cabrera, recordó que ya la espada pertenecia á D. Lope; y queriendo enmendar su yerro, nacido de la costumbre de ver siempre á su lado aquella arma que heredó de su padre, rompió en las razones siguientes:

—Es mia, señor, en cuanto á tener las armas de mi casa; pero pertenece á mi futuro yerno D. Lope de Herrera, á quien presenté á V. A. antes de partir á la sierra.

—En vano quieres persuadirme de lo contrario: esta espada es tuya, y tú eres quien me la envió para mi salvacion en lo mas duro del combate (esclamó el rey). Conozco bien la ocasion de tu negativa, y quiero convencerte y convencerme de que para tu señor careces de sinceridad por causas que no ignoro.

Y volviendo el rostro á los escuderos que acompañaban á D. Juan, les dijo presentándoles la espada:

—Este acero que teneis aquí á la vista en mi mano, ¿de quién es?

Todos respondieron unánimemente.

—Esa espada es de nuestro señor Don Juan Ponce de Cabrera.

—Lo ves: todos confirman la verdad de mis sospechas (tornó el rey á dirigirse á D. Juan). La espada es tuya como tuyo fué el socorro de un brazo fuerte. Bien sabes que ha mucho tiempo que deseo tenerte en mi corte como privado; y que contra tu pertinacia en no abandonar este retiro, está pendiente el desempeño de una palabra solemne que me empeñaste. Señor, me dijiste, cuando haya prestado á V. A. un gran servicio, iré á ocupar el cargo que me ofreceis, sin miedo á la maledicencia y á la envidia. La ocasion ha llegado, pues, del cumplimiento de tus promesas. Ya me has hecho un servicio importante á mi persona, si no á la paz de los reinos de Leon y de Castilla. En vano procuras afectar ignorancia de los hechos que han pasado. Un mensagero tuyo me trae en mi aflicion tu espada, y me ayuda con su valor y su destreza á desembarazarme de los traidores que me tenian oprimido con su número y sus armas. Cautelosamente no quisiste venir tú mismo para no obligarte con esa accion á seguirme luego á la corte. Pero estás en un error notable: el servicio ha sido hecho, y tu palabra debe cumplirse, no obstante que imaginaste encubrir tu lealtad, al propio tiempo que la hacias mas patente que nunca á los ojos de tu monarca y amigo.

Iba D. Juan Ponce de Cabrera á replicar al rey para desviarlo de sus pensamientos, cuando llegó D. Lope cubierto de sangre y polvo y sobre su fatigado caballo.

—Aquí está el fiel y valiente ejecutor de tus mandatos, dijo el rey á D. Juan, al ver á Herrera:

—Señor (esclamó éste), dichoso yo mil veces que he podido salvar la vida de mi soberano.

—Mucho he agradecido y admirado tu valor (replicó D. Alfonso). Y porque veas cuán grande es el afecto que tengo á quien te envió á socorrerme, hoy mismo vendrá á palacio y ocupará á mi lado el segundo lugar de la corte de Castilla. Por ti sube D. Juan Ponce de Cabrera á la cumbre del valimiento.

—Ved que se engaña V. A. (tornó á responder D. Juan). No soy yo quien tal servicio os ha hecho: caminais de error en error; y aunque agradezco vuestra merced, no encuentro para ella merecimientos en mi persona.

—En vano insistes, Cabrera (dijo el rey). Mi voluntad es que sigas mis pasos y que ocupes la dignidad que te he dado en mi corte. Mi único consejero te he nombrado: no porfies mas en disuadirme de mi intento; pues nada conseguirás. En este asunto seré mas firme que envejecido roble, que roca combatida por las furiosas olas del mar, ó que montaña que desafia los hielos y las tempestades, y la mano destructora de los siglos que van pasando. Cesa, pues, en negarme la realidad del servicio que me nas prestado, y tu consentimiento en salir de esta soledad para aconsejarme en palacio. Y pues tu rey te lo manda, obstinarte en lo contrario sonaria á desobediencia y á ingrati-

tud, cosas ambas de que debes huir con el mismo cuidado que el armiño huye de los objetos que pueden mancillar su pureza.

Al escuchar estas razones, lanzó D. Juan un prolongado suspiro, levantó al cielo los ojos, inclinó la cerviz respetuosamente, y dijo:

—Harto he procurado alejarme de donde veo el peligro: caminaré hácia él, pues me obligan á caminar; pero si caigo despeñado, culparé á mi desdicha, no á mi ceguedad y osadía.

Don Alfonso regocijado esclamó entonces:

—Vamos al castillo, y allí descansaré breves instantes, para tomar en tu compañía el camino de Córdoba.

Dijo, y apretando las espuelas y soltando las riendas de su caballo, siguió la senda que se dirigia á la fortaleza de D. Juan Ponce de Cabrera, sin reparar mas en D. Lope.

Este se hallaba absorto y cercado de mil angustias. Consideraba cuán ingratamente pagaba el rey Alfonso sus servicios, y con especialidad el de haberle salvado la vida. Casi hubiera envidiado la ventura de su amigo, si no lo fuera tanto de D. Juan, y si la envidia pudiera alimentarse en su pecho contra el padre de la hermosísima Blanca.

Cabrera al partir advirtió la tristeza que mostraba en el semblante el desdichado D. Lope, y con permiso de D. Alfonso se hizo un poco atrás para llegar al sitio en donde estaba parado su amigo.

—Ya lo veis, D. Lope (esclamó). Trabajais porfiadamente por rendir á vuestros pies á la fortuna; y ella, cuando pensais tenerla vencida, se burla de vuestros afanes y de vuestras esperanzas. ¿Qué habeis conseguido en vuestra porfia? Os jactábais de poseer un arma poderosa para conseguir por medio de la violencia los bienes que la fortuna os negaba: pues bien: vuestros intentos han sido vanos: la torre de vuestro orgullo ha caido en pedazos; y en tanto que os obstinábais en perseguir á la suerte, en vez de labrar vuestra ventura, solo atraiais sobre vuestra cabeza un nuevo y tristísimo desengaño, y para un amigo vuestro la mayor esclavitud en grillos de oro, la mas terrible de las infelicidades, y el mas duro de los tormentos. ¿Aun no os dais por vencido en la lucha que teneis trabada con la fortuna?

—Cierto es (respondió D. Lope) que el desaliento se hubiera ya enseñoreado de mi corazon, si no residiera en mí una igualdad de ánimo, ejercitada ha muchos años en sufrir los enojos de la contraria suerte. Doy por bien empleados mis esfuerzos para alcanzar hoy los bienes y las dignidades que ambiciono; pues parte de ellos han venido á vuestras manos. Pero aun no estoy rendido: ¿quién sabe si podré todavia hallar otras y mejores armas con que combatir á la fortuna? No he perdido todas las esperanzas. Quizá el salvar yo la vida del rey, asi como ha servido para el acrecentamiento de vuestra honra, no sea mas que el principio del poderío que habré comenzado á ejercer sobre la inconstancia y la enemistad de la suerte. Las honras que he conseguido para el padre de la doncella que he de tener por esposa, son los dones que me ofrece la fortuna, temerosa de mi victoria.

—Don Lope, por vuestro arrojo y por vuestra temeridad (replicó Cabrera), salgo de mi retiro quizá para mi desdicha. Y pues la fortuna que me persigue para darme los favores que yo rehuso, ha escojido vuestra ciega ambicion para instrumento en que rendir mi constancia en amar estas soledades, no porfieis mas en vuestras locuras. Saquemos del mal los bienes. Como privado del rey, mi valimiento en la corte será sumo. Los honores y las riquezas que tanto anhelais están ya en vuestras manos. Yo tendré el nombre de privado y vos gozareis de la privanza. Vuestros deseos se verán en todo satisfechos. Hijo mio sereis tan luego como os caseis con Blanca, vuestra amada. Las dignidades del padre no podrán menos que servir de honra al hijo. Dejad, pues, vuestras ambiciones en sosiego; y pues vuestra porfia solo ha conseguido un desengaño para vos y una infelicidad para mí, abandonad la persecucion de la fortuna, y dejad á mi arbitrio daros las riquezas y los cargos que os niega porque los apeteceis, y que me da porque los abomino.

—En vano intentais (dijo D. Lope) apartarme de mi propósito. Echada está la suerte. Yo veo á la fortuna temiendo mi constancia en perseguirla: la veo queriendo desengañarme ó contenerme, convirtiendo mis esfuerzos para el triunfo en prosperidad de vuestra casa y de vuestro nombre: y en fin, la veo tratando de persuadirme por vuestra boca á que abandone la segura victoria que mis méritos y mi obstinacion habrán de conseguir al cabo.

—Pues tal es vuestro intento (continuó Cabrera), ojalá que no venga á trocarse en instrumento de vuestra ruina y de la mia. El camino de la violencia lleva al peligro y á una catástrofe terrible. Pues quereis seguir tan peligrosa senda, acosad de nuevo á la fortuna, no le deis un instante de tregua y de reposo; y si al fin triunfais, pedid á Dios que al triunfo no suceda una eterna desventura.

Dijo, y á todo correr del caballo tornó á juntarse con el rey Alfonso.

Lo vió partir D. Lope, y luego esclamó:

—¡Que abandone la empresa me pides, cuando quizá en este instante soy dueño de un secreto que me ha de dar las dignidades que me ofreces, y que yo quiero alcanzar, no por favores tuyos, sino solo por mi constancia! Loco estaria yo, si escuchase tus acentos hijos de la amistad, pero engañosos como el cantar de las sirenas. Los cadáveres de aquellos que osaron acometer al rey, aun están en la sierra. Pronto quizá serán registrados antes de darles sepultura, para averiguar los nombres y el estado de los delincuentes, y el fautor ó fautores del delito. Sobre sus pechos debe existir un documento en que una persona rica y poderosa les ordenaba la muerte del rey, se declaraba cómplice de los regicidas, y ofrecia favorecerlos en el caso de que sus cuellos estuviesen amenazados de la soga ó de la cuchilla del verdugo.

Al recordar esto, se determinó D. Lope á buscar los cuerpos de los malhechores, y apoderarse de un documento de tanta importancia.

—La fortuna (dijo) me ofrece quizá medios para llegar á la cumbre de la prosperidad: ¿quién sabe si la tendré ya de mi parte, y si en vez de luchar conmigo me está favoreciendo?

No bien pronunció tales palabras, tomó el camino de la sierra, y se perdió en la espesura.

IV.

La córte de Castilla estaba entonces en la ciudad de Córdoba. En su alcázar todo era murmuracion, todo envidia, todo curiosidad por las nuevas que corrian de haber traido el rey D. Alfonso á su palacio en el cargo de privado á D. Juan Ponce de Cabrera, varon de ilustre linage, pero apartado siempre de los negocios y del trato de las gentes. Quién atribuia la causa de este hecho á la hermosura de la hija de Cabrera, codiciada por el rey; quién á deseo de despreciar á los grandes de Castilla, poniendo á su cabeza y en el gobierno á un caballero desconocido hasta entonces en la córte; quién á astucias de Cabrera para ganar la voluntad del monarca, y conseguir por medio de ellas un estraño poderío. Asi discurria la malicia, sin atinar con certeza en la ocasion de la repentina prosperidad de D. Juan Ponce.

Este, por su parte, procuró servir y honrar á todos los buenos de la córte, presentándose á ellos con gran modestia y con deseos, no de regir, sino de ser aconsejado.

—Señores (solia decir á los grandes de Castilla), por fuerza he recibido estas honras que me ha dado nuestro rey D. Alfonso. Deseo cuanto antes dejarlas: pero mientras no llega ese momento tan dichoso para mí, solo me ocuparé en practicar la virtud y la justicia, y en aconsejar á S. A. que no se separe de estas dos hermanas; pues llevándolas á su lado, la felicidad derramará sus dones á manos llenas sobre estos reinos. No creais que el poder, que por la voluntad del rey Alfonso ha venido á mí, y por antojos de la loca fortuna y á despecho mio, logrará desvanecerme hasta el estremo de entregar al olvido que he aceptado este cargo por obediencia, y no por deseo. Hoy me tengo, y siempre me he de tener, por lo que hasta ahora me he tenido: por un caballero exento de ambicion y temeroso de las inconstancias de la fortuna: esto es, ha sido y será D. Juan Ponce de Cabrera.

Tales razones en boca del privado, aunque sonaban bien en los oidos cortesanos, no eran tenidas por hijas de la sinceridad del ánimo, sino por una astucia singular propia del caballero que desde su retiro, y sin mas merecimientos que la voluntad del rey, habia llegado á ocupar el puesto mas importante en Castilla.

La hermosa y tierna Blanca estaba tambien aposentada con su padre en palacio; pero como hija de D. Juan Ponce de Cabrera y doctrinada en su filosofía, miraba con agrado y desplacer al propio tiempo aquellas pompas. Mas preciaba la pradera que tenia al lado de su castillo junto á la sierra de Córdoba, que los primorosos jardines, labrados á fuerza de arte y diligencia, que existian en el palacio de Alfonso.

Las memorias de Lope no se apartaban de su pensamiento; y el amor crecia en su pecho, á par de la admiracion, por la constancia con que su amante osaba combatir á la fortuna su invencible enemiga. Y aunque la ambicion de Lope engendraba en su pecho temores y zozobras, la igualdad de ánimo de aquel caballero la obligaba á profesarle aun mayor afecto.

El mismo dia de la llegada de Cabrera á la córte, D. Lope pisó las calles de la ciudad de Córdoba y las galerías del alcázar de los antiguos reyes moros, llegó á presencia de su adorada Blanca, y la dijo estas razones:

—La alegría de verte en el puesto que se debe á tu virtud, y á lo ilustre y generoso de tu sangre, solo admite comparacion con la que vive en mí al considerar que otros honores se han de juntar á los tuyos, luego que el matrimonio una para siempre nuestras dos voluntades. El triunfo de mis deseos está inmediato, Blanca mia: ya verás que mi constancia venciendo al cabo los rigores de la esquiva fortuna, me lleva al puesto de la felicidad, donde en tus brazos depondré solamente las dignidades que he anhelado para ser digno de ti.

—Ojála (respondió la doncella) que nunca hubieras tenido semejantes ambiciones. Yo te amaba como D. Lope de Herrera: no queria que honras y dignidades te acompañasen al entregarte ante el altar, no mi corazon, sino mi mano. ¿Piensas acaso que he de ser mas feliz con ellas en la córte, que contigo en el castillo de mi padre? Mucho te engañas, Lope mio: siento que aun corras tras la fortuna, cuando esta va huyendo de tí, y para serenar tus brios y tu constancia se echa en brazos de mi padre, imaginando contener de ese modo tu osadia. Pues los pasos que has dado solo han conseguido quebrantar la felicidad nuestra, no porfies en tus ambiciones: basten el último desengaño que has recibido, y las honras y tristezas que has alcanzado para mi padre.

—Blanca, á quien amo mas que á la luz de mis ojos (dijo el enamorado y ambicioso Lope), quisiera obedecerte y huir para siempre de estos deseos que atormentan mi alma: pero ya es imposible.

—Imposible dices que es ya, cuando te ruega con lágrimas en los ojos que abandones tan orgullosos pensamientos, aquella Blanca, á quien tú jurabas amar y obedecer hasta la muerte. Créeme, Lope mio: vas por la senda de la perdicion: he querido salvarte del peligro y has desoido mis consejos: quizá llores tu ceguedad, cuando tu ceguedad te haya perdido para siempre.

Esto decia derramando tristes lágrimas la doncella. Lope estuvo un momento enternecido luchando con dos afectos á cual mas poderosos. El llanto de la muger que idolatraba, le hacia vacilar en sus intentos; pero su temeridad, mas grande aun que su amor, le obligó á pronunciar estas palabras:

—Serénate, bien mio, y no derrames mas lágrimas; porque al verte llorar, el llanto se acerca tambien á mis ojos. Casi estás á punto de vencerme. Temo tu victoria porque ella desharia una á una todas mis esperanzas, y la consecucion de los bienes que para llamarme tu esposo he deseado en mis sueños y en mis tristezas.

—Cede, cede, esposo mio (repitió con tierna voz la hermosa Blanca).

—Cederé hoy mismo, te lo juro (continuó Lope); pero déjame hacer la última tentativa para domar el orgullo con que ha pretendido marchitar en flor todas mis esperanzas la fortuna. Creo pisar los umbrales de la felicidad: un poderoso talisman tengo en mi pecho: si con él no logro mis intentos, si la desventura sigue mis pasos en lo que voy á emprender, mi resolucion está tomada. Depondré de una vez mis altivos pensamientos, y el nombre de la ambicion se borrará de mi memoria. Despreciaré los honores y las dignidades y las riquezas cuando la suerte se trueque en mi amiga.

—Bien, Lope (replicó la doncella), acepto tu promesa. Haz la última tentativa para triunfar de la suerte; y, si como creo, aun sigue huyendo de tí, en mis brazos hallarás la tranquilidad y la ventura.

Al llegar aquí los dos amantes en su coloquio, entró en la cámara donde estaban D. Juan Ponce de Cabrera, y viendo á sus dos hijos, no pudo menos de dirigirles con dulce voz las siguientes palabras:

—Aquí teneis al privado que hoy atrae contra sí las envidias de los cortesanos y la admiracion de todos. Despues del rey no hay en Castilla quien tenga mas poderío. Y sin embargo, lloro por la ausencia de mi retiro, y anhelo volver á mi libertad entre los álamos que cercan el castillo de mis padres. ¡Cuán necio eres, Lope, en ambicionar estas dignidades! ¡Ojalá que para siempre huya de tu pecho la codicia de estos cargos: ojalá que te llegues á convencer de la maldad con que la fortuna reparte sus bienes, sacando de la libertad á los venturosos, y manteniendo en cadenas á los esclavos! Mírate en mi ejemplo, y reprime tus ambiciones.

—Sí la reprimiré para siempre (respondió Lope); pero solo aguardo de la fortuna el postrimer desengaño. Hoy está echada mi suerte: el retiro de vuestro castillo ó la córte del rey Alfonso.

—Desde luego será la córte (continuó Cabrera), pues no pasarán dos horas sin que yo hable de tus servicios al monarca, y sin que le pida el justo premio de ellos. Ningun paso tienes que dar en el asunto: la fortuna me ha colocado en la privanza contra toda mi voluntad: yo juro que he de castigarla honrando los alientos generosos de quien hasta hoy ha sido juguete de sus desvíos. Alienta, Lope, pues ya tienes un valedor en el mundo para que te vengue de los ultrages que has recibido de la enemiga suerte. Alfonso se encuentra en su oratorio dando gracias á Dios por la salvacion de su vida; dentro de dos horas bajaré por la escalera secreta que comunica sus habitaciones con las mias; y mis deseos, que ya son los tuyos, se verán satisfechos.

—Estais en un error, D. Juan (replicó Lope); yo me encuentro con un poderoso talisman para conseguir por mi mismo lo que vos me ofreceis por amor y por venganza de la fortuna que os ha puesto en tan sublime estado. Dejadme, pues, que yo solo me dirija por la senda que ha de llevarme á la felicidad ó al desengaño.

—No os entiendo (dijo Cabrera).

—Pues os lo esplicaré en breves razones (respondió su amigo): tengo en mi poder las pruebas del que pagó la ejecucion del delito que logré evitar en la sierra. Yo sabia por haberlo oido de los lábios de los conspiradores, á quienes acechè ocultamente, que dentro de un férreo guarda-pliegos cada uno de los alevosos regicidas conservaba un documento en que se les aseguraba las vidas en el caso de que la empresa se malograse. Despues que salvé la vida de Alfonso, y despues que el monarca os dió el premio que me debia, torné al lugar en que quedaron los cadáveres de los conspiradores. Me apeé del caballo, los registré, y al punto vine á hallar con lo que deseaba. En mi poder están los documentos, y de ellos traigo un ejemplar para presentarlo al monarca. Aquí está encerrado por medio de un secreto resorte con el cual no he podido atinar, aunque lo he solicitado poco. Quiero dejar al rey el descubrimiento del nombre de la persona que forjó trama tan horrible contra la vida de D. Alfonso.

—¿Qué decís? esclamó Cabrera.

—Este pliego hará caer algunas cabezas (continuó Lope) á impulsos de la cuchilla del verdugo; pero quizá de este secreto pende la salvacion de la paz en estos reinos. El servicio que he de hacer al monarca sin duda merecerá un alto premio. Hoy mismo he de ver á Alfonso y he de colocar en sus manos este documento. Si la fortuna, despues de todo, me niega sus favores, no seré yo quien se obstine mas en perseguirla.

—No compres la felicidad (dijo á esta sazon Blanca) á costa de la ruina agena, ni te conviertas en delator de un crimen ya castigado en las vidas de los que osaron cometerlo. Ya veo que la ambicion ciega tu entendimiento y borra de tu corazon la nobleza de tus mayores.

—¿Qué vas á conseguir con la revelacion de ese secreto? (añadió D. Juan) muertes é ignominias de familias que quizás en la hora presente maldecirán el instante en que imaginaron el delito. No manches con sangre las dignidades que solicitas. Deja que yo ponga á tus pies á la fortuna, y no la busques por medio de las delaciones.

—¿Pues qué? ¿es maldad (replicó Lope) encubrir el crímen, y obligarlo á que con la impunidad crezca mas en el silencio, y se atreva á presentarse ante el mundo con el aspecto de la inocencia? ¿Quién sabe si los aceros que se afilaron contra el rey tendrán sucesores en este momento? Rasgaré el velo que oculta la traicion para que la traicion no se trueque en insolente señora de mi patria. Y no dudo que vos me prestareis vuestra ayuda en la empresa.

—Jamás: te amo mucho para ello (replicó Cabrera); en cuanto podia intenté retraerte de tu propósito. Pues aun insistes en ver al rey, no seré yo quien te impida el cumplimiento de tus deseos; pero favorecerte en ellos, ni lo esperes, ni lo pidas.

—Mis suspiros te lo ruegan tambien, Lope mio, (esclamó con tierno acento la desdichada Blanca).

—Me digisteis (continuó Lope) que el rey estaba en su oratorio y que en estas habitaciones hay una escalera secreta por donde bajar á aquel sitio. Pues bien, iré á buscar al monarca: interrumpiré sus devociones: quizá atraeré por breves instantes su enojo contra mí; pero el secreto que va conmigo pronto deshará las nieblas de sus iras.

—Detente (dijo Blanca echándose á sus pies), no desafies á la fortuna, ni concites contra tu cabeza los rayos con que deshace la arrogancia de los mortales. Por mi amor te lo pido, por la fé de tus palabras, por la generosidad de tu sangre, por las lágrimas que vierto, y por mis brazos que siempre han sido para tí. No quieras arrebatarme la vida con tu temeridad.

En vano pretendió Blanca detener á D. Lope. Este salió de la habitacion, ligero como el ciervo levemente herido, y comenzó á buscar en los corredores la escalera secreta.

Don Juan Ponce, al verlo partir, se acercó á su hija, la alzó del suelo y la estrechó contra su seno diciéndole:

—Serénate, luz de mi vida. Ese hombre camina quizá á su perdicion, y aun á la nuestra. La ambicion se ha apoderado de su alma: busca la felicidad y no la halla. Quizá cuando crea haberla encontrado caiga para siempre en los lazos de la eterna desdicha.

En tanto Lope advirtió en uno de los estremos del corredor una puerta mal cerrada: era la de la bajada del oratorio, que D. Juan al subir habia dejado inadvertidamente sin cerrar del todo.

Al verla no pudo D. Lope menos que esclamar:

—Sean cuales fueren las resultas de mi osadia, la fortuna no me vencerá en constancia. El rey Alfonso me debe la vida: ahora quizá me deba la corona con la averiguacion de este secreto.

Y sacando del seno el férreo guarda-pliegos, lo tomó en la derecha mano, y comenzó á descender por la escalera del oratorio.

V.

Quedó suspenso D. Lope por breves instantes en el umbral de la puerta del oratorio. Cierto temor mezclado con respeto lo detuvo al llegar á aquel sitio. Por primera vez en su vida se estremeció al desafiar frente á frente el poder de la fortuna. En aquella hora iba á decidirse para siempre la suerte que el cielo le destinaba.

Contempló el silencio magestuoso que reinaba en el oratorio, y dirigió luego sus miradas en busca del rey de Castilla: el cual estaba en oracion hincado de rodillas ante el altar de Santiago.

Se adelantó D. Lope á paso lento por aquel sagrado recinto, y con trémula voz dijo estas palabras:

—Aquí, señor, teneis al menor de vuestros vasallos y al mas celoso amante de la persona de V. A.

El rey que no habia sentido sus pisadas, por estar abstraido en sus devociones, se levantó sobresaltado; y como hombre que aun recordaba la traicion que contra su vida se habia presentado en la sierra, esclamó:

—¿Quién turba mi reposo? ¿Qué nueva alevosía es esta?

Y empuñando la espada, se dirigió en demanda de la persona que turbaba la quietud de aquel sitio.

—No es la alevosía (dijo D. Lope, doblando la rodilla) quien llega hoy á los pies de V. A., sino la mayor de las lealtades.

El rey se sosegó al escuchar tales razones, y al ver el humilde ademan de aquel caballero. Luego contempló detenidamente el rostro de Lope, y reconociéndolo, esclamó:

—¿Tú no eres el yerno de Cabrera? ¿No fuiste quien me socorrió en la sierra contra los traidores que pretendian arrebatarme la vida?

—El mismo soy, señor (respondió Lope); que tiene que confiar á V. A. un secreto terrible: secreto que él mismo ignora, y cuya averiguacion remite enteramente á su rey.

—Levanta del suelo (dijole D. Alfonso), y no tardes en darme cuenta de lo que te ha traido á este recinto.

—Sobre el seno de los que osaron ayer combatir á vuestra persona en las entrañas de la sierra de Córdoba, hallé este guarda-pliegos cerrado con un particular resorte, de mi no conocido. Dentro de este hierro existe un documento que debe descubrir el nombre del fautor ó los fautores de la horrible conjuracion tramada contra V. A. Me consta por palabras que he oido, habiendo acechado á los regicidas, que un caballero de gran prez y valia se declara en el pergamino, que aquí debe estar escondido, protector de los conjurados. Aquí tiene V. A. el guarda-pliegos; rómpalo ó mande romperlo, sea cual fuere el nombre de la persona que haya dirigido aquellos brazos armados que quisieron vuestra muerte; sepa V. A. que D. Lope de Herrera, en justo desagravio de su rey, está pronto á arrebatarle la vida, y tambien mil vidas, si mil vidas tuviera.

Dijo D. Lope al rey, y puso en sus manos el férreo guarda-pliegos.

Al recibirlo no pudo menos que esclamar Alfonso:

—Agradezco tus servicios, y acepto tu promesa.

Y dirigiendo la vista al guarda-pliegos, buscó el resorte, semejante en todo á los que se usaban para guardar documentos en palacio, y al punto quedó descubierto un pergamino.

Don Lope en tanto no perdia de vista las acciones de Alfonso. Un sentimiento de júbilo se derramaba en su alma. Veia que era llegado el instante de cumplirse sus esperanzas, y de vencer los rigores de la contraria fortuna.

El rey no tardó en dirigir sus ojos al pergamino, con ánsia inesplicable. No bien hubo comenzado á leer el documento, esclamó con un acento que descubria la mas grande admiracion y el mayor espanto:

—¡Cielos! ¿qué es lo que llego á descubrir? ¿qué secreto tan terrible has puesto en mis manos?

—Señor, en él os acredito mi lealtad, dijo D. Lope.

—Sí: tu lealtad (continuó el rey); pero ¿cómo eres tú quien me presenta la luz que alumbra mi ofuscado entendimiento? ¿No estás ligado con vínculos de parentesco á don Juan Ponce de Cabrera?

—Su yerno he de ser (respondió Lope).

—Pero aun no lo eres. Bien está (añadió Alfonso). Hombre, todo confusion y enigmas, ¿no me entregaste ayer en el mas amargo trance de mi vida esta espada?

Don Lope no comprendia el asombro del rey, y la causa de tales preguntas. Casi llegó á temblar, pensando que quizá la fortuna seguia huyendo de sus ardides, y que le ponia estorbos en el camino de su prosperidad, cuando ya él imaginaba pisar la cumbre.

—Esa espada (respondió) es mia, aunque tiene las armas de Don Juan Ponce de Cabrera. Ayer despues de una larga ausencia llegué á su castillo; y ese caballero en prenda de amistad, me dió este arma en trueque de mi acero. Con ella os socorrí, porque casualmente pude averiguar la conspiracion tramada contra vuestra vida, sin que los conspiradores se apercibiesen de mi noticia.

—No dudo de la sinceridad de tus palabras (respondió el rey). Te debo el vivir; pues sin tu esfuerzo generoso, ya D. Alfonso no reinára en Castilla. Ahora mas que nunca me hallo cercado de traidores, y necesito de tus servicios. Jura ante los santos evangelios cumplir fielmente las órdenes que te comunique respectivas al castigo de los que se conjuraron contra mi existencia: jura tambien desoir todo respeto y consideraciones humanas en la hora de la ejecucion; y jura en fin no burlar en manera alguna la confianza que pongo en tu lealtad y en tus brios.

—Señor (replicó el caballero), aunque la palabra de D. Lope de Herrera debiera bastar á V. A., no dudo un solo instante en darle la seguridad del juramento.

—Mis deseos estan satisfechos (dijo Alfonso): alcaide te nombro de mis reales alcázares: por tal serás de hoy mas conocido: vuelve á los corredores altos y espera allí mis órdenes: pronto te las comunicará el monarca de Castilla.

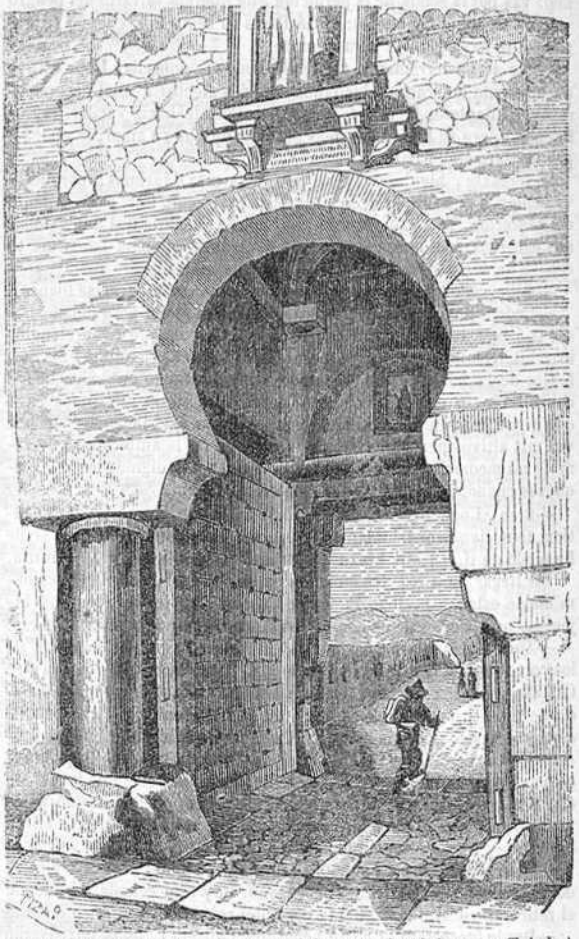
Iba don Lope á postrarse á los pies de su bienhechor, cuando éste sin darle mas tiempo que para el ademan, lo llevó á sus brazos, diciéndole:

—De ingrato mereceria el nombre, si no premiase tus repetidos servicios y tantas lealtades, cuando la traicion se anida ya en mi mismo palacio. No te detengas, ni me detengas mas en este sitio.

—Señor, por tales mercedes (continuó Lope) me confieso, no vuestro vasallo, sino el mas rendido esclavo de V. A.

Dijo, y salió del oratorio encaminando sus pasos á las habitaciones de don Juan Ponce de Cabrera.

(Concluirá.)—Adolfo de CASTRO.



(Puerta árabe en la plaza de Armas del puente de Alcántara.—Toledo.)

VIVI-INHUMACIONES.

Qui tot ensevelit, bien souvent assassine,
Et tel est cru défunt qui n'en a que la mine.
Moliere.

Desde los tiempos mas remotos se han ocupado los médicos en manifestar á las autoridades el peligro de los entierros precipitados, y no ha habido nacion que no haya dado reglamentos mas ó menos rígidos para disipar el temor de que algun individuo pudiese ser inhumado vivo. Mas, bien sea por el pavor que infunde la vista de un cadáver, bien por la falsa idea de que la mayor parte de las enfermedades se trasmiten, lo cierto es que la filantropía de la facultad no ha tenido á menudo el éxito que debiera, y que en las naciones mas ilustradas, á pesar de las órdenes mas severas, se hacen algunas veces los entierros sin que precedan los requisitos debidos y sin que un exámen médico garantice siempre de una vivi-inhumacion. La Francia misma, modelo de cultura, se encuentra en este caso. En Paris hay un médico encargado de inspeccionar los cadáveres en cada cuartel, y sin su certificado no se saca difunto alguno de la casa

mortuoria. Pero apenas se sale del ámbito de la capital cuando cesa la rígida vigilancia de la policía; y el dicho de un pariente ó amigo desconsolado, el de un heredero gozoso, ó el de un enfermero ignorante conducen al muerto ó al vivo al cementerio. Yo mismo he sido testigo de un hecho cuyo recuerdo me llena de horror y me sugiere la idea de escribir estas líneas. Hallábame asistiendo á los coléricos de Vitry-le-francais en 1832, y como la mortalidad de algunos pueblecillos comarcanos fuese tal, que pereciese en alguno de ellos hasta la quinta parte de la poblacion, el miedo infundado de que los cadáveres contagiasen á los vivos, hizo acelerar las inhumaciones, no obstante la prohibicion de los alcaldes. Habia en Frignicourt una familia llamada Paradis, compuesta de cinco individuos. Acababan de morir en el espacio de tres dias cuatro de ellos, y solo quedaba una jóven de 18 años, que aunque afecta tambien del cólera, no lo estaba gravemente. Como sabia ya la muerte de su padre y la de sus dos hermanos, estaba poseida del sentimiento mas profundo y solo rogaba á cuantos veia cuidasen mucho á su pobre madre. Al anunciarla una vecina imprudente que ésta habia espirado, cayó en un estado letárgico. Todos la creyeron muerta. Ya se encontraba amortajada, cuando la curiosidad que inspiraba su hermosura hizo que un jóven entrase á verla á punto que iba á ser conducida al cementerio; pero advirtiendo en ella un leve movimiento, corrió á avisarme. Media hora de contínuos esfuerzos nos procuró el placer de poder consolar á la que pocos instantes despues hubiese sido enterrada viva. Hace cuatro años que gozaba de la salud mas perfecta.

Pero si para probar el incontestable riesgo de una vivi-inhumacion abrimos la historia, hallaremos consignados en ella un sin número de casos.

Platon refiere que un armenio llamado Erus, al décimo dia de ser tenido por muerto en una batalla, volvió en sí al echarle en la hoguera. Así es que temiendo que en ciertos casos sean falsas las señales de muerte, aconseja no se entierren los cadáveres hasta el tercer dia.

Demócrito cuenta de una muger que hasta el sétimo dia no dió muestras de vida.

Plutarco cita un caso de conmocion cerebral, en el que el enfermo recobró los sentidos á los tres dias, al tiempo de su inhumacion.

Asclepiades dice haber vuelto la vida á uno, que perfumado, y con la boca llena de bálsamo, segun la costumbre griega, iba á ser enterrado.

Plinio en su historia natural habla de Acilius Aviola que volvió en sí con el calor de la hoguera, aunque fué quemado por la rapidez de las llamas. Cita tambien á Celius Tuberon que recobró la vida del mismo modo, y á Cerfidius, tio político de Plinio, que dió señales de existencia despues de ajustado su funeral.

San Agustin escribe que el cardenal Andres volvió á la vida durante sus exequias, en las que se hallaba el Papa.

Vesalio, médico de Cárlos V, y despues de Felipe II, al tiempo de hacer una autopsia, prévio el permiso de los parientes, vió palpitar el corazon del que creia cadáver. Sin la intercesion del rey, la inquisicion hubiera hecho quemar á este célebre anatómico por asesino é impío; pero fué conmutada la pena en un viage á los santos lugares.

Empezando á embalsamar al cardenal Espinosa, se le vió tambien palpitar su corazon, y el desgraciado, al volver en sí, hizo un movimiento rechazando el escalpel del anatómico.

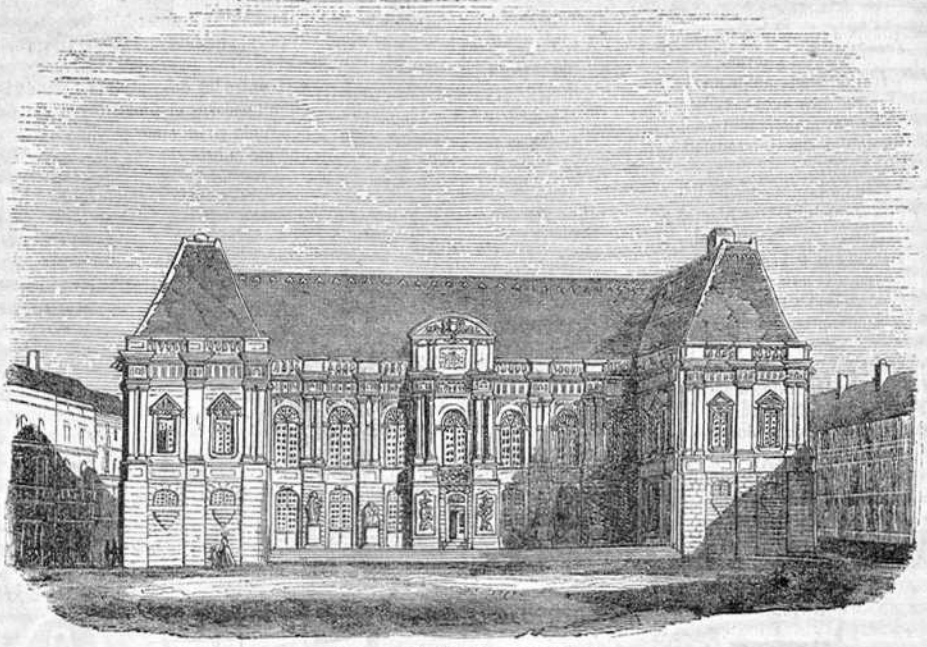
Terilli dice que al hacer la autopsia de una señora española, á la segunda escalpelada, recobró la vida.

La *Cuotidiana* de Paris de 13 de enero de 1819 refiere que el baron Horntein cayó en una especie de letargia. Tenido por muerto se le depositó en un mausoleo destinado á la sepultura de su familia. Vuelto ya de su sopor, consiguió levantar la tapa de su féretro; pero desesperando de poder salir de aquella mansion de muerte, puso término á su suplicio rompiéndose el cráneo contra las paredes del suntuoso sepulcro.

La ambicion de una pingüe herencia, la envidia, el negro rencor han solido tambien asociarse con las apariencias de muerte. ¿No hizo enterrar á Zenon la emperatriz Ariadna, aprovechándose de uno de los ataques epilépticos que padecia?

Pero, ¿para qué multiplicar mas los hechos, cuando apenas se visita un pais en el que no se sepa de alguno que en el espacio de dos generaciones ha estado á punto de ser enterrado vivo?

No se puede, sin temblar de horror, pensar en la espantosa posicion del que, recobrando sus sentidos, se ve condenado á tan angustiosa como irremediable muerte. Si el Gobierno accediese á mis ruegos, no solo no se inhumaria cadáver alguno sin que precediese una detenida inspeccion médica, sino que los de aquellos que hubiesen sucumbido de epilepsia, catalepsia, síncope, muerte repentina, conmocion cerebral, histérico violento ú otros afectos nerviosos, los haria depositar en una sala, que destinaria en cada cementerio, en donde un comisionado *virtuoso* los examinase repetidas veces al dia, hasta que empezasen á manifestar señales evidentes de putrefaccion, pues ni el enfriamiento, ni la rigidez, ni la falta de pulsaciones y respiracion, etc., etc. aseguran siempre un estado de muerte.—M.



(Palacio de Justicia en Reims.)

LA VISITA AL PANTEON.

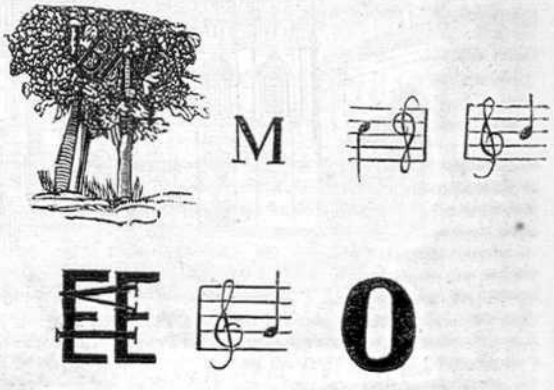
Aquí llega tambien mi amor herido
á disputarte al tiempo y al olvido.
Espronceda.

Subir quiero de mis graves
pensamientos con la carga,
con lágrimas en mis ojos
y con tristeza en mi alma,
á aquella verde colina
en que un horizonte acaba
entre crepúsculos rojos
y sauces de mústias ramas.

Allí hay un huerto partido
en inmensurables zanjas,
donde crece fértil yerba
sobre osamentas humanas,
y hay allí para aquel huerto
una cruz y una campana,
porque no es huerto de amores
do los vivos se solazan,
sino huerto de la muerte,
del olvido y de la calma.
¡Luz de un sol de primavera
que melancólica bañas
con las tintas de la tarde
aquellas agujas santas,
luz que alumbraste mi dicha
y hoy mi desdicha acompañas,
llévame al huerto tranquilo
que de la vida me aparta,
dó son *bienaventurados*
los que en el Señor descansan!
Llévame, que del Pisuerga
la mas hermosa zagala
con sus vestidos nupciales
allí amorosa me aguarda.
Tálamo de nuestras bodas
fué su tumba solitaria,
y es justo que juntos moren
corazones que se aman.
Quiero á la puerta sentado
de su misteriosa casa
llorar, hasta que se duela
de mí, y compasiva salga,
que ella es hueso de mis huesos
y entraña de mis entrañas,
y ó yo la llevo conmigo
ó ella consigo me arrastra,
ó nunca oyó el universo
mas hondos ayes del alma,
ni á las madres cuyos ojos
ven que los hijos les matan.
Llego á la colina: llego
á aquellas tristes murallas
buscando una voz amiga
que ponga fin á mis ansias,
y todo en torno un profundo
eterno silencio guarda.
¿Y tú tambien, amor mio,
al verme á tu puerta callas?
¿No ves cómo siempre acudo
con no vencida constancia
á las amorosas citas
con que á la muerte me llamas?
¿No ves de nuestras alegres
memorias qué fiel guirnalda
te tejen mis pensamientos
que para tí nunca acaban?
¡Ay! no son ya los sentidos
los que contigo me enlazan,
ni es el rumor de la fiesta,
ni es el ardor de la danza,
ni es el devorante fuego
de caricias inflamadas
de dos tiernos amadores
que con su amor se embriagan:
Hoy nos unen en un punto
una cruz y una campana
y versículos y salmos
de profetas y monarcas,
y son nuestra alfombra ortigas
y oraciones nuestras zambras,
y nuestra trova de amores
tristes y letales auras.
¡Ay amor desventurado
que aniquiló mano airada!
al fin, aunque tarde, quedas
á solas con tu constancia.
¿Dónde estan los que otro tiempo
tus lauros me disputaban,
y en la terrible contienda
mostraron tan loca saña?
Cobardes, que de un callado
sepulcro tanto se espantan,
¿por qué no vienen conmigo
á esta soledad infausta?
¡Ah! no vendrán.... Las delicias
de estas dolorosas pláticas
solo un espíritu fuerte
las gusta y las idolatra.
Temen la verdad eterna,
es propio de virtud falsa,
y ellos huyen el castigo
de su rigor justa paga.
Pero yo de tiempo en tiempo
vendré á buscarte á la casa
de nuestros nuevos amores,
que ni en la muerte se acaban:
y tú serás la apacible
vision de mis alboradas,
y el aire que me dé aliento
en mis noches solitarias.
Mi turbulento destino
en tí se cifra y se guarda
con sus bienes y sus males,
sus dichas y sus desgracias.
A tí volveré los ojos
en medio de mis batallas:
á tí rendiré la ofrenda
de mis vencedoras palmas;
y cuando yo fatigado
desmaye ó vencido caiga,
ó sienta el alma vacía
de deseos y esperanzas,
reclinaré mi cabeza
sobre el mármol que te guarda,
muerto ya para la vida
y vivo para mi amada.
Así con honda amargura
bajé la colina santa
cuando en el vasto horizonte
la última luz espiraba.
Y para doble tristeza
tuve á muy breve distancia
un pueblo inmenso delante
y un panteon á mi espalda.
El pueblo que estrúendo hacia,
y el panteon que callaba,
y yo entre los dos, partida
en mil pedazos el alma,
pensando en mi amor perdido
que me cubrió con sus alas.

GABRIEL ESTRELLA.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LAS HADAS DE LA CIUDAD DE LIMES.

En la costa que se estiende á lo largo del mar como á una media legua de Dieppe en direccion del camino de Eu, hay un campo bastante grande pra poder contener muchos millares de hombres. Este campo, llamado en el pais *ciudad de Limes ó campo de Cesar*, que fué considerado por largo tiempo como romano, al presente es reconocido como francés; es de forma triangular, y está limitado en algunas partes hácia el lado de tierra por una colina de mas de 30 pies de elevacion.

Se dice que las hadas acostumbran á tener en la ciudad de Limes una feria, en la que escitan la codicia de los concurrentes, ofreciéndoles mercancías maravillosas que ocultan tesoros mágicos. Consisten estos en plantas sobrenaturales que curan las enfermedades del alma y las heridas del cuerpo, en perfumes que hacen inmortal la juventud, en flores que cantan para adormecer las penas del corazon, en piedras preciosas de las que cada una tiene su virtud particular; hace el rubí despreciar los peligros y preserva de todas las desgracias; vuelve puro y casto el zafiro; la ágata da santidad y belleza, haciendo ademas ver en sueños al amigo ausente. Tienen tambien piedras antiguas grabadas por una mano desconocida y de las que cada una es un talisman de felicidad y de gloria; una arma invencible, un espejo mágico en que se lee el porvenir y donde se descubren los secretos mas íntimos del alma. Hay aves divinas, que se enseñorean de las enfermedades con una mirada, pero que apartan la vista de aquellos que no pueden curar y cuya muerte está cerca de las hermosas aves parleras, tal como el papagayo de la reina Saba que recitaba lecciones de una filosofía tan sencilla y persuasiva, que las obras de los genios mas grandes y sublimes entre los hombres no han enseñado jamás nada que se las parezca. Añádase á estas preciosas maravillas, todo el ligero atavío del tocado de las hadas, magníficos estuches en los que en vez de diamantes brillan con luces mil veces mas claras y resplandecientes gotas de rocío que el arte de las hadas ha sabido cristalizar; una coleccion de alas de hada suaves, flexibles y adornadas de un mosáico de mil colores formado de los despojos de los insectos mas bellos de la creacion: gasas aéreas, listadas con los filamentos de algodon que revolotean en el aire y se estiende por las praderas en los hermosos dias de otoño; garzotas formadas de esos globos de plumage que esparce un soplo de viento; hermosas bandas teñidas con los colores del iris, y en una palabra todos los galanos presentes de la naturaleza acabados con un trabajo y una delicadeza admirables. Tal es en parte el inventario de este bazar de las hadas que puede ayudarnos á completar la imaginacion de nuestros lectores.

Pero ¡ay! desgraciado del imprudente que llegue á tomar cualquiera cosa! apenas ha cogido el objeto comprado, cuando las hadas le cogen y le arrojan desde lo mas alto de la costa.

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

(Conclusion.)

La alegría estaba retratada en su semblante: y el orgullo del triunfo hacia latir con violencia su corazon.

La victoria es mia (esclamó); pues la fortuna, rendida á mi constancia, se ha postrado, dejándome los bienes que han servido de norte á mi empresa. Ya puedo ofrecer mi mano á Blanca; ya soy dig-

no hijo de don Juan Ponce de Cabrera. Si este goza el favor del soberano por su ingenio y por sus virtudes, yo lo gozo tambien por mis mericimientos y servicios hechos al monarca castellano. La fortuna huye de los mortales para probar su valor y la energía de su alma: al que se cansa de perseguirla, abandona en su desaliento: al que porfia en vencerla en ligereza destina todos sus favores como premio de la constancia.

Satisfecho de estos pensamientos entró en la habitacion de don Juan Ponce de Cabrera y su hija Blanca. Ambos lo esperaban con ahinco, combatidos de mil diversos afectos.

—Ese semblante tuyo me revela la victoria de tus ambiciones (esclamó Blanca).

—¿Hablásteis con el rey? (dijo don Juan.) ¿Qué premio ha reservado este á vuestros servicios?

—Alcaide soy de sus reales alcázares (respondió Lope), y tan favorecido del monarca que me creo igual á vos en la privanza.

—Mucho me alegro del suceso (continuó don Juan), porque de ese modo la turbacion de vuestro espíritu habrá cesado viéndoos sobre la cumbre de la prosperidad en contradiccion de la fortuna. Pero por lo mismo que habeis logrado las mercedes á su despecho, temo que reserve un temible desengaño á vuestra osadía y un mayor castigo vuestra pertinacia.

—Ningun temor tengo á la fortuna; pues la he humillado (dijo Lope); si otra vez cobra alas y levanta el vuelo para ofenderme, no ignoro la manera de vencerla. Y quien la ha rendido, puede rendirla en mil ocasiones.

—¡Qué ciego venis! (continuó don Juan) ¡qué ciego! ¿Pensais acaso que la fortuna se deja vencer por el ardid de los hombres quedando desarmada para siempre? Pues estais en un error notabilísimo. Si ella aun á los mismos que por propia voluntad favorece, derriba con enojo, maltrata y entrega al escarnio del mundo, ¿qué armas no empleará para el ultraje de aquellos que la han obligado á rendir favores, no por súplicas, sino por medio de las mas grandes violencias?

—Hablais (respondió Lope) como hombre vencido por la fortuna. Quisísteis huir de sus favores, y ella os ha compelido á admitirlos. La falta de valor para luchar contra ella, atribuís á filosofía y á esperiencia de los varios sucesos de la suerte. Si hubiérais sabido pelear, hubiérais aprendido á vencer.

—¿Y quién sabe (añadió Cabrera) si cuando os juzgais victorioso, sereis el vencido?

—¿Qué mas victoria quereis (dijo don Lope) que verme con la dignidad de alcaide de estos alcázares, partiendo con vos la privanza del monarca, y próximo á dar la mano de esposo á Blanca, dueño de mi existencia, luz de mis ojos, y único y verdadero objeto de mis esperanzas? Creedme, don Juan: en este instante la felicidad despues de haberos cubierto con su manto por mis instancias, me ofrece dos coronas: la de laurel por triunfar de la fortuna, la de rosas por la constancia en mis amores.

Un page del rey llegó en aquel instante á interrumpir los razonamientos de don Lope de Herrera.

—¿Qué buscas, gentil mancebo? díjole este.

—El rey mi señor (respondió el page) me envia á vos con este pergamino.

No bien pronunció estas palabras, puso el documento en manos de don Lope, y salió de la habitacion.

—Ya lo veis (esclamó este): la confianza del rey en mi lealtad es infinita. No bien ha salido de su oratorio, se ha apresurado á ocuparme en su servicio. Toma, Blanca, el pergamino, y lee en él las órdenes que me comunica el soberano. Para un padre y una esposa no debo tener secretos.

Blanca tomó con curiosidad el documento, y al punto que leyó para sí los primeros renglones, dió un grito de espanto y dejó caer el pergamino.

—¿Qué causa tu asombro? (dijo D. Juan.) Veamos qué contiene esa carta.

Y cogiéndola del suelo leyó con voz firme y sin mudar el color del rostro lo siguiente:

Don Lope de Herrera, alcaide de mis reales alcázares, sabed que por razones empliderás á mi servicio importa que os asegureis de la persona de D. Juan Ponce de Cabrera en una de las torres que son á vuestro cargo. Y que esto se ejecute con la mayor diligencia y sigilo, se deja bien inferir sin que lo encargue á vuestra lealtad.

ALFONSO DE CASTILLA.

El silencio sucedió á la lectura de este documento terrible. Blanca queria hablar, pero el dolor le cerraba los lábios. Tan solo dirigia anhelante su vista, ya á su padre, ya á D. Lope. Este no estaba menos poseido del terror que su amada.

—¿Qué haceis, amigo? (esclamó con dulce acento D. Juan Ponce de Cabrera.) Nuestro soberano os envia á decir que prendais y encerreis mi persona en una de las torres de este alcázar. Con buen pié empezais en la privanza: lo principal es que logreis manteneros firme en ella, no como vuestro amigo que al soplo de vuestra ambicion ha caido en tierra.

—Pero ¿cómo he de ejecutar esta mision? (dijo Lope vertiendo lágrimas.)

—Tomando mi espada ahora y llevándola al rey, y entregando la persona de D. Juan al rigor de los carceleros.

Y diciendo estas palabras desenvainó la espada que pendia de su cintura, y entregándosela á Lope continuó:

—Este acero me disteis en prenda de amistad: no os lo devuelvo como á enemigo: el rey me ordena que os lo entregue: por el que os di logré ascender al templo de la privanza á causa de un error que me atribuyó vuestros servicios: por el mio acabareis de conseguir todas las mercedes y dignidades que ambicionásteis.

—Atravesadme el pecho con esa espada (replicó D. Lope) y no hirais mi alma tan cruelmente con esas palabras.

—Nunca pensé (añadió Blanca) que vuestra insaciable codicia de riquezas os llevase al estremo de ocasionar la ruina de vuestro padre.

—Os juro que soy inocente de la causa que obliga al rey á mandar la prision de mi amigo (respondió el alcaide). Este es el castigo de mi audacia en violentar á la fortuna á rendirme sus favores.

—Os creo inocente (dijo Cabrera), y por eso aun os llamo mi hijo. No sé qué culpa me atribuirá la envidia de la córte para arrojarme en brazos de la desdicha. Ya veis cuán ciertos eran mis pronósticos, y hasta dónde llega el rigor de la fortuna. Ella, á despecho mio, me arranca de la soledad que amaba para traerme á los palacios que aborrezco. Todos se maravillaban antes de mi venturosa suerte, sin saber que salia de la libertad para caer en los hierros de una prision. Tomad esperiencia, Lope, en mi desastre, y ved en lo que paran las pompas y vanidades del mundo.

—Temo haber sido la causa de vuestra desdicha (dijo Lope); pero aun me queda el consuelo de que tengo valimiento con el rey, y que, ó podré poco, ú os pondré en libertad, haciendo que vuestra inocencia (porque inocente os creo) brille mas resplandeciente que la luz de medio dia.

—Sí, Lope mio (esclamó Blanca enternecida), emplea tu valimiento para salvar á mi padre.

—A su valimiento apelas en este trance (continuó don Juan), y no recuerdas que el mio pasó mas ligero que la luz del relámpago.

—¡Cielos! admiro el castigo que has dado á mi soberbia (dijo á esta sazon el alcaide); ambicioné las dignidades á despecho de la fortuna, y las obtengo solo para causar la ruina de mi amigo. Pero ¿cuáles podrán ser las causas de esta desdicha?

—Las ignoro completamente (replicó Cabrera): una conciencia exenta de todo crimen es mi compañera: si tengo algun delito por el cual sufrir penas terribles, es el no haber tenido bastante destreza para huir de los lazos que me asestaba la fortuna para convertirme en despojo de sus caprichos. Llevadme pues á la torre, y cúmplase la voluntad del rey. Nada temo al contemplar mi conciencia; pero tiemblo al no hallar seguridad contra las inconstancias de la suerte.

—Vuestras razones no pueden menos de llenar de amargura mi espíritu (respondió Lope); seguid mis pasos, y dejad vuestra salvacion á vuestra misma inocencia y á mi amistad. Y al decir tales palabras, tomó la espada que relucia desnuda en manos de Cabrera, y salió de la habitacion de este.

Don Juan al verlo partir miró á su hija, en cuyo rostro corrian dos lágrimas; vióla temblar como la hoja en el árbol, conmovida de la furia de los vientos, y no pudo menos que dirijirle estas razones:

—Pues la infelicidad se ha apoderado de nosotros, sufrámosla con la resignacion de los justos.

Y echando los brazos al cuello de Blanca, la llevó consigo detrás de don Lope.

VI.

Tornó don Lope de Herrera á la habitacion que le estaba destinada en el alcázar de Don Alfonso como alcaide. El asombro de la repentina desdicha de su amigo cuando apenas acababa de pisar los umbrales de la privanza, no se apartaba de su ánimo.

—No es la fortuna (dijo) quien ha precipitado desde su altura á don Juan Ponce de Cabrera. A alguna causa poderosísima y desconocida para mí debe Cabrera su desventura. Pero ¿quién en breves instantes ha hecho mudar su estado, llevándolo desde los pies del trono á la estrechez de un calabozo? Yo que he sido el ejecutor de las órdenes del rey ¿habré ocasionado la perdicion de mi amigo sin saberlo? Este pensamiento llena de angustia mi alma. ¿El rey no favorecia á Cabrera antes del coloquio que tuvo conmigo? ¿Desde que leyó el pergamino que puse en sus manos, no me hizo varias preguntas referentes á D. Juan? ¿No se maravilló de ver que yo era quien le pre-

sentaba aquel documento? Sin duda alguna en él se encierra algun secreto que pertenece á la vida de Ponce. Dios quiera que mis sospechas no salgan ciertas; pero sea lo que fuere, yo quiero saber con toda claridad si yendo yo tras la fortuna, ella para mi ruina y la de mi amigo y de mi amada me arrojó en brazos de las dignidades que tanto anhelaba. Al terminar estas razones sacó del seno un guarda-pliegos, igual en todo al que puso en manos del rey. Con gran trabajo y no menor paciencia pudo descubrir el resorte que aseguraba el pergamino contra las tentativas de aquellos que lo buscasen.

—Ya he hallado lo que ha de aclararme un misterio horrible.

Dijo, y abriendo el guarda-pliegos sacó un pergamino y halló en él escritas las siguientes razones:

Yo D. Juan Ponce de Cabrera, señor del castillo de Cabrera y de sus campiñas, me obligo con mi persona y bienes á favorecer á los que me ayuden en la empresa de destruir al tirano de Castilla.

Esto se leia en el pergamino. Al un estremo estaban estampadas las armas de D. Juan Ponce de Cabrera.

Maravillado quedó D. Lope con la presencia de este documento. Veia que su amigo era un traidor al rey, y que él mismo lo habia delatado. Desde luego comprendió que la ruina de Cabrera se acercaba por instantes. Temblaba recordando el amor de Blanca, el cual creia ya perdido para siempre: quisiera no haberla jamás conocido, y al propio tiempo maldecia la hora en que cegado por la ambicion puso en manos de Alfonso aquel pergamino.

—He alcanzado de la fortuna dignidades y valimiento cerca del rey; pero no la felicidad que apetecia (esclamó). No puede haber dicha para mí sin el amor de Blanca, y ya el amor de Blanca es perdido para mí; pues nunca perdonará ella al autor de la muerte de su padre. Hablaré al rey y le pediré la vida de Cabrera; pero ¡ay! nada alcanzarán mis ruegos, sino hacerme sospechoso á sus ojos, y separarme de mi amigo, quizá en sus últimos momentos.

Un page de Alfonso vino á sacar de sus reflexiones á Herrera.

—Señor alcaide (dijo), S. A. me manda advertiros que os espera.

—Vamos á verlo (esclamó Lope para sí); sin duda me llama para saber el fin de mi empresa, ó para darme órdenes nuevas y mas rigorosas.

Luego que llegó á presencia del rey, éste le dijo:

—Sé que Cabrera está en una de las torres prisionero bajo tu custodia. Bien: te agradezco y tengo en merced tu presteza en servirme. Ahora necesito de tu amor á mi persona. En la sierra de Córdoba ha sido preso uno de los que me acometieron, y que tú despues de herirlo perseguiste en vano. Ha llegado con mis guardas, y se encuentra en los subterráneos del alcázar. Se obstina en callar su nombre y el de sus cómplices. Por lo tanto es preciso que mandes darle tormento para averiguar una cosa y otra ademas del objeto de la trama contra mi persona.

Iba á salir Lope á poner en ejecucion las órdenes del Soberano, pero don Alfonso le detuvo diciéndole con estraña sangre fria:

—Al anochecer ordenarás tambien que sea decapitado don Juan Ponce de Cabrera en la plaza frontera de este alcázar para escarmiento de los traidores, y asombro de los cordobeses.

—Señor (dijo Lope), ¿qué me mandais?

—La ejecucion del juramento y de la palabra que esta mañana me diste en mi oratorio (respondió el monarca); obediencia y no escusas es lo que exijo de ti, y obediencia espero de tu lealtad acreditada.

Hizo señal con la diestra á Lope para que saliese de la habitacion, y le volvió la espalda con el desden propio del señor que manda al esclavo.

¡Oh juramento terrible! (esclamó D. Lope) ¡Oh promesa cien mil veces desdichada! Y ¡desdichado yo que ciego tras la fortuna, pensé rendirla por la violencia, y ella me ha arrojado en brazos de la infelicidad y de la desesperacion! Pero no está todo perdido. Alcaide soy del alcázar de Córdoba. Aun puedo salvar con mi vida la del padre de Blanca.

Y tomando una llave de varias que estaban pendientes de una espetera en la habitacion suya, tomó el camino de la torre en que se encontraba Cabrera.

Este, no bien vió á su antiguo amigo, corrió á su encuentro, y le preguntó:

—¿Qué venís á anunciarme con ese rostro de dolor y esas lágrimas de amargura? Nada me digais: ya adivino todo. Para completo ultraje de mi inocencia, y para desengaño de los que creen en los halagos de la fortuna, ya estará dada la sentencia de mi muerte.

—Señor (replicó Lope), si vuestra sinceridad hubiera sido igual al afecto que os tengo, ni yo verteria estas lágrimas por haberos delatado incautamente, ni vos os querellariais de la fortuna, en lugar de atribuir á vuestro descuido y á vuestra culpa la ocasion de este desastre.

—No os entiendo (esclamó asombrado D. Juan).

—Os convertis en conspirador (dijo el alcaide) contra el monarca que os favorece, lo llamais á vuestras tierras, lo cercais de forajidos pagados para el intento, y cuando veis malogrado vuestro designio, os declarais su defensor y le recibis en vuestro castillo aparentando salvarlo de los riesgos que vos mismo atrajísteis sobre su cabeza. Y no satisfecho de todo, fingiendo odiar los bienes de fortuna, recogeis como por fuerza los honores que la liberalidad y el agradecimiento del monarca os presentan. ¡Ah! quién creyera, don Juan, que hubiérais entregado al olvido la virtud y la lealtad de vuestros mayores!

—No sé qué fundamento puede haber para esas acusaciones que me dirijis (replicó D. Juan); sin duda el verme ultrajado por la fortuna os autoriza para ofenderme. Nunca tal imaginaré de vuestra amistad y del amor con que serviais á Blanca.

—Ved, Cabrera, la prueba de vuestro delito, sellada con vuestras armas, dijo Lope presentándole el pergamino.

—¡Santos cielos! ¡qué infame trama se ha urdido contra mí! (esclamó Cabrera). La letra no es mia, ni yo he dictado tal documento. Un impostor se ha servido de mi nombre y de mis armas para esta iniquidad; pero yo estoy inocente. Os lo juro, D. Lope.

—Quisiera dudar de mí mismo, antes que ultrajar á vuestra virtud: dijo el alcaide. Quizá seais inocente: lo sereis: yo así lo quiero creer; pero el rey en vista de este documento que yo le presenté sin saber lo que le presentaba, ha ordenado vuestra muerte para la hora del anochecer en la plaza del alcázar y en un tablado que ahora están construyendo los guardas de su Alteza. Deseo salvaros.

—¿Salvarme? Y ¿cómo? (preguntó con acento de indiferencia el infeliz Cabrera.) Eso es imposible.

—No es tan imposible como pensais (respondió Herrera): esta llave os abrirá dos puertas secretas de la torre que dan al campo. Huid de esta tierra, amigo mio: cuando vengan á este lugar los guardas y el verdugo, nada encontrarán. Y si el rey Alfonso quiere una vida en cambio de la vuestra, aquí está la mia.

—No: os engañais mucho si creeis que he de salir fugitivo del alcázar (continuó Cabrera): inocente entré en este sitio, y no he de salir de él sino para el cadalso, ó para las dignidades que antes despreciaba, pero que ahora las exigen mis méritos y servicios. Con la huida acreditaba las sombras del delito que me cercan: quedando en este lugar, alcanzaré tal vez una muerte, para los que no sepan quién es Don Juan Ponce de Cabrera, deshonrosa; mas injusta para los que no ignoren mi lealtad y el amor con que he acatado á los reyes de Castilla.

—Y porque veais cuán lejos estoy de imaginar mi huida, esta llave en que habeis puesto la esperanza de mi salvacion, va á perderse ahora para mí.

Y diciendo estas razones, arrojó por la ventana de la torre al campo el instrumento que D. Lope le habia dado para la salvacion de su vida.

—Venga ahora la muerte (continuó): no la temo. Jamás la ha temido el justo.

—¿Qué habeis hecho? dijo Lope.

—¿Qué? (respondió Cabrera) dejar que de una vez la fortuna acabe de ejercitar en mí sus rigores. Yo huyendo de los bienes que me ofrecia, no pude salvarme de sus lazos. Me coronó de flores para clavar en mi frente las espinas. Vos, persiguiéndola para que os favoreciese, lograis sus dones por medio de la violencia. Con ellos os creísteis dichoso, en tanto que caminábais á la desdicha. Entonces teniais un amigo sincero, resuelto á llamaros hijo, y una doncella ardiendo en vuestros amores. Quisísteis otra cosa mas que la felicidad con que os brindaba la suerte. La hostigásteis en balde; pues solo conseguísteis dignidades sin felicidad, cuando podiais tener la felicidad sin dignidades. El castigo de vuestras ambiciones es llegado. Perdísteis el padre y la esposa: tambien perdereis esos honores que habeis conquistado con la desdicha agena; y si la fortuna os muestra agradable el semblante con toda sinceridad, como suele presentarlo á los perversos, no gozareis tranquilamente de los bienes con que os regale. Mi sombra os perseguirá de contínuo, los sollozos de mi Blanca llegarán á vuestros oidos, sin que jamás logreis ver aquellos ojos que amabais menos que los bienes de fortuna; y á donde quiera que dirijais las miradas, hallareis escrito con letras de mi sangre, el nombre de D. Juan Ponce de Cabrera.

Don Lope escuchaba pálido y con los ojos desencajados las terribles palabras de su amigo. Al terminar este sus acentos, cayó de rodillas el alcaide, diciendo con trémula voz:

—Si os he perdido, tambien he procurado salvaros. Arrebatadme la ida, antes que me dejeis entregado á los rigores de vuestra maldicion.

—No os maldigo (respondió D. Juan), soy aun mas generoso: os perdono; pero nunca seais esposo de Blanca: os lo prohibo. Así como por la ambicion habeis turbado mi reposo y me arrastrais al cadalso, mañana llevaríais á la tumba á vuestra consorte, y á los hijos que en ella tuviéseis. No querais hacer mas desdichados á los impulsos de vuestra insaciable sed de las vanidades del mundo.

Dijo, y en el umbral de la puerta aparecieron un sacerdote y varios guardas.

—Llegado es el instante de mi muerte (esclamó); tan solo me atribula la infelicidad y el abandono en que queda mi Blanca. No quiero verla, ni turbar el sueño en que reposa. Me faltaria el valor para subir con mi inocencia las gradas del patíbulo. No os la encomiendo, aunque la infeliz no tiene amparo alguno en la tierra. Pero mas quiero dejarla encomendada á su infelicidad, que á un hombre nacido para instrumento de las iras con que la fortuna castiga sus ambiciones en las personas que le profesan cariño.

Al decir tales palabras, salió de la estancia, dejando de rodillas al que fué su amigo.

Don Lope al verlo partir alzó los ojos al cielo, cubiertos de un amargo llanto, quiso hablar, y levantarse; pero la voz y las fuerzas lo abandonaron, y cayó sin sentido.

VII.

Al ruido que ocasionó la caida de Lope, abrió Blanca los ojos, poseida de un estraño sobresalto, como si su corazon la predijese la desdicha de Cabrera: salió de su habitacion, buscó en la otra á su padre, y al ver postrado en tierra á Lope y sin sentido, esclamó:

—Levanta, infeliz: ten fuerzas para presenciar los males que nos ha ocasionado tu insaciable codicia. Hasta ahora la angustia me tuvo rendida al sueño; pero ya la desesperacion y la suerte que creo reservada á mi padre, me animan.

Don Lope en esto entreabrió los ojos, y dijo con débil voz:

—Blanca, Blanca mia.

—No soy tuya, ni jamás lo seré (respondió ella). ¿Dónde está mi padre? ¿Lo has sacrificado en aras de tus ambiciones?

—Mi desdicha y su negra fortuna lo arrastran al cadalso (replicó Don Lope).

—¡Al cadalso! ¿y tú me lo dices? (esclamó con acento de desesperacion la doncella). Apártate de mi presencia. Un mar de sangre nos separará eternamente. La ceguedad de tu codicia de honores y riquezas ha turbado la calma en que vivíamos mi padre y yo en el castillo de nuestros mayores. Tú lo has llevado al patíbulo infamando su inocencia y cortando el hilo de su generosa vida. Tú has perdido á un padre y una esposa: yo he perdido á un amante. El que está ante mis ojos, no es el objeto de mis amores, no es D. Lope de Herrera, sino un hijo de la ambicion y un contrario de mi familia. Huye de mi vista, ó mejor dicho, yo huiré para siempre de la tuya. Te abandono en brazos de la fortuna, y á los remordimientos de tus delitos, si no eres tan vil que ni aun los remordimientos hallarán cabida en tu corazon.

Dijo, y aunque D. Lope hizo ademan de contenerla, salió de la habitacion gritando: —*¿Dónde está mi padre? ¿Qué habeis hecho de Don Juan Ponce de Cabrera?*

—¡Infeliz! (esclamó D. Lope) yo he ocasionado tu desdicha. Hé aquí el castigo que la fortuna habia reservado á mis ambiciones.

Quiso correr en pos de Blanca con el fin de detenerla para que no viese la ejecucion de su padre; pero en aquel instante entró uno de los carceleros en la habitacion, y le dijo:

—Señor alcaide, ya D. Juan ha perecido, y tambien su primo: aquel en el cadalso y este en el tormento.

—¿Qué primo es ese de D. Juan Ponce? (preguntó Lope).

—El hombre que heristeis en la sierra y que se ocultó á vuestros ojos. Preso por los guardas del rey, y puesto en el tormento, ha confesado al espirar que se llamaba D. Enrique de Cabrera, primo del que acaba de morir en el cadalso: que desavenido ha un año con su pariente, huyó *del castillo* y buscó en Aragon un asilo.

—¿Y qué mas confesó? (dijo D. Lope impaciente).

—Muchas mas cosas (prosiguió el carcelero): en primer lugar, que deseoso de que el monarca aragonés le debiese la corona de Castilla, determinó matar á D. Alfonso XI: que sabedor de que S. A. solia cazar por las sierras de Córdoba, determinó darle muerte en ellas: que para la empresa incitó á cuatro aventureros, á los cuales hizo creer que su primo, persona de tanta autoridad en la comarca, era el cabeza de la conjuracion; y que para mas acreditar sus palabras se sirvió de su sello que habia robado antes á su pariente.

—¿Qué dices? (esclamó D. Lope). Ya se ha completado el castigo de mi soberbia. Yo por la insaciable sed de dignidades he mancillado la honra de un amigo, lo he perdido para siempre arrastrándolo al cadalso: he cubierto de infamia su linaje, y he concitado contra mi el odio eterno de la muger á quien amo.

Al llegar á estas palabras, entraron en la habitacion dos caballeros. Al verlos dijo Lope:

—Si venís de orden del rey á darme muerte, aquí teneis mi cabeza.

—Señor (respondió uno de ellos), no tratamos de quitaros la vida, sino de daros una nueva que llenará de alegria vuestro corazon. Su alteza nos encarga que en su nombre os digésemos, que acatando nuestro rey los muchos y buenos servicios que os deben los reinos de Castilla, os hace merced del título de duque, y de la plaza que ocupaba cerca de su persona el traidor D. Juan Ponce de Cabrera.

—¡Oh engañosa fortuna! (esclamó D. Lope) me ofreces las dignidades que he comprado á costa de mi felicidad, de la sangre de mi amigo y del amor de Blanca: para nada quiero ya tus dones. El desengaño y el escarmiento han llenado de pavor mi alma.

—¿Qué respondemos á S. A.? (preguntó uno de los caballeros).

—Decid al rey, nuestro señor, (replicó el alcaide) que D. Lope de Herrera agradece las mercedes con que quiere honrarlo S. A.; pero que de hoy mas se retira de la corte, huyendo de los bienes de fortuna, y no queriendo, al ascender á la privanza, hollar los venerables restos de su inocente amigo D. Juan Ponce de Cabrera.

Conclusion.

Un año despues de este suceso, D. Lope de Herrera, cansado de buscar inútilmente á Blanca, quiso huir para siempre de los favores que la fortuna le estaba dispensando á toda hora. Cuando antes los anhelaba, ella los escondia de su vista: y ya que los entregaba al desprecio, la suerte no cedia en su empeño de ponerlos en sus manos.

Aunque temia Lope luchar contra el poder de la fortuna, recordando la trágica historia de D. Juan Ponce de Cabrera, se creyó seguro en el retiro de un claustro, profesó en un monasterio, y allí en la penitencia y en el llanto pasaba los dias sin que turbasen su alma mas que los remordimientos de haber ocasionado la desdicha de un amigo, y de su infeliz amante Blanca.

Pero la fortuna, ni aun en la soledad del claustro desistió de perseguir á Lope. Como ya del corazon de este habian desaparecido las ambiciones, buscó otro camino de favorecerlo. La fama de las virtudes y de la humildad del monge, alcaide en otro tiempo de los régios alcázares, voló hasta el trono de D. Alfonso XI. Y como vacase la silla episcopal de Córdoba, el monarca no dudó en concedérsela á un hombre de tan santa vida.

Cuando llegó la nueva de esta dignidad á los oidos de Lope, este se estremeció, y dijo:

—Ni aun en la humildad y pobreza, ni aun en el retiro de un monasterio estoy seguro de los ardides de la fortuna. La lucha contra mi sigue trabada: Dios me dé alientos para ganar la victoria.

Renunció la dignidad episcopal; pero en virtud de santa obediencia, le fué mandado aceptarla.

Lope no quiso dejarse vencer de la suerte, y huyó una noche del monasterio.

En esto habian pasado tres años desde la muerte de Cabrera. El monge se determinó á no abandonar la vida penitente, y procuró buscar en las entrañas de la sierra de Córdoba un asilo contra los rigores de la fortuna, ejercitados en su persona, ya por medio de halagos, ya por medio de violencias.

Pasó en su huida por los contornos del castillo de Cabrera, el cual habia sido confiscado por Alfonso XI. Fatigado de sed, entró en una cabaña á pedir por breves instantes un abrigo contra las inclemencias del sol de agosto. Dos ancianos esposos habitaban aquella morada de la pobreza: al punto que vieron al monge, se apresuraron á agasajarlo, llevándolo á un huertecillo que á espaldas de la cabaña se encontraba.

Los ojos de Lope vieron en el suelo una piedra toscamente labrada, y en ella unas letras que decian:

AQUI YACE LA MUY HONORABLE Y MUY HONESTA DONCELLA DOÑA BLANCA DE CABRERA, FLOR DE VIRTUDES, MARCHITA EN EDAD TEMPRANA.

—Esta fué la hija de nuestro señor D. Juan, criada á mis pechos. Despues de la muerte de su padre huyó á este sitio, y en nuestros brazos espiró al cabo de seis meses, devorada por una fiebre. El dolor de la desdicha de Cabrera y la ausencia y los yerros de un D. Lope á quien ella idolatraba, bastaron á destruir su juventud y su lozanía. Ahí nuestro afecto le ha erigido esa modesta tumba.

Al escuchar tales palabras, el monge se hincó de rodillas junto á la piedra en ademan de orar por el alma de la desdichada jóven. Pero los sollozos que salian de su pecho llenaban de admiracion y de curiosidad á los dos ancianos.

Al fin se levantó trabajosamente, y siguió, no sin lágrimas, su camino.

Desde aquel dia con grande asombro de los esposos, todas las mañanas veian cubierta de flores la piedra que ocultaba á las miradas de los hombres el cuerpo de la desdichada Blanca.

Pasaron algunos años sin que se descubriese el autor de esas memorias fúnebres: los dos esposos bajaron á la tumba, rendidos bajo el peso de la edad: la cabaña falta de habitantes y de cuidado vino á tierra: desaparecieron sus restos; y solo quedaba en aquellos contor-

nos el sepulcro de Blanca, defendido de las pisadas de los ganados y de los hombres por varios árboles.

El vulgo, aficionado á lo maravilloso, al ver que todas las mañanas aparecia el sepulcro cubierto de flores, creyó que eran puestas por algun angel.

Al cabo de cierto tiempo á pocos pasos del sepulcro hallaron á un monge espirando y con una guirnalda de flores en la mano. Era el desventurado Lope, que sintiéndose desfallecer, habia querido dar el último tributo á la memoria de la infeliz doncella, y espirar junto á su tumba.

Desde entonces dejaron de cubrir el sepulcro de Blanca las tristes flores, regadas con el llanto de Lope. Los árboles fueron destruidos por la segur de los labradores, codiciosos de leña con que templar las crueldades del invierno: la piedra fué hollada por los caminantes, y el viento se encargó de cubrirla con la arena.

Solo quedó en los habitantes de aquellas cercanías la memoria; y al fin, el tiempo no tardó en arrebatarla.

FIN.

ADOLFO DE CASTRO.



(Toledo.—Ruinas del palacio de Doña María la Grande.)

TANTO MONTA.

En todos los edificios, en todos los monumentos de la época, en que tomaron parte los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, se encuentra pintado ó esculpido y colocado en un mismo escudo, al propio tiempo que las armas y blasones de Castilla y de Aragon, como símbolo de la union de las dos coronas, un mote ó lema, compuesto de estas dos palabras, TANTO MONTA, unidas á los geroglíficos ó signo de un yugo doble con sus coyundas, y un manojo de saetas, atadas por el centro y desplegadas en forma de abanico. No falta este emblema en los palacios, templos y edificios públicos de su tiempo, y mucho menos en los que son de su inmediata fundacion. Encuéntrase igualmente hasta en los muebles y utensilios que fueron de su uso y pertenencia. La catedral de Toledo, entre sus muchas preciosidades, posee unos riquísimos tapices ó paños, bordados todos de cargadísimo brocado de oro, que sirven solamente para la octava del Corpus, los cuales no fueron donacion de los reyes católicos á la iglesia, como creen muchos vulgarmente, sino que fueron espresamente comprados para el uso á que hoy se destinan, en 1517 por Alfonso Tendilla, camarero del cardenal Cisneros, y por encargo de este, en precio de 400,000 rs., constando de los asientos de la iglesia que habian pertenecido á la cámara de la reina doña Isabel. En ellos se vé lo primero el *tanto monta* que forma su orla ó su guarnicion.

Hállase tambien este lema hasta en la vaina de la espada que se conserva en la real armeria de esta córte, y que perteneció al rey católico; y por último se encuentra reproducida en todos los objetos en que directa ó indirectamente tuvieron parte esos monarcas.

La verdadera significacion de esta empresa y emblema esclusiva de os conquistadores de Granada, no es conocida de muchos; y si bien algunos han creido descifrarla, lo han hecho de una manera equivocada, y no conforme con el verdadero sentido del ingenioso autor que la inventó.

Créese vulgarmente por los mas, que el TANTO MONTA, privativo de los reyes católicos, alude á la union de las dos coronas de Castilla y Aragon, que para gloria y felicidad de la España llevaron á cabo esos príncipes en su dichoso enlace, y como de ella naturalmente resultase el mútuo dominio y recíproca autoridad de ambos en los dos reinos que antes estuvieron separados, de aquí calcularon algunos, que el TANTO MONTA queria decir: *Tanto monta Isabel como Fernando*, esto es, vale tanto uno como otro, ó tiene uno la misma jurisdiccion y predominio que el otro, mediante el matrimonio y reunion de las pertenencias de ambos cónyuges, siendo igual, continuan, á que el rey mandase una cosa, ó que á su vez lo hiciese la reina, ayudando mas á esta conjetura el que en muchos edificios de aquella época, á ese emblema se ven unidas las iniciales de los nombres de Fernando é Isabel, como sucede en la fábrica del convento de san Juan de los Reyes de Toledo, fundacion suya, y en otras muchas, que con régia liberalidad labraron á sus espensas esos católicos príncipes.

Antes de refutar esta opinion como por incidencia, debemos decir por via de rectificacion, para los que la han sentado como cierta, que si bien la soberanía de los reyes católicos fué una misma, confundida por su enlace en ambos reinos, y que todas las cédulas y provisiones para cualquiera de las dos coronas salian encabezadas por ambos, sin embargo, habia algo reservado para cada uno respectivamente en la suya, sobre lo cual obraba con entera independencia del otro; reservas que se hicieron al tiempo de contraerse el matrimonio, y que religiosamente se guardaron mientras duró aquel, haciendo mencion solo como de una de las mas principales, la provision de beneficios eclesiásticos, que el rey Fernando hacia esclusivamente para las de Aragon, y doña Isabel para Castilla, sin contar otras varias facultades que no eran mútuas.

Volviendo pues á la significacion del TANTO MONTA, consta de una manera indubitable, y lo han consignado en sus obras varios autores, y con mas estension que ninguno Pedro Mártir de Anglería en sus décadas latinas, que fué invencion é ingeniosa idea del célebre humanista Antonio Nebrija, honra del siglo XV, y cuya memoria será eterna.

Atendiendo este doctísimo varon al dichoso término que habian tenido todas las empresas de los reyes católicos, y que estos habian realizado el gran pensamiento de la union de los reinos mas importantes de España, como eran Castilla, Aragon y Navarra, sojuzgando de grado ó por fuerza á todos sus enemigos, y acabando de una vez con el último baluarte de la morisma, apoderándose de la ciudad y reino de Granada, que por mas de 700 años habian gemido bajo el yugo sarraceno; y considerando, por último, que la fuerza unas veces, la espontánea sumision otras, habian producido tan dichoso resultado, discurrió que tan gloriosas hazañas eran dignas de una empresa ó mote, que fuese unido siempre al nombre y blasones de unos príncipes á quienes la fama habia de preconizar eternamente.

Sin tener en cuenta, aunque quizá le vendria á la mente, aquel famoso dicho atribuido á Alejandro, cuando *Gordio* le presentó el célebre nudo que de su nombre se llamó Gordiano, tan enredado y difícil que era imposible el desatarle, lo cual conocido por el héroe macedonio, sacó su espada y le cortó de un tajo diciendo: *tanto vale cortar, como desatar*, queriendo significar con eso que de una manera ó de otra nada resistia á su poder; sin tener en cuenta esto, repetimos, ni tratar de hacer una servil imitacion, combinó las dos palabras, TANTO MONTA, con los geroglíficos del yugo doble y coyundas, y el manojo de saetas, significando con el primero la sumision y vasallage voluntario, y con el otro la fuerza de las armas, dominando al que osase resistirse. De esta manera el TANTO MONTA, y entre esas palabras el yugo y las saetas quieren decir: tanto monta dominar á los enemigos é imponerles el yugo sujetándose ellos mismos de grado, que sujetarles por la fuerza de las armas, las que estan indicadas por las saetas: y este es el verdadero sentido de la tan celebrada empresa.

Estraño es á la verdad que haya habido autor, y no muy lejano á aquellos tiempos, que haya atribuido esa invencion á otra causa muy diferente, y que ademas no tiene apoyo en la historia.

Paulo Jovio en su *diálogo de empresas militares*, traducido al italiano por Alfonso Ulloa, dice: «que el rey católico trajo por empresa el »nudo Gordiano con la mano de Alejandro Magno que lo cortó, y el mo»te referido de tanto monta, aludiendo á aquellas palabras de este prín»cipe, que no pudiendo desatar un nudo que le presentaron, dijo: tan»to monta cortar como desatar: son sus palabras.» (Página 24.) «Lo »mismo aconteció al rey católico, continua, que sucediéndole un cierto »pleito muy enredado sobre la herencia del reino de Castilla, no ha»llando otro camino, lo conquistó con la espada en la mano, y así lo »venció; de manera que esta tan grandiosa empresa, alcanzando gran »fama, mereció que se igualase con la Francia; algunos quieren decir »que la inventó el doctísimo é ingenioso varon Antonio de Nebrija, que »en aquel tiempo restauró la lengua latina de España, de quien agora »leemos un muy copioso diccionario latin y castellano.»

Basta leer esto para estrañar cómo haya podido escribirse lo que está tan en contradiccion con los sucesos y hasta con la misma empresa, que en nada se parece al nudo Gordiano, ni tiene la mano de Alejandro que Paulo Jonio supone.

El P. Sigüenza en su historia de la órden de san Gerónimo, pág. 3, lib. 4, hablando de Antonio Nebrija y de sus obras dice: «Tambien sa»có á luz la historia de los reyes católicos Fernando é Isabel, y prin»cipalmente en lo que toca á la guerra de Granada y á la guerra del »reino de Navarra, y les hizo á los dos reyes aquella tan acertada, »aguda y grave empresa de las saetas, coyundas y yugo con la »empresa, *tanto monta*, que fué ingeniosa alusion al alma y cuerpo de ellas.»

Acerca del tiempo en que Nebrija compuso ese lema, y por consiguiente, desde cuándo comenzaron á adoptarle los reyes católicos, no podemos sentar cosa fija; pero atendiendo á la época de los monumentos donde se encuentran, anteriores muchos de ellos á la conquista de Granada, podemos dar por sentado que fué antes que tuviese lugar este acontecimiento, pues entre otros citaremos el suntuoso convento de los franciscos observantes de Toledo, en cuya fábrica se ve á cual mas reproducida esa empresa al lado de las armas de Castilla y de Aragon en las cuales aun no se ve la *Granada*, blason que se añadió despues de la toma de esa ciudad; y así creemos, que siendo anterior la idea de Nebrija, aludiria á la conquista de Navarra y sumision de una buena parte del reino de Granada, la cual precedió á la conquista de su capital.

ENTRE BASTIDORES.

I.

—¿Te empeñas?

—Me empeño.

—Pues bien, sea!... sabes que te quiero mucho y no puedo negarte nada; tienes instruccion y gusto; vas al teatro de buena fé y eres prudente; por todo esto siento llevarte entre bastidores como tú dices. Dentro de poco perderás la aficion, ningun drama te escitará interés, y te verás privado de una diversion que te instruye al mismo tiempo que te recrea.

—Pero ¿por qué razon?

—Por la misma que no te hace efecto un cuadro sino le miras á la distancia conveniente; y por la misma que desapareceria tu amorosa ilusion si á través del elegante vestido de la hermosa Julia, pudieras ver sus enaguas puercas.

—¡Vaya una comparacion!....

—¡Exacta! Tú vas á ver la Hermana del Carretero, por ejemplo, y al acabar el prólogo pones en prensa tu caletre por ver si adivinas cómo y de qué manera se descubrirá el asesino del rey; pues bien, si en lugar de estar reflexionando en tu butaca fueses al escenario, te se caeria el alma á los pies al oir al duque *Roberto* jurando como pudiera hacerlo un hermano del protagonista, diciendo que el segundo *apunte* no le habia dado un *paño* que tenia por *el foro izquierda*, y que á no acordarse de los *pies* hubiera llevado una *castaña*.

—Mejor; así gozaré del placer de los contrastes: decididamente, chico; quiero ver lo que es un teatro por dentro.

—Bueno: acuérdate que tú lo has querido: vamos al saloncillo. .

. . . . . .

Y dicho y hecho; tomó Cárlos mi brazo y atravesamos el espacio que separa al público de los actores, despues de habernos reido de la facha del portero que roncaba como un bienaventurado, medio tendido sobre una silla á la que faltaban los palos del respaldo, y revuelto en un viejo capote de barragan.

—Este es el saloncillo, dije á mi amigo: aquí se reunen los actores durante los entreactos y aun durante la representacion, hasta que el traspunte los llama á la escena.

—Entremos, dijo Carlos quitándose el sombrero. Yo me eché á reir.

—Cúbrete, y no seas niño, dije ofreciéndole un cigarro.

—¿Pero hombre, no ves que hay señoras?

—¿Pero hombre, no ves que todos fuman y están con el sombrero puesto?

—Segun eso hay aquí una deliciosa franqueza.

—¡Deliciosa!... ¡muy deliciosa!...

—Y entreabriendo la cortina entramos en la sala de descanso.

Llegué al director, le presenté á mi amigo (que estaba colorado como un pimiento) y nos dirigimos á otra parte del saloncillo donde estaban algunas actrices sabrosamente ocupadas en murmurar de otra que sentada enfrente, se hallaba tan absorta en sus pensamientos que no veia nada de lo que á su alrededor pasaba.

—¡Bien venido! me dijo una de aquellas señoras: mire V., mire V. qué vestido tan raro tiene hoy la M.... ¿ha visto V. qué mangas tan particulares?

—Vamos (añadió otra), digala V. algo.... V. que tiene siempre tan buen humor!.... (Yo poseo entre otras cosas un mal humor tan gracioso, que hace reir á todo el mundo menos á mí.)

—¿Quién es esa M...? preguntó Cárlos.

—Una actriz que viste con mucho gusto y tiene muy buen talento, le contesté.

—¿Y por qué la critican?

—Porque ha tenido un amante.

—¿Y esta que tanto se ensaña contra ella?

—Esa ha tenido cuatro.

En esto sentí que me daban las buenas noches y me tocaban ligeramente en el hombro; volví la cara y reconocí á Romero.

Este actor habia sido *primer galan* cuando para serlo bastaba dar gritos y manotadas al viento, y ahora, merced á la variacion que ha sufrido el gusto del público, se halla ajustado en la modestísima categoría de *racionista con obligacion de acompañamientos;* es de suyo hablador, y como cómico viejo sabe al dedillo la crónica de bastidores.

—Buena noche, Romero, le dije sonriendo: sospecho que ese traje no es de la época (llevaba un paletót del dia sobre una *dalmática* del tiempo de los godos).

—Qué quiere V. amigo! es muy fácil constiparse por esos pasillos; ya soy viejo y no me importa el qué dirán: ande yo caliente y ríase la gente; el deseo de agradar solo está bien en la juventud.

—Sí, pero la juventud no sabe lo que se pesca la mayor parte de las veces que tiende la caña: aquí tiene V. un muchacho que me ha suplicado le proporcione entrada en el escenario pensando que se va á divertir mucho.

—¿Es periodista?

—No señor, es independiente.

—¿Autor dramático?

—Aun no ha llegado su locura hasta ese estremo: es sumamente aficionado al teatro y tiene empeño en conocer eso que se llama *intriga de bastidores.*

—Pues á nadie mejor que á mí le podia V. haber dirigido; yo sé como ninguno los dramas que se representan de bastidores adentro,

y le instruire de cuanto quiera. Basta que lo haya conocido por V.: pero me parece, continuó volviéndose á Cárlos, que debemos empezar por los personajes: pregunte V.

—¿Quién es aquella princesa tan almidonada que está cuchicheando con aquel muchacho de patilla rubia?

—Una *segunda dama jóven:* se llama Gertrudis y es algo casquivana. En cuanto al jóven belludo, se cree que sea su cortejo, porque es periodista y todos los dias la está poniendo *sueltos*. Hoy mismo viene uno alabando el traje que sacó antes de anoche, y luego hemos sabido que era prestado.

—¿Y ese que está pugnando por abrocharse el cinturon?

—El marido de la susodicha. Es *parte por medio*.

—¡Ah!... es casada.

—Sí, en Valladolid, hace tres años, cuando *él puso la parte de tercero*.

—¿Y aquel destrozado que está diciendo á gritos que tiene muchísimo *caudal?*

—Y le tiene efectivamente; pero es *antiguo*.

Carlos me miró como un hombre que no entiende una palabra.

—*Caudal de papeles*, le apunté yo.

—Es un actor *parado*, respondió Romero.

—¿Puede empezarse? preguntó en esto el *traspunte* al director.

—¿No falta nada de la *guardaropía?* dijo este.

—No señor.

—Pues arriba.

—*Aparecen la señora X* y una esclava. *Prevenido Rodriguez y voces del pueblo: izquierda puerta. Un guerrero en el forillo. ¡Vamoos!...* .

. . . . . .

. . . . . .

Prefirió Carlos la conversacion de Romero á la continuacion del drama (no sé cuál de las dos cosas seria peor), y no volvimos á juntarnos hasta despues de concluida la representacion: Una vez en casa, y habiendo tomado la posicion horizontal (que es indudablemente la mejor posicion), pregunté á mi amigo la causa de la tristeza que habia notado en él desde que salimos del teatro.

—Ni sé lo que tengo, me respondió: poco despues de irte tú, llegó el traspunte y dijo á Romero que se *previniese para dar un recado*, y Romero se despidió de mí doblando una hoja del pergamino: como me quedé solo me puse á mirar á todos lados, y casualmente mis ojos se encontraron con los de la dama á quien criticaban por haber tenido un amante. No habia reparado hasta entonces..... es muy hermosa..... ¡mucho!

—¿Y qué?

—No pude soportar el peso de su mirada y volví la cabeza á otra parte; entonces oí á la dama que habia tenido cuatro amantes, que estaba echando pestes contra la que no habia tenido mas que uno. Yo no me pude contener y dije que se equivocaba.

—¿Y qué te contestó?

—Que todos estábamos sujetos á equivocaciones. Poco despues se levantó y yo noté que todos me miraban de hito en hito.

—¡Báh! pues has hecho una inocentada.... ó por mejor decir una tontería.

—¡Yo!....

—Tú; has comprometido á una muger y te has puesto en ridículo. Esto es lo que se saca de saber las *intrigas* de bastidor: ser víctima de ellas.

—¿Yo?

—Hasta mañana: tiempo tendremos de hablar de eso.

Y tiré mi cigarro y Carlos encendió uno. Ignoro si durmió ó si estuvo fumando toda la noche.

II.

—¿Dónde se habrá metido el muchacho? ¿Habrá sido tan prudente que no haya venido al escenario? Creo que no; pues aunque esta mañana me prometió tener juicio, sospecho que el bribonzuelo de Cupido le ha flechado, y entonces... pobre criatura, no sabe que el amor de bastidores es una *mutacion* continua.

—Vamos, vamos arriba... Ramirez, métase V. en el *torna-voz*. ¡Ah!.. escuche V., siempre que haya *mutis*, marque V. si es por la derecha ó por la izquierda, porque el drama está un poco *tierno*... vamos, vamos.

—Adios, Paquita.

—Adios, amigo mio.

—¿Cómo se encuentra V. de los nervios?

—Bien, gracias, estoy un poco mas... ¡Ramirez!..

—Mande V. (¿Por dónde habrá ido esa condenada?)

—Hágame V. el favor de *decirme* muy alto el *parlamento* de cuando perdí mi honor... mire V., lo mejor será si *miento* mucho, que se vaya V. *al pie*.

—Corriente, en el parlamento de... ¿ha visto V. á mi Pepa?

—No señor.

—¿No, eh? ¿con que no? Por vida de... ¿habrá ido esa condenada? Ea, adios. (Voy á preguntar á los *asistencias*.)

—¿Diga V. quién es esa Pepa?

—Calle V. por Dios, esa muger va á ser la ruina de la compañía.

—¿Pues cómo?

—Figúrese V. que el *apuntador* está enamorado.

—¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye, enamorado como un autor novel.

—¡Pobre hombre!

—¡Es el caso, que la prenda de su corazon es Pepilla, una bolerita que estuvo en el Circo de Salamanca, buenos brazos!

—Sí, ya caigo.

—La chica es atolondrada como ella, pero el apuntador á quien no gusta esa especialidad, la tiene mandado que durante la representacion permanezca en la primera *caja* de la derecha, para no perderla de vista desde la *concha*.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que cuando no la vé, ó la vé con alguno, se pone furioso, empieza á decir desatinos y pierde al pobre actor que está en escena.

—¿Y no han tratado VV. de poner remedio?

—Sí, yo le aconsejé que se la llevase con él al torna-voz, pero no pudo resistir mas que una fucion.

—¿Quién, el torna-voz?

—No, el apuntador.

—¿Pues cómo?

—Porque como la muchacha no puede estarse quieta y él no podia apuntar y responder á las preguntas que le hacia, se entretuvo en hacerle cosquillas ó tirarle cada pellizco que le hacia ver las estrellas.

—¡Vamos, vamos, que ya está aguardando el presidente Ramirez!... ¡con dos mil de á caballo!.. ¿me hace V. el obsequio de irse al agujero?

—Ya voy, hombre, ya voy (no la he podido encontrar, por vida de... ¿Dónde habrá ido esa condenada?)

—¿Estamos?

—Estamos.

(Al apuntador) arriba.

(A los *arrojes*) abajo.

Y empieza el drama para el público, y sigue el que se representa entre bastidores.

. . . . . .

. . . . . .

—¿Prevenida, Dolores, tiene V. la carta?

—Sí; ¿qué digo?

—*¡Aquí las pruebas están!*

—*¿Aquí las pruebas están?* Bien. Adios, señores; ¿saben ustedes la última *crónica?*

—No.

—No.

—No.

—¡Ay! pues es chistosísima, figuran en ella la *M.* y un jovenzuelo.

—¿Alto?

—Sí.

—¿Rubio con un poquito de bigote?.. lleva un gaban blanco?...

—Sí, sí, el mismo.

—(¡El mismo! ¡pobre Cárlos!) ¿y que ha pasado?

—Se ha puesto en ridículo completamente: figúrense VV. que...

—*Fuera con carta.*

—*Aquí las pruebas están.*

(Pobre amigo mio, sentiré que haya hecho una necedad).

N. S.

POESIAS INÉDITAS DE D. JUAN PABLO FORNER.

Traduccion de la oda tercera del libro II de Horacio.

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte,
No menos que en la próspera, segura
De inmodesta alegria
La mente inalterable noche y dia.
Ya vivas perseguido
De importuna tristeza, ó ya risueño
De placeres ceñido
Hinchendo el hondo vaso el halagüeño

Falerno que conserva
La reservada cava; en blanda yerba
Te goces reclinado
Lejos de la ciudad; do á las ufanas
Ramas de un plateado
Alamo se entrelazan las lozanas
De un pino corpulento,
Y su sombra convida al fresco asiento:
Y donde alegre y viva
De arroyuelo fugaz linfa sonora
La marcha fugitiva
Serpeando apresure. Aquí de Flora
Haz, oh Delio, que lleven
Cuantas delicias de su copia llueven.
Haz que lleven ungüentos,
Delicias del olfato; alegres vinos,
Sabrosos, no violentos;
Haláguente matices peregrinos
De la efímera rosa,
Y haz, oh Delio, tu vida deliciosa,
Mientras que lo permiten
Tus muchos bienes y tus dulces dias;
Y las parcas omiten
Cortar el hilo de tu vida; impías
Cortarántele luego
Sin que se ablanden al humilde ruego.
Y entonces la adquirida
Tierra forzado dejarás, la casa
Y la granja lamida
Del Tiber rojo; y poseerá sin tasa
Un heredero ansioso
De tu tesoro el cúmulo asombroso.
El rey del Orco horrendo
No distingue de estados; que de anciana
Progenie descendiendo,
Sus riquezas heredes, que villana
La suerte te castigue,
Y vil plebeyo á mendigar te obligue;
Bajarás al averno,
Y bajaremos todos; inviolable
Para el destierro eterno
La urna á todos nos mueve; inexorable
Mas tarde ó mas temprano
A él nos lleva Charonte el inhumano.

ANACREONTICAS.

A POMONA.

Deja, Pomona, el huerto,
Deja las flores bellas,
Y atiende al tono yerto
De mis tristes querellas:
Y si te dueles de ellas
A Silvia persuade,
Que su retiro añade
Al pecho un dolor cierto;
Y encubre las centellas
Que amor, piadoso niño,
Ofreció á mi cariño
Gozar eternamente.
Oye mi voz doliente,
Y en tono semejante
Trasládala á mi ausente,
Dile que es de su amante:
Mas si esto hacer no quieres...
Mal hayan las mugeres.

AL MISMO ASUNTO.

De cuantas zagalejas
Moran en estas selvas,
Solamente Dorisa
Es la que me contenta;
Diceselo, Pomona,
Haz por donde lo sepa,
Que siempre agradecido
Viviré á tu fineza:
Libra mi pecho amante
Del dolor y la pena
Que congojado sufre
Ignorándolo ella,
Y el triunfo que consigas
Para memoria eterna
Ofrezco consagrarte
En mi jardin ó huerta;
Si en esto me sirvieres...
Bien hayan las mugeres.

A LISARDA.

A tomar el aire al llano
Lisarda esta noche sale:
¿Para qué mas aire quiere
Si ella lleva todo el aire?
Tapada va siendo hermosa
De su deidad propio ultrage,
Que es blason de la hermosura
Hacer gala del desaire.
Con los robos que iba haciendo
Ni muy difícil ni fácil,
Quiere que todos la sigan,
Mas que ninguno la alcance.
Descubrió su rostro bello
Y yo la dije al instante:
¿Para qué el sol me amanece
Si á la luna he de quedarme?
No muera de haberte visto,
Deja el matar para el áspid,
Que no es gala en un rendido
Triunfar con fatalidades.
Respondió airosa y discreta,
Que poco sabe el amante
Que sabiendo que le quieren
Manifiesta que lo sabe.



(D. Jorge Juan.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 35.

Bien hayas mal si vienes solo.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Morel y su muger se miraron de nuevo: yo seguí como si no advirtiera su embarazo.)

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

Era á fines del año 1791: el enemigo amenazaba nuestras fronteras; la mayor parte de la nobleza habia emigrado, y el clero se habia sublevado contra la nueva constitucion social: su resistencia apresuró las medidas revolucionarias que se pensaban tomar contra él. Se proclamó la supresion de los monasterios y de los antiguos obispos, la regularizacion del clero ordinario, la venta de los bienes de la iglesia, y finalmente se fijó un tratamiento nuevo para sus miembros.

Adivínese cuánta gente llevarian estos cambios á Inglaterra, donde todavía eran tan profundos los sentimientos religiosos, y los sacerdotes tan poderosos. Se habian quebrantado muchos intereses espirituales y temporales para que no se encontrara resistencia.

Nó fueron solamente las aldeas las que se revolucionaron: las ciudades, que perdian su obispo, sus capítulos y sus conventos, se levantaron tambien: así en Saint-Pol la municipalidad declaró unánimemente, que si se quitaba su obispo á esta ciudad, que consta de mas de 5,000 almas, al menos era indispensable que la dejaran «un »cura en gefe, diez vicarios, un padre sacristan, cuatro chantres, un »serpenton, tres músicos, un maestro de capilla, cuatro niños de »coro, un organista, un entonador, un campanero, un relojero y un »blanqueador.»

Cuando se notificó á los administradores de Morlaix que pusieran sellos á los archivos del obispo de Morche, se escusaron diciendo que *sus principios religiosos no les permitian llenar una mision semejante.*

En cuanto á los sacerdotes, unos se habian embarcado en Benodet y en Binic, ó habian salido para España y las islas británicas; otros, olvidando sus juramentos, habian abandonado sus curatos, y casi todos, desde dentro y fuera, escitaban á los fieles á la revolucion.

Los conventos, por su parte, rehusaban el dar sus bienes al estado, se negaban á abrir sus puertas y á reconocer la ley por la cual debian reunirse para formar una comunidad regular: se necesitaba por consiguiente echarlos por fuerza y sellar los monasterios.

En Cashais se habia intimado veinte veces á los calvarienses la órden de obedecer la ley; pero en vano: así que, fué necesario que se presentaran los oficiales municipales seguidos de una multitud de soldados. El patio estaba lleno de mugeres y niños, á los que se acababa de repartir la limosna cotidiana; el síndico preguntó por la superiora, y al momento apareció ésta detrás de la verja rodeada de sus hermanas.

—La ley os manda que salgais al instante, le dijo.

—Mis votos me mandan quedarme, respondió la priora.

—En nombre de la nacion abrid esa puerta.

—En nombre de Dios no puedo abrirla.

—Entonces ¡echadla abajo!

Entonces se adelantaron los soldados para egecutar esta órden, mientras que las monjas arrodilladas entonaban con voz clara y tranquila el *Miserere mei...*

Bien pronto voló en pedazos la verja: los oficiales municipales entraron en la grada y digeron á las monjas que indicara cada una lo que la pertenecia en el convento.

—Todo lo que aquí hay, respondió la superiora, pertenece á Dios ó los pobres.

—Pero ¿vuestros muebles?..

—Conservamos nuestra cruz y nuestro rosario.

—Vuestras camas...

—Podemos dormir en el suelo.

—Al menos vuestros libros de rezo.

—Los sabemos de memoria.

—Pues llevádoslo todo, dijo el oficial municipal á los soldados.

Corrieron estos á las celdas, y todo lo que en ellas se encontró fué hacinado á la ventura en los carros, donde hicieron tambien subir á las calvarienses.

Entonces ellas, volviéndose por última vez hácia los tilos del jardin, hácia su patio lleno de yerba, y hácia sus paredes entapizadas de yedra, abrazando de una mirada el asilo en que la mayor parte habian envejecido, sin decir una palabra, sin verter una lágrima, cruzaron las manos sobre su rosario, tomaron asiento en los carros, y partieron.

Por otra parte, los sacerdotes constitucionales establecidos por los comunes eran rechazados por los pueblos; y si en algunas partes se

les consentia, la iglesia estaba desierta y el presbiterio abandonado. Hasta los niños huian al ver á los curas nuevos, gritando:

—El jurador, el jurador.

Llegaba á tanto la aversion que se les tenia, que no encontraban quien quisiera hablarlos, ni venderlos, ni servirlos; se les hubiera creido unos de esos descomulgados á quienes las antiguas sociedades prohibian el agua y el fuego.

En cuanto á los no juramentados, la persecucion les habia dado una nueva santidad y un poder invisible: ya no eran solo sacerdotes, eran mártires. Bastaba para salvarse oir una de sus misas, confesarse con ellos, recibir el viático de sus manos.

Cada parroquia tenia por lo menos uno de estos proscritos, que desde su retiro egercia un dominio absoluto sobre las almas: á ellos solos pertenecia el derecho de *atar ó desatar sobre la tierra*. Se les traian de muchas leguas y á media noche niños que bautizar y moribundos que bendecir: todo casamiento que no hubieran hecho ellos se tenia por impuro. Arrojados de sus iglesias erigian altares en medio de los matorrales, en el fondo de algun bosque ó sobre el mismo mar. Entonces los niños de coro iban de cortijo en cortijo, con un baston de acebo en la mano, y golpeando en los postigos de las puertas decian á media voz:

—Mañana á media noche... en tal encrucijada, sobre tal colina ó cerca de tal precipicio.

Al dia siguiente mugeres, niños, ancianos, todos estaban en el lugar indicado, con la cabeza desnuda y el rosario en la mano.

Irritados con estas resistencias, algunas administraciones usaron de fuertes represiones, y otras hicieron la vista gorda; pero la indulgencia y la severidad fueron igualmente impotentes; así que hubo necesidad de recurrir á la violencia, y se mandó: «Que todas las iglesias y capillas que no fueran parroquiales se cerraran en el término de veinticuatro horas; que todos los sacerdotes no juramentados permanecieran en estado de arresto; que todo ciudadano que en vez de hacer bautizar á sus hijos por el cura constitucional, recurriese á un injuramentado, seria denunciado al acusador público.»

En este estado de cosas me ocurrió una aventura singular que me hizo encontrar con un hombre que no habia visto desde mi infancia.

Habia yo llegado á ser el apoyo del poder de un tal Kerneau, de Paris, que habia adquirido á vuelta de algunos años considerables propiedades en nuestro departamento.

Entre estas se encontraba Locurora, antigua casa que habia venido á convertirse en cortijo, y estaba situada en Pleneuf, y á la cual tuve necesidad de ir para hacer un nuevo arrendamiento. Tomé un pasaporte para Miguel, mi mozo de almacen, porque habiéndose hecho tan grande el número de los sospechosos, la policía de los caminos se habia vuelto muy severa: dejé á Miguel en Saint-Brieve, y continué solo hácia Pleneuf.

El mes de diciembre estaba concluyendo; el viento era muy frio; el cielo estaba encapotado, y los caminos llenos de lodo á causa de las recientes lluvias; así que me costaba bastante trabajo el hacer salir mi charaban de los barrancos: para colmo de tantas desgracias mi caballo perdió una herradura, y me fué necesario buscar un mariscal en el primer pueblo que encontré.

Mientras que le estaba herrando pregunté si faltaba mucho para Locurora.

—¿Va V. á Locurora? me preguntó levantando la cabeza.

Yo le respondí afirmativamente, y él, volviendo hácia otro lado la cabeza, me dijo:

—No encontrará V. posada.

—Lo sé; pero tengo necesidad de ir.

—Puede ser que Morel no quiera recibiros.

—Estoy cierto de que sí.

El mariscal me miró por cima del hombro y me dijo:

—¿Acaso es V. su amo?

—Casi, casi: soy su recaudador.

—¿Entonces vendrá V. de Saint-Brieve?

—Sí; pero concluya V. pronto, porque tengo prisa.

El mariscal no participaba ciertamente de mi impaciencia, y parecia que se empeñaba en prolongar mi detencion: examinó una tras de otra las cuatro herraduras de mi caballo, y en todas encontró alguna cosa que hacer; tanto, que me hizo perder la paciencia hasta el punto de que cogiendo la brida de mano de su mozo le declaré que queria partir.

—Mejor haria V., me dijo, en pasar aquí la noche, porque á estas horas no están seguros los caminos: yo sin escucharle subí en mi charaban y le pregunté:

—¿El camino mas corto es por medio de los matorrales?

—Sí, me respondió; pero si V. no le conoce, seguro que se estraviará en él.

—Entonces tomaré el camino de abajo que conduce directamente á la quinta.

—Directamente, repitió él con sentimiento.

Y partí sin escuchar mas.

Las observaciones de este hombre me habian hecho sin embargo alguna impresion. La noche se ponia sumamente oscura, y los asesinatos no eran raros en este pais; por lo que resolví hacer apretar el paso á mi caballo.

Hacia algun tiempo que iba caminando, cuando de repente descubrí en la sombra un grupo de hombres que iba delante de mi. Al ruido que hacia mi carruage se volvieron apartándose á un lado con cierto temor: pasé corriendo por cerca de ellos; pero apenas habia andado unos doscientos pasos, cuando me encontré otro segundo grupo y poco mas allá un tercero.

Al atravesar la encrucijada distinguí muchos otros que llegaban de distintos lados; parecia que todos seguian el mismo camino que yo y se inclinaban al mismo punto.

La sorpresa que habia recibido no tardó en cambiarse en inquietud: ¿adonde iban estos hombres y por qué se reunian? El camino que llevaban parecia conducirlos á Locurora. Entonces me acordé de que mi arrendatario me habia sido señalado en los informes que habia tomado respecto al pago de su arriendo, como un paisano rico, influyente y enemigo de la revolucion; así que empecé á comprender las instancias del mariscal para que me quedara en su pueblo, y hasta me arrepentí de no haberlo hecho. Vacilé por un instante entre la idea de seguir ó volverme; pero los techos puntiagudos de la casa se veian ya destacar en la sombra, me dió además vergüenza de retroceder, y me decidí á llamar á la puerta, donde vino á abrirme el mismo Morel, quien retrocedió de sorpresa al verme.

—¡Señor! ¡V. aquí, tan tarde! me dijo:

—Los caminos están tan malos que no he podido llegar antes: vengo á hacer el arrendamiento.

El murmuró una frase de reconocimiento.

—Mi caballo viene herido, y en cuanto á mí, estoy muerto de frio: con que busca donde colocarnos á entrambos.

—Toda la casa está á vuestra disposicion, respondió con embarazo el arrendatario.

Conocí que mi llegada le embarazaba; pero al decidirme á entrar habia resuelto que lo que se necesitaba sobre todo era no mostrar miedo alguno: así que seguí á Morel despues de haber confiado á un mozo mi charaban.

La arrendataria que habia sido informada de mi llegada, vino á cumplimentarme y me dijo con palabras entrecortadas:

—Es una desgracia que no nos haya V. informado de su venida para tenerlo todo preparado para recibirle.

—No quiero mas, la dige, que una luz, una ensalada y una cama.

—Es que se duerme mal en esta pieza, porque se oye mucha gente y mucho ruido.

—Pues llevadme á otra, dije yo con indiferencia.

El arrendatario y su muger se miraron.

—Podeis pasar á la sala artesonada, dijo este con un tono de voz poco firme.

Hice pues que me condujeran á ella: era esta una sala que no tenia salida mas que hácia el piso bajo, ocupado por la muger del arrendatario; así que no puse ninguna dificultad.

—Vaya por la sala artesonada, repliqué, con tal que no haya en ella ni lino ni frutas, porque no puedo sufrir su olor.

La arrendataria quedó como desconcertada.

—Señor, á V. le gustaria mas acostarse en la panera de la avena.

—Con tal que se pueda encender lumbre...

—No hay chimenea.

—Entonces llevadme á otra parte, porque el frio es lo que mas temo.

Morel y su muger se miraron de nuevo: yo seguí como si no advirtiera su embarazo.

—Es que no hay otra habitacion, murmuró la arrendataria.

—¡Bah! dige yo levantándome y como volviendo en mi de repente.

—Ahora que me acuerdo: ¿y el almacen del piñon?

Entrambos se estremecieron.

—Allí debe haber una cama, porque mi predecesor dormia allí muchas veces.

—Es cierto, respondieron.

—Pues eso es lo que necesito: con que llevadme allá.

—Escuchad, señor, me dijo la arrendataria.

—¡Qué! ¿no está desocupada aquella habitacion? pregunté yo mirándolos.

—Perdonad; pero todo está revuelto... esperad aquí un instante; voy á prepararla.

—Id, pues, dige yo, volviendo á sentarme; pero sobre todo acabad pronto porque me estoy cayendo de sueño.

La arrendataria salió y Morel no tardó mucho en seguirla.

Esperimenté grandes inquietudes porque no me quedaba duda de

que en la quinta pasaba alguna cosa de estraordinario, y no sabia hasta qué punto podia contar con la fidelidad de mi arrendatario de Locurora. Por otra parte, su voluntad podia ser inútil si se trataba segun yo comenzaba á temer de una reunion de insurgentes. Conocia hasta qué punto llegaba la aversion de los paisanos á los patriotas, y sabia que mi opinion era conocida; y finalmente, contra mi costumbre me encontraba sin armas, en un pais cuyas revueltas me eran desconocidas: hé aquí la razon por qué no habia querido pasar la noche ni en la sala artesonada, ni en el almacen de la avena desde donde la huida era imposible. La sala del piñon que fué la primera que me debieron ofrecer, puesto que es la mas á propósito para recibir un huésped, tenia por el contrario una entrada separada que yo conocia, lo cual era una doble puerta de salvacion si mis temores eran fundados.

Sin embargo, la arrendataria no volvia: Morel habia entrado muchas veces y vuelto á salir otras tantas; le habia visto hablar misteriosamente con los mozos de la quinta, desaparecer, volver á entrar para salir de nuevo. Reinaba en toda la casa un gran movimiento é inquietud: los criados hablaban por lo bajo, se dirigian miradas de inteligencia, y andaban sin zuecos para hacer menos ruido.

Vino por fin á buscarme la arrendataria, y aunque con un poco de recelo, me condujo á la habitacion que me habian dispuesto, me preguntó si necesitaba alguna cosa, y habiéndola dicho que nada me hacia falta, desapareció.

Al instante eché el cerrojo á la puerta y tendí en mi rededor una mirada de ansiedad. La sala estaba débilmente alumbraba por una sola luz; di una vuelta á toda ella registrando los rincones y levantando las cortinas. Me aseguré por fin de que una de las ventanas daba al jardin, y ya mas tranquilo me aproximé al hogar donde ardia un tronco de árbol que despedia luz y calor á gran distancia. En cualquier otra ocasion no hubiera reparado; pero la inquietud tenia mi atencion en guardia, y conocí que aquel fuego no se habia dispuesto para mí, sino que estaba encendido antes de que yo llegara. Buscaba medio de esplicarme esta circunstancia, cuando paseando mis ojos al rededor reparé en un libro que estaba sobre la chimenea, y asomaba á medias en una bolsa de paño de esas en que los notarios cerraban entonces un libro de *Costumbres* que llevaban siempre consigo. Noté al tomarle que no tenia polvo, como sucede con los objetos que han permanecido olvidados por algun tiempo. Le abrí para mirar el título, y me encontré con una *Semana Santa*, que á juzgar por lo sucio de sus hojas, debia servir hacia mucho tiempo.

Hojeándole sin objeto cayó al suelo un papel que recogí y decia lo que sigue:

ACTOS DE FE.

Creo con fé sincera que la iglesia,
aunque esto la nacion quiera negar,
ha de estar siempre subyugada al Papa
su cabeza primera y principal.
Creo que son apóstatas é intrusos
los obispos que acaban de nombrar,
pues que su bendicion no les ha dado
la mitra al recibir su santidad.

ACTOS DE ESPERANZA.

Espero que he de ver dentro de poco
un cambio que en la Francia se ha de obrar,
por el cual nuestros curas y vicarios
otra vez á sus sillas volverán.
Espero que el Dios justo á quien adoro
tratará á los intrusos sin piedad,
y á esta pobre nacion tan abatida
su santa religion devolverá,

ACTOS DE CARIDAD.

Amo al rey de Inglaterra y al de España
que con sus fuerzas deben apoyar
la causa de los pobres emigrados
que han de traer á mi pais la paz.
Amo á los jueces rectos justicieros
que á los patriotas deben condenar
y al hierro ardiente que marcarlos debe,
y hasta el verdugo que les ha de ahorcar.

Leí por dos veces estos versos tan chavacanos y feroces, esforzándome por conocer la letra que me parecia haber visto antes, y todavia los tenia en la mano cuando creia haber oido ruido en la escalera: presté atencion, y observé que subian con mucho cuidado, y apagando al instante la luz me aparté del fuego para que no me pudieran ver.

Dos personas se detuvieron delante de la puerta, hablaron por lo bajo algunos instantes, sentí introducir una llave en una cerradura, darle dos vueltas, y gente que bajaba por una escalera; me aproximé al instante á la puerta, descorrí el cerrojo y quise abrir, pero la puerta resistió: estaba prisionero.

Desde entonces cesó mi incertidumbre, y conocí que el peligro era cierto; no pudiendo abrir, claro estaba que mis huéspedes me habian cerrado á fin de que no pudiera escaparme; sin duda estaban pensando qué harian conmigo.

Decidido á probar todos los medios de salvacion, corrí hácia la ventana que caia al jardin, y llegó á mi oido un murmullo sordo. Sorprendido de esto, me incliné para mirar á través de los cristales y en toda la distancia á que la noche me permitia distinguir; no ví otra cosa que una multitud de cabezas movibles y desnudas; se hubiera dicho que esta multitud tan apiñada y silenciosa esperaba en tan respetuosa actitud alguna visita soberana.

La curiosidad habia suspendido por un momento mi inquietud; pero habiendo hecho aquel gentío un movimiento en que se abrieron las filas, distinguí á Morel que accionando hablaba por lo bajo con algunos. De repente señaló hácia mi ventana, y todas las cabezas se levantaron, lo que me hizo retroceder.

Precisamente se ocupaban de mí; entonces me acordé de que habia otra ventana al lado opuesto de la sala; me apresuré á abrirla, y ví que daba á un patio oscuro y retirado: asomé la cabeza y nada oí. Este patio podia tener alguna salida; por otra parte era la única via de salvacion que me quedaba: asi que me decidí á bajar.

El techo de mi establo colocado precisamente debajo de la ventana, hácia la bajada tan fácil como segura; y no tuve que hacer mas que deslizarme hasta el suelo: una vez en este patio, era necesario salir; me puse á buscar en medio de la oscuridad; encontré por fin una puerta entreabierta que conducia á un corredor y desde allí á un jardin. Habiendo llegado allí, oí un murmullo de voces que salia de una granja arruinada en la que habia luz; me aproximé con precaucion á sus paredes agugereadas, y conteniendo el aliento probé á examinar el interior: el estraño espectáculo que se presentó á mis ojos me obligó á permanecer inmoble.

De pie delante de unas tablas colocadas en forma de altar y cubiertas con una tela ordinaria, un sacerdote estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, mientras que una muchedumbre inmensa le escuchaba arrodillada. Estaban los hombres separados de las mugeres como en los lugares santos, y los niños ocupaban el centro.

En las primeras filas distinguí al mariscal que habia hecho tantos esfuerzos para que no viniese á Locurora. A pesar del gran número de oyentes el silencio era profundo. Este gentío que llenaba la granja, se estendia ademas bien lejos de ella, y era sin duda el que yo habia visto en el jardin. De repente el sacerdote, cuyas facciones no habia podido distinguir, se volvió para decir el *ite missa est* y por poco no doy un grito; habia reconocido á Bernardo.

(Continuará.)

El ojo del amo.

¿Conocen ustedes al marqués de... viejo verde, peluca rubia, corbata blanca y nariz roja; Pilades de todos los actores, Endimion de muchas actrices, y Júpiter de todas las bailarinas?

¿Le conocen ustedes?...

Pues oigan ahora lo que nos contaba hace pocas noches una de las ex-heroinas del teatro del Circo.

Todo el mundo sabe que ese noble en conserva es un maniático del género insípido. Entre las muchas escentricidades que le distinguen, tiene la de levantarse con la aurora y recorrer plazuelas y mercados en busca... ¡quién lo dijera!. de su ordinario y escaso alimento.

Una de las mañanitas del presente otoño se dirigió, como de costumbre, á la plazuela de... Acompañábalo su perpétuo adlátere, un mísero habitante de Sigoeiro algo parecido al hombre y mucho á su amo en lo de llevar el cuello inflexiblemente estirado. Este pobre mozo que contará ahora diez y ocho años, si los cuenta, sirve á su señor para todos los usos.

Conviene que lo sepan ustedes para que, si lo encuentran por ahí vestido de jockei, puedan reconocerlo.

Pues bien, (como decia la bailarina) esta mañana de que hablamos, tuvo el marqués una ocurrencia estraordinaria.

¡Compró un gallo!.. ¡un gallo estremadamente flaco!

—Yo lo engordaré, dijo para sus adentros, yo lo engordaré y tendré el maligno placer de comérmelo solo. ¡Magnífico!

Y volviéndose al natural de Sigoeiro, á quien habia despertado esta inopinada ocurrencia (tan metódica y leve era su ordinaria tarea), le dijo lleno de un gozo que no podia disimular:

—Mira, Toribio, es necesario que le des algun pan... algun grano... en fin, de lo que te sobre en la cocina: estás? No tienes mas que arrimárselo á ese pico que ves ahí...

—¡Si señor!

Y con esto, habiendo llegado á su casa, pesó el marqués su gallo y le colocó en un nicho contiguo á la cocina,—donde su destino debia cumplirse,—y donde estaba, entre otras cosas, el exíguo lecho del espiritual sirviente.

Pasáronse dos dias: el impaciente marqués de... corre á pesar de nuevo á su gallo: ni un quilate mas.

—¡Es demasiado pronto! dijo para sí.

Corrieron tres... cuatro dias. El marqués ni aun preguntó por su bípedo, á pesar de que la impaciencia lo devoraba. Llegó por fin el quinto, y no pudiendo ya contenerse, va á la cocina y vuelve á pesar el gallo. Ninguna mejora.

¡Espera dos dias mas y ya son siete... y... nada!

Llega al octavo dia .. y el gallo habia ENFLAQUECIDO!..

Entonces reflexionó el marqués.

—Este animal se fastidia, no hay duda. ¡Toribio es un imbécil, sin conversacion y sin!... Mira, muchacho, añadió dirijiéndose al de Sigoeiro, es necesario que distraigas á este pobre bicho: deja ese aire taciturno y canta de vez en cuando; por aquí... las aves son enemigas del silencio.

—¡Sí señor!

El marqués se acostó aquella noche mas tranquilo, saboreando su magnífica idea.

El muchacho, conformándose con ella ó mas bien con el mandato, estuvo cantando hasta que lo rindió el sueño.

Todo el dia siguiente lo estuvo oyendo el marqués cantar de media en media hora *la muñeira*, y bailar al compás, en los momentos de mas entusiasmo.

—No es mala idea la del baile, esclamó el marqués, no sin un sentimiento de celos: no habia yo caido en tal cosa!.. Si no engorda en medio de tanta alegría...

Y volvia á verlo, y el gallo... flaco, muy flaco... cada dia mas flaco!

—¿Pero qué diablos tiene? se preguntaba el marqués desesperado. ¿No come?... ¿no le cantan?... ¿no le bailan?... ¡A no ser que llevándole al teatro del *Instituto!*... ¡Pero esto no es posible!... ¡Dios mio!... ¡Si despues de tantos sacrificios!...

Mientras que el marqués trataba de profundizar esta grave cuestion que le distraia de todas sus atenciones, el gallo que para nada las tenia en cuenta... ¡seguia enflaqueciendo, se consumia!... ¡se desecaba!!.. El marqués no daba crédito á lo que veia (esto nos recuerda á cierto diputado, hombre inteligente, que no pudiendo concebir la estremada flaqueza de pantorrillas del *procurador* del DUENDE que se ejecuta en *Variedades*, se lo esplicó diciendo: *que eran postizas!*)

Y lo que habia en esto de mas estraño, era que al mismo tiempo que este animal,—no hablamos ya del diputado sino del gallo,—que este animal enflaquecia, se le iban cayendo de tal modo las plumas, que se iba quedando ridículo.

El marqués se perdia en reflexiones, inducciones y deducciones.

—En esta casa sucede algo muy estraordinario, pensó al fin; mi situacion ha llegado á ser intolerable, y es preciso que yo salga de ella á toda costa. No me queda otro remedio que no apartar la vista de ese fenómeno. *La vista del amo engorda al gallo.*

Y dicho y hecho. Con una travesura de ingenio que él mismo no se suponia, calculó abrir un agujero que diese vista al objeto de sus cuidados. Cojió una barrena y abrió á media noche el apetecido conducto, y vió.....

¡Abominacion!! vió al de Sigoeiro aplicar á otro conducto del infortunado gallo el dedo índice, á la manera de quien busca y espera encontrar una cosa muchas veces buscada. Inútil es decir que esta operacion tenia lugar entre dos coplas de la *muñeira*.

El marqués salió furioso de su escondrijo.

—¡Infame!... ya te cojí, gritó con voz estentórea, plantándose delante del muchacho, ¿qué haces á ese animal?....

—¡Señor!... yo... ¡Hi!... ¡hi¡... ¡hi!...

—No se trata de llorar, sino de esplicarse..... ¿Qué le haces?...

—Mire, señor, como no quiere poner... le ando buscando el huevo.

C.

EL PICO DE MEDIODIA.

Pregmento de un viage inédito.

Despues de haberme calzado las espadillas, especie de sandalias romanas hechas á propósito para trepar; despues de haberme arropado una chupa del pais y abrigado mis piernas con grandes polainas; ceñido el cuerpo con una faja larga con que se da vueltas en la cintura, empuñé el alto cayado de los montañeses teniendo un garfio en un estremo y ferrada contera en el otro, con cuyo equipo me dirigí á la cumbre conocida por Pico de Mediodia, con el objeto de llegar antes de la aurora. Me acompañaba Simon Charlet, uno de los mejores guia del pais y que lo habia sido del entendido geólogo Ramon. Llevaba mi guia en un zurron la frugal comida para cuando estuviésemos en la cúspide.

La noche era deliciosa, los arbustos sexátiles que crecen en abundancia en aquellos paises como el thym, dejaban escapar sus perfumes, merced á los calores del dia y al fresco rocío de la noche. El viento que acostumbra azotar aquellos montes con sus ráfagas, estaba tranquilo y parecia dormir. Solo de vez en cuando la brisa templada de los montes españoles besando aquellas neveras, llevaba á nuestros oidos el murmullo de las cascadas y mil otros ruidos confusos al par que diversos de Castilla y Aragon. La luna empinándose lentamente en el espacio en medio de un fluido de oro producia tambien un efecto mágico; se podia decir que un globo de fuego se paseaba por las cimas. Yo esperimentaba muchas sensaciones agradables. Escuchaba con alegria en medio del profundo silencio que reinaba los agudos y alternados alaridos de las aves de rapiña á las que nuestros pasos dispertaban. Lo que sobre todo admiraba era el raro efecto de óptica que sobre los montes producia el ástro nocturno. En efecto la luz de la luna en estos climas favoritos, en vez de disminuir los objetos y de suavizar los contornos, idealizá mas que lo de costumbre todos los cuerpos que baña, les presta formas grandiosas, y perfilando con limpieza hasta los ángulos mas imperceptibles de sus contornos, agranda á la vez sus detalles y su conjunto.

Pasada una hora de marcha habiamos llegado casi al pie de Tourmalet. Los picos de la *Campana de Vacca* y de *Espada* se empinaban en la sombra delante de nosotros. Tomamos un pequeño sendero y comenzamos á trepar la falda del Pico de Mediodia.

Figuraos una montaña elevada de 1600 toesas, esto es de mas de 8000 pies sobre el nivel del Occéano, que se levanta delante de nosotros como una muralla que pusiese en contacto el cielo y la tierra. Diriais al verla que son los limites del mundo.—Tal fué el camino algo escarpado al cual debiamos aventurarnos y que una infinidad de curiosos habian antes que nosotros recorrido.

Despues de una marcha de dos horas llegamos á la altura de la *Tau*, desde donde no tardamos en ganar el lago *d' Honchet*, cuya altura es de 900 toesas. La noche perdia su lobreguez; nosotros dominábamos millares de montes sobre cuyas espaldas gigantescas divisábamos en medio de las sombras los grandes flancos de yelo: ¡eternas coronas que recuerdan los mezquinos y pálidos florones con que ciñen sus frentes los reyes del mundo!

Pisamos en fin la maceta del monte y nos detuvimos un instante en el sitio en que el naturalista Plantade, sintiéndose desfallecer, pronunció paseando una mirada á su alrededor las siguientes palabras, que fueron las últimas que salieron de sus lábios.—*¡Gran Dios! ¡Qué hermoso es esto!*

Aquí es donde á veces en el corazon del invierno los aludes que se desprenden desde la altura del pico saltando una infinidad de miles de pies caen en el lago desbordándole de repente, y casi por entero. Estas caidas de nieves causarán algun dia la ruina inevitable de Bareges, cuya salvacion hasta el dia solo se esplica con la palabra *milagrosa*, como lo atestigua la carta siguiente escrita de Luz, despues de una inundacion igual en 1788.

«....Apenas habiais marchado, cuando nos vimos amenazados por un acontecimiento siniestro, presagiado por los truenos y por el vendabal que rugian tres dias hacia. Sin embargo nos acostamos casi confiados ¿quién no se hace ilusion en casos semejantes?—Entre doce y una de la noche oí campanadas de alarma. Abro la ventana. El torrente crecia por minutos de una manera asombrosa. Nuestra poblacion estaba próxima á ser arrastrada por su violencia.... ¿Comprendeis lo que es á media noche el alarido de una poblacion que se pierde?.... Aun se me eriza el pelo.

Quiero saber donde nos encontramos; ¿pero qué va á ser de mi muger y mis hijos?... Despréndome de sus brazos, y cogiendo una larga percha corro hácia el torrente nuestro enemigo comun.... La pradera que nos dominaba habia desaparecido... cuatro toesas mas, y la villa hubiera sido arrasada.

Mis compatricios y yo combatimos durante la noche esta especie de diluvio, y obligamos por fin al torrente desbordado que volviera á su cauce desembarazándole de las rocas que le obstruian. Al rayar el alba el peligro habia pasado, pero la luz nos enseñó las aguas á treinta pies sobre el nivel de la inundacion de 24 de setiembre de 1787, cuyos tristes resultados estremecieron á la Europa entera... Esta es la vez primera que he visto llorar nuestros montañeses.

«La mañana siguiente se vió á Mme. Rousseau, muger de corazon y apasionada por estas montañas, se la vió sola subir por el torrente á través de los escombros. Encontró dos familias errantes á la ventura. —¿Adonde vais?—Dios lo sabe; andemos adelante, andemos siempre.—Jamás pudo detenérselas... etc.»

Entre tanto subiamos sin parar, y Simon marchando delante me indicaba los mejores pasos y apartaba los obstáculos. Por fin llegamos á lo alto del pico despues de una marcha de cuatro horas. Encima de él los ingenieros geógrafos á quienes el gobierno habia encargado que midiesen la longitud de la cordillera pirináica, se divirtieron en construir con pizarras de la cumbre misma un pequeño torreon muy sólido cuya elevacion es de doce pies. Sentéme tranquilamente envuelto en la capa de Simon porque hacia frio en aquella altura, y me puse á contemplar debajo de nosotros. Mas en vano; nada distinguíamos; las densas y vastas neblinas elevándose desde el fondo de los valles subian como un mar de vapores, y serpenteando alrededor de los montes nos impedian distinguir la tierra. En cambio ningun obstáculo velaba la tersa bóveda celeste; y en torno nuestro veiamos, aunque un poco mas bajas, millares de montañas que apiñadas unas sobre otras disparaban sus cumbres lo mas cerca posible de Dios, y hacian brillar á la luz de los crepúsculos sus diademas de nieves vírgenes casi todas, no profanadas aun por el pié del hombre.

Al cabo de media hora apareció un punto luminoso en el horizonte. No tardó este brillante lunar en agrandarse, y de su centro se lanzaron en rayos impetuosos haces inmensas de luz que pintaron el cielo con los colores mas vivos y que se reflejaron en los picachos las luces mas diversas y las tintas mas variadas. En cortos momentos, el sol que parecia vacilar cual si viniese con sentimiento, se transformó en un disco enrojecido que vino á ser el foco de un gran incendio. A medida que el ástro se encumbraba á lo alto de los cielos, sus rayos bajando al fondo de los valles batian las nieblas que se habian amontonado durante la noche y las disipaban. Entonces abandonaban las faldas de los montes y trepaban con rapidez hasta llegar á la cúspide, robándonos la vista del cielo y de la tierra. Por último, los rayos del sol las disolvieron completamente y vimos rasgarse su velo para dejarnos ver uno de esos espectáculos mágicos cuyo secreto se ha reservado Dios.

Ved ahí el panorama que heria nuestra vista, que conmovia nuestro corazon y elevaba nuestra inteligencia.

A nuestros piés á una profundidad inmensa parecia la tierra cargada de habitaciones como hormigueros. De oriente á ocaso nuestra vista se pierde en esta série no interrumpida de eslabones del Pirineo. En la parte de España veiamos Maladeta, la brecha de Rolando y la gran cascada que se precipita á la profundidad de 1266 pies. En el fondo una multitud de poblaciones perdidas en el espacio reflejaban con sus tejados llenos de gotas de rocio los primeros albores de la mañana. Jamás olvidaré tan hermosa perspectiva.

Permanecimos cerca de dos horas en el alto pico. El sol suspendido sobre una cordillera de ochenta leguas despedia torrentes de luz sobre las cascadas y las caprichosas neveras. Entonces se formaban, no ya nieblas como al amanecer, sino verdaderas nubes. Las veiamos subir mesuradamente hácia nosotros; luego, merced á una brisa que se levantó, empezaron á dividirse y aunarse alternativamente y correr por las carenas de los montes cual grandes y fantásticas aves de rapiña. Algunas veces nos hallábamos á la sombra de alguna de estas nubes vagarosas, y á pesar de estar en la sombra no por eso dejábamos de ver al sol. El efecto de este cuadro era maravilloso.

Era ya preciso abandonar estos encantos y dirigirse á Bagneres de Bigorre por el valle de Campan. No me admiro, decia á mi guia mientras bajamos, que los 10,000 estrangeros que vienen cada año á Luz, San Salvador y Bareges, anhelen ver todos la salida del sol desde el Pico de Mediodia, porque es digna de ser admirada; pero lo que sí me asombra es que el espíritu mercantil que tanto ha progresado en nuestros dias, no haya hecho establecer aun, en la cima, una habitacion como en Suiza en las alturas de Righi y de Faulhorn á través de cuyas ventanas los ingleses pueden sin dejar la cama contemplar al rey de los cielos salir de su lecho.—C.



(Altar mayor de la capilla del Condestable don Alvaro de Luna.—Toledo).

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO I.

La indolencia.

Eran las once de la mañana del dia diez y siete de julio, el año no puede decirse, y en un gabinete amueblado con cierto lujo y elegancia, aunque en el mas amable desórden, se encontraba don Luis de Meneses, envuelto en una ancha bata de tafetan de Florencia rameado, y casi tendido en una butaca de viento. Contaba don Luis veinte y ocho años, mes mas ó menos; tenia cinco pies y seis pulgadas de estatura, línea menos ó mas; era delgado sin ser flaco, y su rostro ni podia llamar la atencion por hermoso ni asustar á nadie por feo, merced á un estraño conjunto de facciones buenas y malas que no se armonizaban mal. En una palabra, era Meneses uno de esos hombres que unos dias parecen á las mugeres admirables, y otros los encuentran bastante menos que medianos. La actitud del jóven indicaba que sufria los penosos efectos del calor de julio; y era su indolencia tan grande, que habia abierto cinco ó seis libros y periódicos, y los habia dejado sin leer mas que los títulos de todos ellos. De pereza, ó á pesar de tanta pereza, suspiraba de vez en cuando, y hacia alguno que otro movimiento, indicio claro de impaciencia. Despues de uno de estos indicios, el último y menos pronunciado, oyó ruido de pasos, y una voz alegre y conocida que le dijo:

—Ya estoy aquí.

El que pronunció estas palabras era un hombre de treinta y cinco años, cubierto de polvo y vestido como la mayor parte de los criados de jóvenes solteros; es decir, con ropa que ha pertenecido á sus respectivos señores.

—¡Gracias á Dios, Francisco! esclamó el jóven, haciendo un esfuerzo para hablar.

—No he perdido el tiempo, señorito: repuso el criado, dando á sus palabras cierta entonacion de triunfo.

—Veamos.

—Ya sé cómo se llama.

—¿Y se llama....?

—Magdalena.

—¿Magdalena de qué?

—Magdalena.

—¿Pero esa Magdalena tendrá su apellido?

—El de su padre.

—¿Y cómo se llama su padre?

—No lo sé.

—Francisco, ya temia yo que hubieras hecho una de las tuyas. Te encargué ayer, á las tres en punto de la tarde, que fueras, y no volvieras sin averiguarme quién era una jóven de mas que mediana estatura, delgada, blanca, ligeramente sonrosada, de ojos pardos, cabellos negros, facciones finas y unos pies, unas manecitas iguales á los de una niña de diez años. Te dí las señas de su casa, y, despues de haber gastado veinte horas mortales, vuelves muy ufano porque sabes que tan hermosísima criatura tiene por nombre Magdalena.

—¿No le parece á V. que tiene un nombre bastante bonito?

—No es feo: pero lo mismo me hubiera dado que se llamara Gloria ó Aurelia. ¡Ay, Francisco! para que averigües un nombre tuve ayer tarde que vestirme solo, anoche que desnudarme solo, y esta mañana que medio vestirme solo! ¡Qué caro me cuesta ese nombre!

—Pues añada V., señorito, ochenta reales á esa cuenta.

—¿Pues qué? ¿has dado ochenta reales por saber su nombre?

—Sí y no.

—Esplícate pronto, Francisco; si no quieres que haga un esfuerzo y te acaricie con ese par de botas de montar.

—Muchas gracias. He gastado los ochenta reales en ir y venir al Escorial.

—Francisco, ¿has ido á buscar el nombre de mi amada entre los manuscritos árabes del monasterio?

—No sé una palabra de árabe.

—Amado Francisco, con mucho gusto te enviaria á presidio, si no me hicieras falta para barnizarme las botas y limpiarme la ropa.

—Señorito, si no me interrumpiera V. á cada palabra, ya hubiera acabado mi historia.

Meneses inclinó la cabeza en señal de mudo asentimiento, y Francisco continuó:

—Siguiendo las órdenes de V., me dirigí inmediatamente á casa de la señorita Magdalena, seguro de encontrar en el portal prendera, zapatero ó sastre que me sacara de mi apuro. Pero mi estrella fué tan adversa, que no encontré portero siquiera, y completamente desanimado, me pegué á una jamba de la puerta, resuelto á esperar el fin del mundo, si antes la casualidad no queria depararme algunas noticias. Diez minutos llevaria de guardia, cuando se paró frente de mí una carretela de camino, tirada por cuatro caballos de posta. La vista de la carretela me inspiró una idea, y dije para mis adentros: «Bueno »seria que la señora de los pensamientos de mi amo estuviera de hu»mor de viage, y que la viera yo mismo entrar en esa carretela y »tomar el camino de la China.»

—Al grano, Francisco.

—Pues es el caso, que apenas habia yo pensado lo que acabo de referir, cuando veo bajar cinco personas, y entre ellas á la señorita cuyas señas me habia dado V. poco antes.

—¿Y quiénes eran las cuatro personas que la acompañaban?

—Un señor alto y grueso, que representaba unos cincuenta años de edad, una señora de mediana estatura y buenas carnes, lo que llamamos una jamona; y dos jóvenes, que eran sin duda las doncellas de la señora.

—Sigue, Francisco.

—Acomodaron en la zaga del carruage dos ó tres maletas y sacos de noche, subieron las cinco personas á la carretela, y salieron los cuatro caballos al trote corto.

—¿Y te viniste sin averiguar mas?

—Paciencia. Antes de arrancar los caballos, preguntó la jóven al señor gordo: «Papá, ¿á qué hora llegaremos al Escorial?» ¡Caramba y qué vocecita tan dulce tiene la hermosa señorita!

—Prosigue, Francisco, prosigue.

—Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: V. me habia dicho que mis orejas estaban en sumo peligro si no le traia buenas nuevas; y como tengo cierto cariño á mis orejas, calculé que lo mas prudente era marcharme al Escorial. No tenia tiempo que perder: me dirigí inmediatamente á la administracion de las diligencias de aquel Real Sitio, y llegué tan á tiempo que ya estaban subiendo á la góndola los pasageros. Pregunté si habria un asiento para mí, y me encaramaron á la imperiala. Partimos á todo galope, y media hora antes de anochecer dejamos atrás la carretela de nuestra fugitiva. En cuanto llegué al Escorial, me puse en acecho de la carretela, que no tardó mucho; y la seguí hasta la fonda, á cuya puerta paró. Los viageros se apearon inmediatamente, y la señora jamona preguntó á la jóven: «¿Te has fatigado, Magdalena?—No señora, respondió esta, y penetraron en la fonda. Satisfecho de mi espedicion, y no queriendo retardar á V. tan satisfactorias noticias, tomé inmediatamente un billete para volverme en la misma diligencia que me habia llevado; cené como hombre que no habia comido, y dormí como hombre que habia cenado perfectamente. Esto ha hecho por V. un criado tan fiel como un perro...

—Y tan perro como un fiel de fechos, murmuró Luis á media voz.

—¿Está V. contento de mí?

—Medianamente.

—¿Y ahora qué debo hacer?

—Voy á saberlo yo. Francisco, ¿cómo estamos de fondos?

Francisco meció la cabeza de un lado á otro, y frunció los lábios; Meneses no pudo averiguar por la espresion de su criado el estado de su tesoro, y precisó mas la pregunta:

—¿Qué dinero tienes?

—Sesenta duros.

—Poco es.

—Ha mediado el mes; observó el criado con aire triunfante: prueba clara de que otros meses en igual dia estaban los fondos mas bajos.

—En circunstancias ordinarias podriamos llamarnos felices; pero nos encontramos hoy en un estado escepcional.

—¿Pues qué tenemos?

—Esta noche debemos dormir en San Lorenzo.

—Pues en ese caso.....

—¿Opinarás que necesitamos dinero?

—Precisamente.

—Mira, Francisco, tú sabes que hay una persona, á quien yo no sé qué nombre dar, que hace las veces de mi banquero, sin duda porque yo le pago: pues bien, dirígete inmediatamente á casa de ese honradísimo caballero, y pídele de mi parte la cantidad que te parezca necesaria: cuidando mucho de advertirle que tenga la bondad de enviármela antes de las tres de la tarde.

—¿No seria mejor que V. fijara la cantidad y que yo la trajera?

—No: en ese caso tendria que poner el recibo de mi puño y letra; y enviándomela él traerán con el dinero el recibo, y solo tendré que firmarlo.

—¿Y despues que haya zanjado este negocio?

—Despues te diriges á la administracion de las diligencias del Escorial, y tomas dos billetes para esta tarde.

—Así lo haré.

—Mira, Francisco, que no te los den en la imperiala, el mio por lo menos.

—¿Y si no hay billetes?

—Los buscas. Ya sabes que la palabra *no* me hace daño desde que me la dijo... ¿Quién fué?

—Una figuranta del Circo.

—Es verdad. Yo pensaba que me la habia dicho una primera bailarina; y has hecho muy bien en desvanecer este error, porque ya no me hace tanto daño.

—¿Y despues que tome los billetes?

—Los traes y arreglas mi equipage.

—¿Y despues?

—Lo llevas á la diligencia.

—¿Y despues?

—Vienes á buscarme para ayudarme á vestir y acompañarme á la diligencia.

—¿Y cuándo almuerzo yo, señor?

—Esa es cuenta tuya, Francisco. Almuerza cuando te dé la gana, con tal que no me falte nada.

—V. tendrá que despedirse.

—¿Despedirme? No. ¿Qué importa á mis amigos si voy ó no al Escorial?

—Pero....

—¿Pero qué?

—¿Ha olvidado V. á doña Luisa?

—Es verdad. No me acordaba de ella.

—¿Irá V. á verla?

—Tendria que vestirme, y desnudarme, y volverme á vestir..... Francisco, cuando vayamos hácia la diligencia te despedirás tú por mí.

—¡Pues quedará contenta!

—No importa.

—Me voy á evacuar los encargos.

—Anda con Dios y vuelve pronto.

Francisco no salió de casa sin haberse comido antes un par de chuletas, que estaban dispuestas para su amo, y bebido un vaso de rancio cariñena, porque era aficionado al vino dulce; pero desempeñó concienzudamente todos los encargos de Meneses. Luis almorzó tambien, hojeó un libro, recorrió con la vista un periódico, firmó un recibo de cuatro mil reales, y se dejó vestir como un emperador celeste.

A las cuatro en punto de la tarde estaba Luis instalado en un asiento de berlina, y Francisco ocupaba el mismo que la tarde antes.

—¡Maldita imperiala! murmuraba el criado, cómo se sienten los vaivenes! y si vuelca la diligencia, ¡qué gran costalada daré!

—¡Qué cómodo iria, pensaba el amo, si hubiera tenido Francisco la feliz ocurrencia de tomar toda la berlina! pero ese bribon no piensa en nada.

CAPITULO II.

El Monasterio.

Todo el mundo sabe, ó á lo menos una gran parte de todo el mundo, que el monasterio de san Lorenzo del Escorial es uno de los monumentos mas notables que ha legado la arquitectura á las generaciones pasadas, presentes y futuras; y tan grandioso, que disputa á otros célebres edificios el pomposo título de *octava maravilla*, no adjudicado todavia, y que posiblemente no se adjudicará en mucho tiempo, aunque broten las maravillas como la grama de los prados. Como los tomillos al pié de las corpulentas encinas, se agrupan al pié del real templo algunas casas que componen un pueblecillo miserable, pero que en los meses de estío reune una gran parte de la mas brillante sociedad que guarda para sí en el invierno la coronada villa y corte. En este humilde pueblecillo se hallaban á la sazon varias notabilidades políticas, aristocráticas y literarias; varias jóvenes encantadoras, varios jóvenes calaveras; y el número correspondiente de tios, mamás, viejos y viejas que á cada familia pertenece. Magdalena, sus padres y criados se alojaron como mejor pudieron en la mejor fonda del pueblo; y en tanto que Francisco cenaba, bebia y roncaba á pierna suelta, se hallaban reunidos en concejo íntimo de familia la jóven y sus dos papás.

—Ya estamos en el Escorial, hija mia, decia el padre bondadosamente á la encantadora Magdalena; pero ahora que no puedes dudar de mi condescendencia, quisiera saber qué motivo has tenido para emprender este inesperado viage.

—Un capricho, querido papá, que V. sabrá disimularme. Quiero visitar el monasterio, dijo Magdalena, besando la mejilla de su buen padre.

—Como tú quieras, hija mia.

—¿Pero no recuerdas, Magdalena, observó la madre, que lo vimos el año pasado?

—Por eso, madre mia, por eso. El año pasado hice amistad con ese magnífico templo, y quiero despedirme de él como de un amigo adorado.

—Estraño cariño, dijo el padre, sonriendo bondadosamente.

—Quién sabe si lo volveré á ver! murmuró Magdalena de un modo que sus palabras no parecian dirigidas al gran trofeo de la batalla de San Quintin; y los viageros despues de una comida-cena se retiraron á descansar.

Al dia siguiente, y mucho antes que pensaran dejar sus lechos las personas que habian sentado sus reales de verano en el Escorial, Magdalena, sus padres y doncellas se dirigieron al monasterio; eligiendo esta hora, porque la jóven no queria encontrarse con familias conocidas, ni perder su tiempo en recibir visitas que ya juzgaba impertinentes. Magdalena no se detuvo ante el edificio, y, con el afan de un sediento que espera encontrar una fuente bajo silvestres emparrados, penetró en la iglesia; corrió hasta el presbiterio; midió doce pasos, retrocediendo; giró sobre sus talones como un recluta; dió su costado derecho al altar, alzó la cabeza que habia tenido inclinada, y fijó sus rasgados ojos en un punto de la cornisa, que ella adivinaba sin duda, pues en nada se diferenciaba de toda la restante. Los padres y criados de la jóven viagera la miraban con mudo asombro; pero no se atrevian á turbar aquella especie de arrobamiento, aunque mucho deseaban saber la causa que lo originaba.

Trascurrió una hora; Magdalena permaneció inmóvil en su puesto, como un centinela en el suyo; y el gran reló del monasterio empezó á resonar imponente bajo la bóveda sagrada. A la primera campanada se estremeció la jóven, frunció ligeramente el ceño y escuchó con suma atencion. A la novena campanada cesó el reló, Magdalena lanzó un suspiro, y, dirigiéndose á sus padres, dijo:

—Ya nos podemos retirar.

—¿Tanto afan por venir aquí para retirarte tan pronto? repuso su padre.

—Padre mio, no quiero que nos vean las personas conocidas, y han dado las nueve; sin embargo, si V. quiere que recorramos el monasterio, estoy dispuesta.

—Para qué, hija mia? yo lo he visto mas de veinte veces, y tu madre se halla en el mismo caso.

—Es verdad, repuso la buena señora; y se dirigió la primera hácia la puerta del convento. Al pisar su dintel, Magdalena se detuvo un instante; miró hácia atrás, como si estuviera segura de descubrir un objeto que habia perdido; meció la cabeza lentamente, y murmuró:

—¡Ya no le veré mas!

Este «¡ya no le veré mas!» tampoco parecia dirigido al monasterio, y sin embargo todo el afan de Magdalena se habia cifrado en pasar una hora de pié bajo la bóveda del templo. ¡Pobre Magdalena! quizá poseia un alma romancesca, una de esas almas que sueñan, estando los ojos abiertos, y se enamoran de sus sueños. Quizás, como yo ví una vez en boceto de Villaamil, que representa la capilla mayor de la catedral de Toledo, una bruja, aplastada como una lechuza en el ángulo superior de una ojiva, con un candil lleno de aceite verde en la boca, alumbrando la santa capilla; quizás, repito, vió Magdalena en San Lorenzo del Escorial la sombra del tétrico Felipe II, y quiso despedirse de ella por un capricho inesplicable. Nada sé: sigamos la historia.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

A UN RIZO DE SUS CABELLOS.

Queridas prendas de mi dueño amado,
Prendas de la muger por quien deliro,
Recibid como adios enamorado
Este que al veros doy, flébil suspiro.
Y no por leves desdeñeis sus dones,
Que velados en él ¡ay! os envio
Todas mis mas queridas ilusiones,
Todo el amor del pensamiento mio.
¡Ah! ¡cuántas veces con mortal angustia
Y en abrasadas lágrimas deshecho,
En vosotras posé mi frente mustia,
Y aura de gozo dilató mi pecho.
¡Cuántas huyendo del rumor cansado,
Grito en que el mundo su afliccion devora,
Embebecido en tí, rizo adorado,
Me vió la tarde y me encontró la aurora!
Que el dulce encanto que mi mente aspira
Solo mi ardiente corazon percibe,
Vago placer de un alma que delira,
Y ávida de ilusion, de ilusion vive.
Tú, mas hermosa que en abril el prado
De frescas flores purpurinas lleno,
Tú la de amable risa y perfumado
Aliento celestial y blando seno;

Y... (1) de mi amor, mágico hechizo
Del alma que adormida en tus favores,
Entre sueños oyó, «guarda este rizo,
Que enredados en él van mis amores.»
¡Oh! prenda de mi amor, cabello hermoso
Que ceñiste su sien... ¡Cuántas memorias
Entrelazadas en tu seno undoso,
Cuántos misterios de pasadas glorias!
Tal vez en tanto que en mullido lecho
Reposaba mi bien, rizo querido,
Tú, de su níveo levantado pecho,
Escuchabas el férvido latido.
¡Oh! ¡cuántas veces en festin brillante,
Al ardiente compás de alegre danza,
Llegára á tí de improvisado amante
Eco de eterno amor y bienandanza!
¡Cuántas de sus megillas ardorosas
El sudor empapáras, cual la abeja
Roba del cáliz de las lindas rosas
El preciado licor con que se aleja!
¡Cuántos diversos, raudos pensamientos,
A tus pies, rizo hermoso, habrán nacido;
De cuántos y encontrados sentimientos
El poderoso empuje habrás sentido!
¡De cuántas risas vagas, engañosas,
Leves suspiros, mudas alegrías,
De cuántas tiernas lágrimas hermosas
El venturoso intérprete serías!
¡Cuántas veces en tanto que en su seno
Siglos gozaba de eternal delirio,
Tú en mi frente posábaste sereno,
Cual mariposa errante en blanco lirio!
¡Cuántos abrazos, lánguidas caricias,
Pudieras recordar, cuánta ventura,
Cuántas horas de célicas delicias,
De gozo y de placer y de locura!
Dulces horas de amor, triunfos amados,
Corred, corred, y en lo pasado hundíos;
Como de oculto vértigo impulsados
A sepultarse al mar vuelan los ríos.
Volad, volad: ¿á vuestra eterna gloria
Qué vale el hierro de la muerte impía,
Si escrita queda vuestra amante historia
En el cielo inmortal del alma mia?
Y... adios; nuestro fatal destino
Por siempre nos separa, y nuestra dura
Suerte es seguir al mundanal camino,
Tú muriendo de amor, yo de amargura.
De amargura y dolor, que nuestra historia
Siempre leyendo estoy, que es, rizo amado,
Cada cabello tuyo, una memoria,
Cada grata memoria un bien pasado.

FRANCISCO VILA.

(1) Complete el lector este verso con un nombre cualquiera de tres sílabas, como Bartola, Marica ó Pendanga.



(La pérdida de la libertad.)

Madrid.--Oficinas y Est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Estátua de Godofredo de Bouillon erigida en la Plaza Real de Bruselas.)

ESPOSICION UNIVERSAL EN LONDRES.

Todos los grabados de este número pertenecen á la riquísima coleccion de láminas destinadas á ilustrar la descripcion del *palacio de cristal*, que ha empezado á publicar LA ILUSTRACION en el número de ayer. La primera, copia fielmente la *estátua de Godofredo de Bouillon*, erigida en la plaza real de Bruselas y cuyo modelo está espuesto en la grande exhibicion; la segunda es *el órgano de los señores Grey y Davison*, que hace oir sus harmonias en las bóvedas de aquel magnífico templo, todos los dias; la tercera y cuarta son *dos cofrecitos para alhajas;* la quinta reproduce *un sillon de lujo para colocar en un trono;* la sesta es *una chimenea;* la sétima *un estuche de maqué para licores;* la octava *otra chimenea de diferente género;* la novena *un bureau gótico aleman;* la décima y undécima, en fin, *dos necesaires de viage.* Hemos creido que nuestros suscritores verian con gusto estas muestras, que les darán á conocer la utilidad y la importancia de una descripcion del gran concurso universal, tan estensa y tan minuciosa como la que ha emprendido LA ILUSTRACION, yendo acompañada de MIL ó mas grabados, muchos de ellos de mayor tamaño y perfeccion que los que presentamos, pero todas destinadas á copiar con una exactitud escrupulosa cuantos objetos verdaderamente notables encierra la esposicion.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(*Continuacion.*)

Desde mi salida de Coetmieu era esta la primera vez que le veia, pero en ese tiempo sus facciones habian cambiado muy poco; la ambicion frustrada habia marcado en su frente algunas arrugas.

Sabia yo que Bernardo, despues de haber servido muchos curatos, acababa de ser nombrado para uno de los mejores de la diócesis, cuando se habia decretado el juramento. Los intereses y las inclinaciones del antiguo vicario de Coetmieu estaban igualmente en oposicion con la nueva constitucion del clero: asi que rehusó someterse á ella, y puso en juego todos los medios que pudo para sublevar su parroquia contra el nuevo orden de cosas. Perseguido por sus sermones incendiarios, se habia visto en la necesidad de huir, y hacia mucho tiempo que estaba escondido.

Sabia yo todos estos pormenores; pero creia que Bernardo hubiera buscado un asilo entre sus antiguos feligreses, y no adivinaba la causa de encontrarle en casa de Morel. Entre tanto la misa se habia acabado, y la gente no se retiraba. Bernardo, que se habia quitado la casulla, se arrodilló delante del altar, con la cabeza inclinada sobre el pecho como recogiéndose: entonces comprendí que iba á predicar. En efecto, despues de una larga pausa, se levantó lentamente, se volvió hácia la concurrencia que prestaba una atencion ávida, y comenzó con voz triste hablando de la justicia de Dios que castiga á los hijos por los crímenes de sus padres, y viendo que la iniquidad habia durado tanto tiempo, los siete ángeles encargados de velar sobre el mundo tenian las copas llenas de cólera. Hablando despues de los males que por disposicion del Todopoderoso habian afligido á la Francia, recordó los sacerdotes arrojados de sus parroquias, las iglesias cerradas, los que habian muerto sin que los administraran los sacramentos, y continuó:

—Cristianos, aun no es bastante todo esto; los patriotas no han acabado su obra; la revolucion es como el demonio que todo lo devora sin saciarse jamás. Quizás dentro de poco será necesario que deis la tercera parte de vuestros muebles, de vuestros ganados y de vuestros hijos á los que ahora gobiernan.

A estas palabras se alzó un gran murmullo de indignacion.

—A vosotros os toca el defender vuestros cuerpos, vuestros bienes y vuestras almas, si quereis mejor obedecer á un rey que á mil doscientos bribones que forman la asamblea nacional.

Un clamor de aprobacion se levantó, y fué creciendo poco á poco. Bernardo impuso silencio con la mano.

—El dia de castigar á los impios no ha llegado todavía, dijo; pero los pastores velan por su rebaño. Desembarcando estan al presente para vosotros armas y municiones; y cuando sea ocasion vendrán vuestros antiguos gefes á mandaros y encendereis una hoguera para quemar á los patriotas con los árboles de la libertad. Entre tanto, cristianos, ocultad vuestros graneros, esconded vuestro dinero, llevad vuestras bestias á los bosques para que no os las puedan arrebatar, y sobre todo permaneced fieles á la ley de Jesucristo. Mañana tengo necesidad de salir para otra parroquia: acaso estareis por largo tiempo privados de sacerdote; acaso alguno de vosotros morirá sin confesion y sin recibir el viático: voy pues á administraros los últimos sacramentos: pero arrepentios, cristianos, arrepentios, porque este será el último dia de absolucion para la mayor parte, y en mi mano tengo vuestra salvacion ó vuestra condenacion eterna.

A estas palabras dichas con un acento amenazante y sombrío, Bernardo tomó el cáliz de encima del altar y comenzó á dar la comunion á los mas próximos. Era este un espectáculo imponente y terrible á la vez; un indecible sentimiento de espanto se habia apoderado de la concurrencia. Las mugeres se inclinaban hasta el suelo y pedian perdon á Dios con suspiros; los hombres llorando se daban golpes de pecho. Bernardo solo, impasible en medio de este terror, continuaba egerciendo las funciones de su lúgubre ministerio, desapareció á pasos lentos en medio de aquella muchedumbre conmovida.

No creo tener necesidad de advertir que al conocer el objeto de esta reunion mis temores se habian desvanecido completamente, y que habia podido esplicármelo todo el empeño del mariscal en detenerme, el encuentro de los grupos de paisanos, el aturdimiento de mi arrendatario, y el cuidado que habia tenido en cerrarme la puerta. Completamente tranquilo, busqué con las manos el primer patio, y ayudándome de todo lo que me habia servido para bajar, volví á mi habitacion, y me acosté.

Al dia siguiente estaba arreglando con Morel las condiciones del nuevo arriendo que le habia anunciado, y que firmó despues de algunos debates, cuando en el momento en que me iba á marchar, aparecieron hasta una docena de gendarmes á la puerta de la quinta, de los cuales el gefe dejó la mitad en observacion. Morel al verlos, palideció é hizo una señal á su muger, que desapareció al instante.

En este momento entró el gefe.

—Buenos dias, compadre, dijo bruscamente.

—Buenos dias señor Rion, respondió Morel quitándose el sombrero con temor.

—¿Sabes qué es lo que me trae á tu casa?

—Por cierto que no, señor Rion.. á no ser que sea á hacer alguna otra requisa.

—Justamente una requisa de cuervos, gritó el brigadier con una risa brutal.

El arrendatario hizo como si no le entendiera.

—Vamos, que bien sabes lo que quiero decir, replicó el gendarme; tú tienes en casa inquilinos sospechosos; y si no, aquí tienes uno que no pertenece á tu familia.

Hablando así se acercó á mi, y me preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Le dige mi nombre.

—¿Qué hace usted aquí?

Le informé del objeto de mi permanencia en la quinta, é iba á hacerme mas preguntas, cuando un gendarme que habia servido en la brigada de Guingamp me reconoció, y dijo que yo era *un patriota de principios sólidos y un hombre establecido.*

—Entonces, no es este el que nosotros buscamos, replicó Rion, y dirigiéndose de nuevo al arrendatario le dijo:

—Veamos, vejete; las cosas se han de hacer como buenos hermanos: vengo á buscar al ciudadano Bernardo, botarate no juramentado; conque dime cuál es su cuarto para darle una targeta de parte del procurador síndico.

—No conozco al ciudadano Bernardo, respondió el arrendatario como admirándose.

—Basta, basta, viejo astuto, gritó Rion; no se deja engañar por un pequin un antiguo guardia francés como yo. No me quieres abrir la jaula de tu buho: pues bien.

Y volviéndose hácia los soldados dijo:

—Fine Mouche, vete á buscar á ese pájaro que nos obliga á hacerle antesala: registra y mueve cuanto encuentres desde las migajas de pan hasta los muebles mas grandes, y escudriña la quinta como los bolsillos de un ahogado.

Salieron, y nosotros quedamos solos con el brigadier, quien se dirigió á Morel diciéndole:

Has dado en la tontería de hacerte posadero de todos los no juramentados... Estás apercibido ya por la autoridad, y dentro de pocos dias tendré el sentimiento de leerte la órden de llevarte al convento de los ladrones. Por otra parte, mi viejo, ¿no ves que la nacion quiere que los curas presten juramento... la nacion eres tú, soy yo; luego ni tú ni yo debemos proteger á los no juramentados, eso está claro, hé aquí un buen razonamiento.

Morel se rascó la cabeza sin responder.

—Además, continuó el brigadier, que el luchar contra el pueblo es una bobada tan grande como si tu dedo pequeño quisiera pronunciarse contra las dos manos. Tambien te aconsejo que te hagas patriota, porque, regla general de conducta, es necesario ser siempre de la opinion que tiene por sí la gendarmería.

—Yo no digo... replicó Morel distraido y escuchando.

—Nada se nos oculta, continuó el gefe; por ejemplo: tú creias bien escondido á tu no juramentado; pero le encontraron antes de anoche

que venia sin duda de confesar alguna jóven, y le siguieron hasta verle entrar en tu quinta.

Morel quedó desconcertado.

—Ya ves que somos gente de provecho, replicó el gendarme echándola de inteligente. Sabemos además que Bernardo es un hombre capaz de obligar á los árboles á batirse, y que ha fanatizado ya todas las parroquias del canton. Desde que él está aquí los muchachos nos tiran piedras por cima de los cercados y los perros ladran en cuanto ven nuestros uniformes. En el distrito están decididos á dar un ejemplo á los atolondrados comprando para este una guillotina.

Morel miraba al brigadier horrorizado, y queriendo yo ponerme de su parte respondí:

—El rehusar el juramento no es una culpa tan grave que deba castigarle con la muerte.

—No, pero la ley castiga con la muerte á los cabezas de motin y á los predicadores revolucionarios, y por estos crímenes es por los que será juzgado el particular en cuestion.

—¿Y qué pruebas existen contra él?

—Unas cartas suyas que ayer mismo cogí yo en casa del cura de Matignon.

Morel se estremeció.

—Felizmente, dijo por último, Bernardo por ahora está libre.

—¡Cómo! gritó el gefe.

—Porque hace tres horas que se ha ido.

—Es imposible.

—Antes de amanecer.

—¿Y á dónde?

—Donde Dios le haya llevado: al presente los pobres curas no pueden decir por la mañana dónde pasarán la noche.

—Tú me quieres engañar: sé de cierto que está aquí.

—Ya lo vereis por vos mismo, señor Rion.

El brigadier pareció quedar sorprendido por la sangre fria del arrendatario, y hasta yo mismo no sabia qué pensar; pero mi incertidumbre no duró mucho tiempo.

Los gendarmes volvieron con la mujer de Morel, algunas criadas y muchos mozos de labranza, entre los cuales conocí á Bernardo al primer golpe de vista. Llevaba un vestido de paño hurdo, unos pantalones de tela y los zapatos guarnecidos de paja; pero se conocia que estaba muy atado con este trage.

El brigadier no se engañó: despues de haber examinado á todos, se paró delante de él: Morel hizo un movimiento de sorpresa, y nuestras miradas se encontraron: entonces le hice seña de que se contuviera, porque acababa de formar la resolucion de salvar, si era posible, al antiguo vicario de Coetmieu.

Despues de haberle examinado, Rion se volvió hácia el arrendatario preguntándole irónicamente:

—¿Desde cuándo usan guantes tus criados para labrar la tierra?

—¡Guantes! replicó Morel sorprendido.

El gendarme tomó el brazo de Bernardo, y mostrando sus manos blancas añadió:

—¿Conoces muchos mozos de labranza que tengan el cutis tan suave?

No dejé al arrendatario tiempo para que respondiera.

—Ese no es un mozo de labranza, dije yo.

—¿Pues entonces qué es?

—Mi criado.

El brigadier me miró con un aire de duda y me preguntó:

—¿Por qué está aquí vuestro criado?

—Porque ha venido conmigo.

—¿En este trage?

—Es el que se usa en su pueblo, y no encuentro motivo para hacérsele quitar.

Me acordé del pasaporte que habia sacado para Miguel y para mí, y sin detenerme le saqué del bolsillo.

El brigadier le leyó con atencion; las señas de Miguel convenian muy mal con el esterior de Bernardo, y el gendarme me lo hizo observar.

Yo le respondí sonriendo: —Debe V. saber que los encargados de estender los pasaportes no son muy exactos en marcarlas.

El se enfureció por un instante; pero en fin, la prudencia le detuvo.

—Todo esto no es claro, dijo; el síndico lo aclarará: así que nos seguirá V. hasta Lamballe.

—No voy por ese lado, le respondí tranquilamente.

—Luego podrá V. seguir su direccion.

—Es que ni tengo tiempo ni quiero.

—Allá lo veremos.

—Morel, enganchad mi caballo al instante, que me voy á marchar.

Morel salió, y yo me senté mientras volvia: mi sangre fria desconcertó al brigadier, que recurrió á los razonamientos para dominarme, y que despues de hablar largo tiempo concluyó diciendo que si rehusaba el seguirle por mi voluntad, se veria obligado á usar de la fuerza.

—¿Tiene V. alguna órden de arresto contra mí? le pregunté.

—No.

—¿Soy algun desconocido sin pasaporte?

—Yo no digo eso.

—Piense usted entonces en lo que va á hacer, y entienda que le hago responsable de toda detencion que me obligue á hacer en mi viage.

Habia yo tomado un tono de rey, el gefe se encontraba visiblemente embarazado, y llamando aparte á Fine Mouche le consultó sobre lo que deberian hacer. En el instante mismo entró Morel anunciándome que el coche me esperaba.

Me lancé con Bernardo hácia la puerta, y los gendarmes nos dejaron salir; pero cuando iba á subir á mi charaban, el gefe me detuvo y me dijo así:

—¿Rehusa V. el venir á Lamballe?

—Desde luego.

—¿Y va V. á Saint-Briene?

—Así pienso.

—Entonces, le seguiremos á V.

—Es V. muy dueño.

—¿Y ahí permitirá V. que le reconozcan las autoridades?

—Sí.

Los gendarmes montaron á caballo y nosotros partimos.

(*Continuará.*)

EL DOCTOR SA DE MIRANDA.

Muchos fueron los escritores portugueses que en el siglo décimo sesto honraron con sus obras las musas castellanas. Jorge de Montemayor, Gil Vicente, Gregorio Silvestre y otros ingenios contribuyeron á la empresa de dar perfeccion y lustre al idioma español, tan estimado en Europa en aquellos tiempos, así por los dulces cantos de nuestros trovadores, émulos de los italianos, como por la escelencia de los escritos de nuestros médicos, filósofos y estadistas.

Don Leandro Fernandez de Moratin, en los *Orígenes del teatro español*, cita con grande elogio las obras dramáticas de Gil Vicente, compuestas en lengua castellana, no obstante ser aquel ingenio natural de la patria de Camoes. Pero ni una palabra dijo de las de otro célebre portugués que floreció en vida del mismo Gil Vicente. Hablamos del doctor Francisco de Sa de Miranda. Sin embargo, la omision de este ingenio en una obra destinada á hablar de los poetas dramáticos anteriores á Lope de Vega, es disculpable en Moratin por lo raro de las obras de este insigne doctor entre nosotros.

Mucho han hablado de su vida los mas eruditos bibliógrafos de reino lusitano. De estos vamos á tomar unos brevísimos apuntamientos, para dar satisfaccion á la justa curiosidad de nuestros lectores antes que comencemos la tarea de añalizar alguna de las obras mas importantes de Sa de Miranda y mas convenientes á nuestro propósito.

Nació este ingenio en Coimbra, ciudad que ha tenido por hijos á muchos varones insignes así en las armas como en las letras. Dícese que salió á la luz del sol el año de 1495; que estudió leyes en la la universidad de su patria, hasta recibir el grado de doctor; que viajó por España é Italia; que cuando tornó á Coimbra, vencido del amor, se casó con una dama muy principal llamada doña Brianda de Acevedo, con la cual tuvo varios hijos; y por último, que muerta ella en 1533, cayó en una profunda tristeza que paso á paso lo llevó á mejor vida en 1558, á los sesenta y tres años de su edad. Fué gran helenista y no menor latino. Escribió muchas obras en verso, parte de ellas en lengua castellana y parte en portuguesa. Todas se imprimieron despues de su muerte, con presencia de borradores muy maltratados, el año de 1595 (1). Pero enmendáronse luego en otras ediciones con vista de manuscritos mas correctos (2).

Sa de Miranda compuso dos comedias en prosa y lengua portuguesa, con bastante libertad en el decir y en los chistes. Sus títulos son *Os Villalpandos* y *Os Estranjericos*. Ambas se representaron por caballeros notables de la corte ante el cardenal rey don Enrique, sucesor del malaventurado D. Sebastian, príncipe llevado á morir en los desiertos de Africa, por su desdicha, por su ardor juvenil, y por consejos de codiciosos jesuitas.

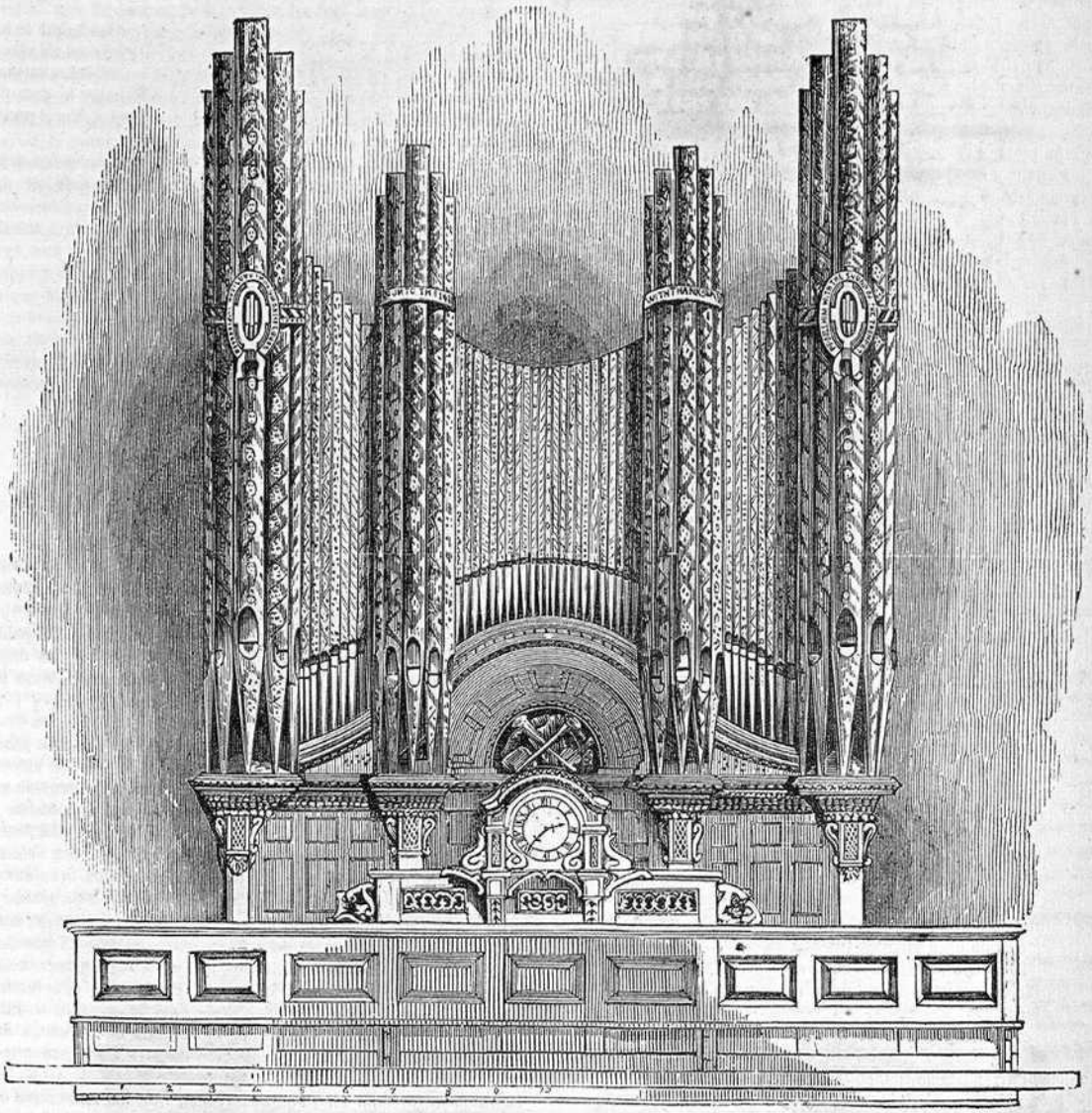
Estas dos comedias son de ninguna importancia para la historia del teatro español anterior á Lope de Vega. Por eso, si no hubiese

(1) As obras do doutor Francisco Sa de Miranda. Lisboa, 1595.

(2) Lisboa, 1605, por Miguel de Lira. 1614, por Ventura Alvarez, 1614, de

escrito otras obras dramáticas en lengua castellana, demas estaria contar á Sa de Miranda en el número de nuestros poetas. Varias fueron las églogas representables que compuso á semejanza de las de Juan de la Encina; pero de la intitulada *Alejo*, solo vamos á dar noticia á nuestros lectores; porque ella, mejor que otra alguna, sirve para mostrar el verdadero carácter de la literatura dramática española en el primer tercio del siglo XVI.

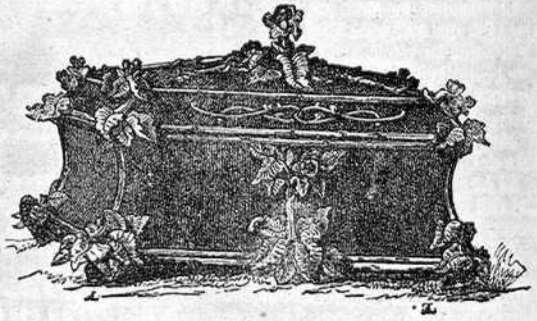
Las figuras que hablan en la égloga son *la ninfa de la Fuente*, *Ale-*



(Lám. 2.ª)



(Lám. 3.ª)



(Lám. 4.ª)

jo, *Anton*, *Toribio*, *Juan*, *Pelayo* y *Sancho*, viejo; todos pastores.

Entra Alejo lamentándose de las melancolías que incesantemente lo persiguen:

Yo vengo como pasmado
y no sé lo que me diga,
que el mi corazon litiga
entre cuidado y cuidado.

. . . . . .

Dias ha que no me entiendo
ni penetro este mal mio:
al sol muérome de frio,
á la sombra estóime ardiendo.

. . . . . .

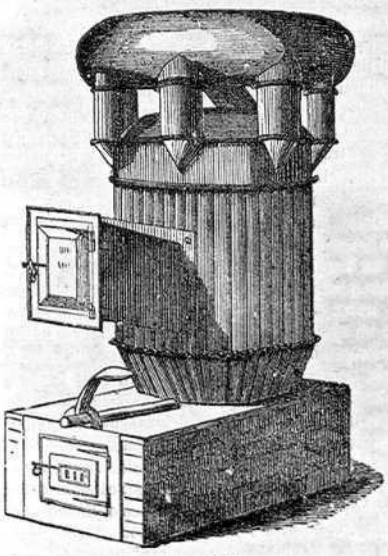
Mas vamos á lo peor:

no sé qué se me figura;
quizá puede ser locura,

quizá puede ser amor.
. . . . . .



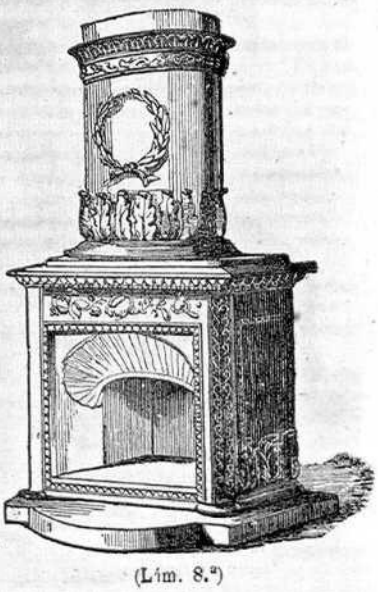
(Lám. 5.ª)



(Lám. 6.ª)



(Lám 7.ª)



(Lám. 8.ª)

Si aquí estuviera mi hermana
que nos la llevó su esposo,

con ella hubiera reposo
esta mi cuita villana.

Con el fin de dar treguas á su dolor, acuéstase á dormir sobre la fresca yerba que crecia á la márgen de una fuente. Por lo que se infiere de estos últimos versos y de otros que no van aquí copiados, Alejo aparenta amar á una hermana suya. Despues que se entrega este pastor al sueño, sale el viejo Sancho en su busca, y dice:

En vano el viejo afanó,
la vista se me esvanece,
el muchacho no parece,
antes desapareció.
. . . . . .
Con el hijo juntamente
nascen cuidado y fatiga;
pero costumbre es antiga
andar tras su mal la gente.
¡Buena vida en vejez fué,
por mi fé,
ochenta años cuando menos!
¡Mal con hijos que enjendré;
mal con los hijos ajenos!

Prosigue su relacion diciendo que Alejo no es su hijo, con lo cual disculpa el poeta el amor de este pastorcillo á su hermana. Dice Sancho que en el monte lo halló envuelto en ricos paños y alimentado por una cabra; que lo recogió movido de caridad, y que le dió crianza como si fuera su hijo:

Truje el niño á mi Teresa,
que podría ser de un mes.
Veislo que anda en cuatro pies:
veislo que se ergue á la mesa.
Veis, los mayores alcanza
en crianza,
en costumbres y en saber.
Ved de tan grande esperanza
lo que queda al recojer.
. . . . . .
Dijome uno de esa banda
de allá, que lo viera aquí:
bien pueden decir por mí
un perdido tras otro anda.
Soy ya cansado, soy viejo:
¿qué consejo
tomaré yo ó qué camino?
Veis el mi perro bermejo;
á la fé, tras mí se vino.
Y tú hijo, andas huyendo
de mi de valle en collado:
¡qué mal consejo has tomado!
el por qué yo no lo entiendo.
Sigues antojos livianos,
no los sanos
consejos del viejo padre:
no se te acuerda de hermanos,
ni la vieja de tu madre.
. . . . . .

Váse Sancho sin ver á su hijo que dormia y sin tornar á presentarse en la égloga. De forma que en el resto de ella, ni una palabra mas se dice acerca del misterioso nacimiento de Alejo, primera figura de la fábula. Esto bien claramente demuestra cuánto procuraban los poetas despertar en el ánimo de los espectadores el interés, y cuán poca perfeccion lograban dar á sus obras dramáticas. Conocian que para hacerlas agradables á los ojos de todos, necesitaban mover la curiosidad por medio de una trama ingeniosamente dispuesta; pero ignoraban el modo de desatarla con felicidad; cosa reservada al arte y al buen gusto.

Ido Sancho, aparece la ninfa de la Fuente, enamorada de Alejo; y deseosa de tenerlo siempre por su fiel esclavo, encanta las aguas para servirse de ellas contra el desventurado pastorcillo. Por eso dice:

Tal fuerza el agua tendrá
de hoy mas, que luego en la viendo
toda persona corriendo
por beber de ella arderá.
Aquella sed matará,
y á otra nueva pasando,
nunca el cuidado mudando
por este bosque andará.

Retírase la ninfa y se despierta Alejo. Este, convidado de la frescura de la fuente, intenta apagar la sed en sus traidoras aguas. No bien las llega á los labios, la razon lo abandona, tórnase loco y huye á lo enmarañado del bosque. Múdase la escena, y salen en otro lugar de aquellos campos tres pastores llamados Juan, Anton y Toribio, los cuales despues de varias pláticas de amor comienzan á entonar canciones con el fin de divertir sus tristezas.

Uno de sus cantares está escrito en octava rima, y lleno de pensamientos que los portugueses llamaban *heregías de amor*, por ser dirigidas contra Cupido.

No veis que va desnudo y que no lleva
sino con que haga mal y bien ninguno:
saetas, arco y fuego con que os prueba
con todos los tormentos uno á uno.
Vos uno á uno os vi dando la nueva,
que es falso, que es sin fé, que es importuno:
¿qué es esto, me decid, hombres perdidos?
Ya que ojos no teneis, tened oidos.
Y tú, ¿qué finjimiento es este tuyo,
niño desnudo, desarmado y ciego?
Huyes, si voy á ti: vuelves si huyo,
ahora vencedor, vencido luego.
¡Ah! que no tiene amor, cosa de suyo:
nos las armas le damos, nos el fuego.
¿Quereis su *divinidad* ver tan loada?
Abrid los ojos bien, no vereis nada.

Las largas pláticas de amor y las canciones de los pastorcillos son interrumpidas por Pelayo, que sale anunciando la locura del desdichado Alejo, y pidiendo favor para prestarle los remedios posibles. Pero Anton le replica:

Déjale, Pelayo hermano,
que puesto que el mal no es poco,
el querer curar un loco
es trabajar siempre en vano.

Preséntase Alejo á sus amigos, estos lo siguen hasta la fuente; pero no bien la miran, son incitados á probar sus aguas. Van á beberlas unos tras otros con iguales ánsias, y todos quedan encantados por la malicia de la ninfa: con lo que se da por fenecida la égloga.

Esta, segun se deduce de lo dicho, no es un modelo de buen gusto, sino solo un monumento histórico de los primeros pasos del ingenio español en la carrera dramática. Sin embargo, algunas noticias bastante curiosas pueden sacar de su lectura los aficionados al estudio de las buenas letras. En la égloga de Alejo se ve cuán antigua costumbre ha sido en nuestros poetas no guardar fielmente la unidad de lugar, y no escribir en la misma clase de verso todas las escenas de una composicion dramática. Con esto se prueba que de aquella falta y de este ornato en las comedias no fué inventor el gran Lope de Vega, como la ignorancia, acreditando el error de algunos eruditos, ha afirmado hasta ahora. Por lo demas, el estilo de Sa de Miranda no es elegante; defecto ocasionado por haber escrito aquel ingenio esta y otras églogas en idioma castellano, á tiempo que en Portugal no se sabia con la misma perfeccion que en el siglo XVII.

Hay que advertir, no obstante, que la lengua española se estaba formando nuevamente; pues, segun decia un escritor contemporáneo de Sa de Miranda (1), «*con singular diligencia de muchos varones letrados que componen libros cada dia, desechando la escoria de algunos vocablos arábigos, tomando muchos latinos, torna á cobrar su natural y antigua nobleza de romance.*» Esto servirá de disculpa á los defectos que se hallen de lenguaje y estilo en las obras del famoso doctor Sa de Miranda. Cuando no todos, sino la mayor parte de los autores españoles de aquel siglo, mostraban en sus escritos el deseo de dar al idioma una perfeccion que no habia logrado, ¿qué estraño es que Sa de Miranda, poeta estranjero, apareciese mas tosco en el decir que los naturales de nuestra patria?

Por último, otra observacion nos queda que hacer con respecto á este célebre ingenio lusitano. Sus obras dramáticas, á escepcion de dos comedias escritas en lengua portuguesa, son églogas. El gusto de estas, que despertaron en España las de Juan de la Encina, habia pasado entonces. Las composiciones que presentaban los poetas en los teatros eran farsas, autos y comedias. Sa de Miranda no quiso mudar de gusto literario ni ajustarse á las inconstancias de sus contemporáneos. En todos tiempos han existido escritores de esta misma condicion y genio. ¿Quién podrá imaginar que á fines del siglo décimosesto, despues de haber admirado á España las obras de Garcilaso y Herrera, hubiese poetas que despreciasen los rasgos de ingenio que derramaron estos en sus escritos, y aun la forma con que los acomodaron al gusto de su tiempo? Joaquin Romero de Cepeda, en 1588 componia versos á imitacion de las coplas de los antiguos cancioneros; y aun muchos años despues de haber florecido Góngora y estar estendida su secta por España, habia escritores, como el conde de Rebolledo, que solo pretendian imitar en sencillez los cantos de la musa de Garcilaso.

(1) Esta noticia rara, por lo que toca á los vocablos arábigos que se desechaban de nuestro idioma, está dada por el traductor anónimo del libro de la cosmografía de Pedro Apiano. Amberes, en casa de Gregorio Bontzo, año de 1548.

De estos poetas, y aun prosistas, que procuraban mantener el gusto antiguo contra las corrientes de la moda y del capricho de sus contemporáneos, nos ofrece muchos y muy notables ejemplos la historia literaria de todas las naciones. El doctor Francisco Sa de Miranda es uno de ellos.

ADOLFO DE CASTRO.

LA CANTATRIZ DESCONOCIDA.

AVENTURA.

Lablache, el bueno, el espiritual Lablache, es, como todos los artistas saben, el niño querido de los ingleses. Dicen algunos que su estremada obesidad no ha contribuido poco á conquistarle los aplausos de John Bull; yo creo que su buen humor, su carácter condescendiente y su maliciosa alegría han sido los motivos principales para adquirirle esta victoria.

En 1839 tenia entre sus discípulos Lablache á un jóven italiano, tierno doncel, de blondos y rubios cabellos, de barba larga y luciente, con sus ojos azules, afligido y hastiado de sí propio, por sus veinte años, y su millon de renta. Si alguno de vosotros le hubiese visto al piano, cantando el ária de la *Sonámbula*, hubiera creido que era alguna lady pálida, tierna y melancólica, segun era blanca su tez y su voz femenina.

Un dia, este Señor Giovanilli entró en el estudio de Lablache taciturno y pensativo.

—¿Qué teneis? (le dijo el artista) ¿estais enfermo? ¿no habeis podido alcanzar con toda su estension el estudio que os he puesto, ó habeis heredado otro millon y no sabeis qué hacer con él?

—Nada de esto me inquieta, señor maestro.

—¿Pues qué teneis para estar tan triste?

—Tengo tedio.

—¿Tedio, vos, el señor mas jóven y mas rico de Italia? ¡vos, que poseeis un castillo, cuyas almenas tocan al cielo, y cuyos cimientos se bañan en las azules ondas del Adour!

—La riqueza no hace felices. El corazon que no se halla ocupado, se marchita pronto, y....

—*¡Per Bacco!* Monseñor, no desconfieis; ¿en los ocho dias que llevais en Londres no habeis conquistado á alguna hermosa isleña?

—¡Amor! ¿y cómo quereis que lo haya hecho? no conozco una palabra de inglés, no tengo aquí mas amigos que vos, y sobre todo no es una muger lo que anhela mi corazon.

—¿Pues qué deseais?

—Un ángel, una criatura rodeada de misterio, á quien pueda amar desde lejos, como se adora al sol, con sus rayos de oro, ese luminoso brillante de la corona celestial.... Quisiera que mi alma se ocupase de ella á su sabor, á quien pudiera consagrar mi corazon con una oblacion y entusiasmo paternal, puro como el de los querubes.

—Ya comprendo, mi querido poeta, quisiérais un amor sin esperanza.

—Quisiera que nunca pudiesen faltarme las ilusiones doradas que forja mi imaginacion: que aquella, á quien tributara esta muda adoracion, no saliese jamás, como los antiguos augurios, de las veladas sombras del misterio que la encubriera, porque á toda belleza terrestre falta algo..... ¡la perfeccion no existe!

—A fé mia, monseñor, os deseo buena ventura con esa vision fantástica de color de rosa que buscais.

Cuando Lablache concluia estas palabras, hojeaba Giovanilli los álbums que habia sobre la mesa del estudio.

—¡Oh mio caro! esclamó de repente, ¡qué delicioso libro!

El jóven espiritual habia abierto un álbum verdaderamente encantador, estampado, guarnecido de terciopelo y oro con unas lindas manecillas de un cincelado sorprendente. Cuatro rubís magníficos brillaban en las esquinas, y un delicioso aroma se exhalaba de sus satinadas hojas; era un incienso precioso de mirra, resedá y violeta. En la primera página se leian estas palabras escritas por una mano de muger: *Al mio maestro di música.*

—¡Por San Jorge! dijo el conde, ¿quién os ha regalado este álbum?

—Una de mis discípulas.

—¿Su nombre?

Lablache reflexionó algunos minutos.

—¿Su nombre? No puedo decirlo.

—¿Y por qué esa reserva?

—Monseñor, yo no puedo descubrir, sin permiso prévio, el nombre de mis alumnos, sobre todo á un aturdido de vuestra edad, voluble mariposilla en derredor de las lozanas flores.

—Esa discrecion me la hace mas interesante. ¿Es bonita?

—¡Encantadora!

—¿Y sus cabellos?

—Blondos.

—¿Sus ojos?

—Azules.

—¿Y su talle?

—Magestuoso, su boca preciosa, y un talento, sobre todo.... una gracia seductora.

—¿Pero estará casada?

—No, es libre.

—Entonces, deseo verla, ofrecerla mis respetos... y si me agrada...

—¿Os casariais con ella?

—Sin duda.

—¡Locura! Sus poderosos parientes no os la entregarian.

—¿Lo creeis así?

—Estoy seguro de ello; hay obstáculos insuperables.

—Hacédmela ver una vez, una sola vez.

—¿Y si os la enseño, me jurais no procurar acercaros á ella, y contentaros con esa muda adoracion de que hablábais hace poco?

—Lo juro: y en prueba, mañana dejo á Londres.

Aquella noche acompañó el conde á Lablache á un concierto magnífico. Ya estaba la fiesta empezada, el salon estaba adornado con un lujo asiático. Todos los concurrentes miraban á una jóven sencillamente ataviada, con una corona de *aciano* en la cabeza.

—Aquella es, dijo Lablache.

—¡O bell' alma innamoratta! esclamó el italiano.

Y permaneció toda la noche en su sublime éxtasis. Al dia siguiente partió para Venecia.

Un año despues encontró á Lablache en París.

—¿Y mi bella desconocida, amigo mio?

—¿Pensais en ella todavia?

—Siempre: es un ensueño precioso que veo siempre durmiendo. Ora la reviste mi imaginacion de esquisitos ornamentos, ora la cubre de púrpura, ora coloca sobre su frente una corona de diamantes. ¿Es todavía vuestra discípula?

—Todavia: es una cantatriz distinguida, pero en el tiempo que ha pasado han sucedido cosas grandes, la han casado.

—¡Casado! dijo el caballero, dando un suspiro. ¡Bella flor tan fresca y tan vaporosa, como la querida del botánico, que ni se atreve á tocarla!

—¿Y vos seguis siempre poeta?

—¿Es culpa mia que el siglo lo sea tambien? La poesía es el amor á lo bello, es el respeto á lo grande, es la mas elocuente de todas las plegarias, es el himeneo del corazon.

El príncipe italiano permaneció aquel invierno en París. Frecuentemente hablaba de su desconocida, frecuentemente besaba con respeto las hojas de su álbum, pero era todo soñar. El positivismo, ese niño sério y pensador que se complace en conquistar los corazones, en los momentos en que una ilusion se destruye, tambien se apoderó del jóven. Volvió á Italia y casó allí con una princesa que llevaba en dote diez castillos y cien leguas de dominio, como las heroinas de los cuentos de hadas.

En el año último, queriendo sacudir el príncipe sus costumbres aldeanas, quiso que su esposa visitase á Francia. Al atravesar á Eu para ir á París vió inmensos grupos de gente reunida. Los gritos de alegría resonaban en los aires. Las músicas guerreras hacian resonar sus ecos. Y en medio de una multitud de príncipes, personages y señoras descubrió á una jóven que reconoció al punto.

—¡Gran Dios! ella es, la discípula de Lablache, mi cantatriz desconocida.

—¿Qué tienes? le preguntó su muger inquieta.

—Nada, ángel mio, nada, á fé mia.

En seguida acercándose á un oficial:

—Caballero capitan, le dijo con temblorosa voz, ¿podriais decirme el nombre de esa señora?

—¿La que lleva un trage de rosa y un sombrerillo de gasa blanco?

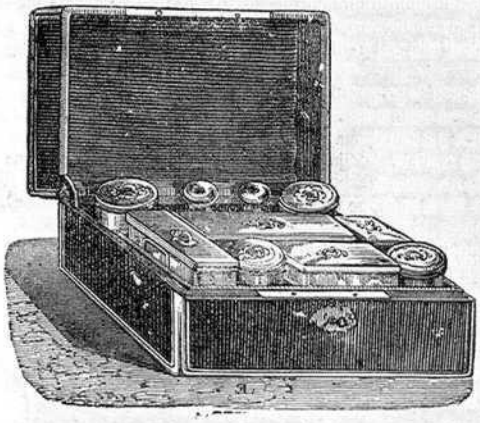
—Justamente.

—Caballero, le dijo el oficial al admirado príncipe, quitaos vuestro sombrero, esa que veis es Vitoria, la reina de Inglaterra.

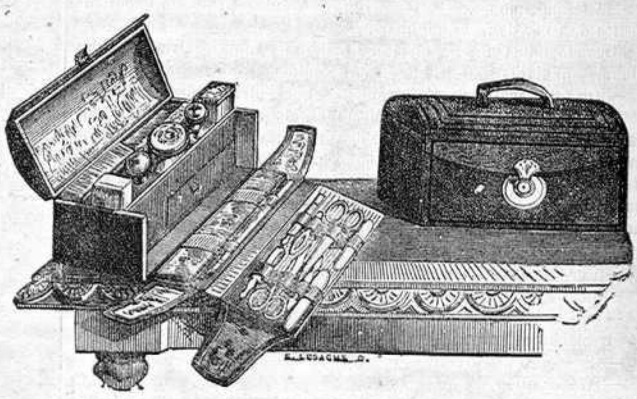
E. B. J.



(Lám. 9.ª)

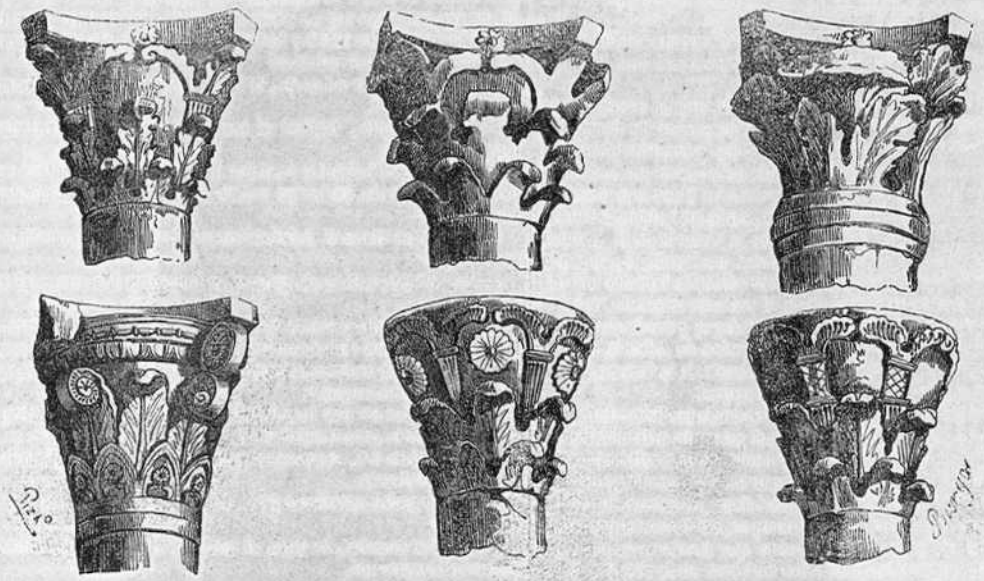


(Lám. 10.ª)



(Lám. 11.ª)

Madrid.--Oficinas y Est. tip. del Semanario Pintoresco Español y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Capiteles bizantinos existentes en el segundo patio del Hospital de Niños espósitos, traidos de la antigua basílica de Santa Leocadia en Toledo.)

LAS CANTADERAS DE LEON.

Entre las diversas tradiciones que de nuestra inmortal lucha contra los hijos del Islam nos legaron los pasados tiempos, se cuenta dor una de las mas notables el feudo de cien doncellas. Hubo un tiempo en que los cristianos españoles le tenian por irrefragable, anatematizando la negra memoria del torpe Mauregato, cuyo perjurio y usurpacion llevaban á los muslímicos harems la malaventurada paz de las doncellas castellanas. La crítica ilustrada llegó á negar despues la existencia del ominoso tributo, presentándole como invencion de menguados cronistas, ó falaz conseja de populares romanceros. Cualquiera que sea el resultado de tal controversia, no hace á nuestro propósito. Pues habiendo de tomar el feudo como origen del tradicional recuerdo que intentamos describir, tenemos que presentarle en su primitiva acepcion, partiendo sencillamente de la antigua creencia popular.

Bien sabido es que, reinando en Córdoba el poderoso Abderramen II, y en Leon el rey D. Ramiro I, por los años de 844, el califa ismaelita reclamó del monarca cristiano el tributo de las doncellas por medio de embajadores. El soberano leonés rechazó altivamente la impía exigencia, declarando que daria la contestacion en el campo de batalla. La guerra estalló nuevamente entre la Cruz y el Koram, y la batalla de Clavijo fué el glorioso y sangriento fallo de tan desesperada contienda. En ella se hundió el orgullo musulman bajo una pira de innumerables cadáveres. En ella se salvó otra vez la nacionalidad española; y al propio tiempo que los infieles tornaban fugitivos á sus espantadas fronteras, tremolaban victoriosas palmas las vírgenes altivas de Castilla.

La ciudad de Leon, capital de la monarquía y corte del vencedor, quiso eternizar la fausta memoria del gran acontecimiento, instituyendo una fiesta anual, que simbolizase á los ojos de la posteridad su importancia pública, su caballeresco origen y sus honrosas consecuencias. Este lisongero aniversario se celebró desde entonces hasta hace muy pocos años, con toda la pompa y solemnidad de su institucion. Pero al presente no es así; pues por mercantiles economías se le ha despojado de toda la parte alegórica y popular, que tanto habla el sentimiento, y que en semejantes armonías constituye la espresion de una idea, puesta al alcance del vulgo por medio de las impresiones del espectáculo. La ciudad, decíamos, hizo oferta de celebrar anualmente el triunfo de D. Ramiro; y con este objeto se verifica el dia 15 de agosto la fiesta llamada de *las Cantaderas*. Nada mas natural. En una nacion como la española, y en una época, cual nuestros tiempos caballerescos, en que las pasiones nobles consagraban al bello sexo una especie de culto entusiasta y sentimental, nada mas consecuente, repetimos, que erigir una memoria sencilla y tierna al dia inmortal que libertó á las vírgenes leonesas de la servidumbre y la mancilla, celebrándole con ostentoso aparato, con regocijo solemne y nacional.

Las Cantaderas son diez y seis niñas pertenecientes á cuatro parroquias de la ciudad, únicas que debieron existir en tiempo de D. Ramiro, y que por esta razon conservan semejante preeminencia sobre las restantes. Las de una de ellas eran del estado noble, aludiendo sin duda á que la mitad de las doncellas del feudo eran sacadas de la nobleza del reino. Y de aquí se deriva la significacion de las niñas de ambas clases en el número de *las Cantaderas*. En el dia de la fiesta salen de las casas consistoriales de la ciudad, formando una especie de procesion triunfal. Van magníficamente ataviadas, cubiertas con blancas vestiduras, coronadas de flores, entonando festivos y armoniosos himnos, y celebrando en agradables y candorosas danzas la dulce memoria de su inmaculada libertad. Y los sonoros acentos de las tiernas doncellas, los ardientes compases de la música marcial, y los alegres ecos de un pueblo sensible y creyente, que celebra una de las glorias mas bellas del pais, dan á la solemnidad un conjunto lleno de animacion, atractivo y entusiasmo, que afecta dulcemente la fantasía, y la lleva á perderse entre suaves emociones llenas de poesía y sublimidad. Precede á la comitiva una especie de botarga, llamada *la Sotadera*, ridículamente vestida y cubierto el rostro con un antifaz. Representa la imágen del vicio persiguiendo á la inocencia virginal; y por esto es papel infamante, que solo ciertas mugeres necesitadas se prestan á desempeñar por algunos ducados, aunque guardando á todo trance el incógnito. Acompañan tambien á las doncellas una porcion de hombres enmascarados con trages árabes. Uno de ellos lleva una escoba de palma, y colocada sobre ella una candela encendida, levantada en alto; otros tañen atabales y añafiles á la morisca usanza, y otros, en fin, festejan á las elegantes y alegres *Cantaderas*. No hemos podido encontrar la significacion especial de algunos pormenores; si bien se comprende en general la referencia alegórica de cada uno de ellos, en todos los accidentes del cuadro que procuramos esmeradamente trazar.

Precedido de aquel vistoso cortejo, el ayuntamiento de la ciudad, en acto de ceremonia, se dirige á la catedral, y se incorpora con el cabildo á la entrada del átrio, desde donde ambos se encaminan, penetrando en el templo por el pórtico principal, al altar titulado *del foro y oferta*, situado en el patio interior de la basílica. Cuando se aproxima á él la municipalidad, sale á su encuentro el canónigo procurador de la iglesia, y pregunta solemnemente: «¿El M. I. A. de »Leon se dignará manifestar el objeto que le trae hoy á este templo?»

Entonces el síndico de la ciudad se adelanta á su vez, y repone con la misma dignidad: «El M. I. A. de la ciudad de Leon viene á poner

»sobre ese altar de la Virgen María la ofrenda de doscientos y once »reales, en cumplimiento del voto hecho para el aniversario de este »dia.»—«¿Pero es por foro, ó por oferta?» replica aquel:—«Por ofer»ta, y no por foro.»—«Pues el cabildo no puede recibirlo como oferta, »sino cual foro.»—«Y el M. I. A. no puede entregarlo cual foro, sino »solamente como oferta.» Y acto continuo cada cual manda arreglar testimonio al secretario de su respectiva corporacion, que se formaliza en actas, retirándose unidos los dós cabildos, para celebrar la misa votiva de gracias en la catedral.

Otras particularidades hay en esta festividad, que no consignamos por no hacer mas difusa narracion. Mas no dejaremos de decir que *el foro y oferta* ha costado empeñadas cuestiones y famosos pleitos al ayuntamiento y cabildo. De cualquier modo, es lo cierto que este aniversario formula el recuerdo de una gran victoria. Pues aun prescindiendo, si se quiere, de la parte romancesca, en lo que atañe al feudo, no puede dudarse el inmenso resultado que la victoria de D. Ramiro produjo en favor de la reconquista de nuestra nacionalidad, atajando la bárbara acometida, que desde el imperio cordobés lanzaba uno de los feroces sucesores de Mahoma contra el renaciente estado, que se cobijára á la sombra de la triunfal espada de Pelayo; y haciendo aprender al orgullo musulman con la sangrienta leccion de Albelda, que la estrella de España tornaba á lucir en el horizonte de la fortuna, para eclipsar por siempre el ástro menguante de Ismael.

Esto por lo que hace al resultado de la creencia tradicional, fundamento de la costumbre histórica, objeto del presente artículo. Por lo demas, quede en buen hora en pié la polémica de los críticos acerca del feudo y de la batalla. Allá se las avengan los impugnadores del arzobispo D. Rodrigo y de la historia compostelana. Nosotros, humildes narradores de las creencias de otros tiempos, no tenemos para qué tomar campo en la discusion, cualesquiera que puedan ser, por otra parte, nuestras opiniones en la cuestion histórica sostenida por celebérrimos escritores.—La tradicion popular celebró por muchos siglos la victoria de D. Ramiro, y la vió perpetuarse alegóricamente en la orgullosa fiesta de *las Cantaderas de Leon*.

V. GARCIA ESCOBAR.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(*Continuacion.*)

Mi posicion comenzaba á ser difícil. Bernardo no podia menos de ser reconocido á nuestra llegada, y yo iba á verme comprometido sin conseguir salvarle. Persuadido de que no podia haber otro camino de salvacion que la audacia, conservé mi continente, y seguí marchando sin apresurar el paso, seguido á poca distancia por los gendarmes.

Llegamos así á la aldea, y al pararnos en el camino creí distinguir á la puerta del mariscal que habia herrado mi caballo, á la muger de Morel que al verme se retiró. Seguramente nos habria precedido por el camino de los matorrales; ¿pero por qué habia venido? ¿qué hacia allí?

Llegamos á la puerta del mariscal, cuando este salia de la fragua cantando como un borracho; me hizo una seña y detuve el caballo.

—Ya le esperaba á V., me dijo con una voz aguardentosa, tengo una cosa que devolverle.

—¿A mí?...

El me miró con el aire de un borracho que la echa de truan.

—Busque V., busque V., replicó balbuceando, ¿no perdió V. ayer alguna cosa cuando pasó por aquí?

—No.

—Vaya, venga V.. venga V. á verlo á la fragua.

Dudaba si bajar, cuando me dijo:

—¿Qué, no ha perdido V. un látigo?

Yo titubeé y él me miró riendo.

—Ahora me acuerdo, le respondí, sí, he perdido un látigo.

—Entonces baje V. en buen hora, á ver si es el que yo tengo.

—Bajé en efecto, y el brigadier hizo lo mismo; pero se quedó á la puerta.

Entré con el mariscal, quien me enseñó un látigo que me apresuré á reconocer.

—No dudo que sea de V., dijo él, hablando de manera que pudiera oirlo el brigadier, porque estoy cierto de haberle visto ayer en manos de su criado de V., á quien he reconocido al instante, lo mismo que al caballo; sin embargo, no estaba enteramente seguro de ello, porque esta mañana ha venido un caballero á hacer herrar un caballo, y podia ser que le hubiera olvidado; con tanta mas razon, cuanto que iba muy deprisa.

Y acercándose á mi oido con una apariencia de misterio, me dijo:

—Tan de prisa como un tejon que ha sentido los perros.

—¡Oh! dije, entonces será algun noble, algun no juramentado.

—Justo; no he dicho nada; pero le he conocido muy bien; venia de Locurora... y era un predicador famoso que llaman Bernardo.

—¿Se dirigia hácia Dinan?

—Es muy posible porque tomó el camino de Matignon, pero es que todo esto se lo digo á V. en confianza; pero no quisiera que le sucediese nada malo: yo soy un cristiano, bautizado, confirmado y todo... los no juramentados son los buenos: los jurados ¡ah! ¡quisiera hacer una bigornia con sus cabezas!

—Descuide V. por mi parte, le dije saliendo; pero tenga V. cuidado de que no le oigan.

—No hay nadie, replicó el mariscal, echando al rededor una mirada rápida.

En efecto, el brigadier acababa de reunirse á su gente y estaban montando á caballo. Habia yo subido á mi carruage y él me deseó un viage feliz.

—¡Qué! ¿no viene V. á Saint Briene? Le pregunté con fingida sorpresa.

—No, me dijo volviendo grupas, y tomó con los suyos el camino de Matignon.

Apenas les hube perdido de vista, cuando eché mi caballo al galope temiendo que volvieran á buscarnos. Anduvimos una legua, sin hablar siquiera y volviendo la cabeza á cada instante para asegurarnos de que no nos seguian.

—Decididamente nos han dejado, y espero que V. se salve.

—Gracias á la generosidad de V.

—Le he visto á V. espuesto á perder la vida, y he debido hacer lo posible por salvarla.

—¿Cómo podré agradecer á V. el haberse espuesto asi por un desconocido?

—Usted se engaña, le dije, el antiguo vicario de Coetmieu no es desconocido para mí.

—¡Cómo!

—¿No se acuerda V. de aquel muchacho que no queria ser un mal cura y á quien V. tenia meses enteros á pan y agua para darle vocacion?

—¡Bautista! gritó.

—El mismo.

—¿Sereis vos?..

—Aquel mal hombre de que se habia V. hecho carcelero y que en su desesperacion juró tantas veces vengarse.

Bernardo me miró con espanto.

—Ve V. que acabo de cumplir mi venganza, el recuerdo de lo que acabo de hacer castigará bastante el mal que me habeis hecho.

—Al violentar sus inclinaciones de V. cumplia con un deber, balbuceó el sacerdote con embarazo.

—Como yo he cumplido otro librando á V. de la horca: cada uno tiene su mision en el mundo y comprende el deber á su manera.

Bernardo se puso encarnado.

—Usted ha obrado como un buen cristiano, dijo con voz algun tanto alterada: Dios se lo tendrá en cuenta. Por lo demas no quiero esponer á V. por mas tiempo. El castillo del marqués de Lormier debe estar cerca de aquí.

—Una legua poco mas ó menos.

—En cuanto se descubra me separaré de V.

—¿Por qué?

—Porque espero encontrar en casa del Marqués un asilo seguro.

—En efecto, repliqué yo, su castillo es un centro de conspiracion donde será V. bien recibido: allí podrá V. ayudar al señor de Lormier á sublevar á las parroquias contra las ciudades.

—¿Sospechais?...

—No, nada sospecho, he oido el sermon que ha predicado V. la noche última.

—Usted...

—Y he leido además los *actos de fé, esperanza y caridad* que usted ha escrito y que nada dejan dudar respecto á las ideas de V.

—No he tratado yo tampoco de ocultarlas, dijo con una impaciencia altanera, y la prueba es que estoy proscrito; así que, aseguro á usted que mientras pueda hablar no dejaré de aconsejar á los fieles que sostengan su fé aun con peligro de su vida.

—¿Es decir que predicará V. la guerra?

—Les diré que imiten á la tribu de Leví, por haber sacrificado á seis hermanos que estaban prosternados delante de los ídolos.

—En buen hora; pero como yo soy uno de esos hermanos, que amo mis ídolos y que no deseo que me sacrifiquen vuestros levitas los bajos bretones, le declaro á V. que no irá al castillo de Lormier.

—¿Y adonde me llevará V., me dijo?

—A Legué.

—No conozco allí á nadie.

—Pero yo conozco á un capitan que se encargará de conducir á V. á las islas británicas.

Bernardo esclamó:

—¡A las islas británicas! Jamás consentiré en ello; y V. no puede disponer de mí contra mi voluntad: asi deténgase V., caballero; yo no soy prisionero suyo, y quiero bajarme aqui.

Por toda respuesta di un latigazo á mi caballo: él quiso saltar al camino, pero le detuve; y con un tono firme le dije:

—No bajará V.: he cumplido un deber como hombre, arrancando á V. á la prision y á la muerte; ahora es necesario que cumpla otro como ciudadano, impidiéndole que fomente la guerra civil. Esta es la única condicion bajo la cual se me podria escusar el haber librado á V.

—Es decir, que V. se constituye en juez mio y me condena al destierro?

—Solamente condeno á V. á vivir sin hacer mal. Si para esto es necesario que V. parta, creo que eso es lo menos perjudicial aun para V. mismo. Al obrar asi, no obedezco ni á un ódio de partido ni á un rencor personal: todo lo que le falte á V. puede pedirmelo: procuraré ademas proteger la huida de V., proveer á sus necesidades; pero no permitiré que conspire V. contra el pais, por culpa mia y delante de mi; porque esto seria asociarme á la traicion de V.: por otra parte, ese destierro de que V. tanto se queja, le han escogido la mayor parte de los que estaban en su caso, como la sola via de salvacion, y allí se reunirá V. con ellos.

Quiso hablar; pero le interrumpí diciendo:

—Mi resolucion está tomada, y nada podrá cambiarla: sabe V. muy bien que está á mi disposicion, y que toda resistencia que quiera oponer no servirá mas que para perderle; conque asi sométase V. á mi voluntad y deje el vengarse para mas tarde.

El me lanzó una mirada de basilisco, cruzó los brazos sobre el pecho, y murmuró con voz sorda una amenaza que no pude oir.

Llegamos á Saint-Briene el mismo dia, desde donde volvia á Legué para ajustar el pasage de Bernardo en un buque, á cuyo patron conocia, y á la noche siguiente salió para Guernesey.

Supe mas tarde que habia llegado á Lóndres, donde tomó una parte subalterna en las intrigas de los emigrados; que habia venido muchas veces á la Bretaña con mensages para el señor de Puisaie; que habia formado parte de la espedicion de Quiberón, y que habiendo vuelto por fin á Inglaterra, murió en la mayor pobreza, desdeñado de todos, y con la desesperacion de un ambicioso que no habia podido lograr sus deseos.

Era el año de 1794; habian pasado cinco desde nuestro primer viaje á Brest, cinco años que habian bastado para trasformar la sociedad. Volvia yo á aquellos sitios con el corazon oprimido y el presentimiento del lúgubre cambio que iba á encontrar.

Mi caballo se hirió al llegar á Morlaix, y no queriendo detenerme me ví en la precision de tomar una especie de charaban cubierto, que hacia el servicio desde Brest á esta ciudad.

En esta época eran muy contados los viageros: nadie salia de casa evitando el hacer ruido, porque era necesario que no le sintiesen á uno vivir si queria vivir seguro.

Al tiempo de partir me encontré solo, y el principio de mi viage fué naturalmente silencioso. El postillon, que por su trage y gorro encarnado manifestaba desde luego ser un escelente ciudadano, habia entonado la Marsellesa dando latigazos á sus dos rocines Pitt y Cobourg, jurando contra los baches, y tratando de aristócratas á los caminos, que desnivelados por la artillería, estaban verdaderamente intransitables; pero al cabo de una hora se cansó de cantar y jurar, se volvió hácia mi y me dirigió la palabra, diciendo:

—Ciudadano, ¿hace mucho tiempo que no has ido á Brest?

—Cinco años.

—¡Cinco años! ¡Ah! Entonces estábamos en tiempo de la monarquía. Encontrarás que ya se ha vuelto la tortilla. Las gentes de antaño ya no son tan orgullosas: hay mas de ochocientos encerrados en un castillo.

—¿Y se hacen ahora muchas ejecuciones?

—Quiá! ninguna. El prior de la Marne es un buen sansculotte, pero no tiene hambre de aristócratas...

—¿Preguntais por Laignelot? ¡buen pájaro está! Dice que los republicanos no necesitan mas que pan y hierro. Cuando llegó la primera vez estaba yo en el club, y desenvainando el sable y poniéndole encima de la mesa á manera de pluma, dijo:—Vengo de Rochefort, donde he dispersado á los aristócratas, á los monopolistas y á los moderados. Conmigo traigo el barbero de la república, y espero que tendrá el placer de hacer uso aquí de su navaja nacional.... Entonces presentó al vengador público.

—Al verdugo!

—¿Y qué? todos dimos al ciudadano el abrazo fraternal, y para probar que teniamos principios sólidos le nombramos en seguida presidente del club, como para decir á los aristócratas que ya era tiempo de que tiraran sus corbatas.

—¿Y comenzaron entonces las ejecuciones?

—Sí; pero duraron poco, porque Laignelot se marchó y Juan Bon Saint André se fué con la escuadra; pero es de esperar que á su vuelta empezarán de nuevo. A fe que buena falta hace, porque esto no marcha. No hay un viagero, y es necesario que coman mis caballos y mis hijos.

—¿Tienes hijos? le pregunté, deseando cambiar de conversacion.

—¿Soy por ventura aristócrata para no tenerlos? Tengo seis, y el mayor que cuenta doce años es ya todo un patriota, y ha sido recibido como miembro de la sociedad regenerada.

—Pues qué! ¿Forman los niños parte de vuestro club?

El cochero guiñó los ojos con aire de orgullo.

—Regularmente no sucede asi; pero ahí tienes lo que son las cosas. El muchacho entiende mucho de pluma, y el maestro le ha mandado hacer una muestra en que decia:

El mundo no será dichoso hasta que no se haya ahorcado al último de los reyes con las tripas del último de los curas.

Y despues le envió con los diez mas adelantados de la escuela á presentar su plana á Laignelot, quien quedó tan satisfecho de la buena educacion que se da á los niños, que los hizo admitir como miembros del club, si bien es cierto que estos muchachos tienen un banco aparte, adonde van á cantar la Marsellesa y á gobernar el pais en union de sus padres.

En este momento pasábamos delante de una posada, y el cochero se detuvo, preguntando:

—Eh! Hay algun viagero para mí?

Y apeándose entró en la posada.

Al saber que iba á tener un compañero de viage me puse de mal humor. Siempre he tenido una grande aversion á esas cohabitaciones improvisadas de los carruajes públicos que os obligan á vivir un dia entero con un desconocido; pero las circunstancias aumentaban considerablemente esta aversion. El solo aspecto de un estrangero era un motivo de inquietud en esta época en que se veia denunciado sin saber cómo, en que una palabra era suficiente para matar á cualquiera, y hasta el silencio mismo se hacia sospechoso. Era necesario estudiar los gestos, las miradas, las impresiones; poner al miedo cara á cara delante del pensamiento, no para ser comprendido, sino para dejar de serlo. Previendo el fastidio y el cansancio de un disimulo tan estudiado, padecia de antemano, pero por fortuna no tuve necesidad de usar de él.

El estrangero á quien habia ido á buscar el cochero, se presentó en el estribo; me desvié para dejarle sitio, y me dijo saludándome:

—Perdonad si os incomodo.

Este saludo me reanimó; la finura de este hombre acababa de revelarme su opinion, y con solo no tutearme habia hecho una profesion de fé y acto de valor. Al ver esto creció mi confianza, y se trabó la conversacion.

Pronto supimos recíprocamente que teniamos amigos comunes; esto era ya casi conocerse: de consiguiente la conversacion llegó á hacerse fácil y familiar. Mi compañero de viage conocia á Brest, por haber estado poco tiempo antes.

Entre tanto seguiamos caminando, y el pais que atravesábamos ofrecia un aspecto cada vez mas desolado. Estos campos, que habia yo visto en otro tiempo tan llenos de mieses y de árboles, tan perfumados, tan armoniosos, estaban en el dia secos, tristes y solitarios. Las casas que en otro tiempo elevaban en medio de los árboles las agujas de sus torres y sus caladas veletas, despojadas ahora de sus sombras y ennegrecidas por los incendios, elevaban sus descarnados esqueletos á uno y otro lado del camino. Los cotos de los caminos yacian en el fondo de los barrancos pantanosos, y las fuentes interceptadas por las malezas y las hojas secas, habian perdido sus náyades protectoras. Algunas veces cuando pasábamos cerca de una cabaña, se nos presentaba tambien una iglesia con sus delicadas esculturas y sus aéreos calados; pero apenas conservaba mas que algunos pedazos de cristal en sus ventanas. Sus elegantes balaustradas, sus estrañas cariátides, sus arabescos modelados en Kersauton, habian sido mutilados, y el suelo estaba sembrado de sus fragmentos, y en la puerta, en lugar del rostro sereno de un aldeano saliendo con la cabeza desnuda y las manos juntas y metidas en un gran sombrero, vimos el chacó de un gendarme que estaba fumando en el dintel del lugar sagrado, que por efecto de las revoluciones se habia convertido en cuadra.

Cuanto mas nos acercábamos á Brest los campos estaban mas incultos, no se percibia ni ganado ni labradores. Solo se veian de cuando en cuando algunos caballos flacos escapados á la requisa, que movian los brazos espinosos, levantaban la cabeza al menor ruido, y huian espantados á la vista de nuestro carruage. A lo largo del camino distinguiamos algunas cabañas abiertas y abandonadas, como si el enemigo hubiera atravesado poco antes por aquel pais. En las casas mas lejanas, y de las que se veia elevarse el humo hácia el horizonte, no se sentia ningun rumor, ni ningun canto de sus habitantes

se estendia á lo largo del valle: todo permanecia silencioso y como aterrado.

—Se creeria, dije yo á mi compañero de viage, que igualmente que yo miraba con tristeza el cuadro desolado que teniamos delante de los ojos, se creeria que la guerra, el hambre y la peste acaban de pasar por este pais.

—Así es, dijo él, y se esplica con una sola idea y una palabra: el pueblo es el que ha quemado sus casas, arruinado sus campiñas, cerrado las iglesias, arrojado á los habitantes de ellas; y sin embargo, ¡qué idea mas bella y mas santa! ¡qué palabra mas seductora y mas dulce: *¡soberanía del pueblo! ¡república!*

Cuando mi compañero acabó de hablar así, distinguimos unas carretas cargadas de marinos heridos que venian de Brest. Tendidos los enfermos sobre un poco de paja ensangrentada, abrasados por la fiebre y por un sol devorador, carecian de todo. Algunos que habian muerto ya iban atravesados en los carros con la cabeza y los pies colgando, y sirviendo de almohada á sus camaradas. Otros, tendidos sin movimiento, esperimentaban los silbidos horribles del estertor que acompaña siempre á las agonías difíciles y combatidas. En cuanto á los que aun conservaban alguna fuerza, ninguna queja hacia traicion á sus padecimientos y entonaban á media voz esas canciones mágicas con que entonces se moria.

Al pasar cerca de ellos les saludamos deseándolos un buen viage, y por toda respuesta lanzaron al cielo el grito de *¡viva la república!*

Este grito produjo en los moribundos una conmocion galvánica, agitáronse sobre la paja ensangrentada, y levantaron sus heladas manos al cielo como para que acompañaran á la voz de sus compañeros.

Nosotros nos detuvimos, llenos de respeto, silenciosos y con la cabeza descubierta delante de este espectáculo admirable.

(*Concluirá.*)



(Alonso Cano.)

AMOR Á VISTA DE PÁJARO.

CAPITULO III.

Don Blas.

La góndola del Escorial que, como la ballena de Jonás, llevaba en su vientre á Meneses, y sobre sus narices, permítasenos la comparacion, á Francisco, comenzó á rodar mucho mas aprisa que hubieran apetecido amo y criado; el primero porque todo movimiento rápido y desigual era un ataque permanente á su natural indolencia, y el segundo porque temia que el carruage doblara mal alguna esquina, tropezara en algun guardacanton, ó cogiera algun bache, y lo despidiera, estrellándolo contra alguna reja saliente ó contra el balcon de un entresuelo, á cuya altura se encontraba. Por lo demas, amo y criado no tenian motivo de queja; pues ambos viajaban en la mas sabrosa compañía. Acompañaban á Francisco dos aguadores, asturiano el uno y gallego el otro, aunque ambos tan borrachos como dos cubas, que en vez de fraternizar republicanamente, ya que se encontraban los dos en el mismo grado de embriaguez, disputaban furiosamente la supremacía de sus provincias, poniéndose de oro y azul, á causa de que el uno habia bebido *Cariñena* y el otro *Valdepeñas*; y es fama que estos vinillos no se encontraban á la sazon en la mejor inteligencia. Francisco intentó dos ó tres veces ponerlos en paz; pero los contendientes, que se entretenian con la guerra, le amenazáron con arrojarlo desde la imperiala al camino; y como Francisco era hombre poco aficionado á las caidas, los dejó reñir á su sabor por no sufrir la suerte que ordinariamente cabe á todo mediador impotente. Meneses encontró en la berlina dos compañeros muy distintos. Llevaba á su izquierda un hombrecillo de cuatro pies y seis pulgadas, flaco como un pollo madrileño, y dotado de una vocecilla de tiple, la mas chillona y desagradable que pudiera un músico imaginar. Pero como en este pícaro mundo rige un sistema de compensaciones mucho mas arreglado que á primera vista parece, llevaba Luis á su derecha una matronaza de cinco pies y dos pulgadas de estatura y nueve pies de circunferencia. Esta muger tendria á lo mas cuarenta y tres años, y el mismo Labrand podia envidiarla su hermosa voz de bajo profundo. Estos dos seres, entre los cuales habia puesto la naturaleza cualidades tan directamente contrarias, estaban sin embargo unidos por el santo lazo del matrimonio; prueba clara de que los dos habian querido contribuir poderosamente al sistema de las compensaciones. Otro cuarto bicho viviente iba en la berlina; y este cuarto bicho era un perrito inglés lanudo, propiedad del heterogéneo matrimonio. Cuando supo Luis el estrecho vínculo que á sus compañeros unia, dijo para sí:

—Estos esposos irian mejor juntos, como dos pichones, y yo iria un poquillo menos incómodo en un asiento de rincon.

Esto decia Luis, porque ignoraba que los esposos habian hecho la misma cuenta respecto á la comodidad, y sacado en limpio que la posesion de los rincones merecia una corta separacion. Por lo demás no sufrió Meneses otras incomodidades que las de ver sobre sus espaldas y rodillas, cien veces poco mas ó menos, el perrito; las arias y duos de los esposos; y un terceto de esposo, esposa y perro, que casualmente cantaba de tenor: pero en cambio cuando volcó la diligencia, y el vuelco de la diligencia debe contarse entre los acontecimientos ordinarios del camino, Luis quedó completamente sano y salvo; porque á su cuerpo sirvió de mullido colchon la obesa esposa, y á su cabeza de almohada el faldero, que quedó casi enteramente estrellado contra una persiana. Tambien Francisco encontró su compensacion cayendo sobre los dos gallegos; los cuales, en su cualidad de borrachos, no se hicieron el menor daño y prosiguieron su disputa.

Como todo acaba en el mundo, menos el amor de la muger que ni tiene fin ni principio, acabó el camino de San Lorenzo, y Francisco condujo á su amo á la fonda en que habia dejado á Magdalena y su familia. Pidió Luis una habitacion, se instaló en ella, tendiéndose inmediamente sobre la cama, y encargó á su criado que averiguara si los huéspedes á quienes seguian no habian mudado alojamiento. A los tres minutos estaba Francisco de vuelta, y entró gritando:

—Buenas nuevas.

—¿Qué sucede? Preguntó Luis.

—La señorita Magdalena y su familia continuan en la fonda sin la mas leve novedad.

—¿Y qué mas has averiguado?

—Nada mas.

—¿No sabes quiénes son siquiera?

—No señor: pero es fácil averiguarlo.

—Anda y averígualo.

—No soy yo quien debe y puede hacerlo.

—¿Pues quién?

—Usted.

—¿De qué manera?

—Vístase V. de limpio: vaya en busca de sus amigotes, que muchos de ellos se encuentran en el Escorial, y no faltará quien conozca á la señorita Magdalena.

Luis hizo un esfuerzo, como si intentara levantarse, se pasó la mano por la frente como si se hallara agobiado de un fuerte dolor de cabeza; y, acomodándose mejor, dijo:

—Francisco, son las nueve y media de la noche y no hemos comido.

—Es muy cierto: repuso el criado bostezando ligeramente.

—Haz que nos dispongan inmediatamente una comida ó una cena, lo que se sirva aquí á estas horas.

Francisco no se hizo repetir una órden que estaba de acuerdo con sus necesidades é inclinaciones gastronómicas, y á las diez en punto entraba cargado en el cuarto con manteles, cristal y bajilla, y poco despues presentaba á su amo algunos manjares suculentos. Luis hizo los honores á la cena con un regular apetito: pero cuando empezaba á comer los postres, Francisco que se encariñaba mucho con sus ideas, le dijo:

—Acabe V. pronto de cenar, si ha de preguntar á sus amigos por la señorita Magdalena; porque se va haciendo algo tarde.

—Tienes razon, Francisco, repuso Meneses levantándose.

—¿Qué pantalones se pondrá V.?

—Si en lo que tienes razon, Francisco, es en decir que es ya muy tarde.

—¿De modo que V. pensará en acostarse?

—Cabalmente.

—¿Sin averiguar...?

—Por la mañana tomaré mejor mis informes. Cuida de llamarme temprano.

—¿A qué hora, señor?

—A las diez.

No era grande la madrugada; pero Francisco conocia perfectísimamente á su amo para exigirle otra mayor. Lo desnudó, como hubiera podido hacerlo con un niño de cuatro años, y cuando lo dejó acostado se fué á dormir á pierna suelta.

Aunque Meneses parecia muy prendado de Magdalena, no lo estaba tanto que el sueño huyera de sus ojos, ni habia motivo para ello. Luis habia visto á la hermosa jóven una sola vez, y en la calle; es verdad que le habia parecido divina, y que habia creido recordar un rostro visto de muy lejos ó en sueños, pero demasiado habia hecho andando tras ella siete leguas, y por otra parte estaba seguro de verla, y aun de hablarla, al dia siguiente; porque Magdalena no podia haber ido al Escorial con otro objeto que el de pasar los meses de calor, y en el Escorial todo el mundo se vé, se conoce y se trata. No puedo asegurar que Luis hiciera estas juiciosas reflexiones; pero es indudable que se durmió con el firme propósito de no despertar en once horas; una menos que de costumbre.

El hombre propone y Dios dispone: á las cinco de la mañana dormia Meneses con el sueño que debieron tener los justos, cuando habia justos en la tierra, y que tienen los niños, porque los niños son de todos los tiempos y han debido abundar siempre un poquillo mas que los justos; cuando entró Francisco en su aposento. Luis despertó al instante, y pareciéndole que habia dormido muy poco para que entraran á llamarlo, preguntó:

—¿Quién vá?

—Soy yo, señor: repuso Francisco acercándose.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¡Majadero! ¿No te dige que me llamaras á las diez en punto?

—Es verdad, pero una ocurrencia imprevista me ha obligado...

—¿Qué ha sucedido? le interumpió Luis con alguna ansiedad.

—La señorita Magdalena se ha marchado.

Meneses se sentó de un salto sobre su lecho; operacion gimnástica que habia hecho muy pocas veces en su vida, y mirando á Francisco con ojos espantados le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que la señorita Magdalena se ha marchado.

—¿Sola?

—Con toda su familia.

—Es imposible.

—Los he visto.

—¿A qué hora se han marchado?

—A las cuatro y media.

—¡Y has tardado media hora en decírmelo! ¿Por qué no viniste á despertarme?

—Porque tuve que atender á otra cosa mas importante.

—¿A cuál, Francisco?

—Creia necesario averiguar hácia qué punto se dirigian.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí señor.

—¿Hácia donde van?

—Se vuelven á Madrid.

—Cosa mas rara! Francisco, esta tarde nos volvemos tambien á Madrid.

—Ya lo presumia, y tengo en mi poder los billetes.

—¿Y qué billetes has tomado?

—La berlina entera.

—Bien hecho. Asi iré solo.

—¿Y yo, señor?

—Toma otro asiento.

—Solo quedan los de la imperiala.

—Qué remedio! Pero dime: ¿no has adquirido algunas noticias referentes á esa familia?

—He preguntado á todos los criados de la fonda, y me han dicho que ha pasado el dia y las dós noches sin salir de sus habitaciones, á no ser ayer de mañana que estuvo en el monasterio hora y media.

—¿Y te han dicho si han venido á verla algunas personas?

—Ninguna.

—Cosa mas rara! ¿Pero á lo menos habrás averiguado quienes son?

—Un poco.

—¿Cómo un poco?

—Me han dicho que el señor se llama don Blas.

—¿Don Blas de qué?

—No saben su apellido.

—A cada viaje averiguas un nombre que de nada me sirve; llévese el diablo á tí y á don Blas.

CAPITULO IV.

Un Borron.

Mucho debia contar Meneses con la permanencia de Magdalena en el Real Sitio, porque la noticia de su marcha le hizo una impresion muy profunda y desagradable. Se tiró del lecho con una agilidad febril, y se vistió con tanta presteza, que Francisco no tenia tiempo para irle alargando la ropa. Luego que se hubo vestido salió al campo; subió á la silla de Felipe II, bajó despues al Monasterio, y empezó á recorrerlo con tal rapidez, que Francisco lo seguia turbado y jadeante. Sin pensar en ello quizás, llegó á la cornisa de la iglesia, y empezó á caminar por ella con tan resuelto desembarazo, que Francisco se santiguó dos ó tres veces, y dijo para su interior:

—Si será sonámbulo mi amo, y casualmente se hallará en un acceso de sonambulismo.

De repente se paró Luis; retrocedió hasta la entrada de la cornisa; volvió á adelantarse, contando los pasos; se quedó inmóvil en el mismo punto que habia el dia antes contemplado Magdalena durante una hora; fijó su mirada en el pavimento de la iglesia y llamó á su criado. Francisco, que estaba detras de su amo, pero lo mas pegado al muro imaginable, se contentó con responder:

—Aquí estoy, señor.

—Ven acá.

Francisco dió un paso y se detuvo.

—¿No te acercas? insistió Luis con algunas muestras de impaciencia.

—Me mareo, repuso el criado, y temo caerme á la capilla.

—No importa: replicó Meneses; cogió una muñeca de Francisco y lo arrastró hasta colocarlo á su lado. La posicion no era muy segura, y Francisco se encontraba mucho peor que en la imperiala de la góndola, y temblaba como un azogado.

—Mira hácia abajo: dijo Luis.

—Si miro, me caigo de seguro: tartamudeó el infeliz criado.

—No importa. Si no miras, te empujo y te sale la misma cuenta.

Francisco inclinó la cabeza; pero un torrente de sudor se desprendia de sus cabellos.

—¿Ves el altar mayor? le preguntó Luis, señalándoselo con el dedo.

—Sí señor; murmuró el criado: y por cierto que me parece muy pequeño.

—A mí me parece lo mismo; y hablas como hombre de provecho.

—¿Me puedo retirar, señor?

—Todavia no. Ahora empieza á contar doce losas, desde la grada interior del presbiterio.

—No puedo, señor. Empiezo á perder la cabeza.

—No importa, Francisco: haz un esfuerzo, y serás un hombre de pró.

—Una, dos, tres: murmuró el criado, haciendo como que contaba, y llegó hasta doce.

—Detente. ¿Sabes á quien ví de pié sobre esa losa, ayer hizo un año?

—¿A quién, señor?..

—A Magdalena.

Despues de pronunciar este nombre soltó Luis la mano de Francisco, y este, pegado siempre al muro como un bajo relieve, dejó la cornisa al momento. Meneses se detuvo algunos instantes contemplando la losa que habia sostenido á tan hermosa criatura, y se retiró lentamente.

Estas acciones y palabras esplican por qué Magdalena habia permanecido una hora mirando hácia arriba, como si esperara la aparicion de un serafin; pero para poder dar á este incidente el valor que le corresponde es necesario referirlo con la conveniente brevedad.

El dia diez y siete de julio del año anterior se encontraban en san Lorenzo, Luis, que habia llegado la noche antes, y Magdalena, que

habia pasado en él quince dias y debia dejarlo aquella tarde. Por una estraña coincidencia la que se iba y el que habia acabado de llegar se encontraban al mismo tiempo en el interior del Monasterio: pero en tanto que Magdalena echaba la última ojeada á la imponente iglesia, Luis se paseaba por la cornisa, sin acordarse del peligro. Meneses, como todo el que ha visitado el Monasterio del Escorial, habia observado que las exactas proporciones del edificio lo empequeñecen, y que para comprender su magnitud era necesario recurrir á la comparacion. Esto habia hecho recurriendo á las estátuas, que desde abajo le habian parecido de tamaño natural, y de cerca las habia encontrado colosales; y esto quiso hacer con las personas que se encontraban en la iglesia. Para conseguirlo mejor se paró sobre el mismo borde de la cornisa, y entre otras figuras llamó su atencion una muñequita bastante linda que no apartaba de él los ojos: esta muñequita era Magdalena, que desde la cornisa parecia de dos pies de alto nada mas. Para conservar todos los pormenores de este incidente, contó Luis las losas, y vió que su mugercita se hallaba sobre las doce, contando desde el presbiterio, de una línea determinada. Magdalena vió, en la cornisa, otro muñeco; le llamó mucho la atencion la serenidad de aquel hombre, que esponia su vida sin apercibirse de ello, y contó los pasos que la separaban del presbiterio, para saber á ciencia cierta desde qué punto habia presenciado lo que ella consideraba una heroicidad. Luis no se habia vuelto á acordar de la mugerrita; y sin embargo, el dia que la encontró en la calle, creyó que la habia visto bajo otra forma, como sucede con un retrato al natural cuando se ha visto una miniatura: pero Magdalena, mas romancesca, no habia olvidado al hombrecito de la cornisa; habia soñado con él mas de veinte noches seguidas; y habia vuelto al Escorial el cumpleaños de este incidente, con la esperanza de encontrar al semi-dios de sus ensueños. Ya hemos visto que los lugares volvieron á Luis la memoria, y que encontró la identidad entre Magdalena vista á ojo de pájaro y Magdalena á vista de hombre.

Por imitar á Magdalena, ó por no tener que contestar á las importunas preguntas de sus numerosos amigos, se encerró Luis en su aposento, y esperó en él la hora de volverse á la córte, pensando mas en la fatalidad que lo alejaba de Magdalena, que en las fatigas del camino. Llegó el momento deseado, como llegan los que se temen, y tuvo la inefable dicha de encontrarse solo en la berlina; aumentándosela el recuerdo de los importunos compañeros que habia tenido la tarde antes. El viaje fué lo mas feliz imaginable, y á las treinta horas de haberla abandonado, se encontraba Meneses reclinado en su gran butaca de viento. Francisco, un tanto amostazado por haber venido en la imperiala, estaba á dos pasos de su amo, en actitud de esperar órdenes; pero sin tomar una iniciativa, que venia perfectamente á Luis, porque le ahorraba hasta el trabajo de pensar.

—Francisco, murmuró Meneses, intentando de esta manera hacer hablar á su criado.

—Señorito; repuso Francisco, sin modificar su actitud.

—¿Qué dices?

—Nada, señorito.

—¿Pero qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro viaje.

—Estaba pensando, señor, que me encuentro bastante cansado.

—Y yo estoy pensando, repuso Luis, conociendo la mala intencion de su criado, que cuando yo te rompa la cabeza descansarás perfectamente. Y acompañando la accion á la palabra, tiró un ejemplar de *Los tres mosqueteros*, encuadernado en tafilete, á la cabeza de Francisco. Este, que esperaba el ataque, tenia preparada la defensa; con la agilidad y precision de un chico que se bate á pedradas inclinó la cabeza, y el libro se estrelló en un fanal haciéndolo dos mil pedazos. Luis contempló un momento el destrozo que acababa de hacer; pero sin dar la menor muestra de disgusto dijo á Francisco:

—Repara, bruto, en lo que acabas de hacer.

—¿Qué he hecho? preguntó el criado con la misma calma que su amo.

—Romper ese fanal.

—Ha sido el libro.

—Si no hubieras bajado la cabeza.....

—Estaria tuerto ó chato, é inútil para correr tras la señorita Magdalena.

Meneses habia roto un fanal, pero habia logrado que Francisco empezára á hablar de una manera razonable.

—A propósito de la señorita Magdalena; ¿sabes que hemos andado catorce leguas sin gran resultado? dijo Luis.

—Pero ya sabemos que su padre se llama D. Blas: repuso friamente el criado.

—Y es lo natural que á esta hora esten en Madrid.

—Es muy probable; si no han tenido la ocurrencia de irse á otra parte.

—Corre á averiguarlo, Francisco.

Francisco inclinó la cabeza, prestando mudo asentimiento á la órden que acababa de recibir; y salió sin decir palabra: Meneses estendió las piernas, echó una mirada á la alcoba, meció la cabeza lentamente, y se resignó á no acostarse.

Trascurriria un cuarto de hora, que pareció á Luis un siglo, porque Luis tenia la desgracia de fastidiarse horriblemente en medio de su inmensa pereza, al cabo del cual volvió Francisco peor humorado que salió.

—¿Qué noticias? le preguntó Luis, haciendo uno de esos esfuerzos estraordinarios que necesitaba para hablar cuando se hallaba en el apogeo de su indolencia ó de su hastío.

—Ningunas: respondió Francisco, conservándose á buena distancia de su amo.

—¿Y tienes valor de presentarte sin traerme noticias, bellaco?

—Es que aunque no traigo noticias, traigo una cosa que se parece á una noticia.

—¿Qué cosa es esa?

—Que no podemos adquirirla esta noche al menos.

—¿Por qué?

—Porque me han dado con la puerta en los hocicos.

—Esplícate un poco mas claro.

—Iba yo combinando un plan de espionaje, y combinando mi plan llegué á la calle de.....

—El nombre de la calle no viene á cuento.

—Llegué á la calle de la señorita Magdalena. Iba á pararme enfrente de su puerta, para tomar aliento y dar la última mano á mi plan, cuando veo que cierran una hoja de la puerta y que se disponen á hacer lo mismo con la otra. En tan grave apuro me decido por una revolucion rápida y echo á correr.....

—¿Hácia casa?

—No; hácia la puerta de la señorita Magdalena. Pero por mucho que corrí me dieron con un tablero en las narices, oí correr un enorme cerrojo y dar dos vueltas á la llave.

—¿Por qué no llamaste?

—Hubiera sido un escándalo; pero sí puedo asegurar que quien cerró la puerta fué una de las doncellas que acompañaron á la señorita á san Lorenzo.

—Entonces estamos seguros de que permanecen en Madrid.

—La doncella al menos.

—Si se hubiera marchado su ama, la hubiera seguido.

—Parece natural.

—Francisco, eres un tesoro; sin apercibirte tú de ello, has averiguado cuanto necesitábamos saber. Ahora desnúdame, que tengo un sueño prodigioso.

—¿Y para mañana qué plan tenemos, si es que V. insiste en adquirir nuevas noticias?

—Insisto mas que nunca. Mira: mañana temprano, y temprano llamo yo á las ocho, porque en Madrid amanece muy tarde, te instalas junto á la casa de Magdalena, y averiguas, tú sabrás cómo, el apellido de su padre.

—Procuraré hacerlo.

—No hay procuramiento que valga. Cuando yo despierte entrarás á darme la noticia.

Francisco se encojió de hombros, y Luis se acostó muy seguro de conocer al dia siguiente la familia de Magdalena.

—*El hombre pone y Dios dispone*; decia Francisco, levantándose á las siete y media de la mañana del dia diez y nueve de julio: ponga yo cuanto esté de mi parte, y disponga Dios lo mejor.

Con estos cristianos propósitos se encontraba á las ocho en punto ante los balcones de Magdalena; pero quedó sorprendido viendo en todos ellos cédula de alquiler.

—Esta es la mia, dijo para sí, en su aficion á los monólogos. La familia de la señorita Magdalena piensa mudarse y ha puesto cédulas con anticipacion; pues habiendo yo visto anoche á la doncella, de seguro no se ha mudado todavia. Con el pretesto de ver la casa me presento, y perderé el nombre de Francisco si no averiguo el apellido de D. Blas.

El plan no era malo, y Francisco se apresuró á plantearlo, pero habia contado sin la huéspeda. El tirador de la campanilla estaba mudo; golpeó la puerta, y no acudieron á sus golpes; indudablemente la casa estaba deshabitada. Francisco no desmayó por ello; subió al cuarto segundo y llamó. Una criadita jóven y guapa, de esas que acandilan la boca, señal fija de que pretenden llegar á señoras, le preguntó qué se le ofrecia.

—Se ofrece, hermosa criatura, saber á donde se ha mudado la familia del cuarto principal: dijo Francisco guiñando el ojo lo mas graciosamente que supo.

La criadita se sonrió, para mostrar una dentadura tan blanca como el alabastro, y dió á Francisco la respuesta. Al oirla este se llevó

las manos á la cabeza, y sin despedirse siquiera, echó á correr y no paró hasta que estuvo á la cabecera de su amo.

—¡Francisco ó diablo! esclamó Luis, despertándose sobresaltado: ¿Te he llamado yo, por ventura?

—No señor; repuso el criado: pero vengo á decir á V. que la señorita Magdalena se ha ido.

—¿Cuándo?

—Anoche á las doce salió en las diligencias generales.

—¡Mi ropa, Francisco, mi ropa! esclamó Luis, arrojándose de la cama.

—¿A donde va V., señorito?

—A averiguar qué camino ha tomado Magdalena.

—Señor, me parece lo mas prudente que no piense V. mas en esa señorita. Si no está de Dios que V. la encuentre.

—Esté de Dios ó esté del diablo, la seguiré hasta el fin del mundo.

—Amen: murmuró Francisco no atreviéndose á contradecir á su amo.

Tres minutos despues, nunca Luis se habia vestido en tan poco tiempo, bajaba Meneses la escalera de su casa, seguido de su fiel Acates; y pasados otros cinco minutos se encontraban ambos en el despacho de las diligencias generales.

—Buenos dias, dijo Luis dirijiéndose al encargado de la espendicion de los billetes.

—Muy bien venido, caballero: repuso el encargado.

—Quisiera merecer á V. un favor.

—Espliquese V., caballero.

—Deseo saber si en la diligencia de anoche marchó una familia.

—¿En qué direccion?

—Eso es precisamente lo que deseo saber.

—Veremos si fué hácia Sevilla.

El encargado abrió un registro y empezó á leer á media voz:

—Don Antonio Gonzalez, con dos billetes mas....

—No es ese, interrumpió Luis.

—Don Calisto de la Rosa....

—Tampoco.

—Don Joaquin Carranza....

—Mucho menos. Veamos otra línea.

—Don Blas.... ¡Qué demonio! sobre el apellido ha caido un borron.

—¿Pero ese don Blas iba solo?

—Todo lo contrario: habia tomado el coche y la berlina entera.

—Muchas gracias, amigo mio. ¿Y ese don Blas iba....?

—A Bayona.

—¿Hay asientos para Bayona?

—Hasta el primero de agosto ninguno.

—Lo siento mucho, y muchas gracias.

—Servidor de V., caballero.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

Amores del rey Don Rodrigo con la princesa Eliata.

Ocupado aun el corazon de Rodrigo con los combates que habia sufrido en tan temprana edad, sus empresas guerreras y las inquietudes que habian acompañado á su reciente advenimiento al trono, no habia esperimentado las dulces sensaciones del amor. Varias anécdotas se refieren sobre la primera beldad que halló gracia á sus ojos y fué elevada por él al trono; pero nosotros nos limitaremos á seguir los detalles de un cronista árabe (1) á quien da por auténtico uno de los mas célebres poetas españoles (2).

Entre las pocas plazas fortificadas que no habia querido desmantelar D. Rodrigo se hallaba la antigua ciudad de Denia, situada en las costas del Mediterráneo, y á la que defendia un castillo edificado sobre una alta roca que dominaba perfectamente el mar.

El alcaide de la fortaleza, acompañado de mucha gente de la ciudad, estaba un dia en la iglesia implorando á la Vírgen que ahuyentára una tempestad que azotaba las costas, cuando un centinela trajo la noticia de que un crucero morisco estaba preparándose á desembarcar en la playa. El alcaide dió inmediatamente órdenes para que las campanas tocasen á rebato y se encendiesen hogueras en las eminencias de la montaña, con objeto de avisar y alarmar á los pueblos circunvecinos, pues estaban espuestas las costas á las crueles devastaciones de los cruceros berberiscos.

No tardaron mucho en aparecer á caballo innumerables habitantes de las cercanías, armados con lo que primero pudieron hallar á mano, y todos precedidos por el alcaide que se constituyó en gefe, salieron de la ciudad. Al mismo tiempo, el barco morisco remaba desapoderadamente por llegar á la orilla. Ya le faltaba poco para conseguir su objeto, y los soberbios figurones dorados que decoraban su esterior, sus magníficos gallardetes y banderolas de seda, la multitud de remos caprichosamente pintados, daban á entender que no era un buque de guerra, y sí una suntuosa galera destinada á alguna ceremonia de estado. Traia todas las señales del temporal, rotos los masteleros, medio destruidos los remos, y trozos del velámen y de las banderolas esparcidos por todas partes.

Al encallar el náufrago barco en la arena, la turba impaciente de cristianos se lanzó á él, ávida de cautivos y despojos; no pudo menos, sin embargo, de pagar alguna admiracion y respeto á la ilustre compañía que venia á bordo, donde se hallaban moros de ambos sexos lujosamente ataviados, y revelando en su noble aspecto y en la multitud de joyas que les adornaban el alto rango á que pertenecian. Notábase entre todos una jóven radiante por la riqueza de su trage y su singular hermosura, á quien todos parecian rendir cierta sumision.

Varios moros la rodearon con los alfanges desnudos, amenazando con la muerte al que se atreviere á acercarse. Otros saltaron del buque y corrieron á pedir de rodillas al alcaide que por su honor y nobleza, como caballero, protegiese á una vírgen real de las injurias é insultos de sus secuaces.

«Ante vos teneis, señor, le decian, á la hija única del rey de Argel; á la prometida esposa del hijo del rey de Túnez. La íbamos conduciendo á la corte de su futuro esposo, cuando la tempestad nos separó de nuestro camino, obligándonos á refugiarnos en vuestras costas. No seais mas cruel que la tempestad, y prodigadnos generosamente lo que las olas y la tormenta nos han negado.»

El alcaide dió oidos á sus súplicas. Condujo á la princesa y toda su comitiva al castillo, donde se le hicieron todos los honores correspondientes á su clase. Varios de sus antiguos vasallos intercedieron por su libertad, ofreciendo cuantiosas sumas que, en nombre de su padre, pagarian por el rescate; pero el alcaide desoyendo sus deslumbrantes ofrecimientos, «es una cautiva real, decia, y solo mi soberano puede disponer de ella.» Por lo tanto, despues de haberla dejado descansar algunos dias en el castillo, y cuando se hubo recobrado enteramente de las incomodidades de la travesía y del terror de los mares, hizo que la condujesen con toda su comitiva y con la pompa correspondiente á una princesa, á la corte de D. Rodrigo.

Entró, pues, la hermosa Eliata (1) en Toledo, mas bien como una soberana triunfante, que como cautiva. Un cuerpo escogido de caballeros cristianos, cubiertos de ricas armaduras, abrian la marcha como simple guardia de honor. Rodeaban á la princesa las damas moras de su comitiva, y la seguia su guardia musulmana, ostentando todos el lujo que tenian reservado á la corte de Túnez. La princesa iba vestida en traje de novia, con los atavios mas costosos del oriente; su diadema centelleaba con el fuego de sus diamantes, y estaba adornada con las plumas mas raras y preciosas del Paraiso; aun el mismo jaez de seda de su soberbio palafren que apenas tocaba al suelo, estaba bordado con perlas y piedras preciosas. Al atravesar la brillante cabalgata el puente del Tajo, no quedó habitante en Toledo que no saliese á contemplarla, no oyéndose por toda la ciudad otra cosa que alabanzas á la sorprendente hermosura de la princesa argelina. Adelantóse el rey Rodrigo seguido de los caballeros de su corte á recibir á la real cautiva. La vida voluptuosa á que últimamente se habia entregado, habia dispuesto su corazon á las sensaciones amorosas, y á la primera vista de la sin par Eliata quedó enteramente rendido á sus encantos. Viendo su hermoso semblante alterado por el sentimiento y la ansiedad, trató de consolarla con dulces y corteses palabras, y conduciéndola á su real alcázar, «hé aquí, la dijo, tu habitacion, donde nadie osará molestarte; desde este instante puedes considerarte en la mansion de tu padre y disponer á tu placer de cuanto apetezcas.»

Allí quedó, pues, la princesa con las damas que la habian acompañado de Argel, y á nadie era permitido visitarla, escepto el rey que cada dia sentia aumentarse mas su amor hácia la tierna cautiva, tratando por cuantos medios estaban á su alcance atraerse su afecto. Tan dulce tratamiento comenzó á disipar en la princesa el natural dolor de su cautiverio, pues justamente se hallaba en esa florida edad en que el sentimiento no puede albergarse por mucho tiempo en el corazon. Acompañada de las jóvenes damas de su córte, visitaba los anchurosos salones del palacio, y aspiraba en divertidos paseos el embalsamado ambiente de los jardines. Cada dia le inquietaba menos el recuerdo de la casa paterna, y cada dia aparecia el rey mas dulce y mas amable á sus ojos; y cuando por último le ofreció dividir con ella su corazon y su trono, le escuchó con los ojos bajos y ligeramente sonrojada, pero con aire de resignacion.

Un obstáculo quedaba aun que superar para cumplir los deseos del

(1) Pérdida de España por Albucacim Tarif Abentaqoe.
(2) Lope de Vega.

(1) Algunos la llaman Zara.

monarca, y era la religion de la princesa. Rodrigo, inmediatamente encargó al arzobispo de Toledo que iniciase á la bella Eliata en los santos misterios de la fé cristiana. La inteligencia femenil es al mismo tiempo que dócil, muy pronta en concebir las escelencias de las nuevas doctrinas: así que, no tardó mucho el arzobispo en lograr su conversion, como tambien la de la mayor parte de sus damas; señalando en seguida el dia en que habia de celebrarse el bautismo público. La ceremonia se efectuó con gran pompa y solemnidad en presencia de toda la nobleza de la corte. La princesa y las damas, vestidas de blanco, marchaban á pié hácia la catedral, en tanto que una tropa de hermosísimos niños, vestidos de ángeles, iba sembrando el camino con flores, y el arzobispo, saliéndoles al encuentro, las recibió, se puede decir, en el seno de la Santa Iglesia. La princesa abandonó desde aquel momento su nombre morisco y fué bautizada con el de Exilona, por el cual se la llamó en adelante, y es generalmente conocida en la historia.

Las bodas de D. Rodrigo con la hermosa convertida se verificaron poco despues, celebrándose con la mayor magnificencia. Hubo fiestas, torneos, banquetes y otros regocijos públicos, que duraron por espacio de veinte dias, y á los cuales acudieron los nobles de todas partes de España. Despues de esto, los individuos de la comitiva de la princesa que rehusaron abrazar el cristianismo y deseaban volver á Africa, fueron enviados á ella con magníficos regalos y acompañados por una embajada al rey de Argel para participarle el enlace de su hija y asegurarle la sincera amistad de D. Rodrigo.



Nuestra Señora llamada la Antigua, sita en su capilla en la catedral de Toledo.

ALCAIDE DE LOS DONCELES.

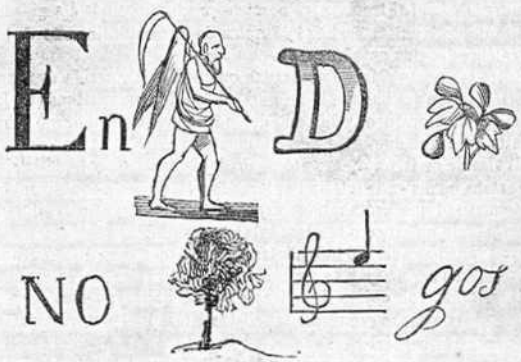
Algunos de los que profesan veneracion y respeto á todo lo antiguo, y que se persuaden que ciertos cargos son tanto mas distinguidos, cuanto mas remota es su creacion, han recorrido con avidez nuestra historia para buscar el origen de esta dignidad; pero sus investigaciones no han producido feliz resultado, porque yace envuelta en la mas completa oscuridad. La primera noticia que se halla de estos alcaides es en el reinado de D. Alonso XI, ó el último que dió este título á Alonso Hernandez de Córdova, señor de Cañete, en la batalla de Tarifa; pero no se puede afirmar si se conocia ya antes este oficio ó se creó entonces, porque son de igual valor las razones que militan en pro y en contra. La misma palabra de alcaide, que es diccion arábiga, y que equivale en castellano á guarda de castillo ó fortalezas, parece que demuestra que se instituyó este cargo en una época anterior á la que nos referimos. No era posible tampoco que D. Alonso olvidára al espedir su nombramiento al señor de Cañete, que establecia esta dignidad, porque así se hacia resaltar mas el mérito de su predilecto vasallo, que ya por su fidelidad, ya por sus buenos servicios habia merecido tan señalada honra. Pero si revisamos las leyes de Partida que tan minuciosa cuenta dan de los oficios mas notables en lo antiguo, con especificacion de sus respectivas obligaciones, y vemos enteramente olvidado el que ahora nos ocupa, nos veremos precisados á confesar que efectivamente se creó al disponerse para la batalla de Tarifa, ó como otros pretenden, al determinar el cerco de Algeciras. Esta opinion parece la mas probable, porque los reyes cuando acometian empresas de esta naturaleza, solian establecer nuevos oficiales, ora para poder dividir el ejército y confiar el mando de estas divisiones á los entonces nombrados, ora para procurarse mejor éxito. Estas consideraciones influyeron sin duda alguna en el ánimo del santo rey Fernando, que fundó el almirantazgo para la conquista de Sevilla, y obligaron á D. Juan I para la de Portugal á nombrar el condestable y los mariscales.

La denominacion que se le habia dado indicaba al parecer, que debia cifrar su principal cuidado en la custodia ó guarda de los donceles, ó pages del rey; pero las circunstancias que concurrieron á su creacion, la proximidad al combate, el mando que se le confiaba, y la precision en que estaba de medir su brazo con los enemigos y dar los primeros golpes, nos persuaden que debia ponerse á la cabeza de una compañía de hombres aguerridos, que si bien habian sido educados en la cámara del monarca, habian ya dado muestras de tener esforzados corazones, y constituian su guardia especial; ó como dice un escritor, eran los caballeros de la mesnada del rey.

La reina doña Juana en un privilegio que espidió á favor de Don Diego Hernandez de Córdova, capitan general del reino de Tremecen, y alcaide de los donceles, consignó las especiales obligaciones de este funcionario, y se deduce de su lectura que era uno de los oficios mas distinguidos de la córte, y de los que merecian mayor consideracion. Cuando marchaba el rey al frente del ejército, ocupaba el alcaide la vanguardia, y al tiempo de hacer alto, señalaba el sitio que debia ocupar tanto el rey, como los principales gefes, y toda la hueste. Acampado el ejército, tomaba el mando en gefe, y de tal modo, que no podia ausentarse persona alguna sin su permiso especial, ni podia enviarse sin su mandato partidas que hicieran presa en tierra de enemigos, ni que condujeran víveres ni otras cosas necesarias á los reales. Igualmente le competia la distribucion de los centinelas y avanzadas, y la inteligencia con los espias.

Esta dignidad duró hasta el tiempo de D. Felipe III, habiendo sido el último que la disfrutó D. Diego de Córdova, Aragon y Cardona, duque de Cardona y marqués de Comares. Despues de esta época ya no se hace mencion de este cargo.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



PORTADA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE AZPEITIA.--(GUIPUZCOA.)

Entre los magníficos templos que en el pais vascongado se hallan, ocupa sin disputa un distinguido lugar la suntuosa iglesia parroquial de la villa de Azpeitia. Construida segun el plan que en general dominó al erigir la mayor parte de los indicados templos, consiste su planta en un paralelógramo rectángulo, dividido en tres naves por dos órdenes de columnas, colocados paralelamente á las líneas mayores del rectángulo. Las grandes dimensiones de la iglesia, la elevacion de las columnas en las que cargan las bóvedas, y los objetos artísticos que en este sagrado recinto se encuentran, constituyen un grandioso conjunto que satisface la curiosidad del espectador.

Decoran algunas capillas lindos retablos del renacimiento, y en una de la parte del Evangelio se eleva aislado el interesante sepulcro del obispo D. Martin Zurbano, obra de principios del siglo XVI, y por consiguiente del renacimiento. En la capilla del capitan Elola se venera la efigie de San Ignacio, ejecutada en plata para el santuario de Loyola, por el escultor Vergara.

La lámina que va al frente de este número representa la bellísima portada que por diseños de D. Ventura Rodriguez fué labrada con esquisitos mármoles en el pasado siglo; obra digna de aquel eminente profesor, y cuyo gracioso coronamiento remata una estátua de San Sebastian, titular de la parroquia, razonablemente ejecutada.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(Conclusion.)

Cuando hubo pasado el último carro, el estrangero que iba conmigo dijo:

Estos infelices tienen que andar todavía muchas leguas de camino antes de llegar al hospital de Lesneven ó de Pol-Léon, y acaso no encontrarán allí lo que necesitan. Brest no puede contener todos los heridos que envian las escuadras. Los hospitales, las iglesias, las tiendas de campaña levantadas en los antiguos patios de los jesuitas, no bastan á contenerlos. Los cirujanos de la marina no son bastantes para asistirlos, y hasta las medicinas escasean. Las heridas, á falta de hilo, se curan con cáñamo y estopa. Por espacio de tres dias los ambulantes han carecido de vianda y de pan, y los heridos han muerto de hambre.

Yo mismo he visto algunos convalecientes mendigando por la ciudad y disputar á los perros los huesos de cordero. En el hospital la mayor parte de los enfermos están sin vestidos y se pasean por el patio en camisa, ó envueltos en sus mantas; pero todos estos padecimientos no bastan á enfriar el ardor de los marineros: el entusiasmo de estos hombres es como todo el mal que tiene la raiz en el corazon: la miseria les enerva en vez de abatirles, y no es porque sean republicanos decididos, es porque esta es una raza fiel y valerosa que una vez puesta una bandera en el mástil, se sacrifican hasta morir por ella sea cual fuere su color.

Estos marinos ademas son infatigables; nada les abate ni les rinde: no tienen de carne mas que el corazon, todo lo demas es de hierro. Si tuviéramos oficiales parecidos á estos marineros, la Convencion podria decretar que el Occéano formára parte de las posesiones de la república; pero no hay oficiales. Todos eran nobles, y de consiguiente han abandonado nuestros puertos para pasar al estrangero. La ambicion sin embargo ha detenido en sus puestos á algunos oficiales de que la república podria sacar algun partido; pero hay poca confianza en su patriotismo, y su número por otra parte era poco crecido.

En cuanto á los *oficiales azules*, ocupados por largo tiempo en desempeñar papeles secundarios, son de todo punto estraños al mando. Todos ó la mayor parte son villanos corsarios, aptos para esos combates marítimos habidos entre dos navios en medio del Occéano; pero nada saben de táctica naval ni de las grandes evoluciones de una escuadra.

Todos esos marineros de hierro, que han encontrado en sus hamacas al despertar una charretera de capitan, se encuentran embarazados con los bordados de su trage, y hasta tienen vergüenza de sí mismos y no osan dar un paso por temor de hacerse ridículos y su ignorancia paraliza su valor. La tripulacion comprende la ineptitud de los gefes y los retira su confianza, se chancean con ellos, les insultan, y la disciplina se relaja. Han tenido lugar muchas disputas en la escuadra de Villart antes de su partida, y principalmente á bordo del *Neptuno*

El discurso pronunciado en esta ocasion por el capitan de estos marineros amotinados os puede dar una idea de la ignorancia de nuestros nuevos oficiales.

Lo he copiado en mi *agenda*, y hélo aqui: es un fragmento histórico: fué pronunciado en la bahia de Brest en presencia del representante del pueblo Juan Bon Saint André.

—«Ciudadanos:

»Es una cosa indispensable y sin la cual todas las otras quedarian »en la mas grande morosidad.

»Hace mucho tiempo que obrais en todo bárbaramente conforme »á mi deseo. Sé que teneis derechos terribles; pero sé tambien que no »se puede subyugar á ninguno á mi destino, sin prodigar razones para »ello. Esta es la razon por qué abondono el entrepuente para dejar la »palabra á Juan Bon Saint-André que viene espresamente para con»cluir mi discurso.

»Viva la república, una, indivisible é imperecedera.»

—¿Y esta copia es auténtica? pregunté tomando la *agenda* de manos de mi compañero de viage para leer otra vez este increible discurso.

—Ha sido copiada al pie del mástil, me respondió, con el discurso de un capitan que habia sido atado alli por órden suya. V. comprenderá que una ignorancia semejante por parte de los gefes debe escitar el menosprecio y la burla de los inferiores. Un gefe ridículo siempre es un mal gefe. Añada V. á estas causas de desden, la falta de recursos, la mala organizacion, las dificultades de una nueva administracion construida con las ruinas de otra, y en fin las dificultades generales de la situacion actual. En este momento Brest carece de todo. La provision de las flotas y los pasages de las tropas han desolado el pais; la mayor parte de los paisanos se han retirado delos mercados, han ocultado sus granos, abandonado sus bestias por los campos, y no pueden recogerse provisiones mas que por via de provision y con sable en mano.

El trigo anda tan escaso, que si convidan á cualquiera á que coma en casa de un amigo, le suplican que lleve el pan que ha de gastar. Las tiendas de todas clases estan vacias y cerradas, y no se piensa en comprar paño ni seda: verá V. las dos terceras partes de esta poblacion que vive en medio de las brumas y las tempestades vestidos de terliz; es la única tela que se puede uno procurar en la ciudad, y se debe todavia á dos presas inglesas que se han hecho hace poco. La república no ha pagado en cinco meses los equipages de su escuadra, y no dejará V. de ver algun capitan de navio en cuclillas lavando en la bomba su ropa blanca, con sus grandes charreteras y su espada al lado. En medio de esta carestia hay algunos gefes que disponen de los recursos del puerto y que estando nadando en provisiones emplean para su uso tres cocineros. En cuanto á los representantes del pueblo, maldito el esfuerzo que hacen por cambiar el estado de las cosas. Se contentan solo con predicar el fanatismo en los clubs, y de cuando en cuando celebran una funcion al Ser Supremo, destierran á los sacerdotes, guillotinan á las mugeres y á los viejos, y cuando estan mas moderados les envian á las prisiones del castillo, de las que no se sale mas que para subir en el carro del verdugo.

—¿De qué nos sirve la revolucion si no la debemos mas que el aminoramiento denuestras fuerzas, el despilfarro de nuestros recursos y la destruccion de nuestra libertad y de nuestra tranquilidad?

—No acuse V. á la revolucion; ella no ha hecho mas que recoger lo que se habia sembrado: todas las desgracias que sufrimos son la causa necesaria del régimen que acaba de concluir; son resabios de la monarquia que ha perecido: nuestra pobreza la consecuencia de las prodigalidades precedentes: la ignorancia de nuestros oficiales de marina el resultado de la organizacion aristocrática mantenida hace tanto tiempo y que solo estaba al alcance de los nobles, sin permitir á los demas ningun medio de instruccion, ninguna esperanza de mando; de suerte que hasta el despilfarro que existe en este gran puerto es un resto de las tradiciones del antiguo régimen. Los hombres de ahora no son fiijos de la república; son discípulos de la monarquia: su inmoralidad nace de las lecciones y de los egemplos de aquella. Va V. á ver á Brest: pues Brest le causará á V. horror y pena, porque está en un estado espantoso; pero no se pague V. de las primeras impresiones. El Brest de otros dias estaba bien gobernado: el privilegio, la injusticia y la insolencia se encontraban en la clase baja, y la tirania del gran cuerpo tenia cierta regularidad que la hacia menos notable. En el Brest de hoy, por el contrario, la reaccion popular se deja sentir en toda su caprichosa novedad, y no tienen reglas ni objeto; es bruta, ignorante, y se dá toda la prisa que puede para tomar la rebancha de muchos siglos: de suerte que no está el mal organizado como antes; el de ahora es el mal en desórden; no es un sistema inicuo; es un motin feroz, que sin embargo es menos perjudicial que aquel á quien ha reemplazado, porque es transitorio. Sufrimos ahora una enfermedad de que podemos curar, mientras que antes el mal estaba en nuestra constitucion misma. Piense V. en esto cuando entre en la ciudad, y elévese V. sobre la punta de sus pies para mirar el porvenir por cima de la cabeza del presente.

Por lo demas, bien pronto va V. á juzgar por sí mismo de cuanto le he dicho, porque ya hemos llegado.

En efecto Brest estaba delante de nosotros. La cúpula de vapor que cubre siempre las ciudades parecia envolverla hasta su base. De trecho en trecho algunos pálidos rayos del sol, rompiendo á través de la niebla, herian los edificios mas elevados arrojando sobre Brest una luz incierta. Merced á este vago resplandor, se percibian detrás de los árboles que le rodeaban como una faja de hojas, los caminos que llevan al cuartel de la marina que está dominado por la gruesa torre de San Luis. Mas allá se estendia la rada con sus navios anclados, y mas lejos todavia, destacándose en el horizonte, el Menez-hom, que parecia suspendido del cielo como una sombra oscura. Esta semejanza tenia algo de estraño y triste. Se hubiera creido ver una de esas ciudades de nubes que se forman en el horizonte y de las que un sol poniente dibuja los contornos.

Se oyó un cañonazo, y su detonacion corrió por algunos minutos á lo largo de los peñascos que forman la bahia.

Me sobrecogió al oirle un presentimiento doloroso, tal que hubiera querido volverme sin entrar en Brest; comuniqué á mi compañero de viage esta especie de repulsion que esperimentaba, y él se sonrió tristemente.

—Quién sabe! me dijo, acaso sea ese el instinto de conservacion dado por la naturaleza á todos los seres que acaban de despertarse en V.

Cuando acabó de decir esto entramos por las puertas y yo quedé sorprendido de la soledad que reinaba en las calles: no se encontraba en ellas ni á las ventanas de las casas ni una persona; se la hubiera creido una ciudad abandonada. Sin embargo, andando un poco mas nos pareció oir un rumor sordo y lejano, despues un rugido inmenso y entrecortado, por último un clamor salvage que estalló de repente. Entonces dimos vuelta á una calle, el charaban se detuvo, y nos encontramos enfrente de una muchedumbre apiñada al rededor de la guillotina que estaba enmedio esperando.

Al verla retrocedi al fondo del carruage lanzando un grito.

—¡Dios mio! ¿á quién van á matar? esclamé yo pálido de horror.

Mi compañero de viage la habia visto tambien y levantó los hombros suspirando y me dijo:

—¿Tiene V. amigos ó parientes en Brest?

—Entonces no mire V., añadió, cerrando él mismo los ojos como para escapar de aquella imágen espantosa. Hace un mes que llegué á esta plaza en el instante en que el verdugo mostraba una cabeza al pueblo..... era la de mi mejor amigo.....No mire V. señor, no mire V.

Pero nada oí; se habia apoderado de mi esa fiebre loca que produce el espanto y el dolor; me levanté, y de pie sobre las varas del charaban tendia con ansiedad, por medio de aquella multitud, mis miradas.

Bien pronto se notó una ondulacion precipitada, y el carro fúnebre apareció.

Todavia no podia yo distinguir las facciones de los condenados; solamente veia que eran tres, dos hombres y una muger; fueron acercándose poco á poco: yo, aturdido enteramente, me incliné hácia ellos á sazon que se volvian hácia nosotros. Estuve próximo á dar un grito de alegria; ninguno me era conocido.

El primero era un anciano, cuyos blancos cabellos estaban cuidadosamente separados de la frente y cuyo trage anunciaba una esmerada elegancia: caminaba á la muerte sin la apariencia de valor y sin la belleza de la resignacion, como si fuera á desempeñar cualquier obligacion habitual é indiferente.

Al detenerse el carro levantó una muger en sus brazos á un niño de cinco ó seis años que acercándose al anciano y tocándole la cabeza con la mano le preguntó con una voz dulce y cariñosa:

—¿Es cierto que le van á guillotinar á V.?

El anciano se volvió sonriendo, y le dijo pasándole la mano por la cara:

—Sí, hijo mio: mas dime: ¿quién es tu padre?

La muger pronunció un nombre que no pude oir.

—Vaya, vaya, somos conocidos antiguos; dijo abrazando al niño.

—Oye; cuando vayas á casa di á tu madre que has visto guillotinar al padre de uno de sus antiguos bailadores, al padre del general Moreau.

Durante esta escena que nadie podria pintar, permanecí inmóvil, y solo los gritos de la multitud pudieron sacarme de mi arrobamiento.

El segundo de los condenados queria bajarse del carro: puesto de rodillas, con las manos cruzadas y los ojos inflamados, pedia perdon al pueblo, y con una voz suplicante, loco de miedo gritaba:

¡Viva la república! ¡Viva Robespierre! ¡Viva la guillotina!

La falta de valor en este hombre causaba al mismo tiempo lástima y sentimiento.

Un gendarme se aproximó á él, y empujándole con fuerza le hizo caer sin sentido en el fondo del carro.

La tercera víctima era una religiosa aun jóven y de estraordinaria hermosura: sus limpios ojos se paseaban sobre el pueblo con una complacencia melancólica: parecia sin embargo que el ruido de la multitud no llegaba hasta su alma y que iba siguiendo algun pensamiento lejano ó conversando con una vision. La obligaron á desnudarse, y cuando se acabó de quitar su vestido alzóse de aquella muchedumbre un rumor de sorpresa, un murmullo incalificable mezclado de piedad, de admiracion y de cínicos deseos.

—¡Mirad la monja! ¡La monja desnuda!

Ella apoyó la frente sobre el carro y se puso á rezar.

—¡Qué hermosa es! esclamé sin poder contenerme.

—Sí, lo que yo quisiera saber, me interrumpió mi compañero de viage, cuál de los jueces la tendrá esta tarde por querida.

—¿Qué dice V.? esclamé horrorizado.

—Nada mas que lo natural; y si no preguntad á B... cómo se viola un cadáver.

Yo me arrojé espantado en el fondo del carruage.

Algunos minutos despues nos detuvimos delante de la casa donde yo iba á parar; me apeé y pedí mi maleta despidiéndome de mi compañero, quien me dijo:

—He tenido mucho gusto en encontrar á V.: en el tiempo en que vivimos es imposible, es una gran cosa poder pasar medio dia en compañia de un hombre que no cause pena ni disgusto, y me pidió mi nombre.

Yo se le dige.

Y tomándome la mano añadió: si alguna vez pasais por la ciudad de Actius, preguntad por el ciudadano Correc de la Torre de Aubernia, y encontrareis un amigo.

Entonces partió, y antes de haber desaparecido volvió para saludarme con la mano.

En el momento en que yo llegé á Brest (22 de junio de 1794) el tribunal revolucionario estaba en plena actividad. La condenacion de veinte y seis administradores de Finisterre acusados de federalismo dió principio á su larga série de muertes jurídicas. El presidente Ragmey cerró la boca á los defensores, declarando *que si pretendian defender á los acusados, tendrian ellos mismos que dar cuenta de sus opiniones:* asi que todos fueron condenados.

Desde mi llegada á Brest supe que estaba anunciada la fiesta del Ser Supremo. Prieur de la Marne estaba encargado de los preparativos.

Cuyo programa estaba concebido en estos términos:

«El representante del pueblo, teniendo á su lado la libertad y la »igualdad, se colocará en lo alto de la Montaña y pronunciará un dis»curso análogo á las circunstancias.

»En seguida se dejará oir una dulce y armoniosa música. Un coro »de padres con sus hijos se agrupará á la parte de la montaña que le »sea designada; otro de madres con sus hijas se colocará al lado »opuesto.—Los hombres cantarán jurando no dejar las armas hasta »no haber destruido á los enemigos de la república. Las madres y sus »hijas cantarán prometiendo no casarse con hombre qué no haya ser»vido á la patria. Los dos coros reunidos entonarán despues un himno »al Ser Supremo ofreciéndole los homenages de un pueblo libre.

»Y para concluir cantarán todos juntos el himno á la libertad que »comienza *Amor sagrado de la patria.* En el instante en que concluyan, »las madres levantarán en sus brazos á sus hijas mas pequeñas pre»sentándolas en homenage al autor de la naturaleza: las jóvenes ar»rojarán flores á lo alto, las espadas se agitarán en el aire. Se hará »una descarga de artillería, y para concluir la fiesta se dirigirá á la »divinidad un grito de *viva la república.*»

La noticia de la toma de Port-Vendre, de Santa Elena y de Colliure se anunció á poco por una descarga general, y produjo en la concurrencia una impresion imposible de pintar: hubo un instante en que todos los gorros encarnados fueron lanzados á lo alto; se olvidaron todas las opiniones, se juntaron todas las manos, y todas las bocas repetian sonriendo *¡Victoria!*

La reaccion que siguió al 28 de julio hizo que se buscase una revolucion de principios en lo que realmente no fue mas que un complot de personas.

Los Thermidorenses sustituyeron á Robespierre y á Talieu, y el despacho del comité de salud pública que anunciaba este cambio, fue acogido en Brest, como en todas las ciudades, con el grito de *¡Viva la Montaña!*

Una vez anunciada esta reaccion, su egecucion se hizo necesaria; los Thermidorenses organizaron en su provecho la clemencia, como los jacobinos habian organizado el terror. Las prisiones empezaron á ser mas escasas; y se quitó sus empleos á los terroristas mas comprometidos: pero esta revolucion que debia dar seguridad al resto de la Francia, anunció á los republicanos bretones una opresion mas insufrible y sangrienta que la que les habia agobiado. Los carlistas perseguidos con menos encarnizamiento, se preparaban para organizar una insurreccion, y escapados apenas de la guillotina de los Jacobinos, los realistas de todas partes venian á caer sobre los valles de Chouan. Juan Chouan mandaba á los insurgentes de aquella parte, y conociendo que despues de la destruccion de la armada vendense y la muerte de Tahnout se habia hecho mas dificil su posicion, queriendo hacerse olvidar por algun tiempo se retiró á la Bretaña. Pero habiendo sabido que los republicanos de Eruél se habian estendido por las tierras de Bourgan para cortar las hayas que favorecian las emboscadas de los realistas, condujo al instante sus tropas contra ellos y les batió en un sitio llamado *Rougefeu*; pero el mismo dia encontró una columna de guardas nacionales patriotas y tuvo que refugiarse de nuevo en los bosques de Misdou.

Muy pronto salió de allí para desarmar á los patriotas de Bacconiere y de Andouille.

Los realistas quisieron reunirse cerca del estanque de Olivet; pero les faltaban municiones y fueron de nuevo dispersados por los republicanos. Juan Chouan se decidió á ir él mismo á buscar las municiones que necesitaban y no confió su proyecto mas que á un tal Goupil diciéndole que corrian peligro de muerte, y si no se sentia con fuerzas para seguirle que iria solo: su camarada le ofreció ir donde él fuera.

Salieron los dos á media noche, y quitándose los zapatos para no ser sentidos, fueron saltando paredes hasta llegar por calles poco concurridas al arrabal de S. Martin. A cien pasos de la iglesia que servia de cuartel á los republicanos habia una casa en que tenian estos almacenadas las municiones: aquí llegaron nuestros dos héroes, y encaramándose Juan Chouan sobre los hombros de su compañero ganó una ventana que estando abierta le permitia pasar al interior, y bajando silenciosamente para no despertar á nadie, abrió la puerta á Goupil.

Estando allí se apresuraron á hacer dos grandes paquetes de pólvora, y emprendieron nuevamente su peligroso viage.

Pocos dias despues, estando Juan Chouan en el bosque batiendo á los republicanos, estos cogieron prisioneras á sus dos hermanas; sabido por él, fue con toda su gente á cortarles el camino; pero habian tomado otro, y antes que él lo supiera le anunciaron la muerte de entrambas.

A contar desde aquel dia, sus trabajos fueron menos frecuentes.

Su hermano René mostraba siempre una crueldad que indignaba á Juan Chouan: un dia que aquel habia matado una muger embarazada por la sola razon de que huia de él, Juan Chouan fuera de sí mandó que le fusilaran; y como ninguno quisiera obedecer,

—Yo me tomaré por mi mano la justicia, dijo echándose el fusil á la cara; pero Miguel Cribier se le quitó.

—¡Y osas desarmarme! le dijo: ¿has olvidado que soy tu gefe?

—Acaso lo habré olvidado; pero me acuerdo que soy amigo tuyo, y de lo que hago ahora algun dia me darás las gracias.

René en tanto habia desaparecido.

A los pocos dias supo que los republicanos habian salido de Sain Ouen y se decidió á caer sobre aquella parroquia con la idea de que sus gentes aprovechasen este momento de seguridad para procurarse alguna ropa de casa de sus amigos. Dejó á un hombre de centinela para que avisase; pero este abandonó su puesto y cayeron de repente sobre ellos los republicanos. Los realistas huyeron, y Juan Chouan estaba ya lejos y al abrigo de los tiros del enemigo, cuando oyó á la muger de su hermano René que le llamaba en su defensa. Corriendo vino donde estaba, y para darla tiempo que huyera hizo frente al enemigo, pero una bala vino á herirle en medio del pecho y cayó al suelo. Sus gentes que no le veian venir volvieron á buscarle y le encontraron tendido en la tierra. Fué necesario, porque no se tenia á caballo, estenderle sobre una sábana y cojerla por las cuatro puntas; su hermano René le sostenia la cabeza. Luego que llegaron al bosque de Misden todos se despojaron de sus vestidos para hacerle una cama mas blanda: entonces se reanimó un poco, les dió algunos consejos, designó por sucesor suyo á Deliere, y espiró.

AMOR A VISTA DE PAJARO

CAPITULO V.

Un don Blas.

El *contra pereza diligencia*, que recomienda la doctrina, empezaba á desarrollarse en el enamorado Luis; y si no conseguia alcanzar á la encantadora Magdalena, era muy posible que se pusiera en el camino de la bienaventuranza, cambiando un feo vicio por una hermosísima virtud. Este felicisimo cambio hubiera augurado cualquiera al verlo correr desde la fonda de diligencias á la casa de postas, sin encomendar á su criado una operacion, que le hubiera parecido insoportable algunos dias antes, y que consideraba ahora como entretenida y agradable.

—¿Hay billetes para Bayona? gritó al entrar en el despacho.

—Dos hay, repuso el encargado, estrañando la diligencia del viagero.

—Pues póngalos V. á nombre de don Luis Meneses.

—Al momento.

Luis recordó entonces que no llevaba dinero bastante; pero cuando iba á rogar al encargado que esperára un momento, vió que Francisco, á quien habia dejado atrás en su impaciencia, se adelantaba lentamente, cogia los billetes, y los pagaba sin proferir una palabra. Meneses aplaudió en el alma la pantomima de su criado, y marchando delante de él, se dirigió á su alojamiento. Aunque habia disminuido mucho su indolencia, se dejó caer, quizás por cariño, sobre la butaca de viento, y despues de haber estendido ambas piernas sobre el confidente, dijo á su criado:

—¿Ya habrás comprendido, Francisco, que vamos á Bayona?

—Ya: repuso el criado con un laconismo que equivalia á una manifiesta desaprobacion.

—¿Tambien habrás adivinado que debes hacer las maletas?

—Tambien.

—Pues manos á la obra.

—Ya voy; pero antes haré una pregunta.

—Que sea corta.

—¿Ha reflexionado V., señorito, que un viage á Bayona no es lo mismo que un viage al Escorial?

—He reflexionado.

—¿Y nada se le ocurria á V.?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada.

—Pues me voy á hacer las maletas.

—Anda con Dios.

—Otra pregunta.

—Que sea la última.

—¿Usted tendrá que despedirse?

—No.

—¿De nadie?

—De nadie.

—¿Ni de doña Luisa?

—Ni de san Luis.

—¿Me despido yo por V.?

—No.

—Pues me voy á hacer las maletas.

—No tardes, Francisco.

Francisco llegó hasta la puerta; pero se detuvo y murmuró:

—Quisiera hacer otra pregunta.

—No quiero mas preguntas.

—Señorito, es muy importante.

—Que lo sea.

—Se trata... .

—No quiero saberlo.

—Pero señor.....

—Haz al instante la maleta.

—Pues lavo mis manos.

—Está bien.

Francisco era un hombre de accion, de mucha accion; en política hubiera sido un revolucionario admirable, un agitador popular casi tan bueno como Daniel O'Conell; mucho mejor que las nueve décimas partes de esas grullas político-sociales que graznan y trasmigran desde un estremo al otro de la civilizada Europa; y sin embargo, el pobre Francisco no habia llegado á ser siquiera cabo furriel de nacionales en el año cuarenta, ni comisario régio nueve años despues. Es verdad que el criado de Luis era completamente iliterato para aspirar á lo segundo, y no habia alcanzado lo primero porque era page de una camarista de Castilla. Estas reflexiones tienen poquísimo que ver con el viage á Bayona; pero dejan adivinar que Francisco arreglaria en un *santi amen* las maletas de su enamorado señor. Practicada esta operacion, todo lo demas era óbvio; y cuando Luis y su criado se instalaron en la silla-correos, nada faltaba á los viageros de cuanto puede apetecerse.

La comodidad del asiento hizo olvidar á Francisco los dos viages al Escorial; y sin un escozorcillo que le atormentaba interiormente, se hubiera juzgado feliz. Este escozorcillo no le impidió dormirse á tres millas de Madrid; y aunque la rapidez de la silla no le permitia ver bien los pueblos por donde pasaba, cuando llegó á Bayona dijo que habia aprendido geografía.

Llegados á Bayona, la situacion de Luis empeoró mucho; pues teniendo que tratar con franceses, y no entendiendo Francisco una palabra de *gabacho*, así él llamaba al idioma de nuestros vecinos, tenia que sustentar Meneses todo el peso de las discusiones; cosa mas penosa para él que para Atlante sustentar la inmensa bóveda del cielo. Sin embargo, habia variado mucho su carácter; y contentándose con dejar á cargo de Francisco el arreglo del equipage, se mudó de trage en diez minutos, y se encaminó al parador de la diligencia de Madrid. Llegado á él, se acercó al despacho, examinó al que tenia un rostro mas simpático, y le dijo:

—¿Tendrá V. la bondad de decirme si ha llegado la diligencia que salió de Madrid el diez y ocho á las doce de la noche?

—Sí señor, la diligencia que V. dice ha llegado; repuso el francés cortesmente.

—¿V. será tan bondadoso que me permitirá una nueva pregunta?

—Cuantas V. crea necesarias.

—¿Ha venido en esa diligencia un caballero.....?

—¿Que se llama? interrumpió el tenedor del registro, terciando en la conversacion.

—Don Blas; tartamudeó Meneses, no pudiendo añadir al nombre su correspondiente apellido, y no queriendo confesar su crasa ignorancia en la materia.

—¡Aquí lo tengo! esclamó alegremente el interpelado. Don Blas Medecotelechea.

—Exactamente, repuso Luis ébrio de gozo; pues no dudó que habia aprendido el apellido deseado.

—¿Quiere V. saber algo mas?

—Tengo que visitar á ese caballero, y desearia saber su hospedage; pero seria abusar.

— No señor, y lo sabremos ahora mismo ¡Blanesué!

— ¿Qué se ofrece, señor? preguntó respondiendo al apellido de Blanesué, un mozo de las diligencias, algo parecido á un gallego, pero que debia ser un normando.

— ¿Has llevado tú el equipaje de don Blas Medecotelechea?

— Sí señor.

— Pues conduce á este caballero á la habitacion de don Blas.

— Al momento.

Luis agradeció á los encargados su eficacia y buena voluntad, y siguió al normando, que lo precedia alegremente, pensando sin duda en la propina. Cruzaba Meneses las mismas calles que habia traido, pero caminaba en silencio embriagado con la dulce idea de haber encontrado á Magdalena. Mucho le ocupaba su éstasis, pero salió de él al pisar el zaguan de la misma fonda en que habia sentado sus reales.

—Ya hemos llegado: dijo el normando descubriéndose, y alargando un tanto la mano.

— ¿Se hospeda aquí don Blas? le preguntó Meneses.

— Aquí.

— Muchas gracias, y toma.

Luis puso una moneda de cinco francos en la mano del normando, que no acertaba á darle las gracias; tan embargado lo tenia el gozo de haber recibido una propina casi régia, y Luis subió á su habitacion, resuelto á visitar á Magdalena.

CAPITULO VI.

El Marido.

—¡Victoria, Francisco, victoria! gritó D. Luis entrando en su aposento.

—¿Victoria, por quién? preguntó el criado, dejando un frac que estaba limpiando.

—¿Por quién ha de ser, majadero?

—Qué se yo; y porque no lo sé, precisamente lo pregunto.

—Francisco, ¿quiéres que te rompa la parte superior del cráneo?

—No señor. No tengo relaciones con ningun cirujano francés, y me compondrian mal la rotura.

—Pues si no quieres entrar en relaciones con los cirujanos de Bayona, procura ser menos estúpido.

—Señorito, he oido decir mas de una vez, que los golpes en la cabeza hacen á los discretos tontos; pero no que hagan á los tontos discretos.

—Si lo que tú tienes de bellaco tuviera yo de santo, ya habria ganado el cielo.

—Amen.

—Pero hablemos de lo que importa.

—Eso es lo que yo deseo, señor.

—Francisco, he descubierto á Magdalena.

—¡Cáspita! esclamó Francisco, dando un salto atrás de alegria.

—Ni mas, ni menos.

—¿Con que ya no tenemos que ir tras ella hasta el fin del mundo?

—No. La tenemos aquí.

—¿En Bayona?

—Y en la fonda del Comercio.

—¿Bajo el mismo techo que habitamos?

—Precisamente.

—Quiera Dios.... murmuró Francisco.

—¿Qué murmuras? le preguntó Luis.

—Decía: Quiera Dios que no se nos escape como de la fonda del Escorial.

—Pierde cuidado. No pienso dormirme en las pajas.

—¿Qué piensa V. hacer?

—Ahora lo verás.

Luis sacudió el cordon de la campanilla, y al punto se presentó un criado.

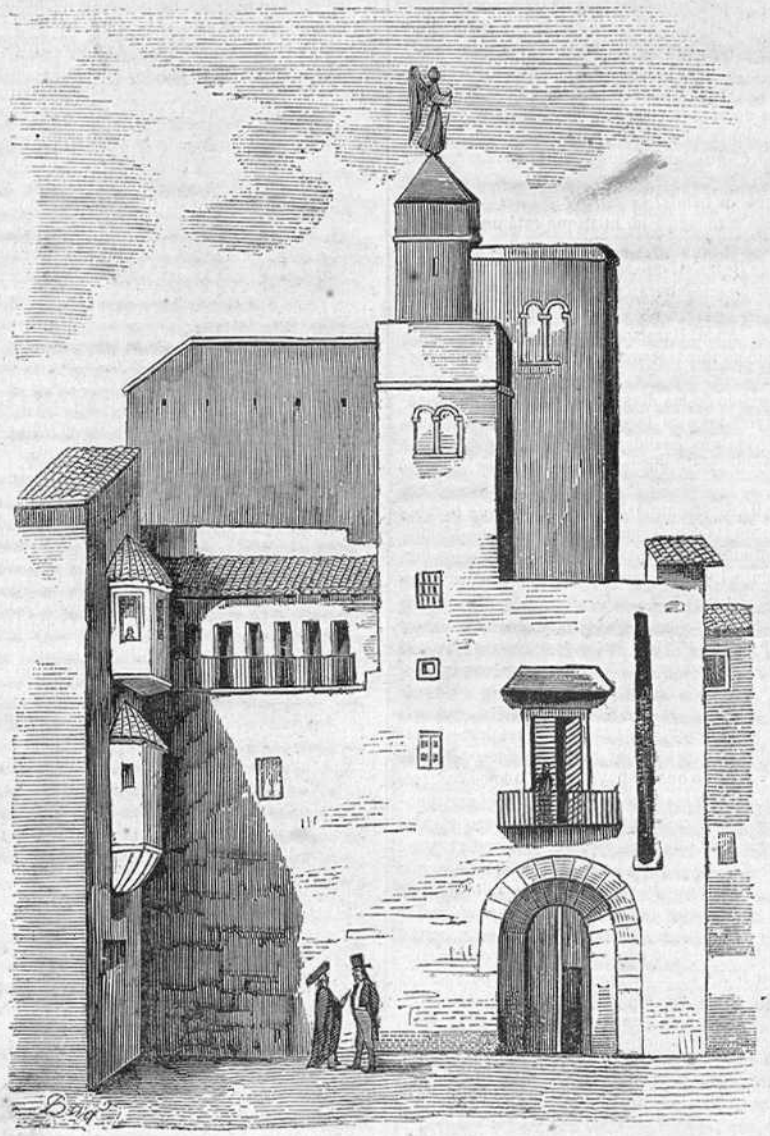
—¿En esta fonda está alojado un caballero español, que se llama don Blas Medecotelechea? le preguntó Meneses.

—Sí señor; y ocupa el cuarto número 10: repuso el criado de la fonda.

—Pues bien: toma esta tarjeta, dásela de mi parte, y dile que deseo tener el honor de presentarle mis respetos.

El criado tomó la tarjeta, se inclinó respetuosamente, y salió.

—¿Y qué ha querido decir, señor, esa pantomima? preguntó Fran-



(La torre del Angel en Palma.)

cisco, que no habia entendido ni una sola palabra del diálogo de Luis con el criado, porque hablaban ambos en francés.

—Quiere decir, repuso Meneses, que para que no se nos escape Magdalena, como nos ha sucedido otras veces, he resuelto verla ahora mismo.

—Me parece muy bien pensado. ¿Pero quién introduce á V. con esos señores?

—Yo mismo. Dos españoles que se encuentran en pais estrangero, deben visitarse.

—Es una idea eminentemente patriótica. ¿Pero y si don Blas.....

—¿Qué?

El mozo de la fonda entró á interrumpir el diálogo, diciendo á Meneses:

—El señor D. Blas Medecotelechea espera á V.

—Voy al momento: repuso Luis, y sin responder á las preguntas de Francisco, se lanzó al corredor, siguiendo los pasos del mozo de la fonda, que le iba sirviendo de guia.

Llegaron al número 10, el mozo empujó una mampara, y Luis se encontró en una salita bien amueblada, y que servia de recibimiento á tres habitaciones mas. En esta salita lo esperaba un hombre de buena estatura, rostro franco y como de cincuenta años de edad, que se apresuró á presentarle la mano y á ofrecerle un asiento.

—¿Tengo el honor de hablar al señor D. Blas Medecotelechea? preguntó Luis, para entrar de este modo en conversacion.

—El honor es mio, caballero, en recibir al señor D. Luis de Meneses: repuso D. Blas.

—Señor D. Blas, parecerá á V. muy estraño que me haya tomado la libertad de solicitar esta entrevista, sin haber tenido antes el honor de tratarlo, ni aun de conocerlo: pero viéndome fuera de España no he podido resistir al deseo de saludar al primer compatriota que habitaba bajo el mismo techo que yo.

—Nada mas natural, amigo mio; y esos sentimientos honran mucho á quien los abriga. Yo me doy el parabien por haber tenido esta ocasion de ofrecer á V. mis respetos y mi amistad.

—Muchas gracias por tanta bondad; y V. puede contar desde ahora con mi profundo agradecimiento.

Se interrumpió la conversacion, y Meneses creyó oportuno entablarla de nuevo, con una pregunta muy análoga á sus intereses.

—¿Han descansado las señoras? dijo con una espresion de interés, que hubiera convenido muy bien á un antiguo amigo de la casa.

—Sí señor; y no las ha saludado V ya, porque han ido á dar un abrazo á una íntima amiga de mi hija, que fué su compañera de colegio. Pero no tardarán.

—Tendré mucho gusto en ponerme á los pies de las señoras.

El silencio volvió á reinar; D. Blas se creyó obligado á romperlo, y preguntó á su vez:

—¿Piensa V. permanecer mucho tiempo en Bayona?

—Verdaderamente no lo sé. Mi viaje no tiene un objeto formal; es un verdadero paseo, una de esas escursiones que hacemos para no morirnos de calor. ¿Y V. piensa alejarse mas?

—Sí señor: me deténdré aquí muy pocos dias, y marcharemos á Bearrist.

—¿Piensa V. tomar aquellos baños?

—Yo no; pero se los han mandado á mi hija, que está un tanto delicada.

—He oido tanto bueno de Bearrist, que me inclino mucho á visitarlo.

—Nunca en mejor ocasion que ahora; y haremos juntos la temporada.

—Tiene V. razon, y me decido. Haremos juntos el viaje.

—Pues aseguro á V. que no lo pasaremos mal, y que V. sacará partido de la temporada.

—Yo saco muy poco partido de las diversiones: dijo Luis, queriendo pasar por hombre grave á los ojos de su futuro suegro; sin duda porque la gravedad le parecia una cualidad de marido.

—V. es jóven, y los jóvenes se divierten en todas partes: observó Don Blas sonriendo.

—No soy viejo, señor D. Blas; pero aseguro á V. á fé de hombre honrado, que no me seducen las diversiones, y que prefiero á las mas bulliciosas, los placeres íntimos de la amistad, ya que no gozo los mas íntimos de la familia: repuso Luis con acento un tanto dramático.

—¿Vive V. solo?

—Como un hongo.

—¿Es V. soltero por lo tanto?

—Soltero.

—¿No tiene V. padres?

—No señor.

—Comprendo muy bien que desee V. las satisfacciones domésticas.

—No sabe V., señor don Blas, hasta qué punto las deseo.

—Pues me parece muy estraño que no haya V. pensado en casarse.

—He pensado en ello muchas veces: pero V. sabe que el matrimonio es un gran bien ó una terrible calamidad, segun los auspicios bajo los cuales se contrae. Yo soy hombre de corazon y quiero casarme enamorado; pero quiero que la razon venga en apoyo del amor, y que la primera no condene la eleccion que haya hecho el segundo.

—Piensa V. muy bien; y veo con gusto que no pertenece V. á esa falange de jóvenes, verdaderamente calaveras, que ó se enamoran á primera vista de una muger, y todo lo arrostran sin conocer sus cualidades, ó se casan por vil interés con una muger á quien no aman, á quien no pueden amar, y á quien hacen horriblemente desgraciada.

—¿Si será muy pobre don Blas, y Magdalena muy virtuosa, pensó Meneses, cuando sostiene que el presunto marido debe tratar mucho á su futura, y no reparar en intereses? Pero mi suposicion es muy gratuita: D. Blas viaja con mucho boato para ser pobre, y aunque Magdalena no tuviera ni un real de dote, yo la querria como la quiero, y seria su esposo, como lo seré si consigo que corresponda á mi pasion. En cuanto á que Magdalena es un ángel, bien lo manifiesta su cara.

Como pensaba para sí Meneses, no hablaba, y la moraleja de don Blas estaba sin contestacion; este queria saber cómo opinaba su nuevo amigo, é insistió:

—¿No opina V. conmigo respecto á los matrimonios por interés?

—No solamente opino con V., sino que tendria gravísimo inconveniente en dirijirme á una muger rica, sabiendo que lo era de antemano.

—No quiero yo decir tampoco que *el contigo pan y cebolla* sea una cosa muy agradable.

—Es rico, pensó Luis; pero vino á interrumpir su pensamiento la presencia de las señoras.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

LA PAZ PERPÉTUA.

HISTORIA DE ESTA IDEA.

¡La paz perpétua!—¿Será cierto que, como dice un escritor célebre, la solucion de este problema nos esté prometida con el tiempo? ¿Será mas bien una de las infinitas locuras que aquejan á la inteligencia humana?—«Jamás ha existido un solo elemento que afiance, no la perpetuidad, sino la permanencia, por tiempo razonable, de la paz (esclaman con la sonrisa del desprecio muchos filósofos y políticos). En vano sueña con ella el hombre, nacido con irresistibles impulsos belicosos; el hombre que á falta de otros campos de batalla, mantiene en lo interior de su alma una lucha intestina, la de la razon y las pasiones. Las guerras *son unos grandes medios providenciales* de civilizacion y progreso: inútil es pues cansarnos en semejantes puerilidades, tan risibles como el empeño de hallar la *piedra filosofal* y el *elixir de larga vida.*» No es nuestro ánimo discutir en este artículo el pro ni el contra; queremos solo historiar brevemente el rastro que va dejando esa idea en el mundo científico, ya que en la actualidad se celebra el segundo congreso de la Paz. A nuestro juicio hay en todo una *perfeccion ideal*, hácia la que avanzamos continuamente al través de vaivenes y tormentas, pero que nunca conseguimos tocar porque solo se realiza en el seno de Dios. Sin embargo, las ideas nunca dejan de dar algun fruto. Oigamos á B. Constant: «Jamás ha sido retirada *una idea* puesta en movimiento; jamás ha dejado de imperar la revolucion que se funda en ella, á menos de que fuese incompleta: la revolucion entonces era solo un sistema precursor de crisis, y se perfecciona luego que completada la idea vuelve á la carga.» Y cuando el pensamiento ha caido del corazon de los sábios al corazon de los pueblos, ¿no será disculpable creer con L. Aimé Martin, que no está lejos el dia en que el de la supresion de las guerras haga su carrera en el mundo civilizado? Por fin, si locura es digna de risa, riámonos aunque sus autores se llamen Enrique IV, Manuel Kant ó Jeremias Bentham.

El hecho es que tambien el mundo se halla en esto mas adelantado. Antiguamente la guerra era una condicion de existencia para los pueblos; hoy solo la espera tal cual rancheria de salvages; despues se hicieron por espíritu de conquista; hoy ya no son posibles esas empresas: hubólas tambien por intereses dinásticos; hoy las dinastías se guarecen á la sombra de los principios: las guerras están reducidas á ser *políticas ó comerciales;* ¡y cuánto tiemblan todos disparar el primer cañonazo! No cabe por tanto negar el progreso, ni afirmar que ha llegado ya á sus últimos términos.

Una especie de república federativa entre todos los estados europeos, tanteada ya, aunque con distintos caractéres en las co federaciones Germánica y Helvética, ha sido el proyecto que ocurrió siempre á los *soñadores* de la paz perpétua. En efecto, todas las grandes asociaciones se cimentan en un principio de paz: de pueblo á pueblo han existido las guerras, porque para terminar sus diferencias no habia mas tribunal que el de Dios, y ¡cosa rara! los juicios de Dios han ido á buscarse por los hombres en lo que tienen menos divino, *en la fuerza.* Antiguas son ademas las instituciones federativas; la historia nos recuerda la Amphictionia griega, y la Lucumsnias de Italia. Enrique IV, ornado con los laures de Yori y de Contrás,—émulo de la gloria del gran capitan Alejandro Farnesio,—se hallaba próximo á empezar la realizacion de sus proyectos, cuando el puñal de Rauaillac se interpuso en su camino. Aprovechando el cansancio y los celos que produjeron las continuas ambiciones de nuestra dinastía austriaca en su brillante principio; auxiliado por aquel Sully, modelo de ministros probos; y esplotando los deseos é intereses de los potentados de Europa, los habia hecho entrar en sus miras (cuyo alcance no comprendian), por medio de negociaciones conducidas con tanto tino como secreto. La organizacion europea iba á salir de una guerra última, santa por su objeto, y emprendida con recursos desde largo tiempo preparados.

La idea se estravió en su rumbo, pero no quedó perdida: Fenelon la recogió en el Telémaco; el abad de Saint-Pierre la hizo asunto de uno de sus trabajos predilectos. El equilibrio europeo es tal, pensaba Saint-Pierre, que ningun príncipe tiene suficiente poder para romperlo y subyugar á los otros, y este hecho indudable facilita el arreglo de una confederacion sólida. Los soberanos deberian contratar alianza perpétua é irrevocable, nombrando plenipotenciarios que asistiesen á un congreso permanente, en el que, á manera de jueces árbitros, arreglasen todas las cuestiones que entre las partes asociadas se originaran. La confederacion habia de afianzar á los príncipes la posesion de sus estados con arreglo á las leyes fundamentales de los mismos; proclamaria *el bando de la Europa* contra el que infringiese el tratado; haria ejecutar sus juicios por la fuerza federal; y daria los reglamentos que creyese importantes al mayor bien de todos sus miembros. Hé aquí en resúmen el plan *sobre la paz perpétua.* Rousseau lo calificó diciendo que si no se adoptaba era, no por ser malo, sino por ser muy bueno. «Es hermoso, concluia, pero consolémonos

de no verle planteado, porque tendria que hacerse por medios violentos y terribles. No vemos establecer las ligas federativas mas que por revoluciones; y bajo tal supuesto ¿quién se atreverá á decidir si la liga europea es de desear ó de temer?»

Bentham, positivo hasta el estremo que marca su *utilitarianismo*, fué menos asustadizo que el filósofo de Ginebra. Imaginó tambien la paz perpétua estribada en un congreso general, que fuese el poder supremo de la Europa; añadia como requisitos necesarios la reduccion de las fuerzas militares de mar y tierra, y la emancipacion de las colonias.

«Tiempo vendrá (esclamaba el ilustre jurisconsulto) en que se necesiten pruebas muy auténticas para persuadir á generaciones mas sábias, que en épocas pasadas hubo hombres obligados por módico salario á cometer todos los actos de pillage, devastacion y homicidio que se les encomendáran; y que aun se les juzgase por eso dignos de recompensas nacionales!!»

Tambien á Kant le deslumbró la imágen de la paz y de la confederacion europea; para formarla queria que todos los estados se rigiesen por una representacion nacional teniendo separados el poder legislativo y el ejecutivo. La unidad absoluta le parecia naturalmente despótica, ya fuese monárquica ya democrática: y acertaba además en creer que era indispensable la homogeneidad de los gobiernos confederados. Nunca puede asimilarse lo que se rechaza mútuamente.

Hé aquí el viage científico de esa idea durante la edad moderna, que—como todas las de la humanidad—lleva en sí el gérmen de cosas que dejando tal vez de ser *utopias*, se realizarán en otros tiempos. Nada hemos querido decir de los proyectos socialistas: su escuela ha estado propagando hace años el pensamiento de un *congreso universal permanente*. Lo que no puede dejarse en silencio es que la idea que nos ocupa ha empezado á querer insinuarse en el terreno de la práctica. Cierto diputado de la asamblea francesa hizo ya, despues de la revolucion de febrero, una proposicion cuya falta de oportunidad contribuyó á darle burlesca acogida: poco despues se ha visto con respeto la celebracion del *Congreso de los amigos de la paz*, que ahora se reproduce. ¿Será esta liga menos noble que la comercial de Cobden? Aun no se han olvidado los acentos de Victor-Hugo, *gigante literario* no reducido á *pigmeo político*, por sus magníficos trabajos de parlamento. Tambien hay poesía en la vida pública; tambien tienen en ella su puesto los poetas. Cuatro personages ilustres se han ofrecido en holocausto al espíritu moderno; Chateaubriand, Lamenais, Lamartine y Victor-Hugo. ¿Serian mas grandes si se hubiesen quedado á retaguardia en la marcha de la humanidad?....

Esta es la historia: Dios solo sabe las aventuras que aun debe correr *la idea*. Parécenos que se limita mucho la esfera de esa aspiracion sublime, presentándola de la manera que observamos. La paz es hija de la armonía de intereses; y la armonía ha de resultar del concurso de grandes reformas, que hoy solo vemos acaso confusamente bosquejadas. Dejemos obrar al tiempo, y no desconfiemos de ver salir elaboradas,—la paz del seno de la guerra,—el orden del seno de las revoluciones.

A. GIL SANZ.

Agosto.—1851.

UN MÉDICO MUDO.

Un médico inglés cansado de vivir en Lóndres desconocido y miserable, tomó la resolucion de dirigirse á Lisboa con la esperanza de que su cualidad de inglés le serviria para hacerse un gran partido y sacar grandes utilidades. Desgraciadamente ignoraba la lengua portuguesa; pero lejos de desanimarse á la vista de tan poderoso obstáculo, creyó que podia pasar perfectamente por mudo, y que la novedad serviria para aumentar su reputacion y hacer su fortuna con mas rapidez. Era de la opinion contraria de Mr. Fontenelle, que pretende que los médicos deben hablar mucho, é insiste con tal fuerza en esta necesidad, que les concede el que hablen las mas veces sin razon.

A pesar de la opinion de Mr. Fontenelle, el médico inglés renunció á este medio, se hizo anunciar por un charlatan, y ocupó algunas semanas en hacer públicas sus maravillosas curas: se contaban diariamente algunas estraordinarias, y generalmente se atribuyó este resultado menos á las reglas de medicina que á algun don estraordinario de la naturaleza; porque para aumentar el buen efecto de sus visitas se asegura que en lugar de servirse de sus manos para tomar el pulso á sus enfermos, juzgaba del estado de su salud por la vista y por el olfato.

Aquellos que por primera vez concurrian á casa del médico inglés, creian que otra infinidad de enfermos les habian precedido, y miraban su casa como un sitio milagroso por sus anteriores curas. El inglés por su parte no procuraba satisfacerlos sobre este particular; su perpetuo silencio le libertaba de entrar en aclaraciones enfadosas. Despues de haber examinado detenidamente al enfermo, tomaba una pluma y escribia á la ventura una receta. El que se mejoraba era feliz; el que no se empeoraba lo era todavia mucho mas; pero como la fortuna suele mezclarse en todo, sucedió que una persona de elevado rango se restableció completamente de una enfermedad muy peligrosa. Era una muger; y altamente reconocida hizo al médico un regalo de consideracion deshaciéndose en elogios de su Esculapio. La córte tomó parte en estos elogios, y el inglés llegó á ser el médico de moda.

Temiendo algun dia romper su silencio por cualquier accidente involuntario, jamás admitia en su casa ninguna visita sin haber metido antes en la boca un pedazo de ámbar con unas puntitas muy agudas que le recordaba su falta en el momento que quisiera hablar. Esta precaucion le valió en menos de seis meses un gran capital, pero esta farsa tuvo tambien su fin.

Nuestro médico se entregó á los placeres y pasaba muchas noches al lado de una hermosa portuguesa: pero no pudiendo armarse contra las indiscreciones de su lengua, tuvo la desgracia de ser tan débil como Sanson con una muger tan indigna como Dálila. La portuguesa oyó una noche que habia pronunciado algunas palabras, y á pesar de no haberlas comprendido, porque no entendia el inglés, conocia sin embargo que habia articulado algunas sílabas. Sorprendida de este milagro hizo cuanto pudo por que se repitiera, y habiéndose asegurado de ello, atribuyó este cambio á sus encantos. El charlatan á quien el médico se habia asociado, supo por ella misma esta aventura, y temiendo sus consecuencias avisó al médico. Ambos la ofrecieron grandes cantidades si prometia guardar silencio. Ella las aceptó, resuelta á violar lo mas pronto posible el juramento hecho.

Pronto se divulgó en Lisboa la noticia, y todo el mundo principió á mirarle como un impostor. Otros llevaron su credulidad hasta el estremo de figurarse que le habria sucedido como á otros muchos que van recobrando poco á poco el uso de la palabra. Si el inglés hubiera procurado sostener este error, le hubiera sido mucho mas ventajoso; pero no desconfiando completamente de la infidelidad de su amada, continuó haciendo el papel de mudo. Su osadia sirvió únicamente para aumentar la prevencion con que se le miraba, y algunos jovénes alegres de cascos decidieron hacerle hablar apoderándose de su persona y atormentándole. El trastorno y el susto que sufrió en aquel momento el inglés, no le permitió ocultar el pedazo de ámbar con puntas que dentro de la boca tenia, y dió lugar á que lo advirtiesen los jóvenes. Observado por estos, no permitieron que arrojara el pedazo de ámbar, y viendo que tenia puntas, le apretaron fuertemente las quijadas y asi le tuvieron largo tiempo. Despues le dejaron dando gritos y desquitándose de todo el tiempo que habia guardado silencio.

A pesar de esta desgracia el médico encontró medio de sostenerse todavia por algun tiempo en Lisboa, y salir de esta capital con toda la fortuna adquirida. Los enfermos que dejó al borde del sepulcro no estaban en estado de poderse quejar á la justicia; y aquellos á quienes habia curado por casualidad, creyeron de su deber y por reconocimiento facilitar su fuga, con la cual logró trasladarse de nuevo á gozar tranquilamente el fruto de su industria.

CAPRICHO DE UN HOMBRE DE LETRAS.

Mr. Ravingthon, hombre instruido y de gran talento, vivió cincuenta y dos años, empleando en el estudio mas de veinte y cinco. Era tanta su asiduidad al trabajo, que todo el mundo esperaba de él grandes obras: era tanta su rigidéz, que no dejaba pasar nada sin una crítica escrupulosa, siendo mucho mas severo consigo mismo, hasta el punto de no esperar todos de él sino cosas perfectas.

Verdaderamente este rigorismo le obligaba muchas veces á hacer pedazos por la noche lo que habia escrito durante el dia; y sus numerosos amigos se lisonjeaban de poder examinar algun dia el fruto de tantos estudios, á lo cual contestaba Ravingthon con escesiva modestia.

Llegó el dia de su muerte y llamó á los que debian ser depositarios de su última voluntad; declarando entonces quienes habian de ser sus herederos. Como no habló de sus escritos ni de sus libros, le preguntaron si habia dispuesto ya de ellos.—Todavia no, contestó; á su tiempo dispondré.

Poco despues hizo traer á presencia de sus amigos sus manuscritos.

Los miró algunos momentos con ternura, y dijo despues tomándolos en la mano—«Estos han sido siempre mis mejores amigos, si merecen este nombre los que me han guardado siempre una gran fidelidad y me han proporcionado algunos momentos de alegria. Yo he encontrado un gran placer en reunirlos, en perfeccionarlos y ahora lo encuentro en verlos. Desde hace veinte años no ha pasado un solo dia sin que haya dejado de quitar ó añadir de ellos alguna cosa. No

quiero que lo que tanto he apreciado pase á otras manos que no sean las mias. Que me traigan fuego.

Sus amigos sorprendidos con tan estraña resolucion, dudaron un momento y no quisieron obedecerle. El les manifestó con amargura que le ofendian con no obedecerle.—¿Con qué derecho, les dijo, me impedireis que yo disponga de mis obras? ¿Por qué me quereis quitar el único consuelo que me queda al morir? Tened entendido que si la justicia me obliga á dejar mis bienes á aquellos que me sobrevivan, porque los he recibido de mis antecesores, no me impide que yo destruya lo que no tiene lazo alguno con mis herederos, en fin lo que me pertenece esclusivamente, porque yo lo he producido. Soy el dueño absoluto de ello como el cielo lo es de mi vida. Mi voluntad será respetada ó me quejaré hasta mi último suspiro de la violencia con que soy tratado.

Al pronunciar estas palabras con la mayor agitacion estrechó los libros entre sus brazos sin permitir siquiera que se leyesen los títulos, y protestó repetidas veces que nadie podria hacerle cambiar de opinion.

El temor de anticipar sus últimos momentos obligó á sus amigos á obedecerle. El fuego mismo consumió sus manuscritos y á las pocas horas Mr. Ravingthon murió contento.

A FERNANDO DE HERRERA.

SONETO.

Cercado de la noche silenciosa,
Sin percibir el temeroso oido
Mas que del corazon ténue latido
Que marca la existencia presurosa:
En el feliz momento en que afanosa
Busca la mente el estro concedido
Solo á los corazones que han nacido
Dotados de esa luz maravillosa:
No ambiciono de Creso las riquezas,
Ni de Alejandro la guerrera fama,
Ni del amor las plácidas ternezas;
Solo noble ambicion mi pecho inflama
Al admirar, Herrera, las bellezas
Que en cada verso tu saber derrama.

EDUARDO GASSET.

Octubre—1.°—1851.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

En tiempo de higos no hay amigos.



Giacomo Meyerbeer.

Madrid.—Oficinas y Est. tip. del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(El hombre de nieve.)

DOCUMENTO CURIOSO.

Cuando en el infeliz reinado de Felipe IV procuraba su desconcertado gobierno arbitrar medios para hacer frente á las grandes necesidades y apuros que él mismo habia creado, al tiempo que adoptaba las medidas mas empíricas, insuficientes y perjudiciales para conseguir aquel fin, trató el monarca de contribuir al desempeño del erario disminuyendo los gastos de su real casa y familia, y para ello espidió el decreto que por ser documento curioso copiamos á continuacion:

«El empeño en que hallé las rentas de mis reinos cuando entré en ellos, y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido despues acá con haberse acabado la tregua de Flandes y haber sido necesario crecer mis armadas por los muchos enemigos que andan en la mar, y acudir á Italia, y Alemania, y otras partes precisas, y la falta de hacienda que hay para tantas cosas, ha obligado á poner todos los medios posibles para tenerla, y siendo uno dellos la reformacion de los

gastos que no fuesen precisos, para poderlo disponer mejor, he tenido por conveniente empezar por mi casa, y así he resuelto que se reforme en ella lo siguiente:

»Con vuestra persona no se ha de hacer novedad ninguna; pero queda asentado, que los que os sucedieren en el oficio de mayordomo mayor no hayan de tener mas de un quento de maravedis de salario, y los emulumentos que hoy gozais.

»Que de aquí adelante no haya mas de cuatro mayordomos, y que de los que hay hoy nombrados queden los cuatro mas antiguos con sus gages y emulumentos. Y los demas por haber ya empezado á servir lo continúen; pero ha de ser sin sueldo, con sola la casa de aposento, y escúsese el plato de manjar blanco unos dias, y otros de arroz, y las veinte libras de nieve que se dan á los mayordomos, que no lo han de llevar, ni los que tienen salário ni los otros, ni tampoco se ha de dar á otro ningun oficial de los que agora le llevan.

»Los gentiles hombres de mi boca han de ser cincuenta, y se han de ir consumiendo los que vacarán hasta quedar en este número: y estando ausentes en ninguna manera han de llevar salario, aunque sea con licencia.

»Que haya cuarenta gentiles hombres de la casa y no mas. Y si agora hubiere mayor número se vayan consumiendo hasta quedar en este.

»Ha de haber dos *varlet servant* y no mas.

»Que no se añadan costilleres, y estas plazas han de quedar reservadas para los que salieren de pajes.

»Que haya veinte y cuatro pajes, que es el número que ha habido estos dias.

»Que en la paneteria haya un gefe, dos ayudas y un mozo, como solia en tiempo de mi abuelo, y lleven las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces, escusándose todo lo que escediere desto en cualquiera manera. Y lo mismo se entienda respecto de los emulumentos que llevasen otras cualquier persona de este oficio.

»En la fruteria ha de haber un frutier y un mozo como en tiempo de mi abuelo y con los mismos salarios. Todo lo demas se ha de reformar, y las sesenta y ocho libras de fruta que se dá cada dia á diferentes personas por nueva introduccion.

»En la Cava se escusará el mozo entretenido y el aguador, y en su lugar podrá haber dos mozos que lleven á los oficios lo que fuese menester, y suplirán en las jornadas con gajes de entretenidos, y se escusará el vino de los almuerzos.

»El veedor de viandas no llevará de aquí adelante lo que llaman *frescos*. En la cocina se escusarán dos mozos: y de aquí adelante de dar plato á nadie, como no sea de camino.

»En el guarda-mangel se escusará lo que llaman frescos, y las raciones de las viudas y reservadas se reduzgan á cuatro ducados, y una hanega de trigo al mes. Y al guarda-mangel no se traerá mas ternera, que la que viene de Aranjuez: y cesará lo que hubiere añadido en las raciones.

»En la cereria se escusará un mozo, y el llevar el gefe la cera de las sobras por ser introduccion, y el sumiller de corps no lleve las setenta hachas que suele.

»En la botica se reduzgan al número de los oficios al tiempo de mi abuelo y el salario del boticario á cuatrocientos ducados, y los ayudas á doscientos, y los mozos á ciento.

»En la tapiceria se escuse un ayuda, y un mozo que hay ademas, y en vacando este oficio se junte con el de aposentador de palacio como solia.

»En la caballeriza será la reformacion, como tengo ordenado, que montará mas de veinte mil ducados.

»Gentiles hombres de mi cámara habrá ocho, y á este número se reducirán como fueren vacando; daránseles ocho platos de comida en su estado: y á los ayudas doce reales á cada uno cada dia, y quitarse de su estado.

»Al maestro de la cámara le cesarán los cincuenta reales cada mes de la ensalada y las conservas del dia de ayuno.

»Al contraloor, el fresco, la pastelería, tocino, manjar blanco, ensalada y conservas y de camino se le darán dos asados, y un cocido y para cenar dos cosas, y no tome nada de los oficios.

»Al greñer le cese lo que llaman *fresco* y entenderáse con Ramiro de Cabalza reservado.

»Con los médicos de cámara se escusen las colaciones de los dias de ayuno; y sangradores habrá solos dos con cien ducados de salario cada uno, y sin ración, y serán Lozano y Fuentes.

»Ugieres de cámara se reducirán á ocho como en tiempo de mi abuelo. Y los porteros de saleta y de palacio á seis.

»Los dos sota-ayudas de la furriera se escusarán, y los treinta maravedis que se dan cada dia á todos los oficios para leña.

»Los aposentadores de la casa de Borgoña, que son hoy ocho del libro y once de camino, se reducirán á cuatro del libro y ocho de camino.

»A la guarda de archeros se le añadió el año de 1589 setenta maravedis á cada uno con que tuviesen caballos: el año de 1600 se permitió que no los tuviesen sin quitarles los añadidos: reduciránse á lo antiguo, sino es en las jornadas, que llevarán lo que hoy, y quedo con cuidado de tener camino en jubilaciones, y á los que se jubilaren bastará darles tres reales cada dia.

»Al teniente de la guarda española, que tenia ducientos ducados al mes, se le doblaron, y al alferez se le añadieron quince reales, reduciráse esto á la primera cantidad.

»Los dos reales que se dan en la acemilera, á los recompensados será uno como solia.

»Los sueldos que hubiere duplicados se reformarán.

»Enterese con cuidado de que se paguen los salarios puntualmente para que gozándolos á su tiempo puedan comer con comodidad en lo mismo que sirven.

»Reducidas las cosas á este estado tendrán mejor disposicion para el egercicio de estos oficios; y se ahorra mas de sesenta y siete mil y trescientos ducados en cada un año, hareis que asi se ejecute. En Madrid á siete de Febrero de 1624. Al duque del Infantado.»

Copia de la órden, que S. M. envió al Sr. conde de Benavente mayordomo mayor de la reina nuestra señora.

«Habiendo mandado reformar mi casa cumpliendo con lo que pide el estado de las cosas, y otras razones, he resuelto reformar tambien la de la reina porque militan las mismas, y he ordenado lo siguiente:

»Que el gasto del estado de las damas se reduzga á seis platos á comer, y cuatro á cenar: pues de ordinario comen pocas en él y bastaran cuando fueran mas.

»A las dos criadas, que tiene cada dama se les dé racion cuatro panecillos, dos libras de carnero, y cuatro onzas de tocino, y á las de la cámara de la reina; lo mismo que se les dá á las del Infante mi hermano y á las unas y á las otras se les baje cuando van á la enfermeria: con que correrá todo mejor, y con mas comodidad.

»A vos se os dan un quento de gajes, y otro de estraordinario por el plato, y he entendido que tambien agora llevais el plato; y monta de seis á ocho mil ducados: escusareis el llevarle, pues se hizo con el conde de Alba de Liste, duque de Sesa, marqués de la Laguna; y en mi casa con el duque del Infantado, y marqués de Velada, y con vuestros sucesores se escusará tambien el un quento del estraordinario.

»Cesará el manjar blanco que se dá á los mayordomos, y no se hará sino cuando se hubiere de servir á la mesa de la reina; entonces se embiarán al estado de las damas dos platos.

»A las damas no se darán meriendas de la confiteria, y del guarda-mangel se podrán llevar algunas empanadas y fruta.

»Los criados y criadas de la reina, que son ciento y cuatro mas de las que tenia la reina doña Juana mi abuela se reformarán á aquel número como fueren vacando.

»Al contraloor grafier, y despensero mayor les cesará lo que llaman fresco.

»En los oficios de boca, se escusará el dar unos á otros para almuerzo lo que se ha introducido, y se quitarán los mozos entretenidos.

»Reducidas á este punto las cosas, tendrán el estado conveniente, y mi hacienda interesará en la casa de la reina mas de ochenta mil ducados. Y asi se ejecutará con mucha puntualidad. En Madrid á 7 de Febrero de 1624. Al conde de Benavente.»

LUIS M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

LAS MUGERES BLANCAS.

TRADUCCION BRITANICA.

En muchas aldeas de la Cornouaille y del pais del Treguir existe una tradicion que es muy curiosa porque viene á renovarnos algunos recuerdos druídicos.

Los *disclocelerres* (narradores de cuentos) suponen que algunas encrucijadas de aquel pais son frecuentadas por unos graciosos fantasmas á que dan el nombre de mugeres blancas, pero cuya aparicion no es regular aunque puede conseguirse por algunos encantos, cuyos pormenores varian mucho y nunca son completamente esplicados por los narradores. Estas mugeres blancas dotadas por el demonio de un gran poder llevan en la mano una rama de roble ó yerba de la cruz (verbena) que presentan al que las encuentra ó las ha llamado: si este acepta, aquel talisman vivirá alegremente tantos años como hojas tenga la rama; pero al morir pasa su alma á ser presa del demonio.

Esta tradicion tiene un rasgo comun con la de la lew-drez; es en el fondo la misma creencia, aunque adornada con diferentes pormenores. ¿No vienen á recordarnos las mugeres blancas á las druidas, vestidas de blanco y con una superioridad y autoridad milagrosa sobre

los destinos de los hombres? ¿No es esta rama de verbena y de roble un rasgo marcado del culto antiguo en que estas dos plantas hacian un papel tan importante? El cristianismo no ha hecho mas que modificar los recuerdos. Las druidas estan representadas en los que tienen pacto con el diablo; la verbena y el roble son tenidos como mal talisman, y el favor que se pide á cualquiera de esas dos plantas es la causa de una eternal condenacion.



TEATRO DE MORETO.

Tan poco conocidas como las noticias biográficas de *D. Agustin Moreto y Cabaña*, son por su mayor parte sus apreciables obras dramáticas.—De aquellas ignoramos hasta el año y lugar de su nacimiento (aunque hay motivos para creer que fué en Madrid y á principios del siglo XVII), y solo se ha creido averiguar que fué soldado, cortesano y protegido de los duques de Uceda y de Medina-Sidonia y del cardenal Moscoso, y que adelantado en edad y despues de una vida agitada, abrazó el estado eclesiástico como todos ó casi todos los célebres poetas contemporáneos, Lope, Calderon, Montalvan, Tirso, Solis, etc. Con este carácter fué durante los últimos años de su vida rector del Refugio de Toledo, en cuya casa inmediata, de su propiedad, vivió y murió en 1669, y en donde se conserva hoy su retrato; siendo sepultado en la parroquia de S. Juan Bautista, á pesar de haber dispuesto en su testamento *que se le diese sepultura en el pradillo de los ahorcados*, circunstancia misteriosa que ha dado lugar á los modernos eruditos á atribuirle la muerte dada en desafio al poeta Baltasar Elisio de Medinilla.

En cuanto á su fecundo repertorio dramático (de que mas abajo damos una lista probable, entresacada de todos los índices que conocemos de nuestro antiguo teatro), solo ocho ó diez producciones son conocidas hoy del público, y ocupan con preferencia la escena; pero ellas son tales que han bastado para colocar el nombre de Moreto en el primer rango de nuestro Parnaso, y aun atendidas las dotes especiales que las constituyen, de filosofia en el argumento, unidad en la accion, verdad y fuerza cómica de los caractéres, y correcta elocucion y poesia, acaso le hicieran obtener la palma entre todos nuestros primeros dramaturgos, si por otro lado no mediase la circunstancia de que este admirable talento, tan apto y propio para dar interés y conducir una accion dramática, renunciabà frecuentemente á la originalidad de sus argumentos, y solia valerse (sin duda para mejorarlos inmensamente) de los ya tratados por otros poetas.—A pesar de este achaque (que no le perdonaron y echaron frecuentemente en cara sus contemporáneos), la mágia de su talento, y el encanto de su estilo hizo olvidar bien pronto con su *Desden con el desden*, la comedia de Lope *Los milagros del desprecio*, y la de Tirso *Celos con celos se curan*; el *Rico hombre de Alcalá* enterró despues de heredarle, el *Infanzon de Illescas* del mismo Lope; *El licenciado Vidriera*, *El parecido en la Córte*, *El caballero*, *No puede ser guardar una muger*, *De fuera vendrá* y *Todo es enredos amor*, adquirieron en manos de Moreto una originalidad primitiva, una verdadera carta de naturaleza que hizo borrar completamente la idea de si alguna de estas preciosas creaciones debian su origen á otras plumas.—Sobre todo, en lo que ostentó Moreto su invencion propia, es en las comedias llamadas *de figuron*, en que superó sin duda alguna á las farsas de su contemporáneo *Moliere*; dotando á nuestro teatro este tipo original y altamente cómico, con su *Lindo Don Diego*, *La fuerza del natural*, *El marqués del Cigarral*, *El Licenciado Vidriera*, y otras, que ciertamente valen mas que *Le Bourgois gentilhomme*, *Les fourberies de Scapin* y *Georges Dandin*, y cuyo género produjo mas adelante entre nosotros *El dómine Lucas* de Cañizares, *El hechizado por fuerza* de Zamora, *El doctor Carlino* de Solis, *Don Lucas del Cigarral* de Rojas, y el *Castigo de la miseria* de Hoz y Mota.

Tampoco Moreto, como Lope, logró ver impresas en coleccion sus numerosas comedias; y aunque lo fueron las mas de las que comprende la siguiente lista, y han llegado casi todas hasta nosotros, fué en diversos puntos, incorrectas unas, mutiladas otras, y atribuidas algunas á distintos autores. Unicamente hemos visto formando coleccion de Moreto dos partes ó tomos, compuestos de piezas auténticas, la primera impresa en Madrid en 1677, y la segunda en Valencia en 1676. —Tambien se le dan, aunque no con tanta certeza, dos terceras partes ó tomos, impresos uno en Madrid en 1681 y otro en Valencia en 1703.

En la lista que hemos formado de todas las atribuidas á Moreto habrá sin duda alguna otra que esté repetida bajo diversos titulos, aunque hemos procurado evitarlo, suprimiendo, por ejemplo, el de *La tia y la sobrina* con que tambien es conocida la de *De fuera vendrá*; el de *El valiente justiciero* con que se designa el *Rico hombre*; el de *Diablo son las mugeres*, segundo titulo de *Todo es enredos amor*; el de *La fuerza del cido* que suele llevar tambien *Lo que puede la aprension*, etc. —Igualmente no respondemos de que haya algunas en que solo un acto ó dos sean de Moreto, pues se sabe que trabajaba muchas veces á medias con Cancer, Matos, Cubillo y otros; ni por último, que haya otras varias suyas que no hayan llegado á nuestra noticia, ni esten comprendidas en los índices que hemos registrado. Todo ello podrá corregirse por los eruditos para dar mayor interés á este imperfecto trabajo.

R. de M. R.

Comedias

ATRIBUIDAS A DON AGUSTIN MORETO Y CABAÑA.

Amor y obligacion.
Antes morir que pecar.
Antioco y Seleuco.
Aristómenes Mesenio.
Azote (el) de su patria.
Caballero (el).
Caer para levantar.
Cautela (la) en la amistad.
Cena (la) del rey Baltasar.
Cristo (el) de los Milagros.
Como se vengan los nobles.
Condesa (la) de Belflor.
Confusion (la) de un jardin.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Defensor (el) de su agravio.
Dejar su reino por otro.
Desden (el) con el desden.
Empezar á ser amigos.
En el mayor imposible nadie pierde la esperanza.
Eneas (el) de Dios, y caballero del sacramento.
Engaños (los) de un engaño y confusion de un papel.
Escarraman (burlesca).
Esclavo (el) de su hijo.
Fingida (la) Arcadia.
Fingir lo que puede ser.
Fingir y amar.
Fortuna (la) merecida.
Fuerza (la) de la ley.
Fuerza (la) del natural.
Gala (la) del nadar.
Gran (el) palacio.
Hacer del contrario amigo.
Hasta el fin nadie es dichoso.
Hermanos (los) encontrados.

Hijo (el) de Marco Aurelio.
Hijo (el) obediente.
Industrias contra finezas.
Jueces (los) de Castilla.
La misma conciencia acusa.
Lego (el) del Cármen.
Licenciado (el) Vidriera.
Lo que merece un soldado.
Lo que puede la aprension.
Lindo (el) don Diego.
Marqués (el) del Cigarral.
Mas (los) dichosos hermanos.
Mas (la) verdadera copia del mejor original.
Mas (el) ilustre francés.
Mejor (el) amigo el rey.
Mejor (el) par de los doce.
Misma (la) conciencia acusa.
Negra (la) por el honor.
No puede ser guardar una muger.
Nuestra Señora de la Aurora.



(Habitantes de la villa de Batz.)

Ocasion (la) hace al ladron.
Parecido (el) en la córte.
Poder (el) de la amistad.
Premio (el) en la misma pena.
Primero es la honra.
Rica (la) hembra de Galicia.
Rico (el) hombre de Alcalá.
Rosario (el) perseguido.
San Alejo.
San Casimiro.
San Franco de Sena.
San Luis Beltran.
San Pio quinto.
Santa Rosa del Perú.
Satisfacer callando.
Secreto (el) entre dos amigos.
Siete (los) durmientes.
Sin honra no hay valentía.
Todo es enredos amor.
Trampa adelante.

Travesuras (las) de Pantoja.
Travesuras (las) del Cid, (burlesca.)
Travesuras son valor.
Traicion (la) vengada.
Yo por vos y vos por otro.

SAINETES Y ENTREMESES.

La campanilla.
El hijo del vecino.
Mariquita.
El retrato vivo.
El rey don Rodrigo y la Cava.
El rico y el pobre.
Los sacristanes burlados.

Habitantes de la villa de Batz.

La villa de Batz, situada en el departamento del Loira inferior, es la capital de los cantones de Salaus: todos sus habitantes se dedican á la fabricacion, trasporte y venta de la sal, su único ramo de comercio.

Los trages de estos descendientes de los sajones son raros en estremo; visten los hombres unos calzones cortos, anchos y plegados, y una porcion de chalecos de diferentes tamaños, y puestos de manera que cada uno permita ver la orilla del que esté debajo, y que es de diferente color; á esto añaden en los dias de fiesta una camisa con walona, un sombrero á la española y una capa parda ó negra.

Las mugeres velan sus largas trenzas con una cofia estrecha y plegada, cuyas puntas atadas bajo la barba flotan sobre los hombros ó caen sobre el pecho; un cordon liso separa y sujeta los cabellos sobre la frente; un corpiño que les llega hasta la barba, cerrándolas enteramente el pecho, se ajusta con una cinta bordada de oro, ó con unos galones cruzados de parte á parte varias veces; las mangas por lo regular son anchas y de color de violeta ó encarnadas; la cintura está ceñida por un ceñidor de tres ó cuatro dedos de ancho, y bordado tambien con ramos de oro ó de plata; un collar de encajes, una pañoleta con pliegues y unas medias encarnadas con bordados de color, completan estos lindos trages.

AMOR Á VISTA DE PAJARO.

CAPITULO VII.

La Muger.

Juguete es el hombre casi siempre de los objetos que le rodean, y juguete tambien de las quimeras que se forja su fantasía. Y es gran lástima que todo un hombre, rey de la creacion, sea juguete; y es mo tambien que sea juguete, porque un juguete de cinco pies y algunas pulgadas es un juguete demasiado grande para aplicado á ciertos juegos. ¡Mas cómo ha de ser! es el mundo un gran tablero de ajedrez, en el cual el hombre figura de rey, reina, torre, arfil, caballo ó simple peon, segun se colocan las piezas. Pero dejando el ajedrez, por mas entretenido que sea, tiempo es de ocuparnos de Luis.

Luis se habia engañado interrumpiendo su pensamiento al ruido de una falda de seda. Luis habia imaginado que abriéndose de par en par la mampara, iba á aparecer Magdalena acompañada de su madre; pero contra su halagüeña esperanza, apareció sola doña Micaela, querida esposa de don Blas. Esta señora se conservaba medianamente, á pesar de sus cuarenta años, y venia vestida con ese lujo provincial que se parece mucho á un altarito de *cruz de Mayo*. Inútil es decir que Luis se levantó, aunque contrariado, haciendo alarde de su cortesana finura; y que D. Blas procedió al momento á la doble presentacion que la entrevista reclamaba.

—Tengo mucho gusto en conocer á este caballero: dijo mi señora doña Micaela, dirigiéndose á Meneses, que solo deseaba saber por qué no habia venido Magdalena; pero que se inclinó con tanto respeto como un devoto ante la imágen de su devocion.

—¿Por qué no ha venido la niña? preguntó don Blas á su esposa.

Esta pregunta pareció tan oportuna á Luis, que estuvo á punto de abrazar á su futuro suegro, y quizás hubiera tenido la imprudencia de efectuarlo, si al levantarse no se hubiera enredado el faldon del frac en un palo roto de la silla. Esta detencion le hizo reflexionar, y se contentó con escuchar atentamente.

—Su amiga Sofía, repuso doña Micaela, se ha empeñado en que coma con ella, y como tú sabes que se quieren tanto desde el colegio, no he querido privarlas de esta satisfaccion.

—Has hecho bien: ¿pero á qué hora debo ir á buscarla? preguntó don Blas.

La traerán, despues que se concluya el teatro.

De buena gana hubiera Luis estrangulado á la amiguita que se atravesaba en su camino; pero como no la tenia á mano, creyó que lo mas prudente era aprovechar el tiempo captándose al afecto de los papás. Para conseguirlo, procuró adivinar los pensamientos de doña Micaela y su esposo, decirlos palabras agradables, no contradecirlos en lo mas mínimo; de modo que si, por una rara casualidad, en aquel momento hubiera surjido una diferencia cualquiera entre los esposos, la posicion de Luis hubiera sido desesperada, sin saber, ni querer, á quien debia adjudicar la manzana.

Iba á despedirse Meneses, despues de haber consagrado una hora á sus futuros suegros, cuando haciendo doña Micaela ese mohin que indica haberse olvidado de alguna cosa muy importante. dijo á su marido:

—He olvidado darte una noticia que debe agradarte muchísimo.

—Pues si no tienes inconveniente, aprovecha la ocasion; repuso don Blas.

—Tal vez mi presencia.... murmuró Luis, haciendo ademan de levantarse.

—Puede V. saberla, caballero: repuso doña Micaela, instándole á que se sentara.

—Pues apresúrate á decirla, porque francamente, has picado mi curiosidad: observó don Blas, evitando nuevos cumplidos á Meneses.

—Pues prepárate para disfrutar mañana temprano de tu diversion favorita.

—¿Tienes preparada una *gira*? esclamó don Blas alborozado.

—Lo has adivinado, amigo mio. Mañana pasaremos el dia en una casita de campo.

—¡Cuánto te agradezco la sorpresa, y cuánto el recuerdo....!

—Amigo mio, debes guardar la gratitud para otra persona.

—¿Para mi hija?

—No: debes guardarla para la amiga de tu hija.

—¿Sofía nos prepara un dia de campo?

—Sofía, que es sumamente amable, quiere obsequiar mañana á su compañera de colegio, dándole una *gira* en su casa de campo distante una legua de la ciudad.

—¿Y quienes seremos de la partida? insistió don Blas.

—Sofía y su familia; algunas amigas y amigos; nosotros, y este caballero si tiene á bien acompañarnos.

—Señora, tartamudeó Luis porque se tartamudea cuando se quiere rehusar lo que ardientemente se desea; yo recibiria un grandísimo honor acompañando á ustedes; pero como no tengo relaciones con la señorita Sofía, temeria abusar presentándome, y.....

—No busque V. nuevas escusas; interrumpió don Blas, que en tratándose de su diversion favorita era el hombre mas espansivo y obsequioso de las cinco partes del mundo; pues yo tengo bastante confianza para presentarlo á V. y á diez mas que fuera necesario.

—Si V. cree que no seré importuno, tartamudeó Luis otra vez.

—No hay importunidad que valga; mañana á la hora de marchar llamamos á V. y nos vamos juntos. A propósito: ¿qué número ocupa V.?

—El número 6 de este mismo piso.

—Está muy bien. Que no se duerma V. mañana.

—Descuide V., señor don Blas: no me esperarán ustedes ni un momento.

Luis creyó que habia llegado el momento crítico de terminar su larga visita, y se despidió, no escaseando ni saludos ni ofrecimientos. Don Blas le acompañó hasta el corredor, y doña Micaela no estuvo menos amable que su esposo.

Cuando el matrimonio quedó solo, la mitad bella dió rienda suelta á la femenil curiosidad, y preguntó al consorte, no dejándole ni el tiempo de sentarse:

—Blas, ¿quién es este joven, á quien veo por primera vez en mi vida?

—Un caballero de Madrid, que se llama don Luis de Meneses; repuso el esposo al instante.

—¿Y qué es ese caballero? insistió doña Micaela, que no se contentaba con un nombre y un apellido.

—Un jóven que vive de sus rentas: contestó don Blas, no queriendo manifestar que no sabia lo que su muger creia necesario preguntarle.

—¿En dónde y cuándo viste á ese sugeto por primera vez?

Don Blas no se atrevió á echar una mentira directa, y que podia descubrirse muy fácilmente, y repuso, bajando los ojos, como arrepentido de la altivez que habia manifestado antes:

—Hoy, y aquí, querida Micaela.

—¿Y cómo habeis hecho relaciones?

—Supo don Luis que vivia en su misma fonda una familia española, y creyó justo visitarla.

—¿Son esos los motivos que te ha dado?
—Ni mas ni menos.
—¿ Y tú no has sospechado nada?
—¿De quién, de don Luis? ¿crees por ventura que es un intrigante?
—No digo tal.
—¿Pues entonces por qué preguntas si he sospechado ó no?
—Te digo, Blas, que eres un topo: añadió doña Micaela, guiñando el ojo.
—Pues esplícate tú que eres un lince: repuso don Blas amostazado.
—Ese jóven, don Luis de Meneses, está enamorado.
—¿De quién?
—De nuestra hija.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Nadie; pero yo que soy muy lince, lo he adivinado.
—¿Pero de qué lo infieres?
—Del afan con que ha buscado nuestras relaciones.
—Bien puede ser: y ahora recuerdo...-
—¿Tienes algun dato?
—Mas de uno.
—Pues dímelo.
—Me ha hablado con mucho fervor del matrimonio.
—Pues ya ves; hablar á un padre de familia con mucho fervor del matrimonio es poco menos que pedirle la mano de su hija.
—Tienes razon. Pero hay mas.
—Cuenta.
—Cuando entramos en conversacion, le pregunté que hácia donde se dirijia: me respondió que no tenia marcada ruta en su viage; pero al momento que le hablé del nuestro á Biarrist, manifestó grande entusiasmo por los baños, y se decidió á acompañarnos.
—¿Y no habias sospechado nada? ¡Cuando digo que eres un topo!
—No lo adiviné; lo confieso. Tú has tenido mejor olfato.
—Ahora dime, Blas: ¿Te parece que nos convendrá para yerno?
—Es un jóven fino, muy amable, no mala figura.....
—¿Pero tú crees que es hombre de buena fortuna: un tanto rico?
—¿Quién lo duda? Un hombre que viaja por puro placer y pasatiempo....
—Reflexiona, Blas, que muchos jóvenes poetas, pintores, ó cosa semejante, salen de la corte los veranos, y particularmente los primeros suelen no tener mas fortuna que los diez ó doce mil reales que invierten de acá para allá.
—¿Pero, Micaela, te parece que don Luis de Meneses tiene cara de poeta?
—Creo que no: pero sin embargo no estará de mas tomar informes.
—¿Te parece que escriba mañana á un amigo mio de Madrid, preguntándole quién es don Luis?
—Mejor será que lo hagas ahora mismo, porque mañana vendrás cansado.
—Tienes muchísima razon; y conviene saberlo pronto, no se encapriche la muchacha.

Don Blas coje papel y pluma, y doña Micaela se consagró á elegir los lazos que debia llevar á la *gira*.

CAPITULO VIII.

El Teatro.

Francisco estaba acostumbrado á ser el agente secreto de las intrigas de su amo, y se consumia de impaciencia por saber lo que estaba pasando en la habitacion de D. Blas. Creia, y no le faltaba razon, que habia perdido sus funciones por haberse trasladado á Francia, cuyo idioma no conocia; y renegaba de los franceses, recordando todas las reyertas que con ellos hemos tenido desde Carlo-Magno á Napoleon, desde la irrupcion de Roncesvalles hasta la de los cien mil hijos de San Luis. Esta erudicion, inspirada por tan justo resentimiento, era absolutamente instintiva; pues Francisco no habia perdido sus mejores años estudiando crónicas y anales, porque una gitana le pr. dijo que llegaria á ser con el tiempo real académico de la Academia de la Historia.

Como la visita de Luis fué bastante larga, Francisco tuvo tiempo para renegar de los franceses, y para limpiar toda la ropa antes que volviera su amo: este se presentó radiante, y como no habia podido abrazar á su futuro suegro, abrazó á Francisco hasta el punto de sofocarlo.

—¿Qué hay, señor? preguntó el criado, perdonando el fuerte apreton en gracia del honor recibido.
—¡Soy el mas feliz de los hombres! esclamó Luis alborozado.
—¿Ha visto V. á la señorita Magdalena? insistió el criado.
—No la he visto; pero la veré siempre que quiera, de dia, de noche, á todas horas.
—¿Se ha casado V., señorito? preguntó Francisco sollozando.
—¿Por qué me haces esa pregunta, majadero? repuso Luis con estrañeza.
—Como dice V. que verá á la señorita Magdalena de dia, de noche, á todas horas, y eso de ver de noche....
—¡Imbécil! He dicho que la veré á todas horas, en primer lugar, porque soy íntimo amigo de sus padres, y en segundo, porque vamos á viajar juntos, y á vivir juntos en Biarrist.
—Eso es otra cosa, señorito. Crei que se habia V. casado ya, y me dió una lástima....
—Pues si no te ha dado, que te dé; porque lo que yo mas deseo es casarme con Magdalena.
—Bien decia yo, señor, cuando decia que habia V. visto á esa señorita en mala hora.
—¿Callarás, Francisco?
—Como un muerto.
—Mira, mañana quiero levantarme á las cuatro.
—¿Se casa V. de madrugada?
—¿Te has vuelto loco?
—Puede ser.
—Mañana muy temprano voy á una *gira* con Magdalena y su familia.
—¿Y yo voy tambien?
—No.
—Pues voy á pasar un dia entretenido.
—¡Cómo ha de ser!
—¿Y dígame V., señorito, tiene capilla la casa de campo?...

Luis aplicó la punta del pié á su criado, cortándole así la pregunta: Francisco dió un salto, pero no desplegó sus lábios ni lanzó un gemido; Meneses sintió, como siempre, haber empleado las vias de hecho: pero, como siempre tambien, hizo punto final y pasó á tratar de otro asunto.

—Mira, Francisco, esta noche vienes conmigo al teatro: ya he mandado á un mozo de la fonda que nos traiga billetes.

Francisco habia olvidado el puntapié; pero sintió mucho que su amo le cercenára sus funciones, y mucho mas amostazado que cuando recibió la correccion, murmuró:

—Yo he buscado siempre los billetes, y nunca le han faltado á V.: como que conozco por sus nombres á todos los revendedores, y el Cojo, y el Andalucillo, y el....
—Pero hombre, por Dios! ¿Olvidas que estamos en Francia?
—Es verdad: murmuró Francisco; y añadió entre dientes: ¡Maldito pais! no puedo entendérmelas en él ni con los vendedores de billetes.

Luis, que habia estado paseándose durante el diálogo anterior, se acordó del consejo del sábio, y se recostó en un sofá: momentos despues le trajo el mozo de la fonda dos butacas de tercera fila. Meneses pidió la comida, se la sirvieron en su cuarto; despues de comer se vistió con el mayor esmero, y acompañado de Francisco tomó el camino del teatro.

Entraron en el coliseo momentos antes de empezar la representacion, y naturalmente lo encontraron lleno de gente; sin embargo, ocuparon sus localidades, aunque no sin algunos obstáculos, y se levantó la cortina. Francisco estaba loco de contento: la sala no tenia nada de notable; y cuanto mas la examinaba, tanto mas se alegraba de poderla comparar con otras que habia visto en España, sin que sufriera su patriotismo ni la mas lijera humillacion. Luis conocia perfectísimamente cuanto su criado examinaba, y por lo tanto, sin cuidarse del ornato ni arquitectura, solo pensaba en Magdalena. La buscaba por todas partes, como un piloto en la borrasca á la estrella que ha de ser su guia; pero Magdalena no aparecia, como no fulgura la estrella tras las nubes tempestuosas. ¿En dónde estará? se preguntaba, como si pudiera responderse lo que tanto ansiaba saber. ¿Si no habrá venido? añadia; y se consolaba mirando algun palco desocupado. ¿Si no vendrá? pensaba alguna vez; y se consumia de impaciencia. Pocas personas saben esperar sin aburrirse; los amantes prefieren no tener ni la mas remota esperanza á que se prolongue la que halagan.

—Mira, Francisco, dijo Luis inclinándose hácia su criado, si descubres á la señorita Magdalena.
—¿Hácia donde debo mirar? preguntó Francisco.
—Hácia los palcos, repuso Luis, mirando él con mas ansiedad.

Francisco miró hácia los lados; y como tenia que incomodarse mucho para recorrer el semicírculo, se puso de pié, dando la espalda al escenario. El caballero que se encontraba á espaldas de Francisco, cuando este las daba al público, no quedó muy gustoso de un cambio que le impedia ver la funcion, y dirigió la palabra al criado, rogándole que ocupára su puesto. Hablar á Francisco en francés era lo mismo que no hablarle, y como no habia exam nado bien los palcos opuestos á la escena, continuó de pié, sin hacer caso de la indicacion del caballero. Este pasó de las palabras á los hechos, y tiró á Francisco fuertemente del brazo. Francisco entendia como el que mas el lenguage universal de los signos, pero no permitia que nadie le tocára al pelo

de la ropa, á no ser su amo; é irritado de que un francés estuviera en comunicacion con las mangas de su levita, cogió el cuello de la de su adversario, y sin la instantánea intervencion de Luis, hubiera tenido la policía que tomar cartas en el negocio.

Se sentó Francisco echando pestes contra los franceses, y no muy satisfecho de su amo, que le habia impedido llevar las vias de hecho mas lejos; y no teniendo otra cosa que hacer, se dedicó á ver el espectáculo. Representaban casualmente la obra inmortal de un grande hombre, FEDRA, pero Francisco solo oia la monotona canturia con que los actores franceses declaman siempre la tragedia, y encontraba mas exajerada la mímica no sabiendo su esplicacion. Cansado de oir y de ver, sin comprender una palabra, ni poder esplicarse un gesto, tiró á Meneses de la manga, y le dijo:

—¿Están locos todos esos cómicos, ó qué tienen que yo no los entiendo una palabra?

—Los actores franceses declaman asi la tragedia; y cuesta trabajo entenderlos, aun hablando bien el francés: le respondió Luis, que no estaba mas gustoso que su criado.

—¿Segun eso yo no entenderé ni una palabra?

—Ni una.

—Diga V., señor, ¿los cómicos franceses que quieren llevar á Madrid, representarán como estos?

—Ni mas ni menos.

—¿Y representarán en francés?

—Está claro.

—¿Y entonces qué gusto vamos á sacar los españoles de oir lo que no entendemos?

—Pregúntaselo á los que tienen el proyecto.

—Pues con mi dinero no comerán los señores cómicos franceses.

—Ni con el de nadie.

—Pues si dicen que van á llevarlos este invierno!

—Lo mismo dijeron el pasado y el anterior; pero *del dicho al hecho hay gran trecho.*

Concluyó el primer acto: Luis se levantó para ver si conseguia descubrir á la encantadora Magdalena; pero fueron vanos sus esfuerzos, y solo le queda la esperanza de verla aparecer en un palco de la derecha del proscenio, único que quedaba vacío. Se levantó por segunda vez la cortina: los espectadores estaban fijos en la escena, Luis en el palco desocupado, Francisco dormia profundamente. De improviso se estremeció Meneses, como si acabara de sentir el contacto de una culebra; acababan de abrir la puerta del palco de sus esperanzas. Entró primero una señora de cuarenta y cinco á cincuenta años; tras ella una jóven que podria tener veinte y cinco, ligeramente corcovada, de facciones mal proporcionadas, y de una palidez verdosa, que parecia indicio de una arraigada enfermedad. A esta jóven siguió otra jóven, que parecia de menos años, aunque quizás tenia los mismos, bastante linda, pero con una belleza enteramente parisiense. A esta jóven siguió un caballero de sesenta años, que llevaba en el ojal del frac la rosa de la legion de honor. Tras este último personage se cerró la puerta: Luis ahogó un suspiro y se llevó las manos á los ojos, como queriendo retener su desvanecida esperanza.

Pasados algunos momentos, alzó Meneses la cabeza, y tuvo el valor necesario para fijar de nuevo sus miradas en el palco, que lo habia engañado tan cruelmente. ¡Cuánto odio sintió hácia las personas que lo ocupaban! Llamó á la señora una Quimera, á la jóven pálida una Harpía, al caballero un Hipopótamo, y á la graciosa parisiense, no encontrando mote que ponerla, la llamó fea, que es el mas horrible de los motes.

Victima de su mal humor, se incomodaba Luis por todo. Le fastidiaban los actores, le aturdian los aplausos, y hasta el pacífico sueño de Francisco, que por primera vez en su vida dormia sin roncar, le fatigaba. Como no podia aniquilar á los primeros, ni suprimir los segundos, se contentó con ocuparse del tercero, único que estaba á su alcance.

—Despierta, Francisco, y levántate: le dijo, parodiando un dicho de san Pedro.

—¿No vamos ya? murmuró Francisco, levantándose atolondrado.

—Sí: repuso Luis secamente; y echó á andar delante del criado. Francisco, aunque no dormia mal en la butaca, pensó que lo haria mejor en el lecho, y siguió á Meneses muy contento.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

A la señorita doña Carolina Coronado.

Al verde pié de la Nevada Sierra
Altivo nace el Dauro,
Oro sembrando en la encantada tierra,
Coronada la sien de fresco lauro:
Cruza veloz por la imperial Granada,
Halla al Xenil, le abraza como hermano,
Y en busca van del Bétis soberano.
En tanto el sacro rio
El régio alcázar plácido refleja,
A la sombra de palmas y laureles
Que pueblan los vergeles;
Y sintiendo en su espalda el peso grave
De la opulenta nave,
Ensancha su corriente
Y hunde en el mar la entumecida frente.
Humilde Guadiana
Bajo la tierra tímido se oculta,
Y cual temiendo su enemiga suerte,
De la Mancha en los campos se sepulta;
Mas nuevo aliento recobrando en breve,
El estremeño suelo fértil riega;
Y cediendo al impulso que le mueve,
Hasta llegar al Ponto no sosiega.
De laurel una rama flotar veo
Sobre su clara linfa,
Que el mismo dios Apolo
Ciñó á la sien de encantadora Ninfa;
En tanto que las Musas soberanas,
Al escuchar la célica armonía,
Su nombre llevan desde polo á polo
Y el coro ensanchan de las nueve Hermanas.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

PARALELO

ENTRE LOS CUMPLIMIENTOS Y LAS PALABRAS DE BUENA CRIANZA.

Estábamos en el comienzo del año de mil ochocientos cuarenta y cuatro, y serian como las siete de una muy fria madrugada, cuando me despertó un furioso sacudimiento de la campanilla ética que servia de llamador en mi cuarto de la calle de la Cruz.—« En teniendo casa propia, dije entre sueños, haré quitar de noche la campanilla y señalaré sobresueldo al portero para que me libre de importunos. »—Dije, y dí un vuelco para conciliar de nuevo el sueño. ¡Que si quieres!... Seguia el repique, y siguió mas de tres credos acompañado del rechinamiento del muelle de acero que comenzaba á destrozarse. Todo en vano: mi regañona huéspeda, su macilenta hija, el gallego y la criada dormian como los siete famosos, y campanillear en aquellas horas era predicar en desierto. Impacientóse el de afuera y acompañó los agudísimos acentos del esquilon con sendos golpes de baston. La constancia de aquel hombre me interesó, y perdonándole su tenacidad en despertarme, hícele súbito coro con el llamador de mi alcoba y con voces cuya entonacion llegó hasta el punto mas alto que mis pulmones calzan. Conoció el viniente la importancia del refuerzo, y redobló tanto el acompañamiento de ariete, que me temí verle entrar por la brecha.

—« Van: gritó al fin la zaragozana con el modo mas indigno que hallar pudo en su desvergonzado vocabulario.

Se hizo esperar largo rato, y al cabo de él se presentó ante mí amarilla y descompuesta como una escarola.

—« Que llaman, » le dije, sin querer verla ni oirla.

Ya renovaba el fuego el forastero, y acudió atribulada á la rejilla temiendo por la puerta y por el tabique.

—« Oiga V.; esta no es hora de venir á ninguna casa decente, ni esos son modos de llamar. »

—« Perdone V., señora, y buenos dias le dé Dios; pero hace hora y media que comencé á llamar con moderacion: abra V., que es gente de paz. »

—« ¿Pero quién es V. y qué busca á estas horas? »

—« Quiero ver á mi paisano, que anoche me dijeron que paraba aqui. »

—« Bien podia haberle abierto á V. don José... esta casa es un infierno... dígame V. su nombre. »

—«Antonio Buenaño es mi gracia para servir á Dios y á V.

—«Abre corriendo, Pilar,» grité.

Pocos momentos despues con las chinelas sueltas, en ropas que no mencionaré, con la cinta del llamador liada al brazo estrechaba yo respetuosamente á don Antonio Buenaño y Fernandez.

Mientras con permiso de mi paisano me visto y aderezo, voy á hacerte, lector carísimo, el retrato del madrugador recienvenido: es un tipo que se va perdiendo y cuya figura es útil conservar para honra de nuestros mayores y vergüenza nuestra.

Rayaba en los cincuenta años; alto, enjuto, brioso, bien proporcionado, trigueño de color y los cabellos casi plateados, el rostro sano y libre de esos trazos ridículos que llamamos patilla, perilla ó bigote, grande la boca, aguileña la nariz, lo cual daba á su rostro cierta severidad que suavizaba la espresion franca y tranquila de sus ojos y su espaciosa y serena frente no arrugada por los sinsabores de una vida borrascosa.

Don Antonio era de un pueblo agrícola, cuyo nombre no es del caso: allí habia pasado toda su vida, allí habia construido una capilla para que reposasen sus cenizas, y plantado doce mil olivos para que sus hijos recogiesen el fruto: claro de luces, instruido sin maestros, religioso, recto, pero con la independencia del hombre que ha amasado su fortuna con el sudor de su frente, era un hombre honrado segun la verdadera significacion de esta frase. Amigo antiguo y leal de mi padre, consejero obligado en nuestras faenas de labor, con el granero y las dehesas abiertas para toda urgencia, dispuesta siempre su casa para hospedarme en ferias y travesías, elector, y elector influyente, inútil es decir que merecia ser obsequiado.

Así fué: despachados sus asuntos, pues solo por asuntos urgentes hubiera él dejado casa y hacienda, le acompañé á visitar todo lo que los madrileños llaman notable, y por cierto que de tan penosa tarea quedé sobradamente recompensado. Don Antonio Buenaño era la personificacion del *sentido comun*, y no puedes suponer, leyente amigo, cuántas observaciones nunca oidas hizo sobre la *córte de locos* como él decia. Ageno á nuestras pasiones, á nuestros sueños, á nuestras preocupaciones artísticas y científicas, creyente y hombre de bien, me abrumaba con sus preguntas y mas con sus respuestas. Algun dia he de contarlas todas, y creo que serán de provechosa lectura; por hoy quiero decir solamente un paralelo que hizo entre los *cumplimientos* que usamos en Madrid *en la buena sociedad*, y las palabras de buena crianza como se llaman en su pueblo las fórmulas del trato cuotidiano de las gentes.

—«Se encuentran dos entecos, decia, de estos que parecen gató escaldado.—*«¿Cómo vá?—Bien: gracias.—Gracias: y Luisa?»—A los pies de V.: gracias.—«Adios» (una cortesía).*

—«¿Dime tú qué es lo que esta algarabía quiere decir? ¿Quién va, ni quien viene? ¿O he olvidado yo la gramática que aprendí en la escuela? El ir ó venir ¿qué tiene que ver con el estado de la salud física y moralmente que es lo que se desea saber? ¿Pues dónde me dejas la familiaridad con que nombran á la muger agena, siquiera sea una ochentona y la sandía contestacion de *¡gracias! ¡á los pies de V.!*—Nosotros allá que no gastamos *cumplimientos*, decimos. *—¿Esta V. bueno?—Si señor, estoy para servir á V.—¿Y la esposa?—Buena gracias á Dios:*—Esto es castizo, es espresivo, y lleva el sello de la religion que nos enseñaron nuestros padres: tú no le das importancia como no se la damos á la *salve* que es una oracion llena de ternura, por decirla diariamente.»

—«Don Antonio, le contesté, eso queremos decir por aquí; pero los ingleses que es gente muy ocupada han sincopado las frases y...»

—«Buena será allí la razon, si puede haber alguna para informarse de prisa del estado de un amigo; pero si aquí no haceis nada! ¡Si la índole de nuestra índole no permite esas síncopes!—¡Mucho me temo de que se quede la pobrecita sin vida con muchas síncopes de esas!—Y lo peor es que vais perdiendo los sentimientos.»

«Llega un pobre y le contestais.—*No llevo: ¡qué fastidio!—Vaya usted á San Bernardino! ¡Qué policía!*—En mi lugar, al desvalido se le dice al menos con buen modo.—*¡Hermano, perdone V. por Dios!* Se muere el padre, el hermano y decís.—*Le doy á V el pésame.*—Allí hay palabras de consuelo y de religiosa conformidad.—*Acompaño á V. en su justo sentimiento.—Dios le dé á V. salud para encomendarle á Dios.*—Una madre os enseña su hijo con esa dulce satisfaccion tan pura y tan natural y quedais muy satisfechos murmurando.—*¡Qué bonito!*—Entre nosotros, gente sin educacion, se añade.—*Dios le bendiga! el señor lo libre de mal!*—Vosotros los cultos y civilizados cruzais un camino solitario, tiritando de miedo y de frio, y no teneis una palabra en vuestro repertorio ridículo para saludar al pobre traginero á quien tal vez dentro de una hora vais á deber hacienda y vida: él por lo contrario tocando respetuosamente su sombrero dice.—*Dios guarde á la buena compañía.—Queden VV. con Dios, caballeros.*

Llega la noche, y al encenderse las luces sentimos todos alegría en el alma: nosotros decimos.—*Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.—¡Buenas noches, caballeros!*—Y todos contestan.—*Por siempre sea alabado y bendito: buenas noches nos dé Dios.*—Pero me olvido de que vosotros sois tan sábios que no creeis en la religion católica, apostólica, romana: la religion, todo lo mas, es una preocupacion buena para moralizar á las *masas! ¡já! ¡já! ¡já!*—Vosotros sois filósofos y por eso ejerceis la virtud; no es mas sino que los *virtuosos* entre vosotros son los que entienden de música, y para nosotros son *los que aman á Dios y á sus semejantes como á sí mismos.*»

—«A tal altura eleva V. la cuestion que no puedo contestar.»

—«Y con decir estas verdades amargas me olvidaba de lo mas ridículo, de vuestros cumplimientos para ofrecer la comida.—*¿V. gusta?—Gracias.*—¿Es este otro síncope? ¿Qué es lo que voy á gustar? y aunque guste, es decir aunque tenga disposicion para saborear la comida (que es lo que parece que significa vuestro cumplimiento) gustar es ofrecer? Así es que poneis á uno en el despeñadero de contestar que carece de gusto y que por ello no se sienta á la mesa.—Pues y el *gracias?* ¿Quién las hace? ¿Quién las tiene?—En la tierra habrás oido estas espresivas palabras.—*Venga V. á comer.—De salud sirva.—Que aproveche.....*»

Aquí llegábamos de la conversacion, cuando fué preciso separarnos, y en verdad que estuve largo rato pensando cuán ciertas eran las observaciones de mi paisano. Las graves salutaciones de nuestros padres se van trocando en frases insulsas que escarnecen el idioma y que revelan nuestra falsa cultura, nuestra miserable incredulidad. Esto no quitó para que dijese al *Adios-bien-gracias* al primer amigo con quien tropecé. Tan cierto es aquello de

Video meliora proboque, deteriora sequor.

J. JIMENEZ-SERRANO.

Aforismos.

—

(Véase el Semanario de 4 de mayo.)

ARTE DE LA VIDA.—EL HOMBRE INFERIOR.

I.

Si te haces gloton, la cosa en sí no es mala, llenas tu naturaleza, desarrollas tus fuerzas digestivas, te procuras un placer que aumenta de grado en grado; hasta puedes hacerte un Poder gastronómico, y fundar en ello en casos dados una glória relativa y un arte. Pero tú eres limitado, eres la limitacion misma; solo sostienes por igual tu Hombre (la idea humana que realizas con libertad en el tiempo) á fuerza de relaciones y de condiciones; la comida para la salud, la salud para la actividad, la actividad para la Inteligencia y la Habilidad; la Inteligencia para la Humanidad. Si haces asiento en alguno de estos fines olvidando la Relacion, serás el Hombre de aquel solo fin, mientras lo fueres; por ejemplo, serás el Hombre del Vientre, pero entre tanto no serás el Hombre del Corazon ni el Hombre de la Cabeza, mucho menos el Hombre relativo ni el *Hombre humano*. Todos estos Hombres perderán tanto cuanto crezca el que tú favoreces en tí (tu Pasion). Con el tiempo se hará un Hombre fuerte, que volverá á tí aunque tú no lo llames, te perseguirá aunque tú huyas de él (como en el Espacio te persigue un enemigo con el puñal levantado)....¡Ahora que lo puedes contemplar de lejos, elige de una vez, y habiendo elegido no mires atrás en tu camino!

II.

Lo mismo digo si eliges un hombre ideal abandonando la Relacion; el resultado será el mismo, aunque de aspecto contrario. ¿Qué mejor hombre en particular que el Místico? Sin embargo, desde que olvidh el Hombre relativo, contémplalo cómo camina triste, desabrido, buscando la soledad, socialmente inútil, deseando dejar la vida y atestiguando el pecado habitual en que vive desde que pretende igualarse en lo absoluto á Dios, creando un Despotismo moral dentro de sí y á su alrededor. Este Hombre no quiere reconocer que debajo de Dios y en el mundo divino el Hombre es Hombre relativo y condicional tanto como es propio, y solo mediante el primero sostiene el segundo su propiedad y su libertad.

11 de Julio.

JULIAN SANZ DEL RIO.

Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



(La Peña Sacra.)

EL HOMBRE DE NIEVE. (1)

La infancia es en todas partes y siempre la edad feliz de la vida; todas las estaciones, todas las latitudes la convienen y la pagan el tributo de placeres. Observad, en medio de los horrores del invierno, á esos pastores suizos: durante la noche ha caido una abundante nevada, de modo que les ha llegado la felicidad mientras dormian; por la mañana han pisado la blanca alfombra para dirigirse á la escuela, y ¡cúantas distracciones, cúantos cuchicheos durante la clase! Han leido al revés las páginas del libro, se han equivocado en las cuentas, han echado en las planas borrones sin cuento.... porque solo pensaban en la gran cuestion del dia, en el proyecto meditado para la hora de la salida, en la construccion del Hombre de nieve. Nunca les han parecido tan largas las horas.

El maestro por fin licencia su impaciente tropa; todos se agrupan á la puerta, todos corren, todos gritan: «Aquí.... allá.... no.... mas abajo....» Entre tanto la nieve ha adquirido consistencia, y sin embargo los muchachos necesitan su punto de apoyo para modelar el gigante: elijen pues un sitio á propósito para arrimarlo á la pared, y sin perder momento comienza la faena. Recogen nieve, la empelotonan, la echan á rodar y la reunen; la base va elevándose poco á poco. Una madre y varias hermanas los observan, y se rien del que sopla sus entumecidas manos ó levanta una pierna embotada. Allí no hay otros espectadores que animen á los operarios con sus elogios ó sus miradas, y á pesar de todo, cuanto mas adelanta el trabajo, mas se escita el ardor de los escultores.

Pero las dificultades son inmensas cuando se trata de colocar una cabeza sobre aquellos miembros enormes. La cohorte se prepara á tomar carrera, y aprovecha la disposicion del terreno para saltar por detrás hasta los hombros del Goliat: por último se modelan gradualmente el pescuezo y la cabeza, y es de ver el empeño y la barahunda que se arma sobre quién *hará los ojos* al Ogro y la boca de Gargantua que debe caracterizarlo: la construccion de la nariz de troncho de col es materia de reñidas disputas.

La escoba que ha servido para reunir los materiales destinados á la obra, se convierte en insignia del muñeco descomunal, porque es imposible que viva hecho un haragan ó un perdulario, sin oficio ni beneficio; tendrá por lo tanto en lo sucesivo el cuidado de las veredas que conducen á la aldea.

Su cabeza aparece cubierta con una banasta, y las carcajadas estallan á derecha é izquierda, al verle ostentar con grave y severo continente aquel sombrero burlesco. Como personaje frio, benigno y manso, permite que se tomen con él las mayores libertades, aguantando con paciencia que el mas pilluelo y atrevido de todos le adorne la frente con una rama de acebo, emolema irónico y mentido, porque no existe en el mundo grandeza tan pasajera como la del Hombre de nieve. Si sale con bien de los destructores caprichos de aquellos mismos que lo han formado con sus propias manos, no resistirá, de seguro, á las brisas de la primavera;

Pues su duracion es breve
Aunque le cuentan eterno,
Y vive... lo que la nieve...
El espacio de un invierno.

Acerca del hombre de nieve se citan muchas leyendas en el pais de los lagos y de las montañas. Hé aquí una muy en boga en L..... al pié de los altos Alpes.

Varios aldeanillos, como los nuestros, habian construido su coloso, y ya se preparaban á ponerle un ramillete descomunal, cuando pasó por allí la vieja Lisbeth hecha una rosca con el peso de un enorme haz de ramas secas. Mucho le habia costado reunirlo, porque no habia cesado de nevar, de modo que lo que causaba el placer de los muchachos habia costado no pocos suspiros á la pobre viuda.

Al pasar dirigió una mirada al mónstruo, y reparando al mismo tiempo en el nieto de una de sus amigas, ya difunta, le dijo:—¿Qué fantasma es ese que teneis ahí, amiguito Frantz?—A lo que el chico contestó con desparpajo:—tia Lisbeth, es vuestro marido que viene á buscaros.—¡Ojalá! repuso la vieja entre las risotadas de los muchachos. Pero cuando hubo cesado el barullo, Lisbeth, que se habia detenido delante de Frantz, le dijo con acento cascado y tembloroso:—hijo mio, acabas de ofender á una pobre anciana, y ella no solo te perdona, sino que pide á Dios que tambien te perdone. No juguemos sin embargo con la muerte, pues si bien puedo ir á reunirme con mi querido Sigrist antes que se derrita vuestro Hombre de nieve, no soy aquí, por desgracia, la única á quien amenaza la muerte. Dios os conserve á todos: entre tanto, adios, hijos mios; sed prudentes y regocijaos.»

Un silencio profundo acogió las palabras de la buena muger, y el

(1) Véase la lámina en el número anterior.

strépito y la algazara solo comenzaron de nuevo mucho despues que la vieron alejarse. Pero Frantz tenia ya remordimientos, y así fué que no volvió á reirse ni á alborotar y se retiró antes que todo.

A decir verdad, las palabras que habia pronunciado no eran propias de su edad ni de su carácter, de modo que él mismo se admiraba de lo que habia dicho. No parece algunas veces sino que un demonio se apodera de nosotros y nos gobierna. Nos agitamos, hablamos como si estuviésemos sometidos á una influencia diabólica, y cuando recordamos nuestras faltas, creemos soñar. Y con todo el mal está ya hecho y tenemos que aceptar la responsabilidad, porque ningun corazon noble puede permanecer tranquilo, ni descansar en esta escusa: «el demonio me ha tentado.» Sin saber Frantz profundizar estos misterios, se reconocia culpable, y estuvo pensativo toda la tarde en un rincon del hogar.

Su madre, la compasiva Margarita, que no tenia mas hijos, le observó silenciosa y dedujo que le aquejaba algun cuidado; pero á todas sus preguntas respondió él con viveza:—«Madre, pido á V. por favor que me despierte mañana antes de la hora acostumbrada, porque tengo que cumplir un deber antes de ir á la escuela.—Y como despues de esta peticion vió Margarita que su hijo tornaba á su anterior alegría, no formó empeño en saber cuál era la ocupacion á que queria entregarse por la mañana.

Al dia siguiente, en vez de necesitar que le llamasen varias veces, segun costumbre, para levantarse, lo hizo de un salto, se vistió al momento y salió de su casa. Habia caido otra nevada durante la noche, y los caminos estaban intransitables.—Tanto mejor, dijo el hijo de Margarita, pues mi cansancio será mayor, y á fé que merezco ser castigado; ademas, estoy seguro de que con este tiempo no podrá hacer Lisbeth lo que yo me propongo.

Y una hora despues, Frantz, cargado con un haz de leña que habia juntado en el bosque inmediato, entreabria la puerta de Lisbeth y decia á esta, al paso que colocaba su carga en la cocina:—Os traigo leña, porque el tiempo está muy malo y no podeis salir.—En seguida se retiró sin dejar á la vieja el tiempo necesario para divisar á su favorecedor.

Pero habia reconocido su voz, y ademas tenia demasiada esperiencia y penetracion para dejar de adivinar que el que la servia entonces, era el mismo que la habia insultado el dia antes. Despues de la falta llegaba el arrepentimiento. Lisbeth, por consiguiente, no dudó de que fuese Frantz su proveedor de leña.

Volvió á abrirse la puerta á la siguiente mañana; depositaron otro haz en la cocina, pero nadie pronunció una palabra.—«El es,» dijo la vieja proponiéndose estar al acecho en lo sucesivo. Frantz sin embargo fué mas listo, porque mientras la viuda retiraba del fuego la leche hervida, arrojó el haz y huyó antes que ella pudiese verlo.—¿Cuándo acabará esto? murmuró al fin tan asombrada como agradecida.

Al cuarto dia consiguió por último sujetar al traviesillo, que forcejeaba como un desesperado.—Entrarás, le dijo, ó de lo contrario no quiero tu leña, ya que no admites las gracias. ¿Qué quiere decir esto? añadió, teniéndolo ya seguro.—Que necesito perdon, madre mia.—Ya lo tienes, desde que soltaste ayer aquellas palabras. ¿No te lo dije?—¿Y estoy seguro de que Dios tambien me perdona?—¿Crees que no es tan bueno como yo?—Le creo mas justo, madre mia.—Pues yo te digo que tu leña pesará en la balanza mas que tus palabras.—Y con todo son para mí una carga mayor que las que he traido á V. estos dias.—Vete tranquilo, hijo mio: cuanto mas sincero es el arrepentimiento, tanto mas asegura la gracia.—Pues bien, madre mia; hasta mañana.—No, querido; no quiero mas: basta con lo que has hecho.

Frantz se sonrió al salir, é hizo una seña á Lisbeth como dando á entender que la desobedeceria. Sin embargo, no volvió al otro dia, y la vieja no pudo menos de sorprenderse, pues ya contaba con que su amiguito persistiria en su propósito de llevarla la leña. Queria saber el motivo de su falta, pero al mismo tiempo dijo:—Si trato de informarme, le daré á entender que le esperaba.—Esta consideracion la contuvo y no salió de casa en todo el dia.

Al siguiente tampoco se presentó Frantz: el tiempo á la verdad era horrible, pues soplaba un viento furioso y caian torbellinos de nieve.—«Nada de esto le ha detenido,» pensó la buena muger, y estuvo esperando el instante en que una clara, como suele decirse, la permitiese ir á saber noticias. Al anochecer se aumentó su inquietud, cuando vió pasar al padre de Frantz apresurado, en compañia de un hombrecillo rechoncho y barbudo, á quien la pobre Lisbeth conocia demasiado.

—Algun enfermo hay en casa de Matias, murmuró, puesta de codos en la ventana. ¿Habrán llamado á Juanillo para algun cuadrúpedo ó para algun cristiano? ¡Dios quiera que no entreguen el cuerpo de Frantz á ese charlatan! Porque sabe echar una herradura á un caballo y sangrar una vaca, se empeña en curar al género humano. ¡Ah, pobre Sigrist! Si no hubieras hecho caso de sus remedios, estarias hoy entre los vivos.

Despues de hacer estas reflexiones, salió Lisbeth de su casa y se fué, no sin trabajo, á la de un vecino, con el objeto de averiguar positivamente lo que acontecia en la de Matias. Sus temores eran demasiado fundados, pues Frantz se hallaba enfermo y Juanillo debia ser su médico. La buena muger no pudo contenerse, y á pesar de que el piso de la calle era pésimo, echó á andar hácia la habitacion de Matias: apenas podia sostenerse, cuando llegó al sitio en que se hallaba el Hombre de nieve, cuyo aspecto acabó de aniquilar sus fuerzas.

Necesitamos decir, para disculpar su debilidad, que los muchachos habian imaginado colocar al mónstruo una hoz vieja en vez de la escoba, y en lugar de banasto un pino jóven, cuyo tronco fijaba la cabeza y el pescuezo al cuerpo, y cuyas ramas, cubiertas á la sazon de nieve, formaban una especie de penacho fúnebre sobre aquella enorme cara. ¿No era este motivo suficiente para temblar, con la disposicion de espíritu que atormentaba á la vieja, de noche, bajo un cielo ceniciento, y con el recuerdo de lo que se habia dicho pocos dias antes delante de aquel fantasma?

¡Dios mio! ¡Que no se cumplan mis tristes profecias! esclamó Lisbeth temblando de angustia mas que de frio. Llamó en seguida á un vecino caritativo, quien la sostuvo y la condujo, en vista de sus ardientes súplicas, á casa de Matias. Entró sin anunciarse, y se sentó en un rincon sombrío para reponerse. Nadie la vió, porque todos se hallaban demasiado ocupados con el enfermo. Despues que recobró sus fuerzas, acercóse poco á poco á la cama del enfermo, que estaba en una pieza inmediata. Entonces pudo observar al pobre Frantz á sus anchuras, porque Juanillo se ocupaba en dar órdenes, que los parientes ejecutaban precipitadamente.

Dirigió algunas preguntas al muchacho, y este contestó maquinalmente, sin conocer á la persona que le hablaba; le cogió las manos, y le tomó el pulso; dolor de cabeza y de garganta, fiebre ardiente y estremecimientos. Alejóse de allí meneando la cabeza, y volvió á la cocina para enterarse del remedio que estaban preparando con tanto aturdimiento, y vió que calentaban medio cuartillo de vino, cuya calidad apreciaba el hombrecillo vaciando en su estómago el otro medio.

—No le dareis eso, gritó Lisbeth, y esta esclamacion que estremeció á todos, fijó sobre ella la atencion de la familia y la del doctor.—No; no se lo dareis, repitió con mayor energía.—¿Y por qué no, tia Lisbeth? replicó el albeitar.—Porque seria un veneno para ese pobre niño.—¡Veneno! ¿Soy por ventura envenenador?—Tio Juan, la viuda de Sigrist no puede gastar cumplimientos...—No hagais caso de ella, dijo el hombrecillo al padre, y haced lo que he prevenido, pues de lo contrario de nada puedo responder.—Sigrist hizo tambien todo lo que mandásteis y.... Pero no hablemos de lo pasado, tio Juan, si lo pasado nos inspira la prudencia necesaria.—¿Quereis enseñarme mi obligacion, tia Lisbeth?—Vuestra obligacion es atender á los establos y á las cuadras. En cuanto á eso nada tengo que decir: sangrad y purgad á los animales....—Tia Lisbeth, esclamó la madre alarmada con aquel altercado, dejad obrar al tio Juan.—Y tanto mas, repuso este, cuanto que se trata de reparar el mal que habeis causado, porque segun he oido, el muchacho se ha enfriado recogiendo leña en el bosque para vuestra cocina.—¿Con que se ha enfriado? ¿Con que no conoceis que Frantz tiene viruelas? He visto muchos en igual caso y he salvado á algunos con mis cuidados, para tener derecho de hablar. Si, Margarita, tu hijo está con viruelas, y si le dais ese brevaje caliente, le matareis.

Margarita no sabia qué partido tomar, pero se inclinaba á proscribir el vino, porque al fin, decia, esto es lo mas seguro. El padre echaba al diablo la vieja, y queria propinar al enfermo la bebida. Con esta intencion alcanzó del vasar una escudilla de barro, pero se le cayó de las manos haciéndose pedazos; fué á buscar otra, pero entre tanto empezó á arder el vino, y Juanillo que acudió á soplar para apagarlo, sin poder conseguirlo, se quemó las barbas.

—Matias, dijo la madre, convencida por estos dos accidentes, aunque sin hacer gran caso del que hacia blasfemar á Juanillo, te suplico que creamos á Lisbeth, á la amiga de mi madre, á la que tantas veces ha acunado á nuestro hijo; dejemos descansar á este hasta mañana.—El padre consintió en ello.

¿Es decir, que ya no me necesitais? dijo con mal humor el veterinario, mesándose la barba chamuscada; pues bien; buenas noches.—Y en seguida se marchó, sin querer oir nada y con el vivo resentimiento de su dignidad ofendida.—Tranquilizaos, amigos mios, dijo Lisbeth despues que se hubo cerrado la puerta. Yo no soy médico, ni pretendo darme humos de doctor, ni recetar remedios para vuestro hijo. Quitadle no obstante esa manta que le sofoca, tapadle con moderacion, ventilad un poco ese cuarto dejando abierta la puerta de la cocina, y si tiene sed, dadle una escudilla de agua de flor de malvas. Por lo demás, que obre la naturaleza, pues he oido á un hombre muy hábil, á un verdadaro médico, que para los casos como el presente, lo mejor de todo es dejar que la enfermedad siga su curso.

Lisbeth habia juzgado bien; Franzt tuvo viruelas, y sus padres

pasaron dias y noches en la mayor inquietud. La vieja no abandonó al enfermo, aunque sin presentarse á su vista, por no despertar en su imaginacion recuerdos penosos. Una noche que Lisbeth volvia á su casa durante el deshielo, los rayos de la luna rasgaron las nubes, cuando llegaba precisamente al Hombre de nieve. Vió grandes ruinas; la cabeza con su sombrío adorno habia rodado hasta el camino; la hoz habia seguido el mismo rumbo, y el mónstruo solo presentaba una masa informe y confusa. Esto regocijó á la pobre muger.—El fantasma está vencido, murmuró prosiguiendo su camino. Esto no obstante, tenia mayores esperanzas en las súplicas que dirigia al cielo todas las noches. Y el cielo las oyó, pues Frantz entró poco despues en el período de convalecencia.

Una cortinilla verde le ocultaba la luz por las noches, y al mismo tiempo la persona que velaba cerca de su cama.—Madre, dijo una vez, ¿he estado malo mucho tiempo?—Tres semanas, hijo mio.—¿Y qué habrá sido durante ese tiempo de la pobre Lisbeth? Habrá creido que la he olvidado. Nada de eso, madre mia. ¡Cuántas veces he soñado con haces y con ramas! Ya veo que tardaré en reparar el tiempo perdido; pero va V. á hacerme el favor de enviar á la pobre viuda veinte haces de mi parte, pues yo los traeré del bosque cuando esté bueno. ¿Sabe V. que si estoy vivo, lo debo tal vez á sus oraciones? Yo la insulté, me lo hizo ver, y Dios habrá tenido piedad de mí.

Frantz no sabia las nuevas obligaciones que debia á Lisbeth, é ignoraba que hablaba á esta misma en aquel momento, mientras descansaba Margarita. Pero oyendo sollozar á su lado, entreabrió la cortinilla y reconoció á su anciana amiga, la que sin atender á las señales del mal que ofrecia el rostro del muchacho, lo estrechó contra su seno. Frantz entonces la preguntó sonriéndose:—¿Y el Hombre de nieve? ¿Cómo lo pasa?—Ya no existe, hijo mio: la cabeza y la hoz han venido á tierra.—¿Y podré todavia hacer otro este invierno?—Sin duda, por poco que dure el frio.—¿Y qué le pondremos?—Le tejerás una corona con rosas de los Alpes.—¡Ah! En efecto, y haré mas.—¿Qué?—Le pondré sobre los hombros un haz de leña, para recordar mi falta, mi arrepentimiento y mi curacion.

TEATRO DE TIRSO DE MOLINA.

La suerte que en el concepto público ha cabido segun la diversidad de los tiempos, al rico y admirable repertorio dramático del Maestro Tirso de Molina, es una de las mas raras y contradictorias de que ofrece ejemplo nuestra literatura. Acogido con inequívocas muestras de entusiasmo á su aparicion en la escena, en la que sin embargo tenia que luchar con la formidable competencia del gran *Feniæ de los ingenios*, el inagotable Lope de Vega, y mas tarde con la de Calderon, Moreto, Rojas, Montalvan y otros ciento, todavia el génio inmenso y atrevido de Tirso halló recursos propios, medios infinitos de colocarse á tan grande altura, que á no haber mediado la prodigiosa fecundidad y el irresistible prestigio de Lope, la pública opinion le hubiera colocado en el primero y mas señalado lugar de nuestra escena patria.—Conocidas son generalmente las dotes especiales que distinguen á este grande ingenio de todos ó de casi todos nuestros autores dramáticos, su peregrina invencion, su chiste y agudeza, su fácil y sonora elocucion, y la riqueza y variedad de su espresion y estilo; y tanto por aquella razon como por no dar á estas líneas mayor espacio del conveniente, omitimos por ahora engolfarnos en aquel grato analisis, ó mas bien en aquel obligado panegírico. Baste á nuestro propósito decir que las comedias del *Maestro Tirso de Molina* obtuvieron en vida suya, no solo el aplauso y entusiasmo popular, sino la especial acogida y el apasionado encomio de los grandes ingenios contemporáneos, que en las aprobaciones que dieron de aquellas para la impresion, en los prefacios de algunas de sus obras, y en la dedicatoria que hicieron de las propias al gran Maestro, se deshacen á elogios de su ingenio y fantasía (1).

Todos aquellos encomios, todo aquel favor público que en la primer mitad del siglo XVII y en vida suya obtuvo el ingenioso y picaresco Tirso de Molina, fueron desapareciendo ó eclipsándose desde que escondido su autor en la austeridad de un cláustro, renunció á su poético nombre adoptivo, para presentarse en el púlpito, en la cátedra y en obras de erudicion y de historia eclesiástica, con el verdadero de el Reverendísimo Padre Maestro Fray Gabriel Tellez, presentado, difinidor y coronista de la orden de la Merced calzada, redencion de cautivos.

Coincidió con este voluntario retiro, y sin duda contribuyó grandemente á aquel injusto abandono de la opinion pública, la aparicion en la escena de la mágica musa de Calderon de la Barca, que dando á sus argumentos mas regular artificio, retratando caractéres altamente simpáticos y originales, y prestando á su estilo todas las galas de la imaginacion española, subyugó completamente el gusto del público, y arrancó á Lope de Vega la palma de padre y creador de la verdadera comedia nacional.—Sin embargo, preciso es confesar que el mismo Calderon y todos los demas ingenios contemporáneos aprovecharon muchas veces harto ilícitamente la feliz invencion, riqueza y variedad de Tirso para imitar y copiar al severo religioso que procuraba olvidar con trabajos ascéticos, y con obras de penitencia, las *cuatrocientas comedias* que segun su testimonio, habia escrito en sus años juveniles, y en las cuales, si de algo tenia que arrepentirse, era sin duda alguna de esceso de malicia y sobrado colorido de liviandad. —Calderon, adoptando el pensamiento de *El celoso prudente* de Tirso, y mejorándolo, sin duda, en su escelente comedia *A secreto agravio secreta venganza*, y en la de *Los cabellos de Absalon* la de *La venganza de Tamar*; Moreto, robándole *La villana de Vallecas*, *La ventura con el hombre*, *El castigo del pensé que*, *Cautela contra cautela*, y otras, en *La ocasion hace al ladron*, *El parecido*, *El rico hombre* y *El mejor alcalde el rey*; Montalvan, imitando *Los amantes de Teruel* de Tirso, y Matos la *Firmeza en la hermosura*, con el título de *Ver y creer*, y *La eleccion por la virtud* con el de *El hijo de la piedra;* Zárate la de *Palabras y plumas* en *Quien habla mas obra menos*; Monroy, el *Aquiles*, en *El caballero dama;* y varios nacionales y estrangeros, adoptando la famosa creacion de *El burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, no solo parece que se conjuraron todos á desposeer de su legítimo caudal al padre Tellez, sino que mejorando las mas veces el artificio de sus argumentos, hicieron olvidar su primitivo autor, que es lo que segun decia Voltaire, equivale á robar y matar.

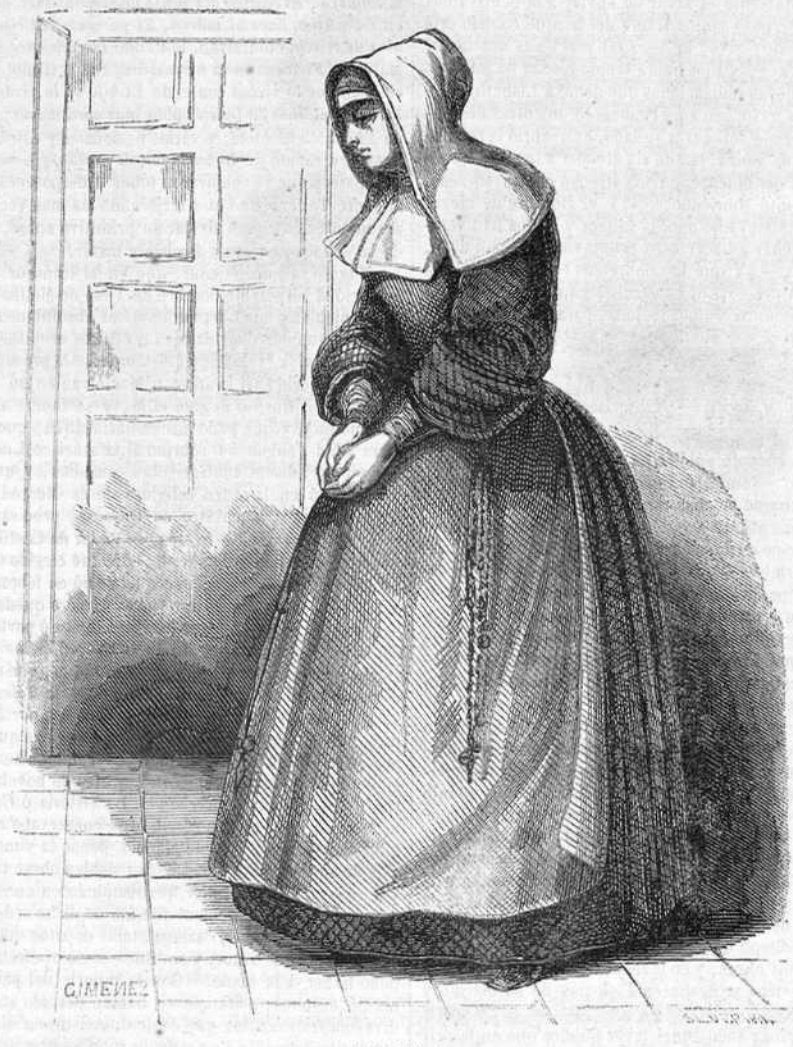
Y tanto lo consiguieron, que en el transcurso de casi dos siglos apareció el respetable nombre de Tirso de Molina envuelto en la mas densa niebla, y sus obras dramáticas absolutamente desterradas de la escena y aun desconocidas de los críticos eruditos.—De las circunstancias de su vida, solo llegó á estamparse la presuncion de que fué natural de Madrid (así lo afirman Montalvan en su *Para todos*, y Baena en sus *Hijos ilustres de esta villa*, y se infiere ademas de su propio testimonio), y que pudo nacer hácia 1570; que escribió en su primera edad (segun su sobrino D. Francisco Lucas Avila, editor de sus obras), hasta cuatrocientas comedias, y que hácia 1620 ó antes profesó en la orden religiosa de la Merced calzada, en la cual fué presentado, y maestro en Teología, predicador de mucha fama, coronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último que en 29 de setiembre de 1645 fué elegido Comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648.—De sus celebradas obras dramáticas (cuyo número queda arriba dicho), solo han llegado hasta nosotros los cinco tomos ó partes publicadas en vida del autor por su sobrino desde 1616 á 1636, las cuales contienen cincuenta y nueve comedias, y los entremeses, que con las tres comprendidas en el libro titulado *Los cigarrales de Toledo*, y otras impresas sueltas, ó en la *Coleccion de varias* conocida por *Las partes*, componen un total de setenta y ocho á ochenta comedias que son las que se espresan en la adjunta lista alfabética.—Tambien hemos llegado á conocer el citado libro de *Los cigarrales*, y otro de novelas y de versos con el título de *Deleitar aprovechando*. La historia ó *Crónica de la orden de la Merced*, que tambien escribió, se conservaba aun manuscrita en la biblioteca del convento de Madrid, donde la vimos antes de la supresion de aquella comunidad.—Allí debian obrar tambien otros escritos y noticias del padre Tellez; pero supimos entonces que el reverendísimo padre Martinez, general que fué de dicha orden hácia 1828, y posteriormente obispo de Málaga, tenia escritos unos apuntes de la vida de aquel insigne autor, y sin duda cogió al efecto todos los datos que pudo haber á la mano.—Con la muerte del padre Martinez todo se perdió despues, asi como se habian perdido antes, en tiempo de la invasion francesa, los que debieron existir en el convento de Soria, y el retrato del padre Comendador.

De todos modos, y sea por la causa que se quiera, es lo cierto que el nombre y la memoria de Tirso y de sus obras permaneció mas de siglo y medio en tan completo olvido, que en vano se buscarian unidos á él trazas de popularidad, y ni aun siquiera de conocimiento de parte de los eruditos y críticos mas autorizados. Luzan, Montiano, los dos Moratines, Signorelli, Andrés, Butervek, Sismondi, y todos los demás que han escrito la historia de nuestro teatro en todo el pasado siglo y principios del actual, apenas le nombran, y se supone que le desconocieron completamente.—Huerta no comprendió una siquiera de sus comedias en su Coleccion del teatro español, y el público, en fin, que asistia al teatro y que sabia de memoria las relaciones del *Tetrarca* y de la *Vida es sueño* de Calderon, del *Desden* y del *Rico hombre* de Moreto, del *García del Castañar* de Rojas, de la *Toquera vizcaina* de Montalvan, de las *Mocedades del Cid* de Guillen de Castro, del *Dómine*

(1) Véanse los que le tributa *Lope de Vega* en el prefacio de la obra de Tirso titulada *Los cigarrales de Toledo*, y los versos que le consignó en su *Laurel de Apolo*, así como la dedicatoria que le hace de su comedia titulada *Lo fingido verdadero*. Igualmente la espresiva aprobacion de *Calderon*, estampada al frente de la quinta parte de las comedias de Tirso; y las entusiastas espresiones con que *Montalvan* le califica en su *Para todos*, al colocarle entre los grandes ingenios matritenses.

Lucas y el *Hechizado por fuerza* de Cañizares y Zamora, y que aplaudia con frenesí el *Diablo predicador*, el *Triunfo del Ave María*, y los abortos dramáticos de Valladares, Zabala y Comella, ignoraba que entre aquellos primeros maestros de nuestro teatro, existia otro que podia marchar á par de ellos si no á su frente; que al través de aquellas magníficas joyas de nuestro Parnaso yacian injustamente olvidadas otras no menos acreedoras á su favor, como *El vergonzoso en palacio*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La villana de Vallecas* y *La Gallega Mari Hernandez*.

El sábio literato D. Dionisio Solis fué, puede decirse, el que descubrió y reveló al público á principios de este siglo aquel ignorado tesoro. Retocando con maestría hácia 1819 aquellas y otras muchas producciones de Tirso de Molina, y dándolas á la escena donde por fortuna cayeron en manos de actores tan inteligentes como la Antera Baus, y la Josefa Virg, Juan Carretero y Pedro Cubas, produjo en el concepto público una reaccion asombrosa en pró de aquel hasta entonces desdeñado autor.—El rey Fernando VII, asistiendo con una predileccion marcada á sus comedias, y especialmente á la de *D. Gil de las calzas verdes*, contribuyó sin saberlo á aquella solemne reparacion; y posteriormente los eruditos y celosos escritores D. Agustin Duran, D. Javier de Burgos, D. Alberto Lista y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con muy apreciables trabajos (especialmente este último en las dos colecciones de *Comedias escogidas de Tirso* hechas en estos últimos años bajo su esquisita diligencia), han analizado y discutido



(Adelaida.)

concienzuda y discretamente el gran mérito de tan insigne autor, y por resultado de aquellos trabajos (á que con nuestra notoria inferioridad tuvimos el gusto de asociarnos), y á consecuencia de aquella solemne reparacion en nuestra escena, la fama de Tirso de Molina está hoy sólidamente asegurada, y su ilustre nombre colocado en nuestro Parnaso á par de los de Lope, Moreto y Calderon.

R. DE M. R.

COMEDIAS CONOCIDAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Alvaro (D.) de Luna 1.ª y 2.ª parte.
Amar por razon de estado.
Amar por señas.
Amantes (los) de Teruel.
Amor (el) y la amistad.
Amor (el) médico.
Amar por arte mayor.
Amor y celos hacen discretos.
Amazonas (las) de las Indias.
Antona Garcia.
Aquiles (el).
Arbol (el) del mejor fruto.
Averigüelo Vargas.
Burlador (el) de Sevilla y Convidado de piedra.

Beatriz (doña) de Silva.
Balcones (los) de Madrid.
Caballero (el) de Gracia.
Castigo (el) del Pensé qué.
Cautela contra cautela.
Celosa (la) de sí misma.
Celoso (el) prudente.
Celos con celos se curan.
Cobarde (el) mas valiente.
Como han de ser los amigos.
Condenado (el) por desconfiado.
Condesa (la) bandolera.
Conquista (la) de Valencia por el Cid.
Dama (la) melindrosa.
Dama (la) del olivar.
Desde Toledo á Madrid.
Del enemigo el consejo.
Eleccion (la) por la virtud.
Esto sí que es negociar.
Escarmientos para el cuerdo.



(Cabezota.)

Fingida (la) Arcadia.
Firmeza (la) en la hermosura.
Gil (D.) de las calzas verdes.
Honroso (el) atrevimiento.
Huerta (la) de Juan Fernandez.
Joya (la) de las Montañas.
Lealtad (la) contra la envidia.
Lagos (los) de san Vicente.
Mari Hernandez la Gallega.
Marta la piadosa.
Mayor (el) desengaño.
Mejor (la) espiga lera.
Melancólico (el).
Muger (la) que manda en casa.
Muger (la) por fuerza.
No hay peor sordo que el que no quiere oir.
Palabras y plumas.
Peña (la) de Francia.
Pretendiente (el) al revés.
Privar contra su gusto.
Por el sótano y el torno.
Prudencia (la) en la muger.
Quien calla otorga.
Quien habló pagó.
Quien no cae no se levanta.
Quien da luego da dos veces.

Quinas (las) de Portugal.
Reina (la) de los reyes.
República (la) al revés.
Romera (la) de Santiago.
Santa Juana, 1.ª y 2.ª parte.
Santo y Sastre.
Siempre ayuda la verdad.
Tanto es lo demas como lo de menos.
Todo es dar en una cosa.
Venganza (la) de Tamár.
Ventura (la) con el nombre.
Ventura te dé Dios hijo.
Vergonzoso (el) en palacio.
Vida de Hércules.
Vida y muerte de Herodes.
Villana (la) de la Sagra.
Villana (la) de Vallecas.

ENTREMESES.

La venta.
Los alcaldes, cuatro partes.
El gabacho ó las lenguas.
El negro.
Las viudas.
El duende.
Los coches de Benavente.
La malcontenta.

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO.

CUENTO POPULAR.

Pues señores, vengamos al caso: era este, que vivian enamorados doña Fortuna y D. Dinero, de manera que no se veia al uno sin el otro; tras de la soga anda el caldero; tras doña Fortuna andaba D. Dinero: asi sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era D. Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.—Doña Fortuna era una locona, sin fé ni ley, muy *raspagona*, muy *rala*, y mas ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la muger queria mandar; pero D. Dinero que es engreido y soberbio, no estaba por ese gusto.—Señores, decia mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase habia de perder su braveza; pero D. Dinero es mas soberbio que el mar, y no perdia sus ínfulas.

Como ambos querian ser mas y mejor, y ninguno queria ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendria mas poder. «Mira, le dijo la muger al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hácia el olivo, y allí se encamparon, él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le habia echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo D. Dinero.

—Y á Usía tambien,—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco á su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Sí señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo mas que un *coje y come* cuando lo hay.

—¿Y estás aquí aguardando algo?

—¡Yo aguardar!—Como no sea la noche.....

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma!—porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me habia caido la helada, y soy la *prosulta* de la desdicha, señor! (1) Ahí nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís; *asina* fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refran: dineros tomados brazos quebrados.—Sigue, hombre.

—Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya! dijo don Dinero, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los *hombres*; hay hombrecillos, hay monicacos y hay monicaquillos, que no merecen ni el agua que beben.—Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por mas que ahondamos, ni una gota de agua hallamos.—No parecia sino que se habian secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

—En las entrañas de la tierra! esclamó D. Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antripulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo, dijo D. Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó á correr que volaba; que la alegría le puso alas á los pies; arribó derechito á una panaderia y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se habia salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero qué habia de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Anton que le guarde. —Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia,—y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldicion que abria las carnes.

Doña Fortuna se tendia de risa; la cara de D. Dinero se puso aun mas amarilla de coraje; pero no tuvo mas remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegron que se le salia el corazon por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mereció telas para echarles á la muger y á los hijos un rocioncito de ropa encima.—Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto seria su dueño un monedero falso,—y que lo iba á delatar á la justicia.—El pobre al oir esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podian tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á contarle á D. Dinero lo que le pasaba llorando por su cara abajo.

Al oirlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y á D. Dinero se le iba subiendo la mostaza á las narices.—Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enagenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacia la mamola á su marido, y este estaba mas corrido que una mona.—Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quién puede mas, las faldas ó los calzones.

Acercóse entonces al pobre que se habia tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló este debajo de la mano el duro que se le habia perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres dias que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos mas limpios que una *paterna*.

Al pasar frente de la tienda en la que habia mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le habia de disimular lo que habia hecho con él;—que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá, el contraste le habia asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que mas bien le sobraba que no le faltaba:—que ahí la tenia, y ademas toda la ropa que habia apartado, que le daba en cambio de lo que habia hecho con él.—El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traian presos á los ladrones que le habian robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habian ahondado tres varas, cuando se hallaron un filon de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dirigieron *Don*, luego *Usía*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna á su marido amilanado y metido en un zapato, y ella mas casquivana, mas desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNAN CABALLERO.

(1) No hemos podido averiguar el origen ni procedencia de esta palabra usual en el pueblo, y creemos que sea una corrupcion del *non plus ultra* latino.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

La desgracia ha perseguido aun mas allá del sepulcro al maestro Vicente Espinel; pues nació pobre, no murió rico, y despues de su muerte, si se ha hecho alguna memoria de su nombre, ha sido para zaherirle ó para tener que defenderle.

Nació en el arrabal de Ronda llamado el Mercadillo, y se bautizó en la parroquia de santa Cecilia el domingo 28 de diciembre de 1551. Fué hijo de Francisco Gomez y de Juana Martin, descendientes de conquistadores de aquella ciudad, que tenian hacienda de repartimiento de los Reyes Católicos, aunque despues la perdieron de resultas de una fianza. El apellido Espinel lo tomó de su abuela materna, uso ó abuso muy comun en aquellos tiempos.

Se ignora el motivo por qué hizo sus primeros estudios en Salamanca; pero no el que fué discípulo en la lengua latina del célebre Juan Causino, y que logró en aquella ciudad una beca en el colegio de san Pelayo.

El reinado de Felipe II, nada pacífico, le proporcionó el gusto que entonces dominaba de correr mundo, bajo el honroso pretesto de las armas, y asi se alistó en ellas tal vez atraido de aquellos valerosos españoles, que vió en la escuadra llamada la Vizcaina, al mando de don Miguel de Oquendo, que era el ala derecha de la famosa Invencible, que despues de su desgraciada dispersion arribó á Santander.



(Espinel.)

Con el ejercicio de soldado corrió mucha parte de España, Francia é Italia; y en Milan, á últimos del año de 1580, tuvo el encargo de la composicion, traza, historia y versos que se emplearon en las famosas exequias celebradas por el alma de la señora doña Ana de Austria, muger del señor Felipe II, en las que predicó el arzobispo san Cárlos Borromeo, y mereció ser preferido en esta comision á Aníbal Tolentino.

Fué muy versado en la música, y se preciaba de ser inteligente en ella, no siendo la menor prueba de esta verdad el haber añadido sesta cuerda á la vihuela, que hace el bajo, alma de la música, que con su gravedad auxilia al tiple, lo corrige y dulcifica; y lo que él mismo cuenta de un caballero que oyendo cantar una estancia de unas rimas que le habia compuesto para su dama, y empiezan:

«Rompe las venas del ardiente pecho,
«Ninfa cruel, y con sangrienta llaga,
«Abre camino al corazon difunto,
«Verás de mi dolor la injusta paga.

sacó la daga, y se hubiera abierto el pecho con ella, á no habérselo impedido.

Si de la música no nos han quedado mas documentos que las referidas especies para acreditar de gran músico á Espinel, no así de la poesía para calificarle por uno de nuestros buenos poetas; pues ademas de haber sujetado á su correccion sus versos Lope de Vega Carpio, y merecer de este unos elogios no comunes en su *Laurel de Apolo*, Lupercio Leonardo de Argensola le llama Píndaro moderno; y el inimitable Cervantes dice en su canto de Celiope.

.....Que al cielo aspira
Ora tome la pluma, ora la lira.

Las composiciones del maestro Espinel, recogidas en un tomito impreso con el título de *Ruinas*, en Madrid en 1591, aprobado por don Alonso de Ercilla, que las califica con buenos y agudos conceptos en gentil término y lenguaje, y que es lo mejor que ha visto, contienen diferentes géneros de versos en que brillan delicados pensamientos, naturales pinturas de paises deliciosos y sitios amenos, con mucha fluidez y armonia. Si se hubiesen hecho mas públicas sus canciones, epístolas y sonetos, serian capaces cada una de estas piezas poéticas de defender su criticado arte poético de Horacio.

La cancion que da principio

¡Ay! bien logrados pensamientos mios;

y las octavas que comienzan

El bien dudoso, el mal seguro y cierto;

Que el autor miraba como sus composiciones mas favoritas, salen por garantes de nuestro aserto.

Espinel, vuelto á su pátria cargado de años, de trabajos, de conocimientos y esperiencia, se ordenó de sacerdote, y obtuvo un beneficio de sangre en Ronda: Felipe II le confirió la capellanía de aquel hospital Real; y sin que se haya hasta ahora descubierto, por mas diligencias que se han hecho, el motivo que le condujo á Madrid, se sabe que se retiró de muy avanzada edad al recogimiento de santa Catalina de los Donados, en donde murió de cerca de 90 años, dejando oculta la série de su vida entretejida con varios sucesos estraños, en las relaciones que tituló *del escudero Marcos de Obregon*, impresas en esta córte en 1618, y reimpresas despues en la misma en 1744: obra muy moral y bastante divertida, y que contiene especies muy raras y singulares.

Don Nicolás Antonio, despues de confesar que profesó y cultivó con lustre la música y poesía..... añade que Espinel fué autor de las décimas, de que se llamaron por esto Espinelas, aunque D. Gregorio Mayans lo niega, atribuyendo este honor á Juan Angel, y solo concediendo á aquel el haber variado el sitio y órden de la consonancia.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡EN BAILE! ¡EN BAILE!

I.

Estamos en Madrid (me alegro mucho). Matilde vive con su madre y su hermana en una posicion, si no elevada, decente. Es una muger con mucha imaginacion, ó mejor dicho, una imaginacion con faldas de muger. Posee ese talento que observa, pero que no preve, y esa gracia que pasa de jovial, hasta rayar en chocarrera. Es bella, segun todos dicen, pero tiene el suficiente talento para conocer que no es tan linda como los demas creen, ni tan fea como ella se supone. Sin embargo, tan pronto raciocina y obra como los demas, como concibe y raciocina de modo que parece un ser privilegiado. Es en fin, una niña que al tocar el límite de su feliz edad, lucha entre las contradictorias exigencias de la imaginacion y del temperamento.

Matilde contaba 16 años cuando su casa dió cabida á dos jóvenes que, si no mentian las señas, aspiraban aunque con capa de amistad, á otro sentimiento mas dulce. La madre, ser privilegiado entre los que tienen la dicha de no pensar.... buena y candorosa muger, para quien la vida es una deliciosa cadena de goces materiales, recibió á los dos jóvenes en el seno de su familia con el placer mas cándido, y la mas ilimitada confianza. —Uno de ellos, llamado Alberto, niño todavía, pues *aun no le apuntaba el bozo*, como dice Ciceron de César, era uno de esos hombres á quienes la naturaleza ha dotado de una fealdad subida de punto, pero á los que suele dar en cambio un carácter burlon y agresivo y una imaginacion de esas que todo lo ven al través de un mal prisma: el ridículo.

Este muchacho declaró su amor á Matilde á las primeras de cambio, y fué desechado por la jóven con toda la aversion que inspira á las de su edad un semblante feo y un carácter que halla ridículo cuanto toca.

El otro, llamado Antonio, egoista por temperamento y alegre por

costumbre, se contentó con la amistad de Matilde que les fué otorgada á ambos. Como no habia amado nunca, dió á todos los sentimientos de su corazon el nombre de amistad, concediéndola señales y pruebas que solo al amor se otorgan. Sea lo que quiera, lo cierto es, que conociendo Alberto cuánto podria ganar no hablando de amor, pidiendo satisfacciones y manifestando sus sentimientos bajo la capa de la amistad, enderezó sus pasos por este camino, y en él le sonrió la fortuna.

En este tiempo acertó á aparecer en aquella *mansion amistosa* otro muchacho de facciones poco agradables, de antipática figura y de antecedentes no muy ventajosos. Prendóle Matilde, y conociendo con *Lafontaine* que antes de mirar á la altura de los ojos conviene mirar la de los pies, propúsose observar y callar hasta que las circunstancias le apoyaran. Su aparicion, criticada por todos, censurada por los dos amigos del neófito, y mal juzgada por Matilde, fué el peor augurio para el porvenir del nuevo pretendiente. Figuróse, sin embargo, Alberto que este muchacho, á pesar de tales antecedentes, pudiera ser un enemigo peligroso, y apelando á los medios comunes procuró desacreditarle en concepto de Matilde y de su madre, obligándolas á que emplearan, primero la reserva como insinuacion de retirada, y despues esa batería de proyectiles llamados desaires, que tan poderosos son en manos de las mugeres. Conoció el muchacho inmediatamente la ocasion del fuego, y reflexionando que el onceno es *no estorbar*, tomó una tarde las de villadiego, jurando no volver á aquella casa. ¿Pero cómo podria nunca figurarse el resultado de su determinacion?

Fué el caso, pues, que la caprichosa Matilde tuvo antojos de que Don Juan volviera á su casa, y dijo terminantemente á Alberto que no traspasára sus umbrales sino acompañado del prófugo. Conoció el jóven de repente (¡rara perspicacia!) que amaba á Matilde mas de lo que creia, y en vez de hacerse superior á sus pasiones, alejándose para siempre del teatro de aquellas ridículas farsas en que habia representado el principal papel, cedió desde luego á sus instancias, y tan blando de corazon como era dura Matilde de cabeza, fué recibido de nuevo el despreciado galan con palmas de triunfo por la mamá y la niña, cónclave tan superior á él en número como inferior en bellos sentimientos.

Aquí cambió la escena. Alberto murió en el concepto de Matilde, gracias á sus exigencias amistosas que iban ya tomando vuelo, y entró á ocupar su puesto aquel de quien se habia dicho una tarde vista su obstinacion en estorbar, *que carecia de vergüenza*. Pasemos en silencio las escenas que entre todos tuvieron lugar: hubo amor verdadero por parte de D. Juan, celos, infundados todavía, por la de Alberto, nada y todo para ambos por la de Matilde, esperanzas dadas á Don Juan por la hermana que antes las habia dado tambien á su compañero de pasion; y estoicismo ó indiferencia por parte de la mamá que miraba aquel cuadro, ó con la sonrisa del desprecio que dá la superioridad, ó con la de la estupidéz que presta la ignorancia.

Los dos muchachos, en vez de concluir la cuestion *comme il faut*, demasiado filósofos ó demasiado cobardes, se dieron el brazo y se marcharon á pasear juntos, contándose mútuamente sus cuitas. Hoy feliz el que ayer era desventurado, pudieron á sus anchas apellidar coqueta á la muger que no declaraba cual de ambos era verdadero dueño de su corazon, ó tontos á sí mismos que no tuvieron el suficiente valor para abandonar á una muger que debia ser necesariamente la ruina de uno de ellos. Alberto, pues, desapareció, y D. Juan quedó triunfante, si no en el corazon, al menos en la cabeza de la jóven á quien manifestó su amor, y ella engañándose á sí misma contestóle favorablemente. Si el primero dudaba mucho de haber hecho tan pronto efecto en el corazon de la muger que tan injustamente le tratára, Matilde no estaba tampoco muy segura, puesto que unas veces miraba á Don Juan como al mas indiferente de sus amigos, otras con los arrebatos de la pasion mas vehemente. Muchas pruebas de afecto hubiera necesitado un hombre á quien el amor no tuviera ciego para creer en el repentino que Matilde por él decia sentir; pero el nuestro, confiado como todos, creyóla por fin, si bien despues de varias discusiones, cortadas por el siguiente patron:

El. Matilde, V. no me ama! dígolo porque no veo en V. esos arrebatos, esas miradas, esas señales que tan pequeñas son, y que dicen tanto al corazon del hombre enamorado.—En V. no veo.... no veo.... en fin, no veo!...

Ella. ¡Es V. injusto! ¿por qué no cree lo que le digo? ¿dudo yo acaso de sus palabras?

El. Eso precisamente me afirma mas en mi oponion. Una persona que ama, debe dudarlo todo y creerlo todo á un mismo tiempo; debe dar á sus ojos el fuego de su pasion... en fin... debe...

Ella. ¿No tiene V. mis manos entre las suyas?...

El. Así las tenia siempre Alberto, de quien dice V. sin embargo que nunca fué mas que amigo....

Ella. ¿No tiene V. mi cintura entre sus brazos?

El. Lo mismo hacia....

Ella. ¡Basta! ¡Es V. muy injusto!... ¡Oh! *(Una lágrima.)*

El. ¡Ah! *(Otra lágrima.)*

(Pausa; ella se limpia, él tambien, y prosiguen.)

. . . . . .

Lo cierto es que D. Juan creyó cuanto Matilde decia, y ambos entregados á la tontería llamada amor, pasaron un mes y otro, y otro, diciendo, haciendo y pensando lo mismo que cuando dicho sentimiento no existia en sus corazones.

Ambos jóvenes, él, muchacho de talento, segun sus amigos; y su amada, muger de imaginacion, tenian la condescendencia, si no de creerlo, al menos de decirlo; y ella, niña juguetona á veces, y grave á ratos, y con talento y gracia siempre, hubieran sido felices si Dios ó el diablo no lo hubieran dispuesto de otro modo.

Es cierto que Matilde amaba á Juan; pero tambien es cierto que del mismo modo escuchaba á Alberto que con su carita de ángel y con su amistosa apariencia, habia vuelto á interpretar la conducta de la jóven. Poco franca Matilde, tal vez porque guardase á Alberto mas consideracion por su antigüedad, jamás le dijo á qué altura habian llegado sus conferencias con D. Juan. No le daba su amor, pero tampoco se oponia á que él la manifestase el suyo, y paso á paso quizá sin quererlo llegó á sentir lo mismo por el uno que por el otro. ¡Raro privilegio de muger, que un adulador llamaria sin duda coquetería, pero que sin embargo tiene un nombre mas espresivo!

Tuvo D. Juan que hacer un pequeño viaje del que debia regresar muy pronto para unirse con Matilde. La separacion fué terrible. Entonces la presion de la mano de ambos fué la que se emplearia para levantar una arroba, en vez de la suficiente para levantar una libra como antes acostumbraban. Tambien corrió ese arroyo de la mentira que llaman llanto, y que del mismo modo brota y el mismo color tiene en los ojos de una jóven á quien se le ha muerto su perro favorito, que en los de aquellas á quien la muerte ha arrebatado un amante ó un esposo (1).

Inútil es decir que el jóven, lleno de amor y de esperanzas, no pensó durante su ausencia sino en Matilde; no vivió sino para Matilde, y apresuró su marcha porque el mundo estaba para él vacio sin ella.

Habíanse pasado tres meses desde su partida, y no anunció su vuelta, para sorprender con ella á las personas que tanto le amaban. Llegó á Madrid á las 11 de la noche, esto es, á las *horas del crimen* como diria un ministro de Gracia y Justicia, empolvado mas de lo regular, y súcio como todo el que viaja.

Entra en la casa de su prometida y....

En el capítulo siguiente veremos el resultado imprevisto de esta sorpresa tan poco preparada.

L. M. DE LARRA.

(1) Perdóneme el *Tiempo*; pero creo que por esta última pérdida no se llora de ningun modo.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

La novela que lleva este título, y que tan buena acogida ha merecido del público, se está imprimiendo por tercera vez con un lujo y esmero poco comun. El interés con que ha sido leida esta obra aun por aquellos que miran con prevencion las novelas originales, y el fallo favorable de toda la prensa pronunciado, no en las gacetillas de costumbre, sino en artículos firmados por críticos bien conocidos, aconsejaban que se hiciese una nueva edicion de todo lujo de esta produccion del Sr. Flores, cuya dedicatoria se ha dignado admitir S. M. la Reina. Los tipos que estampamos en este número son muestra de los grabados que ilustran esta nueva impresion, solo comparable á las mas lujosas del estrangero, y recomendable ademas por su baratura.

EL POLACO DE LOS PARTICULARES.

María de Gonzaga, hija del duque de Nevors, que casó en 1645 con el rey de Polonia, llevó de Francia en su compañia una jóven fresca, vivaracha y muy traviesa llamada la señorita de Melly. El rey, que era viejo, feo y gracioso, pero libertino, se cansó pronto de la reina, y se prendó de la camarista, lo cual la manifestó en términos demasiado claros para que ella no le entendiese. Pero la jóven le dijo:

—Señor, no entiendo el polaco.

—¿Es posible? repuso el rey: pues me parece que demasiado bien entendeis el que habla frecuentemente mi jóven capitan de guardias.

—¡Oh Señor! replicó la muchacha, ese es el polaco de los particulares; pero el polaco de los reyes es otra cosa, y solo las princesas son capaces de entenderlo. Si V. M. lo permite y tiene á bien repetirme sus palabras, suplicaré á la reina que me las traduzca.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL BERGANTIN VOLADOR.

Aunque destruida nuestra marina de guerra por el gran desastre de Trafalgar, no habia perdido el recuerdo de las tradiciones gloriosas que le habia transmitido el siglo precedente; siempre que pudo combatió con desesperacion para vengar una derrota, que no se debió por cierto á falta de valor, sino á causas imposibles de prever, y tal vez al escesivo arrojo de los nuestros, y á la injustificable cobardía de los estraños. Pocos dias despues de haber sido deshecha la escuadra combinada, cuando el almirante Nelson moria en Gibraltar de sus heridas, y el almirante Villeneuve se suicidaba en Francia para evitar el sonrojo de presentarse á Napoleon, hacia rumbo á Cádiz desde la Habana el bergantin *Volador*, armado en corso y mercancía, y cuando casi tocaba tierra, rechazó heróicamente un ataque inesperado, en el cual todo se conjuró para hacerle sucumbir.

Desde la punta de Santa María, una de las Islas Terceras, dió caza al *Volador* una fragata inglesa muy velera, y habiéndole tomado el varlovento se interpuso entre la costa española y el corsario. Este, que habia observado las sospechosas maniobras del buque enemigo, quiso al menos saber con certeza la suerte que el cielo le deparaba, y forzó de vela para reconocerlo: no tardó en ver que era una fragata de *cincuenta y cuatro*, y resuelto á aceptar el desventajoso combate, que era ya por otra parte inevitable; pero queriendo al mismo tiempo resistir la terrible acometida del contrario con alguna probabilidad de buen éxito, arrió todas las mayores, trinquetes y sobres, desplegó alas y rastreras, y ladeando el rumbo para cortar la línea que seguia la fragata, puso la proa á un ancon de la costa que se divisaba á sotavento. Peligrosa era esta maniobra, porque el bergantin corria el riesgo de estrellarse contra los peñascos; pero dos horas despues de haber emprendido el nuevo rumbo, vió cumplido su deseo anclando en el ancon y preparándose para el combate.

Este no se hizo esperar. Burlada la fragata, que habia contado con la rendicion del corsario antes que se disparase un tiro, é imposibilitada de fondear en el ancon por su mucho calado, se mantuvo bloqueándolo hasta la noche, y cuando esta cerró del todo, oscura y tempestuosa, trató de conseguir por sorpresa lo que le habia negado á su superioridad y ligereza. Armáronse al efecto la lancha y los botes; los encargados de tripularlos envolvieron con lona las palas de los remos, y cuatro embarcaciones montadas por cuarenta hombres cada una singlaron pérfida y silenciosamente hácia el corsario español. Pero no bien se pusieron á distancia de medio cable de este, cuando el serviola de proa dió la voz de alerta, y toda la tripulacion corrió á sus puestos. Dos botes de la fragata atracaron al costado del bergantin; pero en hora menguada lo hicieron, porque una carronada del último las echó á pique, ahogándose todos los que iban á su bordo. En medio de la confusion espantosa que produjo esta escena, la lancha inglesa logró tambien atracarse al corsario y muchos marinos saltaron sobre cubierta; pero las tinas de combate se habian sacado con tiempo para oponerse al abordaje, de modo que la popa y la proa del *Volador* fueron teatro de una terrible y sangrienta lucha. Decidióse esta por último á favor del corsario; su tripulacion rechazó á los acometedores, hizo en ellos horrible destrozo, y obligó á las dos únicas embarcaciones que les quedaban á tomar el largo. Un contramaestre inglés, que no quiso retirarse y se defendió bizarramente junto al palo trinquete, fué acribillado, pero cuando cayó, todos respetaron su valor; el capitan del *Volador* le dió cuartel y andando el tiempo volvió libre á su patria.

La fragata entre tanto se veia comprometida sobre la costa en una noche de tormenta; aguantóse sin embargo hasta que pudo recoger la lancha y uno de los botes, y temiendo estrellarse contra las rocas, impelido por la fuerte marejada, viró por redondo y se hizo á la vuelta de afuera, esperando vengarse al siguiente dia del vergonzoso ultraje que habia recibido.

Al dia siguiente no fondeaba ya el *Volador* en el ancon: habia aprovechado una de las bordadas de la fragata para abandonar su puesto provisional y meterse en Cádiz.

26 DE OCTUBRE DE 1841.

SAN PABLO DEL CAMPO.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE MONGES BENEDICTINOS

DE BARCELONA.

»Con el estudio de los monumentos an-
»tiguos, se aproximan las distancias de las
»edades, y sin avanzar en el término de la
»vida, se envejece en muchos millones de
»años.»

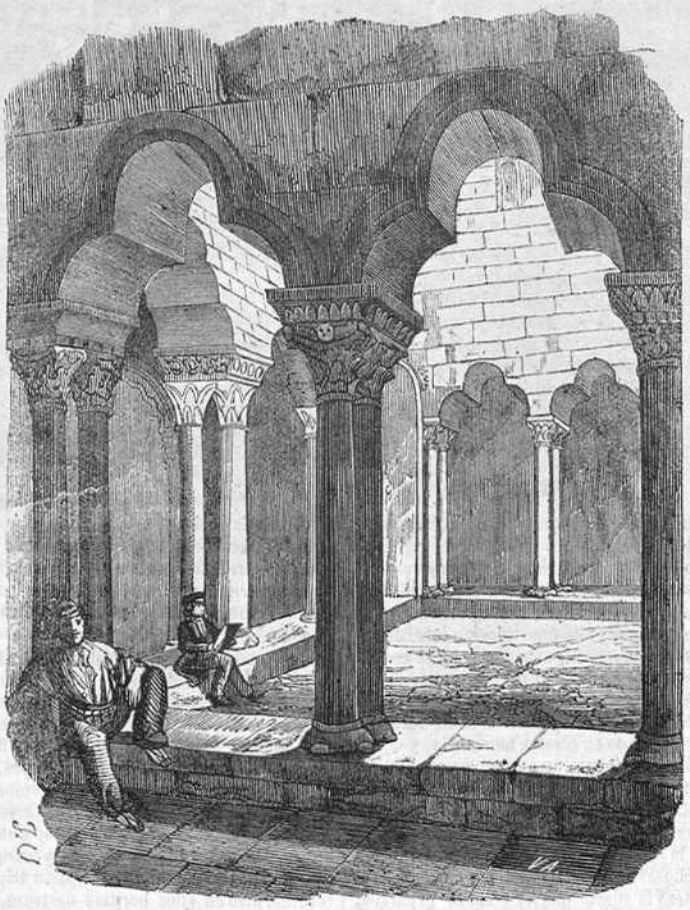
(El autor de la descripcion del gran museo de Florencia.)

ARTÍCULO PRIMERO.

Cuando absortos de placer y de entusiasmo contemplamos las vetustas y respetables paredes de aquella iglesia, que hoy sirve de parroquia, y el antiquísimo, famoso y justamente célebre claustro del antiguo monasterio, se agolpan en nuestra imaginacion una série de recuerdos á cual mas importantes. ¡Mil años de existencia!..... ¡Tal nos revelan aproximadamente la arquitectura, la forma y el conjunto del sólido edificio, que por fortuna han respetado el decurso de tantos siglos, los vaivenes y vicisitudes de los tiempos, las guerras civiles é intestinas, los cambios y revueltas de las épocas, y en una palabra, hasta los mismos elementos y los hombres! Si tienes, oh lector, un corazon de artista; si la filosofía y la historia han creado en tí pensamientos elevados, fácilmente comprenderás nuestra admiracion al saludar el edificio mas añejo y bello que tenemos en nuestra ciudad condal, y participarás con nosotros del júbilo que sentimos al trazar este artículo, dirigido á recordar el interés que debemos formar para su conservacion, persuadiéndonos sabrás agradecernos las memorias históricas que vamos á transcribirte.

El antiquísimo monasterio de San Pablo del Campo, llamado así por haberse fundado estramuros de Barcelona, refiere la tradicion, y es opinion muy acreditada, existir ya desde el tiempo de su fundador San Paulino, obispo de Nola, contemporáneo y discípulo de San Agustin, y dedicado por él mismo al apóstol San Pablo. Los discípulos de Paulino levantaron aquel sagrado eremitorio ó monasterio, el cual corrió en el transcurso del tiempo diferentes vicisitudes, especialmente en la época del dominio de los romanos y de los godos, quedando enteramente destruido en una de las varias escursiones de los moros á esta ciudad.

Gozó este insigne monasterio de muchísimas distinciones y singulares privilegios, por haber sido reedificado en el año 911 por el serenísimo conde de Barcelona Wifredo el Velloso, en cuya iglesia se dejó enterrado en 984, segun se desprende de la lápida sepulcral que todavía se conserva. Desde la época de su renovacion perteneció á los monges claustrales benedictinos tarraconenses, cuyo prelado tenia ya en aquellos tiempos la dignidad de Abad. Este monasterio perteneció



(Claustro del Monasterio de S. Pablo del Campo en Barcelona.)

en su primitiva fundacion á los ermitaños del P. San Agustin. Hay autores que afirman estuvo unido al monasterio de Monserrate. Mas lo cierto es, que por razon de la insalubridad del terreno, vino el monasterio á despoblarse, quedando yermo, y cayéndose las paredes en términos de cesar enteramente la devocion, hasta que le tomó bajo su patronato el esclarecido caballero Gilberto Guitardo, que se cree ué vizconde de Barcelona, y su virtuosa esposa Rodlandis, en el año 1117, poniéndole bajo la proteccion de la silla apostólica, perteneciendo á la provincia tarraconense, y componiéndose de distintas abadías exentas, por mandato del papa Benedicto XII.

En el capítulo general que se celebró en este monasterio en 1661, se deliberó que se edificase un noviciado para la enseñanza de la noble juventud profesa de la sagrada congregacion, en cuyo ilustrado colegio se enseñó hasta el año de 1835 filosofía y teología á cuantos otros cursantes seculares acudian á beber en tan saludables fuentes. El colegio de San Pablo del Campo dió opimos y sazonados frutos durante todo el tiempo de su permanencia. Comunicó la congregacion la resolucion del capítulo general á S. M., la cual se sirvió aprobar en 18 de diciembre del mismo año. La nueva fábrica del noviciado estuvo prontamente concluida, viviendo cómodamente los monges es-

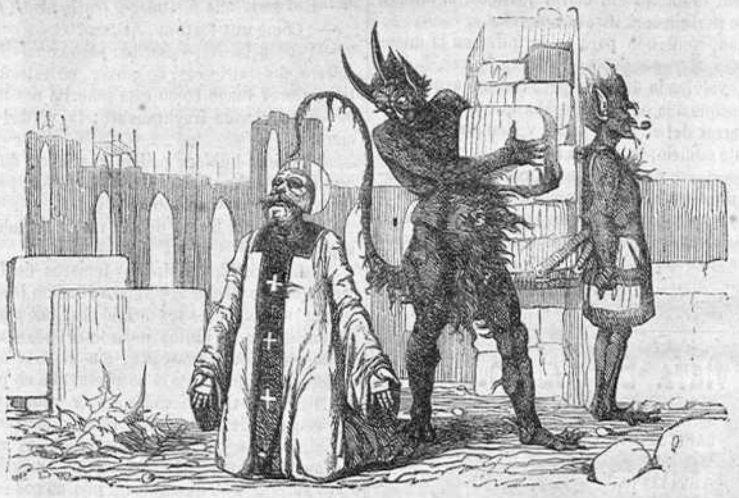
tudiantes en el mismo local que mira á Monjuí, y sirve hoy dia de cuartel. El colegio-noviciado era gobernado esclusivamente por el prior del mismo, con entera independencia del abad.

Como la fundacion del monasterio data de época tan remota, han sido varios los pareceres acerca del nombre y objeto de su creacion. Opinan algunos, que siendo el emperador Carlo-Magno y su heredero Ludovico Pio, tan devotos de los apóstoles y príncipes de la iglesia San Pedro y San Pablo, que despues de haber fundado el mismo príncipe Ludovico en un estremo de la ciudad el monasterio de San Pedro, quiso fundar en el opuesto el de San Pablo, á imitacion de las santas iglesias de Roma, destinado el uno para varones monges y el otro para religiosas de la misma órden del P. San Benito. Fúndase este pensamiento en alguna semejanza que creen notar entre ambos templos, los dos en forma de cruz latina, levantándose en medio del crucero el cimborio del antiguo campanario, y siendo casi igual el órden y talla arquitectónica de cada respectiva fábrica. Nosotros sin adherirnos á ninguno de los historiadores que esto mencionan, tenemos por mas probable lo que hemos antes manifestado y creemos exacto, haber sido San Paulino el autor principal de esta obra. Que fué por razon de la completa ruina, reedificado despues por Wifredo el Velloso, y últimamente restaurado en la forma que hoy se vé el venerable templo, por los vizcondes Gilberto y su consorte Rodlandis.

Obsérvase todavia en la antigua iglesia, que en ciertos puntos se manifiesta haber tenido torres y almenas, mostrándose tambien en ellas algunas troneras y agujeros. En el cimborio estaba remotamente la torre del homenaje, á la cual se subia por una angosta escalera metida entre dos paredes, que ningun hombre podia pasar por ella sino andando de lado: prueba de que está construida á manera de fuerte ó punto de resistencia para los enemigos, siendo una iglesia rural aislada. Es este monumento una de las mas ricas joyas que poseemos, no por la delicadeza de las labores, suntuosidad en el todo, y grandeza en el recinto, sino porque es un tipo de la arquitectura bizantina de la segunda época, un santuario de los que nos quedan ya pocos vestigios. Separemos por un instante las obras modernas que encubren parte de la antigua; derribemos mentalmente aquella monstruosa pared que nos priva de la mitad de la fachada; despojemos á la iglesia de Wifredo de las escrecencias y pesadez que han amontonado allí la ignorancia de los hombres y el curso de los siglos; pongámosla en medio de un campo, tal como se erigió, y gozaremos así de la agradable vista de un templo de aquella época.

Al contemplar de lejos el edificio, dispierta en nosotros la idea de la guerra, pareciéndonos una fortaleza sajona, y las troneras cubiertas que sobresalen encima la portada, aumentan la ilusion, ofreciendo la elocuente imágen de aquellos aciagos tiempos en que hasta el santuario tenia que guarecerse, y fundar su apoyo en la fuerza. Mas al acercarnos encontramos el templo bizantino, bajo, sombrío y severo. La especie de cuadrado que resalta de su frontis, formando la portada, nos traslada enteramente á los principios de la baja edad. Dos columnas informes, delgadas, de la altura de un hombre, vénse á uno y otro lado de la puerta, y sus capiteles de mármol, medio árabes, medio romanos, groseramente trabajados, tal vez se recogieron de entre los escombros que en sus invasiones hacinó la cimitarra de los hijos de Mahoma, y se destinaron á sostener aquel pesado y robustísimo arco. Entrase en el templo por una mala puerta gótica, en que no vemos marcada ninguna época bárbara y tosca, la hallarian quizás los hombres de la edad media, sin recordar que tras quinientos años de rudeza y abatimiento, era aquella fachada uno de los primeros destellos del goticismo, que tanto los halagaba en la variedad de los detalles. Corre diversidad de molduras el primer arco, en cuyo arranque se ven dos desparejados figurones, que contrastan en gran manera con las dos mezquinas figuras que cargan sobre el mismo, á igual distancia de su centro. Cae perpendicular á este un buen medallon, en cuya mitad figura una mano misteriosa. Al contemplar aquella puerta tan baja y estrecha, naturalmente se ofrece cuanto debiera contrastar con ella la imponente raza de los godos.

JAIME FUSTAGNERA Y FUSTER.



EL ABAD Y EL DIABLO.

¿En qué pais no existen torreones y puentes construidos por el Diablo? ¿Quién puede igualar á este sábio arquitecto en la solidez y en el número de sus obras? Dícese que al fin de cuenta, el Diablo siempre hace de las suyas, que nunca se mueve sin fin determinado, y que este fin siempre es siniestro; pero tambien debemos convenir, ateniéndonos á antiguas leyendas y á generales tradiciones, en que tiene un carácter muy amable y servicial, buen genio, y sobre todo muchísima paciencia. Si se necesitase demostrar hasta dónde llega en él esta preciosa cualidad, no tendríamos mas que apelar á cualquiera de los idiomas conocidos, y en sus frases familiares encontraríamos fácilmente la comprobacion apetecida.

—*Que se vaya al Diablo*, decimos nosotros cuando nos anuncian la visita de un acreedor.

—*El Diablo es ese hombre*, cuando alguno consigue lo que nos parece poco menos que imposible.

—*Estoy dado á los Demonios, á Satanás ó al Diablo*, cuando nos pone de mal talante el éxito fatal de nuestros proyectos.

—*Al Diablo con todo*, cuando cansados de luchar contra una dificultad ó de dar coces contra el aguijon, abandonamos con desesperacion un proyecto agradable.

—*Mire V. qué Diablo*, cuando..... pero ¿á qué cansarnos? El Diablo es siempre nuestro esclavo, nuestro comodin, nuestra persona paciente; y como precisamente necesitamos á todas horas quien sufra nuestras impertinencias, quien pague las consecuencias de nuestras culpas, quien arrime el hombro para llevar la carga de nuestros vicios, resulta que no podemos pasarnos un instante sin nuestro enemigo natural, lo cual prueba que es el ente mas cachazudo, bonachon y Juan Lanas de todos los creados. Y como tambien el hombre abusa de la paciencia del Diablo, sin que éste se dé por ofendido, los moralistas que conocen su astucia y malignidad aseguran que en la tal paciencia del Diablo no todo es virtud, y por último, que *al freir será el reir*. Poco mas ó menos pueden llevar este refran por epígrafe todos los cuentos en que Satanás representa principal papel.

Entre los innumerables que forman la coleccion de las cocinas de aldea durante las veladas del invierno, recordamos uno cuyos pormenores han corrido siempre muy acreditados entre los sencillos habi-

tantes de los lugarejos inmediatos al cabo Prior, llegando hasta tal punto la credulidad de aquellos pobres campesinos, que se incomodan muy formalmente con cualquiera que no crea como artículo de fé que el Diablo construyó la iglesia de Nuestra Señora del Coro, la mas antigua y sólida de toda la comarca.

Hé aquí cómo refieren la construccion de esta obra de arquitectura, que segun la tradicion, debemos los cristianos al príncipe de las tinieblas:

«Habia en otro tiempo un abad, gran siervo de Dios, cuyas virtudes inquietaban mucho al Diablo, (se asegura que este tuvo tentaciones de ahorcarse, cuando aquel murió en olor de santidad) al paso que servian de ejemplo á todos cuantos se le acercaban. Perseguíale sin cesar el enemigo malo, presentándole en sueños el halagüeño cuadro de los placeres mundanos, las delicias de una vida disipada y los goces que produce al alma la satisfaccion de los vicios. El santo varon por su parte rechazaba con valor cristiano todas aquellas tentaciones; mas viendo que el contrario redoblaba sus esfuerzos, creyó que lo mas conveniente era edificar una iglesia (por no haberla en el pueblo, era este del dominio de Satanás), á fin de que quedase para lo sucesivo santificada una tierra, que de padres á hijos habia sido hasta entonces un barrio no muy distante del infierno.

»Y aquí comenzaron las dificultades para el pobre abad. ¿Quién habia de acarrear la piedra? ¿Quién dirigiria la obra? ¿Cómo fundir las campanas? Los mozos del pais no servian para estas faenas, porque todos eran mancos, ó cojos, ó jorobados. El abad pedia al cielo que le iluminase en su proyecto, cuando se le presentó el diablo á hacerle proposiciones.

—¿Ves esta iglesia? le dijo enseñándole una que habia dibujado con sangre en un pergamino. Pues bien; me comprometo á levantarla de piedra sillería en el término de tres dias con sus noches, si aceptas mis condiciones.

—¿Cuáles son? le contestó el abad sorprendido.

—No has de hacer la señal de la cruz durante tres dias y tres noches, pues de lo contrario tendré que abandonar la obra.

—Acepto, dijo el abad, que queria tener iglesia á todo trance.

—Item mas, repuso el diablo, has de permanecer tres dias y tres noches de rodillas haciendo oracion y sin cerrar los ojos: si faltas á esta condicion esencial, me pertenecerá tu alma.

—Acepto, repitió el abad, confiando para no dormirse en la misericordia divina.

El diablo desapareció, volviendo de allí á poco con un arquitecto de su confianza, y dió principio á la obra. Esperaba que el cansancio y el sueño abatirían las fuerzas del virtuoso abad, y siempre que arrimaba una piedra al naciente edificio, le miraba á hurtadillas, para ver si se dormia; pero el celoso siervo de Dios se mantuvo firme con ayuda del cielo durante el plazo convenido; el Diablo, á fuer de honrado, cumplió su palabra, aunque dándose á mil Demonios, y de este modo le obligó el abad á que edificase la iglesia que apetecia y á que despechado y corrido huyese de la comarca para siempre.»

Este es el orígen tradicional del Templo de Nuestra Señora del Coro.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO IX.

La Hija.

Escusado seria decir que Luis durmió mal: ¿que amante, suspenso entre temores y esperanzas, ha dormido bien desde Elena y Paris, primeros amantes que se me ocurren, hasta los Amantes de Teruel, últimos amantes que recuerdo? Escusado seria decir que Francisco durmió muy bien: ¿qué criado ha dormido mal desde los pastores de Abraham hasta el último galleguillo de casa de huéspedes que por dormir bien, deja en la calle á la mitad de los pupilos? ¡Magnífica cosa es ser criado! En dos posiciones de la vida puede el hombre ser inmensamente feliz; en todas las demas desgraciado: estas dos posiciones son hijo de familia y criado. El hijo de familia tiene casa, cama, mesa, vestido, y algun dinerillo que recibe periódicamente del padre, y sin periodo de la mamá: el criado tiene mesa, cama, casa, ropa vieja, salario, propinas y aguinaldos: no es tan holgazan algunas veces como el hijo de familia; pero en cambio tiene mas recursos: el que no es ni puede ser hijo de familia debe entrar á servir, si quiere aproximarse á la suprema felicidad.

Decia que Luis durmió muy mal y Francisco muy bien; por lo tanto no fué el criado el que despertó al amo, sino este quien anunció á aquel la venida del nuevo dia, como el gallo á los labradores, y los pájaros al pastor. Luis, que habia sacudido su pereza antes de salir de la corte, dió una prueba mas de diligencia; y aunque procuró que su tocado fuera de lo mas elegante posible, á las cinco en punto se hallaba adecuadamante vestido, y á las cinco y cuarto se paseaba con suma impaciencia, porque en su concepto don Blas debia haberlo llamado una hora antes. *¡Quantus mutatus ab illo!* hubiera esclamado Francisco si hubiera sabido latin; pero como solo sabia castellano, se contentó con esclamar:

—¡Cuánto ha cambiado V., señorito, desde que salimos de Madrid!

—¿No te parece que es muy tarde, y que ya debian haberme llamado? preguntó Meneses.

—Lo que me parece, señor, es que se ha levantado V. muy temprano.

—¡Cómo temprano! y eran las cuatro y diez minutos.

—¡Cuánto ha cambiado V., señor! Antes le parecia á V. temprano que lo despertara á las once.

—Dime, Francisco: ¿no te parece muy posible que se hayan marchado Magdalena y sus padres?

—Señor, como no soy de Bujalance, todo me parece posible.

—Bien sabes que no vimos á la señorita Magdalena en el teatro.

— Y tambien sé que por verla empecé á reñir con un caballero francés.

—Don Blas me ofreció que me llamaria muy temprano, y ya ves lo mucho que tarda.

—En cuanto á eso de tardar mucho, no estamos de un todo conformes.

—Francisco, casi apostaria que se han marchado de Bayona.

—Todo puede ser. Pero entonces no hubiera invitado á V. D. Blas á esa *gira*.

—Quizás haya sospechado que amo á Magdalena, y se propuso con esa falsa invitacion adormecer mi vigilancia, para que no pueda perseguirlos.

—Eso no me parece posible. Lo que quieren los padres es casar á sus hijas, y V. es un partido no despreciable: veinte y ocho años, buena apariencia, talento, posicion social...

—Calla, Francisco, y no formes mi filiacion.

—Pero si es la verdad: es un yerno muy arreglado.

—¿Y si don Blas ha dispuesto ya de la mano de Magdalena?

—Eso seria una fortuna, y por lo mismo no la espero.

—¿Cómo una fortuna, bellaco?

—Perdóneme V., señorito: pero como estoy acostumbrado á verle soltero, á servirle casi de muger, no estraño que no mire bien el matrimonio. Y luego como esta señorita nos hace andar de Ceca en Meca, como ganado trashumante: la verdad, la tengo cierto antojo y cierto...

Francisco hubiera podido continuar durante mucho tiempo, porque Luis estaba tan absorto que no oia; pero vino á cortar su relato la presencia de un mozo de la fonda.

—Señor don Luis, dijo el recien llegado, el señor don Blas lo está esperando.

Esta invitacion disipó los temores de Luis, y sin despedirse de Francisco se dirigió al número 10. Don Blas y Doña Micaela estaban dispuestos; Meneses les dirigió el saludo mas amable que habia dirigido en su vida, y juntos dejaron el aposento para dirijirse á la *gira*. Esta evolucion estratégica, sin esperar á Magdalena, sorprendió á Luis; y fué tan grande la sorpresa, que no pudo reprimir un gesto. Doña Micaela, maliciosa como muger y precavida como madre, sorprendió el gesto de Meneses, lo interpretó exactisimamente, y queriendo terminar la angustia de su futuro yerno, le dijo, despues de sonreirse con cierta malicia:

—Estrañará V. que nuestra hija no nos acompañe.

—¿Está indispuesta, por desgracia? preguntó Luis con ansiedad.

—No señor; pero Sofia se ha empeñado en llevársela en su carruaje, y marcharon hace un momento.

—Hay amigas muy egoistas; repuso Luis, queriendo sonreirse y renegando de Sofia.

—Todas las pasiones lo son: observó sentenciosamente doña Micaela.

—Es verdad: murmuró Meneses, conociendo que su pasion empezaba á ser egoista.

Al terminar este diálogo se encontraron en la puerta esterior de la fonda: un carruaje los esperaba; subieron á él, y Luis recomendó al cochero, poniéndole con disimulo un napoleon entre los dedos, la posible celeridad. El cochero era un hombre práctico, y sabia, por una larguísima esperiencia, todas las consideraciones que merece una generosa propina. Sacudió la fusta con brio, y tomaron sus dos caballos un trote largo, que dejó á Meneses satisfecho.

Durante el camino habló Luis lo menos posible; tan preocupado lo tenia la idea de ver en breve á Magdalena; y á las preguntas que le dirijian don Blas y doña Micaela, contestaba con monosílabos. La señora leia cuanto pasaba en el alma de Luis, y tocaba de vez en cuando á su esposo con la rodilla. Este respondia de la misma manera, ma-

nifestando su asentimiento; y esperaba con grande impaciencia la contestacion á la carta que habia escrito la tarde antes.

Media hora tiene siempre treinta minutos, y treinta minutos pasan pronto, por mas largos que nos parezcan. A la media hora de trotar, los caballos no habian aflojado su paso, gritó don Blas, parodiando el grito de los marinos «tierra, tierra» y el carruaje, separándose de la carretera, empezó á rodar sobre una calzada que sombreaban dos filas de copudos olmos.

¿Hemos llegado? preguntó Luis, porque esta pregunta fué el pensamiento de todo el camino.

—Si señor, repuso don Blas: y repare V. qué bien cultivadas estan las tierras de esta posesion: qué alamedas tan bien cuidadas; qué prados tan frondosos; qué frutales tan esquisitos; qué jardines tan aromáticos, y finalmente qué casita tan seductora.

Efectivamente, á pocos pasos del carruaje, que acababa de detenerse, se veia una casa de esa arquitectura risueña, que refresca como una fuente y como una palmera da sombra. No era de grandes dimensiones; pero se adivinaba á primera vista que debian encontrarse en ella las mayores comodidades, y que era imposible elegir otra mansion para el estío que la aventajara en encantos. Don Blas, doña Micaela y Luis la comtemplaron algunos minutos, como si quisieran saborear anticipadamente todo el placer que debian apurar en ella y se adelantaron despues, los esposos con paso firme, pero Luis Meneses temblando.

Y era natural que temblara. Toda la campestre poesia que brotaba á su alrededor, como si el dedo de una maga la hiciera nacer de repente, se ponia en comunicacion con el entusiasmo de su alma estableciéndose una corriente eléctrica que se esplica mal y bien se siente, porque la sensacion supera á la palabra, como vemos antes que oimos.

Penetraron en un salon, Luis dando el brazo á doña Micaela y don Blas tres pasos delante, en el cual se hallaban reunidas una veintena de personas. Luis recorrió con una mirada los dos ó tres grupos que formaban, y bajó los ojos despues con inesplicable desaliento. Doña Micaela dejó el brazo de su futuro yerno, don Blas ocupó el puesto que acababa de dejar su esposa, y arrastró á Meneses, que permanecia con la mirada fija en el pavimento, hácia uno de los grupos. Luego que llegaron:

—Remijia, tengo el gusto de presentarte á mi amigo el señor don Luis de Meneses.

Meneses levantó los ojos y los fijó en la jóven un tanto corcovada y pálida—verdosa, que habia visto en el palco del proscenio, al mismo tiempo que don Blas añadia, dirigiéndose á Luis:

—Esta señorita es mi hija.

—Remijia, Remijia! murmuraba el desventurado Meneses en lo mas profundo de su pecho, reausumiendo en la fealdad del nombre lo antipático de la persona. ¿Será posible que yo haya corrido tras Magdalena para encontrarme con Remijia? ¡Yo estoy soñando! ¡Yo deliro!

Y hubiera seguido el infeliz lamentándose mas y mas, si una sacudida de don Blas, que tomaba aquel estupor por éstasis, no le hubiera advertido que se estaba poniendo en ridículo.

Para salir de tan mal paso dirijió á Remijia cuatro cumplidos, no muy discretos en verdad, haciendo lo mismo con Sofía y sus padres, á quienes fué sucesivamente presentando, y que eran las personas que acompañaron á Remijia en el proscenio.

Luis se retiró discretamente, pasados los primeros cumplidos, al alfeizar de una ventana; y aunque todos le creian ocupado en admirar las preciosidades del jardin, se habia roto ya la cadena magnética que lo ligaba á aquellos sitios, y no pensaba mas que en Magdalena.

—Yo estoy loco, se repetia, y corro tras una fantasma, tras una sombra que huye de mí, sin que me sea dado alcanzarla. Francisco tiene mucha razon cuando me dice que Magdalena es mi ángel malo, y que me ha de ser muy fatal. Yo debo olvidarla; yo debo volverme á Madrid y no pensar en ella. ¿Pero qué culpa tiene Magdalena? Ella huye de mí sin saber que yo corro en su busca: ella ignora mi amor y mis penas: ella es buena y sabria consolarme. ¿Pero qué me hago yo en esta *gira*?....

—Caballero, murmuró una voz dulce y con acento parisiense á espaldas de Luis.

Luis volvió la cabeza y vió á Sofía que estaba sentada á su lado.

—Perdone V. mi distraccion, hermosa señorita; repuso Meneses inclinándose.

—¿Parece V. muy aficionado á las flores? insistió Sofía dulcemente.

—Las de este jardin son bellísimas: observó Luis, sacando fuerzas de flaqueza.

—Venia á decir á V. que hemos dispuesto dar un paseo por los jardines.

—Tendré en ello el mayor placer, y agradezco á V. tanta bondad.

—Ya nos esperan.

Iba Luis á ofrecer su brazo á Sofía, cuando se acercaron Remijia y don Blas.

—¿Quiere V. dar el brazo á mi amiga? dijo Sofía á Luis, tomando el de don Blas.

Meneses presentó su brazo á Remija, como el reo su cuello al verdugo, y bajaron á los jardines.

CAPITULO X.

Del mal el menos.

La desgracia iba persiguiendo al pobre Luis; es verdad que Luis no era malo, y como dice el Evangelio, el reino de los cielos no está en este mundo. No solamente se encontraba lejos de la encantadora Magdalena, sino, lo que era mucho peor, se encontraba cerca de la aterradora Remijia. Y quizás la pobre Remijia era una buenísima muchacha: quizás Magdalena era coqueta y casquivana: pero Magdalena tenia un bonito nombre y una cara hermosa; Remijia un rostro nada bello y un nombre nada armonioso; y una hermosa cara y un nombre bonito sirven siempre de eficacísima recomendacion. Aviso á las madres; si no pueden hacer que sus hijas sean hermosas, pónganlas muy bonitos nombres, seguras de que en la partida de bautismo estampan la primera cifra de una buena carta dotal.

Alegremente recorrian los huéspedes de la hermosa Sofía aquellos frondosos jardines, que encantadores y aun encantados parecian, como los de Armida, á las parejas bien avenidas; pero que se estendian monótonos ante las miradas de Meneses. Remijia era una señorita bien educada, pero que hablaba el castellano con un acento, mitad francés mitad vascongado, sumamente desagradable; defecto de pronunciacion que la hubiera perdonado Luis en otra situacion cualquiera; pero que en la escepcional en que se hallaba le parecia muy insoportable. Remijia pretendia tambien, como toda fea, aparecer amable, pero pecaba de importuna; y Luis no sabia de qué modo sostener una conversacion, á cada momento mas insulsa. De improviso le ocurrió una idea buena: sabido es que las buenas ideas acuden siempre de improviso; y en vez de morderse los lábios, como lo estaba haciendo desde que en lugar de Magdalena encontró á Remijia, se pasó la mano por la frente, como si quisiera descorrer el velo de su negra melancolía, y se dijo:

—Remijia ha llegado á Bayona en la misma diligencia que tomó en Madrid Magdalena; Remijia es vascongada, bien ha podido la familia de Magdalena dejar la diligencia en cualquiera parada del tránsito, y ocupar sus asientos la familia que me hace pasar tan mal rato. Averigüemos.

Otra vez brilló la esperanza en el horizonte de Luis, y otra vez se reanimaron sus facciones; de modo que cruzándose al mismo tiempo con Doña Micaela, creyó esta que su hija acababa de pronunciar un sí favorable á Meneses. ¡Cómo engaña el amor materno!

—Permítame V., señorita, que la dirija una pregunta: dijo Meneses á Remijia, con voz mas dulce.

—Responderé con mucho gusto: repuso Remigia, que deseaba ser alguna vez interrogada.

—¿Han venido VV. desde Madrid á Bayona, ó han tomado la diligencia en el camino?

—Hemos tomado la diligencia en Vitoria; en donde tiene V. su casa.

—Doy á V. las gracias, señorita. Y es necesario confesar que han tenido VV. gran fortuna.

—¿En qué ha consistido esa fortuna? preguntó Remijia, deseando prolongar la conversacion.

—En haber encontrado billetes en Vitoria, precisamente cuando yo no los encontraba en Madrid.

—Ha sido una casualidad. Tomó en Madrid una familia el coche y la berlina hasta Bayona, pero se detuvo en Vitoria, y nosotros ocupamos entonces una parte de sus asientos.

—Ya sé en donde está Magdalena: dijo para sí Luis Meneses, y añadió en voz alta:

—¿Esa familia de la corte seria conocida de VV.?

—No señor: repuso Remijia. No la conocíamos.

—¿Pero á causa de los asientos habrán VV. hecho relaciones?

—No señor. Teniamos encargados los billetes para la primera oportunidad.

Luis conoció que habia adquirido cuantas noticias podia proporcionarle Remijia, y mudó de conversacion. Meneses era sumamente agradecido, y como la hija de D. Blas acababa inocentemente de hacerle un favor no pequeño, estuvo con ella todo lo amable que puede estar un hombre con una muger que no le gusta; y llevó su condescendencia hasta formarla un lindísimo ramo de flores: galantería que ya habian cumplido todos los demas caballeros. Remijia quedó muy satisfecha de estas galantes atenciones; las feas se contentan con poco; y cuando volvieron á la casita pasaban á los ojos de todos por los dos

mejores amigos; á los de D. Blas y Doña Micaela por los dos mas finos amantes.

Antes de sentarse á la mesa hubo un momento de desórden, producido por esa descomposicion de las parejas que se efectua siempre á la vuelta de las escursiones campestres; y Meneses aprovechó esta momentánea confusion para realizar un proyecto que habia concebido mucho antes. Se deslizó, sin ser notado, en busca del cochero que los habia traido á la quinta, y tuvo la fortuna de encontrarlo á las primeras diligencias, porque el hombre dormia á la sombra de un enorme álamo.

—¡Cochero! le gritó Meneses, sacudiéndolo al mismo tiempo.

—¿Qué hay, señor? preguntó el cochero, levantándose al reconocer á su generoso parroquiano.

—¿Quiere V. ganar veinte francos? le dijo Luis, sacando del bolsillo un napoleon de oro.

—Ya lo creo: repuso el cochero, mirando con ojos codiciosos la moneda.

—Pues para ganarlos es necesario que ahora mismo vaya V. á Bayona.

—¿Con el coche? preguntó el cochero, deplorando el trabajo estraordinario que iban á sufrir sus caballos.

—Sin el coche.

—Eso es otra cosa. Estoy á las órdenes de V.

Luis arrancó una hoja de su cartera; escribió en ella unas cuantas líneas con lápiz, se la entregó al cochero y le dijo:

—Va V. inmediatamente á la fonda del Comercio; pregunta V. por el criado de D. Luis de Meneses, le entrega V. este papelito, y se vuelve V. al momento.

—Está muy bien: repuso el cochero, recibiendo el papel y los veinte francos.

Luis se volvió inmediatamente al salon, llegando tan oportunamente, que un momento mas de tardanza hubiera hecho notar su ausencia; pues las parejas volvian á formarse para pasar al comedor. Meneses presentó su brazo á Remijia, sin sentir la invencible repugnancia que habia esperimentado dos horas antes; pues no teniendo á Magdalena, todas las mugeres le parecian punto mas ó menos iguales.

El almuerzo fué bueno: Luis comió con bastante apetito, y terció en las conversaciones con manifiesto buen humor. Don Blas y Doña Micaela no quitaban ojo de su hija y del futuro yerno; y algunas jóvenes francesas creian de mal gusto que el español y la española estuvieran juntos; sin duda por esa predileccion que las mugeres dispensan al último que llega.

Despues del almuerzo se bailó un poquito: Luis hizo un esfuerzo heróico y valsó dos veces, la primera con Remijia y la segunda con Sofía. Sofía valsaba como nadie. Luis no fijó en ello la atencion: Luis era un pobre bailarin; sin embargo, todas las francesas lo tuvieron por una sílfide. Privilegio del estrangerismo. Se descansó despues del baile; se paseó despues del descanso; se comió despues del paseo. Meneses estuvo en la comida mas taciturno que en el almuerzo; conforme iba entrando la noche crecia por segundos su inquietud.

A las diez concluyó la comida; inmediatamente se trató de volver á Bayona. Luis entró en el mismo carruaje que lo habia traido; en este carruaje venia una persona mas: esta persona era Remigia.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡EN BAILE! ¡EN BAILE!

II.

Multitud de caballeros y elegantes señoras parodiaban las parejas de los organillos franceses, ocupacion adecuada al talento de aquellos seres que emplean seis horas en perfumarse ó ataviarse para un baile. Inútil es decir la sensacion que esperimentaria el jóven con aquella novedad en una casa donde habia dominado hasta entonces el desprecio de las acciones ridículas, y la preferencia de los rasgos de talento sobre las curvas trazadas con los pies. Las jóvenes parejas por no manchar sus vestidos de fiesta con el polvo del advenedizo, se retiraban de él, que con espantados ojos y la boca abierta admiraba aquel cuadro, reverso de la medalla de lo que sin duda esperaba encontrar.

Don Alberto mientras tanto, pegado mas bien que unido al cuerpo de Matilde, giraba con ella como si huyera de los que pretendian robarle su pareja.

¡Terrible fué el golpe para el jóven! Cuando el wals hubo cesado, adelantóse hácia la feliz pareja, y sin saludar á Alberto, á quien su inopinada aparicion turbó visiblemente, se dirigió á Matilde y la rogó que le escuchára. Prévio el permiso de su cólega de volteos, colgóse temblando del brazo del empolvado galan, que la condujo á un gabinete apartado, sin que la respetable mamá, en otras cosas divertida, se curára mucho de este incidente.

—Muy estraño es, señora, la dijo sin mas preámbulos, verla á V. tan entretenida con nuestro comun y *leal amigo;* pues no creo que se pueda apreciar al hombre á quien la calumnia no le parece un arma infame y vedada.

Ella. Cierto, y debe á V. estrañarle; pero las circunstancias varian, y sabido es que no se suele apreciar á las personas hasta tanto que se las conoce... á fondo...

El. ¿Tanto ha variado *nuestro amigo* durante mi ausencia?

Ella. ¿Quiere V. que sea franca?

El. Sí.

Ella. Pues bien, Juan, V. dispensará que le disguste; pero créame V... era muy niña cuando prometí ser suya; y... asi que le ví lejos... para acallar el tormento que su ausencia me causaba... procuré distraerme.... despues, nadie es dueño de su corazon, y...

El. Gracias, señora. ¿Es decir que nada debo ya esperar de quien me amaba tanto? ¿Es decir que cualquiera tiene derecho á herir de muerte á un hombre, siempre que le diga despues que se habia equivocado? Gracias otra vez ¡señora!... Sé lo que me resta que hacer.

Ella. Creo sin embargo que este incidente no alterará en nada nuestra amistad...

El. ¡Oh de ningun modo!... ¡de ningun modo!... ¡Adios Matilde!

Ella. ¿Se pone V. malo? Llamaré si V. cree...

El. No: estoy bueno, ¡muy bueno! ¡Adios!... ¡Qué!... ¿me deja V. marchar sin darme la mano como en otro tiempo?...

Ella. ¡Oh! eso nunca.... *(Le alarga la mano.)*

El. Gracias. *(Apretándosela.)*

Ella. ¡Ay! ¡suelte V!... ¡oh!... ¡uf!... ¡iff!...

(El bárbaro la habia descoyuntado la muñeca.)

La mamá entró en el gabinete cuando el mancebo salia, y viendo á Matilde pálida y temblorosa, no pudo menos de asustarse.

La hija. Don Juan acaba de marcharse desesperado.

La madre. ¿Le has dicho que ya no le amas? ¿Le has despedido?

La hija. Si señora. Vamos al salon...

La madre. ¡Ah! yo le ví salir... sus ojos chispeaban... ¡vá á matarse! ¡vá á matarse!

Y siguiendo á su hija al salon del baile, repitió allí sus gritos de «¡vá á matarse! ¡vá á matarse!»

—¿Qué es eso? ¿Quién? dijeron todos.

—Nadie, señores, mamá delira. .. contestó la niña. ¡Bastonero! añadió, dé V. la señal á la orquesta. ¡En baile, señores! ¡En baile!

Trin... trin... trin... tirin... trintrin...

Y siguió el baile, y dieron las tres. Todos se retiraron, incluso Alberto, que salió cojeando de resultas de un pisoton que su querida Matilde le acababa de dar. Es decir que salió lastimado por ella en el cuerpo y en el alma.... La misteriosa conferencia le tuvo desasosegado hasta las tres y media.

Momentos despues cenaba la familia. La bondadosa mamá que habia olvidado al despreciado mancebo distraida con el olor de unos pichones, esclamó de repente devorando un alón.

—¡Oh! ¡tal vez á estas horas no exista D. Juan!...

—¡Y yo tendré la culpa! dijo Matilde que tampoco ya se acordaba.

Y tal efecto la causó esta idea, que arrojando el tenedor esclamó con voz doliente:

—¡Se acabó!... no quiero mas.

En tanto D. Juan, que al salir de aquella casa iba ciego de furor, y decidido á darse la muerte, entró antes en un café, y merced á un sorbete de flor de naranja filosóficamente saboreado, renunció á la idea de suicidarse.

La verdad es que ni siquiera la habia concebido.

. . . . . .

EPILOGO.

Habian pasado cuatro meses. Matilde se habia casado con Alberto, y D. Juan seguia visitando á sus amigos, con la mas estóica cordialidad. Una noche estaban reunidos los dos esposos, la mamá y la insignificante hermana en un cuartito amueblado con elegancia, donde presidia un velador á todos los demas muebles de adorno ó de utilidad que por la estancia estaban repartidos. De repente abrióse la puerta del gabinete y apareció en el umbral D. Juan sonriendo amabilísimamente como acostrumbraba desde la noche del baile; saludó á las señoras, y despues de sentarse dijo:

—Aunque tengo bastante que hacer esta noche, quisiera entretener

á VV. con la lectura de unas memorias encontradas por mi en un estante viejo; si es que otras ocupaciones mas graves...

—De ninguna manera, le interrumpió Alberto; tú eres dueño de hacer en mi casa lo que gustes.

—Aunque á tí no me dirigia, le contestó D. Juan, acepto tu permiso, y deseo empezar cuanto antes.

Todos se agruparon alrededor del velador, y ya iba el jóven á empezar su lectura, cuando Matilde añadió:

—Espere V., encenderemos otro quinqué. Me parece que este alumbra poco.

—Gracias, señora, repuso D. Juan clavando en ella sus ojos, veo muy bien!... mejor que en otros tiempos... Y acomodándose para empezar mientras Matilde caia de nuevo sobre su sillon doblándose bajo la pertinaz mirada del jóven, leyó...

Lo cierto es que lo que leyó era ni mas ni menos que lo que llevamos aquí relatado.

A cada palabra de esta historia que todos los presentes conocian tan bien, Matilde se ponia pálida ó encarnada; su hermana miraba con estupefaccion el semblante de D. Juan, anhelando descifrar el enigma, y la madre procuraba imitar á su hija. El marido, por último, para disimular su turbacion y el miedo que le causaba la audacia de su antiguo rival, se entretenia en hacer cigarrillos de papel, mientras que Don Juan proseguia su lectura tan sereno y con el mismo ardor que si leyera uno de los insípidos cuentos de los Mil y un fantasmas. Al llegar á la descripcion del baile, los semblantes de todos estaban rojos. Matilde parecia como que buscaba algo en el suelo: su madre se entretenia en mirarse las uñas, y la hermana los contemplaba á todos uno despues de otro. Ya la tormenta estaba próxima á estallar, y efectivamente, apenas leyó el jóven la salida de la casa de su antigua amante y el efecto mágico que el sorbete le produjo, Matilde se levantó por un movimiento nervioso, y sin decir una palabra salió del gabinete pegando un portazo que hizo retemblar al reducido gabinete.

Alberto impasible al parecer hasta entonces, tomando un tono trágico y con una fuerza galvánica se levantó y dirigió al D. Juan estas enérgicas y nobles palabras.

—¡Estarás algo cansado de leer tanto!... Si quieres, iremos al café.

Don Juan que creyendo iria á retarlo, se encontró con esta salida tan intempestiva como cobarde, se sonrió malignamente y dando el brazo á su amigo salieron á la calle. En el camino hablaron del tiempo y de la ópera, hasta que al café llegaron. Allí, como si nada hubiera pasado, tomaron cada uno su refresco, y no bien habian empezado cuando apareció el criado de Alberto y dirigiéndose á este, pálido y azorado:

—¡Señor! ¡señor! le dijo, sin poder apenas respirar, ¡venga V!.... Venga V!....

—¡Cómo! ¿qué sucede? preguntó Alberto.

—¡Oh!... ¡no lo sé! ¡la señora está loca buscando á su hija!

—¡Cómo! esclamó D. Juan. ¿Habrá sido capaz de suicidarse?

—¡Corramos, amigo mio, corramos!... gritó Alberto.

—Si, corramos, dijo D. Juan; ¡oh! me amaba efectivamente, pensó por lo bajo. Llegado que hubieron á la casa salió á recibirlos la mamá.

—¡Ah! ¡Alberto!... ¡Matilde!...

—Y bien... ¡Cielos! ¿Se ha suicidado?

—¡Probablemente!... No bien salieron VV. cuando oimos el ruido de la puerta que se cerraba. Fuimos á buscarla á su cuarto, y solo vimos esta carta que no me he atrevido á abrir! ¡Pobre hija de mis entrañas!!

—¡Oh! ¡Deme V!... ¡deme V!... ¿no ha mandado V. seguirla?

—¡Todo ha sido inútil!... ¡todo! La hemos perdido para siempre.

Alberto sofocado... jadeante... rompió el sello de la carta. Tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer, y por fin, reuniendo todo su valor, leyó lo siguiente:

Alberto: ha existido un hombre que me ha comprendido y ha ahogado su amor verdadero por asesinar mi orgullo: creí que este podia en la muger mas que el amor; me he equivocado; al herir aquel se ha vuelto á despertar en mí este. Ahora que no puedo amarle, me contentaré con ser desgraciada.»

MATILDE.

¡Pobre mundo si fuera cierto cuanto el tiempo dice!

L. M. DE LARRA.

ESPOSA SIN DESPOSAR.

BALADA.

A LA SEÑORA DOÑA PAULA ROSALES DE SALAMANCA.

—

Acaba de dar, acaba,
reloj de la catedral,
que quiero contar las horas
que ausente mi amor está.
CANCION POPULAR.

Carlos quinto, rey de España,
á campaña
en son de guerra salió;
y con él salió Gonzalo,
mi regalo,
el capitan que amo yo.

Es el doncel mas valiente
de la gente
que vá á la lid á vencer,
y en lo apuesto un pino de oro
el que adoro
con firmeza en el querer.

Tambien antaño, á la guerra
de la tierra
descubierta por Colon,
con Cortés, el Estremeño,
fué mi dueño,
dueño de mi corazon.

A través de tierra y mares
sus pesares
mi voz consoló y su afan;
y me oyó, y el indio bravo
fué ya esclavo
de mi bravo capitan.

Y le salvó de la tumba
en Otumba
mi ruego contino á Dios;
porque yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

Con preseas y con galas
volvió en alas
á Toledo, de su afan.
Que era reina de las bellas
yo con ellas
decia mi capitan.

Pronto la ventura acaba,
que tornaba
á resonar el clarin.
Cabe las aras de Himene
el rey viene
pidiendo su paladin.

Al partirse de Toledo
en mi dedo
puso el anillo nupcial,
y me regaló un secreto
amuleto
en virtudes sin igual.

Y me dió de amor en arras
doce barras
de oro fino del Perú;
y diamantes muy bruñidos,
y vestidos,
y vestidos de tisú.

Al subir á su alazano
de la mano
me trabó en Zocodover;
y con llanto que vertia
me decia:
—«¿Nos volveremos á ver?»

—«Sí, capitan. En el alma
»yo la calma
»siento del que espera en Dios.
»Volverás. Soy tu ángel bueno,
»y en mi seno
»guardo el alma de los dos.

»Nube de gualda y zafiros
»á los tiros
»de escudo te servirá.
»Será el alma enamorada
»de tu amada
»que contigo vivirá.

»Cada dia en mi delirio
»iré un cirio
»ante el Eterno á encender.
»Iré á San Juan de los Reyes,
»de sus leyes
»la mas horrible á torcer.

»A la Vírgen, mi patrona,
»gran corona
»de oro ofrezco y de rubí.
»si mi amante no me olvida
»y su vida
»guarda entera para mí.»

Parte el bruto en raudo giro:
aun le miro,
aun le miro descender,
como fuente de los valles,
por las calles
que dan al Zocodover.

—Pero alégrate, alma mia,
que hoy el dia
es tan anhelado y tan...
vuelve de laurel ceñido
mi querido,
mi querido capitan.

Mejor que el rey yo le pago
el estrago
de su tajante en la lid.
Por cada triunfo le estrecho
á mi pecho...
¿cuál premio es mayor? decid.

Doncellitas toledanas,
que ventanas
y balcones inundais,
y á los bravos vencedores
lindas flores
lindas flores arrojais;

como ya las mas hermosas
de mis rosas
las vuestras para él guardad;
tórnanse en su mano divas
siemprevivas
las flores de la beldad.

Ved que ya á pasar acierta
por la puerta
por la puerta del Cambron,
el tercio real donde viene
el que tiene
cautivo mi corazon.

Por las chispas de su callo
su caballo
reconoceré entre cien.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que aun mis ojos no le ven.

Brillan que parecen soles
españoles
los bravos en confusion;
pero el tercio de Gonzalo,
mi regalo,
mas brilla... en mi corazon.

La fatiga se declara
en su cara
que llena de polvo traen.
Gonzalo así está mas bello,
cuando al cuello
mis tiernos brazos le caen.

Ved al capitan Paredes:
tú no puedes
competir á mi galan.
Ved al alferez Fajardo:
¡qué gallardo!
pues mas es mi capitan.

Os asombra que las balas
como á Palas
le respetan, como á un Dios?
Es que yo soy su ángel bueno,
y en mi seno
guardo el alma de los dos.

A girones las banderas
prisioneras
el suelo besando van.
Algunas habrá ganado
mi adorado,
mi adorado capitan.

Ya relumbran los almetes,
y mosquetes...
¡favor! me faltan los pies.
¡Oh! dadme la enhorabuena,
que mi pena
acaba: su tercio es.

Allí el cabo, y el alferez
Pero Perez,
sus compañeros allí.
—Pasad, pasad mas ligeros,
caballeros,
que estoy ya fuera de mí.

¿Dónde mi Gonzalo, dónde,
se me esconde,
que no le veo en mi afan?
¡Ay! ¡su caballo enlutado!
¡ay mi amado!
¡ay mi amado capitan!

—

Al suspiro lastimoso
el glorioso
Cárlos quinto, contempló
una flor sin tallo en tierra...
de la guerra
el capitan no volvió.

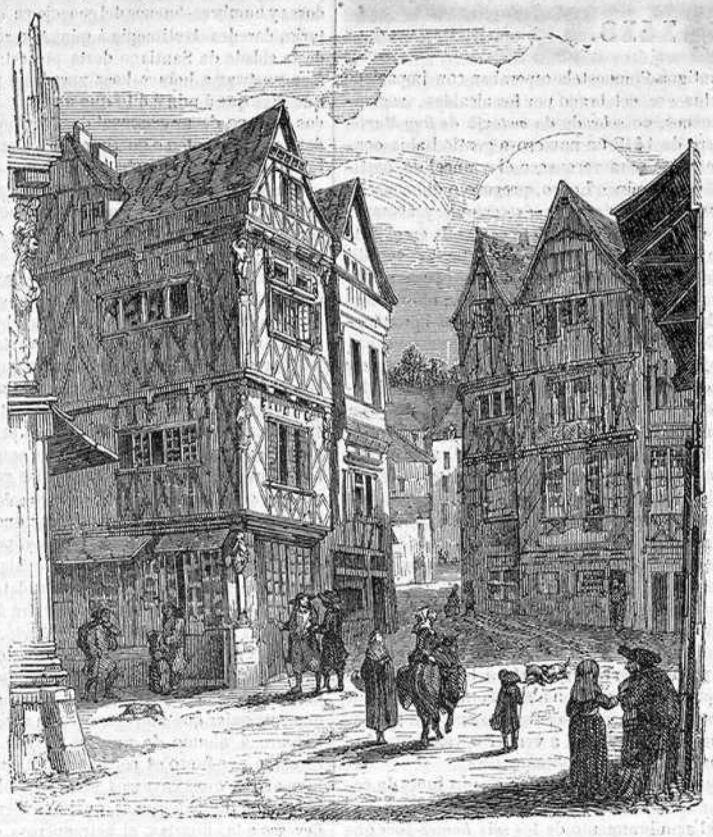
Badajoz 12 de setiembre.

VICENTE BARRANTES.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



MORLAIX.

El nombre de Morlaix ha dado orígen á muchos comentarios. Se ha pretendido que procede de las armas de dicha ciudad, que representan un leon y un leopardo con dos cabezas, que dirige al primero esta inscripcion: *Si te muerde, muerde—las* (muerde las dos cabezas.) Otros etimologistas más formales dicen que aquel nombre es celta, y que se le dió por su proximidad al mar.

Morlaix se encuentra entre dos montes que resguardan el puerto, y su importancia principal se funda en el comercio que hace y en la fertilidad del suelo que la rodea. Su nombre sin embargo aparece muchas veces en los anales de la Bretaña.

En 498, Hoel casó á su hija Alienor de Bretaña con el vizconde de Leon, y le dió en dote la ciudad y el castillo de Morlaix, que poseyeron sus descendientes hasta 1177.

Los príncipes de Leon y los duques de Bretaña se disputaron mucho tiempo su propiedad, y los últimos llamaron en su auxilio á los ingleses, que fueron rechazados por Duqueselin.

En 1374 volvieron de nuevo: se apoderaron de Morlaix, ahorcaron á 50 gefes, y dejaron una guarnicion de 800 hombres. Los ciudadanos introdujeron á los franceses, y estos degollaron á los ingleses.

En 1522 abrió de nuevo la traicion las puertas de Morlaix á los ingleses, quienes lo saquearon completamente: la retaguardia fué alcanzada por el señor de Laval, y degolló á todos sus soldados, enrojeciendo su sangre las aguas de la que todavía se llama *Fuente de los Ingleses.*

Durante la liga ocupó á Morlaix el mariscal de Aumonts; «pero se »sostuvo el castillo, segun Bernard, 24 dias, defendido por el capi»tan Rosempoul. Sabiendo el mariscal que la guarnicion se hallaba re»ducida al último estremo, envió á la esposa de Rosempoul, próxima »á su alumbramiento, tres ó cuatro corderos y algunas gallinas y »perdices. La dama dió las gracias al sitiador, pero le devolvió su pre»sente diciendo que los únicos manjares que apetecia eran los que »disfrutaban la guarnicion y su esposo.»

María Estuardo, reina de Escocia, llegó en 1548 á Morlaix de paso para París. El caballero de Rohan la recibió al frente de la nobleza, y la princesa despues del *Te Deum* cantado en la iglesia de Nuestra Señora, se disponia á atravesar el puente levadizo, llamado de la Cárcel, cuando este se rompió bajo el peso de la fuerte escolta de la caballería. Los escoceces gritaron:

—¡Traicion!...

Pero el señor Rohan que iba al estribo de la litera de la reina, contestó al punto:

—*Nunca un Breton hizo traicion.*

Y se apaciguó el tumulto.

El lunes 18 de noviembre de 1624 fué recibido en Morlaix solemnemente el duque de Vendome. Cárlos IX estableció su cuerpo municipal en 1561: sus miembros pertenecian al alto comercio, y el *Maire* tenia asiento en los Estados de Bretaña, con la espada ceñida como los de Nantes, Brest y Saint-Maló.

En Morlaix se contaban una senescalía, un consulado y un almirantazgo.

El puerto de Morlaix es muy importante. Un vapor que hace el servicio regular entre esta ciudad y el Havre, contribuye mucho á su prosperidad; pero la sequía del canal es un inconveniente grave para el comercio. Varios proyectos se han presentado para remediar este mal; pero creemos que sus resultados serán nulos. La entrada del puerto era sumamente peligrosa antes de los trabajos ejecutados por Corme en 1776. Este ilustre marino manifestó al ministro de Marina que desde 1744 hasta 1775 se habian perdido 25 buques.

Morlaix tiene una fábrica de tabacos, que ocupa á 500 operarios. Vista desde el muelle ofrece esta ciudad un aspecto muy agradable; pues está rodeada de parques y de jardines hermosísimos: los del lado de *Fraginer* forman una gran esplanada llamada *Las Lanzas.* Era ademas notable la *calle del Empedrado*, cuyo diseño ofrecemos; pero se ha demolido en parte, y tambien merecen atencion algunas casas bellísimas de la calle de los Nobles.

La antigua casa de Ayuntamiento construida en tiempo de Enrique IV no existe; en su lugar se ha levantado otra de magníficas y regulares proporciones.

2 de Noviembre de 1851.

LA HERMANDAD DE SANTIAGO.

1418.

Los habitantes de la antigua Compostela esperaban con impaciencia el Consistorio que debia ser celebrado por los alcaldes, regidores-jurados y hombres-buenos, *no sobrado da notaria de Ruy Martinez*. En el dia 12 de febrero de 1418 un numeroso gentio habia ocupado las plazas y los mercados para reconocer el arancel de bastimentos que leia en alta voz Domingo Longo, pregonero del concejo, con *añafil tanxido segun que han de uso e de costume* y acompañado del notario público del ayuntamiento. Esto equivalia en el siglo XV á la publicacion de un bando; en nuestros dias el tambor sucedió al añafil, y á la palabra del pregonero el impreso de las plazas públicas. Antes duraba la letra de un bando algunos minutos; ahora dura un dia: es un cartel pegado en la esquina de una casa—una aproximacion á la publicidad del *Boletin oficial*.

En 1418 tenia el pueblo una escelente memoria para sus fueros y privilegios, y se reunia por tradicion en las plazas y atrios de las iglesias para representar sus derechos por medio de los gremios y las cofradías. Sabia que siempre se hablaba de él, aunque fuese á media voz, en las cédulas reales y en las ordenanzas de los Concejos. Asi, pues, estaba atento al rumor mas imperceptible de una reforma, y cerraba sus tiendas y desalojaba sus humildes moradas al primer toque de añafil, que era la voz de prevencion con la cual la Municipalidad advertia á la poblacion que se trataba de sus intereses.

El Concejo de Santiago acababa de fijar los precios de los bastimentos y los salarios de los artesanos. Los alcaldes y regidores-jurados de acuerdo con el prelado D. Lope de Mendoza y Vaasco, Marqués Cardenal de Santiago, y Juan de Vila, canónigo, ambos Justicias eclesiásticas del arzobispado, habian formado este arancel porque «a dita cidade—son palabras testuales del consistorio—se mantiña de acarreo e cada dia acurrian e viñan á ela moitas personas de diversas partes..... e porque as taes personas tuvesen igual mercado de todas las cousas que a ela se viesen a vender e vendesen para proveemento e mantenenza de todos.»

En la mañana del 6 de julio de 1418 tenia lugar una junta de cofrades en el átrio de la antigua iglesia de S. Felix de Solobio, ó el consistorio público para el nombramiento de los seis *homes-boos* que debian asistir con los alcaldes y regidores-jurados al concejo durante un año. El reloj de la ciudad—aquella máquina sorprendente para los compostelanos, que cuidaba y componia Juan de Boado por cincuenta maravedises durante doce meses—el reloj del concejo señalaba las diez de la mañana, y la plaza pública de la *Quintana dos Pacos* se veia ocupada por una numerosa multitud. La alhóndiga de la plaza del Campo y las carnicerias viejas de detrás de S. Payo estaban cerradas. La calle de la Moeda Vella recibia el gentio que habia llegado tarde. Parecia que la poblacion se vaciaba del centro de su comercio y su industria enfrente de las casas solariegas, cuando algun filósofo observador podria adivinar que en este dia se alejarian á mayor distancia las dos condiciones sociales de la época. La impaciencia de los compostelanos revelaba la importancia del consistorio. Los alcaldes y Justicias, regidores-jurados y hombres-buenos de la ciudad se encaminaban hácia la notaría pública del concejo señalando un sendero casi imperceptible en medio de la multitud. A Martin Galos y Juan Ares da Cana, alcaldes de Santiago, seguian Bernal Yañez do Campo, Alfonso Fernandez Abril, Alvaro Alfonso Juliate y Fernando Eanes, escusador del notario Ruy Martinez.

Los habitantes de Santiago no esperaban un nombramiento de fieles para el repeso, como en 15 de marzo de 1417, ó el remate público del Royo del Monte-Houriz, como en 15 de mayo del mismo año: no se trataba de un arancel ó de una ejecucion del verdugo. Esperaban una institucion civil: presentian una indemnizacion política para el porvenir. Se trataba de organizar *la hermandad de Santiago*.

En 1418 este armamento popular se dirijia únicamente contra los malhechores: mas tarde se apercibieron las municipalidades de que tambien se combatia á los enemigos de la unidad monárquica. El Estado presentia á los Reyes Católicos, y el trono caminaba con paso lento y reposado hácia la centralizacion absorbente del emperador Carlos V. El pueblo se encontraba colocado entre dos abismos; detrás tenia á los señoríos, delante la monarquía absoluta. Se decidió por el trono, porque aventuraba en la defensa de la unidad gubernativa su vida civil en lo presente, y su vida política en lo futuro.

Cada concejo nombraba sus funcionarios con arreglo al fuero municipal que en Santiago concedia el arbitraje de los hombres-buenos á la mitra compostelana, imponia las contribuciones necesarias para el sostenimiento de los monarcas, y organizaba las fuerzas militares del Estado. El procurador general del concejo era el legítimo representante del pueblo, y sostenia las prerogativas de sus fueros y privilegios. En el consistorio del 22 de julio de 1418 se levantó Alvaro Gil, personero de Santiago, para protestar y requerir á los alcaldes, regidores y hombres-buenos del concejo en los términos siguientes: —«Notario, daredes testimonio á min Alvaro Gil, Procurador do Concello desta cidade de Santiago desta protestazon e requeremento que fazo á as xustizas e homes-boos xurados e rexidores do dito Concello; en que digo que á min é dito que as ditas Justicias e homes-boos xurados en dano da procomunal dos veciños da dita cidade e moradores dela, se entremeten e queren entremeter de dar oficios que dexan exentos de tributos a algunhas personas.»

En cambio la monarquía despues de haberse utilizado de las órdenes militares para la reconquista, depositaba la rehabilitacion de sus fuerzas políticas en las hermandades y comunidades: del poder aristocrático pasaba al poder municipal. La carta de hermandad de los concejos de Castilla hecha en 5 de mayo de 1295 establecia las consecuencias ulteriores de su institucion. «Otrosí— decia en uno de sus párrafos—que guardemos todos nuestros buenos fueros e buenos usos e buenas costumbres e privilegios e cartas et todas nuestras libertades e franquezas, siempre en tal manera que si el Rey D. Fernando nuestro sennor o los otros reyes que vernan despues de o otros cualesquier sennores o alcalde o merino o otros cualesquier omes non quisiesen pasar contra ello en todo ó en parte dello en cualquier guisa e en cualquier tiempo, que nos que *seamos todos unos á enviarlo mostrar* á nuestro sennor el Rey ó á los reyes que vernan despues del, aquello que fuere á nuestro agravamiento e si ellos lo quisiesen enderezar, e si non que seamos todos unos á gelo defender e amparar-lo.» Y mas adelante añadia: «Otrosí, ponemos que si algun rico-ome ó infanzon ó caballero ó otro ome cualquier tomare ó peyndare alguna cosa á alguno desta nuestra hermandat, que aquel que fuere peyndrado ó tomado lo suyo, que lo muestre á su conceyo ó al conceyo del ogar ó del termino dol fuere peyndrado, ó tomado lo suyo: e el conceyo quel envien algun ome bono de so conceyo que ge lo afruenten, el prometan fiadores del complir fuero e derecho por aquel, á quien peyndró, ó tomó lo suyo..... Otrosí, si ric ome ó infanzon ó caballero ó otro ome cualquier que non sea en esta nuestra hermandat matare ó deshonrare á alguno de nuestra hermandat, non le seyendo dado por enemigo por fuero et por juicio como allí lo debe, que todos los de la hermandat, que vayamos sobrel et sil fallaremos quel matemos é si haber non le pudieremos quel derribemos las casas, el cortemos las devesas e las huertas, el astraguemos cuanto en el mundo le falláremos, despues sil pudieremos haber aquel matemos por ello.»

Las *hermandades* improvisaron una milicia popular que esperaba el santo y seña en las salas de los consistorios. Habian pasado los tiempos en los cuales el pueblo recibia las picas y las alabardas en las plazas de armas de las torres solariegas. La nobleza tarde se apercibió de esta relajacion política de los señorios. Las inmunidades se abolian por un principio elevado de pública seguridad.

El pueblo podia entrar á saco en un castillo donde se ocultase un malhechor: ya no habia privilegios en contra de la seguridad individual. El poder de las localidades habia sobrepujado al poder de los señorios. La monarquía contemplaba en silencio una de esas transformaciones sociales que la Providencia elabora por medio de elevadas y misteriosas combinaciones.

Las *hermandades* de Castilla, Aragon, Asturias y Galicia eran el ejército permanente de las ciudades. La unidad monárquica habia contado con el elemento popular. Los fueros de las ciudades debian de ser absorbidos por la monarquía, sin que se apercibiesen los pueblos de esta liquidacion que hacia el trono de los privilegios de las localidades.

La magnánima reina que habia recibido del apesarado Boabdil las llaves de Granada, organizó las hermandes del reino bajo las ordenanzas de la *Santa hermandad* aprobadas en Madrigal en 1476. La seguridad individual se colocaba bajo la proteccion del pueblo, el pueblo bajo el amparo de la monarquía. Cada ciudad tenia su representante en la junta suprema presidida por D. Lope de Rivas, obispo de Cartagena. «El presidente y los diputados generales—segun las Memorias de la Academia de la Historia—tenian en cada provincia un diputado particular que juzgaba en primera instancia y cuidaba de exigir las contribuciones destinadas para la hermandad..... Los casos de esta sujetos al conocimiento de sus alcaldes eran cinco: toda violencia ó herida hecha en el campo; los mismos delitos cometidos en poblado, cuando el malhechor huya al campo ó á otro pueblo; quebrantamiento de casa, fuerza de muger y resistencia á la justicia».

El elemento aristocrático combatió á la milicia del pueblo, y la monarquía debilitó mas tarde su representacion popular. Entonces el pensamiento político de las *comunidades* reemplazaba al pensamiento civil de las *hermandades*.—Los personeros de las ciudades caminaron de prisa hácia los salones de las sesiones parlamentarias. Los *votos en Cortes* fueron la última garantía de la buena administracion ci-

vil y económica de las localidades agobiadas por la estension del imperio colosal de Carlos V. La monarquía absoluta representaba la victoria de los arcabuces imperiales, y entre el estruendo de los ejércitos mal se distinguen los derechos políticos. La historia nos hace ver que la planta augusta de los grandes dominadores de Estados gravita demasiado sobre los pueblos.

En el siglo XVI el elemento aristocrático y el elemento popular—los procuradores á Córtes y los regidores-jurados—sentian sobre su cabeza la acerada manopla del imperio. En esta época los nobles y los pueblos aplazaron para los campos de Villalar una cita sangrienta con la monarquía en nombre de la nacionalidad española.

Hé aquí la herencia política de las *hermandades*: lo que ayer pertenecia á *la policía*, hoy se referia á la *política*. Las ciudades se coaligaban para la defensa de sus privilegios. Ya no se trataba de los malhechores—la administracion de justicia se habia restablecido en las provincias por medio de los tribunales establecidos por los Reyes Católicos. Se exigia la representacion personal de los procuradores de las ciudades en las Cortes de Toledo, Santiago y Coruña: se combatia á la monarquía absoluta.

Hemos apreciado históricamente para la mayor inteligencia de la presente monografía el establecimiento de las *hermandades*: presentaremos ahora á nuestros lectores el acta del Consistorio celebrado en 16 de julio de 1418 con el objeto de formar la *hermandad de Santiago* y nombrar sus cuadrilleros. Este documento histórico, en el cual se copia la Real cédula de D. Juan II dada en 1386 sobre la organizacion de las *hermandades*, revela la importancia civil de Santiago en el siglo XV. El que copiamos á continuacion no solo sirve para el estudio de la historia de Galicia, sino tambien para la exacta apreciacion del dialecto gallego, de donde el *romance* ha tomado muchas de las palabras empleadas en los juegos florales y en las cortes de amor por Macías y Juan Rodriguez del Padron.

« Enton ó dito Concello — hé aqui las palabras testuales del mencionado Consistorio—e xustizas e Homes-Boos xurados; diseron que por cuanto a eles era dito e havian por informazones de algunhas personas que en a dita Cibdade e cerca dela arredor e en outras partes deste Arzobispado se facian e querian facer moitos roubos, furtos e omisios e mortes de homes e males e quebrantamentos de camiños e outras forzas por mingoa de Xustiza e esto por quanto noso Señor o Arzobispo de Santiago D. Lope agora de presente está ydo á a corte do noso Señor el Rey, a servizo do dito Señor rey en proveito e onrra suya e da dita cibdade e do seu Arzobispado, o qual dito Señor Arzobispo en canto á que de presente estaba en su Arzobispado proveia de xustiza á todos los do seu Arzobispado, e por canto el e os moradores da dita Cibdade e Arzobispado agora non podian ser tanben gardados nen defensos en direito e Justicia sen para elo facer Ermandades: Por ende que eles por servicio do dito Señor Rey e do dito Señor Arzobispo, e por proveito deles e dos moradores da dita cibdade e Arzobispado e por cas xentes estovesen en paz e en asosego; acordaban e acordaron de facer Irmandade segun e maneira que os Señores Reys de Castela que por los tempos foron ordenaron e mandaron que se fecesen en seus Regnos e Señorios: a qual dita Irmandade logo de presente facian e mandaban que se tevese e comprise, segun se contiña en unha ley que el Rey D. Juan que Deus dé Santo Paraiso fizo e otorgou en as Cortes de Segobia o ano que pasou da nascensa de noso Señor Xesuchristo de mil e trescentos e oitenta e seis anos; da cual o tenor e este que se sigue—Otrosi, á lo que nos pedieron por merced que porque la nuestra justizia fuese guardada e complida e los nuestros Regnos defendidos e nuestro servicio se pudiese mejor cumplir que mandasemos que las nuestras Cibdades e Villas e Lugares de los nuestros Reynos fecesen ermandades e se ayuntasen las unas con las otras; asi las que son Realengas como las que son de Señorios: A esto respondemos que nos place que las dichas ermandades se fagan segund que outro tempo fueron fechas en tempo del Rey D. Alfons nostro Abuelo que Dios perdone, segund se contiene por esta clausula que adelante se sigue—Primeiramente, que si la morte o el robo o el malaficio acaecere en camiños ou en outro lugar ermo que el querelloso veinga á la primeira cibdad o villa o lugar que mais acerca foer onde entender que mais ayna pode ser acorrido, que de y la querella al Alcalde o a los Alcaldes e a los oficiales o al Merino o Alguacil o Juez o otro que tenga y oficio de la justicia e a outros qualesquier que y fallare e que estos oficiales o qualesquier dellos e los outros oficiales cualesquiera quen for dada la querella, que faga repicar la campana e que salgan luego á voz de apelido e que baian en pos de los malfechores por do quer que fueren e como repicaren en el tal lugar que lo imbien facer saber a los outros lugares de enderredor para que fagan repicar las campanas e salgan a aquel apelido todos los de aquellos lugares donde for embiado decer o oyren el repicar de aquel lugar do for dada la querella o de otro cualquer que repicare o oyeren o sopieren el apelido ó la muerte, que sean tenuidos de repicar e salir todos e yr en pos de los malfechores e de los siguir fasta que los tornen o los encierren. E si esto acaecier en las merindades de Castilia e de Leon e de Galiza do aya Merinos mayores o otros Merinos que andan por ellas e fuere fallado el Merino o Recudiere, que baia el con ellos e que sigan los Malfechores fasta que los tornen o los encierren como dicho es; e si la Querella fuere dada al Merino ante que á la Villa del Rey ó en otro Lugar algun, que el Merino baya en pos á los Malfechores segund dicho es e que lo imbien facer salir a los Lugares do mas cerca stá, é caecer; que fagan repicar las campanas e bayan pos de los Malfechores segund dicho es: e se fuere la querella da rrovo ó de furto e los tomaren con ello e fueren y Merino Notario o Otro Oficial de qalquer villa que se y acaescier e cumpla luego en ellos Justicia: e si los non fallaren y con el Robo ó furto ó ouvieren fecho otros maleficios de muerte ó de furto o otra mal feituria que los prendan e los lieben presos a aquel Lugar en cuya xurisdiccion fuera fecho el maleficio por que los oficiales dende, cumplan e fagan dellos xusticia como fallaren por fuero e por derecho: e si los tales Malfechores se encerraren en alguna villa o Lugar realengo o de otro Señorio qalquer, que los oficiales ó el Concejo de aquel Lugar, siendo requeridos por los que requieren el apelido o por cualquer dellos, que sean tenuidos de se los entregar luego sin otro detenimiento con el robo ó con el furto e con todo lo que lebaren—e que stos Malfeitores que los leven presos al lugar do fuere fecho el Maleficio porque fagan dellos xusticia, como dicho es; e si se los non quisieren dar nin entregar, el Lugar do se acaeciere fuere realengo e Abadengo, que los oficiales de la Justicia al que fue demandado aya aquella pena que merece el Malfechor: e si el Concejo lo embargare e no lo quisiere ayudar a cumplir que sean tenuidos de pechar al querelloso el robo ó el furto que le fuere fecho e facer emienda del daño que recibió, asi como es fuero e derecho; a el querelloso que sea creido de lo que le fue robado o furtado e del daño que recibió por su jura, seiendo ante Alvedriado o estimado por el Juez que lo ha de librar, catando la persona del Querelloso e la condicion e la riquiza o pobreza o oficio de el y las otras cosas que pueden mover el Juez paro lo Alvedriar; e si lo negaren que los Malfechores no entraron neso en el Lugar que sean tenuidos de acoger ay los oficiales que fueren en el Apelido e a outros algunos con ellos fasta en dez para buscar los malfechores é los oficiales e el Concejo dende que les ayuden á ello e si los fallaren que se los entreguen so la pena que dicha es; e si no los quisieren acoger en la Villa o Lugar de otro señorio, Que el señor fuere e que sea tenuido de lo Complir lo que dicho es so la dicha pena del Daño e de los mrs. e de que finque en nos, e deselo escarmentar como la nuestra Merced fuere: Y si el señor y no fuere, que el Concejo y los oficiales sean tenuidos á complir todas las cosas sobredichas so las dichas penas. E si el Malfechor o los Malfechores se acogieren en el nuestro Castillo que el Alcalde o los Alcaldes que sean tenuidos de entregar los Malfechores al nuestro Merino ó a los otros oficiales que fueren con el en el Apelido; e si dixeren que no stan y que consientan entrar en el Castillo al nuestro ó a los otros oficiales que fueren con el en el apelido porque cáten y busquen, y los malfechores e el Alcayde que ayude á ello é si los fallaren, que se los entregue e que se los deixen lebar dende presos: Y si lo asi non fisieren que ayan la pena que sobredicha es, e nos que pasemos contra el e que los escarmentemos como la nuestra Merced fuere: e si los Malfechores se acogeren e se encerraren en Castillo ou en Casa fuerte que non sea nuestro; que el Alcaide del Castillo o de la Casa fuerte sea tenuida a complir e gardar todo lo que dicho es so las penas sobredichas e mas que los outros merinos puedan facer contra los Castillos e casas fuertes sobre esto lo que deben segun fuero e uso e costumbre e en estos Apelidos tales que puedan ir fixosdalgo sin pena ninguna e que non puedan ser Demandados nin denostados por morte nen por ferida nin por prision nin por outro mal ningun que reciban los malfechores e los que los defendieren; e porque esto se pueda mejor facer e complir e sean mais prestos para salir en estos Apelidos; tenemos por bien e mandamos que las Cibdades e Villas e Lugares do hay Gente de Cavalo que den de cada unha de los mayores veinte homes de cavalo e cinquenta homes de pee e los que estos homes non se acordaren a dar, e estos e todos los outros Lugares que el quarto de la Campaña que y ouver de pee e de cavalo e cada catro dellos sean tenuidos de estar prestos á servir e salir á estoss Apelidos Tres meses e que cada vez que salieren que sean tenuidos de ir con estos sobreditos o el Merino o el Juez o el Alguacil o el xurado de non ovuere outro oficial de la Villa o del Lugar o los dichos oficiales; e los Concejos que non dieren los dichos homes de Cavalo e de pee e los que fueren dados para esto e non salieren nin seguiren el Apelido como dicho es; que pechen, el de cavalo; los Concejos e las Cibdades e Villas maiores que pechen mil e Doscentos mrs., e los de los lugares medianos que pechen seiscientos mrs., e las dichas Aldeas pequenas sesenta mrs. e los que fueren nombrado para esto e non salieren, nen insiguiren el Apelido como dicho es; que peche el de cavalo sesenta mrs. e el de pie vinte mrs. que los aian los outros de

aquel Concejo que salieren al Apelido; e el oficial de la Cibdad o de la Villa mayor que no fuere al Apelido como dicho es, que peche seiscientos mrs. el de las Villas e lugares medianos que pechen trescentos mrs. e el de los lugares e Aldeas menores que peche sesenta mrs.; e sto que lo pueda acusar qualquer del Pueblo do acaecer; estas penas sobreditas de los mil e doscentos e de los seiscientos mrs. e de los trescentos maravedises, e otrosi de los sesenta maravedises e de los Lugares realengos, que sean las cuatro partes para la nuestra camara e la quarta parte para el Acusador; e en los otros Lugares de los otros senorios que los ayan los señores e el Acusador, en la manera que dicha es: e los Concejos que non ficieren lo que dicho es e los que fueren nombrados para ir a los Apelidos e los oficiales que ouvieren de ir con ellos e no los siguiren, como dicho es, que pechen al querelloso el daño que recibió si non fueren tomados los Malfechores do non podieren cobrardelos seiendo primeiramente apreciado e estimado por el Juzgador en la maneira que dicha es, de suso: e porque las xentes sean mais prestos para esto, mandamos e tenemos por bien que leven Lanzas e Armas porque donde las tomase la voz puedan siguir el Apelido: e que los Concejos e los outros de cavalo e pee que foren dados para salir á estos Apelidos sean tenuidos de yr en pos de los Malfechores e de los seguir fasta oito leguas donde cada uno mourere; si los ante non tomaren nin incerraren: é o cabo de las oito Leguas que den el rastro a los outros, do se acabaren las oito lleguas para que tomen el rastro e vaian e sigan los Malfechores en la maneira que dicha es: e si el Merino de aquella Cibdad o Villa o Lugar dudare mas de las ocho leguas, que sean tenuidos de yr en pos de los Malfechores fasta que salga de sus terminos e de el rastro en outro Lugar a quen lo tome e siga como delues.»

Los alcaldes de la hermandad de Santiago nombrados en el consistorio de 6 de julio de 1418 «en canto for voontade do dito Concello» —son palabras testuales de la mencionada acta—fueron Vaasco Fernandez Troquero y Gonzalo de Cobas, vecinos de la misma ciudad. La organizacion civil de este armamento voluntario de la jurisdiccion de Santiago fué llevada á cabo con el nombramiento de los cuadrilleros pertenecientes á las diez parroquias de la poblacion. El concejo autorizaba; los alcaldes de la institucion ordenaban; los cuadrilleros capitaneaban: hé aqui la graduacion oficial de la hermandad de Santiago.

La multitud de la *quintana dos pacos* escuchó el pregon de este ordenamiento con religioso silencio, y al terminar Lorenzo Longo su lectura, un general y espontáneo aplauso llegó hasta el *sobrado* del concejo.

Fernan Eanes que tenia sus valonas de poeta, es decir, que era lo menos notario que le venia á cuento, esclamó de pronto al distinguir el movimiento acompasado de las manos que aplaudian—Se me antoja creer que estoy viendo una bandada de palomas sobre un sembrado.

—Quanti càsus humanæ rotant! dice, y dice bien Seneca—dijo Gomez Rodriguez; tarde ó temprano encontrarán el grano.

—Y las matarán entonces los cazadores de alforja..... prosiguió el alcalde Martin Galos sonriéndose con malicia.

Un simil involuntario del notario del concejo habia despertado la inteligencia previsora del *bachiller en decretos* Gomez Rodriguez, y el alcalde Martin Galos habia comprendido de pronto el pensamiento del regidor de Santiago. Eran dos filósofos de acuerdo, por medio de un notario, sobre el porvenir de las *hermandades*.—Una pavesa puede encender el pávilo de una lámpara.

A los ocho dias de celebrado este consistorio se volvió á reunir el concejo de Santiago para leer y aceptar una real cédula de D. Juan II estendida en Valladolid en 14 de junio de 1418, para pedir á la ciudad el consentimiento y aprobacion de la tutela, gobernacion y administracion de los reinos y señorios de la corona de España, como competia á su derecho privilegiado. «La que leida—se refiere en el acta de este consistorio—y obedecida con el mayor acatamento y reverencia correspondiente, dixeron—se refiere á los alcaldes y rejidores-jurados—la aprobaban e ratificaban e la havian y consentian lo en ella y cada parte espresado y mandado por S. M.» Y ordenaron que el Escribano del Ayuntamiento diese testimonio en forma deste obedecimiento, asenso y consentimiento, á Francisco Gonzales Ballestero, quien la presentara en nombre de S. M. para que lo exhibiese.»

Los alcaldes y regidores-jurados que asistieron á este consistorio fueron Martin Galos, Juan Ares da Cana, Alonso Fernandez Abril, Alvaro Alonso Juliate y Fernan Gonzalez del Preguntoiro.

El Procurador general del concejo, Pedro Leiciro, fué el encargado de presentar la carta original á D. Juan II, y entre los testigos de este consistorio se encuentra á Vasco Gomez de Marzoa, que seria tal vez el padre de Lope Gomez de Marzoa, primitivo fundador del *Estudio viejo* de Santiago, y notario público de la ciudad.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

SAN PABLO DEL CAMPO.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE MONGES BENEDICTINOS DE BARCELONA.

ARTICULO SEGUNDO.

Entremos en el templo restaurado por el conde de Barcelona Wifredo II: echemos una rápida ojeada á la antiquísima iglesia goda, y hallaremos una gran cruz latina que lleva el enorme cimborio por crucero, el presbiterio en su cabeza, capillas en sus lados: hé aqui la forma de cruz que tanto prueba los sentimientos religiosos de nuestros cruzados, sus conocimientos artísticos; sin embargo, la notamos en un templo bizantino, cuando todavia era desconocido el gotticismo. Preciso es confesar que la arquitectura tudesca era mucho antes de marcarse su existencia, un bello pensamiento que se desarrolló con las costumbres de la edad media. El interior de la iglesia se reduce á dos naves que se cortan perpendicularmente; el altar en el ápside y los claustros á un lado. Su fachada ofrece un pensamiento completo y bien acabado, en el que no falta ni una linea, ni sobra una piedra. Los tres arcos semicirculares, el entallado roseton, la ancha ladronera, las dos columnitas uniformes de altura de un hombre, la mano misteriosa con sus dos dedos señala una hilera de peces, estrellas y cabezas humanas que guarnecen la parte superior del arco, en cuyos cuatro lados se halla esculpido el símbolo de los cuatro Evangelistas, orlando el dintel de la puerta, la inscripcion latina «*Per me gradiendo venite Renardus C. P. set anime uxor ejus Raymundo,*» forman el agradable conjunto que ha reproducido el buril en los albums nacionales y estrangeros.

Pasemos al claustro: sorprendente es en estremo el aspecto que ofrece su forma casi cuadrada, corrida, de esbeltas columnas pareadas, de cuyo comun arquitrabe arrancan varios fragmentos de círculo, que cortados, trazan tres ó cinco arcos, ninguno de los cuales cierra, salvo el último, casi en forma de herradura. Enriquecen los capiteles diversidad de caprichos, como hojas, flores, plantas, rostros, ciervos, caballos, leones, etc.: unos figuran un airoso cesto en sus capiteles, de los cuales en otros derrámanse caprichosas hojas; otros contienen animales estraños y nunca vistos, como haciendo alarde de la mayor originalidad, empero trabajado todo toscamente, como si llevara estampado el sello de la barbárie de aquellos tiempos. Vénse no obstante algunas columnitas, que por la gracia y diligencia de las labores de su base, y por la airosidad de sus capiteles, podrian figurar al lado de la mas delicada forma romana. Las aplastadas aberturas no permiten ver el azul del cielo, y la escasa luz que entra por ellas no puede disipar enteramente las sombras que envuelven las arrogantes sepulturas góticas, construidas unas sobre leones, otras cobijadas por lindas ojivas, cada una con sus mas ó menos delicadas entalladuras y graciosas cartelas. Al leer las lápidas, entre otras la del piadoso fundador, que escrito en letras góticas mayúsculas ulphianas, traducidas literalmente al latin, y comprobada por el P. Villanueva, dice asi: «*Sub hac tribuna jacet corpus Wifredi Comitis filii Wifredi simili modo quondam Comitis bonæ memoriæ. Dimitat ei Dominus Amen. qui obiit Sexto Kal. Maii sub era CMLII an. Dom. CMXIV an. XIV regnante Carolo Rege post Odonem*, siéntese el alma agitada de tristeza y dulce melancolía. ¡Oh! es indefinible el carácter que imprimen ocho siglos sobre un monumento. La solidez y esta misma poca elevacion en la abertura de los arcos, tiene algo de egipcio, algo de esas obras que nos recuerda la historia, y cuyas proporciones la tradicion y la oscuridad aumentan.

Si nada llena tanto de un sublime temor en un santuario como las viejas tumbas; si en parte alguna inspiran tanta veneracion como en una obra gótica, ciertamente el claustro de San Pablo es de los que mas pueden envanecerse de producir estos efectos. Cuando en una tarde borrascosa de verano en la que el trueno retumba á lo lejos, el rayo ilumina las oscuras nubes, la lluvia azota las bóvedas del claustro, cruzamos sus estrechas calles, el alma se siente agitada de tristeza y melancolía, concibe algo de sublime en el silencio de estos sepulcros, turbado por el bramido de la tempestad. ¡Oh! no cabe ponderar la sensacion que producen aquellas piedras, testimonios elocuentes y espresivos de haber pasado en pos de ellas tantas generaciones, cuyo color, entallamiento y colocacion nos evidencian una larga duracion de cerca mil años.

El claustro de San Pablo del Campo presenta ya aquellas formas misteriosas con que vestia sus fábricas la edad de la caballería; es una de aquellas creaciones que aventajan á su siglo. Consideremos este claustro solo, aislado, despojado de su atavio, con sus columnitas y sus arcos, y hallaremos ser sublime é impresionable cuanto se puede imaginar. Si le parangonamos con las demás creaciones contemporáneas, vemos ser de aquellas obras que confunden la mente del ob-

servador, y que dando un paso de gigante el génio y el gusto de los obreros bizantinos, iba regularizándose por la práctica de los artistas sarracenos. Otros detalles y particularidades pudiéramos citar, que omitimos en atencion á los límites á que debemos ceñirnos.

No queremos concluir el presente artículo sin dejar consignado que nos causa mucha pena que el público no pueda recorrer y admirar tan rica joya, pues destinado el edificio á servir hoy dia para cuartel, donde no es permitida la entrada, corre además inminente riesgo de sufrir irreparables perjuicios. En su consecuencia formulamos la enérgica súplica, y rogamos encarecidamente á las autoridades, á las corporaciones científicas, y á todas las personas ilustradas, amantes de nuestras preciosidades artísticas, para que insten vivamente al gobierno y no desistan hasta haber conseguido que los claustros, que deben considerarse parte de la iglesia, esten unidos á ella y segregados enteramente del resto del edificio, venciendo cuantas dificultades se opongan, á fin de que se conserve largamente, sin deterioro ni menoscabo, tan precioso tesoro, y pueda ser visitado sin impedimento alguno, asi por los curiosos viajeros, como por otras personas conocedoras, ávidas de estasiarse á la vista de tan galana y caprichosa obra, una de las mas ricas joyas artísticas que por fortuna nos quedan, y que cuenta tan crecido número de siglos.

JAIME FUSTAGNERA Y FUSTER.



ATILA EN LA GALIA.

Este guerrero habia sucedido á su tio Roas, y mandaba con su hermana Bleda á los hunos, establecidos en la Hungria y en la Escitia; pero no debia contentarle mucho tiempo aquella dominacion. Gefe de un pueblo belicoso é inquieto, resolvió caer sobre el imperio romano, que se debilitaba con el peso de sus crímenes y de sus vicios. Atila no era solo un gran capitan y un hombre de voluntad de hierro, sino que semejante á Alejandro, á César y á Mahoma, espresaba todas las cualidades y defectos de la raza que debia conducir: era el Hércules de los bárbaros. Fuerte, valiente, ardiente, ávido de empresas gigantescas, generoso y colérico, reasumia los confusos instintos de unos pueblos que se agitaban violentamente: su aparicion fué un meteoro; nada fundó; ningun gérmen dejó á su muerte para que se desarrollase mas tarde: quinientos pueblos destruidos recordaron únicamente que Atila habia existido.

Su astucia corria parejas con su valor, y armado, segun decia, con la espada que habia pertenecido al dios de los hunos, era para estos objeto de temor y de veneracion. Mató á su hermana Bleda, para mandar solo, y este fratricidio fué mirado como una inspiracion divina y celebrado como una victoria.

Despues de haber estendido su poder en la Germania, reunió los vándalos, los ostrogodos y los gépidos, y marchó contra la Pérsia al frente de setecientos mil hombres; pero batido en las llanuras de Armenia, cayó sobre el imperio de Oriente, y lo destruyó desde el Ponto Euxino hasta el mar Adriático. El emperador Herodoto fué batido tres veces, Constantinopla sitiada, y hubo que comprar la paz. Despues de haber destruido setenta poblaciones florecientes en la Trácia, la Macedonia y la Grecia, quiso tambien arrasar la Gália. Asustados los habitantes á su aproximacion, huian despavoridos á ocultarse en las cavernas y en los bosques. Pasó el Sena, llegó al Loira, y acampó al pié de los muros de Orleans en 451; pero sus habitantes opusieron tenaz resistencia. Entre tanto Aecio, Teodorico y Meroveo avanzaron con un ejército respetable: súpolo Atila y activó el sitio, que levantó poco despues, abandonando las márgenes del Loira, y trasladándose á C.. lons-sur-Marne, donde le alcanzaron sus enemigos. Aunque los adivinos le anunciaron una derrota, se decidió á combatir, y escitó el ardor de sus soldados. Destrozó en un principio el ejército de Aecio; pero un cuerpo de reserva mandado por Turismundo bajó repentinamente de las alturas, restableció el combate, y obligó á huir á los hunos. Atila se atrincheró detrás de sus carros, y encendió una hoguera, resuelto á abrasarse en ella antes que entregarse; pero los vencedores no se cuidaron de aprovechar sus ventajas. Teodorico murió en la refriega; ciento sesenta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Todos se retiraron dejando á Atila en su campo como una béstia feroz, cuyo retiro nadie se atreve á forzar. Salió de él furioso, pero no desanimado, y empezó á recorer el imperio, semejante á un huracan. Otra espedicion que emprendió contra las Gálias le obligó á volverse á Italia, donde su ejército dió principio á nuevas devastaciones, porque segun las memorias de aquel tiempo, se asemejaba á una horda de bandidos, sin mas ley ni freno que su capricho, ni mas objeto que el pillaje.

Atila murió de una hemorragia en 453. — «Espúsose su cuerpo, dice Michand, bajo un pavellon de seda, y sus guerreros cantaron en honor del que fué su padre y terror del universo: los bárbaros se cortaron sus melenas y derramaron su sangre, y el cuerpo del rey de los hunos quedó encerrado en tres cajas, de oro la primera, la segunda de plata, y la tercera de hierro. Degollaron á los cautivos que habian abierto la fosa, y el cuerpo fué sepultado durante la noche, á fin de que los pueblos ignorasen siempre el sitio en que quedaba aquel depósito.» Fornandes ha dejado un retrato del rey bárbaro: tenia este la cabeza gruesa, nariz aplastada, anchas espaldas y corta estatura. Su continente era fiero y su voz fuerte y sonora.

Solo se alimentaba de carne, y miraba el pan como un lujo indigno de los conquistadores del Norte. Arbitro de muchos reinos, nunca tuvo capital, y su palacio era una cabaña adornada con los despojos de los vencidos.

AMOR Á VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XI.

Salto atràs.

Al subir Meneses al carruaje repitió al cochero el encargo que le habia hecho por la mañana; y los caballos descansados, y con el estímulo de la querencia, tomaron el mismo trote largo que los habia llevado en media hora desde Bayona hasta la quinta de Sofia. Nada aconteció en el camino que sea de contar. Luis Meneses hablaba poco; Remigia callaba absolutamente, y doña Micaela y don Blas partian el peso de la conversacion. Llegaron á las once en punto á la fonda: Luis se despidió de sus nuevos amigos, dándoles las mas cumplidas gracias, y se dirijió á su aposento.

Francisco se encontraba en él, arrellanado en una butaca y profundamente pensativo.

—¿Has recibido una esquelita, que te remití esta mañana? preguntó Luis á su criado.

Francisco se puso de pié; miró á su amo con suma atencion, y repuso:

—Sí señor.

—¿Y has ejecutado cuanto en ella prevenia? insistió Luis con tono seco.

—Antes de contestar á V., quisiera que habláramos un poco.

—Con tal que no sea mucho, empieza: repuso Meneses sentándose.

—¿Está V. seguro, señor, de que no ha perdido la cabeza? dijo Francisco con acento un tanto lastimero.

—Segurísimo: respondió Luis; devolviendo á Francisco la mirada investigadora que este le habia dirijido antes.

—Pues en ese caso mande V. que me encierren en Zaragoza ó en Toledo; porque yo estoy loco de fijo.

—¿Quieres esplicarme á qué vienen todas esas impertinencias?

—¿No hemos salido de Madrid en busca de la señorita Magdalena?

—Sí. ¿Y qué?

—Y cuando consigue V. hallarla, huye de ella como del diablo.

—Ya te entiendo, querido Francisco. Tú te admiras, porque no sabes que Magdalena no es Magdalena.

—¿Qué dice V.?

—Que don Blas no es don Blas.

—Pero, señor.....

—Y que la esposa de don Blas no es la esposa de don Blas.

—Que me lleve el diablo si entiendo.....

—La hija de don Blas es Remigia.

—¿Pero qué importa que haya yo equivocado el nombre si encontramos á la señorita?

—No eres tú quien se ha equivocado, he sido yo.

—Ahora lo entiendo menos.

—Pues escucha. El don Blas que salió de Madrid.....

—¿El padre de la señorita Remigia?

—No; el padre de la señorita Magdalena. Se quedó en Vitoria.

—Ya comprendo. En Vitoria tomó su puesto otro don Blas.....

—Padre de la señorita Remigia. Cuando deshice esta equivocacion.....

—Me escribió V. este papelito: «Francisco, toma dos billetes para »Vitoria. Si no te los quieren dar para Vitoria, tómalos hasta Madrid »ó hasta China; poco importa con tal que pasemos por Vitoria.»

—¿Y bien: has cumplido mis órdenes?

—Sí señor. He tomado dos asientos hasta Vitoria.

—¿A qué hora debemos marchar?

—A las doce.

—Arregla pronto mi equipaje.

—Ya está en la góndola.

—Ajusta la cuenta de la fonda.

—Ya está pagada.

—Francisco, Francisco, algunas veces eres todo un hombre.

—Yo creia que siempre lo era: repuso Francisco con la mayor formalidad.

Contento Luis de la eficacia con que habia cumplido Francisco sus órdenes, y persuadido de que en Vitoria tendria mejor suerte, consagró los últimos momentos que debia pasar en Bayona á despedirse de don Blas. La hora avanzada de la noche no le permitia hacerlos de palabra; y como se miente mejor por escrito que de viva voz, tomó papel y escribió la carta siguiente:

«Señor don Blas Medecotelechea.—Muy señor mio y de toda mi consideracion: acabo de recibir una carta que me obliga á volver á España esta misma noche, y no pudiendo despedirme de V. verbalmente, me tomo la libertad de escribirle estas cuatro líneas. Póngame V. á los piés de las señoras, y disponga de su afectísimo S. S. Q B. S. M.—Luis de Meneses.»

Este lacónico billete entregó Luis al mismo criado que la tarde antes habia llevado al padre de Remigia una tarjeta del amante de Magdalena; encargándole que no dejara de entregárselo al dia siguiente; y despues de repartir las correspondientes propinas se encaminó con su criado al parador de diligencias. Dieron las doce; los viajeros ocuparon sus localidades; encendió el mayoral su puro; subió al pescante; empuñó las riendas; dió sus órdenes con la autoridad de un capitan á bordo, y al primer chasquido del látigo del postillon salieron las mulas á escape. Al atravesar el Vidasoa se despidió Francisco de Francia, tierra inhospitalaria para él, pues habia perdido al pisarla una parte de sus atribuciones; y saludó á España como si no la hubiera visto en el trascurso de diez años. Luis pensó con gusto que no tendria que dar mas el brazo á Remigia, y lanzó un suspiro confiando en que las aceras españolas sabrian llevarlo hasta los pies de Magdalena.

Cerca estaba Luis de Vitoria cuando entregaron á don Blas la carta de su amigo Meneses. En su cualidad de padre creyó que aquella carta tendria por objeto pedirle la mano de Remigia: y como doña Micaela tenia voz y voto en el concejo de familia, la condujo al alfeizar de una ventana y la enseñó el pliego, aun cerrado, que acababa de recibir. Doña Micaela era buena madre y creyó lo mismo que su esposo; ninguno de los dos habia reparado en la joroba de su hija, y como todas las mugeres son impacientes y curiosas, abrió el pliego sin vacilar. Le parecieron pocas líneas para una peticion tan grave; pero sin embargo leyó. Á cada palabra su rostro se ponia mas pálido, y cuando concluyó la epístola estaba como una difunta.

—¿Qué tienes? la preguntó don Blas, notando el cambio de su rostro.

—Toma y lee: repuso doña Micaela, presentándole el fatal escrito.

Don Blas leyó, y aunque se encontraba prevenido, se inmutó como su muger.

—Esto es muy raro, murmuró. Queria acompañarnos á Biarrist y se vuelve á España.

—Razon tenia yo cuando te dije que desconfiaras de él: repuso doña Micaela.

—¿Pero qué idea pudo llevarse en buscar nuestras relaciones?

—Quién sabe! Quizá es algun petardista, y queria pegártela.

—En ese caso no se habria marchado sin intentarlo cuando menos.

—Quizás algun incidente le habrá hecho huir, temiendo ser descubierto.

—¿Qué sucede? preguntó Remigia alarmada por el secreto de sus padres.

—Nada de estraño: respondió doña Micaela, que tomaba siempre la iniciativa en las discusiones domésticas. El jóven que nos acompañó ayer escribe á tu padre despidiéndose para España.

—¿Y cuándo se marcha? preguntó Remigia manifestando algun interés.

—Se ha marchado ya: respondió don Blas que era el segundo á votar en el dicho concejo.

—¿Pues no debia acompañarnos á Biarrist? insistió Remigia.

—Ha recibido anoche una carta que le ha hecho mudar de opinion; repuso doña Micaela.

—Es lástima que se haya marchado; porque parecia muy amable.

Don Blas y su esposa creyeron que debian cortar la discusion, y trataron de otros asuntos. Sin embargo, los dos consortes procuraron adquirir noticias relativas á don Luis de Meneses, y las pidieron á todos los mozos de la fonda. Las respuestas de estos fueron contrarias á las injuriosas suposiciones de doña Micaela: todos ellos habian recibido propinas nada despreciables: por lo tanto, para todos ellos era don Luis un caballero tan sin miedo ni tacha como Bayardos ó Roldan. Estos informes prestaban fuerza á las razones de don Blas; pero su esposa, que era indócil como toda muger, se mantenia firme en sus trece, y no habia quien la convenciera de que Meneses no era un truhan.

En estas cuestiones matrimoniales trascurrieron dos dias enteros. Sofia tuvo la amabilidad de preguntar á su compañera de colegio por el español, estrañando que no hubiera tenido la cortesía de visitarla: y Remigia tuvo el patriotismo de disculpar á su conciudadano, contándola su imprevista marcha. En la tarde del segundo dia recibió don Blas una carta, fecha en Madrid, del tenor siguiente:

«Mi estimado amigo: En contestacion á su última debo decirle que »conozco mucho á don Luis de Meneses. Es un jóven muy distinguido, »de talento y que ocupa en la córte una buena posicion social. Aunque »lo trato hace mucho tiempo, no puedo noticiar á V. detalladamente »sus riquezas; pero su manera de vivir honrosa, independiente y »desahogada me prueban hasta la evidencia que posee una fortuna re»gular. Si adquiero mas noticias, tendré el gusto de participárselas;

»pero entre tanto puede V. tratarlo con la mayor intimidad seguro de »que no tendrá por qué arrepentirse. Por último, si vale algo mi ga»rantia, yo respondo de él desde luego.»

—¡Razon tenia yo para decir que don Luis era un caballero! esclamó doña Micaela, despues de haber leido segunda vez la carta del íntimo amigo de su esposo.

—Perdona, muger, observó don Blas; pero me parece que tú eras la que dudabas de la honradez de nuestro amigo, el señor don Luis de Meneses.

—No sé cómo tienes valor para decir eso, cuando sabes que siempre fui de su partido.

—Yo habia entendido lo contrario, pero quizás comprendí mal.

—Quien piensa mal, comprende mal: dijo doña Micaela sentenciosamente.

—Tú sabes, muger, que no soy propenso á pensar mal de nadie.

—Pero sí propenso á disputar, y no estoy de humor de disputar. Quede sentado que al pobre don Luis ha sucedido una gran desgracia, y que tomamos en ella mucha parte.

—Soy de tu mismísima opinion; y lo siento tanto como tú.

—Mira Blas, ¿por qué no le escribes ofreciéndole cuanto poseemos?

—Tienes razon; voy á escribirle.

Don Blas tomó pluma y papel, y escribió al hombre que no debia admitir sus ofertas.

CAPITULO XII.

Del Escorial á Vitoria.

Estoy seguro, segurísimo, con esa seguridad que inspira fé, y no una fé cualquiera, sino aquella con que se mueven las montañas; estoy muy seguro, repito, de que cuantos se han interesado por los personajes de esta historia, volverán á pensar con gusto en la interesante Magdalena. ¿Y qué cosa mas natural? Magdalena se presenta hermosa, jóven y entusiasta, tres cualidades que seducen: Magdalena se deja adivinar rica, una cualidad que convence: nada mas justo que pensar en ella con placer. ¡Cuántas veces habré yo pensado en mugeres que lo merecian menos! Pero averiguar en lo que yo he pensado no pertenece á los lectores de esta historia.

Melancólica y taciturna salió Magdalena del Real Sitio; y á las cariñosas preguntas que sus padres la dirijian, respondia siempre con una sonrisa breve y triste; con una de esas sonrisas que entreabren los lábios, como entreabre la brisa las húmedas hojas de un capullo. Ni suspiro ni queja revelaba las palpitaciones de su pecho, y sin embargo, su corazon se dilataba y comprimia como si quisiera romperse. ¿Qué habia dejado Magdalena en el Escorial? Habia dejado una memoria, un sueño hermoso, aquella cornisa encantada que no debia volver á ver jamás. Y luego la pobre Magdalena creia que ella sola soñaba; que ella sola guardaba el recuerdo del dia 17 de julio; que aquel hombre, cuya intrepidez la habia enamorado, no habria vuelto á pensar en un accidente tan insignificante para todos; que aquel hombre no habria reparado quizás en la muger que lo admiraba. Si Magdalena hubiera sabido que Luis pensaba en ella, que Luis corria tras ella, que Luis habia estado la noche antes bajo el mismo techo que ella, que Luis era tan visionario como ella, que Luis estaba dispuesto á arriesgarlo todo por ella, el corazon de Magdalena hubiera latido de alegría, y sus ojos hubieran derramado lágrimas, pero lágrimas de placer.

A las ocho de la mañana estaban D. Blas y su familia de vuelta en Madrid: á las ocho de la mañana pisaba Luis la atrevida cornisa de la iglesia del Escorial. Veinte y cuatro horas antes estaba Magdalena bajo las bóvedas de San Lorenzo; veinte y cuatro horas antes estaba Meneses en un lecho, durmiendo como un pordiosero despues de una buena limosna. Si Luis hubiera adelantado su viaje veinte y cuatro horas, ó Magdalena retrasado el suyo el mismo tiempo, ¡de qué distinto modo hubieran marcado los sucesos! ¡Cuánto influyen veinte y cuatro horas en la felicidad humana!

Pero es una majaderia filosofar de esta manera, cuando todo el mundo sabe que el tiempo tiene un influjo singular. Con el tiempo se van curando las heridas mas cancerosas: con el tiempo desaparecen las memorias mas aflictivas: el tiempo trae los desengaños: á fuerza de pasar minutos, y un minuto pasa muy pronto, se pone fea y vieja una muger jóven y hermosa; y pasando tiempo caduca y muere el niño travieso y robusto. Repito que todo el mundo sabe lo que hace el tiempo, y por lo mismo me lo callo; pero no sabe todo el mundo lo que hizo Magdalena desde el Escorial á Vitoria, y me propongo referirlo.

Dije que á las ocho de la mañana del dia 18 de julio, veinte y una horas despues de aquella en que se comenzó esta historia, entró Magdalena en Madrid, y se dirigió á la misma casa que habia espiado dos dias antes el fiel servidor de Meneses. Ya sabemos que Magdalena y su familia ocupaban el cuarto principal; pero únicamente yo sé el estado en que se encontraba. No podia servir de modelo á un endurecido solteron que tratára de pasar pronto á mejor estado, porque el orden estaba reñido con la morada de D. Blas. Se veian seis ó siete camas, un sofá, dos ó tres butacas, ocho ó diez sillas, tres ó cuatro mesas, unos cuantos platos, vasos y fuentes, muchos cofres y varios cajones: en una palabra, era el alojamiento de una familia que, estando con un pié en el estribo, ha deshecho su ajuar, quedándose con lo absolutamente necesario. Magdalena entró en su aposento, cerró la puerta, se arrojó en su lecho, se cubrió el rostro con las manos y empezó á llorar. ¡Pobre Magdalena! Durante el viaje habia traido los ojos cargados de lágrimas, sin atreverse á derramarlas, y al verse sola, las daba curso, para que refrescáran sus párpados y desahogáran su corazon.

Sin tomar en ellos parte alguna vió hacer los últimos preparativos de un viaje que debia alejarla para siempre de su quimérica esperanza: apenas probó manjar alguno, escusándose con una ligera indisposicion; y cuando Francisco estuvo á punto de hablar á Catalina, la doncella que cerró la puerta de la calle, Magdalena permanecia sola en su aposento y entregada á su inesplicable dolor.

—Señorita, dijo Catalina, acercándose á Magdalena de puntillas.

—¿Nos marchamos ya, Catalina? repuso la jóven, enjugando algunas lágrimas ardientes.

—Todavia no. ¿Pero á que no sabe V. á quien he visto?

—¿A quién has visto, Catalina? preguntó Magdalena temblando.

—Al hombre que nos va siguiendo, como una sombra, á todas partes.

—¿Al que nos encontramos en la puerta cuando marchamos á San Lorenzo?

—Y encontramos en San Lorenzo al apearnos, como si hubiera ido por el aire.

—Y esta mañana nos siguió hasta vernos tomar el camino de Madrid.

—Y esta noche ronda la casa: y hubiera entablado conversacion conmigo, á no haberle dado yo con la puerta en las narices.

—¿Quién será ese hombre? preguntó inquieta Magdalena.

—Indudablemente es criado de algun caballero elegante.

—¿De qué lo infieres?

—De sus vestidos, que han servido indudablemente á otro antes que á él.

—¿Y qué querrá ese hombre?

—No lo sé; pero estoy segura de que nos sigue por encargo de su señor.

—¿Sabes, Catalina, que es muy estraño este permanente espionaje?

—Pues si ha de continuar ejerciéndolo, ya debe correr tras nosotras.

—Es verdad, murmuró Magdalena; y persistiendo en su monomanía, puso la figura del criado bajo la cornisa de San Lorenzo.

Interrumpió este corto diálogo la presencia de D. Blas, que venia en busca de su hija.

—¿Cómo estás, querida Magdalena? la preguntó cariñosamente.

—Bastante mejor, respondió, y estampó un beso sobre la frente de su padre.

—Pues concluye de prepararte; porque han dado las once y media y necesitas no perder tiempo.

—Ya estoy preparada, papá: dijo Magdalena, abandonando el aposento de sus ensueños y sus lágrimas.

Toda la familia, compuesta de Magdalena, sus papás, dos doncellas y dos criados, estaba dispuesta; y dando todos el último adios á las desmanteladas paredes, abandonaron el hogar para dirigirse á la fonda de las diligencias. Magdalena esperaba ver entre las sombras de la noche la figura de aquel misterioso criado que constantemente la espiaba; pero con profundo disgusto se vió libre de tan estraña persecucion. Ni en las calles, ni en el zaguan del parador, ni en los salones de descanso descubrió al misterioso espía; y tambien notó que no entraba ni en la rotonda ni en el cabriolé de la góndola. En Buitrago pararon un momento; Magdalena y Catalina examinaron escrupulosamente á todos los viajeros, y con manifiesto disgusto no encontraron á su perseguidor. En Burgos fué un poco mas larga la parada: Magdalena estaba segura de encontrarse con el espía; pero sucedió á su seguridad lo que ordinariamente sucede á todas las hijas del deseo, se desvaneció con el tiempo. Cuando Magdalena se alojó en el parador nuevo de Vitoria, apenas pensaba en el espía; tanto la iban alejando de él los anteriores desengaños; y sin embargo, Catalina entró diciendo:

—Señorita, venga V. conmigo al momento, si quiere V. ver....

—¿A dónde vamos? preguntó la jóven viajera con la indolencia del hastio.

—A esta habitacion inmediata, y verá V. desde el balcon....

—¿Alguna danza de aldeanos? No tengo humor de ver danzas.

—Pero si no se trata de una danza! insistió de nuevo Catalina.

—Sea lo que sea, estoy tan cansada que renuncio desde ahora...

—¿Quiere V. privarse de una sorpresa estraordinaria?

Una sorpresa estraordinaria era mucho para que Magdalena renun-

ciára á ella: se levantó, pasó á la habitacion inmediata, y se puso al balcon, acompañada de su doncella Catalina.

—Nada veo: dijo Magdalena despues de haber mirado con suma atencion hácia todas partes.

—¿Ve V. una puerta, en la direccion de mi dedo, que está bajo un balcon de persianas verdes? repuso Catalina, tendiendo su mano en la direccion indicada.

—Sí; pero ni una sola persona está en ella.

—No aparte V. de ella los ojos, y pronto aparecerá alguien.

Magdalena obedeció á su doncella: á los cinco minutos se presentó un hombre en la puerta, y la jóven viajera esclamó:

—¡El espía!

—Ha llegado antes que nosotras: observó Catalina santiguándose.

—Ese hombre tiene alas: murmuró á su vez Magdalena.

La señorita y la criada se equivocaban de medio á medio. Que Francisco no habia tenido nunca alas; lo sabian desde su madre á Luis Meneses, cuantas personas lo habian visto: y que habia llegado antes que ellas tampoco era exacto, porque habia llegado veinte y cinco minutos despues. Magdalena, que lo creia alado, lo siguió con la vista, hasta que, doblando una esquina, desapareció completamente. Catalina, que no estaba muy lejos de colocarlo entre las aves, lo siguió tambien del mismo modo; y ambas se quedaron diciendo lo que un chiquillo de su madre: «por allí se fué.» Pero ninguna de las dos sabia que Francisco acababa de preguntar si se habia ido ya la diligencia de Bayona, y que le habian contestado afirmativamente.

Permanecieron al balcon ama y señora, esperando ver por segunda vez al espía, que no habia reparado en ellas; pero el primer ruido que llamó su atencion fué el de la silla-correo, que atravesaba á todo escape. Por una de sus portezuelas asomaba la cabeza del buen Francisco: Magdalena lo reconoció, dió un grito; se persuadió de que el espía no tenia alas; pero al mismo tiempo temió que no parára hasta Bayona.

(*Continuará.*)—JUAN DE ARIZA.



CALVINO.

Juan Calvino nació en Noyon (departamento del Oise) el dia 10 de julio de 1509. Su padre era tonelero y se llamaba Gerardo Cauvin, que latinizado despues se convirtió en Calvinus, y de aquí para nosotros en Calvino.

El reformador futuro fué educado por Claudio de Hangert, abad de San Elias de Noyon, quien obtuvo para él un beneficio simple en la catedral y un curato, del cual disfrutaba los beneficios sin cumplir las obligaciones, por no haber recibido todavia las órdenes. No tardó en renunciar al estado eclesiástico, porque Roberto Olivetan, su compatriota, acababa de comunicarle algunas ideas de la reforma que se introducia sordamente en Francia, y que le agradaron desde luego. En Orleans estudió el derecho, y en Bourges el griego, bajo la direccion de Melchor Volmar, que fecundó los gérmenes sembrados por Olivetan, de modo que lo que solo habia sido inclinacion, se convirtió en creencia.

Calvino adoptó todos los principios del cisma de los reformados. En 1532 dimitió en Paris sus beneficios, publicó un comentario latino sin importancia sobre los dos libros de Séneca, *De Clementia*, y tuvo parte en la redaccion de una arenga pronunciada por Miguel Cop, rector de la universidad. Este fué perseguido, y sabiendo Calvino que tambien le buscaban para prenderle, se escapó del colegio de Fortet, donde moraba, y se fué á Angulema á casa del canónigo Du Tillet.

Allí prosiguió sus estudios y coordinó las ideas religiosas que mas tarde debia presentar como una profesion de fé en los reformados franceses, en su *Institucion cristiana*.

Muchas personas le visitaron en su retiro: las doctrinas de la reforma se esparcian en Europa, y Margarita de Navarra acogia en su palacio de Nerac á los doctores protestantes perseguidos. Muchos fueron los que abrazaron los principios reformadores de Calvino, quien los predicó en los pueblos inmediatos á su residencia y en la corte de la reina Margarita. Despues volvió á Paris, y en 1534 se retiró á Bale.

Francisco I, aficionado á los apóstoles de la reforma, los dejaba prender y quemar, porque necesitaba el apoyo de Roma. Para justificarse, decia que los reformadores franceses no eran protestantes como los de Alemania, sino anabaptistas. Calvino respondió á esta acusacion publicando su *Institucion cristiana*, dirigida al monarca, como la profesion de fé de los reformados.

En seguida pasó Calvino á Ferrara á visitar á la duquesa Renata de Francia, hija de Luis XII y esposa de Hércules de Este: recorrió entonces la Italia, predicó de nuevo, hizo prosélitos, volvió á Francia, y tuvo que huir otra vez por el encono de sus perseguidores.

Por último se estableció en Génova, donde imperaba la reforma, y abrió un curso de teología; pero queriendo al mismo tiempo corregir las costumbres, sus enemigos consiguieron hacerle desterrar. Se retiró primero á Berna, y luego á Strasburgo, donde abrió una iglesia reformada, y publicó su *Tratado de la santa cena*, que obtuvo una boga inmensa. Los de Génova le llamaron y enviaron una diputacion á Strasburgo para hacerle volver á su ciudad, en la cual fué recibido en triunfo, haciéndose dueño absoluto de su gobierno, pues Santiago Gruet fué decapitado por *haber querido anular las ordenanzas religiosas de Calvino*, y á Servet lo quemaron vivo en 1553 *por haber combatido su doctrina*.

Valentin fué tambien condenado á muerte por *heregía voluntaria*; de modo que el perseguido se convirtió en perseguidor, y el libre examinador castiga en los demas el libre exámen. En Génova estableció el imperio de la reforma, convirtiéndola en el verdadero arsenal del protestantismo francés, siguiendo activa é inmensa correspondencia con sus correligionarios de todos los paises, y publicando anualmente muchas obras, y entre otras, sus *Comentarios sobre la Sagrada Escritura*. Ademas de sus sermones impresos que son muy numerosos, conserva la biblioteca de Génova 2,025 manuscritos, como tambien muchos tratados de teología.

En aquella época se separaron ostensiblemente los partidarios de Calvino de los de Lutero, formando nueva iglesia protestante.

Calvino murió en Génova el 27 de mayo de 1564, á la edad de cincuenta y cinco años. Siempre fué de constitucion débil, y padeció muchas enfermedades. En 1539 se casó con una viuda llamada Ideleta de Buri, de la cual tuvo un hijo que murió jóven. Sóbrio y laborioso, era hombre de desmesurada ambicion y de corazon inflexible: su desinterés era superior á cuanto puede imaginarse, pues vivió con una renta de ciento cincuenta escudos anuales, quince quintales de trigo y dos toneles de vino. Lo que dejó no valia ciento veinte y cinco escudos, segun el inventario que se hizo.

LOS HUEVOS DUROS.

Un capitan de caballería, que aun vive, era aficionado á cenar huevos pasados por agua, con tal que fuesen bastante claros. Un dia despidió á su asistente, y le reemplazó con un quinto, á quien encargó mucho que le hiciese bien á su gusto su cena favorita. Llegó la noche, y encontró dos huevos como piedras; por lo que reiteró al nuevo asistente la recomendacion de que los hiciese blandos. Al dia siguiente se repitió la misma escena, y la tercera noche aun fué mayor si cabe la dureza de los desgraciados comestibles.

Amostazado ya el capitan, cogió el plato con su contenido para tirarlo á la cabeza del asistente; pero se detuvo al oirle, que con aire de contricion le decia:

—¡Por Dios, mi capitan! ¡Yo no tengo la culpa: será que los huevos son de mala calidad; porque, lo que es hoy, han estado cociendo desde medio dia!

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 43.

Mas vale ser cabeza de raton, que cola de leon.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LITOGRAFIA DE M. LEMERCIER.

Este grabado representa el interior del mas aventajado establecimiento litográfico de Francia, del cual salen los grabados mas puros que se conocen en Europa. Hablamos del gran obrador de M. Lemercier.

Ocupa á *ciento cuarenta* operarios, cuyo jornal diario asciende respecto á los impresores desde cinco á quince francos, y en cuanto á los demas, de tres á cuatro. Se encuentran en movimiento incesante *noventa prensas* de brazo, en las cuales se tiran anualmente mas de *dos millones* de láminas, tanto para cuadros como para libros y esportaciones.

Debemos añadir que M. Lemercier es uno de los litógrafos que han introducido en su arte innovaciones y progresos sumamente notables, y que fué el primero que imaginó dar el ácido y la goma á las piedras por medio de una sola operacion, sirviéndose de una mezcla de ambos ingredientes y aplicándola con un pincel muy ancho. Esta oportuna modificacion hace ganar un tiempo precioso, pues se obtienen sin perder minuto pruebas de una lámina ó escrito, que antes no hubiera podido tirarse hasta el siguiente dia.

Conocido es el resto de la operacion litográfica. Se obtiene la impresion pasando por la piedra humedecida un rodillo cargado de tinta hecha con aceite, que ha hervido hasta cierto punto, y con negro de humo.

Las partes húmedas rechazan esta tinta, que tiñe por el contrario todos los contornos, sombras, letras, etc. que ha señalado el lapiz.

Despues se coloca sobre la piedra un pliego de papel seco ó húmedo, segun la naturaleza del dibujo; un timpano de cuero grueso y preparado para una presion fuerte cubre el papel, y la presion traslada á este la tinta depositada en la piedra por el rodillo, reproduciendo en sentido inverso el dibujo ejecutado por el artista. Pudiera continuarse indefinidamente esta operacion, si no alterasen muchas causas el dibujo, *empastelando*, es decir, ensanchando los puntos marcados, ó lo que es igual, echando á perder el dibujo.

A fin de evitar este accidente, ó al ménos para retardarlo todo lo posible, se emplea una solucion de goma, que penetrando en los poros de la piedra, multiplicados por el ácido, impide á la tinta estenderse, y limita su accion á los granos de la piedra que debe cubrir.

Sabido es que el principio fundamental de la litografía con lápiz consiste en la grasa que cubre el vértice de cierto número de pirámides casi microscópicas que contiene la piedra; grasa que disminuye mas ó menos á lo largo del declive de cada pirámide, segun el mayor ó menor recargo que el artista ha querido dar á ciertas partes de su dibujo.

El empleo del lápiz exige un cuidado y delicadeza especiales, hasta tal punto que debe afilarse diez ó doce veces por minuto, circunstancia que unida á otras, ha exasperado á no pocos artistas. Se trató de suplir este agente de la litografía con otros medios, y Engelmann empleó un procedimiento semejante al que se usa para la aguada; pero no satisfizo completamente, y fué preciso esperar las modificaciones que la ciencia teórica y una práctica inteligente pudiesen introducir en esta especie de sombreado con la tinta de china.

M. Lemercier inventó una tinta que se estendia sobre la piedra, la cual se modificaba despues por medio de una franela, de un pedazo de muselina y de un raspador, terminándose la operacion con el pincel. Usando este procedimiento, ejecutaron Deveria y Gengembre algunas de sus mejores obras.

Pero la ciencia no se dió todavia por satisfecha. La aguada, lo mismo que el esfumino, agentes poderosos, que en cada tentativa nueva creian hallar los artistas, permanecian ocultos, y aun algunos de los mas distinguidos litógrafos habian declarado que era imposible su aplicacion á la litografía. ¿Y qué se necesitaba en último resultado? Una tinta que fuese susceptible de desleirse como la de china, de estenderse fácilmente sobre la piedra, y al mismo tiempo de modificarse. Tambien era menester un lápiz litográfico que pudiese aplastarse, estenderse y modificarse con el esfumino, como el lápiz ordinario.

M. Lemercier realizará lo que se ha creido imposible. Hé aquí como:

El lápiz propio para el esfumino y la tinta para aguadas estan íntimamente mezclados, pero no combinados, con una sustancia en estremo divisible y fácilmente atacable por el ácido empleado para la preparacion de la piedra, pudiendo tambien eliminarse por medio del lavado. El lápiz aplastado sobre la piedra se adhiere á ella por un frote muy fuerte, que emplasta completamente todas las líneas que rodean á los granos, y luego con auxilio de brochas mas ó menos ordinarias se levanta el mismo lápiz, de modo que se descubre la punta del grano, penetrando á lo largo de los declives en profundidades mayores ó menores.

Este procedimiento es precisamente opuesto al que antes se se-

guia. Cuando se prepara la piedra para la tirada, el ácido destruye la sustancia interpuesta entre las moléculas del cuerpo grasiento, y señala las porciones de la piedra, que deben rechazar la tinta de imprenta. Los estampados obtenidos de este modo son de una regularidad perfecta, porque el frote del artista destruye al mismo tiempo cantidades proporcionadas del cuerpo craso y de la sustancia mencionada.

Mr. Lemercier ha dado pues por resuelto el problema, y numerosas obras maestras atestiguan que la litografía ha entrado por fin en el verdadero dominio del arte, confiando á los artistas unos procedimientos que les permiten trabajar con entera libertad, y suprimen toda la fatiga y todos los inconvenientes de la profesion.

Hé aquí lo que tan ansiosamente se esperaba desde la aparicion de la litografía, y al mismo tiempo la grande obra de M. Lemercier, que seguramente equivale á una verdadera invencion.

No creemos necesario consignar aquí los progresos en detalle, que él mismo ha introducido en el arte; en todas las esposiciones, que le han visto figurar, se han observado sus nuevos adelantos, mereciendo muchas medallas, y habiendo obtenido en 1849 la cruz de la Legion de Honor.

En la esposicion universal de Lóndres ha presentado tambien una série de obras, que han admirado sinceramente muchos buenos artistas y sábios de diversas naciones. Las principales son: un ángel, por Desmoisons, perfectísimamente estampado; las Willis, por Fanoli; la familia real de Inglaterra, por Leon Noel; la duquesa de Kent, por el mismo; un gran estudio, de Julien; la gallina-ciega, reminiscencia de la niñez; los dos perros, por Lasalle; una vista del mar; el Buen Pastor, y el retrato del presidente de la república francesa.

¿Cervantes fué ó no poeta?

Yo que siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.....

Esto decia de sí el ilustre *manco* de Lepanto en el capítulo primero de su *Viaje del Parnaso*.

Tal opinion fué engendrada en su ánimo por los escritores de su tiempo, los cuales miraron con mucho desden las obras poéticas debidas á su ingenio y á su pluma. Pero la posteridad, veneradora siempre del mérito, no pudo menos de echar por tierra lo injusto de este parecer, reconociendo que quien supo inventar y escribir un *Quijote*, por fuerza habia de estar asistido y ayudado de las Musas.

Pero aquellos que creen que sin versificacion no existe la poesía, responderán á nuestras palabras con decir: «Si Cervantes fué poeta, ¿cómo sus obras en prosa han alcanzado fama eterna, en tanto que de sus comedias nadie hace memoria sino para calificarlas de muy malas?

Otros por el contrario replicarán: «Cervantes, como lo prueban sus novelas, no solo era buen poeta, sino escelentísimo. Las faltas que tienen sus comedias nacen de no saber su autor el arte de bien versificar.»

Nosotros desde luego confesamos que Cervantes fué gran poeta; pero jamás podremos convenir en que ignoraba el modo de hacer buenos versos.

No solo buenos, sino sumamente elegantes hay en casi todas sus comedias, y de ellos podemos presentar á los ojos de los incrédulos, ó de los que sustenten la opinion contraria, multitud de ejemplos, bastantes á probar lo cierto de nuestras palabras.

Sirvan de primera muestra los versos siguientes, tomados de la comedia *La Entretenida*, y dirigidos á una fregona amiga de cazar voluntades y de retenerlas.

Eres muy solicitada
y muy vista: y no está el toque
en que la flor no se toque,
si á serlo está aparejada.
Las flores del campo estan
sujetas á cualquier mano:
á las del bajo villano,
y á las del alto galan:
al arado y al pie duro
del labrador que lo guia;
pero la flor, que se cria
tras el levantado muro
del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende.

Estos versos en sencillez, en dulzura y elegancia compiten sin duda con los que el gran Lope de Vega usaba en el diálogo de sus comedias. En la misma *Entretenida* hay otros iguales en mérito á los ya citados. Estan puestos en boca de un náufrago, y dirigidos á una dama hermosísima:

No fué huracan el que pudo
desbaratar nuestra flota,
ni torció nuestra derrota
el mar insolente y crudo.
No fué del tope á la quilla
mi pobre navío abierto;
pues he llegado á tal puerto
y pongo el pie en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
las aguas que las tragaron;
pues mas rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron.
Hoy se aumenta mi riqueza;
pues con nueva vida y ser
peregrino llego á ver
la imágen de tu belleza.

Y no solo en las comedias de Cervantes se hallan trozos tan elegantemente versificados, modelos de galantería, sino tambien otros dignos de memoria por su dulzura en la espresion de amorosos afectos. Sirvan de ejemplo los siguientes, que se encuentran en la comedia intulada *La casa de los celos*.

¿Has visto, pastor, acaso
por entre aquesta espesura
un milagro de hermosura
por el cual mil muertes paso?
¿Has visto unos ojos bellos
que dos estrellas semejan,
y unos cabellos que dejan
por ser oro, ser cabellos?
¿Has visto, á dicha, una frente
como espaciosa ribera,
y una hilera y otra hilera
de ricas perlas de Oriente?
¿Dime si has visto una boca
que respira olor sabeo,
y unos labios por quien creo
que el fino coral se apoca?
¿Di si has visto una garganta
que es columna deste cielo,
y un blanco pecho de yelo
dó su fuego amor quebranta?

Bien quisiera que cuantos siguiendo una vulgar opinion, destituida de verdadero fundamento, han afirmado y afirman que Miguel de Cervantes Saavedra no sabia hacer versos elegantes, presentasen, á vista de los ya copiados, los grandes defectos que en ellos se encierran. Además, que diesen las pruebas suficientes para convencernos de que estos no pueden ponerse como buenos al lado de los mejores de otros ingenios, famosos por sus escelentes obras poéticas, así líricas como dramáticas.

Pero si ejemplos tales no bastan para que la luz de la verdad penetre en los entendimientos de aquellas personas que son de opuesto parecer, aun hay otros, dignos tambien de memoria, en las comedias de Cervantes, y por tanto muy á propósito para el caso presente. Véase cómo en *La casa de los celos* responde el Amor á su madre Venus:

Has de saber, madre mia,
que en la corte, donde he estado,
no hay Amor sin grangería;
y el interés ha usurpado
mi reino y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
poco me podria valer,
usé de astucia, y vestíme,
y con él entremetíme;
y todo fué menester.
Quité á mis alas el pelo,
y en su lugar me dispuse
á volar con terciopelo;
y al instante que lo puse
sentí aligerar mi vuelo.
Del carcax hice bolson,
y del dorado harpon,
de cada flecha un escudo;
y con esto y no ir desnudo
alcancé mi pretension.
Hallé entradas en los pechos
que á la vista parecian

de acero ó de mármol hechos;
pero luego se rendian
al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros dias
las antiguas bizarrías
de los Heros y Leandros;
y valen dos Alejandros
mas que doscientos Macías.

Cervantes en todas sus comedias nos ofrece modelos de escelente versificacion, así en lo bien construido de los metros, como en lo correcto del lenguaje y en lo poético del estio.

Y si tan buenos trozos se leen en sus obras cómicas, no inferiores pueden trasladarse aquí como muestras del talento poético de Cervantes en el género trágico. En *La Numancia* hay muchos, y sobre todo algunos ya famosos, á causa de estar encarecido su mérito por varios críticos españoles de gran fama. Véanse las quejas de las matronas numantinas contra la opresion que padecia su ciudad por las legiones de la soberbia Roma, terror del mundo:

¿Qué pensais, varones claros?
¿Resolveis aun todavía
en la triste fantasia
de dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
por colmo de desventura?
Y á los libres hijos nuestros
¿quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?
¿Quereis hartar el deseo
de la romana codicia,
y que triunfe su injusticia
de nuestro justo trofeo?
¿Serán por agenas manos
nuestras casas derribadas?
¿Y las bodas esperadas
hánlas de gozar romanos?
En salir hareis error
que acarrea otros mil yerros;
pues dejareis sin los perros
el ganado y sin señor.
Si al foso quereis salir,
llevadnos por vuestra vida;
porque tendremos por vida
á vuestro lado morir.
. . . . . .
Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿cómo no hablais,
y con lágrimas rogais
que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacisteis,
y que vuestras madres tristes
libres tambien os criaron.
Decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caida,
que como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.
¡Oh muros de esta ciudad!
si podeis hablar, decid
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

Estos son pasajes verdaderamente trágicos, y dudo que del teatro de nacion alguna se puedan sacar otros del mismo género que los aventajen en hermosura poética.

Por todo lo citado se infiere que Cervantes era un gran versificador y un gran poeta. Tanto número de versos escelentes no estan dictados por el acaso. Cuando no hay aptitud para cierto linaje de escritos, por mas que trabaje el entendimimiento, nada bueno, ni aun razonable, podrá conseguir. Pero á esto se dirá: ¿cómo Cervantes compuso comedias tan desmayadas en la invencion, y llenas de pasajes tan malamente versificados?

La respuesta es por estremo fácil. Las primeras obras dramáticas de Cervantes se compusieron cuando el teatro español estaba en la infancia; cuando no hacia mas que seguir las huellas de los griegos y latinos, cuando no habia aparecido el *mónstruo de naturaleza*, el gran Lope de Vega, para romper las cadenas que aprisionaban á la poesía, y para dar nuevo ser y vida á las comedias.

Las que se representaban antes de Lope en los teatros españoles eran tan sencillas y de tan poco artificio como las griegas y latinas. A similitud de estas, compuso varias Cervantes. Parecieron bien entonces; mas luego que Lope desterró del teatro la sencillez antigua, ya todas las que se habian escrito de este modo, parecian diseños ó sombras de las suyas. Un escelente crítico español del siglo XVII, ponderando el mérito de Lope, por el importante servicio literario que habia prestado al mundo, disculpaba á aquel gran poeta contra los que dentro y fuera de España lo censuraban; y para ello decia: «¿No echan de ver que si los mismos á quienes tan atados imitan hubieran sido cobardes, y hubieran guardado las huellas de los primeros, quedáran cortos como ellos? Crece el arte con el tiempo. El lo alienta, él lo cria, él sobre sus hombros lo pone en la cumbre de la perfeccion.»

Convencido Cervantes, cuando ya era viejo, de que sus primeras obras dramáticas por su sencillez griega y latina, con otras de este género, habian sido desterradas del teatro, intentó seguir las corrientes del gusto de su siglo, é imitar las comedias del gran Lope. Pero su vejez, aunque no lo habia privado de la invencion, le quitó á lo menos el gusto delicado que se necesita para la composicion de tales obras. Por otra parte, su ingenio acostumbrado á escribirlas con menos artificio y en otra forma, no pudo acomodarse fácilmente á entregar á las aguas del olvido lo que aprendió en los floridos dias de su juventud. Un escritor podrá variar de gusto literario en el discurso de su vida; pero jamás del estilo que supo formarse cuando comenzó á dar sus obras á la imprenta.

Por lo demás, es indudable que en las comedias y otros trabajos poéticos de Cervantes hay multitud de versos malamente construidos, y de todo punto desapacibles. Pero entre ellos se encuentran largos pasajes, llenos de otros de buena construccion, mejor estilo y sumamente gratos ol oido de los lectores.

Esto no consiste mas que en la suma facilidad de Cervantes en componer, y de su mucha pereza para castigar los defectos de sus escritos.

Quede, pues, sentado que Miguel de Cervantes Saavedra, aunque incorrecto casi siempre, ni fué mal poeta, ni peor versista, como aseguran algunos; pues para destruir tan falsa opinion, sobradas pruebas existen en sus obras dramáticas y líricas.

ADOLFO DE CASTRO.

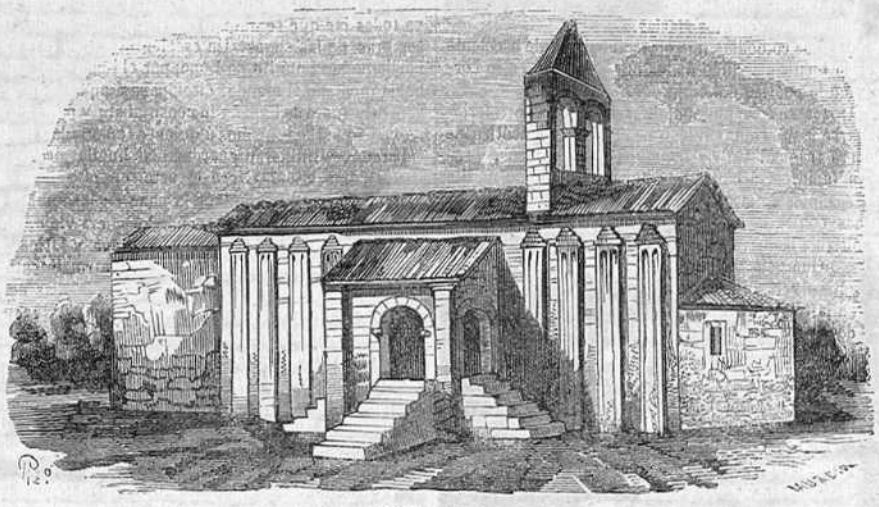
SANTA MARIA DE NARANCO Y SAN MIGUEL DE LINO.

No lejos de la antigua ciudad de Oviedo, y en el monte llamado en otro tiempo *Naurauccio* (1), hoy *Naranco*, se alzan en pintoresca situacion las dos iglesias cuyos títulos acabamos de escribir, que son sin duda de los mas bellos y mejor conservados tipos de aquella estraña arquitectura que en este pais se usó en los siglos medios, y á la que dió con razon el ilustre Jovellanos el nombre de arquitectura *Asturiana*. De una y otra somos deudores al valeroso rey Ramiro I que las erigió como eterno testimonio de su gratitud al cielo por las victorias que alcanzara sobre sus enemigos cristianos, sarracenos y normandos, dedicando para su fábrica una gran parte de los despojos cogidos en el campo de batalla. La piadosa reina *Doña Urraca-Paterna* coadyuvando los intentos de su esposo, se desprendió de muchas de sus joyas para proveer á los nuevos templos de los necesarios ornamentos y vasos sagrados. Tambien Ramiro, prendado de lo vistoso y ameno de aquel lugar cubierto de fuentes y de bosques, hizo construir un suntuoso palacio circundado de jardines, al que solia retirarse para reposar de las fatigas de la guerra. La primera noticia de ambas iglesias la encontramos en dos respetables cronistas casi contemporáneos á su fundacion, el *monge de Albelda*, y *Sebastian obispo de Salamanca*. El primero dice: «En el lugar que llaman *Ligno* construyó (se refiere á D. Ramiro) iglesias y palacios (2):» y el segundo: «hizo el rey la iglesia de Santa María, de tan maravillosa hechura, que no tiene semejante en toda España, y muy cerca unos palacios y hermosos baños.» —De estos palacios solo restaban ya débiles vestigios en el siglo XVI que inspiraron al cronista Ambrosio de Morales la consideracion cristiana de que D. Ramiro como piadoso, y atendiendo á lo breve de la vida del hombre, fabricó su vivienda de poca duracion y la casa de Dios todo lo fuerte posible. —Ordoño I, hijo y

(1) Este nombre, segun Trelles en su *Asturias ilustrada*, se deriva de un antiguo rey de este pais llamado *Noraco*, que es uno de los héroes fabulosos que se hacen florecer allá en los tiempos anteriores á la historia.

(2) «In locum Ligno dicto Eclesiam, et palatia arte formicea mire construxit. (Cron. de Albelda.)

sucesor de Ramiro, donó á la catedral de Oviedo el año 854 la villa de *Linio*, y las iglesias de *San Miguel* y *Santa María de Naranco* (1), y Alfonso III llamado *el Magno*, no solo confirmó en 905 al obispo *Gomelo* y á su iglesia la donacion referida, sino que añadió los palacios y baños que su abuelo edificara. En el mismo reinado de Alfonso el Magno se celebró un concilio en Oviedo en el que el obispo de esta ciudad llamado *Hermenegildo*, fué elevado á la dignidad de metropolitano, y se señalaron á los muchos obispos que á la sazon estaban refugiados en Asturias, parroquias rurales para que pudiesen sustentarse. Las iglesias de San Miguel de Lino y Santa María de Naranco



(Santa María de Naranco.)



(Interior de la Iglesia de Santa María de Naranco.)

cieron entonces adjudicadas á los de Tarazona y Huesca. Desde aquella época no volvemos á leer en la historia el nombre de *Naranco*, hasta 1256 en que D. Pedro Obispo de Oviedo donó á su catedral por el mes de junio el *Celleró* de aquel nombre.—Segun consta de instrumentos, la principal de las dos iglesias de que nos ocupamos, era la de San Miguel, que tenia categoría de parroquia, siendo Santa María su *anejo ó hijuela*; mas despues una y otra tuvieron feligresía propia, hasta tiempos muy modernos que se refundieron en una sola, en la de Santa María de Naranco.—Recorridos ya brevemente los re-

(1) Ego Ordonius Dei gratia Rex Hispaniæ catholicus, Ramiri, Regis filius L.... In Oveto autem concedo medietatem portatici, et medietatem calumniarum mercati..., In latere montis Nauranci villam, quæ dicitur Linio, et aliam quæ dicitur Surgo, et aliam villam in Castro, et Ecclesias etiam S. Sancti Michaelis, et Sanctæ Mariæ subtus Naurantium.» LL. (Risco, España Sagrada, Tom. 37, Apendice X.)

cuerdos históricos de estos renombrados edificios, pasaremos á su descripcion. La iglesia de Santa María tiene por planta un rectángulo, y como la mayor parte de las construidas en aquella época, consta de dos pisos. El mas bajo que nada ofrece de notable sino su estremada



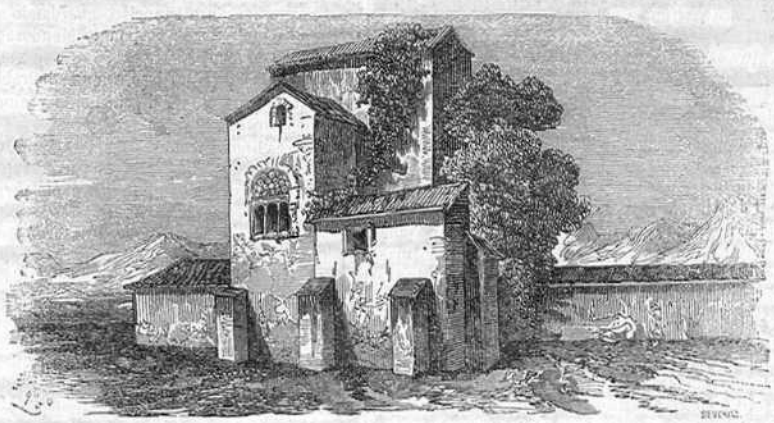
(Detalles de las esculturas de Santa María de Naranco.)

solidez, no está en el dia consagrado al culto. El piso superior permanece casi tal cual lo dejó Ramiro I, y consiste su decoracion en once arcos de cada lado, sostenidos por columnas pareadas y de estraña construccion, formadas en espiral y coronadas cada dos de un solo capitel en figura de trapecio, en los que hay leones no muy toscamente esculpidos. Entre los referidos arcos se ven medallones circulares de prolija labor, y en cuyo centro hay tambien un leon, los cuales sirven de bases á unas pequeñas pilastras adornadas con guerreros á caballo en actitud de combatir, y otras figuras con ropaje talar, que unos califican de doncellas (1), y otros, á nuestro modo de ver mas acertadamente, de soldados moros. Estas pilastras terminan en una cornisa, de la que arrancan varios arcos semicirculares que sustentan la bóveda. El presbiterio está separado del cuerpo de la iglesia por tres arcos cerrados con gruesas verjas de hierro, y al estremo opuesto se ve el coro al nivel del suelo y ornado tambien con columnas y arcos del mismo género que los demas de los costados. Los altares, que se reducen á tres, son pobrísimos, de ningun mérito artístico y construccion muy reciente. En el mayor está colocada la imágen de la Virgen. El todo de tan antiquísimo templo es bello y magestuoso; y su exámen hace al espectador trasladarse á aquellas lejanas épocas en que fué construido, en que la fé, la piedad y el valor eran el móvil de todas las acciones, y en las que no estaban las artes tan olvidadas como suponemos los hombres presuntuosos del siglo XIX. Completa seria la ilusion, si una mano profana no hubiese de poco acá embadurnado de cal y ocre la bellísima obra de Ramiro, despojándola bárbaramente de aquel misterioso color de hoja seca, que hace, segun la frase de Victor Hugo, «de la vejez de los edificios la edad de su belleza.» Felizmente fué respetado el esterior de la iglesia, y asi conserva el severo aspecto que conviene á su ancianidad y recuerdos, ostentando en su decoracion, que se compone de ocho estribos ó pilares estriados en cada costado, la fortaleza, mas bien que la hermosura. El único ingreso es por un pórtico bizantino, al que se sube por una triple escalinata. La muy notable inscripcion votiva de este bello monumento religioso está trazada en dos lápidas ya muy gastadas por la mano de los siglos, pero en la que se pueden leer sin embargo, entre otras, estas misteriosas palabras, puestas por el autor en boca de Jesucristo:

«Entré aquí (en el mundo) sin humana concepcion
Y salí sin corrupcion (2).»

Añádese luego «que por su siervo el rey y la reina su esposa,» cuyos nombres no estan legibles, pero que son sin duda Ramiro y Urraca, atendida la época, «edificó el Señor aquel altar y templo de la bienaventurada Virgen María, para su morada,» y termina:

«Qui vivis et regnas per infinita sæcula
sæcoluron. VIII. Klds. Julias ERA. DCCCLXXXVI (3).



(San Miguel de Lino.)

San Miguel de Lino, que está á pocos pasos de Santa María de Naranco, es un edificio ciertamente digno de los elogios que le tributan todos los historiadores antiguos y modernos. Entre estos últimos, dice el erudito Risco..... aquí tiene tambien el arte mucho que alabar y admirar por la hermosura y delicadeza del edificio, y singularmente por la grande perfeccion que se ve en esta fábrica, que con el grueso de las paredes solo tiene cuarenta pies de largo y veinte de ancho, todas las comodidades que se pueden desear en un templo de los mayores.»—Su forma es de cruz latina, y su arquitectura, especialmente en el interior, se asemeja mas á la de otras iglesias de Asturias, que no Santa María, en la que creemos divisar algunos rasgos del gusto árabe. Tiene San Miguel una pequeña capilla mayor, otros dos altares con antiquísimas estátuas de santos y el coro en alto. El adorno consiste en doce gruesas columnas de mármol sin basa y con estraños capiteles, las que segun opina Carballo fueron traidas

(1) El vulgo de los escritores que atribuye la fundacion de Santa María de Naranco al deseo de perpetuar la memoria de la famosa batalla de Clavijo y la redencion del feudo de las cien doncellas, creen encontrar en estas figuras la prueba material de su asercion. Hoy que la crítica ejerce en la historia el debido dominio, no hay persona medianamente instruida que de crédito á las fábulas del feudo y la batalla, que tuvieron origen segun se cree de los casamientos que se verificaban entre los musulmanes y las cristianas, y de la gran victoria que alcanzó sobre los moros, en los campos de Clavijo, no D. Ramiro I, sino su hijo Ordoño I, conocida en nuestras crónicas con el nombre de batalla de Albelda, y de la que dan testimonio los huesos y fragmentos de armas que se encuentran diariamente.

(2) «Ingressus et sine humana conceptione
Et egressus sine corruptione.»

(3) Corresponde al 8 de julio del año 848.

de las ruinas de la cercana ciudad de *Lucus Asturum* (1). Es tambien trabajo que puede ejecutarse en piedra, y que será tal vez de época mas reciente que el resto del edificio (2). Morales juzga que el constructor de estas iglesias no fué otro que Fioda, el que dirigió la fábrica de la primitiva catedral de Oviedo; pero Risco lo refuta, diciendo que este arquitecto de Alfonso el Casto no es probable viviese aun en 848.—Antes habia en San Miguel de Lino una piedra escrita, procedente tambien de las ruinas de Lugo, en que se leia:

«Cesar omita Lancea.»

Morales, que la examinó, dice en su crónica general, que debe corregirse de este modo: *«Cesar domita Lancea»*, y que fué sin duda parte de un trofeo erigido á Octaviano-Cesar-Augusto en memoria de la conquista de Asturias, y en especial de la antigua ciudad de Lancia que era en aquel tiempo la capital ó principal de este país. Para terminar las noticias que pudimos recoger de esta iglesia de San Miguel de Lino, solo nos resta decir que há pocos años está cerrada al culto por su estado ruinoso, y que cavando unos aldeanos la tierra de su alrededor, en busca de cierto tesoro escondido por los moros, encontraron un sepulcro tosco de piedra formado de una sola pieza. En cuanto al antiguo palacio de D. Ramiro, aun se ven en las tierras contiguas á Santa María algunos restos de paredones de fortísima argamasa, y hasta hace poco tiempo se conservaba una gran pila de piedra, á la que se daba el nombre de *baño de Doña Urraca*, y que fué demolida por el colono que cultiva la heredad en que se hallaba, pues segun dicho de él mismo *los muchos curiosos que iban á verla, le pisaban la tierra*. Esta es la suerte de nuestros mas antiguos y venerables monumentos en este siglo apellidado, sin duda por ironía, de luces y progreso: la mano de la ignorancia y la incuria proverbial del gobierno los hacen desaparecer, sin respeto á la memoria de nuestros abuelos que los erigieron, para servirnos de muestra de su piedad y amor á las artes.

Santa María de Naranco 2 de Noviembre de 1850.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

NOTA. Para la redaccion de este artículo se tuvieron á la vista las obras siguientes: El Albeldense, Crónica; Sebastian de Salamanca, Crónica; Lucas de Tuy, Crónica; Ambrosio de Morales, Historia de España; Mariana, Historia de España; Carballo, Antigüedades de Asturias; Risco, España Sagrada; Trelles, Asturias ilustrada; Libro-Gotico de la catedral de Oviedo; y Madoz, Diccionario Geográfico.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIII.

Un fondista de provecho.

Aunque el amor tiene sus derechos, la frágil naturaleza humana tiene los suyos; y Meneses, que habia corrido durante seis dias y seis noches tras la sombra de Magdalena, desde Madrid al Escorial, desde el Escorial á Madrid, desde Madrid hasta Bayona, y desde Bayona á Vitoria, comiendo mal y durmiendo peor, llegó tan cansado y soñoliento á la capital de Alava, que se cifraba todo su afan en estender sus fatigados miembros sobre una cama bien mullida. Nada hay que decir de Francisco: aunque habia dormido muchísimo mas que su amo, porque tenia la felicidad de quedarse dormido en todas partes, estaba muy acostumbrado á la vida cómoda y regalona que permite el servicio de un indolente, para no sentir las fatigas que ocasiona todo viaje. Así, pues, lo primero que decidieron amo y criado fué alojarse cómodamente y dormir diez ó doce horas. El parador nuevo tenia merecida reputacion; y sea por ello, ó porque un fluido irresistible arrastraba á Luis hácia los parajes habitados por Magdalena, lo cierto es que sin vacilar se dirigieron al mencionado parador. Tomaron una habitacion, la mejor que encontraron desocupada: se afeitó Luis, con gran sentimiento de Francisco, que no veia la necesidad de perder estos quince minutos; y amo y criado se acostaron, para no despertar en catorce horas, dos mas que tenian presupuesto.

Como se habia acostado á las cuatro en punto de la tarde, sucedió que, aun habiendo dormido catorce horas, á las seis en punto de la mañana estaban despiertos. Ocho dias antes hubiera Luis pasado catorce horas mas en la cama, sin otra ocupacion que la de pensar en las catorce horas que habia dormido; pero ya sabemos que Luis habia cambiado de carácter desde que andaba enamorado. Decidió, tambien contra la opinion de Francisco, que era tiempo de levantarse; se vistieron ambos, y á falta de otra mejor ocupacion, dijo Meneses que le parecia conveniente recorrer la ciudad, por si casualmente lograban encontrarse con Magdalena. Este nombre recordó á Francisco que sus trabajos, mas penosos que los de Hércules, no habian acabado todavía; pero considerando que su amo no hacia gran caso de sus consejos, suspiró, tomó su sombrero, y siguió á Luis, que bajaba las escaleras saltándolas de cuatro en cuatro.

Muchas calles habian corrido sin el mas ligero incidente, cuando sintió Luis sobre sus ojos las yemas de cuatro dedos, que se los cerraron de improviso. Como esta broma solo la dan algunos amigos amables, aunque un tanto pesados, que tienen la loca pretension de que los conozcan por el olor, no dudó Luis de que se las habia con alguno de estos amigos y andaba buscando un nombre que decir, cuando Francisco, creyendo deber intervenir, dijo á su amo:

—Es el señorito Mendoza.

Mendoza separó las manos, poco satisfecho de Francisco que le habia impedido llevar la broma por todos sus trámites, y abrazó á Luis estrechamente.

—¿Qué haces aquí, querido Mendoza? preguntó Meneses á su amigo.

—Estoy tomando la embocadura á las provincias: respondió Mendoza arqueando las cejas.

—¿Piensas permanecer en ellas mucho tiempo, ó las dejas pronto?

—Estaré en ellas un par de meses. ¿Y tú piensas ir á Francia este año?

—No lo sé. Pero lo que sí puedo asegurarte es que vengo de Francia.

—¡Pues si te dejé en Madrid hace ocho dias sin ánimo de viajar siquiera!

—Es cierto; pero en ocho dias he viajado mucho, Mendoza.

—Esplícate de una vez, hombre; has picado mi curiosidad.

—Es una historia bastante larga, que ahora no puedo referirte. Pero tú que dices lo que no sabes, dime si has visto aquí á un don Blas...

—Lo conozco mucho. Es un escribano de guerra, casado, con hijos.....

—Yo no sé si el D. Blas que yo busco es ó no escribano de guerra. Pero Francisco nos dirá. Francisco!

Francisco se acercó dos pasos, quedándose cuadrado y con el sombrero en la mano:

—Dime, Francisco, ¿el D. Blas que tú conoces tiene trazas de escribano de guerra?

—No señor: respondió Francisco con la mayor formalidad.

—¿Es un D. Blas bajito? insistió Mendoza, que queria conocer á D. Blas á todo trance.

—Es alto: repuso Francisco guardando su continente militar.

Pero bastante flaco: respondió Mendoza, que no queria dejar su costumbre de mentir.

—Grueso: dijo Francisco con un admirable laconismo.

—Y tiene una muger de cincuenta y cinco á sesenta años.

—De cuarenta.

—Y tres hijos varones.

—Una hija.

—Entonces el D. Blas por quien me preguntas no es el escribano de guerra; pero será...

—No lo conoces de seguro: observó Meneses cortando la palabra á su amigo.

—Te aseguro que yo conozco varios Blases; y recorriéndolos.....

—Es inútil. Hemos llegado á mi posada, y ya que he tenido el gusto de encontrarte, espero que almorzarás conmigo.

—¿Qué tal se porta este perillan de fondista? preguntó Mendoza, que cuando almorzaba con amigos tenia un escelente apetito y gustaba de satisfacerlo lo mejor posible.

—No he tenido tiempo de aplaudir ni de censurar su cocina; mas espero que nos tratará bien.

—En ese caso admitido, sin oponer escusas, tu fraternal invitacion.

Durante las últimas palabras habian entrado en el parador, y empezaban á subir la escalera. Al llegar al primer descanso, se detuvo Luis, hizo una seña á su criado, que subia cuatro ó seis escalones detrás, para que se acercara; y cuando lo tuvo á su lado le dijo:

—Francisco, el señor de Mendoza almuerza conmigo, y tenemos hambre.

Francisco subió los restantes escalones de cuatro en cuatro; Mendoza y Luis entraron en el cuarto del último.

Meneses se echó en un sofá, cansado del largo paseo; pero Mendoza empezó á dar paseos y vueltas por la habitacion con la agilidad de una ardilla. Era Mendoza uno de esos hombres que no pueden estarse quietos; que si llegan á poner la mano sobre un bufete, no dejan papel; y que cuando estan hablando con cualquiera, á falta de otra ocupacion, le desabrochan el chaleco, abrochan un boton del frac y des-

(1) En la pág. 300 del tomo del Semanario de 1848 se publicó un grabado que representa esta ventana.

(2) Hoy Santa María de Lugo, aldea dos leguas de Oriedo.

anudan la corbata. El aposento de Meneses no le ofrecia grande entretenimiento, y despues de haberse peinado varias veces y desarreglado alguna ropa que habia colocado Francisco sobre una silla, se dirigió á la chimenea, y empezó á jugar con dos candeleros de bronce que sobre ella estaban. Las bujías habian servido indudablemente, no habiéndolas gastado Luis, que se acostó á media tarde, y una de ellas estaba sujeta con un papel. Este incidente proporcionaba al inquieto Mendoza un entretenimiento mas; arrancó la bujía, quitó el papel que era medio sobre de carta, y se dispuso á hacer una pájara, no sin leer las pocas letras que tenia.

—Aquí tienes, Luis, una coincidencia bastante rara: dijo Mendoza, acariciando el papelito.

—¿De qué coincidencia me hablas? preguntó Meneses bostezando.

—Me pediste un don Blas hace un momento, y tenias uno encima de tu chimenea; repuso Mendoza, entregándole el roto sobre con un ademan melodramático.

—D. Blas de... D. Blas de... leyó Meneses, dando vueltas al papelito.

—Ese de, despues de don Blas, indica que debe seguirse un apellido aristocrático.

—Pero ese apellido no parece; y lo que yo necesito saber es el apellido de D. Blas.

—El almuerzo espera, señoritos: dijo Francisco presentándose con aire de triunfo por la prontitud con que habia cumplido las órdenes y deseos de su amo.

—Este Francisco es una alhaja, si corresponde el almuerzo á la prontitud. Lo ha preparado en diez minutos; dijo Mendoza tomando el relój de su amigo, porque era operacion mas larga que sacar el suyo.

—Vamos á almorzar, dijo Luis examinando el sello del sobre, que era de Madrid.

Luis y Mendoza se trasladaron á la habitacion inmediata, en la cual estaba servido el almuerzo, y tan buena maña se habia dado Francisco, que el gastrónomo amigo de Meneses dirigió una cariñosa sonrisa á la mesa y un apreton de mano al diestro criado de su amigo.

Mendoza comió como lo hacia en agena mesa, y bebió como en la suya propia, sóbriamente; porque Mendoza era muy sóbrio en la bebida por temor de embriagarse hasta punto de perder la facultad de hablar. Luis comió muchísimo menos, porque tenia un proyecto y no podia realizarlo hasta que acabara el almuerzo. Sirvieron los postres: Mendoza golosineó como habia comido; despues encendió un habano, y con gran satisfaccion de Luis se fué á evacuar unos asuntos, ofreciendo volver á comer con su amigo. Meneses se volvió á su cuarto, despues de haber dicho á Francisco que fuera en busca del fondista.

Dos minutos despues el señor Fermin, así se llamaba el fondista, entró en el cuarto de Meneses, y al verlo lanzó un grito de sincera alegría: eran antiguos conocidos.

—¿Cómo está V., señor D. Luis? dijo Fermin adelantándose hácia el amante de Magdalena.

—Perfectamente; ¿y V., Fermin, cómo se halla? repuso Luis participando de la alegría del buen Fermin.

—Yo tan bueno. V. veinte horas en mi casa y yo sin haber venido á verlo: ¡qué habrá V. dicho!

—He pasado diez y ocho horas durmiendo y paseando, de modo que no he tenido tiempo para hablar á V.

—Yo no sabia que fuese V. el viajero que llegó ayer tarde de Francia. ¿Viene V. de París?

—No, amigo: vengo de Bayona. Pero esto es largo de contar. Siéntese V.

—Con mucho gusto. Bien sabe Dios que deseaba volver á ver á usted, D. Luis.

—Tome V. un cigarro y fume, dijo Luis dando su petaca al fondista.

—Sí que lo fumaré: es un veguero de primera calidad.

—No es malo.

Luis dió su cigarro al fondista para que encendiera el que acababa de tomar, y prosiguió:

—Vamos á tratar de un asunto que me interesa mucho.

—V. sabe que puede mandarme cuanto guste, repuso el fondista alegremente.

—¿Ha recibido V. en su posada á un caballero llamado D. Blas que venia de Madrid?

—Sí señor. Con D. Blas venia doña Margarita, su esposa, la señorita Magdalena, y cuatro criados: dos mugeres y dos hombres. ¿No es por este D. Blas por quien V. pregunta?

—Precisamente. Pero dígame V.: ¿continúan alojados en esta fonda?

—No señor: y precisamente en este cuarto habitó la señorita Magdalena.

—¿Han tomado casa en Vitoria? preguntó Luis despues de lanzar un suspiro porque Magdalena habia estado en aquella habitacion y el imbécil no lo habia conocido.

—Yo le diré á V. todo lo que sé, dijo Fermin conociendo el gran interés de Meneses.

—Me hará V. un favor singular, repuso Meneses prestando suma atencion al buen fondista.

—Ese D. Blas de quien hablamos llegó aquí el veinte por la tarde en la diligencia de Madrid, acompañado de su familia. Inmediatamente pidió las mejores habitaciones, y le dispuse tres ó cuatro, entre las cuales se contaba la que V. ocupa. Conocí desde un principio que era hombre de calidad; y como yo, gracias á Dios, sé distinguir bien de colores, lo serví en comida y demas como á un príncipe ó á un amigo. Pasaron aquí un dia y dos noches, y ayer á las tres de la mañana se marcharon en una galera tirada por cuatro mulas de labor. No necesito decir á V. que me pagaron espléndidamente, lo que me confirmó en la idea de que D. Blas era un cumplido. Estas son todas mis noticias, que refiero á V., señor don Luis, sin añadir ni quitar nada.

—Doy á V. las gracias, Fermin: pero quisiera dirigirle algunas preguntas.

—Bien sabe V. que puede hacerlas, y que quedará satisfecho.

—¿Quiere V. decirme, amigo mio, el apellido de D. Blas?

—Con mucho gusto lo haria, señor, pero no lo sé. En mi cualidad de posadero le pedí el pasaporte: D. Blas me dijo que no necesitaba presentarlo, y yo no quise aparecer ni desconfiado ni curioso.

—¿Y sabe V., amigo Fermin, hácia qué punto se dirigieron?

—Eso sí. Tomaron el camino de Francia; y, ó mucho me engaño, ó deben hallarse en Arechavaleta.

—Durante su permanencia aquí ¿han recibido á muchas personas?

—A un caballero que pasó con ellos todo el dia y marchó tambien en la galera.

—¿Sabe V., querido Fermin, el nombre de ese caballero?

—No señor. Lo vi entrar y salir, pero nunca lo nombraron en mi presencia.

—¿Y podria V. hacerme su retrato para ver si yo lo conozco?

—Sí señor. Era mas alto que V. tres pulgadas lo menos; un poco grueso; bastante moreno, y nada bonito de cara. Sus modales no eran muy finos, y vestia con poca elegancia.

—Acaba V. de hacerme, Fermin, un retrato de cuerpo entero. ¿Y qué edad tendria?

—Cuarenta años, año mas ó menos. Apostaria que no baja de treinta y ocho ni sube de cuarenta y dos.

—¿Y la familia de D. Blas, cómo lo trataba, si V. lo sabe?

—Lo trataba con bastante consideracion, particularmente la señora.

—¿Magdalena? preguntó Luis con fogosa vivacidad.

—No señor. Quien lo trataba así era la madre. La señorita Magdalena parecia triste y distraida.

—Amigo Fermin, ¿podrá V. proporcionarme modo de trasladarme á Arechavaleta esta noche?

—Sí señor. Y le daré á V. recomendacion para una familia del pueblo que lo tratará como á un rey.

—Acepto la recomendacion y espero el medio de trasporte.

—¿Cómo quiere V. ir, en cabalgadura ó en carro?

—Quiero dos caballos: uno para mí y otro para mi criado, y una mula para el equipaje.

—¿A qué hora quiere V. marcharse? preguntó Fermin levantándose.

—A las siete en punto. Quiero caminar toda la noche.

—Descuide V., dijo el fondista, y se alejó; Luis escribió una carta que selló y cerró, sin ponerle señas.

A las cinco en punto llegó Mendoza: á las cinco y cuarto se pusieron á la mesa: á las seis y media habian concluido de comer. Luis llamó á Fermin: el posadero dijo antes que le hablara Meneses:

—¿Si vuelve por aquí D. Blas, no me daré por entendido de lo que ha pasado entre los dos?

—Si vuelve por aquí D. Blas, tendrá V. la bondad de entregar esta carta á la señorita Magdalena, repuso Luis confiándole la que habia escrito aquella tarde.

—Lo haré. Tome V. esta para la familia de Arechavaleta.

Luis estrechó cariñosamente la mano del honrado fondista, dió un abrazo á Mendoza, y montó á caballo, dejando á su amigo con un palmo de boca abierta.

(*Continuará.*)—JUAN DE ARIZA.

CANCION.

(IMITACION DE VICTOR HUGO.)

¡Sale ya la aurora hermosa
Y estan cerradas tus puertas!
Cuando despierta la rosa
¿Cómo, amada, no despiertas?
Sacude el sueño al instante,
Mi señora,

Y escucha al amante
Que canta y que llora.

—

Suena á tu puerta un clamor;
El sol dice: —soy el dia;
El ave: —soy la armonía;
Mi corazon: —¡soy amor!
Sacude el sueño al instante,
Mi señora,
Y escucha al amante
Que canta y que llora.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DE GAVIRIA.

En el salon dorado resplandece
En tiesto lindo de soberbia china,
Rica en gala y olor, flor peregrina
Que al pasmo universal su dueño ofrece.
Y allá distante pobrecilla crece
En el prado que el sol claro ilumina
Entre la hierba inculta y tosca espina,
Bella aunque humilde flor que el aire mece.
Laura, del salon régio que admiramos
En hora buena gocen los primores,
Pues suyos son sus opulentos amos.
Pero amemos al prado con sus flores
si nuestro fué y entre ellos nos criamos
Gozando sus perfumes y colores.

Entre las pompas de París inmenso
En cultura, comercio, y artes rica,
Donde tiene el placer morada y trono;
¡Oh! no olvides del pobre Manzanares
La modesta ribera que ilumina
De nuestra España el sol resplandeciente;
Admira al estrangero: ama á tu pátria.

París 1842.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

PRINCIPALES CAUSAS QUE HAN DADO Á LOS ROMANOS EL IMPERIO SOBRE UNA PARTE DEL MUNDO.

En su origen, la guerra habia sido para los romanos una necesidad de posicion, que se hizo despues instintiva bajo la influencia de la educacion y de la costumbre. La embriaguez constante del buen éxito exaltó el orgullo nacional, de manera que la idea de que Roma estaba predestinada á la conquista del mundo, se convirtió en una especie de supersticion popular. Pero para hacer frente á potencias de primer órden como la república cartaginesa ó las ligas griegas, como la Macedonia ó la Siria; para deshacer coaliciones formidables, para contener bajo el yugo á numerosas poblaciones, no era bastante la bravura de los ejércitos; se necesitaba que la ciencia política viniese en ayuda de la virtud guerrera. Por la sagacidad y por la perseverancia de su política fue, pues, como Roma llegó á reducir todas las potencias con las que estaba en contacto. Ninguna otra asamblea deliberante ha ofrecido al mundo una reunion de hombres de estado comparable al Senado Romano. El senado, único poder activo, comunicaba á los negocios públicos una irresistible impulsion. Gracias á él, se observaba en Roma una política *romana*, que se perpetuaba tradicionalmente en el órden Senatorial: política inmutable, cuyo espíritu reasumió Virgilio en estos magníficos versos:

Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos.

Cuando los romanos no podian hacer frente á todos sus enemigos, negociaban tregua con los mas difíciles de reducir; pero en las cláusulas de armisticio se reservaban algunos casos de ruptura, á fin de estar autorizados á volver á las hostilidades cuando les fuese conveniente. Cuando intervenian como mediadores, ya entre pueblos enemigos, ya entre facciones rivales, se pronunciaban siempre por el partido del mas débil, con el objeto de vender cara su proteccion, la que temprano ó tarde se cambiaba en dominio. Una vez concediesen á un pueblo el título de aliado, no le permitian hacer alianza con otras naciones. Lanzaban vigorosamente ásus aliados contra sus propios enemigos, y los trataban como á estos mismos si demostraban irresolucion en ello. Jamás otorgaban paz á los vencidos sino con ruinosas condiciones: por ejemplo, exigian la destruccion de las fuerzas marítimas, lo que le libraba de sostener crecidas flotas, y les aseguraba con poco dispendio la dominacion de los mares. Los rehenes que solicitaban en garantía de negociaciones concluidas, eran ordinariamente hijos de príncipes ó de personajes, á quienes se pudiera lanzar en su pais como gérmenes de discordia. Si un general romano, obligado por la necesidad, suscribia un tratado desventajoso, el Senado, lejos de considerarse comprometido por su representante, veia en esta circunstancia una afrenta mas que vengar, una ocasion de nueva guerra. Por último, cuando una comarca estaba difinitivamente conquistada, nada se ponia en olvido para comunicarle las costumbres, los usos y los sentimientos de la ciudad Soberana.

Para poner en relieve los principales trazos de este cuadro diremos: necesidad de hacer la guerra para dar ocupacion á su pueblo ocioso: educacion esclusivamente militar: perfeccion de la táctica: alternativa de vencer ó de ser vencido: estricta observancia de no hacer la paz sino despues de la victoria: reunion de los mas singulares talentos en el Senado: política enérgica, insidiosa y mas que todo perseverante: tales fueron las causas que determinaron el continuo acrecentamiento de la grandeza romana. «Asi llegó á ser Roma (ha dicho Montesquieu) no una verdadera monarquía, ó una república; sino la cabeza de un cuerpo formado por todos los pueblos del mundo».

Suponiendo que la mayor parte de nuestros ilustrados lectores comprendan francés y latin, les ofreceremos para variar los geroglíficos siguientes:

GEROGLIFICO FRANCES.

p G
A a

Solucion.

Allons souper, j'ai grand appétit.
(A long sous p, G grand a petit.)

GEROGLIFIGO LATINO.

Vitam t-gram-e, bene actam, sempinanana æninitas.

Sic legendum.

Vitam integram, bene anteactam, sequitur sempiterna æternitas.

OTRO GEROGLIFICO LATINO.

Putredo { cur / bis? } { tua mamama rarara est; } { ttt / sss } netur e-t-a, et
frafrafra er-c-is { ito / interii, } { iiium pr-tor-e, } { i / i-to-i.

Lege.

Putredo superba, cur superbis? tua mater terra est; subter te sternetur tinea, et frater cineris subitò interibis, iterum interpretor, subitò interibis.

SOBRE ANAGRAMAS.

Se sabe que se llama *anagramas* las diversas palabras que se pueden formar con las mismas letras de una palabra propuesta, combinadas en un órden diferente. Muchas personas ociosas y pacientes (que las hay en todas las naciones), han tenido la cachaza de formar anagramas en diferentes idiomas. ¡Cuánto tiempo, sudor y paciencia no habrá gastado, por ejemplo, el francés que forjó el célebre anagrama con la frase siguiente!

Napoléon empereur des français,

que dá:

Un pape serf a sacré le noir demon.

Las personas aficionadas á los juegos de palabras que los franceses suelen llamar *calambours*, fundados en los muchos homonimios de que abunda dicho idioma, podrán tambien divertirse un rato con el problema siguiente:

Espresar 18 palabras francesas con las 24 letras que siguen:

l n e n e o p y, l i a v q, l i a t t, l i e d e d.

Solucion.

Hélene est née au pais grec, elle y a vécu, elle y a tetté, elle y est décédée.

Tambien gustará á las personas aficionadas al idioma italiano el ingenioso *enigma* siguiente, que los italianos suelen llamar *indovinello* ó *ribobolo*, y cuya solucion versa sobre la palabra *velo*.

Indovinate un poco, io *velo* dico:
Indovinate orsù: io *vel'* ho detto:
Di nuovo *vel'* dirò; vi stimo un fico,
Se non sapete omai questo mio detto.

MADRID.-IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, A CARGO DE ALHAMBRA.



RETRATO DE LA MADRE DE RAFAEL

POR UN PINTOR DESCONOCIDO

Esta linda figura, cuya casta espresion y suaves contornos solo ha sabido indicar imperfectamente un pincel poco diestro, ¿es en efecto el retrato de la madre de Rafael? La tradicion no lo asegura, pero quisiéramos creerlo, porque nos complacemos en observar en ese rostro un destello de aquella gracia ideal de las admirables composiciones que han inmortalizado el nombre de Sanzio. Tal vez se acordaba en sus sublimes sueños de aquella que habia velado como un ángel para guardar su infancia. Tal vez su madre se habia convertido en uno de los primeros tipos de esas cabezas virginales que tanto embellecen sus divinos cuadros. ¿Por qué no hemos de imaginar que la que le dió el ser, fué tambien su inspiracion, y que el gran pintor llegó á empaparse en el sentimiento de lo bello, contemplando las tiernas miradas de la hermosa italiana que se inclinaba sobre su cuna?

Uno de los puntos mas curiosos de las biografías de los hombres célebres, es el que se refiere á las primeras impresiones del corazon y de la inteligencia, á las diversas causas que, sin contar muchas veces con su voluntad, han obrado sobre sus cualidades naturales, dando impulso á su carácter: cuestion moral es esta muy ardua, muy interesante y fecunda en resultados. ¡Cuántos habrán escitado la admiracion del mundo, tan solo por haber sabido espresar los sentimientos, las ideas de una madre, de una hermana ó de una esposa! ¡Gran libro el de la historia secreta de la imaginacion, estudiada en las puras y modestas influencias de la familia! ¡Pero es un manantial profundo que siempre permanece ignorado!...

Para unos ha existido en el interior de sus familias, en sus tradiciones hereditarias, ó en las ocupaciones de sus padres, un móvil, que solo andando el tiempo han podido adivinar, pero que sin duda dirigia insensiblemente sus primeros pasos en la carrera de la vida. El padre de Rafael era pintor, un pintor mediano en verdad, pero bondadoso, honrado, sensato y muy activo: la contínua perspectiva de sus pinceles y de sus colores, no contribuyó poco sin duda á la vocacion de su hijo. Sin citar muchísimos ejemplos antiguos y modernos, el padre de Thorwaldsen era cincelador, y el ilustre escultor dinamarqués se ejercitaba desde muy jóven en modelar, á la sombra de las miradas paternales, figuras de ninfas y de tritones para los buques. Johnson, hijo de un encuadernador, ¿no adquirió en el mostrador, donde se reunian tantas obras diferentes, ese gusto á la lectura que le convirtió en autor tan elocuente y erudito? Gesner tambien tuvo la dicha de abrir los ojos en las orillas del lago encantador de Zurich, entre los libros que se aglomeraban en la imprenta y en la librería de su padre. Gœthe, á quien la fortuna nada quiso al parecer negar de todo cuanto anhela con mas vehemencia la ambicion humana, tuvo en su infancia tres guias inteligentes, tres grandes apoyos: su abuelo, individuo de la alta magistratura, grave dignatario; su padre, hombre de carácter firme, reflexivo y metódico, que le hacia seguir religiosamente sus estudios; y su madre, que endulzaba con la ternura de sus consejos la severidad sistemática de las lecciones paternales.

Muchos autores, muchos artistas han nacido en una condicion que

los condenaba á la mas vulgar existencia. Burns, hijo de un humilde arrendador; Bloomfield, hijo de un sastre; Kirke White, hijo de un carnicero; Hogg, el pastor de Escocia; Vondel, uno de los mejores poetas holandeses, pobre mercader de gorros; Hans Sachs, el zapatero de Nuremberg; así como muchos poetas del norte, Holberg, Baggesen, Ewald, Andersen y Vitalis, se encontraban al principio de su carrera sin fortuna ni apoyo. Sus almas se enardecieron, fortificándose despues en la lucha contra las dificultades materiales de la vida; pero no pocos hallaron en las lecciones de la casa paterna una compensacion de los rigores de la suerte, como sucedió á los hijos de los pastores ó vicarios protestantes; en Inglaterra Young, Thomson, Goldsmith y Coleridge: en Alemania Lessin, Burger, Jean-Paul y Herder, hijo de un maestro de escuela, y en Suecia Dalin, Stagneliu, y el sabio Lineo.

Este estudio nos conduciria á otro sumamente curioso, cual es el de observar las diversas ilustraciones que se relacionan, por los lazos del parentesco, con la obra mas eminente y el nombre mas distinguido, como los brazos de un mismo tronco con la mas corpulenta rama. Parece que en ciertas familias existe una especie de flúido intelectual, un sueño comun que se dilata entre muchos miembros de la misma raza, entre los padres, los hijos y los hermanos, y que baja debilitándose ó fortificándose de una generacion á otra. Numerosos casos se nos ocurren, sacados de las ciencias, de la pintura y de la poesía; mas para dar á estas indicaciones toda la importancia que merecen, y para deducir todas las consecuencias morales, seria muy poco un artículo, pues se necesitaria escribir algunos tomos.

EL AMOR DE LA CASTELLANA.

LEYENDA.

Existe cerca de Aranda una pequeña aldea llamada Montejo, que aunque no conserva de lo que fué sino el nombre, goza el viajero una cierta dulzura al contemplarla.

Nada mas pintoresco que las escarpadas cimas que por todas partes la circundan: nada mas humilde que el manso riachuelo que besa su planta retratándola en sus cristales. Cuando al finar el dia oculta el sol su fulgente faz para ir á lucir en otro hemisferio; cuando la campana de la iglesia anuncia el toque de oraciones, mientras el anciano pastor guia con paso tardo las ovejas al aprisco, entonces se goza allí un encanto indefinible; porque á esa hora mágica en que las flores cierran sus matizadas corolas enviando á Dios su último perfume, á esa hora solemne en que la plegaria del inocente sube hasta el trono del Altísimo, tan pura como el incienso quemado en sus altares, hay en la pequeña aldea una calma tan apacible, una tranquilidad tan deliciosa, que hacen olvidar al alma sus pasados sufrimientos para pensar en un risueño porvenir.

Era una serena tarde de agosto de 18... cuando cansado por la fatiga de la caza me retiraba á mi humilde morada mas temprano de lo acostumbrado. La brisa embalsamada por el blando perfume de las flores que vegetan en las desigualdades de aquellas empinadas montañas, hacia ondular mis cabellos refrescando mi acalorada imaginacion. Solemne era el silencio que en mi derredor reinaba, solo interrumpido por el graznido de las águilas que se albergan en las concavidades de aquellos descarnados peñascos.

Deseando descansar un instante antes de bajar la rápida pendiente que tenia que atravesar para llegar á Montejo, me dirigí á las ruinas de un antiguo castillo, pálido esqueleto de lo que otros dias fué, en cuyas inmediaciones triscaban alegres, como blancos copos de nieve, una porcion de ovejas que apacentaba un anciano pastor.

—Bien venido seais, me dijo el viejo cuando me hube acercado.

—Dios os guarde, anciano, le respondí con respeto, entablando despues una conversacion indiferente que él trató de cortar al poco rato, disponiendose á marchar.

—Paréceme, le dije, que hoy conducis muy temprano las ovejas. ¿No veis que acaba de ponerse el sol?

—Ciertamente, repuso, que otro dia estaria aquí mucho mas tiempo; pero hoy no permaneceria en estas ruinas por todo el oro del mundo ni un solo minuto despues de anochecer; sin duda, vos ignorais la historia de la señora de este castillo; y si quereis que bajemos al pueblo juntos, os la referiré en el camino; pero antes, venid. Y el anciano me mostró un lienzo de pared donde se percibia una abertura que en otros tiempos debió ser la de alguna ventana ogiva, á juzgar por la oscura forma que aun conservaba.

—¿Veis, me dijo, esa ventana, y este hoyo que está aquí á nuestros pies donde crecen esas flores amarillas? Pues entre una y otra se encierra una historia triste, muy triste.

Entré en curiosidad, y me puse á contemplar aquellas masas informes que en otro tiempo habian sido las murallas de aquel derruido edificio. Todo en él era melancólico, todo tenia un cierto tinte de tristeza que yo no podia esplicar: me parecia ver al través de sus gruesas paredes una porcion de descarnados esqueletos que pasaban ante mí sonriendo, y desaparecian en la inmensidad del espacio. Y en medio, alzándose altiva, cubiertas de batista sus arrogantes formas, á la hermosa Castellana, causa quizá de tantos desastres como yo en aquel momento me figuraba,

Asi hubiera pasado largo tiempo, á no haberme interrumpido la voz de mi anciano compañero, de cuya boca anhelaba ya saber la historia de la señora del castillo.

—Cuando gusteis; me dijo, disponiéndose á marchar.

—Vamos, le repliqué, empezad vuestra historia.

Y el pobre pastor despues de un momento de silencio que empleó en coordinar sus recuerdos, comenzó lo que vamos á referir de la manera siguiente:

A mediados del siglo XV habitaba ese viejo castillo un noble caballero llamado D. Alfonso Pimentel, que habiendo gozado en la corte por largo tiempo del favor de D. Juan II, habia sido desterrado de ella por las intrigas de D. Alvaro de Luna.

Casado hacia ocho años con una muger tan hermosa como pura, pasaba tranquilamente su vida en la soledad de su triste morada, sin cuidarse de lo que pasaba fuera de sus muros.

Siempre sombrío, siempre meditabundo, ni aun tenia una caricia para su triste esposa, que se aburria en aquella solitaria mansion. Doña Luz, que asi se llamaba la jóven castellana, era una de esas criaturas hermosas que solo puede concebir la mente de un poeta.

No es el mármol de Paros tan blanco como su trasparente cutis; no es tan roja la amapola húmeda por el rocío, como lo eran sus graciosos labios; y si á esto se añade una blonda cabellera cayendo perfumada sobre su nacarada frente, podeis formaros una pequeña idea del precioso conjunto de aquella divinal criatura.

Pero ¡ay! tan desgraciada como hermosa, pasaba la solitaria existencia pensando en los encantos de su vida pasada, entregando su ardiente imaginacion á la idea de un sombrío porvenir.

¿Quién no la hubiera compadecido al verla en las altas horas de la noche reclinada muellemente en el alfeizar de la gótica ventana, contemplando el argentado disco que resbalaba tranquilo en la bóveda celeste, mientras un raudal de lágrimas inundaba sus pálidas mejillas? Y sin duda hubo quien la compadeciera; sin duda hubo quien comprendiera los sentimientos de su corazon; porque una noche, cuando ya la aurora iba á mostrar su rosada frente, sintió al pié de su ventana el trotar de un brioso corcel, mezclado con el crujir de una férrea armadura, mientras una voz bien conocida para ella pronunció un «doña Luz» tan apasionado, tan tímido, que la Castellana no tuvo bastante fuerza para desoirle abandonando la ventana.

—¡Luz mia! volvió á repetir el apasionado mancebo que á sus pies levantaba la visera de su casco.

—¿Qué me quereis? respondió la Castellana dejando escapar un ardiente suspiro que el jóven tuvo buen cuidado de recoger.

—Veros, hablaros, volveros á contar mi pena, volver á deciros que os adoro.

—Callad, loco, callad; sois un niño, y como tal os dejais llevar del ardor de las pasiones.

—No, doña Luz, porque os amo há mucho tiempo, repuso el enamorado galan; pero ¡ay! vos no creeis en la pureza de mis sentimientos, no comprendeis ese fuego santo que arde en mi corazon por vos, solo por vos: si le comprendiérais...

—Si creyera en vuestra pasion, dijo la Castellana interrumpiéndole, si comprendiera ese fuego santo que vos decís arde en vuestro corazon «huid» os diria, D. Juan, separaos de mí para no volvernos á ver jamás, porque temeria que los dos nos abrasáramos en ese fuego; pero por nuestra dicha no os creo. Sois muy jóven, y yo ya he perdido las ilusiones de la juventud. Sois galan, sois valiente; buscad en el mundo la felicidad que yo no os puedo dar; mil corazones hallareis que os adoren mas que os puede adorar el mio; además, que viejo y seco, ¿qué podria ofreceros que os hiciese dichoso?

—¡Cruel! repuso vivamente el mancebo, cómo os gozais en mi suplicio! hablarme á mí de felicidad es como hablarle á un ciego de la luz. ¿Y vos me decís que sea dichoso? Sin duda no teneis corazon, no sabeis lo que es sufrir.

—Si sintiérais como pintais, D. Juan, esclamó sonriendo doña Luz, debiérais ser muy desgraciado; pero sois buen trovador, y acaso ahora estareis pensando en componer alguna trova.

Herido el caballero en lo mas profundo con aquellas palabras, nada respondió; bajó la calada visera de su acerado casco, pronunciando un «¡adios!» tan enamorado, que hasta las flores abrieron sus corolas para recibirle: partió al galope por aquellas escarpadas cimas.

Doña Luz le vió marchar, y no pudo contener una triste lágrima que resbalando por su mejilla fué á estrellarse en su mano de alabastro. No le amaba, quizá porque entre él y ella se levantaban sus deberes de esposa como una valla inespugnable; pero le compadecia:

por eso le siguió con la vista, mientras que pudo percibir el rielar de la luna sobre su luciente armadura; por eso en su imaginacion vió grabada desde entonces la imágen de D. Juan, siempre tan galante, tan hermosa.

Muchas noches pasaron en las que el enamorado caballero vió asomar el alba al pie de la ventana de su amada; muchas en que las gayas flores al recibir el beso de la brisa matinal escucharon la tierna despedida de D. Juan y doña Luz: pero siempre vieron al que partia dejar aquellos sitios sin haber escuchado una palabra de consuelo; en todas ellas vieron á la que quedaba dejar la ogiva ventana con el corazon desgarrado y las lágrimas en los ojos, porque amaba ya como no habia amado nunca; aunque la voz de sus deberes sofocaba la del corazon.

Llegó un dia en que apenas el sol habia ocultado sus rayos tras de las esquinadas crestas de Somosierra, y D. Juan paseaba impaciente sobre un gallardo alazan, al pié de las ventanas de doña Luz, y sin duda ansiaba verla, á juzgar por la impaciencia de su ovalado semblante; pero no todo se le presenta al hombre de color de rosa; doña Luz no pareció. Pasó una hora, se deslizaron dos, tres; llegó la reina de la noche á la mitad de su carrera, y sin embargo el enamorado galan aun no habia podido ver su faro de esperanza.

¡Oh! para quien ama con la abnegacion que presta el primer amor de un niño y contando los momentos por las pulsaciones del corazon, espera que llegue el deseado en que poder ver al ángel de sus amores; para el que una noche y otra y mil jura una pasion eterna al ser que adora con delirio, sin poder escuchar ni una palabra de consuelo de sus coralinos labios ¡ay! para ese cada instante que pasa es la eternidad entera, porque lucha entre el amor y la desconfianza, porque la cabeza entrevé un horizonte de esperanza, que rechaza el corazon, y en esa lucha sorda, desgarradora, entre el corazon y la cabeza, aquel se gasta, haciendo que odie la vida el desgraciado ser que pasa tales sufrimientos.

—Tal le sucedia á D. Juan la noche que referimos; pensando que quizá en ella podria obtener alguna esperanza de consuelo, esperanza que no queria creer su corazon, veia con angustia cómo se deslizaban las horas sin encontrar en ninguna de ellas la calma que tanto necesitaba su acalorada imaginacion.

—Esto es hecho, se dijo, esa muger que yo creia tan pura como hermosa, ha estado jugando con mi pobre corazon como lo haria con sus halcones: acabemos; mañana cuando se asome al alfeizar de su pintada ventana, cuando vengan las aves á acariciarla con su canto, verá á sus pies el cadáver del que tanto la ha amado, y entonces no dudará del cariño del pobre loco.

Quedó un momento pensativo, sacó la daga que pendia de su cintura, y con una calma estóica estuvo contemplando si su punta estaba bastante aguzada para acabar la obra de un solo golpe; buscó en su cuitado pecho el sitio donde con mas violencia latia su corazon, y á él dirigir la punta de su homicida instrumento. Pero en el momento en que la mano apoyaba en el pomo de su daga, la voz de Doña Luz vino á herir su oido haciéndole retirar el aguzado hierro.

—¿Qué haciais? le dijo con su dulce voz.

—Nada, señora, me disponia á no molestaros mas.

—¡Ibais á mataros! esclamó horrorizada la Castellana.

—Sí, doña Luz, sí, porque ya me cansa la vida, que nada me trae mas que sufrimientos.

—¿Y si yo dijera que os amaba?

—¡Oh! entonces, esclamó D. Juan arrebatado, viviria porque seria feliz: ¿pero á qué hacerme concebir sueños que no habeis de realizar? ¿Por qué me decis esas palabras que no las siente vuestro corazon, y que al mio le proporcionan la calma el tiempo que dura el pronunciarlas?

—Callad, don Juan, me haceis mucho mal, repuso la Castellana: si yo pudiera persuadirme de que vuestro amor ha de ser tan duradero como decís, entonces ..

—Entonces ¿que? Concluid.

—Os amaria, D. Juan, os amaria.

—Pues bien, esclamó el enamorado caballero; fijadme un plazo, y si al cabo de él veis que mi pasion no es tan grande, tan sublime como en este momento, olvidadme; pero si por el contrario veis en mi entonces tanta abnegacion como ahora, me amareis: ¿no es verdad?

—Me habeis pedido un plazo, dijo doña Luz interrumpiéndole: pues bien, voy á fijarle para dentro de diez años.

—¡Diez años! dijo D. Juan dando un paso atrás horrorizado: por fin si dijérais diez dias, y aun seria mucho para el que sufre tanto como adora; pero escuchadme: estamos á principios de agosto; si al finar el año no ha concluido mi pasion, volveré á contaros mi penas y entonces no me desdeñareis.

—¡Loco! esclamó doña Luz sonriéndose enamorada al ver la gran pasion del mancebo, marchaos, es hora ya de que nos separemos.

—Adios hermosa, adios, decia don Juan lleno de júbilo, estrechando entre las suyas la mano de su querida; ¿me permitis que mis lábios la profanen?

Doña Luz en un principio se negó; pero ¿qué muger no accede á una peticion tan pequeña cuando tiene delante de sí una pasion tan grande? Asi que, el enamorado caballero pudo estampar en aquella mano de alabastro el beso mas ardiente que nadie puede concebir. Los dos se separaron dementes de alegría, locos de felicidad; él al recordar las consoladoras palabras que habia escuchado aquella noche; ella al admirar lo grande, lo sublime de la pasion del mancebo.

Mientras estas escenas pasaban en Montejo, ocurrian en la Vega de Granada otras no menos interesantes que hacian temer al débil rey que se sentaba en el trono de Castilla una invasion sarracena. Los moros que ocupaban la ciudad bendita cuyos cincelados ajimeces se retrataban orgullosos en las aguas tranquilas del Genil y el Darro, robaban y talaban en sus contínuas correrías las aldeas de su vega pertenecientes á los cristianos, sin que D. Juan II enviase á estos infelices un ejército amigo que castigase la osadia de los sarracenos. Cada dia llegaban á los oidos del monarca mil noticias á cual mas tristes y desconsoladoras: ya el saqueo de alguna aldea, ya el incendio de alguna alquería, y sin embargo, D. Juan no tenia bastante fuerza para mandar se dispusiera un ejército que reprimiese la osadia de la morisma; y acaso no se hubiera decidido á levantar su voz, si el condestable D. Alvaro de Luna no le hubiese impelido á ello. Por su consejo ordenó se aprestase un ejército al mando de sus mejores capitanes, entre los que se contaba el que á doña Luz rendia sus amores.

Apenas este supo que tenia que partir, quizá para morir en el ardor de la pelea, ahandonó á la ciudad de Valladolid la víspera del dia en que de ella debian salir los tercios castellanos, con objeto de dar el último adios á la señora de sus pensamientos.

Cuando llegaba al pié del empinado cerro, cuya cima coronaba su castillo, la campana de la iglesia anunciaba el toque de oraciones, por lo que aun tuvo que esperar bastante rato antes de poder hablar á la hermosa Castellana.

No habria aun pasado una hora, cuando esta dejó ver sus arrogantes formas en el dintel de la ventana: pero cualquiera que de cerca la hubiera examinado, se hubiese sorprendido al ver la mate palidez que habia invadido su semblante en los quince dias que habian pasado desde el último en que la vimos. Si mas atrevido hubiese estrechado su torneada mano, se hubiera horrorizado al encontrarla sin vida, yerta cual la de un cadáver.

Esto le sucedió al caballero, cuando al ir á estampar en ella sus ardientes lábios, la encontró tan blanca como la nieve, pero como ella tambien helada.

—¿Estais mala, doña Luz? esclamó asombrado.

—Sí, D. Juan, sí: hace quince dias que me mata la calentura; me habeis abrasado el corazon, y sin embargo no puedo, no debo amaros; ¡qué desgraciada soy!—y la infeliz confundia la blancura de su semblante con la de su pañuelo, ocultando en él un raudal de lágrimas que le inundaba.

—Pues bien: huyamos de estos lugares; partamos á otros donde podremos hallar el amor y felicidad que tanto necesitamos. Venid: la noche es oscura; puede favorecer nuestra fuga, y cuando el nuevo sol por el horizonte venga á tendernos sus dorados rayos, yo podré deciros sin temores que os adoro, y vos, doña Luz, podreis escuchar sin avergonzaros el lenguaje de mi corazon.

—D. Juan, decia la Castellana, callad por Dios, que me habeis destrozado el alma.

—Sí, callaré, doña Luz, decia el caballero con acento sombrío, callaré porque hoy nos separamos para siempre.

Aquellas palabras, que en otra ocasion acaso nada hubieran significado, hicieron levantar á la hermosa Castellana su cabeza, aterrorizada por el acento lúgubre con que el mozo las pronunció. Quizá penetraba el horrible pensamiento que en ellas se envolvia.

—¡Para siempre! esclamó; ¿qué me quereis decir?

—Nada, doña Luz, nada; que sin duda ignorais que mañana parto para la guerra de Granada, y ¡quien sabe si en ella hallaré la muerte que tanto anhelo!

—¿Anhelais la muerte cuando se os presenta un porvenir lleno de gloria? D. Juan, estais loco.

—¡Y de qué me servirá esa gloria que vos decis, si nunca habeis de corresponderme!

—No puedo, D. Juan, no puedo.

—Decid mas bien que no quereis, señora, que os complaceis en mi tormento, y os creeré; pero yo que os adoro con delirio! yo que no puedo sufrir mas la pena que me devora, os digo que el nuevo sol no vendrá á alumbrar sino mi sepultura; ¡adios! doña Luz, prosiguia desesperado; sed tan feliz, tan dichosa como desgraciado me habeis hecho.

—¡Cruel! repuso la Castellana, ni aun quiere compadecerme.

—Pues bien, señora, ¿por qué no me amais? replicó el impaciente mancebo.

Por toda contestacion doña Luz le tendió su mano de alabastro, que él inundó de lágrimas y besos.

—Oidme, D. Juan, replicó despues de un momento de silencio; partid á la guerra donde volvereis á recoger nuevos laureles; tomad este puñal, prosiguió entregando al caballero uno bien cincelado que pendia de su cintura; él velará por vos cual lo haria yo si estuviera á vuestro lado; y os juro por su cruz, que si hay algun hombre en el mundo á quien yo adoro, sois vos, solo vos; pero Dios sabe que no os correspondo por llenar los deberes que como esposa me impusieron al pié de los altares.

Si al volver de la guerra no encontrais á la que amabais, id á llorar sobre su sepultura; yo os sonreiré desde el mundo de los que fueron.

Las lágrimas inundaban su ovalado semblante, ardiente por la calentura que la devoraba; D. Juan quiso hablar, pero sus palabras se ahogaron en su garganta, y solo tuvo bastante fuerza para acercar sus lábios á los ardientes de la Castellana estampando en ellos un apasionado beso.

Doña Luz se retiró de su ventana con el corazon lacerado; y aun no habia dado un paso en el pavimiento de su habitacion, cuando oyó al pié de ella un grito desgarrador como el del que deja de sufrir en este mundo de dolores. Miró, y á la pálida luz de la luna vió al infeliz mancebo que revolcándose en su sangre pronunciaba su nombre al exhalar el postrimer suspiro.

La infeliz no pudo resistir á tan tremendo golpe, y cayó desplomada en el pavimento; acababa de sucumbir á una convulsion nerviosa. Pocos momentos despues el reloj del castillo anunciaba la hora primera del 16 de agosto.

Aquí concluyó mi compañero la historia que hemos referido.

Pero bien, le dije, ¿por qué no quereis permanecer en las ruinas de este antiguo castillo esta noche despues de anochecer?

Porque hoy es el 15 de agosto, es decir, el mismo dia en que dejaron de existir D. Juan y doña Luz; y en este dia, todas las noches á la misma hora en que concluyeron sus amores, se les ve aparecer en los aires, cerniéndose sobre las ruinas de este viejo edificio: ella vestida de blanco, rodeada de una aureola de fuego, él con el puñal de la Castellana clavado en el corazon. Asi pasan orando, hasta que á la media noche desaparecen para no volver á presentarse hasta el año siguiente.

En el momento en que mi compañero acababa de hablar, volví la cabeza por un movimiento instintivo, y mis miradas se dirigieron maquinalmente al sitio donde el caballero y la Castellana habian terminado los dias de su existencia.

Una figura aérea, vaporosa como la niebla matinal, y como ella sostenida en el espacio azul, vagaba errante sobre las informes ruinas de aquel castillo. Sus descarnadas manos en actitud suplicante quizá pedian á Dios el perdon de sus amores.

En pos de ella, y en sangre rojo el acero de su armadura, se alzaba tambien suplicante la arrogante figura de un jóven guerrero.

Los dos oraban, los dos pedian á Dios quizá el término de su tormento.

SANTIAGO IGLESIAS.

FRAGMENTOS.

I.

Es el dia mas hermoso de otoño; brilla el mar herido por los rayos del sol; cada gota de agua refleja, semejante á una chispa de diamante, una luz blanca y pura que la vista no puede soportar. Hombres, mugeres y niños abandonan la aldea y van llegando unos tras otros á los montecillos de arena, donde el clavel silvestre, mezclado al tomillo, exhala su perfume de clavo especia.

Armados de canastas, de redes, de palas y de largos palos que rematan en punta de hierro, esperan que la marea deje al descubierto la vasta playa y sus rocas, para recoger el rico botin, preparado por la Providencia, de voraces cangrejos, langostas de anchas y prolongadas bocas, gamaros, ostras y mariscos de todas clases.

Al anochecer, cuando el flujo del mar se acerca semejante á un rio hinchado por las lluvias, la alegre caravana vuelve á la aldea... pero no vuelven todos.

Embebida en sus pensamientos, una jóven permanece sobre una roca lejana. Al volver en su acuerdo, al abandonar sus sueños de amor y de felicidad, vé que las olas estrechan al peñasco con sus movibles lazos, y que suben... que se adelantan sin cesar. No hay en la playa un ser humano; no hay para la infeliz esperanza alguna.



¿Qué pasaba entonces en el alma de la doncella condenada á morir? Nadie lo sabe: es un secreto entre ella y Dios.

Al dia siguiente se encontró su cuerpo. Habia anudado á unas algas sus hermosos cabellos negros para que las olas no la arrastrasen, pues queria descansar en la tierra bendita de sus padres.

Una cruz de madera señala el sitio del cementerio donde reposa la sin ventura. Otra jóven que fué su tierna amiga, se arrodilla allí todos los dias, ora por ella, y henchido el corazon de tristes recuerdos, se retira después enjugando sus lágrimas.

II

Padre mio, la faena es hoy muy penosa; la azada rebota en la

abrasada tierra; el sol arroja sus rayos de fuego, é impelido el viento del Mediodía, se arremolina el viento en toda la llanura.

Hijo mio, aquel que envia los vientos abrasadores, envia tambien las aguas de las preñadas nubes. Cada dia tiene su dolor y su esperanza; despues de la hornada, la comida.

Esas plantas languidecen, padre mio, y sus amarillas hojas se inclinan sobre el tallo, seco ya y casi marchito.

Ya se levantarán, hijo mio; ninguna yerba está olvidada: el de arriba siempre guarda, entre sus celestiales tesoros, lluvias fecundas y frescos rocios.

Padre mio, los pájaros enmudecen entre las ramas; inmóbil la codorniz, á pesar del surco que penosamente abrimos, no echa de menos á su pareja; la becerra busca la sombra, y el toro, con las patas replegadas bajo su cuerpo y el cuello tendido, dilata sus anchas narices para aspirar el ambiente que le falta.

Dios, hijo mio, volverá su voz á las aves, y á los toros y becerros sus fuerzas aniquiladas por este calor insufrible. Ya se desliza sobre la superficie del mar la brisa que debe reanimarlos.

Padre mio, sentémonos sobre los helechos, á orillas del estanque, al lado de esa vieja encina cuyas ramas flotantes acarician suavemente las aguas. ¡Qué tranquilas estan estas! ¡Qué transparentes! ¡Cómo juguetean alegremente los peces! Unos persiguen á los pobres moscardones que apenas acaban de nacer; otros abren la boca y parece como que dirigen al aire un beso regalado.

Hijo mio, aquel que todo lo ha hecho, ha repartido por todas partes sus inagotables beneficios, así como la vida y sus placeres. El mal es aparente, un lado oscuro del amor, una faz del bien, su sombra.

Sin embargo, padre mio, V. padece. ¡Cuánto trabajo, cuánta fatiga para subvenir á nuestras necesidades! ¿No es V. pobre? ¿No lo es tambien mi madre? Vuestro sudor me ha alimentado; pero ¿ha vivido V. un solo dia seguro del siguiente?

¿Qué importa el siguiente, hijo mio? El dia de mañana es de Dios: confiemos en él. El que se levanta por la mañana ignora si llegará á la noche. ¿A qué fin inquietarnos por un tiempo, por una hora que acaso no llegará? Nosotros atravesamos el suelo como la golondrina, buscando todos los dias la vida de todos los dias, y cuando se acerca el invierno, una fuerza misteriosa nos impele hácia otros climas mejores.

¿Qué eso, padre mio? Parece un muerto envuelto en su mortaja ó un niño entre pañales...

Es un gusano, hijo mio, pero pronto será crisálida y luego mariposa de variados colores, que se perderá entre las nubes.

III.

Habia improvisado en medio del bosque un fuego con ramas secas, y sentado sobre el musgo, calentaba el pobre niño sus ateridas manos en la chispeante llama.

El humo, de color amarillento á impulso de los rayos del sol que se abrian paso entre las nubes, subia en espirales. El niño observaba sus ondulaciones progresivas, semejantes á las de una serpiente que se hincha y desarrolla sus anillos: el humo al fin se fué esparciendo



en cenicientos lienzos, y por último se disipó entre los vapores de la atmósfera.

Cesaron los cantos en el bosque, desaparecieron los insectos alados, brillantes de oro, de esmeralda y de azul, que llevaban de flor en flor sus aéreos amores; silencio sepulcral en todas partes; una tranquilidad espantosa; un color sombrío y uniforme.

Mustias las altas yerbas, blanqueaban sin poder sostenerse y formaban el sudario de la naturaleza sepultada.

De vez en cuando un débil soplo, que nacia y moria casi al mismo tiempo, barria las hojas secas. Inmóbil y pensativo el niño, escuchaba la vóz del invierno; recogíala en su alma y en ella se perdia, como se pierden por la noche los suspiros de la soledad en la espesura de los bosques.

De vez en cuando tambien, una bandada de aves de lejanos climas pasaba por encima de su cabeza, lanzando chillidos semejantes á los aullidos de una jauria. Su vista la seguia por el espacio, y en sus vagas cavilaciones, se sentia arrastrado, como ella, á desconocidas regiones por un misterioso instinto y una fuerza secreta.

Niño; ya aspiras á llegar al término. Ten paciencia, porque Dios te conducirá á él.

IV.

En el fondo de una pequeña ensenada, bajo una escarpada ribera, agujereada en su base por las olas, entre unas rocas de las cuales colgaban largas algas de un verde blanquecino, dos hombres, jóven el uno y el otro ya anciano, aunque robusto, apoyados en una barca de pesca, esperaban la marea, que subia lentamente, apenas impelida por la brisa moribunda. Crecia junto á la barca por el obstáculo que esta presentaba, y dividiéndose las olas en su quilla, avanzaban sobre la arena con débil murmullo.

Poco tiempo despues se apartaba la barca de la orilla, y se metia en alta mar con la proa levantada y dejando por su popa una estela de blanquísima espuma.

El anciano observaba desde el timon las velas, que tan pronto se hinchaban, como se adherian á los mástiles, semejantes á las alas de una ave fatigada. Su mirada queria descubrir una señal en el horizonte ó en las nubes, y embebiéndose despues en sus propios pensamientos, revelaba su tostada frente una vida entera de peligros y de combates, sostenidos sin tregua ni descanso.

El reflujo abria en la mar tranquila inmensos surcos, en que se

mecia la barca, balanceándose con gracia sobre lás brillantes olas. Los anfibios se arrojaban á ellas desde el aire, y el cuervo marino descansaba sobre la punta de una roca pelada.

El menor accidente, un ligero soplo, un rayo de luz, variaba el aspecto de aquella magnífica escena. El jóven, ensimismado, la contemplaba como en sueños; su alma flotaba al ruido de la marejada, semejante al monótono sonido que murmura la nodriza cuando aduerme al niño.

De pronto abandona su letargo, anímanse sus ojos, y resuena en los aires su sonora voz:

«Al labrador los campos, al cazador los bosques, al pescador el mar y las olas, los balances y las tempestades.

Sobre su cabeza el cielo, bajo sus pies el abismo; siempre es libre y no reconoce dueño.

¡Cómo obedece á su mano, cómo se lanza sobre las espumosas olas, la débil barquilla, animada por los frescos besos de la brisa!

El pescador lucha contra las ondas y las somete á su voluntad, lucha contra los vientos y los doma. ¿Quién es mas fuerte, quién es tan grande como él?

¿Dónde están los límites de sus dominios? ¿Los ha encontrado algun mortal? Dios le ha dicho señalando al Occéano: navega, todo eso es tuyo.

Sus redes recogen en el fondo del mar una cosecha viva: hay innumerables rebaños que se ceban para él en los feraces pastos que cubren los mares.

Flores de color de violeta, azules, amarillas, purpúreas, se abren en su seno, y para encantar su vista le ofrecen las nubes vastísimas playas, magníficos lagos azulados, grandes edificios y soberbias montañas, valles y ciudades fantásticas, ya adormecidas entre sombras, ya iluminadas con todos los resplandores del sol poniente.

¡Oh cuán dulce es la vida del pescador! ¡Cuánto me agradan sus costumbres y sus toscas alegrías!

Y sin embargo, madre mia, cuando el trueno hace retemblar nuestra cabaña durante la noche, ¡cuántas angustias destrozan nuestros corazones! ¡cuántas veces os levantais á invocar á la Vírgen, divina protectora del pobre marinero!

De hinojos ante su imágen derramais lágrimas por vuestro hijo, arrojado por la tormenta en medio de las tinieblas, hácia los escollos en que se oyen las quejas de los que perecen entre los rugidos de la tempestad.»

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIV.

En que prueba Francisco sus conocimientos en la equitacion.

—Mi amigo Luis se ha vuelto loco, decia Mendoza á la puerta del Parador, mientras Meneses heria los ijares de su caballo; pero me ha dado bien de comer, y del mal el menos.

—¡Pobre señorito! murmuraba el señor Fermin, parece que está muy enamorado de la señorita Magdalena. En cuanto á parroquiano no tiene précio: veinte y cuatro horas ha estado en la fonda, y me ha dejado ocho duros de utilidad. Con muchos huéspedes como este, pronto me haria yo millonario.

Luis seguia el camino de Francia, montado gallardamente sobre el mejor rocin de postas que habia pisado aquel camino; y Francisco lo seguia en un jaco, menos vivo que el de su amo, pero mucho mas duro de trote. Francisco no la habia echado nunca de ginete, porque era poco fanfarron; pero bastaba verlo á caballo para conocer su esquisita teoría y mucha práctica en los ejercicios de equitacion. Para él eran los dos estribos dos estorbos insuperables; y no sabiendo qué hacer de ellos, habia discurrido el ingenioso medio de ponérselos como grillos, de cuyo modo los llevaba. Cogió las riendas desiguales, de manera que la una colgaba, y la otra sumamente corta torcia el cuello de la pobre bestia; pero afortunadamente el jamelgo no hacia gran caso de la boca, y trotaba tras su compañero sin cuidarse de lo demás. Francisco no habia sospechado siquiera que la seguridad del ginete está en la rodilla, y buscaba la suya agarrándose con la una mano al borrén de la silla, y con la otra á la hebilla de la baticola, lo que le hacia ir en guardia de florete.

Detuvo Meneses un momento la marcha de su cabalgadura, para pedir fuego á Francisco; y aprovechando este la ocasion, sin duda porque sabia que es calva, dijo á su amo:

—¿Qué interes tenemos, señorito, en llegar á Arechavaleta media hora antes ó una despues?

—¿Por qué me haces esa pregunta? repuso Luis, tomando el fósforo que le alargaba su criado.

—Porque estos caballos de postas tienen un trotecillo endiablado, que no me parece muy cómodo para despues de la comida; observó Francisco con una sonrisa tan donosa, que se la hubiera envidiado el mas ladino gracioso del mundo, para pedir una palmada á un público algo remolon.

—Es el caso, amigo Francisco, que estos rocines no tienen paso; pero en obsequio tuyo daré un escape, para variar el movimiento: y uniendo la accion á la palabra, hundió á un tiempo ambos acicates en los ijares de su jamelgo, y el pobre animal, que no esperaba tan brusca indicacion, dió un salto y partió al escape tendido. El rocin de Francisco no tenia talento de invencion, pero sí poseia en alto grado el de imitacion: puede asegurarse que nunca se le hubiera ocurrido dar un brinco para correr; pero vió que lo hacia su compañero, y brincó. Francisco cayó de cabeza; pero como habia tenido la ocurrencia de ponerse los estribos por grillos, no pudo desprenderse de ellos, hizo un contrapeso muy superior á las fuerzas del pobre rocin, y juntos cayeron en tierra. A los tres ó cuatro minutos notó Luis que no le seguian; y como no tenia gran confianza en la agilidad de su criado, volvió riendas para informarse de lo que hubiera sucedido. No tardó mucho en encontrarse en el lugar de la tragedia, y á la dudosa luz del crepúsculo vió el grupo que formaban Francisco, el caballo y el muletero que llevaba los equipajes.

—¿Qué ha sucedido? preguntó Luis, adivinando la catástrofe y reprimiendo mal la risa.

—Qué ha de ser! que el hombre y el caballo estan hechos una pelota; repuso el muletero, lanzando una sonora carcajada. Francisco no respiró siquiera.

—¿Si se habrá desnucado? pensó Luis, tomando el asunto por lo sério y descabalgando al instante.

Luego que formó parte del grupo, vió Meneses que el buen Francisco suspiraba y gemia, y vió tambien la diabólica traza que se habia dado para enredarse en los estribos de una manera tan estraña. Procuró desenredarle el pié derecho; pero solo pudo conseguirlo cortando las correas: levantó en seguida al rocin, y Francisco quedó colgado del pié izquierdo, hasta que Luis hizo lo que acababa de hacer momentos antes con las correas del estribo derecho, dejando libre á su criado.

Cuando pudo respirar Francisco con entera libertad, lanzó un gemido cien veces mas ronco que cuantos habia lanzado antes; pero no hizo el menor esfuerzo para levantarse: Meneses, aunque alarmado todavia, creyó que podria prestarle aliento con una fingida severidad, y le dijo:

—Vamos á ver si te levantas, que estamos perdiendo mucho tiempo.

—El que cae como yo, señor, no se levanta por sí mismo: murmuró Francisco sin moverse.

—¿Pues cómo has caido, y qué te has hecho? preguntó Luis con ansiedad.

—Usted habrá visto caer muchas veces al Pelon, al Habanero, á Varillas, y á toda esa turba de tumbones que ponen varas á los toros en la plaza de Madrid.

—Los he visto caer muchas veces; pero nada de ello hace al caso.

—Y tanto como hace; porque ninguno de esos bribones ha pegado en toda su vida una costalada que se parezca á la que yo acabo de dar.

—Pero tú habrás visto, Francisco, que esos tumbones se levantan dando palmadas.

—Algunas veces sucede asi, pero otras muchas los llevan á la enfermería.

—Aqui no tenemos enfermería: dijo Luis, echando una mirada en torno; y como sospechara que Francisco no tenia hueso roto, en cuyo caso hubiera chillado mucho mas, añadió:

—Y si no quieres levantarte dando palmadas, tendré que dejarte en donde estás.

—Haré cuanto pueda, señorito: dijo el caido, incorporándose sobre el codo.

—Dame la mano, y prueba á levantarte pronto.

Francisco dió la mano á su amo; hizo un esfuerzo, y se encontró de pié; pues aunque enteramente magullado, no se habia roto ningun hueso, ni dislocado ningun miembro.

—Ves cómo no te has hecho daño? dijo Meneses, recobrando su tono festivo y zumbon.

—Le parecerá á V., señor; pero le aseguro que estoy dolorido, acardenalado, y qué sé yo cuántas cosas mas.

—Te digo que no tienes nada, y que estamos perdiendo el tiempo. Monta á caballo....

—¡Jamás, señor! esclamó Francisco alejándose del pérfido rocin, que tan mal parado lo habia puesto.

—¿Cómo que no? preguntó Luis fingiendo cólera.

—Primero me dejaré hacer mil pedazos que cabalgar sobre esa fiera.

—¿Quiéres montarte en mi jamelgo? le preguntó Luis.

—Mucho menos. Parece de genio mas vivo; y dió el mal ejemplo.

—Pues continua el camino á pié, y lograrás desentumirte.

—Estoy muy molido para poder dar ni un solo paso.

—Pues quédate aqui hasta que pase un carro, y entra en él.

—Señor, siempre está V. por los estremos, sin reparar que hay un buen medio.

—Dime ese buen medio; ya que has tenido la fortuna de encontrarlo á tiempo.

—Este muletero llevará mi rocin de la brida, y yo me montaré en su mula entre las maletas.

—No me parece mal pensado. Súbete pronto, y adelante.

—Pues yo me opongo á tal arreglo; dijo el muletero bruscamente.

—¿Y por qué se opone á tal arreglo? preguntó Francisco incomodado.

—Porque yo he ajustado llevar el equipaje, y no quiero añadir otra maleta.

—El muletero tiene razon, observó Luis; pero todo puede arreglarse.

—Sólo hay un arreglo posible; repuso el muletero acariciando el cuello de su hermosa mula.

—¿Que consistirá regularmente en aumentar un tanto el porte?

—Usted lo ha dicho, y no quiero dejarlo feo. En pagándome treinta reales mas, estoy conforme.

—Móntate, Francisco, en la mula; dijo Luis cabalgando de nuevo.

—¿Quedamos en los treinta reales? preguntó el muletero.

—Está dicho; y si llegamos á Arechavaleta al amanecer, añadiré diez reales mas.

El muletero colocó á Francisco entre dos maletas, cogió las riendas del caballejo, y dió un latigazo á su mula. Meneses se puso al lado de Francisco, queriendo proporcionarle en pago de la estrepitosa costalada una ocasion de hablar á su gusto. Francisco conoció al momento la buena intencion de su amo, y se propuso abusar de ella, empezando por decirle:

—Señorito, ¿me permite V. que le hable con entera libertad?

—Francisco, no tengo ningun inconveniente: repuso Luis, adivinando una tormenta.

—Pues, señorito, V. está loco; y loco de atar, ni mas, ni menos.

—Podrá ser, Francisco; pero creo que tengo mi juicio completo.

—No señor; V. lo cree asi, porque no hay ningun loco que confiese su enfermedad.

—¿Quieres esplicarme, Francisco, en qué consiste mi locura?

—Si señor. V. es un caballero andante, un D. Quijote de la Mancha.

—¿En cuyo caso tú serás mi fiel escudero Sancho Panza?

—Cabalmente. Yo, como aquel honrado labriego, soy víctima de la locura de mi señor.

—¿Y qué semejanza encuentras tú entre D. Quijote y mi persona?

—¡Ahí es nada! D. Quijote dejó su casa y hacienda para ir en busca de caballerescas aventuras, y V. ha dejado las mayores comodidades para correr tras la sombra de una Dulcinea; que es lo mismo que andar á lanzadas con las aspas de los molinos de viento.

—Francisco, me parece que no has estado muy feliz en la comparacion, y que hubieras podido mejor llamarme Amadis, Medoro ó Roldan; porque al fin estos caballeros iban en busca de sus amadas, y D. Quijote solo queria enderezar entuertos y desfacer agravios, para afinojarse despues á las plantas de la incomparable señora Dulcinea del Toboso.

—Yo no sé lo que quieren decir afinojarse, entuertos, y otras palabrotas que V. ha dicho; pero me parece que V. ha empezado por confesar que es un verdadero caballero andante, y que solo le he errado el nombre, debiéndolo llamar D. Amadeo ú otra cosa asi.

—Querido Francisco, D. Quijote y esos caballeros de quienes he hablado poco antes, eran unos hombres de pro, honor de sus siglos, amparo de hermosas doncellas, y terror de feos malandrines, mientras que yo soy un pobre *quidam*, que á nadie amparo, á quien nadie teme; y puedes estar muy seguro de que cualquier polluelo de Madrid es capaz de llevar á cabo mis mas arriesgadas aventuras.

—Pues por lo mismo que cualquier pollo de Madrid es capaz de llevarlas á cima, debe V. renunciar á ellas, para no portarse como un pollo.

—Francisco, Francisco, se conoce que no sabes apreciarlos. Los pollos estan generalmente dotados de una intrepidez á toda prueba, y si viviera hoy Alcibiades, pasaria por pollo y nada mas.

A esta conversacion puso fin un gran tropezon de la mula, que hubiera ocasionado á Francisco una segunda caida, si no hubiera tomado la precaucion de atarse bien con una cuerda. Pasaron el resto de la noche en sabrosas pláticas, muy buenas para ser contadas por Miguel Cervantes; y al rayar el dia entraron en Arechavaleta. El muletero ganó los diez reales de plus que le habia ofrecido Meneses.

CAPITULO XV.

El amigo del fondista.

Si las tinieblas de la noche, unidas á la soledad, forman de los campos un inmenso océano de sombras, mucho mas triste que el de agua, porque le falta el sordo murmullo de las olas adormecidas ó el rugido ronco y solemne de las olas desencadenadas; los primeros rayos de la aurora cambian de repente el panorama: el océano de sombras se convierte en un mar de luz, y todas las voces de la naturaleza, desde la del hombre á la del viento, van interrumpiendo sucesivamente el silencio de la soledad, y prestando vida al espacio. Los encantos inesplicables de este doble espectáculo disfrutaron desde Vitoria á Arechavaleta, Meneses y sus compañeros de viaje, ó mejor dicho, lo disfrutó Meneses, porque Francisco iba muy estropeado y era poco poeta para comprender estos cambios, no menos sorprendentes por su regularidad periódica; y el muletero estaba tan acostumbrado á estas peripecias, que no le llamaban la atencion, y hasta estrañaba que hubiera quien se deleitara con ellas.

Llegados al pueblo, pararon á la puerta de una casita ni muy humilde, ni muy magnífica, comparada con las demás: el muletero llamó á su puerta, la abrieron minutos despues, y apareció un hombre, vestido al uso de los labradores del pais, á quien entregó Luis la carta que el señor Fermin le habia dado.

Abrió el hombre la carta, la leyó desde la cruz hasta la fecha, y guardándola dijo á Meneses.

—Pase V. adelante, caballero, y las personas que le acompañan.

Francisco se habia entretenido en desanudar lentamente la cuerda con que se habia atado, y con la ayuda del muletero pisó la tierra prometida, si no sano y salvo, salvo al menos, lo cual no era poco, despues de tan grave peligro. Luis descabalgó ligeramente; el muletero cogió las maletas, y todos tres siguieron al señor Ramon, este era el nombre del dueño de la casa, que los condujo á una salita con alcoba. Luego que llegaron á ella, dejó el muletero las maletas, cobró el alquiler de las cabalgaduras y una propina para beber, y se marchó, despues de ofrecerse con las menos palabras posibles.

Meneses paseó una mirada por la habitacion, vió que los muebles no eran elegantes ni cómodos, lo cual empezó á contristarlo, como si pensara pasar el resto de su vida en aquel modesto alojamiento; pero se consoló algun tanto al descubrir una buena cama, que pensaba ocupar muy pronto.

—¿Es esta la mejor habitacion que tiene V. desocupada? preguntó Luis al señor Ramon.

—La mejor que tengo: contestó el arechavaletano, no muy satisfecho de la pregunta.

—Es bastante buena: dijo Luis, queriendo enmendar el daño hecho. ¿Pero tendrá V. algun cuarto mas en que se aloje mi criado, que viene bastante magullado de una gran caida?

—Si señor, tengo un cuarto en que alojarlo: repuso Ramon secamente.

—¿Y tendrá V. la bondad de llamar á un médico para que lo vea?

—Si señor.

—¡Ay señorito! esclamó Francisco, ese médico será capaz...

—De matarte ó de ponerte bueno: le interrumpió Luis con sequedad.

Hubo un momento de silencio: Luis se dirigió al señor Ramon.

—No he dormido en toda la noche y quisiera acostarme.

—Puede V. hacerlo: contestó el dueño de la casa.

—¿Tendrá V. la bondad de llamarme á las diez?

—Si señor.

—¿Cuidará V. de mi criado?

—Si señor.

—¿Tendrá V. la bondad de llevarlo á su cuarto?

—Si señor.

—Pues hágalo V., y no se olvide de llamarme á las diez en punto.

—¿Quiere V. algo mas?

—No señor.

Francisco y el señor Ramon salieron juntos; Meneses se acostó y durmió hasta que la voz de su nuevo huésped lo despertó á las diez en punto.

—¿Cómo se encuentra mi criado? preguntó al despertarse.

—Durmiendo, le respondió el señor Ramon, usando su habitual laconismo.

—¿Ha venido el médico?

—Si señor.

—¿Qué le ha mandado?

—Una sangria.

—¿Y se ha sangrado?

—Si señor.

—¿Quiere V. traerme agua caliente?

—Al momento.

El señor Ramon salió, y un momento despues se presentó de nuevo con un jarro de agua caliente.

—Almorzaré á las once; dijo Meneses.

—Está bien; repuso su huésped, y salió sin hablar mas palabra.

Luis se lavó, afeitó y vistió: invirtió en ello una hora justa. El señor Ramon le puso la mesa y sirvió un almuerzo abundante, limpio y sabroso. Meneses quedó satisfecho, y se fué en busca de Francisco, que acababa de dispertar.

Francisco ocupaba una habitacion bastante pequeña, pero limpia; y sobre todo estaba acostado en una cama casi tan buena como la de su amo. Luis se sentó á su cabecera y le dijo:

—¿Has descansado?

—No señor. No tengo hueso que me quiera bien, y no salió tan molido de la manta de los arrieros el buen escudero Sancho Panza, como lo estoy yo de mi caida.

—Francisco, deja esa mania de citar *El Quijote*, y contesta con formalidad.

—Pues con formalidad contesto, que estoy tan molido como la harina que embarcan en Santander.

—Te permito esas comparaciones. Con dos dias de cama te pondrás bueno, y te levantarás mas listo.

—Bonito me levantaré! Ese pícaro de médico me ha hecho una sangria de doce onzas, y me da por todo alimento agua de arroz y vinagradas.

—Ese médico sabe su obligacion. La dieta está muy indicada siempre que la sangre esperimenta alguna grave alteracion, y tú estás demasiado grueso. Reposa, querido Francisco, y hasta mas ver.

—¿Adónde se va V., señor, preguntó Francisco alarmado.

—Voy, Francisco, á ver si tropiezo con alguno de los amigos ó amigas que estan aquí de temporada.

—¿Y volverá V.?

—Creo que sí. A no ser que se me presente Magdalena en forma de paloma, en cuyo caso procuraré seguirla á todo vuelo, porque te juro que cada vez tengo mas empeño en alcanzarla.

Meneses se levantó antes de empezar su respuesta, y desapareció dejando á su criado en una vivísima ansiedad, pues no dudaba que Magdalena, por mortificarlo, era capaz de presentarse en forma de paloma, y su amo de tomar, por arte del diablo, la de ave de rapiña, para perseguirla en los aires.

CAPITULO XVI.

Una buena amistad.

Deseoso de adquirir noticias relativas á Magdalena, se lanzó Meneses á la calle, sin acordarse del triste papel que hace un prójimo corriendo de aquí para allí, sin saber adónde se dirige, á quién busca, ni de quién huye. Atravesaba Luis una calle, recorria otra en toda su estension, cruzaba la de mas allá, se embrollaba, como en un laberinto, y volvia al punto de partida sin haber conseguido nada; y preguntándose á media voz:

—¿En dónde diablos estarán metidos mis amigas y amigos de Madrid, que no los veo por ninguna, y tengo completa evidencia de que están aquí por docenas? Parece que se han empeñado en hacerme coger un tabardillo, y lo van á conseguir muy pronto, porque hoy quema el sol que es un prodigio. Si yo descubriera uno siquiera, este me diria los alojamientos de los demás, y yo los iria recorriendo hasta adquirir algunas nuevas. Pero á nadie veo, nadie me vé; á nadie hablo, nadie me llama; y esto se va haciendo pesado, muy pesado, sumamente pesado.

—Meneses, Meneses: gritó una muger oculta tras una cortina.

—¿Quién me llama? preguntó Luis, inclinándose hacia el paraje de donde salia la voz.

—Aquí: gritó la misma voz, y una mano bastante aristocrática le indicó la puerta de una casa poco distante y de regular apariencia. Luis no dudó que lo llamaba alguna amiga de la corte, y se adelantó resueltamente, no temiendo nada, y esperando mucho de esta inesperada invitacion.

Como no habia conocido Luis la voz de quien lo habia llamado, entró en el zaguan y se paró, esperando que le indicaran hácia dónde debia marchar. La misma voz gritó de nuevo:

—Por aquí, Meneses; por aquí: y Luis recorrió unas cuantas habitaciones bajas, que terminaban en un saloncito bastante elegante y con vistas á un frondosísimo jardin.

—Siéntese V. y espere un momento: dijo la misma voz. Meneses se dejó caer sobre un divan.

No dudaba Luis que aquella voz debia salir de la garganta de una cortesana, porque su acento era marcadamente madrileño; pero ó la persona que lo habia llamado no era amiga á quien trataba mucho, ó por una ofuscacion hija de cualquiera otra causa, habia desconocido aquel acento. Por lo demás, estaba seguro de que alguien se encargaria de desvanecer la ofuscacion; el divan era sumamente blando, la habitacion sumamente fresca, y como estaba bastante cansado, esperaba sin impaciencia el desenlace de la comenzada aventura.

Pasó veinte y cinco minutos en aquel castillo encantado, sin que princesa, negro ni gigante, vinieran á pedirle cuenta de su atrevimiento, ni á servirle maduras frutas y sorbetes; pero al cabo de los veinte y cinco minutos, oyó el crujido de una falda de muselina, y poco despues la misma voz que le habia hablado dos veces antes.

—Perdone V., dijo la voz, que haya hecho esperar tanto tiempo; pero estaba casi desnuda.

Meneses levantó la cabeza, que tenia inclinada sobre el pecho; estaba pensando en Magdalena, y vió á una muger, de alta estatura y esbelto talle, vestida de blanco, que se adelantaba rápidamente. Esta muger habia sido sumamente linda y graciosa; pero á la sazon era unas ruinas medianamente conservadas; pues si no habia cumplido cuarenta y cinco años, debian faltarle pocos meses. Luis la conoció inmediatamente, pues aunque no era amiga suya, la habia visto mucho en las reuniones mas aristocráticas; se levantó con esa languidez que parece elegante á las mugeres de alta sociedad, porque es realmente voluptuosa, y la dijo saludándola.

—Estoy á los piés de V., condesa.

La condesa se dejó caer en el mismo divan que ocupaba Luis momentos antes; le indicó á este que tomara asiento á su lado, y despues de jugar con una banqueta, para mostrar un pié muy lindo y muy bien calzado, dijo á Meneses:

—Un hombre menos acostumbrado que V. á la franqueza de nuestra buena sociedad, casi estrañaria que me hubiera tomado la libertad de llamarlo ahora, no habiendo tenido antes el gusto de merecer su intimidad, y haria sobre ello un millon de castillos en el aire, ó en España, como dicen nuestros amigos y vecinos los franceses; pero V. me disimulará esta confianza, sin meterse á investigar su origen, ni apurarse por sus efectos.

—Yo empiezo, condesa, agradeciéndola la caridad cristiana que ha mostrado hácia un peregrino perdido en los desiertos de esta Palestina, proporcionándole un oasis, digna morada de una ninfa.

—Agradezco á V., amigo Meneses, su orientalismo; y debo decirle, que ha esplicado perfectamente cuanto acaba de suceder. He visto á V. cruzar dos veces esta calle, como hombre que acaba de llegar, que no sabe los alojamientos de sus amigos, y que está resuelto á encontrarlos. Formado este juicio me dije: «Yo no soy amiga de Meneses, pero lo conozco bastante, y probablemente esta noche ó mañana me lo presentará algun amigo comun, porque en estos pueblos todas las personas decentes se acercan, hablan y visitan. Suprimiendo el ceremonial, adelantaré algunas horas nuestras relaciones, que serán mas íntimas, si es agradecido, porque le ahorro de seguro una insolacion que puede costarle la vida.» De modo que mi raciocinio se parece bastante á la historia del peregrino; quitando la ninfa, el oasis y la poesía que V. le ha puesto.

—Confieso, condesa, que estoy absorto; porque era imposible dar una esplicacion mas ingeniosa, mas verdadera y mas sencilla de cuanto acaba de suceder: dijo Luis, cogiendo una rosa que habia dejado caer la condesa.

—Ya que nos hemos esplicado suficientemente respecto al motivo de esta misteriosa entrevista, porque es preciso confesar que algo tiene de misteriosa; justo será que hablemos un poco de la corte. ¿Que novedades han ocurrido desde que yo la dejé? ¿A costa de quién se entretiene la maledicencia?

—Antes de responder á V., me permitirá que la dirija una pregunta. ¿Qué dia salió V. de Madrid?

—El quince en la noche me despidieron algunos amigos, Meneses.

—Si yo hubiera tenido entonces la fortuna de contarme en ese número, hubiera partido su sentimiento; pero voy á contestar á V. á la pregunta que tuvo la bondad de hacerme, diciéndola que mis noticias tienen casi la misma fecha.

—¿Pues no acaba V. de llegar á Arechavaleta?

—Si señora, pero no vengo de Madrid.

—¿Pues de dónde viene V.?

—De Francia.

—¿Y desde cuándo falta de Madrid?

—Desde el diez y nueve en la noche.

—¿Y en seis dias?

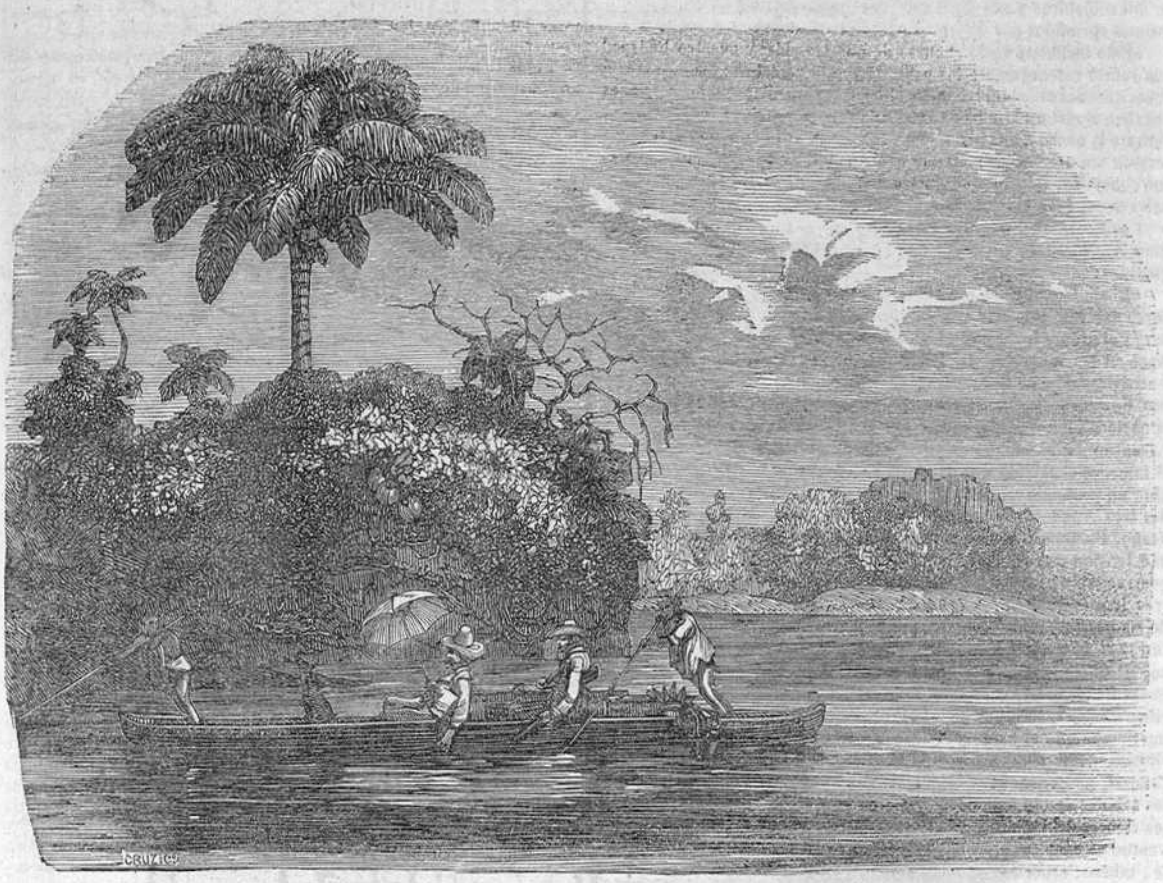
—He ido á Bayona y vuelto á Vitoria.

—Amigo Meneses, tiene V. fama de hombre escéntrico, y me parece merecida.

(*Continuará.*)

JUAN DE ARIZA.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL RIO USUMASINTA.

«Antes de salir de la aldea de la Palizada, sita á unas veinte y cinco leguas al sur de la laguna de Términos, compré algunas provisiones, como galleta, arroz y carne salada; y fletando una canoa, hice conducir á ella mi equipaje, y me embarqué encomendándome á Dios. Durante una larga ausencia se encuentran á orillas de aquellos rios de la América central, muchísimas casitas y un terreno bastante bien cultivado, lo cual nos favoreció para proveernos de mangos, sandías y *pozol*. Los indios nunca se embarcan sin llevar consigo este comestible, el cual consiste en una pasta de maiz, que se disuelve en agua, añadiéndole un poco de azúcar, y sirviendo así de bebida y de alimento. Es verdaderamente el mas económico de cuantos se conocen, y el menos embarazoso para el viajero.

»Remontábamos el rio con una lentitud que me desesperaba, cuando los remeros, á quienes nada habia podido estimular hasta entonces, divisaron una canoa que se habia puesto en marcha desde la Palizada como media hora antes que nosotros. No fué menester otra cosa para escitar su indolencia, y por lo mismo se empeñaron en ganar á la embarcacion avistada la delantera, con aquella obstinacion tan natural en su raza: los que nos precedian no quisieron ceder, de lo cual resultó una desesperada lucha, que duró todo el dia, causándome la mas viva satisfaccion. En semejantes canoas se corre el inminente riesgo de la sumersion, cuando el remero de proa no tiene el mayor cuidado, pues la profundidad de las aguas solo permite navegar orzando todo lo posible, y acercándose mucho á las orillas del rio, cubiertas de raices, de troncos de árboles inclinados y de maleza flotante que presenta á cada momento nuevos escollos. Es preciso, además, conservar perfectamente el equilibrio, porque las canoas, formadas con árboles almecados, son angostas y ligeras. El rio es en todas partes profundo, encajonado, de mucho limo, y además está lleno de cocodrilos, de modo que una caida en él seria una muerte segura. A todas estas delicias hay que añadir, que los tábanos con sus alas salpicadas de manchas negras, persiguen infatigablemente al navegante durante el calor del dia, así como por la noche le sacrifican á lanzadas los insufribles mosquitos.

»A ocho leguas de la Palizada, el rio *Usumasinta* destaca, en la direccion del noroeste, un brazo considerable, y al otro lado de esta segregacion, adquiere de nuevo su carácter salvaje, corriéndose majestuosamente el rio, cuyo tamaño es ya dos veces mayor, entre dos magníficas hileras de bosques. Sus dos orillas presentan escenas de inesplicable grandeza: bambúes gigantescos, hermosos ciperideos, semejantes al papiro, y palmeras de débiles y ensortijados troncos, se inclinan sobre las aguas; á continuacion masas de altas yerbas mezcladas de violetas silvestres, de racimos sobrecargados de frutas y de lianas delgadas y tirantes como los escotines de un navio, forman el segundo plano del cuadro. Al salir el sol, resuena en aquellas soledades el ruido que hacen las aves entre las ramas: aquel ruido es una mezcla de todos los idiomas, una confusion inmensa de sonidos estraños y discordantes. Por la primera vez escuché allí los chillidos de los monos aragnates, que atruenan los bosques con su infernal batahola.

»El sol se acercaba al ocaso, cuando la canoa varó en una ensenada solitaria: subimos pues la cuesta escarpada, que nos condujo á una cabaña indiana, construida á la entrada del bosque, y en la cual nos dieron cuanto podian darnos: fuego y abrigo. En tanto que se preparaba nuestra comida, admiré el imponente panorama que se desarrollaba bajo mis piés. Las aguas tersas y puras del *Usumasinta* dejaban ver los terribles cocodrilos verdes dormidos en el fondo; á veces un tronco impelido por la corriente les obligaba á abrir su inmensa boca, y creyendo devorar una víctima, hincaban el diente agudo en el duro leño. La rabia entonces les hacia sacudir con fuerza su escamosa cola: nada se divisaba ya, porque las arenas removidas subian á la superficie, y enturbiaban las aguas.

»Despues de una comida frugal, nos preparábamos á visitar los alrededores del bosque, cuando llegó á nuestros oidos un grito agudo y lastimero: al punto corrimos hácia el rio, pero los apiñados troncos de los bambúes y la oscuridad de la noche nos opusieron invencibles obstáculos. Inútilmente escuchamos con atencion para oir si el grito se repetia: la orilla del *Usumasinta* permanecia silenciosa y desierta; solo llegaba á nuestros oidos el ruido de su corriente, y el zumbido de los insectos sobre las plantas acuáticas.

»Tal vez algun viajero estraviado acababa de resbalar en aquella peligrosa pendiente; acaso al romper la fuerza de las aguas del rio, algun infeliz navegante habia sido pasto de los caimanes. Nos perdimos

en mil conjeturas y nos dirigimos tristemente á la cabaña con los corazones oprimidos por dolorosos pensamientos.

»Este incidente varió el curso de nuestras ideas; nuestro huésped nos refirió estensamente los peligros que le cercaban: los jaguares ú onzas americanas abundaban en el bosque inmediato, y los caimanes llegaban arrastrándose hasta muy cerca de la cabaña para sorprender durante la noche á sus perros ó á sus aves. Estos pormenores me interesaron sin agradarme: y como debiamos pasar la noche en un estrecho cobertizo, abierto y muy poco distante de la cabaña, introduje dos balas en mi fusil y previne á los índios que hiciesen una buena fogata.»

Las líneas que preceden están copiadas del *Diario* inédito de Monsieur A. Morellet, que completa su relacion con los pormenores siguientes:

«El rio *Usumasinta*, cuyo nombre apenas se conoce, y cuyo incierto curso tal vez no puede seguirse en nuestras cartas, merece sin embargo el primer lugar entre los mas importantes de la América central. Nace en las montañas del Peten, al sur de la provincia de Yucatan, y atraviesa de este á oeste las solitarias arboledas en que, con el nombre de *lacandones*, andan dispersos y errantes los últimos restos de la nacionalidad indiana; recibe entre sus afluyentes las aguas del rio Lacanton, que pudiera disputarle la primacía, y despues de vencer el inmenso obstáculo que le oponen las altas montañas del territorio, abre un profundo remanso en los aluviones del Tabasco, y desemboca por tres grandes brazos en la laguna de Términos y en el Golfo Mejicano. Puede calcularse en ciento cincuenta leguas, cuando menos, la estension de su curso: la primera mitad desde su desembocadura es navegable para buques que no calan mas que doce piés de agua. A tres leguas de Tenosico se divide el *Usumasinta* en dos brazos, uno de los cuales parece destinado por la Providencia para el riego de unos terrenos en que el hombre nada pone para hacerlos feraces y ricos: surcos de agua naturales humedecen la tierra virgen, que tan sazonados frutos produce; y esos canales que nunca se secan y que reciben alimento continuo de las montañas de Yucatan, impiden al mismo tiempo que el brazo principal del *Usumasinta* inunde todo el territorio, como aconteceria si la sangría del que sirve para regar sus campos, no evitase el crecimiento de las aguas de aquel. Por lo demás, los árboles de tan envidiable comarca conservan sus hojas á pesar de los rigores del invierno, y la tierra, dotada de una fuerza y de una juventud eternas, produce sin cansancio y casi sin esfuerzo, azúcar, café, tabaco, especias: en una palabra, todo lo que la mano del cultivador exige de su fecundidad maravillosa.»

TEATRO DE ROXAS.

Entre los seis grandes nombres que los eruditos colocan en el primer órden de nuestro teatro español, ademas de los de *Lope de Vega*, *Calderon de la Barca*, *Tirso de Molina*, *Moreto* y *Alarcon*, figura debidamente el de D. Francisco de Roxas. Las obras de este eminente autor dramático son generalmente poco conocidas, pero algunas de ellas, que á fuer de su inmenso valor han salvado del olvido y llegado hasta nosotros en la escena, bastarian para colocar á Roxas en aquel eminente puesto, si las muchas otras en que ostentó su rica fantasía, su grande intencion dramática y su elegante y sublime diccion poética, no quedasen como de reserva para sancionar en caso necesario aquel acertado fallo de los críticos eruditos.

Los títulos de Roxas á su gran popularidad son los dramas tan conocidos y simpáticos, *Garcia del Castañar*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Casarse por vengarse*, *Los Aspides de Cleopatra*, *Lo que son mugeres*, y *Abre el ojo y aviso á los casados;* que son los únicos que el público está acostumbrado á ver en la escena, si bien quedan todavía otros muchos, como *El mas impropio verdugo*, *El Cain de Cataluña*, *Progne y Filomena*, *Los amantes de Verona*, *El tercero de su afrenta*, y *No hay ser padre siendo rey*, que no por mas olvidados encierran menos bellezas de primer órden, especialmente en el género trágico, en el cual tiene Roxas poca competencia entre los autores españoles. Verdad es que si quisiéramos señalarle esa especialidad, pudiera respondernos al instante con obras de bien diferente índole en su argumento y estilo, como *Don Diego de Noche*, *El Sordo y el Montañés*, y aquel chistosísimo tipo de *Don Lucas del Cigarral*:

«Zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado
y cuarenta muchos puerco.»

en donde el festivo donaire de la accion y la gracia del estilo, no tienen que envidiar á las mas felices creaciones del maligno Tirso, del chistoso y epigramático Moreto.

En cuanto á la pureza y elegancia de la diccion, sucede á Roxas lo mismo que en cuanto al género de los argumentos, remontándose á veces á las mas altas regiones de la bella poesía, é intrincándose otras en el oscuro laberinto de los conceptos alambicados al gusto gongorino.—De las primeras pudieran citarse ejemplos numerosos, y casi toda la magnífica creacion del *Garcia*, tan popular que no hay aficionado que no la sepa de memoria; de los segundos, abundarian tambien por desgracia las citas en cada uno de los dramas, especialmente trágicos, de Roxas, como *Los Aspides de Cleopatra*, *Los tres blasones de España*, y *El Cain de Cataluña*. Por último, de la soltura y *vis cómica* de sus diálogos, de la epigramática espresion de sus graciosos, y de su chiste especial y característico, ¿quién no conoce aquel delicioso soliloquio de Sancho en la comedia del *Amo Criado*, que empieza:

«Despues de Dios, bodegon,»

en que hay espresiones tan felices y epigramáticas como las siguientes:

«¡Bendito seais vos, Señor,
que no me habeis dado honra!»
. . . . . .
¡Que aquestos duelos prosigan!
¡que sea el mentir afrenta!
¡que no importa el que yo mienta
y importa que me lo digan!

y sobre todo el admirable diálogo de don Lope y su criado Moron en la comedia *No hay amigo para amigo*, que ha merecido ser inserto en todas las colecciones de trozos escogidos de nuestro teatro, y que no reproducimos aquí por esta razon?

De D. Francisco de Roxas se saben muy pocas noticias.—Don Nicolás Antonio, y despues García de la Huerta, le suponen nacido en San Estéban de Gormaz; Montalvan en su *Para todos*, y despues el señor Lista, lo colocan entre los hijos de Madrid; pero el erudito Alvarez Baena resolvió negativamente la cuestion en sus *Hijos ilustres de Madrid*, asegurando que en las pruebas que hizo para tomar el hábito de Santiago, consta que nació en Toledo en 1641, y que fueron sus padres el alférez D. Francisco Perez de Roxas y doña Mariana de Vesga Ceballos.—Estas son las únicas noticias que de él tenemos; y de sus comedias en coleccion solo existen dos tomos ó partes, impresas ambas en Madrid en 1680, y que comprenden solo veinte y cuatro de aquellas. Las demás que damos por suyas en la adjunta lista, las hemos visto impresas ó manuscritas con su nombre, aunque no garantizamos la autenticidad de todas ellas, y aun de algunas, como la de *En Madrid y en una casa*, nos inclinamos á la opinion del señor Hartzenbusch, de que pudiera ser del maestro Tirso de Molina.

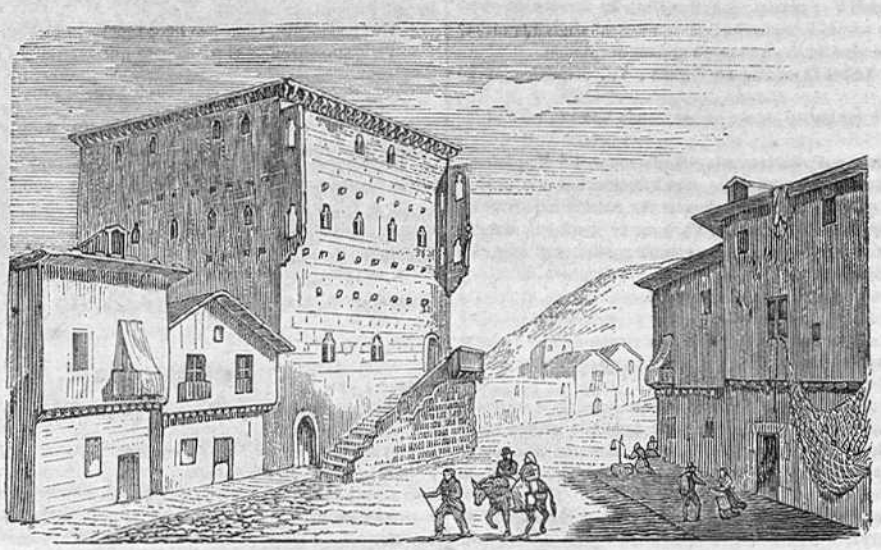
R. de M. R.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á D. FRANCISCO DE ROXAS.

Abre el ojo, y aviso á los casados.
A lo que obliga el desden.
Amantes (los) de Verona.
Antes de nacer naciendo.
Aspides (los) de Cleopatra.
Bandos (los) de Verona.
Buena sangre es lo mejor.
Caballero (el) del Febo.
Cada cual lo que le toca.
Cain (el) de Cataluña.
Carboneros (los) de Francia.
Casarse por vengarse.
Confusion (la) de fortuna.
Cerco (el) de Sevilla.
Del rey abajo ninguno, García del Castañar.
Desafío (el) de Cárlos V.
Desden (el) vengado.
Difunta (la) pleiteada.
Donde hay valor, hay honor.
Donde hay agravios, no hay celos, el Amo criado.
Don Pedro Miago.
Don Diego de Noche.
Don Gil de la Mancha.
Encantos (los) de Medea.
Encantos (los) de la China.
Encantos (los) de Bretaña
Entre bobos anda el juego, Don Lucas del Cigarral.
En Madrid y en una casa.
Esmeralda (la) del amor.
Esclava (la) de su galan.
Esto es hecho.
Galan, discreto y valiente.
Judas Macabeo.

Lo que son mugeres.
Lo que mienten los indicios.
Lo que Dios al hombre precia.
Lo que queria ver el marqués de Villena.
Loca (la) del cielo.
Lucrecia y Tarquino.
Mártires (los) de Calahorra.
Mártires (los) de Valencia.
Mas vale maña que fuerza.
Mas (el) impropio verdugo.
Mas pesa el rey que la sangre.
Mas es querer que poder.
Médico (el) de su amor.
Morir pensando matar.
Murmuraciones de aldea.
No hay amigo para amigo.
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.
No hay duelo entre dos amigos.
No hay ser padre siendo rey.
No intente el que no es dichoso.
Nuestra Señora de Atocha.
Nuestra Señora del Rosario, y Corona mas hermosa.
Numancia destruida.
Obligados y ofendidos.
Obreros (los) del Señor.
Patio (el) de palacio.
Peligrar en los remedios.
Pérsiles y Segismunda.
Pinares (los) de Cuenca.
Primero es la honra que el gusto.
Profeta (el) falso, Mahoma.
Progne y Filomena.
Prudencia (la) en el castigo.
Saber de una vez.
San Atanasio.
Santa Isabel, reina de Portugal.
Santa Taez.
Segunda (la) Magdalena.
Selva de amor y de celos.
Sin honra no hay amistad.
Sordo (el) y el Montañés.
Tercero (el) de su afrenta.
Trabajos (los) de Tobías.
Traicion (la) busca el castigo.
Tres (los) blasones de España.
Trompeta (la) del juicio.
Varios prodigios de amor.
Vida (la) en el atahud.
Vida (la) y rapto de Elías.
Vida (la) de Nebot.
Zelos (los) de Rodamonte.



TORRE-LUCEA. (Torre-larga.)

Este bello edificio, que se levanta en el centro de la villa de Zarauz, cuya descripcion dimos á luz en el número 5 de este año, es una esbelta construccion del siglo XV, labrada con sillarejos de piedra arenisca. Abandonado al presente, conserva sin alteracion alguna en su esterior el carácter de la época á que pertenece; pero interiormente se resiente de su estado actual.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

(Continuacion del capítulo XVI.)

—Qué quiere V., condesa; el vulgo se entretiene en dar y quitar reputaciones á su antojo: pero V., que no pertenece al vulgo antojadizo, estará completamente persuadida de que yo soy un buen muchacho.

—De lo que yo estoy persuadida es de que ese viajecillo á Bayona encierra algun misterio.

—Encierra uno, que á V. solamente osaré decirlo, porque V. sabrá perdonarlo.

—¿Piensa V. engañarme?

—Señora.....

—Sepamos.

—Yo no miento nunca.

—Rara cualidad.

—No conviniéndome decir que venia á los baños, dije á cierta persona que iba á Francia; y para no ser embustero fuí en derechura á Bayona.

—*Si non é vero é bene travato.*

—Condesa, ¿V. duda de mi palabra?

—Como he de dudar yo de la palabra de un hombre que para no mentir engaña: dijo la condesa riendo.

—Ocupándonos de otra cosa, ¿se divierte V. mucho en Arechavaleta?

—Tal cual. Estamos aquí mucha gente, y las reuniones, por lo tanto, son muy animadas.

—Me alegro. ¿Por supuesto se encontrarán muchos madrileños?

—Los bastantes para no perder el buen acento castellano.

—¿Y personas de aquí de las provincias han concurrido muchas?

—Las precisas para aprender el vascongado. Y á propósito, antes de ayer llegó una muchacha deliciosa.

—¿A quien V. trata?

—Si V. quiere tratarla tambien, quédese V. á comer conmigo.

—¿Come con V. esa muchacha deliciosa?

—Me gustó tanto cuando me la presentaron anoche, que la invité á comer conmigo; de modo que si V. me hace el mismo obsequio conocerá á mi Magdalena.

—¿Se llama Magdalena?

—Si. ¿Pero qué impresion ha hecho á V. ese nombre?

—Ninguna. Unicamente iba á preguntar si esa Magdalena es pecadora ó penitente.

—Es mucho mejor.

—¿Pues qué es?

—Inocente.

La faz risueña de la condesa se entristeció al pronunciar esta palabra. ¿Sería la condesa una Magdalena pecadora ó una Magdalena penitente? ¿Se consideraba tan culpable que el recuerdo de su inocencia la atormentaba como un remordimiento, ó solo sentia haber perdido ese misterioso perfume que derrama la inocencia unida á la juventud? Ni aun la misma condesa, quizás, podria responder á esta pregunta. Lo cierto es que se puso triste. Luis lo notó, y creyó adivinar la causa de tan repentina tristeza: sin embargo, como hombre de mundo, no consideró fino ni prudente hablar de ella, y siguiendo la conversacion por la parte inofensiva, dijo:

—¿Sabe V., condesa, que esa jóven debe ser sumamente hermosa cuando ha hechizado á V. su beldad?

—Amigo Meneses, ¿tan envidiosa me cree V. que haga dificilmente justicia á la hermosura de las mugeres? dijo la condesa, agradeciendo á Luis el giro que habia dado á la conversacion.

—Tan lejos estoy de creer á V. capaz de envidia, que fundaba mi opinion en que siendo V. sumamente hermosa, á juzgar por su propia hermosura, debe parecerle muy pequeña la hermosura de las demás, siempre que establezca la mas ligera comparacion.

—Agradezco á V. su discreta galanteria; pero hablemos de Magdalena.

—Hablemos de ella, supuesto que V. lo desea: repuso Luis, aparentando indiferencia.

—Pues repetiré á V. una y cien veces, que es una criatura celestial.

—Tanto la encomia V., condesa, que, francamente, deseo conocerla.

—¿De modo que acepta V mi invitacion de acompañarnos á la mesa?

—Es tanta la bondad de V., que temo abusar aceptando.

—Nada menos. Vamos á comer en familia, V., Magdalena y yo solos.

—Ahora temeria ser impertinente no aceptando una tan cordial invitacion.

—Que me agradecerá V. doblemente cuando conozca á Magdalena.

—¿Pero, sin exageracion, condesa, es tan hermosa esa criatura?

—Bien sabe V. que las mugeres debemos ser creidas bajo nuestra palabra cuando hacemos tales elogios. Pero no se distingue Magdalena solamente por su hermosura, pues la hace mucho mas adorable un carácter verdaderamente angelical.

—La condesa está haciendo con sus verdaderos colores el retrato de mi adorada Magdalena; y ahora sí que estoy segurísimo de no equivocarme, porque tal retrato solo conviene á la virgen de mis amores: se dijo Luis, cayendo en una profunda distraccion, que comprendió al momento su improvisada amiga.

La condesa estaba muy acostumbrada á estudiar rostros cortesanos, para no leer en el de Luis una gran parte de lo que pasaba en su interior; y cogiéndole la mano con esa franqueza indiferente y voluptuosa que tienen las mugeres del gran mundo, le dijo con una risita de dificil esplicacion.

—He querido picar un tanto la curiosidad de V., y veo que la he irritado sobremanera.

—¿Pues qué, es una fábula la existencia de esa Magdalena? preguntó Meneses con estraña vivacidad.

—No, amigo mio; pero veo que se ha enamorado V. perdidamente del retrato.

—¿Tan visionario me hace V., condesa? preguntó Luis queriendo enmendar su arrebato.

—No tengo motivo para calificar á V. de ese modo; pero no estrañaré que lo sea. Yo no me tengo por visionaria ni romancesca, y muchas veces he concebido fuertes simpatías por personas á quienes solo conocia de fama. Y cosa estraña, cuando he tenido el gusto de tratarlas, generalmente se han aumentado mis simpatias. ¿Por qué no ha de suceder á V. con Magdalena, lo que á mi me ha sucedido con V.?

Estas últimas palabras de la condesa podian ser un simple cumplimiento, y tambien podian ser mucho mas. Luis, por modestia ó por conveniencia, las calificó de lo primero.

—Nada tendria de estraño que yo sintiera por la interesante Magdalena, ser fantástico ó estraordinario, una verdadera simpatia, cuando V. la sintió por mí, ser real y comun. Pero debo confesar á V. que esa señorita solo me inspira curiosidad; y mal podria inspirarme otra cosa, cuando tengo la dicha de encontrarme al lado de V.

Estas palabras de Meneses podian ser muy bien una respuesta muy galante al cumplido de la condesa, y tambien podian contestar directamente á la otra interpretacion de que eran susceptibles las palabras de la misma señora. La condesa quiso apreciarlas en su verdadero valor, y clavó en Luis una mirada penetrante. No sentia Luis pasion alguna por su nueva amiga, ni habia imaginado fingírsela, y por lo tanto no encontró la condesa en los ojos de Meneses esa vidriosidad que se distingue en los ojos de los enamorados cuando miran á sus amadas, y en los de los enfermos muy próximos á la agonía. La condesa era demasiado práctica para desconocer este síntoma; y calculando que únicamente debia procurar distraer á Luis hasta la hora de la comida, si queria hacerle todo lo agradable posible su hospitalidad, le propuso dar unas vueltas por el jardin, el cual estaba en comunicacion con el saloncito. Aceptó Meneses con júbilo una proposicion tan en armonía con sus aficiones campestres; presentó su brazo á la condesa, y empezaron á caminar bajo los frondosos frutales.

El que ha rodado cuando niño sobre el húmedo y florido césped, natural alfombra de los jardines y los prados, se entristece cuando recorre las inmediaciones de Madrid, al pisar entre árboles, hijos de una vegetacion ficticia, arena tan deleznable y árida como la de los desiertos de la Arabia; y cuando vuelve á pisar el césped, alza la frente con orgullo, como el árabe corcel que mira las profundidades del desierto, inmenso campo á su carrera. Meneses habia rodado cuando niño sobre un césped tan matizado y esponjoso como una rica alfombra persa; Meneses habia pisado con fatiga la deleznable arena de los mas bellos paseos de la corte; Meneses volvia á pisar florido césped en el jardin de la condesa, y era inmensa su felicidad.

—¿Qué tiene V., amigo mio? le preguntó la noble dama, notando su estraña emocion.

—Tengo, señora, que veo á mi alrededor árboles cuyas hojas están brillantes como las esmeraldas; arroyos y fuentes que apagan, con su sola vista, la sed; y sobre todo, que siento crujir bajo mis plantas un césped mas verde que las hojas de los naranjos, y tan salpicado de flores, como el firmamento de estrellas en una noche de verano.

—Le sucede á V. lo que á mí. El campo me da nueva vida. ¿Pero me parece que me llaman?

—Efectivamente. Oigo á lo lejos repetir la palabra condesa.

—Pues apresuremos el paso, para que pronto nos encuentren.

CAPITULO XVII.

La bella vascongada.

La condesa y Luis caminaban con la mayor celeridad sobre el verde césped que tanto gustaba á Meneses, y segun iban adelantando, se oia la voz mucho mas cerca. La condesa debia conocerla, pero por cálculo ó descuido, no manifestaba á su compañero su convencimiento ó conjeturas. De improviso cesó la voz que ya habian oido bastante cerca, precisamente cuando Luis y su nueva amiga entraban en una calle de castaños, tan gigantescos y acopados, que en balde procuraba el sol turbar la misteriosa oscuridad de aquella bóveda de ramas. Terminaba esta sombria calle en una especie de rotonda, formada por ocho castaños mas acopados y gigantescos que los de sus cuatro avenidas, en cuyo centro se elevaba una taza de mármol blanco, cuyo abundante surtidor se rompia en una bóveda de hojas, á quince ó veinte piés de altura, cayendo en menuda lluvia de perlas ó en copos de apretada nieve. Junto á esta taza y arrodillada sobre el césped, estaba una muger alta, delgada, jóven y hermosa, vestida con un ligero traje blanco y celeste, que despues de haber bañado su fresco rostro en los cristales de la fuente, se lo enjugaba con un pañuelo de batista.

—¿Distingue V., amigo mio, una muger arrodillada en medio de aquella rotonda? preguntó la condesa á Luis.

—Sí señora. Está arrodillada junto á una gran taza de mármol, repuso Luis acelerando el paso.

—Pues esa muger arrodillada y de espaldas hácia nosotros, es Magdalena.

—Luis cayó de rodillas. Acababan de llegar á la entrada de la rotonda.

—¡Magdalena! gritó la condesa, queriendo aprovechar la turbacion de Meneses.

Magdalena se levantó, vió á Luis, dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos. Meneses vió tambien el rostro de Magdalena, ahogó un suspiro y se levantó avergonzado.

—Perdónenme VV., amigos mios, dijo la condesa colocándose entre las dos jóvenes, la sorpresa que les he causado. Sepa V., querida Magdalena, que mi amigo Meneses y yo hemos pasado toda la mañana hablando de V.; yo deseando tener el gusto de abrazarla por tercera vez, y mi amigo el de conocerla. La casualidad ha hecho que la hayamos encontrado hecha la ninfa de esta fuente, y Meneses, que tributa culto á la hermosura, cayó de rodillas en el dintel del templo, adorando su divinidad.

—Señora!... murmuró Magdalena, poniéndose mas encarnada que las amapolas silvestres.

—Señora!... murmuró Meneses no menos turbado que la jóven.

—¿Es verdad, amigo Meneses, que mi querida Magdalena es sumamente hermosa? preguntó la condesa.

—Es verdad, repuso Luis á media voz y profundamente conmovido.

Magdalena bajó los ojos con la timidez de una niña.

Efectivamente Magdalena era una criatura hermosísima: ninguna madre podia desear mas belleza para su hija; ningun pintor mas belleza para sus vírgenes. Rafael de Urbino no encontró en la tierra un modelo tan casto y puro para sus Madonas, Murillo tuvo que subir á los cielos para hallar el de sus divinas concepciones. Luis miraba á la hermosa jóven con asombro; y sin embargo fruncia los labios y arqueaba las cejas con franca espresion de disgusto. ¿No le parecia bastante bella? Sí, le parecia encantadora; pero fruncia los labios y arqueaba las cejas, porque la Magdalena de la fuente no era la Magdalena de la iglesia de San Lorenzo; porque la amiga de la condesa no era la sombra que perseguia Luis afanoso: en una palabra, porque un nombre lo habia engañado segunda vez.

La condesa, que se habia propuesto no perder ni una sola de las impresiones que en su concepto no podian menos de esperimentar dos personas puestas en contacto de un modo medianamente romancesco, llevaba sus miradas de Magdalena á Luis; y al fijarlas en este último, leia en su rostro un combate tan singular que no sabia como esplicarselo. Comprendió al fin que Magdalena por timidez, Luis por preocupacion, y ella por querer observar demasiado, estaban guardando un silencio que se iba haciendo embarazoso, y dirigiéndose á su nueva amiga, dijo:

—Este caballero sabe ya que tuve el gusto de conocer á V. ayer; pero que la profeso una verdadera amistad.

—Mil gracias, señora condesa, repuso Magdalena poniéndose mas encarnada.

—Este caballero es un amigo mio de Madrid, que se llama D. Luis de Meneses; añadió la amable condesa.

—Y considero un alto honor el de ponerme á los piés de V., señorita, tartamudeó Luis sacudiendo su entorpecimiento.

—Yo me creo la favorecida, dijo Magdalena á media voz,

—Basta, amigos mios, de cumplimientos, dijo la condesa; y tomando el brazo de su amiga, añadió:

—Lo que ahora debemos hacer es pasear un poco por el jardin, y V., Meneses, no merecerá el nombre de jóven galante sino se apresura á formar dos lindísimos ramos de flores.

—No quiera Dios que yo merezca tan dura calificacion; y si puede alejarla un buen deseo y una actividad prodigiosa, no la mereceré jamás, repuso Meneses jovialmente, conociendo que su taciturnidad lo pondria muy pronto en ridículo á los ojos de la condesa; y sin esperar nuevas órdenes se lanzó á los cuadros del jardin.

Luis habia comprado en su vida muchísimos ramos de flores para arrojarlos á los piés de las bailarinas y cantantes, ó ponerlos entre las manos de mas encopetadas damas; pero nunca habia tenido que poner en prensa su número para confeccionarlos; y por lo tanto se encontraba en una posicion medianamente embarazosa. Sin embargo, se consagró con sumo afan á su tarea, y pronto se vió rodeado de flores que habian crecido juntas, y que juntas debian morir cortadas de sus verdes tallos. La condesa y Magdalena en tanto seguian su agradable paseo, y la primera, que parecia obligada á entablar las conversaciones, dijo á la segunda:

—Magdalena ¿qué tal ha parecido á V. mi amigo?

—Condesa, repuso la jóven ruborizándose como siempre, me ha parecido un caballero bastante fino.

—¿Nada mas que fino, querida? volvió á preguntar la condesa dando á su pregunta cierta entonacion maliciosa.

—He notado en él unos modales muy distinguidos, propios sin duda de su educacion cortesana.

—Pues me parece, amiga mia, que V. ha sorprendido á Meneses...

—No es estraño que mi aire de provincia sorprenda á un caballero de la corte, repuso Magdalena.

—No es su aire provinciano, querida, lo que ha sorprendido á Meneses, sino su hermosura.

—Condesa, V. sabe que no poseo esa hermosura que sorprende.

—Cuando se volvió V. á mi voz ¿no encontró á Meneses de rodillas?

—Si señora; pero en vano procuré esplicarme aquella estraña posicion.

—Meneses cayó de rodillas al contemplar á V., Magdalena.

—Ahora me lo esplico: ¿era una broma que tenian VV. combinada?

—No existia combinacion alguna. ¿No ha notado V. despues en Luis cierta turbacion?

—He notado, querida condesa, mucha distraccion y aturdimiento.

—Pues esa aparente distraccion, esa especie de aturdimiento...

—Señoras: concluí mi tarea; interrumpió Luis presentándose con un ramo en cada mano, no enteramente malos para ser su primera obra.

—Muchas gracias, murmuró Magdalena ruborizándose otra vez.

—Muchas gracias, amigo Meneses; veo que hace V. muy bonitos ramos, dijo la condesa riendo.

Luis conoció que aquel elogio podia ser muy bien una burla; pero como no tenia pretensiones de florista, y creia impertinentes las escusas, respondió con desembarazo:

—Celebro mucho que mis ramos merezcan la aprobacion de V.; porque asi podré aspirar, sin merecer la nota de temerario, á la plaza de su jardinero mayor.

—Está ocupada, amigo mio; repuso la condesa en el mismo tono de broma; pero queriendo premiar inmediatamente su mérito, le nombro desde hoy jardinero mayor honorario, con derecho á la primera vacante. ¿Admite V. el nombramiento?

—Lo admito, condesa, y me creo largamente recompensado.

—¿Creen VV. que debemos volver á mi saloncito de descanso?

—Como V. quiera: dijo Magdalena, jugando con su ramo de flores.

—Opino con V., condesa. He visto en el saloncito un piano, y como soy muy aficionado á la música... dijo Meneses, que al parecer habia recobrado su buen humor.

—¿Querrá V. que cante Magdalena? dijo la condesa adelantándose hácia el saloncito.

—Tendria en ello muy particular satisfaccion.

—Y con muy fundado motivo, porque Magdalena es una verdadera profesora.

—Es un favor que no merezco, y que me dispensa la tierna amistad de la condesa, dijo Magdalena.

—Ahora lo veremos, añadió Luis, entrando el primero en el salon, y abriendo el piano.

La condesa unió sus instancias á las de Luis, Magdalena se escusó sin gazmoñeria; cedió como era natural; y poniéndose al piano, cantó con una hermosa voz de contralto la siguiente romanza:

Dos ángeles bellos
Rasgaron las nubes,
Lanzando destellos,
Hermosos querubes,
Y en tronos de flores
Sentarse los ví.
De aromas su aliento
Las áuras henchia;
Sus bucles el viento
Galano mecia,
Y tiernos amores
Volaban allí.
A los dos sensible
Adoré sin dolo;
Pues me era imposible
Amar á uno solo
Despues que los ví.

—Es una preciosa romanza, dijo la condesa acercándose cariñosamente á Magdalena.

—Yo tengo por ella una especial predileccion, dijo Magdalena separándose del piano.

—Y yo no recuerdo haberla oido nunca, observó Luis.

—Es mas que posible, repuso Magdalena, que parecia muy animada despues de concluido su canto.

—¿Tan rara es esa música que yo no debo haberla oido nunca? preguntó Meneses.

—Ya habrá V. notado que la palabra es castellana, y ha podido V. inferir que la música será obra de un compositor español, observó Magdalena sonriendo.

—Y segun V., hermosa Magdalena, ¿yo no debo conocer mas música que la que compongan los profesores italianos? Tiene V. pobrísima idea de mi españolismo.

—No lo he dicho por ello; pero generalmente solo se conocen las piezas de música correspondientes á óperas muy acreditadas, y esta romanza es una distraccion de ocios.

—¿Hecha por V., Magdalena? preguntó Luis con cierto interés completamente artístico.

—No señor.

—¿Pero dedicada á V. al menos?

—A mi y á una primita mia.

—¿Quiere V. recitarme la letra?

—Con mucho gusto.

—La sopa, anunció un criado.

—Vamos, amigos mios, á la mesa, dijo la condesa levantándose.

—¿Dice la romanza?... insistió Luis.

—Despues de comer tendré el gusto de recitársela, repuso Magdalena.

Meneses presentó su brazo á la condesa, y aplazó su curiosidad para despues de la comida.

CAPITULO XVIII.

Luis posee las tres virtudes teologales.

Desde el saloncito de descanso hasta un cenador de jazmines y rosales, que debia servir de comedor á la condesa y sus amigos, no

pronunció Luis ni una palabra; pero continuó acariciando la idea que habia concebido mientras confeccionaba los dos ramos. «Cuando encontré en Bayona á Remigia, se habia dicho, estuve á punto de desesperarme; y sin embargo, Remigia, antipática y fea, me dió noticias sin las cuales me hubiera sido muy difícil seguir la pista á mi adorada Magdalena. En Arechavaleta he hallado á una condesa, que aunque marcadamente jamona, tiene talento, travesura y restos de pasada belleza; y á una jóven mucho mas hermosa que yo hubiera podido desearla antes de conocer á la Magdalena que persigo. Ahora bien, ¿por qué estas dos mugeres lindas no han de poder darme noticias tan interesantes como las que me dió Remigia?» Al pronunciar segunda vez el nombre de Remigia, recordó Luis que la pobre jóven iba á tomar los baños de Biarrist, por enfermedad, y rogó á Dios fervorosamente que hallara en ellos la salud. Este ruego, dirigido al cielo en una situacion tan crítica, era una prueba irrecusable de que existia en el alma de Luis un gran fondo de caridad. «Cuando ví á la Magdalena de hoy, prosiguió Meneses, me arrodillé, como hubiera podido hacerlo ante una imágen, porque tenia y tengo la mas profunda confianza de que, mas tarde ó mas temprano, he de encontrar á la otra hermosa Magdalena.» Y como Luis al pronunciar estas palabras estaba muy lejos de ver á su querida sombra, probaba con ellas una fe tan firme como la de los mártires. «Y ya que engañó mi deseo, añadió en su mental monólogo, estoy seguro de que esta nueva Magdalena, tan linda y que canta tan bien, ha de revelarme la manera de encontrar pronto á la otra hermosa de su nombre.» Aquí manifestaba Luis toda la estension de su esperanza, y esplicaba la oculta causa de su repentina alegría.

Escusado fuera decir que la condesa y Magdalena no poseian segunda vista, y por lo tanto, que solamente Luis sabia lo que pasaba en su interior.

Los segundos que invirtió Luis en su ingenioso raciocinio, los empleó la condesa en pensar sobre un específico que debia tornar en hebras de oro, algunas de plata que de vez en cuando matizaban su blonda y poblada cabellera. Tambien Magdalena debia pensar en algo; pero con una reserva que haria honor al diplomático mas diestro: ha ocultado su pensamiento, y es imposible referirlo. Lo cierto es, que meditando se acercaron á la mesa, y que el olorcillo de la sopa interrumpió oportunamente las mas sérias ocupaciones.

Cuando están sentadas á la mesa muchas personas, suelen presentarse incidentes muy dignos de ser mencionados: cuando entre personas distinguidas comen otras de mala educacion, los incidentes se multiplican, y los hay sumamente cómicos; pero cuando se sientan á la mesa tres personas bien educadas, no sucede nada de estraño, y hay poquísimo que contar. La condesa habia ofrecido á Luis una comida de familia, y cumplió fielmente su palabra. Una buena sopa, un cocido, un frito, dos salsas, un asado y seis ú ocho postres no constituyen un banquete; pero cuando todos estos platos son buenos y están muy bien condimentados, se satisface el apetito, y solamente un glotón puede quedar descontento. Ni Luis ni Magdalena se encontraban en este caso, y agradecieron á la condesa su sabroso y familiar convite.

Servidos los postres, la condesa, que durante toda la comida había estado obsequiosa sin pesadez, dijo á Luis:

—Amigo Meneses, los huéspedes de Arechavaleta tenemos la costumbre de dar, despues de comer, largos paseos por sus pintorescas inmediaciones, y V. querrá indudablemente seguir esta buena costumbre.

—Cumplo fielmente aquel adagio, *Adonde fueres haz lo que vieres*, repuso Luis alegremente.

—Pues empezará V. por resignarse á estar solo un cuarto de hora.

—Permítame V. que la pregunte si esta privacion tiene que ver con el paseo

—Mucho que sí: pues me retiro á mi tocador para ponerme en disposicion de pasear.

—¿Y esta señorita tambien? preguntó Meneses deseando hablar á solas con Magdalena.

—Esta señorita me acompaña. ¡Pues no es V. poco egoista, queriendo privarme de la presencia de mi amiga! ¿Qué dice V. de ello, Magdalena? añadió la condesa con aparente severidad.

—Que se han propuesto VV. favorecer singularmente una compañía que vale muy poco.

—¿Pero V. por quién se decide en tan empeñada contienda?

—Por V., condesa, por V.: dijo Magdalena al momento.

—Ya esperaba yo quedar vencido, observó Luis galantemente.

—Tardaremos quince minutos, y entre tanto queda V. dueño del jardin, repuso la condesa; y tomando el brazo de su amiga, se alejó con ella, dejando á Luis entregado á sus pensamientos. Meneses no se encontraba mal con ellos, y pasó los quince minutos sentado en la misma silla que ocupaba cuando se fueron las dos damas, apurando á pequeños sorbos una media copa de Champagne. La condesa era una señora que cumplia fielmente sus palabras, cualidad que no tienen siempre los hombres y casi nunca las mugeres, y al cumplirse los quince minutos estaba de vuelta con su amiga.

—Levántese V., señor Meneses: dijo entrando en el cenador.

Luis se levantó sin decir palabra, como un recluta á quien su cabo da una órden.

—¿Parece que no lo ha pasado V. tan mal durante nuestra ausencia? insistió la condesa.

—Señora, no añada V. á la severidad del castigo la crueldad del sarcasmo: repuso Meneses.

—Pues vamos á dar nuestro paseo, si V. lo aprueba, caballero.

—Señora, sus deseos de V. son las órdenes que yo espero para cumplirlas.

La condesa, Magdalena y Luis abandonaron el jardin, y momentos despues el pueblo, dirigiéndose á una glorieta desde la cual se descubria el mas pintoresco panorama. Este grupo de tres personas se iba aumentando lentamente con varias señoras y caballeros que llevaban la misma direccion, muchos conocidos de Meneses, y todos de la amable condesa, que segun iba observando Luis, era aquel año el alma de la sociedad allí reunida.

Los conocidos y conocidas de Meneses le dirigian, como era natural, preguntas relativas á los motivos de su inesperada venida, y particularmente le preguntaban si pensaba permanecer. Estas preguntas, muy naturales y sencillas, no sabia cómo contestarlas, pues estando oculta por entonces su estrella polar, mal podia señalar el rumbo que habia de marcarle esta estrella.

Luego que llegaron á la glorieta, se dividieron en varios grupos: Meneses procuró acercarse á Magdalena; pero como *la fortuna no es para quien la busca, si no para quien Dios se la depara*, por aproximarse á la hermosa jóven, cayó entre las uñas de una vieja, célebre en la corte por sus malas obras y palabras, pues tenia una lengua como un hacha.

—Venga V. acá, buena pieza, dijo á Luis saliéndole al paso. ¿Cuándo ha venido V.?

—Señora, llegué esta mañana: repuso Luis procurando desembarazarse.

—¿Y piensa V. permanecer aquí toda la temporada de baños?

—Desearia permanecer, pero no puedo asegurarlo aun.

—Ya es V. bueno. V. trae por aquí, sin duda, alguna intriguilla.

—Señora, yo vengo, como todo el mundo, huyendo del calor y...

—Ya. Merece V., segun parece, las distinciones de la condesa.

—La condesa es una buena amiga, pero aseguro á V. que yo...

—No se meta V. á disculparla, pues es muger que nada pierde por un amante mas ó menos.

—Pero, señora, si en mi vida...

—Dígame V. ¿Dió V. pasaporte á la pobre Luisa?

—No comprendo...

—Hizo V. muy bien. Era buena muchacha y no fea, pero tan tontita...

—Repito á V. una y mil veces que no sé de quién V. me habla.

—Echela V. de reservado. Pues mire V., aunque parece tan pavita, ha tenido relaciones con un capitan de granaderos, con un estudiante de leyes, con un cantante...

—Pero, señora...

—Supuesto que V. se incomoda, no hablaremos ni una sola palabra de sus relaciones; pero en cambio nos ocuparemos de Catalina, que engaña á su marido; de Encarnacion, que engaña á su amante; de Faustina, que engaña á su marido y á su amante; de Rita, que engaña á sus dos amantes; de Micaela, que engaña á su marido y á sus dos amantes; de...

—¡Señora, señora!...

—¡Ay! perdone V., yo no sabia que había V. tenido relaciones con todas ellas.

—¿Pero, señora, quién dice á V. que yo haya tenido relaciones?...

—Ese mismo calor con que las defiende. Créame V., cuando le convenga tener ocultos algunos amores, aparente que no le importa su publicidad, y si le hablan de ellos, conteste ni negando ni concediendo; y por el contrario, cuando le convenga aparentar que le prefiere alguna dama, reciba las bromas que le dén poniéndose furioso, y acabarán todos por creer que está en íntimas relaciones.

—Seguiré el consejo, señora: dijo Meneses, separándose de aquella arpía, y pensando si tendria razon.

Gravísimo daño habia causado la vieja víbora á Meneses; pues, aprovechando los minutos que Luis habia perdido, varios jóvenes rodeaban á la preciosa vascongada. Hubiera podido Meneses unir su incienso al que otros quemaban en las aras de aquella beldad; pero como no era su ánimo presentarse adorador de Magdalena, y no podia en aquel momento entablar la conversacion que se habia propuesto tener, comenzó á recorrer los grupos, saludando á sus conocidas, y cambiando con sus amigos algunas bromas de buen tono.

Acabó de declinar la tarde, que pareció á Luis bastante larga, y a misteriosa luz de la luna sucedió á la argentada del crepúsculo. Los varios grupos empezaron á confundirse, como se confunden las abejas al aproximarse la noche, y Meneses, que no habia perdido de vista á Magdalena, pensaba realizar su proyecto, cuando oyó la voz de la condesa que lo llamaba. Tembló Luis de piés á cabeza, creyendo que otro imprevisto inconveniente iba á dilatar su conferencia; pero se estremeció de alegría, oyendo decir á la condesa:

—Amigo Meneses, tenga V. la bondad de dar el brazo á nuestra hermosa amiga.

Meneses no necesitó que lo repitieran la órden; presentó su brazo á Magdalena, y ocupó su sitio en la larga procesion de parejas que se iba formando á la voz de la deliciosa condesa.

—¿Se ha divertido V. mucho esta tarde? preguntó Magdalena á Luis, con cierta malicia, porque habia observado la conferencia de Meneses con la vieja, y los esfuerzos que habia hecho para quedar en libertad.

—Magdalena, he sufrido esta tarde un doble y horrible tormento, repuso Luis dando un suspiro.

—¿Puede saberse en qué ha consistido ese horrible y doble tormento?

—Ha consistido en pasar mas de diez minutos al lado de una vieja que...

—No se canse V. en retratarla, porque la he visto, interrumpió la jóven riendo.

—¿Y le parece á V. soportable ese tormento, Magdalena?

—Podrá ser grande, pero no es doble, como V. habia querido persuadirme.

—Es doble, porque me privaba de la dulcísima satisfaccion de hablar á V.

—Convengamos, señor de Meneses, en que la privacion no era grande.

—Yo á lo menos la consideraba grandísima é intolerable.

—Podrá ser; pero cuando V. quedó libre, ni siquiera vino á saludarme.

—Porque estaba V. rodeada de tantos adoradores, que una adoracion mas...

—No hablábamos de adoraciones, hablábamos de un simple saludo.

—Pues voy á confesar á V. dos de mis principales defectos.

—Pocas personas confiesan los suyos, y será un mérito esa franqueza.

—Yo soy muy egoista y muy impaciente. En el primer concepto, renuncio á la felicidad que he de partir con otros varios: y en el segundo, cuando me prometen una cosa, no descanso hasta que me la cumplen.

—¿Y quiere V. decirme qué promesa esperaba ver realizada?

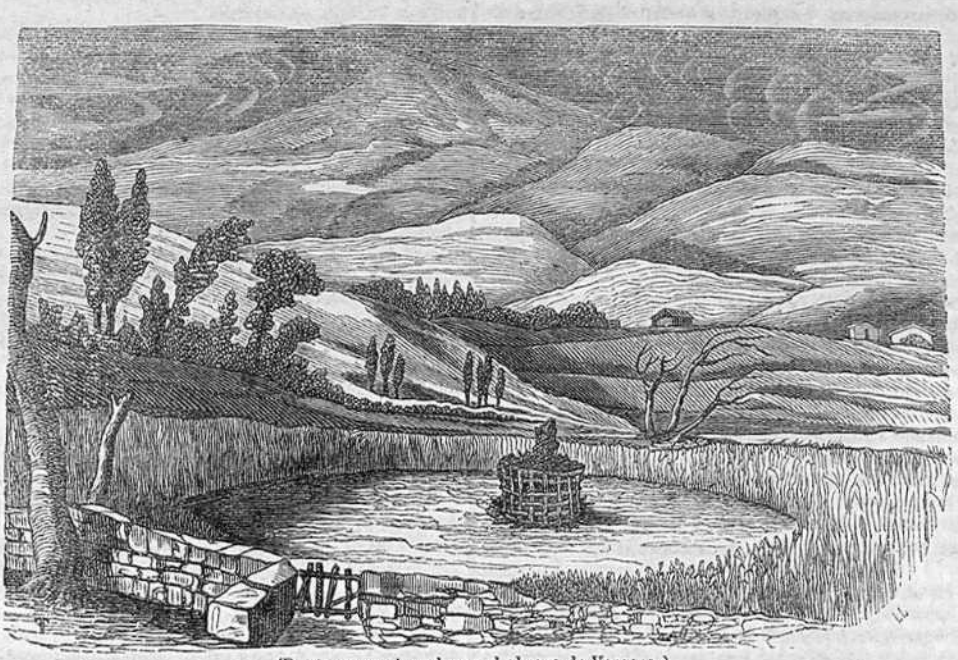
—La que V. me hizo de recitarme la letra de una linda romanza.

—Pues voy á cumplir mi promesa, para que V. no se impaciente.

—Y yo voy á ver si consigo grabarla entera en mi memoria.

(*Concluirá.*)

JUAN DE ARIZA.



(Punto en que tuvo lugar el abrazo de Vergara.)

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

ARTICULO PRIMERO.

Si desventajosa y humillante bajo muchos conceptos resulta la comparacion para nuestra época respecto de las anteriores, bajo ninguno es tan palpable su decadencia como en órden á la arquitectura. Al fin las ciencias físicas, á espensas de las morales, sobre los fundamentales principios y luminosas teorías que otros siglos establecieron, ensanchan sus inventos y aplicaciones; al fin las sociales y filosóficas, con sus eruditas pretensiones y pomposo neologismo, encubren el gusano de la duda que las corroe y emponzoña; y la moderna literatura con su brillante oropel deslumbra y fascina; y la poesía suple con postizos afeites sus perdidos encantos naturales; y las bellas artes para halagar la molicie ó el orgullo de nuestra cultura conservan dulces ecos ó velados reflejos de sus lozanas inspiraciones juveniles; y hasta la tiránica ley de la moda, renovando sin cesar muebles, trajes, y los objetos de mas íntimo uso, no nos permite conocer cuánto pierden á cada cambio en gusto, solidez y riqueza. Con mas ó menos lozanía, y hasta con apariencia de progreso algunos, se mantienen todos los ramos del saber y las flores del ingenio y los frutos de la industria; solo de la arquitectura dudarse puede, no ya si adelanta, pero si existe siquiera. Reducida al trabajo de construir, no siempre con solidez, rara vez con ornato, con buen gusto casi nunca, casas y edificios particulares; destinada al uso individual, sometida esclusivamente á las necesidades y exigencias de la vida comun, posponiendo la belleza á la comodidad bien ó mal entendida, y la misma regularidad á mezquinos cálculos de especulacion ó economía, de noble arte que era ha bajado á ser oficio, perdida toda significacion general, toda idea artística, toda mira elevada. Todavia sin embargo se llama arquitectura, como si la conversacion se parangonase con la oratoria, como si las cartas y libros de memoria cobrasen pretensiones de obras literarias.

¿Y en qué consiste esta precoz ruina, esta degeneracion anticipada? Consiste en la irrupcion del individualismo, de la personalidad egoista, del materialismo disolvente; y sus estragos, antes que en otra arte ninguna, dejan sentirse en la que especialmente vive del espíritu social, retrata sus vicisitudes, y se desenvuelve en públicos edificios y durables monumentos. ¿Cómo podrá pues espresar otra cosa que la anarquía moral de nuestra época, la estincion de los grandes sentimientos, la incertidumbre de las ideas, el predominio de los intereses, la interinidad de las obras, el embotamiento del poético instinto? ¿Cuál otra puede ser su tarea que la de alinear calles, acumular pisos, adornar mostradores? Si por escepcion se presenta alguna grandiosa construccion que hacer, algun monumento que levantar, cuanto mayores sus proporciones sean, pónese mas de manifiesto la nulidad é impotencia á que está condenada: sin pensamiento, sin estilo propio, sin atenerse á la imitacion de ninguno, los baraja y con-

funde todos, produciendo incoherentes amalgamas, en detalle serviles copias, en su conjunto monstruosas creaciones. Inferior en ornato al barroquismo, que original era al cabo, bien que profuso y estravagante; inferior en regularidad á la clásica restauracion greco-romana, bien que intolerante y seca, nuestra arquitectura carece de fisonomía; y la ecléctica consideracion y el entusiasta culto que á los pasados géneros afecta tributar, encubre una desdeñosa indiferencia hácia todos ellos, creyéndose dominarlos con remedarlos bien ó mal, y erigirse un altar sobre sus hacinados escombros. Su esterilidad la vuelve envidiosa y la atiza contra sus modelos; de lo pasado se cuida poco por presuncion, del porvenir por conciencia de su debilidad. Fáltale de noble ambicion, cuanto de insensata vanidad le sobra; aislando sus miras en el tiempo como en el espacio, separa, mutila, destruye, edifica para hoy segun le place ó le conviene, sin pensar en mañana; poco le importa que la futura generacion no herede sino montones de ruinas ó legajos de fastuosos proyectos: Y ¡ójala al menos que de sus escasas y mezquinas obras no quedasen sino las cuentas, que por ellas acaso juzgaria la posteridad que muy grandiosas y soberbias debieron ser las fábricas en que se emplearon tan enormes sumas!

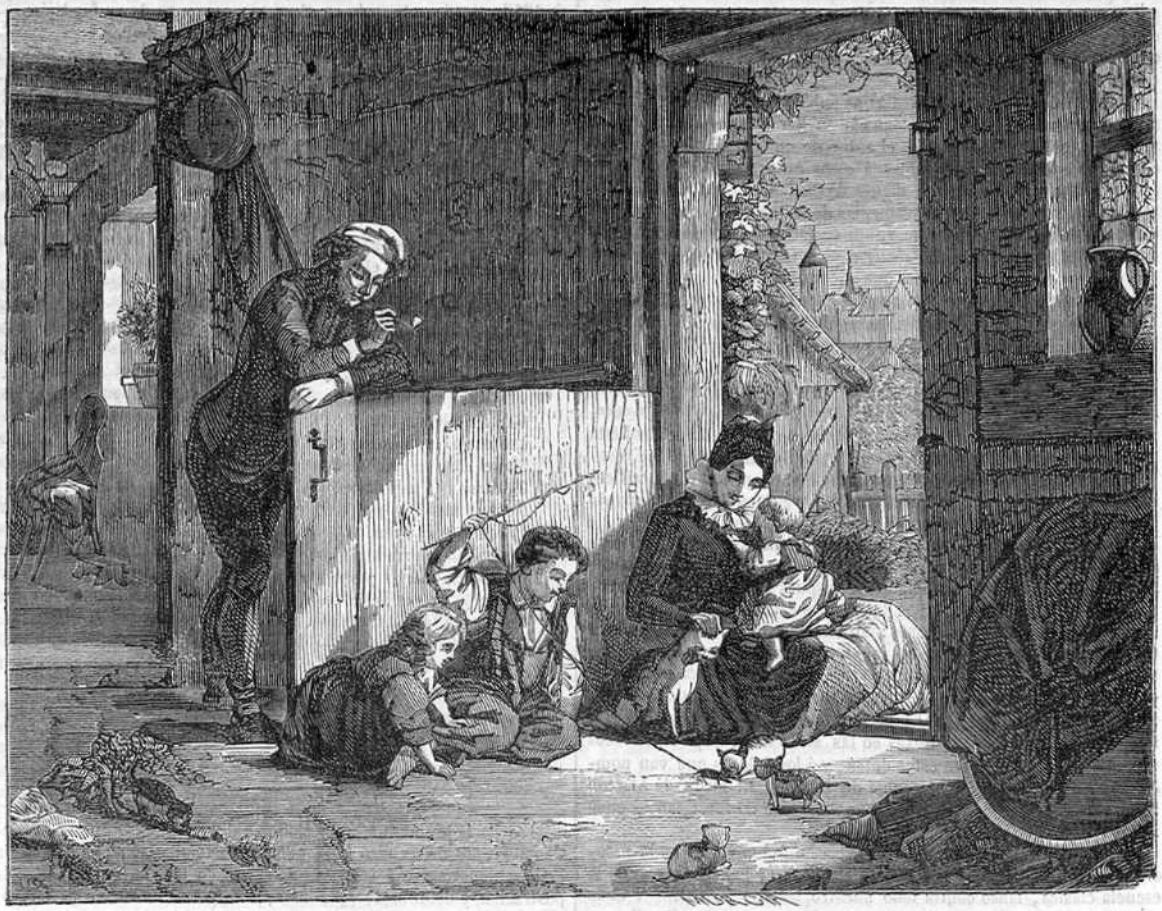
Apenas se comprende cómo nuestros constructores, titulados arquitectos, al modo que un versificador pudiera llamarse poeta, adornados de todos los conocimientos auxiliares que su profesion requiere, provistos de académicos diplomas, rodeados de modelos en mil y mil láminas reproducidos, no alcancen (¿diremos á imitar?) á comprender siquiera las maravillas del arte, que los rudos *pedreros*, los humildes maestros de la edad media, con el instinto mejor que con la ciencia de las reglas, y con la inspiracion de la fé y de la belleza, nos legaron; que esquiven tan cobardemente las dificultades que se complacian en vencer, aquellos que tan atrás se les queden, no solo en la parte de invencion y ornato, sino en la solucion de mecánicos problemas, en cortes atrevidos, en geométricas proporciones, y hasta se asusten de la gallardía y ligereza de los antigus monumentos, como si á desplomarse fuesen sobre sus cabezas. Apenas se comprende, repetimos, tan densa oscuridad en el apogeo de las luces, tanta impotencia en el seno de los recursos, tanta barbarie á la sombra de la civilizacion. Y á fin de encubrirla nada se perdona para estraviar el gusto, para proscribir lo que copiar no es posible, para rebajar las reglas al nivel de las facultades presentes, y erigirlas en tiránico código, para quitar del medio todo término de comparacion odiosa, para deslumbrar y sorprender los sentidos, adular los intereses, plegarse á los caprichos, é imponer al vulgo, en una palabra, con su magistral charlatanismo y decantadas mejoras. Preciso es confesar que el objeto se ha logrado, y que este falso gusto de relumbron se acredita y cunde á las mil maravillas, y que de grado ó por fuerza cada cual se apresura á conformar su nuevamente construida ó heredada mansion, á esa *simplificacion* admirable, á esa *regularidad* encantadora, á ese brillantisimo revoque que identifica entre sí las manzanas, y rejuvenece nuestras ciudades. Jamás se corrompe el arte, sin que pasando el error de los profesores al público, haga cómplice á la opinion de sus estravíos: á los mas informes abortos del ingenio nunca han faltado numerosos y sinceros admiradores. Tal habrá miembro de todos los cuerpos arqueológicos y artísticos, que trasforme en cuadrados balcones los gallardos ajimeces góticos de su casa, ó haga picar las delicadas plateresca orlas de sus ventanas para reconstruirlas á la inglesa: tal habrá, suscritor nato á todas las obras pintorescas, que derribe por los cimientos su caseron antiguo, si de su nueva distribucion ha de resultarle un aposento mas. Todos, mal que nos pese, llevamos inoculado en nuestras venas la manía de la destruccion y las pretensiones de reformistas; y fiar á la ilustracion de nuestros tiempos la conservacion de monumentos y antiguallas, es entregar al capricho de un niño un precioso dige ó un lindo pájaro, que tan pronto lo mima y acaricia, como con ciega inhumanidad lo destroza.

Por eso tal vez á su cargo creyó deber tomarla el gobierno, parado apenas el primer ímpetu revolucionario, creando bajo todos los nombres y formas imaginables, multitud de juntas arqueológicas y artísticas, salvadoras ó conservadoras, que reparasen en lo posible los daños ya causados, ó le advirtiesen de los sucesivos, estimulando con sentidas circulares su celo y el de las autoridades que debieran apoyarlas. Pero el mismo número de ellas publica su ineficacia; y su existencia es tan nominal é ilusoria, que ha habido necesidad de recordarla á menudo para que no se creyese estinguida. Y no ciertamente por haber cesado los males y peligros para cuyo remedio se establecieron, ó por faltarles ocasiones de llenar su noble encargo: no ha pasado, no, la época de devastacion y vandalismo que yermó nuestro suelo de bellezas y profanó los mas gloriosos recuerdos; la segur está puesta á la raiz del árbol todavía. Ya no se hiere por lo general á nuevas víctimas; pero mueren de las heridas ó de consuncion las pocas que escaparon del fanatismo destructor. Los monasterios continúan arruinándose en los despoblados, ó sirviendo de graneros; los edificios religiosos en el recinto de las ciudades se desmoronan lentamente si yacen abandonados, ó pierden de pronto toda su fisonomía artística, y mas tarde tambien su existencia si se les destina á usos corrientes: en el primer caso mueren á manos del tiempo, á manos del hombre en el segundo. Apenas hay monumento que no dependa del capricho de un particular el reformarlo ó estropearlo; y ninguno hay del cual las autoridades locales, políticas ó militares, no puedan echar mano *en casos de apuro*, incluyendo en estos la llegada de unas cuantas compañías mas de lo regular, ó el voto de un perito cualquiera, para demolerlo si estorba ó amenaza ruina, para destinarlo á cuarteles, almacenes ó usos semejantes, que convierten muy pronto en ruina al mas sólido edificio, si promete aun ciertos años de vida. En tal situacion, ¿cuáles han sido y continúan siendo los resultados verdaderos de semejantes corporaciones? instalarse con estéril aparato para no volver á reunirse, ó reunirse sin trabajar, ó trabajar sin conseguir, ó conseguir sin obtener los recursos indispensables para su propósito; recibir del gobierno sendas promesas de apoyo y asignaciones de caudales, y de las autoridades locales cierta benévola sonrisa por tomar unas y otras tan al pié de la letra; sucumbir en cualquiera lucha, ya con funcionarios públicos, ya con particulares, empeñada á favor de un monumento; asistir cual mudos testigos y hasta cual cómplices en apariencia, á la destruccion de las fábricas y objetos mas interesantes que la incuria, el capricho ó la codicia se hayan propuesto aniquilar. Faltas de prestigio y de recursos, al menos las comisiones de provincia, que de la central creemos que asi no sea, ¿qué edificio han logrado arrancar al furor ó á los cálculos del vandalismo? ¿qué riguroso fallo suspender? ¿qué golpe parar del hacha destructora? ¿qué gotera remendar si á espensas propias no ha sido? ¿qué socorro tender á su desvalida grandeza ó hermosura?

Entre tanto en insignificantes mejoras de *comodidad y ornato*, en proyectos tan pronto acometidos como abandonados, en un paseo ó fuente, en costosas traslaciones de establecimientos y oficinas de uno á otro edificio, en las mismas demoliciones, se invierten enormes sumas, cuya mitad bastara para conservar y adaptar á nuestros usos las grandes fábricas de nuestros antepasados. Nunca se habia visto tan gravado con gastos de esta clase el presupuesto; nunca sujeto á tantas trabas y á tan onerosas condiciones el derecho de edificar. No hay apenas ayuntamiento ni concejal que no se haya propuesto fundir y regularizar la poblacion á su manera, trazando líneas sobre el mapa topográfico, cual sobre un yermo erial lo hiciera, sin desviar jamás su inflexible recta por consideracion alguna, á no ser una que otra personal. La primera piedra que de antigua fachada se desprende, entraña consigo la ruina de toda ella, para ser luego, sabe Dios bajo qué plan, reconstruida; los arcos caen, los saledizos se despejan, los paredones se blanquean, las calles se ensanchan para abrir paso al carro triunfal de la civilizacion, y si por ellas no cabe, se le franquea brecha, como al caballo de Troya, al través de monumentos seculares. Por lo demás, dentro del círculo de las compilaciones municipales, en cada lugar y sazon modificadas, bajo la firma de un maestro de obras competente, y con el visto bueno de las comisiones á este fin autorizadas, cualquiera es dueño de realizar los despropósitos mas absurdos en arquitectura, con tal que en correcta formacion se alineen, sometiéndose á ese tipo geométrico que sin distincion de climas y de paises, sin filosofía y sin arte, sin respeto alguno al carácter histórico, y como á propósito para destruir toda pintoresca perspectiva, se ha constitituido como ideal de la belleza y último y absoluto fin de toda mejora. Y á este tribunal formidable para los edificios privados, agrégase respecto de los públicos el de los ingenieros, que vigilantes custodios de la fortificacion y defensa, fiscales de la pública seguridad, picándose poco de artistas por lo general y avezados á estudiar y considerar las obras bajo otros aspectos, no siempre dan al monumental é histórico la importancia debida, exagerándose tal vez la responsabilidad de su ministerio. Sea dicho sin ánimo de herir los servicios de tales cuerpos ni las luces de sus individuos; pero dolémonos de que sus casi omnímodas facultades sirvan de rémora hartas veces al espirrtu de conservacion, y de instrumento al de ruina; que su firma autorice tan amenudo los crueles fallos que han herido de muerte á innumerables monumentos, y que la declaracion de *ruinoso* haya recaido infaliblemente sobre los edificios que habia interés en destruir, como nunca faltan al vencedor pretestos de conspiracion ó fuga para deshacerse de sus prisioneros. ¡Cuánta no seria la gloria de su profesion, si lejos de ser considerada como una máquina de guerra ó ingenio de batir, sirviera de dique á esa mania destructora que á los azares de la guerra civil sobrevive y á los furores de la revolucion!

J. M. CUADRADO.

Madrid.—Imprenta del Semanario é Ilustracion,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA VELADA.

El sol se oculta en el horizonte y por toda la aldea se oyen alegres voces, vuelven ya los rebaños del campo, pues han concluido su diaria faena, que solo consiste en alimentarse para regalo del hombre. El buey tambien ha trazado su correspondiente surco, y el caballo ha cumplido su obligacion durante la jornada: ahora todos los animales se dirigen al establo ó á la cuadra para descansar hasta el siguiente dia.

Asimismo han dado fin á sus labores el padre y la madre de familia. Rodeados de sus hijos disfrutan de la frescura que les llevan las primeras sombras de la noche, de la opaca claridad de los rayos tardíos del sol que el aire disemina, y de la vista de las guirnaldas de pámpanos que se mueven blandamente en torno de las ventanas. Despues, cuando el ruido vaya desapareciendo, cuando las sombras se estiendan por el valle, y los pequeñuelos inclinen sus cabezas fatigadas por sus bulliciosos juegos, el padre y la madre irán tambien á buscar en un dulce y apacible sueño la recompensa de las conciencias tranquilas.

Pero por el momento es mas aparente que real el feliz descanso de esos dichosos padres, porque no ha terminado su tarea moral, que es la educacion de sus hijos, deber sagrado, incesante, que exige todos sus desvelos. Así que no pueden mirar con indiferencia sus juegos, porque en ellos se manifiestan las inclinaciones, porque tal vez una virtud puede ahogarse en gérmen entre los placeres de la infancia, porque el vicio espia los corazones inocentes para cebarse en ellos.

El mayorcito de la familia ha recortado un ratoncito de carton, y su instinto de cazador le hace observar los movimientos de los gatitos, que por instinto persiguen al juguete. Esa curiosidad del niño puede desarrollar su observacion y estimular en él el pensamiento del trabajo y del estudio; pero mal dirigida, puede asimismo convertirse en crueldad y dar vida á esa tendencia perezosa y culpable, que aguarda la emocion y el placer del drama esterior de la vida y no de la actividad de nuestras propias facultades. El niño se mofa ahora de las angustias que supone á una figura insensible; pero acaso mañana no tendrá bastante con la ilusion, y querrá asistir á la horrible agonía del animal cuyos padecimientos ha soñado entre juguetes: mas tarde se cansará de la destruccion de esos pequeños seres dañinos, y su aficion trágica exigirá mas fuertes emociones. Madre de familia, el niño que oculta su rostro en su seno te lo dice: esa escena de persecucion le repugna, y sin embargo escita el interés de su hermana; la niña sigue con placer, con delicia todos los lances de esa caza simulada... Madre de familia, sé prudente, conserva la virginidad de los sentimientos de tus hijos, haz que no perezca en ellos antes de desarrollarse la flor de la piedad: tus consejos y los ejemplos de virtud que les presentes, harán que nunca se parezcan á esos hombres corrompidos,

Que amables en apariencia
Juegan con un corazon,
Como juega sin clemencia
El gato con el raton.

TEATRO DE ALARCON.

D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma correccion y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombradía, y acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran *Corneille*, que imitando ó mas bien traduciendo la preciosa comedia de *La Verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y estranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcon como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas, hizo alarde este autor singular en contraposicion á los grandes estravíos de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intencion moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distin-

guen por una admirable economia y sencillez en la accion, sin dejar por eso de ser en estremo interesantes; y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una correccion tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos de comedias se publicaron de Alarcon; la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1634. En el prólogo de esta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habian sido atribuidas á otros autores, y lo espresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. «Sabed »(dice al lector), que las ocho comedias de mi primera parte y las doce »de esta segunda, son todas mias, aunque algunas han sido plumas de »otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia, La verdad sospechosa, »El exámen de Maridos*, y otras que andan impresas por de otros due»ños; culpa de los impresores, que les dan los que les parece, no de »los autores á quien les han atribuido, *cuyo mayor descuido luce mas »que mi mayor cuidado*; y así he querido declarar esto, *mas por su »honra que por la mia; que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia* etc.»—Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias, de *Las paredes oyen, Ganarmigos*, y *La prueba de las promesas*, que el mismo señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

«Las comedias de Alarcon (dice aquel eminente poeta y crítico) »son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto »á las situaciones.—Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de »Tirso, aunque mejorados; Calderon se copió muchas veces á sí mis»mo; Alarcon no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siem»pre nuevas, lo que parecia imposible despues de las 1800 comedias »de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en »proporcion con las situaciones; su diálogo es vivo, interesante, »lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómi»cas, y de emociones terribles en las trágicas;»—y en otra parte dice: —«Calderon le escedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y »desenlazar la accion; Lope en la ternura; Tirso en la malignidad; »Moreto en la sal cómica; Roxas en las situaciones trágicas. A todos »los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nom»brados, en la correccion sostenida de la frase. El gusto de Alarcon »estaba mas exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo »en bellezas.»

A pesar de tan singular mérito, Alarcon fué envuelto en la proscripcion injusta y apasionada que el siglo XVII, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional.—Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudia con entusiasmo y señalaba como la primera produccion cómica del teatro francés *Le Menteur*, de Corneille, y que nuestros serviles traductores la vestian á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban ó afectaban ignorar el original, confesado por el mismo Corneille, de aquella admirable pieza *La verdad sospechosa*, de nuestro Alarcon.

Los actuales críticos, mas justos ó mas instruidos, han rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo XVII, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Roxas y Moreto.—Las mejores comedias de Alarcon han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que tan bien merecen; la prensa ha vuelto á reproducir muchas de ellas, la crítica á analizarlas, y hasta se anuncia próxima la publicacion de todo el teatro de este distinguido ingenio, recogido por el diligente esmero de los celosos editores de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Por fortuna de la gloria nacional se ha salvado, aunque en escasísimos ejemplares, el precioso tesoro de su repertorio, y puede reproducirse íntegro á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española.

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido Alarcon; pues la incuria de sus contemporáneos, y su propia modestia, nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra *D. Nicolás Antonio*, que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobacion de lo cual el erudito *Sr. Ochoa* en su *Tesoro del teatro español*, impreso en París en 1838, añade una cita de Baltasar Medina en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico de religiosos descalzos de San Francisco*, impresa en aquella capital en 1682; en cuyo folio 251 dice positivamente, «que »Alarcon nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una fami»lia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de »Cuenca, partido de San Clemente.»—Probablemente (y esto es una presuncion nuestra) seria de la misma familia del virtuoso sacerdote D. Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de doña María de Peñalosa, señores de Buenache en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas Mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla.—Acaso nuestro poeta seria hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundacion.—De esta manera esplicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor *D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, que hoy nos ocupa. Su muerte pudo ser á mediados del siglo XVII, pues Montalvan en su *Para todos*, impreso en 1635, le da por existente, y él mismo publicó la segunda parte de sus comedias en 1634, como queda dicho.

R. DE M. R.

COMEDIAS

DE D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Amistad (la) castigada.
Crueldad (la) por el honor.
Cueva (la) de Salamanca.
Desdichado (el) en fingir.
Dueño (el) de las estrellas.
Empeños (los) de un engaño.
Exámen (el) de maridos.
Favores (los) del mundo.
Ganar amigos.
Industria (la) y la suerte.
Manganilla (la) de Melilla (magia).
Mudarse por mejorarse.
No hay mal que por bien no venga.
Paredes (las) oyen.
Pechos (los) privilegiados.
Prueba (la) de las promesas.
Quien no cae no se levanta.
Semejante (el) á sí mismo.
Tejedor (el) de Segovia—(dos partes).
Todo es ventura.
Verdad (la) sospechosa.

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

ARTICULO SEGUNDO.

Exenta la hermosa isla de Mallorca del azote de la guerra, y sintiendo apenas de rechazo la sacudida revolucionaria, no ha podido sin embargo sustraerse á la accion deletérea de las causas generales de postracion y de muerte para la arquitectura. Palma se hermosea, oimos repetir con énfasis; sí, sus calles se enderezan unas, se ensanchan otras; á los sombríos y prolongados aleros reemplazan canales de verde barnizados; á los inútiles desvanes, sobrepuestos pisos; á las raras ventanas, numerosos balcones; á los verdosos vidrios y claveteadas maderas, grandes cristales y pintadas persianas; al severo arco de los portales, el cuadrado dintel; á la negruzca piedra, el uniforme blanqueo; pero ¿qué va siendo de los vastos y magníficos zaguanes por atrevidos arcos y aisladas columnas sostenidos? ¿Qué de las anchas escaleras con barandilla de góticos calados? ¿Qué de las platerescas ventanas y portadas interiores de los entresuelos, y de los gallardos ajimeces góticos del piso principal, en dos, tres ó cuatro arcos, divididos por gentiles y delgadísimas columnas de gracioso capitel? ¿Qué de las galerías airosas de los desvanes, de los cordones que horizontalmente cortan la fachada, de los robustos sillares con dorado matiz de hoja seca barnizados? Cada año sucumben ó se renuevan muchas de sus interesantes fachadas, que treinta años atrás formaban el tipo general de nuestras habitaciones, aun las mas reducidas, hasta en los barrios mas apartados, y que á este paso, de aquí á veinte años, solo en alguna lámina podremos contemplar. No será, no, ante alguna de esas flamantes obras como el arco del muelle, ó las esfinges de Borne, ó la llamada torre del Reloj, que desnuda y sin fisonomía, asoma por cima del rico alero de las casas consistoriales, ó ante esa cuesta ponderada, tan costosa como irregularmente abierta sobre el solar del mas famoso de los conventos, que veamos detenerse y estasiarse á ningun viajero, no ya de artístico fanatismo, sino de mediano gusto é ilustracion dotado; será en tal caso ante esos restos de antiguallas milagrosamente preservados de la destruccion ó de la reforma. Merced á su aislamiento, Palma conservaba casi entera su oriental fisonomía y el noble atavío de su época de pujanza, respirando cierto encanto poético, cierta histórica gravedad, inapreciable á los ojos del forastero, por su originalidad misma, en este siglo de renovacion incesante: ¿era preciso romper acaso su tradicional vestidura, para arreglarla al moderno figurin? ¿eran absolutamente inconciliables con las antiguas construcciones, las mejoras que la comodidad, la policía ó las exigencias del tiempo pudieran aconsejar? Pero sin atender á su pasado, sin reflexionar en su porvenir, la tranquila é inmóbil capital de las Baleares, abdica su carácter para copiar en sí un pálido trasunto de Madrid y Barcelona, menos la importancia y movimiento de estos

emporios, menos la exuberancia de poblacion con que allí se justifica la estrechez del caserío, menos la regularidad que han enseñado allí la práctica y la vista de buenos modelos en su línea. En nuestras recientes obras preside comunmente el capricho, y á menudo la estravagancia: ninguna proporcion entre la amplitud y la altura de la casa, ninguna en el número y en el cuadrilongo de las aberturas; y hasta esa simetría bastarda en que toda la atencion se cifra, no se consigue sino á costa de balcones *figurados* y de fingidos portales, sucediendo tal vez, que creyendo haber hallado la entrada de un edificio de grande apariencia, tropeceis con un paredon, y en vez de aldaba, con el caño de una fuente... Por cierto que nos sienta hien un poco de indulgencia con las *singularidades* de nuestros mayores.

Menos grave fuera aun el daño, si limitado á las construcciones particulares, no se estendiera á los edificios públicos, y especialmente á los religiosos. De la pérdida lamentable de uno, cuyo vacío no han podido cerrar catorce años, no haremos responsable por cierto la depravacion del gusto, ni la presuntuosa ligereza é ignorancia del arte, ni el descuido é indiferencia general; causas eventuales, si bien mas poderosas, pasiones mas comprensibles, aunque mas funestas sin duda, produjeron la demolicion de Santo Domingo, de la obra magnífica de Jaime Fabre, de la hermana de la catedral de Barcelona: la revolucion reclamaba su víctima, y la piedad, las artes, la ilustracion se la disputaron palmo á palmo, y la opinion selló con afrentosa indeleble marca, el ominoso triunfo de aquella. Pero en el abandono de los que sobrevivieron, en la consuncion lenta y á veces acelerada de fábricas que á pequeñísima costa pudieran utilizarse para el servicio público, ó reservarse para ocasiones necesarias, en los siempre renacientes proyectos y frustradas tentativas de traslaciones y derribos, en la frialdad con que ha sido acogida toda reclamacion artística y todo esfuerzo reparador, en los parciales destrozos sin escrúpulo y como por sistema consumados en cuanto huele á antigualla, revélase no ya el huracan que troncha ni el torrente que atropella, sino el helado soplo que marchita, la pertinaz gotera que socava y mina y se infiltra por las grietas; hallamos en fin el espíritu de la época tan mezquino, tan perezoso, tan cobarde en conservar, como pródigo, activo, intrépido para destruir. Las ruinas han parecido esplotables; y la especulacion, arrebatando la piqueta al odio y á la venganza, ha mostrado saber manejarla con mas perseverancia y destreza. Ya que no permite la miseria de los tiempos á la moderna arquitectura hacer alarde de sus primores en nuevas obras ó reparos, le ha proporcionado espeditas vías para nivelar alturas ó despejar solares.

De consiguiente no acusemos de riguroso el temblor de tierra que en la madrugada del 15 de mayo último estremeció fuertemente nuestras así recientes como antiguas, así grandiosas como humildes fábricas, imparcial é incorruptible como la guadaña de la muerte: sus estragos mas visibles alcanzaron solo á derribar la linterna de la torre de San Francisco, y á cascar el remate de la del Socorro; la primera, bien ó mal, se está recomponiendo de limosna; la segunda, piramidal y esbelta como una copa de ciprés, se ha rebajado ó mas bien truncado hasta donde se creyó conveniente, ofendiendo los ojos del que recuerda su gallardía. De las dos agujas que flanquean la gran fachada de la Seo, sobre cuyo desplomo se habia escitado nuevamente la atencion tras de diez años de olvido, despertando en el público mas curiosidad que inquietud, respetó el mal intencionado terremoto la del ángulo que mas inclinacion presenta y que mas alarmaba á los peritos, rajó y derribó la estremidad de la opuesta, que por mas aplomada y moderna, mayor seguridad inspiraba: ahora las dos, pagando justos por pecadores, y á fin de establecer una triste simetría, presentan por igual cortada su aguda cúspide, que por cima de la grandiosa mole gentilmente descollaba. Pero no se trata ya del esterior ornato, ni de mutilaciones mas ó menos importantes en los accesorios; trátase de la conservacion misma del gigantesco edificio, terriblemente comprometida, si se pone mano al reparo de su desplomo, antes de averiguar concienzuda y detenidamente la causa que lo produce, á riesgo de agravar el mal cuyo remedio se procura. Si el daño, cuya progresion en el trascurso de dos siglos, no está bastante demostrada con irreprensibles mediciones, y cuya inminencia es por lo menos problemática; si este daño reside en el empuje de las bóvedas y no en la debilidad de los cimientos, como ha pretendido un articulista de indisputable talento, digno, aunque *profano*, de los honores de la discusion, con razones que el público, viéndolas incontestadas, ha podido creer incontestables (1), en este caso, el desmonte del macizo paredon hasta el nivel de los arcos interiores, no contrarestando ya con su resistencia el impulso de ellos, traería consigo el hundimiento de las naves, y precipitara una catástrofe, cuya posibilidad mas remota hiela desde luego la sangre en las venas. Tremenda responsabilidad, cien veces mas tremenda que la de abandonar la fachada á su intrínseco riesgo, pesaria entonces sobre el imprudente reformador; y mucha y muy imperturbable confianza en la ciencia propia se necesita para arrostrarla. En materia tan irreparable y trascendental, no es la actividad y brío, sino la madurez, el detenimiento, la observacion profunda lo que principalmente se recomienda: un fallo tan grave bien merece ser razonado. Lo cierto es, que sin distincion de clases, la ciudad entera, que tanto derecho de ocuparse tiene en una cuestion que es toda suya, tiembla ya del reparo mas bien que de la ruina; y azorada se pregunta si la temeridad de los hombres, antes que el vicio de la fábrica ó la injuria de los años, la privará arrebatadamente del mas glorioso monumento de nuestros mayores, en que la piedad de cuatro siglos apuró sus riquezas y el ingenio su trabajo.

J. M. CUADRADO.

(1) No es tan peregrina esta opinion que no participara de ella y la consignara en su escelente obra *Recuerdos y bellezas*, el malogrado D. Pablo Piferrer, cuyos conocimientos artísticos y profunda observacion de los monumentos, nadie se atreverá á poner en duda. Ocupándose de la fachada de la catedral, escribe: «Junto á la puerta hay otras dos torrecillas no concluidas, flacos estribos para contrarestar el empuje de las arcadas que dividen las naves.» Y abajo en una nota: «Ya los arquitectos, que sucesivamente dirigieron la obra, debieron de temer por la firmeza de aquella atrevida línea de bóvedas, que bien asegurada por los estribos del remate, quedaba espuesta mientras por tanto tiempo duraba la construccion, y no se le oponian contrafuertes por la parte del frontis. Ello es que de los catorce pilares, que siete á cada lado dividen las naves, los cuatro mas inmediatos al altar mayor tienen siete palmos y medio de diámetro, los dos siguientes ocho, y los demás nueve y medio. Pero esta precaucion no ha podido impedir que el gran frontis de veinte palmos de espesor cediese un tanto al empuje, y por su parte superior tomase una inclinacion que ya de lejos el viajero divisa con espanto.»



(Puente de Ozaeta en Vergara.)



¡LA CRUZ QUE NOS PROTEGE!...

Viajando por cualquier departamento de Francia, se encuentran con frecuencia cruces de madera ó de hierro mas ó menos toscas, colocadas en la cima de una montaña casi inaccesible, en el fondo de una profundidad imponente, en las quebraduras de un grupo de peñas de color ceniciento medio ocultas por el follaje, ó en las orillas del mar en un punto triste y solitario que convida á la meditacion. ¿Qué mano ha levantado estos sencillos monumentos que tan elocuentemente hablan al viajero, cuando los ve destacarse con formas oscuras sobre la primera claridad de la aurora, ó dibujarse indecisamente á la hora solemne del crepúsculo de la tarde que oculta su última luz en el horizonte? ¿quién ha elegido con tan admirable acierto los sitios mas convenientes para que armonicen los pensamientos que debe despertar aquel signo de devocion, con el recogimiento que producen ciertos cuadros sublimes de la naturaleza? Nadie lo sabe, ni el pueblo se cura de averiguarlo: hástale con el respeto y *la fé* que tiene en aquel *recuerdo de la existencia de Dios*, ante el cual se descubre y se arrodilla.

No há mucho tiempo que atravesábamos una de esas playas desiertas de que hemos hablado arriba. Nuestro caballo se habia reanimado con el aire salitroso del mar, y aspiraba con ánsia la brisa; sus piés, hollando la arena húmeda, no producian ningun ruido, y su galope era tan suave, que no se sentia ninguno de sus movimientos. Habiamos abandonado la brida, y el animal se lanzaba á través del espacio con una velocidad estraordinaria. En una noche sombría, oyendo á la derecha el ruido del mar, teniendo á la izquierda una cadena de peñas de un color pardusco y la luna velada con fúnebre manto, habia motivos para creerse trasportado en alas de una cabalgadura fantástica, á través de espacios desconocidos: nuestra alucinacion no fué completa, pero si nuestra distraccion, de la cual nos sacó el aspecto de una cruz que á larga distancia se alzaba confusamente en medio del mar; y era tiempo de que volviéramos de nuestro arrobamiento; la marea creciente habia ganado terreno, y llenaba ya el angosto camino con una grande cenefa de espuma blanca, amenazando usurpar el paso por completo. De la region de la poesía descendimos de pronto á la prosa de la vida, y empezamos á recordar varias historias de viajeros sorprendidos por la marea, que habiamos oido contar en nuestra niñez, sin perdonar ningun detalle de este género de agonía que va ganando terreno pulgada por pulgada desde los piés á la cabeza. Nuestra alarma era ya grande, cuando felizmente concluyó la cordillera de peñas que limitaba el camino por el lado opuesto al mar, y para colmo de fortuna nos hallamos á pocos pasos de un pueblecillo.

No tardamos en preguntar el origen y la significacion de la cruz que habiamos visto: de lo primero nadie pudo informarnos; pero supimos que aquella piedra de granito era un signo completo de salvacion; cuando la marea subia las olas lamian apenas la base y ganaban terreno progresivamente; mientras aparecia la cruz era posible la fuga, pero toda esperanza concluia en el momento que el agua la sumergia por completo.

No pudimos menos de admirar la idea verdaderamente cristiana de haber hecho asi del signo de redencion el emblema de la vida, como para advertir al viajero con una *imágen material é inmutable*, que *cuando la cruz desaparece, Dios se ausenta y el hombre no debe contar con él.*

No teniais por qué temer, nos decian la gentes, mientras viérais *La Cruz que nos protege!...*

A.



AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO XIX.

Dos primas y una romanza.

Luis no habia reparado hasta aquel momento que hacia una luna deliciosa, y como si quisiera pagar de antemano á Magdalena el trabajo que se iba á tomar recitándole la romanza, le encomió la poesía que debia tener una bellísima romanza, recitada á la luz de la luna por una muger encantadora. Magdalena aceptó el cumplimiento; porque los cumplimientos son letras de cambio que siempre se pagan á la vista, y recitó despues la romanza con escrupulosa atencion.

—¿Los dos ángeles que en ella figuran serán V. y su prima? preguntó Meneses; y Magdalena respondió:

—El poeta ha tenido esa galanteria respecto á mi; respecto á mi prima ha sido justo.

—Estoy bien seguro de que el poeta ha dicho la verdad respecto á V.; ¿pero, á un lado el amor de familia, su prima de V. es tan hermosa como la pintan esos versos?

—Mi prima es tan hermosa que no admite comparacion; y si V. la viera, estoy muy segura de que no sabria á quién compararla: tan estraordinaria es su beldad.

—Si es tan hermosa como V. dice, podré compararla á V. señora.

—La agravia V. porque no la conoce; aunque bien puede V. conocerla.

—¿V. cree que habré tenido yo ocasion de haberla conocido?

—Indudablemente, pues ha pasado largas temporadas en la corte.

—¿Tendrá V. la bondad de decirme el nombre de su hermosa prima?

—Lleva mi mismo nombre y tiene mi edad, caballero.

Magdalena, precisamente, murmuró Luis viendo cumplida la esperanza que habia alimentado todo el dia. Pero como no queria incurrir en nuevo error, y se habia propuesto adquirir todas las noticias necesarias, añadió, procurando ocultar su alegria:

—¿Tambien tendrá V. la bondad de manifestarme su apellido?

—Y por qué no? Se llama mi prima Magdalena de Sandoval.

—Hija única de D. Blas de Sandoval y doña Margarita...

—De Zulueta: dijo Magdalena, acabando el periódo que no podia cerrar Meneses.

—¿Y Magdalena y su familia acaban de dejar la corte? insistió Luis.

—Precisameute antes de ayer tuve el gusto de recibirla antes de venirme á Arechavaleta.

—¿En dónde?... Señora, dispénseme V. lo indiscreto de la pregunta.

—No tiene nada de indiscreta. La recibí en su caserio de los Manzanos, distante de aquí unas dos leguas, en la direccion de Vitoria, de donde salieron aquella misma madrugada.

—Pues conozco mucho á Magdalena, y efectivamente es hermosísima; pero insisto en la comparacion.

—Doy á V. las gracias por su permanente galanteria.

—Por mi absoluta veracidad. ¿Y digame V., Magdalena, sabe V. si vendrá á los baños su hermosa prima? preguntó Luis, llevando la cuestion á su verdadero terreno.

—Casi puedo asegurar que no, repuso Magdalena estrañando algo la insistencia de Luis Meneses.

—Pues lo siento mucho, porque hubiera tenido mucho gusto en verla.

—¿La trató V. mucho en Madrid? preguntó Magdalena á su vez, queriendo averiguar la estension de las relaciones que existian entre Meneses y su prima.

—Lo bastante para volverla á ver con gusto; repuso Meneses aparentando cierta frialdad.

—¿La encontraria V. en alguna reunion? insistió Magdalena.

—La vi por primera vez el año pasado en el Escorial.

—Es verdad que pasó quince dias de julio en aquel real sitio, y despues se vino á las provincias.

—¿Han hablado VV. alguna vez de la iglesia del Monasterio?

—Si señor. Mi prima me la ha descripto varias veces; y recuerdo que me repetia, siempre que hablabámos de este templo, lo mucho que le habia llamado la atencion un hombre que vió parado en el vuelo de la cornisa, mirándola con la mayor tranquilidad.

—¿Y regularmente diria que ese hombre le habia parecido un loco de atar?

—No señor. Tomó por lo serio aquel arrojo, ó mejor dicho, aquella indiferencia.

—¿Y lo transformó en un personaje de novela? preguntó Luis queriendo ocultar su interés.

—Mi prima no hace personajes de novela, repuso Magdalena con la mayor formalidad.

La procesion habia llegado á la puerta de la condesa, y Luis habia adquirido todas las noticias que podia darle la Magdalena hallada de la Magdalena por hallar. Adquiridas estas noticias, no encontraba Luis ningun atractivo en la conversacion de la jóven, y tampoco estaba dispuesto á pasar la noche bailando, que era la opinion general. Por lo tanto se acercó á la condesa, y la dijo:

—Tengo el honor de devolver á V. el precioso depósito que tuvo la bondad de confiarme.

—Y que muchos le han envidiado, repuso la condesa tomando el brazo de su amiga.

—Lo creo, condesa. Y ahora espero las órdenes de V. para retirarme.

—¡Es posible! ¿No quiere V., amigo mio, concurrir á nuestro sarao?

—Condesa, repetiré que estoy dispuesto á hacer cuanto V. preceptúe: pero he caminado toda la noche pasada, he dormido apenas y estoy rendido de cansancio.

—Hallándose V. tan cansado, seria una crueldad detenerlo. Puede V. marcharse cuando guste.

—Crea V., condesa, que me retiro con un profundo sentimiento.

—Venga V. á verme mañana á las dos, y rogaremos á Magdalena que nos cante otra romanza.

—Desearé que sea condescendiente, porque sus romanzas son lindísimas.

—A propósito: ¿le recitó á V. la letra de la que nos cantó esta tarde?

—Si señora: observó Magdalena. El señor de Meneses no perdona palabra empeñada.

—Ni dejo de cumplir las que empeño, repuso Luis con jovialidad.

—Posee V., querido Meneses, una cualidad poco comun, dijo la condesa dirigiéndole uua mirada maliciosa.

—Hasta mañana, querida condesa; hasta mañana, Magdalena; murmuró Luis despidiéndose de las dos damas, é hizo su promesa entre dientes, porque acababa de decir que cumplia siempre sus palabras, y pensaba faltar á la que estaba dando en aquel momento.

—Hasta mañana, querido Meneses, repuso la condesa.

—Hasta mañana, señor de Meneses, dijo Magdalena.

Meneses se dirigió por el camino que le pareció mas corto á su casa. En el dintel estaba de pié el señor Ramon, fumando un habano de colosales dimensiones que le habia regalado Francisco.

Buenas noches, señor Ramon, dijo Meneses, parándose junto á su huésped.

—Buenas noches, repuso el señor Ramon con su brevedad acostumbrada.

—¿Como está mi pobre criado? volvió á preguntarle Meneses.

—Casi bueno, volvió á responder el lacónico señor Ramon; y tomando una lamparilla, echó á andar delante de Luis, hasta que llegaron á la habitacion del viajero. Meneses se dejó caer sobre una silla; el señor Ramon encendió dos bujías, se cruzó de brazos y dijo:

—¿Quiere V. comer?

—He comido ya, repuso Luis quitándose el sombrero.

—¿Quiere V. cenar? volvió á preguntar el señor Ramon.

—No acostumbro á cenar, repuso Meneses contrastando su amabilidad con la rudeza de su huésped.

—Buenas noches, dijo el señor Ramon, y se dirigió hácia la puerta.

—Señor Ramon, ¿está durmiendo mi criado? le preguntó Luis deteniéndolo.

—Si señor, repuso el huésped, usando siempre las menos palabras posibles.

—Voy á hacer á V. una pregunta. ¿Sabe V. en dónde está el caserio de los Manzanos.

—Si señor.

—¿Podrá V. proporcionarme un guia que me conduzca á él mañana á las cuatro de la mañana?

—Si señor.

—¿Me despertará V. á las tres?

—Sí señor.

—Muy buenas noches.

—Buenas noches.

CAPITULO XX.

La roca Tarpeya.

Aunque no habia dormido Luis la noche anterior, esperaba y temia demasiado para entregarse al blando sueño que un blando lecho le brindaba. Dando vueltas sobre sí mismo, formaba castillos en el aire en un momento de entusiasmo, y los deshacia lentamente á impulso de la reflexion. ¡Pobre naturaleza humana! trabaja para edificar, y cuando ha construido el edificio, trabaja para destruirlo. Bien la retrató la mitología en la tela de Penélope.

El señor Ramon era un hombre sumamente exacto: á las tres en punto se encontraba á la cabecera de Luis, con un candelero en la mano. Meneses estaba despierto; el señor Ramon lo notó, dejó el candelero sobre la mesita de noche, y se alejó sin pronunciar ni una palabra.

—Este hombre, pensó Meneses, de lacónico se ha vuelto mudo; y sacudiendo un pequeño resto de aquella colosal pereza que le dominaba dias antes, se arrojó del lecho.

Empezaba á vestirse, cuando apareció Francisco, risueño como de costumbre.

—Muy buenos dias, señorito. ¿Qué tal ha pasado V. la noche? preguntó el fidelísimo criado.

—En vela, Francisco: repuso Luis. ¿Y tú cómo estás?

—Casi bueno. El doctor no es del todo tonto, y me ha sentado perfectamente la sangria.

—Me alegro mucho. Para otra vez que caigas ya sabes el mejor remedio.

—Procuraré no tener que usarlo. ¿Con que vamos esta madrugada de paseo?

—Yo, á lo menos, sí: tú puedes venir ó quedarte, como te parezca mejor.

—¿Pues no me ve V. ya dispuesto? dijo Francisco presentando á su amo la corbata.

—Me alegro mucho, porque quizás me serás útil.

—¿Pero, señorito, puedo yo saber adónde vamos?

—Francisco, he adquirido ayer grandes noticias.

—¿De la señorita Magdalena? preguntó Francisco con acento de desconfianza.

—Sí, Francisco. Ya sé perfectísimamente sus dos apellidos.

—¿De modo que la señorita se llama?...

—Doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, hija de D. Blas de Sandoval y de doña Margarita de Zulueta. Repara qué dos apellidos. El primero corresponde á una de las casas mas ilustres de España, y el segundo á uno de los mas ricos banqueros. Hermosura, sangre y riqueza. ¿Qué dices de estas tres cualidades?

—Digo, señor, que son magníficas. ¿Pero está V. seguro de que mi señora doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, es la Magdalena que buscamos y no encontramos por desgracia?

—Segurísimo: y lo que es mas, Francisco, tengo seguridad de encontrarla hoy mismo.

—¿Segun eso vamos?...

—A su caserío de los Manzanos.

Luis habia acabado de vestirse, el señor Ramon se presentó con una taza de chocolate, que apuró Meneses en tres minutos. Tomado este corto refrigerio, dijo á su huésped:

—¿Está dispuesto el guia?

—Si señor, repuso el vascongado.

—¿En dónde está?

—Soy yo.

—¿Tiene V. dispuestos caballos para nuestra espedicion?

—No se necesitan.

—Pues vamos.

Francisco se alegró en el alma de que la espedicion fuera pedestre, pues preferia fatigarse un poco á pegar una costalada, como la de la noche anterior. Empezaba á rayar el alba cuando salieron los viajeros de la posada de Meneses, y Luis, que estaba lleno de esperanza, vió con delicia ese gran manto ceniciento que se replega hácia occidente al primer albor de la mañana. Por segunda vez en pocos dias oyó el armonioso concierto que forman las auras y los árboles, los pájaros y los arroyos; y al trino del primer gilguero unió su voz, cantando la dulce romanza que le causó tanto entusiasmo. Una vegetacion briosa presentaba hermosos modelos á la escuela flamenca, y los horizontes tomaban sus tintas de la paleta de Villaamil. Las auras bajaban perfumadas y húmedas desde las cumbres del Pirineo, y las fuentes corrian como niños que pisan el campo tras una larga reclusion.

Habian llegado los viajeros á la cima de una montaña, en la que se elevaba, como una atalaya morisca, una capilla consagrada á nuestra Señora del Amparo. Sus negros muros atestiguaban su prodigiosa antigüedad, pero ocultaban su vejez bajo los ramos de laurel y mirto, y las coronas y guirnaldas de flores que enteramente los cubrian; asemejándose mucho la capilla á un abuelo á quien sus nietos han engalanado la mañana de su centésimo natalicio.

El señor Ramon pasó por delante de la capilla, sin dirigirla una mirada, y siguió su marcha; pero Luis se acercó afablemente á una especie de santero que estaba á la puerta, y le preguntó:

—¿Con qué motivo está esta capilla tan engalanada?

—Acaba de casarse en ella uno de los mas ricos propietarios de esta comarca, respondió el santero á Meneses.

Como nada importaba á Luis la boda del rico propietario, se despidió y apresuró el paso, imitando la celeridad de su guia. Francisco, que se habia hecho perezoso desde que su amo desplegaba tan poca comun actividad, seguia á Luis murmurando; y todos tres empezaron á bajar la colina y á descubrir el profundo valle que se reclinaba á su pié. A la derecha del camino descubrió Luis unas rocas salientes, que se avanzaban hacia la cañada como el famoso promontorio de Leucades hácia el mar: y siguiendo su antigua aficion á encaramarse por las alturas, corrió hasta el ángulo mas saliente de los escarpados peñascos. Francisco siguió á su amo de cerca; pero tuvo muy buen cuidado de pararse en sitio nada peligroso; y el señor Ramon no pisó las rocas, contentándose con esperar á sus compañeros de viaje.

Aun no habia tenido Meneses tiempo de contemplar el pintoresco panorama que se presentaba á su vista, cuando hirió su oido la dudosa armonía de varios tamboriles y dulzáinas; descubriendo momentos despues una procesion de aldeanas, vestidas de fiesta y engalanadas con vistosas cintas y flores. Esta procesion caminaba por el álbeo de la cañada, y se dirigia hácia una hermosa casa de campo, que descubria Luis desde su elevado promontorio. Tras la doble fila de aldeanas, marchaba un grupo de ocho ó diez personas á lo mas, y en su centro una jóven vestida de blanco y coronada de rosas del mismo color. Este espectáculo y la nueva que acababa de recibir en la capilla, persuadieron á Meneses de que todo aquel cortejo lo formaban los novios y su parentela; y como debia pasar precisamente por el fondo de la cañada, dió un paso mas, quedándose tan en la punta de la roca, que visto desde abajo, parecia suspenso en el aire como el albañil de San Vicente.

Ya habia pasado una parte de la comitiva, y Meneses trataba en vano de ver el rostro de la novia, porque esta llevaba la cabeza inclinada de modo que era imposible descubrirlo. Pero de repente se acercó á ella una de las mugeres que la acompañaban, y la dijo con cierto misterio una palabrita al oido. Entonces alzó la cabeza, y clavó su ardiente mirada en el temerario que coronaba el promontorio.

—¡Magdalena! esclamó Luis, tendiendo los brazos hácia ella, como si quisiera precipitarse en aquel abismo; y huyendo despues espantado de su propia temeridad:

—¡Mi sueño! murmuró Magdalena: apoyándose en el brazo de su marido para no caer desvanecida.

—La que buscábamos y encontramos á mala hora, tartamudeó Francisco. Ya sospechaba yo que no acabaria bien un Amor á vista de pájaro.

FIN.

JUAN DE ARIZA.

LA CUEVA DE HERCULES EN TOLEDO.

LAS ULTIMAS ESCAVACIONES DE LA MISMA.

Han pasado siete siglos y medio desde que la ciudad de los concilios fué arrancada por las armas castellanas del poder de la morisma, abrigándose en su recinto muchas y muy peregrinas tradiciones, ya relativas al largo período en que volaron en sus adarves las lunas africanas, ya á la floreciente edad de los Wambas y Recaredos, ora á la dominacion romana, ora en fin á los tiempos fabulosos en que aparece la historia envuelta en las mas profundas tinieblas. Sin duda á estos primitivos siglos debió remontarse el origen del monumento á que se adheria la tradicion toledana de la *Cueva de Hércules*, que tan profundas raices logró echar durante la edad-media entre cronistas y poetas populares, dando á la corte de Alonso VI una antigüedad verdaderamente prodigiosa. Prestaba el vulgo, siempre dado á lo maravilloso, su asentimiento á cuanto á la cueva prodigiosa atañia; y andando los tiempos, llegó á ser española aquella tradicion toledana, inspirando varias obras de ingenio á los mas celebrados vates.

Ni se libertaron de su poderoso influjo los historiadores que ya en el siglo de oro de nuestra literatura florecieron: el docto y severo Mariana, hijo de la provincia de Toledo, el diligente conde de Mora, y el no menos estimable Julian del Castillo, dieron entrada en sus historias á la tradiciones del *palacio encantado* y *Cueva de Hércules*, repitiendo la popular narracion de los falsos cronicones y de las leyendas vulgares, y alimentando de esta manera el interés local de lo que era comunmente designado con el título que sirve de epígrafe á estas líneas. Mas crédulo que todos el doctor D. Cristóbal Lozano, llegó en sus *Reyes Nuevos*, á señalar á Túbal como el primer fundador de esta *cueva*, añadiendo que fué despues reedificada y ampliada por Hércules, quien se *sirvió de ella como de palacio, leyendo allí la arte mágica*. Destináronla despues los romanos á otros usos militares, hiciéronla los primeros cristianos lugar de refugio en las frecuentes persecuciones que sufrian, y enriquecióronla los árabes con nuevas maravillas, contribuyendo así todas las épocas y dominaciones á rodearla de misterios, propios mas bien para exaltar la imaginacion de la muchedumbre, que para mover el ánimo del verdadero historiador ó anticuario.

En tal manera cundieron las consejas que á esta antigualla se referian; mas no faltaron tampoco quienes, como el entendido don Francisco Santiago Palomares, tan digno del respeto de los doctos por sus estudios arqueológicos, como por sus conocimientos filológicos y paleográficos, declararon que la pretendida *Cueva de Hércules* nunca habia existido, siendo cuando mas, una *cloaca* romana, la construccion que con semejante nombre era apellidada. Pocas eran las personas instruidas que no adoptaban el juicio de Palomares, hallándole conforme con las costumbres del pueblo romano, que dejó en todas partes palpables muestras de su grandeza y poderío; cuando á principios del año de gracia en que vivimos, moviéronse algunos curiosos del deseo de penetrar los misterios que la tradicion guardaba, resolviéndose á emprender en el sitio de la llamada *Cueva* algunas escavaciones. Grande fué el calor con que se acometieron estos trabajos: algun curioso, ó mas ardiente ó mas crédulo que sus compañeros, acudió á la prensa para pulverizar la opinion de Palomares y de los que le seguian, sol-

tando tantas y tales prendas respecto de la indudable existencia de la maravillosa *Cueva*, que no habia de encontrar despues fácil defensa á sus aventurados asertos. Iban entre tanto adelante las escavaciones; y al paso que abria la azada un palmo de terreno, moria una ilusion en la fantasía de los esploradores, quienes no abandonaron, sin embargo, la empresa hasta perderlas todas ó lograr el triunfo de la curiosidad que los impulsaba. Al cabo se dieron por vencidos, levantando mano de las escavaciones, las cuales no han sido de todo punto estériles para la historia y la arqueología, pareciendo mas fácil el resolver la intrincada cuestion del orígen, objeto y uso posterior de la construccion tenida por *Cueva* ó palacio de Hércules.

En efecto, no es ya posible dudar en modo alguno ni del primitivo objeto, ni de la fundacion, ni del uso á que en siglos posteriores fué destinada la construccion que sin fundamento de ninguna especie ha llevado hasta ahora aquel título. Pero si esta maravillosa tradicion, alimentada por la oscuridad de los tiempos, y abultada por la imaginacion de escritores que en nada tenian los fueros de la crítica, ha muerto á manos de los últimos esploradores, lícito nos será declarar aquí que no es tampoco mas consistente la opinion de los que, como el erudito D. Francisco Santiago Palomares, no pudiendo dar entrada á las patrañas del palacio encantado, y apoyándose en el conocimiento de la historia romana, supusieron que fuera acaso una *cloaca* la soñada *Cueva*. Esta opinion, á que nos mostramos inclinados en nuestra *Toledo pintoresca*, obra consagrada esclusivamente á la descripcion artística de los monumentos de la antigua corte visigoda, no puede ya sostenerse. La denominada *Cueva de Hércules*, ni es tal cueva maravillosa ni es *cloaca*.

Pocos esfuerzos son necesarios para demostrarlo: no es tal *Cueva de Hércules*, porque su construccion es indudablemente romana, lo cual prueba que no podia existir en la época á que se intentan remontar las fabulosas hazañas llevadas á cabo por Hércules en nuestro suelo: no es *cloaca*, porque destinadas estas soberbias construcciones á recoger las aguas llovedizas de las ciudades, arrastrando al propio tiempo todo género de inmundicias *(sordes)*, solo ocupan las bóvedas descubiertas el espacio de 45 á 50 piés de largo, por 25 á 30 de ancho, terminando en la piedra viva, que se levanta hasta el cañon de dichas bóvedas, sobre el nivel de los arranques de los tres arcos, únicos que en aquel lugar pueden haber existido. ¿Qué será, pues, la llamada *Cueva de Hércules?*... La respuesta es bien sencilla para todo el que tenga algunas nociones de la historia de las artes, sin que haya necesidad de acudir á lo maravilloso ni á lo absurdo. Sobre un área de la longitud y latitud que dejamos notada, se levantan dos gruesos y robustos muros de contencion, que reciben cada cual una bóveda, las cuales recaen sobre tres grandes arcos de sillería, que naturalmente los separan en direccion á oriente. Es toda esta construccion romana, recordándose al examinarla, cuántos monumentos de aquella poderosa civilizacion ha respetado en nuestra España y fuera de ella la segur del tiempo, y muy principalmente los acueductos de Segovia y Tarragona, asi como tambien los anfiteatros de Itálica y Clunia, y aun el circo máximo de Toledo. Semejante fábrica está manifestando que fué destinada á recibir un edificio tan fuerte y robusto como ella; y por la situacion, por la importancia de lo existente y por la estension del lugar que ocupa, no admite duda en que fué aquel un templo gentílico. Lo que no es posible determinar es la deidad á que hubo de estar consagrado, bien que nunca podrá asentar que lo fuera Hércules, quien haya reconocido, con Vitrubio, las condiciones necesarias para la construccion de los templos dedicados á dicho semidios, que no podia ser adorado dentro de los muros de las ciudades que le rendian culto. Mas probable seria la conjetura de suponerle levantado á Júpiter, á lo cual da por una parte fundamento la misma fortaleza de las bóvedas existentes, y el recordar por otra que el padre de los dioses era adorado dentro de los castillos *(arces)* y ciudades fuertes, en cuyo centro se erigian precisamente sus templos. A esta consideracion, hija al mismo tiempo de la historia y de la arqueología, deberá añadirse la observacion no menos importante de que el príncipe de los historiadores latinos dice de Toledo, que era *urbo parva, sed valdé munita*, y como en el centro de la antigua poblacion romana han aparecido las bóvedas que dan ocasion á estas líneas, racional parece en consecuencia el deducir, apreciando las costumbres y ritos de aquellos dominadores, que introdujeron en nuestra patria su religion, su lengua y sus artes, que las ruinas ahora descubiertas por los últimos esploradores pueden ser sin dificultad alguna, la *cripta* ó cuerpo subterráneo del templo que Toledo consagró á Júpiter ó á otra deidad, *majorum gentium*, en aquellas apartadas edades.

Esto en cuanto se refiere al objeto y fundacion del monumento que examinamos: respecto del uso á que en mas cercanos dias fué destinado, aunque son pocos los vestigios que han llegado á nosotros, será bien advertir que todavía pueden señalarse tres grandes épocas en la historia del edificio levantado sobre las fortísimas bóvedas que han llevado indebidamente el nombre de *Cueva de Hércules*. 1.ª época bizantina: 2.ª época arábiga: 3.ª época de la restauracion ó castellana Dan inequívoco testimonio de la primera trasformacion del templo gentílico, que debió reducirse á iglesia católica, luego que se estendió é hizo religion del imperio la predicada por los apóstoles, los muchos y muy apreciables fragmentos de piedra que se conservan empotrados en el muro hoy existente, y cuyos graciosos y sencillos ornamentos y labores son indicio claro de la antigüedad á que nos referimos. Sin duda cambiando absolutamente las necesidades del culto, hubo de esperimentar el templo primitivo notables modificaciones, admitiendo como inevitable consecuencia de las nuevas leyes de la liturgia, la ornamentacion dominante en cada uno de los tiempos en que dichas modificaciones se verificaron. Deponen igualmente de la segunda trasformacion del edificio, fundado sobre la mal llamada *Cueva de Hércules*, los arcos que todavia existen (bien que cegados con mucha posterioridad) de lo que debió ser mezquita en tiempo de los árabes, destruida ó alterada en gran manera la iglesia bizantina. Dichos arcos, asi como el gracioso y esbelto *agimez* que en la parte esterior del muro se contempla, presentando la bella forma de herradura, alejan toda duda sobre la existencia de esta fábrica sarracena, que parece haber llegado hasta nuestros dias, segun el comun asentimiento de las personas inteligentes que la vieron derribar con dolor en 1841. Restaurada Toledo del poder de la morisma, fué la mezquita consagrada al cristianismo bajo la advocacion de San Ginés, y señalada como parroquia: nuevas modificaciones se hubieron por tanto de introducir en ella, conforme á las diferentes prescripciones del culto á que se dedicaba. Enriquecida por la piedad de los fieles, se le agregaron sucesivamente algunas capillas, donde hizo gala la arquitectura, apellidada generalmente gótica, de sus innumerables bellezas. Los pocos restos que hemos examinado de estas construcciones, manifiestan de un modo concluyente que aun en la segunda mitad del siglo XV recibia la parroquia de San Ginés nuevos aumentos y mejoras, reflejando, asi como otros muchos templos de Toledo, la historia de las artes españolas durante la edad-media.

¿Cuál era entre tanto el uso á que se destinaba la cueva llamada de Hércules?... Difícil cuando no imposible seria el responder satisfactoriamente á tal pregunta respecto de los primeros tiempos de esta construccion, ya bajo la dominacion romana, ya bajo la gótica, ya bajo la sarracena. Respecto de la última época, es decir, desde algunos siglos despues de la restauracion de Toledo hasta el establecimiento de los *campos santos*, como quiera que no fuese posible abrir sepulturas en la bóveda sobre que estaba fundada la iglesia, se destinó con piadoso acuerdo á comun cementerio de los fieles, siendo verdaderamente sensible que la estéril curiosidad de los últimos esploradores haya venido á turbar el reposo de aquellos huesos, que yacen ahora insepultos, con no poco sentimiento de cuantos los contemplan.

A tal punto queda, pues, reducido cuanto la escavacion verificada en los últimos meses nos enseña respecto de la fabulosa *Cueva de Hércules*. El deseo de envolver en las nieblas de lo maravilloso los orígenes de los pueblos, ha llevado con frecuencia, aun á los hombres mas doctos, al estremo de abrigar las tradiciones de la muchedumbre, por absurdas y contradictorias que sean, siempre que hayan halagado la vanidad ó el orgullo de sus compatriotas. De este defecto acusan los mas autorizados críticos al príncipe de los historiadores romanos, y del mismo achaque adolecen nuestros antiguos cronistas, y no pocos de nuestros historiadores que florecieron en el siglo XVI. Pero hoy que los estudios históricos, iluminados por la antorcha de la filosofía y apoyados en la ciencia arqueológica, han hecho tan largo camino, no es ya posible recibir como artículos de fe toda clase de tradiciones y de cuentos. Las tradiciones de los pueblos tienen en su historia un valor meramente relativo: determinan acaso su amor á la independencia, la fortaleza y profundidad de sus creencias, la variedad peregrina de sus costumbres: bajo este punto de vista son dignas de estudio y de respeto. Pero nunca podrán servir de sólido fundamento á la verdadera especulacion histórica: nunca podrán resolver las dudas que surjan del exámen frio y concienzudo de los hechos. Cuando se sometan á esta dura prueba, sucederá lo que ha pasado á los últimos esploradores: por manifestar la realidad de una cosa que solo vivia en las tinieblas de los tiempos, la han sacado á la luz del dia y le han dado muerte. La tradicion que ponia la *Cueva de Hércules* bajo la demolida iglesia de San Ginés, ha muerto: para alimentarla por algun tiempo hay necesidad de buscar una nueva *cueva*. ¿Será posible hallarla?... En Toledo existen muchas construcciones subterráneas, y acaso alguna *cloaca* romana. Pero de seguro no hay ninguna *Cueva de Hércules*, segun la describen los falsos cronicones, y segun pareció verla la exaltada fantasía del doctor Lozano. Los esploradores irán, como van los niños tras la luna de cerro en cerro, hasta encontrar de cueva en cueva el último desengaño.

José AMADOR DE LOS RIOS.

RELACION

de la familia y regalos que trajo al rey de España, Mustafá, embajador del Gran Turco, que se embarcó en Constantinopla á primeros de abril de 1791, y llegó á España á principios de mayo.

Familia y servidumbre.

Quince mugeres para su uso.—Dos secretarios.—Tres maestros de ceremonias.—Tres ulemas ó doctores de la ley.—Cinco gentiles-hombres.—Dos mayordomos.—Dos caballerizos.—Dos drogamanes ó intérpretes: el uno andaluz y el otro mallorquin.—Veinte y cuatro aposentadores.—Veinte y cuatro pajes.—Cuatro camareros.—Dos médicos ingleses.—Dos cirujanos.—Sesenta criados de escalera abajo.—Seis reposteros italianos.—Seis cocineros franceses.—Dos cafeteros griegos.—Treinta criadas: quince de ellas negras.—Cuatro amas.—Cuatro criados para estas.

Guardia.

Un capitan.—Cuatro subalternos.—Cincuenta genízaros.

Regalos.

Dos mil trescientos veinte y dos cautivos, inclusas doscientas mugeres y cincuenta y ocho niños que no tenian rescate.—Un botiquin muy estraño.—Una coleccion de brillantes.—Una de margaritas.—Dos elefantes.—Dos camellos de carga.—Un dromedario.—Veinte leones.—Cuatro tigres.—Diez pelicanos.—Diez literas con veinte mulas atigradas.—Treinta coches de tres ruedas.

Relacion de lo que se necesitaba diariamente para el embajador y su familia.

Dos carneros blancos.—Veinte y ocho gallinas.—Sesenta pollos.—Doscientas berenjenas.—Cien pepinos.—Cien calabacines.—Veinte docenas de huevos.—Treinta libras de manteca de Flandes ó fresca.—Sesenta velas de sebo.—Sesenta id. de cera.—Dos antorchitas.—Doce libras de alcuzcuz ó harina de flor.—Cuarenta panes de á cuatro libras.—Seis libras de clavo.—Dos de pimienta negra.—Cuatro de almendras crudas.—Diez y seis de azúcar florete.—Diez y seis id. de café.—Ochenta id. de arroz, y una gran cantidad de acelgas, yerbabuena, perejil, cebollas, ensalada y limones.

Nada dice la nota respecto á la cantidad de tocino, jamon, vino y otras cosas que á pesar de prohibirlas el alcoran, no dejaria de probarlas de cuando en cuando el embajador.

Con motivo de este regalo y para ridiculizarlo, se hicieron por aquella época las siguientes décimas, que aunque mal digeridas las ideas y faltos de consonantes los versos, algunas veees no dejan de ser picantes y satíricos. Nosotros no hemos querido hacer en ellas la menor correccion, y asi las damos tales cuales salieron de la pluma del que las hizo (no nos atrevemos á decir del poeta), ó de la mano de los copistas que tan buena maña suelen darse para hacer mediano lo bueno, malo lo mediano y peor lo malo.

DÉCIMAS

al regalo que el embajador turco trajo á nuestro rey, en este año de 1791.

Una brillante sortija
del gran caballo del Cid,
y de la arpa de David
un bordon y una clavija;
la llave de la balija
del correo de Sodoma,
y el cuello de la redoma
donde destilaron sales
los espíritus vitales
del zancarron de Mahoma.

Una calceta de Adan,
el sarmiento de Noé,
la cofia de Bersabé,
y el pellico de Abraham:
brevas del monte Taran,
medio pectoral de Amon,
el cetro de Faraon,
las cabañuelas de Asuero,
las columnas y el crucero
del templo de Salomon.

Siete pelos del cogote
del eunuco Gran Sultan,
que á la burra de Balaan
la casó con Don Quijote;
la túnica y capirote
del Nazareno del Rhin,
y dentro de un escarpin
el pié izquierdo del Pegaso,
las costillas de Parnaso
y espinazo de Cain.

Seis cocineros rabinos
de las bodas de Canaan,
y de la reina Sabá
muchos sahumerios muy finos;
la gran lanza de Longinos,
el morrion de Ismael,
la cotilla de Raquel,
el reloj de Acaz sin mengua,
y setenta y una lenguas
de la torre de Babel.

La piedra filosofal,
gorriones celibatos,
agonías de Pilatos
en término musical;
la línea equinoccial,
frascos de leche de monas,
cocodrilos con valonas,
aguiluchos en audiencia,
y la luna de Valencia
con las plumas de Belonas.

La Dulcinea del Toboso,
medio gigante Galafre,
la punta de un almocafre,
y una pierna del coloso;
velas de sebo de oso;
el escudo de Oliveros,
de Judas treinta dineros,
el peluquin de Faetonte,
y las barcas de Aqueronte
con todos sus marineros.

Una quijada de Ulises,
las pestañas de Sanson,
el Ídolo del Dragon
y de Ovidio las narices;
colas de las codornices
que Moisés cogió en Asia,
las dos estrellas de Francia,
el bonete de un convicto,
y de las ollas de Egipto
un puchero de sustancia.

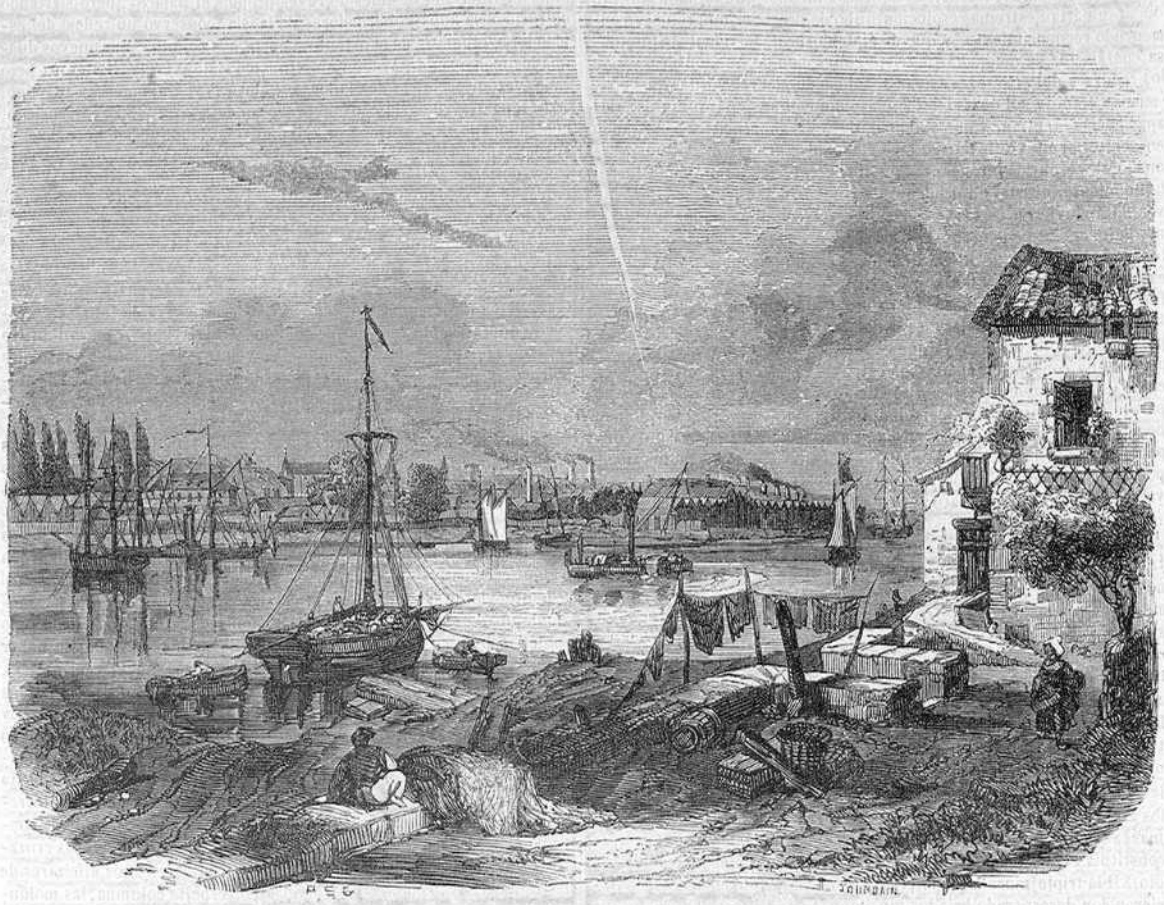
Parte del fuego neutral
que halló el grajo en el Diluvio,
un huevo de fénix rubio
y un pleito matrimonial;
la cúmula magistral
de un mercurio hecho en sarten;
frescas frutas de Belen,
oreja y media de picio,
y las tres muelas de juicio
del señor Matusalen.

Cuatro lágrimas del ojo
de la puente de Mantible,
y del caulican horrible
las espumas de su enojo;
la ana cardina en manojo,
un sigilo elemental,
un eclipse diagonal,
las Californias en cuentas,
y de las mil y quinientas
el débito conyugal.

Ocho elefantes mellizos,
diez sirenas del serrallo,
un basilisco á caballo
y dos mil plumas de erizo;
ojos de cangrejos firisos,
Virgo y Marte en conjuncion,
medio signo de escorpion,
treinta y dos culebras cojas,
y el alcoran con sus hojas
metido ya en infusion.

Este, amigo, es por entero
sin faltar coma ni punto
el regalo todo junto
segun dice el gacetero;
que lo celebres espero,
pues lo pido por instantes;
y si acaso en tus cuadrantes
no mereciere los ramos,
te aseguro que quedamos
tan amigos como antes.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, A CARGO DE ALHAMBRA.



VISTA DE LAS FERRERIAS REALES DE INDRET, CERCA DE NANTES.

Bajando por la ribera izquierda del Loira, desde Nantes hácia Paim-bocuf, como á unas dos leguas de la primera de estas dos ciudades, el viajero se deleita con el sorprendente golpe de vista que presentan las ferrerías reales de Indret. Edificados sobre la superficie plana y regular de una roca que baña el agua por todas partes, pero que sin embargo es bastante alta para dominar las mareas de mayor elevacion, estos hornos inmensos, á quien los naturales llaman poéticamente *el respiradero del infierno*, ocupan una situacion la mas pintoresca y encantadora.

Enfrente de Indret está la hermosa aldea de Basse-Indret, que estiende sobre la ribera sus numerosas y blancas casas de techos resplandecientes. Esta aldea conserva algunas de sus costumbres tradicionales en lo concerniente á los antiguos usos religiosos de Bretaña. Todos los años hácia el dia de Navidad, los jóvenes de ambos sexos se reunen para decorar á espensas propias y con algunos carros y taburetes un vasto espacio, al que hacen tomar la forma de teatro, cuyos asientos ocupan todas las tardes los vecinos del pueblo y de los alrededores. En este teatro se representa lo menos quince dias consecutivos una inmensa pieza en que los versos corren con la mayor libertad sin las trabas de la rima y de la cadencia, y en que cada estrofa se canta en un aire diverso, á la manera de esos famosos *pots-pourris* que hicieron la delicia de nuestros antepasados. Jamás en esta feliz *tragedia* (este es el nombre que la dan) faltan espectadores, jamás se ha oido resonar en aquel recinto ningun apóstrofe de reprension, jamás ha podido la censura disminuir sus largos actos, jamás la indisposicion de un artista ha impedido representacion alguna, y si se juzgaran las obras dramáticas por el número y la sinceridad de los aplausos, la *tragedia* de la Basse-Indret podria vanagloriarse de ser la mejor de las obras dramáticas.

Nuestros lectores nos perdonarán el que nos hayamos apartado del objeto principal de nuestro artículo, en gracia de haberles hecho la narracion de una diversion que no todos conocerian: y agradeciéndoles su indulgencia, volveremos á enlazar nuestra cortada relacion.

Las fábricas reales de fundicion de Indret fueron montadas en 1838 bajo la direccion del hábil mecánico Mr. Gengebre, y destinadas por el gobierno á construir navíos de vapor.

Decir el poco tiempo en que fueron construidas las primeras máquinas, y el inmenso desarrollo que recibió el trabajo de fundicion, seria bastante para hacer el mas bello elogio de estas ferrerías, si no viniera á empañarle la completa inaccion en que se encuentran en el dia, y lo atrasadas que están respecto á las fundiciones inglesas, que han conseguido en pocos años anteponerse á todas, impelidas en el camino del progreso por el poderoso empuje de la civilizacion moderna.

Pero las ferrerías reales de Indret, descuidadas por el gobierno, no han podido sentir la fuerza de su empuje, y es muy triste ver unas fábricas que por muchas razones deberian ser las primeras de Europa, yacer en el doloroso estado de una inercia científica, tan grande como la que tienen las fábricas de Indret, en las cuales sin embargo trabajan una infinidad de obreros. Pero cuando se emplean mas brazos que inteligencia, solo se deja ver la industria á través de un prisma, empañado por el sudor que imprimió la maldicion de Dios sobre la frente del primer hombre.

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

(Conclusion.)

ARTICULO TERCERO.

Pero otra víctima mas segura y pronta debia inmolarse en obsequio del terremoto, como para aplacar sus iras y conjurar sus rigores, y en los primeros dias de junio vióse maniobrar sobre la plataforma de la ancha torre del real palacio, una falange numerosa de peones, antes de saberse que su destruccion estuviese decidida, antes de divulgarse siquiera el daño que tan fuerte medida motivaba. Creyóse al principio que se trataba de un reparo, despues de una rebaja de altura cual en otras ocasiones la ha sufrido; mas la piqueta seguia abatien-

do uno y otro torreon, y sigue bajando, bajando siempre, sin que sepan donde han de detenerse los brazos mismos que la manejan. Sin duda que á tan estrema resolucion hubo de preceder un prolijo y concienzudo reconocimiento, y que de él debió brotar evidente y luminosa cual la luz de mediodía, la triste conviccion de que inútiles serian los recursos del arte, para salvar al coloso de piedra, y que si las apariencias eran de solidez y perfecto á plomo en sus cuatro muros, las apariencias mentian, y que allí donde los ojos superficiales penetrando en el interior no veian tal vez sino renovadas grietas de no difícil remedio, leyeron los inteligentes terribles síntomas de próximo y total hundimiento, al cual un prudente derribo debia anticiparse. Por esta vez no anduvieron lentas las consultas, ni complicados los trámites, ni abultado el espediente, ni embarazosas las competencias, ni escasos los recursos, aunque no tan copiosos sin duda como la voz pública exagera, suponiendo 9,000 duros destinados á estas obras: sea como fuere, ¿qué mas pronto ni mas feliz despacho pudiéramos desear para tantos otros asuntos de pública utilidad y fomento que yacen bajo el polvo de las oficinas? Y ya que S. M., espuesto una vez el indicado peligro, ha consentido en que se destruyera el mas bello ornato y peculiar fisonomía de la mansion de sus augustos progenitores, pues no parece creible que á vista del administrador de su Patrimonio, sin su beneplácito ó conocimiento siquiera, se procediese al derribo de una parte tan principal del palacio, en que la corona, desde remotos tiempos, otorgó generoso albergue á los vireyes y capitanes; no nos resta ya sino deplorar el prematuro fin de este poético monumento, que á mas larga existencia parecia destinado.

No faltará acaso quien nos pregunte qué belleza y mérito á nuestros ojos encerraba aquel grupo descomunal de cuadrados torreones, no ya de barbacanas ceñidos ni de almenas coronados, solo por su elevacion y adusto colorido recomendables, sin mas adorno que el de sus ventanas ó ajimeces, la mayor parte tapiados; ó qué recuerdos contenian aquellos gruesos y sombríos muros, sino los toscamente esculpidos nombres, ó sofocados gemidos de los reos de estado que añejos bandos ó causas políticas allá sumieron. ¿Qué recuerdos decís? Los de una serie de dominaciones, los de una dinastía de reyes, la historia de las vicisitudes de un país á cuyos destinos presidió el permanente alcázar. Al rededor de este formóse en remota época, tal vez en la goda, tal vez en la romana, la pequeña y fuerte ciudad que llamaron los árabes Almudayna ó *Ciudadela*, como al rededor de esta se estendió mas adelante en semicírculo el resto de la poblacion: su fortaleza constituia el cuarto y último recinto, que dominaba á principios del siglo XII la triple muralla de la plaza sarracena, y en el cual se guarecieron con desesperado brio los muslimes en 1115, estrechados por la vengadora espada de catalanes y pisanos; por aquellos muros cortados á pico sobre las olas descolgóse el valí Burabé, buscando ya su salvacion en la fuga que las naves del valiente Dodon le cerraron; y cuando los móviles castillos de madera de los sitiadores ganaron como al abordaje su erizada altura, corrió la sangre por el pavimento, la llama por la techumbre de sus estancias, rodaron cadáveres precipitados por las ventanas, ondeó la cruz sobre las derruidas almenas. A la noble estirpe del poderoso Mudjehid, señor de Denia, reemplazaron en la posesion de aquel palacio, como en la de toda la isla, los jeques almoravides, arrojados á su vez por los almohades, manteniendo allí todos un simulacro de corte, y gozando de sus pirateadas riquezas en el seno de las delicias: pero trascurrido poco mas de un siglo desde el pasajero estrago de los de Pisa, atravesó los umbrales de la real morada un conquistador mas generoso y humano, Jaime I de Aragon, apartando de ella el hierro y la tea incendiaria, y confiando sus tesoros á la custodia de un santo religioso.

Erigida Mallorca en reino independiente, el alcázar de la Almudayna pasó á ser verdadero real palacio; y cuando Jaime II en el último tercio de su reinado poseyó al fin tranquilamente la corona legada por su padre el Conquistador, adornó con obras magníficas su hermosa residencia, sin quitarle el carácter moruno ni el aspecto belicoso. Entonces, en la primera década del siglo XIV, frente el uno del otro, el real palacio y el castillo de Bellver en la próxima colina, surgian á la vez y desenvolvian sus bellas formas, bajo la direccion acaso de un mismo arquitecto, Pedro Salvá, decorados al par sus salones por el pincel de Francisco Caballer; entonces la vieja mansion de los valíes vió brotar en su seno la interesante capilla de Santa Ana, y sobre el mar y sobre el huerto, á mediodía y á poniente, tendió sus ojivales galerías, mutiladas hoy por mas recientes fábricas, y se levantaron sobre los antiguos murallones gallardas torres de piedra, encerrando abovedadas y lujosas estancias, y á las angostas saeteras reemplazaron gentiles ventanas, y sobre el torreon altísimo del homenaje asentóse en lugar de vigía el famoso ángel de bronce que le ha dado nombradía. Allí en 28 de mayo de 1311, cerró los ojos el espléndido soberano; allí su hijo el bondadoso y enfermizo rey D. Sancho, alternó sus pacíficos dias con los que en su predilecta villa de Perpiñan gozaba; allí el infortunado Jaime III, nieto del II, desde su temprana juventud vió acumularse por el lado de Aragon las negras nubes que le presagiaban destronamiento y muerte. Huérfano despues de reyes propios el palacio; pero sirviendo de residencia á los gobernadores de la isla, conservó un reflejo del esplendor y grandeza de la ostentosa corte mallorquina. Sus nuevos dueños los monarcas de Aragon en el mismo siglo XIV la visitaron; pero cada vez en perjuicio de Mallorca: Pedro IV para uncirla á su yugo, Juan I para arruinarla con sus exacciones y saraos. Paz y sosiego, cual nunca lo disfrutó en su agitada vida, aunque siempre bajo la suspicaz mirada de su tirano padre, halló hácia 1459 en aquellos vastos y desiertos salones, el tan infeliz como virtuoso Cárlos de Viana, entregado por algunos meses al estudio y al retiro; y un escondido reino dijo haber encontrado, al entrar por su patio, el insigne emperador Cárlos V, que descansó allí cinco dias, de 13 á 18 de octubre de 1541, antes de partir á su malhadada espedicion de Argel. Enumerar los huéspedes de sus régias salas, y los huéspedes de sus sombrías torres, y los espectáculos y festejos, y las escenas ya de luto ya de regocijo que á su pié han ido desfilando, seria recopilar en un breve espacio la historia y las costumbres de veinte generaciones, sus anales políticos y sus fastos criminales, sus glorias y sus revueltas, sus alegrías y desventuras: todas despertaron eco en aquellas bóvedas, todas dejaron sulco en aquellos muros denegridos.

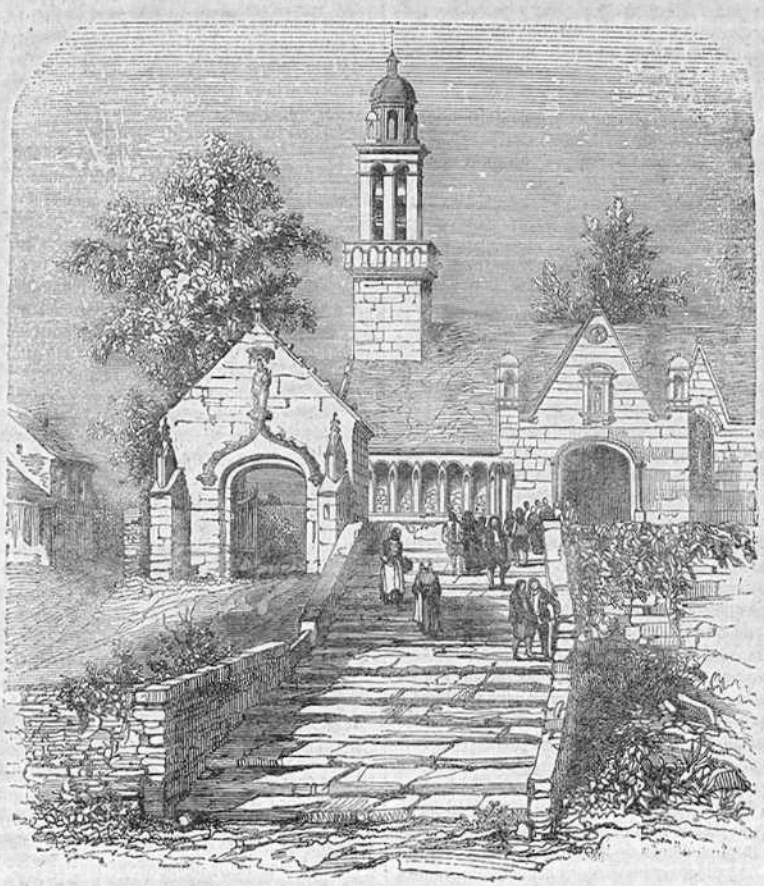
Ahora bien: ya que los vireyes, generales y demás funcionarios en el vasto edificio alojados, al tenor de sus caprichos ó necesidades alteraron la primitiva estructura; ya que por el lado del mar se presentan renovadas sus dos filas de balcones, y con deformes escrecencias obstruida su fachada, al paso que hácia la huerta ábrese un caos de galerías, balcones y ventanas de todas fechas y tamaños, sin órden ni concierto distribuidas; ya que las salas del piso bajo y del principal se han modernizado todas, escepto el real oratorio privado, que por medio de una tribuna comunica con la capilla de Santa Ana rivalizando con ella en gallardía y desaparecerá el dia menos pensado sin haber obtenido de nadie un recuerdo, ¿qué le restaba ya al real palacio, para insignia de su belicoso orígen y augusto destino sino la corona de torres eminente que por cualquier lado descollaba, humillando y comprimiendo las mezquinas obras particulares, y como proclamando su soberana pertenencia? Sobre la anchurosa azotea, por cuatro angulares torres flanqueada, erguíase la del *Ángel*, que si bien rebajada hasta el segundo cordon en 1756, al año siguiente del formidable terremoto, de Lisboa, del cual llegó á la isla un débil eco, solo á la contigua mole de la catedral cedía en altura (1). Las altas bóvedas cruzadas en arco, los severos portales en semicírculo, los altos alfeizares de las ventanas, ya sencillas ya partidas por esbelta columna, las molduras y arabescos de tapiadas galerías, caracterizaban aun los aposentos de las torres y los subyacentes á la azotea; y á leve costa se les devolviera la distribucion y forma que le dió su real fundador, trocándolos otra vez de lúgubres mazmorras en risueñas y magníficas estancias. ¡Qué rosada y esplendente se quebraba la luz de la mañana en los ángulos y recodos de los opacos torreones! ¡Qué triste luna! Cada hora tenia allí su encanto, cada punto su perspectiva. ¡Pobres torreones inmolados para seguridad de la poblacion que un tiempo defendian, si opusieron rebeldes al hierro destructor la nativa dureza y perfecta trabazon de los sillares, resonando con los golpes cual si de bronce fuesen, al menos no hubieron de ser apuntalados para prestar pié firme á sus demoledores! ¡Pobre torreon del homenaje, ayer el perfil de su ángel protector combinábase con las coronadas agujas de la Seo y con la majestuosa nave de Santo Domingo, diseñando sobre el azul de los cielos un bello grupo que de lejos saludaba el navegante; mañana descubrirá en su lugar un espantoso vacío! ¡Necios lamentos, dirá alguno, á propósito de un monton de piedras! Pero piedras y terrones forman ese mágico ser que se llama *patria*, y los puntos culminantes son los rasgos de su fisonomía. ¿Direis tambien, necio amor el de la patria?

Y el ángel contemporáneo de la torre, que vino á fundir de Perpiñan Francisco Campredon, con tornesa y media (26 dineros) de salario al dia, que Jaime II impaciente de verlo, hizo traer á Sineu de donde á la sazon residia, para examinarlo á su gusto; que plegadas y casi rozagantes las alas, caida hasta los piés la vestidura, armado el pecho como de una coraza con aquellas palabras divinas *et verbum caro factum est*, tendido el brazo durante cinco siglos y medio, señaló el viento con el dedo índice girando á merced de sus mudanzas, ¿cuál será el destino de esta interesante figura? ¡Pobre ángel! tambien pendiente como de una horca te vimos el 6 de junio, y el 28, aun tendido boca al suelo en la azotea, bajo haces de maderos, á pesar de lo que anticuarios y autoridades en salvarte se han interesado! Bien pudiste presagiar tu próximo y cruel destino, el dia en que viste arrancar de la torre piramidal de San Miguel al ángel tu compañero: Dios te conceda menos acerbo fin. Ahora si bajas entero de entre los escombros, si no tiendes el vuelo á países mas hospitalarios, si la curiosidad de un aficionado no te acota por propio, irás, ángel cesante, á ocupar un puesto al abrigo

(1) Véase el grabado, pág. 317.

de la intemperie en ese invernáculo donde pierden su aroma y lozanía las flores arrancadas del nativo suelo, en esas salas de asilo donde se reunen los objetos artísticos, huérfanos del edificio que los sostuvo, en ese cementerio, al fin, llamado *Museo*, que está por crear todavia; y la soledad no te asuste, que en breve acaso irán á reunirse allá contigo los privilegiados destrozos y esculturas de los monumentos que en pié nos quedan.

J. M. CUADRADO.



IGLESIA DE MARCELLE.

Pocos son los que han detenido sus pasos delante de esta obra, cuya arquitectura corresponde al siglo XI: menos notable por su mérito intrínseco que por su antigüedad venerable, domina desde una altura el pueblecillo de Marcelle, situado no lejos del cabo de Finisterre, y sirve de descanso al curioso que visita sus pintorescas inmediaciones.

Marcelle fué en otro tiempo baronía feudal: su último señor construyó un pequeño castillo, cuyas ruinas se veian hace algunos años en el camino que conduce desde dicho pueblo á Corcubion, y se reducian á varios lienzos de muros derruidos, y á los restos de un torreon cuadrado. Esta clase de construcciones se ejecutaban entonces con piedra bruta, sin órden ni simetría, y carecian por lo tanto de los adornos y labores que tanto distinguen á las obras de los últimos siglos: es verdad que ganaban en solidez lo que les faltaba de hermosura.

Los alrededores de la iglesia de Marcelle ofrecen los puntos de vista mas agradables que pueden observarse. Al norte se divisan unos altos montes, de los cuales se desprende un riachuelo que regala sus puras aguas al rio Tambre, que desagua en el mar junto al cabo de Finisterre; grandes sotos abundantísimos en caza presentan agradable sombra que convida al descanso, y multitud de árboles frutales y de plantas odoríficas convierten durante el verano aquel país inculto en un bellísimo vergel.

El paraje que eligieron los primeros moradores de Marcelle para levantar su iglesia no es menos agradable ni pintoresco. Y aquí debemos notar que, generalmente hablando, las antiguas iglesias, que nada de particular ofrecen por sus construcciones, se recomiendan sin embargo por las respectivas posiciones que ocupan; lo cual prueba que los arquitectos de esos siglos remotos atendian mas á la impresion religiosa que debia producir un edificio sagrado, que á la comodidad y á las reglas confusas del arte, tal cual habia llegado hasta ellos. Buscaban únicamente el efecto en el ánimo de los fieles, ó lo que es igual, un medio poderoso para atraerlos á la oracion y á todas las prácticas religiosas, porque á sus ojos el lado moral del arte era la parte principal á que se dirigian sus desvelos. Preciso es confesar que casi siempre llegaron á conseguir su objeto. Al presente hemos sustituido al resultado moral la conveniencia razonada, y en vez de buscar el efecto, solo apetecemos el resultado práctico, principio escelente para los adelantos de la mecánica, pero que ha producido, como debia suceder necesariamente, todos los monumentos sin carácter, sin idea fija, que deshonran la arquitectura contemporánea.

LA BUÑOLERA.

En la noche del 2 de diciembre de 1515 llegaron, en Granada, cuatro soldados á una buñoleria morisca que habia en el comedio de la calle de Elvira. Entraron de tropel, sentáronse en el zaguan, pidieron una libra de hojuelas con su correspondiente racion de meloja, pagaron adelantado, y sacaron para hacer boca un pellejo de vino de Ubeda.

—Si voacés quieren alguna cosa mas, diganlo, y su boca será medida.

Asi dijo la viejezuela aljamiada que hacia los honores de la casa, y puso sobre el banquillo delantero una fuente de peltre colmada de hojuelas: las picaras estaban rubias como el oro, huecas y calientes; tres condiciones precisas que ha de tener para ser gustosa toda fruta de sarten.

—Que atice el candilon y cierre esta portera, porque hace un gris que parece puñal de Albacete, segun se cuela por las carnes: contestó uno de los soldados.

Al cumplir estas órdenes la buena comadre, se oyó un clamor de campanas.

—¡Dios lo tenga en su gloria! y parece pájaro gordo: esclamó la vieja deseando aparentar mas religion de la que tenia.

—Duque de Sessa y Terranova, marqués de Vitonto, condestable de Nápoles y noble de Venecia: nada menos.

—Y príncipe de los caballeros, y padre de los soldados.

—Y árbitro de reyes, y protector del pontífice.

—Y sobre todo, el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, dijo un soldado con los bigotes grises y la tez tostada por el sol de Cerinola y del Garellano.

—Recemos por su alma: añadió el mismo veterano enjugando mal una lágrima; y quitándose el casco entonó un padre nuestro ayudado por sus compañeros.

—Amen: murmuró entre sollozos la buñolera.

—Madre Roma, hace bien en llorar, porque á Gonzalo Fernandez de Córdoba debe su parroquia esta tienda.

—Muchas veces lo he oido decir, mas nunca pude alcanzar el cómo y por qué.

—Cerrad la tienda, puesto que son las ánimas, y lo contaré en amor y compaña vuestra: contestó el viejo escudero.

—Bien por Uceda: dijeron todos á una voz, pues el cronista pasaba como escelente orador entre la soldadesca.

—Tomaré un trago para que pase un nudo que tengo atravesado en la garganta desde que oí esos clamores. Bebió:—¡Cómo sabe á la pez!—dijo; se limpió el bigote y los labios con el reverso de la derecha mano, y apartándose de la mesilla para accionar mejor, comenzó de esta manera.

Hace veinte y cuatro años ¡qué tiempos aquellos!..... entonces apenas me apuntaba el bozo: no habiamos ido á Italia, ni se habian descubierto las Indias: estos reinos de Granada eran de moros, vivia la reina Isabel, y mandaba con el rey los ejércitos.

Cincuenta mil hombres estábamos acampados en ese valle que hay frente á la puerta de Elvira, donde hoy se halla Santa-Fé. La gente mas aguerrida éramos andaluces; pero habia de todas raleas.

Por el mes de junio (1) ya estaban talados los panes del valle de Lecrin, y nuestras algaradas llegaban al corazon de las Alpujarras. Los fuertes esteriores se habian arrasado, y podia llegarse á un tiro de flecha de las murallas de Granada, sin miedo á ser flanqueado.

En la noche víspera de San Juan Bautista, la reina, como era un ángel, quiso que nos alegrásemos á uso de la tierra, y asi se publicó á son de atambor por el campamento; ¡qué velada, muchachos! A los mismos carmenes de la ciudad llegamos para recoger flores (que algunos trajeron salpicadas de sangre), y ramos de cerezo, de acacia, de paraiso, de azahar y de granado, para adornar las tiendas de las damas. Delante del pabellon de la reina, que ocupaba el centro, hicieron los valencianos un jardin con juegos de aguas y luces de colores: frontero á la del rey armaron los ingenieros de las bombardas un artificio de pólvora nunca visto. Los gallegos y los suizos encendieron grandes hogueras que despedian llamas azuladas y rico olor por las gayombas con que las alimentaban; alrededor de ellas bailaban en rueda, cantando al compás de las gaitas y tamboriles.

Por el lado que daba al cerro andaba lo mas caliente de la fiesta: las cantinas y las buhonerías estaban iluminadas; todos eran corros de zarabandas y zarabandillas. Cantaban los genoveses romances en su lengua; hacian agüeros los gitanos; contaban cuentos á voces los mudejares; hacian juegos con lanzas y cuchillos los almogavares, y recorrian las calles del real tropas de músicos con flautas, tamborinos, salterios, alboques, chirimías y trompetas, tocando las sonatas que mas agradaban á la reina: aquello era un ascua de oro: ¡de allí al cielo!..

Pues señor, vamos al caso: en la tienda de la reina, todavia no se habia quemado el campamento, tambien habia sarao; como era el pabellon tan magnífica pieza, pues le regaló á S. A. el marqués de Cádiz, allí se hallaba reunido lo mejor del reino; el duque de Escalona, el conde de Tendilla, el de Cifuentes, el de Cabra, Hernan Perez del Pulgar, que como un gigante sobresalia entre todos con su cabellera negra y lácia, que le cubria el cuello de leon; el duque de Cádiz, fuerte como un roble, pero blanco de color y con el pelo castaño: capaz era este capitan de adivinar los pensamientos á un muerto, y de meter su lanzon por la costilla que eligieran de las de su contrario; el marqués de Villena, tan generoso de corazon, que estaba manco del brazo derecho por acudir en socorro de un sirviente suyo; D. Alonso de Aguilar, el conde de Ureña, el Cardenal de España, y otros muchos caballeros formaban cerco alrededor del estrado del rey, de la reina y de la infanta.

¡Si hubiérais visto entonces á la reina Isabel! tenia cuarenta y un años, y era tan hermosa que ninguna muger he visto que pueda comparársele: el color como una rosa; los ojos azules, y tan vivos que parecian estrellas; las facciones todas bien proporcionadas, y el cabello castaño, al sol de oro. Inspiraba su aspecto tanto respeto como la Vírgen que está en los altares; y sin embargo, cuando uno se veia turbado delante de ella, miraba de un modo tan dulce y daba tantos alientos con sus palabras bienhechoras, que le contaba uno de corrido sus quejas lo mismo que si fuera su madre: tenia falda sobre brocado de plata, tocado de Cambrai, y el cabello entretejido de corales. El rey estaba sentado á su derecha sobre una silla de campaña; ya lo conoceis y sabeis que gasta buena persona; pero entonces tenia treinta y nueve años, estaba mas derecho, mas alegre, y como que parecia otro al lado de los castellanos y de la reina Isabel. Aquella noche parecia muy bien con su jubon carmesí, sus calzas de raso amarillo, su sobrevesta de brocado, y arreglado el cabello, que por aquellos tiempos lo tenia castaño y mucho....

—¿Pero, Uceda, dónde se fué la aventura del Gran Capitan? Porque todavia no ha salido este á relucir.

—Gonzalo Fernandez de Córdoba estaba al lado de la reina como alcaide de los donceles, tenia un año menos que el rey, y ahora comienza lo mejor de la historia.... Mas supuesto que me has interrumpido, sirveme una hojuela y venga un trago.

Terminada la rueda del zaque, prosiguió Uceda su relato.

—Pues como iba diciendo á la buena compañía, Gonzalo estaba un poco mas bajo que SS. AA. y mas compuesto que todos los grandes; era á la sazon el mas gentil caballero del mundo: vosotros que le habeis conocido con un pié en el sepulcro, despues de veinte y cuatro años y de tantos trabajos, habreis visto que descollaba su noble presencia; pues juzgad lo que seria entonces.

Siguiendo mi cuento, habeis de saber que todos los concurrentes al sarao y los mismos reyes estaban callados oyendo con atencion al viejo Hernando de Zafra, secretario de SS. AA., y mas temible con la pluma que una escuadra de caballería á la carga. Contaba muchas usanzas de los moros, como entendido que era en su lengua, y referia el modo que tenian de solemnizar la velada de San Juan, al que ellos tienen tambien devocion, sino que como perros, solo hacen agüeros de mojarse el cabello las esclavas, y otras hechicerías, añadiendo que se refocilaban con hojuelas y buñuelos dulces que trabajaban con singular perfeccion.

—Mucho que me gustan esos buñuelos, dijo la reina, si estan calientes y bien aderezados.

—Pues los que labra una morisca, no mal parecida, en la tienda del comedio de la calle de Elvira, habian de ser del agrado de S. A., pues los vende hasta para el rey de Granada.

—No provoques, Hernando, mi deseo con tus celebraciones, que ya me parece estan haciendo falta esos dulces para tan buena reunion, repuso la reina con mucha gracia.

Gonzalo Fernandez de Córdoba que no quitaba los ojos de la reina Isabel, aunque con religioso respeto, apenas hubo oido estas palabras, salió sin ser notado de la tienda.

Pocos momentos despues, serian las once de la noche, le ví cruzar como un relámpago, envuelto en un albornoz blanco, cubierto con la capucha, solo, y montado en un caballo negro que se bebia los vientos: uno de esos potros que él solo sabia educar, y que educados eran envidia de los reyes.

Antes que el pensamiento (y el campamento estaba dos leguas), llegó á un portillo que habian hecho en la muralla por el lado de la puerta de San Gerónimo las aguas del caz que servia de foso: este portillo se hallaba guardado por una compañía de ballesteros. Detúvolo al Gran Capitan una patrulla al trepar por los escombros que cubrian el foso; dijo algunas palabras en la lengua de los moros, y mientras vacilaban en dejarle ó no pasar, impaciente él que tan de prisa iba, ayudó al caballo, que derribó con los pechos á los delanteros, saltó la banda de sacos de tierra que cerraban el portillo, y diciendo algunas palabras de mando á los soldados espantados, se fué derecho hácia la mezquita mayor. Cuando se pusieron los peones de acuerdo con la patrulla y quisieron hacer armas, ya no se oia ni el eco de los cascos del caballo.

Nuestro capitan rodeó la mezquita mayor, donde ahora hacen la catedral, pasó frontero al palacio de los infantes de Granada, y poniendo el caballo al paso de andadura, como si fuese un traginante, llegó á esta buñolería donde ahora estamos (1).... Pero demos otra vuelta al odre, que se me secan las fauces.

Bebió el veterano y bebieron todos, saboreando unas castañas asadas que la vieja habia añadido por reconocimiento al narrador, y despues de toser y escupir, continuó el soldado de esta manera:

—Siguiendo con mi cuento adelante, habeis de saber que como era noche de San Juan, y famosa la buñolería, estaban las puertas cerradas y flanqueadas por una muralla de perros moros, que se codeaban y empujaban dando aullidos cada cual en su tono, para que le despachasen pronto.

El alcaide de los donceles se bajó del caballo, le arrojó la brida sobre el cuello, y haciendo ariete de sus puños, rompió el grupo y se abrió paso: llegó al mostrador, y sacando un puñado de adirjanes, le dijo á la buñolera, que era una graciosísima morena:

(1) Por las señas del veterano se referia al año de 1491.

(1) Aun se conserva esta buñolería con la misma traza morisca, frente al pilar del Toro, haciendo esquina á la calle de la Carcel.

—Lo mejor de la tienda ponédmelo en un cestito, de modo que pueda resistir un viaje, y cobraos lo que gusteis.—Esto enseñando las monedas.

Al oir la buñolera aquella voz tan imperiosa, y aquellas palabras que no eran propias de esclavos, dejó la hacienda que tenia entre manos, y sin respeto al rigoroso turno que tenia establecido, cogió las mejores hojuelas, las flores que acababa de dejar en el molde, los buñuelos mas rubios, y entre yerba-buena y torongil los acomodó en un cestillo de mimbres de colores que cosió con un junco.

Tomó el caballero la cesta, pasó el asa por su brazo izquierdo, y al arrojar sobre el mostrador los adirjanes de plata y oro que tenia en la mano derecha, derramó gran parte en el suelo. Cayeron sobre ellos como cuervos los esclavos y gentecilla que rodeaban la tienda, y la graciosa morena interesándose por tan rico marchante, cogió el candilon que pendia del umbral, y adelantó su brazo y su talle, inclinando todo el cuerpo hácia fuera para que se viese mejor dónde habian caido las monedas.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, que llevaba estudiado todo esto, aprovechando aquella coyuntura, cogió por la cintura á la morisca, y levantándola como una pluma, la sacó de la tienda como quien arranca un clavel. Se apagó el candilon, cayendo sobre los codiciosos buscadores, empezó á gritar la moza y á alborotarse los presentes con la novedad del caso; pero el alcaide, sin detenerse ni aun á tomar la brida, se colocó de un salto sobre su caballo, sujetando entre tanto á la buñolera por la crencha, y poniéndola despues en el arzon, desenvainó la espada, sacudió unos cuantos reveses á los que le habian asido, y encabritando el caballo para cobrar las riendas, salió como una flecha por la calle de Elvira, dejando en pos de sí una algazara infernal y una alarma tumultuosa.

Muchos en su armadura, en su rostro mal encubierto por la capucha, en los arneses del caballo y en la espada, habian conocido que era un cristiano, y algunos esclavos y tornadizos aseguraron ser el marqués de Cádiz ó el Alcaide de los donceles. Con esto se aumentó el ardimiento de los que le seguian, guiados por las chispas que arrojaban las herraduras, y como entre ellos iban algunos soldados, pusieron en arma la ciudad. La buñolera por su parte no se descuidaba; como una leona pugnaba por desasirse, y sin reparar en el peligro, por arrojarse al suelo: con sus descompasados movimientos el potro se descomponia, y con los gritos desgarradores de la morena que pedia socorro sin fatigarse, el animal no oia la voz de su amo, y se *deshacia* en aquellas calles desconocidas; mas á pesar de todo, el buen caballero llegó á la calle de la Azacaya, dejándose muy atrás á sus perseguidores, cuyas voces de alarma apenas distinguia.—Mayor peligro le esperaba en otra parte.

—Dios le tenga en su mano, que á fé mia interesa la aventura, y es de un valiente caballero: dijo la vieja aljamiada.

—Pues como iba relatando, continuó Uceda, Gonzalo corria por las callejuelas estrechas del barrio de la *rauda*, hasta que vino á dar en el mismo portillo por donde habia entrado; pero la perra morisca, viéndose perdida si el caballero lograba salir de la ciudad, redobló sus gritos y consiguió alarmar á toda la guardia, que apresuradamente se puso en son de guerra con las ballestas armadas para cerrarle el paso. El Alcaide envolvió con el albornoz á la cautiva, la cubrió con su casco para defenderla de las arrojadizas y ahogar sus gritos, aplicó los acicates al caballo y se arrojó sobre los moros mal agrupados en la brecha. Dispararon estos al bulto sus ballestas y azagayas, mas no tocó ninguna al ginete ni á su presa, porque el caballo obedeciendo á una ayuda especial, se bajó hasta tocar con su vientre la tierra, y pasaron por cima de caballo y caballero las flechas y las lanzas. Los contrarios creyeron muerto al robador de la morisca quejumbrosa, pues Gonzalo habia hecho de propósito arrodillar al potro, y se vinieron en desórden sobre él para rematarle ó prenderle, libertando á la cautiva. Ni visto, ni oido, mordió el primero la tierra de una cuchillada de catorce puntos, y arrancando el caballo, pasó por entre ellos á escape, repartiendo tajos, de esos que caben á uno por hombre. Bajó el potro por la pendiente de escombros del portillo brincando como un corzo, y Gonzalo, ya desde la vega, gritó á los que le tiraban piedras y flechas desde la muralla:

—¡Torpes! ¡Habeis dejado ir al Alcaide de los donceles!

Cuando acabó la frase estaba una milla de la ciudad, seguro, si puede estarse en campo enemigo: oyó las algaradas de una patrulla que venia en su seguimiento; pero ¿quién alcanza un relámpago, ni abraza el arco iris? El caballo sacudió las crines, y aguzando las orejas igualó la carrera, y antes de un credo avistó el Gran Capitan la primera avanzada de nuestro campamento: ya era tiempo, porque el animal habia hecho su último esfuerzo á la voz de su amo, y comenzaba á dar resoplidos. Gonzalo le puso al trote porque quedaba media legua, envainó la espada, arrojó el albornoz, y le quitó el casco á la morisca que se habia desmayado.

La luna los bañaba de lleno, y el Alcaide reparó que era la buñolera como un pino de oro: desplomada sobre el brazo del caballero, recostada en su pecho, suelto el cabello y con el seno descubierto, hubiera provocado á un desafuero á un hidalgo menos cumplido y honesto que el Gran Capitan. Pero los voy á dejar camino adelante, puesto que ya divisan las hogueras del real, y mientras que el caballero pulsa en las sienes á la cautiva, y se convence de que no está mas que aletargada, voy á contaros lo que sucedia mientras en la tienda de la reina.

Continuaba la reunion, y despues de oir á una música que dieron á SS. AA. los trompeteros de la caballería, siguió Hernando de Zafra ocupándose de los festejos que estarian haciendo los moros granadíes, de su mercado de flores en Bib-Rambla, de sus ensalmos para buscar tesoros, de sus procesiones devotas por los cerros de los Alijares, y los alrededores de Bib-Tauvin.

—Gonzalo, repuso la reina, podrá decirnos tambien algo de eso, porque turbó una de esas hechicerias, cuando quemó los molinos que habia hácia esa puerta. ¿Pero dónde está el Alcaide de mis donceles?...

—Pide licencia para entrar, dijo un paje, y presentar á S. A. una cosa que será de su agrado.

—Concedida la tiene, contestó la reina con la sonrisa en los labios.

Apareció entonces Gonzalo de Córdoba con el traje de corte lleno de polvo y salpicado de sangre, puso una rodilla en tierra con ese aire elegante y noble que ha conservado hasta su muerte, y presentó á S. A. el cestillo con los buñuelos y las hojuelas, que parecian bien entre las flores, é hizo arrodillarse á la buñolera, muda de terror y asombro, que no se creia desaletargada aun.

—¿Qué es esto, Gonzalo? ¿De dónde vienes tan de batalla con esas frutas de sarten y esta mora? preguntó la reina haciendo señal al caballero para que se levantara.

—Señora, oí decir no ha mucho á V. A. que estaban haciendo falta estos buñuelos para tan buena compañía, y he ido á Granada á la tienda del comedio de la calle de Elvira por ellos, y por si no llegaban calientes, he traido á la buñolera conmigo, que podrá hacerlos á gusto de V. A.; por eso le suplico se sirva aceptarla por esclava, y á mí me perdone el haber faltado de su servicio por tan corto rato.

—Locuras heróicas, como siempre; dijo la reina dándole á besar su mano.

Un murmullo de asombro circuló entre los capitanes, aunque entonces era para todos fácil lo imposible, y Pulgar se mordió los labios de ira consigo mismo, porque no se le habia ocurrido tal idea.

Los buñuelos se consumieron entre todos. La esclava se hizo cristiana, y ahora tiene tienda en Valladolid: y como dicen las viejas, yo fuí y vine y no me dieron nada (1).

J. GIMENEZ-SERRANO.

Ultimos dias de Juan Chouan.

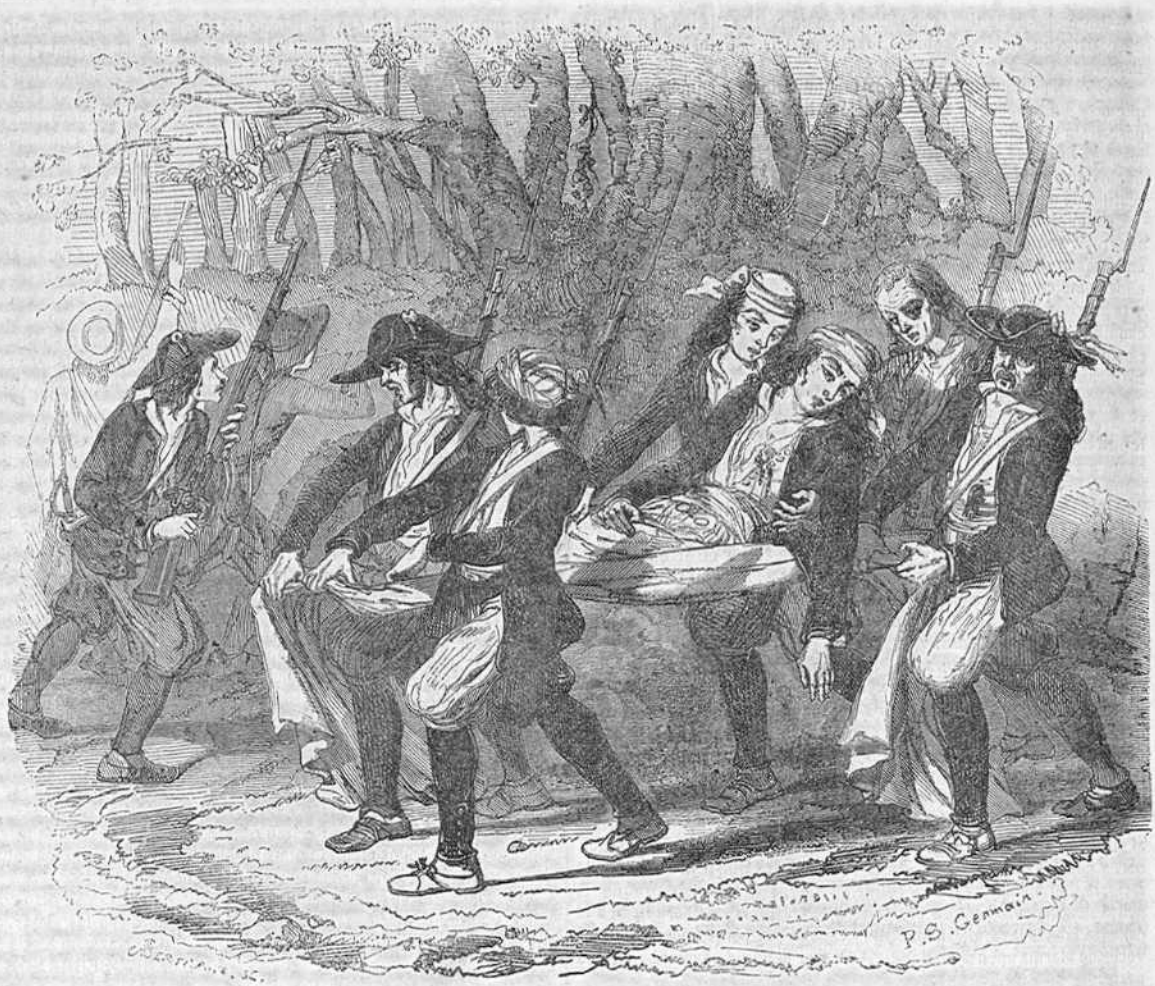
Despues de la destruccion del ejército vendeense y la muerte del príncipe de Talvaon, la posicion de los insurgentes de la Baja-Maine, mandados por Juan Chouan, se hizo muy difícil: queriendo hacerse olvidar por algun tiempo este último, se retiró hácia las fronteras de Bretaña. Desde allí supo que los republicanos de Erué, se habian estendido por las tierras de Bourgon para cortar las hayas que favorecian las emboscadas de los realistas, y al instante condujo su tropa á aquellos lugares y los batió en un estrecho llamado *Rougefeu*; pero la misma tarde una columna de guardias nacionales puso en fuga á su tropa y tuvo necesidad de refugiarse otra vez al bosque de Misdou. De allí salió nuevamente para desarmar á los patriotas del distrito de Bacounier y de Andouillé; los herreros de Port-Brillet, que le salieron al encuentro, fueron dispersados, cayendo dos de ellos prisioneros en manos de los chouanistas. El uno de ellos fué fusilado inmediatamente, y el otro, que era casi un niño, lo hubiera sido tambien á no haberlo visto Juan Chouan, quien empezó á gritar.

—¡Eh, no tireis! os prohibo matarle, yo respondo de él, desgraciado el que le haga daño.

Rara vez empleaba Juan Chouan la amenaza; pero una vez que hubiera amenazado, era muy peligroso el desobedecerle; así que le entregaron el prisionero. Este vestia el uniforme republicano, el que Juan Chouan le obligó á ponerse del revés, mandándole que fuera siempre á su lado; como lo hizo por largo espacio, hasta que ya rendido de cansancio, se detuvo diciendo:

—No puedo seguir mas, matadme si quereis; pero no pasaré de aquí.

(1) Como Uceda habia conocido á todos los personajes que se mencionan en su relato, y habia servido bajo sus banderas, inútil es decirte, levente amigo, que en sus retratos y en sus descripciones hay tanta verdad, como si hubiese consultado los manuscritos de Oviedo y del cura de los Palacios, la historia de Prescott, la crónica de Irving, las epístolas de Anquieria, la obra de Giovio, la de Quintana, la de Pulgar, la de Diodoro Siculo y otros libros menos raros que tratan de los sucesos de aquel tiempo.



(Ultimos dias de Juan Chouan.)

—¡Infeliz! le respondió, no tengas cuidado, nada te haré, quédate aquí segun deseas, y cuando los republicanos te encuentren, diles que nos seguias á la fuerza. Adios, que el cielo te proteja; quizás un dia me puedas pagar lo que ahora hago por tí, cuando oigas decir que Juan Chouan es un perdido.

Quisieron los realistas reunirse cerca de la laguna de Olivet, pero les faltaron las municiones, y nuevamente fueron dispersados por los republicanos. En este caso Juan Chouan concibió la idea de robárselas á sus enemigos, y la llevó á cabo internándose de noche con un tal Goupli en la ciudad, y asaltando el almacen de las municiones, para lo que tuvieron que saltar una porcion de tapias y burlar la vigilancia de un sin número de centinelas. Empresa atrevida, y que solo Juan Chouan se hubiera atrevido á poner en ejecucion.

Al siguiente dia los republicanos hicieron prisioneros á sus dos hermanas, las que no habiendo tomado parte en las empresas de sus hermanos, y fiadas en su juventud, creian no tener nada que temer: sin embargo, fueron conducidas á Bourqueuf, y desde allí á Laval.

Cuando Juan Chouan lo supo, se decidió á salvarlas á todo trance, y aunque tenia pocos de sus partidarios cerca de sí, eran estos los mas valientes, y todos juraron por su alma secundar sus proyectos.

Con efecto, aquella misma noche consiguieron anteponerse á los republicanos que las habian apresado, y formaron una emboscada en el camino por donde habian de pasar. En tanto que esperaban á que los republicanos llegasen, Juan Chouan recorría con la mayor impaciencia todos los puntos donde estaban apostados sus compañeros, diciéndoles con las lágrimas en los ojos: —¿No es verdad, amigos mios, que no me dejareis aquí solo? —No, no lo temas: estaremos aquí todo el tiempo que tú quieras; —le contestaban.

El dia siguiente se pasó en esperar, pero en vano; los republicanos habian tomado otro camino y llevado á sus hermanas á Laval, donde fueron juzgadas y ejecutadas.

Desde que supo esta noticia Juan Chouan, permaneció siempre triste y abatido, y se le oia repetir á cada momento: — Es una desgracia que á todos nos alcanza; no tardará en pesar igualmente sobre mí.

Desde este momento sus ataques contra los republicanos eran menos frecuentes; rehusaba tomar parte en muchas espediciones diciendo que no quería llevar á ellas su mala suerte. Pero cuando supo que los republicanos habian abandonado á Saint-Ouen, se decidió á marchar sobre este punto con objeto de proporcionarse municiones y vestidos para su gente. Pasando cerca de la Babiniére, se detuvo á refrescar invitado por un arrendador. Habia dejado un centinela en el camino, pero como este abandonase su puesto, cayó sobre él y su gente una numerosa tropa de republicanos. Pusiéronse en fuga los realistas, y Juan Chouan se hallaba ya lejos y al abrigo de las balas del enemigo, cuando oyó á la muger de su hermano que le llamaba en su auxilio. Volvió inmediatamente á socorrerla, y para darle tiempo de salvarse hizo frente á los republicanos; pero una bala vino á darle en la caja del tabaco que llevaba en la cintura, y la rompió en mil pedazos que le entraron hasta las entrañas: sin embargo, pudo llegar arrastrándose hasta un castañal, donde cayó sin sentido.

Sus gentes, que no le veian venir, buscándole por todas partes, llegaron á encontrarle tendido sobre la yerba, y colocándolo sobre un paño cuyas cuatro puntas llevaban cuatro de sus mas íntimos compañeros, le condujeron al bosque de Misdon, donde le hicieron una cama con la ropa de todos. Con estos auxilios se reanimó un poco, y dando algunos consejos, designó á Deliére por su sucesor, y espiró en los brazos de sus camaradas.

EL PASIEGO.

En una de las provincias del norte de España, hay una comarca cuyos habitantes con sus costumbres y hábitos llaman la atencion del curioso y del observador: es la tierra de Pas, en Santander. Se compone de tres pueblos ó ayuntamientos, que son: La Vega, San Pedro

el Romeral y San Roque de Rumiera ó de Rio Miera. Toda la llanura comprenderá unas cuatro ó cinco leguas de estension, regada por el rio del mismo nombre, el Pas, que uniéndose sucesivamente con otros varios de menos importancia, atraviesa por los valles de Toranzo y Piélagos, y pasando por debajo del puente colgante de Carandía y por el de piedra de Arce, se dirige á desaguar en la costa de Cantabria. La tierra de Pas tiene tambien montañas, que son la parte de San Roque, cuyo terreno es escabroso, lleno de derrumbaderos y precipicios, ingrato, estéril y de feo aspecto. La vega es fértil, está bien cultivada y provee de hortalizas, frutas y otros artículos comestibles á los pueblos circunvecinos, Selaya, la antigua capital de aquel país, Villacarriedo, actualmente cabeza de partido judicial, Las Bárcenas, Santibañez, etc.

El Pasiego conserva algo de la tradicional independencia y arrogancia de los moradores de otros siglos: él no se baja á servir de cochero ó lacayo como el asturiano, ni de mozo de cordel como el gallego, ni tampoco de criado doméstico en mayor ó menor escala, como lo hacen los paisanos de otras provincias. El Pasiego procura, ya permaneciendo en sus hogares ya alejándose de ellos, vivir libre y dueño de sí, no reconociendo ningun amo. Favorecido por las montañas en que nació, se consagra desde jóven al contrabando, en cuya profesion se amaestra pronto con las lecciones y la práctica de sus padres y parientes: contribuyen poderosamente á este fin sus instintos y su constitucion física, pues en lo general el Pasiego es robusto, fuerte, temerario, además calculador, industrioso y listo en mas de un concepto. El que no es contrabandista, comercia en telas, tirantes y baratijas de varias especies, y cuyo orígen mas ó menos remoto suele ser asímismo el contrabando.

Los Pasiegos forman una nacion aparte como los judíos; se desparraman por toda la provincia de Santander y por el resto de la Península, vendiendo sus cachivaches. Difícil será que el comprador deje de salir engañado en cualquiera mercancía; sino es en el precio, será en la cualidad de ella. Apenas hay villa ó lugar en Santander donde no haya un Pasiego que figure de mas rico ó entre los mas ricos del vecindario. Algunos empiezan tratando en quesos ó en clavos, á poco tiempo se hacen con una saca, luego ponen tienda y van juntando su capital, hasta que aparece en primer lugar en la matrícula del subsidio de comercio. Otros se ingenian por diferentes vias, ora vienen de América con una pingüe herencia, ora se casan con una mujer muy acaudalada, y de vuelta á España emplean su riqueza con gusto y utilidad, como el célebre pasiego D. Antolin Solana, que hizo construir en el muelle de Santander una de las mejores casas, si no la mejor de la poblacion, é igualmente algunas leguas de carretera desde su quinta de Arredondo hasta la Cabada.

El Pasiego en su estado primitivo, prescindiendo de las trasformaciones que pueda esperimentar, se distingue á tiro de cañon por su palo enorme, especie de varal gigantesco, parecido al árbol de San Cristóbal. El Pasiego y el palo son dos elementos necesarios para una misma existencia; mas que el ciego y el lazarillo, mas que el hijo único y el mimo y la tonteria, mas que la casta doncella y el deseo de pasar á otro estado, mas que el tramposo y las buenas palabras: esto es, que una cosa no puede existir sin la otra: un Pasiego sin palo seria un cómico español sin apuntador, un ministro sin periódico semi-oficial y sin mayoría parlamentaria. El palo es pues el alma del Pasiego; y no significa esto que tenga alma de palo, en cuya particularidad abundaria en compañeros que no son pasiegos; sino que sin el palo falta un rasgo característico y esencial de nuestro protagonista. En sus manos es una arma ofensiva y defensiva, es palanca, es báculo, es remo, es escudo. Aquí le sirve para rechazar los golpes de cualquier arma blanca, y hasta de cuantas piedras se le arrojen; allí para saltar con una firmeza y una rapidez sorprendentes, un muro, una tapia, un barranco, un rio ó cualquiera obstáculo de otro género que se oponga á sus viajes y escursiones; en esta cualidad deja muy atrás á las cabras y á los gimnásticos y saltimbanquis mas ligeros; allá para cazar conejos donde pululan los criaderos y madrigueras, ó para llevar un lio de ropa, ó para levantar un peso haciendo el oficio de cabrestante: el palo del Pasiego es la vara mágica ó el misterioso talisman con que hacen mil maravillas.

La raza de estos hombres podria servir para los oráculos, porque así como estos en la antigüedad, aquellos nunca dan una contestacion categórica, su frase siempre es ambigua y propia para toda clase de evasivas.

Si al llegar un viajero á una encrucijada de caminos, pregunta á un Pasiego por dónde se va á tal parte; primero se hace sordo, y solo habla cuando se le indica uno de los caminos, cuando se le dice en tono interrogativo, ¿es por aquí? entonces responde, *podráque, podráque;* pero ni dice sí ni no, y el interlocutor se queda en la incertidumbre. Si le preguntan cualquiera cosa que tienda á saber algo de su nombre, vida, situacion, etc., contestan con aire socarron y con un sonido como de é abierta francesa, *no sé, señor*. Son naturalmente precavidos, solapados, y puede decirse de ellos lo que el señor Benavides, hablando en una importante cuestion del señor Arrazola: *se les ve ir, pero no se les ve venir*. Cuando ocurre instruir una causa criminal contra algun Pasiego, sucede que á veces no se le puede encontrar. Los habitantes de Pas tienen todos un sobrenombre ó apodo con el que son conocidos entre sí; va la autoridad á indagar quién es fulano, ó manda que se le presente; los vecinos afirman que allí no vive semejante sugeto, ni saben que exista en la comarca; se recorre esta, y no parece la persona á quien se busca; á tal punto llegan el compadrazgo y la masonería de estos montañeses, jamás se acusan, siempre se encubren y protegen: no lo harian mejor si fuesen individuos de una fraccion política.

Se cuenta que con motivo de una sumaria contra una mujer casada y con hijos, no le fué posible al juez saber el nombre y apellido de la procesada: interrogado el marido, declaraba que se llamaba *su muger*, los hijos esponian que se llamaba *su madre*, y los vecinos que se llamaba *fulana*: además, nada constaba en el padron municipal ni en los libros sacramentales. Los ayuntamientos de Pas no redactan por escrito los juicios verbales cuya decision compete á los alcaldes; sostienen que la ley se refiere á juicios verbales, y por consiguiente todo se ha de quedar en palabras. Estando yo en los baños de Molinar de Carranza en las Encartaciones de Vizcaya, llegó al mismo sitio un Pasiego acometido de dolores reumáticos, tan comunes allí por la continua humedad; se informó de que se tomaban ordinariamente de nueve á doce baños, y que cada uno duraba de media á una hora: con estos antecedentes se mete por la mañana temprano en una bañera, permanece en ella durante nueve horas á pesar de las instancias y advertencias del bañero, quien todo lo dirige á falta de médico-director; y concluido aquel término sale del baño, coge su hatillo y se marcha, diciendo que ya habia acabado la temporada. Si un forastero inquiere si tal ó cual persona se halla en buena situacion, si tiene bienes, etc., al instante replica, *¿débele algo, débele algo?* con cuya locucion se duda si pretenden saber cuál es el acreedor ó el deudor.

Digamos ahora algo de las Pasiegas. Respecto al carácter caviloso, reservado, á su estilo anfibológico, á su predisposicion para el trabajo, á su laboriosidad, etc., etc., es igual al de los hombres. Manifestaremos solo los particulares que son relativos á su estado y sexo. Las Pasiegas son de buena estatura, de continente varonil, muy andariegas, incansables en sus espediciones. Su traje es una saya corta y grosera, dejando ver unas medias de lana, azul generalmente, y unas abarcas que usan por calzado, á veces alpargates grotescos: en la cabeza un pañuelo atado, no á la vizcaina, sino en forma de cucurucho, ceñido alrededor y el centro al descubierto. El cuévano es á la Pasiega, lo que el palo al Pasiego: en él trasportan su ropa, las mercancías en que trafican, sus niños á semejanza de las cunas canadienses, los encargos; él hace de saco, de cesta, de maleta, de baul. Es indudable que debiera adoptarse en todas las provincias, por ser preferible á otros muchos medios de conduccion: la cesta abruma la cabeza é impide ver con libertad; el saco obliga encorvar el cuerpo hácia adelante, é incomoda en la espalda por carecer de sosten, no siendo los brazos que ambos van ocupados; el cuévano no tiene ninguno de estos inconvenientes y por el contrario reune todas las ventajas. Por trochas y vericuetos, por villas y por desiertos se ve á las Pasiegas, solas ó acompañadas, andar diez, doce y mas leguas de jornada, con su cuévano á costillas, posándolo de vez en cuando para descansar, y volviendo á tomarle con una facilidad suma, moviéndose con uniformidad y monotonía, á modo de ánade ó pato.

La Pasiega es de dos especies, ó mejor dicho, presenta en general dos estados diferentes y aun diversos: sufre una trasformacion como la oruga, que se torna mariposa; si bien no á todas cabe esta suerte envidiable de abandonar su primitivo género de vida, cual es poco mas ó menos el que va descrito, y puede denominarse, existencia vagabunda y errante, existencia pegada al cuévano y reducida á comerciar al por menor en quesos, malos y puercos por lo regular, en muselinas y tejidos ordinarios, secundando el contrabando de sus padres, maridos, hermanos, etc. Empero muchas toman otro rumbo, vienen á la corte, se plantan en la plazuela de Santa Cruz, y confiadas en su rollizo semblante y continente, y en otras cualidades propias del ama de cria, hacen insertar en el *Diario de avisos*, uno de estos, cuyo tenor es con ligeras variaciones como sigue: «Fulana de T, de 25 años de edad, con leche de cuatro meses, desea encontrar cria en casa de los padres: es robusta y tiene sugeto que la abona. Darán razon en la calle del Barquillo, junto á la casa de Tócame Roque, núm. 6.°, cuarto de atrás.» Mediante este programa, ó sin necesidad de él, pone fecto de recomendaciones particulares, y precedido el correspondiente ajuste, entra la Pasiega en casa de una familia opulenta, de un grande de España quizá, ó en el mismo palacio regio, con el objeto de amamantar á uno ó mas niños sucesivamente. Aquí se muda de decoracion, y héte á nuestra montañesa convertida en ciudadana, perfectamente vestida y calzada, arrastrando sedas, adornada de collares y pendientes de plata y oro, paseando siempre en carretela tirada por lujosos

caballos, y halagada por todos los individuos de la casa como santo de devocion, ó muger próxima al parto. Bien mirado, el destino de estas paisanas que consiguen esta colocacion, es de lo mas seductor y próspero que puede concebirse, atendiendo á lo que eran en su cuna y educacion, á las ventajas de que disfrutan, y á ciertas libertades de mucha trascendencia, que les son permitidas y hasta indispensables para ejercer su mision criadora. Está una costurera, una modista trabajando dia y noche, y acaso no gana sino para una subsistencia rodeada de privaciones y dificultades; sucede á una soltera un percance á consecuencia de una flaqueza ó de una gordura, y la sociedad la señala con el dedo; la Pasiega se rie de todo por mas que se halle soltera. El querido, el marido y los parientes tienen una cucaña. La Pasiega vive en casa del general D... ó del ministro F... ó del senador T... pide un destino de oficial de correos para un primo suyo, una intervencion de puertas para su hermano; concedido, aunque sean mayores prebendas. No es la primera vez que resulta, que el agraciado no sabe escribir y apenas leer; mas eso no importa, tanto mejor para él, se molestará menos ó nada, y cobrará el sueldo lo mismo que si trabajase mucho; además, lo que habia de hacer él lo hacen los compañeros de oficina, y todo viene á ser uno; prescindiendo de esto, el novel empleado no es tan tonto que no sepa decir, «yo no quiero servir el destino, sino que el destino me sirva á mi:» llega esta gracia, esta feliz ocurrencia á oidos de la Pasiega y del protector, y al punto le dan un ascenso, porque indudablemente el chico promete y va saliendo de chispa. ¡Y pudiéramos darnos por contentos con que no se manejasen otros resortes peores que estos para obtener empleos!...

Reunida en corro la familia espresa su admiracion hácia uno de los favorecidos. ¡Qué talento tiene Pablicos! ¡cómo sube en sueldo y clase! A esto observa uno, que aquel no sabe leer ni escribir; y reponen á concierto los demás, ¿pues qué seria si supiese leer y escribir?...

Tales son los principales rasgos característicos de los Pasiegos, que he creido dignos de ser notados. Estos habitantes constituyen una nacion enclavada en el territorio español; sus hábitos y costumbres ofrecen un sello particular que los distingue, y teniendo en cuenta sus cualidades de diversa índole, no seria difícil aprovecharlas y dirigirlas en beneficio de la sociedad, arrancándolos de la pendiente del fraude y del crimen á que se ven arrastrados por circunstancias algun tanto inevitables.

Bilbao 16 de setiembre de 1848.

ANTOLIN ESPERON.

ADICION AL ARTÍCULO **Teatro de Alarcon,** INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Despues de publicado en el número anterior el artículo sobre el *teatro de Alarcon*, se nos ha llamado la atencion por un amigo hácia una noticia de dicho poeta que se lee en los *Avisos históricos* de Don José Pellicer, insertos por Valladares en su *Semanario erudito*, y dice así: (Tomo 31, pág. 87.) «Avisos de 9 de agosto de 1639.—*Murió »Don Juan de Alarcon, poeta famoso, así por sus comedias como por »sus corcovas, y Relator del Consejo de las Indias.*—Cuya curiosa noticia aprovechamos con gusto para añadirla á las escasas que de aquel célebre ingenio dimos en nuestro artículo.

EL CUCLILLO.

(FÁBULA TRADUCIDA DEL ALEMAN.)

(*De Gellert.*)

Hablando un Cuco con un Estornino
al saber que hace poco hubo llegado
de la ciudad,—refiéreme, pregunta,
qué es lo que dicen de tu bello canto...
¿Y del de el Ruiseñor qué se susurra?...
—Muchos le alaban, y llenan de aplausos.
—¿Y de la Alondra?... su voz es simpática...
—Unos le ensalzan, y otros han callado.
—¿Sigue *haciendo furor* el dulce Mirlo?...
—Aquí y allí de elogios le colmaron...
—Ora me resta preguntarte solo,
¿qué opinion se ha formado de mi cántico?...
—¡Qué, admirado responde el Estornino,
no te puedo decir!... Nadie ha pensado
ocuparse de ti...—Por eso quiero
ocuparme yo solo, y sin reparo
hablar constantemente de mi mérito
vengándome de necios y de ingratos...

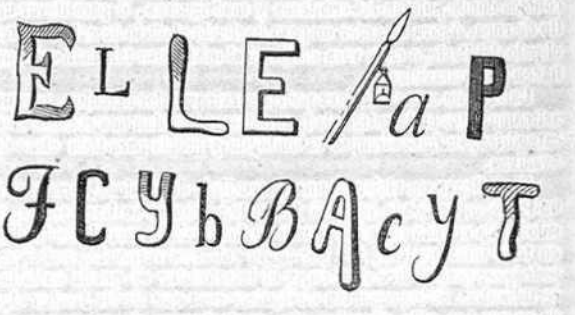
EL BARON DE ILLESCAS.

LATIDOS DEL CORAZON.

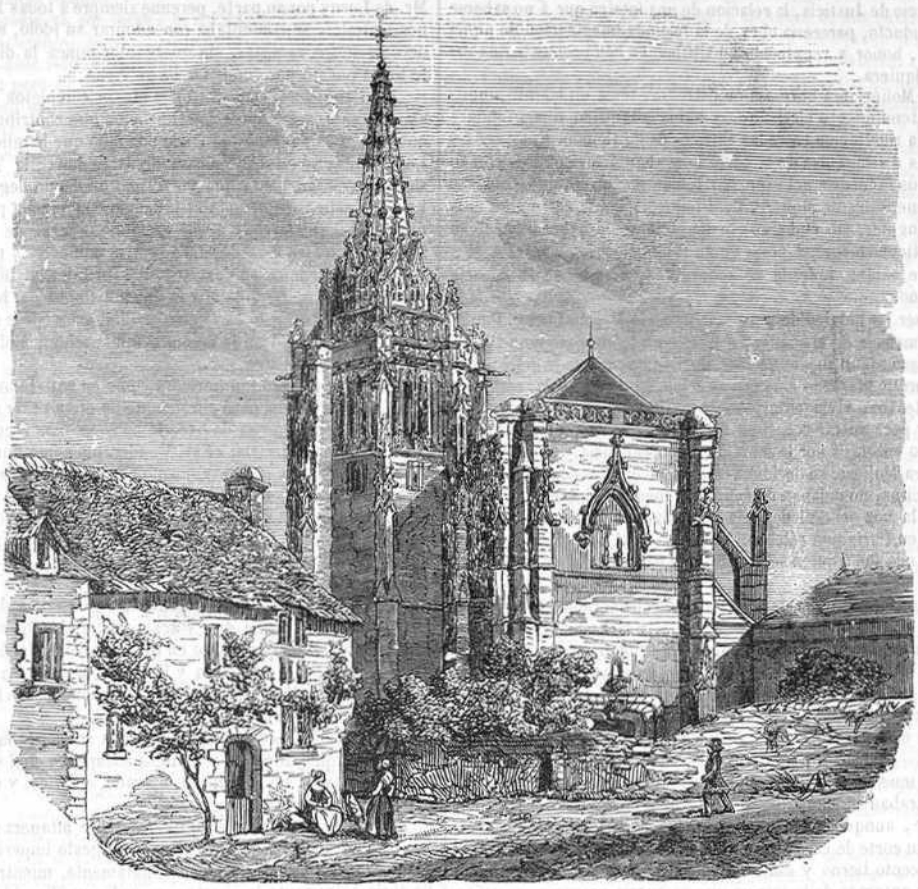
¡Veinte años, edad florida
de ilusiones y placeres!
deten tu marcha atrevida,
que en cada paso que dieres
vas acortando la vida;
Edad de goces y encantos
tan ligeros como el viento,
edad que en lúgubres cantos
plañirá con tristes llantos
el gastado pensamiento;
Edad que quiere pasar
y despues quiere volver,
porque es la vida de amar,
el mas seductor placer
que sabe el hombre gozar;
Edad, brillante cadena
de doradas ilusiones
que á enmohecerse condena
la misma aurora serena
que aumenta sus eslabones.
No anheles el porvenir,
corazon, desengañado
vendrás mañana á sentir
el camino que has andado
en la senda del morir.
Que ese próximo mañana
que la mente enloquecida
por alcanzar tanto afana,
convertirá una campana
en un ayer de la vida.
Y ese ayer triste y sombrío
que pasó no solo advierte,
pues con su recuerdo frio
hace temer mas la muerte
al hombre menos impío.
Medita cuál van pasando
las horas que van viniendo,
y de esta vida menguando
los instantes que volando
la muerte nos van trayendo.
¡Cuánto menos mal hubiera
si en nuestra mente grabada
esta verdad estuviera!
«De nada el hombre naciera
para volver á la nada.»
Pero late, corazon,
péndulo de mi existencia,
que tu acompasado son
ilumina mi razon
avisando á mi conciencia.

EDUARDO GASSET.

JEROGLÍFICO.



MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO É ILUSTRACION, Á CARGO DE ALHAMBRA.



VISTA DE LA IGLESIA DE SAN MARTIN EN ARGENTAN.

Dos iglesias principales hay en la ciudad de Argentan, la una está dedicada á San German, y la otra, que es la que representa el grabado, se erigió en honor de San Martin; esta, que al presente no es mas que un anejo, es sin embargo la mas bella y la mas antigua de las dos. Su forma esterior es la de una cruz, en cuyos brazos hay una doble capilla; tiene además otras doce, en las cuales se ven hasta veinte altares de formas diversas y variadas. El coro divide á la iglesia en dos, y sus numerosos asientos están tallados en madera con el mayor gusto y delicadeza.

Al pié de la iglesia hay dos órganos que acompañan los rezos de costumbre, intercalando sus dulces armonías con el divino testo de la misa, y la inmensa bóveda de este bello edificio está sostenida por treinta y tres pilares.

El viajero no ve penetrar ni el menor rayo de luz en este templo, adornado en derredor por cien vidrieras pintadas con un admirable gusto; hay sobre todo siete que son á juicio de los inteligentes lo mejor que se ha visto en su género: una de ellas tiene la fecha de 1540, es decir, la de la época en que la pintura sobre cristal estuvo en todo su esplendor. Hé aquí lo que dice á propósito de ellas el P. Marin Prouverre en su Historia de Normandía. «Estas vidrieras están tan bien pintadas, que son lo mejor que hay en San Martin.»

La arquitectura de este edificio no pertenece á ningun siglo, en él hay ojivas, arcos atrevidísimos, ventanas lanceoladas, y hasta una tosca capilla del tiempo de Luis XIII; los contornos de sus ventanas estaban cargados de admirables esculturas, pero los vándalos han pasado por San Martin.

El retablo principal de esta iglesia, que representa la muerte de San Martin, contiene lo menos treinta y dos personas: está el santo en la cama, y en el momento de dar el último suspiro un monje se precipita en sus brazos, otro levanta los ojos al cielo, y un tercero se arrodilla delante del lecho, sumido en el lloro mas amargo. Detrás un ángel levantando una cortina, deja ver en la parte superior del retablo, á la Virgen, que con su Hijo en los brazos, asiste á la muerte del Santo; varios grupos de ángeles, colocados con la mayor armonía, acompañan á la Reina de los cielos.

Este edificio revelaba, hasta hace poco, la grandeza de la edad media; pero el mal gusto de la época actual ha venido tambien á imprimir su torpe sello sobre la iglesia de San Martin: en la actualidad, el coro está pintado al óleo, la bóveda de color de bizcocho, y el rodapié de mármol de diversos colores, como pudiera la portada de una taberna ó el patio de un café.

LA ESPOSA FINGIDA DE MOLIÉRE.

Molière que pintó tantas veces en el teatro el infortunio de los maridos engañados, con su viva é inagotable imaginacion, no estuvo tampoco exento, como es sabido, de las crueles aflicciones que tanta sal cómica le inspiraron; hasta nosotros ha llegado por el testimonio de sus contemporáneos la memoria de los demasiados fundados celos que le daba su ligera esposa Armanda Bejart. Pruébanos esto que no hay nombre, talento ni carácter por grande y eminente que sea, que no pague como todos su tributo á las debilidades y padecimientos de la pobre humanidad. Y verdaderamente es triste ver entregado á los tormentos, y hasta á las ridiculeces de un marido chasqueado, á un hombre como Moliére; esta es la razon porque pasaremos aquí en silencio las galanterías de la linda cómica con la que hizo el disparate de casarse, siendo así que podria muy bien haber pasado por padre suyo. Olvidaremos por un momento al hombre grande, por no tenerle lástima á la par que admiracion, contentándonos únicamente con referir los graciosos pormenores de un proceso en que se vió su esposa comprometida, aunque su conducta no dió pié por entonces á este enredo. Estos pormenores, que han estado inéditos hasta ahora, ofrecerán, así lo creemos, todo aquel interés que tiene cuanto hace relacion á un nombre célebre; y los autores dramáticos que tantas veces han bus-

cado en los archivos judiciales el asunto de sus composiciones, agradecerán quizá que se haya ido á desenterrar de los empolvados archivos del Palacio de Justicia, la relacion de una intriga que á no saberse por este conducto, pareceria obra de la fecunda imaginacion de aquel cuyo reposo, honor y reputacion no titubeó en comprometer una intrigante cualquiera.

Madama Moliére era hermosa en estremo, tenia un talento singular y un entendimiento clarísimo, y habia adquirido una grande y bien merecida reputacion entre las actrices de su tiempo. Entonces las personas mas distinguidas de la corte honraban á los cómicos con su amistad, y los favoritos del gran rey tenian por una honra contarse entre los comensales de Moliére. Casi todos hacian la corte á su muger; pero ninguno, sin embargo, podia jactarse de haber llamado su atencion particularmente, á pesar de su reputacion de galantería. Madama Moliére estaba rodeada de adoradores, mas no se la conocia amante alguno.

Quisolo ser un hidalgo de provincia llamado Mr. de Lorny. Perdidamente enamorado de la cómica, á la que no habia visto mas que en el teatro, buscó algun medio de introducirse en casa de Moliére; cosa imposible, porque atareado este con su triple oficio de poeta, cómico y director del teatro, vivia enteramente retirado, y las tentativas de Mr. de Lorny para entrar con él en relaciones, le salieron todas fallidas. Animado entonces por la fama de inconsecuencia y galanteo que tenia la señora Moliére, se decidió á valerse de otros medios, que aunque no tan lícitos, no dejaban de facilitarle menos su intento, si se habia de creer la voz general de toda la ciudad. Es el caso que vivia por entonces en París una célebre tercera, famosa por su discrecion y destreza, y á ella fué á quien se dirigió para solicitar una entrevista de su adorada.

Mr. de Lorny disfrutaba de una fortuna considerable, y se manifestaba resuelto á no omitir ningun sacrificio, y la Ledoux se encargó de la honrosa mision que encomendaba á su prudencia, pero teniendo la precaucion sin embargo de hacerle depositar en sus manos una suma de 1,000 luises, con el objeto, decia, de asegurar mejor el éxito de la empresa. Apoderóse desde luego de ella una sola idea, que fué la de apropiarse esta suma, y hé aquí el medio que imaginó para conseguirlo.

Entre las muchas rameras que en todos tiempos ha habido en París, se encontraban muchas que se parecian á la señora Moliére; una especialmente, aunque de mucha mas edad, tenia exactamente su mismo aire, su corte de cara, y sobre todo, su mirada, su desdeñosa sonrisa y el acento tierno y sonoro de su voz. Esta jóven se llamaba la Tourelle; y enterada de la intriga que se queria preparar, se avino á hacer el papel de la señora Moliére, á la que habia visto muchas veces en el teatro, proponiéndose remedarla con tal perfeccion, que mantuviera en su error á Mr. de Lorny todo el tiempo que fuese necesario para que este empezara á manifestar su amor con dádivas y regalos.

Sin embargo, desde que tuvo la entrevista con la Ledoux, se mostraba cada vez mas impaciente el honrado provincial; pero ella, que era demasiado ladina para dar á entender la facilidad de la empresa, le iba entreteniendo con esperanzas, ya abultando las dificultades, ya fingiendo de intento obstáculos imaginarios, ya, en fin, recomendándole la prudencia, que debia únicamente asegurar el buen éxito del plan. Por último, despues de cerca de un mes de espera, y cuando la tardanza habia aumentado aun mas la impaciencia del pobre caballero, se presentó un dia en su casa rebosando de alegría: habia logrado al cabo, decia, vencer los escrúpulos de la hermosa actriz, que aceptaba el galanteo de Mr. de Lorny, y al dia siguiente asistiria á una primera cita en una casa sola y de confianza.

El enamorado de Lorny manifestó con su liberalidad cuánto agradecia este favor, y su gozo no tuvo ya límites cuando vió llegar á la supuesta dama vestida de trapillo, y encapotada en sus tocas, como temiendo que la conociesen. Hizo su papel á las mil maravillas: fingió la tosecita de la señora Moliére, sus dengues, su aire de importancia; no habló mas que de grandezas: se quejó del trabajo que le costaba hacer el papel de Circe, pieza que entonces estaba en boga, é insistió especialmente sobre su complacencia en haber condescendido en ir á una casa, cuya soledad era bastante para infundir á su familia sospechas injuriosas á su honor.

Cualquiera hubiera caido en el lazo. Mr. de Lorny la hizo mil protestas; y la rogó que en prueba de su amor aceptara alguna señal de su reconocimiento. La Tourelle la echó de rica, y no quiso consentir en admitir regalo alguno, á menos que no fuese de muy poco valor, no siendo poca la resistencia que hizo á aceptar un collar de diamantes que el dichoso de Lorny se dió por muy contento de que le costara únicamente 8,200 libras.

Desde entonces siguieron sin interrupcion las citas amorosas. La Tourelle habia suplicado encarecidamente á su feliz amante, que nunca se llegase á hablarla en el teatro, con el objeto, decia, de engañar mas fácilmente la suspicaz perspicacia de Moliére y no despertar la envidia de sus compañeras, la mayor parte celosas de su fortuna; y Mr. de Lorny por su parte, perenne siempre á todas las representaciones teatrales, se contentaba con admirar su ídolo, aplaudirle y envanecerse de sus ventajas, sin quebrantar nunca la discreta ley que se le habia puesto por condicion de su dicha.

Esta tierna amistad duró dos meses completos sin contratiempo alguno; pero la cortesana fué la primera que contribuyó á que se descubriera el embuste, cometiendo una falta que le salió demasiado cara. Los amantes se citaban en casa de la Ledoux; la Tourelle se hacia siempre esperar, hasta que por último un dia no llegó á concurrir. De Lorny la estuvo esperando al principio con mucha paciencia, empezó despues á inquietarse, y acabó en fin de ponerse de mal humor; llegó la hora del teatro y se decidió á ir á la comedia, á pesar del empeño que puso la Ledoux en desviarle de este intento. Dióse prisa á llegar cuanto antes; pero ya estaba la funcion empezada: habia sin embargo un asiento desocupado en la primera fila, acomodóse en él, y la primera persona que vió en la escena, fué la señora Moliére en su rico y elegante traje de Circe.

Nunca le pareció tan hermosa como en aquel momento, y cuando al bajar de la escena pasó por delante de él, á pesar de haber ido solo con la intencion espresa de hacerle unas cuantas reconvenciones, solo tuvo ánimo para decirla: «Está V. adorable como nunca; si yo no estuviera tan enamorado, hoy mismo perdia la chabeta.» La actriz, que estaba hecha á estas alabanzas insulsas, no le hizo caso alguno; entonces él la miró con ternura, la llamó á media voz, hízole señas de inteligencia; pero de ningun modo pudo obtener una mirada ó una señal que le diera á entender que habia sido conocido por la desdeñosa cómica.

Esta ya era, á su parecer, mucha indiferencia despues de lo que ella habia hecho aquel dia; y acabada asi la representacion, corrió precipitadamente al aposento en que la señora Moliére se estaba desnudando, y furioso, turbado y lleno de impaciencia por averiguar la causa de tantos desdenes, abrió con violencia la puerta, y se entró con la mayor franqueza.

La señora Moliére se hallaba sola con su doncella: en su vida habia visto á aquel hombre, y figúrese cualquiera cuál seria su sorpresa al verle sentarse sin ceremonia, azorado, colérico, y con todas las señales de un violento despecho.

La muger del gran poeta era bastante altanera; adelantóse con presteza hácia el recienvenido, y con un gesto imperioso y teatral, le dió á entender que se saliera inmediatamente, mientras que la doncella abria entre tanto la puerta para pedir auxilio.

La indignacion por tanto tiempo contenida de Mr. de Lorny, no tuvo ya límites; echóle en cara con amargura su falta de atencion, su inconstancia y su alevosía. La señora Moliére estaba confusa; al principio le tomó por loco; pero su pena, la sinceridad de sus palabras y la buena fé de sus lágrimas, la hicieron sospechar que aquello encerraba algun misterio, y le preguntó con la mayor seriedad, si de veras la conocia, é insistió especialmente sobre la cita á que decia habia faltado, siendo asi que nunca le habia visto, y no podia entender nada de aquel laberinto.

Subieron de punto con esto las reconvenciones y amenazas de Lorny; redobló sus quejas y recriminaciones, contó los hechos tales como eran, nombró los sitios, y no paró, por último, hasta llamar á toda la compañía para que sirviera de testigo de las que llamaba infamia y traicion de la muger á quien todo lo habia sacrificado.

Ya eran demasiados tantos y tan multiplicados ultrajes. La señora Moliére, decidida á vengarse, quiso que se apoderasen de su persona; pero aprovechándose él del momento en que ella se le acercaba, cogió el collar que llevaba puesto y le arrancó violentamente, creyendo que era el que le habia regalado, no obstante que aquel era de mucho menos valor. Ya en esto acudió la guardia del teatro, cerráronse todas las puertas, cogieron á Mr. de Lorny, y un comisario á quien se mandó buscar, le mandó llevar á la cárcel con una buena escolta, esperando que su cólera se calmase para que pudiera dar alguna esplicacion satisfactoria sobre todo aquel negocio.

La señora Moliére interpuso querella; intervino hasta el mismo Moliére, y se pidió que Mr. de Lorny abonara una suma considerable en reparacion de sus insultos y violencias. Siguióse el espediente en el Chatelet. Las envidiosas compañeras de la muger de Moliére, hicieron correr inmediatamente por París una historia escandalosa, haciéndola representar en este asunto un papel bastante indecente, sirviendo á esto de fundamento el haberla creido reconocer el joyero, alucinado con la semejanza, por la persona que le habia comprado el collar. Afortunadamente no fueron infructuosas las pesquisas que se hacian en París para descubrir á la Ledoux, la cual se escondió al tener la primer noticia de la ocurrencia, y en su primer interrogatorio confesó que habia hecho conocer una jóven á Mr. de Lorny, á la que habia tenido por esposa de Moliére. Tampoco se tardó mucho en pren-

der á la misma cortesana que con tanta destreza habia hecho este papel, y quedaron desde entonces desmentidas las calumnias esparcidas contra la hermosa cómica.

La causa no podia ya ser larga, ni su éxito dudoso hallándose confesas las dos acusadas. Moliére, satisfecho con ver descubierta la tramoya en que habia sido envuelta su muger, queria que hubiese alguna indulgencia; pero su muger nunca quiso acceder á esto, y despues de un proceso en que se refieren los hechos principales de la querella, la Ledoux y la jóven Tourelle fueron sacadas á la vergüenza el 9 de agosto de 1691, frente á la casa de comedias.

Mitología del Norte.

Bajo el nombre genérico de bárbaros del Norte, comprenden los historiadores á los pueblos diversos, la mayor parte de la raza septentrional germánica, que, en los primeros siglos de nuestra era, abandonaron sus hogares, inundaron la Europa occidental, destruyeron de un cabo á otro el imperio romano, cambiaron la faz del mundo antiguo, y prepararon la senda al Cristianismo, que se sentó muy pronto sobre las ruinas de la civilizacion antigua.

Bajo el aspecto religioso presentan estos dos pueblos dos grandes divisiones muy distintas. La Germania, propiamente llamada así, de que habla Tácito, y donde dominaban los suevos (hermiones) profesaba la religion de la naturaleza y rendia culto á los elementos, bosques, manantiales, etc. La diosa Ertha (Erd, tierra), segun las tradiciones, llegaba en un carro todos los años, desde los bosques que verdeaban á lo lejos en las islas del mar del Norte. Cada poblacion tenia sin duda ritos positivos; pero en general eran las creencias mezcladas, vagas é inciertas. En aquel fondo pálido y nebuloso, la invasion de las hordas que habitaban mas hácia el Norte, y desconocidas enteramente á los romanos, imprimió imágenes mas determinadas, y dibujadas con mas vigor. Manifestóse entonces en aquellas hordas un movimiento repentino, progresivo y heróico, una cierta revolucion religiosa.

El hombre de aquella revolucion fué Odino. Odino, desde la Islandia, en donde su culto se desarrolló despues del modo mas estenso y brillante, hasta las orillas del Rhin, conquistó los espíritus de todos los pueblos. Los godos, los sajones, los gépidas, los lombardos y los borgoñones, creian todos en la encarnacion de Odino y en la inmortalidad despues de la tumba en el palacio Walhalla, y en una cierta villa, Asgard, santa entre todas las ciudades, de donde habian salido sus padres, y adonde ellos mismos debian entrar un dia: estos mitos fueron los que les dieron su fuerza progresiva; ellos fueron los que movieron y despertaron de un sueño enorme y letárgico á las poblaciones de la Germania interior; ellos fueron los que penetraron desde la Scandinavia hasta las orillas del Báltico, costearon el Danubio, recorieron toda la Alemania, tocando en todas partes las fronteras del imperio romano, y levantaron esa insurreccion en que se abismó la Italia.

Hé aquí cuáles son en resúmen los principales mitos de Odino. Antes del mundo, todo era el gigante Ime Odino con sus hermanos Vilé y Vé, le mataron é hicieron de su cráneo la bóveda del cielo, de su cuerpo la tierra, y de su sangre el mar. Otro gigante, Norw, era el padre de la noche; la noche crió al dia: el dia y la noche sentados en un carro hacen continuamente las evoluciones sobre el cielo. El caballo de la noche se llama Krinfax (cabellera de los hielos), el del dia, Skinfax (cabellera refulgente). Un gran puente conduce desde la tierra al cielo: es tricolor, y su nombre es el arco iris; se romperá un dia, en el momemto en que los espiritus malignos le atraviesen despues de haber ganado una victoria á los dioses. El mundo debe acabar por un incendio. En el último combate del mundo, saldrán vencedores los *espíritus malignos*.

Odino es el mas poderoso de los dioses: le dan el sobrenombre de Alfader, es decir, padre de todos, padre de los combates. Llámanle tambien Hor Janschar y Thridi (altísimo, igual al altísimo, y la tercera Trinidad). Convida á los héroes muertos á su palacio celeste de Walhalla, donde entran por quinientas cuarenta puertas. Sobre los hombros de Odino están colgados dos cuervos: el uno se llama Hugén (razon), y el otro Munin (memoria): por ellos es por quienes sabe todo lo que se hace en el espacio. El hijo de Odino es Thor, dios de la guerra, representado con un martillo en las manos; y el martillo, como nadie ignora, era entre aquellos pueblos el símbolo de las conquistas. Las vírgenes, diosas de la guerra que se llaman Walquiries, llegan hasta el número de doce, y Frigga es la mas poderosa. Loke es el dios de la ilusion y del mal. Los dioses del cielo encadenaron al hijo de este, el lobo Fenris. En este Loke scandinavo se apercibe, por decirlo así, el presentimiento de Mephistopheles. Los jefes nacidos de los dioses y la nobleza que mandaba durante la guerra, llevaban entre los godos los nombres de Amali's y de Balti's. Entre los godos recibió Odino mas tarde el nombre de Wodan.

Los sajones permanecieron algun tiempo aun establecidos á las orillas del Océano Germánico; pero acosados de una parte por los francos y de otra por los slavos, se formaron en una horda guerrera que dominó muy pronto á los godos é invadió la Inglaterra.

Los godos, los lombardos y los borgoñones se sometieron por el contrario á los jefes, y entre ellos fué donde se desarrollaron los principios de la jerarquía guerrera y la inviolabidad de la palabra de un guerrero, que dominaron despues en el sistema feudal. Ellos fueron los primeros que comenzaron esas emigraciones vagas y lejanas, yendo siempre en pos del oro y de la belleza, siendo estos dos objetos por todas partes su fin heróico. Allí fué donde nació esa fisonomía eminentemente poética de Sigard, en los Niebelungen, y en donde se ven unidos la sabiduria y el valor, que están divididos en los mitos griegos entre Ulises y Aquiles.

Una indecible melancolía, una sombría tristeza reinan en todas las tradiciones escandinavas. Toda su moral consiste en la promesa de la gloria, como recompensa del valor. En el palacio de Walhalla asisten los héroes á espléndidos festines; y en medio de una alegría ruidosa, aquellos esqueletos siempre armados se levantan de la mesa para renovar los combates del pasado. En todos los mitos escandinavos se manifiesta la influencia de la naturaleza áspera del Norte: no se distingue un rayo de esperanza en ninguna parte, no se ve pues sino una desesperacion eterna, unida al valor salvaje y heróico que va siempre adelantando, sin inquietarse por el resultado terrible y fatal que puede tener. La idea de que el mundo debe acabar desgraciadamente, y que en el último dia prevalecerán los espíritus malignos brilla de un modo siniestro en toda aquella mitología. Al resplandor de este lúgubre presentimiento, combaten los guerreros hasta derramar la última gota de su sangre; y siguiendo el peligro por todas partes, sin esceptuarse á sí mismos, sin perdonará sus enemigos, no buscan masque el olvido; viven violenta y esteriormente, para desechar el pensamiento interno que de tiempo en tiempo se despierta en ellos.

Una idea tal, una esperanza semejante de la destruccion universal, debia encarnarse necesariamente en los individuos; ella produjo á Alarico, á Genserico, á Attila. Mientras que el Cristianismo desde sus fuentes mas antiguas es el espíritu progresivo de amor, de creacion y de unidad, los mitos de los bárbaros del Norte eran por el contrario las fuerzas progresivas de la desorganizacion y de la destruccion.

Pero cuando el Cristianismo, colocándose en el punto central de estos fenómenos históricos y de estos pueblos, comenzó á obrar atractivamente sobre ellos, los pueblos del Norte, y los hechos que de ellos nacieron, se trasformaron en un círculo regular y acabado. Despues del cumplimiento de su grande mision, despues de la destruccion de Roma, esta materia esparcida que pesaba sobre todo el Norte como ceniza funeraria, comenzó á vivificarse en llamas puras. El amor del espíritu venció la resistencia de la materia, y los elementos se separaron del caos poco á poco.

Hé aquí la mitología de aquellos pueblos bárbaros; poseidos de aquellas ciencias religiosas tan fantásticas y desoladoras, se nota en sus poemas esa tristeza sombría que los dominaba.

DON NICOLAS ANTONIO.

Entre los sabios españoles que celebra el orbe literario, nadie es mas nombrado qne el erudito D. Nicolas Antonio, presbítero, caballero del hábito de Santiago, que sacó del olvido la memoria de tantos ilustres escritores nacionales. Nació en Sevilla año de 1617, y su padre, que se llamó tambien Nicolás Antonio, fué almirante de la compañía naval erigida en dicha ciudad en 1626. Estudió la latinidad con el famoso dominico fray Francisco Gimenez; y despues de finalizado el curso de filosofía y teología, pasó á Salamanca, donde se dedicó á la jurisprudencia.

Su ingenio, criado para sobresalir entre todos, concibió el dificilísimo proyecto de formar un índice de todos los literatos españoles antiguos y modernos, para cuya empresa, no menos delicada que ardua, se retiró á su patria, sin mas comunicacion que la de los libros. Empezó la célebre obra de la *Biblioteca;* pero antes de publicarla dió á la prensa como ensayo de su habilidad el tratado de *Exilio*, aplaudido de todos los inteligentes.

A los cuarenta y dos años de su edad fué enviado á la corte de Roma por el Sr. D. Felipe IV, como agente general de España, en cuyo empleo hizo notorio su talento, circunspeccion y cordura, no solo en los negocios de este ramo, sino en los de Nápoles, Milan y Sicilia, y los del tribunal de la Inquisicion, mereciendo en todos la general aprobacion. Permaneció en Roma hasta el año de 1677, ocupando el

tiempo que le dejaba libre su ministerio, no en procurar sus adelantamientos, pues solo llegó á lograr una racion en la patriarcal de Sevilla, y luego una canongía de aquella iglesia, sino en juntar una copiosa y selecta librería, y en perfeccionar su escelente *Biblioteca nueva de los autores españoles de 1500 hasta 1670;* cuya publicacion asombró á todos los eruditos. Nombróle el señor Carlos II consejero de Cruzada, en cuyo empleo vivió, hasta el año de 1684 en que concluyó la car-



(D. Nicolás Antonio).

rera de su vida uno de los sabios mas completos que produjo España. Dejó inédita y sin perfeccionar la *Biblioteca antigua que comprende los escritores desde el siglo de Augusto hasta el año de 1500,* que vió despues la luz pública á espensas del cardenal Aguirre, coordinándola el dean Martí, y exornándola con varias notas hijas de su erudicion. Esta célebre obra, que apenas se hallaba ya, se reimprimió por órden de Carlos III, llena de notas y adiciones, por el bibliotecario mayor de su majestad D. Francisco Perez Bayer.

La Meca y la peregrinacion de los mahometanos.

Es la Meca una ciudad de la Arabia, tenida en gran veneracion por los mahometanos, los cuales creen que es indigno de entrar en ella todo aquel que no pertenece á su secta. Esta es la razon porque no permiten que nadie se acérque, ni aun á muchas leguas, observando en esto tal rigor, que si un cristiano fuese sorprendido dentro de la ciudad ó en su recinto, solo podria expiar su sacrilegio purificándose por el fuego, ó mudando al instante de culto.

Muchos musulmanes hacen el viaje por devocion, y otros, que son los mas, por traficar, para lo cual vienen de todos los puntos del Asia á desembarcar al puerto de Gedd ó Zieden, sobre el mar Rojo, distante poco mas de quince leguas de la Meca.

Este viaje absuelve todas las culpas, y una vez hecho, ya no hay que temer el ser perseguido por ninguna clase de delitos anteriores.

Todos los años hay cinco caravanas, á saber: la del gran Cairo, que se compone toda de egipcios y de los que vienen de Constantinopla ó de sus alrededores: la de Damasco, que trae los de Siria: la de los Pomentos, que comprende todos los peregrinos de Berbería, Fez, Morea etc. que se reunen en el Cairo; y la de Persia y de las Indias ó del Mogol. Hablaremos solo de la primera, y bastará para que se forme unaidea de las demás.

Despues de diversas ceremonias hechas en el Cairo durante algunos dias, salen por la tarde y van á acampar á doce millas de la ciudad, cerca de un lago llamado *Birca*, punto de reunion de todas las caravanas, que muy frecuentemente suelen formar una de mas de cien mil personas.

Marchan solamente de noche para evitar el calor ardiente, y cuando no hay luna, encienden los faroles: en cuanto á los camellos, van atado uno á otro de la cola, y no hay necesidad de conducirlos.

El viaje del Cairo á la Meca se hace en treinta y siete dias, y siempre por medio de los desiertos de la Arabia. No comen mas que de las provisiones que llevan, y el agua que se encuentra es poca y muy mala; pero lo que hay aun mas incómodo son los vientos calientes que casi privan la respiracion, y sin embargo muchos ancianos, mugeres y niños emprenden y concluyen con felicidad este viaje.

Durante la marcha cantan versículos del Coran, con tanto fervor y devocion, que á veces caen de sus camellos, rendidos de la fatiga, y muchos mueren cantando.

Dos dias antes de llegar á la Meca se despojan de la mayor parte de sus ropas, como una muestra de respeto, y se descalzan las babuchas por no hollar una tierra que consideran sagrada: tambien observan una abstinencia rigorosa durante ocho dias, pero los enfermos solo hacen limosnas.

La Meca es una ciudad mas grande que Toledo, está rodeada de altas montañas, y todos sus edificios son de piedra. Hay una gran mezquita, en medio de la cual está el *Kyabé* ó *Bet Allha* (casa de Dios), que los mahometanos dicen haber sido edificado por los ángeles, visitado por Adan, trasportado al cielo durante el diluvio, y despues vuelto á edificar por Abraham con arreglo al plan antiguo que para ello le fué enviado del cielo. Conservan una gran veneracion por este templo, lo mismo que por una piedra negra colocada á la derecha de la puerta principal, y la que creen se ha vuelto de aquel color por los pecados del género humano. Aseguran además, y están muy persuadidos, de que la piedra era blanca cuando el arcángel Gabriel la entregó á Abraham, y que este se sirvió de ella como de andamio cuando edificó el templo, subiéndola y bajándola á su antojo para evitar el hacer agujeros en las paredes.

La altura de este edificio es de treinta piés, sobre otros treinta de largo y veinte y cuatro de ancho. El umbral de la puerta está tan elevado que un hombre apenas puede alcanzar á ella: es de plata maciza, alta de nueve ó diez piés, y de ancho tiene cerca de seis; suben á ella por una escala montada sobre cuatro ruedas, de manera que para entrar en el Kyabé es preciso aproximarla por medio de ellas, porque es muy pesada.

El templo está sostenido por tres columnas ó pilares de forma octágona, de cerca de veinte piés de altura; son de madera de aloe, del grueso de un hombre, y de una pieza. El interior está adornado de ricas telas de seda blanca y encarnada, y la parte esterior con una tela de seda negra, labrada en Damasco. Hay alrededor de él una muralla que impide el que se acerquen, y muy corto espacio entre esta y el templo.

Dos fajas doradas ciñen las partes alta y baja esteriores del Kyabé, y por uno de los lados de la azotea que lo cubre, asoma y se ve fácilmente un canal de oro macizo que se avanza al canto de aquella como seis piés, con el objeto de que la lluvia caiga fuera de la muralla que lo circúnda.

Hay además en el templo otro objeto venerable para los mahometanos, y es el pozo ó la fuente de Zemzem, que segun ellos, destila aquel agua maravillosa que Dios proporcionó á Agar y á su hijo Ismael en el desierto, despues que Abraham los echó de su casa; beben de ella por devocion y le atribuyen grandes virtudes.

Los peregriuos pasan tres dias en la Meca, y aquel que logra ser el primero en besar la piedra negra, es reputado por santo; pero es preciso que esto suceda en viernes, y despues del jubileo ó rogativa pública entonces todos se postran á sus piés, y á veces muere sofocado el pobre hombre entre la multitud.

Hay á mas durante aquellos tres dias otra ceremonia, que se reduce á una procesion hecha de rodillas alrededor del templo; un Imán es el que la dirige é indica las genuflexiones que deben hacerse.

Todos los años se mudan las telas que adornan el templo interior y esteriormente: las usadas las envian al Gran Señor ó las guarda para sí el sherif ó gobernador de la Meca, y sirven para el adorno de otras mezquitas ó para hacer reliquias que el Sherif vende á precio muy subido.

Concluidos los tres dias, salen los peregrinos de la Meca y van á hacer noche á un lugar llamado Munet, adonde llegan la víspera de la fiesta del Bairán; en la mañana siguiente hacen un sacrificio de corderos, que se distribuye á los pobres, y en seguida vuelven á cubrirse con todas sus ropas como antes.

De allí suben al monte Arafat, distante una jornada, y se detienen tres dias, en cada uno de los cuales arrojan siete piedras á la montaña, y dicen que esta ceremonia sirve para lanzar de ella al diablo que vino á tentar á Abraham al tiempo que se preparaba á sacrificar á su hijo Ismael y no Isaac; otras historias cuentan tambien sobre Adan y Eva

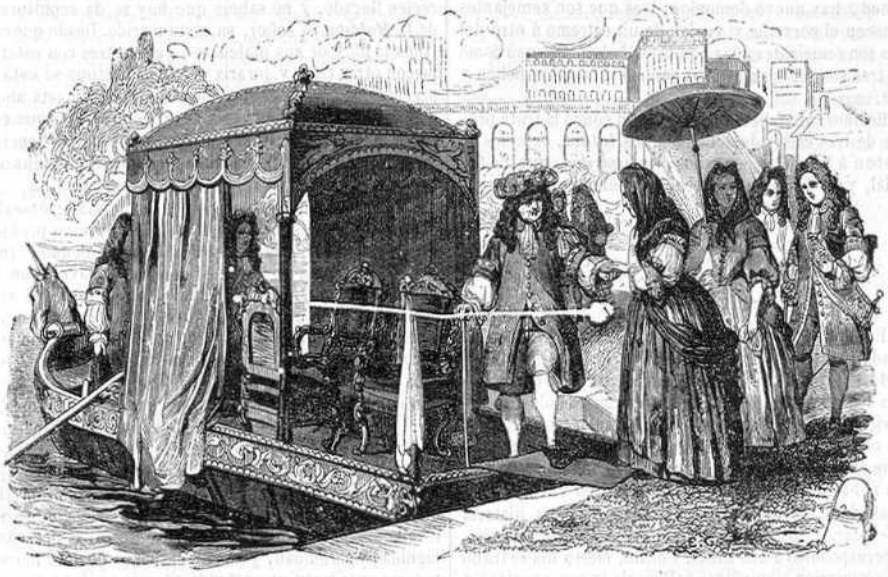
con relacion al paraje. Bajan despues á una llanura, y luego que concluyen sus oraciones, reciben la bendicion del sherif, respondiendo todos *Amen*. El gobernador de la Meca lo es en lo espiritual y temporal, de consiguiente es considerado como una de las primeras dignidades del imperio; mas á pesar de su ilimitado poder está sujeto al Gran Señor.

Concluida aquella ceremonia bajan al pueblo de Minnet, situado en un hermoso llano, en el cual hay una roca, y en ella una cueva donde, segun los mahometanos, iba á orar su profeta. Muestran con mucho interés y como gran maravilla, un hueco en un cierto paraje de la misma peña, que aseguran fué hecho por los ángeles con el fin de que Mahoma descansase allí su cabeza cuando hacia oracion; y para conservar la memoria de aquel milagro, han edificado una mezquita en en el mismo paraje. La mayor parte de los que van á la Meca hacen tambien el viaje á Medina, pero esto no es una obligacion.

Medina ó Madina (que en árabe quiere decir ciudad) es otra gran poblacion de la Arabia, á tres jornadas del mar Rojo, y no tan considerable como la Meca. Hay en medio de aquella ciudad una gran mezquita donde está el sepulcro de Mahoma, que es de mármol blanco, y cerca de él las tumbas de Abubequer, Omar y otros califas que le sucedieron. Arden constantemente en el templo un gran número de lámparas, y el sepulcro está colocado en un patio pequeño de figura circular, cubierto con una cúpula que los orientales llaman *Turbé*. Alrededor hay una galería esterior con muchas ventanas, cuyas rejas son de plata; la interior está adornada de infinidad de piedras preciosas, especialmente en la parte donde corresponde la cabeza del sepulcro. Entre las muchas alhajas de valor se ve un diamante mayor que el huevo de una paloma, y encima de este, otro que el sultan Osman, hijo de Achmer, hizo colocar allí, y que es igual al que llevan en el turbante los emperadores mahometanos. Antiguamente formaban estos diamantes uno solo, pero Osman los hizo partir por la mitad, no se sabe por qué ni con qué intento.

Debajo de ellos hay una media luna de oro de la cual cuelgan otros muchos diamantes de escesivo precio. La puerta por donde se entra á la galería que circunda el Turbé es de plata maciza, lo mismo que la que da al mismo Turbé. Esta solo se abre cuando hay poca gente: es decir, luego que los peregrinos se retiran, los cuales solo pueden ver la galería interior y sus riquezas por entre las rejas que la cercan. El túmulo está elevado como tres piés del piso principal del templo, y se sube á él por cuatro escaleras de mármol blanco.

Los turcos que han hecho el viaje á la Meca pueden usar únicamente del turbante verde.



OBJETO DE UN VIAJE DE LUIS XIV A NANTES.

Luis XIV hizo un viaje á Nantes el 1.° de setiembre de 1661, donde fué recibido con la mayor pompa. Hubo diversiones de todos géneros, y la corte paseó por el Loira en barcas cubiertas de seda para este efecto. El rey se hospedó en el castillo, y su limosnero pagó al cura de Sta. Redegunda treinta y cinco suses por cada noche de hospedaje. No se pudo averiguar el objeto de este viaje hasta la noche anterior al dia de su partida en que Luis XIV hizo arrestar al superintendente Fauquet, acusado de conspirador y de haber hecho grandes dilapidaciones. Se habia creido necesario alejarle de la corte para arrestarle sin esposicion. Fouquet fué juzgado en París por una comision escogida entre sus enemigos y condenado á destierro. Luis XIV permutó este castigo en una detencion perpetua, lo que era una agravacion de la pena, en vez de una gracia.

Fouquet, que habia sido defendido por Pelisson con tanta elocuencia, y por la Fontaine con tanta sensibilidad, murió al poco tiempo en el castillo de Piquerol.

EL PARAISO Y EL INFIERNO
DE LOS HEBREOS.

El Paraiso.—Los Angeles.

La palabra *Paraiso* se deriva de *pardas*, que significa en zend sitio ó jardin de delicias. El jardin del Eden, dicen los talmudistas, es sesenta veces mayor que el Egipto; está colocado en la sétima esfera del firmamento. Tiene dos puertas por donde entran sesenta miriadas de ángeles cuyas figuras brillan como el firmamento mismo. En el momento en que el justo llega ante la presencia de ellos, le despojan de sus vestidos, colocan sobre su cabeza dos coronas, la una de oro y la otra de piedras preciosas, le dan ocho varas de mirto, y bailan delante de él diciéndole: Come tu pan y regocijate. Despues le hacen entrar en un sitio rodeado de agua; cuatro rios corren allí, uno de miel, otro de leche, otro de vino y otro de incienso; hay tambien mesas de piedras preciosas, ochenta miriadas de árboles se elevan en cada uno de los ángulos, y en cada uno de ellos se hallan colocados sesenta miriadas de ángeles que cantan continuamente alabanzas á Dios, con una voz agradable; en medio del jardin está plantado el árbol de la vida, su follaje da sombra á todo él.

Los ángeles son en las tradiciones judáicas, como los ha definido Platon, seres que ocupan un puesto entre Dios y los hombres; llevan las oraciones de estos á Dios. En La Biblia están designados bajo tres nombres diferentes. Cuando pecaron Adan y Eva, un querubin fué quien los arrojó del paraiso terrestre. Isaias en su capítulo sesto llama serafines á los ángeles. Designanlos generalmente con el nombre de *Melucim* (enviados); en Daniel se habla del príncipe de los ángeles de la Persia y del príncipe de los ángeles de la Grecia. Segun el Talmud, los nombres de los ángeles vinieron de Babilonia con los israelitas; esta opinion, muy justa, demuestra que los israelitas, durante su permanencia en Persia y en Babilonia, tomaron de la religion de los persas sus Izeds, sus Ferruers y sus Amschaspands. En otro pasaje se dice: Los ángeles fueron creados el dia segundo, y su substancia es mitad

agua y mitad fuego; la palabra EL, Dios, que se encuentra al fin de todos los nombres de los ángeles, nos induce á creer que eran ellos personificaciones ó emanaciones de las cualidades de Dios.

Gabriel significa fuerza de Dios; *Faheriel*, pureza de Dios; *Adariel*, grandeza de Dios; *Kadochiel*, santidad de Dios; *Rehuniel*, misericordia de Dios. Hay algunos otros cuya esplicacion se encontrará en el Zend ó en el Pelvi, como Sandalpos y Jorkomi: todos tienen diferentes atribuciones.

Gabriel es el jefe del fuego; *Jorkomi* el del granizo y *Miguel* el del mar; *Samenil* es el jefe de los reptiles; *Daliel* de los peces; *Anafil* de los pájaros; *Maktogil* de las piedras; *Alefil* de los árboles frutales, *Charoel* de los árboles que no dan fruto, y *Sandalpos* de los hombres. Este ángel tiene los piés sobre la tierra y su cabeza llega á los cielos; *Suriel* se halla constantemente delante del trono de Dios. En el Zend-Avesta, 2, 37, 58, se habla de *Bahman*, jefe de los ganados; *Ardibeheschi*, jefe del fuego; *Schahriver*, jefe de los metales; *Spandomad*, jefe de la tierra y *Khordad*, jefe del agua.

El infierno.—Los demonios.

El Geon ó el infierno de los judíos estaba dividido en siete esferas ó regiones donde se encontraban colocadas las diferentes clases de condenados: cada esfera tenia un ángel por jefe; en medio corria el Dindro (rio de fuego). Importadas á la edad media estas ideas, tal vez contribuyeron á la creacion de la *Divina Comedia*.

Segun el Talmud, hay nueve demonios: tres que son semejantes á los ángeles, conocen el porvenir y vuelan de un estremo á otro del mundo: otros tres son semejantes á los hombres, beben y comen como ellos; y los otros tres son semejantes á los animales: tambien beben y comen como ellos.

Segun las tradiciones talmúdicas, cuando Adan comió la fruta prohibida, fué padre de tres clases de demonios: los *lillites*, especies de lámias que devoraban á los niños pequeños; los *espíritus*, que no tenian forma material, y los *Kophim*, que tenian cabezas de mono.

LA MALDITA.

Renunciando Eduardo I á la quimérica conquista de la Palestina se habia embarcado para Inglaterra en compañía de dos caballeros que habian seguido sus banderas; y despues de haber atravesado juntos la Italia y la Francia, se hallaban en Calais aguardando con impaciencia que el viento le permitiese atravesar el estrecho. Estaba tambien con ellos otro caballero que por algun tiempo los acompañó en su viaje, hombre de pocas palabras, pero ninguna sin un rasgo irónico. En vano los nobles condes habian desplegado en su presencia sus árboles genealógicos, y referido varios sucesos de su historia para empeñarle á contar la suya, pues él los habia escuchado sin interés y no habia correspondido á sus ideas. Por fin, cierto dia se trabó entre los tres la conversacion siguiente: —¿Pensais ir con nosotros á Inglaterra? — No: algunas veces vengo á ver las aguas que bañan sus costas; pero mis huellas no se imprimirán en el suelo de mi patria. Harto me despedazan mis recuerdos, aun lejos del lugar en que pasaron los sucesos.—¿Sabeis que vuestras misteriosas espresiones, casi hacen pensar que sois un delincuente?—Y con razon: tengo á mi cargo una muerte. Esta palabra les hizo estremecer, y él prosiguió: Habeis viajado con un homicida... pero, pues me habeis proporcionado el gusto de hablar mi lengua patria, y pues veo que deseais conocer los sucesos que han llenado de dolor mi vida, voy á decíroslos.

Mi padre era de Bristol; y cuando cumplí la edad regular, en lugar de hacerme sentar plaza de soldado, como estaba indicado en mi situacion, pensó que peligros por peligros era mejor pasarlos con esperanza de una suerte feliz y tranquila, que no ir á regar con sangre la tierra santa: aunque yo como jóven le hablaba algunas veces de las glorias de Marte. ¡Pobre muchacho! respondia él entonces; la gloria es una dama muy altiva: los pecheros son los que pelean, y los señores los que triunfan. En fin me dedicó al comercio colocándome en casa de Samuel Hington, muy amigo suyo. Era este hombre tan rico como avaro, en términos que nadie le nombraba sin añadir *el judío renegado*, como si el becerro de oro no fuese ídolo de todas las naciones. Tenia una hija llamada Aliza, tan hermosa como no sabré pintaros, así como me será imposible describir lo que pasó en mi alma el dia en que sus miradas me hicieron conocer que su corazon habia entendido al mio, y que habiamos nacido uno para otro...Sí: uno para otro como el verdugo para el reo.

Samuel, contento al ver mi esmero y actividad, me confió parte de sus negocios, lo cual me dió alas para pedirle la mano de su hija, que me negó abiertamente por ser yo de oscuro nacimiento y pobre, no parando hasta que consiguió que mi padre me hiciese viajar. Dejé mi patria llevando conmigo las promesas de Aliza y la esperanza de hacer tal fortuna, que su padre no pudiese despreciarme.

Atravesé la Francia, la España, la Italia, y por último pasé algunos meses en Constantinopla con tal felicidad en mis especulaciones, que me entregué á las ideas mas risueñas, creyendo que Aliza me alargaba su mano. ¡Ah, cuán poco duró tan lisonjera esperanza! recibí cartas de mi país, y en ellas la noticia de que Aliza tenia esposo.

Es preciso haber esperimentado la pena que causa el olvido de su dama para saber lo que entonces siente un amante. Desde entonces todo me fué indiferente: el caudal se me figuraba un peso inútil, y cesó mi actividad hasta el punto que el tiempo futuro me parecia un inmenso espacio sin término ni objeto. Pues Aliza no existia para mí, yo tampoco existia para nada en el mundo. Ocho años pasé entre el tedio y los recuerdos, cuando el deseo de ver mi patria, ó tal vez mi destino, me hizo regresar á Inglaterra. Volví á Londres con intencion de no permanecer en aquella capital, pues temia encontrar allí á la ingrata cuya imágen no se habia apartado de mí: temía oirla nombrar; y mas que todo temia verla al lado del que habia merecido su preferencia. Mi padre habia fallecido: recogí lo poco que de su herencia me tocaba, y salí dirigiéndome á Oxford. A mi llegada á aquella ciudad las campanas de la iglesia de San Miguel hacian oir su lúgubre sonido: la calle y la posada donde fuí á parar estaban llenas de gente: noté que todos manifestaban un estraño asombro, que se hablaban en secreto; y preguntando la causa al posadero, me contestó: Bien se conoce que sois recien llegado, y no sabeis que hoy se da sepultura al sesto marido de la *Maldita*. Sí señor, su sesto marido. Desde que entró en la ciudad (Dios la libre de sus maleficios) ya van tres con este: en Londres acabó con otros tres, y juraria que ya el sétimo se está preparando. Es preciso que esa muger sea hechicera, pues hasta ahora nada se le ha podido probar; de modo que es preciso confesar que es blanca como la nieve, aunque es mas negra que Belcebut, ¡paciencia! Ahora queremos que se registre el cadáver del pobre Simon Shard: tal vez se encontrará allí lo necesario para que la quemen viva.

La curiosidad me hizo suspender mi viaje: deseaba ver á aquella *Maldita*, y como sin duda era aquel el término prefijado por mi destino, su mano de hierro me clavó allí. Siguiendo el tropel de la gente llegué á una casa de donde ví salir un cadáver, con todo el lujo que puede desplegarse en una ceremonia fúnebre. Allí viene la *Maldita*: allí viene, gritaron con indignacion los concurrentes, y dirigiéndo yo la vista hácia donde señalaban, no pude dudar que la *Maldita* era mi Aliza, aquella Aliza, mas bella que nunca la habia visto. ¡Cuánto resaltaba su pecho de alabastro y las rosas de sus mejillas entre aquellos adornos negros, aunque no tanto como sus cabellos! Casi perdí el juicio: todo lo pasado se me borró de la memoria, me hubiera arrojado en sus brazos, si no me lo hubiese estorbado la multitud que nos separaba.

Sin ser dueño de mí mismo ni saber por dónde iba, me hallé en una sala entre mucha gente, pero mas inmediato á Aliza. El cadáver de Shard estaba sobre una mesa, rodeado de gente armada: la justicia estaba presidiendo á su reconocimiento: Aliza presenciaba el acto con dignidad y serenidad, y por fin el juez la declaró inocente. Los espectadores guardaron un profundo silencio: solo se oyó un grito de alegría... yo no fuí dueño de contenerle: Aliza volvió la cabeza como para dar gracias al que se interesaba en su inocencia, me vió, me conoció y cayó desmayada, y yo maquinalmente me arrojé á sus piés, bañando sus manos con mis lágrimas.

Entre tanto se llevaron al cadáver: los espectadores que tan mala opinion tenian de Aliza marcharon descontentos de tenerla que llamar inocente; y yo sin reparar en nada, solo miraba aquel rostro esperando el momento en que recobrase sus sentidos. Por fin la ví abrir sus hermosos ojos, y mi nombre fué lo primero que pronunciaron sus labios. ¡Ah Martin... en qué momento! ¿Y me amarás todavia?... Si en aquel instante hubiera yo visto sus manos teñidas de sangre no hubiera dejado de amarla

Bien podeis imaginar que yo no me apartaria de su lado: en efecto, apenas concluyó el término de luto fuí su sétimo esposo, á pesar de los funestos presagios que oia por todas partes. Cuatro meses pasamos en la mayor felicidad; sin embargo, á pesar del vivo amor que ella me manifestaba, la veia á veces entregada á profundas meditaciones, y luego una estraordinaria tristeza la hacia casi insensible á mis caricias. ¿Qué tienes, Aliza? la decia yo un dia: ¿qué deseas?..¿ qué echas menos?.. me amarás siempre, ¿es verdad? —¡Ay Dios! contestó ella con una especie de frenesí: sino fuese así, si algun dia llegases á olvidarme... ¡antes muera yo ahora mismo en tus brazos! ¡Me seria tan cruel aborrecerte mortalmente! La espresion con que pronunció esta palabra me llenó de terror; su rostro quedó cadavérico, y sus ojos brillaban de un modo tan estraño, que procuré tranquilizarla; pero yo mismo necesitaba sosegarme. Entonces, por la vez primera, entró en mi corazon la sospecha; resonaron en mis oidos aquellas voces de *maldita homicida*, creí comprender su sentido y me llenaron de terror.

Aquella noche llamaba en vano al sueño; tardó en venir á calmar mi agitacion, ó por mejor decir á aumentarla. Me pareció ver al desgraciado Simon lanzando sobre Aliza unas terribles miradas, y alargándola su mano como para llevarla consigo. Ella temblando imploraba mi auxilio, y el aspectro me dijo: Esa *me mató*, esa *te matará*.

Yo dí un gritó de horror que me dispertó, y vi á Aliza que sollozando me decia: Qué tienes, Martin, tú has pronunciado mi nombre y no con cariño.—Es verdad, la respondí, debes precisamente haberlo oido; ella se puso pálida al escucharme.

Sin decirla nada mas, me vestí, y salí de casa andando sin saber por dónde, solo con el deseo de arrojar de mí los temores que me agitaban. Culpaba á veces mi pusilanimidad; me llamaba débil por ceder así al espanto de un ensueño; pero la llaga era demasiado profunda para que la razon la cicatrizase. Aquella palabra de Aliza, *aborrecerte mortalmente*, resonó de nuevo en mi alma. Ella es altiva, orgullosa, me decia yo á mí propio: ya he sabido cómo ama, sepamos ahora cómo aborrece,

Este infame proyecto me lisonjeó por entonces, y le puse en ejecucion. Ya era muy tarde aquella noche cuando volví á mi casa. Aliza se precipitó en mis brazos, preguntándome dónde habia estado. —¿Qué os importa? fué mi única respuesta, y ella quedó como una estatua. Al dia siguiente salí muy de mañana, y al regresar por la noche me recibió llorando... Sí, aquellas lágrimas eran hijas del dolor. Repetí lo mismo al tercer dia: Aliza no lloró al verme: solo me hizo algunas reconvenciones cariñosas, y despues me abrazó con la mayor espresion. Al cuarto dia volví á casa mas tarde que nunca. Aliza estaba pálida y silenciosa: conocí que ya habia tomado su resolucion, y determiné observarla. Cuando me creyó dormido la vi levantarse muy despacio, pálida como la ví en ensueño; sacó de una cajita una cosa que no pude distinguir lo que era, y echándola en una vasija la puso al fuego que habia encendido. Jamás olvidaré la espresion de su cara, alumbrada por el reflejo de la llama; y sin ser de los que dan crédito á la magia, á cada instante aguardaba que se aparecicse algun espectro; Aliza se acercó á mí, y estuvo contemplándome por un rato. Sin duda su corazon luchaba entre la venganza y el amor. Este fué por entonces mas poderoso.

Ya os dije que deseaba ver dónde llegaba su odio. A la mañana siguiente, cuando ella me dijo: Martin, te vas y me abandonas; no la respondí sino con una mirada de desprecio que acabó de estinguir el amor que me tenia. Desde entonces mi sentencia estaba pronunciada: la leia en la calma terrible que habia reemplazado á las lágrimas y á la desesperacion. Cuando me vió entrar aquella noche, pareció sorprenderse, y me dijo: ¡Tan pronto! Sí, era bien tarde. Fingí un profundo sueño: ella se levantó como la noche anterior é hizo los mismos preparativos. Como yo habia pasado tantas noches en vela, apenas podia resistir al sueño; y sin embargo, un solo instante faltaba acaso para completar la venganza. Por fin, la vi dejar la silla en que se habia sentado: su aspecto tenia un no sé qué de imponente: llevaba en una mano aquella vasija, que exhalaba un olor á plomo derretido, y en la otra un instrumento de barro que terminaba en un cañoncillo estrecho. Entonces comprendí su idea: se me erizaron los cabellos; me arrojé de la cama, la cogí las manos, y bien pronto la sala se llenó de gente que acudió á mis gritos. Ella estaba inmóbil como una estatua; pero estatua que arrojaba fuego por los ojos.

Seis testigos irrecusables probaron su crímen, y fueron las seis cabezas donde se halló el plomo que habia introducido por el oido; y cuando los jueces la preguntaron qué motivo la habia escitado á cometer tal maldad, respondió con la mayor serenidad: Esos me engañaron y yo los aborrecí; pero tú, infame, me has vendido y te desprecio.

A pocos dias un gentío inmenso rodeaba la hoguera en que dejó de existir Aliza: todos aplaudian la sentencia: yo solo derramaba lágrimas de rabia y de remordimientos. No me aparté de aquel lugar hasta que la última chispa salió de aquel monton de cenizas; entonces partí, y llevo arrastrando mi penosa existencia sin objeto y sin esperanza de felicidad alguna.



(Valle de Basalva en Guipúzcoa.)

Causas de nuestros errores.—Medios de remediarlos.

El *error* tiene lugar cuando la fuerza activa que tiende á conocer, no puede vencer la fuerza de inercia que las dificultades le oponen. Esta derrota de nuestras facultades puede referirse á cuatro causas generales: 1.ª su impotencia natural; 2.ª su imperfecta educacion; 3.ª el mal empleo que de ellas hacemos; 4.ª el desórden en su ejercicio causado por influencias estrañas

1.ª La *impotencia natural* existe en la *especie* y en el *individuo*. *En general*, nuestros sentidos no son susceptibles de percibir sino dentro de ciertos límites y mediante ciertas condiciones: todo hecho realizado á una distancia muy considerable, todo objeto que presenta proporciones muy grandes ó muy pequeñas, escapa naturalmente á

su accion; del mismo modo ciertos problemas intelectuales, aquellos especialmente que son relativos á las causas primeras, son casi siempre irresolubles para nuestra inteligencia. En una palabra, nuestra facultad de conocer no puede ejercerse mas que en la esfera de lo humano, y tan pronto como trata de penetrar en la esfera sobrehumana que le está vedada, cae inevitablemente en el error. *Individualmente*, todo hombre no posee por completo la organizacion propia de la especie; hay hombres privados de un sentido, tal como el oido, etc., ó de una facultad, como la imaginacion, ó en los que los medios de conocer, sin ser enteramente nulos, no tienen mas que una mediana fuerza, como la vista en los miopes: ¿qué sucederá, pues, si se atreven á juzgar mas allá del círculo trazado por su percepcion? Fáciles son de conocer los innumerables errores que deberán cometer el ciego fallando sobre colores, el sordo apreciando los sonidos, y por analogía, en los que incurrirá el geómetra criticando las obras del arte, ó el artista discutiendo sobre teoremas geométricos.

2.ª *La educacion imperfecta.* Solo la cultura puede desarrollar las facultades en toda su plenitud; á la manera que la gimnástica aumenta la fuerza y la agilidad de los miembros, asi el razonamiento y la observacion hacen el juicio mas penetrante y mas seguro. Aquellos, pues, que ni han estudiado ni han meditado, están espuestos á engañarse frecuentemente, hasta encerrándose en las mas vulgares preocupaciones, y condenados á engañarse siempre cuando quieren hacer una escursion en el terreno de la ciencia. La inercia y la ignorancia son abundantes fuentes de errores.

3.ª *El mal empleo de las facultades.* Una facultad que la naturaleza ha creado fuerte y que la educacion ha desarrollado completamente, se estravia, sin embargo, por no ejercerse con las convenientes condiciones. La mejor vista no puede percibir, sino confusamente, en las tinieblas, y la mas perspicaz inteligencia tampoco puede juzgar bien si no se rodea de todas las noticias útiles, de todos los auxilios indispensables para el conocimiento, y si en fin no concentra su atencion con una paciente energía.

4.ª *Las influencias estrañas* que mas descarrian nuestro juicio son: el *interés*, que todo lo réfiere á un mismo punto de vista y que conduce á una engañosa unidad, la diversidad que en todas las cosas existe; pues lo verdadero para el egoista es todo lo que puede serle provechoso, y lo falso todo lo que le puede ser perjudicial; las *pasiones* que producen una especie de delirio y suspenden el ejercicio de la razon. Puede decirse de la cólera lo que los antiguos decian de la embriaguez, que *es una corta locura*: debe añadirse que nuestro juicio no ofrece garantías desde que prestamos oido al sentimiento de las simpatías ó de las antipatías; las *preocupaciones*, es decir, las opiniones formadas con anterioridad á todo exámen, que son tanto mas obstinadas cuanto menos fundamento tienen; en fin, preciso es señalar como las dos causas que mas errores engendran, el *orgullo*, que nos hace despreciar sistemáticamente el auxilio de otras inteligencias, y la *credulidad*, que nos hace aceptar las afirmaciones de cualquiera sin distincion.

Los errores de impotencia nada los evita mas que la modestia, que nos suministra la verdadera medida de nuestras fuerzas.

Contra los demás errores designados, la religion, la moral y la educacion proporcionan poderosos preservativos. En cuanto á las que proceden particularmente de la credulidad, es preciso oponerles la duda metódica de Descartes, que rechazando las creencias supersticiosas, se fija con respeto ante un pequeño número de verdades inatacables.

ANÉCDOTA.

Reinando en España el buen emperador D. Carlos V., vino de Portugal un embajador que traia una numerosa caterva de agregados, dependientes y criados, que en todos sumarian unos cuarenta. Luego que S. M. C. vió al representante portugués con tan gran escolta, le preguntó sonriéndose:

—Hombre, ¿vienes á conquistar mis reinos?

—Náo senhor (contestó el portugués), porque se en viera á conquistar o vosso reino, en trouxera muita menos gente.

Está pues demostrado que nuestros vecinos de allende el Guadiana no son tan fanfarrones como se les supone.

LAS DOS ROSAS.

Mas risueña y lozana
que hermosa jóven que en los quince frisa,
rompió el boton y perfumó la brisa
una rosa temprana
en el primer albor de la mañana.
Y viéndose tan bella,
despues de contemplarse vanidosa
en el cristal sereno de una fuente,
dijo á otra pobre rosa
que estaba junto á ella,
respirando el ambiente,
aunque mustia y menguada
por los tardios hielos arrugada:
—«¿Qué haces aquí, mezquina?
¿No te abochornas de ocupar un trono
reservado á mi gracia peregrina?»
—«Ni orgullo ni vergüenza,
contestó la aludida en flébil tono,
siento al vivir en mi nativo suelo;
solo sí hallo consuelo
en saber con certeza,
que la falta de galas y hermosura
con que á tí te dotó naturaleza,
hará que muera sosegada y pura
donde mismo nací, por mi ventura.»
—«Pequeña es tu ambicion, flor miserable...»
—«Pero es segura y de virtud dechado.»
—«Y qué, ¿menos estable
será la duracion de mi reinado?»
—«¡Mucho, ay de tí, la vanidad te aqueja!...»
Dijo á la niña flor la flor mas vieja.
Quedó en esto el coloquio interrumpido
por codiciosa abeja,
que con sordo zumbido
y agradable murmullo
lisonjeó á la hermosa:
esta esponjó su virginal capullo,
y en el purpúreo seno penetrando
el insecto, libó la miel sabrosa
y escapóse volando.
Dió la rosa un suspiro lastimero,
que aunque tarde su daño conocia;
oyólo el jardinero,
y al notar la frescura encantadora
de la tierna beldad que asi gemia,
del tallo la cortó con osadia,
para el pecho adornar de su señora.
Entonces una voz tenue y doliente,
que el aura repitió murmuradora,
clamó:—«¡Ay de tí!... ¡Marchita va tu frente!»
Y otra voz mas lejana:
—«¡Con Dios te queda, mi feliz hermana!»

FRANCISCO J. ORELLANA.

LOS ENCANTOS DE UNA VOZ.

SONETO.

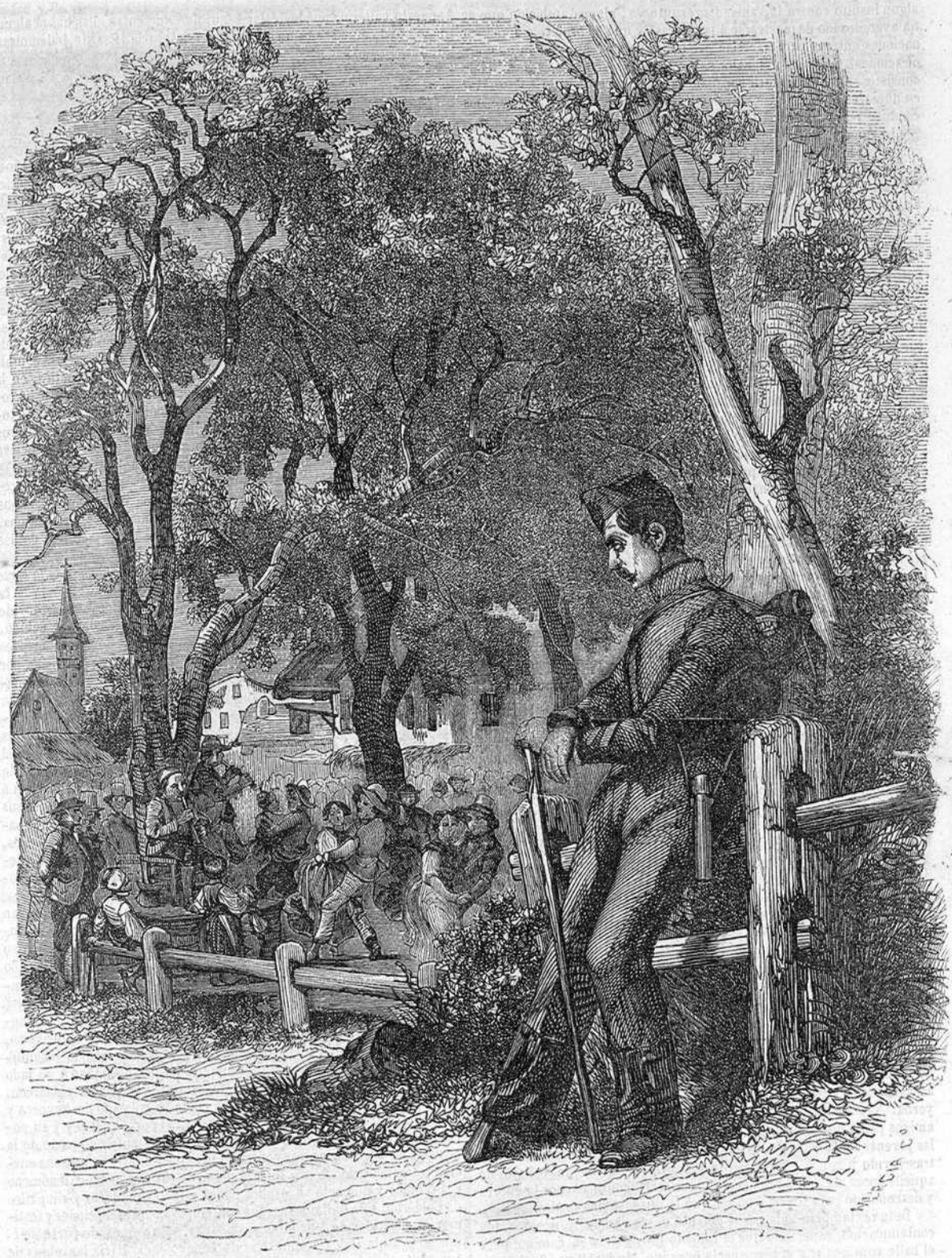
¿Eres tórtola ausente y lastimada
Que exhala en vago arrullo sus amores,
O pájaro de mágicos primores,
Que saluda la cándida alborada?
¿Ó el ruiseñor perdido en la enramada,
Ó cisne de dulcísimos dolores,
Ó el son del aura errante entre las flores,
Ó el arpa por el céfiro halagada?...
No lo acierto, ¡por dios!... Las armonías
Que hasta mi corazon vibra tu aliento,
Y despiertan en él mil fantasías,
No tienen nombre en el humano acento.
¿Y para que?... ¡palabras asaz frias!...
La inspiracion solo habla al sentimiento.

V. GARCÍA ESCOBAR.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 49.

El lechuzo apetece y bebe aceite.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO É ILUSTRACION, A CARGO DE ALMAGRO.



LA PIERNA DE MADERA.

Encontré cierto dia yendo de camino á un soldado de caballería, muy joven aun, que llevaba suspendida de sus hombros la maleta de montar, y al lado izquierdo el correspodiente tubo de hoja de lata destinado para guardar el pasaporte; el suyo debia encerrar mas que una licencia temporal, porque caminaba con trabajo, apoyándose penosamente en una pierna de madera.

Nunca he podido contemplar sin una opresion dolorosa de corazon, esas mutilaciones hechas voluntariamente al hombre por el hombre, las cuales atestiguan mucho menos su valor que su carácter violento. Los aficiondos á la historia pueden señalar las guerras que no hayan podido evitarse con razon y con justicia. ¿No han tenido casi siempre por motivo esos asesinatos organizados, alguna venganza personal,

algun insulto contra la vanidad presuntuosa, alguna ambicion que se ha avergonzado de mostrarse á las claras, y que ha preferido arrastrar naciones enteras para hacerlas partícipes de sus resentimientos ó aspiraciones? Colocando el valor sobre todas las virtudes, y haciéndolo consistir en matar ó morir por mano agena, se ha llegado á despertar en nuestras almas el mas antisocial de todos los instintos, el que nos conduce y nos aficiona á la destruccion del género humano.

La guerra, que no es mas que una caza degenerada, parece que corresponde únicamente á las épocas salvajes, en que el hombre, ignorando todavia las leyes racionales del mundo, sigue brutalmente sus confusas inspiraciones y solo puede hacerse comprender por sus hechos. Entonces mata, así como el niño rompe, para ensayar su fuerza, para dar á conocer su voluntad, ó para calmar su cólera. Pero mas tarde, despues que se han desarrollado los instintos sociales, luego que el hombre ha llegado á conocer las ventajas de las relaciones fraternales entre las naciones, y á conquistar todos los medios que proporciona la civilizacion para hacer triunfar pacíficamente la justicia y la verdad, ¿cómo puede persistir en esos bárbaros deseos de verter sangre? Se tiene por justa y sábia la prohibicion de que los ciudadanos defiendan sus derechos con las armas, porque de semejantes luchas solo resulta el triunfo de la fuerza y nunca el de la equidad. ¡Y qué! Lo que es verdadero para un particular ¿no ha de serlo tambien para cada pueblo, que al cabo no constituye mas que un individuo en la humanidad entera? La ley que se juzga necesaria para la moralidad y la dicha de las sociedades, ¿cesa de serlo para la dicha y la moralidad de la gran sociedad que puebla el mundo? Si la imparcialidad del juez debe decidir únicamente entre los particulares, ¿por qué la fuerza de las armas ha de hacerlo entre las naciones? ¿Se abandonan á la casualidad sus intereses, por lo mismo que son infinitamente mayores?—Pero se dice, ¿cómo hemos de llegar á conseguir esa organizacion pacífica de los pueblos?—El medio seguro es probarles que ella es la que debe afianzar la seguridad general y el reposo y contento de todos; hacerles ver los infortunios consiguientes á esas luchas encarnizadas en que las victorias del vencedor se compran con el luto y el odio de los vencidos; aconsejarles que no añadan á las miserias inevitables de la sucesion de Adan, los voluntarios desastres de la guerra. ¿No tienen los humanos bastantes calamidades con ese largo catálogo de catástrofes naturales, sin que tengan necesidad de llamar en su auxilio al cañon y al sable?

Al paso que me dirigia interiormente esta filípica contra la guerra, no perdia de vista al jóven soldado. Caminaba con firme paso y su pierna de palo resonaba á intervalos iguales sobre las piedras de la vereda. Sus facciones no espresaban esa viva y satisfactoria espansion de la juventud; una sombra austera las cubria, sus mejillas aparecian marchitas, algunas arrugas asomaban en su frente tostada por los rayos del sol, y sus ojos, en torno de los que se dibujaba un cerco negro, revelaban esa melancolía paciente que comunica la desgracia noblemente sufrida.

Llegamos á una aldea, cuyo campanario hacia asomar su flecha por encima de los árboles. De pronto y en un recodo del camino, nos llevó la brisa los sonidos de un oboe, y poco despues llegamos á un escampado que nos dejó presenciar uno de esos bailes campestres animados por la felicidad y la alegría.

Sentados en dos toneles vacios arrojaban los músicos al viento sus agudas notas, al paso que las parejas pasaban y repasaban dando vueltas entre la luz y la sombra que formaban los rayos del sol filtrándose por el ramaje.

El soldado se habia detenido bruscamente. Arrimado á una barrera, la mano izquierda puesta sobre la punta de su palo de camino, entreabierta la derecha, miraba aquella escena con emocion silenciosa. Un mundo entero de recuerdos cruzó sin duda entonces por su mente: acordábase de su pueblo y del tiempo en que dirigia el baile sobre la yerba. Nadie mejor que él sabia llevar el compás; ninguno de sus amigos podia igualarle en ligereza, en animacion, en felicidad... Todas las jóvenes de la comarca le preferian... Desde entonces solo habian trascurrido algunos años; pero ¡qué cambio! El alegre bailarin de aquella época volvia encorvado por el cansancio, mutilado por la guerra y desconocido para todos, á no ser que le quedase una madre.

Detuve tambien mis pasos delante de tan triste y desesperada contemplacion, esperando que el soldado prosiguiese su camino; pero el baile continuaba y él permanecia mirando. Me decidí por fin á pasar de la aldea; pero no bien me acerqué al jóven para tomar la vereda, y sin que el ruido de los pasos de mi caballo le hiciesen levantar la cabeza, examiné furtivamente su rostro, y distinguí en sus hondas mejillas dos lágrimas que las bañaban lentamente.

¡Ah, consuélate, soldado! los placeres de la juventud han concluido para tí; pero Dios te concederá por premio las satisfacciones dulces y serenas de la edad madura. La guerra te ha dejado por fortuna dos brazos vigorosos, que pueden ganar el sustento para una familia honrada. Vuelve, vuelve á tu aldea, y si las jóvenes no reconocen al apuesto bailarin, puedes estar seguro de que entre ellas habrá alguna para cuyo corazon sea un atractivo tu desgracia. Esa te indemnizará de todo lo que has perdido.

TEATRO DE CALDERON.

El nombre de Calderon de la Barca es indudablemente el mas popular de la escena española, y su teatro el repertorio dramático mas conocido entre los de los célebres dramáticos del siglo XVII.

La razon de aquella preferencia está fundada en el indisputable mérito de este eminente autor (sobre el que todo está ya dicho), en su rica imaginacion, en su abundosa vena, en su originalidad y en su cultura.—Menos fecundo que su antecesor, el asombro de su siglo, *Frey Lope de Vega Carpio*, lo fué sin embargo para mantener en vigor durante setenta años la curiosidad y el interés del público con peregrinas composiciones dramáticas, que entre profanas y religiosas se acercan al número de doscientas. Pero lo que cedió á aquel grande ingenio en fecundidad, le llevó de ventaja en la rica é ingeniosa combinacion de sus argumentos, en la admirable entonacion poética, en la eleccion de simpáticos caractéres, y en una cultura, en fin, y seductora gracia en el estilo, que simpatizando con todos los corazones, con todas las imaginaciones del público español, acaban por poner en sus manos la inmarcesible palma del teatro nacional: eleccion instructiva que los dos siglos siguientes han confirmado y aplaudido.

Este ingenio colosal, este eminentísimo poeta, para poder ser apreciado justamente, tuvo tambien la gran fortuna de alcanzar tiempos mas adelantados en buen gusto, un público entusiasta por la escena, un rey y una corte infatigables cultivadores y protectores de las obras del arte.

A estas causas reunidas, y al carácter oficial de *ingenio de la corte* que obtuvo Calderon durante todo el largo reinado de Felipe IV y la minoría de su sucesor, debió sin duda el que los admirables frutos de su talento apareciesen ante el público con todo el esplendor debido, cautivando la atencion de los monarcas y cortesanos, de los inteligentes y del pueblo en general, hasta el estremo de hacerle aparecer por mas de medio siglo (y justamente el período mas fecundo en escelentes autores), el dominador esclusivo de la escena española, el poeta cortesano, el ingenio verdaderamente nacional.—Sus ostentosos dramas, sus magníficas creaciones, que aparecian primeramente en los régios salones del alcázar de Madrid, en los jardines y estanques del Buen-Retiro, y en los teatros de la Zarzuela y del Pardo, despues de obtener el aplauso de aquella corte poética y caballeresca, pasaban á electrizar á la multitud en los corrales de la Cruz y del Príncipe; sus ingeniosas piezas y alegorías religiosas representadas con grande aparato en las plazas públicas, en las fiestas del Corpus ante los reyes, los consejos supremos, las autoridades y el pueblo, convertian á Calderon en un verdadero eco de su siglo, en el cantor de su época, en su Homero, su Píndaro y su Tirteo.

¡Sesenta y mas años de triunfos tan envidiables, de posicion tan sublime, desde que á los trece años de su edad escribió su primera comedia, *El Carro del Cielo*, hasta que á los ochenta cerró él mismo su admirable teatro con la titulada *Hado y Divisa!* ¿Qué otro ingenio pudo jamás lisonjearse de conservar tanto tiempo el trono del arte, las simpatías y el entusiasmo del pueblo?

La modestia no desmedida del gran Calderon igualaba por lo menos á su mérito. Elevado á tan alto puesto por el público entusiasmo, heredero del escénico del gran Lope de Vega, y descollando magníficamente en una corte y en unos tiempos en que se alzaban á su lado hombres como Quevedo y Góngora, Moreto y Tirso, Rojas y Alarcon; especial favorito poético del monarca poeta, y colmado de honores y distinciones (aunque en su esfera eclesiástica) por aquel rey y su gobierno, fácil es de suponer los tiros que habia de sufrir de parte de la envidia, las esechanzas que contra su ingenio y contra su persona suscitaria tan merecido favor. Pues á pesar de esto, y por un fenómeno acaso único y que solo se esplica por el carácter modesto y simpático de Calderon, solo hallamos en sus contemporáneos escepciones y testimonios repetidos de encomio y alabanza, solo vemos de parte de él mismo gratulaciones y muestras de benevolencia hácia las obras de sus contemporáneos y amigos.

Y es que Calderon, además de ser insigne poeta, de su ingenio colosal, era uno de aquellos tipos caballerescos y simpáticos que él solia pintar en sus comedias. Buen patriota, cumplido caballero, militar esforzado cuando jóven, pagó con su sangre el tributo de lealtad á su patria y á su rey; y su corazon tierno y apasionado rindió un culto respetuoso en su altar á la hermosura; cultivador de la virtud á par que de la ciencia, no consintió jamás en ninguna de sus obras el menor desacato contra la moralidad y la creencia: venerable sacerdote despues, la mitad de su vida quedó consignada como un modelo de

piedad y de virtud religiosa; y aunque sublimado por sus altos merecimientos á las distinciones y puestos de caballero del hábito de Santiago, capellan de honor de Palacio y de los Reyes Nuevos de Toledo, su mansedumbre, su apreciable condicion y nobles modales, no se desmintieron jamás, tratando como superiores sin baja adulacion ni servidumbre al monarca y á los magnates de la corte, como iguales á los célebres autores de su época, á los sacerdotes de la venerable congregacion de Naturales de Madrid, y á los pobres á quienes socorria y servia en su santo hospital.

Una prueba material de esta sublime abnegacion, de esta modesta virtud y condicion de Calderon de la Barca, existe aun en el mismo pueblo de Madrid, que se gloria de haberle visto nacer en 17 de enero de 1600; y aprovechamos la ocasion de consignarla aquí, para que conste, á pesar de no ser nuestro objeto escribir una noticia biográfica de Calderon. Este símbolo material de la modestia de aquel grande hombre es la casa en que vivió durante algunos años, y en la cual falleció el dia 25 de mayo de 1681.—Es la que en la calle de las Platerías (hoy calle Mayor), estuvo señalada con el número 4 de la manzana 173, y hoy lo está con el número 95 nuevo. Dicha casita, tan mezquina é impropia para servir de morada á aquel asombro de la corte, no tiene mas que diez y siete piés y medio de fachada, y su superficie total es de 850, con un solo balcon en cada uno de los pisos: en el principal murió Calderon, y aunque revocada y compuesta la fachada, permanece en el mismo estado la distribucion de su planta, su mezquino portal y empinada escalera. Esta casita pertenecia al potronato real de legos que en la capilla de San José de la iglesia parroquial de San Salvador (hoy demolida) fundó doña Inés de Riaño y fué de Andrés de Henao, y sin duda la tuvo en usufructo Calderon á título de descendiente de los fundadores, pues su madre se llamaba doña Ana María de Henao y Riaño, y fué tambien hija de Madrid.

En la misma capilla fué sepultado Calderon, colocándose sobre su sepulcro su retrato y un largo epitafio, á espensas de la venerable congregacion de Presbíteros Naturales de Madrid, á quien dejó por su heredera; y este cuadro ha permanecido hasta 19 de junio de 1840, en que habiendo de demolerse la Iglesia por su estado de ruina, fueron exhumados aquellos restos venerables, y conducidos con gran pompa religiosa y poética al cementerio de la sacramental de San Nicolás, fuera de la puerta de Atocha, donde descansan, y es acaso el único de los poetas de su siglo cuyas cenizas se han salvado tambien.

Pero mayor que todos los monumentos que pudieran erigirle sus contemporáneos y sucesores, fué el servicio que prestó á su gloria su grande amigo D. Juan de Vera Tassis y Villarroel en la publicacion de su *Teatro*, que hizo en 1682 (al siguiente de la muerte de Calderon) y salió á luz en nueve partes ó tomos, no habiéndolo verificado la décima que habia de completarle.

En vida de Calderon su hermano D. José habia emprendido dicha publicacion; pero no la siguió, ni el mismo Calderon quiso hacerla por sí mismo, dando lugar con esta singular indeferencia á que la avidez y el deseo de lucro de los libreros, pudiesen imprimir impunemente sueltas, y en colecciones de varios, todas las comedias representadas de Calderon; pero tan llenas de errores y faltas, que él se negó constantemente á reconocerlas, habiendo negado de paso y con mayor formalidad la paternidad de otras tantas por lo menos que le atribuian falsamente para realzarlas con su nombre tan popular. Por fortuna pocos meses antes de morir escribió una carta á un amigo en que consta el título de las verdaderas y de las falsas, y por testimonio del mismo Calderon está fuera de duda que escribió *ciento y once* hasta aquella fecha. Vera Tassis, su grande amigo y coleccionador, insertó en la parte 6.ª de su *Teatro* un catálogo en que le da 120, ó sean once mas, á saber: *Las cadenas del demonio, Céfalo y Pocris, El condenado de amor, Desengaños de María, Nadie fie su secreto, La exaltacion de la Cruz, El sacrificio de Ifigenia, La señora y la criada, La Sibila del Oriente, La Virgen de Madrid*, y *Las tres justicias en una*; pero en cambio no publicó mas que 108 en las nueve partes que dió á luz, prometiendo para la décima *El acaso y el error, El carro del Cielo, La Celestina, Certámen de amor y celos, El condenado de amor, Desagravios de María, Don Quijote de la Mancha, San Francisco de Borja, El triunfo de la Cruz, La Virgen de la Almudena (1.ª y 2.ª parte), La Virgen de los Remedios*, y *La Virgen de Madrid*.

Todas las reimpresiones de Calderon hechas posteriormente han sido reproduccion de la coleccion de Vera Tassis, cuya parte novena salió en 1691.—En 1723 se reimprimieron las nueve partes por la viuda de Blas de Villanueva: y D. Juan Fernandez Apostes la publicó de nuevo en doce tomos desde 1760 á 1763.—Colecciones escogidas de comedias de Calderon se han publicado varias en España; la de don Vicente García de la Puerta á fines del siglo pasado; la de los señores Duran y García Suelto en 1826; tambien se emprendió una completa en la Habana en 1840, por el editor Oliva; pero no llegaron á publicarse mas que dos tomos. Los autos sacramentales que escribió Calderon para representarse en las fiestas del Corpus, y cuyos manuscritos se conservaban en el archivo de la villa de Madrid, á quien los dejó en manda, fueron cedidos por esta en 31 de mayo de 1717, y por la cantidad de diez y seis mil reales, á D. Pedro de Paula y Mier, quien hizo la publicacion de ellos en tres volúmenes, que comprenden 72 con sus correspondientes loas. Era una mala vergüenza que la mejor edicion de Calderon fuese la que publicó en Leypsik en 1830, en cuatro grandes volúmenes, el distinguido literato don Juan Jorge Keil; pero en fin, en este mismo año ha quedado reparada esta enorme falta con la publicacion completa, metódica y renovada de las comedias del gran Calderon, hecha en cuatro tomos de la *Biblioteca de autores Españoles*, y dirigida con una admirable erudicion, celo y conciencia, por nuestro buen amigo don D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

R DE M. R.

INDICE ALFABETICO

DE LAS COMEDIAS VERDADERAS DE CALDERON.

Acaso (el) y el error.
Afectos de odio y amor.
Agradecer y no amar.
Alcalde (el) de Zalamea.
Amado y aborrecido.
Alcaide (el) de sí mismo.
Amar despues de la muerte.
Amor, honor y poder.
Amigo, amante y leal.
Antes que todo es mi dama.
Apolo y Climene.
Argenis y Poliarco.
Armas (las) de la hermosura.
A secreto agravio secreta venganza.
Astrólogo (el) fingido.
Aurora (la) en Copacavana.
Auristela y Lisidante.
Banda (la) y la flor.
Basta callar.
Bien vengas mal si bienes solo.
Cabellos (los) de Absalon.
Cadenas (las) del demonio.
Cada uno es linaje aparte.
Carro (el) del cielo.
Casa con dos puertas.
Castillo (el) de Lindabridis
Certámen de amor y celos.
Celestina (la).
Cisma (la) de Inglaterra.
Conde (el) Lucanor
Con quien vengo, vengo.
Condenado (el) de amor.
Dama (la) duende.
Darlo todo y no dar nada.
Dar tiempo al tiempo.
Desagravios (los) de María.
Desdicha (la) de la voz.
De una causa dos efectos.
Devocion (la) de la Cruz.
Dicha y desdicha del nombre.
Don Quijote de la Mancha.
Dos (los) amantes del cielo.
Duelos de amor y lealtad.
Eco y Narciso.
Encanto (el) sin encanto.
En esta vida todo es verdad y todo mentira.
Empeños (los) de un acaso.
Escondido (el) y la tapada.
Estatua (la) de Prometeo.
Exaltacion (la) de la Cruz.
Fiera (la) el rayo y la piedra.
Fieras afemina amor.
Fineza contra fineza.
Fortuna de Andrómeda y Perseo.
Fuego de Dios en el querer bien.
Galan (el) fantasma.
Golfo (el) de las Sirenas.
Gran Cenobia (la).
Gran (el) príncipe de Fez
Guardate del agua mansa.
Gustos y disgustos son no mas que imaginacion.
Hado y Divisa.
Hija (la) del aire.
Hijo (el) de Gaeta.

Hombre pobre todo es trazas.
Jardin (el) de Falerina.
José (el) de las mugeres.
Judas Macabeo.
Lances de amor y fortuna.
Laurel (el) de Apolo.
Luis Perez el gallego.
Maestro (el) de danzar.
Mágico (el) prodigioso.
Manos blancas no ofenden.
Mañana será otro dia.
Mañanas de Abril y Mayo.
Mayor monstruo (el) los celos.
Mayor (el) encanto amor.
Mejor está que estaba.
Médico (el) de su honra.
Monstruo (el) de los jardines.
Mudanza de la fortuna.
Mujer, llora y vencerás.
Nadie fie su secreto.
Ni amor se libra de amar.
Niña (la) de Gomez Arias.
No hay burlas con el amor.
No hay cosa como callar.
No siempre lo peor es cierto.
Nuestra Señora de los Remedios.
Para vencer amor querer vencerle.
Peor está que estaba.
Pintor (el) de su deshonra.
Postrer (el) duelo de España.
Príncipe (el) constante.
Primero soy yo.
Puente (la) de Mantible.
Purgatorio (el) de Patricio.
Púrpura (la) de la rosa.
¿Cual es mayor perfeccion?
Saber del mal y del bien.
Sacrificio (el) de Ifigenia.
San Francisco de Borja.
Secreto (el) á voces.
Segundo (el) Escipion.
Señora (la) y la criada.
Sibila (la) del Oriente.
Sitio (el) de Bredá.
Tambien hay duelo en las damas.
Tres (los) mayores prodigios.
Tres (los) afectos de amor.
Tres (las) justicias en una.
Triunfo (el) de la Cruz.
Un castigo en tres venganzas.
Zéfalo y Pocris.
Zelos aun del aire matan.



Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia.



Libusa, reina de Bohemia.

JORGE DE PODIEBRAD, REY DE BOHEMIA.

Esta estatua es sumamente notable por mas de un título: la espresion de su rostro, la nobleza de sus facciones, la majestad que revelan hasta las partes mas accesorias, honran al artista que la ha ejecutado.

LIBUSA, REINA DE BOHEMIA.

Esta reina fué hija de Krok y nieta de Samo, uno de los mas ilustres guerreros de Bohemia. Despues de la muerte de su esposo, Libusa, que era bella, inteligente y animosa, se puso al frente del gobierno, reinó durante mucho tiempo, y todavía respeta y ama el pueblo su memoria.

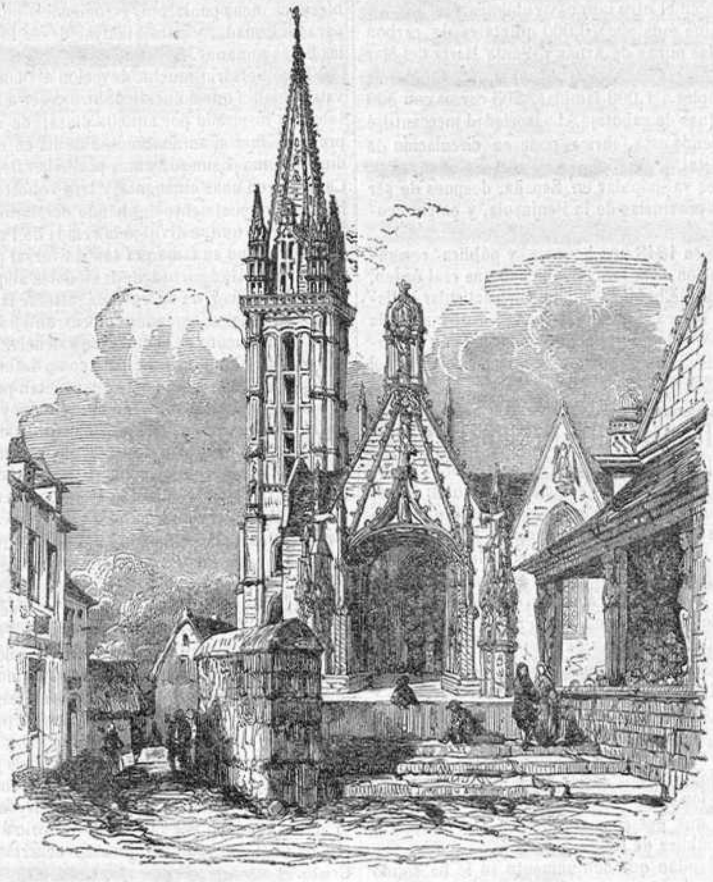
Esta estatua da una idea justa de la muger que representa.

LA FABRICA DE SARGADELOS.

La lámina estampada en la página 254 del presente tomo del Semanario Pintoresco, representa este magnífico establecimiento de fundicion, que ha empezado en 1749 por una herrería con su martinete, destruida por medio de un incendio deliberado. Por real cédula de 5 de febrero de 1791, se ha construido una fábrica de fundicion de hierro, la cual correspondió cumplidamente, en el corto plazo de cinco años, á la contrata de municiones de guerra, establecida entre el gobierno de Cárlos IV y el señor *Ibañez*, propietario de esta casa fabril. Desde la mencionada época, la fábrica de Sargadelos fué la abastecedora de los proyectiles empleados en las campañas nacionales desde la guerra de la Independencia, en cuyo período cargó cuarenta buques de trasporte, hasta la última lucha civil y la seguridad de nuestros remotos dominios del Asia en 1843.

El primer horno alto que se ha construido en Galicia perteneció á esta fábrica, así como otro de reverbero para la fundicion de los cañones, y de calcinacion para los minerales férreos. El acopio de combustible vegetal hizo necesaria la adquisicion de montes poblados de árboles, y la estension de los trabajos empleados en las constantes elaboraciones de esta fábrica, originó la construccion de grandes y espaciosos talleres y de casas destinadas á los numerosos operarios del establecimiento. Se improvisó un pueblo en medio de las quebradas montañas del territorio: las casas formaron calles, y las proporciones colosales de la fábrica ensancharon la línea de las construcciones subalternas. Las familias reunidas para el trabajo necesitaban un santuario: las personas que concurrian á la esportacion de los productos elaborados, exigian un cómodo hospedaje: en la fábrica de Sargadelos se construyó tambien una capilla y un meson.

El gobierno por su parte cooperó al pensamiento elevado del dueño de la fábrica, y á la inteligente direccion del ingeniero aleman, capitan español de artillería, señor Aister: sucedieron por su órden los trabajos de los operarios pertenecientes á las fábricas de Orbaneta y la Cabada,



(Iglesia de Fortet.—Francia.)

antes de alcanzar los privilegios de cubrir plaza de soldados los que no pudiesen ser reemplazados en el establecimiento. Se les concedió participacion esclusiva en las minas terrosas y de piedra refractaria dentro del rádio de mas de una legua, proteccion marítima y el fuero militar.

En 1804 tuvo lugar la creacion de una fábrica de loza en este establecimiento de fundicion, mejorado en 1816 con un horno alto y carbonera.

Desde 1841 la fábrica de Sargadelos pertenece en arriendo á una sociedad mercantil, bajo la razon social de *Luis de la Riva y Compañía*, compuesta de inteligentes y activos capitalistas que han generalizado sus productos por medio de los adelantos de la época, compitiendo con las mas acreditadas del estranjero. La actividad y el crédito aumentan la importancia del numerario: con crédito y actividad, la nueva compañía de esta fábrica de fundicion y loza, ha conseguido acreditar sus productos en los mercados peninsulares. En la elaboracion de la loza no solo restauró lo antiguo, sino que construyó de nuevo, fabricando un horno de bizcocho y dos de barniz, dos para desecar los aceites del estampado, mas de treinta estufas para secar la obra hecha, molinos de cuarzo, yeso y barniz, nueve almacenes, el taller de carpintería, la oficina del estampado y ocho prensas movidas por me-

dio del gas. En la fundicion de hierro construyó tres carboneras, una de las que contiene cerca de 58,000 arrobas de combustible vegetal; sustituyó á las ruedas hidráulicas de madera otras de hierro, una máquina de vapor con su caldera destinada á dar viento á dos cubilotes á la Mikilson y un magnífico torno de patente, de rosca espiral oriental y diez y ocho piés de longitud, con sus ruedas dentadas para diversas aplicaciones. Otras mejoras de no menor importancia se han llevado á cabo en este establecimiento, y se ha procurado embellecer sus prolongadas líneas con dos casas nuevas, á las que proporciona una grata y pintoresca visualidad la huerta de la vivienda perteneciente á los propietarios de la fábrica, donde los frutales en espaller y los cenadores decorados con gusto sostienen la armonía de la naturaleza al lado de las construcciones del arte y de las humosas bocanadas de la industria.

Antes de terminar esta sucinta reseña del mas acreditado establecimiento industrial de Galicia, presentaremos una rápida ojeada de sus productos y consumos, segun los datos consignados por su infatigable administracion.

En la fundicion de hierro, empleando únicamente un horno alto, se elaboran cerca de 30,000 quintales de hierro con carbon vegetal, en cocinas económicas, balcones, tubos caloríferos, molinetes para barcos, ruedas hidráulicas, baterías de cocina, municiones de guerra y los proverbiales *potes*—ollas de hierro á semejanza de las usadas en Francia, Bélgica y otras naciones del continente—que han servido para las caricaturas empleadas en menoscabo de nuestros hábitos provinciales.

Los productos de la fábrica de loza ascienden á 104 hornadas y 200,000 ladrillos refractarios.

La fábrica de fundicion consume anualmente 50,000 quintales de carbon mineral, 20,000 del vegetal, 6,000 de castina y 60,000 de carbon fósil ó mineral empleado en el otro horno y cubilotes.

La fábrica de loza consume cada año 70,000 quintales de carbon de piedra pertenecientes á las minas de Arnas y Santa María del Mar en Asturias.

Este establecimiento emplea á 1,000 familias, 205 carros con 300 parejas de bueyes, y 22 buques de cabotaje. La sociedad mercantil é industrial que tiene en arriendo esta fábrica pone en circulacion de cinco á seis millones de capital.

La loza de Sargadelos es ya popular en España, despues de ser generalizada en las diversas provincias de la Península, y en particular en las del mediodía.

La empresa ha merecido en 1848 una honrosa y pública recompensa de la escogida elaboracion de la loza, recibiendo una real órden, en la cual S. M. manifestaba que habia recibido con particular satisfaccion las dos vajillas, una blanca y otra estampada, dirijidas por la sociedad *La Riva y Compañía*, como un presente de las artes y un homenaje de la industria de Galicia á la augusta heredera de doña Isabel la Católica.

APUNTES HISTORICOS SOBRE Q. SERTORIO.

Los bandos y guerras civiles de Roma entre Mario y Sila, hombres tan poderosos y turbulentos que no cabian juntos en un reino, ni aun en el mundo entero, pues todo se alborotó por su respeto, alcanzaron, por desgracia, á nuestra España con la venida á la misma del valeroso capitan Q. Sertorio, quien despues de haber militado bajo las banderas de Escipion en las guerras de Numancia, y de haber sido tribuno del ejército del cónsul Decio, se fué á Roma, en donde abiertamente siguió la parcialidad de Mario y Cinna contra Sila, habiendo tenido en aquellas guerras civiles, en las cuales le sacaron un ojo, honrosos cargos y oficios.

Muertos Mario y Cinna, quedó Sertorio, enemigo capital de Sila, y por consiguiente conoció que su persona corria no poco riesgo. Para asegurar esta de todo peligro, se vino á España, desde donde pasó á Africa, de allí á Ibiza y al estrecho de Gibraltar, y posteriormente á las islas Canarias, regresando luego por Africa a España, llamado por los portugueses, al frente de los cuales emprendió y llevó á cabo operaciones tan bien acertadas, que pusieron mas de una vez en aprieto y cuidados inmensos á la república de Roma.

Fué Sertorio tan gran capitan que comunmente se le ha solido comparar con el rey Filipo, padre de Alejandro, con el rey Antígono, padre de Demetrio, con Annibal Cartaginés, con Viriato Portugués, y con Tarif Africano, que fueron insignes capitanes, y muy parecidos en todo, hasta en la grandeza de sus ánimos y condiciones, y en haber perdido tambien un ojo por desastre.

Tampoco se dejó llevar jamás Sertorio de deleite ni de miedo fortísimo. Se asegura que mostró un gran corazon en las adversidades, que fué modesto en los sucesos prósperos, y tan constante y atrevido en los casos repentinos y apurados, que aventajó á los demás de su tiempo: añadiéndose que en ardides y astucias militares fué igualmente profundísimo: en remunerar, largo; y en castigar, manso y clemente.

Luego que volvió de Africa puso su asiento en la Lusitania, y en Ebora su casa y córte; y conocidos su valor y arrojo estraordinarios por los lusitanos, le rogaron tomara el mando y señorío de ellos, librando en su esperimentado valor y prudencia suma, las esperanzas de sacudir pronto y para siempre el pesado yugo de los romanos, sin que saliesen fallidos sus cálculos, porque desde luego empezó á manejar las armas, y en breves dias venció y desbarató á algunos ejércitos romanos.

Prosiguió su próspera fortuna arrollando enemigos y conquistando poblaciones principales, de tal forma, que muchas se le entregaron luego voluntaria y espontáneamente.

Se hizo dueño de las voluntades de todos, así romanos como españoles: á estos con liberalidades y franquezas, á aquellos con honrosos cargos en el nuevo senado que formó, y porque dió á unos y otros el mando universal de la república romana, diciendo ser esta la verdadera, y el citado senado el legítimo, y el de Roma falso y tiránico.

Sabido el caso en Roma despacharon contra Sertorio al cónsul Q. Cecilio Metelo Pio, á quien puso aquel en tal aprieto que hubo de enviarle desde Narbona el cónsul Lucio Lelio, un ejército de romanos y narboneses en socorro suyo; y aun dice Plutarco, que el mismo Lelio vino tambien, y posteriormente Pompeyo el Grande, advirtiendo, que antes que llegase el último, tuvo Sertorio con Metelo reñidos encuentros, en términos que le desbarató y echó de la Lusitania, y aun de toda la España ulterior, y le obligó á irse al reino de Valencia, y á guarecerse y fortificarse en Sagunto, en donde le llegó el socorro de Narbona; pero habiéndolo sabido Sertorio se pasó, como un rayo, á la España citerior, y pareciéndole que para sus planes, así de mar como de tierra, no habia puesto mas á propósito que el de Denia (1), se estableció en dicha poblacion, escogiéndola por plaza de armas, por puerto para su armada, y para atalayar desde lo alto del monte Mongó (2), las flotas romanas.

Tuvo Sertorio mucha devocion á Diana, y por medio de una cervatilla blanca que domesticó, hizo creer á los suyos que cuanto ejecutaba era inspirado por aquella diosa; de suerte que su popularidad y prestigio fueron aumentándose de dia en dia, de un modo tan estraordinario como pasmoso, y mas por haber llegado á la sazon Perpenna de Cerdeña con unas cincuenta y tres cohortes para juntarse con él, por haber sido igualmente del bando de Mario.

Al punto que se divulgó la venida de Pompeyo y que ya pasaba los Pirineos, como su fama era tan universal por sus heróicas hazañas en tiempo de Sila, á virtud de las cuales adquirió el nombre de Magno, pudo solo la voz de su entrada alterar las cosas de Sertorio de manera, que muchas ciudades empezaron á apartarse de su amistad, quedándo únicamente en el reino de Valencia, esta poblacion, Denia y Pallancia, con algunas otras; pero como Lauro, que ahora es Llauri, no Liria, se singularizase en rebelarse, tan pronto como lo supo Sertorio la puso apretado cerco; y aunque Pompeyo acudió con presteza á su socorro, fué en vano, porque de resultas del arrojo y ardides que empleó el sitiador, quedó desbaratado y vencido aquel, con pérdida de diez mil de los suyos, incluso Decio Lelio, legado de Pompeyo, su tienda y bagajes. Rehízose este, y volviendo á proteger á Lauro, se colocó de manera que parecia poner cerco á los reales de Sertorio, sitiándole entre la poblacion y el campo á fin de que empeñando la batalla, saliesen los de Lauro á cerrar por la espalda con los Sertorianos.

Penetró Sertorio la estratagema y el engaño, y así con prudente y pronta diligencia se mejoró de puesto, de suerte que no solo escusó el inminente peligro que le amenazaba, sino que obligó á Pompeyo á mudar de intentos y á permanecer solo á la defensiva.

Sertorio entonces aprovechando los momentos, atacó á Lauro de manera que viéndose sus habitantes sin esperanza de ser socorridos, se rindieron al sitiador sin condiciones; pero como Sertorio era tan clemente y benigno, les perdonó la vida y los dejó salir con algunas ropas y enseres, incendiando en seguida la poblacion.

Pompeyo se asombró de tan impensado y terrible incendio, de tal forma que al punto se desalojó de allí y no paró hasta los Pirineos, yéndose, tambien por tal causa, Sertorio á pasar el invierno á la Lusitania. Esta memorable jornada ocurrió por los años 77 antes de Cristo.

El verano siguiente volvió Sertorio á salir á campaña desde Denia, poniendo sus reales en las riberas del Júcar, cerca de Cullera. Volvió igualmente Pompeyo á buscarle, acompañado de bastantes españoles y de Q. Fabio, con muchos saguntinos, con lo cual se juzgó tan superior á su enemigo, que sin querer esperar á Metelo, se acercó cuanto pudo á él y le presentó la batalla á las inmediaciones de Cullera, cuya batalla no aceptó Sertorio hasta la tarde, y empezándo los choques y las escaramuzas entre ambos ejércitos, se trabó la pelea mas apretada

(1) Véase nuestro artículo sobre esta ciudad, inserto en el número 19 del Semanario, correspondiente al 7 de mayo de 1848.

(2) Véase nuestro artículo, sobre este notable monte, inserto en el número 48 del Semanario, correspondiente al 26 de noviembre de 1848.

y cruel que se vió en España, y que fué seguida de una terrible tempestad, sin que ni esta ni el estrago de las armas fuesen bastantes para que aquellos se apartasen de la citada pelea, sino que antes por el contrario contribuyeron á que se atacasen con mayor zaña y con un valor que rayaba en temeridad.

La suerte protegió y favoreció á Sertorio, porque desbarató y venció á Pompeyo, quien despues de haber perdido mas de diez mil hombres, la mayor parte muertos, tuvo que huir á pié y herido en un muslo, retirándose y atrincherándose con los restos de su ejército á la falda del monte de Corvera, desde donde pudo atalayar los reales de Sertorio, descuidados y sin órden por ir su gente desbandada y sin recelo, por cuyo motivo se propuso no desperdiciar tan buena coyuntura, y asi bajando inopinadamente cerró de improviso con aquellos, y saqueados que fueron, se retiró y pasó á toda prisa á la otra parte del Júcar, no parando hasta que se alojó en las riberas del Turia.

Sertorio levantó el campo, yendo sin parar en busca de Pompeyo, y habiéndole alcanzado en los lados de Sagunto, se dieron la batalla de poder á poder, peleando entrambos con igualdad de próspera y adversa fortuna, porque el primero venció al segundo matándole seis mil hombres, y entre ellos á Memmio, su hermano político, y Metelo venció á Perpenna, matándole tambien cinco mil hombres. Sertorio hirió de una lanzada á Metelo, y luego él se vió en tanto aprieto cercado de sus enemigos, que á no ser por el estraordinario valor y arrojo desesperado de los celtíberos que guardaban su persona, y que por ello perdieron muchos sus vidas, él quedará aquel dia sin ella, en cuya ocasion cobrando brios Pompeyo se echó de repente sobre Valencia y la ganó.

Encastillóse Sertorio en Pallancia, hoy Valencia la vieja, y luego Pompeyo le cercó; pero como tuviese aviso de que sus capitanes le habian reunido mucha gente y que estaba reparado y engrosado con ella su ejército, se salió de secreto, y al frente de este, fué en socorro de Pallancia, cuya poblacion, por haber desalojado á su enemigo, quedó descercada y libre.

Tambien dispuso por este tiempo que su armada saliese del puerto de Denia, y que recorriendo la costa talase y destruyese, segun lo realizó, cuanto pudiese alcanzar de sus contrarios, mientras él por tierra se dió tanta prisa en perseguirá estos, que no paró hasta echarlos del Reino, yéndose Metelo á invernar á Francia, y Pompeyo al país de los vácceos, en cuya ocasion volvio Sertorio á recobrar á Valencia.

Habiendo cundido y héchose públicas en Roma las reiteradas victorias de Sertorio, temeroso el senado de un nuevo y mayor desastre, ofreció cien talentos de plata y doscientas yugadas de tierra á quien le matase, cuya oferta publicada por bando, hizo que de allí adelante fiase poco de los romanos que se hallaban á su servicio, por lo cual le dejaron muchos, y aun se pasaron los mas á Metelo, yendo desde este punto sus cosas de mal en peor tan aprisa, que en menos de dos años le abandonaron la mayor parte de las poblaciones que hasta entonces habian seguido su voz, y aunque todavia sostuvo algunos encuentros con sus enemigos, por fin, le echaron de la Celtiberia, y se vió precisado á retirarse á su plaza de armas de Denia.

Por este tiempo su mayor amigo Perpenna, movido de una ambicion sin límites, y dando lugar en su pecho á una traicion incalificable de puro infame, empezó á conjurarse contra Sertorio por un medio tan indigno como fué el de maquistarle con los pueblos que aun le eran adictos, mandando en su nombre y por supuesto sin saberlo él, cosas injustas y tiránicas, y ejecutando para su cumplimiento rigurosos y atroces castigos: de forma que reinaba un disgusto estraordinario, y los mas anhelaban la ruina y la perdicion del que hasta entonces habian idolatrado con frenesí pasmoso.

Por desgracia Sertorio, siguiendo los falsos consejos de Perpenna, en quien aun tenia depositada toda su confianza, empezó á trocar de condicion, mostrándose de allí adelante tan rígido y cruel con los españoles, que hizo degollar en Huesca á los hijos de los principales de aquellos que se hallaban estudiando, con lo cual se acabaron de exasperar los ánimos; y pareciéndole al traidor Perpenna y á sus cómplices ser ya la ocasion muy propicia, aceleraron la ejecucion de sus planes, habiendo contribuido tambien á ello el aviso que dió Publio Aufidio, uno de los conjurados, de que se iban haciendo públicos aquellos.

Para que los citados planes no se malograsen, dispusieron que un fingido mensajero llevase las nuevas á Sertorio de haber ganado los suyos una gran batalla en las Andalucías, siendo así que en realidad de verdad, la habian perdido.

Alegróse mucho Sertorio con tal noticia, y despues de haber ofrecido solemnes sacrificios á la diosa Diana, en su famosísimo templo de Denia (1), dió un convite á Perpenna y á otros de los que suponia eran sus amigos, en cuyo convite anduvo el primero tan descompuesto y libre de palabras y acciones, á fin de exasperar á aquel, que presumiendo y recelando ya sus intentos, procuró disimular echándose de pechos sobre la mesa y aparentando que dormia, con el objeto de que se marchasen, en cuyo entonces Perpenna dejó caer al suelo un vaso de vidrio, que era la señal convenida. Antonio sacó un puñal y con él le causó algunas heridas, y acudiendo y secundando con presteza Aufidio, Manlio y los demás conjurados le acabaron de matar, triunfando así de un capitan que, cual otro Annibal, hizo temblar á la reina de mundo, y venció á sus mas afamados guerreros, entre ellos á Metelo y Pompeyo el Grande.

Que la desastrosa muerte de Sertorio ocurrió en Denia y no en Valencia, Huesca ó Tarragona, como se esfuerzan en asegurarlo Beuter, Escolano y otros, es un hecho notorio y casi incuestionable, sin embargo de las lápidas que existen en aquella capital y en Ebora, pues conformes nosotros con Ambrosio de Morales, creemos que la primera (1) es solo basa de una estatua que Q. Sertorio Abascauto, liberto de Q. Sertorio (2), costeó y dedicó á su amo; y la segunda, si ya no fuese fingida, pudo ser llevada de Denia por los portugueses que seguian su causa y sus banderas, ó bien sola ó con los restos de su jefe, para conservar una y otros mas cerca de sus hogares, y para perpetuar memoria y recuerdo perenne de quien tanto habian amado y respetado en vida.

Desde el asesinato vil y cobarde de Sertorio, no disfrutó Perpenna de la mas mínima tranquilidad, porque fué tal y tan estraordinaria la impresion que causó en todos la noticia de aquel, que al momento empezaron á alborotarse contra el segundo, en tales términos que se vió á pique de ser muerto, y mas cuando abierto el testamento del primero, se halló que le dejaba por heredero suyo.

A los pocos dias llegó Pompeyo en busca de Perpenna, quien salió de Denia con la gente que pudo reunir á fuerza de ruegos y de dádivas y aun quitándo la vida á varios; y empezando la batalla, que fué terrible, á la vista de la poblacion, se declaró al fin la victoria por Pompeyo, y quedando prisionero Perpenna, le hizo degollar sin quererle ver, ni permitir que llegase á su presencia, y entró vencedor en Denia, concluyendo así una guerra notable que duró mas de diez años.

REMIGIO SALOMON.

(1) Véase nuestro artículo sobre este celebérrimo templo, inserto en el número 38 del Semanario, correspondiente al 17 de setiembre de 1848.

AMORES DEL SIGLO XV.

I.

EN QUÉ GUISA UN DONCEL DE AMORES MAL FERIDO INVOCABA Á SU MUSA.

En fabla que non se usa
por mil gayos desvarios,
fagamos, mi doña musa,
una trova de amorios.
Cantemos dueñas garridas
que con apuestos garzones
pasan alegres sus vidas
sin duelos nin desazones.
Que la mi péñola espero
siguiendo humildosa vaya
el arte del hechicero
de trovar en ciencia gaya.
Si tiene aquesta cancion
algun moderno resabio,
decid con el buen Ladron:
«¡Ham, ham, ham, huid que rabio!»
Cá si así mis desvarios
la vuesa merced acusa,
faremos, mi doña musa,
buena trova de amorios.
Sé que sois dueña de bien,
é vuestro poder diviro
trovar me hará coplas cien
si non manca el pergamino.

(1) Esta lápida que citamos como existente en Valencia, que estuvo primero sirviendo de pila del agua bendita de la iglesia Mayor, y que en la actualidad se halla sirviendo igualmente de pedestal á una cruz que hay en el mas de Santo Domingo, en el llano de Cuart, es de mármol basto, y dice así: *Quintus Sertorius. Quinti libertus. Abascautus. sevir augustalis de sua pecunia faciendum curavit idemque dedicabit.*

(2) Q. Sertorio tuvo cuatro libertos, quienes, segun costumbre, tomaron el nombre de su señor, y fueron: Q. Sertorio Abascauto, Q. Sertorio Antero, Q. Sertorio Hermes, los tres griegos, y Q. Sertorio Cápalo.

Cá juro si non son fieles
mis ideas al trovare,
non comer pan á manteles
nin con la reina folgare.
Acudidme, que estoy solo,
la mi dueña mucho amada,
fablad al don rey Apolo
en pro de mí esta vegada.
Que ello servirá en aumento
deste mancebo coitado,
que á cumplir su juramento
verase sino obligado.
E así si de vos no abusa
ayuntemos nuestros brios,
é cantemos, doña musa,
una trova de amoríos.

II.

DE COMO ERATO LA JUGUETONA SE DOLIÓ DE LAS CUITAS DEL MAL FERIDO GALAN Y LE SOPLÓ.

Esto á su musa decia
un gallardo trovador
que á la ventana gemia
de una niña de mi flor.
Saca una guitarra vieja,
benigna Erato le sopla,
y hé aquí que bajo la reja
se declara en esta copla.

III.

LAS MUY SENTIDAS RAZONES QUE EL MAL FERIDO GALAN DIJO Á LA DESDEÑOSA DAMA EN BIEN TROVADAS SEGUIDILLAS.

Discreta doncellica,
garrida dueña,
Catad cómo á amar firme
natura enseña.
De amor en colmo,
Catad cómo se enlaza
la vid al olmo.

Quered, noble fidalga,
la mi señora,
non fagais cruda un tuerto
al que os adora.
Seno de piedra,
mirad cómo se ayuntan
abeto é yedra.

Fincando hinojos pido
mal vuestro grado,
non fagades á un triste
desaguisado.
Membrad, la dueña,
que la natura misma
amor enseña.

Magüer que amante vengo,
vengo morrido,
é de penas de amores
muy mal ferido.
Abrid la reja,
que en poridad contaros
quiero mi queja.

Membrad que os doné, niña,
las arracadas
que de vuesas orejas
traeis colgadas.
Membrad que os quiero,
é que nací fidalgo
é caballero.

De querer no os dé miedo,
fermosa dueña,
que la natura misma
amor enseña.

Los tortolicos
mirad cómo se besan
con los sus picos.

Otrosí de las flores
ved los halagos
esfogando sus pechos
con aires vagos.
Si no os conmueve,
oid una palabra
que á todas mueve.

No soy pobre cual todos
los Amadís,
que tengo medio cuento
en maravedís.
Cuatro caballos,
una torre, dos lanzas
é tres vasallos.

Así, niña galana,
si á mí te humillas,
tendrás sayas de seda
é gargantillas.
E de oro en ascua
me estrenarás un traje
en cada pascua.

IV.

DE LA GRAN CÓLERA EN QUE MONTÓ EL MAL FERIDO GALAN AL VER CUMPLIDO SU DESEO CON LA DESDEÑOSA DAMA, Y LAS DISCRETAS RAZONES QUE DIJO.

Cesó el cantor y á su anhelo
correspondiendo galana,
apareció en la ventana
una niña como un cielo.
Miróla el galan severo
no preciando tal conquista,
y alzando al cielo la vista
dijo en tono lastimero:
«Ved, doña musa embustera,
digna de quinientas sobas,
lo que con la dueña fiera
pueden vuestras sandias trovas.
Cantado la he sin cesar,
sin que en mí parara mientes,
é se me rinde al nombrar
los maravedís potentes.
Adios, la mi dueña-garra,
adios, la musa embustera;»
é arrojando la guitarra
se marchó por la otra acera.

V.

DONDE SE CUENTAN LOS DUELOS QUE FIZO LA YA ENTONCES COMPASIVA Y DOLORIDA DUEÑA, CON OTRAS COSAS QUE AÑADE EL COPLERO.

La dama entróse llorando,
y al cerrar la doble reja
la oyó quien iba pasando
decir en tono de queja:
«¡Ahí es un grano de anís!»
Lo que prueba que algun dia
fueron cosa de valía
los tales maravedís.
Por eso yo estraño á fé
que en este siglo traidor
todo se dé por amor,
nada por oro se dé.
Pues bien claro deducís
de mi historia, que algun dia
fueron cosa de valía
los tales maravedís.

LUIS DE EGUILAR.

MADRID.—IMP. DEL SEMANARIO E ILUSTRACION, A CARGO DE ALHAMBRA.



LA GALERIA SCIARRA.—UN RETRATO POR RAFAEL.

El palacio Sciarra, situado cerca del templo de Antonino Pio, ha dado su nombre á una plazuela que se comunica con la gran calle de Roma, el Corso. Su arquitectura fué diseñada por Flaminio Poncio, á escepcion del pórtico de mármol blanco, atribuido á Vignola ó á Antonio Labacco.

Los cuadros, que hoy constituyen toda la celebridad de este edificio, estan distribuidos en las salas del primer piso. Sobre la puerta de la galeria se lee una inscripcion, cuyo sentido es el siguiente: «Se advierte que no debe entrar en esta galeria quien no se halle dispuesto á dar un escudito romano al portero.» Esta advertencia, poco estimulante para los jóvenes artistas, destierra la sonrisa de sus labios, y mas de cuatro se detienen tristemente en el umbral de aquella puerta inhospitalaria. El viajero, precisado á verlo todo, cueste lo que cueste, pasa adelante, aun cuando sea contra su gusto, hasta que se encuentra en la antecámara frente á frente de un viejecito con medias de seda, calzon corto, casaca larga de paño negro y coleta antigua: es el portero, ó mejor dicho, el guardian del palacio. Recibe, por supuesto, el escudo romano con la mayor seriedad y sin la menor muestra de gratitud, lo cual revela que esta contribucion, impuesta á los estranjeros, no entra en su caja particular, sino en la de los propietarios del edificio, quienes no la emplean por cierto en la conservacion de la galeria. Los sillones cubiertos de polvo y unos héticos sofás medio remendados con una tela vieja de seda atestiguan demasiado que los príncipes de Sciarra fueron en otro tiempo mas felices: por lo demás, el producto de aquella esposicion basta para que un noble romano de nuestros dias pueda vivir plebeyamente. El artista que quiere copiar algun cuadro de la galeria paga cierto número de escudos, en proporcion del mérito de la obra, pues en un rincon de la antecámara se ve fijada la tarifa de los precios.

Por breve que sea la permanencia de un viajero en Roma, la galeria Sciarra es de aquellas cosas que no puede olvidar, porque posee dos cuadros capaces por sí solos de ilustrar el museo de una gran ciudad: *la Vanidad y la Modestia*, por Leonardo de Vinci, y un retrato, por Rafael.

Las dos figuras del primero de estos cuadros aparecen en relieve, y el contraste de su espresion es de un efecto y de un encanto inesplicables. ¡Cuántas veces se presentan en la mente ambas tan distintas en sus atributos y tan admirables en su ejecucion! ¡Qué moralista ha espuesto un análisis mas elocuente de un vicio y de una vir-

tud! ¡Qué lienzo prueba mejor que con el pincel puede ser un hombre tan gran filósofo como con la pluma ó la palabra!

No admira menos el retrato debido á Rafael. Nobleza, serenidad, dulzura, todas las bellas cualidades del alma se retratan en aquel semblante desconocido. ¿Quién fué el mortal cuyas facciones inmortalizó el divino artista? Se ignora. ¿Es por ventura alegórico el arco de contrabajo que empuña? ¿Significa que el original del retrato era algun célebre músico del siglo XVI? La fecha, 1518, que lleva el cuadro, no nos ha revelado hasta hoy su nombre; tal vez llegue el dia en que algun empolvado manuscrito, algun contrato, algun códice de capilla descubierto por un erudito nos aclare el anónimo: la historia de los siglos que fueron se reconstruye así poco á poco por la paciencia y el estudio de los sabios, al paso que el tiempo presente acumula y oculta á su vez, con desdeñosa indiferencia, enigmas y jeroglíficos para los siglos futuros.

Solo se conocen veinte y siete retratos al óleo, que sean considerados como obras auténticas de Rafael: á este número pertenecen los de Lorenzo y Julian de Médicis, Bembo, Juan de la Casa, Carondelet, Baltasar Castiglione, Inghirami, Baldo, Bartolo, Bindo Altovici y Juana de Aragon.

Las cartas y memorias contemporáneas atestiguan repetidas veces el eminente mérito de semejanza que todos admiraban en los retratos de Rafael.

Se cuenta, aunque sin duda con alguna exageracion, que habiendo entrado el cardenal Pesia, datario de Leon X, en una sala dispuesta á media luz, en que se hallaba el retrato de este papa, se arrodilló delante del cuadro, presentándole varias bulas para que las firmase.

La condesa Hipólita, esposa del conde Baltasar de Castiglione, escribia á este en versos latinos, que no podia apartar la vista del lienzo en que Rafael le habia retratado: «Cuando estoy sola, miro tu imágen pintada por la mano de Rafael y casi se alivia mi fastidio: me sonrio con ella, la dirijo demostraciones de cariño, la hablo y se me figura que me comprende y que se agita dulcemente como si quisiese contestarme. Tu hijo te reconoce y te llama su padre: de este modo, contemplando tu retrato, procuro consolarme y olvidar la lentitud con que transcurren los dias.»

Bembo escribia al cardenal de Santa María in Portico lo siguiente, hablándole del retrato del poeta Tebaldeo: «Rafael acaba de retratar á nuestro Tebaldeo con tanta verdad, que mas se le parece el cuadro, que lo que él se parece á sí mismo.»

No podemos nosotros ser jueces de las semejanzas de estos retratos, pero los grabados, aun los menos á propósito para reproducir su belleza, revelan una fuerza intelectual, un sentimiento profundo de la vida, una superioridad, que señalan á las obras de Rafael en este género el mismo puesto que á sus mas célebres cuadros. Que el modelo haya sido hermoso ó feo, jóven ó agobiado bajo el peso de los años, de una condicion inferior, ó enriquecido por todos los dones de la fortuna y de la fama, adquiere con el pincel de Rafael un carácter de verdadera nobleza, de tranquilidad y de dulzura, que hacen suponer que el sublime pintor solo quiso reproducir las facciones de personajes de un mérito eminente, si no supiésemos que involuntariamente imprimió en todas sus obras una parte de su alma.

Entre los demás cuadros de la galería Sciarra se distinguen:—Un bellísimo Pais, del Pusino, límpido y terso: las Tres Edades, por Vouet: una hermosa copia de la Transfiguracion, de Rafael, atribuida á Valentin: una Roma triunfante y la Degollacion de San Juan Bautista, por el mismo: otra Degollacion, por Giorgon: los Jugadores, por Miguel Angel: un San Gerónimo y un Santiago, por Guerchin, y la familia del Ticiano, por este pintor.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

(CUENTO TRADICIONAL.)

I.

LA CALLE DEL ATAHUD.

La calle del *Atahud*, situada en una de las estremidades de Sevilla, ha sido por largo tiempo el teatro de infinitas tradiciones populares, nacidas, ora de su posicion topográfica, ora del orígen de su estraño nombre, ora de su singular aspecto melancólico y sombrío. Perteneciente al antiguo departamento de la Alhamia ó Judería, fué por algunos años el estrecho círculo á que tuvo que reducirse la desgraciada raza hebrea, tan inhumanamente perseguida por los mismos que no hácia mucho habian recibido de ella su civilizacion y su cultura.

Segun consta de un antiguo manuscrito, copiado de otro que poseia D. Juan Suarez de Mendoza, estrechados los judíos y bárbaramente perseguidos por los cristianos, formaron junta los mas poderosos de Sevilla, Carmona, Utrera y otros puntos de Andalucía, con el objeto de alistar gente á su partido y oponer alguna resistencia á los continuos escesos de que eran inocentes víctimas. *Susona*, hija del caudillo de los hebreos, y célebre por su hermosura y seductoras gracias, tuvo el vil atrevimiento de acusar á su padre de jefe de la conspiracion que se tramaba: «por lo cual prendieron á los que la componian, segun dice «el citado manuscrito, cuyas causas sustanciadas les impusieron las «penas que les correspondian; y cuando llevaron á quemar á *Suson* le «iba arrastrando la soga con que le llevaban amarrado, y como él «presumia de gracioso, dijo á uno que iba allí: *Alzadme esa toca, Tu«nezi.*»

Arrepentida la hermosa *Susona* de la vida licenciosa que hasta entonces habia llevado, y de la horrorosa muerte de su padre, á la que de una manera tan directa habia contribuido, determinó retirarse al claustro siguiendo los sanos consejos del obispo D. Reinaldo de Romero. Muy poco duró esta abnegacion religiosa, volviendo en breve á sus antiguas liviandades, y á seguir en la senda de la prostitucion y los vicios que de antemano se trazara, hasta llegar á tal miseria que vino á ser *amiga de un especiero*, valiéndonos de las palabras del referido manuscrito.

Muerta la hija del malhadado jefe de la conspiracion judía, fué depositada su calavera, segun dejó encargado en su testamento, en la misma calle donde habia llevado una vida tan disipada, imponiéndosele desde entonces el nombre de calle del *Atahud*.

Con precedentes tan estraños y de tan mal agüero, segun las preocupaciones reinantes en el siglo XVII, fácil es adivinar el misterioso respeto de nuestros abuelos hácia tales sitios. Quién pretenderia ver alzarse terribles fantasmas por donde quiera; cuál otro aseguraria haber oido en el silencio de la noche los espantosos chillidos de un ejército de brujas cabalgando sobre palos y celebrando sus orgias.

. . . . . .

Sin embargo, en las altas horas de una de las crudas noches de invierno, un hombre atravesaba rápidamente la oscura y tortuosa calle del *Atahud*. Ni el viento que silbaba espantosamente, ni la lluvia que descendia á mares, eran bastantes á interrumpir la marcha de aquel hombre que continuaba presuroso su camino.—¿Seria tal vez una sombra que, aprovechando la oscuridad de la noche, se levantaba de su tumba á vengar algun crímen sobre la tierra? ¿O acaso algun ánima en pena que venia á este mundo á implorar sufragios de los hombres? Nada menos que eso. Aunque ni una estrella ni un débil rayo de luz enviaba el cielo para distinguir á aquel hombre, sus pisadas se sentian claramente, escuchábase el sonido de su espada, y el ruido que hacia el viento al rozar la ligera capa que le cubria hasta los ojos. Tan estraña vision, en el sitio y en la época á que nos referimos, hubiera puesto pavor en el corazon mas valeroso.

Apenas el incógnito personaje hubo llegado á una de las casas de mas rara apariencia de aquella calle casi intransitable, dió un fuerte puntapié en la pequeña puerta, y meciéndose esta algunos instantes sobre sus enmohecidos gonces, dejó franca entrada al desconocido caballero.

—¿Quién vá? preguntó una voz cascada y balbuciente que salia de aquella habitacion cenagosa y casi subterránea.

Ni una palabra contestó aquel á tan natural pregunta.

Una luz empezó á divisarse en el fondo de la casa, apareciendo en seguida una asquerosa vieja con un mugriento candil en la mano, que alumbraba débilmente el largo y estrecho callejon que los separaba.

—¿Quién vá? volvió á preguntar con voz mas agitada.

—¡Buenas noches, linda *Susona*! dijo el desconocido, con acento sonoro y varonil, añadiendo una ruidosa carcajada.

La buena muger retrocedió algunos pasos, pero repuesta algun tanto de su sorpresa, dijo:

—Decidme quién sois, ¡voto al diablo!

Pronunció estas palabras con voz tan firme y de una manera tan formal, que su interlocutor no pudo menos de prorumpir en otra carcajada. Esto la irritó tanto, que dando una fuerte patada en el suelo, hizo saltar el fango de aquel sucio pavimento.

—¿No me conoceis, maldita vieja? Soy... vuestro querido... hermosa *Susona*, añadió el caballero con voz afectada y repitiendo su habitual sonrisa.

Luego que se acercó el desconocido y se hubo desembozado, esclamó la vieja llena de gozo:

—¡Vos por aquí y á estas horas cuando tan oscura y tempestuosa está la noche!

—Ya lo veis. Esto me acredita de vuestro mas fiel parroquiano. He prometido no faltar ni una noche siquiera. ¡Qué quereis! He tenido la desgracia de comprender el mundo al revés que los demás hombres. Cuando ellos descansan, yo quiero gozar; cuando ellos temen á los truenos y los rayos, yo desafío á las iras celestiales; cuando ellos se horrorizarian de atravesar esta calle, yo vengo á insultar esos fantas-

mas, y me rio de esa asquerosa calavera;—y pronunció el nombre de *Susona*.

—¡Basta, amigo mio! eso es lo que no os perdonaré nunca, el que me llameis con el nombre de la judía. Si viérais, me horroriza el oirlo pronunciar, solo por esos cuentos tan terribles que referian mis abuelos.

—Pues yo pienso por el contrario: os llamo con el nombre de *Susona*, porque siendo fama que era tan hermosa, la verdad, os agradeceria veros convertida en la famosa judía, aunque fuera cosa de un momento.

La vieja contestó con un estraño visaje, manifestando el disgusto que la causaba esta conversacion.

Mientras tanto que tuvo lugar este corto diálogo, ambos interlocutores se habian dirigido á una mezquina habitacion, situada en el fondo de aquella oscura mazmorra, que si bien podia estar dedicada á cualquiera otra clase de comercio, á primera vista solo parecia una miserable taberna. Unas cuantas mesas colocadas en desórden, una porcion de sillas en tropel, y un viejo mostrador coronado de jarros de licores, que servia de barrera al trono que habitualmente ocupaba la soberana del castillo, eran todos los muebles que constituian aquel establecimiento, erigido á la memoria del dios Baco.

—Con que decidme, hermosa *Susona*...

—¡Caballero! esclamó la muger, interrumpiéndole nuevamente irritada, por Dios os pido que no pronunciеis mas ese nombre.

—¡Por los diablos os ruego, maldita vieja, que dejeis á un lado vuestros escrúpulos! Pero os queria preguntar si estamos solos en esta casa.

—Mucho siento que vuestros amigos, es decir, los mios, no hayan concurrido á celebrar vuestra diaria orgía. ¡Está la noche horrorosa! ¿No ois la tormenta y el agua que cae á torrentes?.

—No hayais miedo, buena muger. Pero decidme, ¿estais enteramente sola? —añadió el caballero con una espresion bastante significativa.

—Ya os comprendo.

—Basta. En esta habitacion inmediata os espero, dijo el nuevo huésped, abriendo una puerta que daba paso á una pequeña sala en donde tomó asiento.

—Sereis servido como deseais, caballero, contestó la vieja, añadiendo una ridícula cortesía.

II.

LA SORPRESA.

El personaje de que hasta ahora nos hemos ocupado era el jóven D. Miguel de Mañara, de una de las mejores familias de Sevilla, y heredero de una gran fortuna. Pero ¿cual seria el objeto de sus nocturnas visitas á la taberna de la calle del *Atahud?* Habiendo recibido una educacion brillante, y dotado de un talento poco comun, pudo sacudir el ominoso yugo de las preocupaciones de su época, hasta el estremo de haberse creado preocupaciones nuevas, tanto mas graves cuanto que no estaban en armonía con las de su tiempo. Despreciando los consejos de sus amigos, perdió el respeto á sus semejantes, emancipándose, por decirlo así, de la sociedad, y entregándose á sus caprichos. Convencido de que encenagado en los vicios se hace menos aciaga nuestra efímera existencia, lanzóse á rienda suelta en la senda de la prostitucion, cometiendo toda clase de escesos, hasta llegar á hacerse proverbial su estraordinaria conducta. Sus riquezas, modales finísimos y arrogante figura le habian hecho el ídolo del bello sexo, al cual subyugó bien pronto al soberbio carro de sus triunfos. Ni Dios ni ley eran bastantes á poner freno al jóven disoluto. Un dia que burlara á una dama, que matara en duelo á un esposo, y que gozara del estruendo y algazara de un festin, constituia indudablemente uno de los mas felices de su vida.

Tal era la estraña conducta de nuestro héroe.

Algunos momentos se habian pasado, cuando volvió la vieja ama de la casa al cuarto de D. Miguel á servirle una botella de esquisito vino. Un instante despues, una jóven encantadora se presentó ante la vista de Mañara, afectando una sorpresa agradable por tan feliz encuentro. La frescura de su tez, sus maneras francas y sus gracias seductoras, armonizaban perfectamente con sus años juveniles.

—Buenas noches, D. Miguel, dijo la graciosa criatura.

—Tomad, hermosa *Jitanilla*, y brindemos por la tormenta! fué la única contestacion de Mañara, alargando una copa de vino á la recien llegada.

—¡Sois el mas atrevido calavera que he conocido! ¿Ni aun respetais el furor del cielo para escusar vuestras aventuras, cuando la ira de Dios parece mas exaltada?

—¿Qué os importa? Ahora mismo, estando á vuestro lado, desafiaria gustoso á los rayos celestiales.

—¡Por Dios, no digais eso!

—¡Os amo tanto, que seria imposible pasar una sola noche sin haceros una visita! ¿Qué es eso, no lo creeis?

—¿Lo dudais acaso, D. Miguel? Mi existencia os la debo, mis alhajas, cuanto poseo es debido, si no á vuestro amor, al menos á vuestra generosidad... ¿Pero no ois el viento que azota esos cristales y parece querer arrastrarlo todo en su velocidad? ¡Qué oscura y tenebrosa está la noche!

—Eso quiere decir que no será posible retirarme, y que podreis disponer de un nuevo huésped; porque os aseguro que mas que nunca me interesais esta noche.

—¿Es posible?... Acaso muy pronto llegará mi esposo...

—Vuestro esposo... ¡Qué horror! Y llamais así á un hombre á quien no os une otro vínculo que una ligera amistad tan solo en su provecho?

En este momento dos hombres de muy mala catadura habian entrado en la taberna, sin ser vistos mas que por el ama de la casa. Tomaron asiento en la primera habitacion, donde fueron servidos con un buen jarro de vino.

—¿Ha venido el querido de la *Jitanilla?* dijo uno de ellos, dirigiéndose á la tabernera.

—No señor, contestó esta secamente.

—¡Rayo! dijo el mismo hablando con su compañero. ¡Qué noche!

—Tanto mejor para nuestra aventura, contestó el otro.

—¿Estais enteramente en los pormenores del plan?

—Sí; ¿él viene infaliblemente todas las noches, eh?

—No acostumbra á faltar jamás.

—¿Y el golpe será aquí mismo?

—Veremos. El querido de la *Jitanilla* llegará ya pronto, y él es nuestro jefe por esta noche.

—¿Sabeis lo que me ha ocurrido acerca del jóven que esperamos?

—Decid.

—Que bien puede faltar hoy á sus nocturnas escursiones, con motivo de esa lluvia tan abundante, ó tal vez, cuando esto no suceda, no traernos preparado el rico botin que deseamos.

—No lo creo: es un jóven poderoso y despilfarrado, que por donde quiera va derramando el oro, y haciendo alarde de sus magníficas alhajas.

Este diálogo fué seguido en voz baja y de una manera misteriosa.

Poco despues llegó un tercero á la misma habitacion: era el querido de la *Jitanilla*. En el instante en que se conocieron brilló un rayo de alegría en los semblantes de aquellos ridículos personajes.

—Señores, ¿ha llegado nuestra víctima? preguntó el recien llegado con una sonrisa amarga.

—Hace poco tiempo que hemos venido, y desde entonces nadie ha entrado, contestó uno de ellos.

Entre tanto que esto tenia lugar, D. Miguel y la *Jitanilla*, que ignoraban la escena que pasaba en la habitacion contigua, casi embriagados ya, se entregaban á requebrarse mutuamente. Cuando Mañara hubo alcanzado la hospitalidad que deseaba, gritó lleno de gozo:

—¡Vieja *Susona!* traed mas vino; y dando un fuerte porrazo sobre la mesa, rompe los vasos que acababan de servirle.

A tan estraño ruido se sorprendieron los tres hombres que ocupaban la pieza inmediata. El querido de la *Jitanilla*, no pudiendo contener el placer que esperimentaba, esclamó alborozado:

—¡Albricias, amigos mios, él es! Ese cuya voz hemos oido es el corderito que vamos á devorar: veamos si está solo.

Ageno D. Miguel de Mañara de ser el objeto de las siniestras intenciones de aquellos hombres desalmados, solo pensaba en aquel momento en lo que él llamaba su felicidad.

—¡Hermosa mia, esta es para mí una noche deliciosa! decia á la seductora *Jitanilla*, que sintiendo ya los mágicos efectos del vino, mientras sus mejillas se coloraban por el mas precioso carmin, y sus ojos bañados de un líquido trasparente estaban fijos é inmóbiles en D. Miguel, apretaba con un movimiento convulsivo entre sus cariñosas manos las de aquel arrogante jóven.

No pudiendo Mañara resistir impasible tan interesante perspectiva, arrimó sus labios á los de la graciosa *Jitanilla*, y abrazando maquinalmente su delgadísima cintura, parecia querer beber hasta el último aliento de aquella encantadora y voluptuosa criatura.

Un fuerte golpe descargado sobre uno de sus hombros fué lo único que pudo sacarle de su dulce arrobamiento.

Volvióse D. Miguel rápidamente, y se halló en su presencia con el de mas feroz aspecto de aquellos tres hombres.

—¡Qué atrevimiento, voto al diablo! ¿No sabeis, caballero, que esa mujer me pertenece? dijo el querido de la *Jitanilla*.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta frialdad, que desde luego dejaron entrever las intenciones del que las proferia, que eran solo de aprovechar esta feliz coyuntura para mover una quimera con Mañara, y llevar á cabo sus fatales proyectos.

Púsose en pié D. Miguel, y sin contestar palabra, sacudió tan tre-

mendo bofeton á su contrario, que hizole guardar la distancia que naturalmente existia entre ambas personas.

Viéndose D. Miguel bruscamente acometido por aquellos tres hombres, desenvainó su espada deseoso de pagarles bien cara su intentona; pero sentia Mañara muy embriagado su cerebro para sustentar aquella lucha. Los gritos de la vieja y de la *Jitanilla*, y las blasfemias de aquellos hombres sedientos de oro, alternaban con los fuertes golpes que de una y otra parte se repartian. D. Miguel llevaba precisamente lo peor de la pelea, por la desigualdad de las fuerzas; empero su valor y osadía, hasta entonces jamás desmentidos, suplian en gran parte la escasez respectiva de aquéllas. Por una sagacidad combinada de antemano, fueron los bandidos retrocediendo paso á paso, hasta que con tan baja arteria consiguieron sacar á la calle á su desgraciada víctima.

La *Jitanilla* privada enteramente de sentido, y atropellada la tabernera en el furor de la lucha, no pudieron seguir á los infames que, fuera ya de la mezquina casa, acometieron con mas osadia al atrevido jóven, que sin contar entonces con todas las fuerzas de que podia disponer, se defendia valerosamente. La calle del *Atahud* presentaba el aspecto mas aterrador y sombrío: mientras el agua descendia á torrentes y el viento zumbaba de una manera espantosa, un relámpago vino á disipar aquella densa oscuridad, iluminando tan encarnizado cuadro. Una fuerte cuchillada sacudida en la cabeza del mancebo, privándole completamente de sentido, hizole esclamar con voz casi exánime y balbuciente:

—¡Infames, me habeis muerto!

—*¡No hayas miedo, Mañara, que estás dentro del Atahud!* contestó una voz gruesa é imponente, añadiendo una horrible carcajada.

Los bandidos, luego que saquearon al desgraciado jóven, desaparecieron precipitadamente. Todo quedó en un profundo silencio. Un nuevo relámpago vino á iluminar aquella tranquila y horrorosa escena. Solo se vió el cuerpo del infeliz mancebo sumergido en un lodazal inmundo, y revolcándose entre la espuma de su propia sangre.

III

EL ENTIERRO.

Algunos momentos despues de la catástrofe que acabamos de referir, un prolongado suspiro exhalado de lo mas hondo del pecho, daba claros indicios de que D. Miguel tornaba á la razon perdida. Entonces intentó levantarse á duras penas; pero el estado de escesiva embriaguez que embargaba sus sentidos, la estraordinaria conmocion que su cerebro habia esperimentado, y la gran cantidad de sangre que manaba de su herida, no le permitian hacerlo con entera libertad. Cuando trabajosamente se hubo levantado, y apoyado en la pared dirigió una mirada en torno suyo, como queriendo recordar lo que acababa de suceder; pero todo fué en vano. En estas ocasiones de fuertes sacudimientos cerebrales, difícilmente puede retrogradar la memoria ni aun al último suceso. Asi es que, ageno de lo que le habia pasado, contentóse con tocar su cuerpo, y al ver el mal estado en que se hallaba, sintióse apoderado del miedo por la primera vez en su vida, y un frio glacial corrió por sus miembros en un instante. Un trueno espantoso se escuchó en aquel momento, y un rayo de luz vino á alumbrar claramente la fatídica calle del *Atahud*. A tan sombrío cuadro mil dolorosos recuerdos asaltaron la imaginacion de D. Miguel, que ciego de ira llevó las manos á los ojos y lanzó un grito de furor, sintiendo de nuevo desfallecerse sus sentidos.

Hay ocasiones en esta vida en que el hombre mas desmoralizado y de corazon mas empedernido se halla dispuesto á recibir las dulces emociones que proporcionan los sublimes recuerdos de nuestra religion santa. Cuando el mas perverso y encenagado en los vicios llega á ver el mundo por el prisma de la realidad, su alma elevándose en intuitivas meditaciones y asombrada ante el horroroso aspecto de la disolucion, huye veloz de ella y busca ansioso la paz de los bienaventurados.

Tal era el período transitivo que realmente estaba próximo á atravesar el desgraciado jóven D. Miguel de Mañara, cuando un lúgubre campaneo vino á herir melancólicamente sus oidos. Un sobrecogimiento religioso se apoderó de él en aquel momento, disipando el terror que al mismo tiempo podia causarle una luz fuerte que vió aparecer pausadamente por una de las estremidades de la calle. Esperando obtener el amparo de alguna persona en medio de su lastimoso estado, se dirigia aunque con trabajo hácia el lugar en que divisaba aquel resplandor que veia aumentarse sucesivamente, acompañado de un agradable murmullo que le traia el viento. ¡Pero, cual fué su sorpresa al ver multitud de luces que formando dos largas hileras guardaban exacta simetría, ocupando del uno al otro lado de la calle! Mañara tenia suficiente valor y despreocupacion para no creer en brujas ni fantasmas; pero no pudo menos de retroceder algunos pasos casi involuntariamente. Al mismo tiempo observó que todas las campanas de la ciudad empezaron á tocar á muerto, formando una lúgubre armonía que puso miedo en su corazon. En vista de aquel fúnebre acompañamiento, conduciendo en medio un féretro, y de los ritos que la Iglesia consagra á los que mueren, juzgó que seria algun entierro lo que se le habia aparecido. D. Miguel quedó mudo de espanto y como petrificado: dudó si seria todo un sueño, ó efecto acaso de su embriaguez, determinándose finalmente á esperar el desenlace de aquella escena. —Un entierro, se decia á si mismo, á estas horas... y en esta calle... esto... ¡por Dios, que es misterioso!... en fin... veremos! —Al primero de los de la comitiva preguntó de esta manera:

—Buen hombre, ¿sabeis quien es el muerto?

—D. Miguel de Mañara, contestó el acompañante.

—¡Mientes, bribon! díjole enfurecido, y sintiendo el mal estado en que se hallaba por no poderle pagar bien cara una broma tan pesada y de tan mal gusto, en su concepto.

Deseoso Mañara de tener conocimiento de aquello, no titubeó en preguntar á otro por segunda vez:

—Amigo, ¿quereis decirme el nombre del que llevan á enterrar?

—El jóven atolondrado D. Miguel de Mañara, á quien mas que yo conoceis.

Fué pronunciada esta contestacion con un acento tan espresivo, que altamente irritado D. Miguel, lanzóse sobre el que de tal modo se la diera, el cual escapando súbitamente le dejó burlado. Quiso Mañara echar mano á su espada, sin acordarse de que la habia perdido en la refriega; pero un poder misterioso parecia detenerle: un movimiento convulsivo se apoderó de él en aquel momento. Sin embargo, no quiso dejar de preguntar por tercera vez.

—Padre mio, dijo humildemente á uno de los que iban al lado de féretro, si es posible que me lo digais, quisiera saber el nombre de ese desgraciado.

El sacerdote se dirigió atentamente á D. Miguel, y con voz solemne le dijo:

—¡Caballero Mañara, sois vos mismo! acercaos y lo vereis.

Con la velocidad del rayo se lanzó D. Miguel en medio de los de la comitiva; fijó los ojos en el cadáver con tal espresion que parecia querlo devorar con su vista; de repente se inyectaron sus ojos, adquiriendo una espresion feroz; sus labios cárdenos se agitaron convulsivamente; sus mandibulas chocaron de una manera espantosa; sus cabellos se erizaron, flaquearon sus piernas, y como en un acceso de delirio esclamó con voz atronadora:

—¡Dios mio, qué veo!... ¡Mi imágen!... ¡Yo mismo!... ¡Socorro!... ¡Dios mio!.. ¡Perdonadme!!!...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, lanzó un grito horroroso y cayó sobre el cadáver.

IV.

LA CONVERSION.

Pasado algun tiempo de esta vision estraordinaria, y desengañado D Miguel de la pompa y de las vanidades del mundo, consagró los restantes años de su vida al ejercicio de la virtud mas austera, cediendo sus riquezas para la fundacion del *Hospital de la Caridad*, que hoy existe en Sevilla, en cuyo benéfico establecimiento hizo una vida ejemplar, dedicándose él mismo á los actos de piedad y misericordia para con sus semejantes, por lo cual ha conseguido dejar para siempre eternizada su memoria.

. . . . . .

Algunos años despues tuvieron un dia de luto todos los que habitaban aquel piadoso establecimiento. En una de las principales enfermerias se hallaba el cadáver de un hombre, perverso y orgulloso en otro tiempo, y que acababa de morir como modelo de virtud y mansedumbre. A su lado se encontraba una de esas caritativas mujeres que, vistiendo el tosco sayal, se dedicaban á cuidar de sus hermanos en el lecho del dolor. Arrodillada al lado de aquel cuerpo inanimado, y dirigida al cielo en religiosa plegaria, parecia elevar sus fervientes votos por la salvacion de aquel hombre. La virtuosa criatura que esto hacia era la *Jitanilla*, que derramaba abundoso lloro sobre el frio cadáver de su buen amigo y protector D. Miguel de Mañara.

José GUTIERREZ DE LA VEGA.

ORO DE LA CALIFORNIA.

El grano de oro que representa nuestro grabado, pesa *cuarenta y dos onzas, siete dracmas y tres granos*. Es finisimo y se aprecia en *ciento siete* francos la onza. Contiene 823,5 por ciento de oro, 173,5 idem de plata y 3 idem de cobre.

Un marinero irlandés, desertor de un buque de la marina americana, lo encontró á orillas del rio Djuba ó Juba. Pasajero á bordo de un paquete, volvia á Europa, y otros muchos trataron de comprar-



(Un grano de oro de la California.)

le su muestra del precioso metal, pero un cónsul francés obtuvo la preferencia, por haberle ofrecido, además del valor de la pepita, un cajon de botellas de cognac añejo. El irlandés habia ya disipado dos veces, por entregarse al vicio de la bebida, sumas considerables que habia ganado en la California.

Las pepitas de oro de este grueso son muy raras: nosotros la presentamos como un objeto de verdadera curiosidad, pues por lo demás, creemos que las fortunas prontas y fáciles de la California son escepciones engañosas. He aquí en apoyo de nuestra opinion el estracto de una memoria publicada por un viajero que visitó hace un año aquellas regiones

«El clima de la alta California es altamente desagradable y mal sano. En San Francisco se esperimentan todas las estaciones en un solo dia de setiembre ó de octubre: nieblas por la mañana, despues un calor sofocante, pasadas las doce un viento fuertísimo, y por la noche un frio estraordinario. La temperatura es en el interior muy elevada durante el verano, y las fiebres ocasionan grandes estragos en esta estacion: el año último las tuvieron todos los rebuscadores de oro. En invierno quedan inundados los valles, de modo que los trabajadores se retiran á las poblaciones cuando empiezan las lluvias.

No hay oficio mas penoso que el de rebuscador de oro. En las minas secas, situadas al abrigo del curso de los rios, se ven precisados los hombres á profundizar en la tierra hasta los diez piés antes de encontrar el metal, y muchos infelices sucumben de hambre, de fatiga y de enfermedades antes de divisar una particula. Algunos sin embargo se enriquecen en pocos minutos: es una verdadera loteria.

Muchos rebuscadores de oro se ven tan necesitados, que tienen que vender á otros los pozos que han abierto, y en los cuales hay indicaciones seguras de que se hallará oro.

En las minas húmedas los trabajadores estan con el agua hasta medio cuerpo. Lavan por lo regular las arenas auriferas en cubetas de estaño, á las que imprimen un movimiento particular.

El jornal de un rebuscador de oro consistia hace un año en *cincuenta* ó *sesenta* francos, de los cuales se rebajaban *diez* ó *quince* para su alimento. Como las constituciones mas vigorosas no resisten mas que cinco meses al año el trabajo de aquellas minas, resulta que el ahorro de un rebuscador muy robusto puede ascender á *cinco ó seis mil* francos anuales, suma bien pequeña, si se consideran los peligros, los padecimientos y las privaciones que sufre, sin contar los gastos de viajes y otros que tiene que hacer durante el invierno, si no cuenta con otros medios de subsistencia.

A la California solo deben ir las personas siguientes:

Los capitalistas, que pueden realizar allí beneficios inmensos por medio de sus operaciones de banca, sus especulaciones sobre construcciones, sus cambios y esplotaciones rurales.

Los artesanos, como carpinteros, aserradores, etc. que ganan facilmente de *ochenta* á *cien* francos diarios; los buhoneros y los labradores.

Por último, los hombres acostumbrados desde su niñez á los trabajos mas duros, y cuya salud es bastante fuerte para resistir una vida mas penosa que la de los condenados á galeras, la vida de los rebuscadores de oro.

A los peligros, á las mil incertidumbres del oficio de minero no tardan en agregarse los impuestos, las restricciones y las vejaciones que los americanos proporcionan á los concurrentes estranjeros. El año último ya despidieron de las minas á consecuencia de algunas reyertas sangrientas, á los mejicanos, peruanos y chilenos; y si han tolerado en ellas á los franceses, consiste en que pertenecen á una nacion fuerte. La Convencion reunida en Monterey, con el objeto de tomar los acuerdos indispensables para la organizacion del pais, hasta que la California quede admitida como Estado en el seno de la Union, ha agravado con un impuesto á los rebuscadores estranjeros. Pero ¿cómo percibir ese impuesto de los desgraciados que frecuentemente se mueren de hambre? Esta medida solo parece ser el preludio de otras mas severas respecto á los trabajadores de otras naciones.

DOCUMENTO PUBLICO DEL SIGLO IX.

Uno de los objetos á que consagró sus preferentes cuidados el esclarecido Alfonso *el Casto* cuando despues de haber arrostrado el destierro y las persecuciones que le suscitaran sus émulos logró sentarse en el trono de Asturias, fué restituir á la religion todo el lustre y esplendor de que se viera despojada desde la desastrosa ruina de la España goda. A este fin reedificó suntuosamente la pobre iglesia dedicada al Salvador y á los Apóstoles, que el rey D. Fruela, su padre, erigiera en la reciente ciudad de Oviedo, y dispuso fuese consagrada por cinco obispos, y con desusada solemnidad, el 3 de octubre de 802. Para atender decorosamente al sostenimiento del culto y de los ministros de aquel templo, que fué destinado á catedral, Alfonso le dotó con gran número de alhajas, casas y heredades en el mismo dia, de la consagracion, segun consta del privilegio, ó sea *testamento*, que aun permanece. No paró aquí la largueza y liberalidad del noble monarca, pues diez años despues, el 16 de diciembre de 812, otorgó otra carta de donacion en favor de la misma Basilica del Salvador, en la que confirma varios dones hechos por el rey Fruela, su padre; ofrece á Dios con palabras devotísimas otros nuevos; recuerda el gran poderío que los godos alcanzaran, el abatimiento en que cayeron con su rey Rodrigo por la cuchilla de los árabes, en castigo de su arrogancia, las gloriosas victorias del restaurador Pelayo, y la circunstancia de haber nacido y recibido el bautismo el mismo donatario en aquella su predilecta ciudad de Oviedo. Este histórico escrito, uno de los mas antiguos que nos restan, y tan interesante como fiel espresion del espíritu de aquel siglo devoto al par que guerrero, es el que aquí presentamos, traducido todo lo fielmente que nos ha sido posible, del bárbaro y desconcertado latin en que está redactado. Su lectura nos hizo por un instante retroceder á los dias del Casto rey, en que el valor y la fé, el amor á Dios y á la patria, eran los sentimientos del pueblo asturiano, único que á la sazon podia llamarse español, pues que era el denodado defensor y conservador de las creencias, leyes, costumbres y lenguage, de nuestros antepasados.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

PRINCIPIA EL TESTAMENTO (1) A LA IGLESIA DEL SANTO SALVADOR.

¡Oh fuente de vida!, luz, autor de la luz, *alpha* y *omega*, principio y fin, raiz y generacion de David, estrella esplendorosa de la mañana, ¡oh Jesucristo! que con el Señor Padre y el Espíritu Santo eres bendecido por todos los siglos.

Yo Alfonso, en todo y por todo el último de tus esclavos y siervos, á tí me dirijo porque habló de tí, espresándome con las palabras de tu padre. Acórreme, ayúdame, dignate recibir los votos que con lágrimas, suspiros y lamentos te dedico, y vuélveme la alegría contándome entre los redimidos que renuevan las glorias de los ángeles. Y pues que eres tú el Rey de los reyes, y gobiernas juntamente las celestiales regiones y la tierra, y eres tan solícito en conceder la justicia, por la duracion de los siglos, distribúyenos por el mismo tiempo para obtenerla, buenos reyes, jueces y leyes.—Y puesto que los godos con su rey *Roderico* perdieron el reino y la gloria por su soberbia en la era DCCX VIII (2), te ofrezco entre las diversas naciones, la esclarecida *Spania*, que no es la menor de estas, y que resplandeció en otro tiempo con las victorias de aquellos con razon, pues sobrevino la espada de los árabes, mas de esta calamidad, ¡oh Cristo! nos libraste suscitando con tu diestra á tu siervo Pelayo, que allá en el principio, sublimado á príncipe y peleando siempre con victoria, les venció y esterminó, defendiendo y ensalzando á los cristianos y astures. —El ilustre rey *Froila*, hijo de su hija, edificó y adornó dos iglesias en este lugar que llaman *Oveto*. La mas sobresaliente es la que está dedicada á tu sagrado nombre y por tu nombre, y que ostenta altares á los doce apóstoles (3); la otra es la erigida á tus Santos mártires Juliano y Basilisa (4), cuyos votos te rogamos, oh Cristo, quieras recibir agradablemente, mirándolos con ojos de piedad. Lleguen tambien á tí los que el mismo Froila refiere en el *testamento* que escribió y firmó, y que nosotros en honra tuya confirmamos, pues queremos te pertenezcan por perpetuo é irrevocable derecho. A lo que va espresado agregamos, ¡oh Señor! en tu alabanza nuestros votos, y con ellos dedicamos nuestros dones.—Te pedimos protejas con tu poderosa diestra, tanto á nosotros como al pueblo con quien estamos mezclados, y nos des victoria contra los enemigos de la fé, y por tu clemencia santifiques este templo, y que todos los que en él oraren, siempre prontos á restaurar tu Santa casa, reciben el perdon de todos sus pecados, y en cuanto aquí, sean defendidos con el escudo de tu proteccion, del hambre, peste, enfermedad, y guerra; y mas felices y gozosos en el siglo venidero, posean con los ángeles el reino de los cielos. Por lo mismo, Señor, ofrecemos por la gloria de tu nombre, juntamente con los aquí presentes á tu Santo altar, fundado en la ya nombrada Iglesia, y á los restantes altares de los apóstoles, y á los de tus mártires *Julian y Basilisa* (puesto que he nacido, y recibido en este suelo las regeneradoras aguas del bautismo), todo aquello que aquí presentamos en esta escritura segun la usanza nuestra, es á saber:

El átrio que está cercado de muros en derredor de tu Iglesia (la que con tu auxilio terminamos en siete (5)...) con todo lo que contiene, como el acueducto, casas, y demás edificios que allí levantamos. —Para ornato de la Iglesia, primeramente, catorce velos de lana, dos de seda de color blanco, trece velos de lino para adorno (6), seis frontales de lana para el altar principal, con dos cubiertas de lana para el mismo y para el facistol del Evangelio, túnicas de lino (7), XXV frontales de lana para los otros altares, doce frontales de lino (8) para adorno y XXV túnicas de altar.

Servicio de plata:—cruz de plata, jarra de plata, palangana de plata, XV candelabros de plata con lamparilla de vidrio, y XI lamparillas de plata de otro candelabro, un incensario de plata y otro de cobre, caja de plata para el incienso, naveta de plata para el incienso con pié de bronce, y libros para la biblioteca (9)... clérigos Salmistas esclavos (10); *Nonelo*, presbítero, *Pedro*, diácono, que adquirimos de *Corbello* y *Fafilana; Secundino*, clérigo, *Juan*, clérigo, *Vicente*, clérigo, hijo de *Crescento; Teudulfo* y *Nonito*, clérigos, hijos de *Roderico* y *Eneco*, clérigo, los que compramos con los productos de la victoria... (1)... Además los restantes esclavos, esto es: *Galindo* con su muger llamada *Dewota* y sus cuatro hijos, *Centullo*, *Garsea* y *Juan*, que adquirimos de *Cristóbal*, y su hija *Huona*, que compramos á *Eliacer*; *Elinacio*, hijo de *Salamino*, *Crecento*, con su muger *Romana*, y sus dos hijos, que adquirimos de *Teodosinda; Witerico* con sus cinco hijos, que adquirimos de *Sisenando*, y de sus hermanos, hijos del nombrado *Juan*; *Ereculfo*, con su muger *Recisvinda* y sus tres hijos, que adquirimos de *Juan*, y *Miron* hijo de *Gogiloi*, hijo de *Teodocelo*, hijo de *Quiro* (1)... Tuyas son, ¡oh Señor! todas las cosas, y así solo te devolvemos las que de tu mano recibimos. Pedimos á tu profundísima piedad las aceptes plácida y benignamente como tuyas, en gloria del sacrificio de tu sagrada sangre, y que por la señal invencible y veneranda de tu cruz nos remuneres con celestiales dones, y como premio de nuestra piedad nos ampares. A tí, fortísimo Señor, que eres Dios, impenetrable é Invisible, Dios de Israel, Salvador que mandaste á Jacob volver á su tierra natal, te ofrezco estos dones en el altar que te dediqué; pues mirándonos con piedad nos libertaste de muchas tribulaciones y nos restituiste á la casa paterna. Séate este don tan agradable, cual lo eran los de tu predilecto siervo Jacob, para que bendiciéndote y alabándote en todo tiempo, alcance tu misericordia con todo el pueblo, que como queda dicho, permaneció obediente en la reconstruccion de tu Santa casa, y envíanos la felicidad ahora y siempre, y por los siglos de los siglos, amen.—Cualquiera sin embargo de todos nosotros, aumentará y guardará como cosas sagradas y venerandas, las á tí, ¡oh Dios! consagradas.—¡Jesus Salvador! protégenos con los dones de tu clemencia, favorécenos, y afirmanos en la fé, y una vez afirmados, seremos con los elegidos herederos del cielo, y partícipes de la celestial Jerusalen. Mas si alguno de los aquí reunidos sustrajese, defraudase, ó de algun modo ocultare ó enajenare alguna cosa, sepa queda privado de la comunion de Cristo, sujeto á nuestro futuro juicio, y responsable de sus acciones. Y si cualquiera de los siervos que en este lugar donamos, se fugase, ó sustrajese al servicio de la Iglesia, cogido que sea por juicio del Señor, se le obligará á la fuerza á reunirse á sus compañeros.

Lo contenido en esta nuestra escritura sea firme y permanente en toda su fuerza y vigor, y para su valimiento abajo la firmamos con nuestra mano, con los testigos, y la entregamos á los sacerdotes de Dios y á los demás que corresponda cumplirla.

Fué hecha esta escritura de testamento y confirmacion en el dia XVI de las Kalendas de diciembre, era de DCCCL.

Yo Alfonso confirmo este testamento hecho por mí.

En nombre de Cristo, Ada... (3)... —En nombre de Cristo, Quindulfo, obispo (4)...—Hermenegildo...—Recaredo, obispo de la Sede de Calahorra.—En nombre de Cristo, Nunila, abad, testigo.—En nombre de Cristo, Antonio, abad, testigo.—En nombre de Cristo, Pedro, abad.—Esteban, abad.—Augerico, abad, testigo.—Cercio, monje, testigo.—Veremundo, testigo.—Vigilano, testigo.—Corbelonio, testigo.—Félix Reselio, testigo.—Vigila, testigo.—Somma, testigo.—Alamarico, por el testigo Egicha.—Gundemaro.—Amarico.—Adaulfo, testigo.—Sembano.—Gundiscalo, testigo.—Chintila, testigo.—Gundesindo.—Justo, testigo (5).

(1) Testamento, segun el uso de aquel tiempo, quiere decir *donacion*.
(2) La era que aquí se espresa es la de 748, pues la virgulilla de la X da á este el valor de 40: el año de Cristo al que se refiere es el de 710.
(3) Esta es la actual catedral de Oviedo.
(4) Subsiste aun y es parroquia. Esta situada en las afueras de Oviedo, y se llama vulgarmente *Santullana*.
(5) Así dice el original. Presumimos que este número se refiere al de años.
(6) Serian probablemente cortinas.
(7) Creemos que sean las albas,
(8) Regularmente manteles ó sabanillas para los altares.
(9) Aquí hay en el original varios renglones ilegibles,
(10) ¿Quién eran, dice el erudito historiador Romey, estos clérigos esclavos que se compraban y vendian y que Alfonso el Casto regala á su catedral? Serian, dice el mismo, clérigos mozárabes partidarios de los moros, apresados por el rey. O tal vez fuesen clérigos cautivos que Alfonso rescatase, y que entrega á la catedral como *esclavos de Cristo*, siguiendo el lenguaje devoto de la época.

EL EDDISTONE.

AL SEÑOR DON LUIS MIQUEL Y ROCA.

Cual al navegante que surca á oscuras las soledades del mar, alegra y anima la vista de un faro, que sin conocerlo le tiende una mano de amigo, así me alegró en mi retiro la voz simpática que me dedicó la obra de su corazon y de su pluma. Deseoso mi agradecimiento de pagar tan grata deuda que me impone el recibido obsequio, dedico como un testimonio de aquel, los presentes anales de un faro, á mi favorecedor, no como cosa que merezca dedicarse á un escritor que tanto en todos conceptos me aventaja: sino porque es asunto apropiado a símil de que me he valido para patentizar mis sentimientos.

FERNAN CABALLERO.

Estractos de cartas escritas á mi mejor amiga durante un viaje (6).

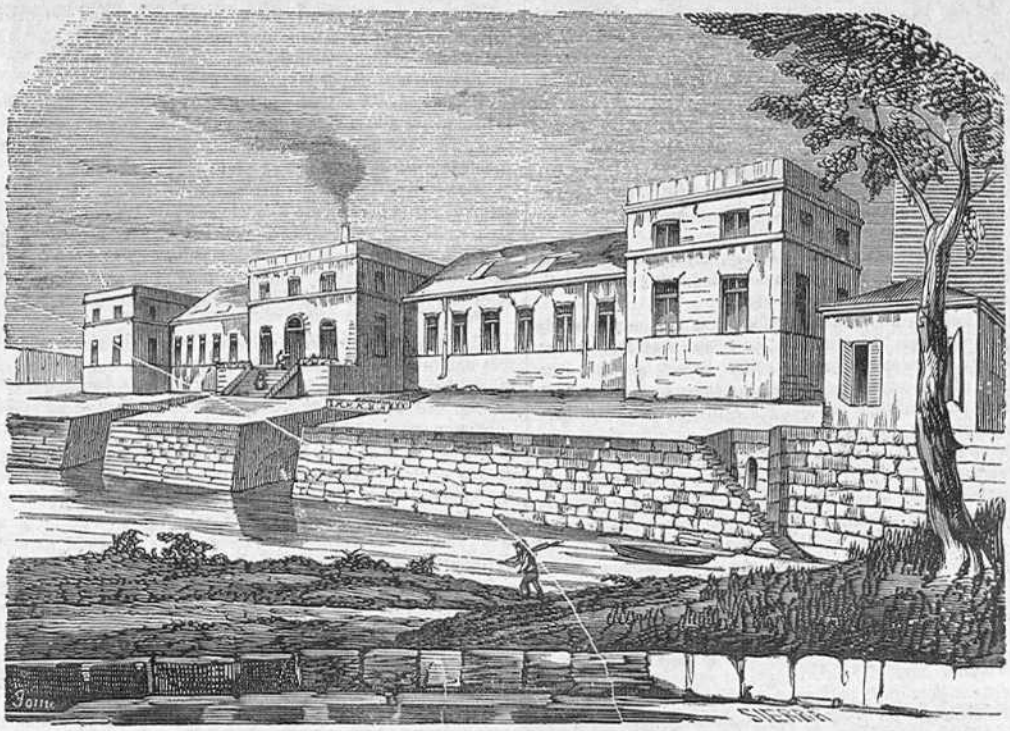
Apenas nos habiamos embarcado cuando se desencandenó uno de esos furiosos levantes que son el azote de la Andalucía Occidental, que aterran, que irritan y paralizan con su violento y abrasador em-

(1) Aquí hay renglones que no se pueden leer.
(2) Aquí hay tambien un vacío.
(3) Este era Adaulfo, primer obispo de Oviedo.
(4) Lo era *in partibus* de Salamanca.
(5) Este fué el notario de la escritura.
(6) Suprimimos con cuidado cuanto personal encierran estas cartas familiares, como poco digno de ocupar la atencion del público.

puje la marcha ordinaria de las cosas. Fué preciso renunciar no solo á salir al mar, pero tambien á desembarcarnos.

Estar dos dias presos en un barco parado, que se vuelve así un ponton, sonriendo con la vista, casi acariciando con la mano el lugar en que estan las personas que amamos, es por cierto moralmente el tormento de Tántalo refinado. —Quedarse aislado sobre la flotante isla de madera, tan cerca y tan separados de las personas de nuestro cariño, sin tener en esta anticipada ausencia, ni el caminar que distrae, ni objetos nuevos que interesan, es lo mas triste y desconsolador que puede sentir el corazon... pero ello es que el corazon nos ha sido dado para sufrir, asi como la imaginacion nos ha sido dada para gozar; lo estraño es que el lenguaje haya hecho al corazon masculino y á la imaginacion femenina, en lo que ha machihembrado (perdónesenos esta espresion vulgar) lo mismo que pudiera hacerlo el mas gringo de los hijos del Reino Unido.

Esperezábanse las horas, como grandes perezosas que se hacen á bordo, y el sol se elevaba en el cielo, como si le temiese á su cotidiano baño de mar; el tiempo, que tan breve se hace á tu lado, se complacia en alargarse espantosamente como para lucir su magnífica elasticidad; agregando á esto el sentirme á la merced de las olas, esas fieras indómitas, preso entre aquellas tablas, que mal humoradas crujian y gruñian, agobiado con las insufribles ánsias del mareo, subordinado al mezquino despotismo de un vulgar capitan absoluto, repetí aplicándome á mí mismo la célebre pregunta de Geronte en las *Fourberies de Scapin* de Moliére: —*«Mais ¿qué diable allons il faire dans »cette galere?* — pues ciertamente nada me obligaba á hacer este viaje de mero recreo: tal es la fuerza de las impresiones del momento, que por efímeras que sean las causas que las producen, bastan para hacer vacilar y retroceder resoluciones nacidas de deseos, cálculos y reflexiones de meses enteros.



(Fábrica de tejidos.—Vergara.)

Al tercer dia, habiendo caido el impetuoso Este, empezaron los ciclopes su tarea en el entrepuente, y un negro penacho de humo, ondeando como una triste bandera de adios, anunció nuestra partida; ¡pobres ojos de madre que la vieron al través de sus lágrimas! ¡Amor de nuestros padres, única áncora siempre segura en las borrascas de a vida!!!

Cual vimos desaparecer como sueños los sitios tan queridos que abandonábamos por otros estraños, porque lo estraño atrae, así como lo conocido retiene, haciendo este incesante arrastre siempre vacilar al hombre para mostrarle su debilidad.—Pronto nada vimos sino la torre del faro que tenia dormido su ardiente ojo que vela de noche; mas tambien á este se lo tragó la distancia, y quedamos aislados entre el cielo y la mar, ¡este tan agitado! ¡aquel tan sereno!

¡El mar! Tiempo hubo en que lo amaba, le sonreia, en él confiaba, porque no lo conocia, puesto que solo lo conoce y lo comprende, aquel que entre la vida y la muerte graduó su ira, su fuerza y su violencia, y yo me habia hallado en ese caso.—¡El mar! No hay pintor que pintarlo pueda, ni poeta que pueda describirlo! El mar es una cosa sin vida y sin inteligencia, pero con voz, con movimiento y con fuerza.—El mar es un poder, es un insensato indomable déspota, que con una de sus olas burla todos los esfuerzos y prevenciones de los hombres, que no tiene dueño, y no obedece mas que á Dios!!! ¡Oh hombre! si tan pequeño y débil pareces á la orilla del mar, ¿qué no parecerás en el universo, y á la orilla de la eternidad? Así es que nada atrae mas instintivamente y con mas fervor el corazon á Dios, que el mar, porque ninguno como el que navega tiene que confiar en la Providencia y que acudir á Dios, puesto que tiene siempre y únicamente el abismo á sus piés, el cielo sobre su cabeza.

¿A qué dejar caer esa lágrima en el mar? ¿qué es una lágrima en el mar? Lo que es una lágrima en la vida del hombre, un nada disuelto en lo infinito!

De cuando en cuando íbamos viendo las costas, que son á distancia tan fáciles de confundir con nubes ó con neblinas. ¡Con qué ávida curiosidad se fijan estas desconocidas tierras! ¡Con qué ánsia se desea su aproximacion! ¡Qué ilusiones se forman sobre lo que podrán ser aquellas misteriosas márgenes, aquel indefinido paisaje que se oculta con su calidad como una mujer con su diáfano velo! ¡Cómo se desea pisar aquellos montes y valles que la distancia presenta silenciosos y desiertos como un país encantado! —Siempre he estrañado que los navegantes hayan dejado á Newton la gloria de haber descubierto la atraccion de la tierra!

Es cierto tambien que á su vez los habitantes de aquellos sitios fijarán la veloz nave que surca tan libre y airosa, tan denodada y ligera el ancho mar, con análogos sentimientos, pues acaso nos dirán: ¿de dónde viene? ¿dónde vá la blanca pasajera? ¿vuela ó nada? ¿qué encierra en sí? ¿qué ha pasado la aventurera? ¿qué le aguarda?

Así crea nuestro instinto á lo bello, la ilusion que derrama sus prestigios sobre todo como una luz mágica: ¡la ilusion! ese encanto de la vida, de la que dice un poeta aleman que cria flores en su juventud que cortadas por la guadaña del tiempo embalsaman aun marchitas; la ilusion, ese perfume que contiene el alma inocente y poética, que muchos se esfuerzan en destruir con el escalpelo de hierro del rastrero

positivismo, sin considerar que es lo que intentan crimen análogo al que comete el que destruye la inocencia.

La primera costa que vimos de cerca fué el cabo de San Vicente, que se alza erguido y se hunde en lo profundo perpendicularmente cual una colosal muralla; pásase casi rozando con la imponente mole coronada por un convento y un cuartel, que parecen el uno un solitario monje, y el otro un aislado centinela, que inmóbiles miran pasar los barcos, diciendo el primero: ¡quién os trajese á un buen puerto! esclamando el segundo: ¡quién os siguiese en vuestros azares? Llegamos de noche á Falmouth y solo vimos estrellas y luces, haciendo uno de los pasajeros la observacion juiciosa de que en nada se diferenciaban estas de las españolas. Pero cuando al siguiente dia ahuyentó una mañana clara y hermosa, aunque inglesa, las tinieblas, vimos con admiracion, no á Falmouth ,que es chico y feo, sino á su bahia, una de las mas hermosas de Inglaterra. Alarga la tierra sus brazos para abrigar en su seno los navios que la enriquecen, y en las manos que casi cruza lleva para mas ampararlos en la derecha una fortaleza como una pistola, en la izquierda un faro como una linterna. Desde la misma orilla del mar se estiende aquel verde césped tan encantador, que es en el Norte la primavera, sonrisa de la primavera en el Sur, el primer beneficio de las frescas aguas de otoño, y en Inglaterra es la constante compensacion que recibe de las húmedas nieblas que la entristecen, dando á aquel campo una eterna juventud como la gozan las ninfas del paganismo. Estiéndese sin interrupcion por cuanto alcanza la vista, ya bajando á valles amenos, ya subiendo á colinas salpicadas de magníficos árboles, á cuya sombra descansan hermosas y pacíficas vacas, que quizás nos habrian mirado de reojo, y con sobrada razon, si hubiesen sabido que éramos del pais de los Nerones de su casta que inventaron las atroces corridas de toros.

Nos trajeron á bordo, pan, fresas y leche, regalo de patriarcas, que nos agradó mucho, y despues soltando las inquietas paletas salimos de la bahia y nos internamos en el canal.

Cuál estaba nuestra atencion absorvida en la contemplacion de las orillas, que presumidas é incitadoras, ya se nos acercaban en sus promontorios, ya se escondian en sus golfos. Señor, pregunté á un pasajero inglés, en una ocasion en que mas ameno y sonriente se nos habia acercado un romántico paisaje, ¿es esto que vemos un parque (1)? No señor, contestó, es el campo.

Sabes que no soy anglomano, pues ni me simpatizan esas apasionadas preferencias por tal ó cual pais que se suelen volver armas para zaherir el nuestro; demos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; demos nuestra admiracion á aquello que lo merezca en otros países, y demos nuestro cariño y simpatías á nuestra patria.—Así es, que imparcialmente digo, que cuanto se veia era admirable: ya las pintorescas peñas, ya los suaves paisajes, ya los siete blancos arcos de tiza, que parecian un poco de frio y desnudo invierno entre tanta lujosa primavera, ya la roca sobre la que trae Schakspeare á su rey Lear, y que conserva el nombre del gran poeta á quien el agrio y corrosivo Voltaire llamó el San Cristobal de los trágicos. Pero lo que mas interés inspira es la perfeccion con que la Gran Bretaña ha sabido evitar ó disminuir los peligros que originan los numerosos escollos de sus costas, con las precauciones que los contrarestan. En Porthsmouth es el admirable Brac Niwater, soberbia obra submarina destinada á disminuir el poderoso empuje de las olas; aquí son boyas sujetas con áncoras en bancos de arena; aquí una lancha roja como la de un pirata fijada del mismo modo, indica un escollo que esconde la mar como traidora arma prohibida. Vése la costa de Inglaterra guarnecida de faros como lo están sus paseos de faroles de gas

Siempre han sido para mí los faros un objeto de atraccion y de simpatía: la soledad y aislamiento, que son su destino; la noche y el temporal, que son su esfera; el perpétuo velar, que es su mision; la resistencia inmutable, que es su tarea (lo que les presta cual á no otro monumento, *la solemnidad de las cosas inmóbiles*, como dice Dumas), y sobre todo esto la sublime virtud de la consagracion que simbolizan, hacen que al mirar un faro quede indeciso de cuál de las impresiones que me causa su vista sea la mas profunda, si el respeto en mi alma, ó el enternecimiento en mi corazon. ¡Oh, sí! un faro es despues de una iglesia el mas santo de los monumentos! ambos tienen el mismo fin, guiar, alumbrar, consolar y salvar.

Pero entre todos estos consejeros de piedra, estos guias de luz, descuella el Eddistone. Solo y aislado en medio de las olas se alza el ermitaño del mar, ante el cual no puedo menos que detenerme para inquirir qué hada enamorada de un marino lo trajo allí por los aires, ó qué encanto le hizo brotar del seno del mar para guardar en él una princesa perseguida por los gnomos de la tierra.

Pero dejemos á la tradicion referir la crónica del Eddistone, que lo hará mejor que la seca y prosáica historia, que al presentar los hechos, procede como al formar los árboles genealógicos, los despoja de su follaje y de sus flores, de su sávia y de su perfume.

Alzase en medio del mar una roca aislada; apenas, si, el furor de las olas, el ímpetu del viento y la violencia de las corrientes dejan posarse en su estrecha cumbre á las silvestres aves marítimas, y la humanidad, esa santa heroina, estiende sobre ella su mano y levanta allí un castillo que no llega á conmover todo el furor del mar, y enciende en él una luz que no llega á apagar toda la violencia del viento.

Sucedió esto así:

Un hombre se ofreció á erigir sobre la aislada cresta de aquella roca una torre que llevase en su frente el salvoconducto de innumerables vidas, una luz en la noche mas oscura, una esperanza para el corazon mas abatido.

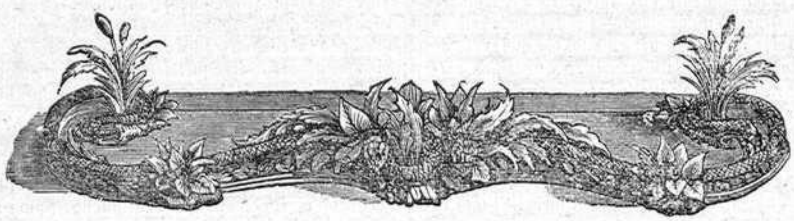
Este hombre tenia un buen ángel á su lado, pues solo este pudo sugerirle y darle valor para emprender esta obra portentosa; y cuando solo faltaba la última piedra, el mal espíritu, celoso del triunfo del ángel bueno, envió al arquitecto su mejor axiliar, el orgullo, que se apoderó de él y le hizo decir: estoy tan seguro ya de mi obra, que desafio á todas las tormentas y tempestades, y *aun al poder de Dios* de impedirme el concluirla.

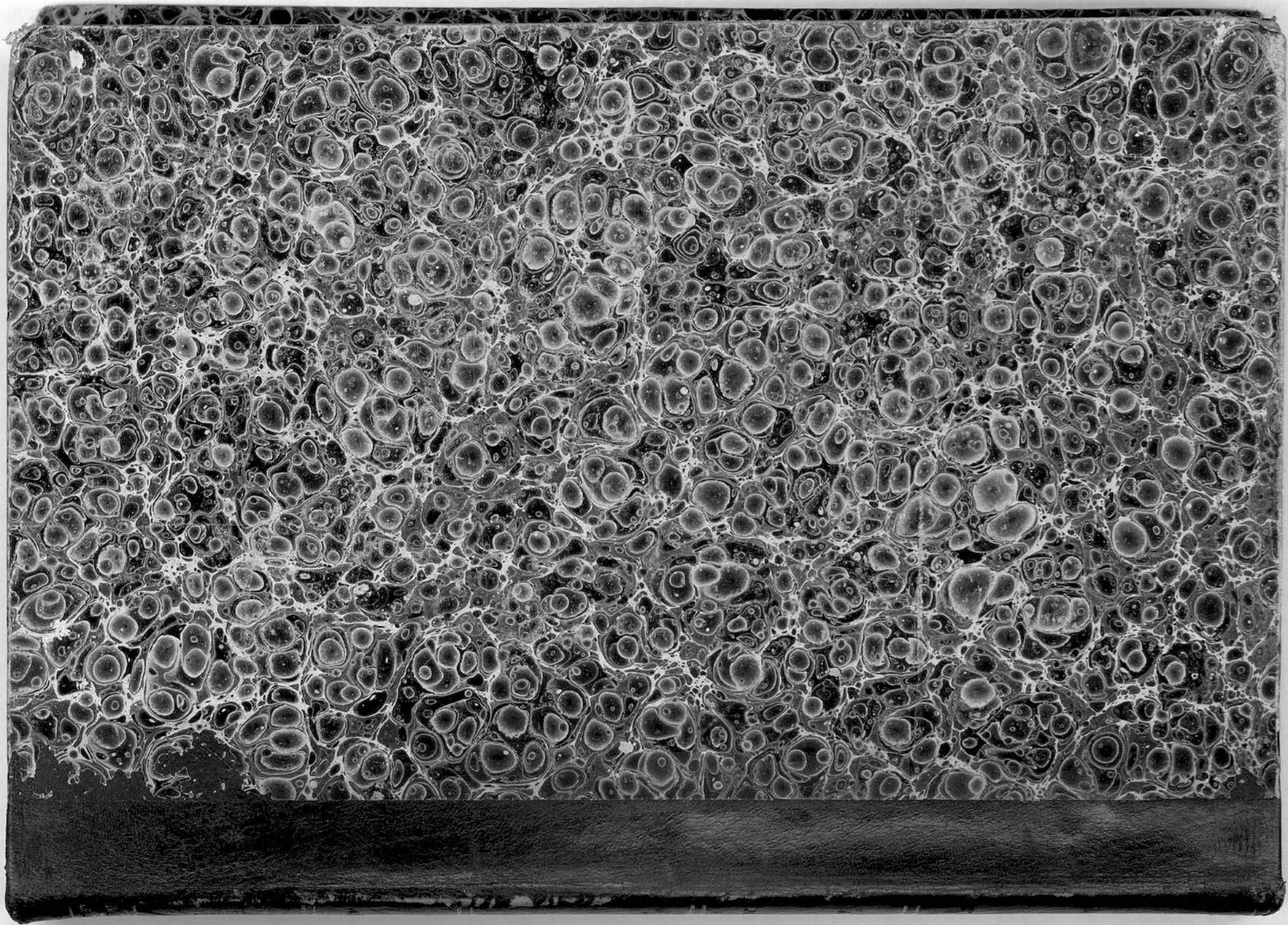
Aquella misma noche se desencadenó tal temporal, que cuando el dia corrió el velo de la noche, los consternados habitantes de la costa no divisaron en el mar sino la negra, calva y aislada roca—el arquitecto y su obra habian desaparecido—el viento descansaba de su violento arrebato—la mar acababa de borrar con sus olas las últimas puertas de la obra del prevaricador.

Andando el tiempo se labró el faro que hoy existe, y como no profanó la santa obra una blasfemia, se concluyó y subsiste para bien de la humanidad que peligra, para gloria de la humanidad que ampara.

(1) Grandioso bosque, jardin.

FIN DEL TOMO DE 1851.





SEMANARIO

PINTORESCO

16

1851